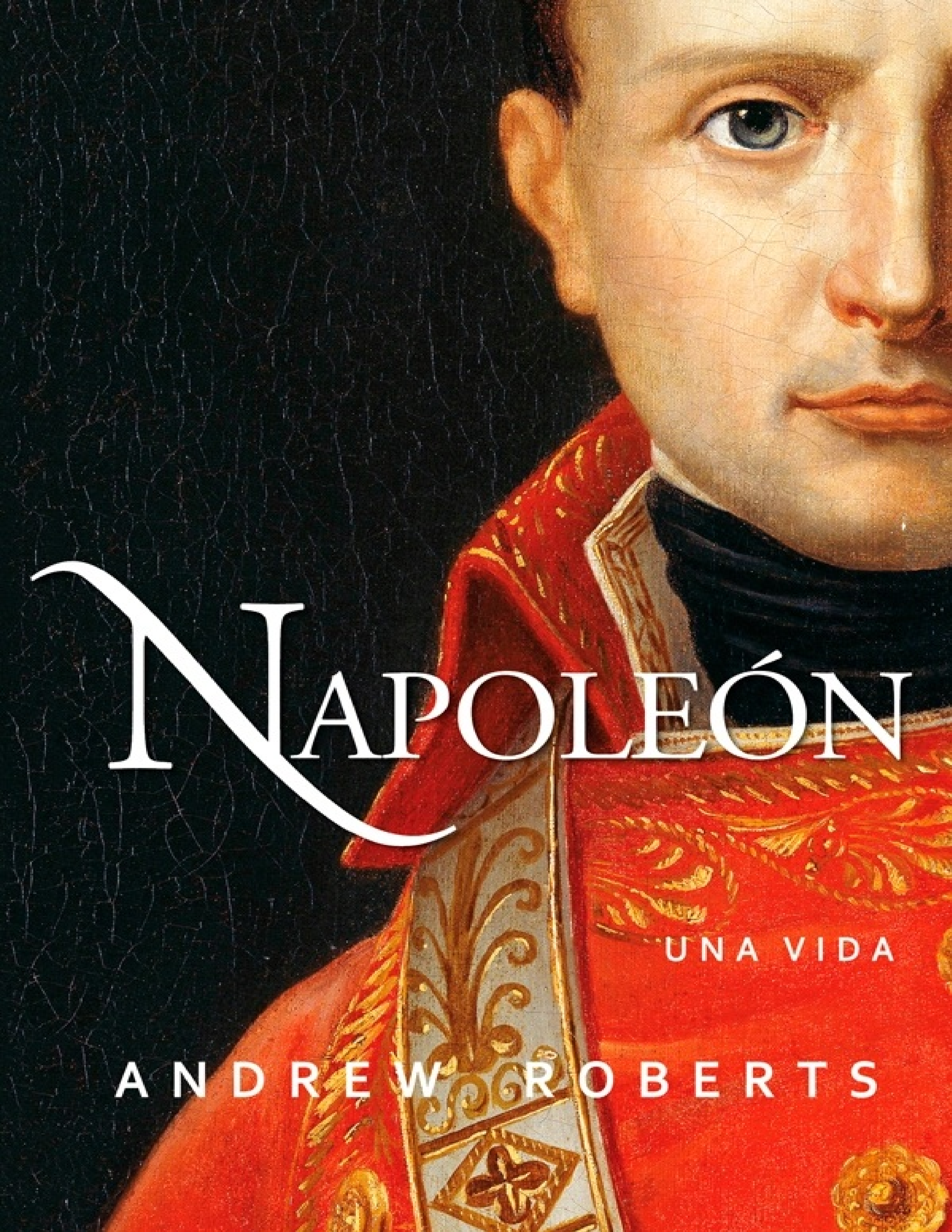

Napoleón
UNA VIDA
ANDREW ROBERTS

ANDREW ROBERTS

NAPOLEÓN

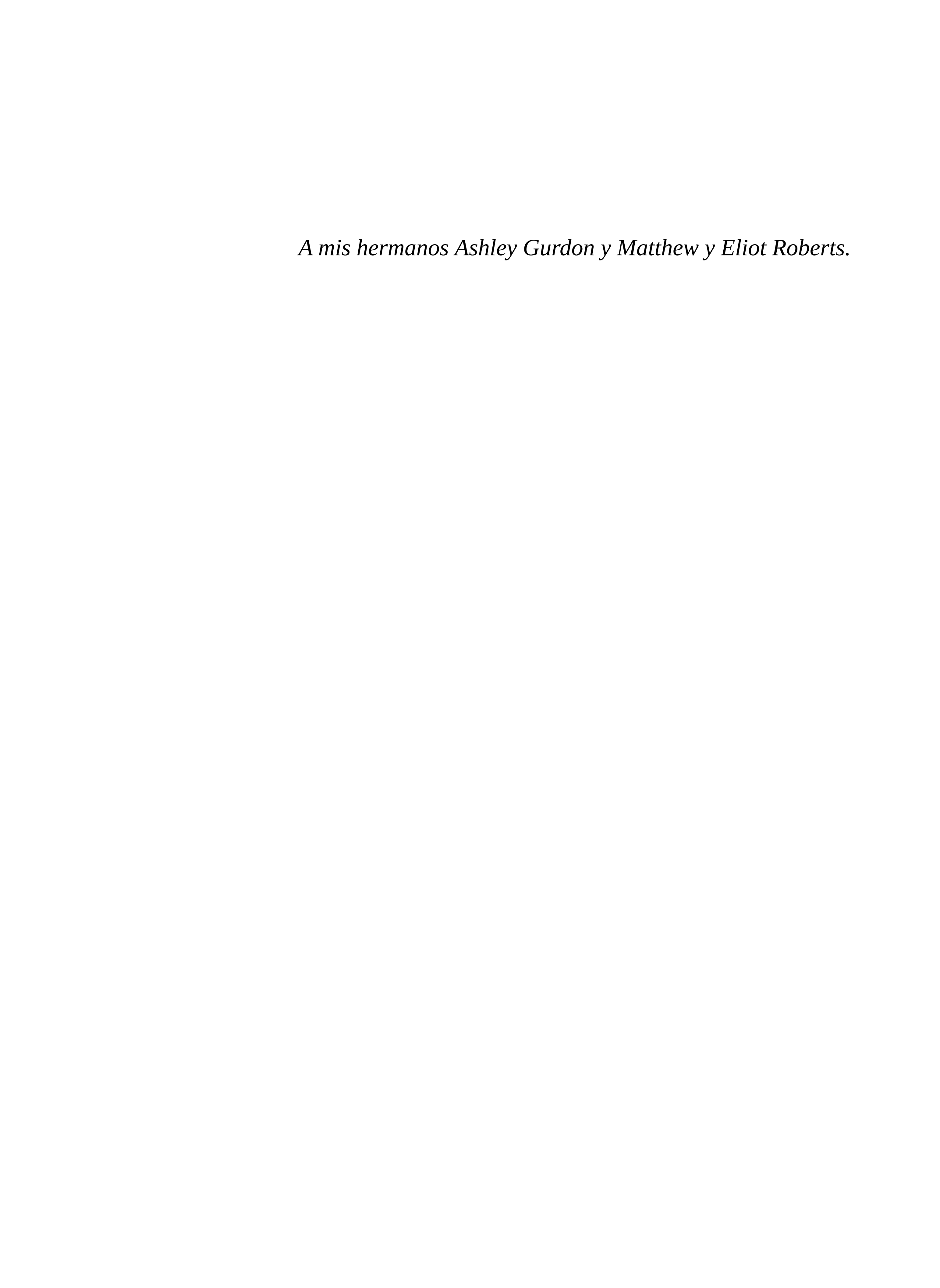
UNA VIDA



Título original de la edición inglesa: *Napoleon the Great* (Allen Lane, 2014)
Título original de la edición norteamericana: *Napoleon. A life* (Viking, 2014)

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Foto de portada: Álbum
Óleo de portada: Napoleón I Cónsul
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-375-7



A mis hermanos Ashley Gurdon y Matthew y Eliot Roberts.

AGRADECIMIENTOS

Tras dedicar a investigar y escribir este libro sobre Napoleón más tiempo del que él mismo pasó en Santa Helena y Elba, he acumulado una sorprendente variedad de personas a las que quiero agradecer su generosidad incesante, su buena disposición, su tiempo y su ayuda. Entre ellos, al presidente Nicolás Sarkozy por sus intuiciones acerca de la consideración actual en Francia acerca de Napoleón, a David Cameron y Rodney Melville por permitirme investigar la correspondencia de Napoleón en Chequers, a Xavier Darcros de la Academia Francesa y el Instituto de Francia por presentarme en París, a Mervyn King por sus ideas acerca de la financiación crediticia inglesa y francesa en las Guerras Napoleónicas, a Carole Aupoix por mostrarme un piojo como los que propagaron el tifus que arrasó a las tropas napoleónicas en Rusia, al difunto archiduque Otto von Hapsburg por su perspectiva acerca del matrimonio *déclassé* de María Luisa con Napoleón, a lady Marry Berry por mostrarme los sillones que se emplearon en el Congreso de Viena, a Jayne Wrightsman por enseñarme su colección de libros encuadernados en la época de Napoleón, a Robert Pirie por su aliento, a la difunta lady Alexandra Dacre por sus recuerdos de la emperatriz Eugénie, a Dušan Frýbort de Austerlitz por permitirme disparar un mosquete napoleónico, a Evan Lattimer por dejarme ver el supuesto tendón de Napoleón, a Charles-Henry y Jean-Pascal Tranié, y a Jerry y Jane Del Misser por su maravillosa hospitalidad en el lago de Ginebra, a Nicholas Steed por la información acerca de la estancia de Napoleón en Malta, al conde y condesa de Carnarvon por mostrarme el sillón de Napoleón en Fontainebleu y su escritorio de las Tullerías, a la condesa de Rosebery por enseñarme la biblioteca portátil de Napoleón, al doctor Henry Kissinger por sus impresiones acerca del Congreso de Viena, al profesor Charles Esdaile por invitarme a su extraordinaria conferencia en la Universidad de Liverpool *Napoleon at the Zenith* en 2007, a Deborah Edlmann, Rurik Ingram y a mis primos Phillip y Sandra Engelen por alojarme en El Cairo durante mi viaje a Santa Helena –que me llevó quince días, principalmente a bordo de un navío de la Royal Mail–, a Zac Gertler por su

hospitalidad y generosidad en Tel Aviv, a Caroline Dalmeny por cederme una muestra del cabello de Napoleón, que ha permanecido largamente en mi escritorio, sirviéndome de inspiración, y a Baudouin Prot del BNP Paribas por permitirme visitar el lugar en el que se casaron Napoleón y Josefina. También quiero presentar mis más hondas disculpas a Jérôme Tréca y al personal del palacio de Fontainebleau por hacer saltar la alarma del salón del trono de Napoleón al menos tres veces.

Un historiador que no visita los campos de batalla se parece a un detective que no se molesta en visitar la escena del crimen. Durante la investigación para escribir este libro he inspeccionado 53 de los 60 campos de batalla napoleónicos, la mayoría en compañía del destacado historiador militar John Lee. Uno de los mayores placeres al escribir este libro ha sido pasear con John sobre el terreno de Montenotte, Mondovi, Lodi, Mantua, Arcole, Castiglione, Rivoli, Rovereto, Dego, Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Abensberg, Landshut, Eggmülh, Ratisbona, Aspern-Essling, Wagram, Maloyaslavets, Lützen, Bautzen, Dresde, Leipzig, Reichenbach, Brienne, La Rothière, Chamaubert, Montmirail, Château-Thierry, Vauchamps, Montereau, Craonne, Laon, Reims, Arcis-sur-Aube y Saint-Dizier. El consejo y la inspiración de John en el tornado de correos han sido inigualables, sus notas de batalla de las campañas de Napoleón han demostrado ser impagables, y su amistad gozosa. No puedo agradecérselo lo suficiente, como tampoco a su esposa Celia, que ha soportado con tanta frecuencia que me acompañe a los campos de batalla.

En los 69 archivos, bibliotecas, museos e institutos de investigación que he visitado, en 15 países, durante el curso de mi investigación, no he encontrado más que ayuda y amistad, y quiero agradecer particularmente:

Francia: Sacha Topalovich y Florence Tarneaud de los Archivos Nacionales, París; Y. Bamratta y Laurence Le Bras de las secciones de Tolbiac y Richelieu en la Biblioteca Nacional, respectivamente; Anne Georgeon-Liskenne del Centro de Archivos Diplomáticos, en La Courneuve; Claude Ponnou y Thisio Bernard del Service Historique de la Défense, Vincennes; Sylvie Biet y Danièle Chartier en la Biblioteca Thiers, Gérard Leyris del Museo Carnavalet, al embajador inglés en París, sir Peter Westmacott, y a su ayudante, Ben Newick, por mostrarme la casa de Paulina

Borghese en París, hoy embajada británica, a Susanne Wasum-Rainer, embajadora alemana en París, por mostrarme su residencia, el hotel de Beauharnais, presente inmaculado de Josefina a su hijo Eugène, Léonore Losserand y St-Joseph-des-Carmes, David Demangeot, conservador del antiguo palacio de Saint-Cloud, Aurore Lacoste de Laval de la Ècole Militaire, Christopher Palmer, secretario de la embajada americana en París, y a Robin Smith, directora del Marshall Centre en el hotel Talleyrand, Angelique Duc del Museo Napoleón en Brienne, Fany de Jubecourt de los Inválidos y el Museo del Ejército, Thierry Lentz y el profesor Peter Hicks por ser tan acogedores en la impresionante Fondation Napoléon, Alain Pugetoux del palacio de Malmaison, Xavier Cayon del Conseil d'Ètat en el Palais-Royal –antiguo Tribunado–, Marianne Lambert en el chateau de Maisons-Laffitte del mariscal Lannes, el señor y la señora Benoit D'Abonville, Quentin Aymonier en el fuerte de Joux en el Jura, a mi hijo Henry y mi hija Cassia por acompañarme a Córcega, al personal del palacio y el museo de la Legión de Honor, en París, del museo de la prefectura de Policía, en París, la Maison d'Èducation de la Legión de Honor en Saint-Denis, del Panteón y el Museo Fesch, y del Museo Nacional de la Maison Bonaparte en Ajaccio, Córcega.

Rusia: Alexander Suhanov y Elvira Chulanova del Museo Estatal de Borodino por mostrarme el campo de batalla de esta localidad, Oleg Aleksandrov de Three Wales Tours por llevarme al campo de batalla de Maloyaroslavets, Maciej Morawski de City Events por llevarme al campo de batalla de Eylau y Friedland en el enclave ruso de Kaliningrado, Konstantin Nazarov del Museo de Historia Militar de Maloyaroslavets, Alexander Panchenko del Museo Histórico de Bagrationovsk sobre la batalla de Eylau, Valery Shabanov y Vladimir Ukievich Katz del Archivo Histórico Militar Estatal ruso en Moscú, y a Marina Zboevskaya del Museo de Borodino en la misma ciudad.

Bielorusia: profesor Igor Groutso por mostrarme el campo de batalla del río Berezina, y a Rakhovich Natalya Stepanovna del Museo Borisov.

Israel: doctor Eado Hecht por mostrarme los campos de batalla de

Kakun, Jaffa y monte Tabor, y al doctor Alon Keblanoff por mostrarme el lugar de los asedios de Acre, al profesor Azar Gat de la Universidad de Tel Aviv, y a Liat Margolit del Museo Arqueológico Tel Dor.

Santa Helena: Michel Dancosne-Martineau, extraordinariamente diligente cónsul honorario francés, y conservador de Longwood, por mi muy agradable estancia allí, Aron Legg por mostrarme el monte Pleasant, Diana's Peak y la bahía Prosperous, The Briars, Sandy Bay y Jamestown, y a Andrew Wells, antiguo secretario general de Santa Helena.

Bélgica: Ian Fletcher y el coronel John Hughes-Wilson, que me enseñaron Waterloo, Benoit Histace, presidente del Museo de la Batalla de Ligny, que me acompañó en la visita al campo de batalla, y al conde François y la condesa Susanne Cornet d'Elzius, propietarios de La Haie Sainte.

Gran Bretaña: Lucy McCann de la Rhodes House Library, Oxford, Leigh McKiernan de la Special Collections Reading Room de la Biblioteca Bodleian, Oxford, al profesor Nick Mayhew de la Heberden Coin Room del Ashmolean Museum, Oxford; Allen Packwood de los Churchill Archives, Cambridge, Josephine Oxley de la Apsley House, Paul Roerts del Museo Británico, Katy Canales y Pim Dodd del Museo Nacional del Ejército, Hilary Burton y John Rochester del Royal Hospital, Chelsea; Richard Daniels del London College of Communication; Richard Tenant de la comisión británica de Historia Militar; y al personal del museo de la Royal Navy en Porthsmouth, de la British Library y de la London Library.

Italia: Lario Zerbini del museo Rivoli; a mi hija Cassia por acompañarme a Elba; Nello Anselmi del santuario de Madonna del Monte en Marciana, Elba; Elisabetta Lalatta de la Fundación Serbelloni en el palació Serbelloni en Milán; Riccardo Bianceli del palacio ducal de Mantua; y al personal del Museo Napoleónico de Roma, del museo de Marengo en Spinetta-Marengo, de la Villa Reale en Monza y de la villa di San Martino, en Elba.

República Checa: Simona Lipovska del Museo en Memoria de la Paz y a

Jana Slukova del castillo de Slavkov en Austerlitz.

Austria: Helmut Tiller de los museos de Aspern y Essling, Rupert Derbic del museo de Wagram, y al personal del palacio Schönbrunn y del museo Heeresgeschichtliches en Viena.

Portugal: Mark Crathorne y Luiz Saldanha Lopes por mostrarme los fuertes 40, 41, 42 y 95 de las Líneas de Torres Vedras, y al personal del Museo Militar de Lisboa.

Alemania: al personal del Museo del Ejército Bávaro en Ingolstadt, el Museo 1806 en Jena-Cospeda, y el Museo Torhaus en Markleeberg, sobre la batalla de Leipzig.

Estados Unidos: Jay Barksdale de la Sala Allen, y Elizabeth Denlinger de la Sala Pforzheimier de la Biblioteca Pública de Nueva York; Declan Kiely de la Pierpont Morgan Library; Kathryn James de la Beinecke Library y Steve Ross de la Sterling Memorial Library en Yale; Elaine Engst y Laurent Ferri de la sección de manuscritos de la biblioteca Carl A. Kroch de la Universidad de Cornell; a la familia Merrill, que con tanta generosidad financió mi estancia académica en Cornell; al profesor Barry y a la doctora Marcia Strauss de Cornell, por su amable hospitalidad, y a mis alumnos allí, que llegaron a sus propias conclusiones de por qué Napoleón invadió Rusia; al profesor Rafe Blaufarb, director del Instituto Napoleón y de la Revolución Francesa, por hacer tan agradable mi estancia en la Universidad Estatal de Florida; a Eric Robinson de la Historical Society Library de Nueva York; Katie McCormick de la biblioteca Robert Manning Strozier en la sección de colecciones especiales de la Universidad Estatal de Florida; Elisabeth Fairman del Yale Centre de arte británico; el doctor Robert Pickering, conservador del museo Gilcrease en Tulsa, Oklahoma, y al doctor William J. Landeman, director de la División de Juegos de Guerra del Laboratorio de Guerra del Marine Corps.

Suecia: Aviva Cohen-Silber, por mostrarme las habitaciones de Bernadotte en el palacio real de Estocolmo.

Suiza: Paola Gianoli Tuena del palacio Le Coppet en el lago de Ginebra.

Canadá: Bruce McNiven por guiarme por las galerías napoleónicas en el Museo de Arte de Montreal.

Quiero agradecer también a Josh Sutton, Charlie Mitchell y Katie Russell sus investigaciones históricas, así como a Julie di Filippo por sus traducciones del alemán, a Beata Widulinska del polaco, a Timothy Chapman del castellano, a Eado Hecht del hebreo, a la doctora Galina Babkova del ruso, y a Annaliese Ellidge-Weaver, Helena Fosh, Maxine Harfield-Neyrand, Gilles Vauclair y Carole Aupoix del francés. Maxine fue de especial ayuda y ánimo a la hora de negociar con cinco instituciones de investigación francesas y sus mecanismos, en ocasiones arcanos.

Escribí este libro mientras filmaba una serie de documentales sobre Napoleón para la BBC, y quiero dar las gracias a David Notman-Watt, Simon Shaps, David Barrie, Ana Dangoor, Patrick Duval y Tony Burke por hacer de todo el proceso algo divertido y lleno de reflexiones.

Dado que la muerte de Napoleón ha sido tan controvertida –de forma innecesaria, en mi opinión–, seguí las indicaciones médicas acerca del fallecimiento del Emperador del doctor Tim Barrie, Ira Jacobsen de Cornell, Albert Knapp, Robert Krasner, Archana Vats, James Le Fanu, Pamela Yablon, Guy O'Keefe y Michael Crumplin, a los que hago extensivo mi agradecimiento. También quiero agradecer al doctor Frank Reznek su diagnóstico de los problemas dentales de Napoleón en Santa Helena.

Quiero agradecer, por la lectura del manuscrito y sus valiosas sugerencias para mejorarlo, a Helena Fosh, Sudhir Hazareesingh, John Lee, Stephen Parker, Jürgen Sacht y Gilles Vauclair.

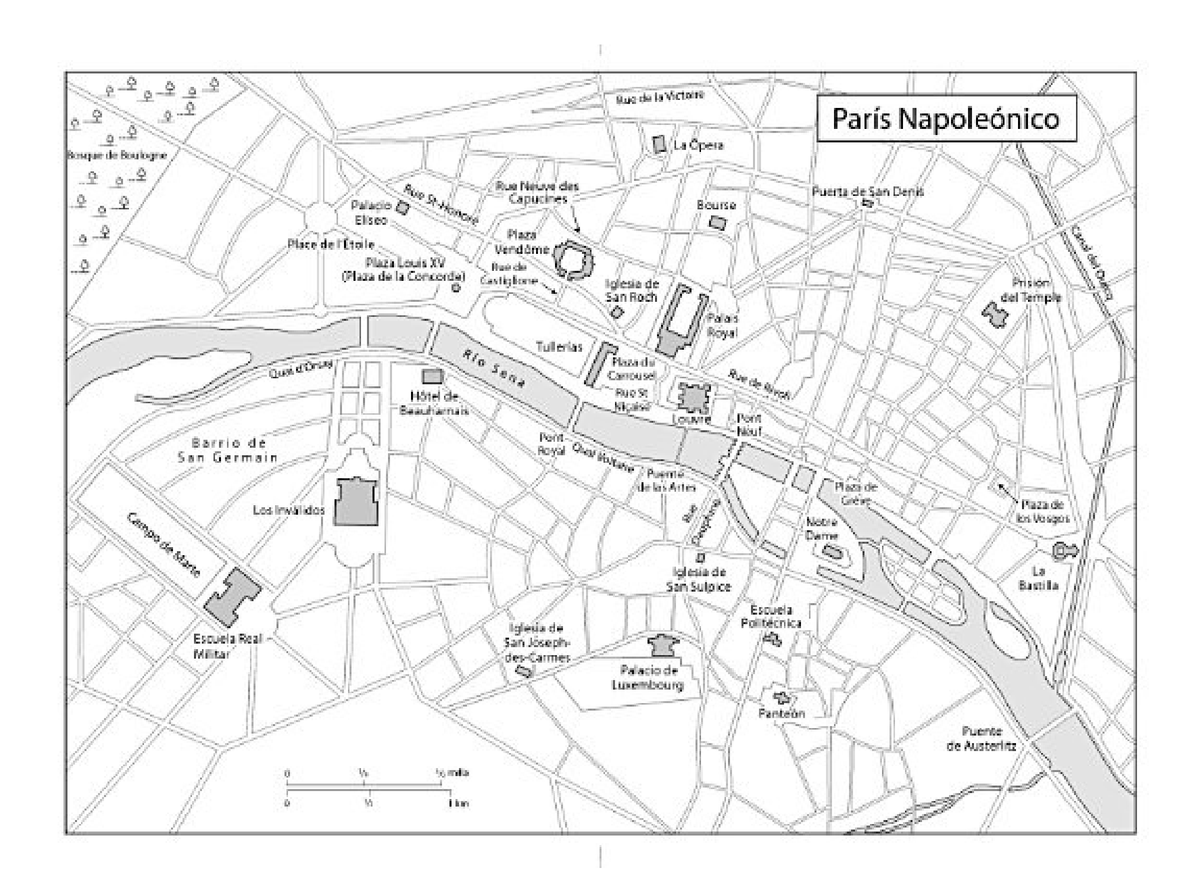
Mi agente, Georgina Capel, de Capel & Land, y los editores Stuart Proffitt y Joy de Menil, de Penguin, han mostrado su habitual eficacia, profesionalidad y cariño, como mis inspirados editores de mesa, Peter James y Charlotte Ridings. El meticuloso trabajo de Joy y Stuart con este libro lo ha mejorado enormemente, y todo agradecimiento es poco.

Mi maravillosa mujer, Susan Gilchrist, ha examinado conmigo cuchillas de

guillotina, ha contado las calaveras de los monjes masacrados en la cripta de la iglesia en la que se encarceló a Josefina, ha conducido junto a mí por la Ruta Napoleón, y me acompañó a la mezquita Al-Azhar en El Cairo, no solo por su inherente interés por la arquitectura y la cultura, sino porque en esos lugares empezó y terminó la revolución de 1789. No habría podido escribir este libro sin su amor y apoyo constantes; es mi Josefina, mi María Luisa y mi María Walewska en una.

Dedico este libro a mis hermanos Ashley Gurdon y Matthew y Eliot Roberts, por soportar al sabihondo de su hermano mayor durante tanto tiempo y con tanta gentileza.

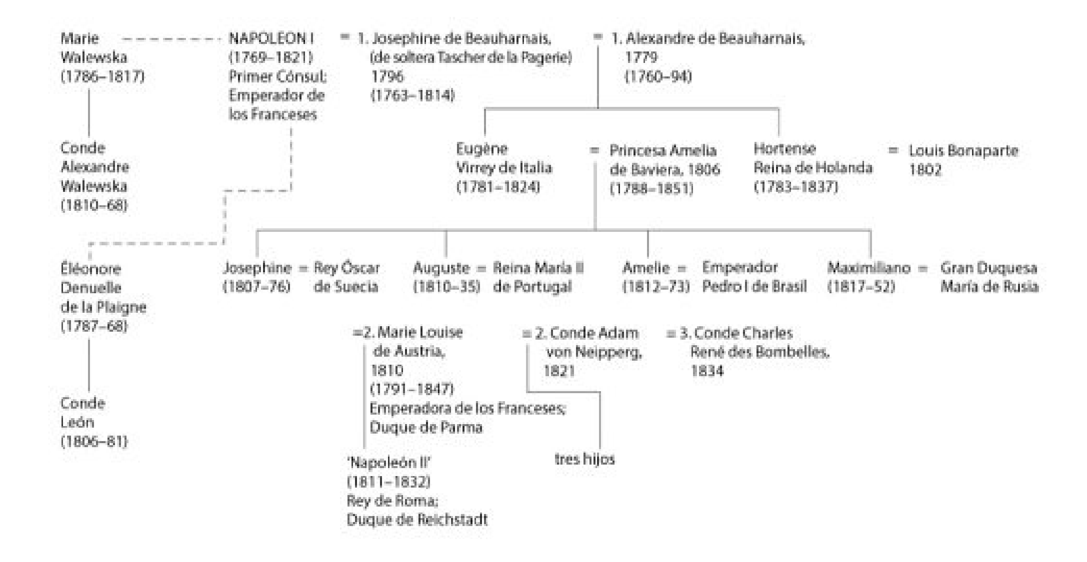
Andrew Roberts
Rue Augereau 2, París
www.andrew-roberts.net



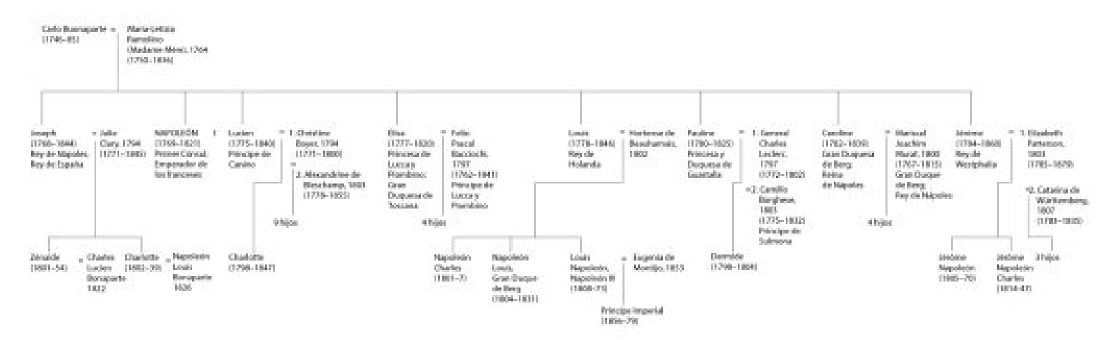


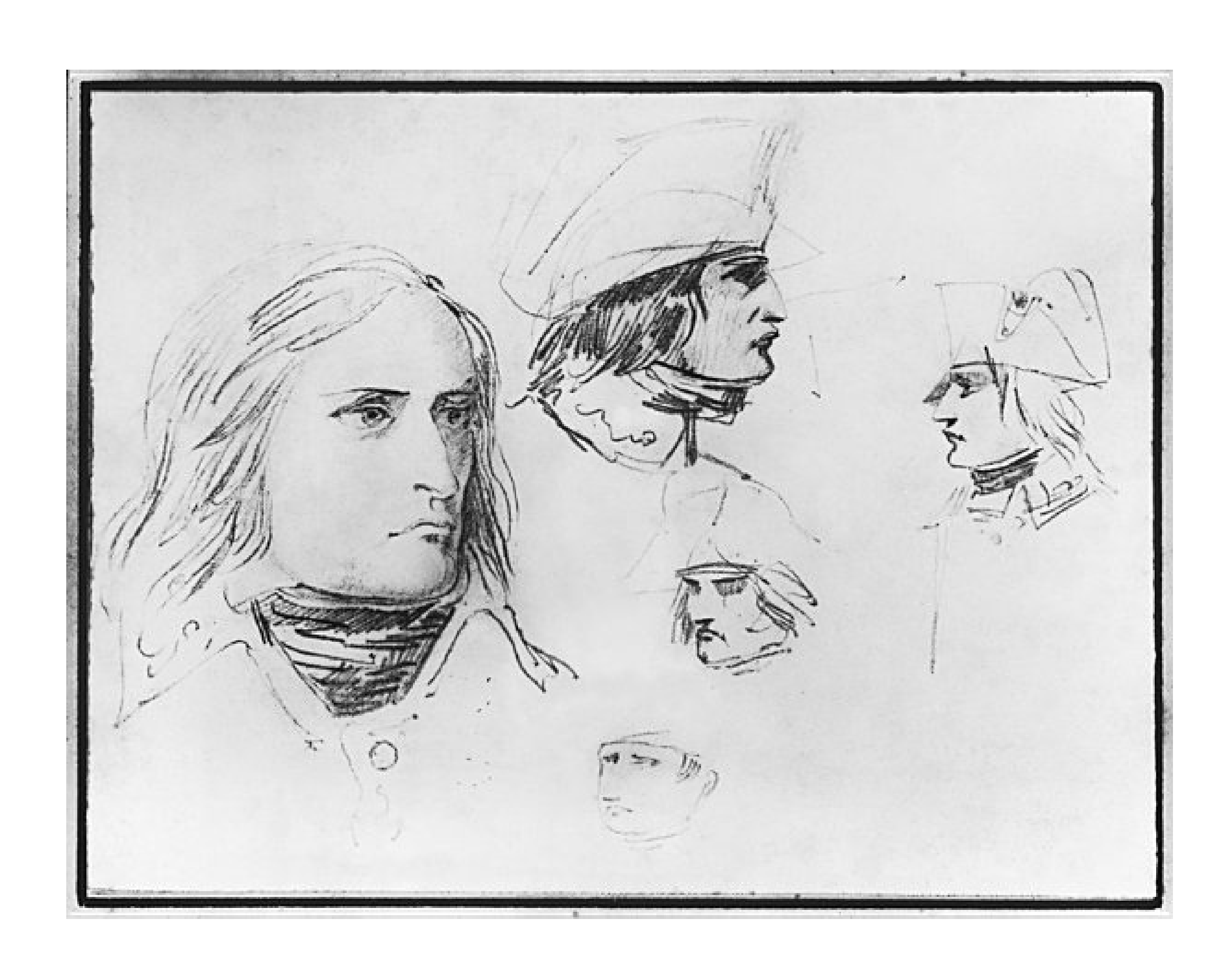
Francia Revolucionaria y Napoleónica
GRAN BRETAÑA
HOLANDA
Mar del Norte
Texel
Utrecht
Isla de Walcheren
Flushing
Londres
Ostende
Brujas
Antwerp
Dover
Dunquerque
Calais
Hazebrouck
Ambleteuse
Boulogne
St-Omer
Bruselas
Pont-de-Briques
Étaples
Lille
Courcelles
Montreuil
Arras
Douai
Canal de la Mancha
Brille
Amiens
El Havre
Rouen
Compiègne
Thionville
Landau
Honfleur
Palace of St-Cloud
Reims
Caen
Paris
Châlons-sur-Marne
Versalles
Vincennes
Châtillon
Estrasburgo
Nancy
Rambouillet
Malmaison
Montmirail
Arcis
Brest
Fontainebleau
Brienne-le-Château
Troyes
Rennes
ALSACIA
Lorient
Orleans
Briaire
Yonne
Loire
Angers
Tours
Basilea
Saumur
Dijon
Auxonne
Valençay
Nantes
Nevers
Berna
Autun
Chalon-sur-Saône
VENDÉE
SUIZA
Niort
Ginebra
Rochefort
Roanne
Isla de Oléron
Lyon
Chambéry
Pons
Grenoble
Golfo de Vizcaya
Laffrey
Piamonte
Valence
Burdeos
Gap
Donzère
MIDI
Alpes-Marítimos
Orange
Avignon
Nîmes
Niza
Beaucaire
Arles
St-Cannat
Antibes
Toulouse
Aix
Fréjus
Cannes
Montpellier
Bayona
La Valette
Saint-Raphaël
Marsella
Carcassonne
Narbona
Ollioules
Toulon
Hyères
Limoux
Perpignan
0 50 100 150 millas
0 100 200 km
ESPAÑA
Mar Mediterráneo
N
S
E
W

Familiares próximos de Napoleón y Josefina



La familia Bonaparte





PARTE UNO

ASCENSO

1. CÓRCEGA

Para resultar interesante, el héroe de una tragedia no debería ser ni del todo culpable ni del todo inocente… Todas las debilidades y todas las contradicciones, por desgracia, están en el corazón del hombre, y dan como resultado un tono eminentemente trágico.

Napoleón en la obra teatral *Los templarios*,
de François-Just-Marie Raynouard

La lectura de la historia hizo que enseguida me sintiese capaz de alcanzar las mismas cotas que los hombres a los que situamos en las cumbres de nuestros anales.

Napoleón al marqués de Caulaincourt

Napoleone di Buonaparte, tal y como firmó él mismo hasta la edad adulta, nació en Ajaccio, una de las poblaciones más importantes de la isla mediterránea de Córcega, justo antes de la medianoche del 15 de agosto de 1769, martes. «Estaba de camino a casa desde la iglesia –diría más adelante refiriéndose a su madre, Letizia– cuando empezó a notar los dolores del parto, y solo le dio tiempo a entrar en la vivienda, por lo que nací, no en una cama, sino sobre un montón de paños»[1]. El nombre que eligieron sus padres no era muy frecuente, pero tampoco era desconocido; aparece en la *Historia de Florencia* de Maquiavelo y, de forma más próxima, uno de sus tío abuelos fue bautizado así.

Los Buona Parte fueron en sus inicios terratenientes que vivían entre Florencia y Livorno; un florentino tomó ese nombre por primera vez en 1261. Aunque la línea principal permaneció en Italia, Francesco Buonaparte emigró a Córcega en 1529, lugar en el que sus descendientes durante los dos siglos y medio posteriores siguieron de forma habitual la llamada nobiliaria a las leyes, la academia y la Iglesia[2]. Cuando nació Napoleón, su familia ocupaba esa

penumbra social formada por la alta burguesía y la nobleza menor.

Una vez alcanzado el poder en Francia, cuando alguien pretendía trazar su ascendiente familiar hasta los emperadores del siglo XIII de Trebisonda, Napoleón respondía que de hecho su dinastía solo se remontaba a la época de su golpe militar. «Hay estudiosos de heráldica que podrían rastrear mis orígenes hasta el Diluvio Universal», comentó al diplomático austriaco Clemens von Metternich, «y otros afirman que soy de origen plebeyo. La verdad se encuentra entre medias. Los Bonaparte son una buena familia corsa, poco conocida porque rara vez ha abandonado la isla, pero bastante más que la de muchos petimetres que intentan hacer valer sus orígenes para envilecernos»[3]. Las pocas veces que se refirió a sus antepasados italianos, afirmó que era un heredero de los antiguos romanos. «Pertenezco a esa raza que funda imperios», alardeó en una ocasión[4].

La familia estaba lejos de ser rica, pero poseía tierra suficiente como para que Luciano, tío abuelo de Napoleón y arcediano de Ajaccio, afirmase que los Bonaparte nunca tuvieron que comprar vino, pan o aceite. Aún puede verse el molino para obtener harina en la parte baja de los tres pisos de la casa Bonaparte en la calle Saint-Charles de Ajaccio, en la que su familia había vivido desde 1682. Los padres de Napoleón tenían otra vivienda en el campo, posesiones en al menos tres localidades más, un rebaño de ovejas y una viña, y disponían para su servicio de una niñera, un ama de llaves y un cocinero. «En Córcega no hay riqueza», escribiría el hermano mayor de Napoleón, José, años después, «y las personas más acaudaladas pocas veces tenían un patrimonio superior a las 20.000 liras; pero, como todo es relativo, nuestro patrimonio estaba entre los más considerables de Ajaccio». El joven Napoleón concordaba, añadiendo que «el lujo es algo perjudicial en Córcega»[5].

En 1765, cinco años antes del nacimiento de Napoleón, el abogado y literato escocés James Boswell visitó la isla, mostrándose encantado con lo que encontró. «Ajaccio es la ciudad más bella de Córcega –escribió–. Tiene muchas calles hermosas, bellos jardines y un palacio para el gobernador genovés. Sus habitantes son los más amables de la isla, y tienen un trato frecuente con los franceses». Esa misma gente –unos 140.000 en total, la mayoría campesinos– experimentaría tres años después un trato más frecuente de lo que nadie podría haber esperado o querido con los franceses, que eran unos 28 millones.

La ciudad-estado italiana de Génova había gobernado nominalmente

Córcega durante dos siglos, pero rara vez extendía su control más allá de las poblaciones costeras, hacia el interior montañoso, donde los corsos eran fieramente independientes. En 1755 el carismático dirigente nacionalista corso Pasquale Paoli proclamó una república independiente, que se convirtió en una realidad tras imponerse en la batalla de Pedicoste en 1763. Aquel al que los corsos bautizaron como Il Babbù (Papá) comenzó pronto a reformar el sistema legal, financiero y educativo de la isla, construyó carreteras, puso en marcha una imprenta y logró algo parecido a una armonía entre los clanes familiares en competencia. El joven Napoleón creció reverenciando a Paoli como a un dictador reformista, legislador y genuinamente benévolo.

Génova no estaba interesada en la lucha que –sabía– habría de requerir la recuperación de la autoridad en Córcega, y vendió la isla con renuencia al rey Luis XV por 40 millones de francos en enero de 1768. El ministro de Asuntos Exteriores francés, duque de Choiseul, designó al corso Matteo Buttafuoco como su dirigente. Paoli se opuso, naturalmente, y Francia envió un contingente de 30.000 soldados comandados por el rudo conde de Vaux para sofocar la rebelión, sustituyendo poco después a Buttafuoco por un francés, el conde de Marbeuf.

Carlo Bonaparte, padre de Napoleón, y su jovencísima esposa Letizia, apoyaban a Paoli, y se encontraban acampados en las montañas cuando esta se quedó embarazada. Carlo ejerció como secretario y mariscal de Paoli, pero cuando Vaux aplastó a las fuerzas corsas en la batalla de Ponte Nuovo el 8 de mayo de 1769, con su esposa a punto de dar a luz, se negó a acompañar a Paoli y a otros 340 irredentos al exilio[6]. En su lugar, en un encuentro entre Marbeuf y la nobleza corsa, Carlo juró fidelidad a Luis XV, logrando así mantener sus cargos de responsabilidad: asesor en la corte de justicia de Ajaccio y superintendente en la escuela forestal. Dos meses después de Ponte Nuovo Carlo ya había cenado con el conde de Vaux, lo que fue esgrimido contra él por sus antiguos compañeros, que seguían resistiendo a la dominación francesa. Cientos de ellos fallecieron en las dos décadas posteriores en acciones esporádicas de guerrilla contra los galos, a pesar de que los incidentes de importancia fueron escasos a partir de mediados de la década de 1770[7]. «Se convirtió en un buen francés», escribió José Bonaparte de su padre, «al ver las ventajas que tenía para su país la unión con Francia»[8]. Carlo fue designado representante de la

nobleza corsa en París en 1777, lo que le permitió visitar a Luis XVI en Versalles en dos ocasiones.

Se ha afirmado que Napoleón, que se definió como un férreo nacionalista corso durante toda su adolescencia, despreciaba a su padre por haber cambiado de bando, pero no hay más prueba que los amargos exabruptos de su compañero de escuela y secretario Louis Antoine de Bourrienne, al que había tenido que despedir dos veces por sendos desfalcos de importancia.

En 1789 Napoleón sí que se dirigió a Paoli denunciando a los corsos que cambiaron de bando, pero sin referirse a su padre, para entonces ya fallecido. También eligió para su hijo el nombre de Charles, algo incomprensible si hubiese pensado que su padre era un traidor. Los Bonaparte eran una familia ambiciosa, esforzada y muy unida, formada por lo que más tarde Napoleón denominaría *petit gentilshommes*, y entendían que estar en el lado erróneo en la historia no podía suponerles nada bueno.

La dominación francesa sobre Córcega acabó siendo relativamente liviana. Marbeuf trató de persuadir a la élite local de los beneficios del gobierno de Francia, y Carlo fue uno de los primeros beneficiarios. Si Paoli fue uno de los modelos tempranos de estadista, Carlo personificó precisamente a aquellos cuya disposición a colaborar con Francia, sin ser franceses, sería vital para el fluido gobierno del imperio napoleónico.

Carlo era alto, apuesto, popular y un hábil jinete. Hablaba bien francés, conocía el pensamiento ilustrado de Locke, Montesquieu, Hume, Rousseau y Hobbes, y redactaba ensayos volterianos escépticos sobre la religión organizada, que difundía en privado[9].

Napoleón le describiría como «manirroto» más adelante, y desde luego gastaba más de lo que le permitían sus irregulares ingresos, cargando a la familia de deudas[10]. Auque fue un padre cariñoso, también fue débil, insolvente con frecuencia, y un tanto frívolo. Poco heredó de él Napoleón, más allá de sus deudas, sus ojos grises azulados y la enfermedad que le llevaría finalmente a la muerte temprana. «Debo a mi madre, afirmó, tanto mi fortuna como todo aquello de algún valor que he llevado a cabo»[11].

Maria-Letizia Ramolino, como fue bautizada, era una mujer atractiva, de voluntad firme y absolutamente iletrada, procedente de una buena familia; su padre fue gobernador de Ajaccio y, como tal, inspector de carreteras y puentes de

Córcega. Su matrimonio con Carlo Buonaparte el 2 de junio de 1764, a los 18 años, fue concertado por sus padres. (El incendio de los archivos de la ciudad durante la Revolución Francesa no permite concretar su edad exacta en aquel momento). No se casaron en la catedral porque Carlo se consideraba a sí mismo un ilustrado secularizado, aunque el arcediano Luciano alteraría posteriormente los registros eclesiásticos para incluir una ceremonia nupcial, un indicio temprano de la inclinación de los Bonaparte por alterar los documentos públicos[12]. La dote de Letizia fue tasada en unos elevados 175.000 francos, que incluían una fragua y la vivienda adyacente, un apartamento, una viña y 8 acres de tierras. Esta suma logró sobrepasar el amor que se cree que el voluble Carlo sentía por otra mujer en el momento de casarse[13].

Letizia dio a luz a 13 hijos entre 1765 y 1786, de los cuales 8 superaron la infancia, cifra bastante habitual en la época; entre ellos, con el tiempo, habría un emperador, tres reyes, una reina y dos princesas soberanas. Aunque Napoleón no le tenía mucha simpatía cuando le golpeaba por portarse mal –en una ocasión, por hacer burla a su abuela–, el castigo corporal era una práctica corriente, y solo tuvo para ella palabras de admiración y amor sincero. «Mi madre fue una mujer extraordinaria, una mujer de gran coraje y capacidad», dijo al general Gourgaud en la última época de su vida. «Su ternura era severa; tenía la cabeza de un hombre en el cuerpo de una mujer». Esto, dicho por Napoleón, era una enorme alabanza. «Fue una matriarca –añadió–, ¡rebosaba inteligencia!»[14]. Una vez en el poder fue generoso con ella, regalándole el castillo de Pont junto al Sena y otorgándole una pensión anual de un millón de francos, de la que ahorró la mayor parte. Cuando alguien le reprochaba su notoria frugalidad, respondía; «Quién sabe, igual algún día tengo que buscar el pan para todos esos reyes que he dado a luz»[15].

Antes de que naciese Napoleón fallecieron dos de sus hermanos, siendo niños, y la inmediatamente posterior, Maria Anna, solo alcanzó los 5 años. Su hermano mayor, Giuseppe –que más tarde afrancesaría su nombre a Joseph–, nació en enero de 1768. Después vendrían Luciano –Lucien– en marzo de 1775, Maria Anna –Elisa– en enero de 1777, Louis –nombre de reyes en Francia, significativamente– en septiembre de 1778, Maria Paola –Paulina– en octubre de 1780, Maria Annunziata –Carolina– en marzo de 1782 y Girolamo –Jérôme– en noviembre de 1784. Letizia no tuvo más hijos a partir de los 33 años, cuando

Carlo falleció –con 38–, pero Napoleón aventuró que, si su padre hubiese vivido más, habría tenido veinte[16].

Una de las características más repetidas de su correspondencia es la preocupación constante y profunda por su familia. Ya se tratase de las propiedades de su madre en Córcega, de la educación de sus hermanos o de las propuestas matrimoniales de sus hermanas, buscó de continuo proteger y promocionar al clan Bonaparte. «Eres el único hombre en el mundo por el que siento un afecto sincero y duradero», escribió en una ocasión a José[17]. La tendencia persistente a promocionar a su familia dañaría en gran medida sus propios intereses con el correr de los años.

El origen corso de extracción italiana de Napoleón sería una fuente interminable de insultos para sus detractores. Uno de sus primeros biógrafos ingleses, William Burdon, afirmó al referirse a sus antecesores italianos: «A ellos se puede atribuir la fiereza oscura de su carácter, que tiene más de italiano traicionero que de la vivacidad y tolerancia francesas»[18]. De forma parecida, en noviembre de 1800, el periodista inglés William Cobbett le definió como un «advenedizo plebeyo de la despreciable Córcega». Cuando el senado francés le propuso como emperador en 1804, el conde Jean Denis Lanjuinais bramó: «¿Cómo? ¿Vais a consentir entregar vuestro país a un jefe salido de una raza de origen tan ignominioso que los romanos no quisieron ni tenerles como esclavos?»[19]. A causa de su origen corso se asumió que sería proclive a la *vendetta*, pero no hay prueba que demuestre que ningún Bonaparte la pusiese jamás en práctica, y Napoleón fue notablemente benigno con muchos de los que le traicionaron, como su embajador Talleyrand o su ministro del Interior Fouché.

Napoleón padeció en su infancia una tos seca persistente, que pudo ser una forma leve de tuberculosis sin diagnosticar; en la autopsia, el pulmón izquierdo mostró signos que lo prueban, aunque curados tiempo atrás[20]. La imagen popular de alguien frágil e introvertido no casa con el apodo familiar de «Rabulione» –travieso–. Dada la escasez de fuentes fiables, la mayor parte de la infancia de Napoleón debe conjeturarse, pero no cabe duda de que fue un lector tan precoz que causaba sorpresa; pronto aficionado a la historia y las biografías. Letizia afirmó ante un ministro que su hijo «nunca participaba en los entretenimientos de los niños de su edad, los evitaba; se procuró un espacio en la

tercera planta de la casa, donde permanecía solo y no bajaba muy a menudo, a veces ni siquiera para comer con su familia. Allí arriba leía constantemente, sobre todo libros de historia»[21]. Él mismo afirmó haber leído por primera vez la novela de amor y redención de 800 páginas de Jean Jacques Rousseau, *La nueva Eloísa*, a los 9 años, recordando que le abrió «un nuevo mundo»[22].

«No dudo de la influencia de esas lecturas tempranas en sus inclinaciones y carácter juveniles», reflexionaba su hermano José[23], que describió cómo, en la escuela, al ser obligados a agruparse bajo la bandera de Roma o de Cartago, Napoleón intentó cambiarle su puesto, y al final se negó a unirse a los derrotados cartagineses[24]. A pesar de ser 18 meses más joven que José, siempre tuvo una voluntad más firme que la de este. Más tarde Napoleón conminaría a los oficiales más jóvenes a «leer y releer las campañas de Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, Gustavo Adolfo, el príncipe Eugenio y Federico el Grande. Es la única forma de convertirse en un gran capitán»[25].

La historia clásica le proporcionó una enciclopedia de tácticas militares y políticas y un catálogo de citas a las que recurriría durante toda la vida. La inspiración fue tan profunda que en ocasiones, al posar para un retrato, colocaba la mano en el chaleco, a imitación de los togados romanos.

Su lengua nativa fue el corso, un dialecto no muy distinto del genovés. En la escuela aprendió a leer y escribir en italiano, y hasta los diez años no hizo lo propio con el francés, que habló siempre con un fuerte acento corso, cambiando el sonido *ou* por *eu* o *u*, provocando toda clase de burlas en el colegio y en el ejército. El arquitecto Pierre Fontaine, que decoró y acondicionó muchos de los palacios napoleónicos, afirmó que le parecía «increíble que un hombre de su posición» pudiese hablar con un acento tan marcado[26]. Además no era muy competente con la gramática y la ortografía galas, lo que antes de la época de la estandarización lingüística no supuso un problema, y nunca le impidió hacerse entender. Su caligrafía, aunque fuerte y decidida, era más bien un conjunto de garabatos.

La infancia de Napoleón se ha presentado con frecuencia como una vorágine de preocupaciones, pero sus primeros nueve años en Ajaccio fueron sencillos y felices, rodeado por su familia, sus amigos y unos pocos sirvientes domésticos. En años posteriores se comportó con generosidad con su niñera analfabeta, Camilla Illari[27]. Las complicaciones solo surgieron cuando fue enviado a

Francia –al «continente», como lo denominaban los corsos– para convertirse en un oficial burgués.

En 1770 Marbeuf, como parte de su política activa de afrancesamiento de la élite insular, publicó un edicto en el que se hacían extensivos los privilegios de la nobleza francesa a todos aquellos corsos que pudiesen demostrar más de dos siglos de nobleza familiar. El padre de Carlo, Joseph, había sido reconocido como noble por el gran duque de Toscana, y por lo tanto obtuvo el reconocimiento como patricio de Florencia por el arzobispo de Pisa[28]. Aunque los títulos no tenían mucho valor en Córcega, donde el feudalismo no existía, Carlo solicitó el reconocimiento de los Bonaparte como una de las 78 familias nobles de la isla, y el 13 de septiembre de 1771 el Consejo Supremo Corso, tras rastrear los orígenes familiares hasta sus raíces florentinas, declaró su admisión oficial en la nobleza[29].

Por primera vez Carlo podía firmar como «de Buonaparte», sentarse en la asamblea corsa y solicitar acceso a los fondos reales para sus hijos, cuya educación no podría haber costeado por su cuenta.

El estado francés disponía de un fondo para sufragar la educación de hasta seiscientos hijos de aristócratas galos sin recursos, siempre que pudiesen demostrar que eran nobles, que no podían hacer frente a las tasas y que eran capaces de leer y escribir en francés. Napoleón, con 9 años, cumplía dos de los tres requisitos, y fue enviado para superar el último a Autun, en Borgoña, donde comenzaría en enero de 1779 un intenso curso de francés. El conde de Marbeuf en persona envió la solicitud de Carlo a la burocracia francesa, un hecho que más tarde fortaleció el rumor de que era amante de Letizia, y posiblemente padre biológico de Napoleón, libelo falaz extendido por escritores borbónicos e ingleses. Cuanto más buscaba Bonaparte magnificarse, más ingeniosos eran sus enemigos a la hora de desmitificarle. En 1797, cuando aparecieron las primeras biografías del héroe militar de 28 años, el barón de Bourgoing tradujo un libro anónimo inglés titulado *Quelques notices sur les premières années du Buonaparte*. En él se afirmaba que Letizia había «captado la atención» de Marbeuf, y sir Andrew Douglas, compañero de Napoleón en Autun que no había conocido a ningún otro miembro de la familia, atestiguó la veracidad del hecho en una breve introducción[30].

Napoleón apenas prestó atención a este agravio, aunque en una ocasión sí que puntualizó al conocido matemático y químico Gaspard Monge que su madre había permanecido en el bastión de Corte de Paoli luchando contra las tropas de Marbeuf en el momento de su concepción. Siendo emperador se desvió de su camino en una ocasión para mostrar su deferencia al hijo de Marbeuf, y cuando su hija, madame de Brunny, fue asaltada por un grupo de soldados en una de sus campañas, «la trató con la mayor atención, puso a su disposición un piquete de cazadores de su guarda personal, despidiéndola feliz y satisfecha», nada de lo cual habría ocurrido si el padre de madame de Brunny hubiese seducido a su madre y engañado a su padre[31]. También se dijo que Paoli era su padre biológico, un rumor igualmente desdeñado.

La educación de Napoleón en Francia hizo de él un francés. Cualquier otro resultado habría sido sorprendente, teniendo en cuenta su juventud, el tiempo que pasó allí y la superioridad cultural sobre el resto de Europa de la que disfrutaba el país en aquel momento. Su beca de estudios –equivalente al salario de un vicario parroquial– está fechada el 31 de diciembre de 1778, y comenzó con un curso eclesiástico impartido por el obispo de Autun al día siguiente. No volvería a visitar Córcega hasta casi ocho años después. Su nombre aparece en el registro escolar como «M. Neapoleonne de Bonnaparte». El director, el abbé Chardon, recordaba su carácter «pensativo y melancólico. No tenía compañeros de juegos y solía vagar solo… Tenía talento y aprendía rápido… Si le regañaba, respondía en un tono frío, casi imperioso: “Sí, señor, lo sé”»[32]. A Chardon solo le llevó tres meses enseñar a este niño, inteligente y decidido, a hablar y leer en francés, e incluso a escribir textos breves.

Una vez superado el requisito del francés en Autun, en abril de 1779, cuatro meses escasos antes de su décimo cumpleaños, Napoleón fue admitido en la escuela militar de Brienne-le-Château, cerca de Troyes, en la región de Champaña. Su padre se marchó unos días después y, al no existir las vacaciones escolares, no se volvieron a ver en tres años. Napoleón, instruido por los franciscanos, recibió una de las cincuenta becas repartidas entre los ciento diez estudiantes. A pesar de ser una academia militar, Brienne era administrada por los frailes, excepto las enseñanzas marciales, a cargo de instructores externos. Las condiciones eran espartanas; cada estudiante tenía un jergón de paja y una

única manta, pero no sufrían castigos físicos. Cuando sus padres le visitaron, en junio de 1782, Letizia se mostró preocupada por su delgadez.

A pesar de que Brienne no fuese una de las doce escuelas reales fundadas por Luis XVI en 1776, más ansiadas socialmente, proporcionó a Napoleón una educación correcta. Las ocho horas diarias de estudio incluían matemáticas, latín, historia, francés, alemán, geografía, física, poliorcética, armamento, esgrima, danza y música –estas tres últimas, como muestra de que Brienne también era una escuela superior para la nobleza–[33]. Físicamente severa e intelectualmente exigente, la escuela formó a varios generales distinguidos, además de Napoleón, como Louis Nicolas Davout, Étienne Nansouty, Antoine Phélippeaux y Jean Joseph d'Hautopoul. Charles Pichegru, futuro conquistador de Holanda y conspirador realista, era uno de los profesores.

Napoleón destacó en matemáticas. «Para ser un buen general tienes que saber matemáticas –observó–; te sirve para ordenar el pensamiento en mil ocasiones»[34]. Su prodigiosa memoria le fue de gran ayuda. «Algo en lo que destaco es la memoria –presumió–; de niño conocía los logaritmos de treinta o cuarenta números»[35]. Se le permitió asistir a clases de matemáticas antes de la edad mínima, 12 años, y pronto brilló también en geometría, álgebra y trigonometría. La asignatura que más le costó fue el alemán, en el que nunca sobresalió. De forma sorprendente para alguien que adoraba la historia clásica, tuvo dificultades con el latín, aunque por suerte no fue examinado en esa lengua hasta después de 1780, y para entonces ya estaba claro que ingresaría en la armada o en el ejército, y no en la Iglesia. Napoleón también sobresalía en geografía; en la última página de su libro de ejercicios, tras una larga lista de posesiones imperiales británicas, apuntó: «Sainte-Hélène: petite île»[36]. «La historia puede ser, para un joven, la escuela de moralidad y virtud», reza el prospecto escolar de Brienne. Los monjes se adscribían a la visión de la historia de los Grandes Hombres, presentando a la emulación infantil a los héroes del mundo antiguo y moderno[37]. Napoleón tomó prestados de la biblioteca escolar numerosas biografías y libros de historia, devorando las narraciones de Plutarco repletas de heroísmo, patriotismo y virtudes republicanas. También leyó a César, Cicerón, Voltaire, Diderot y Raynal, así como a Eraspo, Eutropio, Livy, Fedro, Salustio, Virgilio y las *72 vidas* del autor del siglo I a. C. Cornelio Nepo, que incluía capítulos sobre Temístocles, Lisandro, Alcibíades y Aníbal. Uno de sus

apodos colegiales, el Espartano, pudo serle impuesto más por su admiración por esta ciudad-estado que por su ascetismo. Era capaz de recitar pasajes enteros de Virgilio, y en clase se ponía de forma natural de parte de su héroe César en contra de Pompeyo[38]. Las obras teatrales de las que disfrutó siendo adulto también tendieron a centrarse en esos héroes antiguos, como Alejandro Magno, Andrómaca o Mitrídates con Racine, o Cinna, Horacio y Atila con Corneille.

Un contemporáneo recuerda a Napoleón retirándose a la biblioteca del colegio para leer a Polibio, Plutarco, Arrio («con gran deleite») y a Quinto Curcio Rufo (por el que tenía «poco gusto»)[39]. La *Historia* de Polibio narra la crónica del auge de la república romana y ofrece un testimonio personal de la derrota de Aníbal y el saqueo de Cartago; las *Vidas paralelas* de Plutarco incluyen esbozos de dos de los héroes napoleónicos, Alejandro Magno y Julio César; Arrio escribió la Anábasis de Alejandro, una de las principales fuentes sobre las campañas alejandrinas; de la obra de Rufo solo ha sobrevivido una biografía de este conquistador. Surge, por tanto, un tema recurrente y profundo en las lecturas de adolescencia de Napoleón. Mientras sus compañeros jugaban en el patio, él leía todo lo que encontraba sobre los más ambiciosos dirigentes del mundo antiguo. Para él, el deseo de emular a Alejandro Magno y Julio César no era algo ajeno; la escuela le abrió la posibilidad de alzarse, algún día, junto a los gigantes del pasado.

Aprendió también a valorar la época de esplendor francesa bajo Carlomagno y Luis XIV, así como las derrotas más recientes en la Guerra de los Siete Años en las batallas de Quebec, Plassey, Minden y la bahía de Quiberon, y las «prodigiosas conquistas de los ingleses en la India»[40]. El fin era crear una generación de jóvenes oficiales imbuidos implícitamente por la creencia en la grandeza francesa, pero también determinados a humillar a Gran Bretaña, en guerra con Francia en América durante casi toda la estancia de Napoleón en Brienne. Con mucha frecuencia la oposición virulenta de Napoleón al gobierno inglés se ha adscrito a un odio ciego o a un espíritu corso de *vendetta*. Sería más preciso contemplarla como una respuesta totalmente racional al hecho de que, en la década de su nacimiento, el Tratado de París de 1763 había separado a Francia de las vastas extensiones –y mercados– continentales de India y Norteamérica, y de que en su adolescencia Gran Bretaña estaba además colonizando Australia activamente. Al final de sus días Napoleón solicitó dos veces vivir en Inglaterra,

y expresó su admiración por el duque de Marlborough y Oliver Cromwell, aunque había sido educado para pensar en Gran Bretaña como en un enemigo implacable. Durante su época de estudiante en Brienne su único héroe vivo, en apariencia, fue el exiliado Paoli. Otro héroe fallecido fue Carlos XII de Suecia, que entre 1700 y 1706 había destruido las fuerzas conjuntas de cuatro estados coaligados en su contra, para marchar después hacia el interior de Rusia y ser derrotado en medio de una catástrofe, que le obligó a exiliarse.

Napoleón también fue muy aficionado a la literatura. Recordó, en sus últimos años, como fue atacado por un cosaco en 1814, durante la batalla de Brienne, muy cerca del árbol bajo el que siendo un estudiante había leído la *Jerusalén liberada*, el poema épico de Tasso sobre la primera cruzada[41]. Idolatraba a Rousseau, que había escrito de forma positiva sobre Córcega, y él mismo redactó un panegírico dedicado al *Contrato social* a los 17 años, adoptando las creencias rousseaunianas acerca del estado como depositario del poder sobre la vida y la muerte de los ciudadanos, el derecho de prohibir los lujos frívolos, y el deber de la censura frente al teatro y la ópera[42]. *La nueva Eloísa*, uno de los libros más vendidos durante el siglo XVIII y que tanto le influyó de niño, sostenía que cada cual debe seguir sus propios dictados, más que las normas sociales, una noción atractiva para cualquier adolescente, y más en particular para un soñador de ambición fiera. El borrador de constitución liberal corsa redactado por Rousseau en 1765 reflejaba su admiración por Paoli, recíproca.

La lectura de Corneille, Racine y Voltaire fue un placer evidente para Napoleón. Su poeta favorito era Ossian, cuyas historias de bardos acerca de las antiguas conquistas gaélicas le sobrecogieron, por sus narraciones heroicas situadas en páramos brumosos y sus batallas épicas en mares turbulentos. Llevó consigo el poema *Fingal* de Ossian durante sus campañas, encargó diversas pinturas con esa temática y le impresionó tanto la ópera *Ossian*, de Jean François Le Sueur, con sus doce arpas orquestales, que nombró a este compositor caballero de la Legión de Honor el día del estreno en 1804. Ese mismo año, asumiendo, como tantos otros en la época, que los celtas y los antiguos galos habían estado estrechamente conectados, fundó la Academia celta para el estudio de la historia y la arqueología gala, que en 1813 se convirtió en la Societé des Antiquaires de France, con sede hoy en el Louvre. No parece que se mostrase

muy desconcertado cuando se descubrió que ese poema épico, en realidad, lo había escrito su aparente descubridor, el fraudulento James Macpherson[43].

En 1781 Napoleón recibió un informe sobresaliente del subinspector de escuelas militares, el caballero de Kéralio, que dos años después le recomendaría para la prestigiosa escuela militar de París, con estas palabras: «Salud excelente, expresión dócil, apacible, confiable y reflexivo. Conducta de lo más satisfactoria; siempre ha destacado por su aplicación en matemáticas… Este chico será un buen marino»[44]. Su clara superioridad intelectual no debió de serle de mucha ayuda para ganarse la popularidad entre sus compañeros, que le apodaron La Paille-au-Nez (Paja en la Nariz), que rimaba con Napoleón dicho en corso[45]. También sufrió burlas por no hablar un francés refinado, por tener un padre que había tenido que certificar su pertenencia nobiliaria, por proceder de una nación conquistada, por tener una cabeza relativamente grande en un cuerpo pequeño y por ser más pobre que la mayoría de sus compañeros. «Era el más pobre de mi clase», dijo a un cortesano en 1811, «siempre tenían dinero para gastar, y yo no. Era orgulloso y tenía cuidado de que no se notase… No sabía sonreír o jugar como los otros»[46]. Más tarde, cuando se extendía al hablar de sus años escolares, recordaba a algunos profesores concretos que le habían gustado, pero a muy pocos compañeros.

Los escolares son muy rápidos a la hora de detectar las diferencias y mofarse de ellas, y con prontitud se dieron cuenta de que el talón de Aquiles de Napoleón era el orgullo desmedido por su tierra nativa. También el abad Chardon se refirió a esto. Era un forastero, un extranjero entre los vástagos de la clase dominante a la que atribuía la opresión sobre sus compatriotas. Las burlas tuvieron el efecto preciso que cualquiera podría esperar de un muchacho vivaz, convirtiéndolo en un orgulloso nacionalista corso, siempre dispuesto a alzarse en defensa de su madre patria. «Su reserva natural –recordaba Bourrienne–, su disposición a reflexionar acerca del yugo sobre Córcega, y las vivencias experimentadas en la juventud sobre las desgracias de su país y su familia, le llevaron a buscar la soledad y a teñir su conducta general de una cierta desazón»[47]. El primer libro que se publicó sobre Napoleón fue obra de Cuming de Craigmillen, monje que enseñaba en Brienne, que lo firmó como «Mr. C.H., uno de sus compañeros». Esta obra, publicada en inglés en 1797, describía a un chico reservado y antisocial que, en palabras de un crítico, era «muy directo en su actitud, valiente,

emprendedor e incluso fiero», cuatro adjetivos que muy bien podrían definirle hasta el fin de sus días[48].

La anécdota más conocida –con diferencia– de sus días de escuela, acerca de una batalla de bolas de nieve en la que participó todo el colegio, probablemente fuese inventada. En el frío invierno de 1783 Napoleón, según se cuenta, organizó simulacros de batallas en torno a fuertes construidos con nieve diseñados por él mismo, durante las que ejercía un día el mando de las fuerzas atacantes, y al día siguiente, el de las defensoras[49]. Esta historia tiene un difícil encaje con la escasa popularidad que se le presuponía entre sus camaradas, y no aparece entre las notas que Bourrienne entregó a los escritores que redactaron sus memorias, pudiendo ser en definitiva una total invención de estos. «Este combate simulado se prolongó durante quince días», afirman estas memorias, «y no terminó hasta que algunos de los estudiantes, al haber sido mezclada la nieve con grava y pequeñas piedras, recibieron heridas de guerra»[50]. ¿De verdad una escuela iba a permitir que una batalla en la que los alumnos estaban siendo heridos se prolongase durante dos semanas?

El 15 de junio de 1784 Napoleón escribió la primera de las 33.000 cartas, que le han sobrevivido, a su medio tío Joseph Fresch, hijo del segundo marido de la madre de Letizia. En ella explica que su hermano Joseph no debería convertirse en soldado, porque el «Gran Diseñador de todo destino humano no le ha dado, como a mí, un amor claro por la profesión militar»; añadiendo: «No tiene el valor para arrostrar los peligros de la acción, su salud es endeble… y mi hermano ve la profesión militar solo desde el punto de vista de la guarnición»[51]. Si Joseph elige ingresar en la Iglesia, opinaba, el obispo de Autun, pariente de Marbeuf, «le otorgaría un jugoso porvenir, y seguro que acabaría siendo obispo. ¡Qué oportunidad para la familia!». En cuanto al ingreso en la infantería, Napoleón se preguntaba, «¿Qué es un desdichado oficial de infantería? Las tres cuartas partes del tiempo, nada más que un haragán». La carta de tres páginas, hoy en la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York, contiene al menos una falta de ortografía en cada línea –*Saint Cire* por Saint-Cyr, *arivé* en lugar de arrivé, *écrie* por écrit, y más– y está plagada de errores gramaticales. Pero la caligrafía es clara y legible, y se cierra con la firma «tu humilde y obediente servidor Napolione di Buonaparte». En la posdata escribió:

«Destruye esta carta»; indicación temprana de su preocupación por preparar con cuidado los registros históricos.

Napoleón se presentó a los exámenes finales en Brienne el 15 de septiembre de 1784. Los aprobó con facilidad y al mes siguiente ingresó en la Escuela Real Militar de París, en la orilla derecha del Sena. Se trataba de una institución con mayor relumbrón social que Brienne. La ropa interior se cambiaba tres veces por semana, la alimentación era buena y disponía al menos del doble de sirvientes, profesores y empleados –incluyendo manufactureros de pelucas– que de estudiantes. Se ofrecían además tres servicios diarios en la capilla, comenzando por la misa a las 6 de la mañana. Aunque curiosamente no se impartía ni historia militar ni estrategia, el contenido académico era en gran medida el mismo que en Brienne, con el añadido del uso del mosquete y otras armas, el adiestramiento y la monta. De hecho era una de las mejores escuelas de jinetes de Europa. Muchos de sus edificios permanecen aún hoy en pie, agrupados en torno a 17 patios repartidos por 29 acres de terreno, en el final opuesto al Campo de Marte desde la torre Eiffel. Aparte del Campo de Marte y la escuela en sí, Napoleón no vio mucho más de París en los doce meses que pasó allí, a pesar de conocer en gran medida, por supuesto, la historia y los monumentos de la ciudad, sus defensas, recursos y estandartes arquitectónicos, gracias a sus compañeros y a los oficiales[52].

Napoleón siguió destacando intelectualmente. En Brienne había decidido no incorporarse a la marina, en parte debido al temor materno a que se ahogase o pereciese en un incendio, y al desagrado que le producía la idea de que su hijo durmiese en una hamaca, pero sobre todo porque su aptitud matemática le abría la posibilidad de acceder a una carrera en el mucho más prestigioso cuerpo de artillería. De los 202 candidatos de todas las escuelas militares francesas en 1784, 136 superaron los exámenes finales, y entre estos solo 14 recibieron la invitación para unirse a la artillería, por lo que Napoleón había sido seleccionado como parte de una élite[53]. Fue el primer corso en la Escuela Real Militar, y un cadete hizo de él una caricatura cariñosa en la que el joven héroe se alzaba en defensa de Paoli, mientras un maestro anciano trataba de tirar de él sujetándole por la peluca[54].

Napoleón recibió instrucción del distinguido trío formado por Louis Monge –hermano del químico y matemático Gaspard–, el marqués de Laplace, que

después se convertiría en su ministro del Interior, y de Louis Domairon, que le enseñó la importancia de arengar a las tropas antes de las batallas. (Lejos de su significado en nuestra lengua, que puede implicar una reprimenda prolongada, en francés una arenga significa más bien un discurso inspirador, como el que Shakespeare pone en boca de Enrique V, o Tucídides en la de Pericles, habilidad esta en la que Napoleón sobresalió en el campo de batalla, pero no siempre en las asambleas públicas). En la escuela, Napoleón se encontró con las nuevas ideas sobre artillería introducidas por Jean Baptiste de Gribeauval tras la Guerra de los Siete Años, en la que la derrota había sido, como ocurre con tanta frecuencia en la historia, la madre de las reformas. También estudió el revolucionario ensayo del general y conde Jacques de Buibert, titulado *Essai général de tactique* (1770): «Los ejércitos regulares, una carga para el pueblo, son inadecuados para alcanzar resultados decisivos y elevados en la guerra, y mientras tanto la masa de gente, desentrenada para las armas, degenera. La hegemonía en Europa recaerá en aquella nación que llegue a estar poseída por virtudes viriles, y cree un ejército nacional»[55]. Guibert advertía sobre la importancia de la agilidad, la sorpresa y la movilidad en tiempos de guerra, y sobre la necesidad de abandonar los grandes almacenes de suministros en ciudades amuralladas, en favor de la manutención sobre el terreno. Otro de los principios de Guibert era que la moral alta *–esprit de corps–* era capaz de superar la mayoría de los problemas. Para entonces Napoleón ya había pasado cinco años en Brienne y uno en la escuela, y estaba imbuido del ethos militar, que le acompañaría hasta el final y que empaparía en profundidad su perspectiva y sus creencias. La aceptación de los principios revolucionarios de igualdad ante la ley, gobierno racional, meritocracia, y un nacionalismo agresivo encajaban bien, a su juicio, con ese ethos, cosa que no ocurría con la igualdad de oportunidades, los derechos humanos, la libertad de prensa o el parlamentarismo, por los que tenía muy poco interés. La educación de Napoleón le colmó de reverencia por la jerarquía social, la ley y el orden, y le proporcionó una creencia firme en la recompensa por el mérito y el valor, pero también un gran desdén por los políticos, los abogados, los periodistas y Gran Bretaña.

Tal y como Claude François de Méneval, secretario personal que sucedería a Bourrienne en 1802, escribió más tarde, Napoleón dejó la escuela con «orgullo y un sentimiento de dignidad, instinto bélico, don para las formas, y amor por el

orden y la disciplina»[56]. Todo esto formaba parte del código de un oficial, e hizo de él un profundo conservador en lo social. Como oficial del ejército, Napoleón creía en el control centralizado dentro de una cadena de mando jerárquica identificable, y en la importancia de mantener una moral elevada. El orden en los asuntos de administración y educación era vital. Padecía una repulsión profunda e instintiva hacia todo lo que pareciese una masa amotinada. De estos sentimientos, pocos cambiarían durante la Revolución Francesa ni, de hecho, durante el resto de su vida.

El 24 de febrero de 1785 falleció Carlo Bonaparte, posiblemente de cáncer de estómago, o puede que de una perforación de estómago, en Montpellier, en el sur de Francia, donde había viajado para tratar de mejorar su estado de salud: tenía 38 años. Napoleón, que entonces solo tenía 15, le había visto dos veces en los seis años anteriores, y de forma breve. «La larga y cruel muerte de mi padre había debilitado notablemente sus órganos y facultades –recordaba Joseph–, hasta el punto de que unos días antes de su fallecimiento entró en un completo delirio»[57]. La desconfianza de Napoleón hacia los médicos, que duró toda su vida, bien pudo nacer en esa época, ya que el consejo que dio el doctor a su padre fue que comiese peras. La muerte temprana de su progenitor puede explicar también su empuje y energía incombustibles, porque sospechaba con acierto que su propia vida tampoco sería larga. Un mes más tarde Napoleón describió a su padre, en una carta a su tío abuelo Luciano, como un «ciudadano ilustrado, celoso y desinteresado. Y aun así el Cielo permitió que muriese. ¡Y en qué lugar! A cien leguas de su tierra natal, en un país extraño, indiferente a su existencia, lejos de todo lo que consideraba valioso»[58]. Esta carta es interesante no solo por su plausible amor filial, sino por el hecho de que Napoleón considerase aún a Francia como a un país extranjero. Tras manifestar sus sentidas condolencias, enviaba un saludo cariñoso a su madrina, a su primo e incluso a la sirvienta Minana Saveria, antes de añadir una posdata: «La Reina de Francia ha dado a luz a un príncipe, el duque de Normandía, el 27 de marzo, a las 7 de la tarde»[59]. Lo común entonces era no desperdiciar el costoso papel de carta, pero incluir una noticia al azar en un escrito tan importante resultaba extraño.

A pesar de que el hijo mayor era José, Napoleón rápidamente ejerció como

paterfamilias. «En su familia empezó a ejercitar la superioridad más grande –narró Luis–, no cuando el poder y la gloria le habían elevado, sino desde su juventud»[60]. Realizó pronto sus exámenes finales, quedando en el puesto 42 de 58 candidatos, un resultado nada pobre teniendo en cuenta que lo normal era presentarse tras dos o tres años, y no en uno, como hizo él. Solo entonces pudo dedicarse a su carrera militar, y a los serios problemas financieros que había dejado Carlo. Napoleón admitiría más tarde que eso «influyó en mi mentalidad, y me hizo madurar antes de tiempo»[61]. Carlo había ingresado 22.500 francos anuales como tasador en Ajaccio. Además había redondeado esa cantidad demandando a sus vecinos a cuenta de sus propiedades –incluyendo en una ocasión al abuelo de su esposa–, mientras desempeñaba algunos cargos menores en la administración local. Su gran plan para hacer fortuna, sin embargo, descansaba en un vivero de moreras (*pépinière*), proyecto que generó grandes preocupaciones a su segundo hijo. «La morera aquí crece bien», escribió Boswell en su *Descripción de Córcega*, «y no padece los peligros de las plagas y las tormentas de Italia o del sur de Francia, por lo que en el momento en el que Córcega disfrute de tranquilidad podrá tener seda en abundancia»[62]. En 1782 Carlo Bonaparte obtuvo la concesión de una *pépinière* de moreras en una tierra otorgada anteriormente a su antepasado Gieronimo Bonaparte. Gracias a un préstamo real de 137.500 francos, reembolsable sin intereses en diez años, y a una inversión considerable de sus propios fondos, Carlo pudo plantar un extenso huerto de moreras. Tres años después el parlamento corso revocó la concesión basándose en la falta de mantenimiento, algo que él negó con tenacidad. El contrato expiró formalmente el 7 de mayo de 1786, quince meses después de la muerte de Carlo, dejando a los Bonaparte con la apremiante urgencia de devolver el préstamo, además del mantenimiento cotidiano del huerto, del que seguían siendo responsables.

Napoleón se tomó un permiso prolongado del regimiento en el que estaba a punto de ingresar para resolver el asunto de las moreras, que amenazaba con llevar a su madre a la bancarrota. El miasma burocrático se extendió varios años, y fue tan absorbente que la familia sopesó los primeros rumores de la Revolución bajo el prisma de si serían más o menos favorables para el alivio del préstamo, y de si se podría obtener en el futuro un subsidio agrícola estatal que permitiese olvidarse del asunto[63]. Napoleón jamás pareció tan provinciano

como durante el denominado «asunto de la morera», que amenazaba a su familia con la bancarrota, y se enfrentó a él con vigor. Presionó a todo el que pudo en Córcega y París, enviando numerosas cartas en nombre de su madre, mientras trataba de resolver el problema. Con la misma diligencia envió a su hogar tanto dinero como le fue posible de los 1.100 francos anuales que percibía como subteniente. Letizia, «viuda de Bonaparte», como la describía en sus muchas cartas al interventor general de Francia, estuvo cerca de tener que vender la plata de la familia para hacer frente a un préstamo de 600 francos concedido por un oficial francés[64]. El eclesiástico Luciano salvó a los Bonaparte de los alguaciles en esa ocasión, pero la familia anduvo escasa de recursos de forma crónica hasta la muerte del arcediano en 1791, cuando heredaron sus bienes.

El primer día de septiembre de 1785 Napoleón fue enviado a la Compañía de Bombarderos de Autume de la 5ª Brigada del 1º Batallón del Regimiento de La Fère, ubicado en Valence, en la orilla izquierda del Ródano. Era uno de los cinco regimientos de artillería más antiguos, de gran prestigio[65]. Con dieciséis años fue uno de sus oficiales más jóvenes, y el único corso en incorporarse a la artillería en el ejército francés. Napoleón siempre recordó sus años en Valence como pobres; su habitación solo tenía una cama, una mesa y un armario, y en ocasiones tenía que prescindir de algunas comidas para poder comprar libros, que seguía leyendo con el mismo apetito voraz de antaño. Vivía en parte de la caridad, y siendo Primer Cónsul preguntó en una ocasión a uno de sus ministros del Interior por la dueña de una cafetería que le había invitado con frecuencia en Valence. Tras enterarse de que aún vivía, dijo: «Me temo que no le pagué todas las tazas de café que me sirvió; toma 50 luises [1.000 francos] y dáselos en mi nombre»[66]. Siempre era lento al levantarse para coger la cuenta de los restaurantes. Un contemporáneo recordaba: «Aquellos que comieron con él en las tabernas y los cafés, en esos tiempos en los que no le venía bien saldar cuentas, aseguran que, a pesar de ser el más joven y más pobre, siempre experimentó, sin pedirlo, una especie de deferencia, e incluso de sumisión, del resto de la compañía. Aunque nunca fue tacaño, en esa época siempre estaba muy pendiente de los pequeños gastos»[67]. No podía permitirse olvidar la pesadilla del invernadero.

La lista de libros sobre los que Napoleón redactó notas detalladas entre 1786

y 1791 es extensa, e incluye algunos sobre historia de los árabes, Venecia, las Indias, Inglaterra, Turquía, Suiza y la Sorbona. Anotó también los *Essais sur les moeurs* de Voltaire, la *Historia de Florencia* de Maquiavelo, las cartas de Mirabeau y la *Historia Clásica* de Charles Rollin. También recogía obras de geografía moderna, obras políticas, como la antiaristocrática *Historia crítica de la nobleza* de Jacques Dulaure, y las *Memorias secretas de los Reinados de Luis XIV y Luis XV* de Charles Duclos, llenas de chismorreos[68]. Al mismo tiempo aprendió de memoria poemas de Corneille, Racine y Voltaire, puede que para encandilar a una bella muchacha llamada Caroline de Colombier. «Parecería difícil de creer», afirmaba, rememorando la inocencia de sus paseos por los prados al alba, «pero pasábamos todo el tiempo comiendo cerezas»[69]. Napoleón prosiguió con las lecciones de danza en Valence, posiblemente porque reconocía la importancia para un oficial de ser presentable en sociedad[*]. Cuando, en diciembre de 1808, su entonces destituido maestro de baile, Dautel, le escribió diciendo: «Señor, el que le enseñó a dar los primeros pasos en la sociedad educada apela ahora a su generosidad», Napoleón le procuró un empleo[70].

Fue en Valence, el 26 de abril de 1786, donde Napoleón escribió el primer ensayo de su autoría que se conserva, acerca del derecho de los corsos a resistir frente a los franceses. Ya había finalizado el período escolar, por lo escribió más para sí mismo que para exhibirlo, entretenimiento poco habitual entre los oficiales del ejército francés de la época. Celebrando el sexagésimo primer cumpleaños de Paoli, exponía que las leyes emanaban o bien del pueblo o bien del príncipe para la soberanía de aquel, concluyendo: «Los corsos, siguiendo las leyes de la justicia, han sido capaces de sacudirse el yugo de los genoveses, y harán lo mismo con los franceses. Así sea»[71]. Era un documento sorprendente, incluso traidor, para un oficial del ejército galo, pero Napoleón había idolatrado a Paoli ya en sus años escolares, y desde los nueve hasta los diecisiete años había estado solo en Francia, evocando una Córcega idealizada.

Napoleón fue un escritor frustrado, autor antes de cumplir los treinta y seis años de unos sesenta ensayos, novelas cortas, piezas filosóficas, crónicas, tratados, panfletos y cartas públicas[72]. Tomadas en conjunto muestran su desarrollo intelectual y político, y trazan el trayecto iniciado por un nacionalista corso devoto en la década de 1780 que finalizó siendo un oficial antipaolista

declarado, que en 1793 clamaba por que la revuelta corsa fuese aplastada por la Francia jacobina. Más tarde Napoleón definiría a Paoli como «una buena persona que no traicionó ni a Inglaterra ni a Francia, pero que siempre defendió a Córcega», y como un «buen amigo de la familia», que le había «animado a servir a Inglaterra, donde en aquel momento él me podría haber conseguido un empleo (…) Pero yo preferí hacerlo en Francia, porque hablaba el idioma, tenía la misma religión, me gustaba su actitud y la entendía, y comprendí que el inicio de la Revolución era una buena época para un joven emprendedor»[73]. También afirmó, puede que con menor veracidad, que Paoli le había hecho objeto de «un gran elogio» al comentar: «Ese joven será un día uno de los antiguos de Plutarco»[74].

A principios de mayo de 1786, a la edad de 16 años, Napoleón redactó un ensayo de dos páginas titulado «Sobre el suicidio», que mezclaba el grito angustiado de un romántico nacionalista con un ejercicio de oratoria clásica. «Siempre solo y en medio de los hombres, regreso a mis aposentos para volver a mis ensoñaciones, y para rendirme a la plena vivacidad de la melancolía», escribió. «¿Hacia dónde se vuelven hoy mis pensamientos? Hacia la muerte»[75]. Y después se sentía impulsado a considerar: «Ya que voy a morir, ¿por qué no hacerlo por mi propia mano?». «¡Qué alejados de la naturaleza vagan los hombres!», exclamaba, recogiendo un tropo latino clásico. Exhibiendo una mezcla de arrogancia y autocompasión hamletiana, fundía así cierta filosofía autoindulgente con un nacionalismo corso roussoniano. «Mis compatriotas están cargados de cadenas, mientras besan atemorizados la mano que les oprime. Ya no son esos valientes corsos a los que un héroe animaba con sus virtudes; enemigos de los tiranos, de los lujos y de los cortesanos viles. Franceses, no contentos con habernos robado todo lo que amábamos, también habéis corrompido nuestro carácter. Un buen patriota debería morir cuando su patria ha dejado de existir (…). La vida para mi es una carga, porque no disfruto de sus placeres y porque todo me es doloroso»[76]. Al igual que muchos adolescentes torturados a los que atrae la hipérbole romántica, Napoleón decidió no quitarse la vida, pero sus ensayos ofrecen un destello de la evolución de su conciencia. Están escritos siguiendo las convenciones generales clásicas de su época, plagados de proclamas altisonantes y preguntas retóricas, e irían puliendo el estilo literario que después caracterizaría sus proclamaciones y discursos.

Sus creencias y opiniones religiosas comenzaron a estabilizase a los diecisiete años, y no variaron mucho desde entonces. A pesar de haber sido educado por monjes, nunca fue un verdadero cristiano, y no creía en la divinidad de Jesús. Sí que lo hacía en un cierto poder divino, pero con una interacción limitada con el universo, más allá de la creación. Alguna vez se le vio persignarse antes de una batalla[77], y conocía, como es evidente, la utilidad social de la religión. Pero en las creencias personales era básicamente un escéptico ilustrado. En septiembre de 1780, a los once años, se presentó a un examen oral público en el que se le pidió que hablase de los cuatro milagros más importantes realizados por Cristo y de otras cuestiones acerca del Nuevo Testamento. Recordando ese examen afirmó: «Me escandalizó escuchar que los hombres más virtuosos de la antigüedad arderían por siempre por no haber seguido una religión de la que nunca habían oído hablar»[78]. Cuando, con quince años, un sacerdote se ofreció para confortarle tras la muerte de su padre, lo rechazó. Más tarde, en un artículo inédito, atacó a un ministro protestante de Génova que había criticado a Rousseau, acusando al cristianismo de permitir la tiranía por prometer la vida eterna, separando a la humanidad de su deseo de perfeccionar la vida terrena e insistiendo en un gobierno dedicado a «asistir al débil frente al fuerte, y permitiendo así a todos disfrutar de una dulce placidez, camino para alcanzar la felicidad»[79]. Solo el contrato social –el acuerdo entre el pueblo y la autoridad estatal– podría asegurar la felicidad. Además del citado ensayo de 15.000 palabras, Napoleón escribió «La liebre, el perro y el cazador», una breve fábula cómica en verso inspirada en La Fontaine, en la que aparece un perro llamado César que recibe un disparo del cazador justo antes de atrapar a una liebre. El último verso dice:

«Estoy de acuerdo con la opinión de que a los que se ayudan, ayuda Dios»[80].

El siguiente texto en prosa que se conserva solo tiene una página. Fechado el jueves 22 de noviembre de 1787, escrito en el hotel de Cherburgo, en lo que hoy es la calle Vauvilliers junto a Saint-Honoré en París –a la que se dirigía para atajar el asunto del invernadero– se titula «Encuentro en el Palais Royal». Esta nota, escrita para sí, narra su encuentro con una prostituta a la que recogió en una zona de mala nota del centro de la capital, poblada de casas de juego, restaurantes y joyerías:

> Acababa de salir de la Ópera Italiana y caminaba a buen paso por las callejuelas del Palais Royal. Mi ánimo, agitado por los sentimientos vigorosos que le son naturales, era indiferente al frío, pero, cuando se apaciguó, sentí el rigor del clima y me refugié en las galerías. Al atravesar las puertas de metal mis ojos se detuvieron en una persona del otro sexo. La hora de la noche, su figura y su juventud no me dejaron duda de su ocupación. La miré y se detuvo, no con el aire imprudente común a las de su clase, sino de un modo que armonizaba con el encanto de su aspecto. Aquello me impactó. Su timidez me envalentonó y le hablé. Le hablé yo, que soy más sensible que nadie al horror de su condición, que siempre me había sentido manchado incluso por mirar a una persona así. Pero su palidez, su fragilidad, su voz suave no me permitieron ni un momento de incertidumbre[81].

Se adentró con ella en los jardines del Palais Royal, y le preguntó si no había «una ocupación más acorde con su salud», a lo que ella replicó: «No, señor; hay que vivir». «Estaba admirado; al menos me había dado una respuesta, éxito que hasta entonces no había logrado». Le preguntó de dónde era (Nantes), cómo había perdido la virginidad («Un soldado me echó a perder»), si estaba dolida por eso («Sí, mucho»), cómo había llegado a París y, finalmente, tras toda una batería de preguntas, si querría acompañarle a sus aposentos, para «entrar en calor, y que pudiese cumplir con sus deseos»[82]. Termina el texto afirmando: «Llegados a ese punto no tenía intención de dejarme llevar por los escrúpulos. La había tentado para que no pensase en huir cuando la presionase con las razones que había expuesto ante ella, y no quería que empezase a fingir una honestidad que yo había querido demostrar que no poseía»[83]. Aunque no estaba buscando un encuentro de esa naturaleza, el hecho de que considerase que era digno de mención sugiere que esa pudo ser la ocasión en la que perdió la virginidad. El método de conversación de descargar una andanada de preguntas era puro Napoleón.

Pocos días después, aún en París, comenzó a escribir una historia de Córcega, que abandonó a las pocas líneas. En su lugar se aplicó a redactar un ensayo retórico y declamatorio titulado «Paralelismo entre el amor a la gloria y

el amor a la patria», bajo la forma de una carta a una joven dama innominada, en la que defiende con ardor el primero. El amor a la gloria se ejemplifica con la historia militar francesa –menciona a los mariscales Condé y Turenne–, pero también se citan con profusión Esparta, Filipo de Macedonia, Alejandro, Carlomagno, Leónidas y al «primer magistrado, el gran Paoli»[84].

En septiembre de 1786, tras una ausencia de casi ocho años, Napoleón volvió a Córcega y se encontró por primera vez con sus tres hermanos menores. Fue el primero de cinco viajes a su hogar entre 1786 y 1793, algunos prolongados durante varios meses, sobre todo para poner en orden los problemas heredados de su padre. El 21 de abril de 1787 escribió al ministro de Guerra solicitando una baja pagada de cinco meses y medio «para recuperar la salud»[85]. O era un buen actor o tenía un doctor maleable, porque, aunque no estaba enfermo en realidad, adjuntó los certificados médicos precisos. No volvería durante casi un año. Esta larga ausencia de su regimiento se debe contemplar en el contexto de un ejército en tiempo de paz, en el que dos tercios de sus oficiales de infantería y tres cuartos de los de caballería abandonaban sus regimientos en invierno[86]. Para entonces Joseph se había visto forzado a abandonar cualquier esperanza de ingresar en el ejército o en la Iglesia para ayudar a su madre a hacerse cargo de la familia, pero había asistido a un curso de derecho en la Universidad de Pisa en 1788. Todos los hermanos menores permanecían aún en la escuela, y Lucien mostraba ya signos de inteligencia y ambición.

A finales de mayo de 1788 Napoleón estaba acantonado en la Escuela de Artillería de Auxonne, al este de Francia y no lejos de Dijon. Allí, como cuando permaneció con su regimiento en Valence, solo comía una vez al día, a las 3 de la tarde, ahorrando así dinero para enviárselo a su madre; el resto lo gastaba en libros. Se cambiaba de ropa cada ocho días. Estaba determinado a proseguir con su exhaustivo programa autodidacta de lecturas, y sus voluminosos cuadernos de notas de Auxonne están repletos de referencias a la historia, geografía, religión y costumbres de los pueblos más prominentes de la antigüedad, incluidos los atenienses, los espartanos, los persas, los egipcios y los cartagineses. Tratan de las mejoras modernas en la artillería y la disciplina de los regimientos, pero también mencionan a la República de Platón, a Aquiles e, inevitablemente, a Alejandro Magno y a Julio César.

La Escuela de Artillería estaba dirigida por el general y barón Jean Pierre du

Teil, pionero en las últimas técnicas de esa disciplina. Napoleón recibía nueve horas diarias de clase de teoría bélica, y matemáticas avanzadas todos los martes. La importancia de la artillería se iba reconociendo cada vez más, debido a los avances en metalurgia, que habían permitido que un cañón fuese igual de eficaz con la mitad de peso; una vez que las armas pesadas se convirtieron en móviles en el campo de batalla sin perder potencia ni precisión, fueron un factor decisivo para ganar combates. Las favoritas de Napoleón –sus «chicas guapas», como las denominaría más tarde– eran las de 5,5 kilos, relativamente móviles[87]. «Creo que todo oficial debería enrolarse en la artillería», llegaría a decir, «porque es el cuerpo que produce la mayoría de los buenos generales»[88]. No era solo autocomplacencia; los comandantes de artillería de Francia en su época incluían a grandes generales como Jean-Baptiste Éblé, Alexandre-Antoine Sénarmont, Antoine Drouot, Jean de Lariboisière, Auguste de Marmont y Charles-Étienne Ruty.

«No hay nada en la profesión militar que no pueda hacer yo mismo», alardeaba. «Si no hay nadie que sepa hacer dinamita, yo puedo; carros para los cañones, sé construirlos, si se trata de fundir un cañón, puedo, si hay que enseñar los detalles de la táctica, puedo enseñarlos»[89]. Todo eso se lo debía agradecer a la escuela de Auxonne. Ese agosto estaría encargado de mostrar a doscientos hombres la viabilidad de hacer estallar carcasas explosivas con cañones pesados en lugar de con morteros. Su informe recibió alabanzas por la claridad expositiva, y sus memorándum militares eran concisos e instructivos, enfatizando la importancia de tomar la iniciativa ofensiva.

Pocos días después de finalizar el experimento con los cañones pesados, Napoleón redactó el primer párrafo de su «Dissertation sur l’Autorité Royale», que exponía cómo el régimen militar era un sistema de gobierno preferible a la tiranía, concluyendo sin ambigüedades: «Hay muy pocos reyes que no se merezcan ser derrocados»[90]. Su postura era autoritaria, pero también subversiva, y le podrían haber puesto en un aprieto si se hubiesen publicado con su nombre, incluso en la cada vez más caótica situación política francesa previa a la toma de la Bastilla. Por fortuna, poco antes de que enviase la «Dissertation» a un editor llegaron las noticias de que Étienne Charles de Loménie de Brienne, ministro de Finanzas de Luis XVI al que estaba dedicado el ensayo, había sido cesado. Napoleón desistió de inmediato de su publicación. Su grafomanía llegó a

la redacción de unas regulaciones sobre las cantinas de oficiales, que logró extender hasta las 4.500 palabras, con abundancia de alharacas literarias: «En modo alguno la noche puede suponer una sombra para aquel que con celo se opone a aquello que pudiera de alguna forma comprometer su rango o uniforme. El penetrante mirar del águila y las cien cabezas de Argos difícilmente alcanzarían para colmar las obligaciones y deberes de su misión»[91]. En enero de 1789 escribió un melodrama romántico, «El conde de Essex: historia inglesa», que no se encuentra entre sus mayores logros literarios. «Los dedos de la condesa se hundieron en las enormes heridas», comienza un párrafo. «Sus dedos se mancharon de sangre. Gritó y volvió el rostro, pero al mirar de nuevo no vio nada. Aterrorizada, temblando e impactada por un presentimiento terrible, la condesa montó en un carruaje y llegó a la torre»[92]. La narración contiene conjuras asesinas, amor, crímenes, premoniciones y el derrocamiento del rey Jacobo II. Persistiendo en el tono melodramático, escribió en marzo de 1789 un cuento de dos páginas titulado «La máscara del profeta», sobre un soldado-profeta árabe carismático y atractivo, Hakem, que se ve obligado a portar una máscara de plata tras ser desfigurado por una enfermedad. Después de una desavenencia con Mahadi, el príncipe local, Hakem ve cómo sus seguidores son enterrados en pozos de cal, supuestamente a manos de sus enemigos, pero en realidad por su propia mano tras envenenarlos, antes de inmolarse[93]. Es un cuento desasosegante, cargado de violenta angustia adolescente.

Al mes siguiente Napoleón fue enviado a Seurre, a 25 kilómetros del río Saona, como segundo comandante, para contener una revuelta en la que una multitud había asesinado a dos comerciantes de grano. «Dejad que los hombres honrados vuelvan a sus casas», se dice que gritó el joven de 19 años a la multitud, «solo abriré fuego contra el populacho». A pesar de haber cumplido su misión con eficacia, impresionando al general du Teil, la situación política era tal que poco después los amotinados empezaron a atacar edificios públicos y a quemar oficinas de impuestos en la misma Auxonne. Su posición avanzada en provincias permitió a Napoleón asistir a los primeros presagios del enorme acontecimiento político destinado a transformar la historia de Francia, de Europa y la suya propia.

La Revolución Francesa, que estalló el 14 de julio de 1789 con la toma de una prisión estatal, la Bastilla, por parte de una multitud parisina, estuvo

precedida de cinco años de crisis financieras y revueltas, como el breve motín que Napoleón fue enviado a sofocar. Los primeros visos de inestabilidad se remontan a 1783, año final de la Guerra de Independencia americana, en la que Francia había apoyado a los colonos rebeldes en contra de Inglaterra. Hubo protestas también por los bajos salarios y la escasez de alimentos, reprimidas con violencia en abril de 1789, provocando 25 muertos. «Napoleón afirmaba con frecuencia que, al igual que los individuos, las naciones padecen enfermedades, y que la narración de su historia no es menos interesante que la de los padecimientos del cuerpo humano», contaba uno de sus ministros. «El pueblo francés estaba herido en sus intereses más preciados. La nobleza y el clero les humillaban con su orgullo y sus privilegios. El pueblo había sufrido bajo su peso durante mucho tiempo, pero finalmente se sacudió el yugo, y comenzó la Revolución»[94].

Con la convocatoria de los Estados Generales el 5 de mayo, algo inédito desde 1614, parecería que se iba a obligar al rey a compartir al menos parte de su poder con los representantes del Tercer Estado. Sin embargo los acontecimientos posteriores se sucedieron con rapidez, y de forma imprevisible. El 20 de junio los diputados del Tercer Estado, que para entonces ya se calificaban como Asamblea Nacional, se juramentaron para no disolverse hasta que una nueva constitución entrase en vigor. Tres días después dos compañías de la guardia real se amotinaron al no querer enfrentarse a la multitud. La noticia de que Luis XVI estaba reclutando mercenarios extranjeros para acabar con lo que ya era una insurrección empujó al periodista radical Camille Desmoulins a llamar a la toma de la Bastilla, que acabó con la muerte del gobernador, del alcalde de París y de un secretario del Estado. El 26 de agosto la Asamblea Nacional adoptó la *Declaración de los derechos del hombre*, y el 6 de octubre la multitud tomó el palacio de Versalles.

Para ser alguien que más tarde exhibiría una afilada intuición política, Napoleón malinterpretó por completo los estadios iniciales de la Revolución. «Te repito lo que te he dicho», escribió a Joseph el 22 de julio, una semana después de la toma de la Bastilla, «la calma volverá. En un mes no quedará ni rastro de nada. Así pues, si me envías 300 liras [7.500 francos] iré a París para finalizar con nuestro asunto»[95]. En aquel momento Napoleón estaba más preocupado por el asunto del invernadero que por la mayor erupción política en

Europa desde la Reforma. Retomó la escritura de la historia de Córcega, reuniendo el coraje para escribir de nuevo a su héroe Paoli, que permanecía en el exilio en Londres: «Nací cuando la patria estaba pereciendo –declaró con florituras–. Treinta mil franceses fueron vomitados en nuestras costas, ahogando los tronos de la libertad en mares de sangre; ese espectáculo odioso fue lo primero que vieron mis ojos. Los alaridos de los agonizantes, el lamento de los oprimidos, las lágrimas de desesperación rodearon mi cuna desde que nací»[96]. Era un sentimiento extraordinario viniendo de alguien que había jurado servir al rey de Francia cuando fue empleado como oficial. El advenimiento de la Revolución y el retorno de Paoli a Córcega en julio de 1790 no permitirían que la lealtad dividida de Napoleón perdurase. Iba a tener que elegir.

---

[*] Es discutible su pericia como alumno; en 1807 preguntó a la condesa Anna Potocka su opinión sobre sus habilidades en una gala en Varsovia. «Señor –fue la diplomática respuesta–, para ser un gran hombre baila perfectamente» (*Memoires*, ed. Stryjenski, p. 125).

2. REVOLUCIÓN

En cualquier tiempo en el que hubiese aparecido habría jugado un papel prominente, pero la época en la que inició su carrera fue particularmente apropiada para facilitar su encumbramiento.

Metternich, sobre Napoleón

A los veintidós años se permiten muchas cosas que dejan de estarlo pasados los treinta.

Napoleón al elector Federico de Württemberg

«Entre el ruido de timbales, armas y sangre te envío esta carta», escribió Napoleón a Joseph desde Auxonne, donde la revuelta había estallado de nuevo ocho días después de la toma de la Bastilla[1]. Contaba con orgullo a su hermano que el general du Teil había solicitado su consejo frente a esa situación. Napoleón detuvo a 22 personas y dedicó casi una hora a tratar de convencer a los amotinados de que depusiesen su actitud.

A pesar de despreciar a las muchedumbres y de ser técnicamente parte de la nobleza, Napoleón recibió con agrado la Revolución. Al menos en su etapa inicial concordaba con los ideales ilustrados que había absorbido de la lectura de Rousseau y Voltaire. Abrazó su anticlericalismo y no lamentó el debilitamiento de una monarquía por la que no sentía ningún respeto. Además parecía ofrecer a Córcega mayores posibilidades de independencia, y mejores perspectivas de ascender para un joven ambicioso ajeno al dinero y las conexiones. Napoleón pensaba que el nuevo orden social que prometía conduciría al allanamiento de esos obstáculos, y sería edificado siguiendo los principios de la lógica y la razón, verdaderos fundamentos de la autoridad para los filósofos de la Ilustración.

Los Bonaparte eran minoría entre los nobles corsos que apoyaban la Revolución, aunque no «los únicos» en hacerlo, como más tarde reclamaría

Napoleón[2]. Lo que sí parece cierto es que él fue el único graduado de artillería de su promoción en la escuela militar, y uno de los escasos oficiales de ese cuerpo –muchos de los cuales abandonaron Francia en 1789– que suscribió el derrocamiento de Luis XVI. A pesar de que Napoleón cumplió sus deberes militares con lealtad, acabando con las revueltas por la escasez de alimentos en Valence y Auxonne –donde algunos miembros de su propio regimiento se habían unido a los revolucionarios, amotinándose–, fue uno de los primeros en adherirse a la sección local de la revolucionaria Sociedad de Amigos de la Constitución. En Ajaccio su hermano Lucien, de 14 años, cuyo compromiso con el radicalismo político era mucho más profundo y estable, se unió al extremista Club Jacobino[3][*].

El 8 de agosto de 1789, mientras París ardía y gran parte del cuerpo de oficiales de Francia se sumía en el caos, Napoleón obtuvo de nuevo un permiso por enfermedad para volver a Córcega, donde permaneció 18 meses, implicándose activamente en la política insular. Una vez más no existe constancia de que estuviese enfermo en realidad. En su *Descripción de Córcega*, Boswell explica cómo la isla se dividía políticamente entre las ciudades, las nueve provincias y las numerosas parroquias (agrupaciones de iglesias que se empleaban tanto para usos civiles como para los eclesiásticos). El poder del gobernador, basado en la capital, Corte, era limitado. Existía una rivalidad tradicional entre ciudades, pueblos y clanes familiares, y un sentimiento de adhesión muy fuerte hacia la Iglesia católica y el exiliado Paoli. Napoleón se sumergió en este torbellino con gusto, y durante los siguientes cuatro años estuvo más preocupado por la política corsa que por su carrera como oficial francés.

Tan pronto como llegó a Ajaccio, con el apoyo de Joseph y Lucian, conminó a los corsos a adherirse a la causa revolucionaria, ondeando la nueva bandera tricolor y portándola a modo de escarapela en el sombrero, formando clubes patrióticos revolucionarios y organizando un regimiento de voluntarios corsos, confiando en que esta Guardia Nacional se enfrentase algún día a las fuerzas del gobernador. Cuando este clausuró el club y prohibió el cuerpo de voluntarios, la firma de Napoleón encabezó una protesta enviada a la Asamblea Nacional en París[4]. En octubre redactó un panfleto en el que denunciaba al comandante francés de Córcega y criticaba al gobierno insular por ser insuficientemente

revolucionario[5]. Mientras Napoleón dirigía el partido de la Revolución en Ajaccio, Antoine Christophe Saliceti, diputado corso en la Asamblea Nacional, radicalizaba la ciudad de Bastia, de mayor tamaño.

Cuando en enero de 1790 la Asamblea Nacional aprobó un decreto, obra de Saliceti, que apremiaba a la inclusión de Córcega como un departamento francés, Napoleón apoyó la maniobra. Paoli lo denunció desde Londres como una medida dirigida a imponer la voluntad de París. A causa de la visión de Saliceti y Napoleón de París, como una aliada a la hora de llevar la revolución a Córcega, se preveía una ruptura insalvable si Paoli regresaba a la isla. En medio de este politiqueo –Joseph fue elegido como alcalde de Ajaccio en marzo–, Napoleón dedicó las noches a escribir su historia de Córcega y a releer la *Guerra de las Galias* de César, memorizando páginas enteras. Cuando finalizó su permiso por enfermedad solicitó una ampliación; con un número muy reducido de oficiales aún en sus regimientos, el mando al cargo no pudo negarse.

Napoleón dedicó quince meses a reescribir su historia corsa, pero no encontraba un editor. Lo que ha sobrevivido muestra cómo los corsos personifican todas las virtudes de la Roma Clásica, pero son presa de un «inexplicable destino» que les ha mantenido subyugados. En torno a esa época Napoleón escribió también un cuento particularmente violento y rencoroso, titulado «Nueva Córcega», que arranca como una historia de aventuras pero muta en diatriba política, para acabar con un baño de sangre. En él se cuenta cómo un inglés se encuentra con un anciano que le narra las atrocidades que tuvieron lugar en Córcega tras la invasión francesa de 1768. «Dejé a mis hombres para apresurarme a auxiliar a mi desgraciado padre, al que encontré ahogado en su propia sangre», cuenta. «Solo tuvo fuerzas para decirme: “Hijo mío, véngame. Es la primera ley de la naturaleza. Muere como yo, si es menester, pero nunca admitas a los franceses como gobernantes”». El anciano cuenta también cómo encontró el cuerpo desnudo de su madre violada, «cubierto de heridas y en la postura más obscena», e informa: «Mi esposa y tres de mis hermanos habían sido ahorcados en ese mismo lugar. Siete de mis hijos, de los que tres no alcanzaban los cinco años, habían corrido la misma suerte. Nuestra cabaña había sido incendiada; la sangre del rebaño se mezclaba con la de mi familia» y continúa[6]. «Desde aquel momento –afirma el anciano–, he jurado frente a mi altar no perdonar la vida a ningún francés»[7]. Este cuento

espeluznante, escrito por Napoleón cuando tenía 20 años y ejercía de oficial francés, es una fantasía vengadora francófoba. La revancha que desencadena el anciano es apocalíptica; mata a todos los tripulantes de un barco galo, incluyendo el grumete, y afirma: «Arrastramos sus cuerpos ante nuestro altar, y les prendimos fuego. Este nuevo incienso pareció del agrado de la Deidad»[8]. Es evidente que, cuando comenzó la Revolución, Napoleón no fue inmune a la llamada de la violencia.

El 24 de junio de 1790 envió su historia de Córcega al padre Raynal, un influyente intelectual ilustrado cuya *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, publicada de forma anónima y prohibida en Francia en 1770, tuvo un gran éxito popular y generó una extensa polémica, a pesar de su longitud. El sacerdote había sido obligado a exiliarse durante varios años, pero se le invitó a regresar en 1787. En la carta adjunta –fechada el «Año I de Libertad»– Napoleón escribió: «Las naciones se masacran entre ellas por disputas familiares, degollándose en nombre del Legislador Universal, viles sacerdotes codiciosos alimentan su imaginación a través de su amor por lo maravilloso y sus temores»[9]. En el mismo tono melodramático dijo a Raynal: «Acepté con presteza una tarea que animó en mí el amor patriótico, hasta entonces decaído, infeliz, esclavizado». Y añadía, imitando la hagiografía de las glorias corsas de Boswell y Rousseau: «Miro con agrado a mi país, para vergüenza del Universo, servir de asilo para los restos de la libertad romana y los herederos de Catón»[10]. La idea de que los pendencieros corsos eran los auténticos herederos de Marco Porcio Catón, paladín de la libertad en Roma, indicaba más la obsesión romántica de Napoleón por el mundo clásico que una visión histórica práctica. El manuscrito también fue enviado a su antiguo tutor de Brienne, el padre Dupuy, que le sugirió una reescritura completa, consejo que pocos autores reciben con agrado.

El 12 de julio de 1790 la Asamblea Nacional aprobó la Constitución Civil del Clero, que otorgaba control al gobierno sobre la Iglesia y abolía las órdenes monásticas. La obligación sacerdotal de formular el juramento constitucional de lealtad a las instituciones estatales dividió al Primer Estado entre juramentados –los que lo prestaron– y no juramentados, y fue denunciada por el papa Pío VI en mayo. La hostilidad hacia el cristianismo en general, y hacia la Iglesia católica

en particular, animaba la acción de muchos de los revolucionarios.

En noviembre de 1793 la catedral de Notre Dame fue dedicada al Culto a la Razón, y seis meses después el dirigente jacobino Maximilien Robespierre aprobó un decreto que establecía el culto panteísta al Ser Supremo. Así como decenas de miles de aristócratas habían visto cómo les eran arrebatadas sus posesiones y partían al exilio para convertirse en *émigrés*, varios miles de sacerdotes abandonaron también el país. Napoleón apoyó la Constitución Civil del Clero en un panfleto con suficiente carga incendiaria como para que Joseph y él estuviesen en un tris de ser linchados al pasar cerca de una procesión religiosa en Ajaccio poco después de su publicación. En aquella ocasión les salvó un bandido llamado Trenta Coste, que recibió su recompensa puntualmente cuando Napoleón se convirtió en Primer Cónsul[11]. En julio de 1790 Paoli, con sesenta y cinco años de edad y veintidós de exilio, regresó a Córcega. Napoleón y Joseph formaron parte del comité de recepción para la bienvenida. De forma unánime e inmediata fue nombrado Teniente de Córcega y se le eligió para presidir su asamblea y su Guarda Nacional, recientemente constituida.

Paoli juzgó a los Bonaparte como a los hijos de un colaboracionista, y no hizo el más mínimo esfuerzo por conservar su lealtad, a pesar de los esfuerzos evidentes del futuro cónsul por obtener su aprobación. Una de las primeras medidas que tomó fue el traslado de la capitalidad desde Corte a Bastia, para enfado de los habitantes de Ajaccio, entre ellos, los Bonaparte. Según la historia local, Paoli aún albergaba su furia por las críticas de Napoleón hacia la distribución de las tropas cuando visitaron juntos el campo de batalla de Ponte Nuovo, aunque las memorias de Joseph apuntan que Napoleón reservó esas críticas para los oídos de su hermano[12]. Paoli se había convertido, progresivamente, en una figura de culto en Europa en las décadas posteriores a la Ilustración, y los Bonaparte llevaron a cabo grandes esfuerzos para adaptarse a él.

El 15 de septiembre Joseph fue elegido diputado por Ajaccio en la asamblea corsa, y más tarde se convirtió en el presidente del gobierno ejecutivo de la ciudad, también llamado Directorio, pero Napoleón no consiguió ni ser diputado ni obtener un cargo importante en la Guardia Nacional. «Esta ciudad está repleta de malos ciudadanos», escribió a Charles André Pozzo di Borgo, miembro del gobierno insular. «No llegas a comprender su estupidez y mezquindad». Propuso

que tres de los miembros del ayuntamiento fuesen reemplazados. «Esta medida puede ser violenta e incluso ilegal, pero es esencial», escribió, finalizando con una cita de Montesquieu: «Las leyes son como las estatuas de algunos dioses, que en ocasiones tienen que ser embozadas»[13]. En este caso no logró su objetivo.

Al mes siguiente la Asamblea Nacional, convertida ya en el parlamento soberano de Francia, aprobó una moción propuesta por el conde de Mirabeau en la que solicitaba que Córcega, a pesar de formar ya parte de Francia y por lo tanto sujeta a sus leyes, fuese gobernada únicamente por los corsos. En la isla la noticia se recibió con gran alborozo: en todas las iglesias se entonó el Te Deum y Napoleón izó un cartel enorme en la Casa Bonaparte, en el que se leía: «*Vive la Nation, Vive Paoli, Vive Mirabeu*»[14]. «El mar ya no nos separa»[15], clamó a Raynal con su característico estilo hiperbólico, más disculpable en esta ocasión. Pero Paoli no tenía hueco para Napoleón en el nuevo orden político.

Mientras los paolistas se enfrentaban al gobierno de París, los Bonaparte mantenían su lealtad a la Asamblea Nacional y a su sucesora a partir de septiembre de 1792, la Convención. La ruptura con los paolistas fue gradual, con frenazos y retrocesos, pero en la primavera de 1793 ya era completa.

El 6 de enero de 1791 Napoleón asistió a la presentación del Globo Patriótico, un club revolucionario de Ajaccio a imagen de los de jacobinos y girondinos, más moderados, establecidos en París. Ese mismo mes publicó un panfleto político, la «Carta a M. Buttafuoco», acusando a aquel que había sido designado para regir la isla treinta y tres años antes, de ser un traidor y un partidario del «absurdo régimen feudal» y señalando a Paoli por haber sido engañado por Buttafuoco y estar «rodeado de entusiastas», en referencia a los exiliados retornados que deseaban una constitución de estilo británico para Córcega, mientras Napoleón apoyaba la revolucionaria. Paoli, que en aquella época se entendía bien con Buttafuoco, replicó con agresividad al panfleto, retirando su aceptación de la dedicatoria de la historia de Córcega. «La historia no debería escribirse en la juventud, afirmó. Requiere madurez y equilibrio»[16]. Añadió además que no podía devolver el manuscrito porque no tenía tiempo de buscarlo, y desdeñó las solicitudes de Napoleón en ese sentido. La esperanza de Napoleón de convertirse en un escritor de éxito se veía de nuevo obstaculizada, en esta ocasión por el hombre al que había idolatrado durante los mejores años

de su juventud. Más adelante, cuando se propagaron rumores –posiblemente con intenciones políticas, pero tal vez ciertos– de que Joseph había saqueado las arcas de Ajaccio, Paoli no ofreció su ayuda[17].

A pesar de que su permiso había concluido oficialmente el 15 de octubre de 1790, Napoleón no partió de Córcega para unirse a su regimiento hasta el 1 de febrero del año siguiente, llevándose consigo a su hermano Louis, de 12 años, cuya escolarización en Auxonne iba a sufragar. Elaboró certificados de salud, e incluso de clima adverso, para su paciente comandante, que le abonó amablemente tres meses de salario atrasados. Aun así Louis tuvo que dormir en el fondo de un armario junto a la cama de Napoleón, con una mesa y dos sillas como único mobiliario. «¿Sabes cómo me las arreglé?», recordaba Napoleón al hablar de este período, «evitando ir a los cafés o entrar en sociedad; comiendo pan seco y remendándome la ropa para que me durase todo lo posible. Viví como un oso, en mi pequeña habitación, con los libros como únicos amigos (…). Esa fue la alegría y el desenfreno de mi juventud»[18]. Puede que exagerase un poco, pero no mucho. No había nada que valorase tanto como los libros y la buena educación.

Entre febrero y agosto de 1791 Napoleón elaboró un discurso para el premio de ensayo de la Academia de Lyon, con el tema: «¿Cuáles son las verdades y los sentimientos más importantes para que el hombre aprenda a ser feliz?». La Academia y el padre Raynal ofrecían una recompensa de 1.200 francos –más del salario anual de Napoleón– para el mejor escrito. Napoleón dedicó seis meses a escribir su ensayo, en el que denunciaba la vanidad de la ambición, criticando incluso a Alejandro Magno por su arrogancia: «¿Qué hacía Alejandro cuando se apresuró a abandonar Tebas e ir a Persia y después a la India? Siempre afanándose, perdió el buen juicio, creyéndose Dios. ¿Cómo terminó Cromwell? Gobernaba Inglaterra, pero le atormentaban los puñales de las Furias»[19]. De forma probablemente autobiográfica, añadió: «Regresas a casa tras una ausencia de cuatro años; vagas en torno a aquellos lugares en los que jugaste en los años de tu tierna infancia (…) sintiendo el fuego del amor por la patria»[20].

Más tarde Napoleón sostendría que retiró el ensayo antes de que fuese evaluado, pero no es cierto. Los examinadores de la Academia le dieron una calificación baja debido a su estilo demasiado pomposo. Uno de los jueces lo

describió como «demasiado poco interesante, desordenado, inconexo y mal escrito como para mantener la atención del lector»[21]. Años después Talleyrand obtuvo el original de los archivos de la Academia y se lo presentó a Napoleón, quien tras releerlo afirmó: «Su autor debería ser flagelado. ¡Qué cosas más ridículas sostenía, y cómo me molestaría haberlas mantenido!»[22]. «Lo arrojó al fuego, empujándolo con las tenazas» temiendo que, «si se conociese, me expondría al ridículo»[23]. A pesar de haber fracasado, de modo comprensible, en la competición por el premio, mostró una confianza considerable al presentarse a una competición de redacción en lengua francesa.

Esta producción formal es solo una muestra de sus veintidós años de fecundidad literaria. Redactó un «Diálogo sobre el amor», en el que la figura que le representa se denomina «B», y su amigo en la vida real y camarada del acuartelamiento, Alexandre de Mazis, aparece con su nombre propio. Cabe cuestionarse la profundidad de su amistad con Mazis, al que definía como presuntuoso e impaciente en comparación con el sereno y magistral «B». El «Diálogo» sostiene que el amor es un íncubo para la felicidad tanto individual como social, y que la Providencia debería abolirlo para conseguir que todos fuesen felices. Otra composición, «Reflexiones sobre el estado de la naturaleza», argumenta que la humanidad había vivido mejor hasta la irrupción de la sociedad, un concepto sustraído íntegramente a Rousseau.

En junio de 1791 Napoleón fue ascendido a teniente y transferido al 4º Regimiento de Artillería, de nuevo en Valence. De los sesenta y nueve meses que había permanecido en el Regimiento *La Fère*, había pasado no menos de treinta y cinco de permiso, y no tenía intención de cambiar de proceder. «Envíame trescientos francos», escribió a su tío Joseph Fesch al llegar, «esa cantidad me permitirá ir a París. Allí al menos se puede adquirir una buena apariencia y allanar los obstáculos. Todos me dicen que triunfaré. ¿Evitarás que lo consiga por estar apegado a 100 coronas?»[24]. La urgencia y la ambición son inequívocas pero, o bien Fesch se demoró o bien Napoleón descubrió mientras tanto que iban a ser reclutados cuatro batallones de la Guardia Nacional en Córcega, porque solicitó entonces un permiso para trasladarse allí. Su nuevo oficial al cargo, el coronel Compagnon, le denegó dicho permiso de forma comprensible, basándose en que solo había permanecido dos meses en el regimiento.

En los últimos días de junio de 1791 la familia real intentó huir de Francia, y fueron capturados en su carruaje en Varennes, obligados a volver y recluidos en el palacio de las Tullerías. El 10 de julio el emperador austriaco Leopoldo II envió una solicitud de ayuda al resto de casas reales europeas para acudir en auxilio de Luis XVI, su cuñado. En aquel momento Napoleón ya había sido designado secretario de la facción de la Sociedad de Amigos de la Constitución de Valence, y en un banquete en recuerdo del segundo aniversario de la toma de la Bastilla propuso un brindis «por los patriotas de Auxonne», que estaban reclamando que el rey fuese juzgado. «Este país está lleno de ardor y entusiasmo», escribió a un amigo, añadiendo que a pesar de que la Revolución solo podía contar con el apoyo de la mitad de los oficiales de su regimiento, todos los soldados la secundaban[25]. «La sangre sureña corre por mis venas con la velocidad del Ródano –agregaba en la posdata–, por lo que debes disculparme si tienes alguna dificultad para leer este embrollo».

Negándose a tomar el rechazo de su comandante por respuesta, el 30 de agosto se dirigió al general du Teil, que más tarde diría a su hija: «Este hombre posee una gran destreza; su nombre dará que hablar»[26]. Obtuvo un permiso de cuatro meses para ir a Córcega, con la advertencia de que, si no había vuelto para el 10 de enero de 1792, fecha del desfile del regimiento, sería considerado un desertor.

Napoleón encontró Córcega sumida en las turbulencias. Ciento treinta personas habían sido asesinadas desde el comienzo de la Revolución y no se habían recaudado los impuestos. Las angustias financieras familiares, que habían consumido gran parte de su tiempo y esfuerzo desde el fallecimiento de su padre, seis años antes, se habían disipado tras la muerte de su tío abuelo el 15 de octubre de 1791; el arcediano Luciano Bonaparte les había legado su fortuna. El dinero fue de gran ayuda cuando el 22 de febrero de 1792 Napoleón se presentó a las elecciones como asistente, con rango de teniente coronel, en el 2º Batallón de la Guardia Nacional Corsa. Los sobornos fueron constantes, e incluso uno de los tres observadores electorales fue secuestrado el día de las elecciones, y retenido en la Casa Bonaparte hasta que el recuento fue favorable. Matteo, principal opositor de Napoleón y hermano del influyente político Charles André Pozzo di Borgo, fue abucheado durante la campaña electoral por los partidarios de Napoleón, armados. La política en Córcega siempre había sido dura, pero

estas tácticas eran una violación flagrante de los usos habituales y Paoli, que apoyaba a Matteo Pozzo di Borgo, exigió una investigación oficial de lo que denominó «corrupción e intrigas». Fue vetado por Saliceti, que representaba a la Convención de París en la isla, y el resultado se mantuvo. Para entonces ya había pasado enero, fecha límite para que Napoleón volviese a su regimiento. Una sencilla nota en su expediente militar concluye: «Ha abandonado su profesión y ha sido reemplazado el 6 de febrero de 1792»[27].

Las fuertes revueltas por el precio de los alimentos entre enero y marzo de 1792 habían agudizado la crisis política. A principios de febrero se anunció la alianza entre Austria y Prusia, con la soterrada pero evidente intención de derrocar al gobierno revolucionario y restaurar la monarquía. A pesar de que Gran Bretaña no formaba parte de esta coalición, su hostilidad hacia la Revolución también era patente. Con el ambiente bélico, la revolución corsa emprendió un rumbo radical. El 28 de febrero Saliceti ordenó la supresión de los antiguos conventos y monasterios de Ajaccio, Bastia, Bonifacio y Corte, incorporando sus fondos a las arcas del gobierno central. Paoli y la gran mayoría de los corsos se opusieron, y el Domingo de Pascua las tropas de la Guardia Nacional de Napoleón en Ajaccio se enfrentaron con los ciudadanos católicos que querían proteger el monasterio. Uno de sus tenientes murió de un disparo justo a su lado. En cierto momento de estos cuatro días –con sus noches– de confuso alboroto urbano y encontronazos entre los habitantes de la ciudad y la Guardia Nacional, Napoleón intentó sin éxito capturar la ciudadela bien fortificada, en manos de las tropas regulares francesas comandadas por el coronel Maillard, que envió un informe condenatorio al ministro de guerra, acusando la traición. Las carreteras de Ajaccio se llenaron de campesinos que portaban sacos vacíos, anticipando con prontitud el pillaje al que se vería sometida la ciudad.

Paoli tomó partido por Maillard, ordenando a Napoleón, que le obedeció, que abandonase Ajaccio y se dirigiese a Corte. Por fortuna para el corso la denuncia de Maillard quedó sepultada bajo un montón de despachos administrativos mucho más urgentes en el ministerio. Francia había declarado la guerra preventiva a Austria y Prusia, invadiendo los Países Bajos austriacos –la actual Bélgica– el 20 de abril, ocho días después de detectar un posible ataque en

territorio galo desde el noroeste, a la vista del acantonamiento de tropas prusianas y austriacas en Coblenza. Tras el embrollo de Ajaccio Napoleón no podía permanecer en Córcega, pero tampoco podía regresar a Valence, donde era oficialmente un desertor. Así pues, se dirigió a París.

Cuando llegó al ministerio de Guerra en la Place Vendôme, lo encontró sumido en el caos; el nuevo gobierno revolucionario había nombrado y destituido a seis ministros entre mayo y octubre de 1792. Resultaba evidente que nadie había tenido la oportunidad de leer el informe de Maillard, ni existía preocupación por lo que hubiera ocurrido en un territorio provincial tan alejado como Ajaccio, y a nadie parecía importarle que el permiso de Napoleón hubiese expirado oficialmente en enero, antes de su elección para la Guardia Nacional Corsa. En julio de 1792 Napoleón fue ascendido a capitán, recibiendo un año de paga completa, pero sin ser destinado a ningún puesto. Su atrevida demanda de ser ascendido a teniente coronel del ejército regular, basándose en el hecho de que ostentaba ese cargo en la Guardia, fue clasificada como «SR» (sans réponse) por el ministro[28].

Napoleón no se mostró impresionado por lo que se encontró en París. «Los hombres al frente de la Revolución son un grupo mediocre –escribió a Joseph–, cada cual lucha por su propio interés, y busca obtener sus fines perpetrando toda suerte de crímenes; la gente intriga tan vilmente como siempre. Todo esto acaba con la ambición. Da pena pensar en aquellos que tienen la desgracia de participar en los asuntos públicos»[29]. Si la faceta de soldado honesto, apartada del lodazal político, casa mal con la realidad del político intrigante de Ajaccio, no es menos cierto que también supo desenvolverse bien, y hacerlo estratégicamente. Para entonces era ya un revolucionario con todas las consecuencias, como lo atestigua su apoyo al derrocamiento de la monarquía y a la nacionalización de los monasterios corsos. Políticamente había virado hacia el lado extremista jacobino, que parecía ser el ganador. A pesar de que no se vio envuelto personalmente en ninguno de los actos de represión que se estaban llevando a cabo en París mientras la Revolución iba avanzando hacia su clímax, tampoco hay evidencia de que los desaprobase.

El 20 de junio de 1792, cuando una masa invadió las Tullerías capturando a Luis XVI y María Antonieta, forzando al Rey a colocarse el gorro rojo de la

libertad y aparecer en el balcón de palacio, Napoleón estaba en París. Bourrienne se había citado con él en un restaurante en la calle Saint Honoré, y, al ver a una muchedumbre armada dirigirse a palacio, afirma que Napoleón dijo: «Sigamos a la chusma». Tomando asiento en la planicie a orillas del río observaron la histórica escena con –supuestamente bien disimuladas– «sorpresa e indignación»[30]. Dos días después Napoleón describía así la escena a su hermano Joseph:

«Unos setecientos u ochocientos hombres armados con picas, hachas, espadas, pistolas, espetones y palos afilados (…) llegaron hasta el rey. Los jardines de las Tullerías estaban cerrados y 15.000 hombres de la Guardia Nacional los custodiaban. Rompieron las puertas, irrumpieron en palacio, dirigieron el cañón hacia los apartamentos del rey, abatieron cuatro puertas y se presentaron ante el rey con dos escarapelas, una blanca [color de los Borbones] y otra tricolor. Le hicieron elegir. “Elija, dijeron, si quiere reinar aquí o en Coblenza”. El rey se presentó. Se colocó un gorro rojo, y lo mismo hicieron la reina y el heredero. Le ofrecieron al rey una bebida y permanecieron cuatro horas en palacio (…). Todo esto va contra la Constitución y sienta un precedente peligroso. Es difícil prever qué le ocurrirá al imperio en estas circunstancias azarosas»[31].

Bourrienne posteriormente señaló que Napoleón afirmó: «¡Qué locura! ¿Cómo permitieron la entrada a esa gentuza? ¿Por qué no barrieron a cuatrocientos o quinientos a cañonazos? Así el resto se habrían esfumado rápidamente». La humillación a la que fue sometida la familia real en aquella ocasión provocó que decreciese la estima monárquica de Napoleón. Aunque había apoyado el derrocamiento del rey, no podía entender cómo Luis XVI se había dejado humillar mansamente. En cualquier caso, la pareja real tendría apenas dos meses de atropellada libertad.

Austria y Prusia invadieron Francia diez días después, avivando la suposición bien fundamentada de que Luis XVI y su esposa austriaca simpatizaban con la intromisión, y colaboraban con los enemigos de Francia, que ya no ocultaban su deseo de restaurar la autoridad real. El desprecio de Napoleón por lo pusilánime de los Borbones quedó patente de nuevo el 10 de agosto, cuando la muchedumbre arrestó de nuevo al rey y a la reina y masacró a la Guardia Suiza. Dejó su hotel en la rue de Mail para seguir los acontecimientos

desde la casa de un amigo en la Place du Carrousel. De camino, algunos individuos entre la multitud, al ver a un oficial bien vestido, le ordenaron que lanzase vivas a la nación; algo que, décadas después recordó, «como te puedes imaginar, me apresuré a hacer»[32]. La casa de su amigo estaba atestada con las posesiones de los aristócratas que se habían visto obligados a deshacerse de ellas, a un precio irrisorio, antes de abandonar Francia. «*¡Che coglione!*» (¡Qué estúpidos!), exclamó en italiano, al ver desde la ventana del piso superior cómo la Guardia Suiza evitaba disparar contra la multitud a costa, como resultaría más tarde, de sus propias vidas[33]. Cuando él mismo, siete años más tarde, se trasladó a vivir a las Tullerías, mandó borrar los agujeros de bala de ese día.

Napoleón aún permanecía en París a principios de septiembre, cuando 1.200 personas, incluyendo 115 sacerdotes, fueron asesinados en prisión a sangre fría por una muchedumbre. Verdun había sido derrotado ante las fuerzas prusianas invasoras bajo las órdenes del duque de Brunswick el 3 de septiembre, y se había desatado una matanza indiscriminada de supuestos colaboracionistas, que se prolongó durante cuatro días. Más tarde Napoleón trataría de justificar lo ocurrido afirmando: «Creo que las masacres de septiembre pudieron tener un poderoso efecto en el ejército invasor. Vieron cómo en un instante un pueblo entero se levantaba contra ellos»[34]. Afirmaba que los causantes eran «en su mayoría soldados, que tenían la determinación de no dejar enemigos tras ellos». Acerca de los veteranos revolucionarios jacobinos, sostuvo: «Se diga lo que se diga de ellos, no son personajes despreciables. Pocos hombres han dejado una huella en el mundo como la suya»[35]. Él mismo no negó su pasado jacobino cuando gobernó Francia, diciendo: «Todo hombre de espíritu está obligado a serlo en algún momento», y concedió a la viuda y a la hija de Robespierre una pensión anual de 7.200 y de 1.800 francos, respectivamente[36]. Había conocido la situación de primera mano y, como su padre, se había alineado con el bando que parecía destinado a ser el vencedor.

El 21 de septiembre de 1792 Francia se declaró formalmente una República, y la Asamblea proclamó que Luis XVI sería juzgado por colaboración con el enemigo y crímenes contra el pueblo francés. El día anterior la Revolución había sobrevivido gracias a la victoria de los generales François Kellermann y Charles Dumouriez frente al ejército prusiano de Brunswick en la batalla de Valmy, en la región de Champaña-Ardenas, demostrando que las tropas ciudadanas de Francia

podían derrotar al ejército de las potencias contrarrevolucionarias.

A mediados de octubre Napoleón estaba de vuelta en Ajaccio, promoviendo la causa jacobina y retomando su puesto como teniente coronel de la Guardia Nacional Corsa, en lugar del de capitán del 4º Regimiento de Artillería del ejército regular francés. A su llegada encontró un mayor sentimiento antifrancés en la isla, sobre todo tras las masacres de septiembre y la declaración de la República. Aun así permaneció allí, tal y como lo expresó, «convencido de que lo mejor que podía hacer Córcega era ser una provincia de Francia»[37]. Pasó de ser un nacionalista corso a un revolucionario francés, no por haber superado finalmente el acoso escolar, o por motivos relacionados con su padre, ni mucho menos por alguna de las extrañas razones psicosexuales que han proclamado historiadores y biógrafos en fechas recientes, sino simplemente porque la política francesa y corsa habían cambiado profundamente, y su postura con respecto a ellas lo había hecho igualmente. Paoli, que prefería aliarse con los clanes Buttafuoco y Pozzo di Borgo, mayores y más influyentes políticamente que los Bonaparte, se opuso a la República, a la supresión de monasterios y a muchas otras de las medidas revolucionarias que estos apoyaban. Paoli se negó a tomar a Lucien a su servicio, e incluso trató de impedir la vuelta de Napoleón a su puesto en la Guardia Nacional. Para Napoleón era imposible seguir siendo un patriota corso cuando el hombre que lo personificaba les rechazaba a él y a su familia de forma tan absoluta. En los intrincados, intensamente personalistas y cambiantes clanes políticos de Córcega, los Bonaparte estaban perdiendo frente a los paolistas. A través de sus lecturas, su educación, el tiempo pasado en París, y la inmersión en la cultura gala, Napoleón se había imbuido de ideas francesas, incluso mientras fue un celoso nacionalista corso. Era consciente del provincianismo de las preocupaciones insulares comparadas con las ideas universales promovidas por la Revolución, amenazada por una invasión a gran escala por parte de Austria y Prusia. En los meses siguientes Napoleón empezó a verse cada vez más como un francés y menos como un corso. Cuando, años después, un mayor trató de lisonjearlo diciendo: «Sorprende, señor, que a pesar de no ser francés ame usted tanto a Francia, y haya hecho tanto por ella», Napoleón afirmó: «Me sentí como si me hubiese dado un puñetazo. Me volví y le di la espalda»[38].

La alineación entre los Bonaparte y los paolistas se aceleró con la decapitación de Luis XVI el 21 de enero de 1793 y la creación del Comité de Salud Pública en París. Un testigo, presente cuando Napoleón recibió la noticia de la muerte del rey, recuerda haberle oído decir en privado: «¡Oh, desdichados! ¡Pobres desdichados! Acabarán en la anarquía»[39]. Napoleón vio la ejecución del rey –seguida por la de María Antonieta en octubre– como un error táctico. «Si los franceses hubiesen sido más moderados y no hubiesen dado muerte a Luis –opinó después–, toda Europa habría sido revolucionada; la guerra salvó a Inglaterra»[40]. Al mismo tiempo apoyó públicamente lo sucedido y empezó a encabezar sus cartas con el tratamiento republicano: «Ciudadano»[41]. El 1 de febrero Francia declaró la guerra a Gran Bretaña y a Holanda, poco después de que España, Portugal y el reino italiano de Piamonte hubiesen hecho lo propio con Francia. Ignorando el veredicto de Valmy, las monarquías europeas se unieron para castigar a la República regicida. En marzo de 1793 la Convención impulsó el Comité de Salud Pública, que ya en julio se había convertido de facto en el gobierno ejecutivo del país. Entre sus miembros destacaban los jacobinos Robespierre y Louis Saint Just. El 23 de agosto la República Francesa convocó levas masivas, por las que todo hombre capaz entre los 18 y los 25 años era llamado a defender la Revolución y a la *patrie*, aumentando a más del doble el número de soldados del ejército, desde los 645.000 hasta los 1.500.000, uniendo su suerte a la del país. A pesar de que es probable que la guerra hubiese estallado en cualquier caso, la declaración contra Gran Bretaña fue un profundo error; el gobierno tory de William Pitt el Joven –que llegó al poder en 1783 a la sorprendente y tierna edad de 24 años– se oponía para entonces de forma visceral a la regicida Francia[**]. Aprovechando su condición insular, Inglaterra se convirtió con diferencia en el oponente más consistente de la Francia revolucionaria y napoleónica, con la que solo estuvo en paz catorce meses de los siguientes treinta y tres años. «De eso dependemos», diría Pitt al filósofo político Edmund Burke, cuya obra *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* había predicho en fecha tan temprana como 1790 el Reinado del Terror y el auge de un dictador, «para seguir siendo como somos hasta el día del Juicio Final»[42]. Inglaterra vio la oportunidad de emplear su fuerza naval para barrer al comercio francés de los océanos, neutralizar o capturar sus colonias y cimentar su posición como potencia mercantil, tras su humillación en América tan solo una década

antes. Para Pitt y sus seguidores, la oposición infatigable a la Revolución Francesa, y más tarde a la Francia Napoleónica, no eran solo un imperativo moral e ideológico, sino también un acierto geopolítico, al permitir a su país reemplazar a los franceses en la hegemonía mundial. Los partidarios de Pitt fundaron, con ese fin, diversas coaliciones militares en Londres contra Francia, sumando en total al menos siete, mediante subsidios directos entre gobiernos, con lo que Napoleón llamaría «el oro de Pitt»[43].

El mes posterior a la ejecución de Luis XVI Napoleón obtuvo su primer cargo de importancia al ser puesto al frente de la sección de artillería de la expedición enviada para «liberar» tres pequeñas islas sardas del Reino de Piamonte-Cerdeña, a las órdenes del sobrino de Paoli, Pier di Cesari Rocca, al que en privado motejaba como «Trapitos»[44]. El 18 de febrero embarcó junto con la Guardia Nacional Corsa en la corbeta de 22 cañones La Fauvette, integrada en la pequeña flota comandada por el almirante Laurent de Truguet que partió de Bonifacio. Al anochecer del día 23 la isla de San Stefano había sido ocupada. Solo la separaban de las otras dos, La Maddelana y Caprera, unos 700 metros. Napoleón emplazó los cañones de tal forma que pudiesen bombardearlas, lo que hizo al día siguiente. A bordo de La Fauvette, sin embargo, los campesinos de la Provenza que suponían la mayor parte de las fuerzas de Rocca descubrieron que los armados y belicosos sardos que atestaban las costas estaban muy lejos de desear ser liberados. Se amotinaron y Rocca abortó la expedición. Napoleón, furioso, fue obligado a desmontar su cañón y arrojar los morteros al mar.

La primera escaramuza militar de Napoleón fue por lo tanto humillante, a pesar de que si Paoli hubiese reunido a los 10.000 hombres que le solicitó la Convención, en lugar de los 1.800 que consiguió, podría haber sido un éxito. Napoleón se quejó a este de que sus tropas «carecían de todo lo necesario para la campaña; marchaban sin tiendas, sin uniformes, sin capas y sin instrucción en artillería». Añadió que «solo la esperanza en el éxito» les había mantenido en pie[45]. Fue un comienzo desalentador para la carrera del nuevo César, pero le mostró la importancia de la moral, la logística y el liderazgo mejor que todas las lecciones académicas.

En los siguientes cuatro meses el gobierno de Paoli se acercó

progresivamente a Inglaterra –que acabaría ocupando Córcega con su beneplácito el 23 de julio de 1794–, y se alejó por lo tanto de Francia, obligando a Napoleón a mantener sus dos lealtades tanto tiempo como le fue posible, incluso cuando Paoli llamó «serpiente» a Lucien tras una disputa. Las opciones de Napoleón se iban reduciendo, mientras los rebeldes de la muy católica región de Vendée, en la Francia occidental –conocidos como *chouans*–, se alzaban en defensa de los Borbones contra la Revolución atea tras la ejecución del rey; diversos comisarios gubernamentales cruzaban Francia de lado a lado para asegurar la pureza ideológica –según se dijo, llevando con ellos una guillotina portátil[***]– y Paoli fortificaba la ciudadela de Ajaccio.

En una fecha tan tardía como el 18 de abril Napoleón redactó un nuevo panfleto titulado «Discurso a la Convención» en defensa de Paoli, pero ese mismo mes compuso también una «Petición al Ayuntamiento de Ajaccio» conminando a la ciudad a prestar juramento de lealtad a la República. Cuando Saliceti ordenó el arresto de Paoli por traición, se hizo urgente decidir. La ciudad se alzó en armas por su «Babbù» Paoli, y quemó la efigie de Saliceti, talando los «árboles de la libertad» plantados por los republicanos. Solo Bastia, San Fiorenzi y Calvi, que albergaban cuarteles franceses, se mantuvieron del lado republicano.

En abril de 1793, estando ya claro que los jacobinos de Robespierre habían triunfado políticamente en la Convención, el general Dumouriez, copartícipe de la victoria de Valmy y girondino, desertó a la coalición austro-prusiana. La traición de Dumouriez y otras crisis llevaron a Robespierre a ordenar el arresto de los girondinos en pleno, cortando la cabeza a veintidós en treinta y seis minutos, el 31 de octubre. El reinado del Terror había comenzado.

Napoleón trató de unirse a Joseph en Bastia el 3 de mayo, pero fue detenido por los montañeros de Paoli. Poco después fue liberado por campesinos de Bocognano, lugar en el que la familia tenía posesiones, permitiéndole proseguir su camino. El 23 de mayo la Casa Bonaparte en Ajaccio fue saqueada por una turba paolista, aunque, al contrario de lo que se ha afirmado en ocasiones, no fue incendiada (y seguramente tampoco sufrió demasiados daños, teniendo en cuenta que la cuenta de gastos para su reconstrucción cuatro años después solo alcanzó los 131 francos)[46]. El parlamento corso dominado por Paoli proscribió

formalmente a los Bonaparte, aunque no hizo lo mismo con sus treinta primos, sin resistirse a reavivar el infundio sobre Letizia, afirmando que la familia había «nacido del lodazal del despotismo, criada y educada bajo la mirada y a costa de un pachá lascivo, el difunto Marbeuf, perpetuo infame»[47].

El 31 de mayo Napoleón y Saliceti, que en calidad de comisario para Córcega representaba al gobierno jacobino de París, tomaron parte en el intento fallido de recuperar Ajaccio. Al día siguiente Napoleón redactó un artículo, «Memoria de la postura política y militar del departamento de Córcega», en el que terminaba denunciando a Paoli por albergar «odio y resentimiento en el corazón»[48]. Era su nota de despedida a la patria. El 11 de junio de 1793 los Bonaparte dejaron Calvi a bordo del Prosélyte y desembarcaron en Toulon dos días después, acabando con casi dos siglos y tres cuartos de asentamiento en la isla[49]. Con la caída del poder jacobino en Córcega, Saliceti fue obligado también a huir a la Provenza, y a finales de ese mes Paoli reconoció a Jorge III como rey de Córcega[****].

Napoleón nunca rompió la relación con su tierra natal por completo, a pesar de que solo volvería allí una vez, durante unos pocos días, a su vuelta de Egipto en 1799. Cuando ordenó que la isla fuese tomada de nuevo en octubre de 1796 concedió una amnistía general de la que excluyó únicamente a los paolistas más veteranos, que en cualquier caso ya estaban exiliados[50]. Más adelante hablaría «con el mayor respeto de Paoli», que había muerto exiliado en Londres en 1807, pero al tomar tierra en la Provenza el 13 de junio de 1793 sabía que era en Francia donde tendría que labrarse su futuro[51].

Los Bonaparte llegaron a Toulon como refugiados políticos sin apenas más sustento para mantener a una familia, de nueve miembros y huérfana de padre, que los ahorros de Letizia y el modesto sueldo de Napoleón como capitán del 1º Regimiento de Artillería. Dicho de otro modo, Napoleón solo poseía su educación y su ambición para mantenerlos. Se instaló con su familia en La Valette, población a las afueras de Toulon, y se unió a su regimiento en Niza, provisto de un nuevo certificado para justificar su ausencia, en este caso visado solo por Saliceti. Por fortuna el coronel Compagnon necesitaba a cualquier oficial disponible tras la ejecución del rey y el éxodo masivo de la aristocracia; solo catorce de los ochenta oficiales de su unidad permanecían aún al servicio de

la República.

Napoleón fue designado por el general Jean du Teil, hermano menor de su comandante en Auxonne, para organizar los convoyes con pólvora de uno de los cuerpos revolucionarios del ejército francés, el Ejército de Italia. A mediados de julio fue transferido al Ejército del Sur, bajo el mando del general Jean François Carteaux, antiguo pintor profesional que estaba a punto de cercar a los *fédérés* (rebeldes antijacobinos) en Avignon, sede de un importante arsenal. A pesar de que Napoleón no participó de la captura de Avignon el 25 de julio, el éxito logrado sirvió de telón de fondo al que posiblemente fuese su escrito más importante hasta la fecha, el panfleto político *Le Souper de Beaucaire*. Desde enero de 1792 todos sus escritos eran políticos o militares. Su prosa retóricamente florida, que había parecido tan falsa en el contexto de sus fantasías adolescentes, adquirió una grandeza más apropiada cuando la aplicó a los importantes acontecimientos de los que estaba a punto de convertirse en protagonista. Después de 1792 dejó de tomar notas para sus obras literarias, y en su lugar plasmó una descripción del incidente del Domingo de Pascua en Ajaccio, una defensa de su actuación en la expedición a Cerdeña y un proyecto para arrebatar Córcega a los ingleses.

Le Souper de Beaucaire era una narración ficticia de una cena en una posada en Beaucaire, pueblo entre Avignon y Arles, fechada a finales de julio de 1793. Bajo la forma de un debate entre un oficial del ejército en Cartaux, dos mercaderes marselleses y dos ciudadanos de Montpellier y de la cercana Nimes, exponía cómo Francia se encontraba en grave peligro, obligando a apoyar al gobierno jacobino de París, cuya alternativa era la victoria de los déspotas europeos y de la vengativa aristocracia gala. El personaje de Napoleón emitía algunos comentarios bastante optimistas sobre su comandante –«Hoy somos 6.000 hombres, y antes de cuatro días seremos 10.000»– proclamando que en la batalla de Carteaux solo habían muerto cinco soldados, y cuatro habían sido heridos. Lanzaba también predicciones sobre los *fédéres* opositores marselleses. Napoleón no pudo evitar el ataque autorreferencial hacia Paoli, afirmando: «Expolió y confiscó los bienes de las familias más adineradas porque apoyaban la unidad de la República, y declaró enemigos de la patria a todos aquellos que permanecieron en nuestros ejércitos»[52].

El panfleto mostraba a Napoleón como a un verdadero jacobino, que

afirmaba con sarcasmo de los *fédérés*: «Todo aristócrata conocido espera con ansia vuestro triunfo». El resto de comensales intervenían solo en seis ocasiones, principalmente para dar pie a las réplicas jacobinas de los soldados. Al final todos acababan persuadidos por la elocuencia de los militares y bebían grandes cantidades de champagne hasta las 2 de la mañana, «disipando así toda preocupación y cuidado». Cuando Napoleón mostró el manuscrito a Saliceti, que para entonces era el comisario del gobierno en la Provenza, y al hermano menor de Robespierre, Augustin, acordaron que fuese publicado a cargo del erario estatal, mostrándole además como un soldado digno de confianza política a ojos de los jacobinos.

El 24 de agosto Carteaux reconquistó Marsella entre ejecuciones masivas. Cuatro días después el almirante Alexander Hood, al mando de 15.000 ingleses, españoles y napolitanos, atracó en el puerto de Toulon, la mayor base naval de Francia en el Mediterráneo, a petición de los *fédérés* que se habían alzado el mes anterior. Con los lioneses en pie de guerra a favor de la monarquía, la Vendée en rebelión, los ejércitos de España y el Piamonte campando al sur de Francia y las tropas de Prusia y Austria en la frontera del este, reconquistar Toulon era de crucial importancia estratégica. Napoleón fue nombrado jefe de batallón en el 2º Regimiento de Artillería el 7 de septiembre, y la semana siguiente, quizá siguiendo la llamada del coronel de origen corso Jean Baptiste Cervoni, se presentó en el cuartel de Carteaux en Ollioules, al noroeste de Toulon[53].

Allí resultó que uno de los *représentants-en-mission* (comisario político) de Carteaux era ni más ni menos que Saliceti. Carteaux sabía poco de artillería y buscaba a alguien que pudiese hacerse cargo de este cuerpo en el flanco derecho de su ejército, tras la baja de su comandante, el coronel Dommartin, y la ausencia de su segundo, el mayor Perrier. Saliceti y su colega Thomas de Gasparin persuadieron a Cartaux de que designase a Napoleón para el cargo, a pesar de que tenía solo 24 años. Napoleón sospechó que su educación en la escuela militar había sido un factor decisivo en este salto en su carrera. Más tarde afirmó que la artillería carecía de suficientes hombres de ciencia, y que estaba en manos de sargentos y cabos. «Yo entiendo del oficio»[54]. Su juventud pasó desapercibida en un ejército diezmado por la emigración masiva y la guillotina aplicada a la aristocracia, que en el pasado había suministrado a la inmensa mayoría de oficiales. También influyó, por supuesto, que la agenda de

Carteaux fuese supervisada por su aliado Saliceti.

Carteaux –al que Saliceti y Gasparin tildaban en sus informes a París de «incapaz»– disponía de 8.000 hombres en las colinas entre Toulon y Ollioules, además de los 3.000 del general Jean Lapoype en la zona de La Valette. Aun así no planeaba atacar. El 9 de octubre Saliceti y Gasparin habían logrado que Napoleón dirigiese toda la artillería fuera de Toulon. Su papel era central, ya que estaba claro que iba a ser un ataque dirigido por ese cuerpo[*****]. Pronto Saliceti y Gasparin informaron a París de que «Bonna Parte» era «el único oficial de artillería que sabe algo de su función, y tiene mucho trabajo»[55]. Se confundían en lo segundo; no había mucho trabajo para Napoleón. Avanzados los tres meses de sitio, recibió la ayuda de dos asistentes, Auguste de Marmont y Andoche Junot. Marmont procedía de una buena familia, y Napoleón le tenía en gran estima, pero adoraba a Junot, antiguo intendente de batallón en Côte d'Or, desde que una bala de cañón aterrizó junto a ellos mientras le dictaba una carta, salpicándoles de polvo y grava, a lo que Junot fríamente comentó que ya no iban a necesitar utilizar arena como secante[56]. Observando hoy en día el emplazamiento de las baterías de Napoleón sobre Toulon, es evidente lo que tenía que hacer. Hay un puerto interior y otro exterior, y un alto promontorio hacia el oeste que domina ambos, llamado L'Eguillette. «Para hacerse con el puerto», informó Napoleón al ministro de Guerra Jean Baptiste Bouchotte, «hay que hacerse con Eguillette»[57]. Con el fin de arrojar bombas sobre los navíos de la Armada Real en el puerto interior, era necesario capturar Fort Mulgrave –construido por su comandante, primer conde de Mulgrave, y apodado «Pequeño Gibraltar» por su robusta fortificación– que dominaba el promontorio[******]. A pesar de que la importancia del fuerte era evidente para todos, fue Napoleón el que elaboró el plan para capturarlo. El éxito desbloquearía de forma casi inmediata la situación, puesto que una vez expulsada la Armada Real del puerto, la ciudad de 28.000 habitantes no podría ser defendida solo por los *fédérés*.

Napoleón se entregó al proyecto de capturar Fort Mulgrave. Engatusó a las ciudades cercanas para reunir catorce cañones y cuatro morteros, además de tiendas, herramientas y munición. Envió oficiales a Lyon, Briançon y Grenoble, y solicitó al Ejército de Italia que le cediese el cañón que no estaba utilizando para defender Antibes y Mónaco. Puso en marcha un arsenal con 80 trabajadores en Ollioules para fabricar cañones y balas, requisó caballos en Niza, Valence y

Montpellier, y contagió a sus hombres con su actividad frenética. Envió multitud de cartas a Bouchotte con solicitudes, protestas y quejas –porque no había suficiente pólvora, porque las balas no eran del calibre correcto, porque los caballos adiestrados para la artillería se requisaban con otros fines–, llegando en ocasiones al mismo Comité de Salud Pública, pasando por encima de Carteaux y sus inmediatos superiores. Lamentando la «confusión y el derroche» y el «evidente absurdo» de la organización previa a su amigo Chauvet, jefe de *ordonnateur* (intendencia), Napoleón se desesperaba porque «el aprovisionamiento del ejército es cuestión de suerte»[58]. En una carta, propia de él, a Saliceti y Gasparin escribió: «Se puede estar 24 o incluso 36 horas sin comer si es preciso, pero no se puede estar 3 minutos sin pólvora»[59]. Junto a su energía y actividad, las cartas muestran una atención meticulosa a los detalles, desde el precio de las comidas hasta la construcción correcta de empalizadas. Pero, por encima de todo, su mensaje era constante; solo tenía 600 kilos de pólvora, y, si no conseguía más, era imposible iniciar ninguna operación. El 22 de octubre se dirigió al Comité de Salud Pública expresando su «profundo dolor por la escasa atención que se presta a esta sección del ejército», añadiendo: «Tengo que luchar contra la ignorancia y las bajas pasiones que esta provoca»[60].

El resultado de sus quejas, pataleos, requerimientos y maniobras políticas fue que consiguió reunir en muy poco tiempo una fuerte dotación de artillería. Dirigía una fundición en la que se manufacturaban morteros y balas, y un taller de reparación de mosquetes. Consiguió que las autoridades de Marsella le suministrasen miles de sacos de arena; para lograrlo puso en juego considerables dosis de liderazgo, y algo de la amenaza implícita propia de un oficial jacobino durante el Terror de Robespierre. Cuando terminó el sitio Napoleón dirigía once baterías, que sumaban cien cañones y morteros.

Napoleón recibió escaso apoyo por parte de Cartaux, al que acabó despreciando, y contra el que conspiraron Saliceti y Gasparin hasta reemplazarlo por el general François Doppet el 11 de noviembre. Doppet estaba impresionado por su comandante de artillería, e informó a París: «Siempre lo encuentro en su puesto; cuando tiene que descansar se echa en el suelo envuelto en la capa; nunca abandona las baterías»[61]. La admiración, sin embargo, no era mutua, y tras el ataque a Fort Mulgrave el 15 de noviembre, cuando Doppet tocó a

retirada demasiado pronto, Napoleón volvió al refugio y bramó: «El ataque a Toulon ha fracasado porque un [improperio borrado en el siglo XIX] ha tocado retirada»[62].

Napoleón mostró un coraje personal notable en las baterías y refugios de Toulon. En una ocasión tomó un escobillón empapado en sangre de un artillero caído cerca de su posición, ayudando a cargar y disparar el cañón él mismo. Siempre pensó que fue aquello lo que le provocó la sarna. «A los pocos días me encontré padeciendo unos picores insoportables», afirmó después acerca de este «terrible padecimiento»[63]. La irritación cutánea le acompañó durante las campañas de Italia y Egipto, y solo se curó en 1802, cuando su médico, Jean Nicolas Corvisart, le recomendó que tomase baños sulfurosos, «aplicándole tres ampollas en el pecho, que provocaron una saludable crisis. Antes siempre había estado enflaquecido y cetrino; desde entonces he tenido buena salud»[64]. Algunos historiadores afirman que el contacto limitado con el escobillón manchado de sangre no pudo ser la causa real, pero es probable que Napoleón utilizase también los guantes del soldado, lo que incrementaría las posibilidades de una infección dérmica[65][*******].

Durante un ataque a un fuerte exterior que protegía Mulgrave, Napoleón fue herido por un tirador inglés, que le clavó una pica en el muslo. Estaba tratando de penetrar en la batería por la tronera, pero por suerte los refuerzos llegaron de retaguardia, entrando al mismo tiempo. Muchos años después Napoleón mostró a un médico la profunda cicatriz sobre la rodilla izquierda, recordando que «los cirujanos dudaron sobre si al final habría que amputar»[66]. En un libro escrito en el exilio de Santa Helena sobre las guerras de Julio César, Napoleón contrapuso a los dirigentes del mundo antiguo, que estaban bien guarecidos durante las batallas, con los del moderno, concluyendo: «Hoy el comandante en jefe se ve forzado a enfrentarse a las armas a diario, muchas veces bajo el fuego de metralla, y siempre bajo los cañonazos, para supervisar, valorar y dar órdenes, ya que el panorama no es tan amplio como para mantener a los generales lejos del alcance de las balas»[67]. Una de las acusaciones de sus detractores era que Napoleón no fue valiente. «La cobardía fue habitual en Bonaparte en sus últimos años», escribió, por ejemplo, la inglesa Helen Williams en 1815[68]. Es absurdo; los cobardes no se baten en sesenta batallas, ni se acercan a la muerte entre ellas, como Napoleón cuando realizaba misiones de reconocimiento cerca del

enemigo. El número de personas que cayó en combate cerca de él, y la bala que le alcanzó en la batalla de Ratisbona son testigos de su gran valentía física. Las tropas de Napoleón apreciaban su propio coraje y su capacidad para aumentar el ajeno. Cuando los artilleros que trataban de fijar una batería de cañones a tiro de Fort Mulgrave fueron heridos o murieron, Napoleón los bautizó como «Hommes Sans Peur» (Hombres sin temor), recibiendo así nuevas hornadas de voluntarios para proseguir con la labor. Nadie entendió mejor la psicología del soldado raso.

El 17 de noviembre el competente general Jacques Dugommier reemplazó a Doppet, recibiendo después refuerzos que incrementaron las tropas de asedio hasta los 37.000 efectivos. Napoleón sintonizó con Dugommier. A mediados de noviembre había rodeado Fort Mulgrave de baterías, y el día 23 capturó al comandante británico, el general Charles O'Hara, que había tratado de contraatacar en una incursión, topándose con los fusiles franceses. «El general Dugommier luchó con auténtico valor republicano», informó Napoleón refiriéndose a esa acción. «Retomamos la batería… Las armas de la Convención fueron reparadas con la celeridad suficiente como para incrementar la confusión en su retirada»[69]. Era infrecuente poder reparar las armas, con mecanismos de disparo remachados, y más aún hacerlo rápido, por lo que esa afirmación era una muestra del nivel profesional al que Napoleón había hecho alcanzar a sus hombres.

A la una en punto de la mañana del martes, 17 de diciembre de 1793, Dugommier puso en marcha el plan de Napoleón para atacar Toulon. Una columna comandada por Claude Victor Perrin (más tarde mariscal Victor) traspasó la primera línea de defensa de Fort Mulgrave, pero no pudo alcanzar la segunda. Hacia las 3 de la mañana Dugommier lanzó el siguiente asalto de 2.000 hombres en medio de un fuerte aguacero, vientos rápidos y rayos cegadores. Dirigido por Napoleón, cuyo caballo fue abatido cuando lo montaba, y por el capitán Jean Baptiste Muiron, este asalto alcanzó finalmente el fuerte tras un intenso combate hombre a hombre. Tras lograrlo Napoleón bombardeó los navíos de la Armada Real embarcados en el puerto. El recuerdo de la explosión de dos barcos españoles de munición le acompañaría durante el resto de sus días. Décadas después rememoró cómo «el torbellino de fuego y humo procedente del arsenal recordaba a la erupción de un volcán, y los trece navíos ardiendo

asemejaba a esas exhibiciones de fuegos artificiales; los mástiles y la silueta de los navíos quedaba dibujada con claridad por las llamas, que duraron horas y ofrecieron un espectáculo sin parangón». Exageraba –solo dos navíos ardieron, y no toda la flota–, pero el efecto fue, en cualquier caso, dramático. Dugommier envió un encendido informe sobre Napoleón, al que denominó «ese oficial sin par»[70].

Los aliados evacuaron Toulon la mañana siguiente, desatando un pandemónium, sobre todo cuando el general Lapoype tomó las colinas de Faron y comenzó a bombardear la ciudad también desde el límite oriental. Poco después Saliceti y Gasparin ordenaron la ejecución de unos cuatrocientos presuntos *fédérés*, aunque Napoleón no participó en este hecho[71]. Los beneficios que alcanzó por la victoria en Toulon fueron abundantes, y merecidos. El 22 de diciembre fue ascendido a general de brigada e inspector de las defensas costeras entre los ríos Ródano y Var. Saliceti atrajo sobre él la atención de los veteranos políticos Paul Barras y Louis Stanislas Fréron. Por encima de todo, tal y como lo expresó más tarde, Toulon «le hizo confiar en sí mismo»[72]. Había demostrado que se le podían encomendar labores de mando.

Pocas veces en la historia militar ha habido tanto movimiento de generales como en la Francia de la década de 1790; esto significaba que cualquier joven capaz podía avanzar a una velocidad inusitada en el escalafón. El Terror, la emigración, la guerra, las purgas políticas, las caídas en desgracia tras una derrota, la sospecha política o la búsqueda de cabezas de turco, además de los casos normales de renuncia o retiro, significaban que hombres como Lazare Hoche, que era cabo en 1789, podían ser generales en 1793; o como Michel Ney, teniente en 1792, que alcanzó el mismo rango de general en 1796. El auge de Napoleón en el escalafón no fue, por lo tanto, inusual, dadas las circunstancias militares y políticas de la época[73]. Aun así su progreso fue brillante; había pasado cinco años y medio como subteniente, un año como teniente, dieciséis meses como capitán, solo tres meses como mayor y nada de tiempo como coronel. El 22 de diciembre de 1793, tras haber permanecido de permiso 58 de sus 99 meses de servicio –con autorización y sin ella–, y tras menos de cuatro años de servicio activo, Napoleón fue ascendido, a los 24 años, a general.

---

[*] En París los jacobinos y los girondinos, algo más moderados, empezaban a verse como enemigos ideológicos mutuos.

[**] Su padre, William Pitt el Viejo (1708-1778), fue el primer ministro que condujo a Inglaterra a la victoria frente a Francia en la Guerra de los Siete Años.

[***] El primer guillotinado fue un bandolero, en abril de 1792, pero a partir de entonces se convirtió rápidamente en una práctica común para ejecuciones tanto políticas como civiles.

[****] Jorge III, rey de Inglaterra entre 1760 y 1820, por lo tanto durante las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, atravesó frecuentes épocas de demencia. En 1811 se estableció una regencia durante la cual el príncipe, posterior rey Jorge IV, reinó de forma efectiva en su lugar.

[*****] Napoleón, en su lecho de muerte, recordó el apoyo de Gasparin. Legó 100.000 francos a sus descendientes en su testamento, explicando: «Con su protección, Gasparin me defendió de la persecución de los ignorantes generales que dirigían el ejército antes de la llegada de mi amigo Dugommier» (*Testamento y últimas voluntades de Napoleón*, Ed. Jonge, p. 78).

[******] Mulgrave desempeñaría más tarde el cargo de ministro de Exteriores con Pitt, entre 1805 y 1806.

[*******] Independientemente de cómo contrajese esta enfermedad, muy contagiosa y transmitida por los ácaros, no fue el único; *la Gale* era frecuente en todos los ejércitos de la época. En Francia tenía dos sobrenombres; *la Gratelle* (los picores) y el irónico *la Charmante*. «Todos se rascan», recordaba un veterano, y un informe enviado al Comité de Salud Pública afirmaba que había al menos 400.000 sarnosos en el ejército. Napoleón estableció más tarde hospitales específicos para ellos durante sus campañas (Desclaux, *A propos de la Gale*, p. 868; Brice, *The Riddle*, p. 139; Friedman, *Emperor's Itch*, p. 32).

3. DÉSIRÉE

Cuando la masa se hace con el poder, deja de ser masa, y se le llama nación. Si no, entonces se ejecuta a algunos, y se les llama populacho, rebeldes, ladrones y más.

Napoleón, en Santa Helena,
al doctor Barry O'Meara

Yo solo gano batallas, y Josefina, por su bondad, gana los corazones.

Napoleón a su chambelán,
barón Louis de Bausset Roquefort

El 7 de febrero de 1794 Napoleón fue designado comandante de artillería del Ejército de Italia. Había jugado un papel digno pero poco destacado en la campaña de cinco semanas del general Pierre Dumberion contra uno de los aliados de Austria, el reino independiente de Piamonte en el noroeste de Italia –que también dominaba Cerdeña–, que se saldó con tres pequeñas victorias, y en la que se familiarizó con la topografía de las bellas pero potencialmente traicioneras montañas y pasajes de los Alpes Ligures. Combatió mano a mano con el feroz y brillante general André Masséna, cuya campaña de mayo para empujar a los piamonteses hacia Ventimiglia y flanquear las fuerzas de Austria y el Piamonte en el Col di Tenda, le granjeó el sobrenombre de «hijo mimado de la victoria».

La campaña terminó pronto y Napoleón estaba de regreso en Niza y Antibes a principios de verano, cortejando allí a Eugénie Désirée Clary, la hermosa hija adolescente de un fallecido comerciante de telas y jabones realista. La hermana mayor de Désirée, Julie, contraería matrimonio con Joseph Bonaparte el 1 de agosto de 1794, aportando una sustanciosa dote de 400.000 francos, que terminó

de resolver los apuros financieros de la familia. La relación de Napoleón y Désirée fue casi exclusivamente epistolar, y se comprometieron en abril del siguiente año. Un año antes Lucien, de 19 años, se había casado con Christine Boyer, la encantadora pero analfabeta hija de 22 años de un tendero. Lucien había inscrito su nombre adoptivo revolucionario –Bruto– en el certificado matrimonial, siendo el único de los Bonaparte en realizar ese cambio nominativo.

En abril de 1794 Napoleón remitió un plan para la invasión de Italia a través del Piamonte al Comité de Salud Pública. Augustin Robespierre, que estaba asignado al Ejército de Italia, lo llevó a París. Además de estar transcrito –por fortuna con la caligrafía cuidadosa de Junot, en sustitución de la cada vez más ilegible escritura de Napoleón– contenía perlas estratégicas como estas: «Es [Austria] la que debe ser aniquilada; una vez logrado, España e Italia caerán por sí mismas»; y «Nadie puede pensar con frialdad en tomar Madrid. El planteamiento defensivo debe aplicarse a la frontera de España, y el ofensivo a la del Piamonte». Napoleón, ya ansioso partidario en aquella época de la autoridad centralizada, añadía: «Los ejércitos de los Alpes y de Italia deben ser unidos para responder a la misma cabeza»[1].

El mayor Berlier, desventurado jefe de batallón de Napoleón, se llevó la peor parte de su incansable impaciencia, obsesión por el detalle y necesidad de ejecución más rápida y eficiente. «Estoy muy decepcionado por la forma en la que se ha llevado a cabo la carga de las dieciséis unidades [de artillería]», se lee en una carta. «Desearás con toda seguridad responder a estas cuestiones (…) para lo que te doy un plazo de 24 horas». Y otra: «Me sorprende que seas tan lento en la ejecución de las órdenes, siempre hay que repetirte lo mismo tres veces». Ninguna faceta del mando era demasiado pequeña como para ser pasada por alto. «Encarcela al cabo Carli, comandante de la batería», ordenó a Berlier, «que se ausentó para ir a buscar vino a Antibes»[2].

Durante la campaña piamontesa Napoleón recibió la confirmación oficial de su ascenso a general de brigada, que requería contestar a la pregunta: «¿Es noble?». Con sensatez, teniendo en cuenta que el Terror aún persistía, respondió que no, aunque técnicamente mintiese[3]. La decapitación por guillotina de los extremistas partidarios de Hébert el 5 de marzo, y de Georges Danton y Camille Desmoulins el 5 de abril, ambas ordenadas por el Comité de Salud Pública de

Robespierre, mostraron cómo la Revolución devoraba a sus hijos sin remordimientos. Un contemporáneo anotó: «miles de mujeres y niños se sientan en las piedras frente a las panaderías» y «más de la mitad de París sobrevive a base de patatas. El papel moneda no tiene valor»[4]. La ciudad estaba madura para la reacción ante los jacobinos, que habían fracasado estrepitosamente a la hora de llevar el pan y la paz. Con los aliados en retirada en 1794 en España, en Bélgica y a lo largo del Rhin, un grupo de conspiradores girondinos se sintió con la suficiente confianza como para derrocarles y poner fin al reinado del Terror.

Durante seis días de mediados de julio Napoleón participó en una misión secreta ordenada por Augustin Robespierre para informar acerca de las fortificaciones de Génova, reuniéndose durante cinco horas con el agregado de la embajada francesa, Jean Tilly, y persuadiendo al dogo de la necesidad de mejorar las relaciones entre Francia y la ciudad italiana. Se acercó así al círculo político de los Robespierre en el peor momento, puesto que la «reacción de Termidor», dirigida por Barras y Fréron, derrocó a Maximilien Robespierre el 27 de julio (Termidor en el calendario revolucionario). Ambos hermanos fueron guillotinados al día siguiente, junto a otros 60 «Terroristas». Acababa de volver de la boda de su hermano Joseph cuando se enteró de la suerte que habían corrido los hermanos Robespierre mientras estaba en el campamento de Sieg, cerca de Niza, el 5 de agosto. «La suerte del pequeño de los Robespierre me conmovió en cierto modo», escribió a Tilly, «porque le apreciaba y creía en su honestidad, pero aunque hubiese sido mi propio hermano, de haber intentado imponer la tiranía, le habría apuñalado yo mismo»[5].

Naturalmente, la protección que le había otorgado Augustin Robespierre puso a Napoleón bajo sospecha. El 9 de agosto un oficial y diez soldados le arrestaron en su posada en Niza y le condujeron a la fortaleza de la ciudad, antes de ser encarcelado en Fort Carré (Antibes), donde pasaría los siguientes diez días. Ambos lugares habían sido inspeccionados por él de forma oficial en una etapa anterior de su carrera. Saliceti, tomando una comprensible postura de autopreservación, no hizo nada para protegerle; al contrario, arrasó con los papeles de Napoleón en búsqueda de cualquier prueba que pudiese señalarle como traidor[6]. «No se dignó ni a mirarme desde las elevadas esferas de su grandeza», comentó con resentimiento Bonaparte, refiriéndose al que había sido

su compatriota y camarada político durante cinco años[7].

En 1794 la inocencia no era un argumento defensivo frente a la guillotina, al igual que tampoco lo era el probado heroísmo en defensa de la República, por lo que Napoleón se encontraba en una situación de riesgo notable. La razón oficial de su detención había sido que un marsellés sospechaba que el emplazamiento de una batería en la parte opuesta al mar pretendía antes bombardear la ciudad que al invasor. En enero el corso se había dirigido al ministro de Guerra afirmando: «Las baterías para la defensa del puerto de Marsella están en condiciones ridículas. Su disposición es fruto de la absoluta ignorancia»[8]. La verdadera razón, por supuesto, era política; se había beneficiado de la protección de Augustin Robespierre y había redactado un tratado jacobino, *La Souper de Beaucaire*, que Robespierre había contribuido a publicar. «Los hombres pueden ser injustos conmigo, querido Junot», escribió a su fiel ayudante, «pero basta con la inocencia; mi conciencia es el tribunal frente al que mi conducta declara»[9]. El leal pero impulsivo Junot había tramado un plan digno de Pimpinela Escarlata para liberarle de la cárcel, que el prisionero había frenado con sensatez y firmeza: «No hagas nada. Solo conseguirás comprometerme»[10].

Napoleón tuvo la fortuna de que los termidorianos no persiguiesen a sus enemigos con la saña con la que asediaban a los suyos los jacobinos, ni permitiesen las ejecuciones extrajudiciales como las de las Masacres de Septiembre, y fue excarcelado por falta de pruebas el 20 de agosto. Su estancia en prisión no había sido dura en lo físico, y al llegar al poder colocó a su carcelero como asistente en palacio. Una vez libre volvió a su plan para marchar contra Córcega, y a incordiar al desdichado mayor Berlier. También tuvo tiempo de reanudar su noviazgo con Désirée –a la que llamaba Eugénie–, expresándole el 10 de septiembre: «tus encantos y los de tu personalidad se han ganado el corazón de este enamorado»[11]. Para incrementar también los encantos de su inteligencia le envió una lista de libros que quería que leyese, a los que prometió que acompañaría con sus ideas sobre música. Le animó, asimismo, a mejorar su capacidad de memorizar y a «formarse un criterio».

A pesar de que Napoleón contemplaba a las mujeres, en general, como a seres inferiores, tenía ideas claras sobre cómo debían ser educadas para acompañar adecuadamente a los hombres. Interrogó a Désirée acerca del efecto de las lecturas «en su espíritu», y trató de hacerle reflexionar sobre la música

intelectualmente, puesto que eso provocaba «el más dichoso efecto sobre la vida». (Héctor Berlioz afirmaría más tarde que Napoleón era un juicioso entendido en la obra de Giovanni Paisiello, al que los Bonaparte habían contratado en París y Roma, y que había compuesto obras ininterrumpidamente entre 1797 y 1814). Las cartas de Napoleón a Désirée no eran especialmente pomposas, ni siquiera románticas, pero mostraban un interés palpable. Para Désirée era agradable ser el objeto de ese interés, teniendo en cuenta incluso que, a pesar de la nueva informalidad republicana, persistía en tratarla de *vous*[12].

La joven parecía disfrutar de su alegre asedio. «Si pudiese contemplar, señorita», le escribió en febrero de 1795, «los sentimientos que inspiró en mí su carta, se convencería de lo injusto de sus reproches (…). No hay disfrute en el que no quiera incluirla, ni sueño en el que usted no participe a medias. Tenga por seguro que eso de que "la mujer más sensible ama al hombre más frío" es una afirmación injusta, perversa e inicua, en la que no creyó al escribirla. Su corazón la desaprobaba incluso mientras su mano la escribía»[13]. Dirigirse a ella por escrito era, añadía, tanto su mayor placer como la «necesidad más imperiosa» para su espíritu. Contrató para ella una suscripción a una revista sobre el clavicordio, para que pudiese recibir las últimas noticias musicales de París, y le preocupó que su maestra no prestase suficiente atención a sus lecciones de solfeo. Agregó un largo parlamento sobre técnica de canto que sugiere la posesión de amplios conocimientos –o al menos una opinión– acerca de la música vocal. El 11 de abril de 1795 por fin pasó a emplear el tuteo, y le escribió que era suyo «para siempre»[14]. Napoleón estaba enamorado.

El 3 de marzo de 1795 Napoleón partió de Marsella con 15 barcos, 1.174 cañones y 16.900 hombres para reconquistar Córcega de manos de Paoli y los ingleses. Su expedición fue rápidamente diezmada por un escuadrón inglés de quince barcos, con menos armas y la mitad de hombres. Dos barcos franceses acabaron capturados y, aunque no se culpó a Napoleón de la derrota, este marinero de agua dulce por excelencia tampoco aprendió la lección implícita en su intento de oponer a la flota británica una similar pero con una formación naval muy inferior a la de la Royal Navy. Entre 1793 y 1797 Francia perdió 125 barcos de guerra contra 38 ingleses, incluyendo 35 navíos de línea frente a 11

británicos; de estos, en su mayoría por incendio, accidentes y tormentas más que por la acción gala[15]. En la estrategia napoleónica la faceta marítima siempre fue una debilidad; en su larga lista de victorias no figura ninguna en el mar.

Una vez abandonada la expedición, Napoleón estaba técnicamente sin empleo y ocupaba el puesto 139 en la lista de generales por antigüedad. El nuevo comandante del Ejército de Italia, el general Barthélemy Schérer, no quiso tomarlo a su servicio porque, a pesar de ser un experto artillero, era considerado como «demasiado dado a las intrigas para ascender»[16]. Esta afirmación era cierta, desde luego; Napoleón no veía separación entre las esferas política y militar, como sus héroes César y Alejandro. Tan solo ocho días después de desembarcar de la expedición corsa, se le ordenó hacerse cargo de la artillería del Ejército del Oeste dirigido por el general Hoche, emplazado en Brest, que estaba sofocando la rebelión realista en la Vendée.

El gobierno, formado entonces en su mayoría por girondinos supervivientes del Terror, estaba llevando a cabo una violenta guerra sucia en el oeste francés, asesinando a más ciudadanos que durante todo el Terror en París. Napoleón sabía que no encontraría allí la gloria, aunque tuviese éxito. Hoche solo tenía un año más que él, así que las posibilidades de progreso eran escasas. Habiendo combatido a los ingleses y piamonteses, no le atraía la perspectiva de hacerlo contra otros franceses, y el 8 de mayo viajó a París buscando un mejor destino. Llevaba consigo a su hermano Louis, de 16 años, para el que esperaba encontrar una vacante en la Escuela de Artillería de Châlons-sur-Marne, y a dos de sus asistentes, Marmont y Junot (por entonces, el tercero era Muiron)[17].

Una vez instalado en el Hotel de la Libertad de París, el 25 de mayo, Napoleón se presentó ante el ministro de Guerra en funciones, el capitán Aubry, que dejó caer la oferta de dirigir la infantería de la Vendée. «Napoleón lo tomó como un insulto», anotó su hermano Louis, «rechazó el puesto y se dedicó a vivir en París sin trabajar, disfrutando de su paga como general sin destino»[18]. Volvió a alegar enfermedad y subsistió con medio salario, enviando aun así a su hermano a Châlons. También ignoró las alternativas expuestas por el ministro, que le solicitó que presentase alguna prueba de enfermedad, fuese a la Vendée, o se retirase definitivamente. Se tomó con filosofía estos meses difíciles, y escribió a Joseph en agosto: «Estoy poco apegado a la vida (…) y me encuentro de continuo en la misma situación que en el punto álgido de una batalla, convencido

solo por el sentimiento de que cuando uno se topa con la muerte, que termina con todo, la angustia es una estupidez». A continuación añadía un chiste sobre sí mismo, que ha sido despojado de todo ingenio al ser tomado en serio por los historiadores: «Habiendo confiado siempre mi sino a la suerte y al Destino, si esto sigue así, querido amigo, acabaré por no apartarme del camino si viene hacia mí un carruaje»[19].

En la práctica Napoleón estaba dispuesto a disfrutar de los placeres de París. «Aquí el recuerdo del Terror no es más que una pesadilla –escribió a Joseph–. Todos parecen dispuestos a disimular el sufrimiento que han padecido; algunos, también por lo incierto del futuro, a no perderse ni un placer del presente»[20]. Se obstinó por primera vez en adentrarse en la vida social, a pesar de no sentirse cómodo en presencia de mujeres, tal vez en parte a causa de su aspecto; una mujer con la que se cruzó en varias ocasiones en esa época le describió como «el ser más flaco y raro que he visto nunca (…). Tan flaco que daba pena»[21]. Otra le apodó el Gato con Botas[22]. La célebre Laure d'Abrantès, que le había conocido por aquel entonces, aunque seguramente no tan bien como proclamó después en sus insidiosas memorias, le recordaba con «un descuidado sombrero redondo encajado en la frente, el pelo mal empolvado cayendo sobre el cuello de un abrigo gris, sin guantes, porque solía decir que eran un lujo inútil, con las botas de mala factura y mal lustradas, con su delgadez y su complexión cetrina»[23].

No puede sorprender que a Napoleón le incomodasen los salones parisinos a la moda y que tendiese a despreciar a aquellos que los frecuentaban; criticó a los dandis frente a Junot (que más tarde se casaría con Laure d'Abrantès) por su forma de vestir y el ceceo que adoptaban al hablar, y como emperador siempre estuvo convencido de que los anfitriones de los salones de moda en los *faubourgs* apoyaban a sus opositores. Prefería entretenerse con pasatiempos intelectuales antes que sociales; asistía a conferencias públicas y frecuentaba el observatorio, el teatro y la ópera. «La tragedia anima el espíritu», dijo a uno de sus secretarios, «eleva el corazón y puede, y debe, crear héroes»[24].

De camino a París en mayo de 1795 Napoleón había escrito a Désirée que se encontraba «muy afectado al pensar que tengo que estar tan alejado de ti, durante tanto tiempo»[25]. Poseía ahorros suficientes como para sopesar la compra de

una pequeña vivienda rústica en Ragny (Borgoña), contando con los posibles beneficios que cabría obtener del cultivo de cereales; calculaba que el tamaño del salón era cuatro veces mayor que el de la Casa Bonaparte, y lanzaba este consejo prudentemente republicano: «Derribando cuatro o cinco torres, que le dan un aire aristocrático, el *chateau* parecerá poco más que una atractiva y amplia casa familiar»[26]. Habló a Joseph de su deseo de formar una familia. «Vi muchas mujeres bellas, de trato agradable en la casa de Marmont en Châtillon», escribió a Désirée el 2 de junio, con la clara intención de provocar sus celos: «pero ni por un instante se me ocurrió que alguna de ellas pudiera alcanzar a mi querida y buena Eugénie». Dos días después volvió a escribir: «Adorada amiga, no he recibido más cartas tuyas. ¿Cómo has podido dejar pasar once días sin escribirme?»[27]. Cayendo en la cuenta, quizá, de que la señora Clary podía haber hecho desistir a su hija de que se comprometiese, convencida de que con un Bonaparte en la familia ya tenían bastante, una semana después Napoleón se dirigía a ella con un mero «Señorita». El 14 de junio acusaba recibo de la situación: «Sé que siempre mantendrá el afecto por este amigo, pero que no será más que una estima cariñosa»[28]. Las cartas a Joseph muestran que aún amaba a Désirée, pero en agosto, retomando el *vous*, escribía: «Siga su instinto, no se prohíba amar lo que está cerca de usted (…). Sabe que mi destino está en la suerte del combate, sea la gloria o la muerte»[29]. Dentro del empalago del melodrama, al menos estas palabras eran ciertas.

¿Qué era sino la autocompasión a causa de Désirée –y el amor fraterno– lo que llevó a Napoleón a deshacerse en lágrimas al escribir a Joseph el 24 de junio, en una carta sobre un asunto tan prosaico como la intención de su hermano de introducirse en el negocio del aceite de oliva genovés? «La vida es como un sueño vacío que se desvanece», le escribió, solicitándole un retrato. «Hemos vivido tantos años juntos, tan estrechamente unidos, que nuestros corazones están mezclados, y sabes mejor que nadie que el mío te pertenece»[30]. El 12 de julio ya intentaba convencerse de que había superado lo de Désirée, despotricando en una carta a Joseph de los hombres afeminados que se interesaban por las mujeres, «que se vuelven locos por ellas, solo piensan en ellas, viven para y por ellas. Una mujer solo necesita pasar seis meses en París para saber lo que se le debe y el alcance de su reinado»[31].

El rechazo de Désirée contribuyó a profundizar el cinismo de Napoleón con

respecto a las mujeres, e incluso hacia el amor en sí. En Santa Helena definió el amor como «la ocupación del hombre ocioso, la distracción del guerrero, el escollo del soberano», y afirmó a alguien de su entorno: «El amor en realidad no existe. Es un sentimiento artificial engendrado por la sociedad»[32]. Apenas tres meses después del final de su cortejo a Désirée estaba listo para enamorarse de nuevo, a pesar de que en apariencia siempre tuvo un hueco para ella en su corazón, incluso después de que contrajese matrimonio con el general Jean Baptiste Bernadotte y acabase coronada reina de Suecia.

«Estamos tan seguros de la superioridad de nuestra infantería que nos reímos de las amenazas de los ingleses», escribió a Joseph tras el desembarco de una fuerza británica en la bahía de Quiberon, cerca de Saint Nazaire, a finales de junio de 1795, para apoyar la revuelta de la Vendée[33]. Era una muestra temprana de su exceso de confianza con respecto a Inglaterra tras Toulon –aunque justificado en este caso, porque en octubre la expedición había sido derrotada–. Además de Toulon, solo se enfrentó a los ingleses en otras dos ocasiones, en Acre y Waterloo.

A principios de agosto aún se encontraba intrigando para lograr un cargo de nuevo en la artillería del Ejército de Italia, sopesando a la vez la oferta de ir a Turquía para modernizar la artillería del sultán. Napoleón, según las memorias de Lucien, estuvo pensando incluso, durante este período de cambio en su carrera, en unirse al ejército de la Compañía de las Indias Orientales, más por motivos económicos que militares, afirmando: «Volveré en pocos años siendo un rico *nabab*, con una buena dote para mis tres hermanas»[34]. Madame Mére, como había empezado a ser denominada su madre, se tomó la idea tan en serio que le regañó por considerarla, algo de lo que le creía muy capaz, «en un momento de enfado con el Gobierno». Existen indicios también de que desde Rusia le animaban a unirse a su batalla contra los turcos.

A mediados de agosto de 1795 todos estos asuntos se resolvieron cuando recibió una orden del ministro de Guerra para presentarse ante el comité médico, a fin de certificar su estado de salud. Apeló a Barras, a Frerón, y al resto de sus contactos políticos, uno de los cuales le proporcionó un puesto en la Oficina de Historia y Topografía del ministerio. A pesar de su denominación, se trataba de una especie de estado mayor para la coordinación de la estrategia militar

francesa. Así pues, mientras el 17 de agosto escribía a Simon Sucy de Clisson, al frente de la organización del Ejército de Italia en Niza: «Se me ha ofrecido el generalato en el Ejército de la Vendée: no voy a aceptar»; tres días después se ufanaba ante Joseph: «Ahora mismo estoy asignado al Departamento de Topografía del Comité de Salud Pública para la dirección de los ejércitos»[35]. La Oficina estaba comandada por el general Henri Clarke, protegido del genial administrador militar Lazare Carnot, conocido como el «Organizador de la Victoria».

La Oficina Topográfica era una pequeña y muy eficiente organización dentro del ministerio, descrita como «el organismo de planificación más sofisticado de su época»[36]. Fue puesta en marcha por Carnot, y dependía directamente del Comité; recibía información de los comandantes en jefe, planeaba los movimientos de tropas, preparaba detalladas directivas operacionales y coordinaba la logística. Bajo el mando de Clarke los miembros más veteranos fueron los generales Jean Gerard Lacuée, César Gabriel Berthier y Pierre Victor Houdon, todos ellos hombres de gran talento, y estrategas natos. Napoleón no podría haber encontrado un lugar mejor para aprender lo necesario sobre los matices en la organización de los suministros, el apoyo y la logística que conforman la estrategia –término que solo se empezó a emplear en el léxico militar a principios del siglo XIX, y nunca por parte de Napoleón–[37]. En el período que abarca desde mediados de agosto hasta principios de octubre de 1795 –breve, pero intelectualmente intenso– fue cuando Napoleón descubrió los aspectos más prácticos de la guerra estratégica, distintos de aquellos en los que había destacado en Toulon, centrados en el desarrollo táctico de las batallas. Aunque el éxito militar de Napoleón se debió, en última instancia, a su propio genio y a su capacidad de trabajar hasta la extenuación, Francia poseía en aquella época un cierto número de ideólogos y burócratas militares de talento excepcional, capaces de mostrarle en qué consistía el trabajo necesario para poner sus ideas en práctica. La Oficina Topográfica fue también el lugar más adecuado para hacerse una idea de qué generales merecían la pena y cuáles eran prescindibles.

La Oficina no decidía la gran estrategia; esta era tarea de los políticos del Comité de Salud Pública, sometidos a las pugnas internas. Sin ir más lejos, el debate sobre si cruzar el Rhin para atacar a Austria en 1795, y cuándo, cómo y

por dónde hacerlo, tuvo que desarrollarse allí, mientras la Oficina únicamente asesoraba sobre las distintas opciones. Cualquier planteamiento acerca de luchar con Turquía –más bien en su contra– fue desestimado por el Comité en agosto, que también ordenó que Napoleón no abandonase el país hasta el fin de la guerra. Aún tenía conflictos con diversos organismos dentro del ministerio acerca de si estaba o no en activo, y el 15 de septiembre fue excluido de la lista de generales en servicio. «He luchado por la República como un león», escribió a su amigo el actor François Joseph Talma, «y como recompensa me deja morir de hambre»[38]. En poco tiempo sería restituido.

El curioso horario de la Oficina –de 13.00 a 17.00 y de 23.00 a 03.00– le dejó tiempo de sobra para escribir una breve novela romántica titulada *Clisson y Eugénie*, últimos coletazos de su relación con Désirée. El estilo consistía en frases cortas y afiladas, propias de la tradición heroica, influido –de modo consciente o no– por la aclamada obra de Goethe *Las penas del joven Werther* (1774), que Napoleón leería al menos seis veces durante la campaña de Egipto, y por vez primera a los 18 años. Esta novela, la más importante del *Sturm und Drung* europeo, y uno de los mayores éxitos de ventas de la época, afectó profundamente al movimiento romántico y a la escritura del propio Napoleón. Aunque el nombre de Clisson fue un préstamo de uno de sus amigos, Sucy de Clisson, el personaje era Napoleón en estado puro, incluso en la edad, 36 años. «Desde que nació, Clisson se sintió fuertemente atraído por la guerra», comienza. «Mientras otros de su edad aún escuchaban con avidez cuentos de hadas, él soñaba ardientemente con batallas». Clisson se unió a la Guardia Nacional revolucionaria y «pronto excedió las altas expectativas que habían depositado en él; la victoria fue su compañera constante»[39].

Clisson estaba por encima de los pasatiempos frívolos de sus contemporáneos, como el flirteo, el juego y la conversación ingeniosa. «Un hombre de su imaginación ferviente, con su corazón ardoroso, su intelecto inflexible y su frialdad, se veía compelido a la irritación por la conversación amanerada de las coquetas, los juegos de seducción, la lógica de los salones y las agudezas del insulto ingenioso»[40]. Este modelo de conducta solo podía estar a sus anchas en roussoniana comunión con la naturaleza en los bosques, donde «se sentía en paz consigo mismo, mofándose de la debilidad humana y desdeñando la frivolidad y la crueldad». Clisson topa con la adolescente Eugénie en un

balneario; ella «mostró sus dientes perlados, en perfecto orden». Después «sus ojos se cruzaron, y sus corazones se fundieron. No tendrían que pasar muchos días para que fuesen conscientes de que estaban hechos para amarse. Su amor fue el más apasionado y casto que haya movido jamás el corazón de un hombre… Sentían que su alma era una. Superaron todos los obstáculos y permanecieron siempre juntos. Lo más honesto del amor, los sentimientos más tiernos, los más elevados gozos inundaron los corazones de estos dos amantes extasiados»[41].

Clisson y Eugénie se casan, tienen niños y viven felices, recibiendo la admiración de los pobres por su filantropía y generosidad. Pero el cuento de hadas es demasiado bueno para durar. Un día llega un mensaje de París, advirtiendo a Clisson de que debe presentarse allí en 24 horas. «Había de recibir una importante misión, para la que se requería a un hombre de su talento». Designado para dirigir un ejército, Clisson «tuvo éxito siempre; superó las expectativas del pueblo y del ejército; de hecho él solo logró la victoria militar». Herido de gravedad en una escaramuza, Clisson envía a uno de sus oficiales, Berville, para que dé cuenta a Eugénie, «y la acompañe mientras él se recupera». Por alguna razón indiscernible para el lector, Eugénie tarda poco en enamorarse de Berville, provocando que el convaleciente, al descubrirlo, exija una lógica venganza. «¿Pero cómo abandonar su deber? La patria le necesitaba allí». La solución llega por la gloriosa muerte en combate, así que «mientras los tambores anunciaban una carga por los flancos, y la muerte avanzaba en el escalafón», Clisson escribe una encendida carta a Eugénie, cargada de sentimiento, que entrega a un asistente, «y colocándose con diligencia al frente de la refriega –en el lugar en el que se habría de decidir la victoria– expiró, atravesado por mil disparos»[42]. *Finis*.

Clisson y Eugénie deben ser juzgados a través del prisma literario del siglo XVII, y no como un romance barato actual. Esta narración breve, de 17 páginas, ha sido descrita como «la última expresión de un romanticismo incipiente en un hombre que acabaría por deslumbrar con su brillante pragmatismo», y Napoleón la empleó claramente para fantasear, haciendo de Eugénie una despreciable adúltera, mientras él permanecía como un héroe fiel, perdonando incluso la infidelidad al final[43]. Aun así, no se puede excusar a Napoleón por lo melodramático, sentimental y tópico aduciendo que se debió a un arranque de

resentimiento inmaduro; *Clisson y Eugénie* pasó por un infinito proceso de reescritura.

En la segunda mitad de 1795 los dirigentes girondinos de Francia asumieron que el país iba a necesitar una nueva constitución si quería dejar atrás el pasado de Terror jacobino. «Los realistas se agitan», escribió Napoleón a Joseph el 1 de septiembre. «Ya veremos cómo termina todo»[44]. Alexis de Tocqueville afirmó que el momento de mayor vulnerabilidad de los estados es cuando estos se están reformando, y la frase era cierta para la Francia del otoño de 1795.

El 23 de agosto la Convención aprobó la tercera constitución desde la caída de la Bastilla, conocida como la Constitución del Año III, que establecía una legislatura bicameral y un gobierno ejecutivo de cinco miembros, denominado Directorio, y que entraría en vigor a finales de octubre. La Convención sería reemplazada por una Asamblea Nacional, compuesta por el Consejo de los Quinientos y el Consejo de Ancianos, mientras que el Directorio sustituiría al Comité de Salud Pública, que había acabado por ser sinónimo del Terror. La época de reforma fue una oportunidad de contraatacar, tanto para los oponentes de la Revolución como para los de la República. Estos últimos se aliaron para derrocar al nuevo gobierno la primera semana de octubre, introduciendo gran cantidad de armas y munición de contrabando en París, mientras Austria volvía al Rhin mediante un fuerte contraataque el 20 de septiembre, con la economía francesa aún débil y en medio de una corrupción generalizada.

A pesar de que el Terror había concluido y el Comité de Salud Pública sería abolido con el establecimiento del Directorio, el recelo que habían suscitado se trasladó a sus sucesores. La insurrección se centró en las denominadas «Secciones», los 48 distritos de París establecidos en 1790, que controlaban las asambleas locales y las unidades de la Guardia Nacional. Aunque solo se rebelaron siete, algunos miembros de otras facciones de la Guardia Nacional se unieron a ellas.

No todos los representantes de las Secciones –ni siquiera la mayoría– eran realistas. El general Mathieu Dumas, soldado veterano, escribió en sus memorias: «El mayor deseo de los habitantes de París era volver a la constitución de 1791», y nadie quería la guerra civil que habría acarreado la restauración borbónica[45]. En las secciones había miembros de la Guardia

Nacional de clase media, realistas, algunos liberales y moderados, y ciudadanos de París que se oponían a la corrupción y a los fracasos domésticos e internacionales del Gobierno. La composición política dispar de los rebeldes imposibilitó una coordinación centralizada que fuese más allá de fijar una fecha para la acción, que no se pudo mantener en secreto frente al Gobierno.

El general Jacques François Menou, comandante del Ejército del Interior, al que la Convención había confiado el aplastamiento de la insurrección venidera, había tratado de negociar con las secciones para evitar un baño de sangre. Los dirigentes de la Convención lo interpretaron como una traición incipiente y lo mandaron arrestar, aunque fue liberado más adelante. Con el tiempo corriendo en su contra, los girondinos nombraron a uno de los suyos, el presidente de la Asamblea Nacional Paul Barras, comandante del Ejército del Interior, a pesar de que su última experiencia militar databa de 1783. Sus instrucciones fueron que salvase la Revolución.

Napoleón estaba en el Teatro Feydeau asistiendo a la representación de la obra *Saurin*, de Beverley, la tarde del domingo 4 de octubre, cuando se enteró de que las Secciones iban a alzarse al día siguiente[46]. Al amanecer del 13 de vendimiario según la Revolución, Barras le nombró segundo comandante del Ejército del Interior, y le ordenó que emplease todos los medios necesarios para sofocar la revuelta. Napoleón había causado una gran impresión a todos los dirigentes con los que se había cruzado: Kéralio, los hermanos du Teil, Saliceti, Doppet, Dugommier, Augustine Robespierre y ahora Barras, que había oído hablar de él a Saliceti tras la victoria de Toulon. Otros dirigentes del gobierno, como Carnot y Jean Labert Tallien, le conocían por su trabajo en la Oficina Topográfica[47]. Más tarde señalaría con asombro que el político que mostró menos reparos ante el derramamiento de sangre del Vendimiario fue el sacerdote y teórico político Emmanuel Sieyès. Es sorprendente la escasez de oficiales en París dispuestos a asumir ese cargo, o al menos a disparar a civiles en las calles. Viendo su reacción ante lo que había presenciado en los dos ataques a las Tullerías en 1792, Napoleón no dudaría de lo que había que hacer.

Este fue el primer contacto de Napoleón con la política nacional de alto nivel, en primera línea, y se entusiasmó. Ordenó al capitán Joachim Murat, del 21º de Caballería, que galopase con cien de sus hombres hasta el campamento militar de Sablons, a tres kilómetros, para tomar la unidad de artillería que allí

había y trasladarla al interior de París, acuchillando a aquel que tratase de impedírselo. Estando las piezas custodiadas solo por 50 hombres, las Secciones habían perdido una gran oportunidad.

Entre las 6 y las 9 de la mañana, tras asegurarse de la lealtad de sus oficiales y soldados, Napoleón emplazó dos cañones en la entrada de la rue Saint Nicaise, otro frente a la iglesia de Saint Roch al final de la rue Dauphine, dos más en Saint Honoré, cerca de la Plaza de la Vendôme, y otros dos apuntando al Pont Royal en el Quai Voltaire. Formó a la infantería tras el cañón y envió a la reserva a la Place du Carrousel para defender las Tullerías, donde se reunía la Convención y el gobierno tenía su cuartel general. La caballería se apostó en la Plaza de la Revolución, hoy de la Concordia[48]. Dedicó tres horas a inspeccionar por turno cada unidad. «La gente respetable y de bien tiene que ser persuadida con gentileza», escribió. «A la muchedumbre hay que convencerla con el miedo»[49]. Napoleón se preparó para emplear metralla, término coloquial con el que se designaban las latas o recipientes metálicos cargados con cientos de balas de mosquete que se abrían al ser disparados con el cañón, y que diseminaban las balas en un arco amplio, a más velocidad incluso que los 1.900 km/h de un disparo de mosquete. El alcance máximo era de unos 550 metros, y el óptimo de unos 250. El uso de metralla contra civiles había sido desconocido hasta entonces en París, y muestra la crueldad de Napoleón. No iba a ser un *coglione*. «Si tratas a la masa con cuidado, dijo a Joseph, esas criaturas se creen que son invulnerables; si cuelgas a unos cuantos se cansan del juego, y se vuelven tan humildes y sumisos como deben ser»[50].

Las fuerzas de Napoleón estaban compuestas por unos 4.500 soldados y unos 1.500 patriotas, gendarmes y veteranos de los Inválidos. A ellos se oponían unos 30.000 hombres de las Secciones, dirigidos por el general Dancian, que había dedicado gran parte del día a tratar de negociar. Hasta las cuatro de la tarde las columnas rebeldes no habían empezado a dirigirse desde las calles laterales hasta el norte de las Tullerías. Napoleón no abrió fuego de inmediato, pero en cuanto se escuchó el primer disparo de mosquete procedente de las Secciones, entre las 16.15 y las 16.45, ordenó lanzar una respuesta devastadora a cargo de la artillería. También lanzó metralla sobre los hombres que trataban de cruzar el Sena, causando numerosas bajas y una rápida dispersión. Hacia las 18.00 el

combate había terminado en casi toda la ciudad, pero los francotiradores seguían disparando desde los tejados y las barricadas en los alrededores de la iglesia de Saint Roch en la rue Saint Honoré, que se había convertido en el cuartel general de la insurrección, acogiendo también a los heridos. La lucha se prolongó durante horas, hasta que Napoleón situó la batería a 50 metros de la iglesia, y la rendición se convirtió en la única opción[51]. Ese día murieron unos 300 insurrectos, frente a la media docena de soldados de Napoleón. La Convención solo ejecutó a dos líderes de la Sección como represalia, una medida magnánima para la época[*]. «El aroma de la metralla» –como se denominó más tarde– significó que las masas de París no volvieron a intervenir en la política francesa en las tres décadas siguientes.

El general Jean Sarrazin publicó en Londres en 1811 una obra titulada *Confesiones del general Bonaparte al abad Maury*. Habiendo sido condenado a muerte en ausencia como traidor por Napoleón, no le costó afirmar que el 13 Vendimiario, «Buonaparté, lejos de detener la ciega ira de sus soldados, les dio un ejemplo de inhumanidad. Atravesó con su espada a los pobres desdichados que habían arrojado sus armas solicitando clemencia, llenos de terror»[52]. Más tarde Sarrazin afirmó que Monvoisin, teniente de Napoleón, había dimitido tras reprochar a Napoleón su crueldad aquel día. Aunque todo era falso, entró a formar parte de la leyenda negra que rodearía a Napoleón desde el Vendimiario en adelante.

La fuerte lluvia nocturna que cayó el 13 vendimiario limpió la sangre de las calles con rapidez, pero su memoria permaneció. Hasta el violento antijacobino *Annual Registrer*, fundado por Edmund Burke, señaló que «Buonaparte apareció en el teatro de la guerra en este conflicto por primera vez, y en su valor y conducta descansa esa confianza en sus propias fuerzas, que le llevarán pronto al ascenso y la gloria»[53]. La urgente exigencia política provocó que en el ministerio de Guerra se cortase de raíz cualquier nimiedad acerca de la veteranía, los comités médicos o la deserción. A finales de vendimiario Napoleón ya había sido nombrado general de división por Barras, y poco después, comandante del Ejército del Interior, como reconocimiento a su servicio en favor de la salvación de la República y, muy probablemente, a la prevención de una guerra civil. Resulta irónico que rechazase en parte el puesto en la Vendée por no querer matar franceses, para lograr después su promoción más vertiginosa haciendo eso

precisamente. Pero para él había diferencia entre un ejército regular legítimo y una muchedumbre. Durante un tiempo se conoció a Napoleón a veces como el «General Vendimiario», aunque nadie lo utilizó en su presencia. Lejos de sentirse incómodo por su papel en la muerte de tantos de sus compatriotas, una vez nombrado Primer Cónsul ordenó que se celebrase el aniversario, y, cuando una dama le preguntó cómo podía haber disparado de forma tan despiadada contra una multitud, replicó: «El soldado solo es una máquina que cumple órdenes»[54]. Se le olvidó señalar que fue él el que dio esas órdenes.

El «aroma de la metralla» impulsó mucho a los Bonaparte, y lo hizo de la noche a la mañana. Napoleón vio incrementado su salario hasta los 48.000 francos al año; Joseph fue contratado en el cuerpo diplomático; Louis ascendió en la Escuela de Artillería de Châlons, entrando más tarde a formar parte del pujante círculo de asistentes de Napoleón; y el más joven de los Bonaparte, Jérôme, a sus 11 años fue enviado a un colegio mejor. «A la familia no le faltará nada», dijo Napoleón a Joseph, y se cumplió durante los siguientes 20 años. Laure d'Abrantès afirmó que se había producido un cambio tras el Vendimiario:

> Desaparecieron para siempre las botas embarradas. Bonaparte salía siempre en un carruaje lujoso, y se mudó a una casa respetable en la rue des Capucines… La delgadez macilenta se convirtió en un rostro lleno, y la complexión, que había sido amarillenta y de aspecto poco saludable, se volvió clara y fresca en comparación; sus rasgos, antes angulosos y afilados, se volvieron redondos y rellenos. En cuanto a su sonrisa, siempre fue agradable[55].

Ya nadie le volvería a llamar el Gato con Botas.

Como consecuencia inmediata del Vendimiario, Napoleón supervisó el cierre del opositor Panthéon Club, la expulsión de los criptorrealistas del ministerio de Guerra, y la actuación del público durante las representaciones teatrales. Dentro de la última misión, escribía casi a diario al gobierno acerca de cuatro teatros parisinos: la Ópera, la Ópera Cómica, el Feydeau y La République. En un informe ordinario se lee: «Aunque las arias patrióticas son bien recibidas en dos [de los teatros], y en el tercero no pasa nada, la policía ha arrestado a un hombre

(sospechosos de ser de la Vendée) por silbar durante el penúltimo verso de la Marsellesa, en el Feydeau»[56][**]. Otra de sus funciones era el control de la incautación de armas en manos de civiles, lo que según la tradición familiar le llevó a conocer a una mujer de la que puede que hubiese oído hablar en los mentideros sociales, pero con la que hasta entonces no había coincidido: la vizcondesa Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie, viuda de Beauharnais, a la que Napoleón apodaría «Josefina» (Josephine).

El abuelo de Josefina, un noble llamado Gaspard Tascher, había viajado a Martinica desde Francia en 1726, buscando hacer fortuna en una plantación de caña de azúcar, pero los huracanes, la mala suerte y su propia indolencia lo habían impedido. La Pagerie era el nombre de una hacienda familiar en Santo Domingo (el actual Haití). Joseph, el padre de Josefina, había sido paje en la corte de Luis XVI, pero volvió a la hacienda de su padre. Josefina nació en Martinica el 23 de junio de 1763, aunque después afirmaría que fue en 1767[57]. Su educación fue tan deficiente que su primer marido –un primo con el que la habían comprometido a los 15 años, el general y vizconde Alexandre de Beauharnais– no podía ocultar su menosprecio cuando llegó a París en 1780, a los 17 años. En lugar de dientes Josefina mostraba unas púas ennegrecidas, presuntamente por mascar caña de azúcar de Martinica siendo niña, aunque había aprendido a ocultarlos al sonreír[58]. «De haber tenido dientes», escribió Laure d’Abrantès, que llegaría a ser camarera de Madame Mére, «habría superado a casi todas las damas de la Corte Consular»[59].

A pesar de que Beauharnais había sido un marido maltratador, que en una ocasión secuestró a su hijo Eugéne, de 3 años, sacándolo del convento en el que Josefina se había refugiado de sus palizas, trató de salvarlo de la guillotina con gran valor cuando fue arrestado en 1794. Desde el 22 de abril de 1794 hasta el 22 de julio del mismo año, poco después de la ejecución de su marido, Josefina fue encarcelada como supuesta realista en la cripta bajo la iglesia de Saint Joseph des Cammes en la rue de Vaugirard.[***] La inglesa Grace Elliot, que fue una de sus compañeras de celda, recordaba que «las paredes, e incluso las sillas de madera aún estaban salpicadas con la sangre y los restos encefálicos de los sacerdotes»[60].

Josefina se tuvo que enfrentar a condiciones verdaderamente inhumanas; el aire fresco solo entraba por tres agujeros profundos y no había servicios. Cada

día recibían, para todos los usos, una única botella de agua, y como las mujeres embarazadas no eran ejecutadas hasta después de dar a luz, por la noche se escuchaban los sonidos de los encuentros sexuales con los guardias[61]. La cripta de Saint Joseph es fría incluso en mitad del verano, y la salud de los presos se deterioraba con rapidez; de hecho es posible que Josefina sobreviviese solo porque estaba demasiado enferma para ser guillotinada. Su marido fue ejecutado cinco días después de la caída de Robespierre, y puede que, si este hubiese vivido más, Josefina hubiese seguido sus pasos. Hay una simetría paradójica en el hecho de que el golpe de Termidor liberase de una celda a Josefine mientras ponía a Napoleón en otra.

El hedor, la oscuridad, el frío, la degradación y el temor diario a una muerte violenta, prolongados durante semanas, dan por bueno el nombre del Terror, y puede que, durante meses, e incluso años, Josefina sufriese lo que hoy se llamaría un desorden por estrés postraumático. Si después fue sexualmente autoindulgente, se vio envuelta en tratos sórdidos, se encaprichó de los lujos –sus gastos en vestuario superaron a los de María Antonieta–, y se casó buscando la seguridad financiera y la estabilidad más que el amor, cuesta achacárselo, teniendo en cuenta lo que había pasado[62]. Con frecuencia se ha visto a Josefina como a una seductora y una libertina extravagante, además de superficial, pero esa superficialidad desde luego no existió en lo cultural, puesto que tenía buen gusto para la música y las artes decorativas. Siempre fue generosa –aunque habitualmente con dinero público– y uno de los más destacados diplomáticos de la época, Clemens von Metternich, se refirió a su «singular tacto social»[63]. Fue una intérprete de arpa bien dotada –aunque, según algunos, tocaba siempre la misma melodía– y ponía en práctica en la alcoba algo llamado «el zig-zag»[64]. No dibujaba, sabía algo de tapicería, y jugaba a veces al backgammon, pero siempre estaba recibiendo visitas, y disfrutaba de las comidas para intercambiar cotilleos con sus numerosas amigas.

Esta *femme fatale* de inimitable sonrisa con la boca cerrada, e innegablemente atractiva, necesitaba a finales de 1795, con más de 30 años, un protector y proveedor. En el momento de abandonar la prisión estaba teniendo una aventura con el general Lazare Hoche, que se negaba a abandonar a su mujer, y con el que habría querido casarse incluso hasta el día en el que contrajo matrimonio a regañadientes con Napoleón[65]. Otro de sus amantes fue Paul

Barras, aunque lo suyo no duró más allá del verano de 1795. «Hacía mucho que estaba cansado de ella, y aburrido», recordaba Barras en sus memorias, en las que con poca elegancia la describe como «una cortesana aduladora»[66]. Es un hecho histórico bien conocido que a un período prolongado de derramamiento de sangre sigue uno de permisividad sexual; los «Alegres Años Veinte» tras la Guerra Mundial y la licenciosa sociedad de la Antigua Roma tras las Guerras Civiles son solo dos ejemplos. La decisión de Josefine de enredarse con amantes poderosos tras el Terror fue, como tantas otras cosas en su vida, algo *á la mode*.

Josefina aprovechó la oportunidad de las confiscaciones posteriores al Vendimiario para enviar a Eugéne de Beauharnais, su hijo de 14 años, al cuartel general de Napoleón, solicitando conservar en la familia la espada de su padre por motivos sentimentales. Napoleón lo interpretó como el contacto social que evidentemente era, y en pocas semanas se encontraba genuina y plenamente enamorado de ella; esa pasión no dejó de crecer hasta su boda, cinco meses después. Como extranjeros, inmigrantes, isleños y expresos políticos, tenían mucho en común. A ella, de entrada, no le atrajo su amarillenta complexión, pelo lacio y aspecto poco agraciado, y menos aún su sarna, y desde luego no estaba enamorada, pero para entonces ella misma empezaba a tener arrugas, su aspecto estaba decayendo, y acumulaba deudas. Hasta que tuvo el anillo en el dedo no admitió ante Napoleón el alcance de sus problemas financieros, con gran sensatez.

Josefina siempre se preocupó mucho por el maquillaje y el vestuario. Colocó espejos en todos los dormitorios de las casas y palacios en los que vivió, era encantadora y afable –aunque no tan inteligente como para ser astuta– y conocía perfectamente el tipo de atenciones que demandaba un hombre de éxito. Se dice que Talleyrand, al ser preguntado sobre si Josefina era inteligente, respondió: «Nadie se las apañó tan brillantemente sin serlo». Napoleón, por su parte, apreciaba en ella las conexiones políticas, su estatus social como vizcondesa –respetada también por los revolucionarios–, y la forma de compensar su falta de *savoir-faire* y encanto social. No se le daba bien la conversación ingeniosa en los salones. «De sus labios nunca salió una conversación bien llevada siendo una mujer», recordaba el untuoso Metternich, «aunque en su rostro y en el tono de voz se podía ver el esfuerzo por hacerlo»[67]. Solía preguntar a las damas por los vestidos que llevaban o por el número de hijos que tenían, y sobre si los

cuidaban ellas mismas, «una pregunta que por lo general lanzaba en términos poco habituales en la buena sociedad». Aunque se sentía cohibida cerca de las mujeres, estaba muy bien conectada con la sociedad parisina, y tenía entrada en los salones de mayor influencia política, como los de Tallien, Récamier, de Staël y otras. La Revolución había relevado al clero de la responsabilidad sobre el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios, por lo que Napoleón y Josefina se casaron en una ceremonia civil el miércoles, 9 de marzo de 1796, a las 10.00, frente a un representante municipal somnoliento del 2º distrito, en la rue d'Antin. La novia portó una escarapela tricolor en el vestido de muselina blanca[68], y el novio se retrasó dos horas. Entre los testigos figuraron Barras, el asistente de Napoleón Jean Lemarois –que técnicamente era menor de edad–, los Tallien, Eugéne, el hijo de Josefina, y su hermana Hortense, de 11 años. Para minimizar los seis años de diferencia de edad, Napoleón reflejó en el registro que había nacido en 1768, y ella a su vez deslizó la fecha del suyo cuatro años, de tal forma que ambos declararon tener 28 años[69]. El Almanaque Imperial dataría después la fecha de nacimiento de Josefina el 24 de junio de 1768[70]. Napoleón siempre se sorprendió de la insistencia de su esposa en mentir sobre su edad, bromeando: «Según sus cálculos, Eugéne nació con 12 años»[71]. Como regalo de boda Napoleón le entregó un medallón de oro esmaltado, grabado con las palabras «Al Destino»[72].

El motivo por el que Napoleón se había retrasado tanto para llegar a su propia boda, y de por qué la luna de miel solo duró dos días, fue que el 2 de marzo Barras y los otros cuatro miembros del nuevo gobierno ejecutivo de Francia –el Directorio– le habían entregado el mejor regalo de bodas que podía esperar: el mando del Ejército de Italia. Barras escribiría más tarde que para persuadir a sus colegas –los antiguos jacobinos Jean François Reubell y Louis de La Révelliére-Lépeaux, y los moderados Lazare Carnot y Étienne François Le Tourneur– de que eligiesen a Napoleón para la futura campaña, les dijo que, como habitante de las altas tierras corsas, estaba «acostumbrado desde que nació a escalar montañas»[73]. Se trataba de un argumento no muy científico –Ajaccio está al nivel del mar– pero también afirmó que Napoleón despertaría al Ejército de Italia de su letargo, algo mucho más cercano a lo que ocurrió después.

Napoleón dedicó los nueve días desde que recibió el encargo hasta que partió

hacia el cuartel general de Niza el 11 de marzo, en solicitar al ministerio de Guerra todos los libros, mapas y atlas de Italia que pudiesen proporcionarle. Leyó biografías de comandantes que habían combatido allí, y tuvo el valor de admitir su ignorancia cuando no sabía algo. «Me encontraba en la oficina del Alto Mando en la rue Neuve des Capucines cuando el general Bonaparte entró», recordaba un oficial años después:

> Aún puedo ver el pequeño gorro coronado por una pluma levantada, el abrigo mal cortado, y la espada que, para ser honestos, no parecía el tipo de arma que te llevaría a la gloria. Arrojando el sombrero sobre una gran mesa situada en medio de la habitación, se plantó frente a un anciano general llamado Krieg, un hombre con un conocimiento extraordinario del ejército, autor de un excelente manual para los soldados. Le hizo sentarse frente a él en la mesa y comenzó a interrogarle, pluma en mano, sobre multitud de asuntos relacionados con el ejército y la disciplina. Algunas de las preguntas delataban una ignorancia tan absoluta acerca de los aspectos más ordinarios, que muchos de mis camaradas sonrieron. Yo mismo estaba admirado por la cantidad de preguntas, su orden y rapidez, no menos que por la forma en la que captaba las respuestas, a veces aplicándolas a otras preguntas al deducir las consecuencias de las anteriores. Pero lo que más me admiró fue ver a un comandante en jefe mostrar con total indiferencia ante sus subordinados lo ignorante que era en muchos aspectos de un asunto del que hasta el más joven entre ellos se suponía que estaba perfectamente enterado. Eso hizo que mi opinión sobre él se elevase más de mil codos[74].

Napoleón abandonó París en una posta el 11 de marzo de 1796, acompañado por Junot y por su amigo Chauvet, nuevo jefe de intendencia del Ejército de Italia. En una carta a Josefina el 14 de marzo, escrita desde Chanceaux en su viaje hacia el sur, Napoleón eliminó la «u» de su apellido. La primera vez que se había publicado su nombre en el periódico estatal, el *Moniteur Universel*, había sido en 1794, y lo hizo con un guión entre medias, «Buono-Parte»[****]. Con un movimiento consciente, había afrancesado su apellido para enfatizar lo francés frente a sus identidades italiana y corsa[75]. Otro vínculo con el pasado se había roto.

Llegó a Niza en 15 días. Cuando alguien comentó de forma fútil que era demasiado joven, a los 36 años, para dirigir un ejército, Napoleón replicó: «Seré viejo cuando regrese»[76].

---

[*] En comparación, durante los disturbios anticatólicos *Gordon Riots* de Londres de 1780, fueron asesinadas 285 personas, 200 fueron heridas, y se ejecutó a 20.

[**] Napoleón desaconsejó que se cantase el gran himno revolucionario antimonárquico de 1792 al convertirse en emperador, aunque lo volvió a introducir en 1815.

[***] Todavía se puede visitar –dándose mucha prisa– los sábados a las 15.00 en punto. Durante las Masacres de Septiembre de 1792 una turba asesinó allí a 115 sacerdotes, y hoy en día se exponen los restos de 35 de ellos.

[****] Durante décadas, los propagandistas ingleses y borbónicos introdujeron de nuevo la «u» para enfatizar su condición de extranjero, como en el panfleto de François-René de Chateaubriand de 1814, titulado sucintamente *Sobre Buonaparte y los Borbones y sobre la necesidad de reunirse nuestros legítimos príncipes para la felicidad de Francia y de Europa*, en el que escribió: «No hay esperanza de encontrar entre los franceses a aquel tan valeroso como para atreverse a portar la corona de Luis XVI. Un extranjero se propuso a sí mismo, y fue aceptado». (Chateaubriand, *Sobre Buonaparte*, p. 5). Incluso después de que la familia real británica cambiase el nombre de su dinastía, de Saxe-Coburg-Gotha a Windsor en 1917, algunos historiadores ingleses seguían ridiculizando a Napoleón por eliminar la «u» de su apellido.

4. ITALIA

El 15 de mayo de 1796 el general Bonaparte hizo su entrada en Milán, al frente de un ejército joven que acababa de cruzar el puente de Lodi, haciendo saber al mundo que, después de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor.

Stendhal, *La cartuja de Parma*

El talento más importante para un general es conocer la mente del soldado y ganarse su confianza; en el caso francés ambos son más difíciles de llevar a cabo que en cualquier otro. No es una máquina que necesita ser movida, es un ser racional que necesita un guía.

Napoleón a Chaptal

Fueron muchos los que dijeron después que cuando Napoleón llegó al cuartel general del Ejército de Italia en Niza el 26 de marzo de 1796 era casi un desconocido, y que todos los comandantes de sus divisiones le despreciaron cuando se encontraron por primera vez porque, como afirmaba burlándose un contemporáneo, había «ganado su reputación en una algarada callejera, y su puesto, en una cama de matrimonio»[1]. En realidad había dirigido el cuerpo de artillería de ese mismo ejército solo dos años antes, era conocido por muchos desde su éxito en Toulon, y había escrito al menos tres informes a la Oficina Topográfica explicando cómo salir victoriosos de la campaña que se avecinaba. Era natural que existiese cierto resentimiento inicial, al haber sido designado pasando por encima de generales más experimentados, pero todos sabían perfectamente quién era Napoleón.

Estaba al mando de cinco comandantes de división. El mayor, Jean Séurier, había servido en el ejército francés durante 34 años. Se encontraba en activo

durante la Guerra de los Siete Años, y estaba contemplando la posibilidad de retirarse cuando estalló la Revolución, pero había sido capaz de combatir bien en los años posteriores y fue ascendido a general de división en diciembre de 1794. Pierre Augereau era un antiguo mercenario, relojero y maestro de baile de 38 años, alto, fanfarrón y algo rudo, apodado «Hijo del pueblo» y «Bandido orgulloso». Había matado a dos hombres en sendos duelos, y a un oficial de caballería en una pelea, y se había librado de la tortura bajo la Inquisición en Lisboa gracias al buen hacer de su animosa mujer griega. André Masséna tenía también 38 años, y se había enrolado como grumete a los 13, para alistarse en la Marina en 1775, llegando a ser sargento mayor antes de ser licenciado cuando la Revolución estaba a punto de comenzar. Se convirtió entonces en contrabandista y mercader de frutas en Antibes antes de unirse a la Guardia Nacional en 1791, ascendiendo rápidamente en el escalafón. Su actuación durante el sitio de Toulon le hizo ganar el grado de general de división en el Ejército de Italia, donde sirvió con ejemplaridad en 1795. Amédée Laharpe era un suizo de 32 años y mostacho prominente. Jean-Baptiste Meynier había combatido en el Ejército de Alemania, pero a mediados de abril Napoleón informó al Directorio de que era «incapaz, no puede dirigir un batallón en una guerra con tanta acción como esta»[2]. Los cinco hombres eran experimentados veteranos, mientras que en toda su vida Napoleón solo había dirigido un batallón de infantería. Iba a ser un grupo difícil de impresionar, y más difícil aún de inspirar. Como rememoraba más tarde Masséna:

> Al principio no le dieron mucha importancia. Su pequeño tamaño y su cara esmirriada no hablaban en su favor frente a ellos. El retrato de su esposa que llevaba en la mano y mostraba a todo el mundo y su extremada juventud les hicieron pensar que su designación era resultado de otra intriga, pero entonces se caló el sombrero de general y pareció crecer medio metro. Nos interrogó acerca de la posición de nuestras divisiones, su equipamiento, la moral y el número de efectivos de cada cuerpo, nos dio instrucciones para que las siguiésemos y anunció que al día siguiente inspeccionaría todas las unidades, y al siguiente marcharía contra el enemigo para presentarle batalla[3].

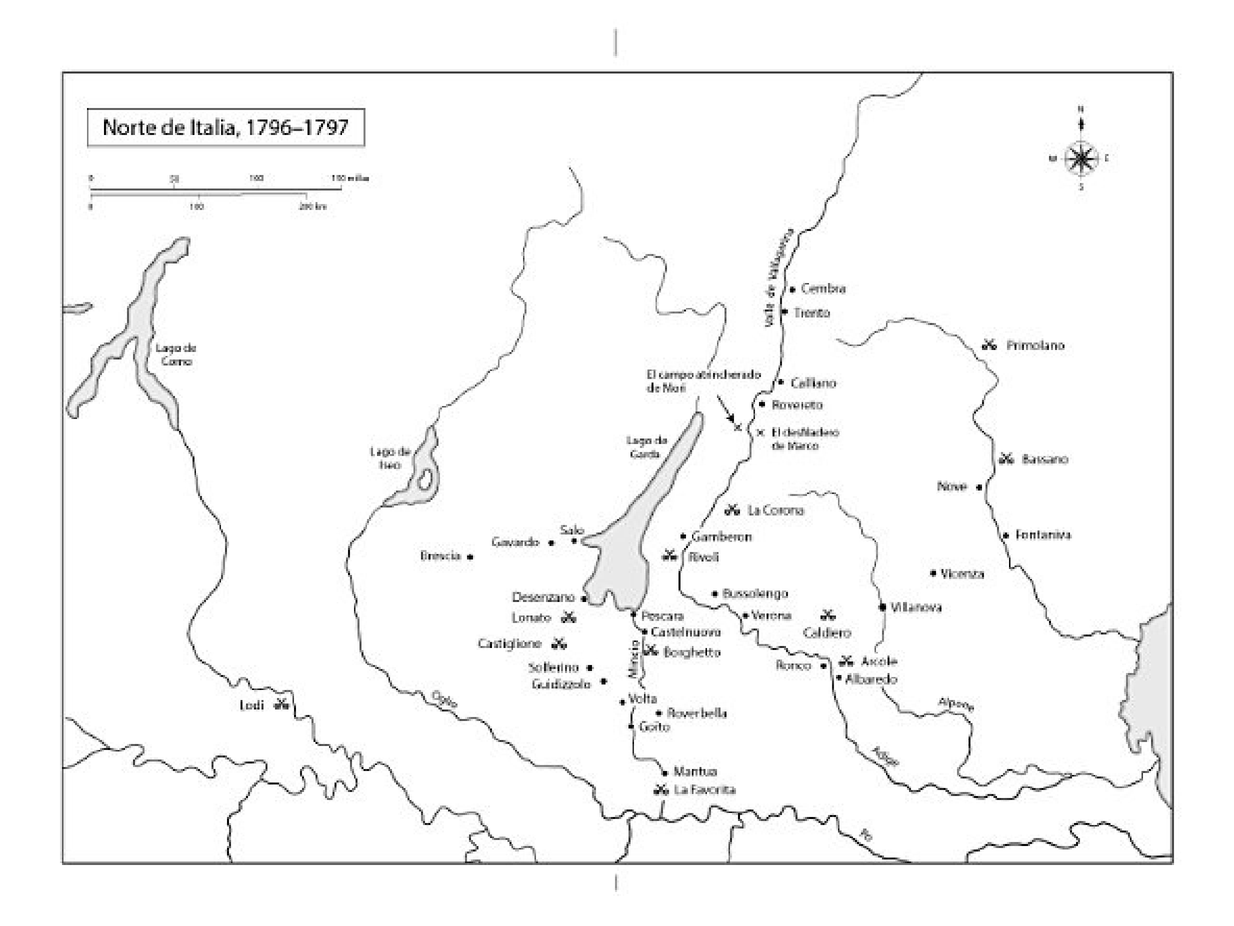
Masséna se equivocaba al recordar la última parte –no presentaron batalla hasta un mes más tarde–, pero captó el espíritu activo que irradiaba Napoleón, su confianza, sus demandas obsesivas de información, característica permanente durante toda su vida, y el amor por su esposa.

En la reunión inicial Napoleón les mostró cómo la carretera de Savona-Carcare desembocaba en tres valles, cualquiera de los cuales les llevaría a las ricas planicies de Lombardía. El Piamonte se había opuesto a la Revolución Francesa, y había estado en guerra con Francia desde 1793. Napoleón pensaba que, si conseguían que el ejército hiciese retroceder a Austria y tomaban la plaza fuerte de Ceva, podría expulsar a Piamonte de la guerra al amenazar su capital, Turín. Esto significa enfrentar a 40.000 soldados franceses contra 60.000 austriacos y piamonteses, pero Napoleón afirmó que, si empleaban la rapidez y el engaño, podían mantener la iniciativa. Su plan se basaba tanto en la obra de Pierre de Bourcet, *Principes de la guerre des montagnes* (1775), como en un plan estratégico antiguo elaborado para una campaña en el Piamonte en 1745, que Luis XV había abortado, y que se centraba en capturar Ceva. Bourcet había escrito acerca de la importancia de mantener una estrategia clara, concentrar el esfuerzo y desequilibrar al enemigo. La campaña napoleónica en Italia iba a ser una operación de manual, en los dos sentidos del término.

Para el Directorio Italia era un asunto lateral. Los recursos se habían centrado en el sur y el oeste de Alemania, donde las dos principales fuerzas de la República, el Ejército del Rhin y del Mosela, dirigido por el general Jean Moreau, y el del Sambre y el Mosa, con el general Jean-Baptiste Jourdan a la cabeza, habían lanzado una ofensiva en junio con cierto éxito inicial. El formidable archiduque Carlos de Habsburgo, hermano pequeño del emperador Francisco de Austria, poniendo todo su empeño, derrotó a Jourdan en Amberg en agosto de 1796, y en Würzburg en septiembre. Se volvió entonces contra Moreau, venciéndole en Emmendingen en octubre, haciendo retroceder a las fuerzas francesas hasta que cruzaron de nuevo el Rhin. La marginalidad del esfuerzo hecho en Italia hizo que Napoleón recibiese solo 40.000 francos –cantidad menor que su salario anual– para sufragar toda la campaña[4]. Según una narración, posiblemente apócrifa, Napoleón vendió su espada con empuñadura de plata, e indicó a Junot que se apostase las ganancias para poder pagar su traslado y el de su asistente desde París hasta Niza[5].

Así pues, al llegar a Niza, Napoleón encontró un ejército incapaz de desplazarse a ningún sitio. La temperatura era heladora y carecían de abrigos. No habían tomado carne durante tres meses, y el suministro de pan era irregular. La artillería era acarreada por mulas, ya que los caballos habían muerto de desnutrición, y batallones enteros caminaban descalzos o con zuecos, vestidos con uniformes improvisados, muchas veces arrebatados a los caídos. Solo se podía identificar como soldados a algunos de los hombres porque llevaban cartucheras, y en muchos casos portaban mosquetes que carecían de bayoneta. Hacía meses que no recibían la paga, avivando los rumores de motín[6]. La fiebre estaba descontrolada y había acabado con, al menos, 600 miembros de la 21ª Semibrigada en 20 días[*]. Una escritora inglesa residente en Florencia, Mariana Starke, describió con acierto el «estado lamentable» del ejército francés previo a la llegada de Napoleón: «a falta de lo más necesario, con una fiebre pestilente, consecuencia natural de la hambruna… abatidos y debilitados por la enfermedad, y carentes de monturas, de cañones y de casi cualquier ímpetu bélico»[7].

La réplica de Napoleón al «estado lamentable» de su ejército fue destituir a Meynier y comisionar a su intendente, Chauvet, para que reorganizase por completo a las tropas, recurriendo si era preciso, como comunicó al Directorio el 28 de marzo, a «amenazar a los proveedores, que han robado mucho, y que disfrutan de crédito»[8]. Ordenó también al Ciudadano Faipoult, delegado de Francia en Génova, que solicitase un préstamo de 3 millones de francos «sin hacer ruido» a los financieros judíos de la ciudad, y convocó a la caballería que pastaba en el valle del Ródano, en descanso invernal. A los dos días de llegar a Niza, Napoleón había desmantelado el 3º Batallón de la 209ª Semibrigada por amotinamiento, había despedido del ejército a sus oficiales y suboficiales, y había diseminado al resto de mandos en grupos de cinco entre los demás batallones. Creía que era esencial tratar a todos bajo las mismas normas, teniendo en cuenta, tal y como escribió, que, «si se concediese un solo privilegio a alguien, fuese quien fuese, nadie obedecería la orden de marchar»[9]. El 8 de abril informó al Directorio de que se había visto obligado a castigar a sus hombres por entonar himnos antirrevolucionarios, y que había tenido que enviar a la corte militar a dos oficiales por gritar «*Vive le roi!*»[10].



Los comandantes de división de Napoleón se sintieron muy pronto impresionados por su capacidad para el trabajo duro. Los subordinados ya no podían hacerse cargo de algo y luego dejarlo pasar, y los cuadros que habían permanecido inmóviles en Niza durante cuatro años sentían de pronto el efecto vibrante de la energía de Napoleón. En los nueve meses transcurridos desde su llegada a Niza hasta el final de 1796 envió más de 800 cartas y despachos, que se ocupaban de todos los aspectos posibles, desde la posición de los tamborileros en los desfiles hasta las condiciones bajo las que se debía interpretar la Marsellesa. Augerau fue el primero de sus generales en convencerse, seguido de Masséna. «¡Ese pequeño general cabrón me da miedo!», confesaría más tarde Augerau a Masséna[11].

Napoleón decidió forjarse una reputación como soldado «político». En su Orden del Día del 29 de marzo arengó a sus tropas diciendo que «encontrarían en él a un camarada, con una confianza fuerte en el gobierno, orgulloso de la estima de los patriotas, y determinado a ganar para el Ejército de Italia un

destino acorde con su dignidad»[12][**]. Al fin y al cabo, un general en línea directa con el Directorio podría mantener a sus tropas bien alimentadas. Napoleón temía la indisciplina que surge de un ejército casi desnutrido. «Sin pan el soldado tiende a una violencia tan excesiva –escribió–, que uno se avergüenza de ser hombre»[13][***]. Los requerimientos a París fueron constantes, y el 1 de abril consiguió que le enviasen 5.000 pares de zapatos. Un número desconcertante de cartas a lo largo de toda su carrera tratan sobre el tema del calzado para las tropas. Aunque seguramente nunca afirmó lo que dice la leyenda: «Un ejército avanza con el estómago»; siempre fue consciente de que, sin duda, avanzaba con los pies[14].

En el mismo Orden del Día del 29 de marzo quedaba recogido que Alexandre Berthier, antiguo ingeniero de 43 años que había combatido en la Guerra de Independencia norteamericana, sería en adelante el jefe de personal de Napoleón, cargo que conservó hasta 1814. Berthier había descollado en la campaña de Argonne en 1792 y en los tres años siguientes en la Vendée, y su hermano trabajó con Napoleón en la Oficina Topográfica.

Fue el primero en emplear a un jefe de personal, en el sentido moderno, y no pudo haber elegido uno más eficiente. Berthier tenía una memoria que solo rivalizaba con la de su superior, y era capaz de mantener la cabeza despejada después de escribir al dictado durante 12 horas; en cierta ocasión, en 1809, fue convocado hasta 17 veces en una misma noche[15]. Los Archivos y la Biblioteca Nacionales, así como el archivo del Ejército en Vincennes están repletos de órdenes redactadas con la letra límpida y las frases breves y concisas que empleaba para comunicarse con sus colegas, a los que hacía llegar los deseos de Napoleón en términos muy educados pero firmes, comenzando invariablemente con la frase: «El Emperador precisa, general, que a la recepción de esta orden usted…»[16]. Entre sus muchas cualidades, poseía una diplomacia natural, tan afinada que llegó a convencer a su esposa, la duquesa María de Bavaria, de que compartiese el *chateau* con su amante, Madame Visconti, y viceversa. Casi nunca se oponía frontalmente a las ideas de Napoleón, si no era por motivos logísticos, y consiguió formar un equipo de trabajo que aseguraba que todos los deseos del comandante en jefe se llevasen a cabo con prontitud. Su habilidad más especial, rozando casi la genialidad, era la capacidad de trasladar un borrador de instrucciones generales a un listado de órdenes precisas para cada

semibrigada. Su trabajo administrativo alcanzaba casi siempre la perfección. Para procesar el bombardeo de órdenes de Napoleón era preciso tener un equipo cualificado de administrativos, ordenanzas, ayudantes y asistentes, y un sistema de archivo muy avanzado, y con frecuencia se quedaba trabajando toda la noche. En una de las pocas ocasiones en las que Napoleón encontró un error, referido al número de efectivos de una semibrigada, escribió para corregir a Berthier, añadiendo: «He leído el informe sobre la situación con tanto deleite como una novela»[17].

El 2 de abril de 1796 Napoleón adelantó la localización del cuartel general hasta Albenga, en el golfo de Génova, el mismo día en el que falleció de fiebre Chauvet en esa ciudad. Fue una «verdadera pérdida para el ejército», anotó Napoleón, «era activo y emprendedor. El ejército derramará una lágrima en su memoria»[18]. Chauvet fue el primero de una larga lista de amigos y ayudantes que fallecerían estando con él en campaña, y por los que sentiría una pena genuina.

Austria, que había dominado el norte de Italia desde 1714, estaba movilizando un gran ejército hacia el Piamonte, en el oeste, para enfrentarse a Francia, y los piamonteses estaban recibiendo suministros de la Royal Army desde Córcega. Esta situación obligaba a Napoleón a acarrear todo lo que necesitaba a través de los elevados pasos de montaña de Liguria. Cuando llegó a Albenga el 5 de abril comunicó a Masséna y a Laharpe su plan de dividir al enemigo entre Carcare, Altare y Montenotte. El comandante austriaco, Johann Beaulieu, tenía mucha experiencia y algún talento, pero también tenía 71 años y ya había sido derrotado antes por tropas francesas. Napoleón, atento estudioso de las campañas pasadas, sabía que Beaulieu era muy cauto, y pensaba sacar partido de esa flaqueza. La alianza de Austria con el Piamonte era débil, y se había advertido a Beaulieu de que no confiase demasiado en ella. («Ahora que conozco las coaliciones», bromeaba el mariscal Foch durante la I Guerra Mundial, «respeto todavía menos a Napoleón»). Dentro del propio ejército austriaco, la naturaleza heterogénea del desmoronado imperio de los Habsburgo implicaba que muchas de sus unidades ni siquiera tenían el mismo idioma; la lengua común que empleaban los oficiales era el francés. Y, para aumentar los problemas de Beaulieu, tenía que consultar al burocrático e inmanejable Consejo Áulico de Viena, que solía tardar tanto en emitir sus órdenes que para cuando

llegaban ya habían sido superadas por los acontecimientos. Napoleón, en contraste, planeaba ejecutar una atrevida maniobra, conocida ahora en las academias militares como la estrategia de la posición central: permanecería entre las dos fuerzas que se le oponían, atacando primero a una y después a la otra, antes de que pudiesen reunirse. Utilizaría esta misma estrategia durante toda su carrera: «Contradice cualquier principio hacer actuar por separado a dos ejércitos que no se comunican contra una fuerza central cuya comunicación está abierta», fue una de sus máximas bélicas[19].

«Por aquí estoy muy ocupado», escribió a Josefina desde Albenga, «Beaulieu está moviendo a sus tropas. Estamos uno frente a otro. Estoy algo cansado. Llevo todo el día a lomos del caballo»[20][****]. Las cartas a Josefina fueron diarias durante toda la campaña, llenando cientos de hojas de garabatos apasionados; algunas de ellas las escribió el mismo día en el que libraba una gran batalla. Saltaba de continuo de las declaraciones románticas («no ha pasado ni un día en el que no te haya amado») a las reflexiones centradas en sí mismo («No me tomo ni una taza de té sin antes maldecir la gloria y la ambición que me tienen separado del amor de mi alma»), hasta llegar a las quejas sensibleras por la poca respuesta que recibían sus misivas. Cuando ocurría esto, ella le trataba de «*vous*», provocando su irritación. Las cartas de Napoleón estaban repletas de tímidas alusiones eróticas a su deseo de acostarse con ella en cuanto ella se presentase en Italia[21]. Se ha suscitado cierto debate acerca de si la «*petite baronne de Kepen*» (a veces «*Keppen*») de sus cartas era el sobrenombre de Napoleón para las partes íntimas de Josefina. Por desgracia la etimología del «Barón de Kepen» se ha perdido para la historia, aunque puede que fuese solo el nombre de uno de los muchos perritos falderos de Josefina, así pues, la expresión «Un respetuoso saludo a la pequeña baronesa de Kepen» podría no tener ninguna connotación sexual[22]. Otras alusiones eran menos veladas: «Le mando mil besos y espero con impaciencia el momento de estar allí»[23]. La firma de las cartas era mucho menos romántica: un «Bonaparte» o «BP», como en sus órdenes[24]. «Adiós, mujer, tormento, alegría, esperanza, y alma de mi vida, a la que amo, a la que temo, que inspira en mí sentimientos tan tiernos que provocan una naturaleza y unas emociones tan impetuosas y volcánicas como el trueno». Es una de las frases plenamente representativas de sus cartas.

«El ejército se encuentra en un estado de indigencia terrible», escribió

Napoleón al Directorio desde Albenga el 6 de abril. «Tengo aún muchos obstáculos que superar, pero se pueden superar. La angustia ha llevado a la insubordinación, y sin disciplina la victoria es impensable. Espero que toda esta situación cambie en pocos días»[25]. El Ejército de Italia sumaba 49.300 hombres frente a los cerca de 80.000 austriacos y piamonteses. Por fortuna para entonces Berthier había resuelto los problemas de intendencia más urgentes. Napoleón había planeado lanzar su ofensiva el 15 de abril, pero las fuerzas austro-piamontesas comenzaron la suya cinco días antes, ocupando la misma carretera por la que Napoleón pretendía descender. A pesar de este movimiento imprevisto Napoleón consiguió dar la vuelta a la situación en 48 horas. Llevando de vuelta a las tropas de la ciudad de Savona casi ilesas, fue capaz de organizar un contraataque. La tarde del 11 de abril, al darse cuenta de que la línea de Austria era muy extensa, fijó al enemigo en un frente atacando Montenotte, población de montaña a 15 kilómetros al noroeste de Savona, en el valle del río Erro, y lanzó a Masséna contra el flanco derecho en medio de una lluvia torrencial, a la 1 de la mañana, para envolverlos. Es un entorno abrupto para el combate; la cresta montañosa se prolonga desde lo alto de Montenotte hasta una serie de picos de entre 600 y 900 metros de altura, y la vegetación, que era (y sigue siendo) densa, cubre las escarpadas lomas. El ejército austriaco había edificado numerosos refugios, que las veloces columnas de la infantería francesa estaban capturando con rapidez.

Cuando terminó la batalla, los austriacos habían perdido 2.500 efectivos y muchos otros habían sido capturados. Napoleón había perdido 800. Aunque era un logro relativamente modesto, Montenotte fue la primera victoria de Napoleón sobre el campo de batalla como comandante en jefe, importante tanto para su moral como para la de su tropa. Muchas de sus batallas futuras seguirían los mismos parámetros; un oponente anciano y poco enérgico, un enemigo con diversidad de lenguas y nacionalidades enfrentado al homogéneo ejército francés y un punto vulnerable en el que fijar su posición y mantenerla. Francia se había desplazado a una velocidad notablemente mayor que la de sus enemigos, y había concentrado lo suficiente sus tropas como para que la desventaja numérica no fuese decisiva.

Otra de las características recurrentes fue la rápida consecuencia de las victorias; el día después de Montenotte Napoleón consiguió otra en Millesimo,

una aldea junto al río Bormida, donde forzó a las tropas en retirada de Austria y el Piamonte a dividirse. Los austriacos querían hacerlo hacia el este, para proteger Milán, y los piamonteses hacia el oeste, para defender su capital, Turín. Napoleón sacó partido de las necesidades estratégicas discrepantes. Para escapar del valle, ambos tuvieron que retroceder hasta la villa fortificada de Dego, y allí obtuvo Napoleón su tercera victoria en tres días, el 14 de abril, acabando con la vida de 5.700 soldados frente a unas pérdidas de 1.500, en gran parte debidas a la impaciencia de Napoleón por tomar el castillo bien defendido de Cosseria.

Una semana después, en la batalla de Mondovi –ciudad junto al río Ellero–, Napoleón fijó con vigor el frente piamontés, mientras trataba de realizar un doble envolvimiento. Se trataba de una maniobra complicada y ambiciosa, pero devastadora para la moral del enemigo si triunfaba, cosa que sucedió. Al día siguiente el Piamonte pidió la paz. Para Napoleón fue una suerte, porque no contaba con artillería pesada para sitiar Turín. Una de las razones por las que desarrolló una campaña tan fluida fue la falta de recursos para hacer otra cosa. Se quejó a Camot de que no había sido «secundado ni por la artillería ni por los ingenieros ya que, a pesar de tus órdenes, no se me ha enviado ninguno de los oficiales que solicité»[26]. Establecer un asedio –o mantenerlo– habría sido imposible. El 26 de abril Napoleón se dirigió a sus tropas en Cherasco con un discurso ardiente: «Hoy habéis igualado a los ejércitos de Holanda y del Rhin. Careciendo de todo, habéis dado todo. Habéis ganado batallas sin armas, atravesado ríos sin puentes, caminado a marchas forzadas descalzos, dormido al raso sin coñac, e incluso sin pan… Hoy tendréis de todo»[27]. Y continuaba: «Os prometo que conquistaremos Italia, pero con una condición. Debéis jurar respetar a los pueblos a los que lleguemos, y reprimir ese horrible pillaje al que los canallas, alentados por el enemigo, se han entregado»[28].

Un ejército victorioso y hambriento saquea. Napoleón estaba sinceramente preocupado por la conducta de sus tropas y deseaba mantener los daños bajo control. Cuatro días antes había publicado un Orden del Día acusando de «pillaje temerario» a «hombres perversos, que solo se incorporan a sus unidades cuando termina la batalla, que cometen excesos y deshonran al ejército y al buen nombre de Francia». Autorizó a los generales a que disparasen a los oficiales que lo consintiesen, aunque no se registraron casos. Se dirigió en privado al Directorio dos días después de su proclama: «Pretendo dar un ejemplo claro. Restauraré el

orden, o dejaré de dirigir estas brigadas»[29]. Sería la primera de muchas amenazas hiperbólicas de renuncia durante el curso de esta campaña. Napoleón siempre distinguió entre «vivir de lo conquistado», que era algo a lo que su ejército estaba obligado a causa de las deficiencias en los suministros, y el «pillaje temerario»[30]. Para hacerlo se necesitaba cierta sofistería, pero su mente flexible estaba en ello. En el futuro serían muchas las ocasiones en las que acusaría a Austria, Inglaterra y Rusia de permitir actos de saqueo, algo que por fuerza sabía que había ocurrido entre sus tropas, en la misma o en mayor medida[*****]. «Vivimos de lo que encuentran los soldados», recordaba un oficial de la época: «Un soldado nunca roba, solo encuentra». Uno de los generales más competentes de Napoleón, Maximilien Foy, señalaría más tarde que, si las tropas de este «hubiesen aguardado hasta que la administración militar les enviara raciones de pan y carne para ser distribuidas, habrían perecido de inanición»[31]. «Vivir de lo conquistado» permitió a Napoleón una velocidad de maniobra que acabaría siendo parte fundamental de su estrategia. «La fuerza de un ejército –afirmó–, como la potencia en mecánica, es el resultado de multiplicar la masa por la velocidad»[32]. Alentó todo aquello que permitiese un movimiento más rápido, incluyendo el uso de la marcha forzada, que doblaba los 20 kilómetros que solía recorrer una semibrigada en un día. «Nadie ha sabido hacer marchar a un ejército mejor que Napoleón», recordaba uno de sus oficiales. «Con frecuencia estas marchas eran agotadoras; a veces los soldados se quedaban atrás. Pero, como no les faltaba buena voluntad, terminaban por llegar, aunque llegasen tarde»[33]. En las temporadas cálidas el ejército francés no dormía en tiendas de campaña, porque, como rememoraba un veterano, «marchaban a tal velocidad que no podrían haber cargado consigo todo el material necesario»[34]. Los únicos que podían seguir su paso eran los carros cargados de municiones. Las tropas se movían a una velocidad my superior a finales del siglo XVIII que a sus inicios, debido a las mejoras en el trazado de las carreteras, sobre todo tras la aplicación de las recomendaciones del ingeniero francés Pierre Trésaguet, autor de un memorándum sobre la construcción científica de caminos en 1775. Las armas más ligeras, el mayor número de carreteras, el menor tamaño de los carruajes con equipamiento y el menor número de civiles que acompañaban a las tropas ayudó a que el ejército de Napoleón se moviese a una velocidad que, según sus cálculos, doblaba a la del

de Julio César.

La negociación del armisticio con el Piamonte en Cherasco comenzó de inmediato. En una de las reuniones, Napoleón sugirió con sarcasmo a un plenipotenciario que había propuesto unas condiciones que le dejaban con menos plazas fuertes de las que ya tenía: «La República, al confiarme la comandancia de un ejército, presupone que poseo suficiente discernimiento acerca de lo que requiere un ejército como para no tener que recurrir al consejo de mi enemigo»[35]. Uno de los dos negociadores, el coronel Henry Costa, marqués de Beauregard, de la Saboya, describiría el encuentro en sus memorias así: «Siempre era frío, refinado y lacónico»[36]. A la 1 de la mañana del 28 de abril sacó su reloj y dijo: «Caballeros, les comunico que la orden para el ataque general está fijada a las 2, y si no se me asegura que [la fortaleza de] Coni estará en mis manos antes de que se cumpla el plazo, este ataque no se retrasará ni un minuto».

Aunque cabía que fuese el clásico farol de Napoleón, los piamonteses no podían arriesgarse y el armisticio se firmó de inmediato. Tortona, Alessandria, Coni y Ceva fueron a parar a manos francesas, junto con la ruta hasta Valence y todo el territorio entre Coni y los ríos Stura, Tanaro y Po. Con un ardid ingenioso Napoleón insistió en incluir una cláusula secreta por la que se le concedía el derecho a emplear el puente sobre el Po en Valenza, sabiendo que esa información sería filtrada a los austriacos, y que Beaulieu enviaría tropas para cubrirlo. En realidad planeaba atravesar el río por Piacenza, 85 kilómetros más al este. Rodeado de botellas de vino de Asti para la celebración, y de una pirámide de pasteles enviados por las monjas de Cherasco, Napoleón habló con franqueza de los sucesos del día anterior, culpándose por la pérdida de vidas en el castillo de Cosseria durante la batalla de Millesimo, desencadenada por su «impaciencia para separar a los ejércitos de Austria y del Piamonte». Recordó que había estado acuartelado en Dego dos años antes, a cargo de una columna de artillería. En aquella ocasión propuso la misma estrategia para la invasión, pero fue rechazada por un consejo de guerra. Y añadió: «En un ejército a mis órdenes, jamás se tomarán decisiones de ese modo», señalando que esa clase de consejos solo se activaban como un «procedimiento cobarde» destinado a distribuir el peso de la culpa[37].

Napoleón informó a los piamonteses de que había mandado ejecutar a un soldado por una violación la noche anterior, y alabó con diplomacia la retirada estratégica el 17 y el 21 de abril, diciendo: «Escapasteis dos veces de mis garras con gran destreza». Mostró a Beauregard la pequeña bolsa de mano en la que portaba todas sus pertenencias personales, afirmando: «Tenía muchas más cosas superficiales así cuando era un simple oficial de artillería que ahora que soy el comandante en jefe». En la hora larga de conversación, mientras contemplaban la salida del sol, Beauregard se quedó impresionado por su conocimiento de la historia, los artistas y los eruditos piamonteses. Napoleón equiparó sus movimientos a los del «combate del joven Horacio, distanciando a sus tres enemigos para inhabilitarlos y acabar luego con ellos en sucesión». Afirmó también que, en realidad, no era el general más joven de Francia, valorando su edad como un factor positivo. «La juventud es casi indispensable para dirigir un ejército –dijo a Beauregard–, siendo necesario para tan alta tarea un espíritu elevado, arrojo y orgullo»[38].

Al día siguiente de que se firmase el documento de armisticio, Napoleón escribió a París, consciente de que había sobrepasado sus atribuciones al rubricar un acuerdo diplomático con una potencia extranjera, por no hablar de que, como buen republicano, había permitido al rey Víctor Amadeo III de Piamonte-Cerdeña permanecer en el trono. «Es un armisticio acordado con una facción del ejército, que me da tiempo a atacar a la otra –escribió–. Mis columnas están en marcha, Beaulieu escapa, pero confío en que le alcanzaré»[39]. Esperaba poder allanar todas las disputas con París a base de dinero, prometiendo recaudar lo que llamó con un eufemismo una «contribución» de varios millones de francos del duque de Parma, y sugiriendo otra de 15 millones de francos de Génova. Estas «contribuciones», una vez recaudadas por todo el norte de Italia, le permitirían abonar a sus tropas la mitad de su salario en plata, preferible a los denostados *mandats territoriaux*, papel moneda en constante devaluación[40].

Saliceti –para el que Napoleón había preparado un cargo como organizador del Ejército de Italia, tras el evidente perdón por el incidente de la prisión de Antibes– parecía haber pasado por alto la necesidad obvia de pagar a las tropas antes de enviar el balance de cuentas al Directorio, ansioso de efectivo. Ninguna derrota militar desmoraliza tanto a un país como la hiperinflación, y el

Directorio, dirigido por Barras desde el Vendimiario, precisaba con ansia del botín que iba a enviar Napoleón. Esto explica en gran medida por qué, aunque se sintieron resentidos e incluso temerosos de sus éxitos en Italia y Austria, no hicieron más que un –débil– intento por sustituirle.

«No dejes en Italia nada que nuestra situación política nos permita tomar –recibió como instrucción– y que pueda sernos útil»[41]. Napoleón acometió esta parte del comunicado con entusiasmo. Determinó que Italia –o al menos las regiones que se le habían opuesto– fuese multada no solo en términos económicos, sino también en su patrimonio artístico. El 1 de mayo escribió al ciudadano Faipoult: «Envíame un listado de cuadros, estatuas, mobiliario y curiosidades de Milán, Parma, Piacenza, Módena y Bolonia»[42]. Los gobernantes de dichos lugares tenían motivos para asustarse, porque muchos de sus tesoros más valiosos estaban destinados a acabar en la galería de arte de París conocida como Musée Central des Arts –desde su apertura en 1793 hasta 1803–, como el Musée Napoléon hasta 1815, y desde entonces hasta hoy como el Museo del Louvre.

Los entendidos y conservadores franceses a los que Napoleón encargó que señalasen los objetos artísticos que debían ser tomados explicaron que reunir los mejores ejemplos del arte occidental en París servía en realidad para hacerlos más accesibles. «Antes era necesario escalar los Alpes y vagar por provincias enteras para conseguir satisfacer esa erudita y digna curiosidad», escribió el reverendo inglés William Shephard en 1814, «pero el botín de Italia ha sido reunido bajo el mismo techo, y puesto después a disposición de todo el mundo»[43][******]. Tal y como apuntó la escritora y traductora Anne Plumptre, inglesa y bonapartista, la mayoría de los objetos que estaba requisando Francia eran parecidos a los que algunos romanos, como el cónsul Lucio Mumio, habían tomado de Corinto o de Atenas[44].

Napoleón deseaba que lo que acabaría siendo su museo –que reconstruyó, cubrió de oro, abarrotó con esculturas y convirtió en un palacio para la exhibición– alardease tanto de poseer el mejor arte del mundo como de contener la mayor colección de manuscritos históricos. Siendo un bibliófilo entusiasta, declaró que quería «coleccionar en París en un solo lugar los archivos del Imperio Prusiano, los del Vaticano, los de Francia y los de las Provincias Unidas». Más tarde indicaría a Berthier que consultase a uno de sus generales en

España acerca del paradero de los archivos de Carlos V y Felipe II, porque «completarían muy bien esta gran colección europea»[45].

Napoleón comunicó al Directorio a principios de mayo que tenía intención de cruzar el río Po, y que sería una operación costosa. Les advirtió que no prestasen oídos a los «soldados de los salones, que creen que podemos cruzar los anchos ríos a nado»[46]. Beaulieu, comandante de las fuerzas austriacas, se había retirado hasta el ángulo entre los ríos Po y Ticino, defendiendo Pavía y Milán y situando sus líneas de comunicación al norte del Po. Había mordido el anzuelo, y vigilaba de cerca Valenza. Napoleón realizó un acercamiento relámpago a Piacenza, en el ducado de Parma, cruzando varias líneas de defensa del río y amenazando Milán. Fue el primer ejemplo de una estrategia que acabaría siendo una de sus preferidas, la *manoeuvre sur les derrières*; colocarse a espaldas del enemigo. Los dos «relámpagos» sobre Viena en 1805 y 1809 y sus movimientos estratégicos en Polonia en 1806 y 1807 intentaron imitar este movimiento original para cruzar el Po.

Beaulieu estaba a una jornada de marcha menos de Piacenza, por lo que Napoleón necesitaba dos días, o incluso tres, de ventaja para atravesar el Po con seguridad. Indicó a sus tropas que se moviesen aún más rápido, confiando en que sus detallados cálculos para el suministro fuesen correctos. Mientras Sérurier y Masséna se acercaban a Valenza para engañar a Beaulieu, y Augerau se sumaba a la confusión al tomar posiciones entre Valenza y Piacenza, cortando toda comunicación que tuviese que atravesar el río, Napoleón avanzaba a gran velocidad con Laharpe, el general Claude Dallemagne –al que había prometido enviar un cargamento de calzado, ya que muchos de sus hombres llevaban los pies cubiertos con harapos– y la caballería del general Charles «Valiente» Kilmaine. En teoría iban a atravesar la neutral Parma, pero Napoleón sabía que el duque le era hostil y no iba a permitir que las sutilezas del derecho internacional, tal y como se entendía en la época, le detuviesen.

Al amanecer del 7 de mayo el ejército francés estaba dispuesto para cruzar el Po a su cruce con el Trebbia. El intrépido general Jean Lannes rastreó kilómetros de rivera, reuniendo todos los botes y el material de construcción que pudo. Localizó un ferry que podía transportar a 500 hombres en cada viaje a través de los 600 metros de anchura del río, mientras se convocaba a Augereau –a 30 kilómetros–, Masséna –a 40– y Sérurier –a 80– para que se reuniesen de nuevo

sin tardanza con Napoleón. Él mismo cruzó el día 8 y entró en Piacenza, cuyo gobernador abrió las puertas de la ciudad tras una breve pero clara exposición de lo que le ocurriría al municipio si no lo hacía. «Una victoria más», predijo Napoleón a Carnot ese día, «y dominaremos Italia»[47]. Para que las mulas no tuviesen que acarrear la artillería se requisaron caballos: de hecho la mayoría de los cañones que empleó Napoleón en la batalla que le esperaba fueron arrastrados por las monturas de la nobleza de Piacenza.

Tras firmar un armisticio con el duque de Parma, cuyo territorio había invadido de modo tan informal, Napoleón envió veinte cuadros a París, incluyendo varios de Miguel Ángel y de Correggio, así como los manuscritos de Petrarca con las obras del mayor poeta de Roma, Virgilio[48]. No satisfechos con esto, los franceses también se hicieron con la flora y la fauna: los científicos Gaspard Monge y Claude-Louis Berthollet, y el botánico André Thouin fueron enviados a Pavía para recopilar especímenes de varias plantas y animales y enviarlos al Jardin des Plantes de París. Napoleón proporcionó a Berthollet incluso mercurio, necesario para sus experimentos[49].

El 10 de mayo el ejército de Austria se retiró en dirección a Milán, a través de la ciudad de Lodi, a unos 25 kilómetros al sureste de la capital, en la orilla derecha del río Adda. Allí fue donde Napoleón decidió interceptarlos. Marmont dirigía un regimiento de húsares y Lannes, un batallón de granaderos que perseguían a la retaguardia austriaca por toda la ciudad. Los disparos de mortero, lanzados desde un puente de madera de 300 metros de largo y 10 de ancho en la rivera opuesta, interrumpieron con brusquedad a ambos. Napoleón emplazó allí los dos primeros cañones que encontró, llevándolos al puente, y ordenó disparar para evitar que el enemigo destruyese esa estructura, mientras llegaban más cañones y los francotiradores abrían fuego desde la orilla y las casas cercanas. En ese momento se aproximó para dirigir la batalla desde el campanario de una iglesia situado justo detrás del puente[*******].

El comandante de la retaguardia austriaca, el general Sebottendorf, cubría el puente con 3 batallones y 14 cañones, además de otros 8 batallones y 14 escuadrones de caballería de reserva, que sumaban 9.500 hombres en total. Cambiar de posición le habría llevado varios días, eliminando la posibilidad de alcanzar a las tropas en retirada de Beaulieu, por lo que Napoleón decidió que debía bombardear el puente de inmediato. Para las 17.00 ya había emplazado 30

cañones, y había enviado a 2.000 hombres a caballo al norte y al sur para encontrar un vado. Formó después a la columna de 3.500 soldados de Dallemagne en las callejuelas de Lodi y les lanzó una motivadora arenga («Hay que hablarle al alma», afirmó en una ocasión acerca de sus discursos en los campos de batalla, «es la única forma de electrizar a los hombres»[50]). Ordenó a Berthier que doblase el ritmo del fuego de artillería y las 18.00 envió a las semibrigadas ligeras 27º y 29º contra el puente, encarando la metralla austriaca. Las compañías mixtas de carabineros del coronel Pierre-Luis Dupas se habían presentado voluntarias para encabezar el ataque, en una misión casi suicida, contraria al más mínimo instinto natural de supervivencia. En muchas ocasiones fue este ímpetu frenético –conocido como la «furia francesa»– lo que dio a Napoleón ventaja en la batalla, tras el efecto de sus arengas sobre el orgullo de los regimientos y el recurso al fervor patriótico. Los primeros soldados fueron repelidos en el puente, pero algunos saltaron al agua sombría y siguieron disparando desde abajo y desde los laterales, mientras Napoleón continuaba enviando oleadas de hombres. Finalmente se tomó y se conservó el puente, con gran valentía a pesar de los contraataques de la caballería y la infantería. Cuando apareció en la orilla derecha del río un regimiento de fusileros franceses que había encontrado un vado, los austriacos retrocedieron ordenadamente, como solían hacer. Cinco días después habían sido empujados hasta el río Adige, y Napoleón estaba en Milán[********].

El asalto al puente de Lodi se convirtió pronto en una de las historias centrales en la leyenda napoleónica, a pesar de que solo se enfrentó a la retaguardia del ejército austriaco, con la pérdida de unos 900 hombres en cada bando. Fue una enorme muestra de arrojo cargar a lo largo de un puente largo y estrecho, enfrentándose a los continuos bombardeos de metralla, y varios de los oficiales que condujeron el ataque aquel día –Berthier, Lannes y Masséna, entre otros– acabarían convirtiéndose en los comandantes más importantes de Napoleón[*********] (Berthier ejerció aquel día de comandante en jefe, capitán de artillería y comandante de columna, pero fue la última vez que se le permitió dirigir a las tropas como decisión táctica, ya que se le consideraba con razón como demasiado valioso para arriesgarse en batalla). A partir de la lucha de Lodi los hombres de Napoleón le apodaron *le petit caporal*, siguiendo la antigua tradición que lleva a los soldados a burlarse cariñosamente de los líderes a los

que admiran; las tropas de Julio César –según Suetonio– cantaban canciones refiriéndose al «calvo adúltero»; a Wellington le apodaban «Narigudo»; a Robert E. Lee, «Abuelito»… «Pequeño cabo» fue un mote del agrado de Napoleón, que lo fomentó, porque enfatizaba la campechanía republicana de la que se estaba empezando a revestir. Tras Lodi desaparecieron todos los rumores de amotinamiento, y se formó ese vital *esprit de corps* que ya no desaparecería durante el resto de la campaña.

«Nunca me he visto como un simple general», diría después Napoleón acerca de esta victoria, «sino como un hombre llamado a decidir el destino de los pueblos. Me di cuenta entonces de que en realidad podía convertirme en un actor decisivo en nuestro escenario nacional. En ese momento nació el primer destello de gran ambición»[51]. Repitió esta idea tantas veces a tanta gente distinta a lo largo de su vida que Lodi se puede tomar como la divisoria de su carrera. La ambición rampante puede ser terrible, pero, si se alía con una gran capacidad –energía proteica, objetivo elevado, el don de la oratoria, memoria casi perfecta, control de los tiempos deslumbrante y liderazgo inspirador–, puede dar un resultado extraordinario.

«Espero enviaros pronto las llaves de Milán y Pavía», dijo Napoleón al Directorio el 11 de mayo, en una de las 15 cartas que escribió aquel día. En otra le comunicó aparte a Carnot que si podía tomar la casi inexpugnable Mantua –hacia donde se dirigía Beaulieu– sería capaz de situarse «en el corazón de Alemania» en dos *décades* (la semana republicana de 10 días)[52]. Informó de que había perdido a 150 hombres frente a los 2.000 o 3.000 de Austria, a pesar de que el recuento de caídos y los listados de bajas le habían puesto al tanto de las verdaderas cifras. La exageración sistemática de las pérdidas enemigas, junto con la disminución de las propias, sería otra de las características constantes de las campañas napoleónicas, y era desde luego una práctica habitual en los escritos de los autores clásicos con los que estaba más familiarizado. Se condujo así incluso en sus cartas a Josefina, confiando en que ella difundiese la información, reforzando la credibilidad por la fuente de la que procedía (Refiriéndose al número de bajas en una carta a Josefina tachó el número de heridos, sustituyendo 700 por 100[53]). Sabía que, sin ningún medio para obtener corroboración, los franceses creerían –al menos inicialmente– las cifras

que quisiese darles, no solo acerca de los heridos y fallecidos, sino también de prisioneros, cañones y estandartes capturados. Al escribir boletines militares no se consideraba sujeto a juramento.

Se ha criticado a Napoleón por mentir en sus informes posteriores a las batallas, pero es absurdo adscribir a la moral tradicional dichos informes, porque la desinformación ha sido un arma de guerra conocida desde los días de Sun Tzu (Winston Churchill señaló en una ocasión que en tiempo de guerra la verdad es un bien tan precioso que tiene que ser defendida por una escolta de mentiras). Donde erró Napoleón fue al hacer de la exageración algo tan endémico que al final hasta las victorias genuinas eran tomadas por falsas o, si no, menoscabadas; la expresión «mentir como el boletín» entró en el lenguaje popular francés. Cuando fue posible, Napoleón mostró pruebas innegables a los franceses, enviando las banderas enemigas capturadas para ser expuestas en la iglesia castrense de Los Inválidos; no obstante, a lo largo de su carrera exhibió una habilidad encomiable para presentar las noticias desastrosas como simplemente malas, las malas como inoportunas pero aceptables, las aceptables como buenas, y las buenas como triunfales.

Napoleón llevaba dos semanas pidiendo a Josefina que se reuniese con él en Italia. «Te suplico que vengas con Murat», había escrito, pidiéndole que fuese vía Turín, «acortando el viaje 15 días… Mi felicidad consiste en verte feliz a ti; mi alegría, en verte contenta; mi delicia, en verte complacida. Jamás se amó a mujer alguna con mayor devoción, pasión y ternura. Ya no seré nunca más el dueño de mi corazón, marcando de aquí en adelante todos sus placeres y sus inclinaciones, dando forma a todos sus deseos… Sin cartas tuyas; solo recibo una cada cuatro días; en lugar de eso, si me quisieses, me escribirías dos veces al día… *Adieu*, Josefina, eres para mí un monstruo inimaginable… Cada día te quiero más. La ausencia sana las pequeñas pasiones, e incrementa las grandes… Piensa en mí, o di con desdén que no me quieres, y puede que encuentre entonces el modo de padecer menos… Ese día será feliz… el día que cruces los Alpes. Será la mayor recompensa por mi sufrimiento, el premio más feliz a mis victorias»[54].

Josefina no tenía intención de realizar ese viaje. Esgrimió una excusa –si es que lo era– particularmente cruel, diciendo a Murat que creía estar embarazada. La noticia provocó en Napoleón un arrebato de entusiasmo y gozo. Desde el

cuartel general en Lodi le escribió el 13 de mayo: «¡Será posible que tenga la alegría de verte con tu tripita!… Pronto darás vida a un ser que te querrá tanto como yo. Tu hijo y yo siempre estaremos junto a ti para convencerte de nuestro amor y cariño. Nunca te enfadarás, ¿verdad? ¡Nada de gruñidos!, más que para divertirse. Después tres o cuatro muecas; no hay nada más bonito, y después un besito lo arregla todo»[55].

Puede que Josefina padeciese un embarazo psicológico o que sufriese un aborto real, pero no hubo nacimiento. Hubo además otros motivos que le impidieron unirse a su marido en Italia; estaba empezando a tener una aventura con un teniente de húsares llamado Hippolyte Charles, un galán ingenioso y bromista nueve años menor que ella. «Te encantaría», escribió a una amiga, afirmando que su rostro era «bellísimo. Creo que nadie antes que él ha sabido cómo hacerse bien el nudo de la corbata»[56]. El financiero Antoine Hamelin, que conocía bastante bien a Charles, pensaba de él que era «un retaco cuya única cualidad es su buen porte», y afirmó que poseía «la elegancia de un aprendiz de peluquero»[57]. A pesar de que todo esto pueda presentarle como un simple don Juan de medio pelo, se impone reconocer que el teniente Charles tenía cierto valor al engañar a Napoleón Bonaparte en una época en la que los duelos eran habituales.

Incluso antes de recibir las noticias de su victoria en Lodi, el Directorio estaba trazando un plan para obligar a Napoleón a compartir la gloria de la campaña italiana, entre otros motivos, debido a que los resultados mediocres de los generales Moreau y Jourdan en Alemania estaban empezando a concentrar la adulación pública en torno a su figura de un modo preocupante. Desde la traición de Dumouriez en 1793 ningún gobierno había querido concentrar demasiado poder en un solo general. Cuando Napoleón solicitó que 15.000 hombres del Ejército de los Alpes del general Kellermann fuesen enviados para reforzar el de Italia, el Directorio respondió que se podían destinar allí, pero Kellermann debía acompañarles, pasando a dirigir todas las tropas. Napoleón respondió a Barras el 14 de mayo, cuatro días después de Lodi y uno antes de capturar Milán: «Renunciaré. La naturaleza me ha concedido mucho carácter, junto con algunos talentos. No seré de utilidad aquí al menos que tenga tu plena confianza». Describió a Kellermann, vencedor de la batalla de Valmy, como «un alemán por

cuyos modales y principios no siento ningún respeto»[58]. Al mismo tiempo dijo a Carnot: «No puedo servir voluntariamente a las órdenes de un hombre que se cree el primer general de Europa, y además creo que es mejor tener un solo general malo que dos buenos. La guerra, como el gobierno, es cuestión de tacto»[59].

Napoleón mostró ese tacto, sensiblemente mayor, en su respuesta al Directorio: «Cada cual tiene su modo de llevar la guerra. El general Kellermann tiene más experiencia que yo, y lo hará mejor; pero, si lo hacemos los dos juntos, irá extremadamente mal»[60].

Asociada a esa falsa modestia iba la arrogancia juvenil: «He desarrollado la campaña sin consultar a nadie. No habría llevado a cabo nada que mereciese la pena si me hubiese visto obligado a reconciliar mis ideas con las de otro… Al estar persuadido de vuestra plena confianza, mis movimientos han sido tan rápidos como mis ideas»[61]. Napoleón tenía razón al afirmar que ambos habrían colisionado en poco tiempo; era imposible que fuese un co-dirigente, y menos aún un subordinado. Hasta ese momento había quedado demostrado en campaña que un solo comandante en jefe aventajaba a la estructura de mando dispersa de Austria[**********]. La amenaza de renuncia, recibida junto con las noticias de su victoria en Lodi y la captura de Milán, aseguró que no se volviese a oír hablar de esa estratagema. En adelante Napoleón supo que, si seguía venciendo en el campo de batalla, tendría la sartén por el mango frente al Directorio, institución a la que continuaba prestando una obediencia retórica, pero cada vez más desdeñosa.

Las cartas de Napoleón al Directorio sufrieron una censura severa al publicarse en el *Moniteur*, obliterando los chistes y cotilleos. Del débil y mediocre duque Hércules III de Módena, por ejemplo, escribió que «no merecía su nombre de pila, ni descender de la noble casa de Este». Sugería además que el responsable de las negociaciones en nombre del duque, el *seignor* Frederic, era su hermano ilegítimo, hijo de una bailarina española[62]. Barras afirmó más tarde haberse sentido impactado por los apuntes «humillantes» y «sarcásticos» de los informes de Napoleón, pero no cabe duda de que disfrutó de ellos en su día.

El domingo 15 de mayo de 1796 Napoleón entró triunfante en Milán[***********]. Los carabineros tuvieron el honor de marchar en primer

lugar, como reconocimiento a su heroísmo en la captura del puente de Lodi, y fueron «cubiertos de flores y recibidos con alegría» por la población[63]. A pesar de que a Napoleón le acompañaron los vítores según cabalgaba por las calles, no se le ocultó que los conquistadores solían ser bienvenidos en las ciudades que estaban a punto de ocupar. Aunque muchos italianos estaban satisfechos por la expulsión de los austriacos, eran pocos los que sentían un aprecio real y una adhesión total a sus sustitutos franceses. Sin embargo un grupo pequeño, pero significativo, de entre ellos estaba entusiasmado de veras con el efecto que podrían tener las ideas revolucionarias francesas en la política y la sociedad italianas. En términos generales las élites educadas, profesionales y secularizadas eran más propensas a ver a Napoleón como a una fuerza de liberación que el campesinado católico, que veía al ejército francés como extranjero y ateo.

El duque Serbelloni invitó a Napoleón a pernoctar en el admirable palazzo familiar de Milán, que disponía de 30 sirvientes en palacio y 100 en las cocinas. Eran necesarios, porque recibía cantidades ingentes de escritores, editores, aristócratas, científicos, académicos, intelectuales, escultores y líderes de opinión, que disfrutaban de la ópera, el arte y la arquitectura milanesa. Todo ello tenía un propósito político. «Como artista reconocido tienes derecho a recibir una protección especial del Ejército de Italia», escribió al escultor Antonio Canova en Roma. «He dado órdenes para que se te abonen el pasaje y el alojamiento de inmediato»[64]. Napoleón, queriendo aparecer como un libertador ilustrado, y no como uno más en la larga lista de conquistadores, agitó la esperanza de una posible independencia, en una nación-estado unificada, avivando los fogonazos nacionalistas en Italia. Para lograrlo declaró, al día siguiente de su llegada a Milán, la creación de una República Lombarda, que sería gobernada por un *giacobini* (jacobino o «patriota») italiano francófilo, y alentó el florecimiento de clubes políticos en toda la región. El de Milán alcanzó pronto un censo de 800 abogados y mercaderes. Abolió también las instituciones del gobierno austriaco, reformó la Universidad de Pavía, celebró elecciones municipales provisionales, fundó una Guardia Nacional y entró en deliberaciones con el impulsor milanés de la unificación, Francesco Melzi d’Eril, al que otorgó tanto poder como pudo. Sin embargo, nada de esto evitó que Napoleón y Saliceti recaudasen una «contribución» de 20 millones de francos en

Lombardía, en la misma fecha, irónicamente, en la que promulgaba un Orden del Día afirmando que «tenía un interés tan acusado por el honor del ejército como para permitir a nadie que viole los derechos de propiedad»[65].

Italia era en 1796, como observaría más tarde Metternich, «una expresión meramente geográfica», una noción muy alejada de la de nación, a pesar de compartir una cultura y estar desarrollando lentamente un idioma también común. En teoría Lombardía acababa de pasar a ser una república independiente, a pesar de ser un protectorado francés, pero Venecia seguía siendo una provincia de Austria, y Mantua estaba ocupada por el ejército de esa nación. Toscana, Módena, Lucca y Parma eran gobernadas por duques y grandes duques austriacos; los Estados Pontificios (Bolonia, la Romaña, Ferrara y Umbría) pertenecían al Papa; Nápoles y Sicilia formaban un reino bajo el Borbón Fernando IV, y la monarquía de Saboya reinaba aún en el Piamonte y en Cerdeña. Los italianos que, como Melzi, soñaban con un estado unificado, no tenían más esperanza que Napoleón, aun a pesar de sus demandas de «contribuciones». Durante los siguientes tres años, denominados el trienio, los italianos observaron el auge de los giacobini en una serie de «repúblicas hermanas» creadas por Napoleón. Pretendía establecer una nueva cultura política en Italia basada en la Revolución Francesa que recompensase la meritocracia, el patriotismo y el libre pensamiento por encima de los privilegios, el localismo de las ciudades-estado y el catolicismo tridentino[66]. Esta era también la agenda política del Directorio, aunque Napoleón imponía cada vez más su visión con menor deferencia hacia la de aquellos. Los giacobini estaban imbuidos de principios revolucionarios, y durante el trienio Napoleón les ofreció la oportunidad de ejercer un poder limitado. Aun así gran parte del antiguo orden permaneció; los italianos, como tantas veces en ocupaciones anteriores, se las ingeniaron para ensombrecer el celo de los conquistadores. Era frecuente que la influencia real de los jacobinos en el gobierno no alcanzase más allá de las ciudades, y durante poco tiempo. El poder francés era para la mayoría de los italianos demasiado descarnado, demasiado centralizado, demasiado exigente –sobre todo en lo económico y artístico– y demasiado extranjero. Aun con todo hay que señalar que, excepto durante unos pocos meses en Lombardía en el verano de 1796, y después en la rural, sureña y ultracatólica Calabria, no se produjo ninguna rebelión en masa contra el dominio napoleónico en Italia, como

sí ocurrió en el Tirol y en España, porque por encima de todo los italianos aceptaron que el método galo de gobierno les era más favorable que el anterior de los austriacos.

Las reformas impulsadas por Napoleón en los territorios recientemente conquistados incluyeron la supresión de los aranceles internos, que ayudó a estimular el desarrollo económico, el final de las asambleas nobiliarias y otros centros de privilegios feudales, la reestructuración financiera de las deudas estatales, la eliminación de las restricciones gremiales, la imposición de la tolerancia religiosa, el cierre de los guetos y la libertad de movimiento para los judíos, y en ciertos casos la nacionalización de los bienes eclesiásticos. Estas medidas modernizadoras, que replicaría en muchos de los territorios conquistados durante la siguiente década, fueron aplaudidas por las clases medias progresistas en bastantes áreas fuera de Francia, incluyendo aquellas en las que se odiaba a Napoleón. La visión volteriana de que la civilización europea seguía un curso progresivo era de aceptación universal en Francia en época de Napoleón, y fundamentaba su misión civilizadora. Cuando abolió la Inquisición, las oscuras prácticas feudales y las regulaciones y restricciones antisemitas en el comercio y la industria –como los gremios–, Napoleón también aportó una ilustración genuina a los pueblos que, sin las victorias bélicas, habrían permanecido despojados de sus derechos y de la igualdad ante la ley.

Para convencer a Europa de la superioridad esencial del modo de gobierno francés, Napoleón precisaba de una colaboración activa, y no solo de la mera sumisión. Podía ganar las batallas, pero sus administradores debían actuar después con agilidad para ganar la paz. Como celosos líderes de lo que consideraban con sinceridad una nueva forma de civilización –aunque ese término no entró en el léxico francés hasta la década de 1760, y no se empleaba demasiado en la época de Napoleón–, las élites revolucionarias galas estaban firmemente convencidas de que hacían avanzar el bienestar en Europa bajo el liderazgo de Francia. Ofrecían una nueva forma de vida cuyo requisito previo era, sin duda, la incuestionable potencia militar de su país. Desde la época de Luis XIV Francia se denominaba a sí misma la «Gran Nación», y en agosto de 1797 el periódico oficial del Ejército de Italia proclamaba la idea de que «Cada paso que da la Gran Nación está guiado por todas las bendiciones»[67]. Bajo el Directorio los oficiales brindaban en los banquetes patrióticos por «La unidad de

los republicanos franceses; por que tomen ejemplo del Ejército de Italia y, alentados por este, recuperen la energía adecuada a la nación dirigente del mundo»[68]. A pesar de carecer de la brevedad esencial de los mejores brindis, exudaba esa sensación de superioridad civilizadora imprescindible a toda aspiración imperial seria.

«Cada hombre de genio, todos aquellos destacados en la república de las letras, son franceses, sea cual sea su nacionalidad», escribió Napoleón desde Milán, en mayo de 1796, al eminente astrónomo italiano Barnaba Oriani. «Los milaneses instruidos no han recibido el respeto que se merecen. Se esconden en sus laboratorios y se creen afortunados si… consiguen que los curas les dejen en paz. Hoy todo es distinto. El pensamiento es libre en Italia. La Inquisición, la intolerancia y el despotismo se han desvanecido. Invito a los estudiosos a que se reúnan y propongan qué se debe hacer para que la ciencia y las artes florezcan de nuevo»[69]. La abolición de la censura impresionó a los académicos, aunque esta abolición no protegiese a la crítica contra la ocupación francesa.

Pese a todo, para que todas esas promesas fructificasen, Napoleón debía tomar definitivamente el norte de Italia. En mayo de 1796 Mantua albergaba un amplio contingente austriaco, con escasas posibilidades de ser desmovilizado, y muchas de ser relevado. «Soldados», rezaba una de las proclamaciones de Napoleón a sus tropas poco después de invadir Milán,

> habéis caído como un torrente desde lo alto de los Apeninos. Habéis superado y aniquilado todo lo que se ha opuesto a vuestra marcha… Los duques de Parma y Módena deben su existencia política solo a vuestra generosidad… Este enorme éxito ha colmado de alegría el corazón de vuestra patria… Así pues, vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, hermanas, aquellos que os aman se regocijan por vuestra fortuna, y alardean orgullosos de perteneceros[70].

La alabanza era exagerada, pero desalentaba de inmediato cualquier esperanza de las tropas de descansar y recuperarse en Milán:

> Para vosotros el descanso afeminado es tedioso; los días perdidos para la gloria son días perdidos para la felicidad. ¡Avancemos, por tanto! Tenemos

aún marchas forzadas que emprender, enemigos que abatir, laureles que atesorar, injurias que vengar… Entonces retornaréis a vuestros hogares y a vuestra patria. Los hombres proclamarán mientras os señalan: «Aquel perteneció al Ejército de Italia»[71].

Una revuelta contra la ocupación francesa en Pavía, dirigida por sacerdotes católicos el 23 de mayo, fue sofocada con dureza por Lannes, que bombardeó sin más el ayuntamiento[72]. Al día siguiente ocurrió algo similar en Binasco, a unos 15 kilómetros al suroeste de Milán[73]. Los campesinos armados habían fortificado la aldea, para lanzar después un ataque contra las líneas de comunicación galas. «A medio camino de Pavía topamos con un millar de campesinos de Binasco y los derrotamos», explicó Napoleón a Berthier. «Tras matar a un centenar incendiamos la aldea, dando un ejemplo terrible pero eficaz»[74]. El incendio de Binasco se asemejaba a la clase de acciones antiguerrilla desencadenadas en la Vendée, lugar en el que se emplearon las masacres y el fuego contra los *chouans*[75]. Napoleón era de la opinión de que «el derramamiento de sangre es uno de los ingredientes de la medicina política», pero creía también que un castigo rápido y ejemplar evitaba en gran medida la represión masiva[76]. Casi nunca consintió la crueldad injustificada, y podía llegar a empatizar con el sufrimiento de un pueblo. Una semana después de Binasco comunicó al Directorio: «Este espectáculo, aunque necesario, fue sin embargo horrible; me afectó muy intensamente»[77]. Diez años más tarde escribiría, en una posdata, a Junot: «Recuerda Binasco; me dio tranquilidad en toda Italia, y evitó que se derramase la sangre de miles. Nada es más saludable que los ejemplos severos adecuados»[78]. «Si vas a hacer la guerra», diría al general d’Hédouville en diciembre de 1799, «empréndela con energía y dureza; es el único medio de acortarla, y en consecuencia de que sea menos deplorable para la humanidad»[79].

Durante las revueltas en Pavía, que se extendieron a gran parte de Lombardía, se tomaron 500 rehenes de las familias locales más pudientes, encarcelados en Francia como «prisioneros de estado» para asegurar el buen comportamiento. En el territorio en torno a Tortona Napoleón destruyó todas las campanas de las iglesias empleadas para convocar las revueltas, y no dudó en fusilar a cualquier sacerdote rural descubierto liderando las bandas de

campesinos. Aunque su anticlericalismo temprano en Córcega fue suficiente para sentirse enfadado frente a lo que llamó la *prêtraille* –el sacerdocio hipócrita–, vio cómo era refrendado por el modo en el que algunos párrocos alentaban los alzamientos. Aun así, sirvió también para mentalizarle del poder de la Iglesia como institución, al que entendió que no podía oponerse frontalmente, y prometió proteger a aquellos clérigos que no mezclasen política y religión.

A finales de mayo Napoleón estaba atormentado. Josefina había dejado de escribirle, a pesar de la corriente continua de cartas en las que le preguntaba, «¿Vas a venir? ¿Cómo va el embarazo?», y su calificativo de «dolce amor» repetido cinco veces en una sola misiva[80]. «Tengo el presentimiento de que has partido ya para venir», escribió en otra,

> y esa idea me colma de gozo… En lo que a mí respecta, tu llegada me hará tan feliz que llegaré a enloquecer. Me muero de ganas de ver cómo portas a un bebé… No, corazón, vendrás, estarás muy bien; darás a luz a un niño tan bonito como su madre, que te amará como su padre, y, cuando seas anciana, cuando tengas 100 años, será tu consuelo y tu alegría… ven rápido para escuchar buena música y visitar la hermosa Italia. No falta nada excepto tu presencia[81].

Josefina permanecería en París aún otro mes, por la fascinación que sentía por Hippolyte Charles y su uniforme celeste, sus botas de cuero rojo, sus ajustados pantalones de montar de estilo húngaro y sus bromas pueriles.

El 2 de junio de 1796 Napoleón comenzó a sitiar la bien abastecida Mantua. El despliegue de tropas había ido estrechándose, porque aún debía capturar el castillo de Milán, llamado la Citadela, y vigilaba el regreso de los austriacos del Tirol, mientras de forma simultánea aplastaba la revuelta en el norte. El gobierno de París le había indicado que debía expandir la revolución hacia el sur, dentro de los Estados Pontificios, y expulsar a la Royal Navy de la ciudad papal de Livorno. Debía mantener además la amenaza sobre la neutral Venecia para garantizar que no auxiliase a Austria. Reunió el equipamiento preciso para el sitio desde Antibes a Milán, confiando en añadir también los cañones que

capturaría en Bolonia, Ferrara y Módena en un repentino ataque contra los Estados Pontificios a mediados de junio.

En la batalla de Borghetto el 30 de mayo, Napoleón atravesó el río Mincio y obligó a Beaulieu a retirarse hacia el norte, hasta el valle de Adige en dirección a Trento. Tras estar a punto de ser capturado durante el combate, despidió a su escolta y formó una nueva compañía de fusileros para protegerse, predecesores de sus *Chasseurs á Cheval de la Garde*, bajo el mando del frío y cauto general Jean-Baptiste Bessières. Después de Borghetto el emperador Francisco relevó al ineficaz Beaulieu en el mando de las tropas austriacas, aunque mantuvo el gobierno en Mantua, y designó al mariscal de campo general Dagobert von Wurmser, un alsaciano también septuagenario que había merecido su reputación en la Guerra de los Siete Años, concluida seis años antes de que naciese Napoleón.

Cuatro fortalezas, conocidas como el Cuadrilátero, fundamentaban el poder de Austria en el norte de Italia: Mantua, Peschiera, Legnagno y Verona. Protegían en conjunto la entrada a los pasos de los Alpes al norte y al este, y los accesos al Po y al lago Garda. En general Napoleón era partidario de los movimientos fluidos y de evitar los sitios, pero en este caso no tenía elección. Solo disponía de 40.000 hombres para sitiar Mantua, mantener abiertas las rutas de comunicación y sostener el frente en el río Adige. Entre junio de 1796 y febrero de 1797 Mantua estuvo sitiada con una breve interrupción de cinco semanas. Al estar protegida por un lago en tres flancos, y por una gruesa y elevada muralla en el cuarto, presentaba un desafío enorme para cualquier atacante. Los sitiados superaban ampliamente en número a los sitiadores y, al menos al principio, los austriacos duplicaron el número de disparos de cañón sobre los franceses con respecto a los recibidos. Pero a principios de junio Napoleón había sumado tal caudal de fondos desde Lombardía y sus «contribuciones» que pudo enviar al Directorio un centenar de caballos de tiro, para «reemplazar las monturas mediocres que arrastran vuestros carruajes»[82], además de enviar 2 millones de francos en oro, muy necesarios. El 5 de junio Napoleón se entrevistó con el diplomático André-François Miot de Melito, embajador francés en la Toscana, que destacó de su encuentro la gran sobriedad de la figura de Napoleón.

> El cabello empolvado, con un corte desigual y una caída recta tras las orejas, le llegaba hasta los hombros. Vestía una capa lisa, abotonada hasta la barbilla, rematada con un estrecho bordado en oro, y portaba en el sombrero una pluma tricolor. A primera vista no me resultó atractivo, pero sus facciones fuertemente marcadas, sus ojos ágiles y penetrantes, sus gestos bruscos e impetuosos revelaron un espíritu fogoso, y su amplia y concentrada frente era la de un pensador profundo[83].

Miot señaló que, cuando Napoleón impartía órdenes a Murat, Junot y Lannes, «todos mostraban una actitud de respecto hacia él, incluso diría que de admiración. No vi entre él y sus compañeros esas señales de familiaridad que he observado en otros casos, en consonancia con la igualdad republicana. Había asumido ya su propio lugar, distanciándose del resto». Era deliberado; incluso a los 27 años Napoleón ya comenzaba a emplear a sus asistentes, secretarios y servicio doméstico para regular su accesibilidad y fortalecer su estatus. Nombró con ese fin a otros dos ayudas de campo, que se unieron a Junot, Marmont, Muiron y Murat. Fueron Joseph Sulkowski, un capitán polaco del ejército revolucionario, y Géraud Duroc, oficial de artillería que había mostrado su eficacia como ayuda del general Augustin de Lespinasse. El corso describiría años después a Duroc como «el único que ha recibido mi intimidad y mi entera confianza»[84]. Sería de los pocos, fuera del ámbito familiar de Napoleón, en tutearle.

El Directorio pretendía que se desplazase hasta la borbónica Nápoles, pero a su juicio la marcha hacia el sur supondría correr riesgos, teniendo en cuenta la amenaza desde el Tirol, por lo que en esta ocasión, en lugar de exceder las órdenes de París como en Cherasco, optó por desafiarlas. Napoleón ordenó a Minot que negociase un armisticio con Nápoles obligando a la ciudad a retirar cuatro regimientos de caballería del ejército austriaco, y la flota del escuadrón de la Royal Navy de Livorno. La alternativa era la invasión por parte del Ejército de Italia. El negociador napolitano, príncipe Belmonte-Pignatelle, firmó el tratado a las dos horas exactas de ser amenazado con la invasión. Para entonces Napoleón ya estaba dispuesto a despreciar al Directorio, cuestionando ante Pignatelli si realmente creía que «estaba luchando por esos legisladores bribones»[85]. Aunque Napoleón apreciaba a algunos legisladores individuales, en masa los

detestaba, y de los cinco Directores, tres habían sido abogados y uno juez –Barras–. Solo el matemático Carnot carecía de pasado como jurista.

De vuelta a Milán el 5 de junio, Napoleón escribió de nuevo a Josefina, creyendo que estaba aún embarazada y camino al encuentro. Tanto las expresiones volcánicas de amor, ira, confusión y autocompasión, como la extensión y número de sus cartas, sugieren que su escritura fue una forma de escape de las presiones políticas y militares que se arremolinaban sobre él en aquella época. En tiempos de las epístolas románticas autoconscientes, Napoleón se decantaba claramente por alcanzar el mayor efecto posible, y los límites entre lo que escribía a su esposa y la fantasía de *Clisson y Eugénie* se difuminaban. «Mi alma rebosa de alegre expectación», se lee en una,

> y se llena de pena. El correo sigue viniendo sin nada de tu parte. Si alguna vez escribes, son unas pocas palabras, que no muestran ningún sentimiento profundo. Tu amor por mí fue solo un pequeño capricho; si tu corazón estuviese profundamente conmovido, sentirías que es ridículo… Ya solo espero que mi recuerdo no te sea odioso… Mi corazón nunca se ha regodeado en sentimientos comunes… se ha forjado contra el amor; viniste tú y provocaste una pasión infinita, un envenenamiento degradante. Pensar en ti precede a todo en mi alma, el universo a tu lado no es nada; el más pequeño de tus caprichos es un mandato divino para mí; poder verte era mi alegría suprema. Llena de hermosura y gracia, en tu rostro se refleja un alma celestial con tonos paradisíacos… ¡Cruel! ¿Cómo has permitido que suponga en ti sentimientos que jamás albergaste? Pero los reproches no son propios de mí. Nunca creí en la felicidad. La muerte flota a mi alrededor todos los días… ¿Merece la vida nuestras protestas y nuestros gritos? *Adieu*, Josefina… Mil puñales atraviesan mi corazón; no los claves más adentro. *Adieu* mi felicidad, mi vida, todo lo que tiene alguna existencia real para mí en este mundo[86].

Había vuelto en muchas ocasiones al empeño literario inédito buscando alivio a su tristeza por Désirée, recordando la pérdida de la virginidad, expresando su odio a Francia por el dominio de Córcega o explicando su jacobinismo. Pero en este caso sí que envió estas cartas excesivas a Josefina, tan

absorta en su romance que apenas se molestaba en enviar dos o tres líneas cada quince días, dejando pasar incluso un mes, hasta el 11 de junio, sin escribir nada. Napoleón parecía haber averiguado para entonces, por fin, que algo ocurría, porque ese día escribió al antiguo amante de Josefina, Barras: «Me desespera que mi esposa no venga a estar conmigo; cierto amante la retiene en París. Maldigo a todas las mujeres, pero abrazo de todo corazón a mis buenos amigos»[87].

Se dirigió a la misma Josefina para comunicarle que ya casi había asumido que no le amaba –si es que alguna vez lo había hecho–, pero un momento después se mostraba tan incapaz de afrontar esa conclusión, casi obvia, que se aferraba a cualquier otra posibilidad, incluyendo la idea de que su amada pudiese estar muriéndose –a pesar de que Murat, en París por aquel entonces, le había informado de que, si había contraído alguna enfermedad, esta era «leve».

> Ya no me quieres. Solo me queda morir… ¡será posible! Todas las serpientes de las Furias anidan en mi corazón, y ya solo vivo a medias. ¡Oh! Tú… afloran mis lágrimas, no tengo ni descanso ni esperanza. Respeto la voluntad inmutable de las leyes del destino: me aplasta con la gloria para que sienta con mayor amargura mi infelicidad. Terminaré por acostumbrarme a todo en este nuevo orden; pero no puedo acostumbrarme a mí mismo a respetarlo. Pero no, no es posible, mi Josefina está en camino, me ama, al menos un poco, tantas promesas de amor no pueden desvanecerse en dos meses. Odio París, a las mujeres y el galanteo… Me aterroriza esta situación… y tu conducta. Pero ¿te podría acusar? No, tu conducta es tu destino. Tan amable, tan hermosa, tan grácil, ¿serás el instrumento que perpetre mi desesperación? Hasta siempre, Josefina; pensar en ti servía para hacerme feliz, pero ahora todo ha cambiado. Abraza de mi parte a tus encantadores hijos. Me escriben cartas deliciosas. Ya que no volveré a amarte más, les amaré más a ellos. Ignorante del honor y el destino, te amaré toda mi vida. Releí anoche de nuevo todas tus cartas, incluso aquella escrita con tu sangre; ¡qué sentimientos provocaron en mí![88].

En una ocasión le pidió que no se asease durante tres días antes de un encuentro, para poder impregnarse así de su esencia[89]. El 15 de julio se dirigió

a ella con franqueza: «No puedo soportar a una amante, y menos aún que tú tengas uno». Afirmó que recordaba un sueño, «en el que le arrebataba las botas, el vestido y le hacía entrar de cuerpo entero en su corazón»[90].

A pesar de los cientos de páginas de rapsodias emocionales a Josefina, que sugerían una y otra vez que pondría fin a su vida si le ocurría algo malo, pocas veces le informó de cualquier asunto relacionado con la guerra que no se pudiese averiguar leyendo las gacetas públicas. Tampoco le confió sus pensamientos más recónditos sobre las personas o los acontecimientos. Podría ser consecuencia del temor a que sus cartas, que tardaban dos o tres semanas en llegar a París con un mensajero, pudiesen ser interceptadas por el enemigo. Puede que, como sugirió el político británico John Wilson Croker en la *Quarterly Review* en 1833, cuando se publicaron 233 de esas misivas por primera vez, Napoleón pensase que Josefina era «frívola, caprichosa, atolondrada, demasiado vana ante los halagos, demasiado indiscreta como para confiar en ella». Croker fue rudo, pero no injusto, al denunciar que las cartas no mostraban «una confianza real ni un intercambio de pareceres… sin comunicación de ideas serias, ni una identidad de intereses»[91].

Napoleón podía dividir su vida en compartimentos, sin permitir que uno se derramase sobre otro, atributo seguramente necesario para cualquier estadista, pero que en su caso alcanzó un alto grado. «Los diferentes asuntos y sucesos están organizados en mi mente como en un armario –dijo una vez–, cuando quiero interrumpir una línea de pensamiento, cierro ese cajón y abro otro. ¿Que quiero dormir? Entonces cierro todos los cajones, sin más, y ya está: me duermo»[92]. Un asistente describió la admiración que sentían los que trabajaban con él por «la fuerza mental y la facilidad con la que podía alejarse o centrar todo el ímpetu de su atención en lo que desease»[93]. En medio del huracán de su vida privada, y en el descubrimiento progresivo y constante de que la mujer a la que adoraba le profesaba un sentimiento tibio –en el mejor de los casos–, Napoleón estaba dando los últimos retoques a una campaña audaz que conduciría a encadenar siete victorias más, sumadas a las cinco ya logradas, además de la captura de Mantua y la expulsión de Austria de Italia después de tres siglos de reinado de los Habsburgo.

[*] La semibrigada es la antecesora del regimiento de infantería: durante la Revolución Francesa casi nunca estaban completas, y de media agrupaban a 2.400 soldados en tres batallones.

[**] Las Órdenes del Día eran normalmente informativas y administrativas, y se leían al pasar lista a las 13.00 cuando estaban acampados, o durante los recesos en las marchas. Se diferenciaban de las proclamas en que estas se leían como discursos y trataban de ser inspiradoras.

[***] Aunque, al contrario que el inglés, el ejército francés no recurría a los latigazos, sí aplicaba la pena de muerte con mayor libertad. 12 administrativos fueron fusilados a las pocas horas de ser sorprendidos vendiendo raciones de la Guardia Imperial antes de la batalla de Wagram (Blaze, *Life in Napoleon's Army*, p. 190).

[****] Aunque alguna vez llevó a su montura hasta la extenuación, Napoleón era un jinete delicado; establecía un «dominio total» sobre sus caballos y alguna vez les enseñó a hacer trucos (Balcombe, *To Befriend*, pp. 41-42).

[*****] A este respecto, el ejército inglés de Wellington no fue menos culpable. Existen pocas memorias escritas por miembros del ejército en la Guerra de Independencia española, pero las de Friedrich Lindau de la Legión Real Alemana deja claro que se robó a la población local y que se golpeó y atacó a los campesinos que se negaron a entregar sus cosechas o su ganado (Bogle y Uffindell, eds., *Waterloo Hero*, pássim, Mars&Clio, 26, pp. 89-90). Napoleón hizo fusilar a un cabo y a dos soldados que robaron los vasos sagrados de una iglesia, lo que para él no era comparable a sus muchas incautaciones de tesoros artísticos del Renacimiento italiano. Los generales franceses se enriquecían habitualmente a expensas de los conquistados y algunos, como Masséna, llevaron la codicia hasta límites indignantes. Napoleón hizo después que desembolsase millones de francos. Fue una práctica común en la época que los comandantes se tomasen generosas recompensas: Wellington regresó de sus campañas en la India con todas sus deudas saldadas y amasó una fortuna de 42.000 libras, equivalentes a 1.000.000 de francos, todo ello de forma legal (Weller, *Wellington in India*, pp. 257-259).

[******] Este mismo argumento se emplea, en esencia, para justificar la permanencia de las ruinas del Partenón en el Museo Británico hasta hoy, aunque

las circunstancias de su adquisición fueron distintas.

[*******] A unos 20 metros corriente arriba del puente actual.

[********] Cruzar puentes y tomar las cabezas en presencia del enemigo será una constante en las campañas de Napoleón. Así ocurrirá de nuevo en Arcole en 1796, en la del Danubio en 1805, en Jena en 1806, durante la campaña polaca de 1807, en Aspern-Essling y Wagram en 1809, en Berezina en 1812, en Leipzig en 1813, en Montereau en 1814 y en Charleroi en 1815.

[*********] Sin embargo, aquel día no todo fueron éxitos. Tras ganar la batalla Napoleón descubrió que Laharpe había caído en una escaramuza cerca de Piacenza. Escribió al embajador en Berna para cerciorarse de que sus bienes, que habían sido confiscadas por las autoridades locales durante la Revolución, recayesen en sus seis hijos. El gobierno cantonal de Berna no podía rechazar lo que demandaba el *victor* de Lodi.

[**********] «Lo más importante en guerra es una dirección indivisa –aseguró más tarde Napoleón–. Debería haber un solo ejército, conduciéndose bajo un principio, dirigido por un jefe» (*Military Maxims*, ed. Chandler, p. 213).

[***********] Se cree que fue entonces cuando señaló a Marmont: «La fortuna es una mujer, y cuanto más hace por mí, más requiero de ella» (Rose, *Napoleon I*, p. 118).

5. VICTORIA

Para dirigir un ejército tienes que atenderlo sin cesar, anticiparte a las noticias, estar preparado para todo.

Napoleón a José, abril de 1813

Entre el triunfo y la caída solo hay un paso. He visto, en las circunstancias más significativas, cómo algunas cosas pequeñas deciden los grandes sucesos.

Napoleón a Talleyrand, octubre de 1797

A pesar de que el enemigo más temible de Napoleón en Italia fue siempre Austria, logró emplear los breves períodos en los que esta no suponía un peligro para proteger la retaguardia. Se ha afirmado que cuando las tropas francesas alcanzaron los Estados Pontificios en junio de 1796 encendieron sus pipas con velas del altar, aunque la viveza clara de la imagen la hace sospechosa de ser propaganda francófoba[1]. Lo cierto es que el papa Pío VI había denunciado la Revolución Francesa, apoyando la Primera Coalición contra Francia, sin unirse formalmente. Pronto pagaría con creces ese insulto. El anciano pontífice, de 78 años, había presidido la Iglesia durante 32, y no poseía la capacidad ni personal ni militar para evitar la entrada de Napoleón en Módena el 18 de junio, y al día siguiente en Bolonia, lugares de los que expulsó a las autoridades pontificias obligándolas a plegarse a él en una semana. A finales de junio firmó un armisticio con el Papa, con una «contribución» de 15 millones de francos que alcanzó para convencer al Directorio de las bondades de un tratado pacífico. Saliceti negoció también la captura de «un centenar de cuadros, vasijas, bustos o estatuas, determinadas por los comisionados franceses», incluyendo un busto de bronce de Junio Bruto y 500 manuscritos de la biblioteca vaticana[2]. El 11 de agosto el ojo aguileño de Napoleón sorprendió a sus responsables tratando de reducir su aportación, y se dirigió a François Cacault, agente francés en Roma:

«El trato incluía 500 manuscritos, no 300»[3].

El 21 de junio un Napoleón de 26 años escribió no menos de cuatro cartas al Directorio parisino, advirtiendo de que disponía solo de un ejército «mediano» con el que «encarar todas las emergencias; mantener a las fuerzas [de Austria] a raya, sitiar los fuertes, proteger la retaguardia, intimidar a Génova, Venecia, Florencia, Roma y Nápoles; tenemos que hacernos fuertes en todas partes»[4]. Era cierto; las grandes urbes italianas –entre las que podía haber incluido a Milán y a Turín– se mantenían a raya tanto por el asombro causado por su aparente imbatibilidad como por la presencia inmediata de una fuerza militar, por lo que Napoleón era vulnerable a una revuelta bien coordinada. El Directorio le ofreció escasos refuerzos, considerando aún al Rhin un teatro de operaciones mucho más importante.

La compenetración sensata entre la amenaza y la indiferencia jugó un papel importante en el arte napoleónico de gobernar Italia en aquella época. «Aquí hay que incendiar y fusilar para establecer el terror», escribió el 21 de junio, «y allí hay que simular que no se ve nada porque no ha llegado la hora de la acción»[5]. Apelando al orgullo de los que iba a conquistar, también despejaba toda duda de las consecuencias de resistirse. «El ejército francés ama y respeta a todos los pueblos, especialmente a los habitantes sencillos y virtuosos de las montañas», se lee en una proclama de ese mes dirigida a los tiroleses. «Pero si ignoráis vuestros propios intereses, tomando las armas, seremos tan terribles como el fuego celestial»[6]. Aunque se apoyaba en gran medida en Berthier, no dudaba en reafirmar sus propias capacidades. Al ver a Miot de Melito en Bolonia el 22 de junio, interrogó al diplomático acerca del rumor que afirmaba que «es a Berthier al que debo mi éxito, es él el que dirige mis planes, y que yo solo cumplo lo que él me sugiere». Miot, que conoció a Berthier en Versalles siendo joven, lo negó, a lo que Napoleón añadió, cordial: «¡Dices bien, Berthier es incapaz de dirigir un batallón!»[7]. No lo creía así –de hecho cedió el mando del Ejército de Italia a Berthier en 1798, y el de la Reserva en 1800–, pero dejaba clara la conciencia que tenía sobre su imagen pública. Con un espíritu similar alteró el texto de las proclamas para emplear el singular en la fórmula «Comandantes del Ejército francés».

Los británicos, que se habían asociado comercialmente con el gran duque de Toscana, fueron expulsados de Livorno el 27 de junio, y se les confiscó

mercancía valorada en 12 millones de libras; la Ciudadela de Milán cayó tras un bombardeo de dos días, el 29. Cuando los ingleses reaccionaron capturando la isla de Elba frente a las costas italianas, una antigua posesión del Gran Duque, Napoleón señaló con prudencia: «No tenemos derecho a protestar por una violación de la neutralidad, de la que nosotros hemos dado ejemplo»[8]. Poco después Napoleón obtuvo una «contribución» del gran duque Fernando III de Toscana, hermano menor del emperador Francisco, que había otorgado privilegios comerciales a los ingleses en Livorno. Cuando Napoleón fue a Florencia el 1 de julio, las calles se «abarrotaron con los habitantes» desde San Fridiano hasta el palacio Pitti, que trataban de avistarle[9]. Napoleón visitó a Fernando en palacio, en los Jardines Boboli, y contempló los admirables frescos de Pietro da Cortona, encargados por los Médici, que no podían trasladarse con facilidad a París, al contrario que los cuadros de Rubens, Rafael, Tiziano, Van Dyck y Rembrandt. Se dirigió al gran duque, que le había recibido con mucha educación, para decirle: «Su hermano ya no tiene ni un palmo de tierra en Lombardía», algo que no era del todo cierto: Mantua aún resistía. Aunque Fernando «tenía tal dominio de sí que no reveló ninguna preocupación», sabía que la caída de esa ciudad precedería a la pérdida del trono[10].

El 26 de junio Josefina, al fin y entre lágrimas, partió desde París hacia Milán. Le acompañaron José Bonaparte –que padecía una enfermedad venérea–, su dama de compañía Louise Compoint, el cuñado de José, Nicolas Clary, el financiero Antoine Hamelin –que buscaba emplearse con Napoleón, y del que Josefina obtenía dinero–, Junot, cuatro sirvientes, una escolta de caballería y Fortuné, el perrito de Josefina que había mordido en una ocasión a Napoleón cuando estaba en cama, y que falleció tras desigual combate contra la mascota de su cocinero, más fiera y grande[11]. Josefina, con un descaro sobrecogedor, llevó consigo al húsar de compañía, Hippolyte Charles. Junot sedujo a Louise durante el viaje, por lo que Josefina la despidió al alcanzar Milán, ganándose la enemistad de Junot. Dos años después lo lamentaría amargamente.

Napoleón la inundó con largas cartas de amor mientras viajaba hacia el sur, salpicadas con despedidas como: «Hasta la vista, mi amor, un beso en los labios y otro en el corazón, deseando que llegue el momento en el que pueda estar en tus brazos, a tus pies, en tu seno»[12]. Le escribió desde Pistoia en la Toscana

para decirle que sus bolsillos rebosaban de «cartas que nunca te he enviado porque son muy tontas, muy vanas; la palabra es *bête*»[13].

Teniendo en cuenta la naturaleza de las que sí que envió, aquellas debían ser de hecho *trop bête*. En una reminiscencia de su masoquismo emocional inicial, escribió: «Ríete de mí lo que quieras, quédate en París, consigue amantes y deja que todo el mundo lo sepa, no me escribas… ¡Bien! ¡Te querré diez veces más!»[14]. Josefina alcanzó el palacio Serbelloni el 10 de julio, y Napoleón se reunió con ella tres días después, tras haber marchado 350 kilómetros desde Milán, cruzando los estados de los Habsburgo, los Pontificios, el Véneto y las ciudades independientes de Peschiera, Brescia, Tortona, Módena, Bolonia, Livorno, Florencia, Roverbella, Verona y Milán de nuevo en seis semanas, devorando el centro de Italia y recaudando «contribuciones» que sumaban 40 millones de francos. Ignoró a Hippolyte Charles –Junot, Murat y José no le hablarían de él–, y Josefina pareció responder con calidez a sus atenciones, puede que por sentirse emocionalmente inestable. Hamelin contaba cómo «de vez en cuando abandonaba su estudio para jugar con ella como si fuese una niña. Le hacía rabiar, provocaba sus gritos, y le abrumaba con unas caricias tan rudas que me veía obligado a acercarme a observar el clima por la ventana»[15]. Su relación era desde luego muy táctil; el dramaturgo Carrion de Nisas anotó que «madame Bonaparte no es ni joven ni hermosa, pero es muy modesta y cautivadora. Acaricia con frecuencia a su esposo, que parece adorarla. Ella llora con frecuencia, a veces a diario, por los motivos más triviales»[16].

Napoleón había convocado a José, para el que Saliceti obtuvo el rango de comisario general del Ejército de Italia, con el propósito de tener cerca a alguien a quien confiar las negociaciones confidenciales más delicadas. Con esa misión le envió a Livorno, Parma y Roma, y más tarde se desplazaría a Córcega junto con Miot de Melito para restablecer allí el control francés. Durante esas expediciones José descubrió su genuino talento para la diplomacia.

Napoleón solo pudo quedarse dos noches; Wurmser se dirigía al sur con 50.000 hombres y Francia precisaba capturar Mantua de manos de Beaulieu antes de que llegasen los refuerzos. «Me propongo dar un golpe audaz», transmitió al Directorio[17]. A continuación expuso el plan de Murat de cruzar uno de los cuatro lagos artificiales que protegían Mantua de noche, disfrazados con uniformes austriacos, y abrir las puertas de la ciudad con tiempo suficiente

para permitir que entrasen las tropas de Napoleón. Probablemente estaba recordando a los gansos capitolinos que salvaron a la Roma Clásica cuando escribió que el «ataque repentino [de Murat] dependerá, como todos los de su especie, de la suerte, de un perro o un ganso»[18]. En este caso fue una disminución repentina en el cauce del Po, que mermó la capacidad del lago lo suficiente como para desbaratar el plan.

A finales de junio Napoleón averiguó por medio de un confidente del mando austriaco que Wurmser estaba conduciendo sus tropas, incluyendo ya varias unidades excelentes de veteranos reclutadas del Rhin, a ambas orillas del lago Garda para reforzar Mantua, donde la enfermedad empezaba a diezmar los cuarteles de Beaulieu. Durante sus campañas Napoleón confió en gran medida en la inteligencia, insistiendo en analizar personalmente la información en lugar de obtenerla de sus oficiales, para determinar por sí mismo la credibilidad de cada caso[19]. Entre los métodos para obtenerla incluyó los interrogatorios a desertores y prisioneros, el envío de patrullas a caballo, e incluso el camuflaje de sus soldados como campesinos, tras tomar a las mujeres de los trabajadores de verdad como rehenes. Era muy consciente de cómo los espías y oficiales en misión de reconocimiento podían confundir un destacamento con un ejército, y al contrario; y de cómo con frecuencia repetían lo que habían oído «de gente presa del pánico o de la sorpresa», en lugar de comprobarlo por sí mismos[20]. Estas eran sus instrucciones a los miembros de la inteligencia: «Conocer con precisión los vados y desfiladeros de la geografía. Ofrecer guías en las que se pueda confiar. Interrogar al cura y al cartero. Establecer rápidamente un buen entendimiento con la población. Enviar espías. Interceptar cartas públicas y privadas… En resumen, ser capaz de responder a cualquier pregunta del general en jefe cuando se ponga al frente del ejército»[21].

En este caso los espías acertaban: Wurmser se dirigía al este del lago Garda con 32.000 hombres en cinco columnas, mientras el general de caballería de origen croata Peter von Quasdanovich llegaría al oeste con 18.000. Napoleón cedió el mando de 10.500 soldados a Sérurier para mantener el cerco de Mantua, reservando 31.000 para hacer frente a la nueva amenaza. Envió a 4.400 de ellos con el general Pierre-François Sauret a Saló para retrasar el avance de Quasdanovich, desplazó a Masséna con 15.400 al flanco oriental, envió al general Hyacinthe Despinoy con 4.700 para proteger la línea Peschiera-Verona,

mandó a los 5.300 de Augerau a vigilar las carreteras del este y reservó 1.500 de la caballería de Kilmaine. Él mismo se desplazó constantemente entre Brescia, Castelnuovo, Desenzano, Roverbella, Castiglione, Goito y Peschiera, asentando el cuartel general allí donde tuviese una mejor visión del progreso de la campaña. La actividad continua bajo un calor abrasador acabó con cinco monturas consecutivas fallecidas por extenuación[22]. Uno de sus asistentes, el polaco Dezydery Adam Chlapowski, recordaba que «jamás utilizó las espuelas o las rodillas para poner a los caballos al galope, sino que aplicaba el látigo»[23].

El 29 de julio Quasdanovich expulsó a Sauret de Saló, como se esperaba, aunque la ciudad cambió tres veces de manos. Ese mismo día, a las 3 de la mañana, al este del lago Garda, Masséna sufrió un ataque numeroso, viéndose obligado a combatir en prolongada retirada, alcanzando Bussolengo desde Adige al anochecer. Los austriacos empujaron con valentía, retomando Rivoli. «Recuperaremos mañana, o más tarde, lo que has perdido hoy», prometió Napoleón a Masséna. «Nada se pierde si el valor permanece»[24]. Sin embargo, el 30 de julio, en una operación conocida como la «Sorpresa de Brescia» los austriacos tomaron el cuartel y los hospitales de esta localidad con solo tres bajas y once heridos. Entre los enfermos estaba Murat (que había sido contagiado por madame Rugat de una enfermedad venérea), Lannes y el brillante jinete François-Étienne, hijo de Kellermann. Josefina, que había ido a Brescia desde Milán a petición de Napoleón por considerarla más segura, estuvo a punto de ser capturada, induciendo a este a jurar: «Wurmser pagará un alto precio por esas lágrimas»[25].

«Hemos sufrido algunos reveses», informó Napoleón al Directorio, mientras enviaba el material que no era esencial a la retaguardia[26]. Al anochecer del 29 de julio se hizo cargo de que el enemigo descendía en gran número desde Bassano, y ordenó concentrarse en Villanova, al este de Verona. La división de Augerau recorrió 70 kilómetros en 55 horas de marcha y contramarcha, pero al anochecer del día siguiente Napoleón descubrió que el grueso de las tropas enemigas estaba en el norte y el oeste. De enfrentarse primero al avance de Wurmser y no lograr una victoria completa habría perdido Mantua igualmente, por lo que decidió atajar primero a Quasdanovich. Así pues, el 30 de julio ordenó a Séurier abandonar el sitio de Mantua para aumentar su presencia en el campo de batalla, añadiendo a la brigada del general Louis Pelletier a las fuerzas

de Augereau y la de Dallemagne a las de Masséna[27]. La orden de Augereau de retirarse a Roverbella reza: «Cada momento es precioso… El enemigo ha roto nuestra línea por tres sitios; domina los puntos importantes de Corona y Rivoli… Puedes ver que las comunicaciones con Milán y Verona se han roto. Espera nuevas órdenes en Roverbella; iré allí en persona»[28]. Augereau no perdió el tiempo.

Abandonar el sitio de Mantua significaba dejar atrás al menos 179 cañones y morteros que no se podían desmontar, y hundir la munición en los lagos. Fue doloroso para Napoleón, pero no ignoraba que las batallas decisivas en campo abierto, y no en las fortalezas, decidían la guerra moderna. «Pase lo que pase, y cueste lo que cueste, tenemos que dormir en Brescia mañana», dijo a Masséna[29]. Ese día, el 31, sus movimientos constantes casi acabaron en tragedia, al evitar por poco ser emboscado por una unidad croata en el camino entre Roverbella y Goato.

El terreno entre Brescia y Mantua incluye montañas de más de 1.000 metros, y líneas de colinas de morrenas desde Lonato, Castiglione y Solferino hasta Volta, con un paisaje abrupto que acaba en una planicie abierta. El 31 de julio el ejército francés partió dirección oeste a las 3 de la mañana, entablándose una batalla encarnizada al alba entre Sauret y el general austriaco Ott por la ciudad de Lonato, que se prolongó cuatro horas. Mientras tanto Masséna se desplegó entre Desenzano y esa localidad con la 32ª Semibrigada a su izquierda. Superado ampliamente en número, Ott fue derrotado. Mientras Augereau se acercaba a gran velocidad, los 18.000 soldados de Quasdanovich se enfrentaban a 30.000 franceses, provocando su rápida retirada. Esa noche Napoleón, temiendo por las líneas de comunicación, marchó con Augereau contra Brescia, donde llegó a las 10 de la mañana siguiente. Para entonces Wurmser, tras ser informado de que Napoleón estaba marchando hacia el oeste con dirección a Brescia, y a la par reuniendo tropas en Roverbella para defender el sitio de Mantua –que en realidad había abandonado– se dejó llevar por la confusión, y perdió la iniciativa con su inactividad. Al día siguiente el general Antoine La Valette, que había huido de Castiglione atemorizado, fue despojado de su rango en presencia de sus soldados de la 18ª Semibrigada Ligera. El entusiasmo de las tropas ayudó a Napoleón a decidirse a aplastar a Quasdanovich. En la segunda batalla de Lonato, el 3 de agosto, envió a las tropas de Despinoy desde Brescia a atacar el

flanco izquierdo de Quasdanovich por Gavardo, mientras Sauret, reforzado, hacía lo mismo con el derecho, y la brigada de Dallemagne marchaba entre ambas uniéndolas. Cuando las tropas de Sauret se quejaron de padecer hambre, Napoleón les dijo que encontrarían comida en el campamento enemigo.

Al tiempo que la brigada del general Jean-Joseph Pijon era expulsada de Lonato, y él mismo era capturado, Napoleón arribaba acompañado de parte de la división de Masséna. Agrupó a la 32ª Sección en «columnas de pelotones» y sin pausa, con tambores y música, ordenó una carga de bayonetas, apoyada por la 18ª Sección. A pesar de perder a los comandantes de ambos batallones, los austriacos acabaron en Desenzano, donde se cruzarían con la compañía de escolta de caballería de Napoleón, reforzada con miembros de la 15ª de dragones y la 4ª Ligera. Junot recibió seis heridas, lo que no le impidió aceptar la rendición de la brigada austriaca al completo. Al ser informado del desastre Quasdanovich se retiró por el norte del lago para unirse de nuevo a Wurmser, y permaneció fuera de juego durante 10 días. «Estaba tranquilo», escribiría Napoleón en el boletín posterior. «La valiente 32ª Semibrigada estaba allí». La 32ª hizo enmarcar estas palabras en tonos dorados en su pendón, y el orgullo les insufló mayor arrojo. «Es asombroso el poder que tienen las palabras sobre los hombres», afirmó años después, refiriéndose a esa unidad[30].

Augereau retomó Castiglione el 3 de agosto, tras 16 horas de duro combate en una árida y abrasadora planicie. Durante años, cuando se criticaba a Augereau en su entorno por desleal, Napoleón afirmaba: «Ah, pero que no se nos olvide que nos salvó en Castiglione»[31]. Para cuando los franceses se reagruparon allí el 4 de agosto, Wurmser había perdido cualquier oportunidad de atacar a Napoleón por la retaguardia. Su única esperanza, mientras se desplazaba lentamente en torno a Solferino con 20.000 hombres, era ganar algo de tiempo para que Mantua se preparase para un nuevo sitio. La mañana del 4 de agosto Napoleón amaneció en Lonato con solo 1.200 hombres, cuando 3.000 austriacos desconectados del mando de Quasdanovich cayeron por sorpresa sobre la ciudad. Napoleón informó al *parlamentaire* (el oficial encargado de negociar) con tranquilidad de que «su ejército al completo» estaba presente, y de que, «si la división no depone sus armas en ocho minutos, no perdonaré a ningún hombre»[32]. Complementó la pantomima dando órdenes acerca de unidades de granaderos y artilleros a Berthier, que sabía que eran falsas. Los austriacos

descubrieron, una vez rendidos y desarmados, que no había fuerzas francesas en los alrededores, y que podían haber capturado a Napoleón con facilidad.

La segunda batalla de Lonato atestiguó la primera ocasión en la que Napoleón empleó el sistema del *bataillon carré*. Aunque había sido propuesto por Guibert y Bourcet en un manual entre 1760 y 1770, nadie antes de Napoleón lo había puesto en práctica en el campo de batalla.

Con las unidades formadas en diamante, si se topaban con el grueso del ejército enemigo, por ejemplo, por el flanco derecho, la división situada en ese lado se convertía en la nueva vanguardia, encargada entonces de fijar la posición del enemigo. Las divisiones que habían formado las antiguas vanguardia y retaguardia automáticamente pasaban a ser la *masse de manoeuvre*, la fuerza de choque central capaz de apoyar a la nueva división avanzada, con la misión de envolver al enemigo por los flancos. De este modo el ejército podía rotar 90º en cualquier dirección con relativa facilidad; el sistema tenía la ventaja adicional de poder ampliarse, aplicándose tanto a divisiones como a ejércitos enteros. El punto clave era lo que Bourcet denominó la «dispersión controlada», que permitió a Napoleón una flexibilidad enorme, adaptando el frente de combate constantemente a las circunstancias cambiantes[33].

Napoleón también empleó el *battaillon carré* en la segunda batalla de Castiglione, a 25 kilómetros al norte de Mantua, el viernes, 5 de agosto. Wurmser se desplegó entre Solferino, en su flanco derecho, y una sólida fortaleza en la colina de Monte Medolano en el camino entre Mantua y Brescia a su izquierda, con entre 20.000 y 25.000 hombres. Napoleón disponía de 30.000; los 10.000 de Masséna alineados en columnas a su izquierda, los 8.000 de Augereau divididos en dos líneas frente a la ciudad de Castiglione, la caballería de reserva de Kilmaine a la derecha, los 5.000 soldados de Despinoy de vuelta de Saló, y los 7.500 del general Pascal Fiorella llegados desde el sur, que esperaban asestar un golpe decisivo a la retaguardia de Austria. Planeaba conducir a los refuerzos de Wurmser hacia el norte fingiendo una retirada. Castiglione fue una batalla complicada, que se entiende mejor desde lo alto del magnífico castillo de Lonato y el campanario de La Rocca en Solferino, que ofrecen una visión inigualable de todo el territorio.

Al escuchar fuego de cañones hacia el sur a las 9 de la mañana del 5 de

agosto, Napoleón asumió que se trataba de la llegada de Fiorella, pero era en realidad la 8ª de Dragones saqueando un convoy de material austriaco en Guidizzolo. Envió a Masséna y a Augereau al ataque, y Marmont se dirigió hacia Monte Medolano con una batería de 12 piezas. El combate se desarrolló a lo largo de toda la línea; Augereau tomó Solferino y Despinoy llegó a tiempo para auxiliar por el ala izquierda del centro, mientras se obligaba a Wurmser a mover su infantería para comprobar qué ocurría con Fiorella; acabó entonces por verse atrapado entre dos ejércitos, con un tercero amenazando su retaguardia. Tuvo que retirarse, y escapó por poco de ser atrapado por la caballería ligera francesa. Solo el agotamiento por las duras marchas de los franceses evitó la destrucción completa del ejército austriaco, que huyó atravesando el Mincio.

Austria sufrió 2.000 bajas, entre muertos y heridos, y otros 1.000 fueron capturados, además de 20 cañones. En su recuento los franceses sumaron 1.100 muertos, heridos o desaparecidos[*]. «Allá vamos», informó Napoleón al Directorio el 6 de agosto, «se ha completado otra campaña en cinco días»[34]. Dos días después volvió a ocupar Verona, añadiendo: «El ejército de Austria… ha desaparecido como un sueño, y la Italia a la que amenazaba está ahora tranquila»[35]. Retomó el sitio de Mantua el 10 de agosto, y aún retenía a 16.400 soldados austriacos tras murallas de 3 metros de espesor, aunque solo 12.200 de ellos eran aptos para el servicio.

Napoleón empleó las tres semanas de agosto restantes en rearmar a su ejército, y envió a Sauret y a Sérurier, dos de los generales que habían sido heridos y por los que sentía gran admiración, de vuelta a casa. Fueron reemplazados por el veterano general de artillería Claude-Henri de Vaubois, y por el recién ascendido general treintañero Jean-Joseph de Sahuguet, con escasas consultas a París. Su reputación en Francia crecía con cada victoria, y el Directorio aumentaba sus sospechas de que no podría contenerla. «Si hay un solo hombre honesto y de mente pura en Francia capaz de sospechar de mis intenciones políticas –dijo a Carnot y a Barras–, renunciaré por completo a la felicidad de servir a mi patria»[36]. Para entonces sabía que el peligro de que aceptasen el farol era escaso. Anteriormente había tenido que negociar con ellos el nombre de los generales a los que podía promover, entre la lista de 343 en servicio que tenían. Cuantos más éxitos acumulase en el campo de batalla, y más dependiese el Directorio de su solvencia y su prestigio, menos interferencias en

sus elecciones tendría que soportar.

Los asuntos domésticos ofrecían menos certezas. Trató de seguir la pista de Josefina, de vacaciones: «Mi esposa ha estado dando vueltas por Italia las últimas dos semanas; creo que está en Livorno, o en Florencia». Solicitó también que su hermano Lucien, «de considerable espíritu, pero también muy terco», al que había colocado en un puesto de comisario bélico en Marsella, fugado a París de forma repentina sin permiso de su comandante en jefe –y hermano–, fuese enviado al Ejército del Norte al día siguiente de ser localizado[37].

A finales de agosto se informó a Napoleón de que Wurmser planeaba un nuevo intento de refuerzo de Mantua. Simplificando sus líneas de comunicación y tomando a algunos soldados del Ejército de los Alpes consiguió reunir a 50.000 hombres, pero, como ignoraba cuál de las tres posibles rutas tomaría Wurmser, envió a Vaubois a la orilla oeste del lago Garda con 11.000 soldados para cerrar ese paso, y a Masséna con 13.000 y a Augerau con 9.000 a Rivoli y Verona, respectivamente, como grueso del contingente. Kilmaine vigilaba las vías del este con 1.200 soldados de infantería y gran parte de la caballería. El mismo Napoleón se posicionó con 3.500 reservistas en Legnano mientras Sahuguet sitiaba Mantua con otras 10.000 unidades, y otras 6.000 disuadían a los rebeldes en torno a Cremona. Una vez que tuviese clara la ruta de ataque de Wurmser podría concentrar sus fuerzas; hasta entonces se dedicó a garantizar que hubiese un suministro suficiente de coñac, harina, forraje, municiones y las galletas cuadradas de pan cocido empleadas como rancho. El 2 de septiembre Napoleón descubrió que Wurmser iba a atravesar el valle de Vallagarina hasta Adige. Planeó el ataque una vez seguro de que el general Moreau, comandante del Ejército de Alemania, había alcanzado Innsbruck, de tal forma que podía coordinar su avance con los acontecimientos en suelo alemán. Sin embargo el archiduque Carlos derrotó al general Jourdan en Würzburg el 2 de septiembre, y Moreau se encaminó a Munich, en la zona sur de Baviera, por lo que ninguno pudo ayudarle. Napoleón debía evitar a toda costa el peligro de verse obligado a enfrentarse al archiduque Carlos y a Wurmser a la vez, algo humanamente imposible en su situación.

Avanzó entonces hasta Rovereto, a 20 kilómetros al sur de Trento, e interceptó allí la avanzadilla de Wurmser el día 4. Amaneció ante el desfiladero

de Marco, fuertemente defendido, bajo Rovereto, mientras otra fuerza enemiga se situaba entre el Adige y el inexpugnable campo de Mori. La infantería ligera de Pijon tomó las elevaciones de la derecha de Marco, y, tras dos horas de tenaz resistencia, la línea austriaca se quebró. Unos 750 franceses quedaron heridos, desaparecidos o muertos. El general austriaco barón Davidovich perdió unos 3.000 –casi todos capturados–, 25 cañones y 7 estandartes[38].

La semana siguiente, con el ejército de Austria en abierta retirada, se entablaron cuatro combates más en el mismo valle. En Calliano los escasos piquetes austriacos fueron sorprendidos por los franceses mientras preparaban el desayuno, obligándoles a abandonar sus posiciones. El 7 de septiembre en Primolano los galos atacaron una aparentemente inextricable posición, y la tomaron a base de puro *élan*. Los dos laterales del valle se juntaban en U, con una distancia de menos de un kilómetro entre las altas cumbres de ambos lados. Los austriacos no deberían haber experimentado ninguna dificultad en defender el paso, pero aquella tarde varias columnas de infantería ligera francesa escalaron por ambas laderas de la montaña, vadearon el rápido Brenta con el agua hasta el pecho y cargaron contra ellos sin dilación, enviándoles flotando hasta Bassano.

Napoleón pasó la noche con la división de Augereau, envuelto en su capa bajo las estrellas y compartiendo su rancho, como solía hacer en sus primeras campañas. Al día siguiente capturó a 2.000 austriacos y 30 cañones en Bassano, junto con diversos transportes de munición. Solo Masséna sufrió una derrota de escasa entidad en Cerea el día 11, con 400 soldados muertos o heridos, al sobrepasarse en la persecución del enemigo. Al día siguiente Augereau capturó Legnano y 22 cañones, sin pérdidas, y liberando a 500 prisioneros franceses. Tan solo tres días después, el 15 de septiembre, en La Favorita, a las afueras de Mantua, Kilmaine infligió una derrota a Wurmser que obligó al comandante en jefe austriaco a refugiarse en la ciudad.

Napoleón volvió a Milán con Josefina el 19 de septiembre y permaneció allí cerca de un mes, enviando a Marmont a París con la mejor herramienta propagandística: 22 pendones austriacos capturados para ser expuestos en Los Inválidos. El *tempo* bien medido le garantizaba mantener la iniciativa, avanzando sin cesar por la garganta estrecha de un valle repleto de

emplazamientos donde los austriacos podrían haberle detenido o retrasado. Esta campaña relámpago en el valle del Brenta era la ilustración perfecta de por qué el *esprit de corps* era tan valioso. Napoleón había empleado a sus mandos en Italia para interrogar a los locales, poniendo en práctica el sistema del *bataillon carré* para empujar a su ejército en cualquier dirección que el momento requiriese. Había separado al ejército austriaco en Rovereto forzándolo a marchar por separado, derrotando luego a cada sección con la clásica maniobra desde la posición central, manteniendo la presión sobre Wurmser con ataques sorpresa regulares.

El general austriaco, que había arrancado la campaña con 20.000 soldados y una ventaja de tres días, terminó con 14.000 uniéndose a los 16.000 que ya estaban atrapados en Mantua. El 10 de octubre la ciudad estaba de nuevo sitiada por completo, esta vez con Wurmser dentro. De sus hombres, 4.000 habían fallecido en seis semanas por las heridas recibidas, la malnutrición y las enfermedades, y otros 7.000 estaban hospitalizados. En solo 38 días de falta de suministro de alimentos, Wurmser había tenido que enviar expediciones para aprovisionarse al campo; en una de ellas perdió 1.000 soldados.

Mantua no podría resistir mucho tiempo, pero la extensión del conflicto tampoco era un buen augurio si Napoleón quería tomar la ciudad. Jourdan había sido forzado a retroceder a través del Rhin por el archiduque Carlos el 21 de septiembre, y los austriacos podrían intentar por tercera vez reforzar Mantua, ahora con un ejército mayor. Napoleón solicitó al Directorio 25.000 hombres más, en caso de que los Estados Pontificios y Nápoles declarasen la guerra, aunque aduciendo que por suerte «el Duque de Parma se está portando bien; también es inútil, en todos los sentidos»[39]. El 2 de octubre Napoleón ofreció la paz al emperador Francisco confiando en engatusarle en la mesa de negociaciones con una mezcla de adulación y amenazas: «Majestad, Europa desea la paz», escribió. «Esta desastrosa guerra ha durado demasiado». Le advirtió después que el Directorio le había ordenado cerrar Trieste y otros puertos austriacos en el Adriático, añadiendo: «Hasta ahora, he impedido la ejecución de este plan confiando en no incrementar el número de víctimas inocentes de la guerra»[40]. El emperador Francisco de Austria –cabeza también del Sacro Imperio Romano, separado políticamente de ese país, pero dominado por él, y formado por una conglomeración desunida de estados

semiindependientes que se extendían desde Alemania hasta la Europa Central– era orgulloso, ascético y calculador, y odiaba a una Revolución que había decapitado a su tía María Antonieta. Dirigió brevemente al ejército de su país en la campaña de Flandes en 1794, cediendo después el mando a su hermano el archiduque Carlos, de mayor talento bélico. La oferta de paz de Napoleón no recibió respuesta.

El general amenazó de nuevo con dimitir el 8 de octubre, en esta ocasión debido al agotamiento. «No puedo seguir cabalgando –escribió–, solo el coraje me mantiene, y no es suficiente en un puesto como este». Declaró también que Mantua no podía ser tomada hasta febrero, y que «Roma está armando y alentando el fanatismo del pueblo». Consideraba que la influencia del Vaticano era «incalculable»[41]. Reclamó el derecho a firmar un tratado final «esencial» con Nápoles y una alianza «necesaria» con Génova y el Piamonte, advirtiendo de que las lluvias otoñales portaban enfermedades que abarrotaban sus hospitales. El mensaje central fue: «sobre todo, enviad refuerzos». Aun así hizo saber a París que, «si vuestro general en Italia no es el centro de todo, corréis grandes riesgos».

Dos días después, y sin el consentimiento del Directorio, Napoleón firmó un amplio tratado de paz con Nápoles que permitía a los Borbones mantenerse en el trono sin ser molestados, siempre que no tomasen parte en ninguna actividad contra Francia. Si los austriacos iban a comenzar una invasión por el norte, Napoleón tenía que estar seguro por el sur. Este tratado garantizaba también que las líneas de comunicación atravesasen Génova, más fiable que el Piamonte, de cuyo nuevo rey, Carlos Emanuel IV, sabía poco.

Napoleón era consciente de los rumores que circulaban por París, que le describían como alguien guiado por la sola ambición, que cualquier día derrocaría al gobierno. En las cartas al Directorio ridiculizaba a sus detractores, afirmando: «¡Si hace dos meses quería ser duque de Parma, hoy quiero ser rey de Italia!»[42]. Pero no les convenció; aunque Barras y Carnot admitían su innegable capacidad militar, todos los Directores temían el uso que haría de su creciente popularidad una vez concluida la campaña italiana. La principal preocupación de Napoleón en aquel momento era la taimada informalidad de los proveedores del ejército, a los que describía regularmente como estafadores, especialmente a la influyente Compagnie Flachat, que era «un simple atajo de

defraudadores sin crédito, sin dinero y sin moral». Desearía poder fusilarlos, y el 12 de octubre escribió al Directorio: «No dejo de hacer que los arresten y sometan a cortes marciales, pero compran a los jueces; esto es una feria al completo, en la que todo se vende»[43].

El 16 de octubre Napoleón conminó a Wurmser a que entregase Mantua. «Los valientes deberían enfrentarse a los peligros, no a las fiebres de los pantanos», escribió, pero fue rechazado sin más ceremonia[44]. Ese mismo día, de nuevo sin apenas respaldo del Directorio, proclamó el establecimiento de la República Cispadana, formada por Bolonia, Ferrara, Módena y Reggio –que suponía el derrocamiento del duque de Módena, que había permitido el paso a Mantua de un convoy de suministros–, con una nueva Legión Italiana de 2.800 miembros para resguardarla. La República Cispadana (que quiere decir «a orillas de Po») abolió el feudalismo, decretó la igualdad civil, instituyó las asambleas de elección popular y dio vida al Risorgimento, el movimiento de unificación que acabaría creando, aunque con tres cuartos de siglo de distancia, una Italia unificada e independiente. La redacción de su constitución consumió más de 33 encuentros, prueba de la paciencia de Napoleón, que se involucró en persona. Los franceses empezaban a dar forma a una unidad política que no se había conocido durante muchos siglos en la península.

Había un campo, sin embargo, en el que las instituciones revolucionarias francesas no esperaban prevalecer en Italia: la reducción del poder de la Iglesia católica. Los italianos se opusieron con contundencia a las reformas religiosas napoleónicas, y la época denominada «francesa» en la historia italiana profesó tanto odio a las reformas en la Iglesia como admiración por la cultura administrativa que inculcó Napoleón[45]. El intento de amedrentar al Vaticano nació pronto. En octubre de 1796 advirtió a Pío VI de que no se opusiese a la República Cispadana, y mucho menos que atacase a Francia una vez retornados los austriacos. «Si por voluntad fuese, destrozaría el poder temporal del Papa», informaba ominoso, pero en tiempo de paz «todo se puede arreglar». A continuación le advertía de que la declaración de guerra supondría «la ruina y la muerte de aquellos necios que se opongan a las falanges republicanas»[46]. Siendo incapaz el Directorio de destinar los 25.000 soldados de refuerzo que necesitaba con tal premura, tras las derrotas de Jourdan y Moreau en Alemania –solo se incorporarían 3.000 a la siguiente campaña–, Napoleón tenía que ganar

tiempo. Como confesó a Cacault en Roma: «El juego en realidad consiste en ir pasándonos la pelota, para engañar a ese viejo zorro»[47].

A principios de noviembre Austria estaba lista para el tercer intento de liberar Mantua, con un plan estratégico que solo podía haber nacido de un comité, en este caso, el Consejo Áulico de Viena. El veterano general húngaro József Alvinczi y sus 28.000 soldados harían retroceder a los franceses hasta Mantua desde Rivoli, mientras el general Giovanni di Provera avanzaba a modo de distracción con sus 9.000 unidades desde Brenta a Legnano, y los 10.000 de Bassano trataban de impedir que Napoleón concentrase sus tropas. Destinar a 19.000 soldados a maniobras de distracción, mientras el ejército principal sumaba 28.000, mostraba que el Consejo no había aprendido la lección de los seis meses anteriores. Napoleón reconocería más tarde que Alvinczi, de 61 años y combatiente en Bavaria, Holanda y Turquía durante su larga carrera, era el mejor general al que se había tenido que enfrentar hasta entonces, motivo que explica por qué nunca dijo nada sobre él en sus boletines, ni positivo ni negativo (Alabó, en contraste, a Beaulieu, Wurmser y al archiduque Carlos, a los que no apreciaba). Mostró también un enorme respeto por el general Provera en sus proclamas y Órdenes del Día, porque pensaba que era el peor de todos, y esperaba que no fuese destituido.

Napoleón tenía ya 41.400 hombres. Los posicionó tan atrás como pudo, para ampliar la situación de alerta que dependía de cuándo y por dónde llegasen los austriacos. Por otra parte disponía de 2.700 soldados acuartelados en Brecia, Peschiera y Verona, y la 40ª Semibrigada de 2.500 unidades estaba en camino desde Francia. Alvinczi cruzó el Piave el 2 de noviembre. Indicó a Quasdanovich y a Provera que se desplazasen a Vicenza, a través de Bassano y de Treviso, respectivamente. El avance austriaco comenzaba.

Para su disgusto, Masséna obedeció a Napoleón y se replegó a Vicenza sin luchar. Había secundado a Augereau en su consideración de Napoleón como caudillo y soldado, pero también recelaba de su reputación. Era uno de los mejores generales de Francia, orgulloso de su apodo –«hijo mimado de la victoria»– y le desagradaba que le ordenasen retirarse, aunque fuese ante un ejército mucho mayor. El 5 de noviembre Napoleón ascendió a Montebello con Augereau y, al ver a la vanguardia austriaca cruzando el río Brenta justo enfrente

de sus columnas, decidió atacar al día siguiente. Mientras tanto Masséna cayó sobre la columna de Provera en Fontaniva, conduciéndoles hacia las islas del río, pero sin cruzarlo por completo.

El 6 de noviembre Augereau atacó a las fuerzas de Quasdanovich según salían de Bassano, pero a pesar de la enconada lucha no pudo hacerles regresar a Brenta. La villa de Nove cambió varias veces de manos durante aquel día, y Napoleón, superado en número por 28.000 soldados frente a sus 19.500, se retiró. Existen diversas formas de adscribirse una victoria: por el número de bajas, por la posesión de un campo de batalla, o por obstaculizar el plan del enemigo, entre otras. Se mire como se mire, la batalla de Bassano fue la primera derrota de Napoleón, aunque no fuese grave. De vuelta a Vicenza recibió la noticia del fracaso de Vaubois frente de Davidovich, tras cinco días de escaramuzas en las aldeas de Cembra y Calliano. Más del 40% de sus tropas habían perdido la vida, sido heridas, o estaban desaparecidas. Se ordenó de inmediato a Augereau que volviese a Adige, al sur de Verona, a Masséna que regresase a Verona misma, y el general Barthélemy Joubert –el hijo de un abogado, que abandonó su hogar a los 15 años para unirse a la artillería– recibió la orden de enviar una brigada de Mantua a Rivoli para auxiliar a Vaubois. A continuación Napoleón arengó a los hombres de Vaubois: «Soldados de la 39ª y la 85ª de Infantería, ya no podéis pertenecer al ejército francés. No habéis mostrado ni disciplina ni valor; habéis permitido que el enemigo os desaloje de una posición donde un puñado de valientes podría haber detenido a cualquier ejército. El Jefe del estado mayor hará que se inscriba en vuestros estandartes: “Estos hombres ya no son del Ejército de Italia”»[48]. Con su fino sentido de lo que podía animar a una unidad, y de lo que podía desmoralizarla, Napoleón acertó al calibrar que el escarnio público aseguraría que ambas semibrigadas lucharían con mayor fiereza y mayor determinación que nunca en los próximos días. La inactividad austriaca tras la victoria de Bassano permitió a Napoleón reagruparse. El día 12 ya controlaba Verona con 2.500 hombres, y las riberas del Adige con 6.000, mientras el desacreditado Vaubois contenía a Davidovich en Rivoli, y Kilmaine proseguía con el sitio de Mantua. Quedaban, por lo tanto, 13.000 soldados con Masséna en el flanco derecho, y 5.000 con Augereau en el izquierdo para atacar a Alvinczi en Caldiero, una aldea a 15 kilómetros de Verona. Con la lluvia azotándoles el rostro, no mostraron las atribuciones

usuales del Ejército de Italia. El viento hizo volar la pólvora, el barro hacía que resbalasen, y los ataques a lo largo de la mañana solo sirvieron para ganar algo de terreno por la derecha, que tuvieron que ceder de nuevo a Austria cuando estos recibieron refuerzos a las 3 de la tarde. Hubo unos 1.000 muertos y heridos en cada bando. Aunque se lo apuntaron, naturalmente, como una victoria, es significativo que cuando Napoleón concedió medallas a cuenta de Montenotte, Millesimo y Castiglione aquel año, no solicitó ninguna por Caldiero.

El 13 de noviembre fue de descanso para ambos ejércitos. Napoleón aprovechó el tiempo para dirigirse al Directorio desde Verona con una carta desesperada, en la que les acusaba directamente por su indeterminación:

> Puede que estemos a punto de perder Italia. De la ayuda que esperaba no ha llegado nada… Estoy cumpliendo mi parte, el ejército está cumpliendo la suya. Mi alma está hecha trizas, pero mi conciencia está tranquila… El tiempo continúa siendo adverso; todo el ejército está agotado y sin calzado… Los heridos son la élite del cuerpo: todos los oficiales superiores y todos nuestros mejores generales han caído en combate. Todos los que vienen son unos ineptos, y ni siquiera gozan de la confianza de los soldados… Hemos sido abandonados en lo más profundo de Italia… Puede que mi hora… haya llegado. Dejaré de exponerme, ya que mi muerte desalentaría a las tropas[49].

Si bien era cierto que Sérurier y Sauret estaban heridos, y que Lannes, Murat y el joven Kellermann estaban enfermos en el hospital, también lo era que disponía de numerosos generales competentes a su cargo. Cerraba la carta con un tono tan optimista que daba credibilidad al resto del escrito: «En pocos días, haremos el último esfuerzo. Si la Fortuna nos sonríe, Mantua será tomada y, con ella, toda Italia».

Napoleón había maquinado un plan audaz; adelantar a Alvinczi en Villanova y obligarle a retroceder hacia un terreno tan inundado por los campos de arroz que la superioridad numérica no contaría mucho. Rehuyendo la facilidad de paso del Adige en Albaredo, donde la caballería austriaca podría dar la señal de alarma, eligió cruzar por Ronco, donde se alzaba un pontón construido en una campaña anterior que, aunque había sido desmantelado, se almacenaba en un

lugar seguro cercano. La noche del 14 de noviembre Masséna abandonó Verona por el oeste para engañar a los espías austriacos de la ciudad, virando luego al sureste para unirse a Augereau en el camino.

Las carreteras en esa parte de Italia eran –y siguen siendo– excepcionales, con laterales escarpados y a buena altura con respecto a las marismas, por lo que el acercamiento de los franceses y la construcción del pontón pasó totalmente desapercibido para las patrullas austriacas. La 51ª Sección cruzó en botes para asegurar la cabeza del puente al amanecer, y la construcción estuvo concluida a las 7 de la mañana siguiente. En la bifurcación del lado opuesto del río, Augereau se desvió a la derecha, siguiendo el trazado de un dique hasta la ciudad de Arcole, con la intención de cruzar la corriente del Alpone y marchar hacia el norte, hacia Villanova, para atacar el parque de artillería de Alvinczi. Mientras tanto Masséna se dirigió por la izquierda hacia Porcile tratando de sorprender a Alvinczi por el flanco izquierdo desde atrás. Augereau se adentró en la bruma con la 5ª Ligera del general Louis-André Bon, pero pronto se encontró bajo fuego enemigo en el camino paralelo al Alpone, lanzado por los dos batallones de croatas y los dos cañones que protegían el lado izquierdo de la retaguardia de Alvinczi. Arcole estaba bien defendida –con agujeros y barricadas– y el primer ataque fue repelido, al igual que el segundo, acometido por la 4ª Sección y dirigido por el mismo Augereau. Los atacantes tuvieron que arrastrarse por las escarpadas orillas para resguardarse del fuego, mientras Masséna se topaba con otro batallón croata, y con un regimiento austriaco comandado por Provera a medio camino de Porcile, rechazándoles y asegurando así la derecha de la cabeza de puente. El combate en las llanuras de Lombardía difería del de las montañas, dando más opciones de actuar a la caballería austriaca, pero aquí los riachuelos sinuosos y la disposición de los diques actuaba a favor de un comandante joven, con un gran sentido del detalle táctico, aunque con mucha menos caballería.

A pesar de que Alvinczi recibió información puntual del movimiento francés, supuso que se trataba de una mera maniobra de distracción, debido a lo pantanoso del terreno. Cuando las patrullas comprobaron que en Verona reinaba la calma, las envió de nuevo a comprobar qué ocurría por la izquierda, donde las 3.000 unidades de Provera habían sido derrotadas por Masséna. Otras 3.000, que marchaban con rapidez hacia Arcole, llegaron a mediodía. Emplazaron dos

cañones para bombardear el camino, y Lannes, que acababa de reincorporarse tras una estancia en el hospital de Milán, fue herido de nuevo.

Napoleón llegó al puente de Arcole justo cuando el intento de Augereau de capturarlo acababa de fracasar. Ordenó una nueva oleada, detenida por un fuego intenso. En ese momento Augereau ondeó una bandera y caminó quince pasos frente a su avanzadilla, gritando, «Granaderos, venid y seguid a vuestros colores». Llegados a ese punto Napoleón, rodeado por sus ayudantes y sus escoltas, tomó a su vez otra bandera y guio él mismo la carga, recordando a sus tropas el heroísmo exhibido en Lodi. A pesar de la renuencia mostrada al Directorio acerca de los riesgos de exponerse, en Arcole lo hizo. Pero fracasó –las tropas mostraron una «cobardía extraordinaria», según Sulkowski– y no pudo atravesar el puente cubierto de cadáveres, además de sufrir las bajas de su ayudante, el coronel Muiron, entre otros. Durante otro contraataque austriaco Napoleón tuvo que ser arrastrado hacia el terreno pantanoso bajo el puente, salvándose por una carga de granaderos. Era arrojado, pero poco se podía hacer ante un fuego concentrado lanzado por una resistencia austriaca incondicional, que proseguiría dos jornadas más. Al visitar el puente hoy se entiende cómo fue empujado Napoleón a la amplia canalización de drenaje, salvando posiblemente su vida, a pesar de la indignidad que conllevaba la maniobra.

Una vez claro que no se podía tomar el puente, Napoleón ordenó a Masséna y a Augereau que regresasen al sur de Adige, dejando encendidos los fuegos de campamento para dar la impresión de que los franceses permanecían allí. Debía prepararse para actuar contra Davidovich si Vaubois se retiraba aún más hacia Rivoli. Francia podía ver desde la torre de la iglesia de la pequeña aldea de Ronco cómo Alvinczi marchaba de nuevo hacia Villanova y se desplegaba al este del Alpone. Aún pasarían dos días hasta que Augereau y Masséna, que regresaron el día 17, tomaran el puente, en ausencia de Napoleón. A pesar de que las pérdidas francesas fueron significativas –con 1.200 muertos, incluidos 8 generales, y 2.300 heridos, contra los 600 muertos austriacos y sus 1.600 heridos–, Arcole se contó finalmente entre las victorias, logrando 4.000 prisioneros y 11 cañones de Austria. «Necesitamos suerte para vencer a Alvinczi», admitió más tarde Napoleón[50].

Mientras el invierno llegaba, y concluía la temporada de enfrentamientos con Mantua aún sitiada, los austriacos efectuaron el cuarto intento por entrar en la

ciudad. La campaña había costado a Austria 18.000 bajas, y a Francia más de 19.000. Este país se encontraba ya escaso de casi todo; oficiales, calzado, medicinas y salarios. La hambruna era tal que en la 33ª Sección se produjo un motín, y tres compañías fueron encarceladas y dos de los cabecillas, fusilados. Una vez concluido el levantamiento Napoleón cesó a Vaubois y ascendió a Joubert como comandante de la división acantonada en Rivoli.

El informe a Carnot del 19 de noviembre fue mucho más optimista que el anterior: «El destino de Italia empieza a aclararse –escribió–; espero escribirte, antes de que pasen 10 días, desde el cuartel general en Mantua. Nunca se ha luchado tanto sobre un campo de batalla como en Arcole. Casi no me quedan generales; su lealtad y coraje no tienen igual». Concluía manifestando su intención de marchar sobre la «obstinada» Roma tan pronto como Mantua capitulase[51]. A finales de noviembre, cuando el Directorio envió a Viena al general Henri Clarke, antiguo jefe de Napoleón en la Oficina Topográfica, para sondear las posibilidades de firmar la paz, este le persuadió de que, estando Mantua a punto de caer, no debía sacrificar a la República Cispadana en las negociaciones[52]. Se cree que dijo a Miot: «es un hombre sin talento, solo un engreído»[53]. Difícilmente podía tratarse de una opinión definitiva, porque ascendió al competente Clarke a secretario personal, nombrándole más tarde duque de Feltre y después ministro de Guerra; en 1812 era uno de los hombres más poderosos de Francia. «Enviadme 30.000 hombres y marcharé sobre Trieste», solicitó Napoleón al Directorio, «llevaré la guerra a tierras del Emperador, revolucionaré Hungría, e iré a Viena. Entonces tendréis derecho a esperar millones, y una buena paz»[54].

«Llego a Milán», escribió el 27 de noviembre a Josefina, que se encontraba aún de vacaciones con Hippolyte Charles en Génova, «corro a tus aposentos, he dejado todo para verte, para estrecharte entre mis brazos… No estabas allí, saltas de ciudad en ciudad para las *fêtes*, te marchas cuando estoy a punto de llegar, ya no te preocupas por tu querido Napoleón… Todo el mundo está feliz por complacerte, y solo tu marido es muy, muy infeliz. Bonaparte»[55]. Al día siguiente escribió de nuevo: «Cuando exijo de ti un amor igual al mío, me equivoco. ¿Cómo iba a pesar más el encaje en la balanza que el oro?»[56]. Pero a Josefina se le daba bien aliviar las sospechas de Napoleón. Antoine Lavalette,

casado con un familiar, y sustituto del fallecido Muiron como uno de los ocho asistentes de Napoleón, recordaba cómo en Milán «madame Bonaparte solía tomar a su marido en el regazo tras el desayuno, y se agarraba a él durante unos minutos»[57]. Otras consideraciones aparte, muestra su delgadez en aquella época. Se puede imaginar una estampa de aquella época igual de atractiva por la reflexión que hacía Napoleón a Jérôme de Lalande, director del Observatorio de París: «Pasar la noche entre una bella mujer y el hermoso cielo, y pasar el día anotando observaciones y realizando cálculos; creo que esa es la felicidad en la tierra»[58].

Menos feliz fue la misiva que envió en diciembre Battaglia, comandante de la neutral Venecia, protestando por la conducta de las tropas francesas en suelo veneciano. Napoleón negó indignado que se hubiese forzado a ninguna mujer, y le preguntó: «¿De verdad la República Veneciana quiere mostrarse tan abiertamente en nuestra contra?»[59]. Battaglia claudicó de inmediato y la respuesta posterior de Napoleón, dos días después, fue mucho más tranquila, prometiendo «castigar con ejemplaridad a aquel soldado que se alejase de lo regulado por la disciplina más severa».

Tras reconocer que después de la caída de Livorno ya no podían seguir defendiendo Córcega de los franceses, los británicos, comandados por el brillante comodoro de 38 años Horacio Nelson, habían evacuado de forma modélica la isla en octubre. Paoli y los suyos partieron con ellos. Napoleón envió a Miot de Melito y a Saliceti para que organizasen los departamentos franceses que se establecerían tras la partida inglesa. El mismo día que escribió a Battaglia se dirigió a José, que acompañaba a Melito, para indicarle que deseaba que la Casa Bonaparte quedase «limpia y habitable. Tiene que quedar como estaba», es decir, antes de ser saqueada por los paolistas cuatro años atrás[60]. Los años de enfrentamiento con la burocracia francesa a cuenta de la *pépinière* no habrían sido en balde.

Entre septiembre y diciembre de 1796 fallecieron casi 9.000 personas por hambre y enfermedad en Mantua. De los 18.500 soldados acuartelados en la ciudad solo 9.800 eran aptos para el combate. Las últimas raciones se agotaron el 17 de enero. El siguiente ataque austriaco tenía que ser, por lo tanto, inminente, y la máxima preocupación de Napoleón consistía en que sus tropas estuviesen listas. En diciembre envió cuatro cartas a Berthier desde Milán en 18

días, y suplicó al Directorio que enviase refuerzos. «El enemigo retira a sus tropas del Rhin para mandarlas a Italia. Haced lo mismo, ayudadnos», escribió el día 28. «Solo pedimos más hombres»[61]. En esa misma carta informaba de que habían capturado a un espía austriaco que portaba un mensaje para el emperador Francisco en el estómago. «Si tienen diarrea», añadía convenientemente, «se aseguran de recuperar el cilindro, lo bañan en licor y se lo vuelven a tragar. El cilindro está empapado de cera española mezclada con vinagre».

No hubo aspecto de la vida y el bienestar de sus soldados que no preocupase a Napoleón. Cuando averiguó que algunos de los hombres de Joubert no se presentaban ante sus intendentes el día de paga, quiso conocer el motivo, sospechando que se trataba de algún ardid: «Cuanto más me sumerjo en mi tiempo libre en los incurables padecimientos de la administración del Ejército de Italia –escribió al Directorio el 6 de enero de 1797–, más me convenzo de la necesidad de aplicar un remedio urgente y a prueba de tontos».

Lamentando que «los proveedores del ejército francés se quedan con las principales actrices de Italia» y «el lujo y el despilfarro están en la cumbre», reiteró su solicitud de «disponer de un administrador de los fusilamientos en el ejército»[62] (El Directorio era demasiado sensato, o partidario de la autoconservación, para darle a un general un poder arbitrario sobre la vida y la muerte de otros franceses). Napoleón no dudó en emplear sin contemplaciones la potestad de que disponía cuando le fue posible. El 7 de enero ordenó al general Jean-Baptiste Rusca que fusilase a los cabecillas de una rebelión despertada en Módena, y que destrozase la casa de su instigador, el confesor del duque de la ciudad. Se erigió una pirámide sobre los escombros, con un letrero que rezaba: «El castigo a un sacerdote enloquecido que abusó de su ministerio y predicó la revolución y el asesinato»[63][**].

Ese mismo día Napoleón fue informado de que Alvinczi se desplazaba hacia el sur, esta vez con 47.000 soldados. Una vez más los austriacos dividían sus fuerzas; la principal de Alvinczi con 28.000 unidades (incluyendo a Quasdanovich) marchaba por el lado este del lago Garda en seis columnas, ocupando todas las carreteras y caminos disponibles y evitando enfrentarse a los franceses en campo abierto, mientras los 15.000 de Povera avanzaban cruzando el llano desde el este, con dirección a Verona. Más de 4.000 se apostaron en el oeste del lago. Alvinczi ordenó a Wurmser que abandonase Mantua y se

encaminase por el sureste a su encuentro.

Napoleón abandonó Milán de inmediato y multiplicó sus visitas a Bolonia, Verona y el cuartel general en Roverbella, tratando de averiguar las intenciones de Alvinczi. Disponía de 37.000 soldados en el terreno y de otros 8.500 dirigidos por Séurier en el asedio a Mantua.

El 12 de enero Joubert informó de un tiroteo sufrido en La Corona, muy al norte de Rivoli, que acabó con las balas impactando en la nieve: «Siete balas han atravesado la ropa del general Brune, sin alcanzarle». Napoleón dijo de él a Josefina que «traficaba con la suerte»[64]. Asumió que la campaña se decidiría al pie de las colinas de los Alpes italianos junto al río Adige, pero necesitaba mucha más información antes de lanzar un contraataque. Mientras aguardaba, ordenó a Masséna resguardar Verona y llevar de regreso a 7.000 hombres a través del Adige; el general Gabriel Rey debía concentrar dos brigadas en Castelnuovo. Lannes abandonaría a sus soldados italianos en el sur y marcharía con los 2.000 franceses hasta Badia para evitar que Austria se moviese hacia el sur, mientras Augereau defendía Ronco.

Al día siguiente Napoleón se preparó para desplazarse y caer sobre Provera, pero a las 10 de la mañana averiguó que Joubert se enfrentaba a una gran ofensiva y estaba replegándose hacia Rivoli ordenadamente, dejando tras él los fuegos de campamento encendidos. Intuyendo que el avance de Povera era en realidad una distracción y que el ataque principal vendría a través de Rivoli, Napoleón cabalgó a gran velocidad desde Verona, portando una remesa de órdenes totalmente nuevas. Ahora Joubert defendería Rivoli a toda costa, Sérurier mantendría el asedio en alerta, enviando a la vez a la caballería, a la artillería y a 600 unidades de infantería a Rivoli; Masséna marcharía con las semibrigadas 18ª, 32ª y 75ª, posicionándose a la derecha de Joubert y Augereau detendría a Povera en el Adige, pero cediendo parte de la caballería y la artillería a Rivoli. Se comunicó a todos que estaba a punto de empezar una batalla decisiva. Contando con las dos brigadas del general Gabriel Rey, Napoleón esperaba concentrar 18.000 soldados de infantería, 4.000 de caballería, y 60 cañones en Rivoli a mediodía del 14 de enero, dejando 16.000 en el Adige y 8.000 en Mantua.

El viejo adagio «Marchad separados, luchad juntos» no podía haber sido más acertado. Alvinczi no pudo llevar a Rivoli más tropas que los 28.000 soldados y

90 cañones con los que había comenzado.

Napoleón llegó a las 2 de la mañana del sábado 14 de enero de 1797 al altiplano sobre el desfiladero de Rivoli, que sería el lugar decisivo *–point d'appui* o *Schwerpunkt–* de la batalla. La noche clara y fría estaba iluminada por la luna, y por el número y el emplazamiento de los fuegos interpretó que el marqués de Lusignan, el enérgico general austriaco de origen español, estaba demasiado alejado como para llegar antes de media mañana. Conocía la zona en profundidad, después de haberla atravesado a caballo con frecuencia durante los cuatro meses anteriores. Si lograba retener el desfiladero de Osteria y la pendiente en la que se situaba la capilla de San Marcos, en la zona oriental del campo de batalla, podría contener el ataque principal con facilidad. Debía lograr que la división de Masséna se recuperase, mientras ganaba tiempo para que llegase Rey, por lo que decidió lanzar un ataque contra Alvinczi para atraer su atención. Ordenó a Joubert que marchase hacia la planicie de Rivoli y envió otra brigada a Osteria antes del ataque por el centro, protegiéndola con todos los cañones que ya estaban emplazados. Indicó a Masséna que mientras tanto desplazase otra brigada para retener a Lusignan tanto tiempo como pudiese.

A las 4 de la mañana, tres horas antes de que amaneciese, las brigadas ligeras 4ª, 17ª y 22ª del general Honoré Vial empujaron a los austriacos a San Giovanni y a Gamberon, capturando la capilla de San Marcos. Al romper el día, Joubert atacó por Caprino y San Giovanni, pero su línea era demasiado estrecha y se estrelló contra un ejército mucho más numeroso. Los austriacos contraatacaron a las 9, reconduciendo a la brigada de Vial, frente a lo que Napoleón envió de inmediato a una de las brigadas de Masséna para recuperar la zona central, recuperando además la aldea de Trambassore. Los combates en el área media se prolongaron durante unas maratonianas 10 horas. Lusignan llegó a las 11 con 5.000 soldados. Había ahuyentado a la brigada separada de Masséna, penetrando por el flanco izquierdo de la retaguardia francesa en Affi, cerrando el paso a los posibles refuerzos. Napoleón aguantaba a duras penas el centro, por el flanco derecho recibía una presión enorme, y Lusignan le había doblado por la izquierda. Disponía únicamente de una brigada de reserva, y Rey estaba a una hora de camino. Cuando se supo que Lusignan les había ganado la retaguardia, los oficiales volvieron la vista a Napoleón, quien, con una calma preternatural, se limitó a decir: «Ya les tenemos»[65]. Decidiendo que los austriacos

malgastaban sus esfuerzos por el centro, y que Lusignan se encontraba aún demasiado lejos para ser decisivo en la batalla, Napoleón se concentró en Quasdanovich, asumiendo que la mayor amenaza venía por el este y adelgazó la línea de Joubert enviando a todos los efectivos disponibles a San Marcos. Cuando las densas columnas austriacas, cubiertas por su artillería, embistieron contra el desfiladero y alcanzaron la planicie, se toparon con el fuego de metralla francés, lanzado desde todos los ángulos contra sus filas cercanas; a continuación sufrieron la carga a bayoneta calada de una columna de infantería y, finalmente, a toda la caballería gala disponible. En el momento en el que penetraban en el desfiladero un disparo afortunado impactó en el convoy de municiones –con efecto devastador, por lo estrecho del espacio–, obligando a Quasdanovich a abortar el ataque.

Napoleón trasladó de inmediato el ataque a la zona central, donde Austria no tenía artillería ni caballería a mano. Tras tomar la garganta con gran esfuerzo, las tres columnas austriacas habían sido expulsadas. La llegada de Lusignan al campo de batalla estaba controlada, y se produjo al tiempo que Rey aparecía de improviso por su retaguardia, forzándole a escapar por poco margen, y con solo 2.000 hombres. A las 2 los austriacos se retiraron en desbandada, y fueron perseguidos hasta que se supo por Augereau que Provera había cruzado el Adige y se encaminaba a Mantua, hacia donde fue enviado Masséna para colaborar con Augereau, que trataba de impedir el rescate.

Napoleón perdió 2.200 hombres en la batalla de Rivoli, y otros 1.000 fueron capturados; pero el saldo de Austria fue mucho más elevado: 4.000 muertos y heridos, 8.000 prisioneros y 8 cañones y 11 estandartes perdidos. Fue una derrota clamorosa, aunque no sumase 6.000 muertos y heridos, 60 cañones y 24 banderas –«bordadas a mano por la emperatriz»–, como afirmó Napoleón al escribir a los suyos, como tampoco se habían enfrentado a 45.000 austriacos[66]. La retirada de Alvinczi se volvió catastrófica al sufrir la captura de otros 11.000 prisioneros en los días sucesivos.

Al mediodía del 15 de enero, Provera alcanzó La Favorita con una columna de auxilio de 4.700 hombres, muchos de ellos reclutas con poca instrucción. Al romper el alba Wurmser trató de abandonar Mantua, pero fue detenido. Cuando llegó Napoleón, Provera ya estaba atrapado entre Masséna y Augereau en La Favorita, la pequeña aldea a las afueras de Mantua. Aunque peleó con fiereza, se

tuvo que rendir antes de provocar una masacre en la que todas sus tropas habrían sido capturadas. En Mantua ya se habían agotado los alimentos; Wurmser fue capaz de subsistir a duras penas otros quince días, esperando en vano una aparición milagrosa de Alvinczi, pero el jueves, 2 de febrero de 1797, entregó la ciudad y a su diezmado destacamento. En los ocho meses anteriores habían fallecido unos 16.300 austriacos, y un número aún mayor de civiles, que se vieron obligados a alimentarse de perros y de ratas. Francia se hizo con 325 cañones austriacos y recuperó los 179 que había abandonado en agosto. Se permitió a Wurmser y a 500 de sus mandos que marchasen con honores de guerra y volviesen a Austria, a condición de no combatir contra Francia hasta que se produjese el intercambio de prisioneros. El resto fue enviado cautivo a Francia para trabajar en la agricultura y la construcción. La noticia de la caída de Mantua causó sensación en París, donde se recibió entre música de trompetas, como describió un contemporáneo, «por parte de un representante del gobierno, que proclamó la gloria del ejército francés en medio de una multitud inmensa»[67].

Napoleón no presenció su triunfo. Viajó a Verona, y después a Bolonia, para cargar contra los Estados Pontificios por haber amenazado con alzarse a favor de Austria a pesar del armisticio firmado en junio. El 22 de enero exigió, usurpando descaradamente la potestad del Directorio, que el enviado francés en Roma, Caucalt, «abandonase Roma en las seis horas siguientes a la recepción de esta carta», para presionar al Vaticano. Ese mismo día se dirigió al negociador del Papa, el cardenal Alessandro Mattei, para indicar que debía cesar la influencia napolitana y austriaca en la política internacional de Roma. En la despedida de la carta, sin embargo, suavizó el tono, pidiendo que asegurase «a Su Santidad que puede permanecer en Roma sin la más mínima molestia», debido a su condición de «primer ministro de la religión»[68]. Napoleón temía, y así se lo comunicó al Directorio, que, si «el Papa y los cardenales abandonan Roma, no tendré forma de obtener lo que quiero». Sabía también que, si se lanzaba sobre el Vaticano, no podría sustraerse a la ira e incluso a la enemistad de por vida de los católicos devotos de Europa. «Si fuese a Roma entonces perdería Milán», dijo a Miot[69].

El 1 de febrero Napoleón emitió una proclama en la que advertía que los sacerdotes y monjas que no se «condujesen de acuerdo con los principios del Nuevo Testamento» serían tratados «con mayor severidad que el resto de

ciudadanos», confiando en disipar su oposición al dominio francés sobre Italia[70]. Sin embargo las tropas de los Estados Pontificios, con gran valor pero de forma ridícula, trataron de luchar. El 3 de febrero en Castel Bolognese el general Claude Victor-Perrin, conocido como Victor, dominó sin dificultad a los soldados que se le enfrentaron, y una semana después capturó el cuartel papal en Ancona sin pérdidas. El 17 de febrero el Papa pidió la paz. Envió a Mattei al cuartel general napoleónico de Tolentino para firmar un tratado por el que cedía la Romaña, Bolonia, Aviñón y Ferrara a Francia, cerraba a los británicos todos los puertos y prometía una «contribución» de 30 millones de francos y un centenar de obras de arte. «Tomaremos todo lo bello que hay en Italia –dijo Napoleón al Directorio–, excepto unos pocos objetos de Turín y Nápoles»[71].

El Ejército de Italia publicó el 18 de febrero de 1797 una hoja de noticias titulada *Journal de Bonaparte et des Hommes Vertuex*, cuya cabecera rezaba: «Aníbal durmió en Capua, pero Bonaparte no duerme en Mantua»[72]. Napoleón era muy consciente del poder de la propaganda, y hacía así un esfuerzo consciente por influir en la opinión pública, que ya le era muy favorable. Su carrera como editor de periódicos y redactor arrancó con frases como «Bonaparte vuela como un relámpago y golpea como la tormenta». Tan solo 10 días después el *Journal* ya criticaba subrepticiamente al Directorio, algo imposible sin el consentimiento de Napoleón. Ese mismo año lanzó otras dos hojas de noticias militares, el *Courrier de l'Armée d'Italie*, editado por el antiguo jacobino Marc-Antoine Jullien, y el menos sustancial *La France Vue de l'Armée d'Italie*, editado por Michael Regnaud de Saint-Jean d'Angély, encartado habitualmente con la prensa parisina. Con el frente del Rhin cada vez más cercano a Francia, Napoleón temía que la campaña de Italia quedase relegada en la imaginación pública, y además las noticias de París serían apreciadas por sus tropas. D'Angély era un antiguo parlamentario y abogado que gestionaba los hospitales del Ejército de Italia, al que más tarde Napoleón nombró consejero. La designación de Jullien fue una muestra de la predisposición de Napoleón a ignorar el pasado político, siempre y cuando el individuo en cuestión tuviese talento y se mostrase dispuesto a enterrar su historia. En una situación política tan fluctuante como la francesa, proceder así mostraba, más que tolerancia, sentido común. Tres años antes, el mismo

Napoleón había sido jacobino.

En París el *Moniteur* celebró la victoria con bailes, cantatas, banquetes públicos y procesiones, organizados con su conocimiento por un creciente número de simpatizantes, que no siempre lo eran de los Directores. Dejando de lado la política, a Napoleón le salieron las cuentas; el diario conservador *Nouvelles Politiques* mencionó al Ejército de Italia 66 veces en seis meses[73].

Las andanzas de Napoleón eran citadas con mayor frecuencia que las de cualquier otro general francés, provocando los celos de los altos dirigentes del Ejército del Rhin y del Mosela, y del Ejército del Sambre y el Meuse, que se sentían cada vez más eclipsados por el de Italia.

Los primeros cuadros y grabados de Napoleón, titulados «El general Bonaparte en Lodi» o «Bonaparte llegando a Milán», se empezaron a vender en 1796. En algunos se añadía una «e» a su nombre, y una «u» a su apellido, en otros se le llamaba «Bounaparte»[74]. La difusión de representaciones suyas, que alcanzaba los centenares en 1798, muestra que el culto a la personalidad ya había comenzado. Los artistas no precisaban haberle visto para dibujarle, por lo que a veces se le presentaba como un hombre de mediana edad con cabello gris, más acorde con lo que cabría esperar de un general victorioso[75].

Napoleón ordenó que se grabaran medallas conmemorativas por primera vez tras Montenotte, y estas se convirtieron también en una potente herramienta de propaganda. Otros generales no se conducían así, pero no por eso pidió permiso al Directorio. Vivant Denon, grabador de talento y antiguo novelista erótico, que llegó a ser director del Louvre, dio forma a las mejores medallas de bronce. La de Montenotte, por ejemplo, tenía un diámetro reducido, de unos 6 centímetros, y reproducía en el anverso a Napoleón con una capa bordada entre hojas de roble y bellotas, y en el reverso, una figura que representaba al «Genio de la Guerra»[76]. Hasta 1815 se acuñaron 141 medallas oficiales distintas, que conmemoraban batallas, tratados, coronaciones, el cruce de un río, su matrimonio o las entradas en capitales extranjeras, y se distribuyeron ampliamente entre la multitud en celebraciones y acontecimientos públicos. También servían para recordar acontecimientos más mundanos, como la creación de la Escuela de Medicina de París, la inauguración del canal de Ourcq o la apertura de una escuela de minería en el departamento de Mont Blanc. Se acuñó una incluso que mostraba a Napoleón inactivo en Osterode en marzo de 1807,

que en el reverso exhibía al precavido –pero triunfante– general romano Fabio Máximo «Cuntactor».

El 10 de marzo de 1797, viernes, Napoleón puso en marcha la campaña del norte que había prometido al Directorio. Era una expedición arriesgada, en la que 40.000 hombres atravesarían el Tirol hasta Klagenfurt, y finalmente hasta Leoben en Estiria, desde cuyas colinas en Semmering la vanguardia podría contemplar las agujas de los edificios de Viena. Las tropas de Jourdan y Moreau, que habían duplicado su tamaño, también habían sido expulsadas de Alemania por el archiduque Carlos; Francia confiaba en que las de Napoleón, más modestas, pudiesen persuadir a Austria de que firmase la paz amenazando su capital. La idea original de Napoleón era ir en tándem con el Ejército del Rhin para moverse como una pinza, pero estaba cada vez más inquieto por las noticias que informaban de que Jourdan y Moreau no habían sido capaces de atravesar de nuevo el Rhin tras las derrotas de otoño. Para animar a sus tropas tildó en una de sus proclamaciones al hermano de Carlos, el emperador Francisco, de «sirviente a sueldo de los mercaderes de Londres» y desdeñó a los ingleses que, «ajenos a los padecimientos de la guerra, sonríen complacidos ante la congoja del Continente»[77]. Este apartado de ataques contra Inglaterra en la propaganda bélica de Napoleón nació por la intención del gobierno británico de conceder un préstamo a Austria de 1.620.000 libras, más de 40 millones de francos[78]. Aunque por aquella época los ingleses no intentaron enviar tropas al continente, sí que fueron generosos con los subsidios a aquellos enemigos de Francia dispuestos a combatir en el campo de batalla.

El 16 de marzo Napoleón cruzó el río Tagliamento, infligiendo una pequeña derrota al archiduque Carlos en Vavassone, que el general Jean-Baptiste Bernadotte incrementó al día siguiente capturando un amplio destacamento de austriacos que se había escindido de la fuerza principal. Napoleón puso en práctica en Tagliamento el *ordre mixte*, una combinación del ataque en línea y el ataque en columna que había ideado Guibert para lidiar con un terreno abrupto que no permitía un despliegue regular. Empleó esta técnica de nuevo pocos días después al cruzar el Isonzo camino a Austria; en ambas ocasiones intervino personalmente para poner en funcionamiento una formación que conjugaba la capacidad de artillería de un batallón en línea con el impacto de ataque de dos

batallones en columna[79].

«Ahuyentad vuestras preocupaciones», dijo a los habitantes de la provincia austriaca de Gorizia, en el noreste italiano, «somos bondadosos y humanitarios»[80]. Su nuevo contrincante no le impresionó, y consideraba que su reputación como estratega no estaba justificada, a pesar de que Carlos había sumado victorias en Holanda en 1793, y había derrotado a Jourdan y a Moreau en 1796. «Hasta ahora el archiduque Carlos ha maniobrado peor que Beaulieu y Wurmser –comunicó al Directorio–, comete errores a cada paso, y a veces son muy estúpidos»[81]. Austria, que se enfrentaba a un nuevo asalto de Moreau a través de Alemania, más vigoroso aún que los anteriores, decidió no arriesgarse a perder la capital frente a Napoleón, que no había entablado aún ninguna batalla importante contra el Archiduque, y aceptó un armisticio en Leoben el 2 de abril, a pocos cientos de kilómetros al suroeste de Viena.

Desde el comienzo de la campaña, un año antes, Napoleón había cruzado los Alpes y los Apeninos, había derrotado a un ejército sardo y al menos a seis de Austria, y había matado, herido o capturado a 120.000 soldados de ese país. Y todo antes de cumplir 28 años. Dieciocho meses antes era un soldado desconocido y melancólico que escribía ensayos sobre el suicidio; ahora era famoso en toda Europa, había derrotado a la poderosa Austria, impuesto tratados de paz al Papa y a los reyes del Piamonte y de Nápoles, abolido el ducado medieval de Módena, y vencido en todas las circunstancias militares posibles a los generales más famosos de Austria –Beaulieu, Wurmser, Provera, Quasdanovich, Alvinczi, Davidovich–, además de burlar al archiduque Carlos.

Las fuerzas austriacas a las que se había enfrentado sucesivamente siempre habían sido mayores en número, pero había logrado reducir esa ventaja en el campo de batalla mediante la estrategia reiterada de la posición central. El estudio profundo de la historia y la geografía italianas, antes incluso de poner un pie allí, le había sido de extraordinaria ayuda, al igual que su interés por experimentar con las ideas ajenas, especialmente con el *bataillon carré* y el *ordre mixte*, y los minuciosos cálculos logísticos, para los que su memoria prodigiosa era inestimable. Al mantener a todas sus divisiones a un día de marcha de distancia, había podido concentrarlas antes de las batallas y, una vez reunidas, había exhibido una gran tranquilidad ante la presión.

El hecho de que el Ejército de Italia estuviese a punto para combatir, a pesar

de las privaciones que sufría antes de que Napoleón se pusiese al mando, muestra también su energía y su capacidad de organización. Sus dotes de liderazgo, por las que actuaba con dureza cuando pensaba que era merecido y prodigando alabanzas en otros casos, crearon ese *esprit de corps* tan necesario para la victoria. «En la guerra los factores morales son tres cuartas partes del total; la superioridad material relativa solo suma otro cuarto»[82]. Su bravura personal acabó por ligarle a sus hombres. Por supuesto, el hecho de que Austria enviase continuamente a generales septuagenarios que persistían en dividir sus fuerzas, que se desplazaban además a una velocidad dos veces más lenta que las de Francia, también fue de enorme ayuda. En adelante no todo sería así.

Napoleón tuvo suerte además con sus lugartenientes, especialmente con los extraordinarios Joubert, Masséna y Augereau, y con las contribuciones notables de Lannes (en Lodi y en Arcole), Marmont (en Castiglione), Victor (en La Favorita) y Séurier (en Mantua), así como con Brune, Murat y Junot. El mérito de Napoleón fue identificar a los comandantes más capaces, sin tener en cuenta su edad ni sus circunstancias, y deshacerse de los que, como Meynier y Vaubois, no eran capaces de estar a la altura de las circunstancias. No fue una coincidencia que al llegar al poder promocionase largamente a los antiguos comandantes del Ejército de Italia. Mientras una «inmensa multitud» en París celebraba 12 victorias en 12 meses, y el norte y el centro de Italia caían con rotundidad en la órbita de la República Francesa, si a alguien se podía denominar «hijo mimado de la victoria» era a Napoleón.

Sus hábitos y su filosofía militar se hicieron visibles por primera vez en las campañas tempranas de Italia. Creía sobre todo en el mantenimiento de un *esprit de corps* fuerte: a pesar de la naturaleza intangible de esta combinación de ímpetu y orgullo, sabía que el ejército que lo tuviese obraría maravillas. «Recuerda que lleva diez campañas crear *esprit de corps* –diría a José en 1807–, y se puede destrozar en un instante»[83]. Formuló diversos modos de elevar y mantener la moral, algunos tomados de la lectura de la historia clásica, y otros fruto de su propio estilo de mando, desarrollados en campaña. Uno de ellos consistía en fomentar en los soldados un fuerte sentido de identidad con su regimiento. En marzo de 1797 concedió a la 57ª el derecho a bordar en sus insignias la leyenda «*Le Terrible 57ème demi-brigade que rien n’arrête*» (La

temible semibrigada 57ª a la que nada puede detener), en recuerdo de su valor en las batallas de Rivoli y La Favorita. Se unía a otros regimientos heroicos conocidos por sus sobrenombres, como «*Les Braves*» (18ª Sección), «*Les Incomparables*» (9ª Ligera), y «*Un contre dix*» (Una contra diez, la 84ª Sección), y mostraba la forma en la que Napoleón entendía la psicología del soldado ordinario y el poder del orgullo de regimiento. Obras de teatro, canciones, arias de ópera, proclamaciones, festivales, ceremonias, símbolos, estandartes, medallas: Napoleón entendió instintivamente lo que querían los soldados, y se lo dio. Y al menos hasta la batalla de Aspern-Essling en 1809 les dio también lo que querían por encima de todo: victorias.

Por otra parte, en campaña dio muestra de una cercanía que le hizo ganarse el afecto de sus hombres. Se les permitía exponer sus casos para optar a medallas, promociones e incluso pensiones, y tras comprobar la veracidad de sus solicitudes con sus oficiales, se tomaban decisiones con prontitud. Leía personalmente las peticiones de los cuadros, y concedía todas las que podía. El barón Louis de Bausset-Roquefort, que sirvió bajo su mando en numerosas campañas, recordaba que Napoleón «escuchaba, interrogaba y decidía al momento; si era un rechazo, explicaba las razones de tal modo que suavizaba la decepción»[84]. Esa cercanía con el comandante en jefe era inconcebible en el ejército británico del duque de Wellington, o en el austriaco del archiduque Carlos, pero en la Francia republicana era un valor incalculable para mantenerse en contacto con las necesidades y preocupaciones de sus hombres.

A los soldados que reclamaban algo con cordialidad desde las filas les replicaba con frecuencia con una ocurrencia; cuando, en la campaña italiana, uno solicitó un uniforme nuevo, señalando a su chaquetón hecho jirones, Napoleón respondió: «Oh, no, eso no se puede hacer. Eso estorbaría la visión de tus heridas»[85]. Como dijo a Brune en marzo de 1800, «sabes lo que pueden hacer las palabras con los soldados»[86]. En alguna ocasión posterior se desprendería de su propia cruz de la Legión de Honor para dársela a un soldado cuya bravura había presenciado (Cuando Roustam, su escolta mameluco, trató de coserle la cruz al uniforme, Napoleón le detuvo diciendo: «Déjalo; lo hago a propósito»[87]).

Napoleón disfrutaba de veras pasando tiempo con sus soldados; les tiraba de las orejas, bromeaba con ellos y escogía a los viejos *grognards* (literalmente

«quejicas», pero también traducible como «veteranos»), rememorando batallas pasadas y abrumándoles con preguntas. Durante los altos en las marchas para comer, Napoleón y Berthier invitaban a sus asistentes y ordenanzas a unirse a ellos, lo que para Bausset era «una auténtica *fête* para todos nosotros». Se aseguraba también de que hubiese vino de su mesa para los centinelas. Puede que fueran cosas pequeñas, pero eran muy apreciadas y contribuían a fomentar la devoción. Sus referencias constantes a la historia clásica tenían el propósito de que sus soldados sintiesen que sus vidas –y, llegado el caso, su muerte en batalla– importaban, y que eran parte integral de un todo mayor que resonaría en la historia de Francia. En el arte del liderazgo hay pocas cosas más difíciles de adquirir, y no muchas que posean mayor capacidad de empujar a la acción. Napoleón enseñó a la gente corriente que podía hacer historia, y convenció a sus seguidores de que estaban participando en una aventura, en un espectáculo, en un experimento, en algo épico cuyo esplendor atraería las miradas de la posteridad durante siglos.

Durante las revistas militares, que podían durar más de cinco horas, Napoleón interrogaba en detalle a sus soldados, preguntando por la comida, los uniformes, el calzado, la salud en general, los entretenimientos y la regularidad en la paga, y esperaba de ellos que fuesen sinceros. «No me ocultéis ninguna necesidad –dijo a la 17ª Brigada–, no reprimáis ninguna queja que tengáis que transmitir a vuestros superiores. Estoy aquí para hacer justicia a todos, y la parte más débil se merece especialmente mi protección»[88]. La sensación de que *le petit caporal* estaba de su lado frente a *les gros bonnets* (los «grandes sombreros») era generalizada en todo el ejército.

Una preocupación destacada era la referida al cuidado correcto de los heridos, en parte porque era preciso que volviesen lo antes posible a filas, pero también porque conocía la importancia para la moral de contar con un tratamiento médico rápido. «Si se topaba con un convoy de heridos –recordaba un asistente–, lo detenía, se informaba de su condición, de sus padecimientos, de las acciones en las que habían sido heridos, y nunca se iba sin consolarlos con unas palabras o sin hacerles partícipes de su prodigalidad»[89]. En contraste reprendía con frecuencia a los doctores, y consideraba que la mayoría eran charlatanes.

Napoleón aprendió muchas de las lecciones esenciales de liderazgo de Julio

César, sobre todo de su costumbre de amonestar a las tropas que consideraba que no habían alcanzado lo que se esperaba de ellas, como en Rivoli en noviembre de 1796. En su libro *Las guerras de César*, escrito en el exilio de Santa Helena, recuerda la narración de un motín en Roma: César se dirigió lacónicamente a sus soldados para concederles «la demanda de ser desmovilizados, pero a continuación les habló con desdén manifiesto llamándoles "ciudadanos" en lugar de "soldados" o "camaradas". El impacto fue rápido y contundente. Al final –concluye–, el resultado de esta escena conmovedora fue que consiguió que continuasen en servicio»[90]. Con mucha mayor frecuencia repartía halagos: «Vuestros tres batallones son como seis a mis ojos», apeló a la 44ª Sección en la campaña de Eylau, «¡Y lo demostraremos!», gritaron en respuesta[91].

Los discursos de Napoleón a sus tropas se clavaban en postes en los campamentos y se leían con frecuencia. Disfrutaba compilando estadísticas, con las que informaba a las tropas de cuántas victorias habían logrado en tanto tiempo, y de cuántas fortalezas, generales, cañones, banderas y prisioneros habían capturado. Algunas de esas proclamas podrían sonar a vanagloria, pero estaban escritas para soldados que en muchas ocasiones eran analfabetos. Adulaba a la tropa con referencias al mundo clásico –con el que solo una reducida minoría estaba familiarizado–, y cuando adornaba el discurso de florituras, comparándoles con águilas, o explicándoles las honras con las que les recibirían sus familiares y vecinos, les cautivaba, con frecuencia de por vida.

La inspiración retórica le venía sobre todo del mundo clásico, pero también se puede detectar la influencia del discurso del día de san Crispín de Shakespeare en *Enrique V*, en expresiones como «Vuestros compatriotas dirán, mientras os señalan con el dedo: "Formó parte del Ejército de Italia"»[92]. La avalancha de cumplidos con que reconocía a sus tropas, en general, contrasta agudamente con el tono acerbo que adoptaba al dirigirse a generales, embajadores, consejeros, ministros, e incluso a su propia familia en la correspondencia privada. «Severo con los oficiales, amable con los hombres»[93] era su mantra reconocido.

La eficacia en el trabajo administrativo le ayudaba a «reconocer» a los soldados veteranos entre las filas, pero también gozaba de una memoria extraordinaria. «Le presenté a tres suboficiales del Valais –contaba un ministro del Interior–, y preguntó a uno de ellos por sus dos hijas pequeñas. Aquel

suboficial me dijo que solo había visto una vez antes a Napoleón, al pie de los Alpes, cuando se dirigía a Marengo. Un problema con la artillería le obligó a detenerse un momento frente a mi casa –añadió el soldado–, acarició a mis hijas, montó en su caballo y desde entonces no le había vuelto a ver»[94]. Ese encuentro había tenido lugar 10 años antes.

---

[*] La palabra «desaparecido» incluía numerosas posibilidades en el vocabulario bélico de la época, incluyendo a los muertos que no se podían identificar o encontrar, a los que se escondían, a los desertores, a los que se perdían por accidente o de forma deliberada, los que se fingían enfermos, los capturados, los que sufrían conmoción cerebral, los asesinados por partisanos, los que se contaban erróneamente al pasar lista tras la batalla, los que eran absorbidos temporalmente por otras unidades, los que permanecían inconscientes y sin identificar en los hospitales, los que se habían volatilizado o los que simplemente se ausentaban sin permiso. Soldados «desaparecidos» podían volver a entrar en combate más adelante, aunque desde luego muchos no lo hacían.

[**] Napoleón mostró una imaginación muy activa a la hora de idear curiosos castigos. Convencido de que las «abominables mujeres» que acompañaban a las tropas eran las responsables de «animar a los soldados al pillaje», a mediados de abril de 1797 ordenó que toda aquella que aún permaneciese en la división de Bernadotte 24 horas después de la publicación de la orden fuese «embadurnada con hollín y expuesta durante dos horas en la plaza del mercado» (*Selection I*, ed. Bingham, p. 151).

6. PAZ

Ganar no es suficiente si no se aprovecha el éxito.
Napoleón a José, noviembre de 1808

En mi opinión a los franceses no les interesan ni la libertad ni la igualdad, solo tienen un sentimiento, el honor… El soldado exige gloria, distinción, premios.
Napoleón al *Conseil d'État*, abril de 1802

«Todo me hace pensar que ahora el tiempo de paz depende de nosotros, y debemos aceptarlo cuando tengamos ocasión de dictar sus condiciones, siempre y cuando sean razonables», escribió Napoleón a París el 8 de abril de 1797[1].

Las negociaciones con la que llamó «corte insolente y arrogante» comenzaron el 15 de abril, con la demanda pedante del plenipotenciario austriaco, el marqués de Gallo, de que el pabellón en el que iban a tener lugar fuese declarado oficialmente terreno neutral. Napoleón se lo concedió alegremente, explicando al Directorio que «este terreno neutral está rodeado por todas partes por el ejército francés, y se sitúa en medio de nuestras tiendas de campaña»[2]. Cuando Gallo ofreció reconocer la existencia de la República Francesa, Napoleón replicó que «ni necesitaba ni deseaba reconocimiento. Ya es como el sol en el horizonte de Europa; perjudicial para aquellos que no quieren verlo ni obtener beneficio de él». Gallo perseveró, convencido de que cedía al afirmar que Austria la reconocería «a condición de que la República preserve la misma etiqueta que mostró el rey de Francia». Esta frase le permitió señalar, de irreprochable modo republicano, que, teniendo en cuenta que a los franceses les era «completamente indiferente todo lo referido a la etiqueta, no tenemos inconveniente en adoptar ese punto»[3].

Napoleón observó que su posición se vería reforzada si los generales Moreau y Hoche atravesaban el Rhin. «Desde que existen crónicas históricas de las

operaciones militares –indicó al Directorio el 16 de abril–, un río nunca se ha considerado un obstáculo importante. Si Moreau quisiese cruzarlo, lo haría… Puede que los ejércitos del Rhin no tengan sangre en las venas»[4]. Si las tropas francesas pisasen suelo austriaco, enfatizó, «estaríamos en condiciones de imponer la paz de modo imperioso». Hoche cruzó al fin el 18 de abril, el mismo día en el que se firmaban los preliminares, y Moreau le imitó dos días más tarde. Fue entonces cuando descubrieron, desazonados, que se veían obligados a detenerse mientras su rival negociaba la paz. Napoleón empleó el mismo tono imperativo al enfrentarse a la amenaza que parecía fraguarse en la longeva ciudad-estado de Venecia, proclive a mantener su independencia, pero sin tropas para garantizarla. El 9 de abril se dirigió por carta al dogo Ludovico Manin, exigiendo que Venecia eligiese entre la paz y la guerra. «¿Supones que por encontrarme en el corazón de Alemania soy incapaz de hacer que se respete a la primera nación del universo?»[5]. A pesar de que Francia albergaba alguna protesta legítima hacia Venecia –que se había inclinado a favor de Austria, se estaba armando rápidamente y había abierto fuego sobre una fragata gala en el Adriático–, Napoleón abusaba de su poder al enviar a Junot, pocos días después, para que exigiese una respuesta a su carta en 24 horas. El incidente se agravó el 17 de abril, cuando Verona, integrante de la República del Véneto que no parecía haber aprendido la lección de Pavía, Binasco y Módena, asistió a un alzamiento que acabó con 300 o 400 franceses masacrados, la mayoría de ellos heridos en combate que descansaban en el hospital de la ciudad.

«Tomaré medidas generales en tierras de Venecia –prometió al Directorio–, imponiendo castigos tan extremos que no serán olvidados»[6]. Bourrienne tomó nota más adelante de que, al ser informado de la insurrección, Napoleón afirmó: «No te inquietes, que esos pilluelos pagarán; ya le llegará el día a su república»[7]. A las 2 de la mañana del miércoles, 19 de abril de 1797 –aunque fechados oficialmente el día anterior– Napoleón firmó los Preliminares de Leoben. El hecho de que lo hiciese él y no un plenipotenciario enviado desde París es un indicativo destacado de cómo el equilibrio de poder con el Directorio se inclinaba a su favor. No se trataba del amplio tratado de paz definitivo entre Francia y Austria, que no se firmaría hasta octubre en Campo Formio, pero este también lo negociaría él. Los términos de Leoben suponían que Austria cedía los ducados de Milán y Módena, así como los Países Bajos Austriacos, a Francia.

Reconocía además «los límites constitucionales de Francia» –que para los franceses se extendían hasta el Rin–, mientras Francia reconocía el resto del imperio de Francisco. Las cláusulas secretas forzaban a Austria a renunciar a todas sus posesiones en Italia desde el oeste del río Oglio hasta la República Cisalpina, pero recibía en compensación todos los territorios en suelo firme venecianos al este del Oglio, así como Dalmacia e Istria, mientras Francia obtenía las del oeste de dicho río. Napoleón asumía sin duda que estaría en posición de disponer del territorio del Véneto antes de que se ratificase el tratado. En principio podría parecer que Austria salía ganando, ya que la orilla izquierda del Rhin se disputaría en una fecha posterior, y su integridad territorial se salvaguardaba. Napoleón defendió los términos de su negociación, explicando al Directorio que Bolonia, Ferrara y la Romaña «siempre estarán en nuestro poder», al estar regidas por la república hermana de Francia establecida en Milán. El argumento de que «al ceder Venecia al Emperador… estará obligado a ser amistoso con nosotros» resultaba menos persuasivo. En esa misma carta explicaba al Directorio sin ambages que, desde el arranque de la campaña italiana, lo habían hecho todo mal: «Si hubiese porfiado en marchar sobre Turín, nunca habría cruzado el Po; si hubiese porfiado en marchar sobre Roma, habría perdido Milán; si hubiese porfiado en marchar sobre Viena, puede que hubiese perdido la República. El plan real que adopté fue destrozar al Emperador». Los comentarios posteriores de Napoleón hedían a falsa modestia: «Por lo que a mí respecta (…) nunca me he considerado nadie en las operaciones que he dirigido, y he seguido marchando hacia Viena tras haber recibido más gloria de la necesaria para ser feliz»[8]. Al tiempo que solicitaba permiso para regresar a su hogar, prometía: «Mi carrera civil recordará a mi carrera militar por su sencillez». Con toda probabilidad se imaginaba a sí mismo como el héroe clásico Lucio Quincio Cincinato, que regresó a su granja y a su arado tras salvar a la República Romana, y habida cuenta de que se trataba de informes semipúblicos, cuyos apartados no secretos se publicaron en el *Moniteur*, es posible que escribiese esas líneas tanto para el consumo del público como para ilustrar a «esa banda de leguleyos» del Directorio, que no obstante aprobó por cuatro a uno las condiciones de Leoben, con la única oposición de Jean-François Reubell, que las consideraba demasiado duras para Austria.

Durante las negociaciones el duque de Módena trató de sobornar a Napoleón

con 4 millones de francos para que no le depusiese. Según Bourrienne, no muy fiable, los negociadores austriacos –Gallo y el conde general von Merveldt– le ofrecieron incluso un principado alemán, a lo que Napoleón replicó: «Se lo agradezco al emperador, pero, si tengo que ser glorificado, que sea en Francia»[9]. Austria, a su vez, parecía satisfecha con los términos de Leoben. La única protesta de Gallo fue trivial, solicitando que «se transcribiese en pergamino y que los sellos fuesen mayores», a lo que Napoleón accedió debidamente[10].

El 20 de abril los venecianos se lo pusieron en bandeja a Napoleón al abatir a tiros a un capitán de navío francés llamado Laugier, que había atracado ilegalmente cerca del polvorín en el Lido. Napoleón halló justificación para lo que pensaba haber hecho de todas formas: exigir a Venecia que expulsase al embajador inglés y a los *émigrés* franceses borbónicos, que confiscase todos los bienes de Inglaterra, que abonase una «contribución» de 20 millones de francos y que arrestase a los «assassins» de Laugier, incluido un almirante veneciano de origen nobiliario. Napoleón no tuvo en cuenta las promesas de reparación por la masacre de Verona del Dogo, afirmando que de sus enviados «goteaba sangre francesa». En su lugar reclamó la evacuación de la tierra firme de Venecia, que necesitaba tener bajo control antes de que entrasen en vigor las cláusulas secretas de Leoben. Mientras tanto alentó las revueltas en Brescia y en Bérgamo, y el 3 de mayo declaró la guerra. La masacre de Verona fue sancionada con el pago de 170.000 sequines, unos 1.700.000 francos, a cuenta de la ciudad, y la confiscación de todos los bienes valorados en más de 50 francos de la casa de empeños municipal. Hubo condenados al garrote vil y deportados a la Guayana Francesa en Suramérica, lugar al que el gobierno revolucionario enviaba a los que consideraba indeseables. También fueron expropiados los vasos sagrados y los ornamentos de la Iglesia, así como cuadros, colecciones de plantas, e incluso «caracolas marinas pertenecientes a la ciudad y a individuos privados»[11].

Solo 10 días después de su guerra contra Venecia, Napoleón instigó un golpe de estado en la ciudad. Gracias a la acción del secretario de la legación francesa, Joseph Villetard, para desautorizar a la oligarquía que amenazaba el cobro de la retribución, el Dogo y los senadores –cuyos ancestros habían resistido en una ocasión al poderoso Imperio Otomano en la bahía– se dieron por abolidos a sí mismos sumisamente, tras más de 1.200 años de independencia. También ellos

trataron de sobornar a Napoleón, en esta ocasión con 7 millones de francos, pero este respondió: «La sangre francesa se ha derramado a traición; si pudieseis ofrecerme los tesoros de Perú, si pudieseis cubrir de oro vuestro dominio, la expiación sería insuficiente; el león de san Marcos debe morder el polvo»[12]. El 16 de mayo 5.000 soldados franceses, comandados por el general Louis Baraguey d’Hilliers, entraron en Venecia como libertadores, y las cuatro estatuas ecuestres de bronce que habían sostenido el arco de Trajano en Roma fueron arrancadas del pórtico de la basílica de San Marcos para ser expuestas en el Louvre, donde permanecieron hasta su devolución en 1815.

El tratado con el nuevo gobierno títere francófilo de Venecia determinó que la ciudad debía acondicionar tres buques de guerra y dos fragatas para la marina francesa, abonar una contribución de 15 millones de francos, suministrar 20 cuadros y 500 manuscritos, y ceder los territorios interiores que Francia planeaba dividir entre la República Cispadana y Austria. A cambio Francia brindó profesiones de «amistad eterna». El Directorio no participó en nada de todo esto. A comienzos de la campaña de 1796 no se permitió a Napoleón firmar el armisticio con el Piamonte sin permiso de Saliceti, quien, aunque tuviese una buena relación con él, nominalmente era un comisionado del Directorio. Desde entonces había firmado cuatro amplios acuerdos de paz ejerciendo su propia autoridad: Roma, Nápoles, Austria y ahora Venecia.

Estaba a punto de firmar el quinto. El 23 de mayo habían estallado luchas callejeras entre los demócratas francófilos y jacobinos de Génova y las fuerzas del Dogo y el senado. Prevaleció la autoridad, y se hallaron documentos que revelaban que Saliceti y Faipoult habían fomentado el levantamiento fallido. Napoleón se enfureció con los demócratas genoveses por actuar demasiado pronto, pero tomó como excusa la muerte de algunos franceses para enviar a su asistente Lavalette a engatusarlos. Al igual que sus homólogos venecianos, capitularon con rapidez y Napoleón en persona esbozó una constitución para la nueva República Ligur, de nuevo sin participación del Directorio[*]. Estaba basada en la constitución francesa de 1795, e introdujo la legislatura bicameral con 150 y 300 miembros, respectivamente, la libertad religiosa, la igualdad civil y algunas medidas para el autogobierno local, principios todos que no reflejaban ni el estricto jacobinismo de su juventud, ni –como han sugerido algunos contemporáneos– un espíritu corso de *vendetta* contra Génova. De hecho, tras la

destrucción de la estatua del gran héroe genovés Andrea Doria a manos de los demócratas, estos fueron reprendidos por Napoleón, que afirmó que Doria «había sido un gran marino y un gran estadista. En su época la aristocracia era la libertad. Toda Europa os envidia por el honor de haber alumbrado a tal celebridad. Haréis un gran esfuerzo, sin duda, para reconstruir su estatua; os suplico que me permitáis tomar parte en los gastos que conlleve»[13].

La residencia principal de Napoleón en la primavera de 1797 fue el palacio de Mombello, a las afueras de Milán, donde convocó a Miot de Melito para debatir. Miot percibió allí la *grandeur* del día a día napoleónico. No solo había instalado a su familia con él –Madame Mère, José, Louis, Paulina y su tío Joseph Fesch en la primera oleada, a la espera de más–, sino que también estableció una etiqueta casi palaciega. La nobleza italiana se sentaba a la mesa en sustitución de sus asistentes, las cenas eran públicas, como en Versalles con los Borbones, y Napoleón revelaba un gusto por los lacayos muy poco republicano. Para pagarles empleaba su fortuna, que él mismo estimó en unos 300.000 francos. Bourrienne afirmaba que alcanzaba los 3 millones, el equivalente a un salario mensual de todo el Ejército de Italia. Sea como fuere, en apariencia no solo sus generales habían saqueado Italia[14].

Miot afirma en sus memorias –escritas en gran parte con su yerno, el general Fleischmann–, que el 1 de junio de 1797 Napoleón le pidió que pasease con él por el jardín de Mombello, y le dijo: «¿Crees que, si triunfo en Italia, es para engrandecer a la tropa de abogados que conforman el Directorio, como Carnot y Barras? ¡Qué idea!… Quiero desautorizar al partido republicano, pero en mi beneficio… Por lo que a mí respecta, querido Miot, he saboreado la autoridad, y no la abandonaré». Más tarde se afirmó que dijo de los franceses: «Dales baratijas, y con eso les basta; estarán encantados y se dejarán guiar, siempre y cuando se les oculte hábilmente el final hacia el que se encaminan»[15]. Pero este cínico discurso –que muchos historiadores han admitido como literal– no suena bien. ¿Habría aireado con tal facilidad un estadista sutil como Napoleón sus ambiciones –que en esa época serían además traicioneras– al socavar al republicanismo francés ante un funcionario público como Miot de Melito, cuyas lealtades desconocía, y que pudo recordar la conversación perfectamente décadas después?[16].

Fue en esta época, con muchos de ellos ante sus ojos, cuando Napoleón comenzó a interferir de forma persistente en la vida amorosa de sus familiares. El 5 de mayo Elisa, a los 22 años, se casó con el capitán y noble corso Felice Baciocchi, que en consecuencia fue ascendiendo en la escala militar rápidamente, para convertirse al final en senador y príncipe de Lucca, con una indiferencia manifiesta hacia sus muchas infidelidades. Al mes siguiente, el 14 de junio, con un apoyo y urgencia similar por parte de Napoleón, Paulina contrajo matrimonio a los 17 años con el general Charles Leclerc, de 25, que había servido junto al corso en Toulon y combatido en Castiglione y Rivoli a su lado. Napoleón sabía que Paulina estaba enamorada de otra persona, a la que su madre Letizia consideraba poco adecuada, pero aun así apoyó el matrimonio. Animó también a cortejar a su otra hermana, Carolina, al soldado de caballería Murat, y acabaron por casarse en enero de 1800.

El Directorio en París atravesaba una situación precaria. Mientras la inflación se descontrolaba –los zapatos costaban en 1797 40 veces más que en 1790– y el papel moneda, los *assignats*, se cambiaba al 1% de su valor facial, la actividad de los políticos era febril[17]. El descontento con el gobierno se evidenció el 26 de mayo, al alzarse con un puesto en el Directorio el marqués de Barthélemy, un realista constitucional, tras la victoria monárquica en las elecciones. La composición del Directorio incluyó entonces a Barras y Carnot, a los abogados Reubell y Louis de La Révellière-Lépeaux, y a Barthélemy, de los cuales los cuatro primeros eran regicidas, aunque Carnot estaba virando con fuerza hacia los liberales moderados y no realistas. Napoleón no había tomado parte de forma tan activa en la salvación de la República en el Vendimiario para ver cómo era reemplazada ahora por los realistas, así que envió a Lavalette a París a observar el desarrollo de los acontecimientos políticos. Lavalette se encontró con conspiraciones para el retorno de los Borbones, incluyendo una en la que estaba implicado el general Charles Pichegru, un antiguo instructor militar de Brienne y conquistador de Holanda; pero también con otras de extrema izquierda, como la que condujo a finales de mayo a la guillotina, al ser destapada, al periodista y agitador François-Noël Babeuf, cuyas ideas eran esencialmente comunistas, aunque ni el término ni el concepto se hubiesen inventado aún.

Napoleón era particularmente sensible a la oposición a sus propios actos en la Asamblea Nacional. Cuando el diputado moderado y exgirondino Joseph Dumolard lanzó un discurso en el que protestaba por el trato injusto dado a Venecia, por el ocultamiento a la Asamblea de los tratados de Napoleón, y porque «Francia» –con la que aludía a Napoleón– hubiese violado la legislación internacional al interferir en los asuntos internos de estados soberanos, explotó: «¡Los abogados ignorantes y parlanchines preguntan que por qué hemos ocupado Venecia –escribió al Directorio–, pero os advierto, y hablo en nombre de 8.000 hombres, que el tiempo en el que los abogados cobardes y los charlatanes desgraciados guillotinaban a los soldados ha pasado; y, si les obligáis, las tropas de Italia marcharán sobre Clichy, y la culpa será vuestra!»[18]. Clichy era el nombre tanto del club realista en la calle homónima como la puerta parisina por la que un ejército podría entrar en la ciudad.

Napoleón empleó su discurso del Día de la Bastilla al ejército para advertir a la oposición interior de que «los Realistas, tan pronto como se muestren, dejarán de existir», y prometió: «¡Guerra implacable contra los enemigos de la República y la constitución!»[19]. Cinco días después organizó una gran celebración en Milán, con la intención de transmitir a Francia el mensaje de que el Ejército de Italia era más digno de confianza que los *messieurs* («caballeros») del Ejército del Rhin. El desdén mutuo era tal que, cuando las dos fuerzas de la división de Bernadotte fueron de Alemania a Italia a comienzos de 1797, estallaron peleas entre los oficiales, y, cuando Napoleón concedió a Bernadotte el honor de transportar a París las banderas capturadas en Rivoli, se sugirió que era un complot para alejarlo de Italia. La relación de Napoleón con el independiente Bernadotte siempre había sido tirante, y lo fue más cuando se casó, al año siguiente, con su antigua prometida, Désirée Clary.

El 7 de julio de 1797 Napoleón proclamó la constitución de la nueva República Cisalpina («de este lado de los Alpes»). Incluía Milán, su capital, Como, Bérgamo, Cremona, Lodi, Pavía, Varese, Lecco y Regio, y suponía un paso mayor hacia la creación de una identidad y una conciencia nacionales italianas que la que supuso la Cispadana, como indica el elevado número de italianos que se presentaron voluntarios para sus unidades militares[20]. Napoleón entendía que un estado italiano extenso, unificado y francófilo, que

abarcase la llanura de Lombardía, podía contribuir a la protección frente al revanchismo austriaco, y le ofrecía la posibilidad de atacar de nuevo a Estiria, Carintia y Viena, de ser preciso. Cuatro comités bajo su dirección esbozaron una constitución, basada en la francesa, pero como en sus primeras elecciones habían vencido demasiados sacerdotes, en esta ocasión eligió él tanto a los cinco Directores como a los 180 legisladores, con el duque de Serbelloni como primer presidente.

A mediados de julio en París la situación se tornó peligrosa. Cuando se nombró ministro de Guerra al general republicano Hoche, con la esperanza de mitigar la oposición al gobierno, se le acusó por parte de algunos miembros de la Asamblea de violar la constitución, por ser menor de 30 años, la edad mínima para un cargo de gobierno –excepto para los Directores, que debían tener 40–, y se le obligó a renunciar tras cinco días en el puesto. Napoleón, que tenía entonces 27 años, tomó nota. «Veo que el Club de Clichy quiere pasar sobre mi cadáver para destruir la República», comunicó con histrionismo al Directorio el 15 de julio, después de que Dumolard fuese tan lejos como para presentar una moción crítica con su actuación en la Asamblea[21].

La separación de poderes recogida en la Constitución del Año III de agosto de 1795 suponía que el Directorio no podía disolver la Asamblea, y esta a su vez no podía forzar las políticas de los Directores. Al carecer de corte de apelación suprema, la política en París había alcanzado un punto muerto.

El 17 de julio Charles-Maurice de Talleyrand se convirtió en ministro de Exteriores, primera vez de las cuatro que ocuparía el puesto. Astuto, perezoso, sutil, viajero, asiduo de los clubes y voluptuoso, fue obispo de Autun –diócesis que nunca visitó– hasta su excomunión en 1791, y podía trazar su árbol genealógico –al menos para su propia satisfacción– hasta los condes soberanos del siglo IX de Angulema y Périgord. Había contribuido a la redacción de la *Declaración de los derechos del hombre* y de la Constitución civil del clero, y fue obligado a exiliarse, refugiándose en Inglaterra y Estados Unidos entre 1792 y 1796. De tener algún principio, sería su apego sedicente a la constitución inglesa, aunque jamás habría puesto en peligro su carrera o su comodidad por promocionarla ni por ninguna otra razón. Napoleón le profesó una admiración sin fisuras durante muchos años, y le escribía con frecuencia confidencialmente, denominándole el «rey de la conversación europea», aunque al final de su vida le

caló por completo, afirmando: «Casi nunca aconseja, pero hace que hablen los demás… Nunca he conocido a nadie tan indiferente al bien y al mal»[22]. Talleyrand, por supuesto, traicionó a Napoleón, como a todo el mundo, y Napoleón se lo tomó de forma personal. La posibilidad de que acabase sus días pacíficamente en cama fue para Napoleón muestra de que «no puede haber un Dios que reparta los castigos»[23].

Pero esta amargura llegó después. Lo primero que hizo Talleyrand en julio de 1797 al convertirse en ministro fue escribir a Napoleón untuosamente para solicitarle su amistad: «El mero nombre de Bonaparte será un auxilio que allanará todas mis dificultades». En respuesta recibió una misiva con la misma efusividad bochornosa[24]: «Puede que Alejandro triunfase solo para entusiasmar a los atenienses –contestó–. Otros capitanes, como tú, son la élite de la sociedad. He estudiado demasiado la Revolución como para no saber lo que te debe. Los sacrificios que has hecho merecen recompensa… No tendrías que esperar para recibirla si yo estuviese en el poder»[25]. Entre la adulación mutua aparecía la promesa de lo que se convertiría en una alianza política.

A finales de julio Napoleón ya había decidido apoyar a Barras en su purga del gobierno y de los legisladores franceses, desembarazándolo de los realistas y moderados, de los que pensaba que estaban poniendo en riesgo la República. El 27 envió al republicano convencido –de hecho, neojacobino– Augereau a París. Advirtió a Lavalette de su ambición: «No te pongas a su merced; ha sembrado el desorden en el Ejército; es un hombre de facción», pero reconocía que era la persona adecuada para estar en París en esos momentos[26]. Informó al Directorio de que Augereau estaba en París «por asuntos privados», pero la verdad era mucho más dramática[27]. Al presidir Pichegru la cámara baja –los Quinientos–, otro criptorrealista, el marqués de Barbé-Marbois, la alta –los Ancianos–, y con Moreau sin molestarse apenas en celebrar el Día de la Bastilla con el Ejército del Rhin, Barras necesitaba ahora el apoyo político de Napoleón, así como su fuerza militar y su dinero. Lavalette pudo disponer de 3 millones de francos –el equivalente a la fortuna de Napoleón, si se cree a Bourrienne– para comprar influencias en París antes del golpe que se estaba preparando[28].

El *coup* de Fructidor tuvo lugar al amanecer del 4 de septiembre de 1797 (18 Fructidor en el calendario republicano) y fue un éxito rotundo. Augereau ocupó los puntos estratégicos de la capital, a pesar de la ley que prohibía a las tropas

acercarse a París sin permiso de la Asamblea. Emplazó soldados en torno a las Tullerías, donde se reunían los diputados, y arrestó a 86, a los que envió junto a varios editores a la prisión del Temple. Muchos de ellos, como Barthélemy, Pichegru y Barbé-Marbois, fueron deportados a más de 5.000 kilómetros, en la colonia penal de la Guayana. Carnot escapó del complot y consiguió llegar a Alemania. Dumolard fue encarcelado también, algo poco sorprendente, aunque en su caso en la isla de Oleron, frente a la costa atlántica francesa, y no en Suramérica. Los diputados que continuaron en las cámaras legislativas anularon las elecciones previstas en 49 departamentos prorrealistas, y aprobaron diversas leyes contra determinados sacerdotes y *émigrés* que habían vuelto a Francia sin ser amnistiados. Los purgados Carnot y Barthélemy fueron sustituidos en el Directorio por republicanos más fiables, como Philippe Merlin de Douai y François de Neufchâteau, y el Cuerpo Legislativo ahora radicalizado asumió funciones extraordinarias para clausurar periódicos y clubes políticos, como el Clichy. Para entonces este órgano ya era tan poderoso como lo fue el Comité de Salud Pública en los días del Terror. El Ejército de Italia había salvado al Directorio, al menos de momento; para Miot la adhesión de Napoleón a la purga de Fructidor «garantizó su triunfo»[29]. El Directorio depuró también el cuerpo de oficiales, y mandó a la calle a 38 supuestos generales criptorrealistas, entre ellos a un antiguo rival de Napoleón, Kellermann, comandante del Ejército de los Alpes.

Bourrienne escribió que Napoleón se «emborrachó de gozo» cuando se enteró de lo sucedido[30]. Aunque Carnot fue una de las víctimas más prominentes de Fructidor, no parece que se lo reprochase personalmente a Napoleón. Cuando publicó su apología desde el exilio en 1799, proclamó que había sido él, y no Barras, el que le había propuesto como comandante en Italia en 1796, y que hacia 1797 Barras ya era su enemigo, y que «calumniaba con groserías y sarcasmo a una persona que debía serle muy querida a Bonaparte» (léase Josefina)[31]. Explicaba que, para Barras, Reubell y La Révellière, «Bonaparte siempre fue odioso, y nunca perdieron de vista su determinación de destruirle», afirmando que en privado «protestaron en contra de los preliminares de Leoben»[32]. Desde luego el general se lo debió de creer, porque cuando alcanzó el poder nombró a Carnot ministro de Guerra.

Napoleón no deseaba que se le viese entre los conspiradores, y pasó el día

del *coup* negociando la paz con Italia en Passeriano. Pero en cuanto llegó Lavalette –que había pasado con Barras la noche del 17 Fructidor– pocos días después, hizo que le explicase durante horas lo ocurrido, explayándose en los «titubeos, momentos de pasión, y casi cualquier expresión de los principales actores»[33]. El protegido de Carnot, Henri Clarke, fue convocado a París, dejándole como plenipotenciario en las negociaciones de paz de Campo Formio.

Napoleón se irritaba constantemente por sus discusiones con su homólogo austriaco, el conde Ludwing von Cobenzl. «Cuesta entender la estupidez y mala fe de la corte de Viena», dijo a Talleyrand el 12 de septiembre, definiendo las negociaciones como «una simple broma». Tras Fructidor dejó de sufrir interferencias del Directorio en asuntos como la unión de Venecia a la República Cisalpina –a la que se oponía–, o las compensaciones a los austriacos en Alemania por las pérdidas territoriales en Italia –que apoyaba–[34]. Los austriacos asumieron que la restauración borbónica no iba a ser posible, y que por tanto no tenía sentido enconar las negociaciones. Junto con la solicitud de ratificación del tratado de paz con el Piamonte, el 26 de septiembre, que estipulaba que ese reino debía aportar 10.000 hombres al Ejército francés, Napoleón predijo ante el Directorio que en seis meses el rey Carlos Emanuel IV del Piamonte sería derrocado. Como afirmó a Talleyrand, «Cuando un gigante abraza a un pigmeo y, al estrecharlo entre sus brazos, lo ahoga, no se le puede acusar de haber cometido un crimen»[35][**].

Las cartas de Napoleón en aquel período incluían referencias constantes a su supuesta mala salud. «Casi no puedo montar a caballo, necesitaré dos años de reposo», y una vez más rebosaban de amenazas de renuncia por no ser apreciado en su valor por el gobierno, especialmente después de que el «faccioso» Augereau obtuviese el mando del Ejército del Rhin tras la muerte de Hoche por tisis el 17 de septiembre. También se quejaba de continuo por la dificultad de negociar con Cobenzl[***]. Durante una agria discusión acerca del futuro de las islas Jónicas, Napoleón estrelló en el suelo una hermosa pieza de porcelana antigua –en la versión austriaca–, o un juego de té barato –en la bonapartista–, o puede que «unas caras tazas de té de Cobenzl que le había dado algún soberano como Catalina la Grande» –en la versión del propio Napoleón 20 años después del suceso[36]. Sus técnicas de negociación incluían frecuentemente estos arranques de histrionismo, en general, parte del espectáculo. Sin importarle lo

que se hubiese roto, Cobenzl estuvo tranquilo, limitándose a informar a Viena: «Se comportó como un tonto»[37]. Uno de los secretarios privados de Napoleón recordó cómo se manifestaba su enfado:

> Cuando su rostro se veía excitado por alguna pasión violenta asumía… una expresión terrible… los ojos lanzaban fuego; se le dilataban las fosas nasales, se hinchaba por la tormenta interna… Parecía capaz de controlar a voluntad estas explosiones, que por cierto, según fue pasando el tiempo, se hicieron cada vez menos frecuentes. Mantenía la cabeza fría… Cuando estaba de buen humor, o ansioso por ser agradable, su expresión era dulce y atenta, y se le iluminaba el rostro con una hermosa sonrisa[38].

En una larga y exasperada carta a Talleyrand del 7 de octubre reflejó una vez más la obstinación de Cobenzl, preguntándose abiertamente si la lucha en Italia había merecido la pena, refiriéndose a una «nación enervada, supersticiosa, *pantalon* y cobarde» incapaz de grandeza y desde luego «indigna de que hayan muerto cuarenta mil franceses por ella»[39][****]. Añadía que no había recibido ninguna ayuda por parte de los italianos desde el principio, y que la República Cisalpina solo disponía de unos 2.000 hombres armados. «Esto es la historia –escribió–, el resto, abundante en proclamaciones, discursos impresos, etc., es sobre todo romance». Las cartas de Napoleón a Talleyrand se asemejan a la corriente de conciencia, de lo cercana que había llegado a ser su relación epistolar en solo unas semanas. «Te escribo como pienso», dijo a su nuevo aliado y confidente, «que es la mayor muestra de estima que puedo hacerte»[40].

La mañana del 13 de octubre de 1797 Bourrienne entró en los aposentos de Napoleón para decirle que las montañas estaban cubiertas de nieve, a lo que Napoleón –al menos según Bourrienne– gritó, saltando de la cama: «¿Qué? ¿En pleno octubre? ¡Qué país! En fin, tenemos que firmar la paz». Había calculado inmediatamente que en breve las carreteras serían tan impracticables que el Ejército del Rhin no podría reforzarlos[41]. A medianoche del 17 de octubre, martes, en la aldea de Campo Formio, a medio camino entre el cuartel general de Napoleón en Passariano y el de Cobenzl en Udine, firmaron el tratado. Sus términos indicaban que Austria cedía Bélgica (los Países Bajos austriacos), y la orilla oeste del Rhin a Francia, Francia desposeía a Venecia de las islas Jónicas,

Austria se quedaba con Istria, Friuli, Dalmacia, la misma Venecia, el río Adige y el bajo Po; reconocía además las repúblicas Ligur y Cisalpina, esta última unificada con la Cispadana; ambas formaban una «más favorable» unión aduanera nacional, y el duque de Módena perdía sus posesiones en Italia, pero Austria le compensaba con el ducado de Breisegau, al este del Rhin. Se emplazaban a una conferencia en noviembre en Rastatt para decidir el futuro del Sacro Imperio Romano, y para definir las compensaciones por la expropiación de los principados del Rhin, y para establecer una República Lemánica en torno a Génova (que se asienta sobre el lago Léman), así como una República Helvética en Suiza.

«No me cabe duda de que se criticará vivamente el tratado que acabo de firmar», escribió al día siguiente Napoleón a Talleyrand, pero explicaba que la única forma de conseguir uno mejor sería yendo de nuevo a la guerra y conquistando «dos o tres provincias más a Austria. ¿Era posible? Sí. ¿Era probable? No»[42]. Mandó a Berthier y a Monge a París con el tratado para que explicasen sus virtudes. Hicieron un buen trabajo, y el entusiasmo público por la paz fue tal que el Directorio se apresuró a ratificarlo, a pesar de que varios de sus miembros lamentaron la ausencia de solidaridad republicana con Venecia. (Se dice que, cuando le preguntaron por las cláusulas venecianas, Napoleón explicó: «Estaba jugando a la veintiuna y me paré en el veinte»[43]). El mismo día que firmó el tratado de Campo Formio, dando fin a cinco años de guerra con Austria, escribió al ministro del Interior de la República Cisalpina instándole a convocar un concurso de composiciones en honor del difunto general Hoche, abierto a todos los músicos italianos[44].

Al elogiar Campo Formio frente a Talleyrand, Napoleón reflexionó sobre el orden de prioridades posterior de Francia: «Nuestro gobierno debe destruir la monarquía anglicana, o esperar a que se destruya a sí misma por la corrupción de esos isleños conspiradores y emprendedores. Este momento nos brinda una gran oportunidad. Concentremos toda nuestra actividad en el aspecto naval y aplastemos a Inglaterra. Una vez hecho eso, Europa estará a nuestros pies»[45]. Talleyrand actuó en favor de Napoleón, y solo nueve días después el Directorio le nombró comandante de una nueva fuerza, el Ejército de Inglaterra. Napoleón se puso al trabajo inmediatamente. Sugirió que se obtuviesen los mapas de

Inglaterra de Hoche de manos de sus herederos, hizo estudiar de nuevo los puertos entre Dunkirk y El Havre, y mandó construir numerosas barcazas para el transporte de tropas[46]. El 13 de noviembre envió a un coronel experto en artillería, Antoine Andréossy, a París, «para seleccionar cañones del mismo calibre que los ingleses, de tal forma que, una vez en su país, podamos usar sus balas»[47]. También se aseguró de que se honrase a los héroes del Ejército de Italia, enviando una lista de los cien más valientes, a los que se recompensaría con el sable honorífico dorado. Entre ellos se encontraba el teniente Joubert de la 85ª Sección, que había capturado a 1.500 austriacos con 30 hombres en Rivoli; el mayor Sicaud de la 39ª, que siendo manco había tomado 40 prisioneros en Calliano; el coronel Dupas de la 27ª Ligera por ser «uno de los primeros en el puente de Lodi»; y el granadero Cabrol de la 32ª Línea, que había escalado los muros de Lodi bajo fuego enemigo, y había abierto las puertas de la ciudad[48]. Envió también una bandera a París en la que se listaban los que él reclamaba que eran el número de prisioneros hechos (150.000), banderas capturadas (170), cañones (600) y navíos de línea (9), tratados de paz firmados, ciudades «liberadas» y artistas cuyas obras maestras había enviado a París, como Miguel Ángel, Ticiano, el Veronés, Rafael y Leonardo da Vinci[49].



Después de dejar a su cuñado Charles Leclerc al mando del Ejército de Italia, Napoleón se dirigió en noviembre al Congreso de Rastatt, atravesando de camino Turín, Chambéry, Génova, Berna y Basilea, donde fue aclamado por la multitud. Una noche en Berna, según Bourrienne, pasaron entre dos líneas de carromatos, «bien presentados, llenos de mujeres hermosas, que clamaron a coro: "¡Viva Bonaparte!, ¡Viva el pacificador!"»[50]. Entró en Rastatt en un

carruaje tirado por ocho caballos y escoltado por 30 húsares, protocolo reservado normalmente a los monarcas reinantes. Napoleón comprendió el poder que tenía el espectáculo sobre la imaginación popular, y quiso para la nueva República Francesa el mismo impacto visual del que gozaron las antiguas monarquías europeas.

El Tratado de Campo Formio fue ratificado oficialmente en Rastatt el 30 de noviembre. Obligaba a Austria a ceder sus principales plazas fuertes renanas –Mainz, Philippsburg y Kehl–, a evacuar Ulm e Ingolstadt, y a retirar sus tropas hasta el río Lech. Había en aquella época 16 millones de alemanes que no vivían ni en Austria ni en Prusia, y Napoleón deseaba que Francia intentase ganarse su apoyo a toda costa, ya que los días de gloria del Sacro Imperio Romano que los había mantenido unidos habían pasado mucho tiempo atrás (En una de sus frases más groseras, describió al Sacro Imperio Romano como «una vieja furcia que ha sido forzada por todo el mundo durante mucho tiempo»[51]). Napoleón buscaba compensar a los príncipes alemanes que iban a entregar tierras a Francia con el tratado, presentándose como el protector de los estados medianos alemanes contra los designios de Austria y Prusia. Como expresó de modo preclaro en una carta al Directorio el 27 de mayo: «Si el concepto de Alemania no existiese, tendríamos que inventarlo por nuestro propio bien»[52].

La negociación, que inició Napoleón pero que continuó hasta abril de 1799, le dio la oportunidad perfecta para ejecutar un acto de calculada rudeza diplomática, cuando el rey de Suecia –que poseía territorios en Alemania– tuvo el descaro de enviar como delegado al antiguo amante de María Antonieta, el barón Axel von Fersen: «Vino a verme con toda la complacencia de un cortesano del Oeil-de-Boeuf», bromeó con Talleyrand, refiriéndose a una habitación del apartamento privado de Luis XIV en Versalles[53]. Dijo a von Fersen que era «esencialmente desagradable para todos los ciudadanos de Francia», y que era conocido «solo por su afección a un gobierno justamente proscrito de Francia, y por sus inútiles exhortaciones para su restablecimiento»[54]. Napoleón narró cómo Fersen «respondió que su Majestad tomaría en consideración lo dicho, y se marchó. Naturalmente, le acompañé a la puerta con el ceremonial de costumbre»[55]. Fersen fue retirado.

Napoleón dejó Rastatt para ir a París el 2 de diciembre de 1797, deteniéndose solo para ser el invitado de honor en una cena dada por la logia masónica de la

ciudad de Nancy (Los francmasones solían apoyar su programa modernizador, especialmente en Italia). Vestido con ropaje civil, en un carruaje discreto y acompañado solo por Berthier y por el general Jean-Étienne Championnet, llegó a París el día 5 a las 17.

«El plan del general era pasar desapercibido –recordaba un contemporáneo–, al menos por el momento, y fue jugando despacio sus bazas»[56]. Al ser demasiado joven para ser Director, Napoleón optó deliberadamente por un perfil bajo, para no rivalizar con el Directorio, a pesar de la conmoción que causó su presencia en París tan pronto como fue descubierta. La hermana de Josefina, Hortense, rememoraba «mantener a raya a una multitud formada por toda clase de gente, impaciente y ansiosa por echar un vistazo al conquistador de Italia»[57]. La rue Chantereine en la que Napoleón y Josefina habían alquilado una vivienda, en el número 6 (el nombre significa «cantarranas», porque en sus cercanías hubo un terreno pantanoso), cambió en su honor a rue de la Victoria[*****]. Napoleón compró la casa poco después por 52.400 francos[******]. El grado de extravagancia casi psicótica de Josefina se puede deducir del hecho de que gastase 300.000 francos en decorarla con frescos de Pompeya, espejos, cupidos, rosas, cisnes y demás, cuando aún era de alquiler[58].

Años después Napoleón recordaba lo plagada de riesgos que estuvo esa época parisina, entre los cuales no era menor el de los soldados que gritaban: «¡Que sea rey! ¡Tenemos que hacerle rey!» en las calles. Temía que eso pudiese provocar que le envenenasen, como muchos pensaban –erróneamente– que había ocurrido con Hoche[59]. Por este motivo, como narró un partidario suyo, «evitaba participar en política, aparecía poco en público, y admitió en su círculo íntimo solo a unos pocos generales, científicos y diplomáticos»[60]. Pensaba que sus victorias no serían recordadas mucho tiempo, afirmando: «Los parisinos no conservan las impresiones»[61].

A las 11 del 6 de diciembre Napoleón se encontró con Talleyrand en el ministerio de Asuntos Exteriores, situado en el Hotel Galifet, en la rue du Bac. Se estudiaron mutuamente en una larga conversación, y a ambos les gustó lo que vieron. Aquella tarde Napoleón cenó en privado con el Directorio; fue recibido con calidez –y con hipocresía– por Barras y La Révelliére, de forma amistosa por Reubell y fríamente por el resto[62]. El gobierno en pleno asistió a la

ceremonia de bienvenida que acogió el palacio de Luxemburgo a medianoche del sábado, 10 de diciembre, con el techo cubierto de banderas y un anfiteatro construido para la ocasión con estatuas que personificaban la Libertad, la Igualdad y la Paz. Napoleón mantuvo una actitud reservada. Un británico que residía en París entonces observó: «Mientras atravesaba las calles abarrotadas, se recostó en su carruaje… vi cómo declinaba sentarse en el sillón de Estado que le habían preparado, y aparentaba querer escapar de los estallidos generales de aplausos»[63]. Otro contemporáneo escribió: «Los vítores de la multitud contrastaban con las frías loas del Directorio».

Situarse en el centro de los focos mientras se aparenta huir de ellos con modestia es uno de los movimientos políticos más hábiles, y Napoleón lo había dominado a la perfección. «Las personas más elegantes y distinguidas de París en aquel momento estaban allí», recordaba otro asistente, con el Directorio y personalidades de ambas cámaras acompañados de sus esposas. Cuando entró Napoleón, según otro testigo, «se levantaron todos y se descubrieron [se quitaron los sombreros]; las ventanas rebosaban de mujeres jóvenes y hermosas. Pero, a pesar de este esplendor, una frialdad helada presidió la ceremonia. Todos parecían haber asistido con el único propósito de echar un vistazo, y la curiosidad, más que la alegría, parecía mover a la asamblea»[64].

Talleyrand presentó a Napoleón con un discurso adulador, al que Napoleón respondió ponderando el tratado de Campo Formio y alabando el celo de sus soldados en la lucha, «por la gloriosa Constitución del Año III». A continuación proclamó su convencimiento de que, «cuando la felicidad de Francia esté garantizada por las leyes más prácticas, entonces Europa será libre»[65]. Barras, que vestía una toga en las celebraciones oficiales, al igual que el resto de Directores, pronunció entonces un discurso zalamero: «La naturaleza ha agotado su capacidad en la creación de Bonaparte», dijo, comparándolo con Sócrates, Pompeyo y César. Dijo también de Inglaterra, que ya había barrido para entonces a la armada francesa de todos los océanos: «Ve y captura a ese corsario tremendo que infesta los mares. Ve y encadena al tremendo saqueador que oprime a los océanos. Ve y castiga a Londres por sus ultrajes, largo tiempo impunes»[66]. Tras su discurso, Barras y el resto de Directores abrazaron a Napoleón. Bourrienne concluyó, con un cinismo disculpable: «Cada cual puso lo mejor de sí en la interpretación de esta comedia sentimental»[67].

Napoleón fue mucho más feliz el día de Navidad, cuando fue elegido miembro del Instituto de Francia –entonces y ahora la sociedad intelectual más relevante de Francia–, en sustitución del exiliado Carnot. Con la ayuda de Laplace, Berthollet y Monge, logró el apoyo de 305 de los 312 miembros, mientras los dos siguientes candidatos reunían solo 166 y 123 votos, respectivamente. En adelante vestiría con frecuencia el uniforme azul oscuro del Instituto, con sus bordados verde oliva y dorados, asistiría a las conferencias científicas, y firmaría como «Miembro del Instituto, general en jefe del Ejército de Inglaterra», en ese orden. En el escrito de agradecimiento al presidente del Instituto, Armand-Gaston Camus, expuso al día siguiente: «Las verdaderas conquistas, las únicas que no provocan arrepentimiento, son las que se logran a costa de la ignorancia»[68]. No trataba de impresionar solo al pueblo francés al mostrar estas credenciales intelectuales: «Sé bien que ni el último tamborilero del ejército me respetará menos por pensar que soy algo más que un mero soldado», afirmó[69]. Los que le propusieron, y los que le apoyaron, sin duda lo hicieron pensando que era beneficioso contar entre sus miembros con el general más destacado de la época, pero Napoleón era un intelectual en sentido pleno, y no solo un intelectual entre los generales. Había leído y anotado la mayoría de los libros más profundos del canon occidental; era un entendido, crítico, e incluso teórico amateur en tragedia dramática y música, abogaba por la ciencia y se relacionaba con astrónomos; disfrutaba de las prolongadas discusiones teológicas con obispos y cardenales y no se desplazaba a ningún lugar sin la compañía de su extensa y bien provista biblioteca de viaje. Impresionaría a Goethe con sus opiniones acerca del suicidio de Werther, y a Berlioz con sus conocimientos musicales. Más tarde inauguraría el Instituto de Egipto, y lo proveería con los mayores entendidos franceses de la época. Napoleón fue admirado por muchos de los intelectuales y creadores europeos más destacados del siglo XIX, como Goethe, Byron, Beethoven –al menos inicialmente–, Carlyle y Hegel; y estableció los cimientos más sólidos de su historia para la Universidad de Francia[70]. Se ganó el uniforme bordado.

También mostró un gran tacto cuando, tras la oferta del Directorio de ocupar un papel destacado en las celebraciones por el aniversario de la ejecución de Luis XVI el 21 de enero, ya impopulares, asistió con el atuendo del Insituto, en lugar de hacerlo con el militar, y se situó en la tercera fila, en lugar de hacerlo

cerca de los Directores.

Su falta de soltura con las mujeres se puso de manifiesto en una recepción organizada en su honor por Talleyrand el 3 de enero de 1798, en la que la conocida intelectual madame Germaine de Staël, como rememoró más tarde Hortense, la hija de Josefina, «le persiguió constantemente, aburriéndolo hasta el punto de que no fue capaz, y puede que no lo hiciese, de seguir esforzándose por ocultar su enfado»[71]. Era hija del banquero y ministro de finanzas de Luis XVI, de colosal fortuna, Jacques Necker, y una de las principales anfitrionas de París por derecho propio; madame de Stäel había mitificado a Napoleón, llegando a negarse a abandonar una cena antes que Lavalette, tras la purga de Fructidor, solo porque era su asistente. Durante la fiesta de Talleyrand preguntó al general: «¿Qué clase de mujer considera que es la mejor?», esperando claramente recibir algún cumplido por su afamada inteligencia y su habilidad como escritora, mientras que Napoleón replicó: «La que tiene más hijos»[72]. Como respuesta desalentadora para casi una acosadora funcionó, y, teniendo en cuenta que la baja tasa de natalidad de Francia se convertiría en un problema un siglo después, se podría considerar clarividente, pero revelaba mucho de su actitud fundamental hacia las mujeres.

Volviendo la vista hacia la invasión de Gran Bretaña, Napoleón había acordado encontrarse con Wolfe Tone, líder de los rebeldes United Irishmen en diciembre, para recabar su ayuda. Cuando Tone le explicó que no era un militar, y que no podría serle útil, Napoleón le interrumpió: «Pero eres valeroso». Tone admitió serlo, con modestia. «*Eh bien*», añadió Napoleón, según explicó más tarde Tone, «eso bastará»[73]. Napoleón visitó Boulogne, Dunkirk, Calais, Ostende, Bruselas y Douai durante dos semanas en febrero, para calibrar las posibilidades de éxito de la invasión, entrevistando a marinos, pilotos, contrabandistas y pescadores, en ocasiones hasta bien entrada la noche. «Es demasiado arriesgado –concluyó–. No lo intentaré»[74]. El informe al Directorio del 23 de febrero de 1798 fue inequívoco:

> Por mucho que nos esforcemos, en varios años no lograremos la supremacía naval. Invadir Inglaterra sin esa supremacía es la tarea más atrevida y difícil jamás emprendida… Si, habida cuenta la presente

> disposición de nuestra marina, parece imposible adquirir la necesaria agilidad de ejecución, entonces tendremos que abandonar de verdad la expedición contra Inglaterra –y contentarnos con mantener las pretensiones de llevarla a cabo–, concentrando toda nuestra atención y nuestros recursos en el Rhin, para intentar privar a Inglaterra de Hanover… o, si no, acometer una expedición por el este, que amenace su comercio con las Indias. Si ninguna de las tres operaciones fuese realizable, no veo posible más que la paz[75].

El Directorio no estaba dispuesto a firmar la paz bajo ninguna circunstancia, y escogió la última de las tres alternativas; el 5 de marzo le dieron carta blanca para preparar y dirigir una invasión a gran escala de Egipto, esperando provocar zozobra en la influencia inglesa allí, y en sus rutas comerciales a través del Mediterráneo oriental. Napoleón velaba por los intereses del Directorio al ir a Egipto; o bien conquistaba para Francia aquel país o –igual de provechoso– volvía tras una derrota con su reputación convenientemente empañada. Como expuso el bonapartista par lord Holland, le enviaron «en parte para librarse de él, en parte para recompensarle, en parte para gozo y deleite de aquella facción de la sociedad parisina… que tenía una influencia considerable en la opinión pública»[76]. Para Napoleón representaba la oportunidad de caminar sobre las huellas de sus dos mayores héroes, Alejandro Magno y Julio César, sin descartar la posibilidad de tomar Egipto como punto de partida hacia la India. «Europa no es más que un grano de arena», dijo Napoleón encantado a su secretario privado: «todas las grandes reputaciones vienen de Asia»[77].

Días después estalló un pequeño escándalo que amenazó con arrastrar a Napoleón a un torbellino de corrupción económica y bochorno político que podría haberle apartado de cualquier oportunidad de aumentar su reputación a orillas del Nilo. Junto con los proveedores importantes del ejército, como la Compagnie Flachat y la Dijon, que aceptaban pagos diferidos a largo plazo del Tesoro a cambio de suplir las necesidades militares más perentorias, existían firmas de menor tamaño a las que se acusaba frecuentemente de estafar a los contribuyentes con la manipulación de facturas, el material defectuoso, las provisiones podridas e incluso el robo directo de caballos a los campesinos. Una

de estas beneficiadas de la guerra fue la Compagnie Bodin, dirigida por el conocido Louis Bodin, entre cuyos inversores estaban, como averiguó Napoleón con horror a través de su hermano José, Barras, Hippolyte Charles –que había abandonado el ejército para ser contratista a jornada completa– y Josefina[78]. Aunque Charles abandonó Italia en agosto de 1796, su relación con Josefina seguía siendo estrecha.

Una cosa era que Barras, Talleyrand y otros hiciesen fortuna con préstamos, especulación con divisas y comercio con información privilegiada, porque el público daba virtualmente por hechos sus asuntos turbios, pero, si se descubría que la propia esposa de Napoleón se estaba beneficiando también de la corrupción en los suministros bélicos, uno de sus reclamos más valiosos para la muchedumbre –la integridad– desaparecería al instante. Aún es más, la guerra privada que sostuvo contra la Compagnie Flachat en Milán, durante la cual acabó por enviar al exilio a uno de sus directores, sería vista como la hipocresía más burda, en lugar de lo que fue, un deseo genuino e imperioso de obtener lo mejor para el Ejército de Italia.

Napoleón y José sometieron a Josefina a un duro interrogatorio el 17 de marzo, que acabó con ella agitada, enfadada y resentida, pero tan insincera como siempre. Exigieron conocer qué sabía exactamente acerca de Bodin, si era cierto que le había procurado contratos de suministro, si Hippolyte Charles residía en la misma dirección que él, en el número 100 del Faubourg Saint-Honoré, y si el rumor que la situaba allí casi a diario era creíble[79]. La carta aterrorizada que escribió Josefina a Charles justo después no solo indica que lo negó todo, sino que todavía le amaba, que odiaba a los hermanos Bonaparte, que seguramente veía la especulación de Bodin como una forma de librarse a la vez de su matrimonio y de sus deudas, y que ansiaba desesperadamente borrar sus huellas. «Contesté que no sabía nada de lo que me estaba diciendo», dijo a su amante. «Si quería el divorcio, solo tenía que decirlo; no hacía falta emplear esos métodos; era la mujer más desafortunada e infeliz. Sí, mi Hippolyte, tienen mi completo desprecio; solo tú tienes mi afecto y mi amor… Hippolyte, me quitaré la vida… sí, quiero acabar con una vida que de ahora en adelante solo será una carga si no te la entregase a ti»[80].

El húsar le indicó que debía hacer que Bodin rechazase cualquier implicación suya, y que explicase que no la había utilizado para obtener

contratos con el Ejército de Italia; también debía indicar al portero de Saint-Honoré que negase conocer a Bodin; a su vez, este no debía emplear las cartas de presentación que le había dado para su viaje de negocios a Italia. Firmaba con «mil besos, tan ardientes como mi corazón, e igual de amorosos»[81]. Una carta posterior a Charles finaliza así: «Solo tú me puedes hacer feliz. Dime que me quieres, que solo me quieres a mí. Así seré la mujer más feliz del mundo. Envíame a través de Blondin [un sirviente] 50.000 liras [1,25 millones de francos] de las cuentas en tu poder… *Toute à toi*»[82].

Al sopesar la nueva campaña en Egipto, Napoleón tenía todos los motivos para desear escapar de París, un lugar que para él equivalía a corrupción, deslealtad, dolores de cabeza, malicia oculta y un amplio escándalo potencial. Siempre había albergado una cierta idea de sí mismo como un noble caballero, como el Clisson de su cuento, y la conducta tanto del Directorio como de Josefina amenazaban ese ideal. Era el momento, una vez más, de doblar las apuestas.

---

[*] Napoleón no podía ignorar al Directorio por completo. Cuando el papa Pío VI sufrió un ataque de apoplejía en junio, solicitó «instrucciones exactas referidas al curso que debo tomar si el Papa muere. ¿Debo permitir que se instale un nuevo Papa?» (CG1, nº 1725, p. 1030). Pío VI se recuperó y vivió aún dos años más.

[**] En realidad el rey Carlos Emanuel conservó el trono hasta abdicarlo en favor de su hermano en 1802.

[***] Si resultaba que Austria prefería volver a la guerra, entonces el ejército tenía que estar preparado, así que Napoleón también escribía cartas como las que dirigió al administrador de sus bienes en París, el Ciudadano Haller: «Por favor, vete al sitio donde hacen los botones, y dime cuál es la situación. Todo el ejército sigue sin vestido porque no se han hecho los botones». La posdata simplemente reza: «¡Dinero, dinero, dinero!» (CG1, nº 2146, p. 1243).

[****] Referencia a Pantalone, personaje de la *comedia dell'arte* mercenario

y codicioso.

[*****] Muy ampliada en 1865 esta casa, que ocupa hoy el número 60, es ahora un banco; no merece la pena la visita, algo inusual en los lugares napoleónicos.

[******] La paga de un general rondaba en la época los 5.000 francos anuales.

7. EGIPTO

Este año la peregrinación a la Meca no se ha cumplido.
Historiador islámico anónimo, 1789

Si hubiese permanecido en el este, habría fundado un imperio, como Alejandro.
Napoleón en Santa Helena al general Gourgaud

Aunque la idea de invadir Egipto ha sido atribuida a Talleyrand, a Barras, a Monge –en este caso solo lo hizo él mismo–, al viajero y enciclopedista Constantin de Volney y a muchos otros, de hecho los estrategas militares franceses llevaban considerándola desde la década de 1760, y en 1783 el tío del emperador Francisco, José II de Austria, sugirió a su cuñado Luis XVI que Francia se anexionase Egipto como parte de un plan más amplio para la partición del Imperio Otomano[1]. Los turcos otomanos habían conquistado este país en 1517 y aún gobernaban allí oficialmente, aunque de hecho el control les había sido arrebatado mucho tiempo atrás a manos de los mamelucos, una casta militar originaria de la Georgia caucasiana. Sus 24 beys (señores de la guerra) eran muy impopulares entre los egipcios, por los altos impuestos que imponían, y se les consideraba extranjeros. Tras la Revolución, la idea de invadir Egipto había atraído tanto a los idealistas radicales franceses, por la promesa de extender la libertad a un pueblo oprimido por tiranos extranjeros, como a los estrategas más calculadores, estilo Carnot y Talleyrand, que deseaban contrarrestar la influencia británica en el Mediterráneo oriental. Napoleón se adscribía a este último grupo, y afirmó ante el Directorio en agosto de 1797: «Para destruir del todo a Inglaterra, ha llegado la hora de tomar Egipto»[2]. Talleyrand sugirió que fuera él personalmente a Constantinopla para persuadir al sultán Selim III de que no se opusiese a la expedición. Fue la primera vez que intentó engañar a Napoleón, pero no la última ni la más importante.

Entre la designación secreta para dirigir el Ejército de Egipto el 5 de marzo de 1798 y la fecha prevista para que zarpase la expedición, el 19 de mayo, Napoleón dispuso de menos de 11 semanas para equipar y organizar toda la empresa, y aun así se las arregló para asistir a ocho conferencias sobre ciencia en el Instituto. Como parte de la campaña de desinformación se refirió en público en los salones a las vacaciones que pensaba tomarse en Alemania con Josefina, Monge, Berthier y Marmont. Para reforzar el engaño fue ratificado como comandante del Ejército de Inglaterra, con sede en Brest.

Napoleón describió Egipto como «la llave geográfica del mundo»[3]. Su meta estratégica era perjudicar al comercio británico en la región, y reemplazarlo por el francés; en última instancia pretendía debilitar a la Royal Navy forzándola a proteger las entradas al Mediterráneo y al mar Rojo y las rutas comerciales a la India y a América simultáneamente[4]. La Royal Navy, que había perdido su base de Córcega en 1796, se vería en apuros en adelante si la flota gala operaba desde el puerto de Malta, casi inexpugnable. «¿Por qué no deberíamos hacernos con la isla de Malta?», escribió a Talleyrand en septiembre de 1797. «Será una amenaza para la superioridad naval inglesa». Comentó al Directorio que «esa pequeña isla vale para nosotros el precio que sea»[5]. Las tres razones que expuso ante este organismo para justificar la expedición fueron el establecimiento de una colonia francesa permanente en Egipto, la apertura de los mercados asiáticos para los productos franceses y la posibilidad de emplazar una base para 60.000 hombres con los que poder atacar después las posesiones británicas en Oriente. Su ambición –o su fantasía– final pueden inferirse de la demanda al ministerio de Guerra de mapas ingleses de Bengala y del Ganges, y de la solicitud de ser acompañado por el ciudadano Piveron, antiguo representante frente al mayor enemigo de Inglaterra en la India, Tipu Sahib, el «Tigre de Mysore». Pero el Directorio desinfló sus sueños: se le autorizó solo a invadir Egipto y, además, debía ocuparse también de obtener financiación. Esperaban que estuviese de vuelta en Francia en seis meses.

La recaudación de 8 millones de francos para sufragar la expedición se reveló como algo sencillo, a través de las «contribuciones» exigidas por Berthier en Roma, Joubert en Holanda y Brune en Suiza. Napoleón escogió con cuidado a los altos mandos. El 28 de marzo el general Louis Desaix, un noble muy prometedor en Alemania, condujo a otro noble, el general Louis-Nicolas Davout,

a la rue de la Victoria para encontrarse con Napoleón por vez primera. El burgundio de 28 años no le causó muy buena impresión, pero las promesas de Davout acerca de su capacidad como oficial le aseguraron un puesto en la expedición. A pesar de su la admiración por el éxito de Davout en Egipto, nunca sintonizaron en lo personal, en detrimento de Napoleón, puesto que fue uno de los pocos mariscales que brilló como comandante independiente. Tomó a Berthier, como era previsible, como jefe del estado mayor, a su hermano Louis como ayuda de campo tras su graduación en la Escuela de Artillería de Châlons, al igual que a su atractivo hijastro Eugéne –apodado «Cupido»–, a los generales de división Jean-Baptiste Kléber (un personaje llamativo, que sacaba una cabeza al resto de los soldados, veterano del Ejército del Rhin), Desaix Bon, Jacques-François de Menou, Jean-Louis Reyner y a otros 14 generales, entre ellos Bessières y Marmont, muchos de los cuales habían combatido con él en Italia.

La caballería sería dirigida por el general de origen haitiano Davy de la Pailleterie, conocido como Thomas-Alexandre Dumas, hijo de un noble francés y de una descendiente de afrocaribeñas, de donde procedía el apodo de «Schwarzer Teufel» (demonio negro), acuñado por los austriacos tras evitar que volviesen a cruzar el Adige en enero de 1797[*]. Más tarde seleccionó al general Elzéar de Dommartin, para dirigir la artillería, y a Louis Caffarelli du Falga, que solo tenía una pierna, para el cuerpo de ingenieros. Lannes fue nombrado intendente general, un trabajo administrativo sorprendente para uno de los comandantes de caballería más destacados de la época. El director médico fue René-Nicolas Desgenettes, autor cuatro años después de una historia de la campaña desde el punto de vista sanitario, dedicada a Napoleón. La suma de oficiales era formidable, con gran abundancia de talentos y promesas.

Napoleón incluyó también 125 libros de historia, geografía, filosofía y mitología griega, en una biblioteca construida *ad hoc*, que incluía los *Voyages* en tres volúmenes del capitán Cook, *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, *Las penas del joven Werther* de Goethe y obras de Tito Livio, Tucídides, Plutarco, Tácito y, por supuesto, de Julio César. También seleccionó biografías de Turenne, Condé, Saxe, Marlborough, Eugenio de Saboya, Carlos XII de Suecia y Bertrand du Guesclin, el destacado comandante francés de la Guerra de los Cien Años. Hubo espacio además para la poesía y el drama, en las obras de Ossian, Tasso, Ariosto, Homero, Virgilio, Racine y Molière[6]. La Biblia le guiaría por

la fe de los drusos y los armenios, el Corán sobre los musulmanes, y los Vedas sobre los hindúes, proveyéndole de citas apropiadas para sus discursos a la población local, allá donde le llevase finalmente su campaña. Incluyó también la descripción de Egipto –sobre todo fantástica– de Herodoto. Años más tarde afirmó que creía que «el hombre estaba formado por el calor del sol que actuaba sobre el barro. Herodoto nos dice que el limo del Nilo se transformó en ratas, y que se podía ver el proceso de formación»[7].

Napoleón sabía que Alejandro Magno se hacía acompañar de hombres ilustrados y de filósofos en sus campañas en Egipto, Persia y la India. Como correspondía a un miembro del Instituto, pretendía que su expedición fuese un acontecimiento científico y cultural, y no solo una guerra de conquista. Con ese fin reclutó a 167 geógrafos, botánicos, químicos, anticuarios, ingenieros, historiadores, impresores, astrónomos, zoólogos, pintores, músicos, escultores, arquitectos, orientalistas, matemáticos, economistas, periodistas, ingenieros civiles y aeronautas; los denominados *savants*, muchos de ellos miembros de la *Commission des Sciences et des Arts*, de cuyo trabajo esperaba que diese a su empeño un significado más allá de lo militar[8]. No pudo contar con un poeta profesional para que le acompañase, pero sí enroló a Vivant Denon, un novelista de 51 años, artista y erudito, que plasmó el viaje en más de 200 bocetos. Liderados por Monge y Berthollet, entre los *savants* se encontraban algunos de los más distinguidos: el matemático y físico Joseph Fourier (autor de la ley homónima acerca de la difusión del calor), el zoólogo Étienne Saint-Hilaire y el mineralista Déodat de Dolomieu, que dio nombre a la dolomita. No se les comunicó el destino de su viaje; solo fueron informados de que la República precisaba de sus talentos, y de que conservarían sus respectivos puestos a la vuelta, con el salario incrementado. «Los *savants* y los intelectuales son como las cortesanas», dijo Napoleón a José: «puedes verles y hablarles, pero no te casas con ellas ni les haces ministros»[9].

«¡Soldados del Ejército del Mediterráneo!», proclamó Napoleón en Toulon el 10 de mayo de 1798,

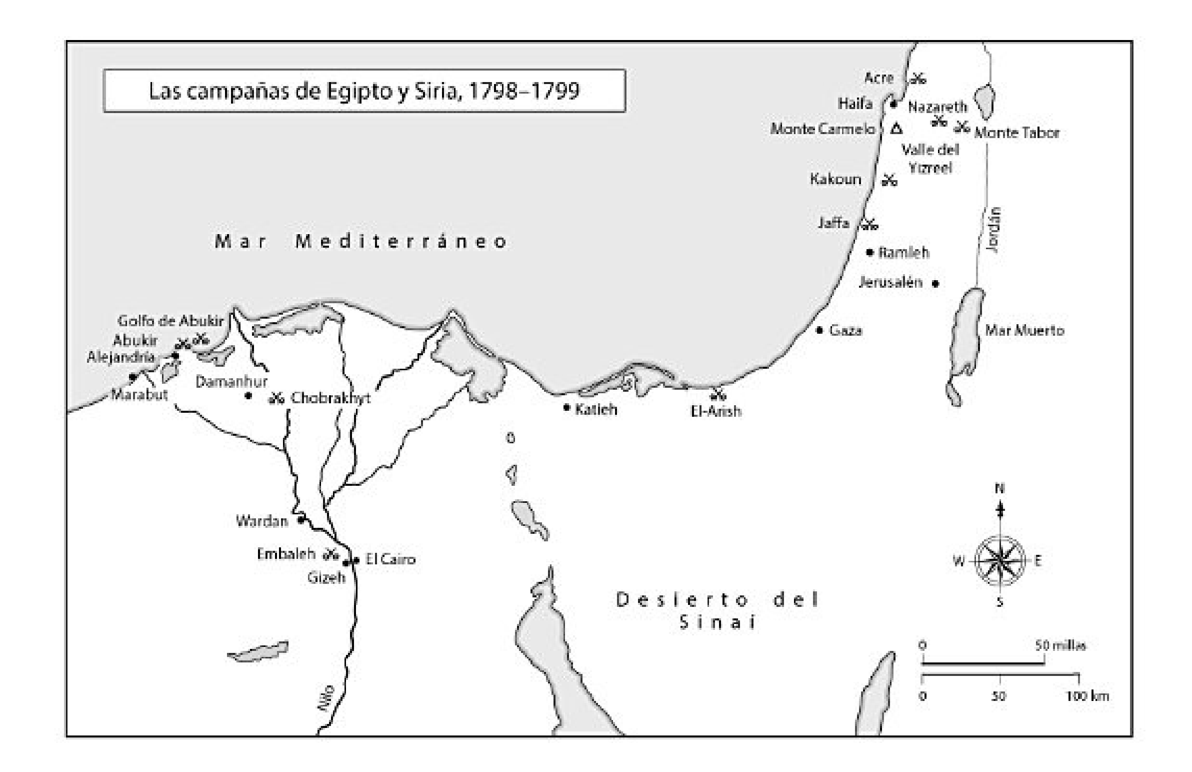
> ahora formáis un ala del Ejército de Inglaterra. Luchasteis en las montañas, en las llanuras, y contra fortalezas, pero ahora participaréis en una

> campaña naval. Las legiones romanas, con las que habéis rivalizado en ocasiones, pero a las que aún tenéis que igualar, lucharon contra Cartago en este mismo mar… y la victoria nunca les dejó de lado… Europa os observa. Tenéis un gran destino que alcanzar, batallas que luchar, peligros y dificultades que superar. En vuestras manos descansa la prosperidad futura de Francia, el bien de la humanidad, y vuestra propia gloria. El ideal de Libertad que ha hecho de la República el árbitro de Europa, hará que sea también árbitro de océanos distantes, de países muy lejanos[10].

En ese mismo discurso Napoleón les prometió 6 *arpents* (2 hectáreas) de tierra a cada uno, aunque sin especificar dónde. Denon contó después cómo los soldados, al ver las áridas dunas de Egipto desde los botes, antes de desembarcar, bromearon entre ellos: «¡Aquí están los 6 arpents que te prometieron!»[11]. Napoleón preparó la primera intervención militar de Francia en Oriente Medio desde las cruzadas con su habitual dominio de lo minucioso. Además del equipamiento militar necesario para el ejército, reunió telescopios astronómicos, globos aerostáticos, aparatos químicos, y una imprenta con tipos latinos, árabes y sirios[12]. «Sabes cuánta falta nos va a hacer el buen vino», escribió a Monge, pidiéndole que comprase 4.800 botellas, la mayoría de su favorito, el borgoña tinto, pero también que localizase a «un buen cantante italiano»[13]. En total la expedición transportó unos 380.000 litros de vino a Egipto. Ya entonces el prestigio de Napoleón bastaba para superar cualquier dificultad de abastecimiento. François Bernoyer, al que eligió para vestir a su ejército, se dispuso a contratar a sastres y guarnicioneros, y afirmó: «Cuando les dije que Bonaparte guiaba la expedición, desaparecieron todos los obstáculos»[14].

La armada de Napoleón partió de Toulon hacia Alejandría con buen tiempo el sábado, 19 de mayo de 1798, y se le unieron barcos de Marsella, Córcega, Génova y Civitavecchia. Era la mayor flota que había surcado jamás el Mediterráneo. Sumaba 280 navíos en total, incluyendo 13 de línea, con entre 74 y 118 cañones cada uno (el último, L’Orient, buque insignia del vicealmirante François Bruey, era el navío de guerra más grande a flote). Napoleón había reunido 38.000 soldados, 13.000 marinos, y 3.000 marineros comerciales. En cierto modo su ejército estaba sobrecualificado, porque incluía a 2.200 oficiales, uno por cada 17 hombres, cuando lo habitual era uno por cada 25, lo que indica

cuántos jóvenes ambiciosos querían entrar en acción bajo su mando. «Tenme una buena cama preparada», dijo Napoleón –mal marino– a Brueys antes de partir, «como si fuese para un hombre que estará indispuesto durante todo el tiempo que dure el viaje»[15].



Esta inmensa armada tuvo la fortuna de cruzar el Mediterráneo sin ser avistada por Nelson, que vigilaba con 13 navíos de línea. Su flota había sido diezmada por una tempestad cuando se dirigía a Cerdeña el día anterior a la partida de Napoleón, y el 22 de junio las dos flotas se cruzaron a solo 25 kilómetros, en medio de la niebla, cerca de Creta. Nelson calculó con precisión que Napoleón se dirigía a Egipto, pero alcanzó Alejandría el 29 de junio, dejándola el 30, un día antes de que llegasen los franceses[16]. Evitar a Nelson tres veces era algo extraordinario; la cuarta no tendría tanta suerte.

Indicó a sus eruditos que proveyesen de lecturas a sus oficiales en cubierta durante el viaje; en una ocasión Junot profirió tales ronquidos que Napoleón le hizo levantarse y pedir disculpas. Averiguó después por medio del bibliotecario que la mayoría se dedicaban a leer novelas, y que habían empezado a jugar, hasta

que «el dinero de todos acabó pronto en unos pocos bolsillos, para no salir nunca de allí». Decretó que las novelas eran «para doncellas», y ordenó al bibliotecario: «Dales solo libros de historia. Un hombre no debería leer otra cosa»[17]. En apariencia estaba pasando por alto las 40 que él mismo había embarcado, incluyendo traducciones francesas de obras en inglés.

El 10 de junio la flota alcanzó Malta, que daba paso al Mediterráneo oriental. Napoleón envió a Junot para que ordenase al Gran Maestre de los Caballeros de San Juan, Ferdinand von Hompesch zu Bolheim, que abriese el puerto de La Valletta y que se rindiese. Cuando lo hizo dos días después, Caffarelli advirtió a Napoleón la fortuna que había tenido, porque de otro modo «el ejército nunca habría podido entrar»[18]. Malta había resistido ya antes a asedios, especialmente en 1565, cuando los turcos arrojaron 130.000 bombas en cuatro meses, y lo harían de nuevo, durante 30 meses en la II Guerra Mundial, pero en 1798 los Caballeros se enfrentaban a un cisma: los francófilos se negaron a combatir y los súbditos malteses se rebelaron.

En sus seis días en Malta Napoleón expulsó a todos los Caballeros, menos a 14, y reemplazó la administración medieval de la isla por un gobierno comunal; disolvió las órdenes monásticas, pavimentó e iluminó las calles, liberó a los presos políticos, construyó fuentes y reformó los hospitales, el servicio postal y la universidad, que a partir de entonces impartiría estudios de ciencias, además de los de humanidades[19]. Ordenó a Monge y a Berthollet que se hiciesen cargo del tesoro, la casa de la moneda, las iglesias y las obras de arte, aunque pasaron por alto las puertas de plata de la iglesia de San Juan, que habían sido astutamente pintadas de negro. El 18 de junio envió 14 despachos acerca del futuro militar, naval, administrativo, judicial, impositivo, financiero y político de la isla, aboliendo la esclavitud, los uniformes, el feudalismo, los títulos nobiliarios y las tropas de la Orden de Caballería. Permitió a los judíos erigir una sinagoga, prohibida hasta entonces, e incluso especificó el salario que debía percibir cada profesor en la universidad, ordenando que el bibliotecario impartiese también lecciones de geografía, recibiendo 1.000 francos anuales. «Ahora poseemos –alardeó ante el Directorio– la plaza más fuerte de Europa, y costará un gran esfuerzo desalojarnos»[20]. Partió de la isla dejando al mando a Michel Regnaud de Saint-Jean d’Angély, un aliado político que, además de editar el *Journal de Paris* durante la Revolución, había ejercido de director

marítimo del puerto francés de Rochefort.

Mientras navegaban desde Malta rumbo a Egipto, dictó las Órdenes Generales que debían regir el comportamiento de las tropas una vez en tierra. Las arcas públicas y los domicilios y oficinas de los recaudadores serían clausuradas, se arrestaría a los mamelucos, y sus caballos y camellos serían requisados, se desarmaría a las ciudades y aldeas. «Todo soldado que entre en casa de alguno de sus habitantes para robar caballos o camellos será castigado»[21], instruyó. Guardó especial cuidado en no dar motivo para una yihad. «No les contradigáis», ordenó a sus hombres, refiriéndose a los musulmanes. «Tratad con ellos como hemos tratado con los judíos y con los italianos. Respetad a muftíes e imanes, como respetamos a rabinos y obispos… Las legiones romanas protegían cualquier religión… Aquí tratan a sus mujeres de forma diferente a como lo hacemos nosotros, pero en todos los países el hombre que comete una violación es un monstruo»[22]. Añadió que la primera ciudad a la que entrarían había sido fundada por Alejando Magno, lo que tenía mucho más significado para él que para ellos.

El 1 de julio, sábado, la flota alcanzó Alejandría, y Napoleón tomó tierra en la playa en Marabut, a unos 10 kilómetros de la ciudad, a las 11 de la noche. Capturó Alejandría al asalto al día siguiente, después de que los hombres de Menou superasen las murallas con facilidad: «Arrancamos asaltando un lugar [Alejandría] sin ninguna defensa». El general Pierre Boyer, adjunto del ejército, escribió a su amigo el general Kilmaine, de vuelta en Francia: «… guardada solo por unos 500 jenízaros [la élite militar mameluca], de los que apenas uno sabía sostener un mosquete… No obstante, perdimos 150 hombres, que podíamos haber conservado si hubiésemos conminado a la ciudad [a rendirse], pero se creyó necesario comenzar imponiendo el terror sobre el enemigo»[23]. Napoleón incineró a los caídos frente a la columna de Pompeyo, y grabó sus nombres en los laterales[**].

Permaneció entonces una semana en Alejandría, supervisando el desembarco del ejército, desarmando a la población local –a excepción de los imanes, muftíes y jeques–, contactando con los comerciantes franceses del país, capturando la cercana Rosetta, erigiendo un lazareto –un sanatorio para enfermedades infecciosas–, y dirigiendo una carta contra los mamelucos al pachá turco en El Cairo –«Sabe que Francia es el único aliado que tiene el Sultán

en Europa»–, e imprimiendo proclamas. Una de ellas, fechada «en el mes de *muharram*, año de la Hégira 1213», afirmaba de los mamelucos:

> Ha llegado la hora de su escarmiento. ¡Durante demasiado tiempo esta turbamulta de eslavos, venidos del Cáucaso y de Georgia, ha tiranizado a la mejor parte del mundo, pero Dios, del que todo depende, ha decretado que su imperio deje de existir!… ¡Pueblo de Egipto! He venido a restaurar vuestros derechos, a castigar a los usurpadores. ¡Rindo tributo… a Dios, a su profeta Mahoma y al Corán!… ¿No acabamos nosotros con el Papa, que alzó a los hombres en armas contra los musulmanes? ¿No acabamos con los Caballeros de Malta, porque esos necios pensaban que la voluntad de Dios era luchar contra los musulmanes?[24].

Napoleón no desdeñaba invocar a la deidad –incluso aparentar situarse del lado de los musulmanes contra el Papa– si servía a su propósito y si así se ganaba al pueblo. A continuación, tal vez refiriéndose a la alianza franco-otomana de 1536 entre Francisco I y el sultán Solimán el Magnífico, se preguntaba retóricamente: «¿No hemos sido amigos durante siglos del *Grand Signor* (¡que Dios cumpla sus deseos!), y enemigos de sus enemigos?». Sus lecturas daban fruto, y se hacía eco en esta proclamación del ritmo y el estilo coránicos.

Napoleón, habiendo dejado la flota amarrada en la bahía de Abukir con órdenes de acercarse más a tierra para protegerse de cualquier ataque, partió para El Cairo a las 5 de la tarde del 7 de julio, marchando hasta que brilló la luna. Un ejército occidental moderno cruzaba por vez primera el desierto. El primer alto en los 200 kilómetros de recorrido hasta El Cairo fue en la ciudad de Damanjur, a las 8 de la mañana siguiente. En adelante marcharon de día, lo que hizo renegar a las tropas por el calor, la sed abrasadora, las moscas, mosquitos, serpientes y escorpiones, las tormentas de arena y los mamelucos y beduinos hostiles que cabalgaban por los flancos, prestos a matar a los rezagados. Muchos de los pozos y las cisternas del camino habían sido envenenadas o rellenadas con piedras. Berthier rememoraba cómo el agua se vendía a precio de oro durante la marcha. El tracoma –conjuntivitis granular u oftalmia «egipcia»– fue un problema general, causado por la luz ardiente del sol que irritaba el interior de

los párpados, y que causó ceguera al menos a 200 hombres[25]. El joven teniente de artillería Jean-Pierre Doguereau no olvidaría lo difícil que fue mover los cañones en la arena blanda, que los engullía hasta el eje. «Bueno, general, ¿nos va a llevar así hasta la India?», espetó un soldado a Napoleón, que le replicó, «No, no podré hacerlo con soldados como tú»[26].

El desierto laminó la moral. «Sería difícil describir el desencanto, la desazón, la melancolía y la desesperanza de aquel ejército a su llegada a Egipto», escribió el historiador contemporáneo Antoine-Vincent Arnault. Napoleón presenció incluso cómo dos dragones abandonaban las filas y se arrojaban al Nilo, ahogándose[27]. El capitán Henri Bertrand, un ingeniero de talento que llegaría a ser coronel en esta campaña, vio a generales tan destacados como Murat y Lannes «arrojar sus gorros con encaje a la arena y pisotearlos»[28]. La principal queja de los soldados fue que en los 17 días de marcha desde Alejandría hasta El Cairo no dispusieron de pan, «ni de una gota de vino» y, como contó Boyer a Kilmaine, «nos vimos forzados a vivir a base de melones, calabacines, gallinas, carne de búfalo y agua del Nilo»[29].

El 13 de julio a las 8 de la mañana los mamelucos atacaron el campamento de Napoleón en Chobrakit (también llamado Chebreis), a orillas del río. Murad Bey, un alto y curtido circasiano que había codirigido Egipto durante años con Ibrahím Bey, atacó con unos 4.000 hombres. Napoleón formó batallones cuadrados, con la caballería y el equipamiento en el centro, mientras los mamelucos cabalgaban a su alrededor. Su aspecto era magnífico, con vestidos coloridos, armaduras medievales y a lomos de hermosos caballos, pero Boyer no se mostró impresionado por como «se demoraban girando y girando en torno a las tropas, como hace el ganado; a veces galopaban, otras iban al paso en grupos de 10, 50 o 100, etc. Tras un tiempo así acometieron varios intentos, con un estilo igual de ridículo y curioso, de caer sobre nosotros»[30]. Ese mismo término fue empleado por Sulkowksi, ayudante de Napoleón: «frente a un ejército disciplinado resultaba ridículo»[31]. Los mamelucos, armados con jabalinas, hachas –en ocasiones arrojadizas–, cimitarras, arcos y flechas y armas de fuego anticuadas, no eran enemigo para las descargas ensayadas de los mosquetes. Tras perder unos 300 hombres Murad escapó. Fue un encuentro útil para Napoleón, que pudo ensayar algunas de las tácticas que luego pondría en práctica. Habló al Directorio de «un nuevo tipo de guerra, que requiere mucha

paciencia para el habitual ímpetu francés», que descansaba en la estabilidad defensiva[32]. El encuentro no menoscabó la *hybris* mameluca. «Que vengan los francos», dijo un bey, puede que el mismo Murad, «y los aplastaremos bajo los cascos de nuestros caballos»[33] (O, en otra versión, «Cabalgaré entre ellos y separaré sus cabezas de sus cuerpos como sandías»[34]).

El 19 de julio, mientras se encontraban en Wardan, camino de El Cairo, Junot confirmó lo que Napoleón ya podría estar sospechando; que Josefina estaba teniendo un romance con Hippolyte Charles. (Aunque José Bonaparte lo conocía desde hacía mucho tiempo, no parecía habérselo comunicado a su hermano en el momento de la tensa entrevista con ella). Junot mostró a Napoleón una prueba evidente, en forma de carta –se desconoce el remitente, y desde su llegada no habían recibido correo–, y añadió que el engaño era la comidilla de París[35]. Es enigmático saber por qué Junot escogió ese momento y ese lugar para advertir a Napoleón. Charles le había gastado una broma, encolándole la espada a la vaina, pero había sido meses atrás.

«Tengo unos enormes, enormes problemas domésticos ahora que se ha descorrido el telón por completo», escribió Napoleón a José seis días después. «En este mundo solo me quedas tú. Tu amistad me es muy querida; si la perdiese y me traicionases acabaría convertido en un misántropo… es una triste condición para mí albergar todos esos sentimientos hacia la misma persona en un solo corazón. ¡Tú me entiendes!»[36]. Esta carta, que recuerda en parte a la última de Clisson a Eugénie, fue interceptada por la Royal Navy camino de Francia. Se publicó en parte, pero no tanto como para manifestar a qué se refería Napoleón[37].

Bourrienne sostiene que Napoleón intentó divorciarse de Josefina al regresar a Francia. Escribió de nuevo a José: «Por favor, búscame un alojamiento en el campo para cuando llegue, cerca de París o en Borgoña, tengo intención de confinarme allí durante el invierno. ¡Estoy tan cansado de la naturaleza humana! Necesito soledad y aislamiento, la *grandeur* me ha herido; mis sentimientos se han agostado»[38]. No se conserva ninguna carta suya a Josefina durante la campaña de Egipto, lo que según algunos historiadores significa que se perdieron o fueron destruidas, pero una explicación más probable es que no escribiese ninguna. La siguiente que se conserva está fechada el 11 de mayo de

1800, y para entonces ya se dirigía a ella, más formalmente, como «*ma bonne amie*»[39].

El gobierno británico, para la comprensible vergüenza de Napoleón, publicó libros anuales con la correspondencia interceptada, en 1789, 1799 y 1800. Para subrayar lo que los editores denominaban, con regocijo, las «miserias y decepciones» de su ejército, reprodujeron cartas, entre otros, del mismo Napoleón, Louis Bonaparte, Tallien, Bourrienne, Desgenettes, Menou, Boyer, Dumas, Brueys y LaSalle. (Puede que este último fuese el húsar más galante de todo el ejército, que escribió a su madre quejándose de que se le caía el pelo, debido a su «necesidad total de polvos y pomadas»[40]). Al dirigirse a sus amigos, familiares y queridas, lo hacían honestamente y, a excepción de Napoleón, deseaban de forma unánime volver a su hogar tan pronto como fuese posible, regresando de un país que muchos describían como «pestilente». La colección incluía cartas en las que Napoleón se quejaba a José de la prodigalidad de Josefina –aunque no se trataba, precisamente, de un secreto de estado–, y de Eugéne a Josefina «¡deseando que su querida *mamma* no fuese tan malvada como decían!». Jean-Baptiste Perrée, contralmirante y responsable de la flotilla del Nilo, escribió a un amigo: «Los beys nos han dejado algunas bellas mozas armenias y georgianas, que hemos confiscado por el bien de la nación»[41].

El 21 de julio Murad Bey apareció de nuevo, en esta ocasión con 6.000 mamelucos y 54.000 árabes armados, muchos de ellos a caballo, en la ciudad de Embaleh en la ribera izquierda del Nilo[42]. La Gran Pirámide de Keops en Giza, el edificio más alto del mundo hasta el siglo XX, era visible con claridad a una distancia de unos 12 kilómetros, y Napoleón hizo referencia a ella en su Orden del Día previo a la batalla: «¡Soldados! Vinisteis a este país para salvar a sus habitantes de la barbarie, para traer la civilización a Oriente y sustraer esta bella parte del mundo a la dominación de Inglaterra. Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan»[43][***]. Napoleón observó en múltiples ocasiones más adelante que, «de todos los objetos que me han impresionado en mi vida, las pirámides de Egipto y el tamaño del gigante Frion [el hombre más alto de Francia] son las que me han causado mayor asombro»[44]. La referencia a Inglaterra, que no tenía intención alguna de interferir en los asuntos de Egipto ni recibía ningún beneficio de allí, era

totalmente hiperbólica, pero calaría entre las tropas.

Napoleón formó a sus 20.000 hombres en cinco cuadrados del tamaño de una división, con artillería en cada esquina y el equipamiento, la caballería y los *savants* en el centro. Los hombres habían apagado su sed en los campos de melones, y estaban listos. Sabían que si apuntaban a la cabeza de los caballos de los mamelucos con las bayonetas, en palabras de un oficial, «los caballos recularían, desmontando al jinete»[45]. Los mamelucos atacaron primero a las divisiones de Desaix y Reynier, que, según Boyer, «les recibieron con firmeza, y a una distancia de unos diez pasos abrieron fuego a discreción sobre ellos… Se abalanzaron después sobre la de Bon, que les recibió del mismo modo. En breve, tras unos cuantos esfuerzos inútiles, abandonaron»[46]. La batalla de las Pirámides terminó en dos horas. Jean-Pierre Doguereau, asistente de Dommartin, redactó un diario de la campaña, en el que recordaba cómo muchos de los mamelucos «se arrojaron al Nilo, y se siguió disparando durante largo tiempo contra las miles de cabezas que asomaban sobre el agua; todos sus cañones fueron capturados. Las pérdidas del enemigo fueron cuantiosas»[47].

Gran parte de las 300 bajas francesas se debieron al fuego amigo entre los cuadrados, más que a los mamelucos, que perdieron 20 piezas de artillería, 400 camellos y todo su equipamiento. Como los mamelucos, tradicionalmente, entraban en combate con todos sus ahorros, un solo cadáver podía suponer una fortuna para un soldado. Tras la batalla los vencedores franceses encontraron monedas de oro a puñados. «Nuestros valientes han sido compensados por todos los problemas sufridos»; así lo expresó Berthier en su informe al ministro, impreso en *Le Moniteur*. Napoleón se ganó el apodo entre los egipcios de «Sultán Kebir» (Señor del Fuego), y Murad escapó al Alto Egipto, hasta donde le fue persiguiendo Desaix. Tras una de sus victorias allí, los cadáveres de los mamelucos ahogados fueron rescatados del Nilo para ser desvalijados.

Al día siguiente de la batalla Napoleón entró en El Cairo, una ciudad de 600.000 habitantes, del tamaño de París, y seguramente la más grande de África. Estableció su cuartel general en la casa de Elfey Bey en la plaza Ezbekyeh, y de inmediato dispuso órdenes para la reforma del país. Cada uno de los dieciséis distritos albergaría su propio *diwan* (consejo), formado por dignatarios locales, que enviarían un representante al Gran Diwan, presidido por el francófilo Sheikh al-Sharqawi. Napoleón concedió a los *diwan* ciertos poderes judiciales y

administrativos, con la esperanza de que finalmente «acostumbrasen a los mandatarios egipcios a la idea de la asamblea y el gobierno». Sus reuniones con el Gran Diwan debieron de ser entretenidas; un historiador musulmán explica que Napoleón era «simpático y sociable con la gente que se reunía, y solía bromear con ellos»[48]. Estableció por decreto el sistema postal, la iluminación y limpieza de las calles, el transporte regular entre El Cairo y Alejandría, una casa de la moneda y un sistema impositivo racional, con una carga para los *fallaheen* –campesinos– menor que las reclamaciones extorsionadoras de los mamelucos. Abolió también el feudalismo, sustituyéndolo por el gobierno de los *diwan*, constituyó una compañía comercial francesa, erigió modernos hospitales para enfermedades infecciosas y ordenó editar los primeros libros impresos en Egipto, en tres lenguas. Ninguna de estas reformas fue consultada con el Directorio, al que no podía hacer llegar sus mensajes; dependieron totalmente de la iniciativa de Napoleón.

Cuando invadió Egipto, Alejandro Magno visitó el Templo de Amón en Siwa, en el 332 a. C., para consultar al gran oráculo. Napoleón lo consideraba «un gran impacto político», y afirmó que «le permitió conquistar Egipto»[49]. Asumió que sería inteligente acercarse al islam tanto como le fuese posible, aunque nunca fue tan lejos como el general al que denominó «el tonto de Menou», que se casó con una egipcia, se convirtió al Islam y añadió a su nombre el de Abdallah. (Marmont le preguntó «si pretendía, siguiendo las costumbres del país», practicar también la poligamia; Menou le indicó que no[50]). Interrogado acerca de si alguna vez había abrazado de verdad el Islam, Napoleón replicó riendo: «La religión de un soldado es luchar; en eso no he cambiado nunca. El resto es cosa de mujeres y de curas. En mi caso, adopto siempre la religión del país en el que me encuentro»[51].

Napoleón respetaba al Islam, y consideraba al Corán «no solo religioso; es también civil y político. La Biblia solo predica una moral»[52]. Le impresionaba asimismo la forma en la que los musulmanes «habían alejado a más almas de los falsos dioses, derribado más ídolos y destruido más templos paganos en quince años que los seguidores de Moisés y de Jesucristo en quince siglos»[53][****]. No opuso objeciones a la poligamia, y afirmó que los egipcios eran codiciosos en el amor y que, cuando estaba permitido, «preferían tener mujeres de varios

colores»[54][*****]. La adulación a los ulemas –clérigos–, el debate sobre el Corán, y la indeterminación acerca de la posibilidad de convertirse al Islam –así como su pretensión de impresionar a los *sheikh* con la ciencia gala– pretendían formar un cuerpo de colaboracionistas egipcios, con resultados dispares. Como se vio más tarde, la adopción de las ceremonias, la cortesía y los usos islámicos no evitó que Selim III declarase la yihad contra los franceses en Egipto, bendiciendo en adelante todo ataque contra ellos.

Napoleón solía bromear con frecuencia sobre lo cerca que había estado de convertirse al Islam. Estando en Elba «describió con humor» a un diputado inglés las discusiones teológicas con los imanes, y cómo logró «tras muchas reuniones y discusiones serias en El Cairo, ser dispensado de la circuncisión y poder beber vino, bajo la condición de hacer una buena obra por cada trago»[55]. Afirmó que tras ser eximido de la circuncisión en adultos –o de ser «recortado», como lo denominaba él–, aceptó sufragar la construcción de una mezquita, un precio escaso a la vista de las circunstancias[56]. Esta narración alimentó los rumores, pero los historiadores han analizado profusamente las anécdotas de esta clase, concluyendo que eran exageraciones, y que Napoleón fue un mentiroso compulsivo, pero ¿quién no ha adornado los detalles de una buena historia para aumentar el efecto?

Desde luego, sí que se estaba utilizando la mentira con abundancia en las publicaciones propagandísticas que Napoleón editó en Egipto, a imagen de las empleadas en la campaña italiana. *Le Publiciste* afirmó que los coptos cantaban himnos en honor del «nuevo Alejandro»[57]. El *Courrier de l'Egypte*, para lectura de las tropas, proclamó que «estaba próximo a ser declarado sucesor de Mahoma»[58]. Un Orden del Día recogió una transcripción literal de la conversación entre Napoleón y tres imanes, uno de ellos llamado Mohamed, desarrollada después de que este ascendiese a la Gran Pirámide y contemplase la esfinge, cuya nariz no recibió el impacto de la artillería francesa, en contra de lo que afirma el mito. Hasta el extracto más breve manifiesta que la conversación sobrepasó los límites de la sátira:

> Bonaparte: ¡Honor a Alá! ¿Qué califa abrió esta pirámide y perturbó las cenizas de los muertos?
>
> Mohamed: Se cree que fue el Comandante de los Fieles, Mahoma…

Otros afirman que fue el famoso [gobernante de Bagdad del siglo IX] Haroun al-Raschid buscando un tesoro, aunque solo encontró momias.

Bonaparte: El pan que roba el desdichado le llena la boca de piedras.

Mohamed (inclinándose): Qué observación tan sabia.

Bonaparte: ¡Gloria a Alá! No hay más Dios que Alá, Mahoma es su profeta, y yo soy uno de sus amigos…

Solimán: ¡Alabanzas también a ti, general invencible, favorito de Mahoma!

Bonaparte: Muftí, os lo agradezco. El Corán es la delicia de mis pensamientos… Adoro al profeta, y pretendo visitar y honrar su tumba en la ciudad santa. Pero antes mi misión es exterminar a los mamelucos.

Ibrahim: Que los ángeles de la victoria aparten el polvo de tus caminos, y te cubran con sus alas… ¡Oh, tú, el más valiente de entre los hijos de Jesús! Alá ha hecho que te siga el ángel exterminador, para liberar a la tierra de Egipto[59].

La conversación proseguía largamente, en este mismo tono, con Napoleón refiriéndose al «Gran Sultán, nuestro aliado, al que Dios rodee con su gloria». Selim, que estaba reuniendo a dos ejércitos para expulsar a los franceses de Egipto, se habría sorprendido. A continuación citó al Profeta –«que atravesó los cielos en una sola noche»– de memoria, y se arrancó con frases como: «Malditos, tres veces malditos, aquellos que buscan la riqueza perecedera, y codician el oro y la plata, que es como estiércol»[60].

Napoleón, y seguramente también los imanes, disfrutaban de estas mascaradas, pero también eran un intento de obtener el apoyo de los egipcios. Cuando uno de ellos, Solimán, le dijo que había tratado al Papa «con clemencia y amabilidad», Napoleón replicó que Su Santidad se había equivocado al condenar a los musulmanes al fuego eterno. La lectura del Corán le había llevado a creer que «la voluntad de Mahoma» para los egipcios era que se uniesen a los franceses en la aniquilación de los mamelucos, y que el Profeta «favoreció el comercio con los francos», apoyó su empresa de alcanzar Bramah (la India), quiso que los franceses dispusiesen de almacenes en los puertos egipcios, y en apariencia también deseó que «expulsasen a los habitantes de Albión, malditos entre los hijos de Jesús». Para lograrlo Napoleón les prometió

que «la amistad de los francos será vuestra recompensa hasta que ascendáis al séptimo cielo, y os sentéis junto a huríes de negros ojos, siempre jóvenes y siempre vírgenes»[61].

Los tres testigos árabes más importantes de la ocupación francesa fueron los historiadores Abdel Rahman al-Jabarti, Hasan al-Attar y Niqula Turk. Al-Jabarti opinaba que la invasión fue un castigo de Dios a Egipto por haber ignorado los principios del Islam y veía a los franceses como a los nuevos cruzados, aunque sin ocultar su admiración por el armamento francés y por sus tácticas militares, sus avances médicos, sus logros científicos y su interés por la historia, la geografía y la cultura egipcias. Disfrutó tratando con los *savants*, y le impactó la falta de ostentación de Napoleón, así como el modo en el que, durante su trayecto hacia Suez, tomó a ingenieros y mercaderes musulmanes con él, en lugar de cocineros y un harén. Aun así le parecía rapaz, sospechoso, y una bestia atea, y se congratuló cuando se declaró la yihad contra los infieles[62].

El principio revolucionario de igualdad se oponía fuertemente al Corán, pero aun así al-Jabarti apreciaba el trato que daban los franceses a los trabajadores locales en sus proyectos arquitectónicos, y siguió con interés sus experimentos químicos y eléctricos. No le impresionó que los soldados franceses parecieran incapaces de regatear con éxito en el zoco, juzgando que se trataba de una forma zalamera de ganarse a la población local, y le desagradaba que los *dhimmis* (infieles) permitiesen a «los coptos, sirios y cristianos ortodoxos, inferiores, y a los judíos montar a caballo y portar espadas, transgrediendo las leyes islámicas»[63].

Por el contrario, su amigo Hasan al-Attar temía tanto ser visto como un colaboracionista que rechazó las invitaciones de los *savants* para que visitase sus bibliotecas y laboratorios. Niqula Turk describió a Napoleón como «bajo, delgado y pálido; su brazo derecho era más largo que el izquierdo, era un hombre astuto y afortunado»[64], aunque no hay pruebas de que estuviese en lo cierto con respecto a la longitud relativa de los brazos de Napoleón. Turk añadía que muchos musulmanes asumieron que Napoleón era el *Mahdi* (Guiado), del que se esperaba que redimiese al Islam, y habrían sido más si en lugar de aparecer vestido con ropa occidental lo hubiese hecho con la propia de Oriente Medio. Fue un descuido sorprendente. Napoleón vistió turbante y pantalones anchos solo una vez, provocando la risa entre sus asistentes. Años después

explicó a la mujer de un cortesano que el –hasta la fecha– protestante Enrique IV sostenía que merecía la pena convertirse al catolicismo para llegar a gobernar en Francia. «¿No crees que el imperio del este, y puede que el dominio de toda Asia, se merecen un turbante y unos pantalones anchos?», añadiendo que el ejército «sin duda se habría prestado a esta pantomima»[65].

El clima saludable y la fertilidad del terreno en las regiones cercanas al Nilo impresionó a Napoleón, pero despreció a sus «estúpidos, miserables y desganados» habitantes. Dirigiéndose al Directorio, describió a los cairotas, tan solo un día después de su llegada, como «la población más malvada del mundo», sin más explicación. La ignorancia reinaba en las áreas rurales: «Preferirían el botón de un soldado antes que un *écu* de seis francos. En las aldeas no saben siquiera lo que son unas tijeras»[66]. Le desconcertó que en el campo no hubiese molinos de agua, y solo uno de viento, y que el grano tuviese que ser molido entre piedras empujadas por animales. El ejército odiaba Egipto, explicó más tarde, porque a diferencia de Italia, no había «ni vino, ni cubiertos, ni condesas a las que hacer el amor»[67]. Se refería al vino local; en diciembre ordenó a Marmont que vendiese 30.000 litros del vino que habían llevado desde Francia, escribiendo: «Ten cuidado de vender solo el que parezca que se va a estropear»[68].

Tras llegar a El Cairo ordenó al almirante Brueys que levase anclas con dirección a Corfú, donde la flota estaría mejor guarecida y podría amenazar Constantinopla. Cuando el mensajero llegó a la bahía de Abukir, no había tal flota; se había hundido en el mar el 1 de agosto tras un ataque excepcionalmente audaz del almirante Nelson. El mismo Brueys había muerto tras la explosión de *L’Orient* a las 10 de la noche. Había sido destruido además otro navío de línea, y nueve habían sido capturados; solo escaparon cuatro barcos, guiados por el contralmirante Pierre de Villeneuve. Tras dos semanas de convalecencia en Abukir por una herida en la frente, Nelson se dirigió a Nápoles, dejando la costa de Egipto muy vigilada. «Si en este suceso tan desastroso cometió algún error», escribió Napoleón con generosidad acerca de Brueys, «lo ha expiado con una muerte gloriosa»[69].

«Me compadezco profundamente de tu dolor», escribió en una sentida carta a la viuda de Brueys. «El momento de la separación del objeto de nuestro amor es

terrible; nos aísla del mundo; el cuerpo se estremece con convulsiones agónicas. Las facultades del alma han cambiado; ya solo se comunica con el universo por medio de una pesadilla que distorsiona todo»[70]. Esto ocurrió tan solo un mes después de conocer el adulterio de Josefina, y cabe imaginarse que era en eso en lo que estaba pensando. Fue más cínico al dirigirse al Directorio, distorsionando las cifras del modo que le era propio, afirmando que el número de muertos era «insignificante», y el de heridos 800, cuando la realidad fue que murieron 2.000 y 1.100 fueron heridos, frente a los 218 y 678 británicos, respectivamente[71].

«Parece que os gusta el país», dijo a sus colaboradores a la hora del desayuno el 15 de agosto, al día siguiente de conocer las noticias, «es una suerte, porque ya no tenemos barcos que nos lleven de vuelta a Europa»[72]. Además de aislarles de Francia, con todos los problemas que implicaba, la catástrofe de la bahía de Abukir supuso a Napoleón un acuciante problema de liquidez económica, porque la «contribución» maltesa de unos 60 millones de francos se había hundido con *L'Orient*. Pero se negó a admitir que «este revés», como lo denominó, significase que la Fortuna le había dado la espalda. «Aún no nos ha abandonado, ni mucho menos –escribió al Directorio–, nos ha favorecido a lo lago de esta operación mucho más de lo que lo había hecho nunca»[73]. Llegó incluso a explicar a Kébler que el desastre podía ser beneficioso, ya que los británicos le obligaban entonces a plantearse marchar contra la India. «Puede que nos obliguen a hacer cosas mayores de las que nos habíamos propuesto»[74].

A pesar de hacer todo lo que estaba en su mano para ganarse a la población local, Napoleón dejó claro que no iba a permitir ninguna desobediencia. El 1 de agosto, en una de las ocho cartas que envió a Bethier, insistió en aplicar castigos ejemplares sobre la ciudad rebelde de Damanjur, incluida la decapitación de cinco de sus ciudadanos más influyentes, de los cuales al menos uno tendría que ser un abogado. Sin embargo, en general, la dureza fue atemperada con el estímulo. Al averiguar que los imanes de El Cairo, Rosetta y otros lugares pretendían no celebrar el cumpleaños del Profeta ese año, aduciendo la escasez de fondos y la inestabilidad política –e indicando en realidad a los fieles, en frase de Denon, que los franceses «se oponían a uno de los actos más sagrados de su religión»–, Napoleón insistió en que Francia se hiciese cargo de todo, a pesar de la falta de presupuesto[75]. La celebración comenzó el 20 de agosto y duró tres

días, con lámparas de colores en las calles, procesiones hasta las mezquitas, música, declamaciones poéticas, espectáculos con osos y monos, magos que hacían desaparecer serpientes, y luminosas representaciones de la tumba del Profeta en Medina. Hasta el antiguo novelista erótico Denon se mostró impactado por lo procaz de las danzas de algunos bailarines masculinos. El mismo día del cumpleaños la artillería francesa lanzó salvas, y una banda militar se unió a la multitud, mientras los oficiales desfilaban frente a un clérigo, Sayid Khalil al-Bakri, al que Napoleón decidió nombrar descendiente principal de Mahoma. En una fiesta con cien clérigos, en la que se permitió a los oficiales beber vino, Napoleón fue declarado hijo político del Profeta, con el nombre de «Ali-Bonaparte». Los egipcios le tomaban el pelo, y él a ellos; como señaló un cuadro galo; «Los soldados fueron políticos en sus manifestaciones; al volver al cuartel se rieron de la comedia»[76].

El último día de celebraciones Napoleón inauguró el Institut d'Égypte, con Monge como presidente, y él mismo como vicepresidente. El cuartel general de Qassim Bey, un antiguo palacio a las afueras de El Cairo, tenía suficiente amplitud para albergar la biblioteca del Instituto, los laboratorios, los nueve talleres y la colección de antigüedades y fieras; el recinto donde se impartían los seminarios de matemáticas había sido el harén. Nicolas Conté, responsable de la aerostática, se encargó de los talleres, de los que salieron, entre otros muchos artículos, piezas para molinos de viento, relojes y una imprenta. Tras las conquistas de Desaix en el Alto Egipto se trasladarían diversas ruinas y objetos de arte de El Cairo, Rossetta y Alejandría con destino al Louvre, tan pronto como apareciese un barco que pudiese transportarlas.

El Instituto se dividía en cuatro secciones –matemáticas, física, política económica y artes–, y se reunía cada cinco días. En la lección inaugural Napoleón propuso varias materias prácticas para su consideración, como la mejora en los hornos panaderos del ejército, la posible sustitución del lúpulo en la fabricación de la cerveza, la potabilización del agua del Nilo, el uso de molinos de agua o de viento en El Cairo, la producción de pólvora en Egipto o el estado de la educación y las leyes en el país. Mostró además su deseo de que los *savants*, que editaban su propia publicación *–La Décade Égyptienne–*, instruyeran a los egipcios acerca de los beneficios de las carretillas y las sierras

de mano. Pero no todas las deliberaciones giraban en torno al comercio y la colonización; hubo también una pequeña mención para los estudios que se estaban realizando sobre la flora y la fauna local, sus lugares señalados, la geología y los espejismos.

Napoleón trató de emplear la ciencia y la razón ilustradas para ganarse a los egipcios, y propuso incluso que se construyese un observatorio astronómico[77]. Los franceses usaron intensivamente sus imprentas, instrumentos médicos, telescopios, relojes, electricidad, globos y demás maravillas modernas para tratar de sorprenderlos, y al-Jabarti se apresuró a admitir que aquello «desconcertaba al intelecto», pero no pareció servir para que avanzase su causa política. Cuando Berthollet mostró un experimento científico al Instituto, un sheikh le preguntó si eso le permitiría estar a la vez en Marruecos y en Egipto. Berthollet replicó encogiéndose de hombros a la francesa, de lo que el sheikh concluyó: «Bueno, resulta entonces que no es un hechicero»[78]. El día de la inauguración del Instituto, Napoleón escribió a Talleyrand –del que pensaba que acogía con agrado su intención de llegar hasta Constantinopla– para informarle de que pronto Egipto estaría enviando arroz a Turquía y protegiendo la ruta de los peregrinos hasta La Meca[******]. Ese mismo día envió a uno de sus oficiales veteranos, el coronel Joseph Beauvoison, a Tierra Santa para tratar de entablar negociaciones con Ahmed Jezzar, pachá de Acre (apodado desalentadoramente «El Carnicero»), enemigo de los mamelucos y en rebelión contra los turcos. Jezzar se había especializado en mutilar y desfigurar a la gente, y en idear horribles torturas, como herrar a sus víctimas, emparedar vivos a los cristianos o despellejar a los oficiales corruptos después de asestarles machetazos hasta la muerte[79]. Asesinó a siete de sus mujeres, pero era aficionado a recortar flores de papel y entregárselas a los visitantes a modo de obsequio. Una vez que Ibrahim Bey había sido expulsado de Egipto a Gaza, Napoleón confiaba contar con Jezzar para acabar juntos con él. Jezzar se negó a recibir a Beauvoison y en su lugar firmó la paz con los otomanos. El emisario francés fue afortunado; en ocasiones Jezzar decapitaba a los mensajeros inoportunos.

Napoleón había pretendido volver a Francia una vez consolidada la posición en Egipto, pero el 8 de septiembre escribió al Directorio. Esta carta, como el resto de su correspondencia, tuvo que burlar la vigilancia de la Royal Navy en el

Mediterráneo. «Seguramente no pueda volver a París en octubre, como prometí, pero el retraso solo durará unos pocos meses. Aquí todo va bien; el país está controlado y se van acostumbrando a nosotros. El resto tendrá que ser cuestión de tiempo»[80]. Una vez más estaba confundiendo al Directorio; desde luego el país no se «acostumbraba» al dominio francés. Muchas de las misivas hacen referencia a las decapitaciones, captura de rehenes e incendio de aldeas que pusieron en práctica los franceses para asegurar su dominio[*******]. Napoleón estaba satisfecho con la paga y el vestuario de los soldados, por lo que en una carta a Barras todo lo que se le ocurrió pedir fue una compañía de actores para entretener a las tropas[81].

El 20 de octubre averiguó que los turcos estaban reuniendo un ejército en Siria para atacarle. Debía actuar para impedirlo, pero aquella noche los minaretes de El Cairo clamaron por un levantamiento general contra el dominio francés, y al día siguiente gran parte de la ciudad se alzó abiertamente. El general Dominique Dupuy, gobernador de la urbe, fue asesinado con lanzas en la calle, y Sulkowski murió junto con quince escoltas personales de Napoleón, y sus cuerpos fueron arrojados a los perros[82]. De los ocho ayudantes de campo de Napoleón en Egipto, cuatro murieron y dos fueron heridos, incluyendo a Eugène, en el asedio de Acre. Durante la revuelta se hundieron varias embarcaciones en el Nilo, y en total fueron asesinados unos 300 franceses, y no los 53 que comunicó Napoleón al Directorio[83]. Los rebeldes tomaron la gran mezquita de Gama-el-Azhar como cuartel general, una de las mayores de la ciudad. Se corrió el rumor de que Napoleón había sido asesinado, en lugar de Dupuy, lo que extendió la rebelión al menos tanto como la llamada de los ulemas, así que –según Bourrienne– «Bonaparte montó de inmediato y, acompañado solo por 30 guías, se adentró en todos los puntos amenazados, restauró la confianza y, con gran presencia de ánimo, adoptó medidas defensivas»[84].

El objetivo más importante era retener la ciudadela de El Cairo, que, al igual que en la actualidad, dominaba la ciudad con su gran elevación y sus muros de tres metros de espesor. Una vez afianzada, la altura permitió a Dommartin emplear los cañones de 8 libras para bombardear las posiciones enemigas durante 36 horas; no dudó en lanzar 15 balas de cañón contra la gran mezquita, atacada y profanada después por la infantería. Murieron más de 2.500 rebeldes, y se ejecutó a muchos otros ciudadanos en la ciudadela. Años después Pierre-

Narcisse Guérin pintó a Napoleón perdonando a los rebeldes, algo que no ocurrió hasta pasado mucho tiempo[85]. Ordenó también que todo rebelde capturado con armas fuese decapitado, y su cuerpo arrojado al Nilo, donde pasaría flotando para terror del resto de la población; se llenaron sacos con las cabezas, se cargaron en mulas, y se apilaron en la plaza de Ezbekyeh en el centro de El Cairo[86]. «No puedo describir el horror –narró un testigo ocular–, pero debo confesar que causó un efecto durante un tiempo considerable a la hora de asegurar la tranquilidad»[87]. El 27 de octubre Napoleón escribió a Reynier: «Cada noche cortamos 30 cabezas», y Lavalette describió cómo el jefe de policía egipcio «nunca salía sin la compañía del verdugo. La más mínima infracción era castigada con azotes en la planta de los pies», una técnica conocida como *bastinado*, especialmente dolorosa por la cantidad de terminaciones nerviosas, huesecillos y tendones, y que se aplicaba incluso a las mujeres[88]. Estas medidas brutales garantizaron que, a diferencia de los celotes, los cairotas de a pie no se levantasen en masa contra los franceses, que no podrían haberse enfrentado a 600.000 individuos. Una vez concluida la revuelta, el 11 de noviembre, Napoleón abolió el bastinado en los interrogatorios. «La costumbre bárbara de golpear a aquellos sospechosos de guardar secretos importantes debe ser abolida», ordenó a Berthier. «La tortura no merece la pena. Los pobres desgraciados dicen cualquier cosa que se les pase por la cabeza y que el interrogador quiera oír»[89].

El 30 de noviembre El Cairo había retomado una normalidad suficiente como para que Napoleón abriese las atracciones de Tívoli, donde descubrió a una «mujer joven de extraordinaria belleza y vivacidad», llamada Paulina Fourès, de 22 años y mujer del teniente del 22ª de Cazadores, Jean-Noël Fourès[90]. Si la descripción de sus contemporáneos de su hermoso rostro ovalado y su largo cabello rubio es acertada, el teniente Fourès no fue muy inteligente al llevarla con él a la campaña. Había transcurrido seis meses desde que Napoleón descubrió la infidelidad de Josefina, y a los pocos días de ver a Paulina ya tenían un romance. El flirteo tomó visos de ópera cómica cuando Napoleón envió a Fourès a París con unos despachos supuestamente importantes, en una misión que solía prolongarse durante tres meses, aunque en su caso el barco en el que iba fue interceptado por la fragata *HMS Lion* al día

siguiente de partir. En lugar de ser encarcelado, fue enviado de vuelta a Alejandría, algo acostumbrado en ocasiones con los segundones en el escalafón. Apareció así en El Cairo diez semanas antes de lo previsto, encontrando a su esposa acomodada en el palacio de Elfey Bey de Napoleón, y cargando con el sobrenombre de «Cleopatra»[91].

Según una versión de la historia, Fourès le arrojó al vestido una vasija con agua en la pelea que se produjo, pero otra afirma que la azotó con un látigo hasta la sangre[92]. En cualquier caso se divorciaron, y Paulina se convirtió en la *maîtresse-en-titre*[********] de Napoleón en El Cairo, ejerciendo de anfitriona en las recepciones y compartiendo carruaje en los paseos por la ciudad y sus alrededores. En esas ocasiones se excusaba del servicio al enojadísimo Eugène. El romance alentó las acusaciones de infidelidad contra Napoleón, algo que para un general francés era más grave que el adulterio. Cuando abandonó Egipto se la cedió a Junot, quien, tras ser herido en un duelo y enviado de vuelta a Francia inválido, se la pasó a Kléber. Más tardé Paulina hizo fortuna en el negocio maderero brasileño, empezó a vestir como un hombre y a fumar en pipa, antes de regresar a París con loros y monos como mascotas, y vivir hasta los 90 años[93].

La decisión de Napoleón de embarcarse en lo que se llamó la campaña de Siria –aunque en realidad nunca puso un pie en la Siria actual, permaneciendo en los límites de la Gaza moderna, Israel y Cisjordania–, fue precedida por su amenaza contra Jezzar el 19 de noviembre: «Si continúas ofreciendo refugio a Ibrahim Bey en los límites de Egipto, lo consideraré una muestra de hostilidad e iré a Acre»[94]. Jezzar respondió a principios de diciembre ocupando las provincias otomanas de Gaza, Ramala y Jaffa, y tomando posiciones en El-Arish, a solo 30 kilómetros del fuerte egipcio de Napoleón de Katieh, en el límite del desierto del Sinaí, declarando que iba a liberar a este país de los franceses.

Napoleón visitó Suez a finales del mes, tanto para inspeccionar las fortificaciones como para trazar la ruta del canal de Ramsés II, que conectaba el Nilo con el Mar Rojo y que siguió durante 50 kilómetros hasta que la perdió de vista en las arenas del desierto. Poco se podía imaginar que su propio sobrino contribuiría a la construcción del canal sustituto en 1869. Anunció también su intención de visitar el Monte Sinaí, «por respeto a Moisés y a la nación judía,

cuya cosmología se remonta a los primeros tiempos»[95]. Berthier, Caffarelli, Dommartin, el contralmirante Honoré Ganteaume (cuya supervivencia a la batalla del Nilo se debió, según Napoleón, a su sola conmiseración), el jefe de intendencia Jean-Pierre Daure, Monge y otros cuatro *savants* viajaron con él, acompañados por sus guías[96]. «Viajamos deprisa», recordaba Doguereau, «el comandante en jefe abandonó El Cairo al galope, y nosotros azuzamos a nuestros caballos a tal velocidad que llegaron sin resuello»[97].

Fue durante este viaje turístico desde Suez hasta Sinaí –nunca llegó al monte– el 28 de diciembre cuando Napoleón estuvo, posiblemente, más cerca de la muerte que en ninguna de sus batallas, tras aprovechar la marea baja para atravesar parte del Mar Rojo[*********]. «Alcanzamos la orilla opuesta sin dificultad», según Doguereau, y a continuación visitaron el llamado «manantial de Moisés» y otros lugares históricos, pero tras dar de comer y beber a los caballos en los pozos de Nabah, se perdieron al caer la noche, y vagaron por una zona pantanosa costera mientras subía la marea:

> Pronto estuvimos enfangados hasta el vientre de las monturas, que trataban con mucha dificultad de liberarse… Tras mil problemas, y después de abandonar a varios caballos atrapados en el pantano, llegamos a otra manga marina… Eran las 9 de la noche y la marea ya había subido otro metro. La situación era muy apurada, hasta que alguien anunció que había encontrado un vado. El general Bonaparte fue de los primeros en cruzar; los guías se situaron para dirigir al resto… Tuvimos la gran suerte de no compartir el destino de los soldados del Faraón[98].

---

[*] Padre de Alejandro Dumas, autor de *El conde de Montecristo*.

[**] No era el monumento ideal; Pompeyo había sido asesinado nada más poner pie en tierra en Egipto en el 48 a. C. De los 150 hombres mencionados por Boyer, solo 40 murieron, y el resto fueron heridos.

[***] De hecho, habían transcurrido cuarenta y cuatro siglos entre 1798 y la

construcción de la Gran Pirámide de Keops.

[****] Se refería a la iconoclasia musulmana tras la conquista de La Meca en el 630.

[*****] En una ocasión sugirió a un obispo francés que se debería permitir la poligamia en las Indias Occidentales, «pero monseñor no quiso ni oír hablar de eso» (*The first Napoleon*, ed. Kerry, p. 99).

[******] Ese mismo día escribió a Berthier para solicitar que el sargento Latreille de la 75ª Sección recibiese una paga doble durante dos meses por méritos en el servicio, además de otras 11 cartas (CG2, nº 2798, p. 265). Desde su llegada a Egipto en julio de 1798 hasta su partida, trece meses después, se conservan 2.196 cartas y despachos enviados por Napoleón.

[*******] El incendio de aldeas era el método habitual en Asia para controlar áreas hostiles en potencia; el ejército británico en la India «restauraba la calma» de forma rutinaria, como explicó un historiador de las campañas de Wellington, «normalmente mediante el incendio indiscriminado de pueblos y el robo de ganado» (*Wellington's Wars*, Davies, p. 25).

[********] Título oficial de la primera dama de compañía durante el Antiguo Régimen francés, que luego se adoptó como denominación de la amante reconocida de reyes y presidentes (N. del T.).

[*********] Incluso hoy, en la ribera noreste hay numerosas zonas pantanosas de agua salada, con tierra firme entre medias, que la marea inunda a gran velocidad. Se puede atravesar lo que parecería una sección de playa normal y que la marea de pronto la cubra de agua por completo.

8. ACRE

Las fronteras de los estados son largos ríos, cadenas de montañas, o desiertos. De todos estos obstáculos a la marcha de un ejército, el más difícil de sobrepasar es el desierto.

Primera máxima militar de Napoleón

César tomó la decisión, totalmente atroz, de ordenar que se cortase una mano a todos los soldados. Fue clemente con los suyos en la guerra civil, pero cruel y en ocasiones feroz contra los galos.

Napoleón, Las guerras de César

Una vez que Desaix hubo derrotado a Murad Bey en la batalla de Samhoud en enero de 1799, capturando después su flotilla del Nilo y acabado con cualquier amenaza desde el Alto Egipto, el dominio de Napoleón se extendió a casi todo el país. Era el momento para lanzar el ataque sobre Jezzar. Comunicó al Directorio el mismo día que abandonó El Cairo que esperaba impedir a la Royal Navy el uso de los puertos levantinos, como los de Acre, Haifa y Jaffa, fomentar la revuelta de los cristianos sirios y libaneses contra los turcos y decidir después si marchaba contra Constantinopla o contra la India[1]. «Tenemos multitud de enemigos a los que vencer en esta expedición –escribió–: el desierto, la población local, los árabes, los mamelucos, los rusos, los ingleses»[2]. La mención a Rusia no era una mera hipérbole napoleónica; el zar Pablo I odiaba todo lo que defendía la Revolución Francesa, y se consideraba a sí mismo como el protector de la Orden de Malta; de hecho, había conspirado para ser elegido Gran Maestre como sucesor de von Hompesch. El día de Navidad de 1798 hizo causa común con el enemigo tradicional de Rusia, Turquía, y con Gran Bretaña, para enviar un ejército que avanzase por el oeste de Europa. Pero de momento

Napoleón nada sabía.

Los historiadores le han tomado la palabra literalmente cuando afirmó planear el avance más allá de Acre, hasta Constantinopla o tal vez hasta la India. Pero, teniendo en cuenta que llevó consigo solo 13.000 hombres, un tercio de los desplegados en Egipto, parece poco probable. Incluso si Acre cayese, y los drusos, cristianos y judíos se uniesen a él, la logística y la demografía habrían hecho imposible la invasión de Turquía o de la India, incluso para un general tan ambicioso y con tantos recursos como Napoleón. Más tarde afirmó que con la ayuda de los *mahrata* indios podría haber expulsado a los ingleses de su país, marchando a lo largo del Indo con una larga parada en el Éufrates, con jornadas de 20 kilómetros a través del desierto, haciendo que los dromedarios cargasen con los enfermos, las municiones y los alimentos, y proveyendo a sus hombres de medio kilo diario de arroz, harina y café. Sin embargo la distancia entre Acre y Dehli es de más de 3.000 kilómetros, y la marcha habría requerido cruzar completamente las actuales Siria, Irak, Irán y Pakistán, así como parte del norte de la India, mucho más que un trayecto entre París y Moscú. La logística habría sido imposible; todos estos planes no eran más que productos de una imaginación espoleada por las conquistas de Alejandro Magno.

El objetivo inmediato de Napoleón en febrero de 1799 consistía en prevenir la invasión de Egipto por el este planeada por el Sultán apoyado por Jezzar, antes de enfrentarse a la invasión anfibia otomana del norte, esperada desde hacía mucho para aquel verano –por suerte, ambas no estaban coordinadas–. Se trataba de su vieja estrategia de la posición central, pero a gran escala. El 25 de enero escribió al principal enemigo de Inglaterra en la India, Tipu Sahib, anunciando su inminente «llegada a las costas del Mar Rojo con un ejército numeroso e invencible, empujado por el deseo de liberarte del yugo de hierro de Inglaterra»[3]. Un crucero inglés interceptó el mensaje, y Tipu fue asesinado en mayo durante la captura de su capital, Seringapatam, por el joven y ya muy impactante teniente general sir Arthur Wellesley. Puede que la intención de Napoleón fuese simplemente difundir información falsa, dado que sabía que sus cartas estaban cayendo en manos enemigas.

Dejando a Desaix en el Alto Egipto, a Marmont en Alejandría y al general Charles Dugua en El Cairo, Napoleón invadió Tierra Santa con Reynier en la vanguardia, tres divisiones de infantería dirigidas por Kléber, Bon y Lannes, y

con Murat guiando a la caballería. Mientras abandonaban El Cairo las tropas entonaban el emotivo himno revolucionario de 1794, «*Le Chant du Départ*», que en adelante se convirtió en un himno bonapartista. En consejo de guerra, el único general que se opuso abiertamente a la invasión fue Joseph Lagrange, que señaló que Acre se situaba a 400 kilómetros, a través de un desierto hostil y de varias ciudades bien guarecidas que, de ser tomadas, precisarían de guarniciones que se restarían de las fuerzas, relativamente reducidas, que Napoleón pretendía reunir. Sugirió que sería mejor esperar a un ataque dentro de las fronteras egipcias, forzando al enemigo a atravesar el Sinaí, en lugar de dar batalla en su terreno[4]. Pero con la expectativa del ataque anfibio en junio, Napoleón pensaba que no podía malgastar el tiempo; tenía que cruzar el desierto, vencer a Jezzar y volver a cruzarlo antes de que se volviese impracticable en verano.

El sábado 10 de febrero Napoleón abandonó El Cairo, y llegó a Katieh el día 13 a las 3 de la tarde. Justo antes de salir escribió una larga carta al Directorio. Una de las frases, codificada, decía: «Si durante esta marcha… Francia entra en guerra contra los reyes, volveré a Francia»[5]. El 12 de marzo estalló la guerra contra la Segunda Coalición, con Francia enfrentándose a Rusia, Inglaterra, Austria, Turquía, Portugal, Nápoles y el Papa.

Para cruzar el Sinaí, sin cartografiar, Napoleón debía solventar problemas de alimentación, agua, calor y tribus beduinas hostiles. Su empleo de cuerpos a dromedario, entrenados para disparar con rapidez en filas alternas y *pieux* (vigas con ganchos para erigir empalizadas rápidamente) seguirían siendo empleadas por los ejércitos coloniales franceses hasta la I Guerra Mundial[6]. «Hemos cruzado 70 ligas [más de 185 kilómetros] de desierto, que es extremadamente agotador», escribió a Desaix de camino, «tenemos agua salobre, y con frecuencia ni siquiera eso. Comimos perros, mulos y camellos»[7]. Más tarde también comerían monos.

Se estima que en los últimos 5.000 años se han producido unos 500 enfrentamientos militares en el área entre el río Jordán y el Mediterráneo. La ruta por la costa occidental que tomó Napoleón –evitando la que atraviesa la montaña y el valle del Jordán–, fue la misma, pero en dirección opuesta, que tomó Alejandro Magno; desde luego, valoró los aspectos históricos de su campaña, recordando más adelante: «Leía constantemente el Génesis cuando visitaba los lugares que describe, y me llenaba de asombro que fuesen exactamente como los

describió Moisés»[8].

Unos 2.000 turcos, y sus aliados árabes, defendían el fuerte de El-Arish, a 190 kilómetros de El Cairo. Napoleón y el grueso de su ejército llegaron el día 17 de febrero, y construyeron trincheras e instalaron baterías. Corrieron «habladurías amenazantes entre los soldados», agotados y sedientos, que increparon a los *savants*, culpándolos injustamente por toda la expedición, pero estas críticas se mitigaron ante la perspectiva de entrar en acción[9]. Ya el día 19 el bombardeo de los muros abrió brechas de tamaño suficiente como para que las tropas las atravesasen. Napoleón exigió la rendición del fuerte, e Ibrahim Nizam, uno de los comandantes, aceptó, así como El-Hadji Mohamed, comandante de los magrebíes, y El-Hadji Kadir, Aga de los arnaútes[*]. Tanto ellos como sus *aga* (oficiales) juraron sobre el Corán que «ni ellos ni sus tropas servirían nunca en el ejército de Jezzar, y que no volverían a Siria en un año, contando a partir de ese día»[10]. En consecuencia Napoleón accedió a que mantuviesen sus armas y regresasen a su lugar de origen, aunque rompió su promesa con el contingente mameluco, desarmándolo. Hasta la segunda mitad del siglo XX, especialmente en Oriente Medio, las reglas de la guerra eran simples, duras y esencialmente inmutables; jurar y romper después el juramento se consideraba en general como una ofensa capital.

El 25 de febrero Napoleón empujó a los mamelucos fuera de la ciudad de Gaza, capturando gran cantidad de munición, seis cañones y unas 200.000 raciones de pan. «Los limoneros, los pequeños bosques de olivos y lo escabroso del terreno parecían iguales a los de la campiña del Languedoc –dijo a Desaix–, es como estar cerca de Béziers»[11]. El 1 de marzo averiguó por medio de los monjes capuchinos de Ramala que la guarnición de El-Arish había pasado por allí, camino de Jaffa, a unos 16 kilómetros, «afirmando que no pensaban sujetarse a los términos de la capitulación, que nosotros habíamos quebrantado primero al desarmarles»[12]. Los capuchinos estimaron que serían unos 12.000 hombres, y «numerosos cañones y munición llegados de Constantinopla». En consecuencia Napoleón concentró sus fuerzas en Ramala antes de avanzar, sitiando Jaffa desde el mediodía del 3 de marzo. «Bonaparte se acercó, con unos pocos hombres, a unos 100 metros», observó Doguereau, frente a la muralla de Jaffa; «nos estaban observando mientras nos dábamos la vuelta. Uno de los cañonazos disparados por el enemigo cayó muy cerca del comandante general,

que quedó cubierto de tierra»[13]. El 6 de marzo los defensores realizaron una incursión, que permitió a Doguereau observar lo heterogéneo del ejército otomano: «Había magrebíes, albanos, kurdos, anatolios, damascenos, de Alepo, de Caramaneniens, y negros de Takrour [Senegal]», escribió. «Fueron repelidos»[14].

Al amanecer del día siguiente Napoleón dirigió al gobernador de Jaffa una educada carta llamando a la rendición, afirmando que «mi corazón se conmueve por el mal que caerá sobre toda la ciudad si se ve sometida a este asalto». La repuesta, estúpida, del gobernador fue exhibir la cabeza del emisario de Napoleón en las murallas, a lo que este ordenó atravesarlas, y a las 5 de la tarde miles de franceses hambrientos y furiosos entraron en la ciudad. «La visión fue estremecedora», escribió un *savant*, «el sonido de los disparos, los lamentos de mujeres y padres, pilas de cadáveres, una hija violada frente al cadáver de su madre, el olor de la sangre, los lamentos de los heridos, las disputas de los vencedores por el botín». Los franceses finalmente descansaron «saciados de sangre y oro, en lo alto de un montón de muertos»[15].

Napoleón admitió al dirigirse al Directorio que «durante 24 horas se permitió el pillaje y los horrores de la guerra, que nunca se me habían presentado de modo tan abominable»[16]. Añadió, muy prematuramente, que como resultado de las victorias de El-Arish, Gaza y Jaffa, «el ejército republicano es dueño de Palestina». Sesenta franceses habían muerto, y 150 habían sido heridos en Jaffa; el número de los soldados y civiles enemigos muertos se desconoce[**].

El trato dado por Napoleón a los prisioneros capturados en Jaffa, entre los cuales muchos habían dado su palabra en El-Arish y la habían roto, fue muy severo. El 9 y 10 de marzo se llevó a miles de ellos a una playa situada a 2 kilómetros al sur de la ciudad, y allí fueron masacrados a sangre fría por miembros de la división de Bon[***]. «Ordena a tu subordinado que conduzca a todos los artilleros que fueron capturados con armas, y a los demás turcos, a la orilla», escribió Napoleón a Berthier explícitamente, «y fusílalos, tomando precauciones para que no escapen»[17]. En su testimonio Berthier adujo que esos hombres habían renunciado a sus vidas cuando se negaron a rendirse en Jaffa, sin tener en cuenta lo ocurrido en El-Arish, y sin diferenciar entre los muertos en batalla y los asesinados a sangre fría[18]. Louis-André Peyrusse, un intendente veterano, describió a su madre lo ocurrido a continuación:

> Unos tres mil hombres depusieron las armas, y se les llevó fuera del campamento, a instancias del comandante en jefe. Separaron a los egipcios, magrebíes y turcos. Al día siguiente los magrebíes fueron conducidos hasta la orilla del mar y dos batallones les dispararon. Su único recurso para salvarse era arrojarse al mar. Allí también les dispararon, y pronto el agua se tiñó de sangre y se cubrió de cadáveres. Unos pocos pudieron salvarse en las rocas; enviaron a soldados en botes para acabar con ellos. Emplazamos un destacamento en la orilla, y atrajeron pérfidamente a algunos, que fueron masacrados sin piedad… Se nos recomendó que no empleásemos la pólvora, por lo que cometimos la atrocidad de matarlos con las bayonetas… Con este ejemplo nuestros enemigos aprenderán a no confiar en Francia, y pronto o tarde la sangre de estas tres mil víctimas caerá sobre nosotros[19].

Estaba en lo cierto: cuando los franceses abandonaron El-Aft, a orillas del Nilo, en mayo de 1801, los turcos decapitaron a todo aquel que no pudo embarcar, y ante las reconvenciones de los ingleses, replicaron «con exclamaciones indignadas: ¡Jaffa! ¡Jaffa!»[20]. El capitán Krettley, otro testigo presencial de la masacre, observó cómo, «aunque se fusiló a la primera tanda de prisioneros, la caballería cargó contra el resto… se les empujó hasta el mar, y trataron de nadar para alcanzar las rocas a unos cientos de yardas… pero tampoco así se salvaron, porque las olas engulleron a esos pobres desgraciados»[21].

Las fuentes francesas contemporáneas –las turcas no existen, por razones obvias– difieren mucho con respecto al número final de muertos, pero en general se da una cifra de entre 2.200 y 3.500, y, aunque existen algunas que arrojan incluso números mayores, suelen tener una motivación política antibonapartista[22]. Dado que solo unos 2.000 prestaron juramento en El-Arish, es seguro que Napoleón ejecutó a parte del ejército políglota turco que no estuvo allí, pero que sí habían obtenido una promesa de clemencia por parte de Eugène mientras estaban retenidos en una posada después de que se abriese una brecha en las murallas de Jaffa y el resto de la ciudad fuese capturada. Tal vez Peyrusse tuviese esto en mente al afirmar que la masacre enseñaría a sus enemigos a no confiar en los franceses. Por supuesto también aquí apareció un elemento racial:

Napoleón no habría ejecutado a prisioneros de guerra europeos.

El mismo Bonaparte admitió un número de muertos inferior a 2.000, afirmando que «hay demonios a los que es tan peligroso liberar una segunda vez, que no tuve más remedio que matarlos»[23]. En otra ocasión afirmó que fueron 3.000, y dijo a un parlamentario británico: «Bueno, estaba en mi derecho… Habían matado a mi mensajero, le habían cortado la cabeza y la habían puesto en una pica… no había provisiones suficientes para franceses y turcos, y uno de ellos debía irse al hoyo. No dudé»[24]. El argumento de la alimentación no es convincente; en Jaffa se requisaron unas 400.000 raciones de pan y 90.000 kilos de arroz. Sí que podría haber aducido que andaba tan escaso de tropas que no podía prescindir de un batallón para escoltar a tal cantidad de prisioneros desde el Sinaí hasta Egipto[25]. Los comentarios vertidos acerca de las masacres de septiembre de París, y su intervención en Binasco, Verona y El Cairo demostraban que Napoleón no dudaba en aprobar medidas inflexibles –de hecho, letales–, si pensaba que la situación lo requería. Se molestó especialmente en asegurarse de que los 800 artilleros turcos, bien entrenados, no pudiesen volver a luchar contra él. De haber aceptado la oferta de trabajo del Sultán en 1795, muchos de esos mismos hombres habrían sido sus discípulos. Tras aceptar su palabra una vez, no podían esperar que lo hiciese de nuevo. Además, en guerra contra un Jezzar de 79 años, conocido por su espectacular crueldad, que ese mismo año había tomado a 400 cristianos y los había arrojado en sacos al mar, podía pensar que necesitaba mostrarse igual de despiadado[26].

El 9 de marzo, durante las masacres, Napoleón escribió a Jezzar afirmando que «había sido duro contra aquellos que habían violado las leyes de la guerra», añadiendo: «En unos días marcharé sobre Acre. Pero ¿por qué habría de acortar la vida de un anciano al que no conozco?»[27]. Por suerte para el mensajero, Jezzar no prestó atención a la amenaza. Ese mismo día Napoleón lanzó una proclama a los sheiks, ulemas y comandantes de Jerusalén, advirtiéndoles de los terribles castigos que esperaban a sus enemigos, para añadir después: «¡Dios es clemente y misericordioso!… No tengo intención de desatar la guerra contra el pueblo; soy amigo de los musulmanes»[28][****].

En un infrecuente caso de justicia poética en la historia, los franceses contrajeron la peste transmitida por la población de Jaffa, a la que habían saqueado y violado[*****]. La tasa de mortalidad del 92% entre los afectados

suponía que la aparición de bubones en el cuerpo equivaliese casi a una sentencia capital[29]. El capitán Charles François, veterano de la división de Kléber, anotó en su diario que, tras el saqueo, «los soldados que contrajeron la enfermedad se vieron rápidamente cubiertos con bubones en ingles, axilas y cuello. En menos de un día el cuerpo y los dientes se volvían negros, y una fiebre abrasadora exterminaba a todo aquel que padeciese esta terrible afección»[30]. De todas las plagas que asolaban Oriente Medio en la época, la peste[******] era de las peores, y Napoleón ordenó que el hospital del monasterio armenio frente al mar de la Jaffa antigua –donde está aún hoy– se emplease como centro para la cuarentena. El 11 de marzo lo visitó con Desgenettes, y allí, según Jean-Pierre Daure, oficial de la oficina de pagos, «recogió y cargó con una víctima de la peste que yacía en un pasillo. Este hecho nos espantó, porque las ropas del enfermo estaban cubiertas de esputos y secreciones repugnantes de los abscesos de los bubones»[31].

Napoleón habló con los enfermos, les reconfortó y elevó su moral; el incidente fue inmortalizado en 1804 en el cuadro de Antoine-Jean Gros, *Bonaparte visitando el hospital de la peste en Jaffa*. «Como general en jefe siente que es parte necesaria de su deber esforzarse por trasmitirles confianza y animarlos, visitando él mismo con frecuencia el hospital, hablando con los pacientes que están allí, y animándoles»[32]. No existe prueba que corrobore esta declaración. Napoleón creía que la peste era susceptible de fortalecer la voluntad, afirmando años después que «los que mantienen la moral, y no se resignan a la idea de que van a morir… en general se recuperan; pero los que quedan abatidos casi invariablemente son sacrificados a la enfermedad»[33].

Napoleón abandonó Jaffa con dirección a Acre el 14 de marzo; un día antes el comodoro inglés sir Sidney Smith, y el ingeniero militar realista francés, y contemporáneo de Brienne, Antoine de Phélippeaux, habían atracado en el puerto con dos fragatas de la Royal Navy, la *HMS Theseus* y la *HMS Tigre*. La alianza anglo-ruso-turca tenía como único punto en común el deseo de hacer retroceder a los franceses en sus conquistas, lo que era suficiente para que la Royal Navy tratase de impedir que Napoleón tomase Acre. El rey cruzado Balduino I de Jerusalén había tomado la plaza en el 1104, y la rodeó de muros de 2,5 metros de espesor. Los siglos intermedios habían debilitado mucho las

defensas, pero las murallas seguían allí, aunque reducidas, y el foso en su entorno era profundo. Defendían el puerto unos 4.000 afganos, albaneses y moros, además del eficiente jefe de tropas judío de Jezzar, Haim Farhi, que había perdido la nariz, una oreja y un ojo en defensa de su señor; ahora había que añadir al comodoro Smith acompañado por 200 marinos de la Royal Navy, junto con el brillante Phélippeaux. Las defensas fueron reforzadas, con un añadido de glacis resbaladizos, dando solidez a los cimientos de las murallas, y con rampas para poder emplazar cañones en lo alto, algo imposible en Jaffa por la debilidad estructural de los muros. Algunas de estas defensas permanecen hoy, junto con los cañones navales emplazados por Smith.

El 15 de marzo Napoleón, Lannes y Kléber repelieron con facilidad un ataque de la caballería árabe de Nablus en una escaramuza en Kakoun, sufriendo solo 40 bajas. Tres días después el general vio horrorizado, desde las colinas sobre Haifa, cómo su flotilla de nueve bajeles comandada por el comodoro Pierre-Jean Standelet, que portaba todos sus equipos y su artillería de asedio, rodeaba el promontorio del Monte Carmelo para caer directamente en las fauces de la *Tigre* y *Theseus*. Fueron capturados seis barcos, y otros tres huyeron hacia Toulon. En Acre perdió casi todo el armamento pesado, que sería empleado contra él. Otro signo inconfundible de que el curso de los acontecimientos se le estaba poniendo en contra fue que Jezzar volvió a sus costumbres, decapitando al mensajero enviado con una propuesta de paz[34].

Napoleón lanzó el asalto contra Acre el 19 de marzo, a mediodía, y rodeó la ciudad con fortificaciones y trincheras situadas a unos 300 metros. Confiaba en que con la artillería ligera que aún conservaba, y con el puro *élan* francés, una vez abierta una brecha, la ciudad cayese en sus manos. A pesar de que el cuartel general se encontraba en un alto en Turon, a poco más de un kilómetro de Acre –en el mismo lugar elegido por Ricardo Corazón de León, con el mismo propósito, en 1191–, algunas de las líneas de asedio recorrían una zona pantanosa infestada de mosquitos, que pronto provocaron que estallase la malaria. Los franceses se lanzaron a cavar trincheras y a construir las fajinas, gaviones y salchichones[*******] necesarios para fortificarlas.

«A primera vista el lugar parecía indefendible», consideró Doguereau, «e inútil para resistir ocho días. Pensábamos que bastaría con plantarnos frente a Acre, y que el recuerdo de la suerte que había corrido Jaffa, que tan poco nos

costó tomar, aterrorizaría al pachá»[35]. Con el beneficio de la posterioridad, Doguereau concluía que Napoleón, llegado a ese punto, debería haber regresado a Egipto, dado que Jezzar ya no podía amenazar a aquel país tras la pérdida de El-Arish, Gaza, Jaffa y, el 18 de marzo, Haifa, pudiendo además Napoleón haberlas guarnecido antes de retirarse. Pero aún no había conseguido derrotar al ejército turco que se estaba congregando en Damasco, propósito principal de la invasión.

En las siguientes nueve semanas Napoleón lanzó no menos de nueve ataques masivos, y otros tres menores, sobre Acre. Al mismo tiempo se vio obligado a destinar parte de las tropas a defenderse de los turcos, árabes y mamelucos, que por fortuna cayeron sobre ellos en rachas, y no en asaltos coordinados. En un momento dado escaseó tanto la munición que pagó a los soldados para que recogiesen las balas de cañón lanzadas desde la ciudad y los navíos de la Royal Navy; recibieron entre un franco y un franco y medio, según el calibre. Los franceses no fueron los únicos en ganarse estos incentivos; uno de los motivos que explican el gran número de incursiones turcas –36–, fue la recompensa que pagaba Jezzar por cada cabeza francesa[36]. De los cuatro esqueletos hallados en ese campo de batalla en 1991, dos habían sido decapitados. El 28 de marzo una bala de cañón quedó enterrada a tres pasos de Napoleón, entre sus dos ayudas de campo, Eugène y Antoine Merlin, hijo del nuevo Director, Philippe Merlin de Douai. Parte de una torre se desplomó tras un bombardeo, pero el ataque subsiguiente fracasó porque las escaleras eran demasiado cortas, para la comprensible desmoralización de los soldados. Una incursión turca fue repelida a costa de horas de lucha. Los zapadores se emplearon contra otra torre, pero las contraminas enemigas desbarataron el plan.

Mientras tanto Napoleón envió a Murat a la captura de Safed, y a Junot a Nazaret, para repeler cualquier intento de auxilio a los sitiados desde Damasco. Cuando el 8 de abril Junot derrotó a una partida de turcos en una escaramuza cerca de la aldea de Loubia sin bajas, Napoleón lo describió como «un combate de gran fama, que acredita la sangre fría francesa»[37]. Seis días después tuvo lugar un enfrentamiento mucho más serio; tanto, que justificaría toda la campaña siria.

La batalla del monte Tabor fue incorrectamente denominada así porque, de

hecho, tuvo lugar cerca del monte Hamoreh, aunque Kléber si había rodeado el Tabor, a unos 13 kilómetros. La intención de este comandante era audaz, porque pretendía atacar al ejército turco y mameluco, que congregaba a unos 25.000 hombres en Damasco, con sus 2.500, de noche, en los torrentes empleados para abrevar a los caballos y camellos –un proceso largo, ya que un camello sediento puede beber unos 40 litros. Sin embargo, con la salida del sol a las 6 de la mañana del 16 de abril, las tropas de Kléber aún no habían atravesado el valle de Jezreel, y aparecían a plena vista de los turcos, que les atacaron en la planicie. Disponía de tiempo suficiente para formar dos grandes cuadrados, que a pesar de ser rodeados con rapidez mantuvieron la formación, mientras ascendían fatigosamente por la ladera suave del Hamoreh, lugar en el que la caballería enemiga era menos eficaz. A mediodía, cuando ya llevaban seis horas luchando bajo el sol y sufriendo pérdidas, mientras la munición y el agua empezaban a escasear, Kléber llevó a cabo con éxito la maniobra, complicada y peligrosa, de unir ambos cuadrados.

Ya había advertido a Napoleón de que se enfrentaba al grueso del ejército enemigo, por lo que este tomó la división de Bon y marchó hacia Nazaret, en un esfuerzo por auxiliarle. Cuando llegó, el día 16, Kléber ya estaba en combate, por lo que condujo a sus hombres en una maniobra circular desde el oeste, rodeando el monte Hamoreh. Ignorando una de las reglas básicas del arte de la guerra, el pachá Abdullah de Damasco no había emplazado vigías que detectasen una posible incursión de ayuda. Al marchar hacia el sureste de Nazaret Napoleón averiguó por el humo y el polvo dónde estaba combatiendo Kléber, en una desproporción numérica de 10 a 1. Irrumpió en el campo de batalla hacia las 12, justo detrás de los turcos. Al aproximarse a través de la cresta de la montaña impidió que los turcos, incluso aquellos que iban a caballo, pudiesen verle. Aunque el valle de Jezreel, desde lejos, parece plano, en realidad contiene ondulaciones y curvas naturales en el terreno de entre 100 y 200 metros. Observando hoy el valle desde el campo de batalla –intacto–, se ve con facilidad cómo pudo el ejército de Napoleón ocultarse mientras rodeaba el monte Hamoreh, sorprendiendo a los turcos por la retaguardia; esta combinación es la ideal para cualquier general, y Napoleón la explotó al máximo. A pesar de huir antes de sufrir bajas de consideración, el ejército otomano se dispersó, esfumándose cualquier posibilidad de reconquistar Egipto.

Tras la batalla Napoleón descansó en un convento en la cercana Nazaret, donde se exhibía la habitación supuestamente ocupada en su día por la Virgen María. Cuando el prior señaló una columna de mármol negro rota, y afirmó «del modo más solemne que pudo», que se había quebrado cuando el arcángel Gabriel «anunció a la Virgen su destino glorioso y santo», algunos de los oficiales estallaron en carcajadas, pero uno de ellos rememoró más tarde que «el general Bonaparte, mirándonos con severidad, nos hizo recuperar la compostura»[38]. Al día siguiente Napoleón volvió a visitar el campo de batalla del Tabor, una práctica habitual en él, antes de regresar a Acre para retomar los ataques y contraataques durante todo el período final de abril.

El día 27 de ese mes el ejército perdió a Caffarelli, uno de sus comandantes más populares, al gangrenársele una herida en el brazo derecho causada por un cañonazo unos días antes. «Nuestro lamento general acompañe al general Caffarelli a la tumba», escribió Napoleón en el Orden del Día. «El ejército pierde a uno de sus líderes más valerosos, Egipto a uno de sus legisladores, Francia a uno de sus mejores ciudadanos, y la ciencia a un erudito ilustre». Entre los heridos en Acre se encontraban Duroc, Eugène, Lannes y cuatro brigadas, y el 10 de mayo Bon corrió la misma suerte bajo sus murallas, de forma letal. El cuerpo de oficiales, por tanto, se situaba al frente de la acción, aspecto clave en su servicio que les ganaba el afecto y el respeto de los soldados. En un bombardeo desde Acre, el ayuda de campo de Berthier murió cerca de Napoleón, y él mismo fue derribado «por el efecto del movimiento del aire» al pasarle cerca una bala de cañón[39]. Sin más papel para los cartuchos, un Orden del Día requirió que todo el disponible se entregase en intendencia.

El 4 de mayo se lanzó un ataque por sorpresa nocturno, pero fracasó. Tres días después, con las velas del refuerzo naval turco a la vista en el horizonte, Napoleón envió a Lannes a intentar tomar la ciudad. Este emprendedor general consiguió colocar una tricolor en la torre noreste, pero no llegó más allá, y fue repelido. Para entonces Napoleón ya consideraba frente a Berthier que Acre era un mero «grano de arena», indicando que se planteaba abandonar el asedio. Estaba convencido también de que sir Sidney Smith era «una especie de lunático», porque el comodoro inglés le había retado a un combate singular bajo las murallas. Napoleón replicó que para él Smith no era un igual, y que «no se batiría en duelo salvo que los ingleses fueran capaces de levantar a Marlborough

de su tumba»[40]. Smith se las ingenió también para falsificar una supuesta carta «interceptada a Napoleón», en la que este lamentaba ante el Directorio el peligro que corría su ejército. Algunos desertores distribuyeron copias entre las tropas, y se dice que, cuando Napoleón descubrió una, «la rompió en pedazos con gran furia», y prohibió que se comentase nada sobre el particular. Esta triquiñuela caló entre los turcos, y su embajador en Londres envió una copia al ministerio de Asuntos Exteriores pensando que era auténtica[41].

Aun así, la muestra más aguda de guerra psicológica de Smith no fue ni la desinformación ni la información falsa, sino el suministro de información real a Napoleón. Bajo una bandera de tregua le hizo llegar numerosos ejemplares de periódicos recientes, ingleses y europeos, que permitieron a Napoleón averiguar la serie de desastres que se había abatido sobre las tropas francesas. El general trataba, desde enero, de encontrar periódicos; ahora podía informarse de las derrotas de Jourdan en Alemania, en las batallas de Ostrach y Stockach de marzo y de la de Schérer en la batalla de Magnano en Italia, en abril. En ese país Francia ya solo conservaba Génova. La República Cisalpina, creación napoleónica, se había derrumbado, y las revueltas renacían en la Vendée. Estas noticias le hicieron asumir, como afirmó más tarde, que «no cabía esperar refuerzos de Francia, tal y como estaba, y sin ellos no se podía llevar a cabo nada más»[42].

El 10 de mayo al amanecer una brigada atacó Acre, trepando sobre los restos en descomposición de los camaradas caídos en asaltos anteriores, pero sin emplearlos deliberadamente a modo de escaleras, como afirmó la propaganda británica. Según un testigo, «algunos penetraron en la ciudad, pero recibieron una lluvia de balas, y al encontrar además nuevas trincheras, se vieron forzados a regresar hasta la abertura». Allí combatieron durante dos horas bajo fuego cruzado[43]. Iba a ser el último asalto; al día siguiente Napoleón decidió levantar el asedio y regresar a Egipto. «La estación está muy avanzada –escribió al Directorio–, y se ha logrado el fin que tenía en mente. Se requiere mi presencia en Egipto… Tras reducir Acre a un montón de piedras, tengo que volver a cruzar el desierto»[44].

El discurso que lanzó a las tropas fue tan falso como la proclamación de que había reducido Acre a escombros: «Unos días más y habríais capturado al pachá en el centro mismo de su palacio, pero en esta estación la captura de Acre no

valdría los días que se perderían»[45] (Al releerlo años después, admitiría con remordimientos: «*C'est un peu charlatan!*»[46]). Contó al Directorio además que había oído que cada día morían en Acre de peste 60 personas, por lo que sería mejor no invadirla en cualquier caso. De hecho, Jezzar no había sufrido ninguna pérdida por peste durante todo el asedio[47]. Lo que sí que era cierto es que Napoleón debía volver a cruzar el desierto antes de que el calor lo hiciese imposible.

Había logrado «el fin que tenía en mente» en la batalla del monte Tabor; el único propósito en capturar Acre consistía en cumplir su sueño de atacar la India a través de Alepo, y establecer un imperio francés en Asia que llegase hasta el Ganges, o posiblemente capturar Constantinopla. Pero, como se ha visto, eran más fantasías románticas que metas alcanzables, especialmente después de que los cristianos sirios hubieron dejado claro que iban a permanecer fieles a Jezzar, en parte debido a la astucia de Smith al recolectar todas las alocuciones de Napoleón a los musulmanes y hacérselas llegar a los cristianos sirios y libaneses. «Si hubiese sido por la población de Acre, todos se habrían adherido a mí», se lamentó Napoleón años después[48]. «Tenía intención de tomar el turbante en Aleppo», con lo que creía haberse podido ganar la adhesión de 200.000 musulmanes.

El 20 de mayo de 1799 el ejército francés abandonó discretamente el asedio, avanzando entre las 8 y las 11 de la noche para evitar ataques desde la *Theseus* y la *Tigre* mientras marchaban por la playa[49]. Se resignaron a perder 33 cañones que no pudieron acarrear, quemando algunos y arrojando el resto al mar[********]. «El general Bonaparte permaneció en la loma durante toda la retirada», recordó Doguereau, uniéndose finalmente a la retaguardia[50]. Napoleón había sufrido el primer revés significativo en su carrera –dado que Bassano y Caldiero no podían ser contados como tales–, y debía abandonar cualquier sueño de ser otro Alejandro en Asia. Resumió sus aspiraciones gloriosas más tarde afirmando: «Habría fundado una religión; me veía marchando hacia Asia, montado en un elefante con un turbante en la cabeza, y en la mano un nuevo Corán, compuesto para adecuarse a mis necesidades»[51]. Existe un evidente elemento de autoparodia y de fantasía en este retrato de sus ambiciones. Parece poco probable que hubiese llegado a convertirse, aunque desde luego pensó en hacerlo. Más tarde diría a Lucien: «perdí mi destino en

Acre»[52]. Fuese por ira, o por evitar que Jezzar le siguiese de cerca, Napoleón empleó técnicas de tierra quemada en su regreso a Egipto, devastando Tierra Santa. Wellington utilizaría estas mismas tácticas contra Masséna en su retirada de Lisboa en 1810, y desde luego los rusos harían lo mismo en 1812. Tuvo que abandonar a 50 heridos de gravedad en el hospital de Monte Carmelo, a cargo de los monjes; todos fueron masacrados cuando llegaron los turcos, y los monjes fueron expulsados del lugar que habían ocupado durante siglos[53]. Al retirarse de Jaffa, espoleado por las tribus árabes del Líbano y de Nablus en la retaguardia, Napoleón ordenó a parte de su caballería que desmontase para ceder sus monturas a los heridos y enfermos. Cuando el caballerizo le preguntó qué montura había que reservar para su uso, Napoleón le golpeó con la fusta gritando: «¿No has oído la orden? ¡Todos a pie!»[54]. Buen ejemplo de puro teatro, excepto para el caballerizo. Lavalette afirmó que era la primera vez que le veía golpear a un hombre.

Al llegar a Jaffa a las 2 de la tarde del 24 de mayo, Napoleón se topó con un dilema agónico. Enfrentado a una agotadora marcha a través del desierto, debía decidir qué hacer con los enfermos de peste que no podrían llegar hasta El Cairo, puesto que la naturaleza de su padecimiento les impedía trasladarse en barco. «Nada más horrible que la vista que se presentó a nuestros ojos durante toda la estancia en el puerto de Jaffa», recordaba Doguereau. «Por doquier había muertos y agonizantes, suplicando ayuda a los transeúntes, o temiendo que se les abandonase, rogando ser embarcados… Había víctimas de la peste en cada esquina, yaciendo en tiendas de campaña y sobre el adoquinado, y los hospitales rebosaban. Abandonamos a muchos cuando nos marchamos. Me aseguré de que se tomaran medidas para que no cayeran vivos en manos de los turcos»[55]. Esas «medidas» tomadas fueron las sobredosis de láudano, suministrado por un boticario turco tras la protesta de Desgenettes, que afirmó que la eutanasia contravenía su juramento hipocrático. Los testimonios oculares franceses afirman que fueron 50 los hombres que murieron así[56]. Napoleón redujo esa cifra a 15, pero defendió su actuación con apasionamiento. «Cualquier hombre en circunstancias similares, en el libre uso de sus facultades, no habría dudado en preferir morir con facilidad pocas horas después, antes que expirar bajo las torturas de esos bárbaros»[57]. A las acusaciones inglesas y borbónicas de crueldad gratuita con sus hombres, que comenzaron no bien terminó la campaña

siria, replicó:

> ¿Creéis que, si hubiese sido capaz de envenenar en secreto a mis hombres, o cualquier otra de las barbaridades que se me atribuyen, como la de conducir mi carruaje por encima de los cuerpos mutilados y heridos, mis tropas habrían luchado bajo mi mando con el entusiasmo y el afecto unánime que mostraron? No, no; me habrían disparado hace mucho; incluso mis heridos habrían tratado de apretar el gatillo para liquidarme[58].

Si las muertes por compasión en Jaffa fueron manipuladas por los propagandistas para manchar la reputación de Napoleón, no hay motivo para rechazar la conclusión a la que llegó Adréossy, su ayuda de campo: «los pocos a los que se mató ya no tenían posibilidad de recuperarse, y se hizo por humanidad»[59].

La marcha a través del desierto, de vuelta a El Cairo, entre una sed abrasadora bajo el calor infernal –Napoleón afirmó que llegaron a los 47º–, fue un momento de decaimiento moral, salpicado de incidentes con oficiales amputados que eran arrojados de sus camillas, a pesar de haber pagado a algunos soldados para que las acarreasen. Un testigo presencial observó cómo esa desmoralización estaba «acabando con cualquier sentimiento generoso»[60]. Aunque no lo sabían, existe una capa de agua cercana a la superficie en la ruta costera que atravesaron, y de haber cavado unos pocos metros habrían dispuesto de ella en casi todo el trayecto. «Bonaparte montó en dromedario, lo que obligó a nuestros caballos a seguir un paso agotador», recordaba Doguereau[61]. La causa fue, según Napoleón, que «había que cubrir 11 ligas [48 kilómetros] diarias para llegar a los pozos de agua, caliente, salada y sulfurosa, que bebían con más avidez que una botella de buen champán en un restaurante»[62]. Según la carta de un soldado, interceptada y publicada por los ingleses, «El descontento es general… Se ha visto a soldados suicidándose en presencia del general jefe, gritando: ¡Esto es culpa tuya!»[63].

Napoleón volvió a entrar en El Cairo el 14 de junio, tras ordenar que se organizase una celebración en honor de las tropas victoriosas, exhibiendo las banderas y los prisioneros capturados. «A pesar de ponernos nuestras mejores galas», recordaba Doguereau sobre el acontecimiento, «ofrecíamos un

espectáculo miserable; carecíamos de todo… la mayoría no teníamos ni gorro ni botas»[64]. Los principales sheiks se trasladaron a El Cairo para dar la bienvenida a Napoleón, y «expresaron la mayor satisfacción por su regreso», aunque cabe dudar de la sinceridad con la que lo hicieron[65]. Napoleón perdió unos 4.000 hombres en la expedición siria, muy lejos de los 500 muertos y 1.000 heridos de los que informó a París[66]. Una semana después de volver a El Cairo, ordenó a Ganteaume que fuese a Alejandría para poner a punto las fragatas de factura veneciana, la *Carrère* y la *Muiron* (en honor de su ayuda de campo) para un largo y muy secreto viaje.

«Dominamos todo el desierto», escribió al Directorio el 28 de junio, «y hemos desbaratado los planes del enemigo para este año»[67]. Lo primero apenas era un alarde, y lo último no era cierto, ya que se acercaba una flota otomana. El 15 de julio, según salía de la Gran Pirámide con Monge, Berthollet y Duroc, fue informado de la llegada de los turcos a Aboukir[68]. Escribió al Gran Diwan, afirmando que la fuerza invasora incluía un contingente ruso, «que aborrecen a los que creen en la unidad de Dios, porque, según sus mentiras, hay tres», que era un modo astuto de emplear la fe ortodoxa rusa en su contra, apelando a las creencias musulmanas[69]. Envió a Marmont, del que presumía que pronto sería asediado en Alejandría, una lista de trucos: «duerme solo durante el día», «toca a diana mucho antes del amanecer», «asegúrate de que ningún oficial se desviste por la noche», y ata a un buen número de perros fuera de las murallas de la ciudad, para que advirtiesen de cualquier ataque sigiloso[70].

Napoleón reunió a todos los hombres disponibles en El Cairo para marchar hacia Alejandría, donde llegó el día 23 de julio por la noche. Muchos soldados dormían bajo las estrellas, envueltos en sus capas. Al aproximarse les informaron de que la pequeña guarnición francesa del fuerte de Aboukir había sido derrotada, y todos sus componentes decapitados frente al comandante turco, el pachá Mustafá. «La noticia causó un efecto terrible –anotó Doguereau–; a los franceses no les gusta este modo cruel de hacer la guerra»[71]. Tan hipócrita como suena, tras lo ocurrido en Jaffa, significó que se tomaron pocos prisioneros dos días después, cuando los 8.000 hombres de Napoleón infligieron una derrota total a los 7.000 turcos, mamelucos y beduinos comandados por Mustafá en la batalla de Aboukir. «Nos vimos obligados a matarlos a todos, hombre a hombre

–escribió Lavalette–, pero vendieron caras sus vidas»[72]. Muchos de los turcos fueron empujados hasta el mar sin más, por parte de Lannes, Murat y Kléber. «De haber sido un ejército europeo –dijo Doguereau–, habríamos tomado 3.000 prisioneros; de este modo tenemos 3.000 cadáveres»[73]. La cifra de 5.000 es más acertada. Es una confesión escueta de la completa indiferencia por la suerte de los enemigos que no fuesen blancos o cristianos[74].

Una vez destruida la segunda oleada invasora turca, y asegurado Egipto, Napoleón decidió regresar con la mayor brevedad a Francia, vulnerable ante la nueva Coalición encabezada por Gran Bretaña, Rusia y Austria. Aunque fue acusado durante mucho tiempo de haber abandonado a sus hombres, en realidad marchaba a la llamada de las armas, puesto que habría sido absurdo mantener al mejor general francés encallado en una posición estratégica marginal en Oriente cuando la misma Francia se enfrentaba a una amenaza de invasión. Abandonó Egipto sin advertírselo ni a Kléber ni a Menou; de hecho indicó al primero que se reuniese con él en Rosetta, como maniobra de distracción mientras se preparaba para embarcar. Para aliviar el mal trago de ser obligado a asumir el mando, Napoleón prometió a Kléber, en una larga misiva con instrucciones, que «pondría especial cuidado» en enviarle una compañía de actores, algo «muy importante para el ejército, y también para empezar a cambiar las costumbres del país»[75]. Cuando Kléber descubrió que Napoleón –al que había empezado a llamar «ese enano corso»– había abandonado Egipto, el alsaciano, directo al hablar, dijo a sus colaboradores: «Ese capullo nos ha dejado tirados, con sus calzones llenos de porquería. Cuando volvamos a Europa se los restregaremos en la cara»[76]. Este placer le fue negado, porque en junio de 1800 un estudiante de 24 años llamado Solimán le mató a puñaladas. Para ejecutar a Solimán se le empaló[77].

Lejos de mostrar cobardía, para Napoleón fue una exhibición de coraje cruzar el Mediterráneo, que en aquel momento era casi un lago inglés. Zarpó de Beida, a 16 kilómetros de Alejandría, el 23 de agosto, con la mayoría de sus colaboradores principales, incluyendo a Berthier, Lannes, Murat, Andréossy, Marmont, Ganteaume y Merlin, así como los *savants* Monge, Denon y Berthollet. Tomó consigo también a un joven esclavo –entre 15 y 19 años, según las distintas versiones–, de origen georgiano y vestido de mameluco, llamado

Roustam Raza, regalo de Sheikh El-Bekri en El Cairo. Roustam se convirtió en su escolta, y durmió a su puerta sobre un jergón, armado con un puñal, durante los siguientes 15 años[78]. «No temas nada», le dijo Napoleón a Roustam, que había sido vendido como esclavo a los 11 años y le tenía pánico a embarcar. «Pronto estaremos en París, y allí tendremos muchas mujeres bellas y mucho dinero. ¡Ya verás, seremos muy felices, mucho más felices que en Egipto!»[79]. Indicó a Desaix, que aún perseguía a Murad Bey, y a Junot, que se encontraba muy lejos del punto de embarque, que se quedasen allí, hablando a este último de «la tierna amistad que te profeso», y tuteándole en todo momento[80].

Napoleón comunicó al ejército que había sido reclamado por el gobierno francés, lo que no era cierto[81]. «Me es doloroso dejar a unos soldados a los que me siento tan unido –dijo–, pero no será por mucho tiempo»[82]. Embarcó en el *Murion* el 22 de agosto y, acompañado por Carrère, levó anclas a las 8 de la mañana siguiente, con viento noreste, que sopló durante dos días y que, con la buena suerte que le caracterizaba, le apartó de los cruceros británicos de la zona. Las dos lentas fragatas venecianas siguieron una ruta enrevesada hasta Francia, bajando por la costa africana hasta el golfo de Cartago, y luego en dirección norte hasta Cerdeña. «Durante todo este viaje tedioso bordeando la costa, no hemos divisado ni un barco –rememoraba Denon–. Bonaparte, como un pasajero ajeno a lo que ocurría, se consagraba a la geografía y a la química, o despejaba su mente compartiendo nuestra diversión»[83]. Durante el viaje, además de aprender de los *savants*, Napoleón «nos contaba historias de terror, para lo que tenía habilidad… Cuando mencionaba al Directorio, lo hacía con una dureza que tenía el aroma del desdén»[84]. Bourrienne le leía libros de historia hasta bien entrada la noche, incluso cuando Napoleón se mareaba por el viaje. «Cuando me pedía la vida de Cromwell –recordaba Denon–, sabía que ya no me iría a la cama»[85]. Oliver Cromwell, el general revolucionario conservador que protagonizó un golpe de estado contra un gobierno al que menospreciaba, se convertiría en un modelo de conducta para Napoleón de un modo que el escritor no podía haber imaginado.

Denon apuntó que el «primer avistamiento de una costa amigable» fue en Córcega. Al entrar en Ajaccio «las baterías de ambas partes lanzaron salvas, y todo el pueblo se lanzó a los botes y rodeó a nuestras fragatas». Lavalette observó que la vista de Ajaccio dejó a Napoleón «profundamente conmovido»,

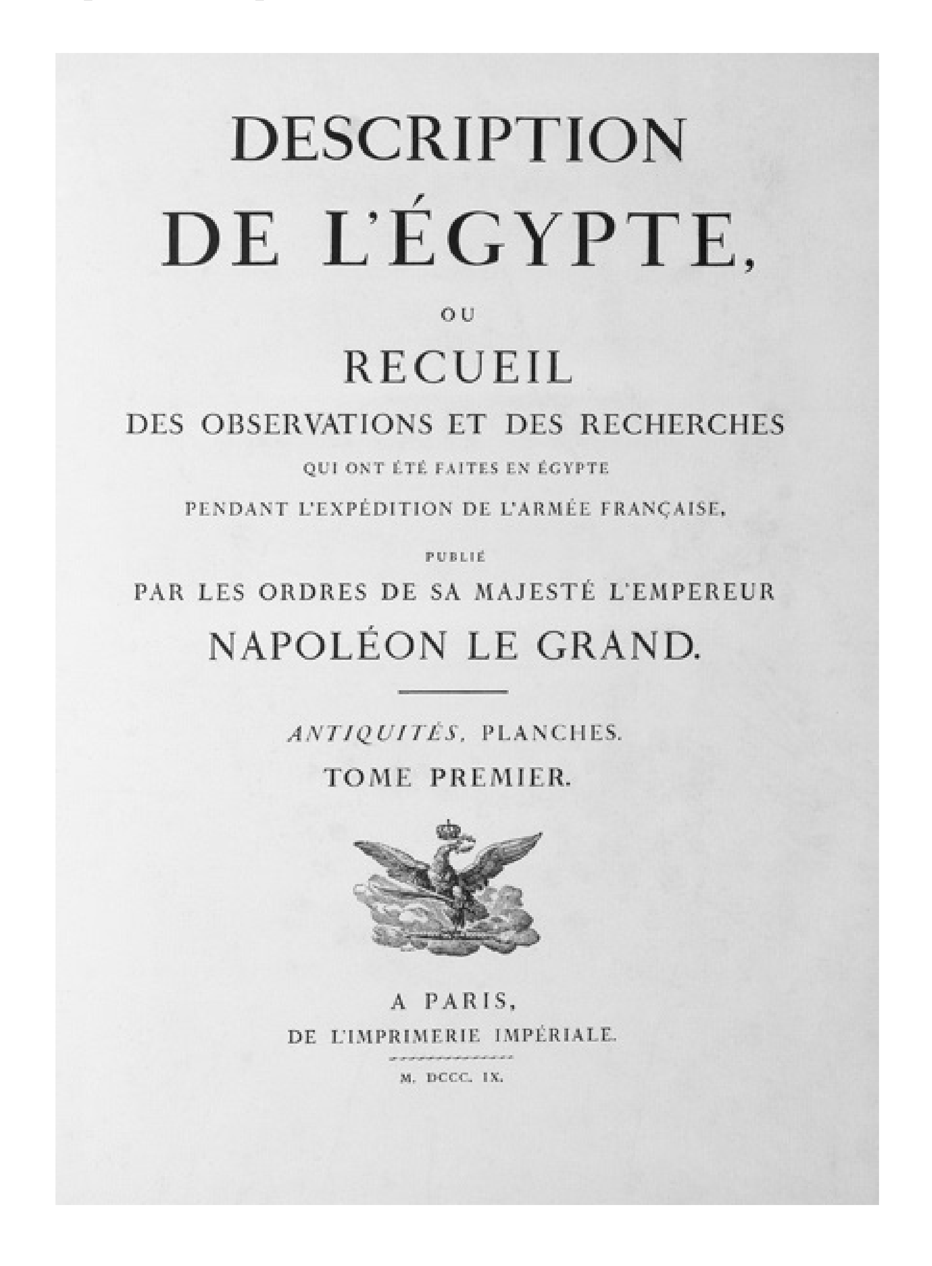
expresión empleada en la época para referirse a las lágrimas[86]. Napoleón pasó sus días allí entre cenas con antiguos partisanos y sirvientes, consiguiendo algo de dinero de Joseph Fesch y «leyendo en los periódicos la narración melancólica de nuestros desastres» en Italia y Alemania[87]. La habitación que ocupó entonces en la Casa Bonaparte todavía se puede visitar; fue la última vez que pisó el hogar de su niñez.

El 6 de octubre Napoleón y los suyos dejaron Ajaccio con dirección a Hyères. Cuando, dos días después, avistaron barcos ingleses a las 6 de la tarde, Ganteaume quiso regresar a Córcega. Impartiendo la primera y última orden de navegación de aquel viaje, Napoleón le indicó que se dirigiese hacia el puerto de Fréjus, en la Costa Azul, no lejos de Cannes. El miércoles 9 de octubre de 1799, a mediodía, desembarcó en suelo francés en una ensenada cerca de Saint-Raphaël. Esa misma noche se encaminó hacia París. Había sido un viaje memorable, y hasta 1803 Napoleón conservó una maqueta del *Muiron* en su escritorio; posteriormente ordenó que el barco «se conserve como un monumento y descanse en algún lugar, preservado todavía unos cientos de años… Para mí sería una mala superstición si le ocurriese algo malo a esta nave»[88]. Fue desguazado en 1850.

La aventura egipcia, después de un año y cinco meses, terminó para Napoleón, pero no para el ejército que había dejado atrás. Permaneció allí hasta que Menou tuvo que capitular ante los ingleses dos años después. En 1802 le permitieron a él, a su ejército y a los restantes *savants* volver a Francia. Napoleón admitió haber perdido 5.344 hombres en la expedición, una estimación muy baja teniendo en cuenta que hasta la rendición en agosto de 1801 habían muerto unos 9.000 soldados y unos 4.500 marinos, y desde su partida no habían tenido lugar demasiados combates, incluyendo el asedio de Alejandría[89]. No obstante había capturado el país, tal y como se le ordenó, repeliendo dos invasiones turcas, y volviendo en auxilio de Francia cuando esta corría peligro. Kléber envió un informe devastador al Directorio, denunciando el comportamiento de Napoleón en la campaña desde sus mismos inicios, señalando los casos de disentería y oftalmía y la carestía de armas, pólvora, munición y vestimenta entre las tropas. Pero, a pesar de que el documento fue interceptado por la Royal Navy, no se publicó con tiempo suficiente como para

perjudicar políticamente a Napoleón, un ejemplo más de esa suerte que empezaba a confundir con su Destino.

Los mayores logros a largo plazo de la campaña egipcia de Napoleón no fueron militares o estratégicos, sino intelectuales, culturales y artísticos. En 1809 Vivant Denon publicó el primer volumen de la extensa y magistral *Description de l'Égypte*, que comenzaba proclamando haber sido «publicada por orden de Su Majestad el Emperador Napoleón el Grande».


DESCRIPTION
DE L'ÉGYPTE,
OU
RECUEIL
DES OBSERVATIONS ET DES RECHERCHES
QUI ONT ÉTÉ FAITES EN ÉGYPTE
PENDANT L'EXPÉDITION DE L'ARMÉE FRANÇAISE,
PUBLIÉ
PAR LES ORDRES DE SA MAJESTÉ L'EMPEREUR
NAPOLÉON LE GRAND.

ANTIQUITÉS, PLANCHES.
TOME PREMIER.

A PARIS,
DE L'IMPRIMERIE IMPÉRIALE.
M. DCCC. IX.

En el prefacio se afirmaba que Egipto había sido invadido por Alejandro y por los Césares, en misiones que sirvieron de modelo para la de Napoleón.

Fueron apareciendo sucesivos volúmenes de esta obra extraordinaria durante toda la vida de Napoleón y después, hasta alcanzar los 21, constituyendo un monumento en la historia de la erudición y trabajo editorial. Los *savants* no habían pasado nada por alto. Plasmaron en detallados dibujos a escala (de 50 por 70 centímetros), en blanco y negro y en color, de obeliscos, esfinges, jeroglíficos, cartelas, pirámides y faraones, así como de pájaros, gatos, serpientes y perros momificados, de El Cairo, Tebas, Luxor, Karnak, Asuan y los demás templos del Antiguo Egipto. Según el volumen XII, el rey Ozymandias no mostraba ninguna «mueca en la boca, y desdén de frío dominio», como sugiere Shelley, sino una sonrisa cautivadora. También aparecían algunos soldados ociosos haraganeando en primer plano en los dibujos, pero más por motivos de escala que propagandísticos.

Además de material de egiptología antigua, los volúmenes incluían mapas detalladísimos del Nilo, de las ciudades y aldeas modernas, e impresiones de minaretes y paisajes, bocetos de los canales de irrigación, y dibujos de monasterios y templos, distintas clases de columnas, vistas de embarcaciones, zocos, tumbas, mezquitas, canales, fortalezas, palacios y ciudadelas. Incluían enciclopédicos bocetos arquitectónicos con planos desarrollados longitudinales y laterales, precisos hasta el centímetro. Sin triunfalismo político, los múltiples volúmenes de la *Description de l'Égypte* sí que representaban el apogeo de la civilización francesa y, más aún, napoleónica, causando un efecto profundo en la sensibilidad artística, arquitectónica, estética y decorativa europea.

Por otra parte el ciudadano Ripaud, bibliotecario del Instituto de Egipto, que había escapado por poco de la mordedura de una «serpiente astada» en una gruta tebana, redactó un informe de 104 páginas para la Comisión de las Artes acerca del estado de las antigüedades conservadas, desde las cataratas del Nilo hasta El Cairo[90]. El mayor descubrimiento de los *savants* fue la Piedra Rosetta, una estela en tres lenguas hallada en El-Rashid, en el delta del Nilo. Antes de tratar de descifrar los jeroglíficos realizaron copias, y tradujeron la parte en griego[91]. Entre los términos del acuerdo de paz tras la retirada francesa de 1801 se incluía la cesión de la Piedra a los ingleses, que la enviaron al Museo Británico, donde aún permanece a salvo. El Instituto cercano a la Plaza Tahrir en El Cairo fue incendiado trágicamente durante las revueltas de la Primavera Árabe el 17 de diciembre de 2011, y casi todos los 192.000 libros, diarios y otros manuscritos –

incluyendo el único existente de la *Description* de Denon– fueron destruidos.

---

[*] Los magrebíes procedían de Argelia, Marruecos, Tunicia, Mauritania y Libia, y los arnaútes, de un territorio tan alejado como Albania.

[**] Las ciudades que se negaban a rendirse cuando tenían ocasión eran consideradas dignas de ser saqueadas; los ingleses dominaron Badajoz tras tres días de saqueo y violaciones masivas en 1812, tan extendidas que Wellington tuvo que erigir un patíbulo –que no utilizó– para recuperar el control sobre sus hombres. Era tan contrario al pillaje y a las violaciones como Napoleón.

[***] Mediante fotografías aéreas tomadas por el ejército alemán en 1917 es posible identificar la playa en la que tuvo lugar la masacre, al sur de la antigua Jaffa, ocupada hoy por un aparcamiento; las rocas hacia las que nadaron las víctimas forman parte del malecón actual.

[****] Napoleón nunca pisó Jerusalén, en contra de lo que afirmaba un poster de la oficina de turismo israelí en una campaña en el metro de París en 1996: «Napoleón disfrutó de muchas siestas en Jerusalén. ¿Por qué tú no?».

[*****] Cuando esta plaga surgió en Alejandría, Napoleón puso en práctica otro de sus castigos inusuales. El doctor Boyer, que se había negado a atender a las víctimas, fue obligado a caminar por las calles vestido de mujer, con un cartel que decía: «Indigno de ser ciudadano francés; le teme a la muerte».

[******] En castellano en el original.

[*******] Denominación militar para diversos elementos de las fortificaciones (N. del T.).

[********] Unos pocos fueron hallados en 1982, y se pueden contemplar hoy en el Museo Arqueológico de Tel Dor, incluyendo un cañón con el sello de Carlos IV de España fundido en 1793, y un mortero con el monograma caligráfico de Selim III, capturado en Jaffa.

9. BRUMARIO

Regresé a Francia en un momento afortunado, cuando el gobierno existente era tan nefasto que no podía continuar. Me convertí en su jefe; todo lo demás vino por descontado. Esta es mi historia en pocas palabras.

Napoleón en Santa Helena

Los hombres que han cambiado el mundo nunca han triunfado por ganarse a los poderosos, sino por agitar a las masas. El primer método es fruto de las intrigas, y solo ofrece un resultado limitado. El segundo es el recorrido del genio, y cambia el rostro del mundo.

Napoleón en Santa Helena

Napoleón llegó a París desde Saint-Raphaël pasando por Aix –donde le robaron el equipaje–, Aviñón, Valence, Lyon y Nevers, y alcanzó la capital la mañana del miércoles, 16 de octubre de 1799. Disfrutó durante la ruta de una «marcha triunfal», y allí por donde pasó fue recibido como el salvador de Francia[1]. Cuando se detuvo en Lyon se interpretó en su honor una obra titulada *El regreso del héroe*, frente a la multitud que abarrotaba las calles. Le vitorearon con tal fuerza que las frases no se escucharon, aunque también es cierto que habían sido escritas esa misma noche, y no hubo ensayos previos. El futuro oficial de caballería de 17 años Jean-Baptiste de Marbot recordaba: «La gente bailaba en los grandes espacios, y el aire vibraba con los gritos de ¡Hurra por Bonaparte! ¡Salvará al país!»[2]. Le fascinaron Napoleón y sus veteranos colegas, especialmente por «su aire marcial, sus rostros bronceados por el sol oriental, sus curiosos vestidos y los sables turcos que pendían de cordones»[3].

Antes de determinar el camino asumible políticamente, Napoleón debía decidir qué hacer matrimonialmente. Aunque lo ignoraba, Josefina había tratado

de poner fin al romance con Hippolyte Charles en febrero de ese año. «Puedes estar seguro que tras esta entrevista, que será la última, nunca más te verás molestado por mis cartas o por mi presencia», le escribió. «La mujer honesta que ha sido engañada debe retirarse y no decir nada»[4]. Aun así le continuó escribiendo acerca de algunos asuntos económicos turbios relacionados con los contratos del Ejército de Italia hasta una fecha tan tardía como octubre, y después pretendió –sin éxito– colocar en un puesto de trabajo a un amigo. Finalmente Charles fue el que rechazó a la despechada Josefina en los asuntos románticos, y a partir de entonces el atildado húsar de compañía salió de las páginas de la historia. Cuando Napoleón alcanzó el poder absoluto, muy poco después, no hizo ningún intento por perseguirle o por castigarle.

Hacía dieciséis meses que conocía la infidelidad de Josefina, por lo que la ira se había disipado casi por completo, y además había tomado ya amplias represalias por medio de Paulina Fourès. Un divorcio le habría dañado políticamente, especialmente entre los católicos devotos, y Josefina era de gran ayuda por sus conexiones realistas y entre la alta sociedad, así como a la hora de suavizar el daño causado por su brusquedad entre los más sensibles. A pesar de que su prodigalidad era patológica, las facturas que llegaban a su nombre solían ser negociables, y cuando se abonaba la mitad de su importe los proveedores quedaban satisfechos, pues aun así habían logrado un beneficio considerable.

El primer lugar al que se dirigió Napoleón fue la rue Victoire, señal en sí misma de que estaba dispuesto a perdonarla, y cuando el 18 de octubre Josefina llegó desde Malmaison –un encantador caserón a 10 kilómetros al oeste de París, comprado por 325.000 francos prestados cuando Napoleón estaba en Egipto–, tras tomar un camino erróneo en su intento por interceptarle, estalló entre ellos una escena doméstica notable. Tras las puertas cerradas se escucharon gritos, lloros y súplicas de rodillas. Con las maletas preparadas, Josefina reclutó a Hortense y al convaleciente Eugène para apelar a la sensibilidad semipaternal de Napoleón, sólida y genuina, y al fin se produjo una dramática reconciliación. Cuando llegó Lucien a la mañana siguiente para ver a su hermano, le condujeron al dormitorio, donde la pareja estaba sentada en la cama[5]. No es difícil suponer que Napoleón manipuló hasta cierto punto la titánica riña para acabar logrando un dominio absoluto sobre su esposa hasta el final de su matrimonio; en adelante ella le fue fiel, cosa que él, desde luego, no hizo.

Otras teorías sobre por qué permaneció junto a ella sostienen que «sus lágrimas le ablandaron», que provocaba su sensualidad y con eso le bastaba, que se creyó sus negaciones –la menos probable–, que estaba demasiado preocupado por la política como para dedicarle tiempo a los asuntos domésticos, que quería un hijo o que, en definitiva, estaba enamorado de ella a pesar de todo. Sea cual fuere la verdadera razón o la combinación de ellas, el hecho es que le perdonó todo a Josefina, y no volvió a hacer nunca alusión a su infidelidad, ni frente a ella ni frente a nadie. En adelante reposaron en una confortable felicidad doméstica, hasta que emergieron las consideraciones dinásticas, una década después. Parecía que en esta ocasión ella cayó rendida y enamorada, a pesar de llamarle siempre «Bonaparte». La historia de Napoleón y Josefina, por tanto, no fue tan romántica como quisiera la leyenda, al modo de la de Romeo y Julieta, sino algo más sutil, más interesante y, a su manera, no menos digna de admiración.

Entre su llegada a París y su reconciliación con Josefina, Napoleón se había encontrado con Louis Gohier, un abogado y político que se había incorporado al Directorio en junio, y que, en virtud de su sistema de presidencia rotativa trimestral, lo encabezaba. El 17 de octubre fue agasajado públicamente, portando en aquella ocasión un gorro cilíndrico egipcio, una capa verde oliva y una cimitarra turca que pendía de un cordón de seda. Al panegírico de Gohier Napoleón respondió que solo tomaría su espada para defender a la República y a su gobierno[6]. En privado el Directorio debía dirimir entre arrestar a Napoleón por desertor –había abandonado a sus tropas en Egipto sin que mediase la orden de hacerlo– y por romper la cuarentena, o felicitarle por vencer en las batallas de las Pirámides, el monte Tabor y Aboukir, conquistar Egipto, abrir un paso a Oriente y establecer una vasta y nueva colonia francesa, tal y como señalaban sus propagandistas. Si el Directorio se había tomado en serio alguna vez la sugerencia de Bernadotte acerca de someterle a una corte marcial, desechó con prontitud la idea al escuchar el grito espontáneo de sus propia guardia, que vitoreó: «¡Viva Bonaparte!», nada más reconocerlo en el exterior de la cámara del consejo[7].

Durante los siguientes días la rue de la Victoria se vio asediada por la muchedumbre de espectadores y admiradores. El general Paul Thiébault,

combatiente en Tívoli, se encontraba en el Palacio Real cuando se enteró del regreso de Napoleón:

> La conmoción general en París no dejaba dudas de la veracidad de las noticias. Las bandas militares del acuartelamiento de la ciudad ya desfilaban por las calles como signo de reconocimiento público, seguidas por enjambres de soldados y ciudadanos. Al anochecer se prendieron rápidamente las luces de todos los barrios, y el regreso se anunció en todos los teatros con gritos de ¡Viva la República!, ¡Viva Bonaparte! No era el regreso de un general; era el regreso de un líder bajo el aspecto de un general… En Francia solo quedaba el espectro de un gobierno. Desgarrado por las distintas facciones, el Directorio estaba a merced del primer ataque[8].

Pero ese asalto debía ser planeado. Conspirar para derogar la Constitución del Año III –que Napoleón había jurado solemnemente defender– suponía una traición, penalizable con la guillotina. Eran tantos los complots para derrocar al Directorio arremolinados en París que Napoleón no tendría que ser el primero en urdir uno. En ese mismo mes de junio, solo un día después de que el poder legislativo hubiese reemplazado a Jean-Baptiste Treilhard por el antiguo jacobino Gohier, se produjo un pequeño golpe, el llamado *journée parlamentaire* (día parlamentario), por el que el general Joubert, con el apoyo de Barras y Sieyès, sustituyó por la fuerza a La Révellière y a Douai como Directores, poniendo en su lugar a Pierre-Roger Ducos y al exjacobino general Jean-François Moulin. Exceptuando a Barras, Carnot y Sieyès, ninguno de los trece Directores que hubo entre 1795 y 1799 mostró demasiado talento político.

Entre los que visitaron a Napoleón durante los siguientes días se sucedieron todos los conspiradores principales del golpe que se preparaba. El primero a la puerta fue Talleyrand, al que se había obligado a renunciar como ministro de Exteriores en julio, tras ser sorprendido demandando insistentemente una «gratificación» de 250.000 dólares a los tres enviados americanos a París –de honorabilidad impecable (uno de ellos llegaría a ser juez del Supremo, John Marshall)–, antes de dignarse a negociar el pago de los préstamos contraídos[9]. A Talleyrand le preocupaba que Napoleón le reprochase su no comparecencia en Constantinopla, pero fue perdonado en el acto. Otro visitante madrugador fue

Pierre-Louis Roederer, un político maleable pero muy inteligente, que había sido designado para ocupar un escaño en los Estados Generales en 1789; había sobrevivido a todos los regímenes subsiguientes, y acabaría por convertirse en uno de los asesores más cercanos de Napoleón. Apareció también Michel Regnaud de Saint-Jean d'Angély, el antiguo editor al que Napoleón había encomendado la administración de Malta, así como Antoine Boulay de la Meurthe, un firme adepto entre el Consejo de los Quinientos, la cámara baja legislativa. Entre los conspiradores de octubre también estuvo el contralmirante Eustache Bruix, del escuadrón de Brest, el «educado y caballeroso» burócrata Hugues-Bernard Maret, y un veterano oficial de policía, el antiguo jacobino Pierre-François Réal[10].

Todos ellos ocuparían cargos relevantes en el gobierno de Napoleón tras el golpe; varios acabaron siendo miembros del Consejo de Estado, y casi todos, pares de Francia. Otra figura crucial en el golpe fue la de Lucien Bonaparte, electo para el Consejo de los Quinientos en junio de 1798 a los 23 años, y que en breve sería su presidente, permitiendo a los conspiradores revestir su golpe de un constitucionalismo espurio. «Alto, enfermizo, de extremidades como las de una araña, y cabeza pequeña», le describió Laure d'Abrantès, «tan corto de vista que entrecerraba los ojos y debía adelantar la cabeza»[11]. Como para ser elegido era necesario tener 30 años, se falsificó su certificado de nacimiento en cumplimiento del requisito[12].

«Brumario» quiere decir «estación de bruma y niebla»; algo apropiado si se trata de recomponer las piezas del mecanismo que se puso en marcha poco después, porque de forma deliberada Napoleón no dejó nada por escrito; solo sobreviven dos cartas de los 33 días entre su llegada a París el 16 de octubre y el 18 Brumario, cuando estalló el golpe, y ninguna es comprometedora[13]. Esta vez, el hombre que solía escribir una media de 15 cartas al día, lo haría todo de palabra. Ya había sufrido una vez el escrutinio de su correspondencia, a la búsqueda de algo por lo que guillotinarle, y esta vez no iba a ocurrirle lo mismo. Para sus apariciones públicas retomó el uniforme del Instituto, en lugar del de general.

El golpe no fue ideado por Napoleón, sino por el Abbé Sieyès, que había sustituido a Reubell como Director en mayo de 1799, y que pronto llegó a la conclusión de que el gobierno que dirigía era demasiado corrupto e

incompetente para lidiar con los graves asuntos a los que se enfrentaba Francia. Sus compañeros de conspiración, incluyendo a Ducos, Director también y compinche suyo, al jefe de policía Joseph Fouché y al ministro de Justicia Jean-Jacques Régis de Cambacérès, poseían un peso político mayor que el de los amigos de Napoleón, excepto Talleyrand, y para Sieyès el general era solo la «espada», el músculo necesario para que la empresa tuviese éxito. El Abbé estaba entre aquellos que odiaban personalmente a Napoleón, y el sentimiento era mutuo. En privado había sugerido que lo fusilasen por desertar en Egipto, y Napoleón afirmó que Sieyès debería perder su puesto en el Directorio por estar vendido a Prusia –de lo que no hay ninguna prueba–[14]. Cuando dispararon en el corazón a su primera opción, el general Joubert, en la batalla de Novi al norte de Génova –coincidiendo con el cumpleaños de Napoleón–, Sieyès no tuvo más opción que volverse hacia Napoleón; del resto de generales importantes, Jourdan apoyaba la constitución, Schérer estaba desacreditado por las derrotas, Jacques Macdonald, hijo de un jacobita de los Highlands, y Moreau habían rechazado la propuesta, y Pichegru para entonces ya combatía en las filas del enemigo. Como en el Vendimario, el papel principal recayó sobre Napoleón casi por descarte.

Finalmente fue Talleyrand el que persuadió al reluctante Sieyès de que eligiese a Napoleón, aduciendo su intachable historial republicano y la falta de alternativas[15]. En lo que respecta a Napoleón, se afirma que le dijo: «Tú quieres el poder y Sieyès la constitución, así pues, unid vuestras fuerzas»[16]. La popularidad de Napoleón fue un factor de peso en la decisión de Sieyès; durante una visita al teatro *des Celèstins* se sentó al fondo, enviando a Duroc a las primeras filas, pero «el clamor por Bonaparte se hizo tan violento y unánime» que se vieron obligados a intercambiar los asientos, como seguramente había supuesto Napoleón que ocurriría[17].

Napoleón y Sieyès no se vieron por primera vez hasta la tarde del 23 de octubre. «Me encargaba de negociar las condiciones políticas del acuerdo», recordó Roederer. «Remitía a cada uno sus posturas respectivas sobre la constitución que se debía establecer, y sobre el puesto que tendría cada cual»[18]. Napoleón no se cerraba a ninguna opción, y sopesaba otras ofertas, aunque ninguna de un grupo tan bien conectado políticamente. El número de complots para derrocar al Directorio que se estaban urdiendo en secreto durante esos meses podía llegar a los diez.

De la multitud de errores que había cometido el Directorio durante los cuatro años anteriores, ninguno se podía achacar con credibilidad a un Napoleón ausente. Las derrotas en el extranjero habían despojado a Francia de los territorios conquistados en 1796-1797, y le habían apartado de los mercados alemán e italiano. Además de la guerra contra la Segunda Coalición formada por Rusia, Inglaterra, Portugal, Turquía y Austria, también se produjo la denominada «Quasi-Guerra» contra Estados Unidos a causa del pago de las deudas, que estos afirmaban deber a la corona francesa y no al Estado. El ministerio de Guerra había sido ocupado por más de cuatro ministros en ocho meses durante el año anterior, y los atrasos en la paga de los soldados eran tan prolongados que la deserción, el bandolerismo y el asalto de caminos se extendían por todas las zonas rurales. Las revueltas realistas en la Provenza y la Vendée resurgían. El bloqueo de la Royal Navy arruinaba el comercio por mar y el papel moneda era casi inservible. Los impuestos sobre la tierra, puertas y ventanas, la toma de rehenes sospechosos de apoyar a los Borbones y la ley de Jourdan de 1798, que convirtió las levas en masa de emergencia en algo que se parecía mucho al servicio miliar obligatorio universal, eran de una impopularidad generalizada. La corrupción en los contratos gubernamentales se extendía más de lo habitual y se daba por sentado –acertadamente– que implicaba a Directores como Barras. Existían fuertes restricciones a la libertad de prensa y de asociación. Las elecciones para renovar un tercio de la asamblea legislativa de 1798 y 1799 se veían como un fraude general, y –punto crucial– los compradores de clase media de los *biens nationaux* (propiedades nacionalizadas) temían por la seguridad de sus adquisiciones.

Pocas plagas socavan tanto una sociedad como la hiperinflación, y el premio político para el que pudiese acabar con ella era enorme. Los diputados de la asamblea se habían asignado salarios a salvo de la inflación, vinculándolos al precio de 30.000 kilogramos de trigo. El Directorio abolió la Ley de Máximos, que mantenía los precios bajos en artículos como el pan, la harina, la leche o la carne, por lo que las malas cosechas de 1798 provocaron que una libra de pan alcanzase los 3 soles, por primera vez en dos años, y esto provocó acaparamiento, revueltas y una ansiedad general. Pero puede que lo peor de todo fuese que el pueblo no veía posibilidad de mejora, ya que las revisiones de la

constitución debían ser ratificadas tres veces por ambas cámaras, en intervalos de tres años, y después por una asamblea especial para dar por cerrado un proceso que llevaba 9 años[19]. Esta situación no era susceptible de producirse en una legislatura tan fluctuante e inestable como la de finales de 1799, que incluía a realistas camuflados, *Feuillants* constitucionalistas –moderados–, antiguos girondinos, neojacobinos «patrióticos» y valiosos, pero escasos, partidarios del Directorio. En contraste, las constituciones que había impuesto Napoleón recientemente en las repúblicas Cisalpina, Veneciana, Ligur, Lemánica, Helvética y Romana, junto con sus reformas administrativas en Malta y Egipto, le mostraban como un republicano celoso y eficiente, que confiaba en el fuerte control ejecutivo y central, soluciones ambas que podrían dar buen resultado en la Francia metropolitana.

Sin embargo Francia, en el otoño de 1799, no era un estado fallido, y de hecho con respecto a algunas zonas el Directorio tenía motivos para sentirse optimista. Se habían acometido ciertas reformas económicas, Rusia había abandonado la Segunda Coalición, la situación en la Vendée mejoraba, las fuerzas británicas habían sido expulsadas de Holanda, y Masséna acumulaba victorias en Suiza, lo que significaba que Francia ya no afrontaba una amenaza inminente de invasión[20]. Pero no era suficiente para disipar la impresión general entre los franceses del fracaso del Directorio, y tal y como expresó entonces Napoleón: «la pera estaba en su punto»[21]. No existía hueco para él dentro de la estructura política existente, dado que la edad mínima para un Director era aún de 40 años, Napoleón tenía 30, y Gohier no parecía mostrarse partidario de alterar la constitución para él.

Se ha acusado a Napoleón de asesinar la democracia francesa en el Brumario, y lo hizo, pero en aquel entonces ni siquiera el parlamento de Westminster era parangón de las ideas jeffersonianas, puesto que la mayoría de escaños se elegían entre unos pocos electores, y permaneció firmemente anclado en manos de una oligarquía aristocrática hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de que el golpe se ha definido como el destructor de la libertad en Francia, desde el de Termidor, que derrocó a Robespierre y alumbró al Directorio en julio de 1794, se había producido un intento de golpe en el Vendimiario de 1795, la purga de Fructidor de 1797 y el día parlamentario de Pradial de junio de 1799. A pesar de su indudable sesgo anticonstitucional, el

golpe de Brumario estaba lejos de ser una novedad en la política francesa. Napoleón había jurado defender la constitución, y gran parte de su popularidad se debía a la creencia de que era un verdadero republicano. Pero, «cuando la casa se está derrumbando, ¿es tiempo acaso de ocuparse del jardín?», preguntó retóricamente Napoleón a Marmont. «Aquí es indispensable un cambio»[22].

Durante el desayuno en la rue de la Victorie del 26 de octubre Napoleón criticó abiertamente al Directorio frente a Thiébault, señalando el contraste entre el ímpetu de sus soldados en Italia y el letargo del gobierno. «Una nación siempre es lo que tengas la inteligencia de hacer de ella», afirmó. «El triunfo de las facciones, los partidos, las divisiones, es culpa solo de las autoridades… Ningún pueblo es malo bajo un buen gobierno, al igual que no hay malas tropas con un buen general… Estos hombres están arrastrando a Francia al nivel de su propia torpeza. La degradan y esta comienza a repudiarlos». Opiniones tan francas como esta se habían pagado con la vida en momentos anteriores de la Revolución, pero Napoleón se sentía suficientemente seguro hablando de sedición con un camarada al que esperaba ganarse, y concluyó con una de sus maldiciones más habituales: «Bueno, ¿qué puede esperar un general de un gobierno de abogados?»[23]. «Nadie es más pusilánime que yo al trazar un plan militar», dijo Napoleón a Roederer el día 27. «Exagero los posibles peligros y los posibles daños en cada circunstancia. Me sumo en una agitación agotadora, lo que no evita que parezca muy sereno frente a los que me rodean. Soy como una mujer que está dando a luz. Y, cuando me decido, me olvido de todo excepto de lo que puede llevar al éxito»[24]. Napoleón aplicó esta misma atención obsesiva al diseño del golpe de Brumario. Las acciones concretas no se pueden conocer, por la ausencia total de evidencias escritas contemporáneas, pero, una vez puesto en marcha, todos parecían saber dónde estar y qué hacer.

Días antes del golpe, el Directorio, seguramente sospechando lo que iba a ocurrir, ofreció a Napoleón que eligiese un ejército en el extranjero para dirigirlo, pero este lo rechazó por motivos de salud. Al mismo tiempo, a través de la prensa y en secreto, le acusaron de malversación en Italia, cosa que él negó con vehemencia[25]. Hay una anécdota de este período que cuenta que mientras Napoleón conspiraba en casa de Talleyrand se escuchó un fuerte ruido en la calle. Temiendo ser detenidos, los conspiradores apagaron las velas y corrieron a

los balcones, para descubrir aliviados que el estruendo procedía de un accidente provocado por un carruaje que llevaba de vuelta desde el Palais-Royal a unos jugadores[26]. En lo que respecta al juego en el que estaban participando ellos, una ley aprobada el 29 de octubre les prestó gran ayuda, porque suspendió los pagos preasignados a los proveedores gubernamentales, hasta que se auditasen sus cuentas. El contratista Jean-Pierre Collot, protegido de Cambacérès y financiador de la conspiración, comprendió que a partir de entonces no tenía nada que perder[27].

El momento en el que Napoleón decidió cruzar su Rubicón llegó al día siguiente, mientras cenaba con Barras en el Palacio de Luxemburgo, lugar de trabajo y residencia de todo el Directorio. Tras la cena, Barras propuso que el general Gabriel d'Hédouville, al que Napoleón consideraba «excesivamente mediocre», se convirtiese en presidente de Francia para «salvar» la República. Aunque acumuló méritos en Valmy, en Santo Domingo (moderna Haití), había sido obligado a retirarse por el líder nacionalista revolucionario negro Toussaint L'Ouverture, y desde luego no tenía madera presidencial. «En lo que a ti respecta, general», dijo Barras a Napoleón, «tu intención es volver al ejército, y yo, enfermo, impopular, acabado, no sirvo más que para volver a la vida privada»[28]. En una de sus narraciones de ese encuentro Napoleón afirmaba que se limitó a mirar a Barras sin responder, pero, en otra, «respondí de forma calculada para convencerle de que no tenía intención de engañarle. Bajó la vista y dejó caer algunos comentarios entre dientes que me hicieron decidirme de una vez por todas. Desde su apartamento en el Luxemburgo bajé al de Sieyès… Le dije que me había decidido a unirme a él»[29].

Barras, tras caer en la cuenta de su enorme error, se dirigió a la rue de la Victoria a las 8 de la mañana siguiente tratando de corregirlo, pero Napoleón se disculpó aduciendo que «estaba cansado e indispuesto, y que no terminaba de acostumbrarse a la humedad de la atmósfera de la capital, después de venir del clima seco del desierto de Arabia», y dio por terminada la conversación con «lugares comunes del mismo estilo»[30]. Napoleón se encontró en secreto con Sieyès en casa de Lucien el 1 de noviembre para coordinar los detalles de un golpe al que para entonces ya se habían unido Talleyrand y Fouché.

Joseph Fouché no era un jefe de policía ordinario. Había sido un oratoriano con intención de unirse a la Iglesia hasta que se convirtió en un jacobino regicida

en 1793. Más interesado en el poder que en la ideología, mantenía numerosos contactos con los realistas y protegió a muchos sacerdotes, sobre todo oratorianos, a pesar de ser el líder del partido anticlerical. «Todo el mundo conoce a este personaje», escribió Napoleón a su futuro ayuda de campo, el conde Philippe Ségur, «de estatura media, pelo del color del lino, lacio y escaso, delgadez activa, rostro largo y expresivo con la fisonomía de un hurón nervioso; no se puede olvidar su mirada penetrante y fanática, no obstante taimada, ni sus pequeños ojos inyectados en sangre, el modo de hablar cortante y errático, que armoniza con su actitud incansable y molesta»[31].

Fouché reclutaba espías, entre otros, entre buhoneros, carniceros, peluqueros, cerrajeros, fabricantes de pelucas, perfumistas, taberneros, el antiguo mayordomo de Luis XVI, un jacobino conocido como «Patapalo Collin», la baronesa Lauterbourg y la regente de un burdel en el 133 del Palais-Royal[32]. «Un día mirará en mi cama», bromeaba Napoleón sobre él, «y al día siguiente en mi cartera»[33]. Para Napoleón era una buena noticia que Fouché se incorporara al golpe, porque jamás se había unido a un bando que resultara luego ser el perdedor; aun así, también había diseñado un plan de contingencia para arrestar a los «rebeldes» si el intento fracasaba[34]. La actitud de Napoleón hacia Fouché durante el golpe, y después de este, se resume en la frase «Fouché, y solo Fouché, es capaz de gobernar el ministerio de Interior. No podríamos crear a un hombre así; tenemos que tomarlo tal como lo encontramos»[35].

El 6 de noviembre ambas cámaras legislativas organizaron un banquete por suscripción de 700 cubiertos en honor de Napoleón y del general Moreau en la iglesia de Saint-Sulpice –renombrada como Templo de la Victoria durante la Revolución–, cuya estructura cavernosa recordaba a una catedral, y cuyas torres eran tal altas que el gobierno las empleaba para la señalización con banderas. Sus negros muros y su acústica pensada para convertir las palabras en un mantra resonante hacían de este lugar el menos indicado para acoger una recepción de tales dimensiones en una noche fría de noviembre, aunque su majestuosidad era innegable. Casi toda la Francia política estaba allí, pero faltaba Bernadotte, quien –según Barras– se negó a incluir su nombre a la lista «hasta que Bonaparte no dé una explicación satisfactoria sobre los motivos que le llevaron a abandonar a su ejército», añadiendo: «No me interesa cenar en compañía de un apestado»[36].

Se dice que Napoleón «solo cenó huevos», por temor a ser envenenado a manos del Directorio, y se marchó temprano[37]. Su discurso se centró en la necesidad de unidad entre los franceses, un motivo poco arriesgado sobre el que volvería repetidamente en las semanas y meses sucesivos.

En todo caso, de entre todas las invitaciones cursadas para participar en banquetes en su honor, casi la única que aceptó Napoleón fue la de Cambacérès, al que afirmó «estimar enormemente»[38]. Cambacérès, gordo, pomposo, homosexual, sibarita y epicúreo, procedía de una distinguida familia de juristas de Montpellier. Votó a favor de la ejecución de Luis XVI, pero solo para provocar la invasión austriaca. Fue uno de los pocos abogados apreciados por Napoleón, y se convirtió en uno de sus consejeros de confianza más cercano, junto con Duroc. «Poseía un gran talento para la conversación», observó Laure d'Abrantès, «y sus anécdotas se volvían novedosas y divertidas por su modo de hablar… Acarreaba la reputación de ser el civil más capacitado de todo el país»[39]. En su descripción añadía también que era «extraordinariamente feo… nariz larga, una gran barbilla y piel amarillenta». Cambacérès buscaba más la influencia que el poder, y rehuía la fama, y se le permitió siempre expresar en privado su oposición a las decisiones de Napoleón porque su lealtad era incuestionable. Además el corso no era intolerante; a parte de su cercanía con Cambacérès, nombró a Joseph Fiévée, abiertamente homosexual, prefecto del departamento de Nièvre, lugar en el que él y su compañero sentimental dejaron estupefactos a los habitantes.

La capacidad de discernimiento de Cambacérès, tanto para las personas como para las políticas, era ejemplar. «Las dos únicas personas que podían templar los accesos de ira de Napoleón eran Cambacérès y Josefina», recordaba un ministro. «Este último siempre se aseguró de no alentar o contradecir su carácter impetuoso, lo que le habría empujado a ponerse aún más furiosos le daba tiempo para dictar los edictos más injustos, y esperaba con sabiduría y paciencia el momento en el que el acceso de ira se hubiese disipado, para hacer entonces algunas observaciones»[40]. Junto a lo «divertido» de sus anécdotas, Cambacérès poseía también un amplio sentido del humor. Tras ser informados de una de las victorias de Napoleón durante una cena, Josefina anunció a los comensales que habían logrado «*vaincu*» (vencer), lo que Cambacérès pretendió entender como «*vingt culs*» (veinte traseros), y bromeó: «¡Ahora nos toca

elegir!». Durante su reinado Napoleón trató de convencerle de que abandonase el consumo de drogas, pero asumió que «era el hábito de un soltero empedernido (*vieux garçon*)», y no insistió[41]. Su confianza en él era tal que le cedió el gobierno de Francia durante sus ausencias bélicas, una confianza a la que Cambacérès respondió enviándole informes diarios sobre todos los asuntos imaginables.

El golpe se planificó en dos etapas. El Día Primero, organizado para el jueves, 7 de noviembre (16 Brumario) de 1799, Napoleón asistiría a una sesión convocada *ad hoc* en la cámara alta, la de los Ancianos, que se reunía en las Tullerías, para informarles allí de que a causa de los complots promovidos desde Inglaterra y de las amenazas neojacobinas la República estaba en peligro, por lo que debían otorgar su autorización para que el pleno del día siguiente, tanto Ancianos como la cámara baja –los Quinientos–, tuviese lugar en el antiguo palacio de los Borbones de Saint-Cloud, a 10 kilómetros al oeste de París. Espoleados por Sieyès, los Ancianos nombrarían a Napoleón comandante de todas las tropas del 17º distrito militar (i.e., París). Ese mismo día Sieyès y Ducos renunciarían a su puesto en el Directorio, y se persuadiría a Barras, Gohier y Moulin para que hiciesen lo mismo, mediante un acertado cóctel de amenazas y sobornos, creando un vacío de poder. A continuación, en el Día Segundo, Napoleón se desplazaría a Saint-Cloud y persuadiría al poder legislativo de que, en vista de la emergencia nacional, la Constitución del Año III debía ser derogada y sustituida por una nueva que reemplazaría al Directorio por un gobierno ejecutivo de tres miembros, denominado –con una adecuada resonancia latina– el Consulado, formado por Sieyès, Ducos y él mismo; a continuación tendrían lugar las elecciones para designar unas nuevas asambleas legislativas, que Sieyès ya estaba diseñando. Este estaba convencido de tener a los Ancianos controlados. Si los Quinientos se resistían a la autoabolición, el presiente recientemente electo, Lucien, disolvería la cámara. Las taras del plan eran evidentes. Un golpe de dos días arrebataba a los conspiradores la iniciativa, y sin el traslado a Saint-Cloud los diputados de izquierda podrían llamar a la revuelta en los *faubourgs* de París y de las Secciones, en defensa de la Constitución del Año III. Una lucha en el centro de París reduciría mucho las posibilidades de éxito. El segundo problema era mantener el golpe en secreto

para evitar que Barras, Gohier y Moulin pudiesen tomar medidas a su vez mientras se seguía sobornando a todos los miembros necesarios de entre los Ancianos como para que la moción de trasladar la cámara a Saint-Cloud fuese aceptada.

Lo primero que falló fue que el golpe al completo se tuvo que posponer dos días, porque algunos de los Ancianos –«esos imbéciles», según Napoleón– empezaron a inquietarse ante el panorama que se avecinaba, y hubo que tranquilizarlos[42]. «A ellos les daré suficiente tiempo como para que, entre ellos, se den cuenta de que puedo hacerlo sin ellos», comentó con optimismo Napoleón, y aprovechó esos dos días para persuadir a Jourdan de que no obstaculizase el golpe, incluso en el caso de que no pudiese apoyarlo. Cuando el cuerpo de oficiales del acuartelamiento de París solicitó que Napoleón les pasase revista, respondió que se presentasen ante él a las 6 de la mañana del 9 de noviembre, nuevo Día Primero.

La noche del día 7 cenó en la calle Cisalpine con Bernadotte y su familia, junto con Jourdan y Moreau, y trató de tranquilizar a los tres generales por los sucesos que iban a desencadenarse. Bernardotte, que se había casado con la que fue prometida de Napoleón y cuñada de José, Désirée Carly, mientras este estaba en Egipto, se mostró muy escéptico, y miraba el golpe desde la barrera; llegó a decir a Napoleón: «Te van a guillotinar», a lo que este, «tranquilamente», replicó: «Ya veremos»[43]. Moreau, por el contrario, accedió a colaborar arrestando a los Directores el Día Primero en el Palacio de Luxemburgo, mientras Jourdan se remitía a su política de limitarse a no obstaculizar el intento. Su republicanismo le llevó a no reconciliarse nunca del todo con Napoleón, y fue el único de sus treinta y seis mariscales que no obtuvo un título nobiliario[44].

El 8 de noviembre, el día previo al golpe, Napoleón reveló sus intenciones al coronel Horace Sébastiani, que había sido herido en Dego, y había combatido también en Arcole; le prometió que el 9º Regimiento de Dragones estaría a su disposición la mañana siguiente. Esa noche cenó con Cambacérès en el ministerio de Justicia, y al parecer se mostró completamente relajado, cantando su himno revolucionario favorito, el «Pont-Neuf», que según sus colaboradores solo entonaba cuando «su ánimo estaba tranquilo y su corazón satisfecho»[45]. Desde luego podía estar interpretando un papel para sus compañeros de conspiración, mientras le devoraban los nervios, como se podía deducir de la

carta que envió a Roederer, en la que se comparaba con «una mujer dando a luz».

A las 6 de la mañana, fría y gris, del 9 de noviembre (18 Brumario) de 1799, 60 oficiales del 17º Distrito, acompañados por miembros de la Guardia Nacional, se congregaron en el jardín frente a la casa de la calle de la Victoria. Vestido de civil, Napoleón «explicó con contundencia la situación desesperada de la República y les pidió un testimonio de devoción hacia su persona, con un juramento de fidelidad a las dos cámaras»[46]. La jugada era inteligente, porque sugería que estaba protegiendo a las cámaras, cuando de hecho se encontraba a punto de abolirlas.

Mientras tanto, en las Tullerías, Sieyès empleaba su influencia para conseguir que los Ancianos aprobasen todos los decretos necesarios antes de las 8 de la mañana, incluido el que designaba a Napoleón comandante del 17º Distrito y de la Guardia Nacional, a pesar de que técnicamente esa competencia recaía en el ministro de Guerra, que respondía ante el Directorio y no ante los Ancianos[47]. Un segundo decreto explicaba que los Ancianos habían trasladado la sede de la sesión, de las Tullerías a Saint-Cloud, «para restaurar la paz doméstica», y ordenaba «calma» a los parisinos, afirmando que, «en breve, el Cuerpo Legislativo estará de nuevo entre vosotros»[48]. Los miembros de los Ancianos más proclives a oponerse al decreto simplemente no fueron informados de la reunión extraordinaria (y extraordinariamente temprana), uno de los trucos más viejos en política. Sin darse cuenta de lo que estaba pasando, Gohier firmó el decreto de Saint-Cloud ingenuamente.

Nada más recibir la notificación del decreto de los Ancianos, Napoleón cambió sus ropas por las de general y cabalgó hasta las Tullerías, donde llegó a las 10, encontrándose allí con Sébastiani y sus dragones. El nuevo ministro de Guerra, el neojacobino Edmond Dubois de Crancé, había ordenado explícitamente que no se produjese ningún movimiento de tropas sin su consentimiento «bajo pena de muerte», pero la orden fue ignorada. Se recibió a Napoleón con solemnidad en la cámara de los Ancianos, y pronunció un discurso más, llamando a la unidad nacional, que fue bien recibido. «Vosotros sois la sabiduría de la nación», les aduló, «depende de vosotros el dictar las medidas que en estas circunstancias pueden salvar a nuestro país. Nombro al

general Lefebvre mi lugarteniente. Cumpliré con lealtad la misión que me habéis encomendado. En vano se podría mirar al pasado para encontrar un ejemplo de lo que está ocurriendo; no hay nada en la historia que se parezca al final del siglo XVIII»[49]. Terco y valeroso, François-Joseph Lefebvre era el hijo de un molinero que ostentaba el grado de sargento a comienzos de la Revolución, combatiente en Bélgica y Alemania; para tranquilidad de todos, parecía encarnar las virtudes republicanas.

Se dice que, mientras atravesaba cabalgando la Plaza de la Revolución, donde Luis XVI, María Antonieta, Danton, Babeuf, los hermanos Robespierre y tantos otros habían sido guillotinados, espetó a sus compañeros de conspiración: «Mañana dormiremos en el Luxemburgo, o acabaremos aquí»[50].

El Día Segundo, 10 de noviembre (19 Brumario), Napoleón se levantó a las 4 de la mañana y cabalgó hasta Saint-Cloud. Mientras tanto, en el Palacio de Luxemburgo, Gohier se despertaba con un mensaje de Josefina, entregado en mano por Eugène, con la invitación para él y su mujer a compartir el desayuno a las 8, donde habrían sido puestos bajo arresto domiciliario si hubieran aceptado. Dubois de Crancé había acusado a Napoleón de tramar un golpe, pero Gohier se negó a dar crédito a los rumores después de hablar con su ministro del Interior, Fouché, que, al ser interrogado acerca de las novedades, replicó: «¿Novedades? Ninguna, la verdad»[51]. Gohier no era tan ingenuo como para tranquilizarse, por lo que envió a su mujer, amiga de Josefina, a desayunar en su lugar. Lavalette observó que Josefina tuvo que «rebajar el estado de alarma de madame Gohier, para obtener la sumisión de su marido»[52].

Moreau llegó al palacio de Luxemburgo a última hora de la mañana y consiguió que la guardia palaciega se uniese a él; arrestó a Barras, Gohier y a Moulin y les exigió que dimitiesen como Directores. Talleyrand y Bruix habían convencido ya a Barras, ofreciéndole un trato por el que mantendría sus numerosos bienes, además del fruto de sus muchos años de corrupción al frente del gobierno[53]. Gohier y Moulin se resistieron durante un día, pero finalmente firmaron[*]. Talleyrand, según su costumbre, estaba obteniendo beneficios de la situación. Cuando Napoleón le preguntó años después cómo había amasado su fortuna, respondió con desenfado: «Nada más sencillo; compré bonos [estatales] el 17 Brumario y los vendí el 19»[54].

Napoleón se dirigió a los Ancianos en Saint-Cloud, pero la puesta en escena

de su oratoria no les causó gran impresión, y a sus oídos no resultó tan atractiva como al leerla:

> Estáis sobre un volcán. La República ya no tiene gobierno; el Directorio se ha disuelto, las facciones se agitan; ha llegado la hora de tomar una decisión. Nos habéis convocado, a mis compañeros de armas y a mí, para que sirvamos de ayuda a vuestra sabiduría, pero el tiempo escasea. Tenemos que decidir. Sé que nos referimos a César, a Cromwell, como si el momento actual se pudiese comparar con el pasado. No, yo solo quiero la seguridad de la República, y apoyaré las decisiones que vais a tomar[55].

Hizo referencia a sus granaderos, «cuyos gorros puedo ver a las puertas de esta cámara», y se dirigió a ellos para decir a los Ancianos: «¿Os he engañado alguna vez? ¿Rompí alguna vez mis promesas cuando, en los campamentos, en medio de las privaciones, os prometí victorias y prosperidad y, poniéndome en cabeza, os llevé de triunfo en triunfo? Decídselo a ellos ahora; ¿lo hice por mi propio interés o por el de la República?». Por supuesto las tropas le vitorearon, pero un miembro de los Ancianos, llamado Linglet, se alzó y dijo con voz fuerte: «General, aplaudimos sus palabras; por lo tanto, jure obediencia con nosotros a la Constitución del Año III, porque eso es lo único que puede conservar la República». Estas palabras produjeron «un gran silencio»; Napoleón había caído en una trampa. Reflexionó unos instantes, y dijo: «Ya no hay Constitución del Año III; la violasteis el 18 Fructidor, cuando el gobierno atentó contra la independencia del poder legislativo». Les recordó después el golpe de Pradial, argumentando que, dado que la constitución «había sido violada, necesitamos un nuevo pacto, nuevas garantías», pasando por alto señalar que él había sido uno de los principales instigadores de Fructidor[56].

Tras recibir una cierta atención respetuosa por parte de los Ancianos, y contando con el refuerzo de sus camaradas en el exterior, Napoleón recorrió la suave pendiente de unos 100 metros que le separaba del palacio Orangery, donde se reunían los Quinientos. La recepción allí fue muy distinta. El intervalo entre el Día Primero y el Segundo había otorgado a la oposición tiempo suficiente para organizarse y tratar de impedir la formación del Consulado provisional que Napoleón y Lucien iban a proponer. Los Quinientos incluían a muchos más

neojacobinos que los Ancianos, y eran casi el doble en números absolutos; siempre serían mucho más difíciles de convencer. Al iniciar sus sesiones a mediodía habían ido pasando lista para que todos jurasen lealtad a la Constitución del Año III[57]. Lucien, Boulay y todos los bonapartistas fueron obligados a tomar el juramento por orden alfabético, entre los abucheos de los neojacobinos a causa de su hipocresía. Este ritual permitió a los diputados lanzar breves proclamas acerca de las bondades de la constitución, que los guardias escucharon.

Cuando Napoleón llegó acompañado de algunos oficiales y soldados, los diputados más jóvenes del ala izquierda manifestaron su enfado por la presencia de hombres de uniforme a las puertas de una cámara democrática. Napoleón entró solo y tuvo que recorrer a buen paso medio salón para alcanzar el estrado, acompañado por los gritos de los diputados. Un testigo presencial, el neojacobino Jean-Adrien Bigonnet, escuchó a Napoleón responder gritando: «¡No quiero más facciones, esto se tiene que acabar; no quiero que vuelva a pasar!»[58]. Recordaba Bigonnet: «Confieso que el tono de autoridad procedente del líder de las fuerzas armadas, en presencia de los depositarios del poder legítimo, me hizo indignarme… Esta sensación de peligro se veía en casi todos los rostros». Napoleón, según las descripciones, se mostraba «pálido, emocionado, titubeante», y nada más surgir la posibilidad de que estuviese en peligro físico, Lefebvre y cuatro granaderos de gran altura, armados con espadas –uno de ellos medía más de 1,80 metros incluso destocado– irrumpieron en el salón para rodearle, lo que excitó la ira de los diputados[59].

«¡Abajo el tirano!», comenzaron a aullar, «¡Cromwell!», «¡Tirano!», «¡Abajo el dictador!», «*Hors la loi!*» (¡Proscrito!)[60]. Estos gritos implicaban una amenaza para los conspiradores, porque durante el Terror –que había terminado apenas cinco años antes– la proscripción había sido muchas veces el paso anterior a la ejecución, y el grito «*À bas le dictateur!*» se había escuchado por última vez mientras Robespierre subía al cadalso. Lucien trató de restablecer el orden, golpeando con el martillo presidencial y llamando al silencio, pero para entonces varios diputados ya habían abandonado sus escaños y estaban empujando, zarandeando, abucheando y abofeteando a Napoleón, agarrándole incluso por el collar de brocado, de tal forma que Lefebvre y los granaderos se tuvieron que interponer entre él y los iracundos diputados[61].

Lavalette había sido el encargado de desplazarse a primera hora a la cámara de la Orangery para informar a Napoleón de todo lo que sucediese, y recordaba cómo este «estaba tan aprisionado entre los diputados, sus hombres y los granaderos… que pensé que iban a acabar por asfixiarlo. No podía avanzar ni retroceder»[62]. Napoleón, al fin, fue expulsado de la cámara, y el granadero Thomé acabó con la manga de su uniforme rasgada en el rifirrafe. «Consiguió salir al patio», observó Lavalette, «montó en su caballo al pie de las escaleras, y dio órdenes para que Lucien se reuniese con él. Para entonces la ventana de la cámara estaba abierta de par en par, y algunos miembros de los Quinientos le señalaban gritando "¡Abajo el dictador!", "¡Proscrito!"»[63]. Otro testigo, el diputado Théopile Berlier, narró cómo «tras su retirada, a la que sucedió una gran agitación, con gritos de "Proscrito", su hermano Lucien se subió a la tribuna para justificarlo, pero no se le oía; así pues, muy irritado, y quitándose el uniforme propio de su cargo, abandonó la sala»[64]. Algunos diputados trataron de mantener a Lucien físicamente en la silla de presidencia, para proseguir con la legalidad técnica de la sesión mientras presentaban una moción para proscribir a Napoleón, pero los granaderos pudieron sacarle también de la Orangery[65].

Montrond, secretario de Talleyrand, relató después a Roederer la «súbita palidez» de Napoleón cuando supo que los Quinientos estaban votando esa moción[66]. Sin embargo, su testimonio no es indudable, porque tanto Montrond como Talleyrand observaron estos acontecimientos desde la distancia, desde el pabellón del palacio[67]. Collot también estaba allí, con 10.000 francos en la mano por si todo se torcía. Sieyès –más cercano a los eventos, pero con un carruaje y seis caballos preparados por si acaso– se mantuvo sereno, y declaró que todo aquel que proclamase que Napoleón era un proscrito lo sería él mismo por definición, la clase de razonamiento empleado por los defensores de los aristócratas durante el Terror y que, a pesar de su falta de lógica, animó a los conspiradores[68].

Se ha acusado a Napoleón de titubear durante la media hora que siguió a su expulsión de la Orangery. Lavalette se mostró convencido de que ese momento fue el de mayor peligro, porque, «si un general de reputación se hubiese puesto al frente de las tropas del interior» –Augereau, por ejemplo, o Jourdan o Bernadotte–, «habría sido difícil averiguar lo que podría ocurrir después»[69]. ¿Perdió el temple Napoleón el 19 Brumario, como se ha insinuado en ocasiones,

acusándole de cobardía, llegando incluso a desmayarse y a tener que ser llevado fuera por su escolta?[70]. El forcejeo pudo haber sido desagradable, pero nada comparado con recibir una herida de pica en el muslo, o ver cómo una bala de cañón mataba a su ayuda de campo. «Prefiero hablar a los soldados que a los abogados», afirmó al día siguiente, refiriéndose a los Quinientos. «No estoy acostumbrado a las asambleas; ya llegará el momento»[71].

La ferocidad de los diputados cogió a Napoleón por sorpresa, pero las acusaciones de falta de compostura y de haber tratado de achacar todo a Lucien son exageradas. A pesar de que Lavalette detalló cómo Napoleón «caminaba con gran agitación en un apartamento amueblado con dos armarios», diciendo a Sieyès: «¡Ahora verás lo que van a hacer!» y «golpeando el suelo con la fusta» mientras exclamaba: «¡Hay que acabar con esto!», solo puede hacer referencia a los momentos previos a su discurso ante los Ancianos, el Día Segundo, y no tras hablar frente a los Quinientos, y por lo tanto evidencia su frustración e impaciencia, y no su falta de temple[72]. Tras su escape/expulsión de la Orangery, los conspiradores elucubraron un plan de emergencia, que pusieron en marcha tras la salida de Lucien. Pasaron esa media hora esperando a que apareciese el hermano de Napoleón, haciendo correr la voz de que este había sido golpeado por los diputados, y planeando cómo persuadir a los guardias del Cuerpo Legislativo de que apoyasen el golpe.

Durante este paréntesis peligroso fue cuando Augereau, miembro de los Quinientos que no se había decantado aún por ninguna opción, salió a la Gallería de Marte para decir a Napoleón, de forma poco oportuna: «Ahora sí que estás en un buen lío», a lo que este replicó: «¿Y qué?, en Arcole fue mucho peor»[73]. Según la narración posterior de Napoleón, incluso amenazó a Augereau, diciendo; «Créeme, es mejor que estés tranquilo si no quieres acabar siendo una víctima. En media hora verás cómo cambian las cosas»[74]. Fuese cual fuese la respuesta, ambas dan a entender que Napoleón era consciente de la chapuza en la que se había convertido la segunda parte del golpe, y de la posición complicada en la que estaba, pero también manifiestan que estaba lejos de sufrir una sangría catastrófica de valor[75]. Aún más, ambas respuestas evidencian que tenía un plan para darle la vuelta a la situación.

El siguiente paso era ganarse a la Guardia del Cuerpo Legislativo, compuesta

por 400 hombres bajo el mando del capitán Jean-Marie Ponsard. Para lograrlo no intervino solo Napoleón, sino que se puso en marcha una representación de puro teatro, no solo orquestada; puede que incluso ensayada previamente. Resonaba con claridad la respuesta que había dado Napoleón al cónsul francés en Génova, justo antes de su arresto en 1794, cuando escribió acerca de Augustin Robespierre: «Aunque fuese mi propio hermano, si hubiese intentado ser un tirano, le habría apuñalado yo mismo»[76]. Ahora, cinco años después, Lucien afirmó exactamente lo mismo al saltar sobre su caballo para arengar a las tropas, aludiendo a una mayoría de los Quinientos aterrorizada por una minoría de fanáticos a sueldo del oro inglés. Tras este discurso desenvainó la espada, se la puso en el pecho a Napoleón, y gritó: «Juro que atravesaré el corazón a mi propio hermano si intenta cualquier cosa contra la libertad de los franceses»[77]. La promesa era tan falsa como histriónica, pero funcionó. También fue la última vez que alguno de los hermanos de Napoleón mostró algo que no fuese una absoluta lealtad hacia él, hasta la misma batalla de Waterloo.

«Capitán», dijo Napoleón a Ponsard, al menos según un testimonio muy posterior, «tome a su compañía y vaya ahora mismo a dispersar aquella asamblea sediciosa. Ya no son los representantes de la nación, sino unos canallas, causantes de todas sus desgracias». Ponsard preguntó qué debía hacer en caso de resistencia. «Use la fuerza», replicó Napoleón, «incluso la bayoneta». «Con eso bastará, *mon général*»[78]. Con el general Charles Leclerc (casado con Paulina, la hermana de Napoleón) y Murat (prometido con su otra hermana, Caroline), Bessières, el mayor Guillaume Dujardin de la 8ª Sección, y otros oficiales, como Lefebvre y Marmot, denunciando a los abogados-políticos, supuestamente comprados con el oro de Inglaterra, los soldados de Ponsard no dudaron en despejar la Orangery, ignorando los gritos de «*Vive la République!*» de los diputados, y sus clamores por la ley y la constitución[79].

«Solo había transcurrido media hora», refirió Berlier, «cuando las puertas principales del salón se abrieron con gran estruendo y vimos al ejército empujado por Murat, entrando a bayoneta calada para vaciarlo». Tras su entrada los diputados Joseph Blin, Louis Talot y Bigonnet –una fuente cita también a Jourdan– les imploraron que desobedeciesen a sus oficiales, pero no lo hicieron[80]. Por temor al arresto algunos diputados huyeron, empleando parte de ellos –según la leyenda– las ventanas para saltar al patio de la Orangery.

Según Lavalette «se despojaron de sus togas romanas y de sus gorros cuadrados, para huir de incógnito con facilidad»[81]. Los granaderos parecieron considerar su papel crucial a la hora de subvertir la constitución con total ecuanimidad. Antepusieron a las órdenes de sus representantes electos las de los oficiales, bajo cuyo mando muchos de ellos habían combatido –y a los que habían oído llamar héroes en los barracones, a su vuelta de Egipto–. Cuando hubieron de elegir entre obedecer a los gigantes del ejército o seguir las instrucciones de los políticos que protestaban por su arresto en la Orangery, no les cupo la menor duda. También les influyó el hecho de que un antiguo ministro de Guerra, el general Pierre de Beurnonville, estuviese presente y les alentase; a finales de ese mes Napoleón le envió un par de pistolas con esta frase grabada: «Día de St-Cloud, 19 Brumario, Año III». Lefebvre y Bessières recibieron presentes similares[82].

Al final del Dïa Segundo, avanzada la noche, Lucien reunió a todos los diputados de la Orangery favorables al golpe, sumando según las fuentes unos 50, lo que representaba solo el 10% del total de la cámara baja[83]. «Ya no hay Directorio –decretaron– por todos los excesos y todos los crímenes a los que tan inclinados se mostraban»[84]. Nombraron a Sieyès, Ducos y Napoleón –en este orden– cónsules provisionales, señalando que los dos primeros habían sido Directores, aparentando una continuidad constitucional, aunque de forma espuria. El grupo de Lucien suspendió también la actividad de ambas cámaras durante cuatro meses –aunque luego se descubrió que sería para siempre–, y ordenó la expulsión de 61 oponentes del nuevo régimen, casi todos neojacobinos, aunque solo 20 marcharon al exilio[85]. Una comisión interina de 50 miembros, 25 por cada cámara, se encargaría de redactar una nueva constitución, aunque todos asumieron que Sieyès ya la había escrito.

¿Intentaron apuñalar aquel día a Napoleón en la Orangery, como afirmaron los partidarios del golpe? Es imposible saberlo con certeza, entre la gran cantidad de testimonios sobre los hechos, discordantes y muy influidos políticamente, pero parece improbable, en parte porque ese día no se derramó sangre ni de Napoleón ni de ningún otro. El uso de pequeños cuchillos era frecuente en aquella época, para afilar las plumas de escritura, o abrir ostras, más que como arma para defenderse, y las largas togas de terciopelo azul con las que

se vestían los Quinientos eran un buen escondite. Por supuesto, Lucien y Marmont dijeron a las tropas que Napoleón había sido atacado con un puñal, y Lavalette describió al diputado corso antibonapartista Barthélemy Aréna blandiendo uno, pero nadie más pareció haberlo visto. (Aréna envió una carta al *Journal des Républicains* el 23 Brumario afirmando que se encontraba en la otra punta del salón, pero por si acaso abandonó el país)[86]. Una exposición antinapoleónica del golpe, en cuatro volúmenes publicados en 1814, afirma que cuando lo que se gritaba era «Cromwell» y «Tirano», «Cincuenta diputados se arremolinaron a su alrededor, empujándole, hablándole, echándole hacia atrás; uno de ellos sacó un puñal arañando sin querer la mano de un granadero cercano al general, y soltando su arma se perdió entre la multitud»[87]. No explica cómo se puede herir a alguien sin querer en la mano en esas circunstancias, y al parecer solo arañaron ligeramente al granadero Thomé cuando le rasgaron la manga del uniforme, pero no le cortaron[88].

La primera vez que se hizo mención del puñal en el *Moniteur* fue el 23 Brumario, y para entonces los bonapartistas ya habían tomado del todo la maquinaria propagandista del gobierno. Ningún otro periódico se hizo eco, pero el supuesto ataque con un puñal se convirtió en un elemento importante para justificar la evacuación del salón, y pasó a formar parte esencial de los grabados y pinturas que se editaron poco después. En un año ya se había publicado en Londres un grabado con el título «Bonaparte en el Cuerpo Legislativo», por ejemplo, con Napoleón enfrentándose valerosamente a una muchedumbre criminal de diputados furiosos que esgrimían puñales. «El general Bonaparte», reza el Orden del Día del 11 de noviembre, «expresa su particular agradecimiento a los valientes granaderos que se cubrieron de gloria al salvar la vida de su general cuando estaba a punto de caer bajo el ataque de los diputados armados con puñales»[89]. Thomé se convirtió en un héroe y se le concedió una pensión vitalicia de 600 francos, un anillo de diamantes valorado en 2.000 *écu* y un beso de Josefina en una recepción tres días después[**]. Pero la verdadera pregunta debería ser: ¿por qué se alzó un solo cuchillo, como mucho, en defensa de la Constitución, si no en Saint-Cloud, al menos en París? Si el Directorio o los Quinientos hubiesen gozado de algún apoyo popular, se habrían levantado barricadas en París esa misma noche, al igual que en otras ciudades importantes de Francia al recibir la noticia, pero de hecho no se alzó ninguna, ni se disparó

un solo tiro. Los suburbios de clase obrera, como el *fabourg* Saint-Antoine, no apreciaban al Directorio y no se alzaron. En cambio la cotización de la Deuda Pública al 3% en la Bolsa se disparó desde los 11,40 francos del día anterior al golpe hasta los 20 francos una semana después[90]. Surgió cierta oposición localizada, muy lejos de París; en Pas-de-Calais, Jura y los Pirineos Orientales las autoridades manifestaron su inquietud, pero nadie estaba dispuesto a llegar a la guerra civil contra el Consulado y contra Napoleón, y en poco tiempo esas voces se disiparon.

La clave del Brumario, sin embargo, no residió en la abolición del Directorio, ya que fue un fracaso y era probable que cayese, sino que ambas cámaras legislativas fuesen también abolidas, así como la Constitución del Año III. La impopularidad del Directorio no había infectado al poder legislativo; los neojacobinos no suponían una gran amenaza, y la nación no se encontraba ante un peligro inminente. Y aun así Napoleón y Sieyès lograron con éxito clausurar tanto los Ancianos como los Quinientos sin ninguna reacción popular significativa. Una década después de la Revolución muchos franceses anhelaban un liderazgo fuerte, y reconocían que el proceso parlamentario dificultaba su existencia, al igual que una Constitución casi imposible de enmendar. Así pues, se mostraban partidarios de la suspensión temporal del gobierno representativo, para que Napoleón y sus conspiradores cortasen el nudo gordiano. Desde luego a la opinión pública parisina le era indiferente que Napoleón hubiese empleado la fuerza para hacerse con el poder o no. Los oficiales del ejército valoraban el orden, la disciplina y la eficiencia, virtudes a las que en aquel momento Napoleón daba más importancia que a la libertad, la igualdad y la fraternidad, de acuerdo con la mayoría del pueblo francés entonces. Fue capaz de proporcionar a Francia una historia de éxito nacional mientras, tal y como él mismo afirmaba, «esos Directores no saben qué dar a la imaginación de la nación»[91]. Aunque las victorias de Napoleón formaban parte de su atractivo, también lo eran los tratados de paz que había alcanzado para una nación para entonces exhausta por la guerra.

En aquel momento Brumario no se describió como un golpe de Estado, a pesar de que lo era, y de que el término se empleaba con frecuencia en el léxico político (así se denominó a la purga de Termidor). Para los contemporáneos fueron simplemente *les journées* (los días). A pesar del melodrama que

acompañó a los eventos –Lucien señalando con su espada al pecho de Napoleón, el anillo de diamantes de Thomé gracias a un ataque con puñal que probablemente no llegó a ocurrir, y demás–, los neojacobinos se habían mostrado más firmes de lo esperado, y, si la Guardia del Cuerpo Legislativo hubiese mostrado alguna lealtad a los Quinientos, los conspiradores se habrían visto en una situación muy comprometida. El día posterior al golpe de Brumario, cumpliendo su propia profecía, Napoleón y Josefina durmieron en el Palacio Luxemburgo, trasladándose desde el apartamento de Gohier en la planta baja al ala derecha del palacio en la rue de Vaugirard, a solo un centenar de metros de la prisión de Saint Joseph des Carmes en la que Josefina había estado, cinco años antes, tan cerca de morir.

---

[*] Moulin se reenganchó en el ejército y sirvió bajo las órdenes de Napoleón; Gohier se retiró a sus posesiones, y más tarde se convirtió en embajador en Holanda.

[**] Más tarde el hijo del diputado Auguste-Louis Petiet sostuvo que a Thomé se le había enredado la manga en el arma de un compañero (*18-Brumaire*, Lentz, p. 329, *Le Directoire IV*, Sciout, p. 652, nº 1).

PARTE II

DOMINIO

10. CÓNSUL

Si dura un año, llegará muy lejos.

Talleyrand, sobre el consulado de Napoleón

Las masas… hay que dirigirlas sin que sean conscientes de ello.

Napoleón a Fouché, septiembre de 1804

A las diez en punto de la mañana oscura y lluviosa del lunes, 11 de noviembre de 1799, Napoleón llegó al Palacio de Luxemburgo vestido de civil y escoltado por seis dragones, para poner en marcha el Consulado provisional[*], en el mismo salón en el que se reunía el Directorio[1]. Tras haber dado un golpe el día anterior, estaba dispuesto a dar otro contra sus compañeros de conspiración tan pronto como le fuese posible. Sieyès había redactado ya dos constituciones para Francia, en 1791 y en 1793, y Napoleón no confiaba en que la Revolución pudiese salvaguardarse con una tercera, que incluía pesos y contrapesos al poder centralizado. Escribió más tarde, hablando de Sieyès: «No es un hombre de acción: al conocer poco de la naturaleza humana, no sabe cómo llevarla a la actuación. Sus estudios siempre le han empujado por la senda de la metafísica»[2].

En la primera reunión de los tres cónsules, Ducos dijo a Napoleón: «No tiene sentido votar la presidencia; te pertenece por derecho»[3]. Ante los mohínes de Sieyès, Napoleón propuso que rotase cada día, empezando por el orden alfabético del apellido (esto es, por él mismo). Después ocupó el gran sillón central de la mesa, donde se había sentado el presidente del Directorio, y que sería suyo a partir de entonces. «Vamos», les urgió. «Prestad el juramento, tenemos prisa»[4]. Por la propia dinámica del Consulado, no tenía mucha importancia quién lo presidiese formalmente, ya que era al fin y al cabo una reunión de solo tres personas; Napoleón fue el que tendía a proponer la mayor

parte de las ideas que se discutían, y también el que las llevaba adelante.

El día después del golpe la ciudad apareció empapelada de carteles con la versión de Napoleón de los acontecimientos –«veinte asesinos se abalanzaron sobre mí, apuntándome al pecho»–, y su llamada a la unidad nacional. La narración no mencionaba ni a Sieyès ni a Ducos. «Las ideas conservadoras, protectoras y liberales han sido restauradas al lugar que les es propio por la dispersión de los agitadores», afirmaban los carteles, apelando a aquellos franceses cuya paciencia se había agotado con los Directores, y para los que un gobierno dirigido por un general de éxito no podía ser mucho peor[5].

Mientras los partidarios de Napoleón habían dedicado la noche a imprimir y pegar los carteles por todo París, los de Sieyès no habían sido tan enérgicos. Cuando Boulay de la Meurthe, responsable de la comisión interna de siete miembros, dentro del comité interino de cincuenta que se había designado para dar forma a la nueva constitución, llegó al apartamento de Sieyès para que este le entregase el nuevo documento, todo lo que obtuvo fue un puñado de notas. Así pues, Boulay y Sieyès se lanzaron a esbozar un primer borrador, sobre el que más tarde trabajaría el experto constitucionalista y exgirondino Pierre Daunou[6]. Roederer advirtió poco después a Napoleón de que Sieyès planeaba proponer que un «Gran Elector» supervisase el trabajo de los otros dos cónsules, de los que uno sería responsable de los asuntos exteriores y otro, de los interiores. Dentro de un complejo sistema de separación de poderes, los «notables» controlarían el Senado, y solo ellos podrían cesar al Gran Elector[7]. Era evidente que Sieyès se veía como ese filósofo-rey, con Napoleón como cónsul para la guerra, y Ducos para los asuntos internos. Había muchas diferencias con respecto a la perspectiva de Napoleón[8].

Antes de que se leyese públicamente la «Constitución del Año VIII» en las plazas de París, entre el redoble de los tambores y la fanfarria de las trompetas, esta se discutió largamente en diversos comités y subcomités no oficiales integrados por los bumaristas, durante cinco semanas, en las que la facción de Napoleón, comandada por Lucien y Boulay, se ganó a la de Daunou, que estaba convencido de que la autoridad debía estar más concentrada, aventajando en todo momento al pequeño grupo de Sieyès y sus partidarios. La oportuna inclusión de Cambacérès del lado de Napoleón fue de gran ayuda. Finalmente, Boulay convenció al comité interino de que su «misión» era otorgar a Napoleón

el poder decisivo durante diez años, como Primer Cónsul, sin Gran Elector que le supervisase pero con un Consejo de Estado para aconsejarle, y cuya única autoridad era la iniciativa legislativa[9]. El artículo 41 de la nueva constitución afirmaba: «El Primer Cónsul promulga las leyes; nombra y cesa a voluntad a los miembros del Consejo de Estado, ministros, embajadores y otros agentes en el extranjero, oficiales del ejército y la marina, miembros de la administración local y comisionados gubernamentales adscritos a las cortes»[10]. Poseía también capacidad para la firma de tratados, tendría su residencia en las Tullerías y percibiría 500.000 francos anuales, 50 veces el salario de un embajador. Quedaba, pues, claro, desde el primer momento, dónde residía el verdadero poder: el segundo y tercer cónsul vivirían también en las Tullerías, pero recibirían solo 150.000 francos anuales por su función a la hora de tapar las vergüenzas constitucionales.

El Consulado dictó una avalancha de decretos para popularizar el nuevo régimen y, según su propia expresión, «completar la Revolución». Versalles se abrió a los soldados heridos; se abolió una agresiva ley antiemigrados, y Napoleón fue personalmente a la prisión del Temple para liberar a los rehenes; se ordenó a la policía que no acosase a los retornados ni les obligase a efectuar «préstamos» forzosos, y se proclamaron festivos tanto el día de la toma de la Bastilla como el 1º Vendimiario (el Año Nuevo republicano). Los heridos de guerra, las viudas y huérfanos de soldados recibirían pensiones y ya no se deportaría a los sacerdotes no juramentados que se negasen a prometer lealtad a la Constitución. Se conmemoró la muerte de George Washington, fallecido en diciembre, con diez días de luto, a pesar de que Francia y América combatían en la «Cuasi-Guerra»; los elogios públicos al «Cincinnatus Americano» fueron momento para las analogías entre Washington y Napoleón[11]. El corso tampoco olvidó la promesa hecha a Kléber al partir, y ordenó al nuevo ministro del Interior, el matemático y astrónomo marqués de Laplace, que enviase «una compañía de cómicos» a Egipto en el primer barco que zarpase[12]. «Un gobierno recién nacido debe asombrar y deslumbrar», dijo entonces a Bourrienne. «Si deja de hacerlo, cae»[13].

El nombramiento de científicos destacados como Laplace en puestos determinantes resaltaba que, a pesar de que Napoleón era un soldado y el Brumario había sido un golpe militar, se rechazaba enfáticamente la dictadura

militar. Talleyrand ocupó de nuevo el cargo de ministro de Asuntos Extranjeros, y solo se unió al gobierno otro soldado, el nuevo ministro de Defensa, Alexandre Berthier[14]. «Si muero dentro de tres o cuatro años de fiebre en la cama», explicó Napoleón a Roederer el siguiente año, «advertiré a la nación que se prevenga del gobierno militar. Les diré que designen a un magistrado civil»[15]. Como era previsible, Fouché se convirtió en ministro del Interior y Martin Gaudin, antiguo alto responsable del Tesoro, en ministro de Finanzas. Gaudin se lanzó rápidamente a reformar el endiablado sistema impositivo francés y sus ingresos decrecientes. La gestión financiera se trasladó de las autoridades locales al ministerio y finalmente se centralizó toda la contabilidad pública[16]. Napoleón estableció con prontitud un sistema único para el abono de los salarios del ejército, que a partir de entonces se efectuaría en los departamentos, ejemplo clásico de su capacidad para zigzaguear a través de la burocracia y aplicar las reformas necesarias sin dilación.

En la última reunión de la comisión constitucional del 13 de diciembre, Napoleón invitó a Sieyès a proponer los nombres de los tres cónsules que se presentarían a la nación como parte de la nueva Constitución del Año VIII en el plebiscito de febrero. Tras haber aceptado supuestamente 350.000 francos en efectivo, una propiedad a las afueras de Versalles y una casa en París sufragada por el Estado, Sieyès correspondió proponiendo a Napoleón como Primer Cónsul, a Cambacérès como Segundo, y al muy flexible abogado y antiguo diputado Charles-François Leburn, que había ido apoyando a todos los partidos excepto al jacobino, como Tercero. Sieyès solo obtuvo la presidencia del Senado y Ducos, que recibió 100.000 francos por abandonar el consulado provisional, la vicepresidencia. El segundo golpe de Napoleón le había llevado un poco más de tiempo que el primero, pero fue igual de incruento y exitoso. Aunque se requería un plebiscito formal, previsto para febrero, que confiriese legitimidad legal al Consulado, él mismo no dudó nunca de su derecho moral a gobernar Francia. Tal y como escribiría acerca de Julio César, «encontrándose las cosas en tal estado, esas asambleas deliberativas ya no pueden gobernar más; la persona de César fue en adelante la garantía para la supremacía de Roma en el universo, y para la seguridad de los ciudadanos de todas las facciones. En adelante su autoridad estaba legitimada»[17]. Su actitud hacia el gobierno de Francia en 1799 fue idéntica.

«¡Franceses!», proclamó el 15 de diciembre, «se os presenta una Constitución. Acaba con las incertidumbres… [acerca] de la situación interna y militar de la República… La Constitución tiene fundamento en los auténticos principios del gobierno representativo, en los derechos sagrados a la propiedad, la igualdad y la libertad… Ciudadanos, la Revolución se ha consolidado sobre los principios que la pusieron en marcha. Se ha completado»[18].

Al emplazar el derecho a la propiedad antes que el de la igualdad o la libertad se indicaba cómo pretendía Napoleón defender los intereses de los comerciantes, empresarios, emprendedores y propietarios de los *biens nationaux*, la clase de gente que se esforzaba por sacar adelante pequeños negocios, como los invernaderos de moreras. Eran la columna vertebral de Francia, y entendía sus preocupaciones y necesidades. El artículo 94 de los 95 de la constitución, cuya longitud era la cuarta parte que la previa, afirmaba categóricamente que las propiedades y terrenos de la monarquía, la Iglesia y la aristocracia que se habían confiscado y vendido durante la Revolución no volverían nunca a sus poseedores originales. Napoleón reiteró estas promesas en 1802 y 1804, pero no habló nunca de redistribución. Cuando hablaba de igualdad, se refería a igualdad ante la ley y no a la situación económica. Su partidario natural más firme, el ejército, salió bien parado del golpe, mejorando sus condiciones, salarios y pensiones, y con la promesa de obtener tierras, aunque no parece que se diese a nadie sus seis *arpents*. Se revocó la suspensión de pagos a los proveedores y recibieron todo lo que se les adeudaba.

A finales de diciembre fueron establecidas formalmente lo que serían las instituciones del gobierno napoleónico. El día 22 se inauguró el Consejo de Estado, con su propio emplazamiento en el Luxemburgo. Estaba constituido principalmente por tecnócratas apolíticos nombrados por el Primer Cónsul, bajo su control directo en gran medida, y era el cuerpo deliberativo fundamental del nuevo gobierno francés, dedicado a asesorar al Primer Cónsul y a ayudarle en la confección de las leyes. Solo seis de sus cincuenta miembros eran soldados. Siempre y cuando fuesen respetuosos, se les invitaba a expresarse abiertamente si lo veían necesario, y Napoleón propiciaba el debate entre ellos. La nueva constitución establecía que el Consejo ejercía tanto de corte final de apelación para los casos de derecho administrativo como de responsable último de la

corrección en la redacción de las leyes, antes de ser presentadas ante los legisladores; hoy en día conserva las dos atribuciones. Los ministros eran miembros del Consejo de oficio, y asistían a las reuniones referidas a sus áreas de competencia.

A las 8 de la mañana del día 25 de diciembre –el día de Navidad no sería reconocido oficialmente de nuevo hasta 1802–, la Constitución del Año VIII entró en vigor. Un discurso de Boulay sirvió de prefacio a la versión impresa, en el que sostenía que una vasta mayoría de ciudadanos franceses deseaba una república que no fuese ni «despótica como el Antiguo Régimen ni tiránica como la de 1793»[19]. La nueva constitución, proseguía, podía resumirse en esta máxima: «La confianza procede de abajo, el poder, de arriba»[20]. En su vigencia, el Primer Cónsul ejercería el poder político y administrativo durante 10 años, y los otros dos cónsules le aconsejarían mientras tanto. Un senado de 60 miembros, «inviolables y vitalicios», a cuyo número podrían sumarse dos cada año, hasta un total de 80, elegiría a los cónsules, a los 300 diputados del Poder Legislativo y a los 100 tribunos, de entre las listas nacionales ganadoras en las cuatro rondas electorales. Las proclamaciones hechas por la mayoría del Senado, denominadas *sénatus-consultes*, tenían toda la fuerza legislativa, aunque inicialmente se contemplaban solo en caso de alteración de la constitución.

El Tribunado debatiría los proyectos de ley formulados por el Primer Cónsul y el Consejo, pero no podría vetarlos; el Cuerpo Legislativo podía votar las leyes, pero no debatirlas. El Tribunado podía debatir la legislación enviada por el Consulado y trasladar su opinión al Cuerpo Legislativo; este Cuerpo no dedicaría más de cuatro meses al año a tomar en consideración su criterio. Solo el Senado podía enmendar la constitución, pero ninguna de las tres cámaras poseía la iniciativa legislativa. Con estas medidas Napoleón garantizaba la separación de unos poderes tremendamente debilitados, guardándose para él la parte del león.

Los ciudadanos podían votar la primera selección de diputados para el Cuerpo Legislativo, pero la selección final recaía en el Senado. Todos los votantes hombres adultos podían elegir dentro de su comunidad al 10% de ellos como «Notables de la Comuna», que a su vez elegirían a un 10% como «Notables del Departamento», que elegirían a los 500 o 600 «Notables de la Nación», entre los que surgirían los 400 miembros del Cuerpo Legislativo y el

Tribunado. Tal y como se demostró después, hubo una gran continuidad con las cámaras anteriores. De 60 senadores, 38 se habían sentado antes en una asamblea nacional, así como 69 de los 100 tribunos y 240 de los 300 diputados[21]. Su experiencia era muy útil, porque Napoleón pretendía consolidar, adaptar y, en sus propias palabras, «finalizar» la Revolución[22]. La enorme complejidad de la constitución, y especialmente de su sistema de triple voto para el poder legislativo, le era muy favorable, porque le concedía muchas oportunidades de ningunear a la oposición[23].

La nueva constitución rebosaba de motivos para tranquilizar al país; las autoridades solo podían entrar en casa de un francés, sin ser invitados, en caso de fuego o inundación, no se podía arrestar a un ciudadano más de 10 días sin juicio, «la violencia durante los arrestos» sería un crimen[24]. El 1 de enero de 1800, día sin significado particular en el calendario revolucionario, que marcaba el 11 nivoso del Año VIII, el Cuerpo Legislativo y el Tribunado se reunieron por primera vez.

El hecho de que la libertad legislativa estuviese comprometida no significaba que el régimen napoleónico no escuchase. Siempre se recibía en audiencia a los peticionarios, y los debates en el seno de los departamentos, durante los *conseils de préfecture* y los *conseils généraux* solían ser más o menos abiertos, aunque tenían poco efecto en la política gubernamental[25]. El régimen atendía a las quejas del pueblo, pero no le daba medios para que extendiesen las críticas, y había pocas posibilidades de que la oposición política se organizase.

En su primera semana como cónsul, Napoleón envió dos cartas con propuestas de paz al emperador Francisco de Austria y al rey Jorge III de Inglaterra: «Me atrevo a declarar que el destino de todas las naciones civilizadas está comprometido por el fin de una guerra que amenaza con una conflagración de alcance mundial», manifestó al segundo[26]. Cuando el secretario de Exteriores británico, lord Grenville, replicó advirtiendo de que entonces Napoleón debería restaurar el reinado de los Borbones, Napoleón contestó que, si se aplicase ese mismo principio a Inglaterra, el resultado sería la restauración de los Estuardo. Se aseguró de que la carta de lord Grenville se publicase ampliamente en Francia, consolidando así el apoyo al Consulado[27]. Una vez que los rusos abandonaron la Segunda Coalición, tras ser derrotados por

Masséna en la segunda batalla de Zurich a finales de septiembre de 1799, los austriacos entablaron negociaciones de paz durante cuatro meses, sin éxito. Para cuando comenzase la nueva temporada de combate en primavera, ya estarían preparados para tratar de capturar Génova e invadir el sureste francés.

«Quiero que os congreguéis para ayudar a las masas populares», escribió, refiriéndose a la clase política francesa, al antiguo diputado de los Quinientos, François Beyts, que había sido uno de los 61 proscritos durante el Brumario. «El simple título de ciudadano francés vale mucho más que el de Realista, Chouan, Jacobino, Feuillant, o cualquiera de las mil denominaciones que han aparecido en estos últimos diez años por espíritu faccioso, y que están sumergiendo a la nación en un abismo, del que por fin ha llegado la hora de rescatarla de una vez y para siempre»[28]. Así fue con Beyts, que fue nombrado prefecto del departamento de Loir-et-Cher el siguiente marzo. Pero no ejerció en todos la misma seducción, y Napoleón respondió con dureza a los que cuestionaron su política de unificación nacional. Cuando el alcalde de Lille expresó sus reservas a la hora de acoger a un antiguo general jacobino en su ciudad, Napoleón le espetó: «No se atreva a decir algo así. ¿No ve que ahora servimos todos a Francia por igual? Debo recordarle, señor, que entre el 17 y el 18 Brumario erigí una muralla de latón que ninguna mirada puede penetrar, y contra la que se despedazará todo recuerdo»[29]. Por primera vez desde que comenzó la Revolución, el régimen naciente no había purgado ampliamente a su predecesor, y, aunque los opositores fueron separados del Cuerpo Legislativo tres años después, los franceses no volverían a ser guillotinados por sus opiniones políticas.

La política de muros de latón napoleónica le permitió congregar en torno a su gobierno a representantes de un amplio espectro de opiniones, alcanzando a todas las facciones excepto a los neojacobinos. Aunque él mismo había sido jacobino, o quizá por haberlo sido, admitió que, aunque multitud de exjacobinos podían unirse a su causa, el movimiento neojacobino en sí siempre sería su oponente ideológico. El proceso de unificación nacional, sin tener en cuenta las posiciones políticas previas, fue denominado *ralliement* –literalmente, adhesión– y, a pesar de que algunos acataron el régimen napoleónico por su propio interés, fueron muchos los que lo hicieron por un patriotismo genuino, una vez constatado que Napoleón estaba regenerando Francia[30]. Un segundo paso

político, denominado *amalgame* –consolidación–, buscaba provocar el entusiasmo activo por el régimen, más allá del mero apoyo[31].

Estas políticas permitieron a Napoleón reclutar un grupo destacado de servidores públicos para su gobierno, liderado por Cambacérès (regicida), y que contaba con el futuro ministro de Justicia, Luous-Mathieu Molé (un realista cuyo padre había sido guillotinado); Jean-Étienne Portalis (un moderado opuesto al Directorio), encargado de los asuntos religiosos, y su igualmente eficiente hijo, Joseph-Marie; al científico y futuro ministro del Interior Jean Chaptal (girondino); al general Jean-Gérard Lacuée, administrador militar (moderado); al consejero de Estado Antoine Thibaudeau (otro regicida); Étienne-Denis Pasquier (moderado, cuyo padre también fue guillotinado) como prefecto de la policía, y al ministro del Tesoro Nicolas-François Mollien (antiguo ministro de Luis XVI). «El arte de nombrar a personas –dijo a Mollien– no es, ni de lejos, tan difícil como el arte de permitir a los que se nombra alcanzar su máxima capacidad»[32]. A pesar de haberle derrocado en Fructidor, Napoleón reconoció el gran talento de Carnot nombrándole ministro de Guerra el 2 de abril de 1800, y designando a Berthier comandante del Ejército de Reserva[33].

Una semana después de Brumario, gracias a la nueva sensación de estabilidad, eficiencia y competencia, el tipo de cambio franco-dólar y franco-libra se había duplicado. A finales de enero de 1800 los bonos del gobierno de 100 francos, que languidecían a 12 francos, se alzaron hasta los 60 francos. Dos años después, en parte gracias a la obligación de las autoridades encargadas de recolectar los impuestos de realizar depósitos a cuenta de la recaudación estimada, el ministro de Finanzas Martin Gaudin consiguió equilibrar el presupuesto por primera vez desde la Guerra de Independencia americana[34].

Cuando tomó el poder, Napoleón manifestó que la nueva Constitución del Año VIII se vería legitimada por un plebiscito nacional, que incluiría a todos los franceses, previsto para finales de enero y comienzos de febrero de 1800. Todos los hombres adultos podrían votar tras inscribirse en un registro, abierto durante tres días. Para asegurarse el resultado positivo Napoleón sustituyó a Laplace por su hermano Lucien como ministro de Interior en diciembre. El 7 de febrero este proclamó públicamente el resultado del plebiscito, asegurando que 3.011.007 franceses habían votado a favor de la Constitución del Año VIII, y solo 1.562 en

contra[35]. Evidentemente era absurdo sostener que el 99,95% de los franceses se habían decantado por el sí, incluso con una baja participación del 25% –en parte a causa del mal tiempo y el transporte deficiente en las áreas rurales–, empezando por que el Midi y la Vendée aún eran bastiones realistas[36]. Por ejemplo, en Toulon se dijo que 830 personas habían votado a favor y solo un zapatero jacobino, en contra.

En los Archivos Nacionales constan más de 400 paquetes de votos que muestran claramente la falsificación sistemática de los resultados, con la propia letra manuscrita de Lucien. El 4 de febrero ordenó al ministerio del Interior que se dejasen de contar los votos, porque quería anunciar los resultados tres días después. En el caso de la región suroeste el gobierno se limitó a calcular el resultado posible, tomando como referencia el de los 25 departamentos ya sumados, Córcega incluida[37]. Por el sencillo procedimiento de añadir 8.000 votos positivos al total en 24 departamentos, y 16.000 en Yonne, Lucien extrapoló 200.000 solo en el suroeste. En el sureste añadió 7.000 votos por departamento, y en el noreste, entre 7.000 y 8.000. En muchos casos ni siquiera se molestó en añadir números creíbles, y sumó números redondos, con el fin de que el sí superase los 3 millones. En total imputó unos 900.000 votos positivos entre el 4 y el 7 de febrero[38]. El voto militar de 556.021 a favor y exactamente 0 en contra era una pura invención. Aunque se emitieron 34.500 votos en la marina, con frecuencia solo votaban los oficiales, pero se contaba a toda la tripulación. El resultado real probablemente fue de unos 1.550.000 síes contra unos miles de noes[39]. Napoleón había obtenido cierta legitimidad democrática, pero mucho menor de lo que proclamó, y desde luego inferior a la del plebiscito que ganó Robespierre en 1793[40]. Incluso las cifras que había falsificado Lucien ya habían sido manipuladas antes por las autoridades locales, que sabían que parte importante de su trabajo consistía en satisfacer al que se encontrase en el poder en París. No se escrutó a los funcionarios, el voto fue abierto y no secreto, y susceptible a la intimidación y la mitad del electorado, a pesar de ser analfabeto, tenía derecho al voto, por lo que los alcaldes rellenaron las papeletas electorales en su nombre.

La manipulación de los números de Lucien permite intuir bien uno de los aspectos más característicos de la historiografía napoleónica. Napoleón iba a ganar de todos modos por una ventaja aplastante, pero los bonapartistas fueron

incapaces de evitar exagerar incluso aquellas cifras, dando pie a la oposición –neojacobinos, realistas, liberales, moderados y demás– a afirmar en sus salones y grupúsculos secretos que todo el proceso había sido un fraude. Con mucha frecuencia, a la hora de manipular el número de bajas de una batalla, al insertar documentos dentro de los archivos, al inventarse discursos al Ejército de Italia, al modificar las fechas de nacimiento en los certificados o al pintar a Napoleón a caballo cruzando los Alpes, él y sus propagandistas fueron un paso más allá de lo necesario, invitando a la crítica y a la ridiculización de aquello que había sido un logro extraordinario en sí mismo.

De todas las políticas del Consulado, la de aplastar al bandolerismo rural fue una de las más populares. «El arte de la política consiste en castigar pocas veces, pero con severidad», pensaba Napoleón, pero en su guerra contra los bandidos que sembraban el terror en amplias zonas de Francia tendió a castigar tanto con frecuencia como con intensidad[41]. Los bandidos podían ser realistas rebeldes, especialmente en el sur y el oeste de Francia, grupos de desertores o huidos de las levas, proscritos, salteadores de caminos, simples criminales, o una combinación de todos ellos. El *Ancien Régime*, el Comité de Salud Pública y el Directorio habían combatido la anarquía endémica en las zonas rurales, pero el Consulado destinó todos los recursos disponibles para ganar esa batalla. Napoleón internó y deportó a los sospechosos de bandolerismo, y aplicó la pena de muerte a los convictos, que muchas veces llevaban sobrenombres tan poco edificantes como «Dragón», «Pega-hasta-matar» y «Pequeño matacristianos», acostumbrados a asaltar granjas aisladas, atracar carruajes y robar a los viajeros.

Aunque la *gendarmerie* o policía paramilitar había sido creada en abril de 1798 con una dotación de 10.575 hombres, Napoleón la reorganizó, incrementó sus miembros hasta los 16.500, les pagó mejor y con mayor puntualidad, elevó su moral y acabó con la corrupción entre sus mandos[42]. Se incrementó el número de patrullas, que ahora montaban a caballo en lugar de ir a pie; tribunales especiales y comisiones militares guillotinaban a los sospechosos basándose en pruebas circunstanciales, sin derecho a defensa, y se envió a nutridas columnas móviles, que ejercían la justicia sumaria. En noviembre de 1799 casi un 40% de Francia estaba bajo la ley marcial, pero en tres años viajar fue de nuevo seguro y se reanudó el comercio. Ni las victorias en Italia otorgaron

tanta popularidad a Napoleón[43].

En marzo de 1800 el Consulado sustituyó a más de 3.000 jueces electos, fiscales y presidentes de cortes con sus propios cargos. Las opiniones políticas no parecieron pesar tanto como la experiencia práctica, junto con la afición de Napoleón por purgar a los abogados ancianos, corruptos o incompetentes. El sistema tardó siete meses en funcionar de nuevo con fluidez por el trabajo acumulado, pero a partir de entonces la justicia se impartió mucho mejor[44].

En su apuesta por acabar con algunos de los aspectos más simbólicos de la Revolución, una vez decretado su final, Napoleón ordenó que se retirasen los bonetes rojos de los campanarios y los edificios públicos. *Monsieur* y *Madame* sustituyeron al *ciudadano* y *ciudadana*, volvieron la Navidad y la Semana Santa y por fin, el 1 de enero de 1806, se abolió el calendario revolucionario. Napoleón siempre había sido consciente del poder de la nomenclatura y renombró la plaza de la Revolución, antigua plaza Luis XV, como plaza de la Concordia, demoliendo la enorme estatua femenina de la Libertad. «La concordia –escribió más tarde– es lo que vuelve a Francia invencible»[45]. Más ejemplos de su pasión por el cambio de nombres fue el bautismo de su inventada República Cisalpina como República Italiana, el del Ejército de Inglaterra como *Grande Armée* en 1805, y el de la plaza de l'Indivisibilité –la vieja Plaza Real– como Place des Vosges. Durante el período consular Napoleón modificó sutilmente su estilo literario, reemplazando clichés revolucionarios como «inalterable» o «incorruptible» por otros más incisivos, como «*grand*», «*sévère*» o «docto»[46].

El siguiente paso fue tratar de persuadir a los emigrados –aristócratas, terratenientes, realistas y sacerdotes que habían huido durante la Revolución– de que regresasen a Francia, con el acuerdo sobrentendido de que no recuperarían sus bienes; finalmente les fueron reconocidos incluso sus derechos ciudadanos y de voto[47]. En octubre de 1800 eliminó el nombre de 48.000 emigrados de la lista de 100.000 proscritos durante la Revolución, y en abril de 1802 se tachó a todos los realistas, menos a 1.000 irreconciliables. Aunque gran parte de la nobleza del *Ancien Régime* se mantuvo al margen, varios de sus miembros más destacados acabaron empleados por Napoleón, incluyendo al conde de Ségur, al duque de Luynes, al conde de Narbona, al duque de Broglie, a Talleyrand y a Molé. También encontró partidarios entre las familias de no emigrados que habían estado a punto de alcanzar un título nobiliario en 1789, como Marmont,

Rémusat, Berthier y Roederer. En mayo de 1803 casi el 90% de los emigrados habían regresado a Francia, revirtiendo el drenaje de talento que había debilitado tanto al país[48]. De los 281 prefectos nombrados por Napoleón entre 1800 y 1814, hasta 110 (el 39%) habían sido nobles durante el Antiguo Régimen[49].

Además de convocar a los realistas en el extranjero, Napoleón hizo lo mismo en la Vendée, ofreciendo una amnistía general a todos los *chouans* que depusiesen las armas. Les dijo que las «leyes injustas» y los «actos arbitrarios» del Directorio habían «atentado contra la seguridad personal y la libertad de conciencia», y ofreció una «completa y total amnistía» por todo lo sucedido en el pasado, a cambio de lo cual los insurgentes debían entregar sus armas antes del 18 de febrero de 1800[50]. El sacerdote Étienne-Alexandre Bernier aceptó estos términos, pero líderes *chouan* como el conde Louis de Frotté, Georges Cadoudal y el conde Louis de Bourmont siguieron luchando. Bernier acabó siendo obispo de Orleans, dentro de lo que Napoleón denominó su «gendarmería sagrada» de obispos leales. Napoleón indicó al general d'Hédouville que tratase con firmeza a los rebeldes: «Si estás en guerra, haz uso de la severidad y la actividad; solo así podrías hacerla más corta, y en consecuencia menos deplorable para la humanidad»[51].

A principios de 1801 Napoleón había conseguido descabezar la rebelión *chouan*, en algunos casos tanto metafórica como literalmente. Se le acusó de mentir y engañar, pero la guerra de guerrillas siempre ha suscitado distintos niveles de compromiso. Frotté fue ejecutado el 18 de febrero, Cadoudal desayunó con Napoleón el 5 de marzo pero marchó después al exilio inglés y Bourmont acabó por cambiar de bando y combatir con Francia. Los *chouan* habían luchado sin tregua contra la República en 12 departamentos occidentales desde 1793, y llegaron a sumar 30.000 rebeldes armados, pero para finales de 1800 la Vendée estaba apaciguada. Sus actividades en adelante se limitarían principalmente a conspirar contra la propia vida de Napoleón.

El 17 de enero de 1800 clausuró al menos 60 de los 73 periódicos franceses, afirmando que no permitiría «que los periódicos dijesen o hiciesen nada en contra de mis intereses»[52]. El decreto, que no se sometió al escrutinio parlamentario, sostenía que algunos «de los periódicos impresos en los departamentos del Sena son instrumentos en manos de los enemigos de la

República», y que en adelante «durante el estado de guerra» solo se podrían editar 13, sin contar los «dedicados a las ciencias, las artes, la literatura, el comercio y los anuncios»[53]. Más adelante advertía que aquel periódico que incluyese artículos «irrespetuosos» con el orden social, con la soberanía del pueblo, con el honor del ejército o de los gobiernos aliados, «sería suprimido de inmediato». Napoleón detuvo también la circulación de prensa extranjera dentro de Francia[54]. Estaba convencido de que cualquier intento de fomentar la unidad nacional sería imposible si se permitía que la prensa realista y jacobina alentase el descontento.

La palabra «periódico» confiere excesiva dignidad a las gacetas de escándalos que anunciaban, entre otras cosas, que Napoleón se acostaba con su propia hermana Paulina, pero es indudable que el decreto también suponía un duro golpe contra la libertad de expresión en Francia. «Controlada por el gobierno, la prensa libre puede convertirse en un aliado poderoso», dijo Napoleón años después, ajeno en apariencia a la contradicción en los términos. «Dejar que actúe por sus propios medios es como dormir junto a un barril de pólvora»[55]. Y en otra ocasión declaró: «La imprenta es un arsenal; no puede ser de propiedad privada»[56]. Había descubierto el poder de las proclamaciones orquestadas en Italia y en Egipto, y no estaba preparado para ceder el control de las comunicaciones en casa. Francia carecía de tradición con respecto a la libertad de prensa antes de la Revolución. La libertad de expresión fue declarada como un derecho universal en 1789, y el número de periódicos autorizados se disparó de los 4 a los más de 300, pero el gobierno había empezado a clausurarlos ya en 1792, y las purgas cíclicas por motivos políticos habían reducido su número hasta los 73 en 1799[57]. La libertad de prensa no existía en Prusia, Rusia o Austria en aquella época, e incluso en 1819 el gobierno inglés aprobó las infames Seis Leyes, que ampliaban la definición de sedición, y por la que se procesó a tres editores. Así era en tiempo de paz, y en enero de 1800 Francia estaba en guerra contra otros cinco países, cada uno de los cuales había jurado derrocar al gobierno galo. Reprobable desde el punto de vista moderno, el acto de Napoleón era poco más que la práctica normal en su época y circunstancias.

Tras el decreto la mayoría de los periodistas siguió ejerciendo, pero con un tono más bonapartista, escribiendo en periódicos como el *Journal des Débats* de

los hermanos Bertin, el *Publiciste* de Amélie Suard y el *Journal de Paris*. Algunos escritores relistas comenzaron a alabar a Napoleón, en parte por sus posturas favorables a la ley y el orden, que llevaban tiempo exigiendo. Aunque el número de periódicos se desplomó, la cantidad de lectores siguió siendo prácticamente la misma[58]. Napoleón incluyó también a bastantes antiguos realistas en su régimen, muestra de que su conservadurismo crecía. Pierre-Luis Roederer ocupó un puesto en el Consejo, Louis Fontanes accedió a la cancillería de la Universidad Imperial creada en 1808, y Charles de Lacretelle, a la Academia Francesa. El *Moniteur Universel*, fundado en 1789, se convirtió, según el conde Molé, «en el simple instrumento dócil, depositario de todos los deseos [de Napoleón]»[59]. Aunque fuese una iniciativa privada, muchos de sus artículos estaban firmados por funcionarios gubernamentales, y la prensa de provincias depositaba en él su confianza como si fuese el órgano oficial del gobierno[60]. La columna «Interior» era autoría del ministro del Interior, y desde la oficina de Napoleón se enviaba el contenido de «París», frecuentemente dictado por él, sobre todo en lo tocante a las críticas a Inglaterra. «Miscelánea» era obra de otros funcionarios, entre ellos, varios de la policía. A pesar de tratarse de una hoja informativa y propagandística estatal, plagada de mentiras y exageraciones, pocas veces resultaba aburrida, y recogía colaboraciones sobre poesía, literatura, teatro o el Instituto de Francia. Napoleón se tomó un interés personal profundo en la diseminación estratégica de las noticias. «Dad a conocer los siguientes informes de modo oficial», instruyó a Fouché en una ocasión. «Son, sin embargo, ciertos. Distribuidlos primero por los salones, y publicadlos luego en prensa»[61]. Por encima de todo, como dijo a su ministro del Interior en 1812, «Mi intención es que se imprima todo, absolutamente todo excepto el material obsceno y aquello que pueda perturbar la tranquilidad del Estado. La censura no debería preocuparse de nada más»[62].

Diez días después de anunciar el resultado del plebiscito de febrero de 1800, el Consulado aprobó una ley, por 71 votos contra 25 en el Tribunado, y 217 contra 68 en el Cuerpo Legislativo, que situaba la administración de los 83 departamentos o regiones de Francia, creados en 1790 para descentralizar el poder, bajo el gobierno de prefectos nombrados por el ministro del Interior. De este modo se abolía de un golpe uno de los elementos esenciales de la

democracia local establecido por la Revolución, concentrando una cantidad enorme de poder en manos de Napoleón. Cada departamento contaría a partir de entonces con un prefecto designado de forma centralizada, con subprefectos para vigilar los *arrondissements* y alcaldes para las comunas, que también se designaban desde París si tenían más de 5.000 habitantes a su cargo. A los 83 departamentos originales del año 1790, el Consulado añadió otros 20 en 1800, además de entre dos y seis *arrondissements* en cada uno. El sistema departamento-*arrondissement*-comuna sigue hoy vigente.

El autogobierno local, por el que después de 1790 uno de cada tres franceses era un funcionario local, de un tipo u otro, se reemplazó por otro en el que la iniciativa y el control recaían, en última instancia, en el Primer Cónsul.

Existían los consejos locales electos, pero su función era solo consultiva, y se reunían durante dos semanas al año. Los *juges de paix* (magistrados), que antes habían sido electos, ahora eran nombrados por los prefectos. Aunque los subprefectos procedían de su departamento, los prefectos –que de media se mantenían 4,3 años en el puesto– casi siempre procedían de otro, para asegurar su lealtad última a Napoleón[63]. A pesar de su autoritarismo, el sistema prefectorial resultó ser mucho más eficaz que su deslavazado predecesor[64]. Como Primer Cónsul, Napoleón decretó que todos los funcionarios públicos fuesen asalariados al servicio del estado, se preocupó de que estuviesen bien formados, y abolió la promoción basada en la corrupción y el nepotismo, reemplazándola con premios al talento y al mérito. Insistió en que sus prefectos le proporcionasen datos estadísticos sistemáticamente, ordenándoles que inspeccionasen a fondo anualmente sus departamentos, para adquirir información de primera mano[65]. Más tarde les describiría como *empereurs au petit pied* (miniemperadores). Boniface de Castellane-Novejean, prefecto de los Bajos Pirineos, resumía su labor así: «Asegurarse de que se pagan los impuestos, de que las levas se promulgan y de que se preservan la ley y el orden». De hecho debían también requisar caballos para las tropas, además de alojarlas, custodiar a los prisioneros de guerra, estimular el desarrollo económico, garantizar el apoyo político al gobierno en plebiscitos y elecciones, combatir el bandolerismo y transmitir las opiniones del departamento, sobre todo de sus élites, al gobierno[66]. Solo en las áreas en las que Napoleón no estaba muy interesado, como la asistencia a los pobres o la educación primaria, se les dejaban poderes

amplios[67].

Al aproximarse la lucha, tan pronto como el clima lo permitiese, contra Austria y sus aliados –ahora sin Rusia–, Napoleón necesitaba alimentar las arcas del Tesoro, casi vacías, e indicó a Gaudin que tomase prestados al menos 12 millones de francos de los 15 banqueros más ricos de París. El máximo que le pudieron ofrecer fueron 3 millones, sugiriéndole animosamente que promoviese una lotería nacional para lograr el resto. Sin amilanarse, Napoleón se limitó a arrestar, el 27 de enero de 1800, a Gabriel Ouvrard, el banquero más poderoso de Francia, y titular del mayor contrato para proveer a la marina, con el que se rumoreaba que había ganado 8 millones de francos en los cuatro años anteriores[68]. (A Ouvarard no debió de ayudarle demasiado el negarse a financiar el golpe de Brumario). Lo ocurrido a Ouvarard ayudó a destensar la relación con el resto de banqueros, pero Napoleón ansiaba asentar las finanzas francesas en terreno más firme. No podía continuar dependiendo del permiso de banqueros y proveedores antes de movilizar a las tropas.

El 13 de febrero Gaudin inauguró el Banco de Francia, con el Primer Cónsul como primer accionista. Para evitar al establismenth bancario de París, precavido por instinto y poco cooperador, dirigió su mirada hacia un industrial de Rouen, Jean-Barthélémy le Couteulx de Canteleu, y hacia un banquero suizo, Jean Perregaux, en busca de consejo y del capital inicial. Para animar a la población a suscribir el capital de partida del Banco de Francia, de 30 millones de francos en paquetes de acciones de 1.000 francos, Napoleón decretó que estuviese bajo la protección del Consulado, y se aseguró de que su entorno, incluyendo a José, Hortense, Bourrienne, Clarke, Duroc y Murat, se sumasen a la lista[69]. En teoría el banco sería independiente del gobierno, y de hecho el *Moniteur* se vio obligado a afirmar, antes del lanzamiento oficial, que «se le ha comparado, erróneamente, con el Banco de Inglaterra, pero su capital no va al Gobierno»; sin embargo tiempo después se fue abandonando esta política y el banco acabó por financiar parte de las guerras de Napoleón.

En abril de 1803 se otorgó a esta entidad el derecho exclusivo a emitir papel moneda en París durante 15 años, y sus billetes se convirtieron en la divisa legal de Francia en 1808, respaldada por el Estado y no por la entidad. En poco tiempo la confianza que suponía dentro del mundo financiero que Napoleón

apoyase al banco le permitió doblar el circulante, descontar valores privados y préstamos, abrir sucursales regionales, incrementar los beneficios y la base de accionistas, prestar más y, en resumen, entrar en el clásico círculo virtuoso de los negocios. Se le adjudicaron también importantes asuntos gubernamentales, como la gestión de las pensiones y rentas estatales. Napoleón mantuvo un control estrecho sobre una institución tan importante; en abril de 1806 reemplazo a sus gerentes por un gobernador y dos auxiliares, nombrados por él. No logró nunca zafarse del compromiso de que el Tesoro tomase dinero prestado de otros bancos, pero alivió al menos la necesidad de arrestar a sus propietarios.

El 19 de febrero de 1800 Napoleón abandonó el palacio de Luxemburgo y se aposentó en las Tullerías. Fue el primer gobernante en hacerlo, desde que Luis XVI fuese conducido a la prisión del Temple en agosto de 1792, algo que presenció siendo un joven oficial. Aunque Cambacérès tenía derecho a residir también en las Tullerías al ser nombrado Segundo Cónsul, decidió con sagacidad no hacerlo, ya que tendría que abandonarlo pronto; en cuanto Napoleón hubiese ganado el plebiscito y quisiese el palacio para sí.

Cuando los Bonaparte se trasladaron, Napoleón ocupó las habitaciones de Luis XVI en la primera planta, sobre los jardines diseñados por Catalina de Médicis, y Josefina hizo lo mismo con la de María Antonieta, en la planta baja. «Puedo sentir el fantasma de la reina, que me pregunta que qué hago en su cama», afirman que dijo a un chambelán. Napoleón no parecía albergar esos escrúpulos, y supuestamente cargó a Josefina sobre sí y la llevó a su habitación, diciendo: «Vamos, pequeña haitiana, métete en la cama de tus señores»[70]. Hicieron un uso intensivo de las Tullerías, con cenas para 200 invitados cada diez días. Sacaron estatuas de bronce y tapices de los almacenes de Versalles, y decoraron uno de los salones con seda amarilla y lila. Se puede datar en esta época el papel central de Josefina en la creación del denominado estilo Imperio, que tuvo influencia en el mobiliario, la moda, la decoración de interiores y el diseño. Alentó también la vuelta de la etiqueta, tras una década de revolución.

Poco después de llegar a las Tullerías, Napoleón reunió 22 estatuas de sus héroes para la galería principal, comenzando, por supuesto, por Alejandro y Julio César, pero también con Aníbal, Escipión, Cicerón, Catón, Federico el Grande, George Washington, Mirabeau y el general revolucionario marqués de

Dampierre. También fue incluido el duque de Marlborough, conocido por su victoria en la batalla de Bleinheim, así como el general Dugommier, cuya presencia junto a militares de la talla de Gustavo Adolfo y el mariscal Saxe pudo deberse a su perspicacia al descubrir el talento de Napoleón en Toulon. Joubert también se exhibía allí, porque al estar muerto ya no representaba ningún peligro. Verse rodeado de tantos héroes, de los cuales la mitad vestían togas, tenía su efecto; en el cuadro de Jean-Auguste Ingres en el que aparecía como Primer Cónsul se ve por primera vez a Napoleón con la mano dentro del chaleco[71].

Cuando la noble inglesa Mary Berry visitó los alrededores de los aposentos de los Bonaparte, guiada por la modista suiza de Josefina, Sandos, observó que «bien se puede disculpar a la simplicidad republicana por mostrarse impactada ante semejante magnificencia. Había visitado antes Versalles, y había visto el Petit Trianon, pero nunca contemplé nada que sobrepasase aquella magnificencia». Describió cómo el salón «se adornaba con un brillante color lila, bordado sobre [el estampado de] madreselva en bermellón, con el mejor gusto». El segundo salón, «adornado con satén amarillo y marrón, y bordes granates», era incluso más deslumbrante; se entusiasmó sobre todo con «los cristales [los espejos] que no estaban enmarcados, sino que revestían [las paredes]», y seguía describiendo en cuidadoso detalle la vajilla de Sèvres, las mesas de pórfido, las molduras de bronce dorado, las lámparas de araña, las sillas, la «exquisita tapicería», los candelabros y demás. Se quedó atónita al entrar en la alcoba de los Bonaparte, tapizada de seda azul con bordados blancos y dorados, y descubrió que «era cierto que dormían los dos en una sola cama»[72].

Era característico de Napoleón buscar una buena relación calidad-precio en todo. Preocupado por que los tapiceros tratasen de engañarle, preguntó a un ministro cuánto debería costarle el tirador de marfil de una campana. El ministro no tenía ni idea, por lo que Napoleón le rechazó, llamó a un sirviente, y le pidió que se vistiese con ropa normal y fuese preguntando el precio en diversas tiendas, para encargar después una docena. Al averiguar que costaban un tercio menos de lo que le habían pedido, se limitó a restar un tercio a las facturas que le habían enviado los proveedores[73].

«Era parte de la política del Primer Cónsul –observó Laure d'Abrantès– hacer de París el centro del disfrute que había sido antes de la Revolución»[74].

En parte servía para revivir el negocio del lujo –modistos, fabricantes de carruajes, plateros…– en el que Francia había destacado tradicionalmente, pero Napoleón creía también que hacer resurgir la vida social reflejaría la solidez del nuevo régimen. Una parte significativa de la economía de la Francia prerrevolucionaria, especialmente en zonas como Lyon, centro de la industria de la seda en Europa, dependía de los bienes de lujo, y Napoleón estaba decidido a hacerla renacer. Como Primer Cónsul vestía habitualmente un manto rojo de tafetán con brocado dorado, conocido como el *hábito rojo*, que Josefina y el conocido sastre Levacher le habían persuadido de vestir. «No negaré que me causa cierta repugnancia revestirme con estas prendas de fantasía –dijo a d'Abrantès–, pero por eso mismo se apreciará más la resolución que he tomado»[75]. Atrajo así la atención de los ilustradores, uno de los cuales tituló a su grabado *Buonaparte, Premier Consul de la République Française, dans son grand costume*[76]. La Guardia Consular también recibió sus nuevos uniformes; los zapatos sustituyeron a los zuecos, y los granaderos emplearon gorros de piel y uniformes azul marino revestidos de blanco y con charreteras rojas[77].

Con una inoportunidad exquisita, el mismo día que Napoleón se trasladó a las Tullerías, el hermano pequeño de Luis XVI, el conde de Provenza, que se había autotitulado rey Luis XVIII tras la muerte de su sobrino en 1795, le escribió desde su exilio en el palacio de Jelgava en Courland, actual Letonia, para solicitarle permiso para regresar a Francia. Le sugería además que Napoleón podría ocupar el puesto que quisiese en el reino, siempre y cuando le restaurase en el trono. Napoleón tardó más de seis meses en contestar. «Gracias por lo honesto de su carta», escribió finalmente, con términos más empáticos de lo que cabría esperar de un antiguo jacobino, pero también claros y resueltos. «No debería desear regresar a Francia; tendría que marchar sobre cientos de miles de cadáveres. Sacrifique su interés a la paz y la felicidad de Francia. La historia lo reconocerá. No soy insensible a las desgracias de su familia… Con agrado contribuiré a la tranquilidad y armonía de su retiro»[78]. Napoleón hizo saber su opinión sobre la carta de Luis a Roederer y Maret: «Era muy bella, muy, muy bella –escribió–. Pero tuve que responder en consecuencia, y mi respuesta también fue delicada»[79]. Cuando Josefina le tomó el pelo, afirmando que sus amigos realistas habían prometido que, si restauraba a los Borbones, erigirían una estatua en la plaza du Carrousel, en la que se le representaría como un genio

coronando al rey, Napoleón bromeó: «¡Sí, y pondrán mi cuerpo debajo del pedestal!»[80]. Pero los Borbones no aceptarían fácilmente la vida en el exilio. Lo definitivo de la carta de Napoleón a Luis significó que a partir del otoño de 1800 empezarían a conspirar contra su vida.

En menos de quince semanas Napoleón había conseguido dar por finalizada la Revolución, deshacerse del Abbé Sieyès, dar a Francia una nueva constitución, encarrilar las finanzas por un camino más firme, amordazar a la prensa opositora, atajar tanto el bandolerismo rural como el prolongado conflicto en la Vendée, establecer un Senado, un Tribunado, un Cuerpo Legislativo y el Consejo de Estado, designar a un gobierno capacitado independiente de las filiaciones políticas pasadas, desplantar a los Borbones, sugerir una propuesta de paz –fallida– a Inglaterra y Austria, ganar un plebiscito con gran ventaja, descontando incluso el fraude, reorganizar el gobierno local de Francia e inaugurar el Banco nacional.

«Ahora soy una especie de maniquí que ha perdido la libertad y la felicidad», escribió el 16 de marzo a Moreau, comandante en jefe del Ejército del Rhin, que se preparaba para enfrentarse de nuevo a las tropas austriacas. «La *grandeur* está muy bien, pero solo retrospectivamente y en la imaginación. Envidio tu feliz destino; lograrás grandes cosas con tus valientes hombres. Con gusto cambiaría mi púrpura consular por las charreteras de un brigada bajo tu mando… Deseo fervientemente que las circunstancias me permitan ir y serte útil»[81]. Tres semanas después las circunstancias permitirían eso exactamente, cuando el general austriaco Michael von Melas derrotó al general Nicolas Soult en la batalla de Cadibona, haciéndole retroceder hasta Savona y obligando a Masséna a refugiarse en Génova, donde fue después asediado. Tocaba volver al campo de batalla.

---

[*] El Consulado no sería oficial hasta su aprobación plebiscitaria.

11. MARENGO

Peleamos contra el hielo, la nieve, las tormentas y las avalanchas. El paso de San Bernardo, estupefacto al ver cómo lo cruzan tantos, pone obstáculos en nuestro camino.

Napoleón al Segundo y Tercer Cónsules,
18 de mayo de 1800

César tenía razón al referirse a su buena suerte y al aparentar creer en ella. Es una forma de influir en la imaginación de los demás sin ofender el amor propio de nadie.

Napoleón, *Las guerras del César*

Napoleón empezó a prepararse para una nueva oleada de combates contra Austria desde el momento en el que se convirtió en Primer Cónsul, enviando a Berthier, que pronto sería de nuevo su jefe de estado mayor, 28 notas sobre esa materia en las siguientes seis semanas. El 7 de enero de 1800 ordenó que se congregase un ejército encubierto de 30.000 hombres del Ejército de Reserva en Dijon. Muchos de sus miembros eran veteranos que conocían la dureza de la guerra, y otros pertenecían a semibrigadas acuarteladas en provincias. Algunos habían sido transferidos desde la Vendée, pero también había gran número de proscritos que tuvieron que esperar al inicio de la campaña para aprender a cargar y disparar los mosquetes. El sistema «de cantina», por el que ocho veteranos y ocho reclutas marchaban, comían y dormían juntos comandados por un cabo permitió que los recién llegados aprendiesen rápido.

«Guarda en todo momento el secreto sobre la formación del citado ejército», ordenó Napoleón a Berthier el 25 de enero, «incluso entre los oficiales, a los que no solicitarás más que la información imprescindible»[1]. La extensión del

secreto decretado se puede deducir del hecho de que hasta el general Moreau asumió que las tropas que se estaban congregando eran en realidad una reserva, y no un ejército que Napoleón dirigiría a través de los Alpes italianos contra el debilitado flanco derecho del septuagenario general austriaco Michael von Melas. Napoleón se mantenía informado de los movimientos de Austria gracias a los destacamentos franceses en Italia, especialmente los estacionados en Génova. A pesar de su edad, Melas era un oponente formidable, lugarteniente veterano de un reputado comandante ruso, el mariscal Alexander Suvorov, que jamás perdió una batalla, pero que había muerto en San Petersburgo el 18 de mayo.

Napoleón debía decidir qué paso atravesar para cruzar los Alpes hasta el norte de Italia. Habría preferido los más orientales –Splügen o Saint Gothard–, que le habrían permitido llevar a cabo su maniobra favorita, *sur le derrière*, pero la velocidad a la que avanzaba Austria hacia el oeste, a través del norte de Italia camino del sur de Francia, le obligó a elegir entre el San Bernardo Mayor, a 2.500 metros, o el San Bernardo Menor, a 2.100. El Pequeño se situaba mucho más al oeste, por lo que Napoleón optó por enviar allí solo una división, decantándose por el Mayor para el grueso de las tropas. Envió también una división encabezada por el general Adrien Moncey a través del paso de Saint Gothard.

Contaba con el factor sorpresa; desde Carlomagno, y antes Aníbal, nadie había desplazado a sus tropas a través de los Alpes. A pesar de que no viajaba con elefantes, Napoleón acarreaba cañones Gribeauval de 8 y de 4 libras, que pesaban más de un cuarto de tonelada, con los que debía llegar a la cima de la montaña. A principios de mayo, cuando comenzó la marcha, la nieve aún era abundante, por lo que Marmont ideó una especie de trineos para los cañones a partir de troncos vaciados, empujados por cien hombres Alpes arriba y abajo, bajo el son de los tambores. Dado que la ladera italiana es mucho más escarpada que la francesa, les costó más bajar que subir. Se envió dinero y suministros por adelantado a los monasterios y albergues de la ruta, y se contrató a guías locales, obligándoles a jurar silencio. Napoleón, Berthier y, desde el 2 de abril, Carnot –que había sido nombrado ministro de Guerra cuando Napoleón envió a Bethier a dirigir el Ejército de Reserva–, organizaron juntos cada una de las facetas de una operación que resultaría ser uno de los mayores hitos de la historia militar. «Un ejército siempre puede pasar, en cualquier estación», dijo Napoleón a un

escéptico general Dumas, «por donde dos hombres puedan poner el pie»[2].

El 17 de marzo Napoleón convocó una reunión de cónsules, algo que hacía casi a diario en aquella época, en el Consejo de Estado, que se encontraba cada dos días, entrevistándose después con el jefe de sus cartógrafos, general Bacler de l'Albe, trabajando de rodillas sobre enormes mapas a escala del Piamonte, extendidos por el suelo y cubiertos de alfileres con cera roja y negra para mostrar la posición de las tropas. (Algunas veces, mientras gateaban por el suelo en torno a los mapas, las cabezas de Napoleón y de l'Albe chocaban). Se dice que durante esta reunión de estrategia preguntó a Bourrienne dónde creía este que tendría lugar la batalla decisiva. «¿Cómo demonios voy a saberlo?», respondió el secretario privado, educado en Brienne. «¿Cómo?, mira aquí, estúpido», dijo Napoleón, señalando la planicie del río Scrivia en San Giuliano Vecchio, explicando a continuación cómo pensaba que se comportaría Melas una vez que los franceses hubiesen cruzado los Alpes[3]. Exactamente allí tuvo lugar la batalla de Marengo, tres meses después.

El 19 de abril los 24.000 hombres comandados por el general austriaco Karl von Ott asediaron a los 12.000 de Masséna en Génova. La ciudad, bloqueada por la Royal Navy, carecía de provisiones. El teniente Marbot observó que durante las siguientes semanas se vieron forzados a sobrevivir a base de un «pan» que era «una mezcla espantosa de harina mala, serrín, almidón, talco para el pelo, avena, semillas de lino, nueces rancias y otras sustancias repugnantes, a los que daba un ápice de solidez un poco de cacao»[4]. El general Thiébault lo comparaba con aceite mezclado con turba. Se hervía la hierba, las ortigas y hojas con sal, se comieron a todos los perros y gatos, y «las ratas alcanzaron un gran precio». Murieron civiles y soldados a millares, por inanición y por diversas enfermedades asociadas a la malnutrición. Si se reunían más de cuatro genoveses, los franceses tenían orden de disparar por temor a que rindiesen la plaza.

Napoleón estaba ansioso por actuar, y el 25 de abril escribió a Berthier: «Cuando llegue el día, sea a causa de lo que sucede en Italia o por lo que sucede en el Rhin, en que pienses que mi presencia es necesaria, saldré una hora después de recibir tu carta»[5]. Para acallar los rumores y acometer los extensos problemas de logística de la campaña que se avecinaba, Napoleón permaneció en Malmaison y en París, revisando a las tropas peor equipadas a plena vista de la

muchedumbre –y de los espías austriacos–, y asistiendo a la ópera la noche del lunes, 5 de mayo. Casi todo el peso de la guerra parecía recaer en el teatro de operaciones alemán, donde Moreau disponía de muchas más tropas y obtenía mejores resultados, logrando cruzar el Rhin el 25 de abril, ganándose la enhorabuena efusiva y casi deferente de Napoleón. Para aquellos poco versados en materia de poder político casi podría parecer que Napoleón era el Gran Elector y Moreau, su cónsul de guerra.

Entonces actuó. Abandonó París a las 2 de la mañana, pocas horas después del fin de la ópera, y llegó a Dijon a la mañana siguiente, a las 3 de la mañana; el 9 de mayo ya estaba en Génova. Una vez allí se hizo notar en los desfiles y revistas, haciendo correr la voz de que se dirigía a Basilea, a pesar de que la división de vanguardia del general François Watrin había comenzado el ascenso del paso mayor de San Bernardo, seguido poco después por las fuerzas de Lannes, Victor y el general Philibert Duhesme. Napoleón llamó de vuelta a la Guardia Consular de Bessières y a la caballería de Murat[6]. Duhesme, dueño de una viña, envió vino a Napoleón, que respondió: «Nos lo beberemos en honor de la primera victoria que consigas»[7].

El invierno había sido duro y el camino –no hubo carretera en el San Bernardo hasta 1905– estaba helado y cubierto de nieve, pero aun así Napoleón fue afortunado con respecto al clima, que fue mucho peor tanto antes de que empezasen a cruzar los Alpes el 14 de mayo como después de que concluyesen 11 días después, en la mitad de tiempo que Aníbal. De 40 cañones solo se perdió uno en una avalancha. «Desde Carlomagno no se había visto un ejército mayor», dijo a Talleyrand el 18; «sobre todo pretendía bloquear el paso a nuestros grandes pertrechos, pero, al final, la mitad de nuestra artillería está en Aosta»[8]. Napoleón no guio a sus tropas a través de los Alpes, pero las siguió una vez resueltos todos los problemas logísticos importantes –comida, munición y mulas–[9]. Mantuvo una presión constante sobre los intendentes, con advertencias: «Nos arriesgamos a morir en el valle de Aosta, que solo tiene heno y vino»[10]. Él mismo cruzó la parte más complicada, en Saint-Pierre, el 20 de mayo, y para entonces Watrin y Lannes ya se habían adentrado 60 kilómetros en el Piamonte.

En total cruzaron los Alpes 51.400 hombres, 10.000 caballos y 750 mulas. En algunos lugares marcharon en fila india, arrancando al alba para evitar el

riesgo de avalanchas con el sol[11]. Al alcanzar el espectacular fuerte Bard en la entrada al valle de Aosta, que desemboca en una estrecha garganta sobre el río Dora Baltea, 400 húngaros comandados por el capitán Joseph Bernkopf les detuvieron durante 12 días, bloqueando el avance de casi todo el material pesado –cañones, 36 arcas de munición y otros 100 vehículos–, que quedaron descolgados, afectando gravemente a la campaña. Finalmente pudieron hacer que parte de los carruajes pasasen de noche tapizando el sendero con estiércol y paja para mitigar el ruido de las ruedas envueltas, pero hasta que cayeron los muros del fuerte y fue ocupado el 2 de junio, a costa de la mitad de las tropas de Bernkopf, no pudieron trasladar el resto. Este retraso en el fuerte Bard supuso que Napoleón quedase desesperadamente escaso de munición y artillería, y fueron precisas incursiones en Lombardía y Toscana para requisar lo necesario.

Un aspecto vital del talento de Napoleón era la gestión de las expectativas, y no cayó en la trampa de dejar que sus compatriotas se entusiasmasen en exceso tras su partida de París. Furioso al saber que la prensa le atribuía la predicción de que Milán caería antes de un mes escribió el 19 de mayo: «No va con mi carácter. Con mucha frecuencia callo lo que sé; y nunca digo lo que pasará»[12]. Con ese fin ordenó que se insertase una «nota jocosa» en el *Moniteur*. Lo cierto es que un mes después de abandonar París estaba efectivamente en Milán.

Napoleón cabalgó casi un día entero a caballo a través de los Alpes, y sobre una mula, más firme, en el trecho helado alrededor de Saint-Pierre[13]. Bajo su habitual abrigo vestía ropas de civil. Al preguntarle a su guía que qué deseaba por acompañarle a través de las montañas, este le respondió que con 22 años lo que precisaba era «la alegría de aquellos que poseen una buena casa, algo de ganado, ovejas, etc.», para poder contraer matrimonio[14]. Tras ordenar que se le entregasen 60.000 francos para costearlo todo, descubrió que el muchacho tenía 27 años, ya estaba casado y poseía casa propia, rectificando entonces y dándole 1.200 francos[15].

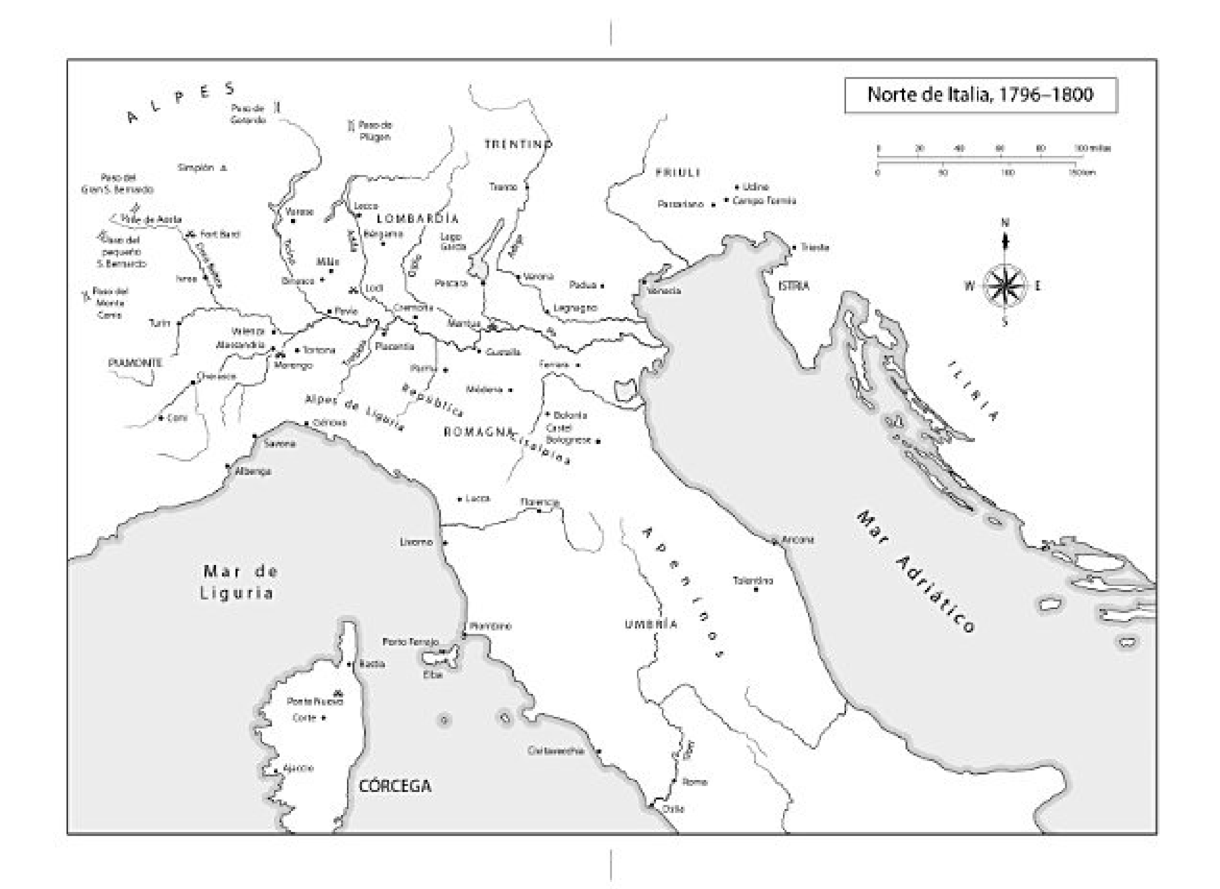
El 22 de mayo Lannes ya había tomado Ivrea, y el Piamonte yacía a los pies de Francia, y aun así los informes que se hacían llegar a von Melas, que para entonces había capturado Niza, seguían afirmando que solo había 6.000 franceses en el valle de Aosta. Para facilitar a Melas la captura Napoleón empujó a los austriacos más y más hacia el oeste antes de atacarles. El día 24 ya estaba

en Aosta con 33.000 hombres, y la división de Moncey, con otros 12.500, se encontraba en camino. «Hemos caído aquí como un relámpago», dijo Napoleón a José, que había entrado a formar parte del Cuerpo Legislativo en París, «el enemigo no se esperaba algo así y apenas da crédito a lo que ve. Van a pasar cosas grandes»[16].

En este punto de la campaña la firme severidad que contribuyó a hacer de Napoleón un comandante excepcional se volvió a poner de manifiesto. En lugar de marchar hacia el sur para auxiliar a una exhausta Génova, tal y como sus tropas, e incluso los comandantes más veteranos habían asumido que haría, rodó hacia el este camino a Milán, para capturar su enorme arsenal y cortar la línea de retirada de Melas a través del río Mincio y Mantua. Al ordenar a Masséna que resistiese todo lo posible mientras él estrangulaba a las fuerzas de asedio de Ott, Napoleón desconcertó a Melas, que daba por sentado que este trataría de salvar Génova. Poco después abandonó Niza y retrocedió desde Turín hasta Alejandría para intentar adelantarse al corso.

El 2 de junio Melas ordenó a Ott que levantase el sitio de Génova para concentrar todas las fuerzas. Ott le ignoró, porque Masséna acababa de solicitar la rendición. Ese mismo día, a las 18.30, Napoleón entró en Milán por la puerta de Verceil bajo una lluvia copiosa, y se instaló en el palacio archiducal, dedicándose hasta las 2 de la mañana a dictar cartas, recibir a Francesco Melzi d'Eril, que había gobernado la República Cisalpina, nombrar un nuevo gobierno para la ciudad y liberar a los prisioneros políticos capturados por los austriacos, que habían empleado Milán como cuartel general regional. Leyó también los despachos desde Viena interceptados a Melas, con los que averiguó el número de enemigos, su situación y su estado de ánimo. Moncey, con su división, se unió a él, pero aportó pocos cañones y munición. Mientras tanto Lannes entró en Pavía, y a pesar de que los 30 cañones capturados habían sido inutilizados, pudo hacer que 5 funcionasen de nuevo. Para regocijo de Napoleón se interceptó una carta de Melas a su amante en Pavía, en la que le pedía que no se preocupase porque era improbable que el ejército francés apareciese en Lombardía[17]. Napoleón escribió a Josefina el 11 y el 16 de mayo, preguntándole por «la primita» e informándole sobre las novedades acerca de su hijo Eugène. El 29 le escribió de nuevo: «Espero estar en brazos de mi Josefina en diez días, algo bueno siempre que no grite y no coquetee»[18].

Génova se rindió el 4 de junio, cuando ya habían muerto unos 30.000 de sus 160.000 habitantes de hambre y de otras enfermedades derivadas de la malnutrición, al igual que 4.000 soldados franceses. Se permitió volver a Francia con honores a otros 4.000 que sí que podían marchar, y 4.000 más, heridos y enfermos, fueron transportados a su país en barcos de la Royal Navy encabezados por el almirante lord Keith, que a pesar de haber bloqueado el puerto fue consciente del beneficio de alejar a tal número de franceses del teatro de operaciones[19]. La salud de Masséna era muy débil, en gran parte por su insistencia en comer solo cuando lo hubiesen hecho sus tropas y nunca terminó de perdonar a Napoleón que no acudiese en su rescate. Del mismo modo Napoleón –que nunca en su carrera fue asediado– criticó a Masséna por no haber resistido otros diez días, observando durante su exilio en Santa Helena: «Aunque hubiesen muerto de hambre unos pocos ancianos y mujeres, no tendría que haber rendido Génova. Si se piensa siempre en la humanidad –y solo en la humanidad–, entonces habría que dejar de ir a la guerra. No sé cómo se lleva una guerra a base de agua de rosas»[20]. Llegó incluso a denigrar a Masséna en sus memorias, confrontando sus acciones con las de los galos encabezados por Vercingetorix al ser asediados por César en Alesia. Puede que, de haber resistido Masséna otros diez días, Ott no hubiese llegado a tiempo al campo de batalla de Marengo.



Napoleón se jugaba mucho más que una simple ciudad; pretendía matar o hacer prisionero a todo austriaco al oeste de Milán[21]. La resistencia de Génova le habría permitido tomar a Melas por la espalda, forzándole a abandonar su plan de tomar Toulon junto con el almirante Keith y a retroceder para restablecer las líneas de comunicación. En aquel momento Piacenza y Valenza eran los principales puntos para atravesar el Po, que aún no habían caído en manos francesas, por lo que Melas envió a varias columnas hacia allí.

En Milán Napoleón interrogaba a algunos espías, como al agente doble (y puede que triple) Francesco Toli, acerca de la situación de las tropas de Austria. El 4 de junio asistió a La Scala, donde fue ovacionado, y aquella noche se acostó con su cantante estrella, la bella Giuseppina Grassini, de 27 años, con la que Berthier le encontró desayunando al día siguiente[22]. «No te invito a venir», dijo Napoleón a Josefina con frialdad en su siguiente carta. «Debería estar de vuelta en un mes. Espero que estés muy bien»[23]. Aquel mismo día, se supone que después de que la *signorina* Grassini se hubiese marchado, 200 sacerdotes católicos se presentaron en palacio para discutir de teología. Napoleón les

solicitó permiso para «exponerles los sentimientos que albergo para con la religión católica, apostólica y romana»[24]. No aludió al parecer que había manifestado al diwan de El Cairo menos de un año antes –«No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta»– y en su lugar expuso cómo el «catolicismo es particularmente favorable para las instituciones republicanas. Yo mismo soy filósofo, y sé que en toda sociedad ningún hombre es considerado justo y virtuoso si no sabe de dónde viene y a dónde se dirige. La simple razón no le puede guiar en este asunto; sin religión se camina siempre en la oscuridad»[25]. La fe para Napoleón era un concepto variable, incluso estratégico. Al afirmar que adoptaba la fe de aquel contra el que estuviese luchando lo decía en serio, y en el norte de Italia era el catolicismo.

Melas disponía de tres rutas seguras: a través de Piacenza por la ribera sur del Po; hacia Génova con evacuación por mar, cortesía de la Royal Navy incluida; o cruzando el río Ticino en Pavía. De vuelta al terreno el 9 de mayo Napoleón trató de bloquear las tres pero al hacerlo violaba su primera máxima militar: concentrar las fuerzas. Aquel día Lannes derrotó a Ott entre Montebello y Casteggio, obligando a los austriacos a retirarse por el oeste a través del Scrivia hasta Alejandría, donde se unieron a Melas. «Sin exagerar», escribió Napoleón al consejero de Estado Claude Petiet al día siguiente, «el enemigo tiene 1.500 bajas, y cabe imaginar que el doble de heridos». Por supuesto exageraba, como de costumbre; había 659 bajas y 1.445 heridos[26].

Napoleón esperó los siguientes tres días en Stradella, para ver qué intentaba Melas. Pasó la noche del 11 de junio charlando con Desaix, llegado de Egipto a tiempo para el choque aunque sin sus hombres, tras aprovechar un breve armisticio con los ingleses, firmado por sir Sidney Smith pero no ratificado por el gobierno de su país. El mes anterior Napoleón le había escrito afirmando que la suya era «una amistad que mi corazón, que ya es muy viejo y conoce profundamente a los hombres, no siente por nadie más»[27]. Sin más tardanza puso bajo su mando una nueva unidad, formada por miembros de las divisiones de Monnier y Boudet.

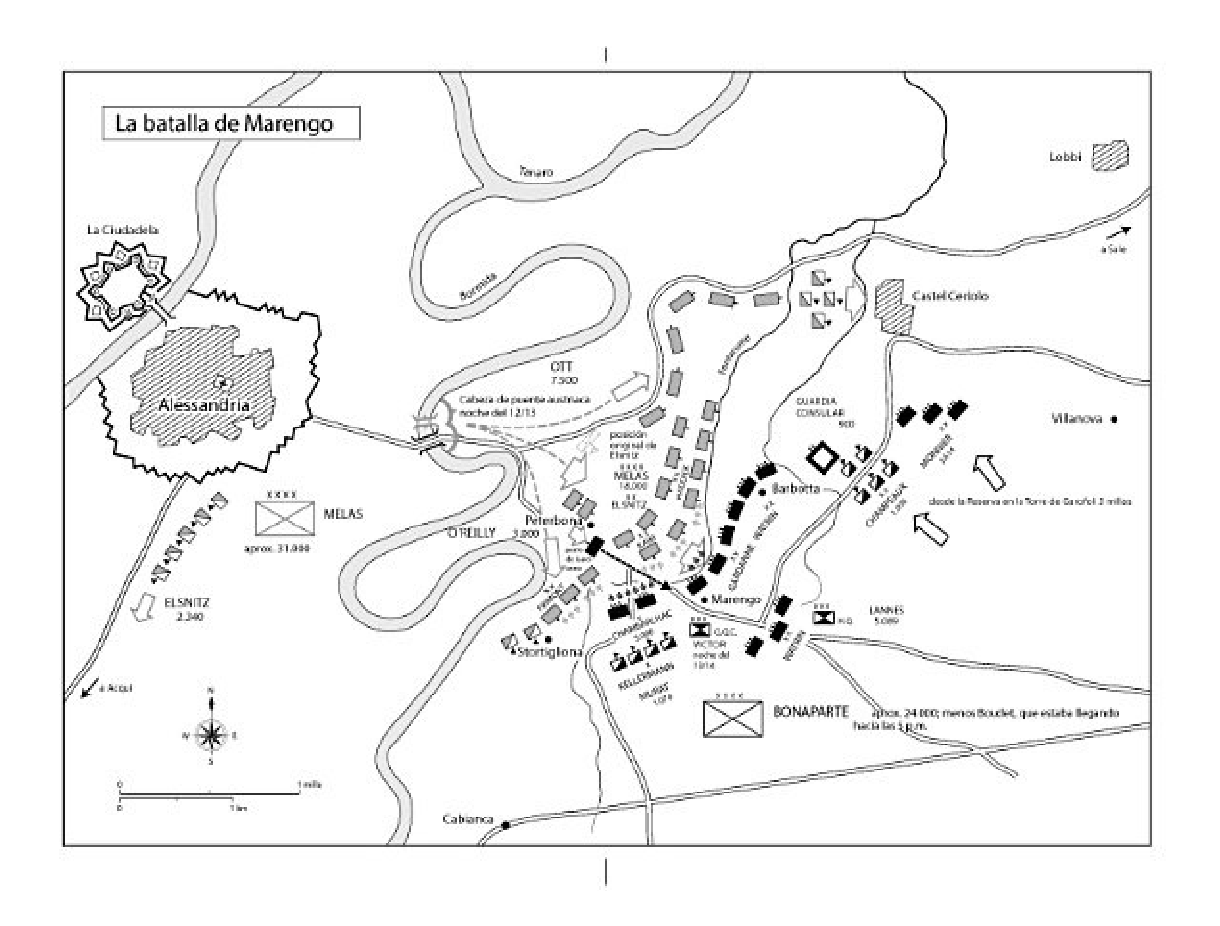
El día 13 a las 10 Napoleón partió a caballo hacia San Giuliano Vecchio. Ante él se extendían los campos que rodeaban Marengo, a unos 4 kilómetros al este de Alejandría, cerca de la confluencia del Tano y el Bormida. En Marengo

convergen tres caminos, sobre los cuales un puente cruza el Bormida en Alejandría y un doble recodo crea una cabeza de puente natural. Las villas de Castel Ceriolo, Marengo y Spinetta se sitúan en paralelo al Bormida, y 7 kilómetros al este está San Giuliano. El terreno entre Bormida y Marengo está salpicado de viñas, cabañas, granjas y zonas húmedas, pero más adelante el terreno es tan llano y amplio que el historiador militar Henry de Jomini, coronel que se incorporó a los colaboradores de Napoleón más tarde, lo describió como uno de los pocos lugares de aquella parte de Italia en el que la caballería podría cargar al galope. Hoy los campos acogen más sembrados, pero incluso en 1800 la altura de los cultivos dificultaba la visión. El 13 de junio la menguada caballería –en torno a los 3.600–, bajo una lluvia torrencial, no pudo otear con precisión la llanura de 360 km^2 y se limitó a acompañar a la infantería en su marcha hacia Tortona. El error acabaría costándoles caro.

Una hora después de llegar a San Giuliano Napoleón averiguó que Melas se preparaba para marchar hacia Génova. Parecía haber abandonado por completo la llanura para cubrir su retirada tomando Marengo. Napoleón apostó a la división de Lapoype al norte del Po, encomendándole que tomase el vado en Valenza, y entregó a Desaix la división de Boudet para marchar hacia Novi, adelantándose a Melas. Victor, liderando el cuerpo de vanguardia, recibió la orden de tomar Marengo; a las 17 el general Gaspard Gardanne se topó allí con unos 3.000 austriacos. Mientras el general Achille de Dampierre se acercaba por el sur, Gardanne cargó contra la aldea. Un fuerte chaparrón retrasó un tanto la intervención, y colmó los torrentes y ríos antes de que los franceses tomasen el pueblo y se hiciesen con dos cañones y unos 100 prisioneros. Aunque los austriacos les contuvieron hasta las 7 de la tarde con fuego intenso de cañones desde la orilla opuesta del Bormida, que se prolongó hasta las 10 de la noche, los franceses asumieron que no tenían intención de prolongar la lucha en aquel punto el día siguiente.

No había ningún fuego de campamento a la vista y las patrullas francesas, sus piquetes de infantería y sus *vedettes* (de caballería) no informaron de ninguna actividad inusual, por lo que Napoleón no se esperaba el potente contraataque de Melas a través del río al día siguiente. Con frecuencia las labores de inteligencia eran fragmentarias: las patrullas a caballo que se encargaban de contar las tropas observándolas con catalejos, en ocasiones

poniéndose en riesgo, no podían ser muy precisas, y en este caso además se interponía un ancho río. «El Cónsul, con su escolta a caballo», observó Joseph Petit, granadero a caballo de la Guardia Consular, «rodeó Marengo. Estaba ante nuestros ojos casi todo el tiempo, a distancia, recorriendo la llanura, examinando el terreno con atención, en ocasiones meditando profundamente, e impartiendo órdenes»[28].



Napoleón interrogó a algunos desertores, incluido un oficial emigrado que portaba la cruz borbónica de San Luis, «con una formalidad considerable» y, como advirtió Petit, «todos los prisioneros se mostraron admirados al saber que la persona con la que acababan de hablar era Bonaparte»[29]. Pero nada de lo que averiguó le llevó a concluir que la retaguardia austriaca se había dado la vuelta en secreto para unirse al resto de las fuerzas, ni que Melas había decidido emplear la superioridad numérica de su caballería y su artillería para atacar en masa. Así pues, en la mañana de sábado 14 de junio de 1800, Napoleón solo disponía de unos 15.000 soldados de infantería en tres divisiones, y de dos

brigadas de caballería sobre el terreno de la batalla de Marengo. Monnier y la Guardia Consular todavía se encontraban a 12 kilómetros, en la retaguardia cerca de la granja de Torre Garofoli, a unos 4 kilómetros al este por la carretera de San Guiliano, en la que Napoleón había pasado la noche y desde donde observaba el terreno en lo alto del campanario de la iglesia del siglo XVI de San Agnes, aún en pie. Victor estaba en Marengo, pero Desaix se encontraba a 8 kilómetros, en San Giuliano, camino de Novi, y Lapoype marchaba a través de la ribera norte del Po[30].

Las orillas del Bormida son amplias, pero los austriacos construyeron puentes flotantes, amarrándolos en la noche del día 13, y levantaron cabezas de puente para dormir a continuación sin encender fuego, con la intención de mantener la calma de los franceses, mal informados acerca de su número y posición. A las 4.30, al alba de lo que iba a ser un día muy caluroso, 15.000 franceses con solo 15 cañones se enfrentaron a 23.900 soldados austriacos de infantería, 5.200 de caballería y 92 cañones[31]. Incluso a plena luz del día Victor no advirtió de la seriedad de la situación a Napoleón, que solo fue consciente cuando la artillería austriaca abrió fuego a las 9, mientras los piquetes de Gardanne eran repelidos. Un ataque temprano y vigoroso de Francia contra la cabeza de puente podría haber retrasado el despliegue de Austria, pero a las 9 de la mañana ya era imposible. Si los austriacos hubiesen atacado en oleadas según las unidades atravesaban el puente, en lugar de perder una hora formando para marchar todos a la par, podrían haber arrollado a Victor. Una derrota severa en Marengo habría provocado la caída del Consulado, contra el que Sieyès y otros conspiraban en París.

Murat ordenó a la brigada de caballería de François-Étienne Kellermann, hijo del vencedor de Valmy, avanzar desde San Giuliano, mientras Berthier, que había establecido un observatorio privilegiado en una colina en Cascina Buzana, ordenaba a Victor ofrecer una resistencia feroz, y solicitaba a Napoleón que desplazase a las tropas desde Torre Garofoli tan pronto como le fuese posible. A las 9.30 Gardanne sufría un contundente ataque de la artillería, que en terreno llano suponía además enfrentarse a la dispersión de los proyectiles, pero al estar formados en líneas los franceses minimizaron las bajas. Los disparos resonaron durante dos horas, con los franceses descargando la munición por pelotones, pero los seis batallones de Gardanne estaban siendo pulverizados por los

cañones austriacos, por lo que retrocedían lentamente hacia el arroyo de Fontanone, cuyas escarpadas riberas pueden verse hoy al salir del museo de Marengo. La reducida unidad de Dampierre combatía en el flanco derecho de Austria, agazapada en zanjas y quebradas, y no se rindió hasta quedar rodeada por los húsares a las 7 de la tarde, resistiendo los embates y agotando toda su munición.

Para cuando dieron las 10 de la mañana del 14 de junio Napoleón ya había enviado a Lannes hacia Cascina La Barbotta, con la misión de reforzar a Victor por la derecha. Cantando la Marsellesa, la 6ª Ligera y la 22ª Sección empujaron a los austriacos sobre el Fontanone, crecido por la lluvia caída la noche anterior. «Los austriacos lucharon como leones», reconoció más tarde Victor. Los franceses se negaron a abandonar la línea del Fontanone cuando contraatacaron los austriacos; algunos soldados orinaron sobre los mosquetes, que se habían calentado demasiado por los constantes disparos. A mediodía la línea francesa estaba diezmada por los 40 cañones y los disparos incesantes de la mosquetería, y se les estaba acabando la munición. «Bonaparte avanzó hasta la primera línea», observó Petit, «llamando al valor y la firmeza a todas las unidades que iba encontrando; su presencia les reanimó visiblemente»[32].

En ese momento el archiduque austriaco Joseph, hermano menor del archiduque Carlos, cruzó el Fontanone con su infantería, ya que la orilla era demasiado escarpada para la caballería y la artillería. Los franceses no pudieron desalojarle, y sus hombres empezaron a levantar un puente sobre caballetes protegidos por el fuego de mortero, que hacía trizas a las brigadas francesas enviadas para detenerlos. A las 2 de la tarde Marengo había caído; los austriacos habían empleado 80 cañones y cruzaban el Fontanone por doquier, mientras la división de Gardanne se hacía jirones y abandonaba el terreno; sin embargo habían logrado que Napoleón ganase 3 horas y media para organizar el contraataque. Solo la brigada de caballería de Kellermann, que se retiraba lentamente escuadrón a escuadrón, intimidó lo suficiente a los austriacos como para que no desplegasen su fuerza a caballo, numéricamente superior. Mientras Austria se situaba en línea en torno a Marengo, Victor se veía obligado a retirarse casi hasta San Giuliano sin tiempo para reordenar sus filas, y atravesando el plano en cuadros, lo que provocó numerosas bajas a manos de los 15 cañones que los austriacos habían emplazado más adelante. Para entonces las

tropas de Austria ya empezaban a burlarse de los franceses mientras jugueteaban con los gorros de piel de los granaderos galos muertos, haciéndolas girar en la punta de sus sables[33].

Entretanto, Lannes se colocaba a la defensiva ante el avance de la infantería de Ott, con el flanco derecho en retirada y escaso de munición. Sin artillería, casi rodeado, y diezmado por los cañones enemigos, ordenó la retirada a través de la llanura, de forma escalonada a menos de 2 kilómetros por hora, con un movimiento disciplinado pero costoso frente a los proyectiles austriacos. Napoleón, que ya solo contaba con la división de Monnier y con la Guarda Consular en la reserva, había enviado un desesperado mensaje de auxilio a Desaix a las 11 para que regresase con la división de Boudet tan rápido como pudiese. «Había pensado en atacar al enemigo, y en lugar de eso es él el que me ataca a mí», rezaba el mensaje, «en nombre de Dios, ¡vuelve si aún puedes!». Por fortuna para el consulado napoleónico, la crecida del Scrivia había retrasado mucho a Desaix. Envió un mensajero de vuelta a las 13, informando a Napoleón de que estaría con él hacia las 5. Boudet y él dieron el alto a sus tropas, se volvieron, y marcharon 8 kilómetros de vuelta bajo un sol abrasador acompañado del estruendo de los disparos, pero pudieron llegar en el último minuto. El mismo mensaje de Napoleón enviado a Lapoype, que estaba mucho más alejado, no llegó hasta las 6, y para entonces era demasiado tarde.

Cuando Napoleón y Monnier alcanzaron el campo de batalla a las 14, la situación no podía ser más acuciante, con los franceses retirándose lentamente por el centro, rotos por la izquierda y muy amenazados por la derecha[34]. Napoleón era consciente de que debía defender la carretera de Tortona, pero no podía hacerlo de frente, por lo que desplegó sus reservas por la derecha. Cabía relevar a Lannes para que mantuviese la línea allí, empleando esa ruta para la retirada si fuese necesario, pero Ott suponía el problema más acuciante; solo 600 hombres se le oponían. Para auxiliar a Lannes, separado del resto, Monnier envió al general Claude Carra Saint-Cyr con 700 hombres de la 19ª Ligera a Castel Ceriolo, que resistía apenas, mientras la 70ª Línea se desplazaba para atacar a Ott por la retaguardia y la 72ª aguardaba. Inicialmente Ott fue empujado a las marismas del Bormida, pero retomó la aldea tras una hora de intercambio de disparos con Saint-Cyr.

Bajo cualquier punto de vista no era el mejor momento para que Melas, que

había visto cómo su montura era abatida en dos ocasiones, y que había sufrido una leve contusión en el antebrazo, abandonase el campo de batalla, volviese a Alejandría, anunciase a Viena su victoria y ordenase a un subordinado que se pusiese al mando, tomase San Giuliano y enviase a la caballería a perseguir a los franceses que huían. Pero, sorprendentemente, eso fue lo que hizo.

A las 3 de la tarde, mientras nuevas tropas de caballería austriacas alcanzaban la planicie para acechar el flanco derecho de Lannes, Napoleón decidió destacar 900 hombres de infantería de la Guardia Consular, desplegadas entre La Poggi y Villanova en una columna, cantando «*On va leur percer le flanc*» (Vamos a atravesar ese flanco). La 96ª Línea reconoció más tarde que llegaron a tiempo porque arrojaron parte de su munición mientras marchaban. Cuando cargó contra ellos uno de los regimientos de dragones de Ott, formaron en cuadro y les derrotaron, ayudados por sus exploradores y cuatro cañones del regimiento. A continuación sufrieron un ataque de la infantería, con la que intercambiaron descargas durante 40 minutos, a distancias de entre 100 y 200 metros; ese día murieron 260 hombres, y aproximadamente un número similar fueron heridos. Rechazaron tres cargas de caballería, pero la infantería austriaca caló las bayonetas y se lanzó a cuerpo contra ellos, obligándoles a retroceder formando en cuadro hacia La Poggi mientras seguían luchando. El sacrificio de la Guardia sirvió para que Monnier tuviese tiempo de finalizar su maniobra, permitiendo esto a su vez que todo el ejército se reorganizase. Sobre la Guardia Consular aquel día Napoleón afirmaría más tarde que fue una «fortaleza de granito», condecorando a 24 soldados de infantería, 18 de caballería y 8 de artillería. Tanto la Guardia Consular como la división de Monnier se batían en retirada en orden a las 4 de la tarde, mientras los austriacos caían sobre San Giuliano. Los franceses fueron moviéndose hacia atrás por batallones sin ceder al caos, mientras seguían luchando. Conseguir no sucumbir a la tentación de romper las filas fue un examen de disciplina que mereció la pena. El día aún era caluroso, no había agua, y el apoyo de la artillería era mínimo mientras la caballería de Austria persistía en los ataques, pero varias unidades consiguieron mantener las filas al retirarse unos 8 kilómetros, entre las 9.30 y las 16.00.

Con mesura, Napoleón llamó al valor y derrochó liderazgo «con su habitual sangre fría», según uno de sus guardias, asegurándose de que la infantería, la caballería y la escasísima artillería se apoyasen mutuamente[35]. «El Cónsul

parecía desafiar a la muerte –observó Petit– y aproximarse a ella, porque más de una vez se vio cómo las balas levantaban el suelo entre las patas de su montura»[36]. Para entonces todas las tropas de reserva habían entrado en acción, le restaban menos de 6.000 soldados de infantería para un frente de 7 kilómetros, junto con 1.000 unidades de caballería y solo 6 cañones en uso, y su ejército estaba exhausto, desesperadamente sediento, bajo de munición y con un tercio de sus hombres caídos, pero se comportaba como si la victoria fuese indudable[37]. Era capaz incluso de mostrarse despreocupado; al darse cuenta de que el caballo de Marbot estaba herido en una pata, «me tomó por la oreja y me dijo, riendo: ¿Esperas que te preste mis caballos para que los trates así?»[38].

Al tiempo que una densa multitud de soldados de infantería austriacos se preparaba para avanzar, Napoleón ordenó a Berthier poner en marcha una retirada segura, mientras él se dirigía a Villa Gholina para avistar a Desaix desde el tejado. Cuando observó el polvo que levantaba la columna de Desaix cabalgó para ponerse a su altura, mientras ordenaba rápidamente que Berthier detuviese la retirada. La moral del ejército se redobló al descubrir la presencia de Desaix, cabalgando un poco por delante de sus hombres a pie. Al llegar Boudet a San Giuliano, y disponer Lannes, Monnier y Watrin a sus hombres en algo similar a una línea de batalla, los austriacos detuvieron el avance de sus columnas, desplegándose en la línea de lo que asumían que sería el asalto triunfal definitivo. «Ya hemos retrocedido suficiente por hoy», arengó Napoleón a sus tropas. «¡Soldados, recordad que acostumbro hacer noche en el campo de batalla!»[39].

Al unir a los seis cañones en uso los cinco de reserva y los ocho de Boudet, Marmont disponía ya de una batería considerable para emplazarla en algún lugar elevado. Boudet desplegó a sus 4.850 soldados de infantería en *ordre mixte* sobre la carretera principal, oculta parcialmente por setos y viñas. Napoleón cabalgó a través del frente espoleando a sus hombres; ya disponía de 11.000 soldados de infantería y 1.200 de caballería para el ansiado contraataque.

Cuando los austriacos avanzaron hacia las 5 de la tarde, vieron cómo la parte delantera de sus regimientos centrales se disgregaba por el fuego de mortero de la batería de Marmont. Como en Rívoli, un disparo afortunado alcanzó un carromato de munición, que explotó y provocó el caos. Los austriacos recularon con prontitud, estupefactos, especialmente después de que la división de Boudet

empezase a avanzar contra ellos. Las agresivas cargas austriacas le hicieron ponerse a la defensiva, pero en cuanto los 6.000 soldados de infantería terminaron con su oleada de disparos de mosquete, mientras cargaban con la bayoneta, Kellermann espoleó a su caballería, que se había desplazado oculta entre las viñas y el arbolado. Así pues, los austriacos no habían cargado sus mosquetes en el momento en el que 400 hombres de los regimientos de caballería 2º y 20º se abalanzaban sobre el flanco derecho de la columna central de granaderos húngaros. El 2º de Caballería pasó por el sable a tres batallones, tomando 2.000 prisioneros y haciendo huir a otros 4.000. Inmediatamente después Kellermann hizo que 200 hombres, en la retaguardia de la última carga, se volviesen atacando a unos 2.000 soldados de la caballería de Austria que permanecían inactivos, haciendo que huyesen también.

Todo el frente francés avanzó entonces. Desaix, en ese momento triunfal, fue herido en el pecho y cayó muerto. «¿Por qué no se me permite llorar?», gritó un Napoleón empujado por la tristeza, al ser informado de la noticia. Pero debía concentrarse en dirigir el siguiente asalto[40]. Los ataques sucesivos de Kellermann enviaron la carga de la caballería de Austria contra su propia infantería, sumiéndola en el desorden y dando oportunidad a Lannes, a Monnier y a la Guardia Consular de completar la victoria, desplazando hacia adelante todos los frentes. «El destino de una batalla es el resultado de un solo instante, de un pensamiento», afirmó Napoleón sobre Marengo. «Llega el momento decisivo, se enciende una chispa de moral, y la reserva más pequeña se alza con la victoria»[41]. Las tropas austriacas, que habían luchado con bravura durante todo el día, se derrumbaron por la conmoción y el esfuerzo de ver que la victoria se alejaba de ellos, y huyeron a Alejandría en desorden.

Los franceses, exhaustos, durmieron aquella noche en el campo de batalla. En total 963 austriacos habían muerto, 5.518 habían sido heridos y 2.921 capturados; se requisaron 13 cañones y otros 20 se hundieron en el Bormida. Los franceses perdieron poco más de 1.000 hombres, con 3.600 heridos y 900 capturados o desaparecidos, pero los números enmascaran lo que fue una victoria estratégica de Napoleón[42]. De acuerdo con los términos del acuerdo de paz que firmaría Melas poco después, Napoleón recibiría todo el Piamonte, Génova, la mayoría de la Lombardía, 12 fortalezas, 1.500 cañones y enormes reservas de munición. Cuando se supo en París lo ocurrido en Marengo los

bonos del Estado, que se habían mantenido en los 11 francos los seis meses anteriores, y habían llegado a los 29 justo antes de la batalla, se dispararon hasta los 35[43]. Tras la batalla Napoleón mandó a Masséna el 22 de julio «expoliar e incendiar la primera aldea que se levante en el Piamonte», y a Brune el 4 de noviembre: «Todos los extranjeros, pero especialmente los italianos, tienen que ser tratados con dureza de vez en cuando»[44]. Una vez expulsados los austriacos por segunda vez, el norte de Italia fue pacificado rápidamente sin apenas represión, y permanecería en calma durante los siguientes 14 años. Marengo confirmó a Napoleón en su puesto de Primer Cónsul, y se sumó al mito de su imbatibilidad.

En esta batalla Napoleón había engranado perfectamente los cuerpos de infantería, artillería y caballería, pero aun así fue una victoria afortunada, lograda en gran parte por el impacto que causó la llegada de Desaix al campo de batalla en el momento psicológico preciso, y por las cargas de caballería de Kellermann, cuidadosamente dosificadas. Los franceses habían recuperado en una hora una planicie que a los austriacos les tomó ocho conquistar. Las tropas de reclutas franceses, guiadas por veteranos, habían respondido muy bien.

«Tras una magnífica batalla», escribió el capitán Blaze, «hay alimento en abundancia para las multitudes y para los redactores de boletines»[45]. Napoleón había cometido tres errores de calado: al adentrarse en la planicie en primer lugar, al no anticiparse al ataque de Melas y al enviar tan lejos a Desaix. Pero había vencido, y era imperativo, por razones políticas, que el triunfo de Marengo se le atribuyese a él, o como mucho a él y al fallecido Desaix. El boletín tras la batalla fue, por tanto, pura propaganda, e insinuaba que los austriacos habían caído en su trampa. «La contienda parecía perdida», afirmaba con cierta alegría. «Se permitió al enemigo avanzar con cobertura de mosquetes sobre la villa de San Giuliano, donde la división del general Desaix había sido dispuesta en orden de combate»[46]. Napoleón se inventó también unas palabras finales de Desaix. «Id y decid al Primer Cónsul que muero con el pesar de no haber hecho lo suficiente para vivir en la posteridad». De hecho había muerto de forma instantánea. La narración oficial de la batalla, obra de Berthier, superó tres revisiones antes de ser aprobada por Napoleón. En enero de 1815 afirmó, de modo poco caritativo, que la batalla de Marengo estuvo ganada antes de que

llegase Desaix[47]. La opinión del ayuda de campo de Desaix, Anne-Jean-Marie-René Savary, era que, «si la llegada del general se hubiese retrasado una hora, nos habrían hundido en el Po»[48].

El día después de la batalla escribió al resto de cónsules afirmando que estaba «sumido en el dolor por la muerte del hombre al que más amaba y respetaba»[49]. Tomó como ayudas de campo a Savary y a Jean Rapp, otro de los asistentes de Desaix, como muestra de respeto, y permitió a la 9ª Ligera, a cuyo frente marchaba el general cuando murió, que bordase en letras doradas la leyenda «Incomparable» en su estandarte[50]. Mandó embalsamar el cuerpo de Desaix y acuñó una medalla en su honor, y otra en conmemoración de Marengo[*]. Tras la batalla, lo único que dijo a Kellermann fue: «Has cargado bastante bien», lo que le enfureció, sobre todo porque había sido mucho más efusivo con Bessières: «La Guardia de caballería se ha cubierto hoy de gloria»[51]. Se dice que Kellermann respondió airado: «Me alegro de que esté satisfecho, general, porque eso le ha coronado», pero resulta dudoso que lo hiciese[52]. En privado Napoleón admitió ante Bourrienne que Kellermann había «realizado una carga afortunada. Lo hizo en el momento preciso. Le debemos mucho. Ya ves que circunstancias insignificantes deciden estos asuntos». Un mes después Kellermann fue puesto al frente de su propia división, y más tarde Napoleón haría la vista gorda ante sus escandalosos pillajes. Puede que el mejor resumen de la batalla sea la escueta afirmación de Napoleón ante Brune y Dumas: «Mirad, hubo dos batallas el mismo día; perdí la primera y gané la segunda»[53].

El 16 de junio Napoleón ofreció de nuevo la paz al emperador Francisco, con las mismas premisas que en Campo Formio, escribiendo; «Exhorto a Su Majestad a escuchar el lamento de la humanidad». En la Orden del Día escribió que los austriacos se habían dado cuenta de que «estamos luchando entre nosotros solo para que los ingleses puedan vender más caro su azúcar y su café»[54]. Al día siguiente el «libertador de Italia» se encontraba de nuevo en Milán, disfrutando de la compañía de Giuseppina Grassini, a la que había invitado a cantar en París en las celebraciones por el 14 de julio, y en las pompas fúnebres de Desaix. «Berthier me informa de que cuenta con enviar a la señorita Billington o a madame Grassini», escribió a Lucien el 21 de junio,

taimadamente, «que son las dos *virtuosi* más famosas de Italia. Dispón de una buena pieza compuesta en italiano. Las voces de estas actrices deberían ser conocidas para los compositores italianos»[55]. Grassini se quejaba de que Napoleón la «acariciaba de modo furtivo», y en una ocasión le explicó a un asistente: «el asunto se acabó en tres minutos»[56].

A pesar de su genio militar, su capacidad intelectual, su habilidad administrativa y el puro trabajo duro, no se debería subestimar el papel que jugó la suerte en la carrera de Napoleón. En mayo de 1800 el clima dio una tregua para cruzar los Alpes, y en junio las lluvias retrasaron la marcha de Desaix desde Marengo lo suficiente como para permitirle regresar al campo de batalla a tiempo para salvar a su comandante en jefe. El informe del coronel Maillard de 1792 acerca de los sucesos de Ajaccio se perdió en la marea administrativa del ministerio de Defensa, en los albores de una guerra; la herida de pica de 1793 en Toulon no se le infectó; en 1797 un carruaje de munición de Quasdonovich recibió un impacto directo en Rívoli, como le ocurrió a Melas en Marengo; en 1799 el *Murion* disfrutó de vientos muy favorables para abandonar Alejandría; ese mismo año las otras opciones de Sieyès para el golpe de Brumario no estuvieron disponibles, y el informe de Kléber sobre la campaña en Egipto no llegó a París antes del *coup*, durante el que la manga de Thomé se rasgó lo suficiente como para enfurecer a sus camaradas. Napoleón fue consciente, y más de una vez se refirió a la «diosa Fortuna». Al avanzar su carrera, llegaría a creer que la diosa le rechazaba, pero de momento estaba persuadido de que se situaba a su vera.

---

[*] Se fundió otra medalla al celebrar la apertura del Quai Desaix en París ese mismo año, y otra más cuando su cuerpo se trasladó a una sepultura en el Hospital de Saint Bernard en 1805 (*The Incomparable*, Crowdy, pp. 94-97, *Marengo*, Petit, p. 47).

12. EL LEGISLADOR

Debo conceder al pueblo derecho pleno en materia de religión. Los filósofos se reirán, pero la nación me bendecirá.

Napoleón a Chaptal

Mi verdadera gloria no consiste en haber vencido en cuarenta batallas… Lo que nada podrá destruir, lo que vivirá para siempre, es mi Código Civil.

Napoleón en Santa Helena

Napoleón no tenía intención de dormirse en los laureles después de Marengo. Al incrementarse su capital político decidió jugárselo en una apuesta que, si era la ganadora, aumentaría sus apoyos dentro de Francia. «La operación más audaz de Bonaparte durante su primer año de reinado –escribió Jean Chaptal– fue restaurar el culto a su viejo fundamento»[1]. Napoleón deseaba asegurarse de que una Iglesia independiente no supusiese un foco de resistencia frente a su gobierno, y la solución más simple era designar al Papa.

El anticlericalismo fue uno de los impulsos de la Revolución Francesa, que arrebató a la Iglesia católica sus riquezas, expulsó y masacró con frecuencia a sus sacerdotes, y desacralizó sus altares. Aun así Napoleón percibió que muchos de sus partidarios naturales –conservadores, rurales, trabajadores, asalariados cualificados, artesanos y pequeños propietarios– no habían abjurado de la fe de sus padres, y suspiraban por un entendimiento entre la Iglesia y el Consulado, al que cada vez admiraban más. Todo acuerdo, sin embargo, debía garantizar que aquellos que habían adquirido *biens nationaux* previamente en manos de la Iglesia (los llamados *acquéreurs*) pudiesen conservar sus propiedades, y por lo tanto se descartaba la vuelta al viejo sistema, por el que los campesinos eran obligados a pagar diezmos al clero.

Durante un tiempo Napoleón admiró la capacidad del Papa para alentar revueltas en Italia, y escribió al Directorio en octubre de 1796 que suponía «un enorme error entrar en disputa con ese Poder»[2]. En su encuentro con los sacerdotes milaneses del 5 de junio de 1800, prometió «retirar todos los obstáculos del camino para una completa reconciliación entre Francia y la cabeza de la Iglesia». Pío VI había fallecido en agosto a los 81 años. El nuevo papa, Pío VII, era un monje sencillo y santo, cuya postura en cuestiones sociales no parecía totalmente hostil a la de la Revolución[3]. Napoleón sabía de antemano que cualquier negociación sería delicada y costosa, pero el premio era magnífico: la adhesión de la Francia católica a la causa napoleónica. El acuerdo papal eliminaría una de las principales reclamaciones de los rebeldes que quedaban en la Vendée y podría mejorar las relaciones con los católicos de Bélgica, Suiza, Italia y el Rin.

La población de Francia rondaba los 28 millones de habitantes, de los que solo un quinto vivía en núcleos urbanos de más de 2.000 individuos; casi todos los demás lo hacían en una de las 36.000 comunas rurales, que agrupaban a unos pocos centenares de personas cada una[4]. Napoleón calculó el valor inmenso que aportaría que una persona que jugaba un papel social fundamental como centro de información en esas comunidades, y que en ocasiones era el mejor educado y el encargado de leer los decretos gubernamentales, estuviese también a sueldo del Estado. «El clero es una potencia que nunca descansa», dijo una vez. «Nunca hay que estar en deuda con él, porque hay que ser su dueño»[5]. Su relación con el papado se ha descrito con precisión como el intento de Napoleón de «enrolar al clero diocesano como sus “prefectos morales”»[6].

Tal y como se ha explicado, Napoleón fue, en el mejor de los casos, escéptico respecto al cristianismo[7]. «¿Existió Jesús de verdad?», preguntó a su secretario en Santa Helena, Gaspard Gourgaud, «¿o no fue así? Creo que ningún historiador contemporáneo lo mencionó jamás»[8]. Desde luego no le eran familiares las *Antigüedades judías*, de Flavio Josefo, que mencionan a Jesús. No obstante disfrutaba con las disputas teológicas, y dijo a su último médico, Antommarchi: «Desear ser ateo no hace que lo seas»[9]. «Aunque Bonaparte no era un devoto», observó Chaptal contemplando estas ambigüedades, «creía en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Siempre habló con respeto de la religión»[10]. Cuando le leyeron el sermón de la montaña en Santa Helena,

dijo a Bertrand: «Jesús debería haber realizado sus milagros, no en lugares remotos de Siria, sino en una ciudad como Roma, a la vista de todos»[11]. En otra ocasión afirmó: «Si me obligasen a tener una religión, adoraría al sol, la fuente de toda vida, el verdadero dios de la tierra»[12]. Y en otro momento: «La religión que más me gusta es la musulmana; tiene muchas menos cosas increíbles que la nuestra»[13]. Haciendo recuento, dictó una nota en la que probaba la imposibilidad logística de que Moisés, como afirma la Biblia, hubiese podido saciar la sed de 2 millones de israelitas golpeando una roca[14]. Una de las principales desventajas del cristianismo, como dijo a Bertrand, es que no «fomentaba el valor», porque «hay que preocuparse demasiado para alcanzar el paraíso»[15].

A pesar de su actitud hacia la esencia de la fe cristiana, no albergaba dudas acerca de su utilidad social. «En la religión», explicó a Roederer, uno de los pocos consejeros de estado a los que dio acceso a las negociaciones secretas, «no veo los misterios de la encarnación, sino los misterios del orden social. Asocia al paraíso la idea de una igualdad que evita que los ricos sean masacrados por los pobres… La sociedad es imposible sin la desigualdad; la desigualdad es intolerable sin un código moral, y un código moral es inaceptable sin religión»[16]. En Egipto ya había demostrado su flexibilidad al emplear la religión con fines políticos; como señaló una vez a Roederer: «Si gobernase a un pueblo de judíos, reconstruiría el templo de Salomón»[17]. Esta visión esencialmente pragmática de la religión era común entre los intelectuales y escritores ilustrados. Es conocida la afirmación de Edward Gibbon en la *Decadencia y caída del Imperio Romano*: «Los diversos modos de culto que convivían en el ámbito de Roma eran considerados igual de verdaderos por el pueblo, igual de falsos por los filósofos, e igual de útiles por los magistrados»[18]. «La idea de Dios es muy útil –afirmó Napoleón– para conservar el orden, para mantener a los hombres en la senda de la virtud y apartarlos del crimen»[19]. «Para los ladrones y los condenados a galeras se imponen restricciones físicas», explicó al doctor Barry O’Meara en Santa Helena, «para la gente ilustrada, morales»[20].

En junio de 1800, tan pronto como regresó a París desde Milán, Napoleón inició las negociaciones con el responsable de las relaciones internacionales del Vaticano, el cardenal Hércules Consalvi, ofreciéndole restaurar por completo el

culto público en Francia, siempre y cuando todos los obispos galos renunciasen a sus sedes y se le permitiese a él seleccionar a otros, que serían después «nombrados» por el papa[21]. Desde 1790 los obispos franceses se habían dividido entre los ortodoxos, que solo reconocían la autoridad del papa, y los constitucionales, que habían jurado obediencia al gobierno. Las negociaciones que mantenían José Bonaparte y el antiguo cabecilla de la Vendée Étienne-Alexandre Bernier, por Francia; Consalvi, el cardenal y el legado papal Giovanni Caprara, y un asesor teológico del papa, Charles Caselli, por parte del Vaticano, fueron secretas incluso para el Consejo de Estado. Se intercambiaron 1.279 documentos durante un año, y se esbozaron al menos diez borradores para el acuerdo. «Hay que dar a Dios lo que es de Dios», afirmaría Napoleón, «pero el papa no es Dios»[22]. El cardenal Consalvi visitó las Tullerías en abril de 1802, y Napoleón perfumó las habitaciones para la ocasión. Cuando el químico Fourcroy aludió al aroma, Napoleón bromeó: «Es un olor de santidad que purificará nuestros viejos pecados»[23]. Al alcanzar las negociaciones su punto culminante, Napoleón escribió a Talleyrand a comienzos de julio de 1801: «Ayer me apareció una segunda ampolla en el brazo. Es un buen momento para ponerse a buenas con los curas cuando se cae enfermo»[24]. A pesar de que el concordato se firmó oficialmente en julio, no fue ratificado ni publicado hasta nueve meses más tarde, después de que Napoleón hubiese tratado de mitigar la fuerte oposición que suscitó en el ejército y los legisladores. «El gobierno de la república reconoce que la religión católica, apostólica y romana es la religión de la gran mayoría de ciudadanos franceses», comienza el concordato. «Su Santidad, del mismo modo, reconoce que esta misma religión es probable que obtenga el mayor esplendor del establecimiento del culto católico en Francia, y por ser profesada abiertamente por los cónsules de la república»[25]. A lo largo de los siguientes 17 artículos recogía que la fe católica «se ejercerá libremente en Francia, conforme a las regulaciones… que el gobierno juzgue necesarias para la tranquilidad pública».

Se crearían nuevas diócesis y parroquias. Diez arzobispos (con un salario anual de 15.000 francos) y cincuenta obispos (10.000 francos cada uno) serían nombrados por Napoleón y por el papa conjuntamente; los obispos jurarían no hacer nada «que perturbase la tranquilidad pública», e informarían al gobierno acerca de aquellos que lo hiciesen; todo servicio religioso incluiría una plegaria

por la república y sus cónsules; aunque los obispos designasen a los sacerdotes en las parroquias, se abstendrían de nombrar a nadie inaceptable para el gobierno. El concordato asentaba la transmisión de tierras de la Revolución; todas las propiedades procedentes de la Iglesia pertenecerían a los *acquéreurs* «para siempre».

Napoleón realizó ciertas concesiones, ninguna demasiado onerosa. Se suprimió la semana de diez días y se restauró el domingo como día de descanso; se retomó el calendario gregoriano en enero de 1806 definitivamente; los niños recibirían nombres clásicos o de santos, en lugar de los revolucionarios o seculares; todo el clero estaría asalariado; las órdenes de monjas y de misioneros podrían regresar paulatinamente, y la educación primaria volvería a depender del clero[26]. Por su parte la Iglesia entonaría Te Deums por las victorias de Napoleón, leería sus proclamas desde el púlpito, y alabaría las levas como un deber patriótico. Napoleón obtuvo lo que deseaba en los puntos más conflictivos. Con el fin del cisma, más de 10.000 sacerdotes constitucionales regresaron al seno de la Iglesia, y se cerró una de las heridas más profundas de la Revolución[27]. Pero la confianza que pudiese albergar Pío VII en la buena fe de Napoleón se vio socavada el 8 de abril de 1802, al agregarse al concordato, sin consulta previa, un nuevo conjunto de restricciones y regulaciones, denominadas Artículos Orgánicos, que protegían los derechos de los 700.000 protestantes y los 55.000 judíos de Francia[*].

Aunque en general fue bien acogido en Francia, especialmente en la conservadora y rural, el concordato fue muy impopular en el ejército, el Consejo y el Tribunado, aún repleto de antiguos revolucionarios y exjacobinos. Se proclamó formalmente, con gran pompa, en la misa de *Te Deum* en Notre-Dame, el domingo de Pascua, 18 de abril de 1802, con el volteo de las campanas mayores por primera vez en diez años, y con Napoleón recibido por el recién nombrado arzobispo de París, Jean-Baptiste de Belloy-Morangle. Se ordenó a los funcionarios de alto rango que se presentasen con todo el esplendor posible, pero en algunos casos lo hicieron en carruajes de alquiler, sobre los que habían pintado sus emblemas[28]. Los generales hicieron rechinar las espuelas y sables por el suelo de la catedral, se negaron a ceder el asiento a los clérigos y hablaron durante la ceremonia, dejando claro el rechazo del anticlerical ejército al concordato. Augereau solicitó ausentarse, pero Napoleón no se lo permitió.

Moreau se limitó a ignorar la orden y se sentó a fumar, ostentosamente, en un terraplén de las Tullerías. Cuando la observación del general Antoine-Guillaume Delmas llegó a oídos de Napoleón –«*Quelle capucinade* (¡Qué beatería!), ¡solo se echan en falta los 100.000 hombres que murieron para librarnos de todo esto!»–, le envió al exilio a 75 kilómetros de París[29]. El concordato le valió a Napoleón el sobrenombre de «Restaurador de la Religión», aunque pocos sacerdotes se atrevieron a ir tan lejos como el arzobispo de Besançon, que le describió como «el mismo Dios»[30]. El Tribunado lo aprobó un mes después por 78 votos a favor y 7 en contra. En las pequeñas aldeas y villas de toda Francia logró el efecto deseado. «Los niños escuchan con mayor docilidad la voz de sus mayores, la juventud es más sumisa a la autoridad de los magistrados, y las levas se producen en lugares en los que su sola mención provocaba resistencia», explicó Napoleón al Cuerpo Legislativo en 1803, ilustrando cómo contemplaba la reconciliación religiosa, en primer lugar, en términos de propaganda y disciplina pública[31]. El concordato continuó siendo la base de las relaciones entre Francia y el papado durante un siglo. Un estudio reciente sobre Rouen durante el Consulado ha concluido que las medidas más populares de Napoleón fueron el concordato, la derrota del bandolerismo y el mantenimiento de los derechos de propiedad entre los *acquéreurs*, en este orden[32].

Una vez aceptado el concordato por el Cuerpo Legislativo, Lucien ofreció una recepción en honor de su hermano, en la que Napoleón trató de recabar el apoyo del filósofo y escritor católico François-René de Chateubriand, reciente autor de una obra de gran éxito, *El genio del cristianismo*, una emotiva celebración del catolicismo. «Las filas se iban abriendo, una tras otra –observó Chateubriand en sus memorias–,

> y cada cual esperaba que el Cónsul se detuviese ante él… Yo me encontraba solo en aquel momento, y la multitud retrocedió y se arremolinó en torno a nosotros dos. Bonaparte se dirigió a mí sencillamente, sin ningún cumplido, sin preguntas vanas, sin preámbulos, y me habló francamente sobre Egipto y los árabes, como si yo fuese un amigo querido, y estuviésemos retomando sin más una conversación ya iniciada»[33].

Chateubriand quedó seducido, y poco después aceptó un puesto diplomático en el Vaticano. Más tarde su admiración se fue desvaneciendo; en 1804 renunció a ese cargo y en julio de 1807 comparó a Napoleón con Nerón, por lo que fue expulsado de París.

A finales de enero de 1801 Napoleón inició un ambicioso proyecto de reforma legal, cuyas consecuencias perdurarían más incluso que las del concordato. El Antiguo Régimen disponía de al menos 366 códigos locales en vigor, y en el sur de Francia se seguían una serie de principios legales basados en el derecho romano, totalmente diferentes de los del norte, basados en la costumbre[34]. Por instinto Napoleón comprendió que, si Francia quería desarrollarse eficazmente en el mundo moderno, precisaba de un sistema jurídico y legal estandarizado, pesos y medidas uniformes, un mercado interno plenamente funcional y un sistema educativo centralizado, que permitiese a todos los adolescentes de talento acceder a puestos acordes con su mérito, y no por su nacimiento, sin importar su origen social.

Su primera misión, y la más importante, fue unificar los 42 códigos legales franceses en un único sistema. Para este cometido monumental Napoleón tuvo un aliado incomparable en Cambacérès, que había sido secretario del comité encargado de revisar el Código Civil en 1792, y autor del Proyecto de Código Civil de 1796. «Si desapareciese todo el Código –bromeó Napoleón–, podríamos encontrarlo en la cabeza de Cambacérès»[35]. Para ayudar al Segundo Cónsul a acometer esta reforma, tan largamente pospuesta, se formó una comisión compuesta por los juristas y políticos más reputados del país, que incluía a Lebrun, François Tronchet, Felix Bigot de Préameneu y a Jean-Étienne Portalis. Napoleón presidió al menos 55 de sus 107 sesiones plenarias, interviniendo con frecuencia en materias de su interés particular, como el divorcio, la adopción y los derechos de extranjería[36]. Su coletilla habitual en lo referido a las cuestiones «de interés general» y de justicia civil fue: «¿Es justo? ¿Es útil?»[37]. Algunos de los encuentros comenzaban a mediodía y no terminaban hasta bien entrada la noche. Napoleón se involucró personalmente en el largo y farragoso proceso de incluir las nuevas leyes en el código desde los debates iniciales en el Consejo, el proceso de elaboración de borradores o las críticas e intentos de enmienda de las distintas partes interesadas, hasta los comités específicos, los

ataques subsiguientes de los grupos de presión afectados y los procedimientos legislativos en el Parlamento. La ratificación no fue cosa hecha: en diciembre de 1801 el Cuerpo Legislativo rechazó la ley preliminar por 142 votos contra 139, y el resultado en el Tribunado fue similar. De no haber mostrado Napoleón en persona su apoyo decidido, la ley nunca se habría proclamado. A pesar de que Cambacérès fue el artífice del trabajo de campo, merece ser denominado Código Napoleónico, porque fue el producto del universalismo racionalista de la Ilustración que abrazó Napoleón.

El Código, que es en esencia un compromiso entre el derecho común y el derecho romano, consistía en un cuerpo armónico y razonado de leyes de igual aplicación en todos los territorios administrados por Francia, que veían la luz por vez primera desde los tiempos del emperador Justiniano. Los derechos y deberes del gobierno y los ciudadanos quedaron codificados en los 2.281 artículos plasmados en 493 páginas, de prosa tan clara que Stendhal afirmó que eran para él una lectura cotidiana[38]. El nuevo código contribuyó a cimentar la unidad nacional, en gran parte debido a que se basaba en el principio de libertad, de las personas y contratos. Confirmaba además el fin de los antiguos privilegios de clase y del control eclesiástico, a excepción de la educación primaria, sobre cualquier aspecto de la sociedad civil francesa[39]. Y, sobre todo, ofrecía estabilidad después del caos de la Revolución.

El Código simplificaba los 14.000 decretos aprobados por los sucesivos gobiernos revolucionarios desde 1789, y los 42 códigos regionales distintos en vigor, unificándolos en un solo cuerpo de leyes aplicables a todos los ciudadanos, que descansaban sobre principios generales, y ofrecían unos parámetros amplios de trabajo a los jueces. «Nadie se debería sobrecargar con leyes demasiado detalladas», explicó Napoleón al Consejo. «La ley no debe hacer más que imponer un principio general. Sería vano tratar de prever toda situación posible; la experiencia prueba que se han cometido muchas omisiones»[40]. Garantizaba también la igualdad de todos los franceses ante la ley, la libertad personal frente a los arrestos arbitrarios, santificaba los contratos suscritos libremente, e impedía el reconocimiento de cualquier privilegio por razón de nacimiento. Recogiendo los Artículos Orgánicos, establecía la tolerancia religiosa completa, incluido el ateísmo, y separaba a la Iglesia del Estado. Permitía a todos los adultos desempeñar cualquier ocupación y poseer

bienes. Las leyes se debían promulgar debidamente, y publicarse de modo oficial, y no se podían aplicar retrospectivamente. Se requería que los jueces interpretasen la ley en los casos individuales, pero no podían pronunciarse sobre sus principios, de tal forma que los casos específicos no sentasen precedente, como ocurría con la ley común anglosajona. Temiendo la disgregación de la familia como institución social básica, los artífices del Código otorgaron al paterfamilias el dominio casi absoluto, incluso sobre las propiedades de la esposa. El artículo 148 obligaba a obtener el permiso paterno para contraer matrimonio a los hijos menores de 25 años, y a las hijas menores de 21, y la edad nupcial se elevaba hasta los 15 años para las mujeres y los 18 para los hombres. Los padres tenían derecho además a hacer encarcelar a sus hijos por desobediencia durante un mes, si eran menores de 16 años, y durante 6 meses hasta los 21.

La mayor crítica que ha recibido el Código durante dos siglos es que era socialmente conservador, demasiado partidario de las clases medias, de los individuos y de los cabeza de familia, que sancionaba la dependencia de las mujeres con respecto a sus esposos, y que sus disposiciones sobre las herencias perjudicaban la economía agrícola. Desde los parámetros del siglo XXI, es evidente que el Código era profundamente sexista, y con un fuerte enfoque patriarcal. El artículo 213 del Código Civil establecía lo siguiente: «El marido debe proteger a su mujer, y la mujer debe obedecer a su marido»[41]. El divorcio se reservaba para casos de adulterio –y solo en caso de que el marido acogiese a su amante permanentemente en el hogar familiar–, condena por crímenes graves, ofensas severas o crueldad, pero podía obtenerse también de mutuo acuerdo, siempre que las circunstancias se mantuviesen en secreto[42]. La mujer adúltera podía sufrir pena de prisión de 2 años, pero al hombre solo se le podía multar. Si el marido asesinaba a su mujer, no se le podía juzgar si esta había sido sorprendida en flagrante adulterio. El Código también protegía a varones solteros y casados de cualquier reclamación por sus hijos ilegítimos, e incluso de reconocer su paternidad[43]. Impedía además a la mujer firmar contratos, tomar parte en una denuncia o testificar en un juicio, nacimiento, fallecimiento o matrimonio. Las esposas no podían vender nada en los mercados sin el permiso de su marido, y se les prohibía donar, vender o hipotecar propiedades sin consentimiento por escrito[44]. Las solteras no podían ser tutoras ni testigos en

testamentos. Todas estas medidas reflejaban el profundo sexismo de Napoleón: «No se debería ver a las mujeres como iguales a los hombres», afirmó. «De hecho, solo son máquinas de hacer bebés»[45].

El Código asestaba también un golpe mortal a la primogenitura. El 25% del total de una herencia se podía entregar fuera de la familia, pero el resto se debía dividir a partes iguales entre todos los hijos a la muerte del padre, sin ningún derecho de herencia para los hijos ilegítimos[46][**]. Mostraba también una fuerte inclinación a favor de los empleadores, cuya palabra prevalecía en todas las instancias[47]. El 1 de diciembre de 1802 se aprobó una ley que obligaba a cada trabajador a disponer de un *livret* (pasaporte) que cedía a su empleador al entrar a su servicio, y que ambos firmaban al finalizar, y sin el cual no podía ser contratado, además de enfrentarse a penas de 6 meses de prisión[48][***]. Napoleón no inventó la dura legislación antihuelga y antisindical del Código, que ya existía desde la ley Le Chapelier de 1791, y no fue abolida hasta 1884. Sin embargo sí que la puso en práctica. Los trabajadores de la construcción que fueron a la huelga en 1806 fueron arrestados mientras dormían[49][****].

El Código Civil, que se convirtió en ley en 1804, fue solo una de las muchas reformas legales promulgadas por Napoleón, pero sin duda se trató de la más importante. En 1810 ya se le habían sumado el Código de Procedimiento Civil, el Código de Comercio, el Código de Enjuiciamiento Criminal y el Código Penal. Estos últimos estipulaban medidas muy severas, pero sin llegar a la brutalidad del código penal inglés de la época, que permitía la deportación a Australia de los niños, y el ahorcamiento de los adultos por el robo de bienes valorados en más de un chelín. A este conjunto de leyes se denominó el Código Napoleónico, y se extendió a casi todo el imperio francés en marzo de 1804. Rigió en las zonas de España bajo ley marcial en 1808 y en Holanda tras su anexión en 1810. «Si los romanos dieron sus leyes a sus aliados», dijo Napoleón a Lucien, «¿por qué Francia no debería hacer que se adoptasen sus leyes en Holanda?»[50]. En algunos lugares como Nápoles solo se cumplió de boquilla. En otros, sin embargo, fue tan popular que se conservó tras la caída de Napoleón[51]. En la Renania prusiana estuvo en vigor hasta 1900; y en Bélgica, Luxemburgo, Mauricio y Mónaco, así como en Francia, aún sobrevive. Permanece en parte en un cuarto de los sistemas legales mundiales, algunos tan alejados de su lugar de origen como Japón, Egipto, Quebec y Louisiana[52].

Aunque el Código estandarizó las leyes, fueron necesarias reformas igualmente radicales para hacer lo mismo con el resto de aspectos de la vida francesa que Napoleón deseaba racionalizar. En la región de Corbières, en el Languedoc –en cuyas 129 parroquias se hablaba occitano y no francés, excepto en tres aldeas del sur que se hablaba catalán– las competencias administrativas, judiciales, policiales y fiscales fueron asumidas por las autoridades locales de cuatro ciudades, Carcassonne, Narbonne, Limoux y Perpignan, pero no consta qué ciudad administraba cada pueblo. El término *setier* (habitualmente, unos 85 litros) designaba a diez medidas de volumen distintas, y para medir las superficies se empleaban otras quince, entre las cuales la *sétérée* difería si se aplicaba en el llano o en la montaña[53]. En lo personal, a Napoleón no le agradaba el sistema métrico ideado por Laplace, del que afirmó: «Puedo entender lo que es la doceava parte de una pulgada, pero no la milésima parte de un metro», pero no obstante lo impuso a partir de 1801, en favor de la cohesión comercial[54]. La acuñación de moneda también se estandarizó, y se estableció la moneda de cobre de 2, 3 y 5 céntimos; monedas de plata de ¼, ½ y ¾ de franco y de 1, 2 y 5 francos; y monedas de oro de 10, 20 y 40 francos. La pieza de plata de un franco, con un peso de 5 gramos, se convirtió rápidamente en la divisa estándar en Europa occidental. Hasta 1926 su valor y su composición se mantuvieron constantes.

De los 28 millones de habitantes, 6 ignoraban por completo la lengua francesa, y otros 6 apenas se podían hacer entender en ese idioma. En el noreste se hablaba flamenco, en Lorena el alemán, en Bretaña el bretón, y en otras partes euskera, catalán, italiano, celta y patois del Languedoc[55]. Aunque el francés de Napoleón no era especialmente bueno, sabía por experiencia personal lo importante que era hablarlo para poder progresar[56]. Mediante las reformas educativas el francés se convirtió en la única lengua para la enseñanza y para todos los documentos oficiales.

Napoleón fue conservador con la educación primaria, devolviéndola, tal y como hemos visto, a las manos del clero, pero con la educación secundaria, que empezaba a los 11 años, fue revolucionario. En mayo de 1802 aprobó una ley por la que se erigían 45 liceos (escuelas secundarias estatales), que darían sus frutos en futuros soldados, administradores y técnicos. Con el liceo respondió a la pregunta de cómo dar vida a una generación patriota y leal de nuevos

líderes[57]. Cada niño francés que accedía recibía enseñanzas de griego, latín, retórica, lógica, ética, matemáticas y física, y algunas nociones de otras ciencias y de lenguas modernas. A la religión se dedicaba un tiempo mínimo, porque no deseaba que el sistema de secundaria estuviese dominado por la Iglesia, como había ocurrido durante el Antiguo Régimen. La disciplina era estricta, y se vestía hasta los 14 años un uniforme compuesto por pantalón, chaqueta azules y gorros redondos; los pupilos se agrupaban en compañías, con un sargento y cuatro cabos, dirigidas por el mejor estudiante, al que se denominaba sargento mayor.

Los liceos ofrecían becas completas para 6.400 estudiantes, denominados «nacionales», pero se abrían también a aquellos que superasen el examen de ingreso y a los hijos de los que abonasen las tasas[58]. Los alumnos seguían un programa de asignaturas obligatorias, a diferencia del antiguo sistema, en el que podían elegirlas. Los prefectos de cada departamento y los presidentes de las cortes penales y de apelación supervisaban las escuelas, para las que también existía una inspección profesional[59]. Las francesas llegaron a ser las mejores escuelas de Europa en 1813, y algunos de los liceos erigidos por Napoleón, como el Condorcet, el Charlemagne, el Louis-le-Grand y el Henri IV se cuentan aún entre los mejores de Francia, dos siglos después. El concepto se exportó más allá de sus fronteras, sirviendo como modelo a España y a Holanda, donde se asumieron las ideas educativas de Francia aunque se denunciase su ocupación[60].

En un discurso improvisado al Consejo en 1806, pronunciado al olvidar el ministro de Educación Antoine Fourcroy el informe que debía exponer, Napoleón fue casi poético al describir cómo la educación era:

> la más importante de las instituciones, porque todo depende de ella, el presente y el futuro. Es esencial que las ideas morales y políticas de la generación que está creciendo hoy no dependa más de las modas pasajeras o de las circunstancias del momento… Ya hay suficientes diferencias entre las inclinaciones y caracteres de los hombres, y en todo aquello que la educación no puede dar, ni puede reformar… Proveámonos de un cuerpo de doctrina que no varíe, y de un cuerpo de maestros que no muera[61].

Napoleón planeó extender los liceos por toda Francia. Aunque sus reformas

educativas fueron, al igual que los planes arquitectónicos de París, admirables, se precisaba mucho tiempo antes de que diesen su fruto. El 17 de marzo de 1808 llevó su reorganización un paso más allá al promulgar un decreto para la erección de la Universidad Imperial, responsable de la supervisión de la educación en todo el país. Cada maestro debía pertenecer a una de sus cinco facultades (Teología, Derecho, Medicina, Literatura o Matemáticas y Física). La jerarquía era casi militar, y al frente situó a un canciller de convicciones férreas, Louis Fontanes, presidente del Cuerpo Legislativo entre 1804 y 1810, y un Consejo de los Treinta bajo su mando para controlar todas las escuelas secundarias y universidades de Francia[62]. Reabrió además la Sorbona, que había sido clausurada durante la Revolución.

Como en todo, el profundo sexismo de Napoleón emergió también en sus resoluciones acerca de la educación. «Casi siempre la educación pública hace a las malas mujeres veleidosas, coquetas e inestables», explicó al Consejo en marzo de 1806. «La educación en grupo, tan buena para los hombres, especialmente a la hora de enseñarles a ayudarse entre ellos y prepararles para la camaradería necesaria en la batalla por la vida, es una escuela de corrupción para las mujeres. Los hombres fueron hechos para brillar en la vida. Las mujeres fueron hechas para recluirse en la vida doméstica y el hogar»[63]. Como en el caso del Código, la ausencia de educación formal para las jóvenes tiene que situarse en el contexto de la época; a comienzos del siglo XIX eran escasas las escuelas femeninas en Inglaterra o en América, y ninguna era estatal.

Las mayores reformas acometidas por el Consulado tuvieron lugar entre julio de 1800 y mayo de 1803, período en el que Napoleón asistía con regularidad a los cónclaves de su Consejo de Estado, formado principalmente por republicanos moderados y antiguos realistas, aunque se dieron casos en los que algún consejero tuvo que sentarse cerca de otro que había enviado a su padre o a su hermano a la guillotina[64]. «Hemos terminado para siempre con la aventura de la Revolución», afirmó en una de las primeras reuniones del Consejo de Estado, «y ahora debemos poner en marcha su historia». Napoleón transmitió al Consejo sus instrucciones, su objetivo, y las líneas generales de su actuación política, que alguien resumió con agudeza como «amor por la autoridad, realismo, desprecio por los privilegios y por los derechos en abstracto, atención escrupulosa al detalle, y respeto por el orden social jerárquico»[65]. Era el miembro más joven

del Consejo, y, como observó Chaptal:

> No sentía vergüenza alguna por sus escasos conocimientos sobre los detalles de la administración en general. Preguntaba mucho, preguntaba la definición y el significado de los términos más comunes; fomentaba los debates, y los mantenía vivos hasta que se formaba una opinión. En una discusión este hombre, al que se ha retratado con frecuencia como un iracundo ególatra, reconoció ante el anciano y respetado jurista François Tronchet: A veces, en estos debates he afirmado cosas sobre las que un cuarto de hora después me he dado cuenta de que estaba totalmente equivocado. No tengo ningún deseo de parecer mejor de lo que realmente soy[66].

En el Consejo se debatía sobre un abanico de asuntos extraordinariamente amplio. Solo en un día, el 17 de junio de 1802, por tomar un ejemplo al azar, el orden del día incluyó los exámenes para los cirujanos, la organización de los químicos, la designación de subprefectos para algunos *arrondissements* importantes, el estado de las cosechas, los refugiados de Malta, un borrador de ley sobre la Guardia Nacional, la responsabilidad de los trabajos viarios, el gobierno del comisariado, las casas de empeño, la contabilidad de los grandes municipios, los guardias forestales, las cámaras de comercio, la ley por la que se permitía a los emigrados el retorno a regiones específicas, la ley electoral, la construcción de puentes en el Ardèche, la fusión de dos departamentos corsos en uno y la demarcación en la orilla izquierda del Rhin[67].

Algunas reuniones del Consejo se prolongaban entre 8 y 10 horas, y Chaptal observó que siempre era Napoleón «el que intervenía más, en cuanto a las palabras y al esfuerzo mental. Tras estas reuniones iba convocando a los demás para tratar distintos asuntos, y jamás se vio que su intelecto decayese»[68]. Cuando los participantes se mostraban agotados de las sesiones nocturnas, se le podía escuchar decir: «¡Vamos, caballeros, que todavía no nos hemos ganado el sueldo!»[69]. Una vez finalizadas, en ocasiones a las 5 de la mañana, a veces tomaba un baño, con la creencia de que «una hora en la bañera para mí sirve como cuatro horas de sueño»[70]. Junto con el campo de batalla, aquí era donde Napoleón se mostraba más brillante. El testimonio de sus consejeros –le

siguiesen apoyando después o le abandonasen, escribiesen en ese momento o mucho después de su caída– es unánime en cuanto a su poder de deliberación, su dinamismo, la rapidez con la que se hacía cargo de cualquier materia, y su tenacidad implacable hasta que dominaba su esencia y tomaba las decisiones necesarias. «Joven y poco instruido acerca de los diferentes campos de la administración», observó uno de ellos en los primeros días del Consulado, «aportaba a los debates una claridad, una precisión, una solidez en los razonamientos y una amplitud de miras que nos dejaba estupefactos. Trabajador infatigable de recursos infinitos, conectaba y coordinaba las acciones y las opiniones desperdigadas por una enorme administración con una sabiduría sin igual»[71]. Se acostumbró pronto a lanzar preguntas breves que requerían respuestas directas. Al ministro de Obras Públicas, el miembro del Consejo Emmanuele Crétet, por ejemplo, podía preguntarle: «¿En qué situación está el Arco de Triunfo?» o «¿Caminaré sobre el puente del Jena a mi regreso?»[72].

Dividió el Consejo en distintas secciones para estudiar las diferentes áreas de gobierno: el ejército, la marina, las finanzas, la justicia, los asuntos domésticos, la policía y las provincias. «La larga mesa en forma de herradura, con ese rango de hombres de opiniones y orígenes tan variados –observó el conde Molé–, se transformaba cuando el genio organizador aparecía en el estrado, en un extremo de la mesa»[73]. Otro más recuerda cómo «su asiento, una silla de caoba con asiento y brazos de tafilete, era poco más que una silla de oficina, y tuvieron que elevarla un poco»[74]. Sufriría grandes embates, porque durante los debates Napoleón exhibía los signos clásicos de la energía nerviosa:

> En medio de un debate podíamos verle empuñar una navaja o una espátula, con la que arañaba los brazos de la silla y trazaba surcos profundos. Nos dedicábamos constantemente a reponer las piezas de la silla, sabiendo que al día siguiente volvería a hacerlas trizas. Otra variante de estas aficiones era tomar una pluma y cubrir todas las hojas de papel a su alcance con gruesas franjas de tinta. Una vez ennegrecidas, las arrugaba y las arrojaba al suelo[75].

Para una persona ambiciosa era preferible ocupar un puesto menor como pasante en el Consejo que uno más importante en cualquier área del servicio

civil, porque era un buen lugar desde el que llamar la atención de Napoleón, ya que se encargaban de redactar las leyes aprobadas por esa institución. Según fue envejeciendo, cuando deseaba que algún pasante en concreto informase al Consejo, empezó a utilizar unos quevedos para buscarlo entre los que se sentaban en los salientes de las ventanas. Para muchos, un puesto en el Consejo suponía una ruta para la promoción más rápida que un escaño en el Senado.

Si en algunas ocasiones informaba con antelación de su asistencia a alguna sesión, en otras los consejeros no descubrían que se iba a presentar hasta que escuchaban el redoble de tambores en las escaleras de entrada de las Tullerías. Tomaba asiento, interrogaba a los presentes, se ensimismaba, entablaba monólogos. «¿Sabes por qué permito que se debata tanto en el Consejo?», alardeó una vez frente a Roederer. «Porque soy el mejor orador de todo el Consejo. Dejo que me ataquen porque sé defenderme»[76]. Tras la lectura de una propuesta para un decreto, se podía leer el informe pertinente de una comisión especializada, y después Napoleón convocaba a los expertos más reputados en la materia. El tono de las intervenciones solía ser sencillo, y las pretensiones de grandeza retórica solo provocaban sus burlas.

Napoleón no se esforzó en ocultar quién era su modelo como legislador, ingeniero civil y forjador de la nación. «Reformó el calendario», escribió acerca de Julio César, «intervino en la redacción del código civil, el criminal y el penal. Puso en marcha proyectos para embellecer Roma con numerosos edificios. Se dedicó a compilar un mapa general del Imperio y los datos estadísticos de las provincias, encargó a Varro que pusiese en marcha una biblioteca pública inmensa, y anunció un proyecto para desecar las lagunas Pontinas»[77]. A pesar de que aún es demasiado pronto para saber si las instituciones erigidas por Napoleón perdurarán tanto como las de César, lo cierto es que asentó aquello que denominó «algunas moles de granito para anclar el alma de Francia».

---

[*] A partir de 1804 los ministros protestantes también recibieron salarios del

Estado. La tolerancia religiosa no era común en la Europa de la época, ni mucho menos; en Inglaterra, por ejemplo, el acceso de los católicos a la Cámara de los Comunes estuvo prohibido hasta 1829, y el de los judíos, hasta 1858.

[**] Aun así, Napoleón atribuyó la relativa riqueza de su familia en Ajaccio al hecho de que la propiedad no se hubiese dividido durante más de un siglo.

[***] Las leyes laborales en la Europa de la época eran rigurosas para los trabajadores; el día de Año Nuevo de 1812 el obispo de Durham, interpretando su poder eclesial con amplitud, ordenó al ejército inglés que pusiese fin con contundencia a las huelgas de mineros del norte de Inglaterra.

[****] Sin embargo, la escasez de mano de obra debido al estado de guerra constante supuso un crecimiento real de los salarios del 25% en los 15 años que duró su gobierno.

13. CONSPIRACIONES

Que lástima que no fuese perezoso.

Talleyrand acerca de Napoleón

Tras las grandes revoluciones cabe esperar que ocurra cualquier cosa antes de que todo se calme.

Napoleón a Jourdan, enero de 1800

«Irrumpiré en París por sorpresa», escribió Napoleón a Lucien desde Lyon el 29 de junio de 1800. «No quiero arcos triunfales ni nada de *colifichets* [cursilerías]. Tengo una opinión demasiado buena sobre mí mismo como para preocuparme por esas bobadas. El único triunfo real es la satisfacción del pueblo»[1]. Napoleón llegó a las Tullerías a las 2 de la mañana del 2 de julio y el día 14, ya firmemente asentado en el calendario festivo republicano, acogió desfiles multitudinarios en el Campo de Marte –donde hoy se alza la Torre Eiffel, en los que se exhibieron las banderas capturadas–, junto con diversas ceremonias en Los Inválidos, en la plaza de la Concordia y en la plaza Vendôme. Indicó a sus colegas del Consulado que no quería ver las recreaciones de las carreras de cuadrigas, «que bien podrían valer para Grecia, donde se combatía sobre cuadrigas, pero que no tienen mucho sentido entre nosotros»[2]. La Guardia Consular había llegado aquella misma mañana, por lo que desfilaron con los uniformes harapientos y manchados de sangre. Lucie de La Tour du Pin manifestó su sorpresa al descubrir que la multitud se mostraba silenciosa e impresionada al ver a los heridos, y concluyó que lo que deseaban era que se alcanzase la paz[3]. A pesar de que se estaban negociando con Austria las condiciones para lograrla ya desde julio, el tratado no se firmó hasta que Moreau infligió una derrota aplastante al archiduque Johann en Hohenlinden el 3 de diciembre, capturando a 8.000 prisioneros, 50 cañones y 85 carros de municiones y equipos. Los austriacos siguieron peleando hasta el día de

Navidad, cuando el archiduque Carlos selló el armisticio en Steyr, a solo 140 kilómetros de Viena. «En esta campaña te has vuelto a superar», escribió Napoleón a Moreau. «Esos desgraciados austriacos son muy obstinados. Confiaban en el hielo y la nieve; todavía no se han acostumbrado a ti. Te envío un saludo afectuoso»[4].

El 3 de octubre vio el fin de la Cuasi-Guerra con América, rubricado con un tratado negociado por José y firmado en su palacete de Mortefontaine, en el Loira, por lo que Francia ya no debía arrostrar la amenaza de una flota americana creciente aliada con la Royal Navy inglesa. «El Primer Cónsul era serio», anotó el enviado diplomático William Van Murray tras la ratificación, «más bien circunspecto, en algunas ocasiones serio, pero no ampuloso ni ególatra, muy preciso en sus afirmaciones, que mostraban a la vez el corazón impaciente y la cabeza metódica de un maestro de esgrima excelente… Hablaba con una franqueza tan alejada del temor que se podría pensar que no albergaba ninguna cautela»[5]. Cuatro días después Francia y España ratificaron en secreto el Tratado de San Ildefonso, que establecía que tras la firma de la paz de Austria con la primera, la Toscana de los Habsburgo pasaría a manos del heredero Borbón del duque de Parma, el yerno del rey Carlos IV, don Luis; por su parte España le cedería Lousiana, nombre en la época de un vasto territorio que cubría 13 estados actuales de Norteamérica, desde el golfo de México hasta la frontera canadiense[*]. Otro de los artículos establecía que Francia no la vendería a ninguna otra potencia.

Mientras tanto, el futuro de Malta, que había sufrido un bloqueo de dos años a cargo de la Royal Navy, y estaba ya en manos inglesas, empujó a Napoleón a ceder la isla formalmente a Pablo I de Rusia, basándose en el papel del Zar como nuevo maestre de los Caballeros de San Juan. A pesar de que en la práctica no tuvo ningún efecto, porque los ingleses capturaron Malta el 5 de septiembre, sirvió para afianzar las relaciones ruso-galas, y el Zar se ofreció a reconocer el Rhin y los Alpes Marítimos como las fronteras naturales de Francia. Antes del final de aquel año erigió la Liga de Neutralidad Armada, por la que Prusia, Suecia y Dinamarca se unían a Rusia en su oposición a las cada vez más severas e impopulares normas de comercio marítimo de Inglaterra, especialmente las que permitían las inspecciones incesantes en barcos neutrales, a la caza del contrabando francés. Las relaciones de Pablo con Napoleón alcanzaron tal grado

de cordialidad que a principios de 1801 llegó a planear una entrada de Masséna en Astracán con 35.000 soldados, que junto con 35.000 rusos y 50.000 cosacos cruzarían el mar Caspio para tomar Kandahar, desde donde tratarían de invadir la India[6]. Fue otra muestra de los inverosímiles proyectos de Napoleón en Oriente, aunque no tan fantasioso como la marcha desde Aleppo.

Pasadas las 8 de la tarde del miércoles, 24 de diciembre de 1800, Napoleón y Josefina tomaron carruajes separados par asistir al oratorio de Haydn *La Creación*. En la esquina de la plaza du Carrousel con la rue Saint-Niçaise un barril de agua dentro de la carretilla tirada por un caballo de un comerciante de semillas albergaba una carga de pólvora colocada allí por Joseph Picot de Limoelan, un *chouan* llegado de Londres un mes antes[**]. El encargado de prender la mecha fue un antiguo oficial naval, Robinault de Saint-Régant, cómplice del líder *chouan* Georges Cadoudal, que cedió las riendas del caballo a una joven mientras actuaba. La combinación de una mecha demasiado larga con la gran velocidad a la que conducía César, cochero de Napoleón, que viró bruscamente al pasar junto a la carretilla, salvó la vida del Cónsul[7]. «Napoleón se libró por una circunstancia fortuita», recalcó su ayudante Jean Rapp, que ocupaba el siguiente carruaje junto a Josefina en aquel momento. «Un granadero de la escolta había apartado a uno de los asesinos del medio de la rue Niçaise sin otra intención, con el lomo del sable, y la carretilla se movió de su posición inicial»[8]. El carruaje de Josefina se encontraba a una distancia suficiente del lugar de la gran explosión como para que todos sus ocupantes sobreviviesen, aunque Hortensia sufrió unos ligeros cortes en la muñeca a causa de los cristales desprendidos de la ventana del habitáculo. El *ingenio infernal*, como fue bautizado, acabó con la vida de cinco personas, incluyendo a la joven que sostenía las riendas, e hirió a otras 26[9]. Podrían haber sido muchas más, ya que 46 casas sufrieron daños.

Ambos carruajes se detuvieron y Rapp, saltando del de Josefina, atravesó el escenario de la masacre para comprobar el estado de Napoleón. Cuando informaron a su esposa de que Napoleón estaba indemne y había insistido en proseguir su trayecto hasta la ópera, siguió su ejemplo con valentía, para encontrarle «sentado en su palco, tranquilo y sosegado, observando a la audiencia a través de los impertinentes». «Josefina, esos canallas querían

hacerme saltar por los aires», le dijo mientras ella se acomodaba en su asiento, y después pidió el programa del oratorio[10]. La interpretación de Napoleón fue tan magistral como las que contemplarían aquella noche sobre el escenario. Cuando la audiencia descubrió lo ocurrido, aplaudieron su evasión.

Desde el momento en el que Napoleón había expuesto al futuro Luis XVIII la imposibilidad de una restauración borbónica, se habían sucedido los complots, de distinta envergadura, contra su vida. El 4 de septiembre habían sido arrestados 17 hombres, acusados de planear su asesinato[11]. El 11 de octubre se desarmó una conspiración para apuñalarle a la salida de la Ópera. Uno de los conjurados, Joseph-Antoine Aréna, era hermano del diputado corso al que se acusó de blandir un puñal durante el Brumario[12]. «No corrí ningún peligro», afirmó Napoleón ante el Tribunado cuando le felicitaron. «Esos seis o siete desgraciados, a pesar de sus deseos, fueron incapaces de cometer los crímenes que planeaban»[13]. El 24 de octubre se detuvo a otra docena de personas, que trataban de llevar a cabo un plan que incluía arrojar *oeufs rouges* (granadas de mano) al carruaje de Napoleón en su trayecto hacia Malmaison[14]. El pirotécnico Alexandre Chevalier logró escapar, al igual que otro de los conspiradores, Thomas Desforges, que había sido amigo de Josefina antes de su matrimonio.

Dos semanas después, el 7 de noviembre, el realista Chevalier acabó por ser detenido, y se le requisó un arma de disparo múltiple y la descripción de un plan para lanzar fuegos artificiales, que asustarían a los caballos de Napoleón mientras se alzaban unas picas de hierro que impedirían a la Guardia Consular acudir en su rescate. Una semana después un atareado Fouché destapó otro complot, que pretendía bloquear una calle por la que debía pasar Napoleón. En un informe redactado por él se recogían diez conspiraciones distintas desde el ascenso de Napoleón al poder, algunas de ellas obra de los cómplices de Chevalier que seguían en libertad[15]. Los estudios policiales empezaban a señalar que el público daba por hecho que, antes o después, Napoleón sería asesinado.

De todas las conspiraciones, la del *ingenio infernal* fue la que más se acercó al éxito. Los detectives de Fouché realizaron un extraordinario trabajo forense, reconstruyendo las herraduras, los arreos y la carretilla, y un comerciante de grano identificó al hombre al que se la había vendido[***]. Cuando se estrechó

el cerco Limoelan escapó a América, puede que para ordenarse sacerdote[16]. A pesar de que todo apuntaba a los realistas *chouans*, la oportunidad era demasiado jugosa como para que Napoleón desperdiciase su capital político, e informó al Consejo de que pretendía actuar contra «los Terroristas», los jacobinos que habían apoyado el Terror y se habían opuesto al Brumario. Seis años después de ser encarcelado en 1794 por su lealtad jacobina, Napoleón les consideraba unos enemigos del Estado, más peligrosos que los asesinos *chouans*, a causa de su ideología, su familiaridad con el poder y su mejor organización. «Podría volar todo el *faubourg* Saint-Germain con una sola compañía de granaderos», afirmó, refiriéndose a los salones realistas de la zona, «pero los jacobinos están hechos de un material más recio, y no se les vence tan fácilmente»[17]. Cunado Fouché sugirió que se culpase a los realistas apoyados por Inglaterra, como Cadoudal, Napoleón puso reparos, sacando a colación las Masacres de septiembre de 1792: «Son gentes de Septiembre [*Septembriseurs*], desgraciados manchados de sangre, conspiradores en sólidas falanges contra todo gobierno que triunfe. Debemos averiguar cómo hacer que se enmienden con presteza», añadiendo que «Francia solo podrá estar tranquila con respecto a su gobierno una vez que nos libremos de estos canallas»[18]. Así pues, al menos desde el punto de vista sentimental, Napoleón había abandonado su pasado revolucionario.

El día de Año Nuevo de 1801 Louis Dubois, que era entonces miembro de la oficina central de policía, pero que el mes siguiente sería nombrado prefecto, leyó un informe al Consejo sobre los diferentes complots asesinos, mencionando entre otros el que trataba de infiltrar asesinos entre la Guardia de Granaderos, el que pretendía que un hombre llamado Metgen apuñalase a Napoleón en la Comedia Francesa durante la representación del *Britannicus* de Racine (a la que Napoleón no acudió aquella noche), y una tercera, obra de M. Gombault-Lachaise, que había diseñado un artefacto con explosivos de «fuego griego» en su interior, para lanzarlos durante las exequias de Desaix, algo que le impidió la profusa decoración[19]. «La *Chouannerie* y los emigrados son enfermedades de la piel», observó Napoleón durante la reunión. «El terrorismo es una dolencia interna»[****].

El 8 de enero se arrestó y deportó –sobre todo a la Guayana– a 130 jacobinos, cumpliendo una *sénatus-consulte* aprobada tres días antes. (Aunque la *sénatus-consulte* en principio se reservaba para modificar la constitución,

Napoleón vio su creciente utilidad como medio para soslayar al Cuerpo Legislativo y al Tribunado). La Guayana recibió el sobrenombre de «guillotina seca», porque su clima era casi tan letal como una sentencia de muerte. No hubo protestas públicas. Aunque fuesen ajenos al *ingenio infernal*, muchos habían participado de las ejecuciones judiciales, sobre todo aquellos situados en puestos destacados durante el Terror. Cuando Théopile Berlier trató de discutir con Napoleón acerca de la suerte de dos jacobinos llamados Destrem y Talon, el Primer Cónsul le respondió con sinceridad que no les deportaba porque pensase que se encontraban detrás del *ingenio infernal*, sino por «su conducta durante la Revolución». Berlier recalcó que, de no haber sido por el asunto de la bomba, jamás se habría suscitado la cuestión de la deportación de Destrem y Talon, frente a lo que Napoleón se limitó a reír, afirmando: «Aha, *monsieur Abogado*, no quieres reconocer que has perdido»[20][*****].

Aunque no sucede con frecuencia, a no ser que exista otra agenda que se haya perdido, la lista de deportados de Fouché era chapucera e idiosincrásica; uno de los jacobinos llevaba ejerciendo como juez cinco años en Guadalupe, otro había fallecido seis meses antes, y muchos otros ya habían hecho las paces con el régimen, e incluso colaboraban con él. Fue la última redada masiva, como las que caracterizaron a los doce años anteriores en la política francesa. «Desde aquel momento el espíritu en la capital cambió como si se hubiese agitado una varita mágica», recordó Napoleón[21]. De forma simultánea a la purga extensa de jacobinos, los verdaderos conspiradores *chouan* también sufrieron redadas, y nueve de ellos, incluido Chevalier, fueron guillotinados el 30 y el 31 de junio, aunque el conde de Bourmont solo fue encarcelado y escapó en 1804, para combatir finalmente a favor de Napoleón en Portugal. Cuando, en diciembre de 1804, se tuvo constancia clara de que había un complot asesino similar al de Cadoudal en marcha, Napoleón se limitó a enviar a uno de sus miembros, Jean de La Rochefoucauld-Dubreuil, al exilio[22].

Antes de la aparición del *ingenio infernal* Napoleón ya había tratado de aprobar leyes de seguridad draconianas, que contemplaban la introducción de tribunales militares extraordinarios en asuntos civiles. Para el Consejo de Estado se trataba de un exceso de autoritarismo, y las protestas de legisladores liberales y moderados del Tribunado provocaron su retirada, contando entre sus detractores con Pierre Daunou, el poeta Marie-Joseph Chénier (autor de la letra

de *Le Chant du Départ*) y el escritor Benjamin Constant[23]. Tras la explosión, la aprobación fue inmediata. La postura de Napoleón hacia el Tribunado había sido de gran agresividad casi desde el momento en el que lo creó, y definió a Constant, Daunou y a Chénier como «metafísicos a los que habría que arrojar al agua… No pienses que voy a dejar que me ataquen como a Luis XVI. No lo permitiré»[24]. En un intento de abortar futuros ataques, empezó a ocultar al público el destino al que se dirigía en cada ocasión hasta cinco minutos antes de su partida[25].

El 9 de febrero de 1801 la Paz de Lunéville, negociada por José y Talleyrand y el conde Ludwig von Cobenzl, que terminó exhausto, puso fin a los nueve años de guerra entre Austria y Francia. El tratado se basaba parcialmente en el de Campo Formio, garantizando las anexiones de Francia en Bélgica, Italia y Renania y despojando a Austria de muchas de las compensaciones territoriales que había obtenido en el pacto cuatro años antes, al que Francisco habría hecho muy bien en adherirse. El acercamiento franco-ruso y la proximidad de Moreau a Viena daban a Cobenzl poca capacidad de maniobra diplomática. Austria entregó a Francia la Toscana, que bajo los términos del Tratado de San Ildefonso se transformó en el Reino de Etruria y acabó en manos de don Luis, el «asombrosamente estúpido» (según Laure d'Abrantès) sobrinonieto de 28 años de Luis XV, casado con la infanta María Luisa de España. «Roma estará tranquila», afirmó Napoleón del nuevo rey. «Este no cruzará el Rubicón»[26].

Etruria era nominalmente independiente, porque a pesar de estar encabezada por un Borbón debía sufragar con amplitud a las tropas francesas acuarteladas allí[27][******]. La creación de un reino, en lugar de una república hermana, se vio en Francia acertadamente como un paso en favor de la predisposición del pueblo a contar con una monarquía en casa, pero cuando el rey Luis I de Etruria visitó París en enero de 1802 y Napoleón le acompañó a la Comedia Francesa para asistir a una representación de Edipo, la audiencia vitoreó animosa el diálogo de Filoctetes en el acto III, escena 4: «He creado soberanos, pero me he negado a convertirme en uno de ellos»[28]. Para Napoleón todavía era necesario caminar de puntillas.

La Paz de Lunéville fue acogida con alivio en Francia, especialmente cuando se anunció que las levas previstas para la promoción de 1802 no serían

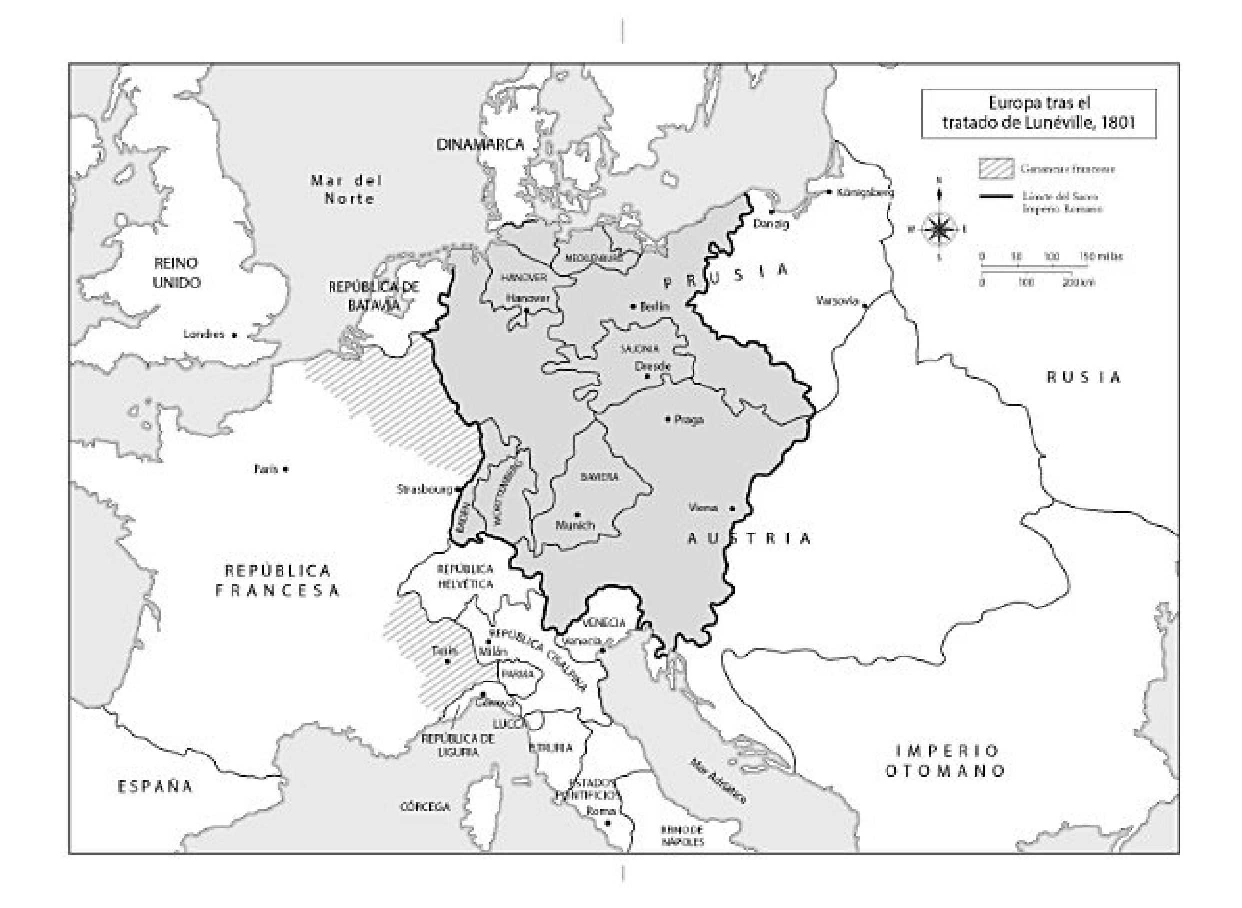
necesarias y que los soldados que hubiesen prestado servicio en cuatro campañas –uno de cada ocho– podrían ser desmovilizados[29]. En un mensaje al Senado el 13 de febrero Napoleón declaró que «combatiría solo para garantizar la paz y la felicidad en el mundo», aunque sin resistirse a amenazar con «vengar» los «insultos» proferidos por la ambición sin límites de Gran Bretaña, a la que siempre se refirió como Inglaterra[30]. Pero también Gran Bretaña estaba cansada de los continuos conflictos y enterró casi por completo el hacha de guerra tras una década de guerra.

El 17 de febrero Napoleón asistió a la recepción dada por Talleyrand para conmemorar el Tratado, en el ministerio de Exteriores en el Hotel Galifet, situado en la rue du Bac, que se extiende hacia el sur desde el Pont Royal a través del *faubourg* Saint-Germain y que dispone de una larga galería con un teatro anexo. Entre los asistentes se encontraba el cónsul americano, Victor du Pont[*******]. «Fue la más magnífica cosa de su especie que jamás haya visto», anotó du Pont[********]. Giuseppina Grassini «exhibió los encantos de la voz más exquisita. Es muy hermosa y portaba más diamantes en el cuello, la cabeza, el pecho y los brazos de lo que haya llevado antes una mujer que yo recuerde». Se comentaba que se los había entregado Napoleón en Italia cuando se convirtió en su amante, pero los diamantes «abundaban, ya que los generales y comisarios del gobierno los conseguían a muy buen precio». Napoleón «parecía deleitarse durante su interpretación y madame Bonaparte se mostraba de mal humor, porque es muy celosa». También Josefina lucía «enormes» diamantes.

Tras el concierto, los actores del Teatro de Vaudeville representaron una comedia ligera sobre el tratado «en la que casi cada línea era una alabanza a Bonaparte» y a lo que du Pont denominó, de modo inexacto pero profético, «la familia real». Tras una breve secuencia de ballet comenzó el vals. «Nunca vi tal exhibición de carne humana», escribió el diplomático de 34 años. «Desnudan los brazos hasta la axila, el pecho totalmente descubierto y los hombros expuestos hasta la mitad de la espalda». Incluso las enaguas eran cortas, finas y escasas, «para exponer la forma de sus miembros al completo»[31]. Napoleón caminaba de salón en salón acompañado de cuatro altos y apuestos ayudantes vestidos de húsar, con gorros emplumados «tan elevados como el techo». Mientras tanto Talleyrand, «brincando con su cojera, se mantenía cercano, para hacer los honores en la fiesta»[32]. Bien podía sufragar esta clase de celebraciones.

Sabiendo que una de las cláusulas del tratado establecía que los bonos emitidos por Austria en Bélgica se recomprarían a su precio original, Talleyrand había acumulado una fortuna comprándolos al valor descontado[33]. Incluso en una época en la que negociar con información privilegiada se consideraba casi una parte de la profesión, sin las implicaciones morales o legales que tiene hoy, Talleyrand fue un caso aparte.

Un nuevo pacto, aún más trascendente, empezó a atisbarse en marzo de 1801, cuando lord Hawkesbury, secretario de exteriores del nuevo gobierno de Henry Addington en Londres, entabló conversaciones con el diplomático galo Louis-Guillaume Otto, responsable durante años del intercambio de prisioneros de guerra en la capital inglesa. El gobierno de William Pitt el Joven había caído en febrero a causa de la polémica por la Emancipación Católica y Hawkesbury, a pesar de su apoyo a Pitt, empezó a explorar la posibilidad de un entendimiento con Francia, que hasta entonces había sido anatema para su gobierno. Al mismo tiempo una fuerza expedicionaria británica desembarcaba en Aboukir en Egipto, el 8 de marzo. Con los generales Friant, Belliard, Lanusse y Menou sin posibilidad de evacuar a sus tropas por la presencia de la Royal Navy en Toulon bloqueando al almirante Ganteaume, quien se suponía que debía ir en su búsqueda, Napoleón encaraba una posición cada vez más deteriorada en Egipto.



El asesinato del Zar Pablo I el 23 de marzo fue un duro golpe para Napoleón, de quien se dice que estalló iracundo cuando conoció la noticia. Atribuyó el crimen a espías británicos, aunque en realidad fue perpetrado por un grupo de nobles rusos y por el general Levin von Bennigsen, partidario de los Hanover[34]. Pablo padecía inestabilidad mental, aunque no había sido declarado loco como Jorge III de Inglaterra, Christian VII de Dinamarca y María la Loca de Portugal, todos ellos en tronos europeos en la época, aunque con el reinado en manos de regentes. Para la nobleza rusa el apoyo de Pablo a las clases medias había sido visto como una amenaza. Su hijo y heredero, Alejandro, presente en palacio durante el asesinato, pudo haber recibido alguna insinuación de que los nobles iban a demandar la abdicación de su padre (lo que de hecho ocurrió, antes de apuñalar, estrangular y golpear al Zar hasta la muerte). Alejandro fue coronado ese mismo año; a pesar de que en teoría sus poderes eran absolutos, sabía que debía contar con la nobleza si quería un destino distinto del de su padre.

Alejandro I era un misterio. Criado en la atmósfera ilustrada de la corte de su abuela, Catalina la Grande, y educado en los principios rousseniano desde la infancia por su tutor suizo, Frédéric de La Harpe, podía también afirmar ante su ministro de Justicia: «Siempre quieres instruirme, pero yo soy el emperador autocrático y lo seré siempre y no otra cosa». Se le ha descrito como la combinación del amor teórico por la humanidad con el desprecio práctico por el hombre. Bien intencionado, impresionable y ególatra, interpretaba tan bien su papel que Napoleón terminó por apodarle «el Talma [dramaturgo francés muy admirado por Napoleón] del Norte» o, en otra ocasión, «bizantino furtivo». Proclamaba que se sentiría alegre de poder abolir la servidumbre, si la civilización fuese más avanzada, pero nunca se planteó seriamente hacerlo, al igual que la codificación de la ley rusa, prometida en 1801, o la ratificación de la constitución liberal cuya redacción había solicitado al conde Mijail Speranski años antes. A pesar de que La Harpe había ponderado inicialmente las reformas de Napoleón como Primer Cónsul frente a Alejandro, a su vuelta a París el tutor se mostraba tan desilusionado que escribió un libro, *Consideraciones acerca de la verdadera naturaleza del Primer Consulado Vitalicio*, en el que describía a Napoleón como «el más famoso tirano que ha dado el mundo» y que causó gran efecto a su joven pupilo. Teniendo en cuenta que Alejandro terminó por ser la persona que haría más por la caída de Napoleón que nadie en Europa, su irrupción en el escenario internacional tras el asesinato de su padre se convertiría en un momento seminal.

Napoleón temía, con razón, que Alejandro y la nobleza rusa, de tendencias probritánicas, ya que se lucraban con el comercio con ellos en el Báltico, retirasen a su país de la Liga de Neutralidad Armada del Zar Pablo. La Liga se vio muy debilitada tras el ataque del 2 de abril de Nelson contra Copenhague, en el que capturó doce navíos daneses y destruyó otros tres. Cuando, años después, Napoleón se topó con un oficial de la Royal Navy llamado Payne, combatiente en la batalla de Copenhague, le dijo: «Hasta que cayó tuvisteis un trabajo duro»[35]. Era cierto; los daneses dieron batalla y permanecieron siempre fieles a Napoleón. Este hizo que el *Moniteur* afirmase torticeramente, refiriéndose al asesinato del Zar y al ataque contra Dinamarca: «La historia desvelará la conexión que pueda haber entre ambos sucesos»[36]. (Ninguna). Al mensajero que portaba su misiva amistosa al Zar Alejandro le dijo: «Ve, caballero, galopa y

no olvides que el mundo fue hecho en seis días»[37].

El 14 de abril Hawkesbury propuso que Francia abandonase Egipto en retribución de la evacuación inglesa de Menorca, reteniendo Gran Bretaña Malta, Tobago, Martinica, Trinidad, Ceilán y las colonias azucareras holandesas en Guinea de Essequibo, Demerara y Berbice, como pago por la paz. Napoleón se negó, reclamando a su vez que Inglaterra renunciase a todos los territorios ganados con la guerra, además de los que habían arrebatado a Tipu Sahib en la India. La desproporción de ambas sugerencias manifiesta que las dos partes no ignoraban que se trataba de los tanteos iniciales de unas negociaciones que se prolongarían durante meses, como en efecto ocurrió. El 24 de abril Napoleón envió a Duroc a entrevistarse con el rey de Prusia en Berlín y con el nuevo Zar en San Petersburgo, «hablando como si aún fuésemos capaces de mantener Egipto», signo inequívoco de que no lo eran. Duroc recibió la orden de explicar que, si la expedición inglesa «tenía éxito, será una gran desgracia para Europa»[38]. El tiempo parecía correr a favor de Inglaterra ya que el asesinato del Zar Pablo llevó al hundimiento de la Liga de Neutralidad Armada en mayo y junio, cuando Suecia en primer lugar, luego Dinamarca y finalmente Rusia misma firmaron tratados de paz con Londres.

Napoleón pasó todo el mes de mayo tratando de engatusar a los almirantes Bruix, Ganteaume, Villeneuve, Rosily y Linois para que fuesen al auxilio del ejército en Egipto. Aludieron a navíos españoles desaparecidos, barcos encallados, epidemias y cualquier ocurrencia más que evitase tener que navegar a través del Mediterráneo en una misión que se les antojaba suicida contra la Royal Navy. (La comprensión de los asuntos navales de Napoleón era paupérrima. Nunca entendió que la capacidad de los navíos ingleses de disparar de costado con mayor frecuencia por minuto hacía de la superioridad numérica de las flotas en cualquier enfrentamiento algo irrelevante y que el bloqueo marítimo de Francia fortalecía la fuerza de combate de Inglaterra, más que debilitarla). Frustrados por la lentitud de las negociaciones, los británicos sometieron a Alejandría al asedio con la pretensión de expulsar a Francia de Egipto de una vez por todas.

El 5 de agosto Hawkesbury reveló a Otto que pretendía conceder la independencia a Malta. Esta concesión –que impedía a la Royal Navy emplear una isla de importancia estratégica vital– era lo que había estado esperando

Napoleón. Al ser informado de que Menou se había rendido ante los ingleses, tras un asedio de dos semanas, el 2 de septiembre, ordenó a Otto que ofreciese la retirada francesa de Egipto, Nápoles y los Estados Pontificios a cambio de la paz, antes de que el gobierno inglés descubriese lo ocurrido[*********]. Hawkesbury, sin saber que los franceses habían sido derrotados en Alejandría, aceptó.

El 1 de octubre de 1801 Otto rubricó los 15 artículos del acuerdo y las celebraciones se multiplicaron en Francia y en Gran Bretaña. «El público aguardaba con tal impaciencia expresar su emoción por la noticia de la firma de los acuerdos preliminares para la paz», informó *The Times*, «que casi todas las calles se iluminaron la pasada noche»[39]. El retrato de Otto fue expuesto en los escaparates y se compusieron baladas en su honor. Cuando el ayudante de campo de Napoleón, el general Jacques de Lauriston, se presentó en Londres con la ratificación del acuerdo unos días después, la multitud desenganchó a los caballos del carruaje y lo arrastraron ellos mismos desde Oxford Street hasta St. James's Street y desde Downing Street hasta el Almirantazgo a través de St. James's Park, con celebraciones que se prolongaron toda la noche, a pesar de la tormenta y la lluvia torrencial[40]. Hawkesbury contempló estas manifestaciones disgustado, con la creencia de que contribuían a fortalecer la posición negociadora de Napoleón previa a la ratificación del tratado definitivo[41][**********].

El artículo 2 del tratado preliminar establecía que Inglaterra restituiría a Francia, España y Holanda casi todos los territorios capturados desde 1793, abarcando también el cabo de Buena Esperanza, la Guinea Holandesa, Tobago, Martinica, Santa Lucía, Menorca y Pondicherry, conservando solo Trinidad y Ceilán (la actual Sri Lanka). El artículo 4 estipulaba que en el plazo de un mes Inglaterra devolvería a los Caballeros de San Juan Malta, que a partir de entonces quedaría bajo la protección de una tercera potencia, determinada en el tratado definitivo (finalmente fueron seis potencias); el artículo 5 devolvía Egipto al Imperio Otomano, el artículo 7 conminaba a Francia a evacuar Nápoles y los Estados Pontificios y a Gran Bretaña, a abandonar Elba y «todos los puertos e islas que pueda ocupar en el Mediterráneo y en el Adriático». Otros artículos, menos significativos, aludían a las islas Jónicas, al intercambio de prisioneros y a los derechos pesqueros en Terranova[42].

Napoleón obtuvo enormes concesiones a cuenta del ansía de paz inglés que, a causa de la interrupción del comercio con Europa durante los nueve años de guerra, alcanzaba casi la desesperación. El tratado fue un inmenso golpe diplomático, porque Egipto había sido abandonada de todas formas tras la derrota de Menou, tal y como descubrieron los ingleses el 2 de octubre, el mismo día de la firma. Francia recuperaba todo su imperio de ultramar a costa de ciertas zonas de Italia por las que Napoleón ya sufría la presión de Rusia –que tenía intereses en el Mediterráneo y mantuvo un ejército en Suiza hasta 1800– y que iba a entregar en cualquier caso, pudiendo capturarlas de nuevo con facilidad si fuese necesario. Desde el punto de vista territorial lo único que había obtenido Inglaterra, tras casi diez años de guerra y 290 millones de libras –más del doble de su deuda pública–, era Trinidad y Ceilán, que de todas formas nunca habían pertenecido a Francia[43]. En contraste, Francia disponía de tropas en el Rhin, en Holanda y en el noroeste de Italia, mantenía la hegemonía en Suiza y la influencia sobre España, su aliada; el tratado no mencionaba ninguna de estas regiones.

Aun así, Londres seguía de fiesta. «La paz es un acontecimiento que ha suscitado un tumulto de alegría que nunca he visto igualado», escribió un amigo al periodista Henry Crabb Robinson.

> Los fondos se estaban agotando y la expectativa de una invasión era general… Las demostraciones de alegría han crecido casi hasta la locura. Todo el reino ha encendido las luces… Se dice que el grito de «¡Larga vida a Bonaparte!» se repite por las calles… También es llamativo observar el cambio de estilo en los periódicos del gobierno. El «aventurero corso» o el «aventurero ateo» es ahora el «augusto héroe», el «restaurador del orden público», etc.; de hecho, todo lo que es bueno y magnífico. Recuerda a la transformación de las pantomimas, donde un demonio de pronto se convierte en un ángel[44].

Napoleón firmó un tratado de amistad con Baviera en agosto de 1801 y después un tratado de paz con Rusia el 8 de octubre de 1801, por el cual 6.000 prisioneros rusos volvieron a sus hogares armados y uniformados. Al día siguiente se estableció otro con Turquía, por el que los puertos de cada país se

abrían mutuamente. Así pues, en el plazo de un año, Napoleón había sellado la paz con Austria, Nápoles, Turquía, Rusia, Inglaterra y con los emigrados. Prusia se les uniría a comienzos de verano del año siguiente. El 14 de octubre el lord de 63 años Cornwallis, general británico que se había rendido ante Washington en Yorktown en 1781, fue recibido en Calais con salvas y una guardia de honor y conducido primero a París, entre celebraciones y alumbrado público[***********] y después a Amiens para asumir la negociación del tratado con José y con Talleyrand[45]. (Se eligió Amiens por los buenos presagios: Enrique VIII y Francisco I habían firmado allí un tratado de paz en 1527).

El 20 de noviembre de 1801 Napoleón designó a los primeros funcionarios a su servicio en las Tullerías: chambelanes, cancilleres, limosneros, caballerizos, lacayos e incluso *tranchants*, con el encargo de que le trinchasen la carne[46]. Miot de Melito observó que las botas altas de montar, los sables y las escarapelas se habían sustituido por las calzas, los guantes de seda, los zapatos de hebilla plateada, las espadas ornamentales y los sombreros bajo el brazo[47]. La instrucción en cuestiones de etiqueta para estos sirvientes de librea y otros cortesanos fue responsabilidad de la antigua primera camarera de María Antonieta, que les indicó quién, cómo y en qué circunstancias podían dirigirse al Primer Cónsul[48]. En seis meses el marqués de Lucchesini, embajador de Prusia en París, observó que «en torno al Primer Cónsul y su esposa se ha retomado en todo el carácter general y la etiqueta de Versalles»[49]. No causa sorpresa que algunas personas, como Moreau, se preguntasen para qué se había tomado Francia la molestia de decapitar a Luis XVI.

Una semana después de la llegada de lord Cornwallis a Francia, Otto informó a Hawkesbury de que una vez garantizada la seguridad de las travesías por el Atlántico, Francia enviaría una expedición de 12.000 hombres desde Rochefort y Brest «para restablecer el orden en Santo Domingo (el actual Haití)»[50]. A comienzos de la década de 1790 la producción de esta antigua colonia esclavista de 8.000 plantaciones era superior a la del resto de colonias europeas en América y el Caribe juntas y suministraba el 40% del azúcar y el 60% del café que se consumían en el continente, además de sumar el 40% de

todo el comercio francés con el extranjero[51]. Pero, tras los seis años de revuelta esclava liderada por Toussaint l'Ouverture, en 1801 la exportación de azúcar era solo el 13% de la que se producía en 1789 y la de algodón, el 15%[52]. El efecto sobre el comercio francés y por tanto sobre la prosperidad de puertos como el de Burdeos, Nantes o El Havre, había sido devastador y los comerciantes reclamaban abiertamente la reintroducción del control directo de Francia, lo que conllevaba también la vuelta a la esclavitud. Los jacobinos, que habían abolido la esclavitud en 1793 y el comercio de esclavos en 1794, estaban muertos, caídos en desgracia o presos. Napoleón era partidario de volver a los días en los que Santo Domingo aportaba 180 millones de francos anuales al tesoro francés, daba empleo a decenas de miles de marinos en 1.640 barcos y mantenía boyantes los puertos atlánticos de Francia. Para Napoleón podía llegar a convertirse en el trampolín para un nuevo imperio francés en el hemisferio occidental, especialmente después del intercambio de la Toscana por Louisiana.

A pesar de las declaraciones públicas frente a los habitantes de Santo Domingo, en las que Napoleón manifestaba la igualdad y libertad de todos los hombres ante Dios y frente a l'Ouverture –empleando por primera vez, de modo significativo, el «nosotros» real– acerca de «aquellos bravos negros, cuyo coraje apreciamos y a los que nos lamentaríamos profundamente castigar por su rebelión», todo era una pose[53]. Napoleón había comprado esclavos durante su estancia en Egipto y ordenaba ahora a su cuñado, el general de 29 años Charles Leclerc (casado con su hermana Paulina), cuya expedición al frente de 20.000 hombres había llegado a la isla el 29 de enero de 1802, reforzándose un mes después con otros 8.000, reintroducir la esclavitud tan pronto como fuese seguro[54]. Tal y como él mismo advirtió a los locales, cualquiera que osase «apartarse del capitán general [Leclerc] sería considerado un traidor a su país y la ira de la República le consumirá como el fuego acaba con la caña de azúcar marchita»[55]. El plan que expuso a Leclerc contenía tres partes: en primer lugar, prometer a los negros todo lo que quisiesen, mientras ocupaba las posiciones estratégicas de la isla; en segundo lugar, arrestar y deportar a todos los posibles opositores; y por último, y solo entonces, embarcarse en la reintroducción de la esclavitud[56].

El audaz y carismático Toussaint l'Ouverture, negro liberado que poseía esclavos también, había impuesto una constitución en Santo Domingo, en mayo

de 1801, por la que se constituyó en dictador vitalicio, en nombre de los principios revolucionarios de la libertad y la igualdad. Formó además un ejército de 20.000 antiguos esclavos, tomando toda la isla y expulsando a los españoles de la mitad oriental (la actual República Dominicana)[57]. No se dejó seducir por la verborrea de Leclerc y el conflicto estalló antes de que el general pudiese poner en marcha la primera parte del plan de Napoleón. Mientras la armada de Leclerc, formada por 54 barcos, se aproximaba, l'Ouverture sofocó una rebelión interna, ejecutando al cabecilla (su propio sobrino) y a 2.000 rebeldes. Su plan para derrotar a Francia consistía en destruir todos los recursos que encontrase en la costa y adentrarse después en la jungla montañosa interior para poner en marcha una guerra de guerrillas.

Leclerc no fue capaz de asumir la devastación que causaría entre sus tropas la malaria y la fiebre amarilla. Cuando empezaron a producirse carencias de suministro y las enfermedades estallaron, todas las apuestas corrieron en su contra. Los únicos refuerzos que recibió fueron unos pocos polacos y suizos reclutados a la fuerza[58]. (Dos de las brigadas suizas se amotinaron en Toulon cuando se les informó de su destino). La guerra se convirtió en poco tiempo en una campaña sangrienta de exterminio racial, por el que un Napoleón ausente sería responsable. A pesar de que no exista evidencia a favor de la acusación moderna que afirma, tal y como sostiene un historiador moderno, que «Bonaparte odiaba a los negros», sin duda compartía la asunción ampliamente extendida en Occidente de que los blancos eran superiores a cualquier otra raza y esperaba que para Leclerc no entrañase dificultad imponerse con un ejército amplio y bien armado frente a los combatientes nativos, tal y como había hecho él mismo en las batallas de las Pirámides y de Aboukir[59]. «Si fuese negro», afirmó Napoleón, «defendería a los negros; siendo blanco, defiendo a los blancos»[60]. Como se ha visto, en Jaffa ejecutó a varios miles de prisioneros de guerra no europeos y ahora tomaba medidas para evitar el mestizaje, ordenando que «las blancas [en Santo Domingo] que se hayan prostituido con negros, sea cual sea su condición, serán enviadas de vuelta a Europa»[61].

El 20 de mayo de 1802 Napoleón aprobó una ley por la que se aprobaba de nuevo el comercio de esclavos (dejando fuera, técnicamente, a la esclavitud en sí) en todas las colonias francesas, según la normativa vigente en 1789[62]. Inglaterra –donde se había castigado el asesinato de un esclavo en Barbados en

1802 con una multa de 11 libras y 4 peniques y permitió la esclavitud hasta 1834– envió un ejército numeroso a Trinidad para intervenir en caso de que se extendiese la revuelta esclava o el imperialismo napoleónico. El presidente americano Thomas Jefferson, también poseedor de esclavos, declaró la neutralidad de su país, con la misma expectación nerviosa[63].

Los combates en Santo Domingo fueron brutales. Se incendiaron plantaciones, la tortura y las masacres se extendieron, las ciudades fueron saqueadas; se produjeron ahogamientos masivos, se utilizaron sacacorchos para cegar a los prisioneros franceses y las fuerzas de este país, a su vez, construyeron una especie de cámara de gas (*étouffier*) a bordo de un barco, en la que se empleó sulfuro volcánico para asfixiar a 400 prisioneros, antes de que el barco huyese[64]. Toussaint l'Ouverture acabó por rendirse el 1 de mayo a cambio de que se garantizase oficialmente la libertad para los negros de Santo Domingo, se permitiese la entrada de oficiales negros en el ejército francés y de que él mismo y sus colaboradores pudiesen retirarse a una de sus numerosas plantaciones[65]. Sin embargo, el 7 de junio, por iniciativa propia, Leclerc rechazó el pacto, secuestró a l'Ouverture y le envió a una prisión en Francia. La guerrilla prosiguió y el 7 de octubre Leclerc escribió a Napoleón: «Debemos acabar con todos los negros de las montañas, hombres y mujeres, permitiendo vivir solo a los niños de menos de 12 años, exterminar a la mitad de los que viven en la llanura y no dejar en la colonia ni a un solo hombre de color que porte la escarapela»[66]. Napoleón no respondió directamente a la carta, pero tampoco se lo impidió.

El 27 de noviembre Napoleón escribió a Leclerc acerca de Paulina, que se había unido valerosamente a la expedición, afirmando encontrarse «muy satisfecho con la conducta de Paulette. No debería temer a la muerte, porque si muere será con gloria, al hacerlo junto al ejército y siendo útil a su esposo. Todo pasa deprisa en la tierra, excepto la huella que dejamos en la historia»[67]. Mientras escribía, Leclerc mismo llevaba casi cuatro semanas muerto a causa de la fiebre amarilla. «Regresa pronto», escribió Napoleón a Paulina al enterarse del fallecimiento de Leclerc, «aquí encontrarás consuelo a tus desgracias en el amor de tu familia. Un abrazo». Paulina –a la que Laure d'Abrantès describió como «una viuda no muy desolada»– regresó junto con el cadáver el 1 de enero de 1803 y a finales de agosto ya había vuelto a contraer matrimonio, con el

atractivo y pudiente don Camillo Filippo Ludovico Borghese, príncipe de Sulmona y de Rossano, duque y príncipe de Guastalla, al que en privado tildaba de «imbécil», siéndole extensamente infiel en muy poco tiempo[68][************].

El exterminio continuó en Santo Domingo después de la muerte de Leclerc, mientras los lugartenientes y sucesores de l'Ouverture seguían enfrentándose a su segundo de abordo, el vizconde de Rochambeau, de excepcional crueldad y que, a pesar de los continuos refuerzos, solo consiguió embarcar a 8.000 hombres de vuelta a Francia en mayo de 1803. Veinte generales, 30.000 franceses y puede que hasta 350.000 dominicanos (de ambas razas) habían muerto[69]. Toussaint l'Ouverture, el «Espartaco negro», falleció de neumonía el 7 de abril de 1803 en la enorme celda helada que se puede contemplar hoy en el Fuerte de Joux en las montañas del Jura[70].

«El asunto de Santo Domingo ha sido una gran estupidez por mi parte», admitió Napoleón. «Fue el mayor error que cometí en toda mi época de gobierno. Tendría que haber negociado con los líderes negros, como habría hecho con las autoridades de una provincia»[71]. Una de las lecciones aprendidas fue que los negros podían ser unos soldados excelentes y en noviembre de 1809 puso en marcha una unidad denominada Pioneros Negros, formada por hombres de Egipto y el Caribe, comandados por un jefe de batallón negro, Joseph «Hércules» Domingue, al que premió con 3.000 francos. En 1812 Napoleón predijo que no se podría mantener la propiedad sobre ninguna colonia a perpetuidad, afirmando que todas acabarían «por seguir el ejemplo de Estados Unidos. Te acabas cansando de esperar órdenes a cinco mil millas; cansado de obedecer a un gobierno que te parece extranjero porque es remoto y por su necesidad de subordinar tus intereses a los suyos locales, que no puede sacrificar a los tuyos»[72]. La derrota en Santo Domingo puso punto y final a los sueños napoleónicos de un imperio francés en el Oeste.

---

[*] Francia había cedido Lousiana a España a su vez en el Tratado de

Fontainebleau (1762).

[**] Hasta su demolición, la rue Saint-Niçaise comenzaba en la confluencia de la rue de l'Échelle actual con la rue de Rivoli.

[***] El mecanismo de ignición de la bomba está expuesto en el Museo de la Prefectura de Policía en la rue de Carmes en París.

[****] Napoleón escribió a Jourdan el 13 de enero diciéndole: «Parece que Inglaterra está muy implicada en todo esto» (CG3, nº 5913, p. 513).

[*****] Destrem murió en Île d'Oléron en 1803, y Talon volvió al gobierno en 1809.

[******] Como la partida del Gran Duque de Toscana había conllevado el vaciado de su palacio florentino antes de la llegada de los nuevos reyes, la Infanta observó –en tercera persona– que «por primera vez la hija del rey de España, habituada a ser servida con oro y plata, se veía obligada a comer en platos de porcelana» (Etruria, *Memoirs*, p. 309).

[*******] Hijo del economista Pierre du Pont de Nemours, que había huido de Francia tras ser encarcelado en dos ocasiones y que había puesto en marcha un exitoso emporio comercial en Estados Unidos (el actual conglomerado de la industria química DuPont).

[********] La organización de la fiesta, sin embargo, podría haber sido mejor. Con unas 1.200 personas desplazadas a una media de 3 por carruaje, y cada carruaje con unos 90 segundos para dejar a los pasajeros desde las 9 de la noche, du Pont observó que a las 6 de la mañana del día siguiente aún seguía entrando gente.

[*********] Napoleón exoneró a Menou de cualquier responsabilidad personal por el desastre de Egipto, pero no volvió a confiar en él para dirigir a las tropas en el campo de batalla.

[**********] La correspondencia del 30 de septiembre de 1801, el día anterior a la firma del tratado preliminar, ilustra a la perfección la división de su mente en compartimentos. Envió once cartas: tres a Chaptal (una de ellas para nombrar al prefecto del departamento de Liamone), una a Fouché ordenando que se encarcelase en la prisión de Ham al que se sorprendiese exportando trigo, una a François Barbé-Marbois, ministro del Tesoro, y a André Abrial, de Justicia, tres a Talleyrand y dos a Berthier indicándole que proveyese de camas a la 23ª División acuartelada en Bastia, que todavía dormía sobre paja (CG3, nº 6525-

6535, pp. 795-798).

[***********] Napoleón temía que las pinturas y estatuas del Louvre sufriesen daños durante las celebraciones «al hacer sitio para que los extranjeros observasen a través de las ventanas». Cuando los visitantes solicitaron que se instalasen estufas para caldear el museo, Napoleón rechazó la idea con sensatez por su peligro (CG3, nº 6624, p. 836).

[************] El molde de escayola de uno de los pechos de Paulina, tomado por Canova en 1804, se expone hoy en el Museo Napoleónico de Roma. Era muy atractiva, a pesar de que Laure d’Abrantès afirmase que sus orejas eran enormes.

14. AMIENS

El pueblo francés tiene que apoyarme con mis debilidades, si ven alguna ventaja en mí. Mi debilidad es que soy incapaz de soportar los insultos.

Napoleón a Roederer, 1800

Los embajadores son esencialmente espías con un título.

Napoleón a Eugène, 1805

El lunes 4 de enero de 1802, a las 9 de la mañana, Louis, el hermano de Napoleón, contrajo matrimonio con la hija de Josefina, Hortense, en presencia del alcalde del 1º *arrondissement* de París. Fue una de las muchas bodas concertadas por Napoleón, cuya participación en la vida nupcial de los demás fue casi siempre desastrosa. Desde luego fue lo que ocurrió en este caso; Louis, enamorado de otra persona en aquel momento, pronto no fue capaz ni tan siquiera de compartir habitación con Hortense, y viceversa. Napoleón había tratado a la hija de Josefina como si fuese suya. Todo el mundo la quería, excepto el hombre que Napoleón había elegido para ella. (Más tarde describiría sus años de escuela como los únicos felices de su vida; no puede haber afirmación más triste). Josefina también puede ser culpada por el acuerdo ya que estrechó los lazos de su familia con la de su marido a costa de la felicidad de su propia hija.

A pesar de que José se había mostrado como un hábil negociador con el Concordato y el final de la Cuasi-Guerra y Napoleón se mostraba orgulloso de su hermano Jérôme, en el ejército, sus otros familiares se estaban convirtiendo en una espada de doble filo en su vida pública. Lucien, en concreto, era difícil de controlar. Al parecer Napoleón se enfureció cuando, en noviembre de 1800, Lucien –ministro de Interior– permitió la publicación del panfleto de Louis de Fontantes titulado *Parallèle entre César, Cromwell, Monk et Bonaparte*, que, a

pesar de su previsible adulación, remarcaba cómo ninguno de ellos había alcanzado el poder constitucionalmente. «No hay comparación posible entre Cromwell y yo –afirmó–. Mi pueblo me eligió tres veces; y además en Francia mi ejército nunca ha luchado contra los franceses, solo contra los extranjeros»[1]. (Los *fédérés* de Toulon, el pueblo de la Vendée y los distritos de París podrían objetar a esta última premisa). Fontanes era uno de los principales propagandistas de Napoleón, por lo que cabe dudar de que la publicación fuese una sorpresa; de hecho puede que estuviese fingiendo enfado debido a la reacción pública ante el panfleto, que en efecto asumió por analogía histórica que Napoleón acabaría convirtiéndose en el gobernador absoluto, desatando una inmediata hostilidad. Se paralizó la impresión y Lucien fue enviado a España como embajador poco después. Tras el fallecimiento de su primera esposa, Christine Boyer, en mayo de 1800, se casó –de nuevo por amor– con la viuda Alexandrine Jouberthon, con la que tendría diez hijos. Napoleón se opuso al matrimonio porque prefería uno más ventajoso para la familia, por lo que Lucien rompió con él y se retiró a vivir en Roma[2].

Reviviendo la antigua práctica real, por la que los generales y dignatarios debían solicitar permiso al jefe del Estado para casarse, Napoleón trató de emparejar a sus generales con familias del Antiguo Régimen. Los matrimonios a los que se opuso, como el de Lucien y el primero de Jérôme, solían ser más felices que aquellos concertados por él y por Josefina. Incluso en aquellos acordados que tuvieron éxito, fue de poca ayuda; cuando Murat solicitó permiso para abandonar Italia e ir a visitar a su esposa Caroline, hermana de Napoleón, y a su recién nacido, este se opuso alegando que «un soldado debe mantenerse fiel a su esposa, pero solo debe desear verla cuando no quede nada por hacer»[3]. Desde luego, la difícil relación de Napoleón con algunos miembros de su familia fue autoinfligida.

A medianoche del 8 de enero de 1802 Napoleón partió con Josefina hacia Lyon, donde le sería ofrecida la alta magistratura (presidencia) de la nueva República Italiana, formada por la República Cisalpina y las provincias italianas arrebatadas a Austria por el Tratado de Lunéville. Al día siguiente Cambacérès, dejado al mando en París, escribió la primera de las 1.397 cartas que daban cuenta de todo aquello de interés sucedido en Francia, poniendo al corriente a

Napoleón de cualquier suceso siempre que se encontraba en Europa. A través de una carta temprana, por ejemplo, Napoleón supo que el mercado central de abastos de Les Halles funcionaba bien, que el alcalde de Bruselas se había disculpado por permitir el contrabando, que el general Belliard quería que se publicase un texto específico en el *Moniteur*, que el ministro de Marina informaba de que los vientos eran favorables en Flushing, que se había reunido una comisión del Senado para debatir la reforma constitucional, que Junot había recibido un informe sobre la actividad sediciosa secreta de un tribuno[4]. Estas cartas fueron, en diversos aspectos, precursoras de los informes diarios que le enviaría el ministro de Policía entre 1804 y 1814.

La Consulta de Lyon duró dos semanas y estuvo salpicada de fiestas, manifestaciones, recepciones y visitas a fábricas, pero el momento culminante fue el 25 de enero, cuando Napoleón, tras pasar revista a las tropas de vuelta de Egipto en el palacio Bellecour, fue elegido primer magistrado de la República Italiana en una recepción en el colegio de los jesuitas (hoy Liceo Ampère). El Comité de los Treinta, encabezado por Francesco Melzi d'Eril, propuso el nombre de Napoleón a los 450 delegados italianos presentes, tras lo que el martillo repicó inmediatamente, por si alguno cometía la osadía de objetar algo[5]. Melzi había organizado a los delegados según su origen –Austria, Piamonte, Venecia o los Estados Pontificios– maximizando la desunión y minimizando cualquier posibilidad de oposición. A pesar de la humillación que suponía que la nueva República Italiana se fundase en suelo francés, donde Talleyrand podía controlar mejor la actividad de los delegados, era también la primera vez que aparecía la palabra «Italia» en el mapa político europeo desde la caída de Roma en el siglo V. La constitución que redactó Napoleón se encontraba a gran distancia del sufragio universal promulgado por la Revolución, ya que el poder electivo descansaba ampliamente en manos de los terratenientes, clérigos, profesionales, académicos y comerciantes, que votaban en colegios electorales a los cuerpos legislativos.

De vuelta a París el 18 de marzo, mientras Napoleón examinaba las medallas de Alejandro Magno y Julio César del Louvre y se ceñía la espada de Enrique IV en la Biblioteca Nacional, Cambacérès ponía en marcha un golpe de estado constitucional, purgando el Cuerpo Legislativo y el Tribunado mediante una *sénatus-consulte*[6]. «No se puede trabajar con una institución que produce tal

desorden», había afirmado Napoleón sobre el Tribunado durante un debate en el Consejo, poco antes de partir para Lyon. A partir de entonces se excluyó a aquellos considerados ideológicos y «republicanos celosos», incluyendo a Chénier, Daunou, Benjamin Constant, el exgirondino Maximin Isnard y al economista político Charles Ganilh[7]. La mayoría de la oposición liberal estaba formada por intelectuales ilustrados y discípulos del fallecido marqués de Condorcet, como el filósofo Pierre Cabanis, Antoine Destutt de Tracy (creador del término «ideología»), el editor y profesor de historia Dominique Garat, el obispo constitucionalista Henri Grégoire, el escritor Pierre-Louis Guinguené y el abogado y político conde Jean-Denis Lanjuinais, todos ellos sujetos a las normas y no conspiradores para asesinar[8]. A pesar de las represalias ocasionales –la supresión de la sección de ciencias morales y políticas del Instituto Francés y el exilio de Constant y de Staël, por ejemplo–, Napoleón dejó casi siempre tranquilos a los que denominó *honnêtes gens* (personas honestas), excepto cuando pudo persuadirles de que se pusiesen a su servicio, como con Jean de Bry como prefecto del departamento de Doubs[9]. Hizo incluso enterrar a Cabanis en el Panteón y escogió a Chateaubriand para el Instituto, manifestando que no consideraba a aquellos que denominaba peyorativamente «ideólogos» como una amenaza política seria.

El 25 de marzo de 1802, después de casi seis meses de negociaciones, se firmó por fin el tratado de paz anglo-francés en un hotel de Amiens, al que se sumaron los aliados de Francia, Holanda y España. Se había discutido, entre otras cosas, acerca de las Malvinas, la caza de ballenas, la piratería en las Barbados o los saludos en alta mar, y todo el proceso estuvo marcado por las sospechas mutuas de mala fe, especialmente cuando los ingleses propusieron a un Borbón como Gran Maestre de los Caballeros de la Orden de San Juan de Malta[10]. En cualquier caso la noticia fue acogida con regocijo en Francia y se editaron grabados en color con ángeles y mujeres representando a Francia, que coronaba un busto de Napoleón «el Pacificador» con laureles, con poemas como: «El mundo entero reverencia / al Héroe de Francia. / Es el dios de la Guerra, / es el ángel de la Paz»[11]. Esta concepción se vio reforzada el 26 de junio, cuando Napoleón firmó otro tratado, esta vez con Turquía, por el que los Dardanelos se abrieron al comercio francés.

Las disposiciones de Amiens eran similares en lo esencial a las del tratado preliminar, que recogía la promesa de Inglaterra de abandonar Malta y declarar su puerto libre tres meses después de la ratificación, devolviendo la isla a la Orden de Caballeros de san Juan y la cesión del control de Pondicherry, mientras Francia a su vez recuperaba sus colonias a cambio de evacuar Nápoles, Taranto y las zonas de los Estados Pontificios, como Ancona, que no se habían incorporado a la República Italiana. Y sin embargo Amiens fue más importante por lo que callaba que por lo que decía. No se mencionaba el comercio y, aunque el tratado recogía una «compensación adecuada» al exiliado príncipe Guillermo V de Orange-Nassau por la pérdida de sus posesiones e ingresos holandeses, tras la conversión de aquel país en la República de Batavia en 1795, no se mencionaba el destino de Holanda, Suiza o el Piamonte, ni se reconocían las repúblicas italiana, ligur o helvética. Una convención franco-holandesa en agosto de 1801 estipulaba que las tropas galas abandonarían el país tras la firma de un acuerdo de paz general, y la Paz de Lunéville garantizaba la independencia suiza, por lo que los ingleses no vieron la necesidad de incluir estos aspectos en la firma.

La falta de un acuerdo comercial anexo al político significó que en breve la poderosa clase comercial británica comenzó a oponerse a una paz que no les daba acceso privilegiado a los mercados de Francia, Holanda, España, Suiza, Génova y, más tarde, Etruria. Napoleón lo consideró un acto deliberadamente hostil, contrario al «espíritu» de Amiens, pero no se puede requerir a ningún estado que se adhiera a un tratado comercial del que sabe que le supondrá una desventaja[12]. Napoleón pretendía recaudar tasas de las importaciones inglesas y el hecho de que no tratase de volver a las condiciones del tratado de 1786, perjudiciales para los comerciantes franceses, entusiasmó a estos en plazas como Rouen, que pudieron seguir operando bajo las tarifas proteccionistas francesas –que encarecían los productos ingleses– y a la vez acababa con la amenaza marina de la Royal Navy. El comercio marítimo francés comenzó a florecer, mientras se veían inundados por algodón del extranjero. El intercambio de prisioneros de guerra fue muy bien acogido en Francia, puesto que sumaban más de 70.000, la mayoría marinos capturados en las decenas de escaramuzas navales que habían ganado los ingleses desde 1793 y que se hacinaron durante años en condiciones pésimas en barcos abandonados convertidos en prisiones, atracados

en la costa sur y en el estuario del Támesis[13][*].

Cuando José regresó a París desde Amiens, Napoleón le acompañó al palco presidencial de la Ópera, donde fue vitoreado por la audiencia. Francia había mantenido sus fronteras «naturales» hasta el Rhin y los Alpes, reteniendo la hegemonía sobre Europa occidental y viendo cómo volvían a sus manos sus colonias. Pero en cierto sentido José y Talleyrand habían tenido demasiado éxito; como Inglaterra había ganado tan poco, su compromiso con la paz también fue débil. Gran Bretaña debía devolver Malta a los Caballeros de San Juan tras la elección de un nuevo Gran Maestre, bajo la supervisión del Papa, a los tres meses de la ratificación del tratado; a partir de entonces Francia, Inglaterra, Rusia, Austria, España y Prusia garantizarían la independencia y neutralidad de la isla, mientras se impedía la pertenencia de franceses e ingleses a la Orden, radicada ahora en San Petersburgo por haber sido su último Maestre el asesinado Zar Pablo. A pesar de que el Papa designó Gran Maestre a un noble italiano, Giovanni Battista Tommasi, en marzo de 1803 los ingleses se negaron a reconocerle y le enviaron al exilio en Sicilia. Francia abandonó todos los territorios estipulados por el tratado antes incluso de que transcurriesen los tres meses indicados, pero Gran Bretaña prevaricó en lo referido a Malta y Pondicherry, en parte porque temía, equivocadamente, que Francia y Rusia estuviesen preparando el desmembramiento del Imperio Otomano[14]. Pondicherry permaneció en manos inglesas hasta 1816.

Tras la paz de Amiens unos 5.000 británicos visitaron París. Algunos eran curiosos, otros deseaban contemplar las obras expuestas en el Louvre, o ponían esa excusa para perderse por los antros del Palais-Royal (que hicieron su agosto), otros deseaban renovar viejas amistades y casi todos pretendían visitar, o al menos atisbar, al Primer Cónsul. Napoleón se mostró encantado de satisfacerles y ordenó que se celebrasen banquetes para los extranjeros distinguidos al menos una vez cada diez días[15]. El parlamentario irlandés John Leslie Foster asistió a uno de estos banquetes en las Tullerías y describió así a Napoleón:

> De hechura delicada y graciosa, su cabello copioso es castaño oscuro, fino y lacio; su complexión es fina, pálida y cetrina; sus ojos grises, pero

> vivaces; sus cejas de un castaño claro, estrechas y pronunciadas. Toda su expresión, especialmente su boca y nariz, es fina, afilada, definida y expresiva más allá de cualquier descripción… Habla con conocimiento, pero con fluidez, enfáticamente y con un tono más bien bajo. Al hablar sus gestos son aún más expresivos que sus palabras. ¿Qué expresan? Una melancolía agradable, que, siempre que habla, se apoya en la sonrisa más amable y graciosa que quepa imaginar… Posee una dignidad más sincera de lo que cabe concebir en cualquier hombre[16].

Un antiguo prisionero llamado Sinclair describió de modo similar la «gracia y fascinación de su sonrisa»; y el capitán Usher afirmó que poseía «modales majestuosos»[17]. El encanto es un fenómeno de difícil descripción, pero cuando quiso Napoleón se cubrió con él. Desde luego se apartaba de sus costumbres al exhibir una gran anglofilia en estas ocasiones, colocando bustos del líder conservador inglés James Fox y del almirante Nelson en la repisa de una chimenea de las Tullerías[18]. Podía preverse con respecto al francófilo Fox, pero honrar al hombre que había hundido su flota en la bahía de Aboukir solo cuatro años antes era un hecho extraordinario. (Podemos dar por seguro que Nelson, desde luego, no tenía un busto de Napoleón en la repisa de su chimenea).

La admiración hacia Napoleón por parte de algunos radicales y *whig* ingleses no se desvaneció casi hasta Waterloo. El futuro primer ministro lord Melbourne compuso odas al corso en la universidad, Keats poseía una petaca con un retrato suyo, Byron encargó una réplica exacta de su carruaje para sus viajes por Europa y el *Weekly Political Registrer* de Cobbett y el *Statesman* de Daniel Lovell publicaron sus alabanzas hasta la extravagancia. Sus reformas entusiasmaron a los liberales ingleses, que veían a su propio país enfangado en el Antiguo Régimen. El mismo Fox visitó París con tres miembros de su familia para mantener diversas reuniones de lo más cordial con Napoleón en septiembre de 1802; entre el resto de británicos que conoció estuvo otro futuro primer ministro, el conde de Aberdeen, el conspirador irlandés Thomas Emmet, el erudito en clásicas G. H. Glasse, lord y lady Holland, lord Henry Petty (más tarde el 3er marqués de Lansdowne), sir Spencer Smith y muchos otros personajes prominentes. Los visitantes ingleses fueron tan numerosos que el caricaturista

James Gillray dibujó una lámina titulada *The First Kiss this Ten Years!* en la que se veía a un oficial francés abrazando a una representación de carnes abundantes de Britania[19]. Pero el camino no fue solo de ida; observando la «asombrosa» cantidad de franceses que atracaban en Dover, el naturalista James Smithson señaló que al parecer los dos países «habían intercambiado a todos sus habitantes»[20].

Napoleón aprovechó la oportunidad de infiltrar espías para trazar planes para los puertos irlandeses, pero fueron descubiertos y repatriados rápidamente. Cuando años después un habitante de las islas señaló a Napoleón que el gobierno inglés había dudado de la sinceridad del corso con respecto a la paz a raíz de este incidente, declaró riendo: «¡Ah, no fue necesario, todos los puertos de Inglaterra e Irlanda son conocidos!»[21]. Desde luego, la utilidad de la operación no era el motivo de la disputa; el hecho de que se hubiese puesto en marcha se interpretó, comprensiblemente, como una indicación de su actitud hostil. Por su parte, naturalmente, la inteligencia británica empleó también la paz para espiar los puertos franceses.

A pesar de que el mandato de diez años del Consulado no finalizaba hasta 1810, en mayo de 1802 el Senado aprobó una moción que lo ampliaba otros 10 años, aprobada por seis votos a favor y uno en contra, el del exgirondino conde Lanjuinais. La consecuencia fue un llamamiento, en apariencia espontáneo pero en realidad orquestado, a otorgarse una nueva Constitución del Año X, que permitiría a Napoleón ser nombrado Primer Cónsul vitalicio. «Consideráis que debo realizar otro sacrificio para el pueblo», afirmó taimado ante el Senado. «Lo haré si la voz del pueblo ordena lo que vosotros habéis autorizado»[22]. Como Julio César al rechazar por dos veces la diadema romana, quería mostrar que se había visto arrastrado con reluctancia al poder de por vida. Era un giro completo a los principios de la Revolución, pero aun así el pueblo francés le dio su apoyo. La pregunta del plebiscito fue: «¿Debería ser Napoleón Bonaparte cónsul de por vida?» y el resultado, más amañado aún y con menor necesidad que el de febrero de 1800, fue de 3.653.600 votos a favor y 8.272 en contra[23]. Fue el primer plebiscito en la historia de Francia con una participación superior, presuntamente, a la mitad del censo, a pesar de que el doble voto necesario para el «sí» no se incluyó en algunas zonas; una vez más las grandes masas de

población analfabeta desconocía cómo habían podido recoger sus votos los alcaldes[24].

Napoleón fue debidamente nombrado Primer Cónsul vitalicio el 2 de agosto, con la facultad de designar también a su sucesor. «Su expresión no fue ni de afectación ni de seguridad», anotó el par inglés bonapartista lord Holland, presente en el momento en el que una delegación del Senado confería el honor al general, «pero desde luego carecían de esa sencillez y atracción que solo la frecuentación temprana de la buena compañía se supone que confiere en exclusiva»[25]. José fue declarado como el sucesor de Napoleón, pero el 10 de octubre de 1802 Louis y Hortense tuvieron un hijo, Napoleón-Louis-Charles, del que más tarde se rumoreó que podía ser el futuro heredero (a pesar de que, con su habitual maldad, Louis sembró dudas sobre la verdadera paternidad de su propio hijo). Con Josefina acercándose a los cuarenta, Napoleón había dejado de esperar que le diese un heredero. «Te quiero como el primer día», le escribió mientras tomaba una vez más baños en Plombières en junio, lo que se supone que mitigaba la infertilidad, «porque eres buena y amable por encima de todo»[26]. Le había escrito pidiéndole que cuidase a su «primita» en una visita anterior, pero esas manifestaciones estaban muy lejos de la forma en la que le manifestaba su amor «el primer día»[27].

La mala cosecha de 1801 llevó a un alza inquietante de los precios en primavera, y el 16 de mayo de 1802 Napoleón dijo a Chaptal: «Tengo la intención de tomar todas las medidas necesarias para evitar que el precio del pan suba en las ciudades. Hay que hacer que los directores de los comedores públicos vayan a ti y que les des 12.000 francos mensuales, o más si es necesario, para que dupliquen o tripliquen la distribución… No divulgues nada sobre esta materia tan delicada»[28]. Con esta medida y con la ayuda de una mejora en la cosecha de 1802, Napoleón esquivó un peligro del que siempre fue muy consciente y contra el que había empezado a construir silos y almacenar grano estratégicamente. Además de pan, Napoleón también ofreció circo; se celebraron fiestas para conmemorar su cumpleaños –33 años en agosto de 1802–, la desarticulación de complots contra su vida, su nombramiento como Cónsul vitalicio y el aniversario del golpe de Brumario. Al mismo tiempo el recuerdo de la toma de la Bastilla y la ejecución de Luis XVI se iban atenuando

gradual y cuidadosamente según se iba acercando el momento en el que el Primer Cónsul se declarase monarca.

A principios de julio, tan pronto como los británicos abandonaron Elba, Napoleón ordenó a Berthier, que había retomado su cargo como ministro del Interior, que garantizase que la isla se gobernaba como un departamento más de Francia (y no de la República Italiana), desarmando a los habitantes de Portoferraio, tomando a una docena de notables como rehenes para asegurarse la buena conducta del resto y enviando a todos los hijos de 12 años de las familias más importantes a la escuela francesa para afrancesarlos[29]. (Algo que, al fin y al cabo, había funcionado con él). La anexión oficial de Elba se produjo en agosto, tras la entrega de 3.000 francos a cada uno de los tres diputados de la isla por parte de Berthier[30]. Nada de esto contravenía la Paz de Amiens y ya había sido previsto por Inglaterra.

Cuando la Constitución del Año X, la quinta en Francia desde la Revolución, se convirtió en ley a principios de agosto, Napoleón –empleando solo su nombre de pila en su mensaje al Senado, al modo monárquico– anunció que los hombres adultos de cada distrito votarían a los miembros de los colegios electorales de sus *arrondissements* y departamentos entre las 600 personas que pagasen más impuestos (*plus imposés*), quienes conservarían el cargo de por vida[31]. Estos colegios electorales nominarían a su vez a dos candidatos para el Cuerpo Legislativo y el Tribunado, respectivamente, de entre los que Napoleón escogería a uno. De este modo estaba construyendo cuidadosamente una estructura de partidarios políticos que además le debían a él su puesto. Muchas de las atribuciones del Cuerpo Legislativo pasaron al Senado, que también tenía la potestad de disolver este organismo y el Tribunado. El número de tribunos se había reducido hasta los cincuenta y las deliberaciones se mantenían en secreto para poder, tal y como afirmó Napoleón, «parlotear a su gusto»[32]. Incluso el Consejo de Estado vio reducidas sus atribuciones y se estableció dentro de él un comité secreto interno. En definitiva, la nueva constitución parecía favorecer la participación política, pero todo el poder recaía en Napoleón. En medio del fervor por sus victorias, reformas, tratados de paz y el Concordato, no sorprende descubrir que se designase inicialmente para los colegios electorales a los que proclamaron más claramente su apoyo.

El 5 de septiembre Napoleón ordenó al brigada Horace Sébastiani, el oficial que tanto le había apoyado durante el golpe de Brumario, que emprendiese una gira de cuatro meses por Trípoli, Alejandría, El Cairo, Jaffa, Accre y Jerusalén para promocionar los intereses galos en una región a la que se podía disculpar por sentirse harto saturada de ver la tricolor[33]. El informe que presentó a su vuelta sería incendiario. Esa misma semana Napoleón invitó al rey Carlos Emanuel del Piamonte a regresar al trono, como títere de Francia. El rey, desde la seguridad de su otro reino, el de Cerdeña, rehusó, por lo que Napoleón anexionó formalmente el Piamonte a Francia el día 21, dividiéndolo en seis nuevos departamentos. El movimiento disgustó a los líderes de la República Italiana, que deseaban que Elba y el Piamonte se uniesen a su país, pero dio a Francia acceso directo a los pasos alpino-occidentales, como los dos de San Bernardo, que conducían a las ricas planicies lombardas, productoras de arroz, grano y seda, tan necesaria para la industria de la vestimenta de lujo y la decoración de Lyon[34].

Las protestas de Londres, que veía cómo Napoleón violaba el espíritu, aunque no la letra, de Amiens, empujó al descarrilamiento del tratado y alejó aún más la posibilidad de que Inglaterra abandonase Malta y Pondicherry. Los halcones ingleses se enfurecieron aún más cuando Napoleón intervino en otra región que tampoco se había mencionado en Amiens, pero que siempre había estado bajo influencia francesa y en la que Inglaterra no tenía ningún interés. El 23 de septiembre Napoleón escribió a Talleyrand para indicarle que, dado su interés en asegurar la frontera en el Franco Condado, era necesario tener o bien un «gobierno suizo sólidamente organizado y amistoso con Francia», o bien «ninguna Suiza»[35]. Recordando su obligación de cruzar los Alpes dos años antes requirió la cesión de la región del Valais para poder construir una vía militar a través del paso del Simplon, algo a lo que se negaron algunos de los trece cantones que habían gobernado Suiza durante tres siglos, pero no todos.

La política suiza adolecía de las disputas entre los cantones aristocráticos y los populistas y entre los germano, los ítalo y los franco parlantes. El 30 de septiembre de 1802 el Acta de Mediación reorganizó Suiza en 19 cantones bajo un gobierno central muy débil y con un ejército de solo 15.200 hombres (por debajo de los 16.000 que debía proporcionar a Napoleón según los términos de un pacto de defensa franco-suizo reciente). «No hay nadie más insolente ni más

exigente que los suizos», afirmó. «El país tiene el tamaño de la mano de un hombre y las pretensiones más extraordinarias»[36].

El Acta de Mediación atentaba contra el Tratado de Lunéville, especialmente tras el envío del general Michel Ney a Suiza con 40.000 hombres para respaldarlo el 15 de octubre, pero Austria le concedió carta blanca, los rusos y los prusianos no protestaron y los suizos que en principio no estaban de acuerdo pronto cedieron. «La posesión del Valais es uno de los asuntos que llevo en el corazón», explicó Napoleón a uno de los partidarios suizos, el filósofo republicano Philipp Stapfer, «y ni toda Europa hará que desista»[37]. A pesar del silencio de Amiens sobre Suiza, Inglaterra detuvo la devolución de Pondicherry a Francia y del cabo de Buena Esperanza a Holanda y no sacó a sus tropas de Alejandría (que había prometido abandonar en el Artículo 8) y Malta.

La actuación de Ney en Suiza impresionó a Napoleón. Hijo de un tonelero del Saar casado con una de las camareras de María Antonieta, Ney nació el mismo año que Napoleón y se incorporó a los húsares en 1787 y se ganaría la reputación de ser valiente hasta la locura[38]. Tras servir en el Ejército del Sambre-et-Meuse, no conoció a Napoleón hasta mayo de 1801, cuando fue invitado a presentarse ante los cónsules. En octubre de 1802 recibió la orden de Talleyrand de desplazarse a Suiza con un pequeño ejército para apoyar a los elementos francófilos locales, algo que acometió con rapidez y éxito, ocupando Zurich sin provocar un baño de sangre, clausurando la Dieta antifrancesa de Schwytz, liberando a los simpatizantes de la prisión, sofocando una insurrección orquestada por el gobierno de Berna, supervisando el nombramiento de un gobernador profrancés y obteniendo 625.000 francos para sufragar toda la operación, todo ello en el plazo de dos meses[39].

El informe oficial sobre el encuentro de Napoleón con los diputados cantonales suizos en Saint-Cloud el 12 de diciembre afirma: «Se reconoce en Europa que Italia y Holanda, así como Suiza, están a disposición de Francia». El problema era que Inglaterra no reconocía nada de eso. Dos meses antes había fallecido el duque Borbón Fernando de Parma. Francia se anexionó el ducado, tal y como se acordó en Lunéville y Napoleón envió al oficial francés Médéric Moreau de Saint-Méry a imponer la ley patria. La anexión no era injustificada, pero el nuevo embajador inglés en París, lord Whitworth, lo tomó así, exigiendo una compensación, teniendo en cuenta además la anexión del Piamonte y la

invasión de Suiza, y sugiriendo que, como Prusia y Rusia no habían acordado aún garantizar la independencia de Malta, la isla podía ser una moneda de cambio adecuada. Por lo que sucedió después, no habría sido una mala salida para Napoleón.

La paz de Amiens proporcionó a Napoleón oxígeno suficiente para desarrollar un plan de impulso económico mediante la intervención estatal y el proteccionismo, política promovida inicialmente por el ministro de Finanzas de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert. Napoleón había leído la obra de Adam Smith *La riqueza de las naciones* en una traducción en 1802, pero consideraba que la Revolución Industrial británica estaba demasiado avanzada como para que Francia pudiese competir contra ella en un mercado libre. En cambio depositó sus esperanzas en los subsidios estatales para las industrias estratégicas, la enseñanza técnica en las escuelas, los premios para los inventos, las visitas a las factorías inglesas (o sea, el espionaje industrial), las ferias tecnológicas, las mejoras en los procesos de tejido de la seda de Jacquard, una muestra de la industria en París –durante la que el negocio de hilado de algodón de Richard Lenoir recibió pedidos por valor de 400.000 francos–, y la erección de 32 cámaras de comercio por toda Francia en diciembre de 1802[40]. Aun así, a finales de su reinado, Francia solo había alcanzado el nivel de industrialización que poseía Inglaterra en 1780, acusación probatoria contra la política económica de la Revolución, el Directorio y el bonapartismo y las doctrinas de Colbert que siguieron todos ellos[41]. «Nunca le vi rechazar ninguna propuesta dirigida a fomentar o apoyar la industria», observó Chaptal. A pesar de los esfuerzos de Napoleón, especialmente tras el reinicio de la guerra, la industrialización francesa fue mínima en comparación con la de la superpotencia del otro lado del Canal[42]. Todavía en 1815 existían solo 452 minas en toda Francia, con 43.395 trabajadores; 41 fundiciones con 1.202 empleados, 1.219 forjas con 7.120 y 98 refinerías de azúcar con 585; Marsella, el centro de la industria jabonera nacional, empleaba a un millar de trabajadores en 73 talleres[43].

El uso colbertiano de los aranceles arruinó de tal modo el comercio que las altas tasas en Italia hicieron que la seda del Piamonte, que habitualmente se enviaba a Lombardía, acabase en Lyon; los productores holandeses debían pagar impuestos por los bienes vendidos en Francia, pero no al contrario, y muchas

más como estas[44]. Era imperialismo económico en marcha, lo que mal podía atajar el resentimiento en los estados satélite franceses. Napoleón había sido capaz de incrementar la confianza en las finanzas francesas y en su deuda pública, pero ni siquiera así pudo igualar a la inglesa de la época. En los mejores momentos solo alcanzó a tomar dinero prestado a un interés más alto que Inglaterra en sus peores épocas[**].

Tras la explosión del *ingenio infernal*, Otto, delegado francés en Londres, envió a Talleyrand ejemplares de la prensa, los diarios y las revistas británicas que expresaban, de forma implícita en ocasiones y explícita en otras, deseos de que el próximo intento fuese un éxito[45]. Los periódicos franceses publicados por los emigrados en Londres enfurecieron particularmente a Napoleón, como fue el caso del *Paris Pendant* y *L'Ambigu*, editados ambos por Jean-Gabriel Peltier, que empleaba alusiones clásicas y poéticas para llamar a su asesinato. El general llegó incluso a iniciar un juicio contra Peltier en Inglaterra[46]. El consejero estatal Joseph Pelet de la Lozère observó que la prensa inglesa provocaba en Napoleón «una ira que recordaba a la del león de la fábula, enloquecido por un enjambre de mosquitos»[47][***]. Finalmente prohibió la circulación de la prensa inglesa en Francia. La familia de los Borbones mantenía lazos estrechos con las publicaciones de los emigrados, tal y como averiguó el gobierno inglés por las misivas enviadas a través de las oficinas postales, que interceptaba, copiaba, decodificaba y cerraba de nuevo, como hacía en París la *Bureau noir* de Lavalette[48].

Hawkesbury recordó a Otto una y otra vez que Inglaterra no podía hacer nada que restringiese «la libertad de prensa garantizada por la constitución del país», ante lo que Otto señaló que la Alien Act de 1793 recogía medidas para la deportación de escritores sediciosos extranjeros como Peltier[49]. Talleyrand añadió que la constitución inglesa, lejos de ser inmutable, no estaba escrita y que incluso el habeas corpus se había suspendido en varias ocasiones durante las Guerras Revolucionarias. Se ha afirmado que Napoleón fue demasiado autoritario como para entender el concepto de libertad de prensa, pero la disputa no atañía simplemente a la libertad o la represión, teniendo en cuenta que existían periódicos «ministeriales», propiedad de miembros del gobierno, e incluso el hermano del primer ministro, Hiley Addington, publicaba allí sus

artículos. Sabía también que Londres había sido el lugar de edición de libelos igual de virulentos contra Luis XV y Luis XVI, obra de opositores franceses[50].

Las diatribas de Peltier, Jacques Régnier, Nicolas Dutheil y otros, publicadas en Inglaterra, provocaron el resentimiento de Napoleón, que no podía aceptar que el gobierno inglés fuese ajeno a ellas ni incapaz de atajarlas, tal y como proclamaba. Publicó al menos cinco artículos sobre el caso de su puño y letra en el *Moniteur* y ofreció ideas para diversas viñetas políticas, que mandó dibujar y distribuir[51]. Tras el episodio del *ingenio infernal* estaba convencido de que era razonable esperar que una potencia supuestamente amistosa restringiese las incitaciones terroristas.

Napoleón tuvo la mala suerte de que su época en el poder coincidiese con el florecimiento de los primeros caricaturistas políticos en Inglaterra –James Gillray, Thomas Rowlandson y George Cruikshank– que se encuentran aún entre los mejores exponentes del género y que se apresuraron a hacer de él su víctima. Gillary combatió en la campaña de Flandes al duque de York y nunca vio a Napoleón, pero su imagen como alguien de corta estatura es casi obra exclusiva suya («Little Boney»). Aun así los caricaturistas ingleses nunca alcanzaron el nivel de odio puro logrado por el ruso Ivan Terebenev o el prusiano Johann Gottfried Schadow, por no hablar del bávaro Johann Michael Voltz, en cuya caricatura *El triunfo del año 1813*, la cabeza de Napoleón estaba compuesta de cadáveres[52]. Desde luego también aparecieron grabados bonapartistas a la venta en Londres, a un precio de media corona en 1801, un recordatorio de que también tenía admiradores ingleses[53]. En cualquier caso, la francofobia inglesa igualaba fácilmente a la anglofobia francesa. El mercado de las imágenes ofensivas de Napoleón era mucho más amplio que el de las positivas, y la obra canónica de las caricaturas y sátiras antinapoleónicas inglesas abarca dos volúmenes completos, incluso descontando las ilustraciones[54]. Al mismo tiempo, como observó un contemporáneo, el alto número de biografías de Napoleón publicadas después de 1797 suponía que «debían superarse unos a otros en la representación herodiana tanto de la enumeración maligna y resentida de sus rasgos como de la deformidad y depravación de su carácter moral»[55]. Además de los periódicos, las caricaturas, los libros e incluso las canciones de cuna, fue también la diana regular de las baladas, canciones y poemas ingleses. En una época en la que absolutamente todo se consideraba materia adecuada

para una oda –hubo una titulada «Sobre una anciana borracha que se ahogó accidentalmente durante un viaje en ferry»–, los supuestos crímenes de Napoleón avivaron una avalancha de poesías, ninguna digna de recuerdo[56].

Las objeciones de Napoleón contenían una gran dosis de hipocresía, teniendo en cuenta que el *Moniteur* ofendía al gobierno inglés prácticamente cada mes entre agosto de 1802 y marzo de 1803, comparándolo con los piratas de la Berbería y con el Satán de Milton[57]. Llegó a publicar incluso que, si el *ingenio infernal* hubiese tenido éxito, el terrorista *chouan* Georges Cadoudal habría recibido la Orden de la Jarretera como reconocimiento[58]. Las pretensiones de Napoleón de hacer que Cadoudal fuese deportado de Gran Bretaña a Canadá fueron infructuosas, pero como muestra de apoyo a la monarquía inglesa hizo expulsar a todos los Estuardo refugiados en Francia, a pesar de que la última rebelión jacobita se había producido 58 años antes[59].

Bajo presión francesa el fiscal general inglés, Spencer Perceval, acabó por determinar que Peltier –un hombre curioso, que cobraba un penique por asistir a un espectáculo en el que decapitaba a gansos y patos en sus jardines en una guillotina en miniatura de nogal– fuese juzgado por libelo criminal y su caso se dirimió en los tribunales reales el 21 de febrero de 1803. Se le declaró culpable por unanimidad tras una deliberación que duró un minuto, pero poco después de su encarcelamiento fue liberado y continuó satirizando a Napoleón con virulencia[60]. Después de que Peltier publicase la obra antinapoleónica del novelista gótico de terror Charles Nodier –que no había tomado la obvia precaución de emigrar antes–, este fue encarcelado durante unos meses en Saint-Pélagie[61].

Las sospechas de Napoleón de que la Paz de Amiens tendría una vida corta se confirman al leer las órdenes que impartió al general Mathieu Decaen, enviado a la India junto a cuatro lugartenientes y 1.800 marinos en marzo de 1803 para «parlamentar con los pueblos o príncipes más sometidos al yugo de la Compañía Inglesa [de las Indias Orientales]». Solicitó también a Decaen que le informase del número de fortalezas inglesas en la India y de las posibilidades de establecer allí un ejército francés, teniendo en cuenta que su país «no dominaría el mar», y por lo tanto «cabía esperar poca ayuda de importancia»[62]. Napoleón explicó a Decaen que, en caso de que la guerra estallase antes de septiembre de

1804, estaría «en posición de adquirir esa inmensa gloria que permanece en la memoria de los hombres durante siglos». Bordeaba así la delgada línea entre la grandeza y la grandilocuencia, pero las instrucciones que dio a Decaen mostraban que no esperaba que el tratado se rompiese con la prontitud con que lo hizo.

Napoleón ya había retomado su anglofobia habitual en septiembre de 1802; ese mismo mes escribió a su ministro del Interior para quejarse de que durante una visita de tres horas al Louvre había contemplado un tapiz gobelino del cerco de Calais por los ingleses en 1346. «Este tipo de objetos no deberían estar a la vista del público en París»[63]. El 28 de diciembre escribió a Talleyrand desde Saint-Cloud: «En lugar de estar en paz, parece que estamos en tregua… y toda la culpa es del gobierno británico»[64]. Las dificultades para que se cumpliese el tratado –las expediciones de Sébastiani y Decaen, la residencia continuada de Cadoudal en Londres, los periódicos de los emigrados, las compensaciones para el rey de Cerdeña y el príncipe Guillermo V de Orange, la independencia suiza, el incumplimiento de la evacuación de Holanda, Alejandría, Pondicherry, el cabo de Buena Esperanza y, especialmente, de Malta y el régimen aduanero francés– podrían haberse resuelto a base de confianza y buena voluntad, pero ambas faltaron en los dos bandos. Con su habitual sentido común –al menos en sus momentos de lucidez–, Jorge III describió la paz como algo «experimental», tal y como el gobierno británico la había contemplado siempre y que en el caso de Inglaterra pronto se calificó como fallida[65].

El 30 de enero de 1803 el *Moniteur* publicó el informe de Sébastiani sobre su gira por Levante, en el que afirmaba que se podía retomar Egipto con un contingente de menos de 10.000 soldados. La provocación era deliberada y el temor inglés a un desmembramiento francorruso del imperio Otomano renació. «Como nadie pensaba que Bonaparte hiciese nada sin un motivo», observó el consejero de Estado Pelet, «la conclusión era obvia»[66]. Napoleón se negó a debatir el informe con el embajador Whitworth y ni siquiera emitió un comunicado que lo aclarase, pero el simple hecho de que se publicase mostraba que se consideraba antes una herramienta diplomática que un plan de acción; si Napoleón estuviese sopesando volver a Egipto, no lo habría aireado en el *Moniteur*. Aunque en 1803 no pretendía volver a la guerra, tampoco estaba dispuesto a debilitar la posición de Francia para evitarla. «Cada día que pasa

hace que se desvanezca más la honda impresión de sus últimas derrotas y menoscaba el prestigio que hemos obtenido con nuestras victorias», adujo frente a un consejero de Estado. «El tiempo juega a su favor»[67].

El 9 de febrero los ingleses anunciaron la interrupción de las retiradas de tropas hasta que Francia «explicase satisfactoriamente» sus maniobras en Etruria, Suiza y el Levante. Nueve días después Napoleón se quejó ante Whitworth por Malta y Alejandría y por la ausencia de progresos en la represión de los ataques de la prensa contra él. «Unámonos en esto, en lugar de combatir», concluyó, abarcando todo aquello que amenazaba la paz, «y juntos decidiremos el futuro del mundo». Para Whitworth era pura retórica, pero esta misma manifestación, realizada por Napoleón ante el Zar Alejandro en Tilsit, mostraba que podía estar hablando en serio. Whitworth no contempló ni siquiera la posibilidad de debatirlo, y replicó sacando a colación la cuestión de Parma, el Piamonte y Suiza, que Napoleón desdeñó como meras «bagatelas». Cuando la guerra se reanudó, se acusó a Napoleón en Inglaterra de displicencia frente a estos pequeños países, pero al estudiarlo en el contexto de sus pretensiones –una alianza por la que el futuro del mundo se decidiese entre una Gran Bretaña con dominio en el mar y una Francia gobernando Europa–, estas observaciones adquieren todo su sentido[68]. Por otra parte debió de emplear un lenguaje sobreactuado en aquel momento, puede que calculadamente, porque Withworth contó a Addington: «Creía que estaba hablando con un capitán de dragones y no con el dirigente del estado más importante de Europa»[69].

El 20 de febrero Napoleón expuso ante la legislatura de París que, debido a «la abdicación del soberano y a los deseos del pueblo, la fuerza de los hechos ha situado al Piamonte bajo el dominio de Francia»[70]. Del mismo modo, afirmó, la soberanía de Suiza había sido violada para «abrir un acceso asequible y por tres vías a Italia». De un modo más amenazador se refirió a las tropas inglesas que aún ocupaban Malta y Alejandría, advirtiendo que el medio millón de tropas francesas estaban «preparadas para la defensa y la venganza»[71]. Al día siguiente Inglaterra cedió Ciudad del Cabo a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, pero ni el halago ni la amenaza les persuadirían de ceñirse a lo prometido sobre Malta y Alejandría.

El 25 de febrero la Dieta del Sacro Imperio Romano aprobó la Declaración

Final del Comité Imperial (*Reichsdeputationshauptschluss*) que hacía efectivos los términos de la Paz de Lunéville en Alemania. Como compensación a los príncipes y estados germánicos por las anexiones francesas en la ribera derecha del Rhin, Austria y el resto de estados importantes de Alemania debían «mediatizar» o racionalizar los más de doscientos estados germánicos hasta reducirlos a cuarenta, principalmente mediante la secularización de los territorios eclesiásticos y la unión de las ciudades «libres» e «imperiales» a sus territorios próximos; esta operación supuso la mayor transferencia de competencias y propiedades en Alemania hasta 1945, por la que más de 2.400.000 personas y 12.700.000 florines en impuestos cambiaron de manos. Fue el resultado de meses de regateo entre Talleyrand y los gobernantes, que se acabarían beneficiando de esta toma a gran escala de entidades más pequeñas y hasta entonces autogobernadas. Las que sobrevivieron recibieron posesiones mucho mayores al este del Rhin de las que habían tenido que ceder a Francia en el oeste. Por ejemplo, Baden recibió siete veces más, Prusia casi cinco, Hanover obtuvo la diócesis de Osnabrück a pesar de no haber tenido que ceder nada a Francia, y Austria también salió ganando. Württemberg perdió 30.000 habitantes, pero ganó otros 120.000, y entre 1803 y 1810 dobló su extensión a costa de otras 78 entidades políticas y de los caballeros imperiales suabos[72]. Prusia perdió 140.000 habitantes para ganar 600.000. El mapa de Alemania se simplificó mucho, a cambio de la extinción de centenares de pequeños estados de tradición secular, como el condado hereditario de Winneburg-Bilstein, que había pertenecido al padre del príncipe Klemens von Metternich.

Con la mente puesta en su héroe, Federico el Grande de Prusia, que constituyó su *Fürstenbund* (Liga de Príncipes) como barrera frente a Austria, Napoleón pretendía demostrar ante los recientemente expandidos estados alemanes que Francia era un freno tanto al poder de los Hohenzollern como al de los Habsburgo, fomentando las alianzas matrimoniales con Baviera, Baden y Württemberg como complemento de las estratégicas ya desarrolladas para cuando las hostilidades en Europa se reiniciaron, en 1805[73]. La princesa Augusta de Baviera, de 17 años, se convirtió en material susceptible de matrimonio para Eugène en julio de 1804; en abril de 1806 Stéphanie de Beauharnais, prima de Josefina por matrimonio, se casó con el príncipe Karl de Baden y en agosto de 1807 Jérôme se unió, a los 22 años, con la princesa

Catalina de Württemberg.

El 8 de marzo de 1803 Jorge III pronunció su Discurso anual, durante el que solicitó a los parlamentarios suministros de guerra y la movilización de la milicia, acusando a Francia de estar realizando preparativos militares en los puertos galos y holandeses, a pesar de haber recibido un despacho de Whitworth en el que se negaba ese extremo. Como el informe de Sébastiani, el discurso era antes una amenaza que una declaración de guerra. «Inglaterra no está dormida», escribió el día 11 al español Carlos IV, «siempre está alerta y no descansará hasta hacerse con todas las colonias y todo el comercio del mundo. Solo Francia puede impedirlo», a pesar de que para entonces Inglaterra ya se había desprendido de Martinica, Tobago, Santa Lucía y Menorca según los términos de Amiens[74].

Al ver a Withworth en las Tullerías el sábado 13 de marzo, Napoleón, según observó el embajador, «me abordó presa de una agitación evidente. Comenzó por preguntarme si tenía alguna noticia de Inglaterra», a lo que Whitworth respondió que había recibido varias cartas de Hawkesbury dos días antes[75].

> Napoleón: «Así que estáis decididos a entrar en guerra».
>
> Whitworth: «No, Primer Cónsul, somos demasiado conscientes de las ventajas de la paz».
>
> Napoleón: «Ya hemos estado 15 años en guerra».
>
> Whitworth: (tras un silencio) «Eso es demasiado tiempo».
>
> Napoleón: «Pero deseáis que vuelva a luchar otros 15 años y me obligáis a hacerlo».
>
> Whitworth: «Eso está muy lejos de las intenciones de Su Majestad».

Entonces Napoleón se aproximó a los embajadores de Rusia y España, el conde Markov y José Nicolás de Azara. «Inglaterra quiere la guerra –afirmó–, pero, si ellos son los primeros en desenvainar la espada, yo seré el último en devolverla a su funda. No respetan los tratados. De ahora en adelante se cubrirán con un crespón negro»[76]. Whitworth seguía explicando cómo a continuación Napoleón se dirigió de nuevo a él, «para mi disgusto, y retomó la conversación, si es que se le puede llamar así, abordándome de un modo que consideré personalmente civilizado». Volvió de nuevo al asunto en disputa:

> Napoleón: ¿Por qué ese armamento? ¿Contra quién se dirigen esas medidas preventivas? No tengo ni un bajel [en construcción] en puerto francés, pero, si vosotros os estáis armando, yo debo hacer lo mismo; si queréis combatir, yo también lo haré. Puede que asesinéis a Francia, pero no la intimidaréis.
>
> Whitworth: Nadie pretende hacerlo. Queremos llevarnos bien.
>
> Napoleón: ¡Entonces hay que respetar los tratados! Serán responsables de esto ante toda Europa[77].
>
> Whitworth añadió que Napoleón se encontraba «demasiado agitado como para que fuese recomendable prolongar la conversación; por tanto no respondí y se retiró a sus aposentos repitiendo la última frase»[78]. El intercambio fue presenciado por más de 200 personas y todas ellas, según Whitworth, «notaron lo extremadamente impropio de su conducta y la carencia absoluta de dignidad y de decencia en aquel momento».

¿Fue tan abominable lo que afirmó Napoleón? Alguien belicoso no se habría mostrado tan «agitado» como apareció el general: sería más propio de una persona realmente preocupada por la posible ruptura de la paz, debida además a un malentendido acerca del rearme en el mar. Se ha acusado a Napoleón de mostrarse amenazante y despectivo con Whitworth en esta ocasión, pero, aunque se ignoren el tono de voz o los gestos empleados, las palabras por sí solas no lo sostienen. Desde luego la acusación posterior de que Whitworth temía que Napoleón le golpease no fue lanzada por ningún testigo presencial, ni por el propio Whitworth y cabe achacarla a la propaganda británica[79]. Cuando se volvieron a encontrar el 4 de abril el flemático Whitworth afirmó: «Tengo multitud de motivos para estar satisfecho con su comportamiento hacia mí»[80].

Mientras la expedición hacia Santo Domingo seguía su rumbo, Decaen navegaba hacia la India y la reconstrucción económica de Francia proseguía, Napoleón no tenía motivos para desear la guerra en la primavera o el verano de 1803. Francia disponía de 42 buques, de los cuales solo 13 podían entrar en servicio de inmediato, por los 120 de la Royal Navy. Era consciente, sin embargo, de que debían estar alerta. «¿Cuál es el mejor modo, en la situación

actual y en caso de guerra marítima –preguntó a su ministro de Marina, el almirante Denis Decrès, el 13 de marzo– de causar el mayor daño al comercio de Inglaterra?»[81]. A través del brigadier Colbert, enviado al Zar Alejandro dos días después, Napoleón resumía su preocupación del momento, centrada en «trazar los mapas de los canales, abrir fábricas y ocuparme de lo relacionado con la educación pública»; sin embargo, «si se habla de la guerra con Inglaterra, dirás que la nación francesa no desea más que batirse el cobre contra ellos, a la vista de la antipatía existente»[82]. Como de costumbre, atendía a la vez a otros asuntos; indicó al jefe de policía de Rouen, al mes siguiente, que ordenase que dos mujeres detenidas fuesen expulsadas a 80 kilómetros de la ciudad y que se prohibiese a las prostitutas (*filles publiques*) aparecer en los palcos principales del teatro local[83].

El 23 de abril los británicos exigieron retener el dominio de Malta durante otros siete años, la cesión de la despoblada isla mediterránea de Lampedusa, a 100 kilómetros de Túnez, como base naval, la evacuación francesa de Holanda y el pago de una compensación a los sardos por el Piamonte. «Muéstrate frío, altanero, e incluso orgulloso», instruyó Napoleón a Talleyrand el 10 de mayo al explicarle cómo conducirse con Whitworth. «Si la “Nota” incluye la palabra ultimátum, hazle ver que esa palabra significa guerra… Si la nota no contiene la palabra, haz que la incluya, señalando que debemos saber en qué punto nos encontramos y que estamos cansados de este estado de incertidumbre… y que, una vez dado el ultimátum, todo está roto»[84]. En realidad Whitworth se limitó a pedir sus credenciales, la solicitud diplomática tradicional previa a la declaración de guerra. «Cuesta concebir cómo una nación tan sensata, grandiosa y potente puede asumir una declaración de guerra, que dará lugar a tantas calamidades», le explicó Napoleón al embajador mientras este dejaba París, «a causa de algo tan pequeño como una roca miserable»[85]. En el Brooks’s Club de Londres, el 6 de mayo, el 9º Conde de Thanet apostó con el 5º Barón sir Watkin Williams-Wynn, con el antiguo lord Mayor de Londres, Harvey Combe, diputado, y con el también diputado Humphrey Howarth, 50 guineas a que «las hostilidades entre Francia e Inglaterra no habrán empezado para dentro de un mes», una apuesta que perdió de largo[86].

Napoleón convocó a los siete miembros de la sección de exteriores del Consejo de Estado para debatir las demandas inglesas el 11 de mayo; de los

siete, solo Joseph y Talleyrand deseaban que las negociaciones prosiguiesen. Al día siguiente Whitworth abandonó París y el día 16 el general Andréossy, enviado francés a Londres, embarcó en Dover mientras Inglaterra emitía patentes de corso autorizando la captura de todo barco francés hallado en aguas y puertos ingleses[87]. «Es manifiesto que Bonaparte aún ansía la paz», escribió el confidente y mentor de William Pitt, el conde de Malmesbury, al día siguiente, «y teme la guerra, y en este momento albergo mis dudas sobre si no terminará por aceptar nuestra propuesta, por lo que la guerra se evitará o se pospondrá, pero no se perderá en ningún caso»[88]. Tras el derrumbe de Amiens, Whitworth dijo a Malmesbury que «los efectos de la guerra pronto se sentirán con fuerza en Francia, de tal modo que provocarán un gran rechazo y desafección; esto sacudirá el poder de Bonaparte, porque el ejército no le es tan leal como antaño. Si le confía un ejército a Moreau, este se arriesgará a actuar en su contra»[89]. En lo que respecta al menos a esta premonición, Whitworth se equivocó de cabo a rabo.

Para evitar el riesgo, en realidad inexistente, de que Napoleón aceptase sus demandas, Inglaterra declaró formalmente la guerra el 18 de mayo de 1803. Napoleón respondió encarcelando a todos los británicos en edad militar residentes en suelo francés, muchos de los cuales fueron intercambiados a continuación, mientras algunos permanecieron bajo arresto domiciliario durante los próximos diez años[90]. Su mensaje al Senado el 20 de mayo fue pura propaganda, porque afirmaba que la Paz de Amiens en Inglaterra «estuvo sometida a la mayor censura; se presentó como algo letal para Gran Bretaña, porque no era desastrosa para Francia… ¡qué vano ejercicio de odio!»[91]. Dos días más tarde ordenó a Decrès que construyese el prototipo de una gabarra de suelo plano, que pudiese transportar un cañón y un centenar de hombres a través del Canal, y que encargase a Cambacérès, a Lebrun y a Talleyrand que encontrasen a alguna persona que pudiese sufragar individualmente su botadura, a cambio de bautizarla con su nombre[92]. Mientras tanto Denon forjó una medalla de bronce para conmemorar la ruptura de Amiens, con un leopardo –el animal que tradicionalmente servía para representar a Inglaterra, aunque fuese algo laudatorio– destrozando el tratado con los dientes.

Aunque con el Tratado de San Ildefonso Napoleón había prometido a España

que no vendería Louisiana a una tercera potencia, decidió ignorarlo en adelante. El mismo día que Whitworth retiró sus credenciales en París, al otro lado del Atlántico el presidente Thomas Jefferson firmó la Compra de Louisiana, doblando con su rúbrica el tamaño de Estados Unidos. Los americanos pagaron a Francia 80 millones de francos por un territorio de 2.266.000 km^2. que abarca hoy todos o parte de trece estados, desde el golfo de México, a través del Medio Oeste, hasta la frontera canadiense, por menos de cuatro céntimos el acre[93]. «La falta de resolución y las deliberaciones ya no están sobre la mesa», escribió Napoleón a Talleyrand. «Renuncio a Louisiana. No solo cedo Nueva Orleans; cedo toda la colonia, sin reservas; conozco el precio de lo que abandono… Renuncio a ello con el mayor pesar; pretender retenerlo obstinadamente sería estúpido»[94].

Tras la debacle de Santo Domingo y la ruptura de Amiens, Napoleón determinó que su mayor posesión y –en el futuro inmediato– la más inservible, podría llevar a Francia a la confrontación con Estados Unidos. En su lugar, al ayudar a la expansión continental de los norteamericanos enriqueciendo de paso al tesoro francés, Napoleón pudo profetizar: «Acabo de dar a Inglaterra un rival marítimo que antes o después acabará por humillarla»[95]. Antes de que transcurriese una década Estados Unidos se enfrentaba a Inglaterra, en lugar de hacerlo con Francia, y la guerra de 1812 ocuparía a tropas inglesas hasta febrero de 1815, que de otro modo podían haber estado presentes en Waterloo.

El encargado de las negociaciones fue el ministro del Tesoro François Barbé-Marbois, en parte porque había residido en Estados Unidos, estaba casado con una americana y conocía a Jefferson, pero también porque Napoleón sospechaba que, si se asignaba esta función a Talleyrand, que se había opuesto inicialmente al tratado, este exigiría el inevitable soborno por parte de lo norteamericanos[96]. Joseph y Lucien suplicaron a Napoleón que no cerrase la venta, e incluso amenazaron con oponerse en público. Lucien observó cómo Napoleón, con medio cuerpo fuera de la bañera, advertía a sus hermanos de que no toleraría ninguna oposición y menos aún un debate en la cámara legislativa. A continuación se dejó caer de nuevo en el agua, con tal fuerza que empapó a Joseph[97]. Iracundo por su oposición, destrozó también una cajita de tabaco con un retrato de Josefina.

Cuando Robert Livingston, uno de los plenipotenciarios norteamericanos,

solicitó a los negociadores franceses que precisasen hasta dónde se extendían por el noroeste los territorios adquiridos –teniendo en cuenta que muy pocos europeos y desde luego ningún cartógrafo, había hollado aquella zona–, obtuvo como respuesta que todo lo que Francia hubiese comprado a España en 1800; fuera de eso, no podían precisar. «Si no existen aún zonas oscuras –aconsejó Napoleón–, puede que sea una buena política extender ahora una»[98]. El acuerdo se selló tras tres semanas de arduo regateo con Livingston y su compañero en la negociación, James Monroe, en París, con el telón de fondo del Tratado de Amiens cada vez más ensombrecido, y se firmó solo unos pocos días antes de la reanudación de la guerra. La transacción se realizó con la mediación de los banqueros anglo-holandeses Barrings Brothers y Hopes, que compraron Louisiana a Francia y se la vendieron a Estados Unidos por 11,25 millones de dólares en bonos americanos al 6%, lo que supuso que el gobierno norteamericano no tuvo que aportar el capital en el acto[99]. Por lo tanto Barings aportaba a Napoleón 2 millones de francos mensuales, incluso mientras Inglaterra estaba en guerra con Francia. Cuando el primer ministro Henry Addington solicitó al banco que cortase los pagos, Barings aceptó, pero Hopes, residente en Europa, continuó con las aportaciones con el respaldo de su socio, por lo que Napoleón siguió cobrando y los banqueros ganaron casi 3 millones de dólares con la venta.

«Hemos vivido mucho», afirmó Livingston tras la firma del acuerdo, «pero este es el empeño más noble de todas nuestras vidas. El tratado que acabamos de rubricar no se ha obtenido a base de artimañas, ni ha sido impuesto por la fuerza; igual de ventajoso para ambas partes, trasformará amplias bastedades en distritos florecientes. Desde hoy Estados Unidos ocupa su lugar entre la potencias de primer orden»[100].

---

[*] El general sir Charles Napier, prisionero de guerra en Francia, denunció «la idea de encerrar a soldados honorables… en las mazmorras de barcos durante años, un castigo peor que los infligidos a los felones más infames… [que]

deshonra al gobierno actual, y ofrece un gran contraste con el tratamiento honorable que reciben los prisioneros ingleses en Francia, por orden del emperador Napoleón» (*Life in Napoleon's Army*, Blaze, p. 66).

[**] Tras la Paz de Amiens los bonos consolidados franceses al 5% subieron de 48 a 53 francos, mientras los ingleses al 3% pasaban de los 66 a los 79 francos, a pesar de prometer una tasa de retorno menor (*Napoleon*, Lefebvre, p. 132).

[***] El *Annual Registrer* describió a Josefina como «lasciva casi desde la cuna, siendo pervertida a los 13 años por dos sirvientes de su madre, uno negro y otro mulato, de los que se quedó embarazada». Según esta publicación, fundada por Edmund Burke, Josefina supuestamente había dado a luz a un mulato mientras estaba casada con Beauharnais, y Napoleón «estaba decidido a casar al Papa con su madre» (*Annual Register*, 1809, p. 342).

15. CORONACIÓN

Debemos mostrar a los Borbones que los golpes que propinan a los demás recaerán sobre sus propias cabezas.

Napoleón al duque d'Enghien

Estamos aquí para guiar a la opinión pública, no para debatir con ella.

Napoleón al Consejo de Estado, 1804

Tras la declaración de guerra del 18 de mayo los eventos se sucedieron con rapidez. A finales de mes Francia invadió el ancestral electorado de Jorge III en Hanover y Napoleón ordenó al general Édouard Mortier, que había sido educado en el Colegio Inglés de Douai y cuya madre era inglesa, que talase árboles de sus bosques para construir las gabarras de suelo plano necesarias para la invasión de Gran Bretaña[1]. Como respuesta la Royal Navy bloqueó la entrada del Elba y el Weser alemanes; Nelson cercó Toulon en julio y en septiembre Inglaterra ya había retomado Santa Lucía, Tobago, Berbice, Demerara y Essequibo. Mientras tanto Napoleón envió al destacado soldado –y artista frustrado–, el general Laurent de Gouvion Saint-Cyr, cuyo desapego le había ganado entre sus soldados el sobrenombre de «Búho», para acuartelarse en Taranto, Brindisi y Otranto, en Italia, violando así el tratado franco-napolitano firmado en 1801 y a pesar de la vigorosa protesta rusa.

En junio Napoleón ordenó construir cinco grandes campamentos para la invasión en Brest, Bolonia, Montreuil, Brujas y Utrecht. El campo de Brujas se transfirió después a Ambleteuse, cerca de Boulogne, y pronto alcanzó los 15 kilómetros en la costa, completados con huertas. «Estoy asentado en medio del campamento, al borde del océano», escribió Napoleón a Cambacérès desde su cuartel general en Pont de Briques el 5 de noviembre, «y desde aquí se puede

medir de un vistazo con facilidad la distancia que nos separa de Inglaterra»[2].

Los campamentos de apoyo para la caballería y las tropas de reserva se establecieron en Saint-Omer, Compiègne, Arras, Étaples, Vimereaux, París y Amiens. El Ejército de Inglaterra absorbió a los soldados del Oeste y de la Vendée y fue renombrado como Ejército de las Costas Oceánicas. En enero de 1804 ya contaba con 70.000 hombres y en marzo eran 120.000[3]. Napoleón afirmó después que solo pretendía atemorizar a Gran Bretaña, calmar a Austria y entrenar a sus tropas, sin ninguna intención invasora. Un sinsentido. La obra en cinco tomos del capitán Édouard Desbrière, *Projets et tentatives de débarquement aux îles Britanniques*, publicada entre 1900 y 1902, exponía a lo largo de más de 2.636 páginas el lugar preciso en el que debía desembarcar cada semibrigada, y a pesar de los errores de imprenta que denominaban «Frey-Harock» a Grays-Thurrock y «Green-hill» a Greenhithe, mostraba claramente que Napoleón no estaba interpretando un papel[4]. Mandó publicar libros y artículos acerca de las invasiones con éxito de Inglaterra desde la época de Julio César, comenzó a referirse a Gran Bretaña como Cartago, colgó en el Louvre el tapiz de Bayeaux, y solicitó a Denon que diseñase una medalla con la leyenda «El hundimiento de Inglaterra», en la que un semidesnudo Napoleón derrotaba a un tritón, mientras en el reverso se leía: «Dado en Londres, 1804»[5].

Tanto las ingentes obras acometidas en los canales, que permitían la comunicación interna entre Nantes, Holanda, Amberes, Cherburgo, Brest y Rochefort, como la expansión de los muelles de Flushing, que posibilitaban que la flota holandesas se hiciese al mar en solo 24 horas, apuntaban a la seriedad de sus pretensiones[6]. Lo mismo ocurre con la voluminosa y detallada correspondencia que mantuvo con sus almirantes y generales. Entre 1803 y 1804 Napoleón escribió 553 veces a Berthier y 236 al almirante Decrès[7]. Cuando el general Nicolas Jean de Dieu Soult, al mando en Saint-Omer (77 cartas), le informó de que era imposible embarcar a todo el ejército en un día, Napoleón objetó: «¡Imposible, señor! No estoy acostumbrado a esa palabra; no existe en el idioma francés, bórrala de tu diccionario»[8].

El 23 de diciembre de 1804 Berthier elaboró una lista de las unidades que componían lo que él y Napoleón denominaban en privado *l’armée d’expédition d’Angleterre*. Constaba de 79.000 soldados de infantería, 17.600 de caballería, con 15.000 monturas, 4.700 de artillería, 4.600 carreteros y 7.800 civiles, una

cantidad indeterminada de *caïques*, de los que cada uno transportaba 20 soldados, 2.000 cartuchos, 200 raciones, 10 botellas de *eau de vie* y una pierna de carnero, y un gran número de barcas de pesca armadas[9]. El consejero de Estado Pelet fijó el tamaño de la flotilla en 250 balandros con tres cañones cada uno, 650 navíos y pinazas con un cañón, diversas gabarras de seis cañones y 750 carruajes con artillería[10]. En su apogeo la flota contaba con más de 1.831 embarcaciones de todo tipo y 167.000 soldados[11].

El fondo plano de la mayoría de las embarcaciones, cuyo máximo calado, cargados, era de 1,80 metros, suponía que podían fondear en una playa, pero a pesar de que casi todos estaban equipados para la primavera de 1804, era frecuente que hiciesen agua; además la navegación sin viento de popa era difícil y en el Canal las corrientes de sureste son poco habituales[12]. Por otra parte había que mover a remo las pinazas a no ser que fuesen a la vuelta de la esquina, por lo que los 35 kilómetros de navegación agotarían a las tropas. A pesar de que se había planeado un ataque nocturno, las noches de 8 horas solo se daban en otoño e invierno y entonces el clima era desfavorable para las embarcaciones de fondo plano[13]. La estrechez del Canal lo hacía impredecible; existían acertadas razones logísticas para que Inglaterra no hubiese sido invadida desde el siglo XV, y entonces fue por tierra desde Gales. A principios del XIX poseía la flota más numerosa, mejor entrenada y mejor dirigida del mundo.

Napoleón estaba decidido. El 30 de julio de 1804 aseguró al general Brune que «solo esperamos al viento favorable para plantar el águila imperial en la Torre de Londres. Solo el tiempo y el destino nos dirán lo que pueda ocurrir»[14]. En las giras de inspección de los campamentos, que se podían prolongar durante más de 25 días, comprobaba desde las fortificaciones hasta las disposiciones en materia sanitaria, pero disfrutaba especialmente de la conversación con la tropa. «Se mezclaba entre ellos con libertad –observó un ayudante–, deteniéndose en cada uno de los detalles acerca de su comodidad, otorgando juiciosamente las alabanzas, los favores y las felicitaciones por los avances, provocando así el mayor entusiasmo»[15]. El 22 de julio escribió al ministro de Marina para quejarse de que, a causa del retraso en los pagos, los obreros de los puertos del Canal se habían visto obligados a vender los botones de plata de sus uniformes. «Bajo ningún concepto deben sufrir ellos las consecuencias –insistió–; pase lo que pase, los obreros tienen que cobrar»[16].

Debían, asimismo, beber. Al escribir acerca de las viviendas que se debían requisar para el aprovisionamiento de la fuerza invasora en la zona de Boulogne, exigió a Decrès: «Asegúrate de que hay bodegas para el vino». Añadió después que la invasión de Inglaterra requeriría 150.000 litros de coñac[17].

Napoleón comenzó las negociaciones con los dirigentes de los United Irishmen en París en agosto, confiando en que 20.000 rebeldes de aquel país acabarían uniéndose al ejército francés si desembarcaba en Irlanda[18]. Deseaba que nutriesen el destacamento de 117 guías e intérpretes precisos en Inglaterra y diseñó para ellos un uniforme «con guerrera verde, como la de los dragones, con forro rojo, revestida en escarlata y con botones blancos», hasta el color de las espuelas, y precisó que contarían con dos tamborileros[19]. Esta obsesión por el control hasta el detalle alcanzó hasta la orden de emplazar un busto de mármol del héroe naval del siglo XVII, Jean Bart, en el ayuntamiento de su ciudad natal, Dunquerque, para fomentar el orgullo por las hazañas navales galas.

Como de costumbre, Napoleón necesitaba para su alimento intelectual algo más que la guerra y la política. El 1 de octubre agradeció al doctor norteamericano Benjamin Thomson, residente en París, su disertación sobre la conservación de la temperatura y apuntó:

> La superficie rugosa de los cuerpos sin pulir es montañosa en comparación con la atenuación extrema de las moléculas caloríficas; su superficie total es mucho más extensa que la del mismo cuerpo cuando se ha pulido y, teniendo en cuenta el área de superficie empleada para determinar la cantidad de calorías emitidas o recibidas, se concluye que su cantidad debe ser mayor, y por lo tanto las variaciones de temperatura deberían ser más rápidas en un cuerpo sin pulir que en uno pulido. Son ideas que ya había formulado yo, confirmadas por tu artículo. Solo mediante muchos experimentos, realizados con precisión, para alcanzar la verdad… se avanza gradualmente y se llega a las teorías más sencillas, útiles para cualquier forma de vida[20].

Solo la última frase bastaría para confirmar a Napoleón como un producto de la Ilustración.

También su vida amorosa fue muy activa en esta época. Parece probable que tuviese una amante en la región de Boulogne, porque escribió a una tal «Madame F» mientras permanecía allí a principios de noviembre, prometiéndole encontrarse en la próxima ocasión, «seré de nuevo el guardián, si quieres; pero esta vez no permitiré que nadie más se haga cargo de acompañarte en el viaje a la isla de Citera». Esta isla era el hogar de Afrodita, diosa del amor, y no se dirigió a ningún otro de los destinatarios de sus cartas de entonces solo con una inicial. Se acostaba también con la doncella de Chaptal, Marie Thérèse Bourgoin, actriz en la Comedia Francesa, para gran disgusto de Chaptal.

¿Lo sabía Josefina? En noviembre de 1804 replicó a una carta suya que motejó de «triste» así: «La buena, la tierna Josefina no puede ser borrada de mi corazón más que por la propia Josefina, si se desanima, o se vuelve irritable y pesada. Mi vida se compone de muchos sufrimientos; solo un hogar dulce y agradable, libre de toda pena, puede hacer que los afronte»[21]. Sin embargo en enero escribió enviando «mil recuerdos amables a la pequeña prima», informando además de que Eugène «corteja a todas las mujeres de Boulogne y eso no es bueno para él»[22].

Los principales almirantes franceses –Ganteaume, Eustache Bruix, Laurent Truguet, Pierre de Villeneuve, así como Decrès– se opusieron en la medida de sus posibilidades a la expedición inglesa, abrumados por los dos escuadrones de 30 navíos permanentemente emplazados en el Canal. El oficial más capacitado de todo el mando, Louis Latouche Tréville, había estado enfermo desde su estancia en Santo Domingo y murió en agosto de 1804; su sustituto, Bruix, murió de tuberculosis en marzo de 1805. Tanto Napoleón como sus colaboradores más cercanos sabían que sería imposible enviar a un ejército numeroso en una sola oleada y un ataque por sorpresa a través de la niebla también parecía arriesgado. Luis XIV había preparado la invasión de Inglaterra en 1692, Luis XVI había trazado planes en 1779 y el propio Napoleón había estudiado las posibilidades entre 1797 y 1798. De todas las estrategias, la mejor parecía ser engañar a la Royal Navy para alejarla de la costa sur de Inglaterra durante el tiempo suficiente como para cruzar el Canal. Pero la sola idea de que el Almirantazgo londinense pudiese caer en la estratagema de dejar desguarnecido el Canal, aunque fuese un solo día, se antojaba caprichosa.

Napoleón escribió a Ganteaume el 23 de noviembre de 1804 preguntándole acerca de la flota de 300 chalupas armadas *chaloupes cannonières*, 500 buques *bateaux cannoniers* y 500 lanchas que confiaba en tener disponibles en breve. «¿Crees que serán capaces de llevarnos hasta las costas de Albión? Pueden trasportar 100.000 hombres. Ocho horas de oscuridad a nuestro favor decidirán la suerte del universo»[23]. Al día siguiente solicitó a Chaptal que hiciese componer varias canciones con motivo de la «invasión de Inglaterra», una de ellas con la melodía de «*Le Chant du Départ*»[24]. A mediados de diciembre decretó que los brigadieres podrían tomar cuatro sirvientes en Inglaterra, mientras los coroneles solo podrían tener dos[*]. «Todo aquí es hermoso y reconfortante», escribió a Joseph. «Adoro la bella y buena Normandía. Es la Francia real»[25]. Un año después, el 12 de noviembre de 1804, escribió a Augereau desde Boulogne: «He permanecido aquí diez días y tengo razones para creer que alcanzaré la meta que Europa espera. Tenemos seis siglos de ofensas que vengar»[26]. Cuatro días después dijo a Cambacérès que podía distinguir «las casas y los movimientos» en las costas inglesas, desde los acantilados de Ambleteuse, definiendo a continuación el Canal como «una zanja que atravesaremos cuando tengamos la audacia de intentarlo»[27].

El 24 de enero de 1804 ordenó a su agente doble, Mehée de la Touche, que filtrase al enviado inglés en Munich, Francis Drake, la información de que «los preparativos en Boulogne son una falsa exhibición que, a pesar de ser costosa, es menor de lo que podría aparecer a simple vista; las lanchas se han construido de tal modo que se pueden convertir en bajeles mercantes, etc., etc.; el Primer Cónsul es tan taimado y considera su posición demasiado firme como para intentar una doble operación que implicaría a gran número de tropas»[28]. En las mismas fechas Napoleón intentó incluso que el Papa apoyase la operación, refiriéndose a la «intolerable… opresión» contra los católicos irlandeses. No hubo respuestas por parte de Roma[29].

Una década después, durante el exilio en Elba, Napoleón se refirió abierta y frecuentemente a sus planes para la invasión, afirmando que todo lo que habría precisado eran tres o cuatro días de superioridad numérica en el Canal para proteger a su flota. «Como tendría que marchar de inmediato sobre Londres, prefería desembarcar en la costa de Kent», rememoró más tarde refiriéndose a sí mismo, «pero esto dependería del viento y el clima»[30]. Afirmó que confiaría

en los pilotos y almirantes para determinar el lugar de desembarco de los 100.000 hombres, a los que a continuación seguirían la artillería y la caballería. Estaba convencido de poder «alcanzar Londres en tres días», momento exacto en el que Nelson estaría de vuelta de las Indias Occidentales tras la persecución de otra flotilla francesa, demasiado tarde para salvar a su país[31].

En el caso de que Napoleón hubiese tenido éxito en su desembarco, el regreso de Nelson habría acabado con cualquier posibilidad de obtener refuerzos y suministros, y una tropa de 100.000 hombres no era suficiente para conquistar a 17 millones de británicos expectantes, muchos de ellos armados aunque fuese de modo improvisado. Gran Bretaña se había preparado a conciencia para repeler cualquier invasión a partir de 1803; las ciudades del sur albergaban tropas, los faros estaban alerta, las provisiones se amontonaban en los depósitos locales en plazas como Fullham, Brentford y Staines, y se conocían los pormenores de todos los posibles lugares de desembarco, desde Cornualles hasta Escocia. Entre 1805 y 1808 se habían levantado las 73 pequeñas torres «Martello» en la costa sur, Londres contaba con parapetos defensivos, y unos 600.000 hombres, entre el 11 y el 14% del censo masculino adulto, estaban alistados en el ejército o la marina a finales de 1804, además de los 85.000 de la milicia[32].

En las primeras horas del 23 de agosto de 1803 el capitán John Wesley Wright, oficial de inteligencia de la Royal Navy, condujo en secreto el desembarco de Georges Cadoudal, el doctor Querelle y unos pocos *chouans* más en Biville, Normandía[**]. Wright había combatido junto a los *chouans* en la década de 1790 y escapó de la prisión del Temple tras ser encarcelado; había espiado a los franceses durante la campaña siria disfrazado de árabe, participando además en otras operaciones clandestinas similares[33].

Fouché y Napoleón –que insistía siempre en analizar la información de los servicios secretos en bruto para no tener que depender de otros a la hora de interpretarla– fueron informados de la presencia de Querelle y de un cómplice llamado Troche. «O estoy muy equivocado», afirmó Napoleón de Querelle, «o este sabe algo»[34]. Cuando se capturó a uno de los conspiradores, Danouville, en uno de los puntos de desembarco establecidos por Wright, este se ahorcó en su celda, suscitando que uno de los asistentes de Napoleón, Philippe de Ségur, comentase que el hecho «confirmaba la seriedad del complot pero no arrojaba

ninguna luz sobre él»[35].

El siguiente desembarco organizado por Wright fue el de Charles Pichegru, antiguo instructor en Brienne, héroe de la guerra revolucionaria y jacobino devenido realista, junto con otros siete compañeros de conspiración, el 16 de enero de 1804 en Biville, para regresar después al castillo de Walmer en Kent, sede de la inteligencia naval británica[36]. Wright operaba bajo el mando del almirante lord Keith, comandante en jefe de la flota del mar del norte, que a su vez dependía del almirante conde Saint Vicent, primer lord del Almirantazgo. Las órdenes recibidas por Saint Vicent de lord Hawkesbury sostenían que era «de la mayor importancia que el capitán Wright pueda moverse con la más absoluta libertad». Otros documentos, incluido el que emitió Keith especificando que Wright «está ocupado en un servicio secreto y delicado», conectan íntimamente al gobierno británico con la conspiración de Cadoudal, en ambos casos al más alto nivel[37]. Existen aún más pruebas de la participación directa del gobierno inglés en la conspiración para asesinar a Napoleón en 1804, reflejadas en varias cartas; entre otras, la primera, escrita el 22 de junio de 1804, de un tal Walter Spencer a lord Castlereagh, veterano ministro inglés, en la que reclama la devolución de 150 libras para él y 1.000 para Michelle de Bonneuil, conspiradora realista que operaba bajo distintas identidades y de la que se sabe que se reunió con el conde de Artois, hermano de Luis XVIII –futuro rey Carlos X–, en Edimburgo durante la paz de Amiens. Spencer indicaba que el pago se había adelantado «en relación con una intriga política planeada por lord Castlereagh para secuestrar a Bonaparte en 1803», coordinado por Liston, delegado británico en La Haya[38]. Las conspiraciones para «secuestrar» a Napoleón en la época eran tapaderas nítidas para referirse a su asesinato. A pesar de que en este intercambio nada incriminaba directamente al gobierno –tal y como podría esperarse–, George Holford, el miembro del parlamento más cercano políticamente a Castlereagh, escribió a Spencer diciendo que, si «se hubiese tomado la molestia de visitar Downing Street, su Señoría le habría recibido para hablarlo». Algo así no podría haber ocurrido de ser Spencer un don nadie.

El 28 de enero Pichegru se reunió con el general Moreau, quien en apariencia se condujo con ambigüedad sobre el complot y cuyo descuido a la hora de advertir a las autoridades le convirtió en cómplice. Esperaba para ver qué

acababa sucediendo; la nación podía acabar volviéndose hacia él como vencedor de Hohenlinden, en caso de que Napoleón fuese «secuestrado». Ante el general Thiébault ya había descrito a Napoleón cómo «el soldado más ambicioso que haya existido nunca», cuyo régimen suponía «el fin de todos nuestros esfuerzos, todas las esperanzas, toda la gloria»[39].

El arresto de un agente secreto británico llamado Courson el 29 de enero facilitó a Fouché completar el puzzle del complot. Un oficial de la inteligencia francesa, de nombre capitán Rosey, se las ingenió para persuadir a Spencer Smith, delegado inglés en Stuttgart, y a su hermano Sidney, de que era el ayuda de campo de un general disidente galo, consiguiendo con ese engaño valiosa información, una vez obtenida la confianza de Smith[40]. Fouché hizo saber a Napoleón, gracias a su red de espías en Londres, que Pichegru había cenado con un ministro inglés en Kensington tres días antes de abandonar Francia, y que Moreau estaba relacionado con los conspiradores. El asombro de Napoleón fue sincero. «¡Moreau!», gritó. «¡Cómo, Moreau en un complot así!». Ordenó, tan pronto como se cercioró de que Pichegru sí que estaba en Francia, que se arrestase al general. «Nada puede igualarse a la profunda estupidez de este complot», escribió al amigo y antiguo jefe del estado mayor de Moreau, el general Jean Joseph Dessolle, al mando en Hanover, «excepto su maldad. El corazón humano es un abismo imposible de predecir; la mira más penetrante no puede desentrañarlo»[41].

Las guardias se incrementaron con celeridad a las puertas de París, y se les ordenó que buscasen al alto y fornido Cadoudal; las Tullerías y Malmaison entraron en estado de alerta y se cambiaron las contraseñas; el doctor Querelle fue capturado y conducido a la prisión de Abbaye en la capital[42]. Tras ser amenazado con la guillotina desveló el lugar en el que se ocultaba Cadoudal su *maison de confiance*, la posada Cloche d’Or. Mientras tanto Savary, que dirigía una unidad separada de la policía secreta designada por Napoleón para que Fouché no acumulase demasiado poder en sus manos, se dirigió a Biville con la misión de interceptar a Wright. Louis Picot, sirviente de Cadoudal, fue arrestado en el Cloche d’Or el 8 de febrero. Confesó, tras ser sometido al llamado «aplastapulgares», e informó a la policía del refugio de Cadoudal en Chaillot, cerca de Passy, pero este tampoco se encontraba allí. Su lugarteniente, Bouvet de Lozier, que sí que estaba presente, trató de colgarse, pero tras ser «reavivado y

vuelto a su miseria» confirmó la implicación de Pichegru y Moreau en el complot[43].

El 15 de febrero Moreau fue arrestado a las 8 de la mañana en el puente de Charenton y conducido a la prisión del Temple[44]. Al día siguiente Napoleón ordenó el arresto de los generales Jean Jacques Liébert y Joseph Souham por su cercanía a Moreau, aunque ambos fueron exonerados y reintegrados a sus puestos. El día 19 comentó a Soult que la policía había incautado 15 caballos y uniformes que se pretendían emplear durante el asalto a su persona en la carretera entre París y Malmaison, añadiendo flemático: «No deberíais dar a los asuntos de París más importancia de la que se merecen»[45]. Escribió a Melzi: «Nunca he estado en peligro, porque la policía mantiene vigiladas todas las maquinaciones»[46].

Pichegru se defendió a puñetazos contra los tres gendarmes que fueron a arrestarle mientras dormía en la calle Chabanais en el 2º Distrito, la noche del 26 de febrero[47]. «La pelea fue seria», observó Ségur, «y solo terminó con la presión violenta sobre la parte más delicada de su cuerpo, que le dejó inconsciente»[48]. Al día siguiente se informó a Napoleón de los primeros indicios que apuntaban a una posible implicación del duque d'Enghien.

El apuesto treintañero Louis de Bourbon Condé, duque d'Enghien, era descendiente directo de Luis XIII y sobrino nieto del príncipe de Condé, comandante del ejército de emigrados de Valmy. Tras la confesión de uno de los conspiradores, que reveló que todo el mundo se ponía en pie cuando uno de los dirigentes entraba en la habitación, Fouché determinó que d'Enghien era el único príncipe Borbón que encajaba con la descripción física y que residía además lo suficientemente cerca de Francia como para asistir al encuentro. Fue un error trágico, basado solo en pruebas circunstanciales.

Hasta una fecha tan tardía como el 12 de marzo Napoleón estuvo convencido de que Charles François Dumoriez, general francés que había derrotado a los austriacos en 1793, se había encontrado con d'Enghien en su domicilio de Ettenheim, a escasos 20 kilómetros de la frontera francesa en Baden. «¿Por qué no me dijiste –afirmó Ségur que preguntó Napoleón al jefe de policía Réal– que el duque d'Enghien se encontraba solo a 4 ligas [20 kilómetros] de mi frontera? ¿Soy un perro para que me maten en la calle? ¿Son mis asesinos sagrados? ¿Por qué no se me advirtió que se estaban reuniendo en Ettenheim? Se ataca a mi

propia persona. Es el momento de que devuelva golpe por golpe. La cabeza del máximo culpable de entre ellos expiará por esto»[49].

Fouché –que dijo a Napoleón que «el aire está repleto de puñales»– se autoconvenció de que d'Enghien estaba detrás de la conspiración, como hizo Talleyrand basándose en las mismas evidencias endebles[50].

Finalmente se atrapó a Cadoudal a las 7 de la mañana del 9 de marzo en la plaza del Odeón, no sin que antes hiriese a un gendarme en una persecución en carruaje y después a otro. Napoleón dijo a Davout dos horas después que la noticia de la captura había «provocado una alegría conmovedora en el pueblo»[51]. Cadoudal admitió sinceramente haber viajado a París para asesinar a Napoleón, pero no mencionó a d'Enghien.

Al día siguiente Napoleón convocó una reunión en las Tullerías a la que asistieron Talleyrand, Fouché, Cambacérès, Lebrun y Regnier, en la que acordaron secuestrar a d'Enghien. Mucho más tarde Napoleón adujo que había sido Talleyrand el que le había persuadido de adoptar esa medida, algo que Cambacérès sostiene también en sus memorias del año 1828[52][***]. Napoleón advirtió a Berthier de su decisión y escogió a su jefe de caballerizas, el general Armand de Caulaincourt, para supervisar la operación desde Offenburg, y a su propio comandante de granaderos a caballo de la Guardia Consular, el general Michel Ordener –«un hombre que solo sabía obedecer», según Cambacérès– para ejecutarla. «Esto se está convirtiendo en una broma», dijo Napoleón a Savary el 12 de marzo. «Venir desde Ettenheim a París para organizar un asesinato y creerse seguro solo por encontrase más allá del Rhin. Sería un estúpido si lo consintiese»[53]. A continuación se dirigió a Malmaison y permaneció allí hasta la mañana del día 20.

A las 5 de la mañana del jueves 15 de marzo de 1804 Ordener y un destacamento de dragones secuestraron al duque d'Enghien en su domicilio de Ettenheim, llevándole junto con su perro, sus documentos y los 2.300.000 francos de la caja fuerte a la fortaleza de Estrasburgo[54]. No había rastro de Dumouriez, cuyo nombre –como se supo poco después– había surgido por un malentendido. Mientras tanto Caulaincourt se dirigió a Carlsruhe para presentar una nota de Talleyrand al duque de Baden que explicaba el porqué de la violación de la soberanía de Baden. La mañana del 18 de marzo Napoleón narró

a Josefina lo ocurrido, ante su desacuerdo y la súplica de que no ejecutase a d'Enghien, tanto para proteger la reputación de Napoleón cuanto por sus latentes simpatías realistas, o la lástima por d'Enghien[55]. La respuesta fue que no entendía de política y no atendió su súplica[****].

A la mañana siguiente Napoleón supo, a través de un correo desde Alsacia, que los papeles de d'Enghien no mostraban ninguna prueba de su complicidad con la conspiración de Cadoudal, pero sí que atestiguaban que el duque se había ofrecido para incorporarse al ejército inglés, que cobraba grandes sumas de dinero de Londres, que proporcionaba también a otros emigrados, y que confiaba en unirse a Austria si esta invadía Francia[56]. Había mantenido también correspondencia con William Wickham, de la Oficina de Extranjería, con el servicio secreto británico en Londres y con Spencer Smith en Stuttgart[57]. «Son pocos los meses en los que no recibo desde la orilla izquierda peticiones de nuestros antiguos compañeros de armas», había revelado en una de sus cartas, «soldados y oficiales por igual, con empleo o sin él, que esperan solo que se les indique el punto de reunión y la orden de partida para venir y traer a sus amigos con ellos»[58]. En septiembre de 1803 prometió encabezar un golpe legitimista realista y antirrevolucionario en Alsacia de ser asesinado Napoleón: «espero, anhelo, pero no sé nada». Así pues, aunque no estuviese al corriente del complot de Cadoudal-Pichegru, sí estaba en disposición para entrar en acción. Una base poco consistente para hacer que le ejecutasen, a no ser que se quisiese enviar un despiadado mensaje a Luis XVIII para que se abstuviese de planear más complots.

«Nada hay inmaculado en la sangre de los legitimistas», afirmó Napoleón en aquel momento[59]. La tarde del 18 de marzo de 1804 indicó a Murat, como gobernador de París, que convocase una corte marcial. Murat replicó, o al menos eso dijo más tarde, que no quería tomar parte en lo que de hecho iba a ser una ejecución judicial[60]. Todo el incidente está repleto de declaraciones, respuestas, señalamientos y excusas, porque nadie quiso responsabilizarse de lo ocurrido después. Talleyrand acusó a Savary y viceversa; Caulaincourt afirmó no conocer que d'Enghien iba a ser ejecutado. Solo Napoleón, sobre el que desde luego recae la responsabilidad última, sostuvo después que fue la actuación correcta, aludiendo al derecho a la defensa propia y afirmando sobre los Borbones: «Mi sangre, al fin y al cabo, no está hecha de barro; era el momento

de mostrar que era igual a la suya»[61]. Desde Elba justificó sus actos «con el fundamento de que [d'Enghien] se había envuelto en una conspiración para la traición y había viajado de incógnito dos veces a Estrasburgo»[62].

Napoleón regresó a las Tullerías la mañana del martes 20 de marzo. Disputó con Murat, amenazándole con enviarle de vuelta a su hacienda en Quercy, tras lo que este accedió a convocar el tribunal militar. A continuación se dirigió a Malmaison, donde Talleyrand le acompañó en su paseo vespertino por el parque[63]. Joseph llegó poco después y a las 3 de la tarde un mensajero les informó de que d'Enghien ya estaba camino de Le Donjon, la intimidante torre de 50 metros del castillo de Vincennes, la más alta de Europa y en la que Mirabeau, Diderot, el marqués de Sade y Mata Hari fueron encarcelados en épocas diversas. Alcanzó su destino a las 5.30 y Napoleón envió a Murat un mensaje con Savary para asegurarse de que «el asunto» quedase liquidado aquella misma noche. El mismo Napoleón redactó las 11 preguntas que el jefe de policía Réal debía plantear al detenido –«¿Has tomado las armas contra tu país? ¿Estás a sueldo de Inglaterra? ¿Ofreciste tus servicios a Inglaterra para luchar contra el general Mortier en Hanover? ¿Te ofreciste para reclutar una legión de desertores del ejército de la República?» y otras–, a las que el duque respondió con honestidad, sin tratar de evitar la incriminación[64]. El presidente del tribunal militar fue el general Pierre Augustin Hulin, captor de la Bastilla en 1789 y comandante después de los granaderos de la Guardia Consular. También él sostuvo más tarde que pensaba que d'Enghien sería finalmente indultado.

Fue una leve pantomima de juicio, representada a las 2 de la mañana del miércoles 21 de marzo, durante la que d'Enghien afirmó frente a Hulin y otros cinco coroneles que residía en Ettenhem por su pasión deportiva. También «declaró con franqueza que estaba dispuesto a luchar contra Francia de común acuerdo con Inglaterra, pero rechazó haber tenido ninguna relación con Pichegru y se congratuló por ello»[65]. La ley del 25 Brumario, Año III, Título 5, Sección 1, Artículo 7, recogía que «todo emigrado que tome las armas contra Francia será arrestado, tanto en Francia como en cualquier otro país hostil o conquistado y juzgado en el plazo de 24 horas». D'Enghien había admitido estar a sueldo de Londres y haber tomado las armas contra Francia, ambos delitos capitales para un francés. De no haberlo reconocido las grandes sumas de dinero halladas en su caja fuerte le habrían condenado igualmente.

D’Enghien fue conducido después, según Ségur, «con rapidez al foso del castillo, donde fue fusilado y enterrado en una tumba ya excavada»[66]. Sus últimas palabras fueron: «¡Debo morir, pues, a manos francesas!», un comentario sobre lo obvio, excusable teniendo en cuenta las circunstancias[67]. Su perro pasó a ser propiedad de Gustavo IV de Suecia, con un collar en el que se leía: «Pertenezco [sic] al infeliz duque d’Enghien»[68].

Aquella misma tarde se organizó una recepción en Malmaison para celebrar la proclamación del Código Civil, que remarcaba con claridad la doble condición de Napoleón como dictador inflexible y legislador inspirado. Cuando se hizo pública la ejecución de d’Enghien, una impactada Europa evocó de forma casi unánime la inclinación corsa por la *vendetta*, y Pelet observó que los parisinos temían que Napoleón hubiese «caído en la senda maligna» de Robespierre[69]. Los liberales de toda Europa empezaron a cambiar su percepción sobre Napoleón; este fue el momento en el que René de Chateubriand y Benjamin Constant se volvieron contra él. En respuesta a la protesta rusa por la ejecución, Napoleón ordenó a su embajador en San Petersburgo, el general d’Hédouville, que retirase sus credenciales, cosa que hizo el 7 de junio, iniciando una época de deterioro de las relaciones franco-rusas que desembocaría finalmente en la guerra[70]. La cínica observación acerca del fusilamiento de d’Enghien –«Fue algo peor que un crimen: una metedura de pata»– se ha atribuido con frecuencia, erróneamente, a Talleyrand, pero, tanto si fue Fouché su autor como si fue Boulay de la Meurthe, el caso es que fue certera. Todos eran conscientes, excepto el Primer Cónsul.

Tras regresar a París el 23 de marzo Napoleón reconoció tácitamente la impopularidad de sus actos. Se «arrojó» sobre su sillón en el Consejo de Estado «con el ceño fruncido» y afirmó: «Los habitantes de París… son un hatajo de tarugos [*un ramas de badauds*] que se creen las noticias más absurdas». Añadió después que la opinión pública «tenía caprichos que debemos aprender a desdeñar»[71]. Prosiguió haciéndose eco –seguramente de forma inconsciente– de la reina Isabel I: «No indago en el corazón de los hombres para descubrir sus aflicciones secretas». Aludió a la escasa reacción del duque de Baden, a la expulsión de los Estuardo por Luis XIV tras el Tratado de Utrecht, a los agentes rusos y a su ira hacia el *Journal de Paris* por haber publicado detalles de la «conspiración» de d’Enghien demasiado pronto. «Napoleón se interrumpía con

frecuencia mientras se atropellaba de este modo –observó Pelet–, porque evidentemente se sentía obligado a justificarse, pero no sabía a qué atenerse, de ahí la vaguedad de sus expresiones y su falta de coherencia»[72]. Después de que terminase de hablar nadie más lo hizo y, en opinión de Pelet, «ese silencio fue muy significativo». Napoleón abandonó el salón y la reunión terminó.

Tras la misa dominical Ségur observó que el grupo de gente arremolinado en torno a Napoleón «le escuchaba con atenta curiosidad, con actitud abatida y avergonzada, en su mayoría con un silencio de desaprobación». Como consecuencia «su conducta seria y altanera, aunque al principio se mostró expansiva, se fue volviendo más y más sombría y reservada»[73]. Puede que d'Enghien no hubiese tenido funeral, pero parece que sí que tuvo velatorio.

La mañana del 6 de abril Charles Pichegru fue hallado muerto en su celda. Según el *Moniteur* había estado leyendo la narración de Séneca del suicidio de Catón, y la página por la que quedó abierto el libro recogía esta cita: «El que conspira no debe temer a la muerte»[74]. La explicación oficial fue que se había ahorcado, «con un palo en torno al cual había enrollado su corbata de seda»[75]. Se ha acusado muchas veces a Napoleón de ordenar el asesinato con escasa distancia respecto al de d'Enghien, e incluso se ha afirmado que envió a cuatro mamelucos para completar el trabajo, fusilados al día siguiente[76]. Talleyrand, siempre listo para la ocurrencia, afirmó del deceso de Pichegru: «Fue muy repentino y muy oportuno»[77]. No existe, sin embargo, prueba, ni tan siquiera circunstancial, de la implicación del Cónsul; de hecho sus partidarios afirmaron que, tras la debacle de d'Enghien, deseaba por encima de todo tener la oportunidad de que se demostrase públicamente la culpabilidad de Pichegru en un juicio abierto y con un castigo igualmente público, por lo que no tenía nada que ganar con su asesinato.

Al mes siguiente Napoleón obtuvo la satisfacción de saber que el capitán Wright había sido capturado tras un combate de dos horas posterior a la detención de su velero frente al puerto de Navalo en Bretaña. Después de ser reconocido por un oficial francés que había servido en la campaña siria, fue enviado de nuevo a la cárcel del Temple, de donde se había fugado dos años antes. El 27 de octubre de 1805, quince meses después de la muerte de Pichegru, el cadáver de Wright apareció en su celda con la garganta rajada. Sir Sidney Smith, que investigó la muerte diez años después, afirmó que había sido

asesinado, pero las autoridades proclamaron nuevamente que se había tratado de un suicidio. Años después Napoleón afirmó que desconocía la existencia del capitán Wright hasta que lord Ebrinton se lo mencionó el año anterior en Elba, y explicó que era de un rango demasiado inferior del suyo como para «atribuirle importancia a su muerte»[78]. El hecho es que Napoleón escribió al almirante Federico Gravina, embajador español, para expresarle su satisfacción por la captura de Wright, observando: «Corresponde a la posteridad estampar el sello de la infamia en lord Hawkesbury y en aquellos hombres, tan vulgares como para adoptar el asesinato y el crimen como métodos de guerra»[79]. No significa que estuviese mintiendo; envió decenas de miles de cartas en los años intermedios y puede que hubiese olvidado el hecho. Aun así el argumento de que alguien pudiese ser de un rango «demasiado inferior» como para atraer su atención es poco convincente. Tan solo un mes después de la muerte de Wright, Napoleón escribió a su ministro de Asuntos Religiosos ordenándole que transmitiese «su desagrado con M. Robert, sacerdote de Brujas, que pronunció un sermón muy malo el 15 de agosto»[80].

Las muertes de d'Enghein, Pichegru y Wright han sido expuestas como prueba concluyente de que Napoleón fue un gobernante vengativo, pero se trata en gran medida de una ficción añadida a los hechos reales. El asesinato judicial de d'Enghien fue una crueldad desmedida y un acto mal calculado de autodefensa, mientras que de los otros dos no se puede probar que fuesen asesinatos y, menos aún, ordenados por Napoleón. Los prisioneros en trance de ser condenados a muerte, en el caso de Pichegru, o encarcelados durante una guerra prolongada en el de Wright, sucumben a la depresión, aunque las circunstancias en ambos casos también puedan apuntar hacia otra dirección[*****]. La explicación más probable es que un subordinado con exceso de celo, como Fouché o Savary, ejecutase lo que pensaba que correspondía a los deseos de Napoleón, como ocurrió, por ejemplo, con los caballeros de Enrique II cuando asesinaron a Thomas Becket. La fecha del juicio de Cadoudal, Moreau y el resto de conspiradores se fijó para junio.

Poco después del fracaso del complot de Cadoudal, Napoleón afirmó frente al Consejo: «Buscan destruir la Revolución atacando a mi persona. La defenderé, porque yo soy la Revolución»[81]. Lo creía sinceramente y hasta

cierto punto era cierto, pero ese fue el momento preciso en el que el giro desde el republicanismo proclamado por la Revolución se hizo más visible. Pocos días después de la muerte del duque d'Enghien el Senado emitió un mensaje de felicitación a Napoleón que sugería, en palabras de Fouché, que podrían ser precisas «otras instituciones» para acabar con las esperanzas de futuros conspiradores[82]. «Hombre admirable», le urgió zalamero, «termina tu trabajo; hazlo tan inmortal como tu propia gloria»[83]. El único modo de hacer «inmortal» su trabajo pasaba por crear «otra institución» que asegurase su legado y garantizase la estabilidad del Estado en caso de que un posible asesino acabase por tener éxito. Existía la sensación de que la incertidumbre acerca de la sucesión alimentaba las conspiraciones.

El 28 de marzo Napoleón indicó al Consejo que «esta materia merece la mayor de las atenciones, aunque por su parte no desee nada; está totalmente satisfecho con su suerte pero su tarea incluía también considerar la suerte de Francia y lo que el futuro pudiera depararle». Había sometido a revisión su antigua estimación de la legitimidad de los monarcas. «El principio hereditario por sí mismo podría prevenir una contrarrevolución», añadió con espíritu similar[84]. Al poco tiempo se sucedieron las peticiones desde diversos departamentos que solicitaban a Napoleón que tomase la corona. Los periódicos comenzaron a publicar artículos alabando las instituciones monárquicas y panfletos de inspiración oficial, como las *Réflexions sur l'hérédité du pouvoir souverain* de Jean Chas, sugerían que el modo más adecuado de desarticular las conspiraciones era fundar una dinastía napoleónica[85].

Para finales de marzo la campaña, cuidadosamente orquestada, había tenido tal éxito que el Consejo de Estado ya debatía cuál podría ser el título más adecuado para Napoleón: «¡Nadie sugirió que se le llamase Rey!», observó Pelet. En su lugar se debatieron términos como «cónsul», «príncipe» o «emperador». Los dos primeros sonaban demasiado modestos, pero para Pelet el Consejo presentía que «el de emperador era demasiado ambicioso»[86]. Ségur, cuyo padre, el conde homónimo, asistió a la reunión y se convertiría más tarde en el maestro de ceremonias imperial, afirmó que 27 de los 38 consejeros de Estado aprobaron que Napoleón se adjudicase algún tipo de título hereditario. Cuando el presidente del comité les consultó, todos ellos convinieron que el título de «emperador era el único adecuado para él y para Francia»[87].

Napoleón señaló al actor Talma, presente en la reunión; «Estamos hablando ahora como si esto fuese una charla, ¡pero estamos haciendo historia!»[88].

Llegado el momento en el que Napoleón estaba preparado para proclamarse emperador, muchos de los generales republicanos que se le podrían haber opuesto habían desaparecido: Hoche, Kléber y Joubert, fallecidos; Dumouriez, exiliado; Pichegru y Moreau, a punto de ser juzgados por traición. Solo Jourdan, Augereau, Bernadotte y Brune sobrevivían y pronto serían aplacados con la concesión de bastones de mariscal. La explicación que dio a Soult Napoleón –«Hay que acabar con las esperanzas de los Borbones»– no era, ni por asomo, la más completa; deseaba también dirigirse a Francisco de Austria y a Alejandro de Rusia como a iguales y puede que también a Augusto, a Adriano y a Constantino[89]. Francia era un imperio *de facto* en 1804 y Napoleón se limitaba a reconocerlo *de jure*, como haría, por ejemplo, la reina Victoria respecto al Imperio Británico en 1877. Asombra descubrir el escaso número de franceses que se opuso a la vuelta de una monarquía hereditaria tan solo 11 años después de la ejecución de Luis XVI, y a esos pocos se les prometió la oportunidad de votar en contra en plebiscito.

El 10 de mayo de 1804 William Pitt el Joven retomó su cargo como primer ministro, reemplazando al trémulo gobierno de Addison, y decidido a embarcarse en una tercera coalición contra Francia, para lo que estaba dispuesto a invertir más de 2,5 millones de libras, contando además con sumar a Rusia y a Austria a sus fuerzas[90]. Ocho días después se proclamó oficialmente emperador a Napoleón en una ceremonia de 15 minutos en Saint Cloud, en la que Joseph fue designado Gran Elector y Luis, Condestable de Francia. A partir de aquel momento adoptaría una retórica en cierto modo enrevesada y en apariencia contradictoria: «Napoleón, por la gracia de Dios y la Constitución de la República, Emperador de los franceses»[91]. Durante la cena posterior reflexionó amargamente acerca de cómo su familia disputaba acerca del botín obtenido: «Desde luego, escuchando a mis hermanas, se pensaría que he sido negligente con la herencia de nuestro padre, el fallecido rey»[92].

Se estableció que, en caso de que Napoleón falleciese sin dejar heredero, la corona recayese sobre Joseph y luego sobre Louis, separando a Lucien y a Jérôme de la línea de sucesión por haber contraído matrimonio contra la voluntad de su hermano. Este último había provocado la ira de Napoleón porque,

mientras servía en la armada francesa, abandonó las filas en la costa americana, en diciembre de 1803, para casarse después con una bella heredera de Baltimore, Elizabeth Patterson, en lugar de regresar a Europa para unirse dinásticamente. Bonaparte hizo todo lo que estuvo en su mano para acabar con ese matrimonio, incluida la reclamación al Papa para que declarase nula la unión y la indicación a sus oficiales de que «dijesen públicamente que no reconozco el matrimonio de un joven de 19 años, contraído contra las leyes de su país»[93]. Todos sus hermanos, a excepción de Louis, se habían casado por amor como él mismo, algo inútil para los intereses de Francia.

«Mero instrumento de mi destino, no debo nada a mis hermanos», reconoció al embajador francés en Estados Unidos Louis Pichon el 20 de abril, porfiando en encontrar un modo de anular el enlace de Jérôme. También dijo a Cambacérès: «no fue más matrimonio que el que pudiera haber entre dos amantes unidos en un jardín, frente al altar del amor, en presencia de la luna y las estrellas»[94]. El Papa no estaba de acuerdo y declaró esa unión indisoluble, a pesar de lo cual Napoleón siguió refiriéndose a Elizabeth como la «amante» de Jérôme y «la mujer con la que vive» e incluso amenazó con arrestarle en abril de 1805[95]. Un mes después Jérôme cedió, se reincorporó a la armada y renegó de su esposa, embarazada. Elizabeth huyó a Londres, dio a luz a un hijo y regresó a Estados Unidos, donde fue acogida por la familia de su padre. A su debido tiempo su sobrino nieto se convertiría en Fiscal General.

Napoleón reprendió con dureza a Pauline por sus infidelidades en Roma. «No cuentes con mi ayuda», le advirtió, «si a tu edad te dejas llevar por los malos consejos»[96]. Y añadió, refiriéndose a su marido el príncipe Camillo Borghese: «Si discutes con él será culpa tuya y se te cerrarán las puertas de Francia»[97]. Ordenó a su tío, el cardenal Fesch, que explicase a la banal –pero desde luego atractiva– joven de 33 años «de mi parte que ya no es hermosa y que lo será mucho menos en pocos años y… no debería permitirse esos malos modos que reprueba el buen tono». A pesar de las advertencias la relación con su marido se fue deteriorando y nunca pudo perdonarle la muerte por fiebres de su hijo de seis años Dermide Leclerc ese mismo agosto[98].

El día después de su proclamación Napoleón designó cuatro «Mariscales del Imperio» honorarios y catorce en activo. Estos últimos fueron Alexandre

Berthier, Joachim Murat, Adrien Moncey, Jean-Baptiste Jourdan, André Masséna, Pierre Augereau, Jean-Baptiste Bernadotte, Nicolas Soult, Guillame Brune, Jean Lannes, Édouard Mortier, Michel Ney, Louis-Nicolas Davout y Jean-Baptiste Bessières[******]. Añadió además a otros ocho entre 1807 y 1815. El mariscalato no era un rango militar, sino honorífico, pensado para premiar lo que más tarde Napoleón denominaría «el fuego sagrado», y por supuesto para incentivar al resto del escalafón[99]. Acompañaba al título un bastón de plata y terciopelo tachonado de águilas de oro en una caja de cuero rojo, y suponía la consideración de su portador como uno de los 14 mejores comandantes militares de Francia a ojos de Napoleón[*******]. No todos se mostraron impresionados; cuando los colaboradores de Masséna le felicitaron, este resopló: «¡Somos catorce!». Masséna fue afortunado por recibir el bastón tras haber votado en contra del Consulado Vitalicio y haber criticado el juicio pendiente contra Moreau, pero su capacidad militar era innegable[100]. Davout también lo recibió, a pesar de no haber comandado ninguna división en combate, aunque sí que lo hizo en la Guardia Consular; de haber vivido su cuñado, el general Leclerc, en la primera promoción, es posible que no lo hubiese obtenido[101]. Marmont manifestó sus celos por no haber sido uno de los primeros 18 y a Junot no se le consideró digno de consideración como mariscal – y en ocasiones ni siquiera como militar.

Napoleón garantizó el equilibrio de siete a siete entre los Ejércitos del Rhin y de Italia, que se mantuvo más o menos con la incorporación de Victor, Marmont y Suchet por la zona italiana y Macdonald, Oudinot, Saint-Cyr y Grouchy por la germana. Por el Ejército del Sambre y el Meuse fueron designados Mortier y Soult; a pesar de que Napoleón no les conocía bien, desde luego eran soldados capaces y Soult destacaba como comandante independiente. Se dio también un intento de equilibrio político; Brune contentaba a los jacobinos, Jourdan y Moncey habían dirigido contingentes republicanos notables. Bernadotte era cuñado de Joseph, pero también disidente de un régimen al que Napoleón quería sujetarle con firmeza.

Se extendió el dicho de que cada soldado portaba un bastón de mariscal en su mochila y el origen de clase obrera de muchos de ellos sirvió de recordatorio. Diez de ellos habían ido escalando en el escalafón, entre los cuales uno era hijo de un tonelero Ney, otro de un curtidor Saint-Cyr, de un alguacil Victor, de un

cervecero Oudinot, de un campesino enriquecido Mortier, de un molinero Lefebvre, de un tabernero Murat, de un mayordomo Augereau y de un tendero Masséna[102]. Solo el príncipe Józef Poniatowski y el marqués de Grouchy, que obtuvieron el bastón en 1813 y 1815, respectivamente, procedían de la aristocracia, aunque también Pérignon, Macdonald, Marmont, Berthier y Davout eran vástagos de la nobleza del Antiguo Régimen[103]. Séurier acostumbraba a alardear de que su padre ostentaba «un nombramiento real», que a la postre se descubrió que se reducía a un puesto de cazador de topos en los establos reales de Lâon[104]. Fuese cual fuese su origen social, Napoleón se dirigía a todos los mariscales en su correspondencia como «*Mon cousin*», al igual que hacían Cambacérès y otros altos dignatarios imperiales[********].

Los mariscales obtenían también títulos como el de Príncipe de Ponte Corvo (Bernadotte), el de Príncipe de Neufchâtel (Berthier), el de Duque de Istria (Bessières) y el de Príncipe de Eckmühl (Davout). Además de títulos y bastones Napoleón concedió dotaciones –regalos en metálico– a sus mariscales, en algunos casos, enormes. De los 36 mariscales definitivos, 24 recibieron dotaciones, excepto los criptorrepublicanos Brune y Jourdan, que no lo hicieron, a pesar de que el primero fuese nombrado conde[105]. La misma desigualdad en la distribución de las dotaciones a lo largo de los años evidenció el favoritismo de Napoleón. Los cuatro mariscales principales –Berthier con 1 millón de francos, Mássena con 933.000, Davout con 817.000 y Ney con 729.000– percibieron más de la mitad de un total de 6 millones de francos. Los siguientes cuatro –Soult, Bessières, Lanes y Bernadotte– obtuvieron entre 200.000 y 300.000 francos cada uno. El resto recibieron menos de 200.000 y Saint Cyr, al que Napoleón estimaba como soldado pero no personalmente, solo llegó a los 30.211[106].

Además de fundar la institución del mariscalato, el 18 de mayo de 1804 Napoleón constituyó formalmente la Guardia Imperial, una amalgama de la Guardia Consular y la unidad que custodiaba al Cuerpo Legislativo. Se componía de mandos, infantería, caballería y miembros de la artillería, a los que se sumaban zapadores y marinos. Más tarde se dividiría entre la Vieja Guardia, de veteranos, la Guardia Media, de soldados que combatieron en las campañas de 1807 a 1809, y la Joven Guardia, seleccionados entre los jóvenes de cada leva anual. Este cuerpo de élite pujante sumaba 8.000 hombres en 1804, pero en 1812

ya eran 100.000; la Guardia Imperial era consciente de su superioridad sobre los regimientos regulares y Napoleón la empleó con frecuencia a modo de reserva estratégica, que solo se desplegaba en el campo de batalla en momentos críticos, si es que lo hacía. Eran considerados como el cuerpo con la moral más elevada de todo el ejército, pero también eso contribuyó a que se granjearan el resentimiento del resto de la Grande Armée, que opinaba con razón que Napoleón les trataba con favoritismo y se mofaba de su apodo, «los Inmortales», atribuyéndolo a la protección que les dispensaba el emperador.

El magno juicio contra la conspiración Moreau-Cadaudal de junio de 1804 fue una chapuza en manos de las autoridades. Las pruebas contra Moreau, aún considerado el héroe más popular de Francia después de Napoleón, se basaban fundamentalmente en elementos circunstanciales y testimoniales, porque en sus escritos jamás se halló nada incriminatorio. Se dirigió de modo conmovedor al tribunal especial de jueces civiles y admitió que los conspiradores «le habían propuesto, como es bien sabido, ponerse a la cabeza de un movimiento popular, como el del 18 Brumario», pero alegó haberlo rechazado por considerar que, aunque era capaz de dirigir ejércitos, «no deseaba dirigir la república en sí»[107]. El tribunal, compuesto bajo una legislación de emergencia, presenció escenas de genuina simpatía popular hacia Moreau y, para gran enfado de Napoleón, le sentenció con la menor pena posible, dos años de cárcel, que el general conmutó por el exilio en Estados Unidos. Cuando madame Moreau visitó a Napoleón en busca de una reducción de condena, este exclamó: «¡Los jueces no me han dejado nada que reducir!»[108]. El antiguo lugarteniente de Moreau en Alemania, el general Claude Lecourbe, que le había estrechado la mano en público durante el juicio, fue convocado poco después a las Tullerías, donde Napoleón le espetó al encontrarse con él: «¿Cómo te atreves a manchar mi palacio con tu presencia?»[109].

Mientras otras 21 personas eran exoneradas, cuatro, además de Moreau, sufrieron penas de cárcel, y Cadoudal y otros 19 participantes –entre los que se encontraba uno de los aristocráticos hermanos Polignac– fueron condenados a muerte[110]. Dos semanas después, tras la partida de Moreau rumbo a Filadelfia, Napoleón conmutó algunas de las penas capitales, como la de Bouvet de Lozier, Polignac y la de otro aristócrata, el marqués de Rivière. El resto, Picot incluido,

fueron guillotinados en la Plaza de Grève el 25 de junio en la única ceremonia de ejecución masiva durante el reinado de Napoleón[111]. Murat se enfureció al saber que la sentencia de Armand de Polignac había sido conmutada, en su opinión por cuestiones de clase, aunque puede que también influyese el hecho de que hubiese coincidido en Brienne con Napoleón. «Hemos logrado más de lo que pretendíamos», señaló Cadoudal camino del patíbulo. «Vinimos para darle un rey a Francia; hemos acabado dándole un emperador»[112]. Insistió en ser ejecutado el primero para acallar el rumor entre sus compañeros de que había aceptado el perdón, que se le concedería tras la ejecución del resto.

El 12 de junio de 1804 el nuevo Consejo Imperial, básicamente el antiguo Consejo de Estado, se reunió en Saint Cloud para decidir cómo debería desarrollarse la ceremonia de coronación de Napoleón. Reims, lugar tradicional de coronación de los reyes franceses, los Campos de Marte propuestos por la posibilidad de que el clima fuese adverso y Aix-la-Chapelle por su relación con Carlomagno, se contemplaron brevemente antes de decantarse por Notre Dame. La fecha del 2 de diciembre se fijó de mutuo acuerdo entre Napoleón, que deseaba que fuese el 9 de noviembre, quinto aniversario del golpe de Brumario, y el Papa, que apuntaba al día de Navidad, fecha de la coronación de Carlomagno en el año 800 d. C.[113]. A continuación el Consejo debatió la insignia heráldica y el emblema oficial del Imperio, para el que el comité especial de Crétet propuso de forma unánime un gallo joven, símbolo de la antigua Galia, aunque, en caso de que no fuese aceptado, el águila, el león, el elefante, la égida de Minerva, la hoja de roble y la mazorca contaban con sus partidarios. Lebrun llegó a sugerir que se retomase la flor de lis borbónica[114]. Miot denunció con acierto la «imbecilidad» de la propuesta y en su lugar sugirió a un Napoleón entronizado como emblema.

«El gallo pertenece al corral –afirmó Napoleón–, y es una criatura demasiado débil». El conde de Ségur apostó por el león por su supuesta capacidad para acabar con los leopardos, y Jean Laumond se inclinó por el elefante, una bestia real que según la –falsa– creencia popular no podía doblar la rodilla. Cambacérès apuntó hacia la abeja, que contaba con una jefatura poderosa aunque fuese una reina, y el general Lacuée añadió que además podía aguijonear y elaborar miel. Denon sugirió el águila, pero en ese caso el problema era que

Austria, Prusia, los Estados Unidos y Polonia ya estaban representadas por esa ave. No hubo votación, y Napoleón escogió el león; pasaron después al debate sobre los lemas, para decidir curiosamente que se mantuviesen las palabras «República Francesa», que se conservarían hasta 1809. Poco después del término del encuentro, Napoleón cambió de opinión y se decantó por el águila con las alas desplegadas, basándose en que «afirmaba la dignidad imperial y recordaba a Carlomagno»[115]. También resonaba el Impero Romano en ella.

Insatisfecho con un solo símbolo, Napoleón escogió también la abeja como emblema personal y familiar, reproduciéndola a partir de entonces en alfombras, cortinas, vestidos, sillones, blasones, bastones, libros y otros elementos de la parafernalia imperial. Símbolo de inmortalidad y regeneración, cientos de pequeñas abejas doradas y granates, o puede que cigarras –incluso águilas mal dibujadas–, se hallaron en 1653 al abrir la tumba del rey Childerico I de Francia, del siglo V, padre de Clovis, en Tournai[116]. Al apropiarse de las abejas de Childerico, Napoleón conectaba conscientemente la casa Bonaparte con la antigua dinastía merovingia, fundadora de la soberanía francesa.

El resultado del plebiscito para el establecimiento de un imperio hereditario se desveló el 7 de agosto[117]. Cuando el ministro del Interior, Portalis, mostró a Napoleón los votos afirmativos entre las fuerzas armadas –120.032 en el ejército y 16.224 en la armada–, este se limitó a tomar una pluma y sustituir los primeros por 400.000 y los segundos por 50.000, dejando los votos negativos a cero[118]. En cualquier caso el resultado final –3.572.329 a favor y 2.579 en contra– sumaba 80.000 votos menos por el sí que el plebiscito para el Consulado Vitalicio[119]. Aunque está probado que se despidió a algunos oficiales por votar no, en general fueron readmitidos más tarde y uno de ellos, el general Solignac, alcanzó el puesto de comandante de división tras rogar personalmente al Emperador cuatro años después «que se le permitiese tener el honor de marchar a España a compartir los honores y peligros del ejército»[120].

El 14 de julio de 1804 los restos de los grandes mariscales galos Vauban y Turenne se trasladaron a los Inválidos. Napoleón escogió aquella ocasión para otorgar las primeras condecoraciones de una nueva orden francesa, la *Légion d’Honneur*, en premio al mérito en el servicio al país, sin consideración por el origen social. Las primeras medallas eran cruces sencillas de cinco puntas

blancas esmaltadas con una banda roja, pero conllevaban también estipendios financieros acordes con el escalafón dentro de cada organización. Las quince cohortes de la orden incluían grandes oficiales, comandantes, oficiales y legionarios y cada cual recibía 200.000 francos para su distribución anual entre sus merecedores.

Desde la izquierda algunas voces protestaron, porque la reintroducción de honores violaba en lo fundamental el concepto revolucionario de igualdad social. Moreau se había mofado antaño de un intento previo de Napoleón por emplear de nuevo los honores, concediendo a su cocinero «la orden de la sartén». En el ejército, sin embargo, la *Légion* tuvo un éxito inmediato. Resulta imposible calcular cuántos actos de valor se acometieron, al menos en parte, con la esperanza de obtener «la cruz», como se denominaba universalmente. Napoleón eligió «*Honneur et Patrie*» como lema, bordando esta expresión en todos los estandartes franceses[121]. Para los soldados las medallas, promociones, pensiones y reconocimientos surgidos directamente de Napoleón fueron mucho más valiosos que el antiguo concepto revolucionario de sacrificio por el bien común, que los jacobinos habían tratado de inocular entre las filas de la «República de la Virtud» en la década de 1790[122].

La inclusión de civiles en la *Légion* fue deliberada; toda la sociedad podía obtener ese honor si imitaba las virtudes militares, especialmente la lealtad y la obediencia. Napoleón se convirtió en su gran maestro, pero rechazó el nombramiento del general Matthieu Dumas, que había contribuido a la creación de la orden, como gran canciller, «para acabar con la noción de que hubiera preferencia militar». En su lugar eligió al naturalista, senador y vicepresidente del Instituto, Bernard Lacépède[123]. De las 38.000 personas que recibieron las *rubans rouges* bandas rojas con Napoleón, 34.000 (el 89%) fueron soldados o marinos, pero intelectuales como Laplace, Monge, Berthollet y Chaptal también la obtuvieron, así como algunos prefectos y varios de los juristas involucrados en la redacción del Código. Napoleón fundó también la *Maison d'Éducation de la Légion d'Honneur* en Saint Denis, una excelente escuela secundaria que proporcionaba educación gratuita para las hijas de los receptores de la medalla que hubiesen muerto en acto de servicio y que aún existe, al igual que un liceo de la Legión en Saint-Germain-en-Laye.

En una de las reuniones del consejo, en mayo de 1802, mientras se debatía la

constitución de la Legión, el abogado Théophile Berlier desdeñó su mismo concepto, a lo que Napoleón replicó:

> Afirmas que las distinciones de clase son baratijas dadas por los monarcas, pero te desafío a que me muestres una república, clásica o moderna, en la que no hayan existido tales distinciones. Llamas baratijas a esas medallas y emblemas; ahora bien, son esas baratijas las que guían a los hombres. No diré esto en público, pero en una asamblea de sabios hay que afirmarlo. No pienso que los franceses amen la libertad y la igualdad; los franceses no han cambiado en diez años de revolución; son lo que fueron los galos, fieros y veleidosos. Solo albergan un sentimiento: el honor. Debemos mimar ese sentimiento. El clamor popular por la distinción. Mira cómo se pasman las multitudes ante las medallas y las órdenes que portan los diplomáticos extranjeros. Debemos recrear esas distinciones. Ha habido mucho derrumbamiento; debemos reconstruir. Hay un gobierno, sí, y un poder, pero de nación misma ¿qué queda? Puñados de arena desparramados[124].

Para acabar con aquello Napoleón afirmó: «debemos plantar unas pocas moles de granito como anclas en suelo francés». Con demasiada frecuencia la frase «son esas baratijas las que guían a los hombres» se ha citado fuera de su contexto para señalar su cinismo, cuando en realidad una cita más completa muestra que de hecho atribuía a esas «baratijas» ser la manifestación física del honor. En esa reunión, 10 de los 24 consejeros presentes votaron en contra de la institución de la Legión, porque volvía a introducir las distinciones de clase; de ellos, 9 acabaron aceptando la cruz o el título de conde[125]. El mismo Berlier aceptó ambos.

El jueves 16 de agosto de 1804 se celebró una magnífica ceremonia en el campamento de Boulogne, en la que Napoleón distribuyó las primeras cruces de la Legión de Honor en el ejército. Las medallas se expusieron sobre la armadura de Bertrand du Guesclin, dirigente militar durante la Guerra de los Cien Años, junto al yelmo de la personificación de la caballería francesa del siglo XVI, el Chevalier de Bayard. Entre las salvas de Boulogne, Amberes y Cherburgo, Napoleón condecoró a 2.000 soldados frente a otros 60.000, acompañados de

20.000 espectadores. Más de un millar de tamborileros tocaron el aria marcial «Aux Champs», con los cañonazos acompasándose con la música. Uno de los espectadores anotó cómo 200 estandartes arrebatados a los enemigos de Francia, «desgarrados por los cañonazos y manchados de sangre, formaban un dosel apropiado para la ocasión»[126]. Al mes siguiente Napoleón hizo uso por primera vez de la expresión «mi pueblo», en una carta al Papa[127]. Comenzó también a dirigirse a Josefina como «Madame y mi amada esposa», como solía hacer Enrique IV con María de Médicis[128].

El 2 de octubre sir Sidney Smith acometió un ataque infructuoso contra la flota de Boulogne, causando la inquietud de Napoleón por el efecto del fuego en el puerto. Como siempre, se preocupaba a la vez de muchas cosas, grandes y pequeñas; cuatro días antes había ordenado a Fouché que levantase el veto que prohibía a los espectadores del teatro en el Piamonte silbar en las representaciones de danza que no eran de su agrado[129]. Tres días después del fracasado ataque de Smith, la Royal Navy tuvo más éxito, cuando cuatro fragatas atacaron a una flota de transporte española sin que mediase declaración de guerra, hundiendo un navío y capturando los otros tres, con un botín estimado de 900.000 libras en dólares de plata españoles y lingotes de oro. Se trataba de un obvio acto de piratería, pero Gran Bretaña sospechaba que España –aliada con Francia desde el Tratado de San Ildefonso– planeaba declarar la guerra tan pronto como la mercancía hubiese sido descargada en el puerto de Cádiz.

La destreza de gobierno de Napoleón queda ilustrada por las 22 cartas que escribió en un solo día, en octubre de 1804. Entre otros temas se ocupaba del regreso de los jesuitas a España («Nunca toleraré que esto ocurra en Francia»), el número de ingleses en París («¿Se ha expulsado ya a los que se encontraron?»), una carta a su ministro de Marina Decrès en la que le interrogaba: «¿Cuál es el propósito exacto de mantener almirantes en París?», la oportunidad de unificar cuarenta conventos parisinos para la educación femenina, la introducción de leyes cinegéticas al estilo inglés y una denuncia del estamento de la abogacía «ese atajo de charlatanes y promotores de la revolución, inspirados solo por la corrupción y el crimen»[130]. El hostigamiento constante a Decrès se intercalaba con muestras ocasionales de cariño. «Siento que estés enfadado conmigo», le escribió en diciembre, afirmando acerca de sus accesos de ira que

«al final, cuando la indignación ha pasado, no queda nada, así que espero que no albergues ningún rencor contra mí»[131].

Mostrando el mismo desdén por el derecho internacional que la Royal Navy, la noche del 24 de octubre los franceses secuestraron al diplomático inglés sir George Rubold en su casa de campo cercana a Hamburgo, ciudad libre de la Liga Hanseática bajo protección prusiana, conduciéndole a la prisión del Temple. Había participado, como Francis Drake en Munich y Spencer Smith en Stuttgart, en el apoyo a las conspiraciones de los emigrados; fue liberado 48 horas después y volvió a Inglaterra. El rey de Prusia protestó tímidamente por la violación francesa de la soberanía de Hamburgo. La postura de Napoleón fue la de suponer que un embajador era «un ministro de la reconciliación, siendo su labor sagrada, basada en la moralidad», mientras que el gobierno inglés, en el caso de Rumbold, lo había empleado como «un instrumento de guerra con derecho a todo». Ordenó a Talleyrand interrogar a los ingleses acerca de si «consideran a los soberanos de Europa como un puñado de nababs indios»[132].

Los preparativos para la coronación estaban en marcha. «Hay retrasos en la confección de los vestidos», advirtió Cambacérès a Napoleón. «En cualquier caso el mío ya está listo»[133]. El Papa salió de Roma rumbo a París el 2 de noviembre, no sin antes hacer saber que el caso de d'Enghien le había hecho derramar lágrimas por «esa víctima noble e inocente»[134]. El día 25 Napoleón salió a su encuentro entre Nemours y Fontainebleau y juntos entraron en París tres días después. Napoleón ordenó a sus oficiales que tratasen al pontífice como si contase con el respaldo de 200.000 soldados, uno de sus mayores cumplidos[135]. Para asegurarse de que el Papa oficiaba en su coronación prometió casarse con Josefina según el rito católico, en lugar de seguir dando validez a la ceremonia estatal de 1796. Así pues, la noche del 1 de diciembre el cardenal Fesch celebró el rito nupcial en las Tullerías, en presencia de Talleyrand, Berthier y Duroc[136]. Josefina envió a Eugène el certificado matrimonial para que lo custodiase en caso de que Napoleón negase lo sucedido.

La hostilidad latente entre las familias Bonaparte y Beauharnais saltó a la palestra a cuenta de la coronación. Joseph se opuso a la coronación de Josefina porque significaría que los hijos de Hortense y de Louis serían nietos de una emperatriz, mientras los suyos lo serían de una burguesa[137]. Las tres hermanas

de Napoleón se negaron a portar la cola del vestido de Josefina, Lucien declinó asistir a la ceremonia y Madame Mère le apoyó, decidiendo trasladarse a Roma a pesar de que Napoleón le había regalado una enorme casa en París[138]. «Hay miles de personas en Francia que han servido mejor al Estado que ellos», afirmó un furibundo Napoleón de sus hermanos en presencia de Roederer, «entre ellos, tú mismo»[139]. En contraste adoraba a Eugène y a Hortense. «Amo a estos chicos porque siempre están prestos a agradarme»[140]. Las heridas recibidas por Eugène en Egipto incrementaron la consideración que le tenía el Emperador. «Si suena un cañonazo, es Eugène el que va a ver qué ha ocurrido; si hay que cruzar una zanja, es él el que me ofrece su brazo». Frente a las murmuraciones de sus hermanos, se encogía de hombros: «Dicen que mi esposa es falsa y que el celo de su hijo es estudiado. Bueno, quiero ser tratado como un viejo tío; en eso consiste el placer para mí; me vuelvo viejo… quiero descansar un poco»[141]. Tenía 35 años, pero la idea quedaba clara, al igual que su respaldo a Josefina: «Mi esposa es una buena mujer que no les hace ningún daño. Se da por satisfecha… con unos diamantes, vestidos hermosos y las desgracias de la edad. Nunca la he amado ciegamente. Si hago que sea emperatriz, es por un acto de justicia. Por encima de todo soy un hombre justo»[142]. Cuando fue a tomar los baños a Aix en julio insistió en que asistiese a las ceremonias en la iglesia bajo palio, y se colocó un trono para ella a la derecha del altar[143]. A partir de entonces, cuando visitaba una ciudad, era recibida con salvas de cañón.

Napoleón mostró la misma generosidad con sus hermanas que con sus hermanos; Elisa fue la primera en obtener un principado, el de Lucca, aunque eso no acabó con sus quejas. Pauline, sin ambición política, se convirtió en la duquesa regente de Guastalla y Caroline, en la Gran Duquesa de Berg en marzo de 1806. Nadie pareció agradecérselo. Al menos Madame Mère, que seguramente hubiese sido mejor gobernante que cualquiera de sus hijas, pero que carecía de apetito por el poder, agradeció a Napoleón que le cediese el castillo de Pont, cerca de Brienne, en junio de 1805 –«Es una de las zonas rurales más hermosas de Francia», le dijo–, además de 160.000 francos para su reforma y mantenimiento[144]. Con los años acumuló una fortuna estimada en 40 millones de francos[145]. Al tiempo que acumulaba títulos y riqueza para su familia, seguía preocupándose por asuntos más prosaicos, como la calidad del pan que recibían sus hombres, quejándose a Berthier de que el ejército compraba grano

de mala calidad y ordenando que «se utilizasen, en lugar de judías blancas las amarillas, siempre»[146].

La coronación de Napoleón y Josefina en Notre Dame el domingo 2 de diciembre de 1804 fue un espectáculo magnífico, a pesar de una cierta improvisación a la hora de organizarlo. Estaba nevando mientras llegaban los primeros invitados a las 6 de la mañana, que entraban bajo una marquesina de madera y estuco neogótica, diseñada para enmascarar la destrucción que provocó la iconoclastia revolucionaria. Una tormenta lo había derribado cuatro días antes, rompiendo las sujeciones y los refuerzos de madera y el resonar de los martillazos para repararlo solo se desvaneció cuando se aproximó la procesión pontificia, a las 10.30[147]. Los asistentes del Cuerpo Legislativo, la Corte de Casación con sus togas color fuego, los departamentos, la Legión de Honor, el Procurador General, el comisariado de guerra, las colonias, las cámaras de comercio, la Guardia Nacional, el Instituto de Francia, los ministerios, la Sociedad Agrícola y muchas otras instituciones –especialmente el ejército, de brigadas para arriba– tendían sus invitaciones a los 92 encargados de recogerlas. Una vez dentro se dedicaron a deambular entre los estrados charlando, estorbando a los operarios y creando un desorden generalizado. A las 7 de la mañana 460 músicos y coristas se congregaron en el transepto, con la orquesta de la capilla imperial al completo, el Conservatorio, el teatro de Feydeau, la Ópera y los Granaderos y Monteros de la Guardia[*********]. Uno de los principales organizadores del evento, Louis Fontanes, acabó por indicar a los soldados que ordenasen a todo el mundo que se sentase[148].

Para las 9 ya había llegado casi todo el cuerpo diplomático, con excepción de los embajadores de Rusia y Suecia, para los que la coronación estaba demasiado cercana en el tiempo a la muerte de d’Enghien. En las Tullerías se habían extendido 57 carretadas de arena del Siena para cubrir las zonas embarradas del jardín, por lo que los obreros habían percibido la insólita cantidad de 4 francos por noche de trabajo. Aquella mañana el nuevo chambelán, Théodore Thiard, se dirigió al vestidor de Napoleón, donde le halló «ya vestido con los pantalones de terciopelo blancos salpicados de abejas doradas, la corbata tipo gorguera Enrique IV y, encima de todo eso, su uniforme de *chasseurs à cheval*»[149]. «De no haber sido un momento tan solemne –observó Thiard–, habría estallado en

carcajadas ante la incongruencia de la estampa». Napoleón se despojó de su uniforme militar antes de partir hacia Notre Dame.

A las 10, las salvas de artillería anunciaron la salida de Napoleón y Josefina desde las Tullerías. «El carruaje de la Coronación es magnífico», escribió un cortesano, «acristalado y sin paneles… Cuando sus Majestades entraron se confundieron de lateral y se situaron en el frontal; pero descubriendo al instante su error retrocedieron, riendo, hasta el fondo»[150]. La procesión era tan extensa que se tuvo que detener varias veces para lograr desatascarla. Murat, en su calidad de gobernador de París, la encabezaba, seguido por sus colaboradores, cuatro escuadrones de carabineros, después los *cuirassiers*, los cazadores a caballo de la Guardia y un escuadrón de mamelucos vestidos con el uniforme más deslumbrante entre todos ellos. A continuación venían los heraldos a caballo, vestidos con tabardos de terciopelo morado bordados con águilas y portando bastones adornados con abejas.

Ocho caballos blancos, con penacho del mismo color, tiraban del carruaje de Napoleón y Josefina, conducidos por César, vestido con un largo abrigo verde y una corbata dorada. Napoleón exhibía un tabardo de terciopelo púrpura bordado en oro y piedras preciosas. Josefina –«con el rostro tan bien maquillado que aparentaba 25 años»– vestía una túnica blanca con un manto satinado bordado en oro y plata. Portaba además diamantes en la corona, los pendientes, el collar y el cinto. Lo contemporáneo estaba ausente, excepto en el caso del uniforme de los granaderos a lo largo de la ruta, y en todas partes había algo clásico, algo gótico y mucho de extravagancia. Solo el número de soldados –se manejaron cifras de 80.000– ya impedía que la multitud pudiese ver, lo que unido a la temperatura heladora provocó que lanzaran vítores pero se mantuviesen tranquilos[151].

La procesión alcanzó el palacio arzobispal junto a la catedral a las 11 de la mañana y Napoleón se revistió para la ceremonia mientras los congregados tiritaban en los bancos de la iglesia. El manto, satinado y bordado en oro, le llegaba hasta los tobillos y sobre él portaba una túnica de terciopelo carmesí de armiño, bordada con abejas doradas y hojas de olivo, laurel y roble, que pesaba más de 35 kilos, por lo que Joseph, Louis, Lebrun y Cambacérès tuvieron que ayudarle a colocársela[152]. «Ojalá papá [Babbù] pudiera vernos ahora», dijo Napoleón en italiano a Josefina, mientras admiraban mutuamente su elegancia[153]. A las 11.45 aparecieron con el traje ceremonial, dispuestos para

que el cardenal du Belloy, arzobispo de París, les recibiese en la entrada de la catedral y les aspergiese con agua bendita[154].

«La duración de la ceremonia parecía agotarle», observó Laure d'Abrantès, que en su calidad de camarera se situaba a unos diez pasos de Napoleón, «y vi cómo reprimía repetidamente los bostezos. Aun así realizó todo lo que era preciso con propiedad. Cuando el Papa le ungió tres veces en la cabeza y en las manos supuse, por la dirección de su mirada, que estaba pensando sobre todo en limpiarse el óleo»[155]. A pesar de que la ceremonia se inspiraba en la borbónica, Napoleón rompió la tradición al abstenerse de confesarse y comulgar.

Durante la ceremonia recibió dos coronas; la primera era de oro, conformada por hojas de laurel, con la que entró en la catedral, para evocar al Imperio Romano, y que empleó todo el tiempo; la segunda era una réplica de la de Carlomagno, que hubo que fabricarse ex profeso porque la tradicional había sido destruida durante la Revolución, y los austriacos no quisieron cederle la de Carlomagno. Aunque elevó sobre su cabeza la réplica, tal y como había acordado con el Papa, no se la puso, porque ya llevaba la de laureles. Sí que coronó a Josefina, que se arrodilló ante él[156]. Laure d'Abrantès observó cómo las lágrimas de Josefina caían sobre sus manos unidas en oración[157]. Napoleón puso cuidado en encajar la pequeña corona sobre la diadema de diamantes, moviéndola con cautela hasta que quedó fija. Tras la bendición papal, el abrazo a Napoleón y el cántico «Vivat Imperator in aeternum», concluida la misa, Napoleón pronunció el juramento de coronación:

> Juro mantener la integridad territorial de la República, respetar y hacer respetar las leyes del Concordato y la libertad de culto y de libertad política y civil, la irreversibilidad de la venta de los *biens nationaux*, no imponer impuestos si no es por ley, mantener la institución de la Legión de Honor, gobernar solo por el interés, el bienestar y la gloria del pueblo francés[158].

La autocoronación de Napoleón fue el triunfo definitivo del hombre hecho a sí mismo y, en cierto modo, un momento determinante de la Ilustración. También fue fundamentalmente honesta; había llegado hasta allí, de hecho, por su propio esfuerzo. Sin embargo puede que más tarde lo lamentase, porque sugería una egolatría desatada. Cuando el gran pintor clasicista Jacques-Louis David,

encargado de conmemorar la coronación, escribió al cortesano napoleónico Pierre Daru en agosto de 1806 haciendo referencia al «momento magnífico» que «asombró a los espectadores», se le indicó que en su lugar pintase el momento en el que Napoleón coronó a Josefina[159]. Su lienzo formalista, *Sacre de L'Empereur Napoléon Ier et Couronnement de l'Impératrice Joséphine,* exhibido frente a multitudes en el Louvre en febrero de 1808, no pretendía ser históricamente exacto; aparecían Madame Mère y Hortense, y las tres hermanas de Napoleón se mostraban muy alejadas de la cola del vestido de Josefina, que en realidad les habían obligado a portar en el momento de la coronación[160]. Al cardenal Caprara no le agradó el aspecto de su cabeza calva en el cuadro y exigió a Talleyrand que obligase a David a colocarle una peluca, pero el pintor se negó[161]. La distinción que el dictador boliviano Manuel Malgarejo realizó en su día entre los méritos de Bonaparte y los de Napoleón provocaron carcajadas, porque pensaba que eran dos personas distintas, pero en cierto modo acertaba. El emperador Napoleón dependía de las ceremonias en una medida que al general Bonaparte le fue casi siempre ajena.

Los Borbones, por supuesto, se mofaron. Un comentarista comparó el manto de Napoleón con el del rey de diamantes de una baraja. «Fue una invención digna de un maestro de pintura de una academia de damiselas», remarcó otro[162]. Pero el evento estaba dirigido a los soldados y a los espectadores, y no a los sofisticados miembros del Antiguo Régimen, que lo habrían detestado en cualquier caso. El pueblo de París lo disfrutó, en parte también por el enorme despliegue de fuegos artificiales, dinero en metálico y vino manando de las fuentes públicas[163]. Cuando Madame Mère, que no había asistido, recibió felicitaciones por la elevación de su hijo a la púrpura imperial, replicó con su natural fatalismo y gran sentido común: «*Pourvu que ça dur*», dijo. «Esperemos que dure»[164].

---

[*] Como siempre, seguía inmerso en las minucias de la administración pública pues ordenó a Gaudin despedir a la administradora de correos de Angers

«por violar la confidencialidad de la correspondencia», algo para lo que él mismo había designado a un departamento gubernamental al completo (CG4 nº 8520 p. 547).

[**] Los servicios secretos franceses dirigidos por Fouché y Savary estimaban que residían en la capital, en la época, unas 40 personas dispuestas a asesinar a Napoleón aunque puede que la estimación fuese excesiva porque el número de identificados fue mucho menor (Ségur, *Memoirs*, p. 97).

[***] Talleyrand era aficionado a las aventuras de esta clase; a finales de 1797 sugirió al embajador francés en Berlín el secuestro de Luis XVIII en Blankenberg y su traslado a Francia (Mansel, *Louis XVIII*, p. 81).

[****] Los turistas a los que en 1814 se mostraba el recorte de la alfombra de Fointanebleau en la que había suplicado de rodillas abrazada a las piernas de Napoleón entre lágrimas mientras imploraba por la vida del duque fueron engañados; ambos se encontraban en Malmaison durante los hechos (*Napoleon on Elba*, ed. North, p. 30).

[*****] La teoría de que Napoleón hizo asesinar a Wright en venganza por la derrota de Trafalgar queda desmentida por el hecho de que este muriese el 27 de octubre y Napoleón tuvo conocimiento del resultado de la batalla el 18 de noviembre.

[******] Los honorarios fueron François Christophe de Kellermann, Dominique-Catherine de Pérignon, Jean Sérurier y François-Joseph Lefebre.

[*******] Uno de estos bastones se expone hoy en la Galería Bernadotte del Palacio Real de Estocolmo.

[********] Escudriñando entre las filas Napoleón solía nombrar a aproximadamente un tercio de los oficiales dejando el resto para sus coroneles. A la hora de las promociones acostumbraba a conducirse como el oficial del ejército conservador y de clase media que era en esencia. Los jóvenes procedentes de familias con posibilidades, graduados en las academias, solían dar mejores resultados que aquellos educados «al ritmo del tambor» para los que era difícil llegar a ser mayor o coronel si no poseían un talento notable. Esta tendencia no destacaba en una época en la que el alto número de bajas fomentaba las vacantes entre los puestos de responsabilidad, pero el sesgo social de Napoleón en retrospectiva es evidente. Incluso en este caso el ejército de Napoleón estaba más abierto al talento de lo que estuvo el borbónico o cualquier

otro en Europa en aquellas fechas.

[*********] El coste de la coronación fue de 194.436 francos, casi cuatro veces el presupuesto inicial.

16. AUSTERLITZ

Se da un momento en el combate en el que la maniobra más sutil es decisiva y conlleva superioridad; es la gota de agua que da paso a la inundación.

Napoleón acerca de César
en la batalla de Munda

En cuanto a mí, solo exijo una cosa: el éxito.

Napoleón a Decrès, agosto de 1805

Pocos días después de la coronación los coroneles del ejército viajaron a París para recibir de manos del Emperador las insignias aquilinas, en una ceremonia en el Campo de Marte. «¡Soldados!», les dijo, «¡he aquí vuestros colores! Estas águilas serán siempre vuestro punto de encuentro… ¿Juráis entregar vuestras vidas en su defensa?» «¡Lo juramos!», replicaron ceremonialmente al unísono[1]. Forjadas con seis piezas de bronce soldadas y doradas, cada águila medía unos 15 centímetros desde el espolón hasta la crestas, 20 desde una punta de las alas hasta la otra, y pesaba casi 2 kilos[*]. Estaban montadas sobre una vara azul de roble con los colores de cada regimiento y el honor de portar ese estandarte acabó por ser muy apreciado, a pesar de que la irreverencia habitual de los soldados pronto acuñó el mote de «cucos» para los emblemas[2]. En el 55º Boletín de la Grande Armée de 1807 Napoleón establecía: «La pérdida de un águila es una afrenta al honor del regimiento que ninguna victoria, ni la gloria obtenida en cien campos de batalla, puede enmendar»[3].

El entrenamiento en los campamentos cercanos al Canal proseguía, en vistas a una invasión de Inglaterra. «Maniobramos con cada división tres veces a la semana; y dos veces al mes con tres divisiones juntas», informó Marmont a Napoleón desde el campamento de Utrecht. «Las tropas están muy bien

entrenadas»[4]. Napoleón le ordenó

> prestar mucha atención a los soldados y estar al tanto de todos los detalles. Cuando llegues por primera vez a un campamento forma a los batallones y dedícale ocho horas a pasar revista a los soldados cuidadosamente, uno por uno; escucha sus quejas, inspecciona sus armas y asegúrate de que no les falte nada. Pasar revista durante siete u ocho horas tiene muchas ventajas; los soldados se acostumbran a estar armados y en guardia; les demuestra que su líder les presta atención y se preocupa por ellos y esto inspira confianza y motivación en el soldado[5].

En diciembre de 1804 William Pitt firmó una alianza con Suecia; una vez rubricado también el Tratado de San Petersburgo con Rusia en abril de 1805, el núcleo de la Tercera Coalición estaba forjado. Inglaterra pagaría 1.250.000 libras en guineas de oro por cada 100.000 soldados que aportase Rusia contra Francia. Austria y Portugal se unieron más tarde a esta coalición[6]. Napoleón puso en juego toda su capacidad de amenaza con la diplomacia para evitar que se incorporasen más países. Ya el 2 de enero había escrito a María Carolina, reina consorte del reino unido de Nápoles y Sicilia, hermana de María Antonieta y tía del emperador Francisco. Le advirtió francamente: «Tengo en mis manos varias cartas escritas por Su Majestad en las que no queda duda con respecto a sus intenciones secretas» de incorporarse a la naciente coalición. «Ya ha perdido su reino una vez y en dos ocasiones ha sido la causa de una guerra que puso en riesgo de destrucción total su casa paterna», escribió, aludiendo al apoyo de Nápoles a las dos coaliciones anteriores contra Francia. «¿Quiere ser la causa de una tercera?». Napoleón le profetizó que, en caso de que estallase la guerra por su culpa, «vos y vuestros descendientes» –ella y su esposo, el rey Fernando IV, sumaban en total unos asombrosos 18 hijos– «dejarán de reinar y sus hijos errantes mendigarán por los diversos países de Europa»[7]. Le exigió que prescindiese de su primer ministro y amante, el inglés sir John Acton, y también que expulsase al embajador de aquel país, retirase al representante napolitano en San Petersburgo y disolviese la milicia. A pesar de que no accedió a ninguna de estas pretensiones el Reino de las Dos Sicilias[**], firmó un tratado de estricta neutralidad con Francia el 22 de septiembre de 1805.

Tras su coronación Napoleón no se tomó vacaciones; el mismo día de Navidad ordenó que un inglés llamado Gold no fuese arrestado por batirse en duelo con el dueño de un casino en Verdún, porque «un prisionero de guerra en libertad condicional puede tomar parte en duelos»[8]. En enero escribió al sultán de Turquía empleando el informal «tú», adecuado al trato entre soberanos. «Descendiente de los grandes otomanos, emperador de uno de los mayores reinos del mundo», le preguntó, «¿has dejado de reinar? ¿Cómo puede ser que permitas a los rusos que te dicten qué hacer?»[9]. Tras algunos incidentes con los gobiernos rusófilos de Moldavia y Valacia, en manos turcas, le advertía que el ejército ruso en Corfú, con el apoyo griego, «atacará un día tu capital… Tu dinastía descenderá a la noche del olvido… ¡Álzate, Selim!». El Shá Fath Alí de Persia también recibió una carta en ese estilo florido que había adoptado Napoleón para dirigirse a los potentados orientales desde la campaña de Egipto: «La fama, que todo lo divulga, te ha transmitido quién soy y lo que he hecho; cómo he elevado a Francia sobre todas las naciones de Occidente, y de qué modo admirable he mostrado el interés que siento por los reyes de Oriente». Tras aludir a algunos de los shas más reputados del pasado, Napoleón escribía sobre Inglaterra: «Como ellos, debes desconfiar de los consejos de una nación de tenderos [*nation de marchands*], que trafican en la India con las vidas y las coronas de los soberanos; a las incursiones de los rusos opondrás el valor de tu pueblo»[10][***]. Si Pitt pretendía comprar aliados para evitar la invasión de Inglaterra, Napoleón deseaba adularlos para obtener al menos su neutralidad. En abril de 1805 Napoleón escribió al rey de Prusia afirmando que albergaba pocas esperanzas de mantener la paz con Rusia, culpando de todo al Zar: «El carácter del emperador Alejandro es demasiado voluble y demasiado débil como para permitirnos esperar de él razonablemente nada bueno para la paz general»[11].

Pitt había sentado el precedente de financiar a los enemigos de Francia ya en 1793, cuando contrató tropas de los príncipes alemanes para combatir en los Países Bajos, pero sus inversiones le habían decepcionado con frecuencia, como cuando los prusianos parecieron más dispuestos a combatir a los polacos que a los franceses en 1795, o cuando Austria tomó el Véneto en Campo Formio en 1797, a cambio de Bélgica y de la paz. En cualquier caso la política de financiación era vista con buenos ojos por los distintos gobiernos ingleses. Por su parte Napoleón caricaturizaba la situación exponiendo a Inglaterra como a

una nación dispuesta a combatir hasta la última gota de sangre de sus aliados. «Por favor, haz que dibujen caricaturas», indicó a Fouché en mayo de 1805, de «un inglés, bolsa en mano, pidiendo a diferentes Potencias que cojan su dinero, etc.»[12]. En 1794 el pago a sus aliados suponía el 14% de los gastos del gobierno de Inglaterra; veinte años después, con el ejército de Wellington ya en suelo francés, aún sumaba ese 14%, a pesar de que la economía inglesa había crecido considerablemente durante el tiempo transcurrido, alcanzando entonces los 10 millones de libras, suma enorme. Heredero de las deudas de la Revolución Francesa, Napoleón luchaba contra un gobierno engrasado por los beneficios de la Revolución Industrial, que estaba dispuesto a compartir con los que apoyasen su causa. Aunque la cantidad total de 65.830.228 libras abonadas a los enemigos de Francia entre 1793 y 1815 era astronómica, sumaba mucho menos, con diferencia, que el presupuesto que supondría mantener y abastecer a un gran ejército.

El 1 de febrero de 1805 el barón Louis de Bausset-Roquefort fue designado Prefecto de Palacio, con la misión de atender personalmente a Napoleón y al gran mariscal Duroc, su amigo más íntimo. Como expresó al final de sus días alguien que le conocía bien, «a no ser que interfiriese su ambición, a la que se sacrificaba cualquier otra consideración, poseía una gran sensibilidad y afecto y era susceptible de mostrar un gran apego»[13]. Resulta notorio que mantener la verdadera amistad en la cúspide del poder es difícil y según pasaba el tiempo y la muerte en batalla reclamaba a sus cuatro mejores amigos, eran cada vez menos los que, estando cerca de Napoleón, se atrevían a decirle aquello que él no quería oír. Bausset, a pesar de ser más un cortesano que un amigo, pasó más tiempo que nadie cerca de Napoleón, a excepción de su propia familia, y le sirvió con lealtad hasta abril de 1814, acompañándole en casi todos sus viajes y campañas. Si alguien le conoció en la intimidad, ese fue Bausset, cuyas memorias se publicaron seis años después de la muerte de Napoleón, en una época en la que los libros bonapartistas no gozaban de buena prensa. Y no solo eso, sino que siendo Bausset realista no había sido mencionado en el testamento de Napoleón, a diferencia de muchos otros; pero aun así todo lo que sentía por él era admiración. «El genio y el poder se manifestaban en su amplia frente», escribió Bausset. «El fuego que despedían sus ojos expresaba todos sus

pensamientos y sentimientos. Pero, cuando no se turbaba la serenidad de su temperamento, entonces la sonrisa más agradable iluminaba su noble semblante, dando paso a un encanto indescriptible, que nunca vi en otra persona. En esas ocasiones era imposible mirarle sin apreciarle». El carisma de Napoleón no disminuyó a ojos de Bausset durante la década que vivió y trabajó con él, sirviéndole la comida, administrando su casa y dejándose engañar al ajedrez. Relató también cómo en Napoleón «la conducta y los modales siempre eran iguales; inherentes y espontáneos. Era la única persona en el mundo del que se puede decir sin adulación que, cuanto más de cerca se le miraba, más admirable resultaba»[14].

Napoleón aceptó la corona del recientemente creado reino de Italia en una gran ceremonia en la sala del trono de las Tullerías el domingo 17 de marzo de 1805. Después de haber sido el principal magistrado de la República Italiana, le resultaba lógico convertirse en rey de Italia una vez proclamado emperador de Francia. Dirigiéndose al emperador Francisco culpó de su decisión a los ingleses y a los rusos, argumentando que, mientras siguiesen ocupando Malta y Corfú, «la separación de las coronas de Francia y de Italia es ilusoria»[15]. Dos días después nombró a su hermana Elisa y a su marido, Felice Baciocchi, gobernadores de Lucca y de Piombino[16][****].

De camino a Milán para ser coronado rey de Italia, Napoleón pasó seis días en Lyon, donde se acostó con la esposa de un rico banquero, Françoise-Marie de Pellapra, de soltera LeRoy, a pesar de estar acompañado por Josefina durante el viaje[17][*****]. La coronación en el deslumbrante Duomo de Milán el 26 de mayo tuvo lugar en presencia del cardenal Caprara, otros siete cardenales y unas 30.000 personas más. «La iglesia era muy bonita», comentó Napoleón a Cambacérès. «La ceremonia fue tan buena como la de París, con la diferencia de que el clima fue extraordinario. Al tomar la Corona de Hierro y ponérmela sobre la cabeza añadí estas palabras: “Dios me la concede; maldito sea el que la toque”. Espero que sea una profecía»[18]. La Corona de Hierro de Lombardía, una sólida banda de oro que contenía hierro, supuestamente procedente de los clavos de la Vera Cruz, había sido ceñida por todos los emperadores del Sacro Imperio desde Federico Barbarroja en 1155. Que Napoleón hiciera uso de ella era, por tanto, un desplante hacia su pretendiente real, Francisco de Austria.

Napoleón visitó Marengo en el quinto aniversario de la batalla, vestido con un uniforme que Bausset recordaba «andrajoso y desgarrado en algunas partes. Asía en la mano un gorro viejo de cordones dorados agujereado»[19]. Se trataba del uniforme que llevó en la batalla y, tanto si los agujeros eran de bala como si no, recordaban el genio de Napoleón para las relaciones públicas. Pasó todo un mes en Brescia, Verona, Mantua, Bolonia, Módena, Piacenza, Génova y Turín antes de regresar al palacio de Fointainebleau –antiguo pabellón de caza de los Borbones donde le gustaba estar– la noche del 11 de julio, tan solo 85 horas después de partir de Turín, a 530 kilómetros. Acabaría siendo la última vez que Napoleón puso un pie en Italia. Designó virrey a su hijastro Eugène, de 23 años, cuyo talante razonable y amable le granjeó la popularidad entre los italianos de a pie[20]. En tres días de julio Napoleón le envió no menos de 16 cartas acerca del arte de gobernar: «Aprende a escuchar y ten por seguro que el silencio muchas veces produce el mismo efecto que mostrar el conocimiento». «No te sonrojes por preguntar». «Fuera de tu puesto como Virrey de Italia gloríate de ser francés, pero aquí no le des importancia». Y todo a pesar de que el gobierno diario del país seguía bajo el mando de Melzi, antiguo vicepresidente de la República Italiana, al que Napoleón no permitió retirarse a pesar de sus interminables quejas acerca de la gota que padecía[21]. No le costó mucho a Melzi hallar italianos con talento para dirigir el gobierno, firmes partidarios de las modernas formas de administración francesas. Joseph y Louis mostraron su desazón por el ascenso de Eugène, a pesar de que cualquiera de ellos podía haber sido rey de Italia si hubiesen mostrado predisposición a renunciar a su derecho al trono de Francia[22].

«Ya he decidido mi sistema continental», dijo Napoleón a Talleyrand en junio de 1805. «No quiero cruzar ni el Rhin ni el Adige; quiero vivir en paz, pero no toleraré ninguna disputa»[23]. A pesar de la falta de aspiraciones territoriales más allá de Italia y del Rhin, Napoleón esperaba que Francia siguiese siendo la mayor potencia europea, árbitro de lo que aconteciese tras sus fronteras, y estaba bien dispuesto a invadir o enfrentarse a cualquier país o alianza que pretendiese «disputar» con él.

A principios de verano parecía al menos capaz de ganarle la delantera a la nación que de modo tan determinante se oponía a su visión de Europa. El 30 de marzo, aprovechando una tormenta que barrió la flota de Nelson en su bloqueo

de Toulon, el almirante Villeneuve escapó y navegó a través del Estrecho de Gibraltar, topando con una flota española que había partido de Cádiz rumbo a Martinica, donde llegó el 14 de mayo. Nelson, tras descubrir que Villeneuve no se dirigía a Egipto, cruzó el Atlántico en su persecución, alcanzando las Indias Occidentales el 4 de junio. La siguiente pieza del plan magistral de Napoleón para invadir Inglaterra estaba a punto. «Necesitamos dominar el mar solo durante seis horas», escribió a Decrès el 9 de junio, «y después Inglaterra habrá dejado de existir. No hay pescador, ni mísero periodista, ni mujer en el aseo, que no sepa que es imposible evitar que un pequeño escuadrón se presente en Boulogne»[24]. De hecho la Royal Navy estaba determinada a evitar que cualquier escuadrón, del tamaño que fuese, se presentase en Boulogne o en cualquier otra puerta de entrada. Pero con Villeneuve volviendo a cruzar el Atlántico, con la esperanza de poder romper el bloqueo en Brest, Napoleón se mostraba convencido, a mediados de julio, de que la tan ansiada invasión podría llevarse a cabo. «Embarcad todo, porque las circunstancias pueden presentarse por sí mismas en cualquier momento», ordenó a Berthier el día 20, «de tal forma que la expedición pueda partir en 24 horas… Tengo intención de desembarcar en cuatro puntos diferentes, a corta distancia entre ellos… Informa a los cuatro mariscales [Ney, Davout, Soult y Lannes], no hay que perder ni un instante»[25]. Ordenó también que se dejasen de desinfectar con vinagre las cartas desde Italia antes de su envío. «Si la plaga llega de Italia será a través de los viajeros y el movimiento de tropas. Es una pérdida de tiempo»[26].

El 23 de julio, tras extraviar dos barcos en una batalla en medio de la niebla del cabo Finisterre, frente a la pequeña flota del contraalmirante sir Robert Calder, Villeneuve obedeció la orden de Napoleón de poner rumbo a Ferrol, cerca de La Coruña, perdiendo un tiempo crucial ganado a costa de su viaje trasatlántico. En Elba Napoleón criticó a Calder por no haber atacado el segundo día de operaciones, permitiendo escapar a Villeneuve. Su interlocutor inglés señaló que Calder navegaba a sotavento, lo que impidió que atacase, a lo que Napoleón replicó: «eso es solo una excusa, fruto del orgullo nacional, porque el almirante huyó la noche del 23»[27]. En su ignorancia de la diferencia entre barlovento y sotavento, Napoleón mostraba una vez más su inmensa laguna en asuntos náuticos.

Bajo presión de Bonaparte –«Europa está en suspenso aguardando al gran

evento que se ha preparado»– Villeneuve partió de Ferrol con 33 navíos de línea el 10 de agosto, esperando unirse a los 21 de Ganteaume en Brest que, añadidos al escuadrón del capitán Zacharie Allemand, sumaría una flota combinada de al menos 59 buques[28]. Pero al día siguiente, temiendo que la Royal Navy siguiese sus movimientos, en lugar de partir hacia el Canal, en el norte, Villeneuve se dirigió al sur, a Cádiz, donde atracó el 20 de agosto, y poco después fue cercado por Nelson, que había retrocedido a través del Atlántico y le había encontrado siguiendo su intuición.

Austria, a espaldas de Napoleón, se había unido a la tercera Coalición el 9 de agosto, furiosos por la coronación italiana, la anexión de Génova y las alianzas del corso con Baviera, Württemberg y Baden. Aunque Napoleón dijese en privado a Talleyrand el 3 de agosto que «no tenía sentido una guerra», estaba dispuesto a ella si estallaba[29]. En el transcurso de unos pocos días, a principios de agosto, ordenó a Saint-Cyr que se preparase para invadir Nápoles desde el norte de Italia en caso de necesidad, puso a Masséna al frente de las fuerzas en aquel país y envió a Savary a Frankfurt para que se hiciese con los mejores mapas de Alemania disponibles y tratase de obtener información del Consejo Áulico de Viena[30].

El martes 13 de agosto fue un día intenso para Napoleón. A las 4 de la mañana recibió la noticia de la batalla de Finisterre en Pont-de-Briques. Convocó al intendente de la residencia imperial, Pierre Daru, que narró después cómo «el Emperador se mostró salvaje, con el sombrero calado hasta los ojos y un aspecto espantoso». Persuadido de que Villeneuve estaba atrapado en Ferrol –a pesar de que de hecho ya navegaba lejos de allí– exclamó: «¡Qué marina! ¡Qué almirante! ¡Cuántos sacrificios inútiles!»[31]. Esto, sumado a la información que indicaba que Austria se movilizaba, certificaba que la invasión de Inglaterra debía posponerse. «Habría que estar totalmente loco para hacer la guerra contra mí», escribió a Cambacérès. «Desde luego no hay mejor ejército en toda Europa que el que tengo ahora»[32]. Cuando ese mismo día se confirmó que Austria sí que se estaba movilizando, se mantuvo en sus trece. «La decisión está tomada», escribió a Talleyrand. «Quiero atacar a Austria y antes de noviembre estaré en Viena para enfrentarme a los rusos, en caso de que aparezcan». En esa misma carta le ordenó que tratase de intimidar a «ese esqueleto, Francisco, situado en el

trono por mérito de sus ancestros», disuadiéndole de entrar en combate, porque «quiero que me dejen en paz para poder llevar a cabo la guerra contra Inglaterra»[33]. Le indicó que dijese al embajador austriaco en París, primo del ministro de Exteriores Ludwig von Cobenzl: «Así pues, M. de Cobenzl, quieres la guerra. En ese caso la tendrás y no será el Emperador el que la ha empezado»[34]. Sin saber si Talleyrand lograría amedrentar a Austria, Napoleón siguió presionando a Villeneuve –al que describió frente a Decrès como «una pobre criatura, que ve doble y que posee más percepción que valor»– para navegar hacia el norte, escribiéndole: «Si llegas aquí en tres días, o incluso en 24 horas, habrás cumplido tu misión… Con tal de ayudar a la invasión de esa potencia que ha oprimido a Francia durante seis siglos, podríamos perder todos la vida y no lo lamentaríamos»[35].

A pesar de que no abandonaba sus planes de invasión, era consciente de que no sería muy inteligente combatir en dos frentes simultáneamente. El siguiente paso era trazar un plan para aplastar a Austria. Hizo tomar asiento a Daru para dictarle. «Sin solución de continuidad», contó a Ségur el mencionado Daru,

> sin meditación aparente y en su tono breve, conciso e imperioso, [me] dictó sin un momento de vacilación todo el plan para la campaña de Ulm hasta llegar a Viena. El Ejército de la Costa, desplegado en una línea de más de 200 ligas [935 kilómetros] frente al océano, a la primera señal, se dividiría y marcharía sobre el Danubio en columnas. El distinto orden de las marchas, su duración, los puntos en los que varias columnas debían converger o reunirse, las emboscadas, los ataques a gran escala, los distintos movimientos, los errores del enemigo, todo estaba previsto en este dictado apresurado[36].

Daru fue presa del estupor al comprobar la «clara e inmediata determinación de Napoleón de abandonar todos estos laboriosos preparativos sin titubear»[37].

El detallado sistema de almacenamiento de Berthier que cabía en un solo carruaje fue uno de los cimientos sobre los que se basó la campaña que se avecinaba; el otro fue la adopción por parte de Napoleón del sistema de cuerpos militares, que era en esencia una versión ampliada del sistema de divisiones que

empleó en las batallas italianias y de Oriente Medio. El tiempo durante el cual las tropas estuvieron acampadas en Buologne y las continuas maniobras entre 1803 y 1805 permitieron al corso dividir su ejército en unidades de entre 20.000 y 30.000 hombres, hasta 40.000 en ocasiones, y someterles a un entrenamiento intensivo. Cada unidad acabó por ser un pequeño ejército, con su propia infantería, caballería, artillería, mandos, inteligencia, ingenieros, transportes, avituallamientos, pagos, secciones médicas y políticas, todo ello en estrecha colaboración con el resto de cuerpos. Napoleón, al estar separadas por un solo día de marcha, podía saltar de una a otra, entre la retaguardia, la vanguardia y la reserva, en cuanto se produjese alguna novedad, dependiendo de los movimientos del enemigo. Así pues, tanto en ataque como en retirada, el ejército al completo podía pivotar sobre su eje sin confusión. Los cuerpos también podían marchar a bastante distancia entre ellos como para no provocar problemas de desabastecimiento en campaña.

Cada cuerpo debía tener el tamaño suficiente como para poder fijar la posición de un ejército enemigo en el campo de batalla, mientras el resto acudía en su auxilio y relevo en menos de un día, llegando incluso a flanquear o envolver al enemigo. Los comandantes de cada cuerpo –normalmente, un mariscal– recibían un lugar y una hora de destino y el resto de la operación corría por su cuenta. Careciendo de experiencia en el mando de una compañía, batallón, regimiento, brigada, división o cuerpo de infantería o caballería en combate y confiando en la experiencia y competencia de sus mariscales, Napoleón no dudaba en cederles la logística y las tácticas en batalla, siempre y cuando cumpliesen con sus objetivos[38]. Se esperaba también que cada cuerpo fuese capaz de realizar incursiones significativas contra el ejército enemigo en las ofensivas[39].

El sistema era ingenioso y se basaba en la concepción original de Guibert y del Mariscal de Saxe[40]. Napoleón lo puso en práctica en casi todas su victorias posteriores –especialmente en Ulm, Jena, Friedland, Lützen, Bautzen y Dresde–, tratando de no resucitar los peligros a los que se enfrentó en Marengo, cuando sus fuerzas se diseminaron demasiado. Las derrotas –particularmente en Aspern-Essling, Leipzig y Waterloo– llegaron cuando no pudo poner el sistema de cuerpos funcionando adecuadamente.

«Durante las Guerras Revolucionarias el plan era extenderse, enviando

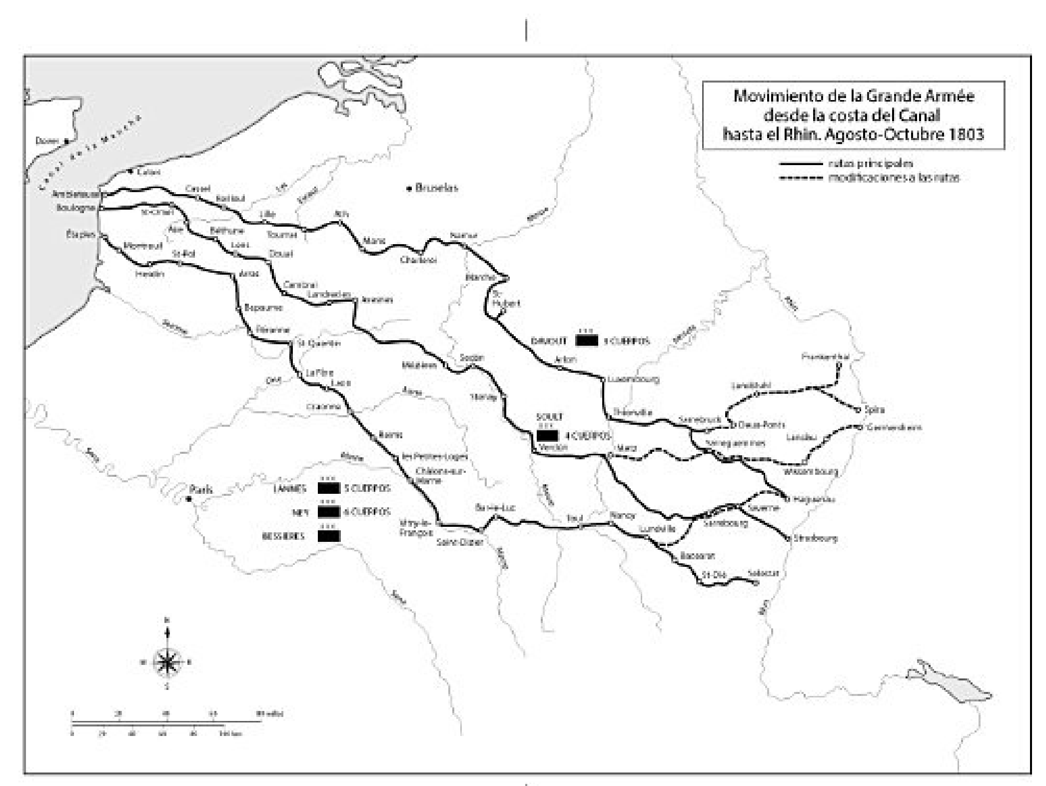
columnas a izquierda y derecha», afirmó años después, «pero no funcionó. Para serte sincero, lo que hizo que ganase tantas batallas fue que la tarde antes de un combate, en lugar de ordenar extender las líneas, traté de que todas nuestras fuerzas convergieran en el punto que quería atacar, congregándolas allí»[41]. Napoleón fue pionero a la hora de hacer operacional un tipo de planteamiento bélico que se situaba entre la estrategia y la táctica. El cuerpo se convirtió en la unidad estándar, adoptada por todos los ejércitos europeos en 1812, y que se mantuvo hasta 1945. Fue su contribución más original al arte de la guerra y su uso primigenio en 1805 puede ser considerado el heraldo del nacimiento de las contiendas modernas.

«Parece que Austria quiere la guerra», escribió a su aliado, el elector Maximilian-Joseph de Baviera el 25 de agosto. «No me explico esta conducta errática; en cualquier caso la tendrá y antes de lo que espera»[42]. Al día siguiente Louis Guillaume Otto, delegado francés en Munich entonces, le confirmó que los austriacos estaban a punto de cruzar el Inn y de invadir Baviera. En previsión, algunas unidades francesas de lo que ya se había pasado a denominar oficialmente la Grande Armée habían partido de Boulogne entre el 23 y el 25 de agosto[43]. Napoleón lo bautizó como «pirueta» y acabó por revelar a sus mandos sobre su plan para invadir Inglaterra: «Bueno, si tenemos que renunciar a eso, entonces asistiremos a la misa de medianoche en Viena a cualquier precio»[44]. El campamento de Boulogne no se desmanteló hasta 1813.

Para mantener a Prusia alejada de la Coalición indicó a Talleyrand que sacrificase Hanover, «pero tiene que quedar claro que es una oferta que retiraré en dos semanas»[45]. Los prusianos se declararon neutrales, pero siguieron insistiendo en la independencia de Suiza y de Holanda. Incluso durante la preparación de una guerra –enviando tres cartas a Berthier el 31 de agosto, dos a Bessières, Cambacérès y Gaudin, respectivamente, y una a Decrès, Eugène, Focuhé y a Barbé-Marbois– Napoleón también se ocupaba de que «se celebren carreras de caballos en los departamentos del Imperio más destacados en la crianza; que se otorguen premios a los caballos más veloces»[46]. Aunque hubiese en esto una aplicación militar, es ilustrativo también del alcance de sus consideraciones incluso durante una crisis, o particularmente en esa situación.

Ese mismo mes declaró también sin vigor la prohibición de bailar cerca de las iglesias, porque «bailar no es malo… Si creyésemos todo lo que dicen los obispos entonces prohibiríamos los juegos de pelota, los divertimentos y las modas y el Imperio se convertiría en un gran convento»[47].

El 1 de septiembre, al abandonar Pont-de-Briques hacia París para solicitar al Senado una nueva leva de 80.000 hombres, Napoleón dijo a Cambacérès que «no queda en Boulogne ni un solo hombre fuera de los necesarios para proteger el puerto»[48]. Impuso una censura absoluta sobre las noticias que se refiriesen al movimiento de tropas, indicando a Fouché que prohibiese a la prensa «mencionar al ejército, como si hubiese dejado de existir»[49]. Alumbró además una idea para trazar los movimientos del enemigo, ordenando a Berthier que lograse que algún intérprete de alemán «siguiese el progreso de los regimientos austriacos, archivando la información en los compartimentos de una caja diseñada para ese propósito… El nombre o el número de cada regimiento se registrará en un naipe y cada naipe se moverá de un compartimento a otro según los movimientos de ese regimiento»[50].



Al día siguiente el general austriaco Karl Mack von Leiberich atravesó la frontera bávara y tomó con rapidez la ciudad fortificada de Ulm, a la expectativa de recibir refuerzos rusos bajo mando del general Mijail Kutuzov, que sumados al resto de fuerzas de la Coalición completarían un total de 200.000 en ese teatro de operaciones. Pero Ulm estaba a una distancia demasiado lejana de las posibles tropas de refuerzo austriacas como para permitirse el lujo de no haber contactado antes con los rusos, que por algún motivo –achacado a errores administrativos, o a los 11 días de diferencia entre los calendarios juliano de Rusia y gregoriano del resto de Europa– no se desplegaron a tiempo[51]. Mientras tanto el archiduque Carlos se preparaba para atacar Italia, donde Napoleón había sustituido a Jourdan por Masséna. Tras advertir a Eugène y a los comandantes de su ejército del ataque austriaco el 10 de septiembre, Napoleón encontró tiempo aquel día para aleccionar a Pierre Forfait, prefecto de Génova de 53 años, con el fin de que no llevase a su joven amante –«una chica romana que no es más que una prostituta»– al teatro[52].

Los siete cuerpos de la Grande Armée, bajo el mando de los mariscales Bernadotte, Murat, Davout, Ney, Lannes, Marmont y Soult, que sumaban un total de 170.000 hombres, se lanzaron hacia el este a una velocidad asombrosa, cruzando el Rhin el 25 de septiembre. Las tropas, encantadas de combatir en terreno seco en lugar de aventurarse por el Canal embarcados en endebles construcciones de suelo plano, marcharon cantando alegres «Le Chant du Départ». No era raro que una semibrigada conociese de memoria más de 80 canciones; además de mantener alta la moral durante las marchas y antes de entrar en combate, los músicos se pluriempleaban como camilleros y como ordenanzas médicos durante la batalla. «Por fin todo va tomando forma», reveló Napoleón a Otto aquel día[53]. Sería la campaña más prolongada en la que se verían involucradas las tropas francesas. Llegadas desde Boulogne, Holanda y muchos otros lugares, el frente se extendió a lo largo de más de 320 kilómetros, desde Coblenza en el norte hasta Friburgo en el sur.

El día antes de que la Grande Armée llegase al Rhin, se extendió un rumor por París que aseguraba que Napoleón había requisado todas las reservas de oro y plata del Banco de Francia para sufragar la campaña y que por lo tanto los billetes en circulación no tenían respaldo suficiente. Aunque en realidad no se había requisado oro, el Banco había puesto en circulación 75 millones de francos

en billetes garantizados solo por 30 millones en reservas. Las multitudes sitiaron el Banco, que empezó a pagar poco a poco, luego dejó de hacerlo y luego volvió a pagar aún más despacio, a 90 céntimos el franco[54]. Napoleón poseía una conciencia aguda de esta crisis, durante la que la policía tuvo que intervenir para sofocar a una muchedumbre en pánico, que temía que volviesen los días de los *assignat* (vid. p. 146). Recelaba de las escasas muestras de confianza de los banqueros parisinos y asumió que era más importante que nunca obtener una victoria rápida y una paz rentable.

Napoleón abandonó Saint-Cloud el 24 de septiembre y se unió al ejército en Estrasburgo dos días después, dejando allí a Josefina y dirigiéndose hacia el Danubio al este de Ulm, tratando de rodear a Mack y cortar el paso a los rusos. Envió al general Georges Mouton para que el elector de Württemberg permitiese el paso al cuerpo de Ney de 30.000 hombres, algo a lo que difícilmente podía negarse, pero cuando el elector demandó que Württemberg fuese proclamado un reino, Napoleón se rio: «Bueno, eso me viene muy bien: ¡que sea rey, si es todo lo que quiere!»[55].

El sistema de cuerpos permitió a Napoleón hacer volverse a su ejército 90 grados una vez cruzado el Rhin. Ségur describió la maniobra como «el mayor cambio de frente jamás conocido» y logró que el 6 de octubre la Grande Armée se dispusiese en una línea hacia el sur, a lo largo de la ruta entre Ulm e Ingolstadt frente al Danubio[56]. Emplazar con agilidad un ejército enorme en la línea de retirada de Mack, antes incluso de que este supiese qué estaba pasando, sin pérdida de tropas, se erige como uno de los más extraordinarios logros militares de Napoleón. «Ya no hay más términos que negociar con los austriacos», expresó a Bernadotte, «excepto el fuego de cañones»[57]. La posterior unión de los contingentes de Baden, Baviera y Württemberg a la Grande Armée terminó de alentarle.

Años después de esta campaña el juguetero de Napoleón fabricó un carruaje en miniatura tirado por cuatro ratones, para entretener a algunos niños cercanos al Emperador. Cuando se detenía, Napoleón les aconsejaba «pellizcar la cola de los dos guías y, cuando arranquen, el resto les seguirán»[58]. Desde finales de septiembre hasta principios de octubre Napoleón pellizcó la cola de Bernadotte y Marmont, empujándoles más allá de Stuttgart, llegando Bernadotte a marchar a través de los territorios prusianos de Ansbach y Bayreuth para enfado privado de

Berlín, aunque sin respuesta pública. «Estoy en la corte de Württemberg, y aunque estemos en guerra escucho una música muy buena», explicó Napoleón a su ministro del Interior Champagny desde Ludwigsburg el 4 de octubre, aludiendo al «extraordinariamente bueno» *Don Juan* de Mozart. «El cantante alemán, sin embargo, parece algo barroco»[59]. A Josefina le indicaba que el clima era excelente y que la hermosa Electora «parece agradable», a pesar de ser la hija de Jorge III[60].

La tarde del 6 de octubre Napoleón se precipitó hacia Donauwörth, en palabras de Ségur, «impaciente por ver el Danubio por primera vez»[61]. La palabra «impaciencia» aflora con frecuencia en la narrativa de Ségur y puede ser considerada una constante en los asuntos militares de Napoleón, y de hecho también en los personales. Todos los que le fueron más cercanos en esta campaña –Berthier, Mortier, Duroc, Caulaincourt, Rapp y Ségur– mencionan su gran impaciencia, incluso cuando los planes iban adelantados.

Aún en Bamberg Napoleón redactó el primero de sus 37 boletines, profetizando desde allí la «total destrucción» del enemigo[62]. «El coronel Maupetit, al frente de la 9ª de Dragones, ha cargado contra la aldea de Wertingen», escribió en el informe sobre la batalla en la que Murat y Lannes habían derrotado a una tropa austriaca el 8 de octubre, «al ser herido mortalmente, sus últimas palabras fueron: “Que el Emperador sea informado de que la 9ª de Dragones se han mostrado a la altura de su reputación y que ha ido a la carga y conquista al grito de *Vive l’Empereur!*”»[63]. Los boletines de Napoleón son una lectura apasionante, incluso como ficción. A través de ellos informaba al ejército de sus encuentros, de la decoración de las ciudades que visitaba, e incluso de la «extraordinaria belleza» de madame de Montgelas, esposa del primer ministro bávaro[64].

El 9 de octubre los franceses vencieron en una pequeña escaramuza en Grünzburg y de nuevo en Haslach-Jungingen el día 11. La noche siguiente a las 11, tras la captura de Munich a manos de Bernadotte, y una hora antes de abandonar Brugau junto al río Iller, se apresuró a escribir a Josefina: «El enemigo ha sido derrotado, ha perdido la cabeza y todo clama por la más feliz de mis campañas, la más corta, la más brillante nunca ejecutada»[65]. Era, sin lugar a dudas, una afirmación arrogante, pero que acabaría por ser cierta. Para prevenir una posible retirada de su posición expuesta, la inteligencia francesa puso al

alcance de Mack a supuestos desertores que informaron a los austriacos de que el ejército francés se encontraba al borde del motín, e incluso de que se rumoreaba que había un golpe en marcha en París.

Con la maniobra envolvente sobre Ulm casi finalizada, el 13 de octubre Napoleón ordenó a Ney que volviese a cruzar el Danubio y tomase los altos de Elchingen, el mayor obstáculo antes de caer sobre Ulm; desde la abadía de esa localidad se contempla una magnífica vista de la planicie aluvial que alcanza hasta la catedral de Ulm, a 10 kilómetros. Ney ejecutó la orden al día siguiente. Estudiando las pendientes de Elchingen, a través de las cuales cargaron los soldados de infantería, carabineros y granaderos para tomar la abadía, se descubre la importancia de la confianza y el *esprit de corps* acerca de los que Napoleón tanto insistía a sus hombres. Durante la batalla un granadero del antiguo Ejército de Egipto cayó de espaldas, herido, y gritó bajo la fuerte lluvia, «¡Adelante!»; Napoleón, que le reconoció, se despojó de su capa y le cubrió con ella, diciéndole: «Intenta devolvérmela y a cambio te daré la condecoración y la pensión que tan bien te has ganado»[66]. En aquella batalla Napoleón estuvo cerca de sufrir un balazo de un dragón austriaco.

Esa noche un ayudante preparó una tortilla a Napoleón, pero no pudo proporcionarle vino ni ropa seca, por lo que el Emperador manifestó con sentido del humor que nunca había salido sin su Chambertin, «incluso en medio del desierto egipcio»[67]. «El día fue terrible», escribió acerca de la captura de Elchingen, «las tropas se hundían hasta las rodillas en el barro»[68]. Pero la conquista de Ulm ya era definitiva.

El 16 de octubre Ségur se encontró con Napoleón en una granja de la aldea de Haslach cerca de Ulm, «dormitando al lado de una estufa y con un tamborilero durmiendo al otro lado». Algunas veces estas siestas duraban 10 minutos, pero le daban energías durante horas. Ségur recordaba la incongruencia de ver «al Emperador y al tamborilero durmiendo lado a lado, rodeado de un círculo de generales y altos dignatarios en pie mientras esperaban sus órdenes»[69]. Al día siguiente Mack inició las negociaciones con la promesa de rendirse si no recibía refuerzos rusos en 21 días. Napoleón, al que empezaban a escasearle las provisiones y no quería desaprovechar la ocasión, le dio un plazo de 6[70]. Cuando Murat derrotó a los refuerzos comandados por el mariscal de campo Werneck, capturando a 15.000 hombres en Trochtelfingen el 18 de

octubre, la noticia cayó sobre Mack como un puñetazo en el abdomen y se vio obligado «a apoyarse contra un muro de su apartamento». Napoleón escribió a Josefina desde Elchingen el día siguiente, afirmando que «después de ocho días empapándome hasta los huesos y con los pies fríos me encuentro algo mal, pero no he salido en todo el día y con eso ya me he recuperado»[71]. En uno de sus boletines alardeaba de no haberse quitado las botas en una semana[72].

Mack rindió Ulm a las 3 de la tarde del 20 de octubre, con 20.000 soldados de infantería, 3.300 de caballería, 59 cañones, 300 carros de munición, 3.000 caballos, 17 generales y 40 pendones[73]. Al no ser reconocido por un oficial francés, que le preguntó por su identidad, el comandante austriaco respondió: «Tienes ante ti al desafortunado Mack»[74]. El sobrenombre perduró. «Mis planes se han cumplido; he destruido el ejército austriaco solo a base de marchas», escribió Napoleón a Josefina, antes de afirmar de modo no muy exacto: «He hecho 60.000 prisioneros, tomado 120 piezas de artillería, más de 90 banderas y más de 30 generales»[75]. En su 7º Boletín afirmó que «no han escapado más de 20.000 hombres de un ejército de 100.000», otra exageración pura y simple, aunque sumase incluso escaramuzas como la de Günzburg[76].

La rendición se materializó en la planicie de Michelsberg, a las afueras de Ulm. Desde la torre *Aussichtsturm*, junto al centro de la ciudad, se puede ver el lugar hoy cubierto parcialmente por un bosque en el que el ejército de Austria se congregó y depositó en el suelo sus mosquetes y bayonetas, antes de marchar cautivo para trabajar en granjas francesas y en obras públicas parisinas. Cuando un oficial austriaco, contemplando el uniforme salpicado de barro de Napoleón, remarcó lo agotadora que debía de haber sido una campaña en un tiempo tan húmedo, este afirmó: «Tu señor quiso recordarme que soy un soldado. Espero que se dé cuenta de que la púrpura imperial no ha hecho que se me olvide mi primer oficio»[77]. Y, dirigiéndose a los generales austriacos cautivos, añadió: «Es una desgracia que personas tan valerosas como vosotros, cuyos nombres se citan entre honores allí donde habéis combatido, seáis víctimas de la estupidez de un gobierno que se dedica a fantasear con proyectos absurdos y que no duda en comprometer la dignidad de su estado»[78]. Trató después de convencerles de que la guerra había sido completamente innecesaria, resultado del soborno de Inglaterra a Viena para proteger a Londres de ser capturada. En uno de sus Órdenes del Día describía a los rusos y austriacos como «*mignons*» de los

ingleses, lo que significa tanto «juguete» como «perrillo», aunque esa palabra también tiene la connotación de «efebo».

Rapp observó cómo Napoleón «estaba exultante de alegría por su triunfo», y tenía todas las razones para estarlo, ya que la campaña había sido fácil y casi sin bajas[79]. «El Emperador ha ideado un nuevo modo de hacer la guerra», afirmaba Napoleón en un boletín, atribuyendo la cita a sus hombres: «usando solo nuestras piernas y nuestras bayonetas»[80].

Casi con un acompasamiento poético –aunque Napoleón no lo averiguaría hasta cuatro semanas después– la Coalición desencadenó su venganza sobre Francia justo al día siguiente. En el cabo Trafalgar, a 80 kilómetros de Cádiz, el almirante Nelson destrozó con sus 27 barcos la flotilla francoespañola de 33, de los que se perdieron 22, sin ninguna pérdida inglesa[******]. Mostrando lo que más tarde se conocería como el «toque Nelson» de liderazgo inspirador, el almirante inglés dividió su flota en dos escuadrones que atacaron con un ángulo de 90º a la línea de la flota conjunta, separando al enemigo en tres grupos de barcos, para hacer trizas a dos de ellos a continuación. Estando la Grande Armeé ya en el Danubio habría sido totalmente innecesario que Villeneuve plantase cara –incluso si hubiese vencido, no habrían podido invadir Inglaterra al menos hasta el año siguiente–, pero las persistentes órdenes de Napoleón de combatir condujeron de cabeza al desastre[*******]. La batalla dio paso al dominio naval de Gran Bretaña durante más de un siglo. Tal y como expresó el filósofo Bertrand de Jouvenel, «Napoleón era dueño de Europa, pero también estaba allí prisionero»[81]. La única compensación –mínima– para Napoleón fue la muerte de Nelson en la batalla. «Lo que tenía Nelson no lo había obtenido él», afirmaría desde Santa Helena. «Fue un don de la naturaleza»[82]. La victoria de Trafalgar permitió a Inglaterra acelerar su guerra económica contra Francia y en mayo de 1806 el gobierno aprobó una *Order-in-Council* –un decreto– que imponía el bloqueo completo sobre la costa europea entre Brest y el Elba.

En lugar de abandonar definitivamente sus sueños invasores, Napoleón continuó gastando enormes sumas de dinero, tiempo y energía tratando de reconstruir una flota con la que pensaba amenazar a Inglaterra solo por la fuerza de los números. Jamás alcanzó a comprender que una flota que pasa siete octavas partes del tiempo en puerto no podía adquirir la pericia naval precisa

para enfrentarse a la Royal Navy, en el apogeo de su capacidad operacional. Un recluta de la Grand Armée era instruido en las armas de fuego, con frecuencia, de camino al frente; sin embargo a los marinos no se les puede enseñar en tierra cómo manejar un barco en medio de la tormenta, o cómo disparar más de una vez desde el mismo lado del barco en un mar ondulante contra un oponente preparado para hacerlo dos o tres veces en el mismo lapso de tiempo[83]. El dominio de Napoleón de la guerra en tierra firme estaba totalmente equilibrado con el dominio inglés en el mar, como demostrarían los sucesos del otoño de 1805.

Ya nada podía detener el avance de la Grande Armée hasta Viena. Aun así quedaba mucho tiempo para que terminase la campaña, porque Napoleón debía detener el ejército ruso de 100.000 hombres de Kutuzov en su camino dirección oeste, donde esperaba reunirse con los 90.000 austriacos bajo mando del archiduque Carlos, procedente de Italia. La esperanza de Napoleón de impedir a Carlos proteger Viena se hizo realidad cuando Masséna logró detener a los austriacos en la dura batalla de Caldiero durante tres días, a finales de octubre.

«Estoy en la gran marcha», dijo Napoleón a Josefina desde Haag am Hausruck el 3 de noviembre. «El tiempo es muy frío; todo el campo está cubierto por un pie de nieve… Afortunadamente no falta la madera; siempre estamos en medio de un bosque»[84]. Aunque él no lo supiese, ese mismo día Prusia firmó el Tratado de Potsdam con Austria y Rusia, prometiendo una «mediación» armada contra Francia subsidiada por Inglaterra. Pocas veces un tratado como este, ratificado el 15 de noviembre, se ha visto tan sobrepasado por los acontecimientos. Federico Guillermo III de Prusia estaba dispuesto a presionar a Francia mientras sus líneas de comunicación fuesen tan extensas, pero se mostró demasiado tímido para el ataque y fracasó a la hora de arrebatar Hanover a Inglaterra como precio por su «mediación».

Napoleón marchaba hacia Viena. La escasez de suministros provocó quejas entre las filas, incluidas las de oficiales tan veteranos como el general Pierre Macon, pero espoleó a sus tropas y el 7 de noviembre dio «las más estrictas órdenes» contra el pillaje, castigando a cientos de infractores en Braunau y otros lugares, arrebatándoles el botín e incluso haciendo que fuesen azotados por sus compañeros, algo muy poco frecuente en el ejército francés[85]. «Ya estamos en

una región vinícola», proclamó a sus tropas desde Melk el 10 de noviembre, aunque solo se les permitiese beber lo que había sido requisado por los intendentes[86]. El boletín terminaba con una andanada, para entonces ya habitual, contra los ingleses, «autores de las desgracias de Europa»[87].

A las 11 de la mañana del 13 de noviembre los franceses tomaron el decisivo puente Tabor sobre el Danubio, a fuerza casi exclusivamente de bravuconería, porque hicieron correr el rumor de que se había firmado la paz y de que Viena había sido declarada ciudad abierta. La artillería y la infantería austriaca, bajo el príncipe y mariscal de campo von Auersperg, estaba dispuesta para el combate, preparando cargas para volar el puente, pero Murat y otros oficiales dispusieron el avance de dos batallones de los granaderos de Oudinot, que «arrojaron el material combustible al río, mojaron la pólvora y cortaron la mecha», con mención incluso a un granadero que supuestamente arrebató una cerilla encendida de manos de un soldado austriaco[88]. La verdad se descubrió demasiado tarde, y Murat ordenó a los austriacos de modo perentorio que abandonasen la zona. Así pues, fue una treta militar la que empujó a Viena a manos francesas, aunque el alto mando austriaco tampoco tenía previsto oponer mayor resistencia que la voladura de los puentes. Napoleón, tras ser informado del éxito, «no cabía en sí de gozo», y se apresuró a ocupar el palacio de los Habsburgo en Schönbrunn, durmiendo allí esa misma noche y entrando en Viena entre fastos al día siguiente con su ejército, mientras Francisco y su corte se retiraban hacia el este al encuentro de los rusos[89]. La única mancha en el triunfo fue la huida de un contingente austriaco de manos de Murat en Hollabrünn el 15 de noviembre.

Ansioso por alcanzar la decisiva victoria que requería, Napoleón abandonó Schönbrunn el día 16, «en un arranque de ira» contra Murat[90]. Con Bernadotte no se encontraba en mejores términos, y sobre él escribió a Joseph: «Me hizo perder un día y de un día depende la suerte del mundo; yo no habría permitido escapar a un solo hombre»[91]. El día 17 ya estaba en Znaïm, y allí averiguó lo ocurrido en Trafalgar. Ordenó que la censura fuese tan estricta que la mayoría de los franceses no alcanzaron a descubrir el desastre hasta 1814[92].

La necesidad de guarnecer las ciudades capturadas y proteger las rutas de suministro supuso la reducción de tropas en marcha hasta los 78.000 efectivos a finales de noviembre, mientras marchaban otros 320 kilómetros para encontrar al

enemigo. Al tiempo que los prusianos amenazaban el norte, los archiduques Johann y Charles avanzaban desde el sur, y Kutuzov aún le adelantaba por el este en Moravia, el ejército francés empezaba a encontrarse demasiado expuesto. Tras una marcha ininterrumpida de tres meses, estaban hambrientos y cansados. El capitán Jean-Roch Coignet, de la Guardia Imperial, estimó que había recorrido 1.120 kilómetros en seis semanas. En una de las cláusulas del posterior tratado de paz Napoleón exigió zapatos como parte de las reparaciones de guerra.

Napoleón se mostró «sorprendido y encantado» por la rendición de Brünn –la actual Brno– el 20 de noviembre, repleta de armas y provisiones, y que se convirtió en su base[93]. Al día siguiente se detuvo a 15 kilómetros al este de la ciudad «en un pequeño montículo a un lado del camino» llamado Santon, cerca del pueblo de Austerlitz –el actual Slavkov– y ordenó que se excavase su parte inferior en el lado del enemigo, para hacerlo más escarpado[94]. Cabalgó después por la zona, observando minuciosamente sus dos lagos y sus áreas más desprotegidas, «deteniéndose varias veces en los puntos más elevados», sobre todo en una planicie llamada «Alto de Pratzen», antes de proclamar entre sus colaboradores: «Caballeros, examinad con cuidado este terreno. Va a ser un campo de batalla y tenéis un papel que jugar sobre él»[95]. La versión de Thiébault dice: «Mirad bien estas alturas; aquí estaréis luchando antes de dos meses»[96]. Durante ese mismo reconocimiento, al que sumó las aldeas de Grzikowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz, Tellnitz y Mönitz, Napoleón dijo a los suyos: «Si quisiese detener el avance del enemigo me situaría aquí; pero entonces solo sería una batalla ordinaria. Si, por otra parte, abandono mi derecha retirándome hacia Brno, [incluso] aunque fuesen trescientos mil, se verían atrapados en *flagrante delito* y, espero, que perdidos»[97]. Desde un principio, por lo tanto, Napoleón planeaba una batalla aniquiladora.

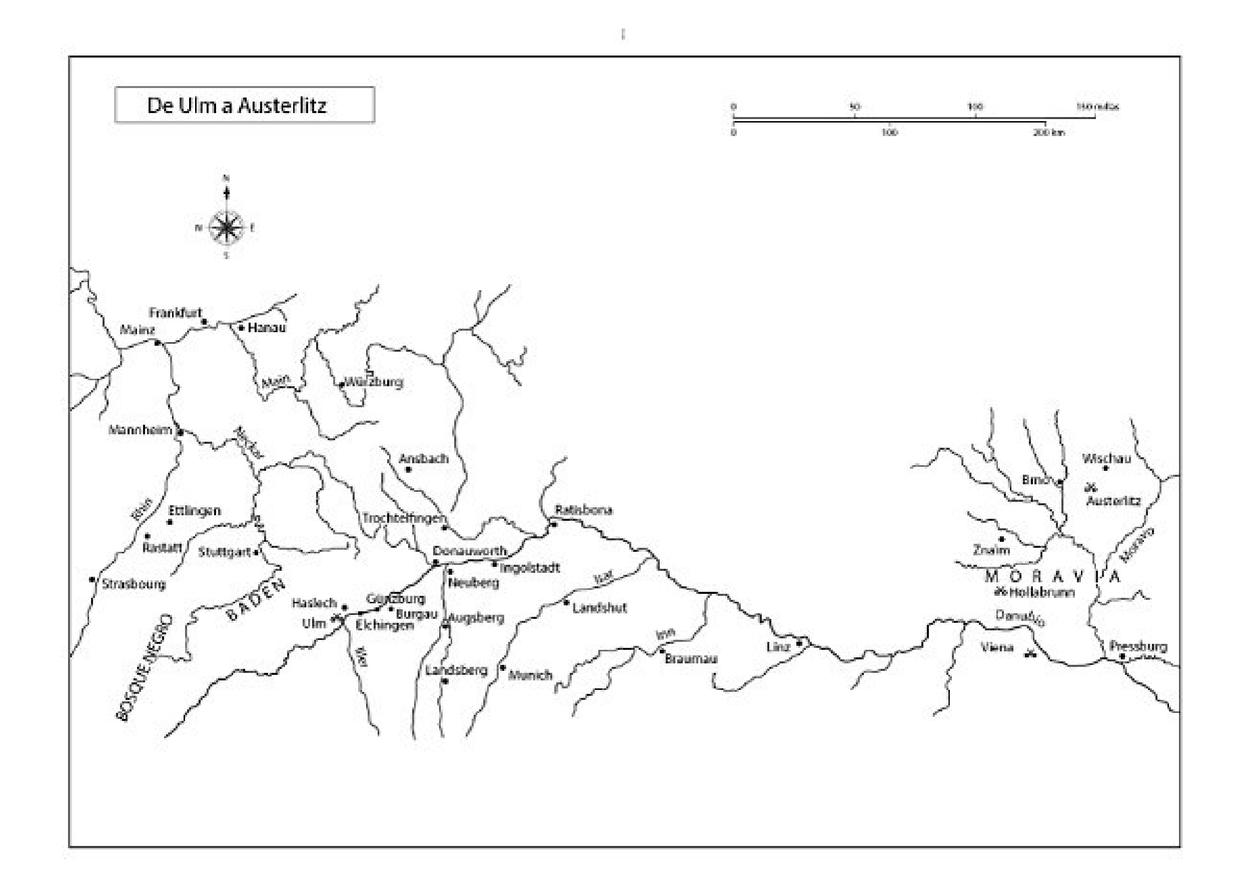
Rusia y Austria habían ideado un plan para atrapar a Napoleón entre los dos ejércitos. El grueso del ejército, con los dos emperadores, marcharía hacia el oeste desde Olmütz con un total de 86.000 hombres, mientras el archiduque Fernando atacaría por el sur desde Praga a la retaguardia de Napoleón. El general francés permaneció en Brno hasta el 28 de noviembre, dando un descanso a sus tropas. «Cada día que pasa se incrementa el peligro por nuestra posición aislada y distante», precisó Ségur, y Napoleón decidió utilizar esa

circunstancia a su favor[98]. En una reunión con dos enviados austriacos en Brno el 27 de noviembre, el conde Johann von Stadion y el general Giulay, fingió preocupación por su posición y por el cansancio generalizado, ordenando retirarse a algunas unidades en presencia de los austriacos, esperando así suscitar la confianza del enemigo. «Los rusos creyeron que los franceses no se atreverían a entrar en combate», escribió el general Thiébault sobre la estratagema.

> Los franceses abandonaron todos los puntos amenazados, dejando aquella noche Eischau, Rausnitz y Austerlitz; se retiraron unos 15 kilómetros sin detenerse y se agruparon en lugar de tratar de amenazar los flancos rusos. Estos signos de titubeo e inquietud, esta impresión de repliegue, se les presentaron como la prueba definitiva de que nuestro ímpetu decaía y como presagio seguro de su victoria[99].

Napoleón se dirigió aún con más rudeza hacia el enviado de Federico Guillermo, el conde Christian von Haugwitz, al día siguiente, rechazando cualquier idea de «mediación», para abandonar después la reunión camino de Stara Posta, una posada en Posorsitz.

Tras averiguar por medio de un desertor que las tropas de la Coalición se iban a lanzar a la ofensiva, y por medio del servicio de inteligencia de Savary que no aguardarían a la llegada de los 14.000 refuerzos rusos, Napoleón congregó a sus hombres. Con Marmont en Graz, Mortier en Viena, Bernardotte vigilando Bohemia desde la retaguardia, Davout avanzando hacia Pressburg, y analizando la –por el momento– calmada Hungría, mientras Lannes, Murat y Soult se desplegaban en el eje Brno-Wischau-Austerlitz, Napoleón precisaba reunirlos a todos para la batalla. Se encontró con el arrogante ayuda de campo del zar Alejandro, el joven de 27 años príncipe Peter Petrovich Dolgoruky, en la carretera de Olmütz, a las afueras de Posorsitz, el 28 de noviembre: «Conversé con ese mocoso», contó Napoleón al elector Federico II de Württemberg una semana después, «y me habló como lo habría hecho con un boyardo al que fuese a enviar a Siberia»[100]. Dolgoruky le exigió que entregase Italia al rey de Cerdeña y Bélgica y Holanda a un príncipe prusiano u holandés. Recibió la seca respuesta previsible, pero Napoleón le entretuvo hasta que se cercioró de que avistaba lo que parecían ser maniobras de retirada[101].



Un centinela de la 17ª Ligera había escuchado las demandas del ruso. «Ves, esos se creen que nos van a engullir», le dijo Napoleón; a lo que el vigía replicó: «Dejémosles y pronto veremos cómo se atragantan»[102]. Napoleón recuperó entonces el buen humor. Estos intercambios, breves pero sentidos, con los soldados rasos eran inconcebibles para casi todos los generales aliados, pero formaban parte integral del impacto de Napoleón entre sus hombres. Esa noche, tras convocar urgentemente de vuelta a Bernadotte y Davout, que en el segundo provocaron un traslado de más de 110 kilómetros en solo dos días, Napoleón durmió en la Stara Posta.

El plan original consistía en que Soult, Lannes y Murat lanzasen un ataque a modo de señuelo contra los 69.500 soldados de infantería, 16.565 de caballería y 247 cañones de Rusia y Austria, mientras Davout y Bernadotte se incorporaban a la batalla una vez iniciada, cuando los puntos más débiles del enemigo estuviesen al descubierto. A pesar de que Napoleón solo disponía de 50.000

soldados y 15.000 caballos, contaba también con 282 cañones, y había podido concentrar más tropas en Austerlitz de los que los aliados –con unos servicios de inteligencia deficientes– ni siquiera sabían que disponía. Para hacer creer todavía más al enemigo que él estaba pensando en retirarse, ordenó a Soult que abandonase la planicie de Pratzen aparentando una prisa excesiva. A pesar de su nombre, la planicie consistía más en ondulaciones que en terreno escarpado, que permitían ocultar a un número de tropas relativamente alto hasta llegar al punto de encuentro, y además cierto número de ellos realizaron maniobras de distracción, como marchar cuesta arriba mientras recibían fuego.

Los días 29 y 30 de noviembre se dedicaron al reconocimiento y revista, cubriendo la loma de Santon de trincheras que aún hoy se pueden observar, y esperando a la llegada de Davout y Bernardotte. «Acampado los últimos cuatro días entre mis granaderos», escribió a Talleyrand a las 4 de la tarde del día 30, «solo puedo escribir de rodillas, por lo que hasta ahora no he podido escribir a París; aparte de eso me encuentro muy bien»[103].

Para los aliados la planicie de Pratzen también era importante; su plan, obra del jefe de estado mayor austriaco, el general Franz von Weyrother, era que el general Friedrich von Buxhöwden supervisase el ataque de tres de las cinco columnas desde el altiplano hasta el flanco derecho francés, al sur; después retornarían hacia el norte para envolver a la línea gala mientras todo el ejército se agrupaba. De este modo estaban congregando demasiados hombres en un terreno baldío, al sur del campo de batalla, donde podían ser controlados por un efectivo menor de franceses, mientras dejaban campo abierto en la zona central para el contraataque de Napoleón[104]. El zar Alejandro aprobó el plan, aunque el comandante de campo Kutuzov se opuso. En el caso francés la estrategia procedió de una sola autoridad.

El miembro de la Guardia Imperial Thomas Bugeaud escribió a su hermana el 30 de noviembre, explicándole que a cuatro kilómetros del enemigo «el Emperador vino aquí y durmió en su carruaje en medio de nuestro campamento… Caminaba constantemente por todos los campamentos, charlando con los soldados y los oficiales. Nos congregábamos cerca de él. Oí muchas veces sus palabras; eran sencillas y giraban siempre en torno al deber militar». Napoleón les prometió mantenerse a distancia mientras fuesen venciendo, «pero, si por desgracia dudáis un solo momento, entonces volaré entre las filas para

restaurar el orden»[105].

El 1 de diciembre Napoleón fue informado de que Bernadotte ya estaba en Brno y llegaría al día siguiente, por lo que la batalla podía comenzar. Tras dar las órdenes pertinentes, a las 6 de la tarde dictó instrucciones para fundar una escuela en Saint-Denis para hijas de miembros de la Legión de Honor[106]. Más tarde, a las 20.30, dictó las disposiciones generales para la batalla que se avecinaba, últimas palabras suyas sobre el papel antes del boletín posterior. Aquella misma noche, tras una cena al aire libre a base de patatas y cebollas fritas, anduvo de fuego en fuego con Berthier charlando con sus hombres. «No había luna y la oscuridad de la noche se incrementó por una niebla cada vez más espesa», observó uno de ellos, por lo que elaboraron antorchas con hojas y paja, y los cazadores montados de la Guardia las portaron. Cuando se iban acercando a cada fuego de campamento, «en un instante, como por ensalmo, podíamos ir viendo a lo largo de nuestra línea cómo los fuegos se avivaban con miles de antorchas en manos de los soldados»[107]. Louis-François Lejeune, a las órdenes de Berthier, que acabaría siendo uno de los más destacados pintores de las batallas napoleónicas, añadía: «solo aquel que conoce lo difícil que es encontrar algo de paja para dormir en campo abierto puede apreciar el sacrificio que hicieron aquellos hombres al quemar sus lechos para iluminar el alojamiento de su general»[108]. Los vítores a Napoleón, según Marbot, se agudizaron por el buen presagio que acarreaba el primer aniversario de la coronación, al día siguiente. Los austriacos interpretaron que las antorchas eran para incendiar el campamento antes de la retirada, dando un ejemplo clásico de disonancia cognitiva, por el que las distintas pistas se hacen encajar a la fuerza en lo que ya se había asumido previamente.

Thiébaut tomó nota de algunas de las conversaciones. En un momento dado Napoleón prometió que, si la batalla tomaba mal cariz, él mismo se dirigiría al lugar más peligroso, a lo que un soldado de la 28ª División respondió: «Le prometemos que mañana solo tendrá que luchar con la mirada». Cuando preguntó a las semibrigadas 46ª y 57ª si el suministro de cartuchos era suficiente, otro replicó: «No, pero como los rusos creen que estamos en Grison [cantón suizo] nos las arreglaremos con las bayonetas. ¡Ya verá mañana!»[109]. Thiébaut recogió además que los hombres «bailaron una *farandoule*[********] gritando ¡Viva el Emperador!»[110].

A las 04.00 del lunes, 2 de diciembre de 1805, las tropas francesas se colocaron en su posición inicial sobre el campo de batalla de Austerlitz, casi ocultas por la densa niebla que cubría el terreno irregular, incrementando el error del alto mando aliado sobre las verdaderas intenciones de Napoleón en los primeros compases de la batalla. «Nuestras divisiones se fueron arremolinando en la noche brillante y helada», observó Thiébault. «Para confundir al enemigo reavivamos los fuegos que indicaban nuestra retirada»[111].

Napoleón observaba el terreno desde mucho antes del amanecer, y a las 6 de la mañana reunió a los mariscales Murat, Bernadotte, Bessières, Berthier, Lannes y Soult, junto con otros altos oficiales, como el general Nicolas Oudinot, en su cuartel general en una loma en el centro izquierda del campo de batalla, llamada Žurán, que le otorgaría más tarde una visión excelente del centro de la batalla en la planicie de Pratzen, pero que le ocultaba las aldeas de Sokolnitz y Tellnitz, donde se desarrollaron los primeros embates. La reunión se prolongó hasta las 7.30, momento en el que Napoleón se cercioró de que todos habían comprendido lo que se necesitaba que hiciesen.

Su plan consistía en mantener el flanco derecho en inferioridad para empujar al enemigo a atacar por el sur, aunque estuviese bien resguardado por un destacamento de Davout, mientras la infantería de Lannes y la caballería de reserva de Murat mantenían el flanco izquierdo por el norte en Santon, lugar en el que emplazó 80 cañones. La 3ª División de las tropas de Soult, con el general Claude Legrand, aguantaría la embestida austriaca por el centro, mientras el cuerpo de Bernadotte –desplazado desde Santon para volver a formarse entre Grzikowitz y Puntowitz– desencadenaría el ataque más importante. Soult la emprendería contra Pratzen, a manos de las divisiones de Saint-Hilaire y Vandamme, tan pronto como las tropas aliadas lo abandonasen para atacar a los franceses por el sur.

«Atacad», les explicó Napoleón acerca de su táctica, «y después esperad y observad»[112]. La Guardia Imperial, la caballería de reserva de Murat y los granaderos de Oudinot servirían como refuerzo de emergencia en el flanco sur, o para envolver al enemigo una vez tomada la altura de Pratzen. En los archivos estatales bávaros se conserva un boceto del desarrollo de la batalla que ilustra lo cerca que estuvo del concepto original. A pesar de que Napoleón solía modificar

sus planes según dictasen las circunstancias, en algunas ocasiones todo se desarrollaba según lo previsto: Austerlitz fue una de ellas.

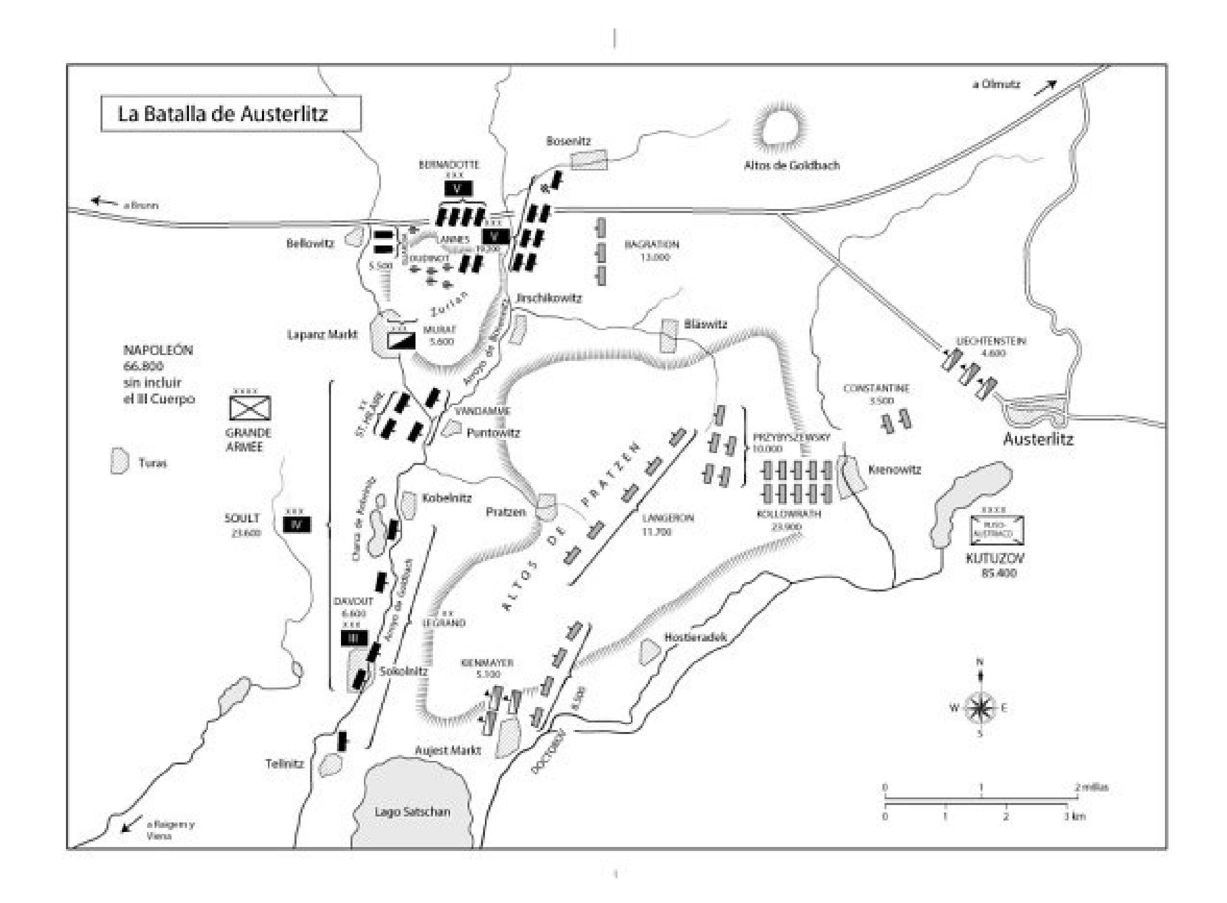
Poco después de las 7, incluso antes del final de la reunión y de la formación de las tropas de Soult, la batalla comenzó en Tellnitz al ser atacado Legrand por los austriacos, según lo previsto. A las 7.30 los hombres de Soult formaron en Puntowitz para empujar a los aliados a pensar que se movían hacia el flanco derecho, cuando en realidad atacarían la planicie de Pratzen y caerían en el centro del campo de batalla. Los rusos, que entablaron casi todos los combates aquel día, se empezaron a mover hacia el sur de Pratzen en dirección al flanco derecho francés, debilitando el centro. Los aliados ya habían capturado Tellnitz y Sokolintz a las 8.30, pero 15 minutos después un contraataque de Davout, que dirigió personalmente una de las brigadas, devolvió la última a manos francesas. Mientras se adentraba en la aldea, este mariscal de 35 años, que combatía por primera vez en una batalla de importancia, recibió una llamada urgente de auxilio de los defensores de Tellnitz, y envió a su cuñado, el general Louis Friant, con la 108ª Línea, para recuperar la aldea, envuelta en humo, de manos rusas. La gran 2ª División de Friant, en un momento dado, se vio reducida a la mitad de sus efectivos, con 3.200 hombres, pero a pesar de empequeñecerse no se quebró. Como ocurre con frecuencia en la era de la pólvora, los incidentes relacionados con el fuego amigo fueron numerosos, como cuando la 108ª Línea y la 26ª Ligera intercambiaron disparos a las afueras de Sokolintz, deteniéndose solo al avistar las águilas de sus divisas.

Legrand se encontraba defendiendo Sokolintz con dos semibrigadas; una de ellas, los corsos de Tirailleurs, recibían el sobrenombre de «Primos del emperador». Se encaraba con doce batallones de infantería rusa, que avanzaban hacia una granja de faisanes rodeada por un muro a las puertas de la aldea, defendida por cuatro batallones franceses. Durante la ofensiva la 26ª Ligera cayó sobre Sokolintz haciendo huir a cinco batallones rusos, mientras la 48ª Semibrigada Ligera repelía a otros 4.700 hombres. Sin embargo, a las 9.30 los rusos ya asediaban el castillo de Sokolnitz; de los 12 altos mandos franceses, 11 estaban muertos o heridos. Como suele ocurrir, fue la última oleada de hombres formados y frescos la que decidió la batalla, justificando la política de Napoleón de mantener siempre una reserva. Los 10.000 soldados de Davout habían neutralizado a las 10.30 a los 36.000 del enemigo, sustituyendo poco a poco a la

caballería por la infantería y la artillería. Davout proporcionó a Napoleón el tiempo que necesitaba para dominar el centro, y además le permitió mejorar su situación allí, sumando 35.000 tropas contra los 17.000 rusos y austriacos en el punto decisivo del campo de combate, la planicie de Pratzen.

Napoleón esperaba impaciente en Žurán a las 9.00, cuando dos de las cuatro columnas enemigas abandonarían Pratzen. «¿Cuánto tardarán tus tropas en coronar el altiplano?», preguntó a Soult, que respondió que le bastaría con 20 minutos. «Muy bien, esperaremos otro cuarto de hora». Una vez transcurrido el plazo Napoleón concluyó: «¡Acabemos con esta guerra con un trueno!»[113]. El ataque habría de comenzar por la división de Saint-Hilaire, oculta entre las ondulaciones y las persistentes nieblas del valle del Goldbach. El sol salió a las 10, disipando la bruma y convirtiendo «el sol de Austerlitz» en una imagen icónica del genio y la suerte de Napoleón. Soult arengó a la 10ª Ligera, les dio una ración triple de coñac y les envió pendiente arriba. Francia adoptó la combinación de línea y columna de ataque llamada *ordre mixte*, con una línea de avanzadilla al frente, que cargó contra la cuarta columna rusa mientras esta se dirigía al altiplano. En vista del riesgo, Kutuzov envió a los austriacos de Kollowrath a tapar los huecos en la formación de las columnas. La fiera batalla que se produjo no dejó prisioneros y casi ningún herido salió con vida.

Saint-Hilaire tomó la aldea de Pratzen junto con gran parte del terreno de la planicie, en un combate encarnizado. La clave de la victoria parece que recayó en el consejo del coronel Pierre Pouzet, que recomendó lanzar un nuevo ataque bajo condiciones muy adversas, con el fin de evitar que el enemigo recontase sus menguantes tropas, que retrocedieron para recuperar las armas abandonadas en su anterior huida. Saint-Hilaire alcanzó la planicie a las 11.30 y Soult envió más hombres que los rusos, a medida que se iban presentando. Una vez más la 57ª Línea «*Les Terribles*» sobresalió.



Kutuzov se sumió en el desaliento al contemplar cómo 24.000 franceses se lanzaban contra los 12.000 aliados que resistían en el alto; hizo cambiar de dirección a la última de las columnas que se dirigía al sur, pero demasiado tarde. Napoleón, observando desde Žurán y recibiendo informes constantes de sus ayudantes de campo, contempló las densas columnas que se desplazaban por las pendientes de Pratzen, y a las 11.30 ordenó avanzar a Bernadotte. Cuando este solicitó que le acompañase la caballería, recibió una respuesta brusca: «No puedo malgastarla». No cabe esperar mucha cortesía en el campo de batalla, y además era la pura verdad, pero, si había alguien que ocupase el papel opuesto a un favorito en la corte de Napoleón, ese era Bernadotte.

A las 11 la división de Vandamme ya había arrasado el cuartel general del zar Alejandro, en la colina Vinohrady Stare del Pratzen, bajo el entusiasmo salvaje acompañado del sonido de las bandas militares congregadas, «suficiente para hacer bailar a un paralítico», en observación de Coignet. El gran duque Constantino envió a 30.000 hombres de la Guardia Imperial Rusa, incluida la caballería, para acabar con Vandamme, sacudiendo fuertemente sus filas con el

golpe. La 4ª Línea que, aunque estaba encabezada por el mayor Bigarré, tenía a Joseph Bonaparte como coronel honorario, recibió el ataque de la Guardia Rusa; se quebró, giró y huyó, pero sus hombres tuvieron la suficiente presencia de ánimo como para gritar «*Vive l'Empereur!*» mientras pasaban corriendo junto a Napoleón[114].

El general envió a las 13.00 a Bessières y Rapp, con cinco escuadrones de la caballería de la Guardia y otros dos más tarde, incluido uno de mamelucos, en auxilio de Vandamme, para que retomase la iniciativa en Pratzen frente a la Guardia Imperial Rusa. Marbot presenció la llegada de Rapp, con el sable roto y una herida de espada en la cabeza, acompañado de las banderas capturadas, que mostró al Emperador junto con su prisionero, el príncipe Nicolai Repnin-Volkonski, comandante de un escuadrón de la Guardia Imperial. «Un cazador herido de muerte presentó su estandarte y cayó muerto en ese mismo momento», observó un testigo[115]. Cuando François Gérard pintó la batalla, Napoleón le pidió que escogiese el momento de la llegada de Rapp. El mameluco Mustafá fue recibido con menos magnificencia, porque, aunque también llevó un estandarte, dijo a Napoleón que, de haber matado al gran duque Constantino, también le habría llevado su cabeza, a lo que el Emperador replicó: «¿No puedes cerrar la boca, salvaje?»[116].

En la zona norte del combate Murat y Lannes se enfrentaron al general Piotr Bagration, que sufrió cuantiosas bajas. A mediodía Napoleón tenía motivos para estar satisfecho. Soult había tomado la planicie de Pratzen, los defensores de Santon mantenían las líneas estables en el norte y Davout permanecía firme en el sur. A las 13.00 trasladó su cuartel general a la Stare Vinohardy, desde donde podía observar el valle del Goldbach y trazar el plan para aniquilar al enemigo. El chambelán Thiard presenció la llegada de Soult y el halago que recibió por su brillante papel. «En todo caso, *monsieur le Maréchal*, contaba principalmente con su Cuerpo para vencer hoy», afirmó[117]. Napoleón envió después a las división de Saint-Hilaire y Vandamme rodeando la retaguardia de los rusos, que seguían luchando en Sokolnitz y, a pesar de la inferioridad numérica de 3 a 1, Davout ordenó un ataque general entre Tellnitz y esa aldea. A las 14.00 el resultado de la batalla ya era evidente.

Con el altiplano de Pratzen ocupado por Bernadotte, Napoleón ya podía

enviar a Oudinot, Soult y la Guardia Imperial para que envolviesen a Buxhöwden, mientras la caballería de Davout atacaba en torno a la aldea de Augedz, al sur. Poco después cambió rápidamente Pratzen por la ermita de San Antonio, desde la que podía contemplar toda la zona de lagos, para dirigir el último asalto de la batalla. Las tropas rusas de Buxhöwden se dividieron y huyeron hacia el este por los lagos helados, que Napoleón ordenó bombardear. Este incidente creó el mito de que miles de rusos se habían ahogado al romperse el hielo, pero las excavaciones recientes en ese terreno y en el lago Statschan han revelado solo una docena de cadáveres y un par de cañones[118]. En todo caso los aliados sufrieron grandes bajas en su huida, con la caballería francesa a escasa distancia y con las bombas descargando sobre ellos desde un alto. Los soldados a caballo de Austria carecían de parte trasera en el peto, lo que les daba ligereza al atacar pero les hacía muy vulnerables a las espadas y las lanzas y a la metralla de los morteros al retirarse. Un regimiento ruso y dos batallones austriacos encerrados en el castillo de Sokolnitz fueron masacrados, pero se permitió la rendición a gran escala al resto, tanto en la granja de faisanes como en otros lugares, mientras las bandas francesas entonaban «*La Victoire est à nous*».

Napoleón regresó a la Stara Posta a las 10 de la noche. «Como cabe imaginar», observa Moarbot, «estaba radiante, aunque expresó pesar varias veces» porque el regimiento de su hermano Joseph hubiese perdido su águila a manos del hermano de Alejandro, el gran duque Constantino[119]. Al día siguiente reprendió a los soldados por la pérdida causada por la caballería de la Guardia Rusa. A pesar de no formar parte del regimiento, un espectador del rapapolvo apuntó que «sentí en carne propia la humillación. Rompí en un sudor frío y mis ojos se llenaban a ratos de lágrimas. No me cabe duda de que aquel regimiento, de entrar en acción en ese mismo instante, habría hecho milagros»[120].

«Soldados de la Grande Armée», escribió Napoleón con su retórica habitual al ejército triunfante, la noche después de Austerlitz:

> Incluso en este momento, antes de que este gran día pase y se pierda en el océano de la eternidad, vuestro emperador os quiere hablar y expresaros su

> satisfacción por la conducta de todos aquellos que habéis tenido la buena fortuna de combatir en esta batalla memorable. ¡Soldados! Sois los guerreros más grandes del mundo. ¡El recuerdo de este día y de vuestras hazañas será eterno!
>
> De aquí en adelante, durante miles de años, siempre que los acontecimientos universales sigan siendo narrados, se dirá que vosotros aniquilasteis un ejército ruso de 76.000 hombres, pagado por el oro de Inglaterra, en las llanuras de Olmütz[121].

Añadió que habían capturado 140 cañones y 10.000 prisioneros, «dejando 26.000 muertos en el campo de batalla». Al día siguiente rebajó el número de cañones hasta los 120, pero triplicó el número de prisioneros, sumándole 20 generales. Las fuentes modernas más fiables sitúan la cifra de pérdidas rusas y austriacas en 16.000 muertos y heridos, incluyendo 9 generales y 293 oficiales, y 20.000 prisioneros, así como 186 cañones, 400 carros de munición y 45 estandartes[122]. Las bajas francesas sumaron 8.279, de las cuales solo 1.288 murieron. De los heridos, 2.476 precisaron cuidados prolongados; teniendo en cuenta que la división de Saint-Hilaire había sufrido un 23% de bajas y la de Vandamme, un 17%.

A pesar de que un gran número de rusos aún no habían entrado en combate, que el archiduque Carlos proseguía su trayecto desde Italia, y Prusia amenazaba con declarar la guerra a Francia, y que los aliados en teoría podrían haber continuado combatiendo, el temple de Austria se quebró en Austerlitz, y lo mismo le ocurrió a Alejandro, que se replegó en Hungría. El príncipe Johann de Liechtenstein alcanzó la Stara Posta poco después para negociar la paz. «Puede que nunca», apuntó el general Dumas, «se haya tratado en ningún palacio de un estado europeo soberano un asunto de tal importancia como en aquel habitáculo miserable»[123]. Napoleón resumió la victoria a Joseph afirmando que el enemigo «se había visto cogido *en flagrante delicto* al maniobrar». Se ve que le había cogido afición a esa expresión. Fue igualmente sucinto en su carta a Josefina: «He derrotado a los ejércitos ruso y austriaco, comandados por los dos emperadores. Estoy algo cansado. He dormido al raso ocho días, con el frío nocturno… El ejército ruso no solo ha sido derrotado; ha sido destrozado»[124]. Un plan brillante, el conocimiento del terreno, la extraordinaria planificación, un

temple a punto, la disciplina y el entrenamiento inculcados en Boulogne, el sistema de cuerpos de ejército, el aprovechamiento de la superioridad numérica momentánea en un punto decisivo, un *esprit de corps* incalculable, el desempeño admirable de Friant, Davout, Vandamme, Soult y Saint-Hilarie y un enemigo dividido y por momentos incompetente –Büxhowden estaba bebido durante la batalla– habían otorgado a Napoleón la mayor victoria de su carrera[*********].

---

[*] En el Royal Hospital de Chelsea, Londres, pueden verse hoy seis de estas insignias y muchas otras en el Museo del Ejército de Los Inválidos.

[**] Nombre por el que se conocía a la unión de los reinos de Nápoles y Sicilia desde 1443.

[***] La expresión «nación de tenderos» la empleó por primera vez Adam Smith en su obra *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776 y traducida al francés en 1802.

[****] «*Eh bien, mon Prince*, Génova y Lucca ya no son más que posesiones de la familia Bonaparte», primera frase de *Guerra y Paz*, aunque la persona que lo dice, Anna Pavlovna Scherer, se equivocaba con respecto a Génova, que era un departamento del Imperio.

[*****] La pretensión de Émile, hija de Pellapra y princesa de Chimay, de ser el fruto de aquella unión es falsa, porque nació en enero (Pellapra, *Hija de Napoleón*, passim). Pellapra fue una distracción secundaria con respecto a su otra amante, Adèle Duchâtel, esposa del Consejero Estatal Charles-Jacques Duchâtel. Adèle recibió del Emperador 6.000 francos el 22 de diciembre de 1804 y otros 19.000 francos el 10 de enero de 1805 (Branda, *Le prix de la gloire*, p. 57). No se mostró demasiado impresionada por su desempeño en la alcoba y se lo dijo. «La emperatriz dijo que eras un inútil», afirmó riéndose de él, o puede que con él. «Era como decir que fue una pérdida de tiempo» (Tulard, *Dictionnaire amoureux*, p. 218). Algo sorprendente para alguien tan orgulloso en otros aspectos de su vida, a Napoleón no pareció importarle. No solo se gastó el

dinero con ella en esa época; madmoiselle Grassini recibió también 15.000 francos en julio de 1805. Es probable que en esas fechas incorporase a alguien más a su lecho, porque a principios de junio su contabilidad refleja un pago de 24.000 francos dado a «una hermosa genovesa» (Branda, *Le prix de la gloire*, p. 57).

[******] Eso en cuanto a los barcos. Los ingleses perdieron 1.666 hombres y Francia y España, 13.781.

[*******] Villeneuve fue capturado en Trafalgar, pero se le permitió regresar a Francia; se suicidó en Rennes en abril de 1806.

[********] Una danza en grupo típica del Niçois, parecida a la giga o a la gavota.

[*********] Las batallas de Napoleón, especialmente las más famosas, fueron debatidas ampliamente y analizadas en detalle en toda Europa, y a lo largo del siglo XIX formaron parte de la memoria colectiva y del acervo cultural del continente. En 1807 el hermano del Zar, el gran duque Constantino, dijo a un miembro del mando de Davout que quien había ganado Austerlitz había sido la 48ª Semibrigada de Friant.

17. JENA

Prusia fue incubada en una bola de cañón.

Atribuido a Napoleón

Cuando recibo los informes mensuales sobre mis ejércitos y mi armada, que suman veinte gruesos volúmenes… los leo con mayor placer que una damisela leyendo una novela.

Napoleón a Joseph, agosto de 1806

La mañana después de Austerlitz, tras cambiarse por primera vez de camisa en ocho días, Napoleón cabalgó por el campo de batalla. A la orilla del lago Satschan observó a un sargento lituano herido en la ingle, derrumbado sobre un bloque de hielo. «La sangre hacía brillar el hielo rojo –apuntó Marbot–, una visión horrible»[1]. El sargento atrajo la atención de Napoleón, que envió a dos oficiales a sacarle del agua. Tras agasajarle con ron, le preguntó si había disfrutado del baño[2]. Más tarde se uniría a la Guardia de lanceros.

Al día siguiente Napoleón acusó recibo de la solicitud del emperador Francisco para una entrevista, y ambos se encontraron por primera vez a las 2 de la tarde en torno a un fuego encendido a los pies del molino de Spaleny Mlyn, a 16 kilómetros al suroeste de la carretera de Austerlitz a Hungría. Se abrazaron con cordialidad y hablaron durante 90 minutos. «Quería la paz inmediatamente –dijo Napoleón a Talleyrand–, y apeló a mis sentimientos más profundos»[3]. Mientras cabalgaba de nuevo, Napoleón dijo a sus hombres: «Caballeros, volvemos a París; la paz está hecha»[4]. Partió después a Austerlitz para visitar al herido Rapp. «Una escena curiosa, para la reflexión de los filósofos», observó uno de los presentes. «Un emperador de Alemania abajándose humildemente a pedir la paz al descendiente de una pequeña familia corsa, subteniente de artillería poco tiempo atrás, que había elevado el talento, la buena suerte y el

coraje de los soldados franceses hasta la cumbre del poder, convirtiéndolos en árbitros del destino de Europa»[5]. Napoleón no plasmó sus ideas sobre Francisco por escrito al dirigirse a Talleyrand. «Te diré oralmente lo que pienso de él». Años después afirmaría que Francisco «poseía tal moral que no hizo el amor con más mujeres que las suyas», que fueron cuatro[6]. Menos caritativo se mostró en su evaluación del zar Alejandro de Rusia, quien no había pedido la paz. En una carta a Josefina escribió: «No ha mostrado ni talento ni valor»[7].

Talleyrand aconsejó a Napoleón aprovechar la oportunidad de convertir a Austria en un aliado, «y en una muralla necesaria y suficiente contra los bárbaros», refiriéndose a los rusos[8]. Napoleón lo rechazó, convencido de que, mientras Italia siguiese siendo francesa, Austria se mostraría belicosa y resentida. Como afirmó un amigo del general Thiébault aquel año: «Podía sojuzgar, pero no reconciliar»[9].

Poco después de la batalla declaró que todas las viudas de los soldados caídos en la batalla recibirían una pensión vitalicia de 200 francos anuales, y 6.000 en el caso de los generales. Se comprometió también a proporcionar un empleo a sus hijos, y les permitió añadir «Napoleón» a su nombre de pila. Podía costear todos estos gastos gracias a la vuelta de la confianza financiera que atravesaba el país, con los bonos gubernamentales escalando del 45% al 66% de su valor nominal tras conocerse la victoria[10]. Aun así, no perdonó a los banqueros que habían mostrado tan poca confianza en los primeros pasos de la campaña. El consejero estatal Joseph Pelet de la Lozère observó la «inclemencia con la que se dirigió invariablemente a los banqueros», a los que bautizó como «facción»[11].

El 15 de diciembre el conde von Haugwitz recibió la oferta del Tratado Franco-Prusiano de Schönbrunn, que explicitaba que Hanover, territorio ancestral de la monarquía inglesa, fuese a parar a Prusia a cambio de Anspach, Neuchâtel y Cleves, mucho más reducidos. La propuesta era tan atractiva que Haugwitz la firmó de inmediato, por su propia autoridad. Así pues, Prusia acabó con su compromiso con Gran Bretaña adquirido en el Tratado de Postdam, firmado solo un mes antes, y Napoleón consiguió abrir una brecha entre dos antiguos aliados. Schönbrunn obligaba además a Prusia a cerrar sus puertos a los barcos ingleses. «Francia es todopoderosa, y Napoleón, el hombre del siglo»,

escribió Haugwitz en el verano de 1806, tras forzar la renuncia de su rival, Karl von Hardenberg, como ministro de Exteriores prusiano en marzo. «¿Qué temeremos si nos unimos a él?»[12]. Aun así, el rey Federico Guillermo y su furibunda anti-napoleónica esposa, la hermosa e independiente reina Louise, hija del duque de Mecklenburg, mantuvieron a Hardenberg en el servicio secreto del gobierno, en parte para no cerrar los canales diplomáticos con Rusia.

El modo en el que algunos periódicos galos, como el *Journal de Paris*, estaban escribiendo acerca de las ventajas de la paz irritó a Napoleón. «No importa la paz, sino las condiciones de paz», dijo a Joseph, «y eso es demasiado difícil de comprender para un ciudadano de París. No suelo orientar mi política siguiendo los discursos de los vagos de París»[13]. Con una superstición poco habitual, explicó a Talleyrand que no quería firmar el tratado con Austria hasta que comenzase el nuevo año, «porque tengo algunos prejuicios y me gustaría que la fecha de la paz siguiese el nuevo calendario gregoriano, que presagia, espero, tanta felicidad para mi reinado como el antiguo»[14]. La carta no le llegó a tiempo y Talleyrand firmó el Tratado de Pressburg en la antigua capital de Hungría el 27 de diciembre de 1805, poniendo fin a la Guerra contra la Tercera Coalición.

El acuerdo confirmaba a Elisa, la hermana de Napoleón, en los principados de Lucca y Piombino; transfería al reino de Italia Istria y Dalmacia, que Austria había recibido previamente de Venecia; cedía el Tirol, Franconia y Vorarlberg a Baviera, a la que se reconocía como nuevo reino, e incorporaba cinco ciudades del Danubio, un condado, un principado y una prefectura en Württemberg, que también devino en reino. Baden pasó a ser un gran ducado, incorporando aún más territorio austriaco. Francisco se vio obligado a reconocer a Napoleón como rey de Italia, a pagar 40 millones de francos como reparación y a prometer «paz y amistad» con Napoleón «por siempre»[15]. El Emperador de Austria, de la noche a la mañana, había perdido casi 2,5 millones de súbditos y la sexta parte de sus ingresos por impuestos, así como extensiones territoriales que habían estado en manos de los Habsburgo durante siglos, haciendo de la eterna amistad algo bastante improbable[16]. Por su parte, Napoleón había reconocido la «independencia» de Suiza y Holanda, garantizando la integridad del resto del Imperio Austriaco y prometiendo separar las coronas de Francia e Italia a su muerte, nada de lo cual tenía coste ni significado para él[17].

Cuando Vivant Denon presentó a Napoleón diversas medallas de oro que conmemoraban Austerlitz, al reparar en que una de ellas exhibía al águila francesa con el león inglés atrapado entre sus garras, Napoleón la arrojó «violentamente al otro extremo del salón», exclamando: «¡Vil adulador! ¿Cómo te atreves a afirmar que el águila francesa somete al león inglés? No puedo lanzar un mísero bote de pesca al mar sin que sea capturado por los ingleses. Es el león el que sojuzga al águila francesa. ¡Arroja esta medalla al horno y no vuelvas a traerme ninguna más!»[18]. Mandó a Denon fundir el resto de medallas de Austerlitz y volver a presentarse con un diseño menos grandioso, cosa que este cumplió al entregarle unas que mostraban las efigies de Francisco y Federico Guillermo en el reverso. Napoleón aún retenía un poso de modestia en 1805; rechazó la propuesta de Kellermann de erigir un monumento permanente a su gloria, e hizo que David destruyese un grabado en oro excesivamente laudatorio.

El Tratado de Pressburg no mencionaba Nápoles, que se había incorporado a la Tercera Coalición a pesar de las claras advertencias de Napoleón a la reina María Carolina en enero, y obviando el tratado de neutralidad firmado consecuentemente. Los Borbones habían aplaudido el desembarco de 19.000 soldados rusos e ingleses en Nápoles el 20 de noviembre, aunque estos habían retrocedido tras conocer lo ocurrido en Austerlitz. Se dice que María Carolina exclamó refiriéndose a Napoleón: «¡Esa bestia feroz… ese bastardo corso, ese advenedizo, ese perro!»[19]. El 27 de diciembre Napoleón se limitó a anunciar: «La dinastía de Nápoles ha cesado en su reinado; su existencia es incompatible con la paz en Europa y con el honor de mi corona». Las ladinas declaraciones de María Carolina acerca de su sorpresa por el desembarco de los Aliados fueron desdeñadas. «Acabaré por castigar a esa furcia», se afirma que espetó Napoleón a Talleyrand, mostrando una capacidad para el insulto tan florida como la de la reina[20].

A pesar de que Masséna –marchando desde Milán– conquistó con rapidez casi todo Nápoles, ahorcando al líder bandido Michele Pezza (conocido como Hermano Diablo) en noviembre de 1806, los Borbones escaparon a Sicilia y se inició una guerra cruenta en las montañas de Calabria, en la que las guerrillas campesinas se opusieron durante años a los franceses, en un conflicto caracterizado por la represión brutal, especialmente después de que Napoleón

designase al general Charles Manhès gobernador militar de la zona en 1810. La guerrilla minó la energía, la moral y los efectivos franceses, además de devastar Calabria y sus habitantes. A pesar de la ayuda ocasional de Inglaterra –que desembarcó un pequeño contingente que venció en la batalla de Maida en julio de 1806–, su mayor contribución fue la custodia del estrecho de Mesina. «De haber estado Sicilia más cerca y yo en vanguardia», afirmó Napoleón a José ese mes, «lo habría conseguido; mi experiencia militar habría supuesto que con 9.000 hombres habría derrotado a 30.000 soldados ingleses»[21]. He aquí otro indicio de su desastrosa subestimación de Inglaterra, a la que no se enfrentaría personalmente en el campo de batalla hasta Waterloo.

Con el fin de solidificar la alianza de Francia con Baviera, Napoleón solicitó a su recién erigido monarca, el rey Maximiliano I, que había gobernado la región con el título de elector Maximiliano José IV del Palatinado desde 1799, que la princesa Augusta, su hija mayor, se casase con Eugène, a pesar de estar ya comprometida con el príncipe Karl Ludwig de Baden, y de que Eugène estuviese enamorado de otra persona. Envió a su hijastro una taza con un retrato, asegurándole que tenía «mucho mejor» aspecto al natural[22]. Se casaron el 14 de junio de 1806 y el matrimonio acabó siendo más dichoso que varios de los que Napoleón insistió en concertar para añadir respetabilidad a su corte, como ocurrió con los desastrosos enlaces que impuso a Rapp y a Talleyrand. «Asegúrate de que no nos das una niña», medio bromeó Napoleón con Augusta cuando se quedó embarazada, sugiriéndole que «bebiese un poco de vino sin diluir todos los días» para evitar el desafortunado resultado[23]. Cuando, en marzo de 1807, Augusta dio a luz una hija, a la que Napoleón ordenó llamar Josefina, escribió a Eugène para felicitarle: «Ahora todo lo que te queda por hacer es asegurarte de que el año que viene tienes un niño»[24]. Fue otra niña.

Napoleón tenía planes también para Karl Ludwig de Baden, de 19 años, y el 8 de abril de 1806 se casó con una prima de Josefina, Stéphanie de Beauharnais, aunque no vivieron juntos hasta que se proclamó Gran Duque en junio de 1811, teniendo después cinco hijos en un plazo de siete años. Y cuando Jérôme se divorció definitivamente de su atractiva esposa norteamericana, Elizabeth Patterson, de Baltimore, se casó con la princesa Catalina de Württemberg, en agosto de 1807. Por tanto, Napoleón había conseguido en solo 19 meses

emparejar a miembros de su familia con las tres casas reinantes en los tres estados neutrales entre el Rhin y el Danubio, un movimiento dirigido tanto a legitimar su dinastía como a crear importantes alianzas políticas y militares.

Un informe del administrador general de la Grande Armée de enero de 1806 mostraba la rentabilidad de la victoria de Austerlitz para Francia[25]. Se habían recaudado unos 18 millones de francos de Suabia, además de los 40 millones exigidos a Austria en el tratado de Pressburg y se habían requisado y vendido productos ingleses a lo largo de todos los territorios conquistados. En total los ingresos ascendieron a 75 millones de francos que, una vez descontados los costes y las deudas francesas con los estados germánicos, arrojaron un beneficio cercano a los 50 millones para los galos[26]. A pesar de las constantes referencias de Napoleón a sus hermanos de que el abono de los salarios al ejército era la primera tarea de gobierno, habitualmente los militares recibían su paga al finalizar las campañas, como una forma de desincentivar la deserción y para evitar el pago a los caídos y capturados[27]. «La guerra debe pagar la guerra», escribiría Napoleón a José y a Soult el 14 de julio de 1810. Empleó tres métodos para tratar de lograr este fin: la exacción directa de dinero y propiedades de sus enemigos denominada «contribuciones ordinarias», el acuerdo de pagos de los fondos del enemigo en los tratados de paz («contribuciones extraordinarias») y el pago y mantenimiento de las tropas francesas en el extranjero a costa de sus aliados. Francia entrenaba, equipaba y vestía a sus ejércitos, de los que se esperaba que se autofinanciasen a continuación[28].

Las contribuciones ordinarias y extraordinarias sumaron 35 millones de francos en la guerra contra la Tercera Coalición, 253 millones en la de la Cuarta, 90 millones en especie en Prusia en 1807, 79 millones por parte de Austria en 1809, unos abultados 350 millones de España entre 1808 y 1813, 308 millones de Italia, 10 millones en bienes requisados a Holanda en 1810 y una «contribución» especial de Hamburgo de 10 millones de francos ese mismo año[29]. El ahorro debido al uso de contingentes militares aliados sumó 253 millones de francos, y el envío de tropas francesas para que fuesen mantenidas por estados satélite, otros 129 millones; además, el total de 807 millones de francos de «contribuciones ordinarias» y 607 millones en «contribuciones

extraordinarias» durante más de una década supusieron, en total, cerca de 1.800 millones de francos. Aun así no fue suficiente, porque entre la ruptura de Amiens y 1814 se precisaron al menos 3.000 millones de francos para financiar las campañas napoleónicas[30]. Para sufragar la diferencia precisaba recaudar 1.200 millones, de los que 80 se obtuvieron con tasas –incluida la de 1806, una vez asentado en el trono–; los muy impopulares, durante el Antiguo Régimen, *droits reunís* sobre el tabaco, el alcohol y la sal; los 137 millones por aranceles; los 232 millones por la venta de propiedades nacionales y comunales (*biens nationaux*) y por los préstamos del Banco de Francia. Funcionarios del Estado, incluido el propio Napoleón, donaron otros 59 millones de francos[31]. «Debemos tener cuidado de no sobrecargar a nuestro mulo», explicó Napoleón al Consejo.

Así pues, la guerra no pagó la guerra; solo un 60% de esta, mientras el 40% restante era abonado por el pueblo francés de diversas maneras, aunque dejando fuera los impuestos directos a los más firmes partidarios de Napoleón –los comerciantes, hombres de negocios, profesionales liberales y campesinos–, con excepción de las tasas discrecionales para bebedores y fumadores. Tampoco incluyeron gravámenes directos sobre los ingresos de las clases medias y altas, a pesar de que Inglaterra, por ejemplo, había establecido un impuesto sobre los ingresos del 10% para todos aquellos superiores a las 200 libras anuales, algo inaudito en la época. Cuando Napoleón abdicó por primera vez, en 1814, la deuda pública francesa había descendido hasta los 60 millones de francos, mientras los ingresos por tasas e impuestos aportaban anualmente entre 430 y 500 millones[32]. Financiar quince años de guerra sin imponer impuestos sobre la renta era un logro notable, sobre todo teniendo en cuenta que el Antiguo Régimen había sucumbido en parte a causa de su participación, aunque a pequeña escala, en la Revolución Norteamericana. «Cuando haya derrotado a Inglaterra, eliminaré 200 millones de francos de impuestos», prometió al Consejo en mayo de 1806[33]. Aunque nunca sucedió, no hay razones para dudar de que lo habría llevado a cabo.

En enero de 1806 Napoleón cometió su primer error significativo como estadista, al ofrecer a su hermano José el trono de Nápoles, afirmando: «Se convertirá, como Italia, Suiza, Holanda y los tres principados de Alemania, en

mis estados federales o, en realidad, en el Imperio Francés»[34]. José fue coronado el 30 de marzo, y Louis se convirtió en rey de Holanda en junio. Esta reversión al sistema de gobierno prerrevolucionario atentaba contra el sistema meritocrático propugnado inicialmente por Napoleón, al designar a unos familiares en gran medida inadecuados para puestos clave, alimentando así futuros problemas. En diciembre de 1805 Napoleón escribió a José acerca de Jérôme: «Tengo la intención positiva de dejar que vaya a prisión por deudas si su fianza no es suficiente… Es inconcebible lo que me cuesta este jovencito, que solo causa inconvenientes y es inútil para mi sistema»[35]. Sin embargo, dos años después nombró al definitivamente pertinaz Jérôme rey de Westfalia. Abundaban los reformistas francófilos a los que pudo otorgar poder –Melzi en Italia, Rutger Jan Schimmelpenninck en Holanda, Karl Dalberg en Alemania, el príncipe Poniatowski en Polonia, e incluso al príncipe Fernando en España–, y que habrían desempeñado su puesto mejor que muchos franceses, por no hablar de los pendencieros, fútiles, desleales y con frecuencia incompetentes miembros de la familia Bonaparte.

A pesar de la cantidad de cartas iracundas y groseras que reprochaban a José su forma de gobernar –«Debes ser un rey y hablar como un rey»–, el cariño por su hermano mayor era genuino y profundo[36]. Al lamentar José que ya no fuese el hermano que había conocido, Napoleón le escribió desde su pabellón de caza en Rambouillet en agosto de 1806, mostrándole su disgusto porque se sintiese así, ya que –siguiendo la gramática de José, en la que se refería a Napoleón en tercera persona–: «Es normal que no albergue, a los cuarenta años, los mismos sentimientos hacia ti que cuando tenía doce. Pero sus sentimientos hacia ti son más reales y mucho más fuertes. Su amistad porta el distintivo de su alma»[37].

Holanda había admirado al mundo con su auge, desafiando al imperio español, logrando que su Estatúder, Guillermo de Orange, se convirtiese en rey de Inglaterra, fundando un imperio global, comprando Manhattan, inventando el capitalismo y gloriándose con la edad dorada de Grocio, Espinoza, Rembrandt y Vermeer. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, Inglaterra se había apropiado de casi todas las colonias holandesas, con frecuencia sin combatir, su entramado comercial y marítimo estaba casi destruido, la población de sus ciudades decaía, en marcado contraste con el resto de Europa, y entre sus manufacturas solo la ginebra seguía destacando[38]. Al designar a Louis rey, a lo que los holandeses

no se opusieron, Napoleón asestó el golpe de gracia a la soberanía holandesa. Louis fue un buen monarca en diversos aspectos, prosiguiendo con la unificación del país a partir de las provincias federadas, proceso iniciado bajo el mandato del invidente veterano Gran Jubilado Schimmelpenninck, con el que se comenzaba a paliar el prolongado deterioro nacional. Las reformas en el gobierno local despojaron a las élites locales y departamentales de su influencia en 1807; los antiguos gremios fueron abolidos en 1808; se racionalizó el sistema de justicia en 1809 y Louis trasladó la corte desde La Haya, vía Utrecht, a Ámsterdam, donde el ayuntamiento desalojó el edificio que ocupaba para que pudiese emplearse como palacio real[39].

«Desde el momento en el que pisé suelo holandés me convertí en holandés», afirmó Louis ante el legislativo, resumiendo en una frase el problema que tendría con él Napoleón durante los siguientes cuatro años, cada vez más desdichados[40]. Su hermano le abrumó durante su reinado con cartas de una gran grosería, en las que se quejaba de que era demasiado «bondadoso» como para ser la clase de monarca duro e intransigente que precisaba. Una carta entre muchas afirmaba:

> Si sigues gobernando a base de lloriqueos, si permites que se abuse de tu voluntad (…) siendo para mí incluso más inútil que el Gran Duque de Baden (…) me cansas para nada (…) Tus ideas son limitadas y tienes poco interés por la causa común (…) No vengas más lamentando tu miseria; conozco bien a los holandeses. Solo lamentos femeninos y quejas; los hombres entran en acción. Si no eres más enérgico, te acabarás viendo en una situación en la que lamentarás tu debilidad. ¡Más energía, más energía![41].

La única sorpresa fue que Louis permaneciese en el trono tanto tiempo. Su esposa Hortense no le apoyó demasiado y, aunque cumplió a conciencia sus deberes reales y gozó de relativa popularidad entre los holandeses, detestaba cordialmente a Louis y pronto se vio envuelta en una aventura con el hijo ilegítimo de Talleyrand, el galante conde Charles de Flahaut, con el que tuvo un hijo en 1811, el duque de Morny.

Napoleón dedicaría una cantidad de tiempo desorbitada a quejarse acerca de sus hermanos, llegando incluso a bromear sobre uno de ellos, «Es una verdadera

pena que no sea ilegítimo», pero seguiría siéndoles fiel mucho después de que sus fracasos se hicieran patentes[42]. Uno de los problemas inmediatos fue que el Papa no reconoció a José como rey de Nápoles, lo que, unido a su decreto de que la boda de Jérôme no se ajustaba a la ley canónica, desató una disputa totalmente innecesaria entre Napoleón y Pío VII, que acabaría con la toma de los territorios pontificios en junio de 1809 y la excomunión de Napoleón. El general opinaba que podía confiar más en sus parientes que en cualquiera que no perteneciese a su familia –a pesar de que los acontecimientos no casasen con esta idea– y buscó imitar el engrandecimiento dinástico de los Habsburgo, Romanov y Hanover. «Mis hermanos me han causado mucho daño», admitió años después, en un arrebato característico de honesta autoevaluación, pero para entonces ya era demasiado tarde[43].

De modo más comprensible, en 1806 Napoleón comenzó a distribuir títulos y territorios entre los dirigentes de su Imperio. Murat se convirtió en Gran Duque de Berg (más o menos el valle del Rur) en abril, Talleyrand, príncipe de Benevento (en Italia, antiguo principado papal al sureste de Nápoles), Bernadotte fue designado príncipe de Ponte Corvo, principado totalmente artificial creado a partir de diversas posesiones pontificias antiguas en el sur de Lazio, cerca de Nápoles, Fouché recibió el ducado hereditario de Otranto y Berthier se convirtió en príncipe de Neuchâtel, a condición de que se casase[44]. Napoleón escribió a Murat indicándole que organizase Berg de tal modo que «los estados vecinos lo envidiasen y quisiesen formar parte del mismo dominio»[45]. Tras su coronación había elevado a la categoría de Grandes Dignatarios del Imperio a Eugène (archicanciller), Murat (gran almirante, a pesar de pertenecer a la caballería), Lebrun (architesorero), Cambacérès (gran canciller), Talleyrand (gran chambelán) y Fesch (gran limosnero), mientras Duroc se convertía en el gran mariscal de palacio. Algunos de estos nombramientos llevaban aparejados presupuestos cuantiosos; el gran chambelán recibía cerca de 2 millones de francos en 1806, el *caballerizo mayor* Caulaincourt 3,1 millones de francos, y el gran limosnero 206.000, entre otros[46]. A pesar de que algunos de estos títulos tenían un aire de ínsula Barataria y fueron objeto de mofa por parte de los clasistas Borbones y los propagandistas, todos ellos estaban acompañados de territorios e ingresos con entidad real[*].

Mariscales y ministros no fueron los únicos en recibir recompensas en 1806;

el 24 de marzo otorgó a su camarera de 17 años, «la belleza morena de ojos oscuros» Éléonore Denuelle de la Plaigne, 10.000 francos del tesoro imperial[47]. Caroline Murat, para la que actuaba de *lectrice* (lectora), se la presentó a Napoleón mientras su marido estaba encarcelado por fraude, en un nuevo intento de desgastar a Josefina. Los de la Plaigne se divorciaron en abril. Ansioso por demostrar que no era impotente, Napoleón dejó embarazada a Éléonore, que dio a luz el 13 de diciembre a su hijo ilegítimo, el conde Léon, que recibió las cuatro últimas letras del nombre de su padre de modo no muy sutil. El experimento reafirmó a Napoleón en su convicción de que podía fundar una dinastía si se divorciaba de Josefina y resolvió también los problemas financieros de Éléonore, sobre todo después de que Napoleón encontrase para ella un teniente con el que casarse, concediéndole una generosa dote.

El 23 de enero de 1806, William Pitt el Joven falleció a los 46 años de una úlcera péptica de estómago, dolencia curable hoy con un breve tratamiento de píldoras antiácido. En el denominado Ministerio de Todos los Talentos de William Grenvile, Charles James Fox, veterano simpatizante de la Revolución Francesa y de Napoleón, se convirtió en ministro de Exteriores británico, desde febrero de 1806 hasta marzo de 1807. Napoleón había realizado ofertas de paz al zar Alejandro al enviar al príncipe Repnin de vuelta a San Petersburgo tras Austerlitz; ahora volvía a esgrimirlas para Fox, que el 20 de febrero escribió desde Downing Street «en mi calidad de hombre honesto», para advertir a Talleyrand de un complot para asesinar a Napoleón, fruto de conspiradores del 16º *arrondissement* en Passy, llegando incluso a revelar sus nombres[48]. Añadía que Jorge III «compartiría los mismos sentimientos» acerca de esta «detestable determinación». Este acto de decencia dio pie a una completa negociación de la paz durante todo el verano, conducida principalmente por lord Yarmouth y lord Lauderdale por parte inglesa y por Champagny y Clarke por la francesa, que llegaron incluso a sentar las bases para un futuro tratado.

Las negociaciones se condujeron en secreto por ambas partes, ya que en caso de fracasar no tendrían que admitir que se habían producido, pero en el ministerio francés de Exteriores se guardan más de 148 documentos diversos sobre este período entre febrero y septiembre de 1806[49]. Estas conversaciones –que aludían a Malta, Hanover, las ciudades hanseáticas, Albania, las islas

Baleares, Sicilia, el cabo de Buena Esperanza, Surinam y Pondicherry– habían encallado ya el 9 de agosto, cuando Fox se indispuso, pero fue la muerte del secretario de Estado de Exteriores a los 55 años, el 13 de septiembre, la que las sepultó definitivamente[50]. «Sé de sobra que Inglaterra no ocupa más que una esquina en un mundo en el que París es el centro», escribió Napoleón a Talleyrand cuando se rompió el diálogo, «y la ventaja de tener un punto de apoyo allí es para Inglaterra, incluso en tiempo de guerra»[51]. En adelante decidió que no se relacionaría con Gran Bretaña si eso no conducía a la paz, y una vez sustituido el gobierno de Grenville en marzo de 1807 por el del 3º duque de Portland, que retomó la política beligerante de Pitt contra Francia, la esperanza de que eso ocurriese era inconcebible.

Napoleón pasó con su Consejo gran parte de los primeros nueve meses de 1806, tratando como siempre un amplio abanico de materias. Marzo le recibió quejándose de la factura de 300.000 francos de un tapicero por un trono y seis sillones, que se negaba a pagar, así como insistiendo en que los sacerdotes no cobrasen más de 6 francos por los funerales de los pobres. «No deberíamos privar a los pobres por el mero hecho de ser pobres de lo que les consuela de su pobreza», afirmó. «La religión es una especie de vacuna que, al satisfacer nuestro natural amor por lo maravilloso, nos mantiene en manos de charlatanes y adivinos. Los curas son mejores que los Cagliostros, los Kants y todos los visionarios de Alemania»[52][**].

Napoleón halló en marzo de 1806 el modo de gravar el comercio de mantequilla y huevos, anunciando que lo recaudado se destinaría a los hospitales de París, a los que las autoridades municipales asignarían una cantidad equivalente[53]. Aprobó también una tasa sobre los periódicos, afirmando que en lo referente a la prensa «la celebrada máxima del *laissez-faire* es peligrosa si se toma demasiado literalmente, y debe ser aplicada con moderación y cautela»[54]. Pocos días después, afirmando que las palabras «mayorista», «minorista», «pinta» y «frasco» podían ser incluidas con total propiedad en la nueva Ley de Tasas sobre Bienes, explicó al Consejo que la nueva norma era, después de todo, «ni más ni menos que un poema épico»[55]. El 11 de marzo manifestó que su lectura en el dormitorio eran las «antiguas crónicas de los siglos III, IV, V y VI», que le habían mostrado que los antiguos galos no fueron

unos bárbaros y que los «gobiernos habían otorgado demasiado poder sobre la educación al clero»[56].

No solo la administración civil ocupó a Napoleón ese mes; tuvo tiempo también para quejarse al general Jean Dejean, director administrativo militar, de que la 3ª Ligera no había recibido aún el millar de uniformes y morrales que se les había prometido ocho días antes[57]. El Consejo también debatió acerca del color del uniforme de la Grande Armée, porque el añil resultaba caro y llegaba además a través de Inglaterra. «No sería un ahorro pequeño hacer que vistiesen de blanco», afirmó, «aunque hay que decir, en honor a la verdad, que han tenido bastante éxito vistiendo de azul. No creo, sin embargo, que su fuerza resida en el color de sus abrigos, como le ocurría a Sansón con la longitud de su cabello»[58]. Entre las consideraciones acerca del blanco de los uniformes también se debatió si se ensuciarían mucho y si la sangre se vería demasiado.

A pesar de que Napoleón era un trabajador totalmente infatigable, también creía que «el trabajo debería ser una forma de descanso»[59]. Pensaba que levantándose con tiempo suficiente, tal y como le dijo a Eugène el 14 de abril, «se puede terminar mucho trabajo en muy poco tiempo. Llevo la misma vida que tú; pero mi vieja esposa no me necesita cerca para divertirse y además estoy más ocupado; sin embargo, me permito más tiempo para relajarme y entretenerme que tú… Acabo de pasar dos días con el mariscal Bessières; hemos jugado como dos niños de 15 años». Dado que había escrito 14 cartas ese día, seis de ellas al propio Eugène, seguramente Napoleón no estuvo jugando como un quinceañero, pero el hecho de que creyese estar relajándose seguramente era terapéutico en sí mismo.

Algunas de las cartas que envió a Eugène eran absurdamente sobreprotectoras: «Es importante que la nobleza italiana aprenda a montar», ordenó[60]. El consejo que dio a José sobre cómo evitar ser asesinado en Nápoles era más práctico: «Tus mayordomos, tus cocineros, los guardias que duermen en tu apartamento, la gente que te despierta por la noche para entregarte despachos, tienen que ser franceses», escribió.

> Nadie tiene que irrumpir por la noche, excepto tu ayuda de campo, que debe dormir en una habitación contigua a la tuya. Debes cerrar la puerta por dentro y abrirla solo si reconoces la voz de tu ayudante; antes de llamar a tu

puerta debe asegurarse de haber cerrado la de su dormitorio, para garantizar que nadie le ha seguido y que está solo. Estas precauciones son importantes; no son tonterías y generan confianza, además del hecho de que pueden salvarte la vida[61].

El 30 de mayo de 1806 Napoleón aprobó el «Decreto sobre los judíos y la usura», que les acusaba de «codicia injusta» y ausencia de «sentimientos de moralidad cívica», otorgando un año de carencia en el pago de la deuda de Alsacia, convocando un gran sanedrín para reducir «el recurso vergonzoso» de tomar dinero prestado, algo que su propio Banco de Francia hacía, en ocasiones a diario, desde luego[62]. Fue la primera señal de hostilidad que mostró Napoleón hacia un pueblo al que hasta entonces había manifestado amistad y respeto; en adelante exhibiría una inseguridad impropia de él en lo referente a su política hacia los judíos. A pesar de no haber coincidido con muchos judíos durante su infancia ni en la escuela, y de que ninguno de sus amigos lo fuese, durante la campaña italiana había abierto los guetos de Venecia, Verona, Padua, Livorno, Ancona y Roma, acabando con la práctica que obligaba a los judíos a portar la estrella de David[63]. Terminó también con el comercio de esclavos judíos en Malta, y les permitió construir allí una sinagoga, además de refrendar sus estructuras sociales y religiosas durante la campaña de Tierra Santa. Había redactado incluso una proclamación a favor de una nación judía en Palestina el 20 de abril de 1799, inútil tras la derrota en Acre y aun así publicada en el *Moniteur*[64], y había hecho extensivos los derechos civiles a los judíos más allá de las fronteras francesas durante todas sus campañas[***]. Pero tras su regreso a París después de Austerlitz recibió la petición de hombres de negocios y banqueros de Salzburgo para que restringiese los préstamos de judíos a los campesinos de Alsacia. Los judíos en esa región sumaban casi la mitad de los 55.000 que vivían en Francia, y se les acusaba de una «excesiva» usura, en esa curiosa inversión por la que los que toman dinero prestado bajo un contrato libre en un mercado abierto culpan a los que se lo prestan[65]. El Consejo investigó más tarde el asunto y se dividió radicalmente al juzgarlo. Napoleón advirtió a sus consejeros de que no quería «mancillar su gloria ante los ojos de la posteridad» por permitir la pervivencia de las leyes antisemíticas alsacianas, por lo que fueron desestimadas punto por punto durante los siguientes meses[66].

La reunión del gran sanedrín sirvió para despejar muchas de las preocupaciones de Napoleón, y puso de manifiesto su ignorancia respecto al judaísmo, del que parecía creer que fomentaba la poligamia. Los ancianos judíos respondieron con agudeza a todas las cuestiones que les planteó, señalando que el matrimonio exógamo era tan impopular entre los judíos como lo era entre los cristianos, que el tipo de interés reflejaba el riesgo de impago, y que los judíos franceses apoyaban patrióticamente su Imperio[67]. En consecuencia, Napoleón proclamó al judaísmo como una de las tres religiones oficiales de Francia, afirmando que «deseo que todas las personas que viven en Francia sean ciudadanos iguales y se beneficien de nuestras leyes»[68]. Uno de los motivos de su tolerancia hacia los judíos, especialmente si se compara con las restricciones que prevalecían en Austria, Prusia, Rusia y sobre todo en los Estados Pontificios, bien podría ser cuestión de interés propio. Tal y como afirmó más adelante, «creo que así se atraerá a muchos ricos hacia Francia, porque los judíos son numerosos y pueden venir en gran número a nuestro país, donde disfrutarán de mayores privilegios que en cualquier otra nación»[69].

Aun así, siempre que entendió que los intereses de los judíos entraban en conflicto con el de su base de apoyo natural, la de los terratenientes franceses, mercaderes y campesinos enriquecidos, defendió a estos sin consideración hacia la justicia natural. El 17 de marzo de 1808 aprobó el «Decreto Infame», que imponía restricciones a los judíos, dificultando la recuperación de las deudas y la exclusión de las levas, y convirtiendo en obligatoria la compra de nuevas licencias para el comercio[70]. Y a pesar de que muchas de estas disposiciones fueron derogadas en los siguientes meses, en Alsacia siguieron vigentes hasta 1811[71]. En Alemania los judíos se convirtieron en ciudadanos de pleno derecho tras el edicto napoleónico posterior a Westfalia en 1807, que abolió los impuestos especiales que les afectaban. De modo similar 500 familias judías del gueto de Frankfurt recibieron la ciudadanía plena, como ocurrió con todos los judíos de Baden, excepto los prestamistas. En Hamburgo, Lübeck y Bremen la entrada de las tropas napoleónicas supuso la concesión de derechos civiles a los judíos, a pesar del odio que les profesaban muchos de los gobernantes y de la población local[72].

En el extenso imperio de Napoleón solo vivían unos 170.000 judíos, de los que un tercio lo hacían dentro de las antiguas fronteras francesas, lo que no

impedía que abundase el antisemitismo, exhibido particularmente por Fesch, Molé, Regnier y el mariscal Kellermann. Estaba también muy extendido entre el ejército, donde solo un judío era general, Henri Rottembourg y donde las bandadas de cornejas que solían seguir a los carros de equipamiento recibían el apodo de «los judíos»[73]. Se atribuyen al propio Napoleón comentarios antisemíticos, como cuando dijo a uno de sus secretarios que los judíos de la Biblia eran «canallas, cobardes y crueles»[74]. Durante la reunión del Consejo de enero de 1806, en la que se debatía el decreto sobre la usura, les calificó de «nación corrupta y degradada… un estado dentro de un estado… no ciudadanos», «plaga de orugas y saltamontes [que] arrasan Francia», añadiendo que «no puedo reconocer como franceses a esos judíos que chupan la sangre de los verdaderos franceses». Aludió también a «prestamistas rapaces e insensibles», a pesar de que los auditores del Consejo habían confirmado que las deudas e hipotecas en Alsacia eran «compromisos adquiridos voluntariamente» y que la ley de contratos era «sagrada». A pesar de la repulsión que causan en cualquier persona civilizada hoy en día, esos comentarios eran habituales en un oficial de clase media del ejército francés a principios del siglo XIX. A pesar de los prejuicios personales de Napoleón contra los judíos, similares a los que albergaba su clase y entorno, descubrió las ventajas para Francia de acogerles menos mal que en el resto de Europa. Así pues, la actual reputación de justo entre los gentiles que posee Napoleón entre los judíos parece poco merecida.



Su continua falta de empatía con la esencia de la religión que profesaban la mayoría de sus súbditos, junto con un error en su buen olfato habitual para la propaganda le llevó a introducir el 15 de agosto –su cumpleaños y fiesta de la Asunción– un nuevo santo en el calendario religioso francés: san Napoleón. Incluso para la habitualmente dormida Iglesia gala, había ido demasiado lejos. La idea fracasó entre los católicos, que la consideraron, de modo comprensible, blasfema. Napoleón había solicitado al cardenal Caprara que canonizase a un santo el día de su cumpleaños y este había averiguado que existía un mártir romano llamado Neópolis, del que se suponía que había sido martirizado al negarse a jurar fidelidad al emperador Maximiliano, aunque en realidad todo la

historia era una invención del Vaticano[75].

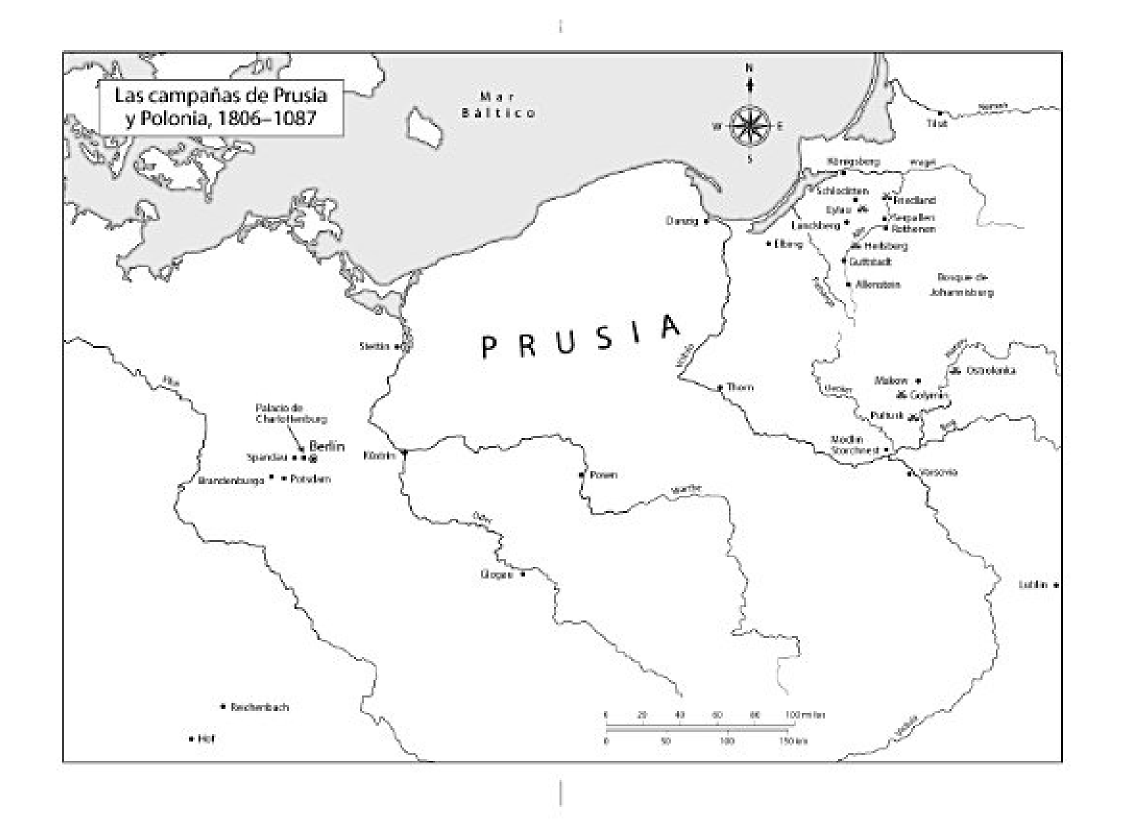
El Sacro Imperio Romano tuvo su razón de ser durante la Edad Media, al aglutinar a centenares de pequeños estados germánicos y centroeuropeos en un conjunto impreciso para la defensa y el comercio mutuos, pero tras los fundamentos sentados por el Tratado de Westfalia para la moderna nación-estado en 1648, una vez que el Rescripto Imperial de 1803 había racionalizado Alemania, y sobre todo después de que Austerlitz acabase con la preponderancia de Austria sobre gran parte de la región, había sido despojado de su justificación. El 12 de julio de 1806 Napoleón lo hizo aún más irrelevante al proclamarse Protector de una nueva entidad germana, la Confederación del Rhin (*Rheinbund*), que agrupaba a los 16 estados satélite aliados con Francia, y de la que se excluía claramente a Austria y Prusia. A finales de 1806 ya se habían unido a la Confederación Baviera, Sajonia y Württemberg, los principados de Regensburg, Hohenzollern-Sigmaringen, Hohenzollern-Hechingen, Isenburg-Birstein, Leyen, Liechtenstein y Salm, los grandes ducados de Baden, Berg, Hesse-Darmstadt y Würzburg y los ducados de Arenberg, Nassau, Sajonia-Coburgo, Sajonia-Gotha, Sajonia-Hildburghausen, Sajonia-Meiningen y Sajonia-Weimar. El reino de Westfalia lo hizo en 1807, además de otros siete principados y tres ducados. Karl Dalberg, arzobispo de Mainz, antiguo archicanciller del Sacro Imperio y gran admirador de Napoleón, fue designado Primado de la Confederación.

Las implicaciones para Europa de la fundación de la Confederación del Rhin fueron profundas. La más inmediata fue que la retirada simultánea de sus miembros del Sacro Imperio suponía que este, establecido por la coronación de Carlomagno en el año 800, quedaba formalmente abolido por Francisco el 6 de agosto de 1806. Goethe observó que las personas que se hospedaban en su misma posada aquel día estaban mucho más interesadas por la disputa entre un cochero y el tabernero que por esa desaparición. Sin Sacro Imperio, Francisco II se convirtió simplemente en Francisco I de Austria, a la que había proclamado Imperio en agosto de 1804, convirtiéndole en el único *Doppelkaiser* (doble emperador) de la historia[76].

Los términos del establecimiento de la Confederación del Rhin otorgaron a Napoleón otros 63.000 soldados alemanes, que pronto se verían incrementados;

así pues, el nombre de «ejército francés» dejó en cierto modo de ser apropiado desde 1806 hasta la caída de la Confederación en 1813. Otra de las consecuencias fue que Federico Guillermo III de Prusia se vio obligado a desechar toda esperanza de jugar un papel significativo más allá de las fronteras de su propio estado, a pesar de su disposición a formar parte de una cuarta coalición contra Francia. Por su parte la Confederación impulsó el auge del naciente sentimiento nacionalista alemán y el sueño de que un día Alemania pudiera ser un estado independiente regido por alemanes. No existe ejemplo más notorio de la ley histórica de las consecuencias inintencionadas; Napoleón contribuyó a la creación del país que, medio siglo después de su muerte, acabaría con el Impero Francés de su sobrino, Napoleón III.

«Su Majestad se ha colocado en la singular postura de ser aliado simultáneamente tanto de Rusia como de Francia», escribió el antiguo ministro de Exteriores prusiano, Karl von Hardenberg, a Federico Guillermo en junio de 1806. «Esta situación no puede prolongarse»[77]. La decisión de Federico Guillermo de entrar en guerra con Francia, tomada a principios de julio pero ejecutada en octubre, nació de su convicción de que el tiempo corría en contra de Prusia. A pesar de ser el primer estado en reconocer a Napoleón como emperador, expulsar a los Borbones de su territorio y firmar el Tratado de Schönbrunn el anterior mes de diciembre, en octubre de 1806 estaba en guerra[78]. Federico Guillermo soñaba con una hegemonía regional liberada tanto de Francia como de Austria, y albergaba un temor creciente a la intrusión de Francia en el norte de Alemania[79]. Entre finales de junio y principios de julio de 1806 von Haugwitz, sucesor de Hardenberg, que recibió laudatoriamente la alianza con Francia, redactó tres memorándum que señalaban la búsqueda de un *casus belli* por parte de Napoleón contra Prusia, y su intento de alejar a Hesse de la órbita prusiana. Recomendaba también establecer una alianza antifrancesa que incluyese a Sajonia, a Hesse y a Rusia y renunciaba a la anexión de Hanover para garantizar el subsidio bélico inglés. El influyente general Ernst von Rüchel apoyó su postura admitiendo al tiempo frente al rey que la guerra con Francia a un año de Austerlitz sería un *Hazardspiel* (juego peligroso)[80].



Mientras tanto en París, el delegado del Zar Peter Yakovlevich Ubri aprobó la redacción de un tratado «de paz eterna y amistad» con Francia el 20 de julio, que solo requería la ratificación del Zar desde San Petersburgo para acabar con cualquier esperanza prusiana de una cuarta coalición. Sin embargo el Zar montó en cólera al descubrir que el general Sébastiani, embajador francés en Constantinopla, estaba empujando a los turcos a atacar a Rusia, por lo que pospuso la elección entre Prusia y Francia. No se sabe hasta qué punto Sébastiani actuaba siguiendo órdenes de Talleyrand o de Napoleón, pero a falta de un tratado de paz tras Austerlitz tenía sentido que Francia tomase esa senda diplomática en Constantinopla[****]. Napoleón no quería la guerra, ni con Prusia ni con Rusia, y menos aún con ambas a la vez. El 2 de agosto ordenó a Talleyrand que indicase al embajador francés en Berlín, Antoine Laforest, que «deseo, a toda costa, mantener buenas relaciones con Prusia y, si es necesario, haz que Laforest siga creyendo que no firmaré la paz con Inglaterra a causa de Hanover»[81]. Ese mismo día indicó a Murat, en Berg, en el valle del Ruhr, que no iniciase ninguna acción que pudiese considerarse hostil contra Prusia. «Tu

papel consiste en ser conciliador, muy conciliador, con los prusianos, y no hacer nada que les pueda molestar –escribió–. Enfrentado a una potencia como Prusia, toda calma es poca»[82]. En una frase tachada de las notas previas a esa carta a Murat se lee: «Hagas lo que hagas todo terminará igual; con el saqueo de tus territorios».

A principios de agosto de 1806 Napoleón recibió en París por primera vez al nuevo embajador austriaco, el conde Clemens von Metternich. El Emperador lucía un sombrero dentro de Saint-Cloud, lo que para Metternich era «impropio siempre, ya que la audiencia no era pública, [y] me dio la impresión de que era una pretensión fuera de lugar, que revelaba a un advenedizo»[83]. Dado que Metternich acabaría siendo uno de los más implacables enemigos de Napoleón, sus primeras impresiones –generalmente positivas, excepción hecha de los tocados– son interesantes:

> Lo primero que me impactó fue la notable perspicacia y gran sencillez de su mentalidad y su proceder. Para mí la conversación con él en todo momento tuvo un atractivo difícil de definir. Siempre se hacía con lo esencial del tema tratado, despojándolo de accesorios innecesarios, desplegando su razonamiento sin cejar en su exposición hasta que quedaba totalmente claro y concluyente, encontrando siempre la expresión adecuada para cada hecho, o inventando una cuando la imagen del lenguaje no la había creado todavía; su conversación siempre interesaba. Tampoco dejaba de escuchar los comentarios y objeciones que se le hacían. Las aceptaba, las cuestionaba o se oponía, sin variar el tono y sin sobrepasar los límites de una conversación de negocios; jamás tuve la más mínima dificultad a la hora de decirle lo que yo consideraba que era la verdad, incluso cuando resultaba probable que no fuese a gustarle[84].

Al menos en ese momento de su relación, para Metternich Napoleón no era el iracundo narcisista que describiría en sus memorias.

El 25 de agosto los prusianos se indignaron por el juicio contra el editor Johann Palm, nacido en Württemberg, que había vendido obras nacionalistas

germanas y antinapoleónicas y que vivía en la neutral Nurenberg en el momento de su arresto. Al negarse a revelar el nombre del autor de uno de sus panfletos, *La profunda degradación de Alemania*, –supuestamente el nacionalista alemán Philipp Yelin– fue fusilado en Braunau al día siguiente[*****]. «Difundir libelos en lugares ocupados por los ejércitos franceses para empujar a sus habitantes contra ellos no es un crimen ordinario», dijo a Berthier, pero Palm fue elevado al estatus de mártir rápidamente[85].

El mismo día en que se acusó a Palm, Federico Guillermo –influido por la reina Louise y por los partidarios de la guerra en Berlín, que incluían a dos de sus hermanos, a un sobrino de Federico el Grande y a von Hardenberg– envió un ultimátum a Napoleón en el que le requería que retirase todas las tropas francesas al oeste del Rhin antes del 8 de octubre, cometiendo la estupidez de no haber acordado medidas antes con Rusia, Inglaterra o Austria[86]. Algunos oficiales prusianos se atrevieron incluso a afilar sus sables en las escaleras de entrada a la embajada francesa en Berlín[87].

A comienzos de septiembre Napoleón asumió que la no ratificación del tratado de Ubri por el zar Alejandro hacía poco probable que Rusia se uniese a Prusia en cualquier conflicto venidero. El día 5 ordenó a Soult, Ney y Augereau que se concentrasen en la frontera prusiana, calculando que, si ubicaba su ejército más allá de Kronach en ocho días, solo le llevaría otros diez llegar hasta Berlín, siendo capaz de dejar fuera de combate a Prusia antes de que Rusia pudiese acudir en su ayuda. Llamó a filas a 50.000 soldados, movilizó a 30.000 reservistas y envió espías a las rutas desde Bamberg hasta la capital prusiana.

Para adentrar 200.000 hombres en seis cuerpos, además de la caballería de reserva y la Guardia Imperial, centenares de kilómetros dentro de territorio enemigo, Napoleón precisaba informes precisos de inteligencia, especialmente acerca de sus ríos, recursos, hornos, molinos y prensa. Los ingenieros topógrafos que elaboraban los mapas recibieron la orden de incluir toda la información a su alcance, sobre todo «la extensión, anchura y naturaleza de las carreteras… deben trazarse y medirse cuidadosamente las corrientes, con los puentes, vados y la profundidad y anchura del agua… Debería especificarse el número de casas y los habitantes de las ciudades y aldeas… proporcionarse la altura de colinas y montañas»[88].

El enemigo, a la par, debía recibir información falsa. «Envía mañana 60

caballos de mis establos», dijo a Caulaincourt el 10 de septiembre. «Hazlo con todo el misterio que puedas. Trata de hacer creer a la gente que voy a ir a cazar a Compiègne». Añadió que deseaba que su tienda de campaña «sea recia y no ostentosa [*tente d'opéra*]. Agrégale algunos lienzos gruesos»[89]. Ordenó también ese día a Louis que formase a 30.000 hombres en Utrecht «bajo el pretexto de prepararles para la guerra contra Inglaterra». A las 11 de la noche del 18 de septiembre, mientras la Guardia Imperial se desplazaba desde París a Mainz en carros de posta, Napoleón dictaba a su ministro de Guerra Henri Clarke sus «Disposiciones Generales para la Reunión de la Grande Armée», el documento fundacional de la campaña, que definía exactamente qué tropas debían situarse en qué posiciones, bajo qué mariscales y en qué fechas entre el 2 y el 4 de octubre. Solo el 20 de septiembre escribió hasta 36 cartas, su récord en 1806[******].

Napoleón partió con Josefina de Saint-Cloud a las 4.30 de la mañana del 25 de septiembre, y tardaría 10 meses en volver a París[90]. Cuatro días después, mientras se encontraba en Mainz, recibió un informe de Berthier que, sumado a otros dos procedentes de sus espías, modificó totalmente su visión de la situación estratégica. Los prusianos, en contra de los temores de Berthier, no estaban tomando posiciones avanzadas, sino que aún permanecían en torno a Eisenach, Meiningen y Hildburghausen, lo que permitiría a los franceses atravesar las montañas y el río Saale y desplegarse sin ser interceptados. Así pues, alteró completamente su hoja de ruta causando, al cruzarse con las instrucciones dictadas por Murat y Berthier, una cierta confusión durante un breve tiempo. «Pretendo concentrar todas mis fuerzas a mi derecha –dijo a Louis–, dejando el espacio entre el Rhin y Bamberg completamente abierto, pudiendo así unir a unos 200.000 hombres sobre el mismo campo de batalla»[91]. Esto precisaría una gran cantidad de marchas; el 7º Cuerpo de Augereau marchó 38, 30 y 36 kilómetros en tres días consecutivos; y dos semibrigadas alcanzaron la extraordinaria media de 30 kilómetros durante nueve días consecutivos, los tres últimos por una zona montañosa[92].

Davout ocupó rápidamente Kronach, que para estupefacción de Napoleón los prusianos no habían defendido. «Esos caballeros se preocupan poco por las posiciones –dijo a Rapp–, se reservan para los grandes ataques; les daremos lo

que quieren»[93]. El plan general de Napoleón, capturar Berlín mientras protegía cuidadosamente la línea de comunicación, estaba en marcha para cuando dejó a Josefina en Mainz y alcanzó Würzburg el 2 de octubre. El día 7 el ejército estaba preparado para atacar. Una semana después Josefina escribió a Berthier desde Mainz, pidiéndole que «se ocupase con especial cuidado del Emperador, asegurándote de que no se expone [al peligro] demasiado. Eres uno de sus amigos más antiguos y de ese apego dependo»[94].

El día 7 Napoleón ya estaba en Bamberg, aguardando para conocer las intenciones del enemigo, esperando bien una retirada hacia Magdeburg, bien un avance a través de Fulda. La declaración de guerra de Prusia le llegó ese mismo día, junto con un manifiesto de 32 páginas tan previsible que Napoleón ni siquiera lo leyó hasta el final, sospechando que era tan solo un resumen de lo que decían los periódicos ingleses. «Lo tiró con desdén», observó Rapp y afirmó, acerca de Federico Guillermo: «¿Se cree que está en Champagne? –referencia a las victorias prusianas de 1792–. En verdad me da pena Prusia. Lo siento por Guillermo. No es consciente de las rapsodias que va a hacer que se escriban. Esto es demasiado ridículo»[95]. La respuesta personal de Napoleón, enviada el 12 de octubre mientras su ejército avanzaba hacia Turingia, decía:

> Su Majestad será derrotada y comprometerá su tranquilidad y la existencia de sus súbditos sin la sombra de un pretexto. Hoy Prusia está intacta y me puede amenazar de un modo acorde con su dignidad; en un mes su posición será muy diferente. Aún está en posición de evitar a sus súbditos las desgracias y miserias de la guerra. Apenas ha comenzado, aún puede detenerla y Europa se lo agradecerá[96].

Esta carta ha sido descrita como «una sobrecogedora mezcla de arrogancia, agresividad, sarcasmo y falsa preocupación»[97]. También puede verse como la concesión a Federico Guillermo de una última oportunidad de tener una salida digna y una estimación muy precisa de las posibilidades de Prusia en la guerra venidera; de hecho, la predicción de un desastre «en un mes» era excesiva, ya que las batallas de Jena y Auerstädt se produjeron dos semanas después. La verdadera arrogancia partió de los príncipes, generales y ministros prusianos que enviaron el ultimátum.

A pesar de la potencial capacidad bélica de Prusia, de unos 225.000 hombres, 90.000 de ellos estaban inmovilizados defendiendo sus fortalezas. No podían esperar ayuda inmediata ni de Rusia ni de Inglaterra y, aunque algunos de sus comandantes habían luchado junto a Federico el Grande, ninguno había pisado un campo de batalla en la última década. Su comandante en jefe, el duque de Brunswick, era un septuagenario, y su otro comandante principal, el general Joachim von Möllendorf, un octogenario. Aún es más, Brunswick y el general a cargo del flanco izquierdo del ejército prusiano, el príncipe Friedrich von Hohenlohe, seguían distintas estrategias y se odiaban mutuamente, de tal modo que los consejos de guerra se podían prolongar durante tres días cargados de tensiones antes de llegar a ninguna conclusión. Napoleón no participó en un solo consejo de guerra durante toda la campaña[98].

Algunos de los movimientos más desconcertantes de Prusia durante esta campaña, dictados por el comité de generales, resultan difíciles de comprender incluso desde su punto de vista. La noche del 9 de octubre Napoleón dedujo por sus informes que el enemigo se movía hacia el este desde Erfurt para concentrarse en Gera. De hecho no era eso lo que estaban haciendo, a pesar de que puede que esa maniobra hubiese defendido Berlín y Dresde mejor que la elegida, cruzar el río Saale[99]. Napoleón formuló un juicio erróneo, pero, una vez descubierta la verdad al día siguiente, se movió con gran velocidad para corregir el fallo y aprovechar la nueva situación.

Para proteger el avance francés a través de Sajonia, ocupada por Prusia, solo se emplearon seis regimientos de caballería ligera dirigidos por Murat. Tras ellos partió el cuerpo de Bernadotte en cabeza, Lannes y Augereau a la izquierda, Soult y Ney a la derecha, la Guardia Imperial por el centro y Davout y el cuerpo principal de la caballería en la reserva. En la batalla de Saalfeld del 10 de octubre Lannes derrotó la vanguardia prusiana y sajona comandada por el príncipe Louis Ferdinand, sobrino de Federico Guillermo, que murió mientras lanzaba un ataque desesperado contra el centro francés, repelido por el intendente Guindet del 10º de Húsares. Esta derrota, con la que murieron, fueron capturados o heridos, 1.700 prusianos por 172 franceses, causó un gran impacto en la moral de Prusia. A continuación la Grande Armée formó, dando la espalda a Berlín y al Oder, cortando las líneas de comunicación, suministro y retirada de Prusia[100]. La mañana siguiente ya se había desplegado en la llanura sajona,

dispuesta para la siguiente fase de la campaña. En un movimiento rápido Lasalle capturó los carruajes de suministro de Hohenlohe en Gera a las 8 de la tare, obligando a los prusianos a marchar a través de Jena. Al saberlo Napoleón de labios de Murat a la 1 de la mañana del 12 de octubre, se devanó los sesos durante dos horas, para enviar a continuación una tormenta de órdenes que provocaron el giro de todo el ejército en dirección oeste, contra las tropas prusianas más allá del río Saale[101].

El 12 de octubre la caballería de Murat y los espías confirmaron que el grueso de los prusianos se encontraba en Erfurt, por lo que Murat espoleó a los suyos hacia el norte, y Davout tomó el paso del río en Naumburg, acabando con cualquier esperanza que pudiese albergar Brunswick de adoptar una defensa avanzada. Los prusianos comenzaron entonces otra retirada masiva hacia el noreste, desmoralizados y psicológicamente a la defensiva antes incluso de que se hubiese producido ninguna confrontación importante. El día 13 Lannes lanzó a su vanguardia contra la ciudad de Jena, expulsando a las avanzadillas prusianas y enviando tropas de inmediato a tomar la llanura de Landgrafenberg, que dominaba la ciudad, guiado por un párroco sajón antiprusiano.

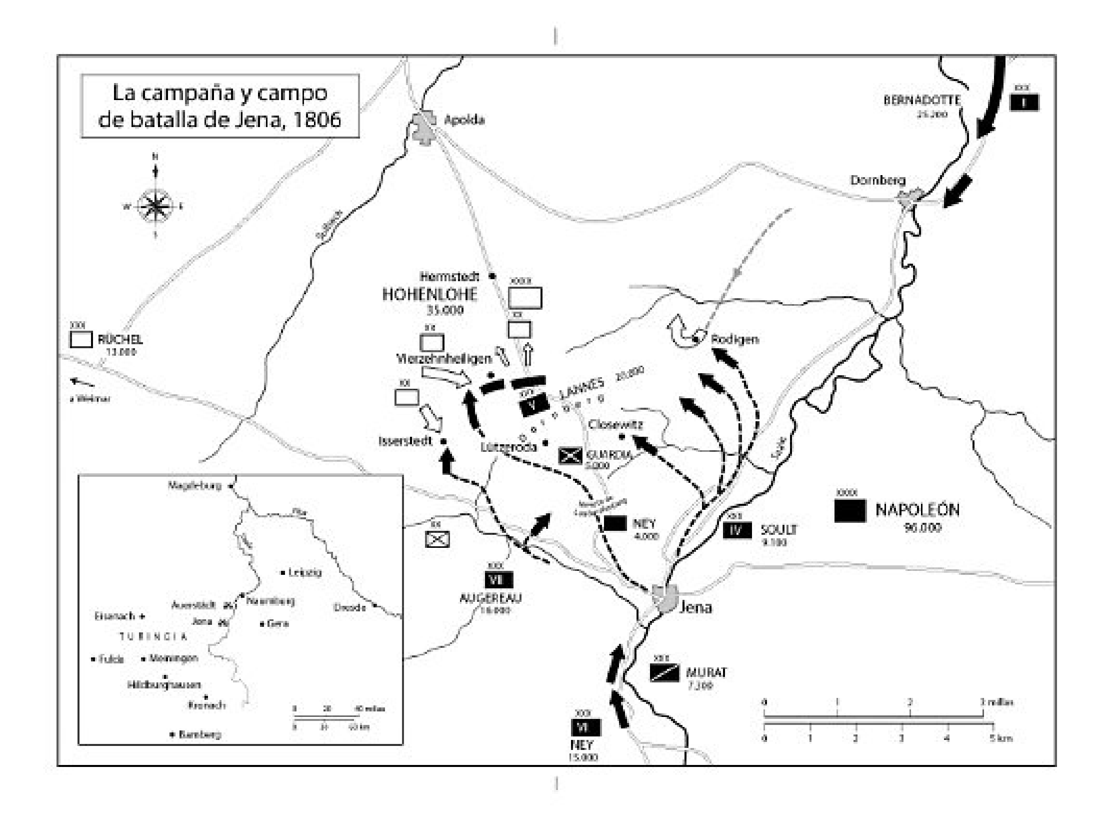
Para entonces Napoleón ya había llegado a la conclusión correcta de que los prusianos se retiraban hacia Magdeburg, y que por tanto Lannes estaba aislado y corría el riesgo de recibir un potente contraataque por parte de los 30.000 soldados cercanos, acerca de los cuales ya había sido informado. Ordenó que toda la Grande Armée se concentrase en Jena al día siguiente, e hizo que Davout y Bernadotte se moviesen a través de Naumburg y Dornburg para sobrepasar el flanco izquierdo del enemigo en esa localidad. Davout no tenía modo de saber que el grueso del ejército prusiano se dirigía hacia su posición y, puede que en un exceso de confianza, no advirtió a Berthier del elevado número de tropas enemigas que ya estaba encontrándose. A causa de la fatiga, Bernadotte y la Caballería de Reserva se iban moviendo con mayor lentitud hacia Jena.

La tarde del 13 de octubre, mientras Napoleón cabalgaba hacia Jena, el filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel le atisbó desde la ventana de su estudio. Hegel, que redactaba las últimas páginas de la *Fenomenología del Espíritu*, narró a un amigo que había visto «al Emperador, esta Weltseele [alma del mundo] cabalgar fuera de la ciudad… Desde luego es una sensación notable ver a un individuo así a lomos de un caballo, alzando su brazo sobre el mundo y

dominándolo»[102]. En su *Fenomenología* Hegel postulaba la existencia del «alma bella», una fuerza que actúa autónomamente sin que le importen las convenciones ni los intereses de los demás, lo que, como ha sido señalado, «no es una mala caracterización» del propio Napoleón[103].

El general alcanzó el Landgrafenberg sobre Jena hacia las 16.00 del día 13 y, al ver al enemigo acampado, ordenó que todo el cuerpo de Lannes y la Guardia Imperial se dirigiese hacia allí, en una toma arriesgada a solo un kilómetro de los cañones enemigos[*******]. Caminando hoy por Landgrafenberg resulta evidente de inmediato que, mientras no recibiese un fuego constante de artillería, la planicie era un lugar adecuado para desplegar esos dos cuerpos. Esa misma noche Napoleón envió a la artillería de Lannes para que se uniese al cuerpo de Augereau y a la Guardia Imperial en la llanura. Ney estaba cerca, y Soult y la Caballería de Reserva se aproximaban. Confiando en que Davout sobrepasaría el flanco izquierdo de Prusia al día siguiente, Napoleón y Berthier le enviaron un mensaje, despreocupadamente explícito, indicándole: «Si Bernadotte está contigo, podéis marchar juntos hacia la ciudad de Dornburg»[104].

La batalla de Jena comenzó entre una densa niebla a las 6.30 del jueves 14 de octubre de 1806. Napoleón estaba en pie desde la 1, reconociendo las posiciones avanzadas junto a uno de los comandantes de división de Lannes, el general Louis Suchet. Recibieron disparos de un vigía francés del flanco izquierdo, que solo cesaron cuando Roustam y Duroc gritaron que eran franceses[105]. De vuelta a su tienda Napoleón comenzó su catarata de órdenes a partir de las 3.00. Su plan era que Lannes emplease sus dos divisiones, la segunda comandada por el general Honoré Gazan, para atacar a la vanguardia de Hohenlohe, dirigida por el general Bogislav von Tauentzien, ganando así espacio para que el resto del ejército pudiese maniobrar en la llanura. Augereau formaría en la carretera de Jena a Weimar, también denominada desfiladero de Cospeda, y se desplazaría a la izquierda de Lannes, mientras Ney lo hacía a su derecha. Soult defendería el flanco derecho y la Guardia Imperial y la caballería permanecerían en la reserva para aprovechar la debilidad del enemigo cuando se desplegasen en su línea.



Napoleón arengó a las tropas de Lannes en persona a las 6 de la mañana, antes de mandarles contra Tauentzien. El historiador militar y coronel barón Henri de Jomini, cuyo libro de estrategia publicado en 1804 había captado la atención de Napoleón, que le designó como su historiador oficial, se mostró impresionado por su consideración de que era «necesario no fomentar excesivo desprecio por el enemigo, porque, si se encuentra una resistencia obstinada, la moral del soldado puede verse alterada por él». Así, al dirigirse a los hombres de Lannes, alabó a la caballería prusiana, pero también prometió que «no tendrán nada que hacer frente a las bayonetas de sus egipcios», haciendo referencia a los veteranos de Lannes que habían combatido en la batalla de las Pirámides[106].

Suchet se adelantó hacia la aldea de Closewitz en columnas, dispuesto a desplegarlas en línea una vez alcanzada la llanura, pero en medio de la niebla viraron hacia la derecha y se toparon con el enemigo entre Closewitz y el pueblo de Lützeroda. Cuando comenzó a disiparse, la lucha se encarnizó durante dos horas, desordenando a los franceses y obligando a gastar gran cantidad de munición, mientras oleadas de caballería prusiana se arremolinaba sobre

Dornberg, el punto más alto del campo de batalla. No obstante Lannes, un consumado militar, avanzó su segunda línea hasta el frente y luchó por despejar la llanura, sofocando un contraataque desde Lützeroda y situándose cara a la aldea de Vierzehnheiligen en el proceso. Más allá de Vierzehnheiligen el terreno se allana bruscamente, algo ideal para la caballería. Tanto Vierzehnheiligen como Dornberg fueron capturados y perdidos en el curso de la batalla, porque Hohenlohe envió pequeñas unidades contra los franceses en lugar de lanzar un contraataque coordinado masivo. Napoleón se unió a Lannes en aquel momento de la batalla, sumando una batería de 25 cañones, una vez despejada la niebla, hacia las 7.30, y dirigiendo a la 40º Línea contra Vierzehnheiligen.

Con la llegada de Soult, Saint-Hilaire expulsó a los prusianos de Closewitz, y una vez reunido con su artillería y caballería se encaminó hacia la aldea de Rödigen. Allí la feroz resistencia prusiana le detuvo hasta las 10.15, pero después pudo retomar su avance a través de Hermstedt para sobrepasar el flanco derecho enemigo. Augereau, al haber puesto en camino a una división al completo en el desfiladero de Cospeda, no apareció en la planicie hasta las 9.30, pero una vez allí atacó al enemigo al este de Isserstedt. Mientras tanto Ney ya había llegado al lugar con unos 4.000 hombres, avistando una brecha en la izquierda de Lannes. Por propia iniciativa sobrepasó a Lannes y se situó en el frente a su izquierda, justo en el momento en el que este empezaba a ser rechazado fuera de Vierzehnheiligen. El ataque de Ney permitió recuperar la aldea y colocó a los franceses en el extremo sur de Dornberg. La mera potencia de la artillería prusiana retrasó su avance, pero la infantería de Ney se aferró a la humeante aldea, hasta que un ataque de caballería le obligó a refugiarse en una formación de infantería cuadrada. En ese momento Napoleón acudió de nuevo a Lannes, cuyo cuerpo atacó Dornberg y se unió a Ney a las 10.30, justo cuando Hohenlohe acababa de enviar a 5.000 soldados de infantería, unos 3.500 de caballería y 500 artilleros en su apoyo, en perfecto orden de revista, para intercambiar una lluvia estruendosa de artillería con los defensores de Vierzehnheiligen. Sin embargo las tropas prusianas no atacaron la aldea, algo crucial.

A las 11 Augereau ya había tomado Isserstedt y se había unido a Ney, y a mediodía Soult llegó al flanco derecho. Teniendo las dos divisiones de Ney a la izquierda de Lannes, y la caballería comandada por los generales Dominique

Klein, Jean-Joseph d'Hautpoul y con Étienne Nansouty al llegar, Napoleón consideró que ese era el momento de un ataque total. Siguiendo sus órdenes, el ejército francés se adelantó en numerosas líneas de ataque rápido, seguidas por los batallones en columnas. Los prusianos resistieron con tenacidad durante una hora, pero el incremento de las pérdidas y las repetidas cargas de caballería de Murat rompieron finalmente los regimientos de Tauentzien, poniéndoles en fuga. El ejército de Hohenlohe comenzó su huida del campo de batalla a las 14.30, en un desorden absoluto al que solo se sustrajeron unos pocos batallones, que se retiraron comandados por sus oficiales. Murat, fusta en mano, seguido por los dragones, los coraceros y la caballería ligera de los tres cuerpos, se enzarzó en una persecución sin tregua a lo largo de 10 kilómetros, masacrando y capturando a varios miles de sajones en el camino. Solo se detuvo al llegar a Weimar a las 18.00. La persecución de las fuerzas prusianas tras la batalla de Jena fue una operación de manual –literalmente, porque todavía se enseña en las academias militares– acerca de cómo maximizar las victorias.

Napoleón no fue consciente hasta el momento de la victoria de que el ejército al que se enfrentaba no era el grueso de las tropas prusianas dirigido por el duque de Brunswick, sino la retaguardia de Hohenlohe. Davout, por su parte, a unos 25 kilómetros de allí, en Auerstädt, sí que había derrotado ese mismo día a Federico Guillermo y a Brunswick; el primero escapó después de cabalgar durante horas y el último falleció poco después de la batalla por las heridas recibidas. Con 30.000 soldados y 46 cañones Davout había ejecutado una doble maniobra envolvente sobre los 52.000 prusianos y sus 163 cañones, sufriendo la baja por muerte o por heridas de 7.000 de sus hombres en el sangriento enfrentamiento, pero causando al menos el doble de caídos en las filas enemigas[107]. Fue una de las victorias más destacadas de las Guerras Napoleónicas y, como ocurrió en Austerlitz, Davout había inclinado la balanza radicalmente a favor de Napoleón. Cuando averiguó a través del coronel Falcon, ayuda de campo de Davout, que en lugar de derrotar al ejército principal de Prusia solo se había enfrentado al destacamento de Hohenlohe, no pudo creerlo, diciéndole: «Tu mariscal debe ver doble»[108]. Sin embargo, cuando estableció la verdad, fue efusivo: «Dile al mariscal que él y sus tropas se han ganado mi gratitud eterna», dijo a Falcon, concediendo al Cuerpo de Davout el honor de encabezar la entrada triunfal en Berlín el 25 de octubre[109]. Aun así Auerstädt

nunca fue bordada en los pendones de honor, porque eso habría puesto de manifiesto el contraste entre la valiosa victoria de Napoleón sobre Hohenlohe y la asombrosa de Davout sobre Brunswick.

Bernadotte, por el contrario, no había sido capaz de alcanzar ninguno de los terrenos de batalla, algo que Napoleón y Davout nunca le perdonaron. «Debería haber hecho que fusilasen a Bernadotte», dijo Napoleón en Santa Helena, y parece que consideró en su momento someterle a una corte marcial[110]. El 23 de octubre le dirigió una carta ácida: «Tu Cuerpo no estuvo en el campo de batalla y eso podría haber sido letal para mí». Bernadotte había seguido las instrucciones de Berthier al pie de la letra, marchando hacia Dornburg. No se encontró con Napoleón desde el 9 de octubre hasta el 8 de diciembre, y para entonces el Emperador ya le había escrito alabándole por haberle capturado Lübeck a Blücher, por lo que las anécdotas de una reunión furibunda pertenecen al mito[111]. No era propio de Berthier dar órdenes confusas, pero la ausencia de Bernadotte en ambos campos de batalla serían una prueba de lo que podría ocurrir si lo hubiese hecho. En cualquier caso Bernadotte sabía que era una vez más el blanco de la ira de Napoleón, lo que unido a su permanente desdén y envidia por el general siguió empeorando la situación entre ellos.

«Mi amor, he llevado a cabo algunas maniobras buenas contra los prusianos», alardeó ante Josefina desde Jena a las 3 de la mañana, tras la batalla. «Ayer conseguí una gran victoria. Los enemigos sumaban 150.000; he tomado 20.000 prisioneros, 100 piezas de artillería y banderas. Vi al rey de Prusia y estuve cerca de él, pero no logré capturarle y lo mismo con la Reina. He dormido al raso dos días. Estoy de maravilla»[112]. Las cifras eran tan exageradas como siempre, y Federico Guillermo estaba en Auerstädt y no en Jena, por lo que ni pudo verle a él ni pudo ver a la reina, pero sí que había tomado 83 cañones, y Davout 53, y tras esta batalla, ejecutada casi a la perfección, no había duda de que Napoleón estaba «de maravilla».

---

[*] En 1799 el almirante Nelson aceptó el ducado siciliano de Brontë, y sus

3.000 libras de renta, de manos de Fernando IV de Nápoles.

[**] Joseph Balsamo, también conocido como el conde Alessandro di Cagliostro (1743-1795), fue un conocido ocultista y defraudador, desenmascarado mientras aún vivía, por lo que resulta sorprendente que Napoleón desdeñase a la vez al gran racionalista y uno de los fundadores del idealismo alemán, Immanuel Kant, junto con un notorio charlatán.

[***] Incluso en la religiosamente tolerante Inglaterra Lionel de Rothschild tuvo que ser elegido tres veces para los Comunes antes de poder tomar posesión de su escaño por la circunscripción de la ciudad de Londres al ser el primer judío practicante miembro del Parlamento en 1858.

[****] Como de costumbre, Napoleón se afanaba tanto en administrar los detalles de su Imperio como en seguir la situación internacional: «Ayer, aparentemente, un cochero causó un accidente que acabó con la vida de un niño», escribió el 16 de julio a Fouché. «Haz que lo arresten, sirva a quien sirva, y que lo castiguen con severidad» (CG6, n. 12507, p. 616).

[*****] Al recibir entre abucheos su brindis por Napoleón durante una cena literaria, el poeta Thomas Campell replicó en su defensa: «Pero, caballeros, ¡en una ocasión fusiló a un editor!».

[******] Una de ellas fue la orden de enviar al cochero del rey de Cerdeña, del que sospechaba que era un espía, a la cárcel de Fenestrelle. Al día siguiente escribió a Denon a cuenta del reducido horario de apertura del Louvre, quejándose: «El público tiene que esperar. Nada puede oponerse más a mis intenciones» (CG6, n. 13047, p. 900). En 1806 escribió 2.679 cartas en total.

[*******] Una *Napoleonstein* (placa conmemorativa) en el Landgrafenberg sobre el Jena expone las distancias desde los diversos puntos que jugaron un papel importante en la vida de Napoleón. Así, especifica que Jena está a 700 km de París, a 2.838 de El Cairo, a 707 de Marengo, a 1.657 de Madrid, a 429 de Austerlitz, a 1.638 de Borodino, a 503 de Waterloo y al menos a 7.626 de Santa Helena. Se trata de un potente recordatorio de la energía del hombre que cubrió todas esas distancias en una era de caballos y barcos, en los 17 años que separaron al primero de esos viajes del último.

18. BLOQUEO

Se sabe que en ocasiones el emperador Napoleón se arrancó la Legión de Honor y la impuso con sus propias manos en el pecho de algún valiente. Luis XIV habría preguntado primero si el valiente era noble; Napoleón preguntaba si el noble era valiente.

Capitán Elzéar Blaze, de la Guardia Imperial

La primera cualidad de un soldado es la fortaleza en la fatiga y las privaciones. El valor es solo la segunda. La dureza, la pobreza y la necesidad son la mejor escuela para un soldado.

Máxima militar de Napoleón número 58

«Nunca he visto a hombres tan abatidos», dijo Napoleón de los prusianos después de Jena[1]. Aun así, Federico Guillermo no se rindió. Se replegó hacia el noreste para proseguir la lucha, sabiendo que el ejército ruso estaba de camino. A pesar de que se habían abierto negociaciones tras la batalla entre el marqués Girolamo di Lucchesini, embajador prusiano en París, y Duroc, no dieron fruto. Napoleón sospechaba con razón que Lucchesini era un firme partidario de la guerra[2]. «Me parece que sería difícil encontrar mejor prueba de la estupidez de este bufón», escribió a Talleyrand[3].

Mientras la Grande Armée continuaba su marcha incesante a través de Prusia, sin dar la más mínima oportunidad al enemigo de detenerse y reagruparse. Spandau se rindió a Suchet el 25 de octubre, Stettin a Lasalle el 29, y la bien fortificada Magdeburg a Ney el 11 de noviembre, lo que aseguraba toda la mitad occidental de Prusia. El 7 de noviembre el general Gerhard von Blücher, bravo combatiente en Auerstädt, se vio obligado a rendirse con todo su ejército en Lübeck al quedarse sin munición.

La caída de Berlín fue tan rápida que los tenderos no tuvieron tiempo de retirar las caricaturas de Napoleón de los escaparates.[4] Como en Venecia, el Emperador hizo que se enviasen a París la Cuadriga y el carro alado de la Victoria de la puerta de Brandenburgo, mientras se hacía desfilar a los presos de la Guardia Prusiana frente a los mismos escalones en los que habían afilado los sables con tanta arrogancia el mes anterior[5]. Napoleón recorrió el campo de batalla de Rossbach, escenario de la humillación francesa ante Federico el Grande en 1757, ordenando que se enviase también a París la columna erigida allí[6]. «Estoy de maravilla», repitió a Josefina desde Wittenberg el 23 de octubre, «la fatiga me viene bien»[7]. La costumbre de despedirse en numerosas cartas de Josefina con la expresión «Estoy bien» (*Je me porte bien*) se volvería más tarde peligrosa[8].

Mientras se refugiaba en un pabellón de caza de una tormenta repentina aquel día, una joven viuda le contó su matrimonio con un jefe de batallón de la 2ª Ligera que había fallecido en la batalla de Aboukir, dejándola sola con un hijo. Tras estudiar las pruebas de legitimidad de su retoño, Napoleón le concedió una pensión anual de 1.200 francos, que a su muerte recaería en su hijo[9]. Al día siguiente, en Postdam, le mostraron la espada, el cinturón, el fajín y la decoración del palacio de Federico el Grande en Sanssouci, que hizo enviar a los Inválidos, como «venganza por los desastres de Rossbach»[10]. Conservó el despertador del rey junto a su lecho el resto de su vida, pero no requisó la flauta de Federico, expuesta hoy en Sanssouci. «Prefiero esto que 20 millones», dijo Napoleón de este botín y, al visitar la tumba de Federico con sus subordinados, añadió con modestia: «Fuera los sombreros, caballeros. Si este hombre estuviese vivo, yo no estaría ahora aquí en pie»[11].

Cuando recalaba en Potsdam, Napoleón estuvo a punto de llevar a cabo una venganza mucho más seria, al averiguarse que el príncipe Franz Ludwing von Hatzfeld, en una delegación prusiana en Berlín, había enviado mensajes codificados a Hohenlohe con información de la disposición y cantidad de tropas francesas en la ciudad. A pesar de que Berthier, Duroc, Caulaincourt y Rapp trataron de aplacar la ira de Napoleón, el Emperador insistió en tratar a Hatzfeld como a un espía, sometiéndolo a un tribunal militar y fusilándolo. La sombra de d’Enghien debió de pesar mucho sobre Caulaincourt, y Berthier llegó a abandonar la habitación cuando Napoleón «perdió la paciencia» con sus

consejeros[12]. Asumiendo que su reacción había sido excesiva, Napoleón organizó una escena conmovedora con la esposa embarazada de Hatzfeld arrojándose a sus pies entre lágrimas mientras suplicaba por la vida de su marido. El Emperador arrojó entonces con magnanimidad la carta en clave interceptada al fuego, destruyendo así la prueba de cargo[13].

El mismo día que Davout entró en Berlín y Suchet tomó Spandau, Napoleón escribió a Fouché acerca de los gastos de la puesta en escena del ballet de Pierre Gardel *El retorno de Ulises*, solicitando un informe detallado «para asegurarme de que no hay nada malo en ello; ya sabes en qué sentido»: las alusiones a los pretendientes de Penélope mientras Ulises estaba ausente[14]. Pero con cierta hipocresía Napoleón se apresuró a lanzar exactamente las mismas insinuaciones sobre la reina Louisa que él temía que se hiciesen sobre sí mismo, afirmando en un boletín: «Se halló en el apartamento ocupado por la Reina en Potsdam el retrato del emperador de Rusia que le había regalado el príncipe»[15].

Las acusaciones contra Federico Guillermo de ser gobernado por su mujer en la sombra fueron incesantes: «Las notas, informes y papeles de Estado estaban perfumados con almizcle», rezaba el 19º boletín de campaña desde el palacio de Charlottenburg el 27 de octubre, «y se hallaron entremezclados con pañuelos de seda en el vestidor de la Reina»[16]. Por si alguien no captaba el asunto, añadía cómo aquellos «documentos históricos… demuestran, si es necesaria demostración, lo desgraciados que son los príncipes cuando permiten que las mujeres influyan en asuntos políticos». Hasta el devoto Bausset opinó que Napoleón había escrito «con ira y sin cortesía» sobre la reina Louise, y tras recibir las quejas de Josefina por el tratamiento dado a la soberana en los boletines, Napoleón reconoció: «Es cierto que detesto por encima de todo a las mujeres manipuladoras. Estoy acostumbrado a las mujeres buenas, amables y compasivas… pero puede que sea porque me recuerdan a ti»[17].

«Soldados», proclamó desde Potsdam el 26 de octubre, «los rusos alardean de que vendrán contra nosotros. Marcharemos a su encuentro, ahorrándoles la mitad del camino. Hallarán otro Austerlitz en el corazón de Prusia»[18]. Esto no era lo que quería oír el ejército. Una vez caída la capital prusiana deseaban regresar a casa.

Napoleón entró en Berlín el día 27 encabezando una magnífica procesión al

frente de 20.000 granaderos y coraceros con su uniforme completo. «El Emperador avanzó con orgullo vestido con sencillez, con su pequeño sombrero y la escarapela de un *sou*», observó el capitán Coignet. «Sus subordinados vestían de gala, y era curioso ver al hombre peor vestido comandando a un ejército de tal esplendor»[19]. En 1840, al escribir acerca de la futura emperatriz Eugenia, Stendahl anotó cómo Napoleón «cabalgó veinte pasos por delante de sus soldados; la multitud silenciosa estaba a solo dos pasos de su caballo; le podrían haber disparado con un rifle desde cualquier ventana»[20]. Se aposentó en el enorme palacio rococó de Charlottenburg de Federico Guillermo en Berlín, que convirtió en su cuartel general. Los gastos del presupuesto de Napoleón recogen una entrega de unos 23.300 francos a una dama a la que se describe meramente como «una berlinesa»[21]. El 30 de octubre Napoleón ofreció la paz a Prusia a cambio de que renunciasen a todos los territorios al este del Elba, algo a lo que Federico Guillermo estaba dispuesto, pero al añadir además que el reino debía servirle como base de operaciones para el combate que se avecinaba contra Rusia, el rey desoyó los consejos de la mayoría de sus asesores y continuó la guerra, retirándose a Königsberg (actual Kaliningrado) en la costa báltica[22].

Francia suministró anualmente a Napoleón unos 80.000 reclutas, de los que muchos de la leva de 1806 se dirigieron entonces a Prusia. Sumados a los 80.000 que se encontraban ya sobre el terreno –excluyendo a los acuartelados en las ciudades capturadas– y a los diversos destacamentos de la Confederación del Rhin, suponía que en noviembre de 1806 Napoleón podía adentrarse cruzando el Vístula en la reciente Polonia, y que debía hacerlo en bloque antes de que el invierno pusiese fin a la campaña. Polonia era una nación europea desde el 966, un reino desde el 1205, y parte de la mancomunidad con Lituania tras la Unión de Lublín de 1569. Fue borrada de un plumazo del mapa tras las particiones de 1772, 1793 y 1795 entre Rusia, Prusia y Austria, pero a pesar de dejar de existir como país nada podían hacer esas tres potencias por menoscabar el sentido nacional polaco, que Napoleón fomentó constantemente, haciéndoles creer que algún día les restituiría su nación. Puede que hubiese acabado por hacerlo, pero no tenía intenciones de llevarlo a cabo a corto plazo. Desde 1797, tras la creación de las «Legiones Polacas» en el ejército revolucionario francés, entre 25.000 y 30.000 polacos habían tomado parte en las dos campañas de Italia, en Alemania y en Santo Domingo. La aparente simpatía de Napoleón por su causa

animó aún a más polacos a unirse a él, formando algunas de las mejores tropas de su ejército –como la primera unidad de lanceros de la Grande Armée, que demostró ser tan eficaz que en 1812 Napoleón convirtió 9 regimientos de dragones en regimientos de lanceros–.

Se requisaron caballos en toda Francia y Alemania para la campaña venidera y el Ejército de Italia se vio despojado de los suyos en favor de la Grande Armée. Napoleón también tomó uniformes, alimentos, sillas de montar, calzado y demás a Prusia, pero el mal estado de las carreteras polacas hizo que los cortes en los suministros fuesen constantes. La perpetua preocupación por el calzado de sus tropas le llevó a escribir 23 cartas sobre botas y zapatos solo en noviembre y diciembre, incluyendo la dirigida al general François Bourcier, comandante de los almacenes de la caballería en Potsdam, ordenando que los soldados montados de Prusia entregasen sus botas a cambio de zapatos franceses, explicando: «No van a volver a necesitar las botas, y la necesidad obliga…»[23].

El 2 de noviembre ordenó a Davout que se apresurase hacia el este, hacia Posen, con los dragones de Beaumont, seguido de Augereau[24]. Una vez allí establecieron su base y construyeron hornos antes de que llegasen los cuerpos comandados por Lannes, Soult, Bessières, Ney y Bernadotte, con unos 66.000 soldados de infantería y 14.400 de caballería. Napoleón tomó el territorio entre el Oder y el Vístula, principalmente para que no lo hiciesen los rusos, pero esperando también disuadir a los prusianos de armar una resistencia, y a los austriacos de abandonar la neutralidad, mientras él mismo permanecía en Berlín. El día 4 averiguó que 68.000 soldados rusos marchaban desde Grodno, al oeste, con la intención de unirse a los 20.000 prusianos dirigidos por el general Anton von Lestocq[*]. «Si permito que los rusos avancen, perderé el apoyo y los recursos de Polonia», afirmó. «Podrían hacer que Austria, que titubea solo porque están lejos, se decidiese; y podrían arrastrar con ellos a toda la nación prusiana»[25]. Así pues, Murat, Davout, Lannes y Augereau marcharon hacia el Vístula para establecer cabezas de puente antes de acudir a sus acantonamientos de invierno en la ribera derecha del río. El riesgo de marchar hacia el oeste a miles de kilómetros de París, durante un invierno helador a través de una de las regiones peor provistas y más pobres de Europa, contra dos naciones enemigas y una tercera al sur posiblemente hostil, era considerable, pero no mayor que el asumido en la campaña de Austerlitz.

Casi todos los combates de la siguiente fase tuvieron lugar en el este de Prusia, antiguo territorio polaco, en el actual enclave de 14.000 kilómetros cuadrados ruso de Kaliningrado, en gran parte una meseta plana y pantanosa con numerosos ríos, lagos y bosques. Las temperaturas en invierno pueden caer hasta los -30 ºC y la luz del día solo dura desde las 7.30 hasta las 16.30. Las carreteras casi siempre son meros senderos que no aparecen en los mapas, y ni siquiera la ruta principal entre Varsovia y Posen estaba pavimentada, además de carecer de arcén. Las lluvias torrenciales podían convertir toda la zona en un mar de barro, en el que los cañones se desplazaban a 3 km/h. Napoleón bromeó comentando que había descubierto un quinto elemento que añadir al agua, fuego, tierra y aire: el barro. Envió a su departamento cartográfico para realizar un mapa con mediciones del área, anotar el nombre de cada aldea, su población, e incluso el tipo de suelo, todo ello rubricado por la firma de un oficial al que poder recurrir más tarde para obtener detalles.

Incluso mientras se disponía a enfrentarse de nuevo a los rusos, el pensamiento de Napoleón volvía a Inglaterra, a la que consideraba una amenaza igual de seria para los intereses a largo plazo de Francia. El viernes 21 de noviembre de 1806 convirtió en ley los Decretos de Berlín, diseñados para obligar a Inglaterra a sentarse en la mesa de negociación, pero que le llevarían –tras tratar de imponérselos por la fuerza en Portugal, España y Rusia– a su propia caída. El «Sistema Continental», creado por los Decretos de Berlín y sus sucesores, los de Milán y Fontainebleau de 1807 y 1810, era lo que Napoleón denominó una «represalia» por la Orden del Consejo inglés del 16 de mayo de 1806, que había impuesto el bloqueo de la costa europea desde Brest hasta el Elba[26]. «Los ingleses no admiten en ningún caso la ley de las naciones, que siguen universalmente todos los pueblos civilizados», explica en su comienzo el Decreto de Berlín, y, siendo así, sus adversarios poseen «un derecho natural a oponerse a su enemigo con las mismas armas que este emplea»[27]. De ahí que sus artículos, reescritos numerosas veces por Talleyrand, partidario de esta política, fuesen inflexibles:

1. Las Islas Británicas quedan sometidas al bloqueo.
2. Todo comercio y toda correspondencia con dichas Islas está prohibido.
3. Todo súbdito británico, sea cual sea su estado o condición… será un

prisionero de guerra.

4. Todos los almacenes, mercancías y propiedades, de cualquier naturaleza, pertenecientes a un súbdito inglés serán declarados un botín legítimo.
5. Ningún barco procedente directamente de Inglaterra o sus colonias, o que haya recalado allí tras la publicación del presente decreto, será recibido en puerto alguno.

Dado que un tercio de las exportaciones directas británicas y tres cuartas partes de sus exportaciones indirectas se dirigían a la Europa continental, Napoleón pretendió con los decretos trasladar una enorme presión política al gobierno inglés para retomar las negociaciones de paz rotas en agosto[28]. En un escrito dirigido a Louis el 3 de diciembre explicaba: «Conquistaré el mar con el poder de la tierra»[29]. Más tarde añadía: «Era cierto; tras la destrucción de la flota francesa en Trafalgar no había otro modo directo de perjudicar a Inglaterra que el comercial»[30]. A pesar de que Napoleón consideraba que los Decretos de Berlín tendrían buena acogida entre los comerciantes franceses, que podrían hacerse con todo el negocio que antes iba para Inglaterra, los informes de sus propias cámaras de comercio pronto le desengañaron. Ya en diciembre la de Burdeos le advirtió del peligroso descenso comercial. El tráfico internacional no era, en contra del simple colbertismo de Napoleón, un juego sencillo de suma cero. En marzo de 1807 se vio obligado a autorizar préstamos especiales a la industria para paliar la crisis que se estaba produciendo[31].

A pesar de los ardientes artículos del influyente periódico *whig* el *Edinburgh Review* –además de los que atacaban la poesía de Wordsworth– llamando a la paz para permitir reanudar el comercio, el gobierno inglés fue capaz de sofocar las críticas internas. Por el contrario, el Sistema Continental causaba gran perjuicio precisamente a aquellos que se habían beneficiado del régimen de Napoleón, y se habían convertido por tanto en sus más firmes defensores: las clases medias, los comerciantes, los mercaderes y campesinos enriquecidos; en definitiva, los compradores de bienes nacionales a los que siempre trató de favorecer. «Los tenderos de todos los países se quejaban del estado de las circunstancias», observó el ministro del Tesoro Mollien, pero Napoleón no estaba dispuesto a escuchar, y mucho menos a ceder[32].

El 7 de enero de 1807 Inglaterra respondió en represalia con más Órdenes

del Consejo, «autorizando la captura de todo navío neutral que comerciase entre un puerto hostil de Europa y otro… vetando el comercio costero del enemigo con los neutrales»[33]. En noviembre aún se publicaron más órdenes, situando tanto a Francia como a sus estados satélite también bajo el bloqueo, y obligando a todo navío neutral que se dirigiese a Francia a recalar antes en Inglaterra, pagar aranceles allí y obtener un permiso. Así pues, se bloqueó todo el comercio americano con Francia, forzando a los barcos de Estados Unidos a comprar una licencia en puerto inglés con un desembolso considerable. Junto con la práctica británica de «reclutar» (léase secuestrar) a miles de americanos para que se enrolasen en la Royal Navy, las Órdenes de noviembre de 1807 fueron la principal causa de la guerra desatada en 1812 entre Inglaterra y Estados Unidos.

Uno de los mayores problemas a los que se enfrentó el Sistema Continental fue que no se pudo imponer universalmente. En 1807, por ejemplo, dado que Hamburgo y otras ciudades hanseáticas como Lübeck, Lüneberg, Rostock, Stralsund y Bremen no fueron capaces de manufacturar los 200.000 pares de zapatos, 50.000 abrigos, 37.000 camisetas y demás, requeridas por la Grande Armée, sus gobiernos respectivos se vieron obligados a adquirirlos de fabricantes ingleses mediante licencias específicas que les permitieron saltarse el bloqueo. Muchos de los soldados de Napoleón en las siguientes batallas de la campaña polaca vistieron uniformes fabricados en Halifax y Leeds, y los ministros británicos alardearon en la Cámara de los Comunes de que Napoleón no podía ni siquiera suministrar las insignias a sus oficiales sin recurrir a los manufactureros ingleses[34].

En algunas zonas del Imperio el Sistema Continental causó auténticos perjuicios, al desequilibrar, deslocalizar y, en ocasiones, sumir en la quiebra a industrias enteras. Se produjeron disturbios importantes en el Gran Ducado de Berg, y hubo que enviar dos semibrigadas a Mainz para confiscar todos los bienes ingleses y coloniales. Comestibles para las despensas de toda Europa fueron pasto de las llamas en público, y las áreas de Alemania más cercanas a Francia padecieron más que Inglaterra[35]. Los decretos proteccionistas de Napoleón prendieron enormes fogatas de productos ingleses confiscados en las playas de Diepe y Honfleur.

Otro de los problemas fue la constante crítica al Sistema, incluso por parte de miembros de la familia imperial. Louis hizo la vista gorda frente al contrabando

en Holanda, Murat no fue capaz de imponer el Sistema al completo al proclamarse rey de Nápoles, y la misma Josefina adquirió algunos bienes en el mercado negro[36]. Incluso el lealísimo Rapp permitió el contrabando en Danzig al llegar a ser gobernador en 1807, y se negó a quemar mercancías[37]. «Ninguna mercancía prohibida, sea la que sea, entrará sin mi consentimiento», dijo un iracundo Napoleón a su ministro de Finanzas, Gaudin, «y debería ser especialmente negligente para permitir que se produjese cualquier abuso tan cercano a mi Casa. Cuando hay una ley, todos deberían obedecerla»[38]. En 1810 despidió a Bourrienne, que había aceptado sobornos de los comerciantes siendo gobernador de Hamburgo para relajar las medidas de prohibición del Sistema, y destronó ese mismo año a Louis para dar ejemplo, pero los abusos apenas cesaron.

Napoleón, aunque no era tan ingenuo como para pensar que el contrabando se podía cortar de raíz, dedicó grandes esfuerzos para erradicarlo, apostando, por ejemplo, a 300 oficiales de aduanas en el Elba en 1806. Pero los ingleses hicieron esfuerzos aún mayores para posibilitar el comercio ilegal, estableciendo una gran base de operaciones en la isla báltica de Heligoland[39]. En 1811 había 840 navíos ejerciendo labores comerciales, con frecuencia nocturnas, entre Malta y los puertos del sur del Mediterráneo. Tras desembarcar los cargamentos de café y azúcar, se introducían por las fronteras, a pesar del castigo de 10 años de prisión y las marcas con hierros candentes, que en 1808 se incrementó con la pena de muerte para los reincidentes[40]. Inglaterra, por su parte, había aprobado la pena de muerte para el contrabando en 1736 y la aplicaba con regularidad.

La marina francesa, bloqueada, no podía pretender patrullar toda la costa europea, y Lisboa, Trieste, Atenas, Escandinavia, las Baleares, Gibraltar, Livorno, las Islas Jónicas y San Petersburgo fueron puntos de entrada, en diferentes épocas y medidas, de los bienes ingleses en el continente, abierta o subrepticiamente. Si los oficiales de aduanas franceses capturaban bienes de contrabando, siempre se podía recuperar una parte mediante sobornos, y además en esos casos era posible contratar una póliza de seguros contra las incautaciones en la firma londinense Lloyd’s. Por su parte, los ingresos aduaneros franceses se desplomaron, de los 51 millones de francos en 1806 a los 11,5 millones en 1809, año en el que Napoleón permitió exportar grano a Inglaterra a un alto precio, para aprovechar la mala cosecha allí –casi el 74% del trigo importado por

Inglaterra aquel año procedió de Francia– y mermar las reservas de oro inglesas[41][**]. El Sistema Continental fracasó porque los comerciantes siguieron aceptando las letras de cambio inglesas, por lo que el flujo neto de capital en Londres no dejaba de crecer[42]. Para gran frustración de Napoleón, la moneda británica se depreció frente a las europeas un 15% entre 1808 y 1810, abaratando sus exportaciones. El Sistema obligó también a los comerciantes ingleses a ser más flexibles y a diversificar, invirtiendo en Asia, África, Oriente Próximo y América Latina en mayor medida que antes, por lo que las exportaciones, que rondaban los 25,4 millones de libras anuales entre 1800 y 1809, escalaron hasta los 35 millones entre 1810 y 1819. Las importaciones, por el contrario, disminuyeron significativamente, por lo que la balanza comercial inglesa fue positiva, algo que no ocurría desde 1780[43].

Al impedir a los consumidores continentales adquirir bienes ingleses, Napoleón buscaba estimular la producción, sobre todo en Francia, animando a los productores a explorar alternativas. Cuando se descubrió en 1810 que la remolacha y el añil también se podían producir en Francia, Napoleón dijo a su secretario que era como haber vuelto a descubrir América[44]. Se erigió en Saint Denis una escuela experimental para estudiar la producción azucarera, y en marzo de 1808 Napoleón instó a Berthollet a investigar si «era posible obtener azúcar de calidad de los nabos»[45]. Sin embargo, no pudo convencer a la población de que consumiese té suizo y aún menos achicoria en lugar de café, y su plan de obtener algodón del cardo en 1810 no dio resultado[46].

De haber sido Inglaterra una simple «nación de tenderos», el descalabro económico de 1810 y 1811 atribuido al Sistema Continental podría haber agitado los problemas políticos contra el gobierno, pero el Consejo de Ministros estaba formado principalmente por antiguos colegas de clase alta de William Pitt –de hecho el gobierno del duque de Portland entre 1807 y 1809 abjuró de las etiquetas de *tory* y *whig* y se denominó simplemente «de amigos de Mr. Pitt»–, que pusieron por encima de cualquier consideración comercial su apoyo a la guerra contra Napoleón. Spencer Perceval, sucesor de Portland como primer ministro en octubre de 1809, estaba algo trastornado al respecto, y confesó a su cuñado Thomas Walpole que se podía identificar a Napoleón en el Apocalipsis como «la mujer que cabalga sobre la bestia, ebria con la sangre de los justos, la madre de las rameras»[47]. Cuando Napoleón fue detenido en Acre en 1799

Perceval redactó un panfleto anónimo, titulado de modo peregrino *Observaciones para señalar la aplicación de una profecía del capítulo XI del Libro de David al poder francés*, que trataba de explicar cómo la Biblia había predicho la caída de Napoleón. Cálculos detallados a partir de las Escrituras convencieron a Perceval de que el mundo se acabaría en 1926[48]. Es difícil concebir de qué manera Napoleón, frente a políticos británicos imbuidos de creencias tan reluctantes a la razón, podría haber persuadido a Inglaterra de firmar la paz tras la muerte de Fox. Tras el asesinato de Perceval por alguien aún más trastornado que él en 1812, ocupó el cargo de primer ministro otro discípulo de Pitt, lord Liverpool, antiguo secretario de Exteriores de lord Hawkesbury, igual de determinado a acabar con Napoleón, y que permanecería en el puesto hasta 1827.

El 25 de noviembre de 1806, a las 3 de la mañana, Napoleón dejó Berlín para visitar el frente polaco, invitando a Josefina a desplazarse al este desde Mainz para unirse a él[49], oferta que más tarde lamentaría. Accedió a la ciudad polaca de Posen la noche del 27, entre un estruendoso recibimiento por parte de sus habitantes, cuyas aspiraciones nacionalistas había exaltado sin ninguna intención de satisfacerlas. «No debería haber cruzado el Vístula», afirmó después en uno de sus muchos reconocimientos de errores de bulto. «Fue la toma de Magdenburg lo que me llevó a entrar en Polonia. Lo hice mal y condujo a guerras terribles. Pero la idea de restablecer Polonia era noble»[50]. Frente a la súplica de los poderes locales para que restaurase su reino, escogió la respuesta con cuidado: «Los discursos y deseos vanos no son suficiente. Lo que la fuerza ha derribado solo la fuerza puede restaurar; lo que ha sido destruido por la falta de unidad solo puede ser restablecido por la unidad»[51]. A pesar de sonar nítido y marcial, estaba lejos de ser una promesa de restablecer una nación-estado para Polonia.

Al día siguiente el conde Levin von Bennigsen, nacido en Hanover y comandante del ejército ruso, abandonó Varsovia y se retiró 65 kilómetros al norte, cerca de Pultusk. Murat entró esa misma noche en Varsovia, proclamándose gobernador. Napoleón no estaba dispuesto a dejarse presionar por la entusiasta bienvenida polaca a costa de enfrentarse para siempre a los tres países, que habían dividido y acabado con el país, con enormes ganancias

territoriales, en 1795. «Soy anciano en mi conocimiento del hombre», dijo a Murat el 2 de diciembre. «Mi grandeza no reside en la ayuda de unos pocos miles de polacos. No me corresponde a mí dar el primer paso». En lo que respecta al príncipe Józef Poniatowski, sobrino francófilo del último rey de Polonia, Napoleón afirmó: «Es más frívolo e insustancial que el común de los polacos, y eso es mucho decir»[52]. Deseaba que Murat convenciese a los polacos de que «no estoy suplicando un trono para un miembro de mi familia; no me faltan tronos que darles»[53].

La vida en el Vístula resultaba detestable para la Grande Armée; frente a ellos no veían más que «necesidad y mal tiempo»[54]. Uno de los chistes del ejército afirmaba que el idioma polaco se reducía a cinco palabras: «Chleba? Nie ma. Woda? Zaraz!», «¿Pan? No hay. ¿Agua? ¡Inmediatamente!», así que cuando un soldado de infantería en una columna cerca de Nasielsk le espetó a Napoleón: «Papá, chleba?», este respondió de inmediato: «Nie ma», provocando las carcajadas de toda la columna[55]. Durante una tormenta, antes de que el ejército se retirase a sus cuarteles de invierno, otro soldado le inquirió: «¿Te has dado un golpe en la cabeza, para traernos sin pan con carreteras así?», a lo que Napoleón replicó: «Cuatro días más de paciencia y no os pediré nada más. Entonces os acantonaréis». El soldado respondió: «Bueno, no es mucho, pero acuérdate, porque pasado ese tiempo nos acantonaremos por nuestra cuenta»[56]. Las quejas de la vieja guardia eran sinceras –en ocasiones se veían reducidos a consumir sangre de caballo frita mientras marchaban– pero Savary observó cómo, durante esa época de la campaña, «quería a los soldados que se tomaban la libertad de hablarle, y siempre se reía con ellos»[57]. A una carta de Josefina en la que afirmaba no sentir celos porque dedicase las veladas a estar con mujeres polacas, Napoleón respondió el 5 de diciembre:

> Desde hace mucho me he dado cuenta de que los coléricos siempre sostienen que no son coléricos; los que tienen miedo declaran una y otra vez no tenerlo; tú, por lo tanto, eres culpable de celos: ¡estoy encantado! En cualquier caso te equivocas al pensar que en los yermos de Polonia pienso en mujeres hermosas. Anoche hubo una recepción organizada por la aristocracia provincial, con muchas mujeres bellas y ricas, pero mal vestidas, a pesar de

que trataban de emular la moda parisina[58].

La semana siguiente dio un golpe de mano significativo cuando el elector Federico Augusto de Sajonia, cuyas tropas habían combatido junto a los prusianos en Jena y Auerstädt, abandonó su alianza con Federico Guillermo III para unirse a la Confederación del Rhin. Napoleón llegó a Varsovia para recibir una acogida extasiada el 19 de diciembre, y puso en marcha de inmediato un gobierno provisional de nobles polacos, aunque sin más poderes que los consultivos. Consideró que los rusos detendrían su retirada, y que ya estaban listos para el combate, por lo que ordenó que todos sus cuerpos cruzasen el Vístula. Confiando en emplear en su favor la brecha entre los generales rusos de origen alemán, Bennigsen y Büxhowden, indicó a los comandantes de las tropas que se preparasen para un gran ataque. Cuando el cuerpo de Davout alcanzó la aldea de Czarnowo junto al río Bug el 23 de diciembre, Napoleón lanzó un ataque nocturno tras un reconocimiento de la zona, que logró poner en fuga a los 15.000 rusos desperdigados bajo el mando del conde Alexander Ostermann-Tolstoi[***], consiguiendo así poner el control de los vados al norte de Varsovia en manos francesas[59]. El día de Navidad de 1806 Napoleón pretendió acabar con el ejército de Bennigsen mientras se retiraba hacia el noreste, enviando a Lannes a Pultsuk para que le cortasen el paso, mientras Davout, Soult y Murat marchaban hacia el norte, Augereau hacia el noreste desde el río Wkra y Ney y Bernadotte hacia el sureste desde el Vístula; sin embargo, el mal tiempo acabó con sus pretensiones, ralentizando sus movimientos hasta los 12 kilómetros diarios. «El suelo que atravesamos era arcilloso», observó Rapp, «plagado de marismas; las carreteras eran demasiado malas; la caballería, la infantería y la artillería se atascaban en los pantanos y les suponía el mayor de los esfuerzos liberarse»[60]. Cuando arrancó la batalla al día siguiente en Pultusk «muchos de nuestros oficiales se quedaron atrapados en el barro, y permanecieron allí durante todo el combate. Les sirvieron al enemigo como diana».

La intervención de la retaguardia de Bennigsen se saldó con un éxito, durante una tormenta de nieve en Pultusk, con sus 35.000 hombres venciendo a los 26.000 de Lannes, que se retiró al día siguiente[61]. Ese mismo día, en Golymin, el príncipe Andrei Galitzin peleó hasta el anochecer, antes de escapar con su ejército de una de las trampas preparadas por Napoleón: Murat, Augereau

y Davout se disponían a caer sobre él desde tres puntos diferentes. Al encontrarse en Tilsit en julio, Napoleón le felicitó por su huida[62]. Inspeccionó el campo de batalla de Golymin al día siguiente y el pintor Lejeune observó cómo «el Emperador y el príncipe Berthier se detenían unos minutos para escucharnos cantar las arias de las últimas óperas de París»[63].

Tras su exitosa retirada, los rusos se atrincheraron en los cuarteles de invierno en torno a Bialystok, y el 28 de diciembre Napoleón cesó las hostilidades, acuarteló a sus tropas a lo largo del Vístula y regresó a Varsovia para Año Nuevo. No tenía demasiadas opciones, teniendo en cuenta el mal tiempo, el lamentable estado de las carreteras, y el hecho de que, debido a la fiebre, las heridas, el hambre y el agotamiento, el 40% de su ejército no estaba disponible. Entre ellos, gran parte se dedicaban a buscar comida en un territorio que ya tenía dificultades para abastecer a su propia población en tiempos de paz, y mucho más para hacerlo con dos ejércitos inmensos durante una guerra[64]. Ordenó levantar hospitales, talleres, hornos y almacenes de suministros, así como cabezas de puente y campamentos fortificados, para que la Grande Armée no se viese obligada a atravesar el río en primavera.

«Nunca sufrió tal miseria el ejército francés», escribió el barón Pierre Percy, su médico jefe.

> Los soldados, siempre en marcha, durmiendo todas las noches al raso y pasando días enteros con barro hasta los tobillos, no disponen de una onza de pan, ni de una gota de coñac, no tienen tiempo para que se les seque la ropa, y sucumben por hambre y extenuación. Encontramos a algunos muertos al pie de las zanjas; un vaso de vino o de coñac les habría salvado. El corazón de Su Alteza debe romperse al verlo, pero marcha hacia su meta y busca completar el destino que prepara para Europa; si fracasase, o solo tuviese un resultado mediocre, el ejército se desmoralizaría y lloraría[65].
>
> Se calculó que para Navidad unos cien soldados se habían suicidado[66].

Durante mucho tiempo Napoleón había enfatizado la necesidad del tratamiento, evacuación y cuidado de los heridos, escribiendo unas seiscientas cartas detalladas sobre este punto al comienzo de la campaña italiana, diez años antes. Se dirigía con frecuencia a sus médicos principales, Percy y Dominique

Larrey, alabando el «coraje, celo, devoción y, sobre todo, paciencia y resignación» de los servicios sanitarios militares[67]. Sus preguntas sobre enfermedades eran continuas y les solía consultar acerca de las diferencias entre la medicina en Francia y en otros países[68]. «Hete aquí, gran charlatán», bromeaba con su propio doctor, Jean-Nicolas Corvisart. «¿Has matado a muchos hoy?»[69]. Confiaba y apreciaba a Covisart, que le había curado la ciática y le mantuvo en buen estado de salud hasta que diversas dolencias, menores pero molestas, comenzaron a afligirle a partir de la campaña rusa. En otras ocasiones se mostraba sarcástico con los médicos, como cuando escribió a Jean-Gérard Lacuée en enero de 1812: «La inexperiencia de los cirujanos hace más daño al ejército que los cañones del enemigo»[70].

Napoleón llegó a sugerir que se estableciese un sistema de ambulancias en 1813, pero la falta de recursos lo hizo inviable[71]. Sí que incrementó el número de médicos en el ejército, desde los 1.805 de 1802 hasta los 5.112 una década después, y el de cirujanos en el campo de batalla desde los 515 hasta los 2.058[72]. Este reducido número de doctores tuvo que atender a una ingente cantidad de heridos en la campaña polaca; entre octubre de 1806 y octubre de 1808 los hospitales franceses trataron a 421.000 soldados, e incluso en el momento álgido del combate, menos de la cuarta parte ingresaron por heridas. El resto lo hicieron por enfermedad, sobre todo fiebre[73].

El 1 de enero de 1807, de regreso a Varsovia desde Pultusk, Napoleón cambió su montura en la posta de Blonie, encontrando allí a una hermosa rubia, la pálida condesa polaca de 22 años Marie Colonna-Walewska, de la que pronto supo que estaba casada con un aristócrata terrateniente, 52 años mayor que ella[74]. Concertó una nueva cita en una recepción, tras la que se convirtió rápidamente en su amante más fiel. Otra de las damas que asistió a esa fiesta, autora de un diario y aficionada al chismorreo, la condesa Anna Potocka, «vio cómo aferraba su mano» al final de un baile, lo que para ella equivalía a acordar un encuentro. Añadió que Marie tenía «unas proporciones admirables, pero no cerebro»[75].

Napoleón retiró rápidamente la invitación cursada a Josefina de que se reuniese con él en la capital polaca. «Hay una gran distancia entre Mainz y Varsovia», le dijo dos días después de encontrarse con Marie. «Tengo mucho que

resolver aquí. Creo que deberías volver a París, donde eres necesaria… Estoy bien, el clima es malo. Te quiero con todo mi corazón»[76]. A sus súplicas de que le permitiese unirse a él, respondió: «Me importuna más a mí que a ti; me habría encantado compartir contigo estas largas noches de invierno, pero hay que plegarse a las circunstancias»[77][****].

Napoleón visitó en Varsovia a Rapp, herido por novena vez en la batalla de Golymin, en esta ocasión en el brazo izquierdo. «Bueno, Rapp», afirmó, «estás herido de nuevo, y en el brazo desafortunado».

Rapp respondió que no debía sorprenderle, ya que «siempre estamos en batalla». «Puede que debiéramos haber esperado a tener 80 años para luchar», replicó Napoleón[78]. La observación de que pensaba vivir mucho más que su padre se sostiene en una carta de la época a Dalberg, en la que escribió: «A los 60 solo se han recorrido dos tercios de la vida»[79].

A pesar de que Napoleón estaba satisfecho con dejar hibernar a los rusos durante la estación más fría, Ney sufría una desesperante falta de suministros, por lo que, contraviniendo todas las órdenes, se precipitó hacia el norte el 10 de enero, esperando capturar el gran almacén de Königsberg por sorpresa. Sabía que era el tipo de insubordinación aventurera que aprobaría Napoleón si triunfaba. Llegó a Heilsberg una semana después y tropezó allí con las tropas prusianas de Lestocq, desvelando que Bennigsen estaba desarrollando su propio ataque sorpresa, moviéndose silenciosamente a través de los 1.200 km^2 del bosque de Johannisburg, al noreste de Varsovia.

Los prisioneros capturados por Ney, y después por Bernadotte, pusieron en la pista a Napoleón de un ataque masivo del enemigo hacia el Vístula, y de inmediato vislumbró la oportunidad de un contraataque devastador. Con gran parte de sus tropas en el sur, podía lanzarse sobre el flanco de Bennigsen, puede que incluso sobre su retaguardia; cuanto más avanzasen los rusos hacia el oeste, más sencillo sería para los franceses aniquilarlos. Decidió, por tanto, atacar desde Varsovia, a unos 160 kilómetros al norte, hacia Allenstein junto al río Alle. El mariscal Lefebvre, retirado del listado de inactivos en 1805, recibió un Cuerpo con el que sitiar Danzig, y se estableció en Thorn. Augereau se movió siguiendo el Vístula y Bernadotte recibió la orden de ejecutar una maniobra de distracción en el río Passarge, preparado para retirarse luchando por Elbing si

fuese necesario. Mientras tanto, Napoleón pivotó sobre Thorn, desviando a todo el ejército desde el sur hasta el norte. Davout custodiaría el flanco este, hasta ser sustituido por Lannes, avanzando después hacia Ostrolenka y Makow. El 19 de enero la vanguardia de Napoleón se cruzó con Bennigsen en su camino a Danzig. El clima aún era funesto; «jamás una campaña fue tan ardua», escribió el general de artillería Alexandre de Sénarmont, viendo cómo sus cañones se hundían en el barro hasta el eje, y sus artificieros, hasta las rodillas[80]. Poco después el terreno se endureció con el hielo, y cayeron algunos palmos de nieve que les retrasaron más.

El 27 de enero la Grande Armée todavía avanzaba a marchas forzadas hacia el norte, mientras Ney y Bernadotte recibían la orden de continuar su retirada hacia el oeste, metiendo a Bennigsen más aún en la trampa de Napoleón. «Mi salud está mejor que nunca», alardeó ante Josefina, «y en consecuencia soy más galante que antes»[81]. Su aventura amorosa estaba en su apogeo y se dirigía a Marie con un «tú» reservado antes a Josefina y al Sha de Persia. «¡Oh, ven a mí, ven a mí!», le escribió, «verás colmados todos tus deseos. Amaré a tu patria si te compadeces de mi pobre corazón». Pocos días después, enviándole un broche, le decía:

> Acepta por favor este ramillete; ojalá se convierta en un vínculo secreto que nos ate en medio de las multitudes que nos rodean. Cuando todas las miradas se posen en nosotros, tendremos un código secreto. Cuando me toque el corazón con la mano, sabrás que tú lo llenas por completo y, en respuesta, tú pondrás la mano en el broche. Ámame, mi dulce Marie, y que tu mano nunca deje el broche[82].

También fue generoso con ella, y le proporcionó 50.000 francos en tres entregas hasta octubre de 1809[83][*****].

El 31 de enero, después de que Napoleón dejase Varsovia rumbo al frente, algunos cosacos de la vanguardia del general ruso Bagration capturaron a un ayuda de campo que portaba un mensaje de Napoleón a Bernadotte, sin codificar, y que no pudo destruir a tiempo. Napoleón había ordenado a sus ayudantes que escondiesen los mensajes en el tacón de la bota: «Un ayudante

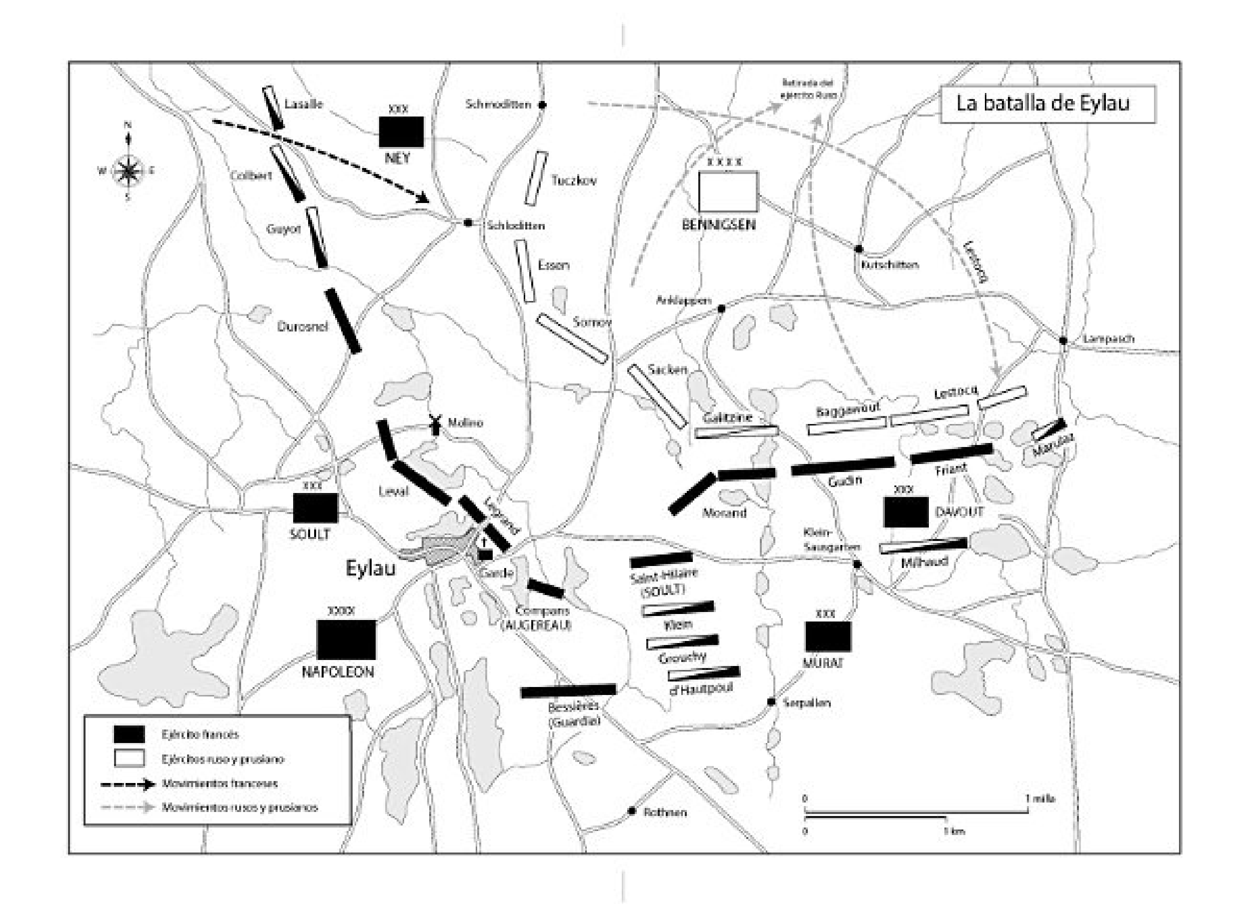
puede perder los pantalones por el camino», bromeó en una ocasión, «pero nunca los despachos o el sable»[84]. El mensaje ordenaba a Bernadotte que se uniese de nuevo a la Grande Armée marchando en secreto de noche, e incluía las instrucciones generales para todo el ejército, dejando claras sus intenciones de acabar con el ejército ruso mediante un ataque desde el sur. Con calma, Bennigsen ordenó una retirada inmediata al Alle[85]. Napoleón, desconociendo que sus planes estaban al descubierto, seguía en dirección norte, atravesando carreteras destrozadas en un clima atroz. Para un comandante convencido de que la velocidad era esencial, los inviernos polacos eran frustrantes. El 2 de febrero averiguó que en lugar de avanzar hacia el Vístula, Benigsen se retiraba hacia el Alle, refugio seguro. Se movió todo lo rápido que pudo hasta Bergfried, en un esfuerzo por fijar la posición del enemigo antes de que escapase, pero solo tenía 5 divisiones de infantería, la caballería de reserva de Murat y parte de la Guardia Imperial. Al día siguiente Bennigsen cruzó el Alle, dejando únicamente una retaguardia para contener a los franceses. Napoleón desencadenó el ataque, pero al día siguiente los rusos ya habían desaparecido. «Persigo al ejército ruso», escribió a Cambacérès, «y voy a obligarles a retroceder más allá de Niemen»[86][******].

Murat, al alcanzar a la retaguardia enemiga en un puente sobre un afluente del río Frisching en Hof el 6 de febrero, mandó al general Jean-Joseph d’Hautpoul cargar con sus coraceros contra el cañón ruso, tomando la posición. Media hora después Napoleón abrazó frente a toda la división al voluminoso, vociferante y agudo veterano, que mandó formar después a los suyos y bramó: «¡El Emperador está contento con vosotros, y yo estoy tan contento que os beso en el trasero!»[87]. Murat había sufrido 1.400 bajas en Hof y su adversario, el general de origen escocés y lituano Michael Barclay de Tolly, 2.000, pero Bennigsen había vuelto a escaparse[88]. La única forma que tenía de proteger Königsberg, a 30 kilómetros al norte –donde no se podía permitir quedar retenido– era encarar una batalla en Eylau (actual Bagrationovsk), una pequeña ciudad, entonces del este de Prusia, de 1.500 habitantes, a 200 kilómetros de la frontera rusa. Esperaba que en breve se uniesen a sus 58.000 hombres los 5.500 de Lestocq; Napoleón disponía de 48.000, pero Ney, a 18 kilómetros al este, y Davout, a 15 al sureste, se aproximaban con otros 30.000. La ventaja de los rusos en artillería, por el contrario, era enorme, con 336 cañones por los 200 de

Napoleón.

La vía principal entre Landsberg y Königsberg atraviesa, a lo largo de unos 15 kilómetros, una llanura y un bosque, hasta emerger en un terreno ondulante a unos 2 kilómetros de Eylay, que finaliza en una suave elevación. Desde este punto Napoleón disponía de una vista del amplio valle que terminaba en una cresta pronunciada, donde se desplegaba el ejército ruso. A su izquierda se situaba el lago Tenknitten, a su derecha, el lago Waschkeiten. El terreno entre ambos resulta elevado en algunas zonas, más acusadamente en la carretera que los cruza, descendiendo después a lo largo de medio kilómetro hasta Eylau con una suave pendiente. En una pequeña colina se alzan una iglesia y su cementerio, a la derecha de lo que, en 1807, era una ciudad de edificios sólidos en un importante cruce de caminos. Los lagos helados, marismas y abedules salpican aquí y allá el terreno. El punto más alto de la llanura es la aldea de Serpallen, en la que la nieve alcanza a veces un metro de espesor.

A últimas horas de la mañana del sábado 7 de febrero de 1807 Bennigsen terminó de desplegar sus tropas. A las 14.00 la caballería de Murat y la avanzada de la infantería de Soult alcanzaron el bosquecillo frente a la aldea de Grünhofschen. Augereau llegó a continuación, desplegándose hacia Tenknitten. Soult envió a las líneas 18º y 46ª contra los rusos a descubierto; la primera cruzó el extremo del lago helado bajo un consistente fuego de artillería, viró a la derecha y, muy mermada, sufrió un ataque a bayoneta calada. En ese momento los Dragones de San Petersburgo, buscando venganza por su derrota en Hof, cruzaron también el lago y les atacaron por la izquierda de la retaguardia, atrapando a los dos batallones en cuadrado y rompiéndolos, mientras la 18ª perdía su insignia del águila[*******]. Los dragones franceses llegaron a tiempo para contraatacar y salvarles de la aniquilación, pero hubo numerosas bajas. La 46ª pudo retirarse en orden; cuando Soult desplegó su artillería entre Schwehen y Grünhofschen, la vanguardia rusa comenzó a retroceder hacia el lugar donde se encontraba el grueso de sus tropas.



Napoleón dominaba ya la meseta hasta el valle, pero las pérdidas habían sido importantes; tres semanas después todavía podía verse un montículo de cadáveres. No pretendía atacar Eylau esa tarde, porque esperaba la llegada de Ney y Davout, pero diversos acontecimientos y malentendidos, que se pueden resumir en la expresión «la niebla de la guerra», le obligaron a hacerlo. La explicación de Soult posiblemente es la más adecuada; parte de la Caballería de Reserva habría seguido a los rusos hasta Eylau, acompañada después por la 24º Línea, estallando más tarde la lucha por la iglesia y el cementerio, que en su progreso fue atrayendo cada vez a más soldados. Fuese cual fuese el motivo, la batalla duró dos días, con 115.000 hombres disputándose un área de apenas 15 km^2.

La división de Saint-Hillaire cayó sobre la iglesia, hiriendo de gravedad con metralla a Barclay de Tolly, uno de los mejores generales del ejército ruso, que quedó fuera de combate durante 15 meses. Bagration podría haber evacuado Eylau, pero Bennigsen le ordenó retomarlo a toda costa, por lo que lanzó a tres

columnas a pie contra la artillería francesa, bajo fuego de mortero. A las 18 los rusos se habían hecho con casi toda la ciudad, pero no con la iglesia. Bennigsen cambió entonces de opinión, y a las 18.30 ordenó retroceder a sus tropas desde la ciudad hasta una pequeña elevación a la que los escritores contemporáneos se refieren hoy como «cumbres», en el este, ocupando de nuevo los franceses la localidad.

Mientras caía la noche, la división de Legrand se desplazó hasta las puertas de Eylau; Saint-Hillaire acampó al raso cerca de Rothenen; la caballería de Milhaud se encontraba en Zehsen; Grouchy, cerca de Eylau; Augereau, en segunda línea entre Storchnest y Tenknitten y la Guardia Imperial dormía en el área elevada que ocupaba Bagration cuando comenzó el día. Al empezara a caer la nieve, ambos ejércitos se arremolinaron en torno a sus fuegos de campamento; los vagones de suministro no podían seguir el paso del resto del ejército durante las marchas, y algunos de los soldados no habían probado bocado durante tres días, por lo que empezaron a comerse los caballos muertos en el campo de batalla. Un soldado de la Guardia Imperial se quejó al capitán Blaze de que solo tenía heno para fumar[89]. En palabras de Marbot, el ejército francés llevaba «días viviendo a base de patatas y nieve derretida»[90].

Una hora antes del anochecer Napoleón visitó Eylau. «Las calles rebosaban de cadáveres», observó el capitán François-Frédéric Billon, «un espectáculo horrible. Las lágrimas afloraron a los ojos del Emperador; nadie habría creído semejante emoción en este hombre de guerra, pero yo las vi por mí mismo, esas lágrimas… El Emperador se esforzaba por que su caballo no pisase restos humanos. Al no lograrlo es cuando le vi llorar»[91]. En una madrugada helada con la nieve cayendo desde después de medianoche, Napoleón durmió en una silla de la saqueada posta junto al Ziegelhof, sin quitarse las botas.

La mañana del domingo 8 de febrero, a las 8 de la mañana, los rusos comenzaron un furioso bombardeo sobre Eylau, en el que los números suplieron la falta de acierto. La respuesta francesa causó grandes daños entre las formaciones enemigas, expuestas sobre la nieve. El viento helado y la ventisca recurrente hicieron de la visibilidad uno de los puntos clave aquel día; en ocasiones cayó hasta los 15 metros, por lo que los rusos desde la cresta a veces no divisaban Eylau, y con frecuencia los oficiales eran incapaces siquiera de

atisbar a sus propias tropas.

A las 9.30 Napoleón ordenó a Soult que se desplazase hacia el noroeste de Eylau, en el extremo izquierdo del frente. El Cuerpo de Davout se aproximaba desde la otra dirección a la ciudad y el Emperador buscaba distraer la atención de Bennigsen. A las 10, sin embargo, Soult se vio obligado a retroceder dentro del área urbana. «Trescientos cañones por cada lado, lanzando una nube de metralla en un combate en espacio cerrado, causando una devastación enorme», apuntó Lejeune. Cuando llegó a la derecha de Napoleón el Cuerpo de Davout, estaba sufriendo un ataque virulento de la caballería de Ostermann-Tolstoi contra la vanguardia de Friant. Con Soult debilitado a la izquierda y Davout desplegándose a un ritmo desesperantemente lento, Napoleón precisaba de una maniobra de distracción a la derecha. Indicó a Augereau que atacase el flanco izquierdo ruso con sus 9.000 hombres y tratase de alcanzar a Davout. El mariscal se encontraba muy enfermo antes de la batalla, y sentía tanto frío que llevaba una bufanda enrollada en la cabeza, rematada por su gorro encajado en lo alto, y necesitaba la ayuda de su asistente para sostenerse sobre la montura. Se perdió entre la ventisca durante su avance y se precipitó contra una batería rusa que disparaba morteros a quemarropa, guiándose solo por los destellos de los cañones. Recorriendo el trayecto de Augereau hacia Eylau, con subidas y recodos, se comprende por qué se desorientaron las brigadas en la tormenta de nieve. Cinco mil soldados y oficiales murieron o fueron heridos en 15 minutos, entre ellos el propio Augereau[92]. La división de Saint-Hilaire, encaminada a relevar a Davout, también fue rechazada. Para las 11.15 la situación era grave. Napoleón observaba desde la iglesia de Eylau, a pesar de recibir los disparos de la artillería rusa. Su flanco izquierdo se deshacía, el derecho estaba malherido y los refuerzos se retrasaban. Él mismo estuvo en peligro al penetrar en Eylau durante la batalla una columna rusa, que se aproximó hasta la iglesia antes de ser localizada y aniquilada.

A las 11.30, una vez claro que Augereau no había logrado su objetivo, Napoleón lanzó uno de los movimientos más audaces de toda su carrera militar. Al decaer la tormenta de nieve empujó a casi toda la caballería de reserva de Murat a la mayor carga de todas las Guerras Napoleónicas. Señalando un ataque de la caballería rusa en curso sobre el mermado Cuerpo de Augereau, dijo a Murat, o bien: «¿Vas a dejar que esos muchachos nos aniquilen?», o bien: «Coge

toda la caballería que tengas y aplasta esa columna», o puede que ambas[93]. Murat, vestido con una capa polaca y un bonete de terciopelo verdes para la ocasión, armado solo con una fusta, lanzó a 7.300 dragones, 1.900 coraceros y 1.500 caballeros de la Guardia Imperial a un ataque temerario. «¡Atentos, por Dios!», gritó el coronel Louis Lepic de los Granaderos a Caballo de la Guardia. «¡Eso son balas, no excrementos!». La caballería rusa acabó empujada contra su propia infantería, los artilleros fueron pasados por el sable junto a sus cañones, se volvió a tomar Serpallen y Murat solo se detuvo al llegar a Anklappen. Lepic se negó a rendirse durante el contraataque ruso y Napoleón le recompensó después por su valor con 50.000 francos, que compartió con sus hombres.

La carga de Murat dividió el centro ruso y devolvió la iniciativa a Napoleón, con un coste de 2.000 bajas, incluyendo a d'Hautpoul, alcanzado por la metralla, que murió pocos días después de la batalla. Mientras tanto, Ney proseguía su camino con lentitud agónica entre la ventisca por las lamentables carreteras del campo de batalla. A las 15.30 Davout logró situarse a la espalda de Bennigsen, casi en Anklappen. Napoleón estaba a punto de cerrar la trampa, rodeando al ejército ruso, cuando Lestocq apareció de pronto y atacó a la división de Friant. Expulsó a los franceses de Anklappen cuando solo quedaba media hora de luz del día, salvando así el flanco izquierdo de Bennigsen. Ney acabó por llegar a las 19, pero era demasiado tarde para asestar el golpe definitivo que esperaba Napoleón. La lucha fue deteniéndose poco a poco, mientras caía la noche y ambos bandos sucumbían al agotamiento. A medianoche Bennigsen, casi sin munición y consciente de que Ney ya había llegado, ordenó la retirada, dejando el campo libre a los franceses.

«Cuando dos ejércitos se han infligido enormes daños el uno al otro durante todo un día –comentó Napoleón–, el campo lo gana el bando que, armado de constancia, se niega a abandonar»[94]. Pero el campo fue lo único que ganó en Eylau. Al no saber si luchaba contra la retaguardia rusa o contra el grueso del ejército de Bennigsen, sus ataques fueron descoordinados y costosos, y la lucha casa por casa fue un accidente innecesario. Ney fue requerido a las 8 de la mañana del día 8, demasiado tarde, porque Murat esa mañana informó por error de que los rusos se retiraban. El ataque de Augereau durante la tormenta fue tan desastroso que su Cuerpo hubo de dividirse y repartirse entre otros mariscales durante su convalecencia, algo que nunca perdonó a Napoleón. La carga de

caballería de Murat había sido magnífica y eficaz, pero también un remedio desesperado, tal y como atestiguaba con elocuencia la presencia de la propia escolta de Napoleón. La infantería de la Guardia sufrió a su vez bajas importantes en Eylau, expuesta al fuego artillero enemigo para ocultar la debilidad numérica de Napoleón[95].

Fueron dos días realmente espantosos. «No muchos prisioneros, pero sí muchos cadáveres», observó Roustam sobre Eylau, a punto de morir allí congelado. «Los heridos en el campo de batalla estaban ocultos por la nieve, solo se veían las cabezas»[96]. Napoleón trató de minimizar las pérdidas, como siempre, reconociendo solo 1.900 muertos y 5.700 heridos, pero fuentes de mayor confianza enumeran 23 generales, 924 oficiales y 21.000 soldados muertos o heridos. Once días después de la batalla Lestocq incineró unos 10.000 cadáveres, más de la mitad franceses[97]. De forma similar, los rusos perdieron unos 18.000 muertos y heridos, con 3.000 prisioneros y 24 cañones capturados. Los prusianos sufrieron unas 800 bajas.

El orden que siguió Bennigsen durante la retirada queda ilustrado por el hecho de que perdiese menos del 1% de sus cañones, pero –demostrando que no solo Napoleón «mentía como un boletín»– ante el Zar solo reconoció 6.000 bajas. Frente a Duroc Napoleón admitió que, «aunque las pérdidas en ambos bandos fueron altas, la distancia hasta mi base me presentó las mías como más importantes»[98].

Con el avance de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, la relación de bajas en combate se fue incrementando exponencialmente; en Fleurus fueron el 6% del total de soldados involucrados, en Austerlitz el 15%, en Eylau el 26%, en Borodino el 31% y en Waterloo el 45%. En parte se debió a que los ejércitos eran más numerosos que nunca antes, y las batallas tendían a ser más largas –Eylau fue el primer combate de dos días desde Arcole para Napoleón; Eggmühl, Aspern-Essling y Wagram en 1809 y Dresde en 1813 también duraron dos días, y Leipzig en 1813 duró tres– pero sobre todo por el espectacular incremento del número de cañones. En Austerlitz la relación fue de dos cañones por cada 1.000 hombres, pero en Eylau había escalado casi hasta 4, y en Borodino fue de 4,5. Por lo tanto Eylau representó un nuevo tipo de batalla en las Guerras Napoleónicas, resumido con acierto por Ney al finalizar: «¡Qué masacre! ¡Y sin ningún resultado!»[99].

[*] De los 50 millones de habitantes de Rusia, la mitad eran siervos y sobre ellos el Zar ordenó levas del 5%, por lo que sus ejércitos nunca carecieron de personal (Sommerville, *Napoleon's Polish Gamble*, p. 19). Los soldados comunes rusos –*mujiks*– eran reclutados durante veinticinco años, sin posibilidad de abandono. Con frecuencia analfabetos, mal alimentados, mal guarecidos, mal atendidos y casi siempre sin apenas paga, fueron sin embargo excelentes soldados (Lieven, *Russia against Napoleon*, passim).

[**] Un pequeño éxito del Sistema Continental fue la negativa a vender madera del norte de Alemania a la Royal Navy, obligando a los ingleses a adquirir materias de menor calidad en África, y teca de la costa malabar en el suroeste indio, que el Almirantazgo no apreciaba, porque al ser menos fibrosa se astillaba causando más bajas en batalla (Albion, *Forests and Sea Power*, passim, TLS 9/6/27, p. 399).

[***] Alexander Ivanovich Ostermann-Tolstoi, primo del autor de *Guerra y paz*.

[****] Los tres primeros meses de 1807 Napoleón escribió 1.715 cartas, y unas 3.000 en todo el año, más incluso que en 1806. Dirigió la mitad a responsables militares, sobre todo a Clarke como gobernador general de Prusia y al ministro de la Marina Decrès, mientras que el resto fueron diplomáticas (más de 200 a Talleyrand), administrativas, personales o familiares. Botas y zapatos sumaron 63 misivas, causando en ocasiones la confusión: «Me han enviado zapatos cuando había pedido pan», se quejó a Duroc en febrero. «¿Para qué quiero 19 barriles de zapatos dando vueltas entre el ejército? Es un disparate» (CG7, n. 14341, p. 207).

[*****] Napoleón tuvo 21, o puede que 22, amantes conocidas en dos décadas. Gastó en ellas en total la enorme suma de 480.000 francos entre diciembre de 1804 y agosto de 1813, de los que gran parte quedaron reflejados en el libro secreto de contabilidad de sus amantes como «entregados a Su Majestad».

[******] Sin embargo, no todo eran prisas. Una noche de campaña Napoleón tuvo tiempo de jugar a las cartas con Berthier, Duroc y otros, dando a su escolta mameluco Roustam 500 francos de sus ganancias (ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam*, pp. 140-141).

[*******] Al no capturarla los rusos, se especula con que pueda estar en el

fondo del lago. Como consecuencia Napoleón restringió las águilas a los primeros batallones y prohibió a la caballería ligera portarlas (CG6, n. 13006, p. 879).

19. TILSIT

Un padre que pierde a sus hijos no encuentra encanto en la victoria. Cuando el corazón habla, incluso la gloria pierde sus ilusiones.

Napoleón sobre Eylau

Puedo hacer otras cosas además de dirigir guerras, pero el deber es lo primero.

Napoleón a Josefina, marzo de 1807

«Mi amor, la batalla de ayer fue grande», informó Napoleón a Josefina a las 3 de la mañana del día de la batalla, 10 de febrero. «La victoria se detuvo en mí, pero he perdido muchos hombres; las pérdidas del enemigo, aún más considerables, no me consuelan»[1]. Aquella tarde le escribió de nuevo, «para que no te inquietes», sosteniendo entonces haber tomado 12.000 prisioneros y haber perdido 1.600 hombres, con entre 3.000 y 4.000 heridos. Uno de los fallecidos, su ayuda de campo el general Claude Corbineau, había sido jefe de caballerizas de Josefina. «Estaba singularmente unido a ese oficial, que tuvo tanto mérito –escribió–, su muerte me dolió».

La Grand Armée había sido golpeada con tal fuerza que no pudo dar seguimiento a la victoria, como había hecho después de Jena. El ayuda de campo de Soult, el coronel Alfred de Saint-Chamans, observó tras la batalla: «El Emperador pasaba frente a las tropas; entre gritos de *Vive l'Empereur!*, escuché a muchos soldados gritar: *Vive la paix!*, a otros *Vive la paix et la France!*, e incluso *Pain et paix!* [¡Pan y paz!]»[2]. Veía por primera vez la moral del ejército «algo decaída», lo que atribuyó a «la carnicería de Eylau». El día después de la batalla Napoleón anunció en el boletín que se había perdido un águila, y afirmó: «El emperador entregará a ese batallón un nuevo estandarte una vez que tome otro al enemigo»[3]. La razón por la que no se citaba a la unidad

por su nombre fue que en realidad se habían perdido cinco águilas[*].

Napoleón aún permanecía en Eylau el 14 de febrero, y escribió a Josefina: «Esta campiña está esparcida con muertos y heridos. No es la faceta más hermosa de la guerra, se sufre, y el alma se rompe al ver tantas víctimas»[4]. Comenzó pronto a preocuparse, porque las cartas de los oficiales enviadas a París se centraban mucho más en las pérdidas. «Saben tanto de lo que pasa en el ejército como la gente que pasea por el jardín de las Tullerías acerca de lo que pasa en el consejo de ministros», dijo a Fouché. Y a continuación añadió, despiadadamente: «¿Y qué son dos mil hombres muertos en una gran batalla? Cada una de las batallas de Luis XIV y de Luis XV se llevaron muchas más vidas», algo objetivamente falso; Blenheim, Malplaquet, Fontenoy y Rossbach se llevaron más, pero no ocurrió lo mismo con las guerras de España y de Sucesión austriaca, o de los Siete Años. Napoleón, como siempre, encubría el número de muertos, cercano a los 6.000, además de 15.000 heridos[5].

Tras Eylau se produjo otro encontronazo importante en Ostrolenka el 16 de febrero y uno más entre Bernadotte y Lestocq a finales de ese mes, pero ambos bandos se iban retirando a sus cuarteles de invierno –Francia a lo largo del río Passarge, los rusos en el Alle–, hasta poder retomar la campaña de nuevo a mediados de mayo. Por supuesto, esto no supuso un descanso para Napoleón. Pierre Daru era el intendente general de la casa imperial en campaña, y su correspondencia desde marzo de 1807 consta de pilas de cartas referidas a la falta de dinero, caballos, hornos, cordero, ternera, uniformes, tela para camisas, gorros, sábanas, harina, galletas, pan y, sobre todo, calzado y aguardiente[6]. Daru hizo lo que pudo, y alardeó ante Napoleón el 26 de marzo de que el ejército disponía de 231.293 pares de zapatos, por ejemplo, pero los soldados sufrían. Requisó 5.000 caballos en ocho ciudades alemanas en diciembre, de los cuales 3.647 llegaron a finales de mes[7]. Napoleón recibía informes puntuales acerca de la cantidad de centeno, trigo, avena, carne, forraje, heno y pan que se requisaba, en qué provincias y en qué fechas, con las cifras en listados; de modo similar le explicaban cuántos hombres reposaban en los 105 hospitales de Alemania y Polonia. El 1 de julio, por ejemplo, había 30.863 franceses, 747 aliados, 260 prusianos y 2.590 rusos[8]. El ejército necesitaba tiempo de descanso y recuperación tras los tremendos rigores de la campaña.

Cuando Joseph intentó igualar el afán del Ejército de Nápoles en su lucha

contra los rebeldes calabreses con el de la Grande Armée, Napoleón no se lo permitió:

> Los oficiales del estado mayor, coroneles y oficiales, no se cambiaron de ropa en dos meses, y algunos en cuatro: yo mismo estuve quince días sin quitarme las botas. Estábamos rodeados por nieve y barro, sin pan, vino, coñac, patatas ni carne. Marchamos y contramarchamos sin que nada aliviase la dureza, luchando con bayoneta, con frecuencia bajo las bombas, evacuando a los heridos en trineos abiertos cubriendo distancias de 50 ligas [200 kilómetros]. Así pues, resulta de mal gusto compararnos con el Ejército de Nápoles, batallando en la hermosa campiña napolitana, donde abundan el vino, el pan, el aceite, los tejidos, la ropa de cama, la vida social e incluso las mujeres. Tras destruir la monarquía prusiana, tenemos que luchar contra el resto de los prusianos, contra los rusos, los cosacos, los calmucos [del Volga] y esos pueblos del Norte que una vez invadieron el Imperio Romano[9].

Con Rusia y Prusia aún en guerra contra él, Napoleón dedicó tiempo también a reclutar una división bávara de 10.000 hombres, convocar una leva de 6.000 polacos, traer refuerzos de Francia, Italia y Holanda, y llamar a filas a la quinta de 1808, más de un año antes de lo previsto. Eylau había golpeado el mito de su imbatibilidad, y era necesario expurgar esa mancha para que Austria siguiese siendo neutral –especialmente cuando, a finales de febrero, Federico Guillermo rechazó los términos de un tratado de paz mucho más benévolos que los ofrecidos por Duroc al marqués di Lucchesini, el embajador de Prusia en París, después de Jena–.

Hasta que cayese el fortificado y rico puerto de Danzig (actual Gdansk) no se podría desencadenar una campaña agresiva en primavera, porque se correría el riesgo de que los rusos lanzasen un ataque contra la retaguardia de Napoleón, ayudados por la Royal Navy. Tras el secuestro de Victor en Stettin el 20 de enero de 1807 por 25 prusianos disfrazados de campesinos, el canoso mariscal Lefebvre recibió a los 52 años la misión de sitiar Danzig. Cuando lo consiguió, el 24 de mayo, reforzando así el flanco izquierdo francés, Napoleón le envió una caja de bombones. El gesto no impresionó mucho al mariscal, hasta que la abrió y descubrió que contenía 300.000 francos en billetes. Un año después este ufano

republicano, que había sido el asistente de Napoleón el 18 Brumario, se convirtió en duque de Danzig.

Mientras reconstruía su ejército y se preparaba para la campaña, Napoleón continuaba preocupándose de la administración imperial. El mismo día que fue informado de la toma de Danzig –que acogió ordenando a Clarke que se disparasen salvas y se cantasen *Te Deum* en París– solicitó a Lacépède, canciller de la Legión de Honor, que «escriba una carta al cabo Bernaudat de la 13ª Línea felicitándole por dejar de beber más de lo que le conviene. Se le otorgó una condecoración por su valentía; no se le debe retirar solo porque le guste tomar un poco de vino. Dile que no se meta en situaciones que puedan menoscabar la condecoración que porta»[10]. En abril de 1807, a pesar de ser tal vez el mes más tranquilo de todo su reinado, escribió 443 cartas. Durante su estancia en el castillo de Finkenstein, plagado de chimeneas –«como me levanto con frecuencia por la noche, me gusta ver el fuego»–, se involucró en una discusión entre el director de escena de la Ópera de París, Boutron, y su adjunto, Gromaire, por la responsabilidad de la caída de la cantante *mademoiselle* Aubry de una nube mecánica sobre el escenario, a causa de la cual se rompió un brazo. «Siempre defiendo al que lleva las de perder», dijo a Fouché, posicionándose a favor de Gromaire, a más de mil kilómetros de distancia[11].

El 26 de abril la Convención de Bartenstein confirmó que Prusia y Rusia proseguirían con la guerra de la Cuarta Coalición, y que habían invitado a unirse a ella a Inglaterra, Suecia, Austria y Dinamarca. Los dos primeros respondieron afirmativamente; Gran Bretaña lo hizo en junio y contribuyó con dinero, mientras mantenía el bloqueo naval contra el comercio francés. Suecia –que no había firmado la paz con Napoleón después del final de la Tercera Coalición en Austerlitz– envió un pequeño destacamento de tropas. Napoleón no perdonó jamás al rey Gustavo IV, al que calificó de «lunático, que debería ser rey de la Petite-Maison [un manicomio de París] en lugar de serlo de un valiente país escandinavo»[12].

A finales de mayo Napoleón ya estaba dispuesto: Danzig era suya, los enfermos habían sido retirados del frente, y tenía provisiones suficientes para ocho meses. Disponía de 123.000 soldados de infantería, 30.000 de caballería y 5.000 de artillería. Fijó el 10 de junio como fecha para el ataque pero, como

había ocurrido en enero, Bennigsen movió primero, atacando a Ney en Guttstadt el 5 de junio. «Me alegra ver cómo el enemigo trata de evitar que vayamos contra él», bromeó al abandonar al día siguiente Finkenstein en un carruaje abierto por el calor extremo[13]. Ese día puso a todos los Cuerpos en marcha, listos como no lo habían estado nunca para una batalla decisiva que podría terminar con la campaña. Davout, que ya había desplazado dos divisiones desde Allenstein para amenazar a Rusia por la izquierda, logró que un mensajero fuera interceptado deliberadamente con la información de que disponía de 40.000 hombres para atacar la retaguardia rusa, cuando en realidad disponía de 28.891. Bennigsen ordenó la retirada al día siguiente. Mientras tanto, Soult cruzó el río Passarge con todo su ejército y obligó a retroceder al flanco derecho ruso.

El 8 de junio Napoleón interrogó a varios prisioneros de la retaguardia de Bagration, que le informaron de que Bennigsen marchaba contra Guttstadt. En apariencia podría haber planteado la batalla allí, pero en lugar de hacerlo se retiró al fortificado campamento de Heilsberg. Napoleón avanzó con Murat y Ney en cabeza, seguidos por Lannes y la Guardia Imperial, y Mortier por detrás a un día de marcha. Davout había partido hacia la derecha y Soult, hacia la izquierda; el sistema de Cuerpos funcionaba. Bagration defendió la retirada de Bennigsen, destruyendo puentes y aldeas a su paso, mientras sus hombres marchaban por las largas y polvorientas carreteras bajo un sol abrasador. Napoleón, pensando que Bennigsen se dirigía a Königsberg, decidió el 9 de junio atacar a lo que creía que era la retaguardia enemiga. De hecho, se trataba del ejército ruso al completo, formado por 53.000 soldados y 150 cañones.

La ciudad de Heilsberg, en una hondonada en la orilla izquierda del Alle, era una base de operaciones rusa rodeada de trincheras, que se prolongaba por diferentes puentes hasta los suburbios de la margen derecha. Los rusos habían levantado cuatro grandes refugios para protegerse de los que vadeasen el río, defendidos con construcciones en forma de flecha (*flêches*), y combatieron allí desde primera hora de la mañana del día 10 de junio. Napoleón llegó a las 3 de la tarde, furioso por el coste de la batalla –con la pérdida de otras tres águilas– que habían planteado Murat y Soult. En un momento dado el escenario de los combates se acercó tanto a su posición que Oudinot le solicitó que abandonase la zona, afirmando que –si se negaba– los granaderos le sacarían a la fuerza. «A las 10 en punto el Emperador pasó a nuestro lado», observó el joven ayuda de

campo teniente Aymar-Olivier de Gonneville, «y fue saludado con aclamaciones, a las que no pareció prestar atención, mostrándose decaído y desalentado. Supimos después que no tenía intención de atacar con tanta fuerza a los rusos como había hecho, y sobre todo que no quería utilizar la caballería. Había reprendido [a Murat] por hacerlo, y este seguía al Emperador con un aire medianamente avergonzado»[14]. Las refriegas no finalizaron hasta las 11 de la noche, y al terminar se dieron lamentables escenas de civiles que seguían a las tropas desvalijando a muertos y heridos. El amanecer se despertó sobre un campo de batalla desolador –con más de 10.000 franceses y unos 6.000 rusos heridos– y, mientras el sol alcanzaba su cénit, ambos ejércitos escapaban del hedor de la muerte.

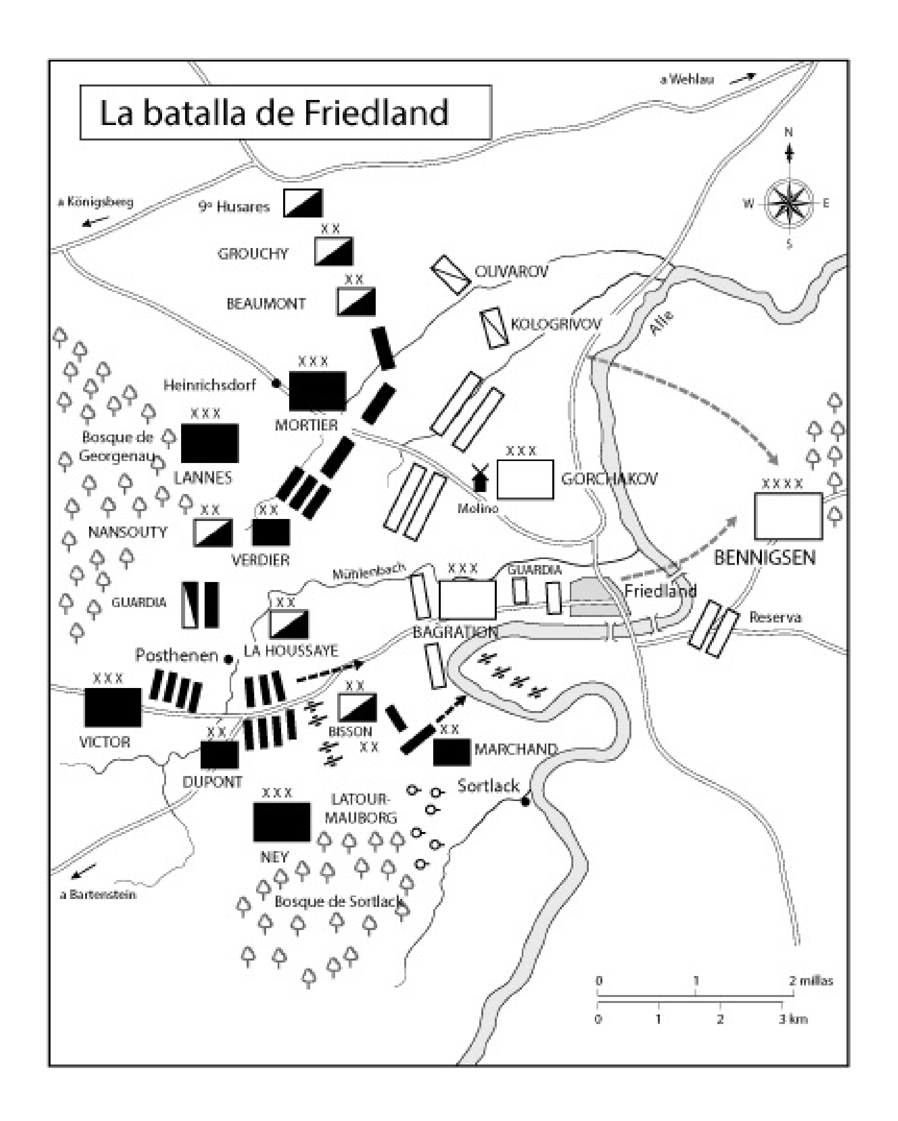
A pesar de que se había capturado gran cantidad de provisiones en Heilsberg, Napoleón fijó su atención en las aún mayores de Königsberg. Para llegar a esa ciudad los rusos tenían que volver a cruzar el Alle, y Napoleón sabía que había un puente en la pequeña ciudad comercial de Friedland (actual Pravdinsk), por lo que envió a Lannes en misión de reconocimiento, para separar después al resto del ejército entre Murat, con 60.000 hombres –su propia caballería más los cuerpos de Soult y Davout–, enviados a capturar Königsberg, y otros 80.000 bajo su propio mando, que regresarían a Eylau.

El 13 de junio la avanzadilla de Lannes informó de una gran concentración de tropas rusas en Friedland, que se situaba sobre un meandro del río, a la que se enfrentó siguiendo la doctrina de los Cuerpos, y fue capaz de retener durante tiempo suficiente como para recibir refuerzos. A las 15.30 llegaron 3.000 soldados de caballería de la vanguardia rusa cruzando el Alle, y expulsaron a los franceses de la ciudad. Al parecer Bennigsen se creía capaz de atravesar el río al día siguiente, acabar con Lannes y volver a cruzar el río antes de que Napoleón tuviese tiempo de llegar desde Eylau, a 25 kilómetros al oeste de Friedland. Subestimar la velocidad de Napoleón nunca fue una buena idea, especialmente cuando marchaba sobre un terreno endurecido por el sol del verano.

El río Alle se curva en torno a Friedland, envolviendo la ciudad por el sur y el este, y un lago llamado Millstream la flanquea por el norte. La corriente del río es rápida y profunda, y sus riberas alcanzan los 10 metros de altura. Frente a la ciudad se extienden unos 5 kilómetros cuadrados de fértil llanura, en la que el trigo y el centeno llegaban hasta la cintura, colindante con un bosque llamado

Sortlack. El Millstrem, de riberas también escarpadas, divide la meseta. El campanario de la iglesia de Friedland ofrece una visión panorámica magnífica del campo de batalla al completo y Bennigsen, su estado mayor y el oficial de enlace inglés, el coronel John Hely-Hutchinson, se encaramaron a él astutamente; sin embargo, no fueron capaces de ver que los tres pontones que había situado Bennigsen sobre el río, para reforzar el de piedra ya existente, estaban muy alejados de su flanco izquierdo, y en caso de ser destruidos o sobrecargados, Friedland, en el recodo de un lago casi con forma de yugo, se convertiría en una gigantesca trampa mortal.

Entre las 2 y las 3 de la mañana del domingo 14 de junio –aniversario de la batalla de Marengo– Oudinot alcanzó la meseta frente a la aldea de Posthenen. Era un soldado de soldados, impetuoso y formidable, amado por sus hombres, que había sobrevivido a un total de 34 heridas en su carrera, que había perdido varios dientes en la campaña de 1805, y que estaba a punto de perder parte de una oreja[15]. El único entre sus 9 hermanos en llegar a adulto, tuvo a su vez 10 hijos, coleccionaba pipas de arcilla, era un pintor aficionado y le gustaba pasar las tardes con Davout apagando velas a tiros. Oudinot envió a sus hombres hacia el bosque de Sortlack, y en el frente se desató un violento fragor de cañones. A la llegada del líder de la caballería, Emmanuel de Grouchy, virtuoso general aristócrata, encabezando una división de dragones franceses, Lannes, junto con la Caballería Ligera Sajona, disponía ya de suficientes hombres como para encararse a los 46.000 rusos, mientras Napoleón se aproximaba.



Bennigsen lanzó grandes oleadas de soldados sobre el Alle, hacia Friedland, ordenándoles que fuesen virando hacia Heinrichsdorf, desde donde amenazar la retaguardia francesa. Lannes dirigió a los coraceros de Nansouty hacia ese mismo punto, haciendo retroceder a los rusos. Grouchy se movió entonces con velocidad desde Posthenen, cargó desde el flanco, y alcanzó los cañones rusos, degollando a los artificieros desprotegidos. La caballería francesa, presa ya del desorden, sufrió el embate de una contracarga, pero a las 7 de la mañana Grouchy logró estabilizar el frente al este de Heinrichsdorf.

El artero y veloz mariscal gascón Lannes estuvo en su elemento en la decisiva batalla posterior. Cubierto por una fila inusualmente densa de soldados

avanzados entre los altos cultivos, movió constantemente pequeñas unidades de infantería y caballería, que entraban y salían del bosque, exagerando así el número de efectivos (9.000 y 8.000, respectivamente), con los que debía resistir frente a las 6 divisiones rusas que habían cruzado el Alle. Por fortuna, en el momento en el que Bennigsen desplegó sus fuerzas y atacó, llegó el Cuerpo de Mortier al campo de batalla, entrando en Heinrichsdorf a tiempo de evitar que lo hiciese la infantería rusa. Tras asentar tres batallones de los granaderos de Oudinot en la aldea, Dupas desplegó a sus hombres a la derecha. La división de polacos de Mortier se acercó hasta la llanura, y los tres regimientos de la misma nacionalidad del general Henri Dombrowski se posicionaron para apoyar a la artillería en Posthenen. En una espeluznante batalla en Sortlack, la división de Oudinot se sacrificó para detener a la infantería rusa. El general Jean-Aontine Verdier unió su división a Lannes a las 10, sumando 40.000 soldados.

Bennigsen entendió que Napoleón –ausente, porque cabalgaba a toda velocidad hacia Friedland– enviaba cada vez más hombres al campo de batalla, y modificó sus expectativas en cuanto al resultado del combate; ahora ya solo esperaba poder aguantar la línea hasta el final del día, para escapar de nuevo. Pero la noche, en verano y en esas latitudes, cae muy tarde, y a mediodía, tras galopar desde Eylau seguido a duras penas por su escolta, Napoleón apareció en el escenario. Oudinot, sobre una montura herida y con el uniforme agujereado por los disparos, logró acercarse a él y le suplicó: «¡Dame refuerzos y arrojaré a los rusos al río!». Desde la colina frente a Posthenen Napoleón no tardó en descubrir el contundente error táctico de Bennigsen. La división de la llanura, a causa del lago Millstream, suponía que el flanco izquierdo de Bennigsen era susceptible de acabar empujado contra el río.

Mientras Napoleón y Oudinot aguardaban la llegada de refuerzos, el general permitió un respiro en la batalla, convencido de que Bennigsen ya no podría reparar su error aunque lo advirtiese. Los combatientes de ambos bandos agradecieron poder buscar algo de sombra y agua; muchos de ellos deliraban por la sed, tras horas abriendo cartuchos llenos de salitre con los dientes, bajo un día sofocante y sin nubes de verano, en el que se alcanzaron los 30 ºC a la sombra. Napoleón se sentó en una sencilla silla de madera a disfrutar de un almuerzo con pan negro, al alcance de los cañones rusos. Cuando sus asistentes le suplicaron que se retirase, replicó: «Su cena será menos cómoda que mi comida»[16].

Frente a los que mostraban su preocupación porque se hiciese demasiado tarde para atacar, obligando a posponer el asalto hasta el día siguiente, explicó: «No sorprenderemos al enemigo cometiendo un error como este dos veces»[17]. El soldado y diplomático Jacques de Norvins vio a Napoleón paseando de un lado a otro, golpeando algunos matojos con la fusta, mientras decía a Berthier: «¡Día de Marengo, día de victoria!»[18]. Siempre fue muy consciente de las grandes posibilidades propagandísticas de los aniversarios, además de ser supersticioso.

A las 14 dictó las órdenes para reanudar los ataques a las 17. Ney se lanzaría hacia Sortlack; Lannes permanecería defendiendo el centro, y los granaderos de Oudinot virarían hacia la izquierda para atraer la atención sobre ellos y no sobre Ney; Mortier tomaría y defendería Heinrichsdorf, mientras Victor y la Guardia Imperial permanecerían reservados en el centro. En el campanario Bennigsen y su estado mayor observaban, según Hely-Hutchinson, «mientras el horizonte parecía atado por un oscuro cinturón de acero brillante»[19]. Bennigsen, ya demasiado tarde, dio orden de retirada, pero hubo de cancelarla de inmediato, porque para entonces era un intento muy arriesgado frente a un enemigo que se aproximaba.

A las 5 de la tarde tres salvas lanzadas por veinte cañones señalaron el comienzo del ataque de la Grande Armée. Los 10.000 infantes de Ney se alzaron en el bosque de Sortlack, y a las 6 ya lo habían despejado. Entonces las columnas marcharon contra la izquierda rusa. La división del general Jean-Gabriel Marchand irrumpió en la aldea de Sortlack, y empujó a gran parte de sus defensores cuerpo a cuerpo hasta el río. A continuación se desplazó hacia el oeste por su cauce, sellando la península de Friedland con los rusos dentro. La artillería francesa no podía fallar. Napoleón, después, envió al Cuerpo de Victor por la carretera de Eylau hacia el mismo Friedland desde el suroeste.

Al empezar a retroceder la exhausta unidad de Ney, Sénarmont dividió sus treinta cañones en dos baterías iguales, con 300 balas por cañón y 220 por mortero. Mientras sonaba la marcha «Frente de acción» en las cornetas, las unidades galoparon hacia adelante, inflexibles, disparando primero a 1 kilómetro, luego a 500 metros, luego a 200 y finalmente, solo con morteros, a 100. La Guardia Rusa de Ismailovsky y los Granaderos de Pavolovsky trataron de atacar a las baterías, pero unos 4.000 hombres murieron bajos sus disparos en 25 minutos, y una carga entera de caballería murió en dos lanzamientos de

morteros. El flanco izquierdo ruso terminó completamente destrozado, y atrapado contra el río Alle. La intervención de Sénarmont acabaría siendo famosa en los manuales bélicos como una «carga de artillería», aunque los artificieros sufrieron unas bajas del 50%. El restaurado Cuerpo de Ney, guiado por la 59ª Línea, combatió en las calles de Friedland desde el oeste, tomando la ciudad a las 8 de la tarde. Los rusos se vieron empujados hacia los puentes, que se incendiaron, y muchos soldados se ahogaron tratando de atravesar el Alle.

En ese punto las divisiones de Lannes y Mortier se abalanzaron sobre la llanura, y las unidades rusas a la derecha de Friedland acabaron en el río; muchos soldados combatieron hasta el final con la bayoneta, pero también 22 escuadrones de caballería lograron escapar por la ribera izquierda. El calor, el agotamiento, la caída de la noche y el saqueo de la ciudad en busca de comida han servido de explicación para la ausencia de una persecución tras los rusos, al estilo de Jena después de Friedland. También puede que Napoleón considerase que una masacre absoluta haría más difícil a Alejandro aceptar la negociación, y en aquel momento ansiaba la paz. «Sus soldados en general son buenos», dijo a Cambacérès, algo que hasta entonces no había reconocido, y que le habría venido muy bien recordar cinco años después[20].

Teniendo en cuenta solo la concentración de esfuerzos, Friedland fue la victoria más impresionante de Napoleón después de Austerlitz y Ulm. Con un sacrificio de 11.500 muertos, heridos y desaparecidos, había manejado a su antojo a los rusos, cuyas pérdidas se han estimado en torno a los 20.000 hombres –un 43% del total–, pero solo 20 cañones[21]. Los cien cirujanos de Percy trabajaron toda la noche, y un general observó más tarde los «prados cubiertos con las extremidades amputadas, en esos espantosos lugares de mutilación y disección que el ejército llamaba ambulancias»[22].

El día después de la batalla Lestocq evacuó Königsberg, y Napoleón emitió uno de sus clásicos boletines:

> ¡Soldados! El 5 de junio sufrimos un ataque en nuestros acuartelamientos por parte del ejército ruso, que interpretó mal la causa de nuestra inactividad. Percibió, demasiado tarde, que nuestro reposo era el del león; ahora hace penitencia por su error… Desde las orillas del Vístula alcanzamos las del Niemen con la rapidez de un águila. En Austerlitz celebrasteis el aniversario

> de la coronación; este año habéis celebrado de forma adecuada el de la batalla de Marengo, que puso fin a la Guerra de la Segunda Coalición. Franceses, habéis sido de provecho a vosotros mismos y a mí; regresaréis a Francia cubiertos de laureles, tras haber logrado una paz que garantiza su propia pervivencia. Es hora de que nuestro país viva tranquilo, a resguardo de la maligna influencia inglesa. Mi recompensa os mostrará mi gratitud y la grandeza del amor que os profeso[23].

El 19 de junio el zar Alejandro envió al príncipe Dimitri Lobanov-Rostovski para lograr un armisticio, mientras los rusos volvían a cruzar el Niemen y quemaban el puente de la última ciudad prusiana, Tilsit (hoy Sovetsk), a la que Napoleón llegó a las 14. Los prusianos, incapaces de proseguir la guerra sin ayuda rusa, ya debían limitarse a atarse a la estela diplomática del Zar. Tras una negociación de dos días se acordó un armisticio de un mes, y la tarde de la tercera jornada Napoleón invitó a cenar a Lobanov-Rostovski, brindó por la salud del Zar, y sugirió que el Vístula podía ser la frontera natural entre los dos imperios, implicando, por tanto, que no habría demanda de territorio ruso si se alcanzaba un acuerdo de paz general. Con ese presupuesto se organizó rápidamente un encuentro entre Napoleón y el Zar. El general Jean-Ambroise Baston de Lariboisière, comandante de la artillería de la Guardia, erigió un pabellón sobre una balsa en medio del río Niemen, para disponer de un lugar neutral, amarrado a ambas orillas en Piktupönen, la línea de alto el fuego oficial cerca de Tilsit[24]. «Pocos panoramas tendrían mayor interés», escribió Napoleón en el 85º boletín de la campaña, y una gran multitud de soldados se asentó en ambas márgenes para seguir el encuentro[25]. El propósito, como repitió Napoleón, no era otro que «dar descanso a la generación presente». Después de ocho meses de campaña era partidario de firmar la paz, volver a París y continuar supervisando las profundas reformas emprendidas en tantos aspectos de la vida francesa.

La reunión entre los dos emperadores el jueves 25 de junio de 1807 fue significativa, y no solo por el extraño lugar en el que se produjo; fue una de las cumbres más importantes de la historia. Aunque la amistad es imposible en la cúspide del poder, Napoleón hizo lo que estuvo en su mano para encandilar al monarca absoluto de Rusia, de 29 años, estableciendo una relación personal

cálida con él, además de eficaz. Los tratados de paz fruto de esa negociación –que Rusia firmó el 7 de julio y Prusia, dos días después– dividieron Europa en dos zonas de influencia, la rusa y la francesa.

Napoleón llegó primero al pabellón, y cuando Alejandro embarcó, vestido con el uniforme verde de la Guardia de Preobrazhenski, los dos hombres se abrazaron. Las primeras palabras del ruso fueron: «Te secundaré contra Inglaterra»[26]. Una versión menos regia afirma que fueron: «Odio a Inglaterra tanto como tú». No había mostrado la misma animadversión por el oro que le entregaron durante años los ingleses, pero, fuese cual fuese la frase, Napoleón la interpretó como una posibilidad de alcanzar un amplio acuerdo; de hecho, tal y como afirmó después: «Esas palabras cambiaron todo»[27]. Entraron después al suntuoso salón del pabellón y hablaron a solas durante dos horas. «Acabo de encontrarme con el emperador Alejandro –informó a Josefina–. Estoy muy contento con él; es un buen emperador, muy atractivo y joven, y más inteligente de lo que se podría pensar»[28].

A pesar de que la puerta del pabellón sobre la balsa, que Napoleón calificó de «bella», aunaba representaciones de las águilas de Rusia y Francia, y el monograma de la «N» de Napoleón y la «A» de Alejandro carecía de «FG», de Federico Guillermo de Prusia; aunque estuvo presente en Tilsit, se le hizo sentir como un rey principiante. El primer día no fue invitado al pabellón, y tuvo que esperar en la orilla envuelto en un abrigo ruso mientras dos hombres –que no sentían ningún afecto instintivo por él– decidían el destino de su reino[29]. Solo se le permitió acceder a la balsa el segundo día, el 26 de junio, para que Alejandro le presentase a Napoleón; en aquel momento le quedó claro que la alianza franco-rusa se haría a expensas de Prusia. Tras el segundo encuentro, cuando Alejandro entró en Tilsit a las 17, recibió el saludo de 100 salvas, Napoleón le recibió en persona, y se alojó en la mejor casa de la ciudad. Cuando llegó Federico Guillermo no hubo ni saludo ni bienvenida, y se alojó en casa del molinero[30]. No le fue de ayuda que tanto Napoleón como Alejandro le considerasen un pedante, de mentalidad estrecha y poca conversación[31]. «Me estuvo hablando durante media hora de mi uniforme y mis botones –rememoró Napoleón–, por lo que al final le dije: Tendrías que hablar con mi sastre»[32]. A partir de entonces, noche tras noche, cenaban temprano los tres juntos, se despedían, y Alejando volvía a las habitaciones de Napoleón para hablar hasta

altas horas de la noche sin que Federico Guillermo se enterase.

Aunque hubo revistas conjuntas a las tropas, intercambio de órdenes, y condecoraciones –Napoleón otorgó a un granadero ruso la Legión de Honor a instancias de Alejandro– y brindis laudatorios mutuos en los banquetes, lo que dio forma a la buena relación de Napoleón con el Zar fueron las conversaciones de madrugada sobre filosofía, política y estrategia. En las cartas a su hermana Alejandro aludió a esas charlas, prolongadas en ocasiones durante horas. Debatieron sobre el Sistema Continental, la economía europea, el futuro del Imperio Otomano y sobre cómo sentar a Inglaterra a la mesa de negociación. «Cuando estuve en Tilsit parloteaba [*je bavardai*] –recordó Napoleón– llamando bárbaros a los turcos y afirmando que deberían ser expulsados de Europa, pero nunca tuve intención de hacerlo, porque… no convenía a los intereses de Francia que Constantinopla cayese en manos de Austria o de Rusia»[33]. En una de sus discusiones más surrealistas, acerca de la mejor forma de gobierno, el autócrata Alejandro argumentó a favor de la monarquía electiva, mientras Napoleón –cuya corona, al menos, había sido refrendada por un plebiscito– lo hizo a favor de la autocracia. «¿Quién es digno de ser elegido?», preguntó. «Un César, un Alejandro, solo nacen una vez cada siglo, así que una elección es cuestión de suerte y la sucesión es más importante que una tirada de dados»[34].

La emperatriz María Feodorovna, que sentía que ya se había derramado suficiente sangre rusa por los Hohenzollern, y su hermano Constantino, ferviente admirador de Napoleón, presionaban a Alejandro para que alcanzase un acuerdo de paz. El que obtuvo en Tilsit no reflejó la magnitud de su derrota; casi todo el coste recayó sobre Prusia, y la única pérdida territorial de Rusia fue la de las Islas Jónicas, incluida Corfú, que para Napoleón era «la llave del Adriático»[35]. El francés le garantizó además que los estados germánicos regidos por familiares del Zar, como Oldenburgo, no serían obligados a integrarse en la Confederación del Rhin. Alejandro concedió la evacuación de Moldavia y Valaquia, tomadas poco antes a los turcos, y que nunca habían sido rusas, y recibió carta blanca para invadir Finlandia, en manos suecas. La única concesión significativa que tuvo que realizar en Tilsit fue la promesa de unirse al Sistema Continental, con lo que Napoleón albergaba la esperanza de incrementar la presión sobre Gran Bretaña para negociar la paz. A continuación invitó a Napoleón a visitar San Petersburgo. «Sé que le aterroriza el frío –dijo al embajador francés–, pero aun

así no le perdonaré el viaje. Haré que calienten sus aposentos a una temperatura egipcia»[36]. Ordenó también quemar toda la literatura antinapoleónica rusa; en adelante, para referirse a su nuevo aliado, se diría solo «Napoleón» y no «Bonaparte»[37].

En absoluto contraste con la indulgencia hacia Rusia, Prusia sufrió los mayores castigos. «Donde cometí el error más fatal fue en Tilsit», diría Napoleón más tarde. «Debería haber destronado al rey de Prusia. Dudé si hacerlo. Estoy seguro de que Alejandro no se habría opuesto, siempre y cuando no tomase para mí los dominios del rey»[38]. Alejandro arrebató a Prusia la región oriental polaca de Bialistok –algo impropio de un aliado–, pero el resto de latigazos fueron obra de Napoleón. Además de las provincias prusianas ganadas tras la Segunda y Tercera Partición de Polonia, se apropió del Gran Ducado de Varsovia, algo que los polacos consideraron un primer paso hacia la recreación de su reino, aunque carecía de representación diplomática y el gran duque era un alemán, Federico Augusto de Sajonia, con un parlamento inoperante. Los territorios prusianos al oeste del Elba formaron el nuevo reino de Westfalia, Cottbus fue a parar a Sajonia, y se les impuso una enorme indemnización de guerra de 120 millones de francos. Para pagar Federico Guillermo tuvo que vender territorios y elevar el tipo impositivo general sobre la riqueza del 10% al 30%. Se obligó además a Prusia a unirse al Sistema Continental, y se le impidió imponer peajes a las rutas fluviales, como en el río Netze y el canal de Bromberg[39]. Además debían reconocer a José como rey en Nápoles, a Louis en Holanda y a Napoleón como Protector de la Confederación del Rhin, mientras las tropas francesas seguían acuarteladas en las fortalezas del Vístula, el Elba y el Oder. La población prusiana descendió hasta los 4,5 millones de habitantes –la mitad de los que tenía antes de la guerra– y a dos tercios de su territorio, mientras su ejército disminuía a solo 42.000 hombres; en casi todos los territorios entre el Rhin y el Elba, «todos los derechos actuales o futuros» del Reino de Prusia «serán obliterados a perpetuidad». Incluso el rey de Sajonia tendría derecho a emplear las carreteras prusianas para enviar tropas al Gran Ducado de Varsovia. Al imponer esta humillación al sobrino nieto de Federico el Grande, Napoleón garantizaba el eterno resentimiento de Prusia, pero calculó que el revanchismo austriaco por Pressburg y el prusiano por Tilsit se mantendrían a raya gracias a su nueva amistad con Rusia.

Según se acercaba al cenit de su poder, la estrategia de Napoleón consistía en asegurarse de que, aunque podía contar siempre con la hostilidad inglesa, no habría lugar para que las potencias continentales rusa, austriaca y prusiana se volviesen contra él al mismo tiempo. Por lo tanto necesitaba enfrentarlos entre sí y contra Inglaterra en lo posible. Utilizó las aspiraciones de Prusia sobre Hanover, la incapacidad de lucha de Rusia después de Friedland, la alianza matrimonial con Austria, las diferencias entre Rusia y Austria por el Imperio Otomano, y el miedo a un resurgir polaco que sentían las tres potencias para evitar una posible lucha simultanea contra las cuatro entidades[40]. Lograrlo durante una década tras el colapso de la Paz de Amiens, a pesar de ser claramente la hegemonía europea que más temían el resto, es un tributo a su talla política. El momento definitorio de su estrategia fue la división de Europa entre las esferas de influencia rusa y francesa. En una velada en el exilio de Santa Helena, cuando se acercaba el final de su vida, la conversación derivó hacia el momento en el que había sido más feliz en su vida. Los que le rodeaban le sugirieron diferentes épocas. «Sí, fui feliz cuando me convertí en Primer Cónsul, feliz cuando me casé y feliz cuando nació el Rey de Roma», concedió, refiriéndose a su hijo. «Pero entonces no me sentí totalmente confiado en la seguridad de mi posición. Puede que fuese más feliz en Tilsit. Acababa de superar muchas vicisitudes, muchas angustias, como en Eylau; y me vi victorioso, dictando leyes, y con emperadores y reyes rindiéndome pleitesía»[41]. Era sensato haber elegido aquel momento.

Solo tres días después de la firma del tratado franco-prusiano, la reina Luisa de Prusia llegó a Tilsit, el 6 de julio, y se reunió durante dos horas con Napoleón, suplicándole la devolución de Magdeburgo, en la orilla oeste del Elba. Era una mujer tan atractiva que en 1795 una estatua suya y de su hermano Federico, de Johann Gottfried Schadow, fue considerada demasiado erótica para ser mostrada en público[42]. Napoleón se limitó a señalar que era «tan hermosa como cabe esperar a los 35 años»[43]. En su informe a Bethier sobre la reunión, observó: «La bella reina de Prusia llora de verdad», añadiendo, «se cree que he hecho todo el camino hasta aquí por sus bonitos ojos»[44]. Conocía plenamente la importancia estratégica de Magdeburgo por su estudio de las campañas de Gustavo Adolfo, y era muy improbable que sucumbiese a la frivolidad de

conceder un punto militar vital por ceder ante una reina lacrimosa[**]. Más tarde compararía las súplicas de Luisa por Magdeburgo con el «estilo trágico» de Chimène por la cabeza del conde Rodríguez en la obra de Corneille *El Cid*. «“¡Señor, justicia! ¡Justicia! ¡Magdeburgo!”. Al final, para que parase, le rogué que se sentase, sabiendo que nada corta mejor en seco una escena trágica, porque cuando se está sentado continuarla la convierte en comedia»[45]. Afirmaba que en una ocasión estuvo durante toda la cena hablando de Magdeburgo, y que, después de que su marido y Alejandro se retirasen, continuó con su presión. Napoleón le ofreció una rosa. «Sí», dijo, «pero con Magdeburgo». «Eh, *madame* –replicó–, soy yo el que le ofrezco una rosa y no vos a mí»[46].

Magdeburgo fue a parar a Westfalia, un nuevo reino de casi 3.000 km^2 forjado a partir de los territorios de Brunswick y Hesse-Cassel, además de la zona prusiana al oeste del Elba, a la que más tarde se añadirían áreas de Hanover. Sin embargo, para esta nueva entidad de gran importancia táctica, Napoleón envió a un monarca que a los 22 años no había logrado nada, más allá de abandonar el ejército sin permiso en América, contraer un matrimonio desacertado anulado semilegalmente, y dirigir luego con competencia –pero solo eso– a soldados bávaros de Württemberg en la reciente campaña[47]. El currículum de Jérôme no bastaba para una corona, pero Napoleón seguía confiando más en su familia que en nadie, a pesar de los claros indicios en contra del exilio de Lucien, el matrimonio de Jérôme, la debilidad de José en Nápoles, las infidelidades rebeldes de Paulina y la vista gorda que hacía Louis ante el contrabando inglés en Holanda.

Westfalia debía ser un modelo para el resto de Alemania, animando a otros estados a unirse a la Confederación, o al menos a permanecer alejados de la órbita de Prusia y Austria. «Es esencial que tu pueblo disfrute de una libertad, una igualdad y un bienestar desconocido para los alemanes», escribió a Jérôme el 15 de noviembre, adjuntándole una constitución para el nuevo reino, y prediciendo que nadie desearía volver al yugo prusiano, una vez «saboreados los beneficios de una administración prudente y liberal». Ordenó a Jérôme «seguirla fielmente… Los beneficios del Código Napoleónico, los juicios públicos, la erección de jurados, serán, por encima de todo, las características definitorias de tu gobierno… confío más en su efecto que en las victorias militares más grandes». A continuación, de forma irónica si se tiene en cuenta a quién se lo

decía, ponderaba las virtudes de la meritocracia. «La población de Alemania aguarda ansiosa el momento en el que los que no son nobles por nacimiento, pero tienen talento, posean el mismo derecho a obtener puestos; la abolición de toda servidumbre y de todos los intermediarios entre el pueblo y su soberano». Aunque no fuese escrita para el público, esta carta representa los más altos ideales napoleónicos. «El pueblo de Alemania, como los de Francia, Italia y España, quiere igualdad y valores liberales», escribió. «He acabado por convencerme de que la carga de los privilegios es contraria a la opinión general. Sé un rey constitucional»[48].

Napoleón, como hizo con José, Louis y Eugène, criticó constantemente a Jérôme, llegando a reprenderle en una ocasión por tener demasiado sentido del humor. «Tu carta era demasiado ocurrente. No necesitas ocurrencias en tiempo de guerra. Necesitas precisión, mostrar temple y sencillez»[49]. Aunque ninguno de sus hermanos fue un gobernador competente, las interminables críticas de Napoleón tampoco les ayudaron mucho. «Depende de él convertirse en un hombre de verdad», dijo a José, refiriéndose a Jérôme. «Pero le sorprendería escucharlo, porque todas las cartas que le envió están llenas de reproches… Le pongo intencionadamente en una posición de liderazgo solitario»[50]. Napoleón sabía lo exigente que era con respecto a su familia, y sus intenciones siempre fracasaron.

«Para cuando leas esta carta», escribió a Josefina el 7 de julio, «habrá concluido la paz con Prusia y Rusia, y Jérôme habrá sido reconocido como rey de Westfalia, con tres millones de habitantes. Esta información es solo para ti»[51]. La última frase muestra con qué frecuencia empleaba Napoleón las cartas a Josefina y a otros como una sofisticada herramienta de propaganda. El día anterior había escrito: «el pequeño barón de Kepen alberga ciertas esperanzas de una visita», lo que implicaba que decía la verdad al escribir: «Deseo mucho verte, cuando el destino decida que ha llegado la hora. Es posible que sea pronto»[52]. A María la abandonaría en Polonia.

Volvió a Saint-Cloud a las 7 de la mañana del 27 de julio, tras un viaje en carruaje de 100 horas, noche y día, a tal velocidad que su escolta no tuvo tiempo de levantar la barrera frente a un arco de triunfo, construido en su honor, y al que Napoleón ordenó a su cochero rodear[53]. Había estado fuera de Francia 306 días, la ausencia más prolongada de su carrera. «Vimos a Napoleón regresar de

la profundidad de Polonia sin detenerse –observó Chaptal–, convocar al Consejo a su llegada, y mostrar la misma presencia de ánimo, la misma continuidad y la misma fortaleza en sus ideas que si hubiese pasado la noche en su dormitorio»[54]. Envió a Marie Walewska, junto con su retrato y algunos libros, una carta desde Saint-Cloud: «Mi amable y querida Marie; tú, que tanto amas a tu país, entenderás la alegría que siento al estar de vuelta en Francia, tras casi un año fuera. Esta alegría sería completa si tú estuvieses aquí también; siempre te llevaré en mi corazón»[55]. Tardó 18 meses en volver a contactar con ella.

---

[*] Las de la 10ª Ligera y las divisiones 18, 24, 44 y 51.

[**] María Carolina de Nápoles, María Deodorovna de Rusia, Luisa de Prusia y madame de Stäel despreciaron profundamente a Napoleón por su actitud misógina con respecto a las mujeres y el poder. «¡Es difícil no indignarse al ver de lo que es capaz esta mujerzuela [*catin*]!», escribió en abril sobre madame de Staël, «¡y encima fea!» (CG7, n. 15337, p. 650).

20. IBERIA

No hay país en Europa en el que un extranjero pueda interferir en sus asuntos con menos provecho que en España.

Wellington a lord Castlereagh, 1820

Esa guerra desafortunada me destruyó; dividió mis fuerzas, multiplicó mis obligaciones, socavó la moral… Todas las circunstancias de mis desastres se atan a ese nudo fatal.

Napoleón acerca de la Guerra Peninsular[*]

Napoleón era consciente de la necesidad de contar con una nueva jerarquía social en Francia, basada en el servicio al estado y no en un accidente de nacimiento, y a su vuelta a París en el verano de 1807 se puso manos a la obra. «Fue en Tilsit donde nacieron los principales títulos de una nueva nobleza», evocó Anatole de Montesquiou, hijo del gran chambelán de Napoleón, oficial de artillería con Davout. «Durante largo tiempo todos los gobiernos de Europa reprocharon al Emperador que careciese de títulos a su alrededor. Para ellos, eso daba a Francia una apariencia revolucionaria»[1]. La Legión de Honor había avanzado en el camino hacia un nuevo sistema de privilegios basados en el mérito, pero no podía proporcionar el sostén para una nueva estructura social al completo. En mayo de 1802 Napoleón lamentaba que su nuevo orden se disiparía «como granos de arena» si no se anclaba «con algunas masas graníticas»[2]. Como oficial del ejército pensaba naturalmente en una estructura jerárquica con rangos y títulos, pero también quería evitar las innegables taras del Antiguo Régimen: los privilegios legales hereditarios. Como siempre, volvió sus ojos hacia el mundo clásico para guiarse. «Un príncipe no gana nada con desplazar a la aristocracia», apuntó en las Guerras de César, «al contrario,

retorna todo a su orden al permitir que subsista en su estado natural, restaurando a las viejas casas bajo nuevos principios»[3].

Los rangos de conde, barón y caballero del Imperio se crearon en marzo de 1808. Al introducir la nobleza basada en el mérito –de la que el 20% procedió de la clase obrera, y el 58% de la clase media–, Napoleón espoleaba la ambición revolucionaria de los franceses por servir a su país[4], sin ver contradicción entre la reintroducción de la nobleza y el espíritu de la Revolución. «El pueblo francés luchó por una sola causa; la igualdad frente a la ley», dijo a Cambacérès. «Ahora bien, mi nueva nobleza, como la han bautizado, en realidad no es nobleza, porque no tiene prerrogativas ni sucesión hereditaria… la sucesión hereditaria depende de la voluntad del soberano de confirmar en el título al hijo o al sobrino del poseedor fallecido»[5]. En Francia, al contrario que en el resto de Europa, el estatus nobiliario de una familia desaparecería si la siguiente generación no había acumulado méritos suficientes para conservarlo[6]. Los nuevos títulos de Napoleón eran análogos al concepto inglés de nobleza vitalicia, institucionalizada en 1958.

La denominada «re-jerarquización» de la vida francesa incluía un reordenamiento completo del sistema social[7]. En la cumbre se situaban los oficiales de más alto rango del ejército, ministros, consejeros de estado, prefectos, presidentes de los colegios electorales, decanos de los jueces, alcaldes de las mayores ciudades y unos pocos académicos, profesionales y artistas. A continuación venían los más de 30.000 miembros de la Legión de Honor, y por debajo de ellos unos 100.000 subprefectos, alcaldes de ciudades más pequeñas, funcionarios de las ramas educativa, judicial y administrativa del estado, miembros de los colegios electorales, cámaras de comercio o consejos de la prefectura y otros profesionales destacados[8]. Esas eran las verdaderas «masas de granito» de Napoleón. En las profundidades de la Revolución Francesa germinaban las semillas de su propia destrucción, porque los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad son excluyentes mutuamente. Se puede forjar una sociedad en torno a dos de ellos, pero no en torno a los tres. Libertad e igualdad, si se cumplen estrictamente, conculcan la fraternidad; la igualdad y la fraternidad extinguen la libertad, y la fraternidad y la libertad solo pueden llegar a expensas de la igualdad. Si la meta es alcanzar la igualdad extrema, como deseaban los jacobinos, la libertad y la fraternidad quedarán destruidas. Al crear su nueva

nobleza Napoleón despachó ese concepto de igualdad, y plantó en su lugar en la política francesa el de igualdad ante la ley, en el que creía de todo corazón.

Durante el Antiguo Régimen pertenecieron a la nobleza entre 80.000 y 400.000 personas; con Napoleón las cifras fueron mucho más reducidas y precisas. En 1808 creó 744 nobles, 502 en 1809, 1.085 en 1810, 428 en 1811, 131 en 1812, 318 en 1813 y 55 en 1814. Así pues, si en 1789 eran nobles 7 de cada 10.000 franceses, en 1814 lo era solo 1[9]. De los 3.263 nobles creados por Napoleón, el 59% fueron militares, el 22% funcionarios y el 17% personalidades destacadas[10]. También fueron ennoblecidos algunos médicos, científicos, escritores y artistas[**]. Al menos 123 de los 131 prefectos recibieron esta distinción, y la corte de apelación de París podía presumir de tener cuatro condes, tres barones y once caballeros. En 1811 todos los embajadores menos tres recibieron títulos. Este sistema también permitió a Napoleón perpetuar el recuerdo de batallas militares, dando su nombre a principados y ducados, como Castiglione, Auerstädt, Rivoli y Eckmühl[***].

En 1806 introdujo también las *donaciones*, separadas de la nueva nobleza pero solapándose en ocasiones, por las que súbditos leales, los donatarios, recibían tierras y propiedades confiscadas a los enemigos derrotados en territorio conquistado. Acompañaban a estas donaciones con frecuencia legados, generalmente en Italia, Alemania y, más tarde, Polonia. En 1815 ya habían recibido estos bienes unas 6.000 personas, con un total de 30 millones de francos.

La creación de la aristocracia imperial coincidió con el endurecimiento de la actitud de Napoleón hacia la disidencia interna. El 9 de agosto de 1807 comunicó en una reunión extraordinaria del consejo de Estado que deseaba abolir el Tribunado, «cuyo nombre y objeto parecen ajenos a un gobierno monárquico». Una senato-consulta diez días después se apresuró a llevarlo a la práctica[11]. Una minoría del Tribunado había votado y se había manifestado en contra del Concordato, la Legión de Honor, varias secciones del Código Civil y la proclamación del Imperio. A pesar de haber sido creado precisamente para que se escuchasen voces divergentes, Napoleón se posicionaba más como un oficial del ejército a la hora de valorar las expresiones de disenso en los escaños; de hecho, es llamativo que un cuerpo así llegase a sobrevivir ocho años bajo su mandato.

Savary reveló en sus memorias que Napoleón toleraba el desacuerdo, siempre que se hiciese con un espíritu leal y en privado: «Nunca guardó rencor a nadie que se opusiese francamente a su opinión; le gustaba que se debatiesen sus ideas»[12]. Le gustaba discutir sus puntos de vista con Cambacérès y el Consejo, pero mostraba menos entusiasmo si lo hacía con tribunos como Constant, Daunou o Chénier. «Mantén vigilado a Benjamin Constant», dijo a Cambacérès sobre el famoso mujeriego, «si empieza a entrometerse le mandaré de vuelta a Brunswick a estar con su esposa»[13]. Al mismo tiempo que esa senato-consulta abolía el Tribunado, Napoleón elevaba la edad mínima para los miembros del Cuerpo Legislativo hasta los 40 años. Él mismo tenía entonces 38.

Ya de vuelta en París, se podía concentrar en mejorar la economía francesa, una tarea para la que fueron de gran ayuda sus victorias recientes. En septiembre de 1807 Daru elaboró una lista detallada de los suministros y dinero en efectivo que debían abonar 22 ciudades prusianas como parte del acuerdo de Tilsit, que sumaban 72.474.570 francos con 7 céntimos en efectivo, y 30.994.491 francos y 53 céntimos en suministros. Una vez incorporadas otras regiones, el total ascendía a más de 153 millones de francos[14]. Esto, unido a la declaración de paz, supuso un enorme crecimiento para la Bolsa de París durante el gobierno de Napoleón: los bonos al 5%, que se negociaban a 17,37 en febrero de 1800, saltaron hasta los 93 francos el 27 de agosto de 1807, estabilizándose desde entonces en torno a los 80[15].

Pero no todo era trabajar en el período posterior a lo que denominó la Guerra Polaca. Una anotación del 4 de octubre de 1807 registra una entrega de 30.000 francos a la condesa de Barral, dama de la guardarropía de Paulina y esposa de uno de los chambelanes de Jérôme en Westfalia, notorio adúltero[16]. Mostró también su naturaleza controladora al mandar arrestar en septiembre de 1807 a Mr. Kuhn, cónsul americano en Génova, por lucir la Orden de Malta que le habían otorgado los ingleses. Ese mismo mes exigió conocer la identidad de los aristócratas de Burdeos que habían boicoteado una fiesta del senador Lamartillière, y sus motivos para hacerlo. Incluso asumió el papel de detective aficionado en un misterioso homicidio, indicando a Fouché que reabriese un caso de envenenamiento de mayo de 1805 alusivo a «un tal Jean-Guillaume Pascal, de Montepellier. Se dice que este canalla ha asesinado a su mujer».

Ordenó que la policía interrogase al cuñado de Pascal, y que se hiciese la autopsia al perro de la pareja, con la sospecha de que había sido también envenenado[17].

Tras la larga ausencia durante la campaña, por fin podía disfrutar de la vida doméstica después de casi un año. Mientras Napoleón estaba en Egipto, Josefina había pedido dinero prestado para comprar la bonita Malmaison, un *chateau* a unos 12 kilómetros de París, en el que pasaban el tiempo que no estaban en las Tullerías. Esta hacienda se extendía por 120 hectáreas de jardines, bosques y campos, con un aviario, un invernadero de plantas exóticas, un pabellón de verano, una torre, un «templo del amor», un viñedo y praderas junto al Siena, además de una magnífica colección de estatuas[****]. Josefina disponía también de una casa de fieras con canguros, emúes, ardillas voladoras, gacelas, avestruces, llamas y una cacatúa que repetía incesantemente la única palabra que sabía decir («Bonaparte»). Algunas veces invitaba a comer nabos entre sus invitados a la mesa a un orangután hembra vestida con una camisola blanca[18]. Napoleón había llevado gacelas de Egipto, y en ocasiones les daba rapé[*****]. «Les gustaba mucho el tabaco», recalcó su secretario privado, «y eran capaces de vaciar la cajita en un minuto, sin que pareciese afectar a ninguna»[19]. Aunque Napoleón guardaba una carabina en su estudio de Malmaison, con la que disparaba a veces a los pájaros a través de la ventana, Josefina le convenció de que no lo hiciese contra sus cisnes[20]. En cualquier caso es muy probable que hubiese fallado; su mayordomo Grégoire observó que «no apoyaba bien el arma en el hombro, y, como hacía que cargasen mucho el arma, acababa siempre con el brazo negro después de disparar»[21]. En una ocasión tuvo que hacerlo siete veces antes de matar a un ciervo acorralado.

La casa imperial de Napoleón, en su apogeo, ocupaba 39 palacios[******], casi un estado dentro del estado, aunque en algunos no estuvo nunca[22]. Reintrodujo, tomando a Luis XIV como modelo, las misas públicas, las comidas y besamanos, las galas musicales y otros muchos de los oropeles del Rey Sol[23]. Sabía que las muestras externas de esplendor inspiraban un sentimiento de respeto entre la plebe –«Debemos hablar a los ojos», afirmó, además de impulsar la industria del lujo de Francia[24]. El presupuesto para todos estos palacios era de 25 millones de francos, la sexta partida más importante de todos los gastos públicos franceses; también acumuló un total de 54.514 piedras

preciosas en su tesoro particular, indistinguible para él del de Francia (algo frecuente: la Civil List inglesa no entró en vigor hasta 1760)[*******].

Cuando recorría el país su séquito se trasladaba en 60 carruajes, un intento deliberado por impresionar, similar a las caravanas presidenciales de Estados Unidos hoy, que pueden sumar 45 vehículos, una metáfora visual similar del poder de un gabinete. En privado, sin embargo, mantuvo siempre la modestia del oficial de artillería de la pequeña nobleza que casaba más con su verdadera personalidad. «Cuando daba recepciones sentado en el trono», observó Chaptal, «se mostraba con gran lujo. Las condecoraciones eran de hermosos diamantes, como la empuñadura de su espada, el cordón y el botón del sombrero y la hebilla. Este vestuario no le sentaba bien, se le veía incómodo, y se lo quitaba tan pronto como podía»[25]. Su vestimenta de diario era el informal uniforme azul de coronel de granaderos de la Guardia Imperial, o el verde de los Cazadores a Caballo; cuando en Santa Helena no se pudo encontrar un traje con el tono de verde adecuado, se limitó a darle la vuelta al abrigo.

Fueron muchos los que percibieron el contraste entre la falta de adorno personal de Napoleón, fuera de las ocasiones oficiales, y lo atildado de la vestimenta de los que le rodeaban, tal y como se pretendía; de hecho Denon especificó al pintor François Gérard que tuviese «cuidado de enfatizar el esplendor de los uniformes de los oficiales que rodean al Emperador, contrastándolo con la sencillez que exhibe él, y que le hace destacar entre ellos»[26]. El capitán Blaze observó además que «su pequeño sombrero y su levita verde de cazador le distinguían entre la multitud de príncipes y generales con bordados en cada costura»[27]. Junto con la Legión de Honor lucía la medalla de la Corona de Hierro de Italia, pero no las muchas otras condecoraciones que le correspondían, que habrían sido un señuelo para cualquier tirador en medio de una batalla, consideración que a Nelson le habría venido muy bien hacerse. En 1811 se confeccionó un inventario de su vestuario, que incluía solo 9 abrigos para 3 años, dos trajes de gala, 24 pares de calcetines de seda, 24 pares de zapatos y 4 sombreros. «No se debe gastar nada sin la aprobación de Su Majestad», explicitaba, y cuando el chambelán Charles, conde de Rémusat, gastó demasiado en el vestuario de Napoleón, fue despedido[28]. Todo en la organización de sus palacios giraba en torno al trabajo. La cena era a las 6, pero con frecuencia se la saltaba, comiendo allí donde el trabajo se lo

permitiese; se asaban docenas de pollos al día, de tal forma que hubiese siempre uno disponible para él –algo que no se conformaba bien con sus deseos de economizar–. Comía según le iban llevando los platos, sin ningún orden en especial. No era un gastrónomo, y se conformaba con unos macarrones. «Napoleón prefería los platos más simples», recordaba uno de sus chambelanes, «solo bebía vino de Chambertin, y casi siempre diluido»[29]. Y el Chambertin muchas veces ni siquiera era el de las mejores añadas; cuando le pedían su opinión, juzgaba Augereau, «yo he sabido más»[30]. El coñac Napoleón no tuvo una denominación afortunada, porque nunca bebía licores, tomando como mucho una taza de café después de desayunar y otra después de cenar. No se conoce que se hubiese emborrachado nunca, y él mismo reconocía no ser un *gourmet*. «Si quieres cenar bien, cena con Cambacérès» –dijo al general Thiébault durante el Consulado–, «si quieres cenar mal, cena con Lebrun; si quieres cenar rápido, cena conmigo»[31]. No pasaba más de diez minutos sentado a la mesa, excepto en las veladas con la familia los domingos por la tarde, y entonces permanecía media hora[32]. «Obedecíamos todos la señal del Emperador de levantarse de la mesa», observó un comensal, «una ceremonia que llevaba a cabo de modo brusco e intimidatorio. Arrastraba de repente la silla hacia atrás y se levantaba como si le hubiesen dado una descarga eléctrica»[33]. En una ocasión afirmó que a pesar de las muchas personas, Josefina incluida, que le habían dicho que debería pasar más tiempo a la mesa, consideraba los momentos que estaba allí «ya una corrupción del poder»[34].

Tanto en casa como en campaña dormía solo cuando lo necesitaba, a cualquier hora del día. «Si dormía», recordaba su ministro de Finanzas, el conde Molé, «solo era porque reconocía la necesidad del sueño, y porque recobraba así la energía de la que iba a precisar más tarde»[35]. Esa necesidad era de 7 horas diarias, pero, según palabras de uno de sus secretarios, «en varias siestas cortas, que interrumpía a voluntad tanto por la noche como por el día»[36]. Dado que en todos sus palacios su dormitorio era contiguo al estudio, podía estar trabajando en bata en cualquier momento del día o de la noche, mientras sus secretarios rotaban para tomar notas al dictado. «Solía levantarse», observó otro secretario, «después de descansar una hora, tan despierto y con la cabeza tan clara como si hubiese estado durmiendo tranquilamente toda la noche»[37].

Napoleón sabía priorizar de un modo excelente, resolviendo rápidamente los

asuntos urgentes, amontonando los asuntos importantes pero menos urgentes en una pila para abordarlos más tarde, y arrojando al suelo lo que no consideraba de interés. Mientras Luis XVIII firmaba con un sello, Napoleón siempre leía las cartas por completo antes de firmarlas personalmente, en parte porque su velocidad al dictar podía hacer que algún secretario no anotase bien sus palabras. «Las ideas avanzan rápido», explicaba al hablar de su necesidad de contar con secretarios, «y entonces adiós a las letras y a las frases. Ahora ya solo puedo dictar. Dictar es muy conveniente. Es como si estuviese manteniendo una conversación»[38]. No se sentaba al escritorio prácticamente nunca, más que para escribir a sus mujeres y amantes, que recibían las únicas cartas que no dictaba, y para firmar documentos. Sus tres secretarios privados –Bourrienne, que ocupó el puesto entre 1797 y 1802, Claude-François de Méneval (1802-1813) y Agathon Fain (1813-1815)– desarrollaron abreviaturas particulares para seguir el torrente de palabras desde los pequeños escritorios, mientras él se sentaba en el sofá verde de tafetán de su estudio en las Tullerías, cerca del biombo plegado que le protegía del fuego, con una disposición que se repetía en todos sus palacios. Si a la 1 de la mañana seguían trabajando, Napoleón iba de incógnito con su secretario a tomar una taza de chocolate caliente a la rue Saint-Honoré[39]. Una vez se quejó al prefecto de policía a la mañana siguiente, porque se habían apagado las farolas de la puerta del palacio: «No puede imaginarse cómo lo he sabido»[40].

Cada uno de sus secretarios y ministros tenía su propia anécdota acerca de la prodigiosa memoria y capacidad para dictar de Napoleón. La de su ministro del Interior Jean Chaptal sobre la época en la que quería fundar una academia militar en Fontainebleu puede ser paradigmática. Le hizo sentarse y le dictó 517 artículos, sin ninguna nota. Chaptal se pasó toda la noche transcribiéndolos, tras lo que Napoleón «me dijo que estaba bien, pero incompleto»[41]. En una ocasión le dijo a Méneval que tras abandonar Brienne había empezado a trabajar 16 horas al día, y que ya no había parado[42].

A su alrededor todo ocurría a un paso vertiginoso. Molé recordaba cómo se trasladaba desde una misa hasta una recepción en Saint-Cloud en el verano de 1806 «caminando rápido, con una cohorte de príncipes extranjeros y… altos dignatarios franceses, sin resuello mientras trataban de seguirle el paso»[43]. Odiaba perder un solo minuto, y siempre realizaba varias tareas a la vez.

Disfrutaba tomando largos baños calientes, algo inusual entre los europeos de principios del siglo XIX, que él practicaba casi a diario, pero durante esa hora o dos hacía que le leyesen periódicos o escritos políticos, al igual que cuando le afeitaba su mayordomo, y en ocasiones también mientras desayunaba. Su comportamiento era casi masoquista al escuchar los periódicos británicos, que sus secretarios detestaban traducirle; insistía en escuchar todo lo que se decía de él, aunque fuese insultante[44]. En los largos trayectos en carruaje hacía que Josefina le leyese novelas, escogidas entre las sinopsis que hacía que redactase para él la condesa y novelista histórica de Genlis[45]. A pesar de que hacía trabajar a sus subordinados hasta la extenuación, casi todos le profesaron gran admiración. Para sus mayordomos, ayudantes de campo y ordenanzas era un héroe, y pidieron acompañarle al exilio muchos más asistentes de los que habrían permitido los ingleses, tributo señalado a su talento como empleador. *Madmoiselle* Avrillon, al servicio de Josefina, le definió como alguien «extremadamente educado» y «muy indulgente cuando se cometían pequeños errores». Su chambelán, el conde de Bausset, escribió: «Puedo afirmar categóricamente que pocos hombres eran más equilibrados en su carácter y más amables en su conducta». Agathon Fain opinaba que «Napoleón era un amigo leal y el mejor de los señores», en gran parte porque «mimaba a todo el mundo»[46]. Un cochero alcohólico mantuvo su paga mucho después de merecerse el despido, solo porque había conducido un carromato en Marengo.

«Esperaba que fuese brusco, y de carácter imprevisible –evocaba Méneval–, y en su lugar descubrí que era paciente, indulgente, deseoso por agradar, nada riguroso, alegre con una alegría que muchas veces era ruidosa y bromista, y otras veces, de una bonhomía encantadora»[47]. El único secretario crítico fue Bourrienne, despedido en 1802 por su corrupción descarada. Napoleón le ofreció después otro puesto, el de gobernador de Hamburgo, en el que también se lucró personalmente, y acabó pagando la amabilidad de su señor con años de libelos.

De haber habido una velada corriente en la vida de Napoleón, esta habría reunido muchos de los placeres de la familia burguesa ordinaria de Francia. Como recordó Meneval:

> Cenaba con su familia; después echaba un vistazo a su gabinete [oficina] y entonces, a no ser que le retuviese allí el trabajo, regresaba al salón para

> jugar al ajedrez. Como regla general le gustaba hablar en un tono familiar. Apreciaba los debates, pero no imponía sus opiniones, y no pretendía superioridad, ni de inteligencia ni de rango. Cuando solo había damas delante le gustaba comentar los vestidos que llevaban, o contarles historias trágicas o satíricas –casi siempre de fantasmas. Cuando llegaba la hora de acostarse, madame Bonaparte le seguía a su habitación[48].

Solía bailar en las reducidas recepciones de Malmaison las noches dominicales, alababa las pequeñas obras de teatro que representaban sus hijastros, y «se deleitaba con la vida patriarcal»[49]. Cazaba ciervos y jabalíes, pero más por hacer ejercicio que por el placer de la caza, y en ocasiones hacía trampas jugando a las cartas, aunque entonces solía devolver el dinero que había obtenido al hacerlo; lo único que pasaba es que no soportaba perder.

A principios de 1808 Prusia había sido sometida, y la sintonía con Rusia era buena, por lo que Napoleón ya podía centrarse en el modo de obligar a Inglaterra a sentarse a negociar. Tras Trafalgar estaba aclaro que no podía hacer resucitar los planes para una invasión, pero los ingleses seguían fomentando activamente el contrabando en toda Europa con la intención de debilitar el Sistema Continental, bloqueando los puertos franceses y sin mostrar signos de querer acabar con la guerra. Napoleón, entonces, volvió la mirada hacia el sur en su intento de perjudicar el comercio inglés, algo que siempre consideró clave a la hora de someter a la «nación de tenderos». Desde noviembre de 1800, cuando había escrito a José que «el mayor daño que podríamos infligir al comercio inglés sería exprimir a Portugal», siempre había contemplado al aliado más antiguo de Inglaterra como su talón de Aquiles[50][********]. Mientras galopaba hacia Dresde el 19 de julio de 1807 demandó a Portugal que cerrase sus puertos a las embarcaciones británicas en septiembre, arrestase a todos los ingleses que hubiese en Lisboa y confiscase todos sus bienes. Portugal no había cumplido los pagos exigidos tras pedir la paz en 1801, había permitido atracar a barcos ingleses para cargar vino, su principal exportación, y, a pesar de poseer grandes colonias y una flota considerable, su ejército contaba solo con 20.000 hombres. El perezoso, obeso y lento príncipe João regía el país, y su esposa, la española Carlota, había tratado de derrocarle en 1805[51].

Tras la invasión francesa de Etruria el 29 de agosto de 1807, para tratar de

acabar con el contrabando crónico de bienes ingleses, el presidente del gobierno español, Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, sabía que debía cooperar con Napoleón si quería obtener una compensación adecuada para la infanta María Luisa, reina de Etruria e hija de Carlos IV, cuyo marido, el rey Luis I, había fallecido por epilepsia en mayo de 1803. A Napoleón ni le gustaba Godoy, ni confiaba en él; cuando Godoy solicitó a Lucien un retrato del corso, apuntó: «No enviaría jamás mi retrato a un hombre que tiene encerrado a su predecesor en una mazmorra [Godoy había encarcelado al anterior primer ministro, el conde de Aranda, tras la derrota española a manos de los franceses en 1792] y que ha adoptado las costumbres de la Inquisición. Podré aprovecharme de él, pero no le debo nada más que desprecio»[52]. Napoleón albergó muchas suspicacias cuando Godoy movilizó al ejército español, el mismo día de la batalla de Jena, para desmovilizarlo rápidamente al enterarse del resultado. El mandatario asumió entonces que sería inteligente permitir a las tropas francesas atravesar España para atacar Portugal.

«Por encima de todo hay que arrebatar a Portugal de la influencia inglesa», escribió Napoleón al rey Carlos IV el 7 de septiembre de 1807, «para obligar a esta potencia a pedir la paz»[53]. El 27 de octubre un delegado de Godoy firmó el Tratado de Fontainebleu, que contenía una cláusula secreta por la que se dividiría Portugal en tres; el norte compensaría a la infanta María Luisa por Etruria, el centro quedaría bajo ocupación militar franco-española, y el sur se convertiría en el feudo personal del atractivo, artero, vulgar y ostentoso Godoy, que sería príncipe del Algarve. Ostentaba ya con autobombo el título de Príncipe de la Paz, en referencia al Tratado de Basilea que negoció con Francia en 1795[54]. Prefería cualquiera de esos títulos a su apodo popular, «el choricero», en referencia a su origen extremeño, núcleo de la cabaña porcina española. El tratado garantizó a Carlos IV sus dominios, y le permitió emplear el título de Emperador de las Dos Américas[55]. Para cuando Napoleón lo ratificó, el 29 de octubre, las tropas francesas ya se habían adentrado en la península. El 18 de octubre Junot cruzó el Bidasoa rumbo a Portugal; no encontró resistencia ni en Lisboa, y el 29 de noviembre la familia real huyó a Río de Janeiro a bordo de varios barcos de la Royal Navy, entre abucheos de la multitud por su deserción[56]. Napoleón ordenó a Junot que se asegurase de que los ingenieros recogían de camino el trazado de las carreteras españolas. «Déjame ver las

distancias entre los pueblos, la naturaleza del país y sus recursos», escribió, dando a entender que para entonces ya sopesaba invadir a su aliada[57].

La política española estaba tan descompuesta, y los Borbones españoles eran tan decadentes y patéticos, que el trono parecía listo para ser ocupado. Carlos IV y su dominante esposa, María Luisa de Parma, odiaban a su hijo mayor –24 años– y heredero, Fernando, príncipe de Asturias (futuro Fernando VII), un sentimiento totalmente recíproco. Godoy, además de tener a su mujer y a su querida viviendo en la misma casa, era amante también de la reina. El rey era tan consciente que cuando Godoy interceptó una carta de Napoleón dirigida a él, en la que le advertía de su traición, se limitó a dejarla pasar. El poder de Godoy en España era tal que había sido nombrado almirante sin haber embarcado nunca. Fernando, tan débil y pusilánime como su padre, le detestaba, un sentimiento que era mutuo. De hecho, en 1808 toda España odiaba a Godoy por el estado lamentable al que había reducido al país, y en particular por la pérdida de las colonias frente a Inglaterra, la catástrofe de Trafalgar –en la que se habían perdido 11 navíos–, la debilidad económica, la corrupción, las hambrunas, la venta de tierras eclesiásticas, la abolición de los toros, e incluso el brote de fiebre amarilla en el sur[58].

En octubre de 1807 se presentó una perspectiva seductora, cuando Fernando escribió a Napoleón –o más bien a «aquel héroe que eclipsa a todos los que le precedieron», tal y como afirmó zalamero el príncipe– solicitando entrar en la familia Bonaparte por vía matrimonial[59]. Su padre había ordenado su arresto ese mismo mes bajo acusaciones falsas, liberándole después con una amnistía desgraciada, por lo que puede que buscase tanto ganarles la partida a sus padres como proteger el trono de una invasión francesa. Habría sido la solución ideal, evitando a Napoleón lo que más tarde llamaría la «úlcera española», pero la candidata más adecuada, su nieta mayor Charlotte, hija de Lucien, solo tenía 12 años. Durante una breve estancia en la corte de Napoleón había escrito varias cartas a sus padres en Roma protestando por la inmoralidad y suplicando que le dejasen regresar a casa, a lo que Napoleón, que había interceptado las misivas, accedió[60][*********].

Tras ocupar Lisboa, Junot depuso formalmente a la dinastía ausente de los Braganza, y confiscó sus propiedades, imponiendo una «contribución» de 100 millones de francos, y promulgando una constitución que recogía la tolerancia

religiosa, la igualdad ante la ley y la libertad personal[61]. A pesar de prometer que se construirían carreteras y canales, que la industria y la agricultura mejorarían y se fomentaría la educación pública, los portugueses recelaban. Napoleón decretó que las tropas de Junot, además de la ración normal, recibirían una botella diaria de vino portugués[62].

Una vez afianzado Portugal, Napoleón envió a Murat con sus tropas al norte de España en enero de 1808, en apariencia para unirse a Junot, pero en realidad para tomar los fortines de San Sebastián, Pamplona, Figueras y Barcelona, con el respaldo de Goody, que estaba decidido a convertirse en soberano de pleno derecho bajo los términos secretos del tratado de Fontainebleu. España había sido invadida del todo, menos nominalmente, con el apoyo de su primer ministro. Murat ya estaba en Burgos con 100.000 hombres el 13 de marzo, y se dirigía a Madrid. Para tranquilizar a los españoles Napoleón ordenó «difundir el rumor de que es parte de mi plan (…) para sitiar Gibraltar e ir a África»[63][**********].

La noche del 17 de marzo de 1808 Godoy fue derrocado por el motín de Aranjuez, un alzamiento popular en una localidad a 40 kilómetros al sur de Madrid, en la que la familia real tenía su palacio de invierno, alimentado por el rumor de que planeaba llevar al rey y a la reina a América a través de Andalucía. Una muchedumbre irrumpió en su casa para lincharle, pero consiguió esconderse en el ático en una alfombra –o una estera– enrollada[64]. El príncipe Fernando apoyó la revuelta, y dos días después Carlos IV abdicó. El día anterior había accedido, renuente, a cesar a Godoy, provocando una gran celebración en Madrid. «Estaba preparado para ver algunos cambios en España», dijo Napoleón a Savary al saberlo, «pero confío en que los acontecimientos tomen un rumbo distinto del que esperaba»[65]. Viendo la oportunidad de extender su influencia, se negó a reconocer a Fernando como rey, afirmando que Carlos había sido su leal aliado.

Acuciado por el hambre y la sed tras esconderse durante 30 horas, Godoy trató de entregarse a las autoridades, pero la muchedumbre le atrapó, casi le cegó de un ojo y le hirió en la cadera, a pesar de lo cual fue arrestado con vida[66]. En Madrid fue asesinado su ministro de Economía, y las masas saquearon las viviendas de su familia y amigos, antes de dirigirse a las bodegas. En aquel momento la opinión pública española y la prensa británica consideraron

erróneamente a Napoleón el instigador del motín, algo falso. Sí que se dispuso a sacar partido de la oportunidad que le dio de volver a las distintas facciones unas contra otras; España era demasiado importante, estratégica y económicamente, como para dejarla en manos de Fernando, del que Napoleón sospechaba que era un peón en manos de la aristocracia reaccionaria y de elementos eclesiásticos –algo que era–, y un aliado secreto de los ingleses –algo que, por el momento, no era–.



El Emperador no podía permitirse el lujo de tener un estado caótico en su frontera sur, especialmente cuando le proporcionaba unos ingresos regulares de 5 millones de francos al mes, además de disponer, incluso después de Trafalgar, de una extensa armada a la que recurrir en caso de resucitar su sueño de invadir Inglaterra. El poder aborrece el vacío, y los Borbones –que habían reinado en España solo desde 1700, cuando Luis XIV los instaló en el trono– acababan de crear uno. Como demostró el 18 Brumario, Napoleón era muy capaz de dar un golpe de estado, y partidario de hacerlo si lo consideraba provechoso.

Después de Tilsit la Grande Armée no tenía más compromisos continentales

que el de mantenerse acuartelada y combatir cierta actividad guerrillera en Calabria. «No invadí España para colocar a alguien de mi familia en el trono», aseguró Napoleón en 1814, «sino para revolucionarla; para hacer de ella un reinado de leyes, abolir la Inquisición, los derechos feudales y los privilegios excesivos de algunas clases»[67]. Confiaba en que la fórmula modernizadora que tan bien había funcionado en Italia, Bélgica, Holanda y la parte occidental de la Confederación del Rhin reconciliaría a los españoles con su reinado. Aunque esto fue en gran medida una racionalización *post facto*, sí que esperaba sinceramente que sus reformas fuesen bien acogidas entre algunas clases españolas, lo que ocurrió hasta cierto punto. Negaba ansiar las extensas riquezas españolas en Hispanoamérica, afirmando que solo necesitaba 60 millones de francos anuales para afrancesar España (*pour la francifier*)[68]. A pesar de esta aspiración, se iba a producir una guerra dinástica, aunque fuese distinta de todas las anteriores, y en cierto sentido supuso una ruptura con las Guerras Revolucionarias del pasado.

El 21 de marzo Carlos IV renegó de su abdicación, aduciendo razonablemente que se había producido bajo amenazas[69]. Dos días después Murat ocupó Madrid con 50.000 hombres de los Cuerpos de Moncey y Dupont. En principio todo parecía tranquilo, incluso tras la llegada de Fernando a Madrid entre explosiones de júbilo. El hijo del rey estaba convencido de que Napoleón solo deseaba retirar a Godoy del gobierno, y el 10 de abril partió de Madrid rumbo a una conferencia con el francés cerca de la frontera española, en Bayona, hacia donde ya se dirigían, por separado, sus padres. Durante el camino españoles de a pie se quitaron la chaqueta y la pusieron bajo las ruedas de su carruaje, para «conservar las huellas de un viaje que supuso el momento más feliz de sus vidas», asumiendo –como el propio Fernando– que Napoleón le reconocería como el rey legítimo de España[70].

Napoleón llegó a Bayona el 15 de abril de 1808, instalándose en el cercano *chateau* de Marracq, lugar en el que permaneció más de tres meses, con un destacamento de la Guardia Imperial acampado en el césped. En el campo de batalla siempre había buscado ventaja al golpear el punto en el que sus enemigos eran más débiles; ahora haría lo mismo en sus negociaciones con los Borbones. El odio de María Luisa y de Carlos hacia su hijo, y el suyo por ellos, eran muy

superiores a cualquier sentimiento que pudiesen albergar hacia el Emperador. Estaba totalmente dispuesto a entrometerse en las desgracias privadas de esta familia tan disfuncional, y con 50.000 soldados en Madrid ninguna de las dos partes podía reinar sin su apoyo. Todo esto le permitió engranar una maquinaria realmente brillante.

Según los términos de los diversos acuerdos de Bayona, Fernando devolvería la corona española a su padre, a condición de que este la cediese inmediatamente a Napoleón, que la pasaría a su vez a su hermano José[71]. Mientras tanto Murat envió a Godoy al exilio, para alegría de María Luisa, que ya podría acompañarle; un país más parecía caer a los pies de la familia Bonaparte. «A menos que me equivoque», dijo Napoleón a Talleyrand el 25 de abril, «esta tragedia va por el V Acto; pronto se representará el desenlace»[72].

Se equivocaba; apenas estaba empezando el II. El 2 de mayo se filtraron rumores desde Bayona que hacían prever lo peor, y el pueblo de Madrid se levantó contra la ocupación de Murat, matando a unos 150 soldados en una insurrección llamada el Dos de Mayo[73]. Como en Pavía, El Cairo y Calabria, los franceses aplastaron brutalmente la revuelta. Pero no se enfrentaban a un alzamiento nacional unificado en España. En algunas regiones, como en Aragón, había poca oposición al dominio francés; en otras, como Navarra, era grande. Las Cortes en Cádiz se enfrentaban a las mismas dificultades que afrontaría José para recaudar impuestos o imponer levas[74]. El tamaño de España hacía que, en las provincias rebeladas, los gobiernos regionales insurgentes –las juntas– se pudiesen organizar en las zonas rurales, por lo que Francia tuvo que luchar al mismo tiempo contra el ejército regular y contra las guerrillas locales.

Los franceses empezaron sitiando Gerona, Valencia, Zaragoza y otras ciudades de importancia estratégica; de hecho, se produjeron más sitios durante la Guerra Peninsular que en el resto de Guerras Napoleónicas juntas[75]. Sin haber completado la pacificación de Calabria, Napoleón se embarcaba en otro territorio, mucho más extenso, con los mismos factores en juego: malas comunicaciones, sacerdotes intransigentes, un campesinado endurecido y primitivo, una monarquía borbónica legitimista con mayor lealtad entre el pueblo que el candidato Bonaparte, y la posibilidad cierta de que la Royal Navy les facilitase suministros. Francia había derrotado con facilidad a España en 1794-1795, y Napoleón presupuso que, sin un general español y sin un ejército

destacado, lo haría de nuevo. A pesar de la experiencia de Calabria no había comprendido lo efectiva que puede ser en ocasiones una guerrilla, incluso enfrentada a un ejército más poderoso y bien disciplinado. Tampoco contribuyó el hecho de que Napoleón interfiriese con las decisiones de sus generales después de marcharse, desplazando unidades de territorios con los que ya se habían familiarizado y enviando órdenes que, para cuando llegaban, se habían convertido en irrelevantes.

«La metralla y la bayoneta despejaron las calles», informó Murat a Napoleón sobre Madrid[76]. Una vez apagada la insurrección, Murat hizo fusilar a grupos de campesinos insurgentes, escena inmortalizada más tarde por Francisco de Goya que puede verse hoy en El Prado. Años después el secretario de Napoleón introdujo en sus memorias una carta totalmente falsa, con la que quiso hacer ver que Napoleón había escrito a Murat el 29 de marzo de 1808 llamándole al cuidado y la moderación[77]. Legiones de historiadores sucumbieron ante este fraude, antes de que fuese destapado, a pesar de que Napoleón no había llegado a Bayona hasta el 15 de abril. Una carta que sí escribió a Murat, el 2 de mayo, dice: «Te daré el reino de Nápoles o el de Portugal. Dame una respuesta inmediata, porque tiene que ser cosa de un día»[78]. Para su fortuna, eligió Nápoles, porque Portugal fue invadido tres meses después por el ejército inglés.

A pesar de los aspectos patrióticos, antifranceses, antiateos y pro-Fernando, el Dos de Mayo también tenía que ver con las clases, la propiedad de las tierras, la deserción militar, el contrabando, el regionalismo, la rebeldía frente a las levas, el anticlericalismo, la falta de alimento y el hundimiento comercial, lo que hacían del conflicto algo mucho más complejo que la narración simplista de un combate entre el avaro invasor francés y los heroicos resistentes españoles, aunque también hubiese algo de esto[79]. Parte de los grupos militarizados que combatían a los franceses –como el de Juan Martín Díez en Guadalajara y el de Francisco Espoz y Mina en Navarra– estaban bien organizados, pero la mayoría no eran más que bandas criminales, como las que había suprimido Napoleón en Francia siendo Primer Cónsul, y contra las que cualquier gobierno debería haber actuado. Como en toda guerrilla insurgente, algunos de los partisanos se movían por patriotismo, otros por venganza ante las innegables atrocidades, otros por oportunismo; en muchos casos el pillaje de los bandidos se dirigía contra compatriotas españoles. El capitán Blaze de la Guardia Imperial se encontró con

muchos pueblos en los que los habitantes no distinguían al ejército francés de los forajidos españoles[80].

Al recibir la noticia de los sucesos del Dos de Mayo de Madrid, Napoleón decidió acelerar la ejecución de aquello que más temían los sublevados. El 6 de mayo, tras una ceremonia de una hora en la que todos –incluyendo al gotoso y reumático Carlos IV– permanecieron en pie, Fernando VII firmó el Tratado de Bayona, abdicando a favor de su padre[***********]. Carlos, feliz porque su odiado hijo no fuese a sucederle, cedió dos días después todos sus derechos a Napoleón y solicitó asilo en Francia[81]. Napoleón, en una carta en la que trató de persuadir a José de que aceptase el trono, afirmaba: «España no es Nápoles; tiene 11 millones de habitantes, unos impuestos públicos de más de 150 millones de francos, sin contar los enormes ingresos coloniales, y posee “todas las Américas”. Es una corona con la que te instalarás en Madrid, a tres días de Francia, que abarca una de sus fronteras. Nápoles está en el fin del mundo»[82]. Años después, cuando le convino, lamentó su decisión: «Cometí un gran error al poner al tonto de José en el trono de España»[83]. Cuando fue coronado en Madrid en julio, Murat tomó el trono napolitano, y el mayor de los hijos que sobrevivieron de Louis y Hortense, el príncipe de 3 años Napoleón-Luis, ocupó el palacio de Murat como Gran Duque de Berg.

Para mantener el control sobre el pueblo español, en caso de que rechazase las disposiciones de Bayona, Fernando permaneció en los dominios de Talleyrand en Valençay, permitiendo a sus partidarios hablar de secuestro y encarcelamiento[************]. Cuando el galante coronel de su guardia José de Palafox, de 28 años, le sugirió que tratara de escapar, Fernando respondió que prefería quedarse bordando y recortando figuritas de papel[84]. Al volver a España en la primavera de 1814 anuló todas las reformas liberales de Napoleón, llegando incluso a reintroducir la Inquisición. «El rey de Prusia es un héroe comparado con el rey de España», dijo Napoleón a Talleyrand; «todo le es indiferente; muy materialista, come cuatro veces al día y no tiene una sola idea en la cabeza»[85]. Le pidió además que garantizase la comodidad de Fernando en Valençay. «No sería malo que el príncipe de Asturias se encaprichase de alguna mujer hermosa», le escribió, «sobre todo si se puede confiar en ella»[86]. Fernando padeció tanto el hoy llamado Síndrome de Estocolmo que llegó a felicitar a Napoleón por una victoria francesa frente al ejército español en

Tudela, y solicitó de nuevo contraer matrimonio con una Bonaparte. Su padre Carlos IV se trasladó primero a Marsella, y después a Roma, donde vivió tranquilamente el resto de su vida. A pesar de garantizarles un pago anual de 10 millones de francos, Napoleón se aseguró de que procediesen de España, y ya en julio de 1808 escribió a Mollien: «No hay prisa por pagar la pensión del rey de España; no le falta el dinero»[87].

Frente a las críticas a Napoleón por el saqueo de España, se olvida con frecuencia que en esa misma época el zar Alejandro arrebató sin más Finlandia a Suecia, en una guerra más corta pero igual de ilegítima. «Cambié Finlandia por España», dijo Napoleón, pero se llevó la peor parte[88]. No había precisado de las amenazas explícitas, y ni siquiera tuvo que luchar para que el trono español cayera en sus manos, pero cometió el error de creer que, como dijo a Talleyrand en mayo, «los españoles son como otros pueblos, y no una raza distinta; aceptarán contentos las instituciones imperiales». Por el contrario, apodaron a José «el rey Intruso», e incluso después de la toma de Madrid se produjeron insurrecciones a gran escala en Vizcaya, Cataluña, Navarra, Valencia, Andalucía, Extremadura, Galicia, León, Asturias y parte de las dos Castillas, mientras se abrían varios puertos a la Royal Navy. La impaciencia de Napoleón sacó su peor rostro. Como reconoció Savary, «apresuramos los acontecimientos, y no mostramos suficiente consideración por la autoestima nacional»[89].

El 2 de junio reunió en Bayona tantos notables españoles como pudo para ratificar la primera constitución escrita del mundo hispanoparlante[90], que abolía los privilegios y la Inquisición, preservaba el parlamento nacional –las Cortes– con tres estados, y establecía al catolicismo como única religión estatal. Era atractiva para los colaboracionistas francófilos, la mayoría de las clases medias y profesionales, liberales e ilustradas, llamados josefinos o afrancesados; pero estos eran una minoría entre una población que todavía era, en gran medida, rural, analfabeta, económicamente retrasada, ultracatólica y reaccionaria. Los escaños en los ayuntamientos españoles fueron hereditarios hasta 1804 y la Inquisición aún actuaba.

«He atrapado por los pelos la ocasión que la Fortuna me ha presentado de regenerar España», dijo después Napoleón a uno de sus secretarios[91]. Puede que una de sus razones para esperar la colaboración española con su régimen fuese que su propio padre había sido un colaboracionista francófilo; de ser así,

debería haber recordado su odio juvenil ante la ocupación francesa de Córcega, viendo a España como una Córcega en grande. Hasta el propio Bausset, canciller y admirador de Napoleón, se vio obligado a admitir que se recibió la constitución «con un silencio e indiferencia inequívocos» en la España ocupada, y con un «desdén amargo» en los demás lugares[92].

El 25 de mayo la ciudad fortificada medieval de Zaragoza, capital de Aragón, se alzó en armas al mando del coronel Palafox, que había escapado de Francia disfrazado de campesino. Aunque solo disponía de 220 hombres y el equivalente a 20 libras, 6 chelines y 8 peniques de presupuesto, declaró la guerra al Imperio Francés[93]. El 8 de junio, en Tudela, el general Charles Lefebvre-Desnouettes había arrasado a las tropas dirigidas por el hermano mayor de Palafox, el marqués de Lazán, pero cuando intentó lanzarse sobre Zaragoza una semana después, con 6.000 hombres, fue rechazado y sufrió 700 bajas; comenzó así el primer asedio contra esta ciudad de 60.000 habitantes. Cuando Lefebvre-Desnouettes reclamó a Palafox la rendición empleando dos palabras –«La capitulación»–, este replicó con tres –«Guerra a cuchillo»–[94].

Una de las razones principales de Napoleón para invadir España había sido la de garantizarse que contaba con su flota, para dar nueva vida a su sueño de invadir Inglaterra, pero el 14 de junio el sucesor del almirante Villeneuve, el almirante François de Rosily-Mesros, tuvo que entregar ante los españoles la pequeña parte de la armada francesa –seis barcos– atracada en Cádiz que no había sido hundida o capturada en Trafalgar[*************]. Napoleón recibió otra sacudida al descubrir el 25 de julio que el archiduque Carlos había convocado una leva de 150.000 hombres en Austria. Ordenó a Champagny advertir a Austria de que su ejército aún sumaba 300.000 soldados, pero sin efecto. Un mes después dijo a Jérôme: «Austria se está armando, y lo niega; por tanto, se está armando contra nosotros (…). Si Austria se arma, nosotros deberíamos hacerlo también. No tengo rencor contra Austria, no le pido nada, y la única razón para armarme es que ellos lo están haciendo»[95].

Napoleón supuso que, aunque José no fuese recibido como el reformista salvador de España, siempre podía derrotar a su ejército en el campo de batalla; no en vano el 14 de julio Bessières había vencido al capitán general Gregorio de la Cuesta y al ejército de Galicia en Medina de Rioseco. Pero solo 8 días después

la desgracia cayó sobre el ejército francés, cuando el general Pierre Dupont se rindió con todo su Cuerpo, 18.000 hombres, 36 cañones y todas sus banderas frente al general Francisco Castaños y el ejército de Andalucía en la batalla de Bailén. La Royal Navy, que no había intervenido en la negociación de la rendición, se negó a repatriar a las tropas de Dupont a Francia, tal y como había prometido Castaños; fueron enviados a la isla balear de Cabrera, donde más de la mitad murieron de hambre, aunque Dupont y su estado mayor sí que pudieron regresar a casa[96].

Lo sucedido en Bailén resonó en toda Europa; había sido la peor derrota de Francia en tierra firme desde 1793. Por supuesto, Napoleón montó en cólera. Sometió a Dupont a una corte marcial, le encarceló durante dos años en el fortín de Joux y le despojó de su título de conde del Imperio, para afirmar más tarde: «De entre los generales destinados en España deberíamos haber seleccionado a unos cuantos y haberlos enviado al patíbulo. Dupont nos hizo perder la península por guardarse su botín»[97]. Aunque era cierto que el ejército de Dupont estaba sobrecargado después de saquear Córdoba, también lo fue que pocos generales franceses podrían haber escapado de la trampa que preparó Castaños. Aun así, Napoleón insistió en despedir a Cécile, esposa del general Armand de Marescot, firmante de la rendición, como camarera de Josefina, «sea o no inocente». En una recepción en las Tullerías agarró al general Legendre, que también había firmado, por la muñeca, y le espetó: «¿Por qué no se ha marchitado esta mano?»[98].

«Parecía haberlo hecho muy bien al frente de una división», dijo Napoleón a Clarke acerca de Dupont, «pero como jefe ha sido espantoso»[99]. Este mismo problema se produjo con tanta frecuencia entre los subordinados de Napoleón que se le ha llegado a acusar de ser tan controlador que reprimía toda iniciativa. En una ocasión se reprochó que muchos de sus tenientes, e incluso mariscales, parecían dar lo mejor de sí solo cuando él estaba presente. Aparte de recibir la orden de entrar en Andalucía, Dupont no había recibido más instrucciones. «En la guerra los hombres no son nada, pero un hombre lo es todo», escribió a José el 30 de agosto[100]. Aunque se haya interpretado durante largo tiempo como una expresión egoísta e inmisericorde hacia sus tropas, se refería en realidad a Dupont, en una carta repleta de autocrítica: «Hasta ahora, teníamos que buscar ejemplos así en la historia de nuestros enemigos; hoy, por desgracia, los

encontramos entre nosotros». Lejos de ser un panegírico de su propio genio, era en realidad el reconocimiento de que un mal líder puede conducir al desastre.

«Para conquistar un reino no deberías pensar en cosas extraordinarias», había escrito a José antes de saber lo ocurrido en Bailén. «Felipe V y Enrique IV se vieron obligados a conquistar los suyos. Estate alegre, y no permitas que te afecte, y no dudes de que verás cómo las cosas terminan antes y mejor de lo que te piensas»[101]. Tan solo 11 días después de llegar a la capital, José se escabulló hasta Burgos, a 220 kilómetros. Los días 14 y 16 de agosto se levantaron los sitios de Girona y de Zaragoza; Bessières se retiró de la frontera portuguesa, y se empezaron a destinar numerosas tropas del resto del imperio hacia España. «El ejército está organizado perfectamente para atajar a los insurgentes», dijo Napoleón a José el 16 de agosto, «pero necesita una cabeza»[102]. Por supuesto, debería haber sido él, pero en junio había acordado encontrarse con el zar Alejandro en otra conferencia en septiembre, por lo que ni una carta de José en la que le pidió permiso para abdicar, y que le hizo montar de nuevo en cólera, le convenció para ir a España. No lo haría hasta tres meses después, cuando la situación se había deteriorado aún más.

Mientras José se acurrucaba en Burgos, Napoleón, que había partido de Bayona la noche del 22 de julio, visitó Pau, Toulouse –donde inspeccionó el canal del Midi–, Montauban, Burdeos –donde fue informado de lo ocurrido en Bailén el 2 de agosto–, Pons, Rochefort –visita a la prefectura, al puerto, al arsenal y al hospital–, Niort, Fontenay –inspección de la nueva ciudad de Napoleón-Vendée, que había ordenado construir tres años antes–, Nantes –donde asistió a una recepción en el Rouge Chapeau Circus con Josefina, que se había reunido con él–, Saumur, Tours, Saint-Cloud –caza y una acalorada discusión de 75 minutos con el príncipe Clemens von Metternich sobre el rearme de Austria–, Versalles –asistencia al ballet *Vénus et Adonis*–, y las Tullerías –encuentro con el embajador persa–. En la supuesta ciudad modelo de Napoleón-Vendée le causó tal ira que las casas estuviesen levantadas con adobe, que sacó la espada y la hundió hasta la empuñadura en los muros de una de ellas, antes de despedir al constructor. Estando en Toulouse solicitó conocer al arquitecto del puente sobre el canal del Midi. Mientras interrogaba al ingeniero jefe que se presentó, Napoleón se dio cuenta de que no podía haber sido él, a pesar de sus esfuerzos por atribuirse el mérito, por lo que indicó al prefecto Trouvé que le mostrase al

verdadero, al que dijo: «Estoy contento de haber venido en persona, porque de lo contrario no habría sabido que tú eres el autor de un trabajo tan admirable, y te habrías visto privado del premio que te mereces». Con una justicia poética que raramente se encuentra en la historia, a continuación le ofreció el puesto del ingeniero jefe.

El 7 de septiembre llegaron más malas noticias; en este caso la rendición de Junot frente a los ingleses en Portugal, tras las derrotas de Roliça y Vimeiro frente a sir Arthur Wellesley, que combatió con una reducida fuerza expedicionaria de solo 13.000 hombres[**************]. Según los indulgentes términos de la Convención de Sintra firmada el 30 de agosto –por la que Wellesley fue sometido a la corte marcial, aunque se le exoneró más tarde–, el ejército de Junot, con sus armas e incluso el botín obtenido, regresó a Francia con la Royal Navy; pero nada podía disfrazar el hecho de que Francia había perdido Portugal. Se ha criticado a Napoleón por no haberse tomado más en serio a Wellington –como se le conocería a partir de agosto de 1809– en aquel momento decisivo, pero en el contexto de las fallidas incursiones anfibias previas de Inglaterra –contra Holanda en 1799, Nápoles en 1805, el norte de Alemania en 1805-1806, Stralsund, Alejandría y Suramérica en 1807, y Suecia en 1808– su actitud fue comprensible. Durante los siguientes cinco años Wellington ayudó enormemente a las guerrillas y ejércitos de España y Portugal a expulsar a los franceses de la península, pagando el escaso precio de 10.000 bajas. En agosto de 1810 ya estaba claro que sería un oponente de primera, y Napoleón hizo publicar una descripción suya en el *Moniteur* como un simple «general cipayo», en alusión a aquellos militares que solo habían dirigido tropas indias. Puede que desconociese que entre los indios que lucharon a favor de Inglaterra se contaban algunos militares extraordinarios[103].

El 18 de septiembre, desde Saint-Cloud, lanzó otra proclama clásica, prometiendo la paz una vez que «el leopardo» –Inglaterra– hubiese sido derrotada, Gibraltar capturado y Bailén vengado. «Soldados, os necesito», declaró.

> La odiosa presencia del leopardo profana a España y a Portugal; vuestra proximidad hará que huya aterrorizado. Llevemos nuestras águilas triunfantes hasta las columnas de Hércules [Gibraltar], y venguemos los

> insultos. Soldados, habéis superado ya el renombre de los ejércitos modernos, pero ¿habéis igualado también los de Roma, que en la misma campaña triunfó en el Rhin, en el Éufrates, en Iliria, y en el Tajo? El premio a vuestro esfuerzo será una larga paz y una prosperidad duradera[104].

Tal victoria se presentaba asequible, como afirmó José de sus nuevos súbditos, porque «el pueblo español es vil y cobarde, y me recuerda a los árabes que he conocido»[105].

Napoleón hizo buen uso de su estancia en París, garantizando que la legislatura aprobase un reclutamiento de 160.000 soldados de las quintas desde 1806 hasta 1809, además de inspeccionar una vista panorámica de Tilstit en el boulevard des Capucines el 21. Al día siguiente partió hacia Erfurt, recorriendo los 640 kilómetros en 5 jornadas.

La conferencia de Erfurt se produjo en medio de un enfriamiento de las relaciones franco-rusas. Era el momento, como explicó a Savary, «de juzgar la solidez de mi obra en Tilsit»[106]. Napoleón había escrito cartas muy cordiales al zar Alejandro durante todo el año –«En estas pocas líneas he mostrado toda mi alma a su Majestad (…). Nuestro trabajo en Tilsit determinará el destino del mundo»–, pero una vez superada la crisis de Friedland y absorbida Finlandia en su imperio, Alejandro mostraba un interés cada vez más tibio por una alianza que le estaba suponiendo un gran coste interno, por la escasa popularidad del Sistema Continental[107]. A principios de ese mes había escrito a la emperatriz María Feodorovna: «Nuestro interés me obliga» a sellar un pacto con Napoleón, pero «contemplaremos tranquilamente su caída, si es la voluntad de Dios (…); la política más inteligente es esperar el momento preciso para tomar medidas»[108]. Era necesario ir a Erfurt, le escribió, «porque así se salvará Austria, y mantendrá la fuerza suficiente para cuando llegue el momento adecuado de utilizarla por el bien general. Ese momento podría estar cerca, pero aún no ha llegado; acelerarlo sería arruinarlo todo, perderlo todo». Mientras tanto, Rusia «debe poder tomar aire libremente, y, durante ese precioso instante, aumentar nuestros medios y nuestras fuerzas (…). Debemos trabajar solo en el silencio más profundo, sin dar publicidad a nuestro armamento y nuestros preparativos, ni declararnos en voz alta contra aquel al que retamos»[109].

Todavía le llamaba, en estas cartas privadas, «Bonaparte» o «el corso»[110]. Al tiempo que ordenaba a su ministro de Exteriores, el conde Nikolai Rumiantsev, que permaneciese cerca de Francia, Alejandro se preparaba militar y diplomáticamente para el momento «adecuado para tomar medidas».

La hermosa ciudad turingia de Erfurt fue la elegida, por ser un enclave francés en medio de la Confederación del Rhin, y un feudo personal de Napoleón desde Tilsit. El encuentro tuvo lugar en una carretera a 8 kilómetros de la ciudad el miércoles, 28 de septiembre; tras descender de sus carruajes, «se abrazaron cordialmente»[111]. Alejandro lucía la gran cruz de la Legión de Honor, Napoleón, la orden rusa de San Andrés. En Tilsit Alejandro había regalado a Napoleón mobiliario de malaquita, que se exhibía en el salón del emperador en el Grand Trianon de Versalles, por lo que en Erfurt el francés le entregó uno de los dos únicos juegos egipcios de porcelana de Sèvres que mostraban imágenes del *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* de Denon. Este regalo se ha considerado con razón como uno de los más generosos entregados entre dos soberanos[112][****************]. Napoleón sentó a su derecha a Alejandro durante las comidas, se visitaron en sus aposentos privados, se acompañaron mutuamente desde la entrada en los recibimientos y despedidas, y cenaron juntos casi todos los días; hasta se turnaron para dar la contraseña nocturna al gran mariscal cada tarde.

Aún puede verse el lugar en el que se albergó el Zar en la Angerplatz, y dónde lo hizo Napoleón, en la actual cancillería estatal, así como su lugar de encuentro, en el clasicista barroco Kaisersaal de 1715. Acompañó a Napoleón un nutrido séquito, con Berthier, Duroc, Maret, Champagny (ministro de Exteriores), Rémusat, Savary, Caulaincourt, Daru, Lauriston, Méneval, Fain, su doctor Yvan, cuatro caballerizos y ocho pajes[113]. Talleyrand había sido despedido como ministro de Exteriores en agosto de 1807 por las quejas de los reyes de Baviera y Württemberg acerca de sus elevadas peticiones de sobornos[114]. Aun así lo mantuvo como vice-gran elector, con acceso directo a los palacios y a su persona. Napoleón disfrutaba de la compañía de Talleyrand –«Eres consciente de la estima y cariño que albergo por ese ministro», dijo a Rapp–, por lo que puede que consintiese, o no fuese del todo consciente, de que ese acceso permitía a Talleyrand vender sus secretos a conveniencia. Hizo que le acompañase a Erfurt por su experiencia y sus consejos; sabiendo que fue el que

le animó a ejecutar al duque d’Enghien, el que diseñó los Decretos de Berlín para instituir el Sistema Continental, y el que apoyó la invasión de España, sorprende que siguiese aún sus consejos, pero lo hizo. Fue un error grave hacerse acompañar por Talleyrand, porque no le había perdonado su expulsión, y –a cambio de dinero– filtró los planes franceses tanto a los rusos como a los austriacos, mientras aconsejaba a Napoleón que se retirase de Alemania[115]. «Señor», dijo Talleyrand a Alejandro en uno de los muchos encuentros secretos que mantuvieron en Erfurt, «¿qué ha venido a hacer aquí? Depende de usted salvar a Europa, y la única forma de hacerlo es que se resista a Napoleón. Los franceses son un pueblo civilizado; su soberano no lo es»[116].

Alejandro llevó consigo a 36 altos dignatarios, además de los cuatro reyes presentes –el de Baviera, Sajonia, Westfalia y Württemberg– así como el príncipe primado de la Confederación, Karl Dalberg, dos grandes duques y 20 príncipes más, cuyo orden de preferencia quedó fijado por la fecha en la que se incorporaron a la Confederación. Bausset observó con acierto que fue un modo para Napoleón de dar mayor relevancia a este organismo[117]. La cordialidad pública en recepciones, conciertos, revistas, banquetes, celebraciones, obras teatrales, partidas de caza y fuegos artificiales no significaba que las negociaciones fuesen sencillas. La mayoría de los puntos importantes se debatieron mano a mano entre los dos emperadores. «Tu emperador Alejandro es terco como una mula», dijo Napoleón a Caulaincourt. «Se hace el sordo si se le dice algo que no quiere escuchar»[118]. Napoleón motejaba a Caulaincourt de prorruso (de ahí el posesivo «tu»), pero era cierto que el Zar no prestaba oídos a las pruebas presentadas por Napoleón contra los agentes de aduanas rusos, que permitían introducir productos británicos en San Petersburgo y otros lugares. En un momento de las negociaciones el Emperador arrojó el sombrero al suelo y comenzó a patearlo. «Si yo soy testarudo, tú eres iracundo», dijo con calma Alejandro. «Pero conmigo no se consigue nada mostrando ira. Hablemos, discutamos, o, si no, me marcharé»[119].

La adhesión de Rusia al Sistema Continental había perjudicado a su economía, impidiendo que vendiesen trigo, madera, sebo y cáñamo a Inglaterra. La mera existencia del Gran Ducado de Varsovia ya provocaba el temor a que resurgiese el reino de Polonia. Por su parte Napoleón desconfiaba de los planes rusos para Turquía, porque no deseaba que dispusiesen de una flota asentada en

el Mediterráneo. Gran parte de las discusiones de Erfurt eran hipotéticas; Napoleón en teoría respaldaba el deseo de obtener un incremento territorial del Zar contra Turquía en Moldavia y Valaquia –por el que Francia sería compensada–, mientras el Zar, también en teoría, prometía «hacer causa común» con Napoleón en caso de que Francia y Austria entrasen en guerra, a pesar de que una nueva derrota austriaca inclinaría aún más la balanza europea en favor de los galos.

Otro de los posibles temas de negociación pudo ser el divorcio de Napoleón y Josefina, porque solo ocho días después de que Alejandro volviese a San Petersburgo, la emperatriz anunció el matrimonio de su hija, la gran duquesa Catalina Pavlovna, hermana del Zar, con el príncipe George de Holstein-Oldenburgo, hermano menor del heredero del ducado de Oldenburgo, una porción de la costa báltica ajena a la Confederación del Rhin. Por medio de un *ukaz* (decreto) especial, el zar Pablo I había dispuesto que las hermanas de Alejandro solo pudiesen casarse con permiso de su madre, dando la razón a Alejandro en sus protestas por no tener la última palabra, a pesar de ser «Autócrata de Todas las Rusias». Puede que María Feodorovna estuviese tratando de poner a salvo a las dos hermanas Romanov –Ana, la menor, tenía solo trece años– de lo que se le presentaba como una amenaza devastadora del minotauro corso.

Napoleón aprovechó la oportunidad de encontrarse con su mayor héroe literario vivo, que vivía en Weimar, a unos 25 kilómetros. El 2 de octubre de 1808 Goethe comió con Napoleón en Erfurt, en presencia de Talleyrand, Daru, Savary y Berthier. Al entrar en la habitación el Emperador exclamó: «*Voilà un homme!*» (¡He aquí un hombre!), o puede que «*Vous êtes un homme!*» (¡Tú eres un hombre!)[120]. Los dos hablaron sobre el *Werther*, sobre la obra de Voltaire *Mahoma*, que Goethe había traducido, y sobre el drama en general[*****************]. Napoleón protestó porque Voltaire hubiese presentado «un retrato tan poco favorable del conquistador del mundo» Julio César en su obra *La muerte de César*[121]. Goethe comentó más tarde que Napoleón «realizó observaciones de alto nivel intelectual, como un hombre que ha estudiado la escena trágica con la atención de un juez penal». Napoleón le explicó que, en su opinión, el teatro francés se había alejado demasiado de la

naturaleza y la realidad. «¿Qué tiene que ver el Destino ahora con nosotros?», preguntó, aludiendo a las obras en las que la suerte predeterminada era el agente fundamental. «La política es el destino»[122]. Cuando llegó Soult, Napoleón dedicó unos minutos a tratar el estado de Polonia, mostrando a Goethe tapices y retratos, antes de regresar a la conversación sobre la vida personal y familiar del escritor, «*Gleich gegen Gleich*» (de igual a igual), como expresó después Goethe.

Se encontraron de nuevo en una recepción en Weimar, cuatro días después, y allí el Emperador expuso al escritor que la tragedia «debería ser un entrenamiento para reyes y pueblos, y es el mayor logro del poeta»[123]. Escribió también a Josefina, contándole que Alejandro «bailó mucho, pero yo no; cuarenta años son cuarenta años»[124]. Napoleón sugirió a Goethe que escribiese otra obra de teatro sobre el asesinato de César, presentándolo como un error monumental, y denunciando los prejuicios de Tácito, su oscurantismo y su «estilo detestable», así como la forma en la que Shakespeare mezcló la comedia y la tragedia, «lo terrible con lo burlesco», expresando su sorpresa porque un «gran espíritu» como Goethe admirase unos géneros tan poco definidos[125]. Aunque no exponía sus opiniones didácticamente, sí que terminaba habitualmente preguntándole: «¿Qué piensa, *herr* Goethe?»[126]. Presionó sin éxito al alemán para que se trasladase a París, afirmando que allí encontraría una visión más amplia del mundo, y abundante material para su poesía, y le confirió la Legión de Honor antes de su partida. Goethe, por su parte, describiría esas horas pasadas con Napoleón hablando de literatura y poesía como una de las experiencias más gratificantes de su vida[127].

El Zar y el Emperador pasaron 18 días juntos en Erfurt. Acudieron al teatro casi todos los días, sentados en tronos alejados del resto de la audiencia, pasaron revista a sus tropas –y Napoleón procuró que el zar Alejandro viese a tantas unidades de la Grande Armée maniobrando como fuese posible–, hablaron hasta altas horas de la madrugada, compartieron carruaje en sus visitas, cazaron ciervos y corzos juntos y abatieron 57, y recorrieron el escenario de la batalla de Jena, comiendo en el lugar en el que Napoleón había pasado la noche anterior al combate. Al advertir el zar Alejandro de que se había dejado la espada en su palacio, Napoleón tomó la suya y se la ofreció «con toda la elegancia que pudo»,

a lo que el Zar respondió: «Lo acepto como muestra de nuestra amistad: Su Majestad puede estar seguro de que nunca la levantaré contra vos»[128]. Mientras asistían a la representación de la primera escena de *Edipo*, el 3 de octubre, cuando el actor que interpretaba a Filoctetes dijo a su amigo y confidente Dimas: «La amistad de un gran hombre es un don de los dioses», Alejandro se giró hacia Napoleón y «le presentó su mano con toda la elegancia que pudo». Los asistentes, en medio de una ovación, contemplaron a Napoleón responder con una reverencia, «con un aire de rechazar para sí un cumplido tan elevado»[129]. Pocas noches después pasaron tres horas hablando a solas. «Estoy contento con Alejandro, y creo que él lo está conmigo», dijo a Josefina el 11 de octubre. «Si fuese una mujer, le haría mi amante [*amoureuse*]. Pronto estaré contigo; pásalo bien, espero encontrarte regordeta y fresca [*grasse et fraîche*]»[130]. Las conversaciones de Erfurt reforzaron el acuerdo alcanzado en Tilsit para dividir Europa entre Francia y Rusia, pero las largas horas de charla íntima entre Napoleón y Alejandro no ofrecieron demasiados resultados concretos. No podían acordar la partición de Turquía, pero, en virtud de un artículo secreto de la Convención de Erfurt firmado el 12 de octubre, Napoleón reconocía como parte del Imperio Ruso a Finlandia, Moldavia y Valaquia, y aceptaba que Francia se uniría a Rusia en caso de que Austria se opusiera al acuerdo por la fuerza. Alejandro reconoció a José como rey de España, y prometió auxiliar a Napoleón si Austria atacaba Francia, pero sin acordar un punto crucial: hasta dónde llegaría esa ayuda. Ese mismo día Napoleón escribió a Jorge III para ofrecer la paz a Inglaterra, una vez más y en términos familiares: «Nos hemos reunido aquí para suplicar a Su Majestad que escuche la voz de la humanidad»; una plegaria que el gobierno inglés ignoró una vez más[131]. Los dos emperadores se abrazaron de nuevo, y se separaron el 14 de octubre, no lejos del lugar en la carretera entre Erfurt y Weimar donde se habían encontrado. No volverían a verse nunca más.

El dominio de Napoleón se extendía ya desde los puertos del Canal hasta el Elba, en Alemania central hasta la línea Oder-Neisse, y en el sur hasta más allá del río Inn. Controlaba toda Italia menos los Estados Pontificios y Calabria. Dinamarca era su aliada y su hermano gobernaba en Holanda. La notoria excepción a su control en Europa occidental era España, a la que tendría que

enviar al menos medio millón de soldados en los siguientes seis años, con un elevado número de alemanes, holandeses, italianos y polacos. «Esta guerra podría terminarse con una sola zambullida si se llevase a cabo una maniobra inteligente», dijo a José, refiriéndose a España, el 13 de octubre, «pero para eso yo tendría que estar allí»[132]. El 5 de noviembre llegó a la ciudad vasca de Vitoria, en el norte de España, tan indignado como siempre con la logística militar, sobre la que envió diversas cartas al general Dejean, ministro de Guerra, quejándose: «Tus informes no son más que papeles. Una vez más mi ejército está desnudo cuando la campaña está a punto de empezar. Es como arrojar dinero al agua», y «Me cuentan fábulas. Los que dirigen tu departamento son estúpidos o son ladrones. Nunca se ha servido tan mal ni traicionado tanto a nadie», y seguía[133]. Se negó a que se pagase a proveedores locales por 68 mulas destinadas a la artillería, ya que tenían entre 3 y 4 años, y «di la orden de comprar solo mulas de 5 años»[134].

Se estima que en España había únicamente entre 35.000 y 50.000 guerrilleros en activo, y además apenas cooperaban entre ellos; incluso en las zonas que controlaban, cuando se conseguía expulsar a los franceses, muchos guerrilleros abandonaban las armas y volvían a sus pueblos[135]. Pero incluso cuando Napoleón reconquistó Madrid a finales de ese año con la intención de restablecer el control partiendo desde el centro, las largas distancias y el mal estado de las carreteras dificultaron mucho a los franceses imponer su voluntad[136].

El acoso de la guerrilla en las carreteras fue constante, y las zonas rurales eran ideales para las emboscadas, hasta tal punto que para escoltar a un mensajero hacían falta 200 hombres. Masséna llegó a necesitar, en 1811, 70.000 hombres solo para mantener la conexión segura entre Madrid y Francia[137]. Las guerrillas españolas y portuguesas acabaron con más vidas francesas que los ejércitos regulares de Inglaterra, Portugal y España juntos, asegurándose además de que todos los colaboradores afrancesados sorprendidos informando o alimentando al enemigo fuesen ejecutados sumariamente[138]. Como otras veces, Gran Bretaña corrió a financiar a los opositores a Napoleón, y entregó a diversas juntas de España y Portugal una media de 2,65 millones de libras anuales entre 1808 y 1814[139]. Cuando los franceses empezaron a responder a la táctica de terror de la guerrilla –que incluyó la mutilación, especialmente

genital, la ceguera provocada, las crucifixiones, clavar al enemigo en una puerta, cortarlo por la mitad, decapitarlo, quemarlo vivo, despellejarlo, y más–, con medidas casi igual de crueles, la lucha en España adquirió un cariz muy alejado del *élan, esprit de corps* y uniformes atildados que había caracterizado las primeras campañas napoleónicas, que a pesar de las masacres habían sido en general ajenas a la tortura deliberada y al sadismo[140]. Cuando se capturaba a un *banditti* español –un hombre no uniformado–, se le colgaba. No tenía lógica matar a un soldado en el campo de batalla y no colgar a un bandido al capturarlo.

«Estoy bastante bien», escribió a Josefina el 5 de noviembre, al tomar el mando del ejército en el Ebro y decidir marchar hacia Madrid, «y espero que todo esto haya terminado pronto»[141]. Si pudiese haber vencido en la guerra de España como lo hizo en sus primeras campañas, derrotando al ejército regular del enemigo y ocupando su capital, cabe afirmar –sin duda– que Napoleón habría alcanzado pronto la victoria. Pero pronto descubrió que no iba a ser así; como dijo a Dumas, que protestó por permanecer en la retaguardia de Soult en Burgos: «General, en un teatro de operaciones como este no hay vanguardia ni retaguardia… tendrás suficiente trabajo aquí»[142].

A las 3 de la mañana del 30 de noviembre Napoleón estaba a 8 kilómetros del puerto de Somosierra, que custodiaba la entrada a Madrid. Envuelto en un «soberbio abrigo de pieles» que le había regalado el zar Alejandro, mientras se calentaba al fuego, se «veía a punto de embarcarse en un asunto importante, y no podía dormir». La batalla de ese día se saldó con la victoria de sus 11.000 hombres, que derrotaron a las fuerzas regulares españolas, cuyos 7.800 soldados retrocedieron y cedieron el puerto y 16 cañones antes de que Napoleón lanzase dos cargas de lanceros polacos y una de cazadores de la Guardia. Tras la batalla ordenó que toda la Guardia Imperial presentase armas al paso del reducido escuadrón polaco[143].

Cuando llegó a Madrid el 2 de diciembre Napoleón advirtió que el Palacio del Retiro, fortificado por Murat, era el lugar mejor defendido. Se intercambiaron disparos de mortero y la mañana del día 3 Bausset, que hablaba castellano y ejerció de traductor para Napoleón, observó al Emperador paseando fuera de los muros «sin dar mucha importancia a los proyectiles que caían desde los puntos más altos de Madrid»[144]. Aunque la ciudad se rindió a las 6 de la mañana del día 4, Napoleón permaneció en su cuartel general en un caserón en

Chamartín, a las afueras de la ciudad, y solo entró una vez, de incógnito, para inspeccionar el palacio real de José, que descubrió estupefacto que los españoles habían dejado intacto, incluyendo el cuadro de David en el que se le veía atravesando los Alpes, y la bodega real. El marqués de Saint-Simon, *émigré* francés que fue capturado mientras disparaba a las tropas de su país desde la puerta de Fuencarral, recibió su perdón después de que su hija se lo suplicase[145].

Napoleón permaneció en Chamartín hasta que el 22 de diciembre se le informó de que una fuerza expedicionaria inglesa, dirigida por el general sir John Moore, había regresado a Salamanca, 180 kilómetros al noroeste de Madrid. Bausset registró la «viva alegría que experimentó al percatarse de que al menos podía cruzarse con su enemigo en tierra firme»[146]. Moore retrocedió hacia Coruña el 23 de diciembre, y para perseguirlo Napoleón debía atravesar la cordillera del Guadarrama entre tormentas y ventisca. Junto al paso de los Alpes y la campaña de Eylau, este trayecto le convenció de que su ejército estaba preparado para encarar las condiciones climáticas más adversas, una conclusión que influiría de modo desastroso en sus decisiones futuras. Estando en lo alto de una montaña se cayó del caballo, pero resultó indemne[147]. Recorrió casi todo el resto del camino a pie, al frente de una de las columnas, a pesar de que el frío hizo que uno de los asistentes de Bausset, empapado en coñac, se congelase hasta la muerte[148]. «Atravesamos las montañas de Guadarrama en medio de un huracán aterrador», recordaba Gonneville, «las ráfagas de viento empujaban la nieve, con una gran violencia, envolviéndonos y cubriéndonos con una densa capa que atravesaba los abrigos (…). Hacer pasar a la artillería fue una dificultad increíble»[149]. Aun así lo consiguieron, bajo la presión continua de Napoleón, que tuvo que escuchar cómo la Vieja Guardia le maldecía a la cara. «Mi amor», escribió a Josefina desde Benavente a últimos de 1808, «he perseguido durante unos cuantos días a los ingleses; pero siguen huyendo despavoridos»[150]. En realidad no huían, sino que eran pragmáticos y se iban retirando a la espera de refuerzos.

Frente al ansia de Napoleón por alcanzar a Moore y arrojar a los ingleses fuera de la Península, sus espías en Viena le advertían que Austria se rearmaba a gran velocidad, y puede que incluso estuviese movilizando a sus tropas. Años después Wellington afirmó, equivocadamente, que Napoleón dejó España porque

«no estaba seguro de su victoria» contra Moore[151]. «Persigo a los ingleses a punta de espada», escribió Napoleón el 3 de enero de 1809[152]. Pero al día siguiente las acuciantes nuevas desde Austria le hicieron ceder el testigo a Soult y regresar a Benavente, y después a Valladolid, donde las comunicaciones con Francia eran mejores[153]. Envió desde la capital castellana a su ayuda de campo polaco, Adam Chlapowski, a Darmstadt, Frankfurt, Cassel y Dresde, con un mensaje a los príncipes alemanes para que «preparasen sus ejércitos inmediatamente para la guerra», y a otro ayudante, el hijo del conde de Marbeuf, benefactor de su familia en Córcega, a Stuttgart y Munich con el mismo mensaje[154].

Cuando se descubrió el cadáver de un soldado francés en el pozo de un convento de dominicos en Valladolid, Napoleón ordenó su cierre[155]. Reunió a los 40 monjes y se dirigió a ellos «con un tono militar, utilizando directamente una palabra muy fuerte», según la remilgada descripción del suceso de Bausset. El diplomático Théodore d'Hédouville, que le traducía, pasó por alto el improperio, a lo que Napoleón «ordenó que trasladara la palabra soez con firmeza, y en el mismo tono»[156]. A mediados de enero, cuando su presencia en París ya era imprescindible, pidió a José que dispusiese unas habitaciones en el Palacio Real, para ocuparlas cuando volviese[157]. Nunca lo hizo.

La «úlcera española» obligó a Napoleón a enviar 300.000 soldados a la península en el invierno de 1808; el número aumentó hasta los 370.000 para la ofensiva de primavera de 1810 y a 406.000 en 1811, antes de descender a los 290.000 en 1812 y a 224.000 en 1813. Excepto al principio de la campaña, no podía permitirse prescindir de tantas tropas[158]. Recurrió con demasiada frecuencia a batallones de reclutas que no habían sido examinados, bajo el mando de veteranos heridos o de edad avanzada, o de oficiales de la Guardia Nacional sin experiencia, y además se agruparon juntos en lugar de ir cubriendo las bajas de los regimientos ya consolidados[159]. Debilitó constantemente a las unidades que combatían en España, enviando a soldados a reforzar unidades de artillería, acuartelamiento, policía, transporte, Guardia Imperial e ingenieros en otros lugares, de tal forma que los batallones de cuatro brigadas, que solían sumar 3.360 hombres, contaban en realidad con unos 2.500. Aunque no desplazó muchos combatientes de España a la campaña rusa de 1812, sí que redujo sustancialmente el número de reclutas destinados allí, y no hay ejército que

pueda luchar sin refuerzos, sobre todo teniendo en cuenta el derroche de tropas en España, donde siempre había, al menos, un 20% de soldados en la enfermería[160]. Francia, en total, sufrió casi 250.000 bajas en España y Portugal[161]. «Me embarqué de muy mala manera en este asunto, lo admito», reconoció años después, «la inmoralidad fue demasiado obvia, la injusticia demasiado cínica, y la suma de todo esto ha seguido siendo muy desagradable»[162].

---

[*] Se mantiene la nomenclatura original de la que en España se denominó Guerra de la Independencia [N. del t.].

[**] El primer poeta inglés en ser ennoblecido fue Alfred Tennyson en 1884; el primer artista fue Frederic Leighton, el día antes de morir, en 1896.

[***] A pesar de su genuina fe en la meritocracia –excepto en lo que se refería a su familia–, Napoleón no se libró del esnobismo; en 1813 dijo a Molé: «Hay familias que no pueden ennoblecerse. ¿Cuántos coroneles son hermanos de sirvientas?». Molé replicó que el hermano de un miembro de su Consejo era barrendero en París (*Count Molé*, ed. Moailles, p. 197). Napoleón nombró duque de Danzig a Lefebvre –*vid*. supra– a pesar de que su esposa había sido lavandera del regimiento. Al ser anunciada en una recepción como duquesa de Danzig, guiñó un ojo al lacayo y le dijo: «Eh, chico, ¿qué te parece?» (Haythornthwaite, *Final Veredict*, p. 231).

[****] Durante un paseo con Lucie de La Tour du Pin por Mailmaison, en el que Josefina aseguró que todas las esculturas y cuadros eran regalos de cortes extranjeras, du Pin observó: «Esta buena mujer es una mentirosa inveterada. Aunque la simple verdad fuese más impactante que una invención, ella prefería la invención» (Moorehead, *Dancing to the Precipice*, p. 286).

[*****] Acerca del consumo de rapé de Napoleón, un chambelán observó que «pierde más de lo que toma. Es más una manía, una especie de entretenimiento, que una necesidad real. Sus cajitas de rapé eran muy sencillas, ovaladas, de concha negra, recamadas en oro y todas exactamente iguales; se

distinguían solo por unas hermosas medallas antiguas de plata en la tapa» (Bausset, *Private Memoirs*, p. 428). Aparte de su hábito de tomar rapé, Napoleón consideraba el hábito de fumar como «inútil más que para avivar a los holgazanes» (Constant, *Memoirs II*, p. 11).

[******] Entre otros, las Tullerías, Fontainebleau, Saint-Cloud, Compiègne, el Gran Trianon y el Pequeño Trianon en Versalles, Rambouillet –para la caza–, Meudon, el *château* de Marracq a las afueras de Bayona, la Deutschhaus cerca de Mainz, el palacio Laeken cerca de Bruselas, el Palacio Real de Milán, el palacio Pitti en Florencia, el palacio Durazzo en Génova, Castello Stupinigi en Turín y el Monte-Cavallo en Roma.

[*******] A pesar de sus derroches, Napoleón siempre estuvo pendiente del ahorro, como en sus protestas por la factura del tapicero (*vid. supra*). «Se beben aquí cada día 155 tazas de café», explicó una vez a un ministro en las Tullerías, «y cada una me cuesta 20 céntimos, lo que hacen 56.575 francos al año. He cortado el suministro de café pagando como compensación 7 francos y 6 céntimos. Pagaré 21.575 francos y ahorraré 35.000» (Chaptal, *Souvenirs*, p. 335).

[********] La alianza anglo-portuguesa, firmada por primera vez en 1376, es la más antigua del mundo, y se reafirmó en 1386, 1643, 1654, 1660, 1661, 1703 y 1815, con una declaración secreta en 1899, de nuevo en 1904 y 1914, y Gran Bretaña aludió a ella en la Guerra de las Malvinas de 1982.

[*********] Dos años después la Royal Navy capturó a Lucien mientras trataba de huir a América, y pasó varios años en un cómodo exilio en Worcestershire, escribiendo poemas poco halagadores sobre «Carlomagno» (su hermano).

[**********] El Tratado de Utrecht había establecido en 1713 la cesión de Gibraltar a Gran Bretaña.

[***********] El 5 de julio en el Brooks’s Club de St. James’s Street, en Londres, Humphrey Howarth, diputado, ganó al 4º Conde de Cholmondeley 100 guineas contra 25 «a que en este momento Joseph Bonaparte no ejerce autoridad soberana ni en Madrid ni en sus alrededores» (*Libro de Apuestas del Brooks’s Club*). Los franceses ejercían allí el control, pero José no llegó hasta el 20 de julio.

[************] Talleyrand salió bien parado del arreglo, porque Fernando

dejó alfombras valoradas en 200.000 francos, compró una bomba hidráulica para suministrar agua al *château* e incluso pagó por las hortalizas que consumió de los jardines (Kolli, *Memoirs*, p. 3).

[*************] Ni siquiera así terminaron los planes navales de Napoleón, y muchas de las cartas que envió a Decrès en 1808 tratan asuntos relativos a la construcción de barcos, el tipo de madera preciso, su tala y transporte, el almacenaje, etc. En julio de 1810 contó a Decrès por escrito sus planes para disponer de una armada con 110 barcos para finales de 1812 (ed. Bingham, *Selection III*, p. 50).

[**************] Thiébault, mientras estudiaba los detalles de la batalla de Vimeiro con Napoleón cinco meses después, se quedó muy sorprendido de que «repasase con el dedo la mayoría de los puntos débiles de nuestra posición, y me admiró descubrir que recordaba el contenido de mi informe mejor que yo» (ed. Butler, *Baron Thiébault II*, p. 238).

[***************] El otro juego se encargó para Josefina, pero en 1818 Luis XVIII se lo entregó a Wellington, y hoy puede verse en la Apsley House en Londres.

[****************] La manoseada copia de las cartas de Goethe, y su novela vagamente autobiográfica, *Las penas del joven Werther*, junto con la capa de armas imperial repujada en oro por ambos lados pueden verse hoy en la Biblioteca Pierpont Morgan en Nueva York. Los había leído tantas veces que las páginas apenas se mantienen cosidas; la edición es de 1804, en París, por lo que parece que Napoleón lo leyó frecuentemente incluso después de ser emperador.

21. WAGRAM

La artillería siempre se debe ubicar en la posición más ventajosa, y tan lejos como sea posible en el frente de la línea de caballería e infantería, sin comprometer la seguridad de los cañones.

Máxima militar de Napoleón número 54

Ante los cañones todos los hombres son iguales.

Napoleón al general Bertrand, abril de 1819

«La corte de Viena se está comportando muy mal», escribió Napoleón a José desde Valladolid el 15 de enero de 1809, «y puede que lo lamente. No te inquietes. Tengo suficientes tropas, incluso sin tocar mi ejército en España, para presentarme en Viena en un mes (…). De hecho, mi sola presencia en París reducirá a Austria a su habitual irrelevancia»[1]. En aquel momento aún desconocía que ese país había recibido una gran cantidad de fondos ingleses para persuadirla de combatir en lo que acabaría por llamase la Quinta Coalición. El archiduque Carlos había uniformado a todos los hombres físicamente disponibles entre los 18 y los 45 años para la nueva milicia *Landwehr*, de la que algunas unidades eran indistinguibles del ejército regular. El tiempo pasado desde Austerlitz le había servido para impulsar reformas de calado en el ejército, reestructurando las líneas de mando, mejorando las condiciones de los soldados, simplificando los ejercicios de entrenamiento, implementando el método de batallones en masa para proteger a la infantería contra la caballería –dando así solidez a los cuadrados–, aboliendo los cañones de regimiento para incrementar la artillería de reserva, modificando las tácticas de avanzadilla, reclutando nueve regimientos *Jäger* –con un tercio de hombres equipados con rifles–, y, sobre todo, adoptando el sistema de cuerpos. Tras coescribir un libro de estrategia militar en 1806, *Grundsätze der Kriegkunst für die Generale* (El arte de la guerra

para generales), quería probar la eficacia de sus ideas.

A la propuesta de Talleyrand de que debía animarse a Austria a amar (*aimer*) los éxitos de Francia, Napoleón replicó en abril de 1807: «*Aimer*: no sé lo que significa aplicado a la política»[2]. Era cierto; su perspectiva de las cuestiones internacionales se basaba principalmente en el interés propio, bajo la consideración de los estados como unos competidores continuos. Comprendió que Austria quería venganza por las humillaciones sufridas en Mantua, Marengo, Campo Formio, Lunéville, Ulm, Austerlitz y Pressburg, pero desdeñaba que lo hiciese con Inglaterra y Sicilia como únicos aliados, y además sin aportar ningún soldado en el caso de la primera. Napoleón, por el contrario, lideraba una coalición de la que formaban parte Italia, Bélgica, Suiza, Nápoles, Holanda, Baviera, Württemberg, Sajonia y Westfalia. «Prusia está destrozada», resumió Metternich, embajador austriaco en París, sopesando la situación del momento. «Rusia es una aliada de Francia, y Francia, la dueña de Alemania»[3]. A pesar de ser un momento muy poco oportuno para que Austria declarase la guerra, lo hizo, en un nuevo intento de recuperar su antigua posición de poder en Italia y Alemania. Las potencias europeas habían conseguido ir desgastando a Francia porque no había habido un período prolongado de paz desde 1805, y en gran parte el mérito correspondía a la persistencia austriaca.

Una vez contrastada la información suministrada por sus servicios de inteligencia, Napoleón emprendió un viaje apresurado desde Valladolid hasta París. Recorrió los 120 kilómetros hasta Burgos al galope en cuatro horas, atravesando un territorio dominado por la guerrilla, acompañado de Savary, Duroc, Roustam, un ayuda de campo y un reducido destacamento de cazadores. Thiébault le vio pasar junto a su carruaje «fustigando a la vez la montura de su ayuda de campo y clavando las espuelas en la suya»[4]. Salió a las 7 de la mañana del 17 de enero y llegó a París a las 8 del día 23, recorriendo más de 960 kilómetros en seis días, una marca extraordinaria. «Mientras los gabinetes de todas las potencias europeas le suponían embarcado en las operaciones en el norte de España –observó el general Dumas–, había regresado al centro de su imperio y estaba organizando otro gran ejército (…) sorprendiendo con esta actividad frenética a aquellos que esperaban sorprenderle a él»[5]. Napoleón contrapuso más tarde las campañas de España y Austria, describiendo a los austriacos a Davout como «nación tan buena, tan razonable, tan fría, tan

tolerante, y tan alejada de cualquier exceso que no se ha dado ni un solo ejemplo de un francés asesinado durante la guerra en Alemania»; por el contrario, los españoles eran fanáticos[6].

Tan pronto como llegó a París ordenó al Legislativo, un cuerpo ya castrado que se reunió tan solo durante cuatro meses en el período entre 1809 y 1810, que convocase a la quinta de 1810 un año antes de lo previsto, logrando así movilizar 230.000 hombres, el mayor ejército que dirigió nunca.

La red de espías de Napoleón, además de mantenerle extraordinariamente bien informado de las intenciones y actuaciones de Austria –Francisco había tomado la decisión de ir a la guerra el 23 de diciembre, y lo confirmó en febrero–, también le había advertido del peligroso acercamiento de Talleyrand y Fouché, enemigos irreconciliables durante mucho tiempo, pero que planeaban ahora poner a Murat en el trono francés si Napoleón moría en España. Gracias al intercambio de misivas entre amigos de Fouché y Talleyrand, interceptadas por Lavalette, y con el respaldo de la información que aportó Eugène, Napoleón averiguó todo lo que necesitaba saber. La tarde del sábado, 28 de enero, convocó a Cambacérès, Lebrun, Decrès, Fouché y Talleyrand en su despacho de las Tullerías, para lanzar una diatriba contra los dos últimos durante media hora –según Pasquier, que lo supo a través de madame de Rémusat, a quien se lo contó Talleyrand–, o durante dos horas –según Mollien, que no asistió pero conocía a todos los presentes–.

Napoleón protestó porque Fouché y Talleyrand habían estado criticando en los salones la campaña española, a pesar de que se estuviese desarrollando relativamente bien, puesto que Soult había expulsado a los ingleses de la península, acabando con sir John Moore el 16 de enero. También habían conspirado contra la sucesión de José al trono promocionando a Murat, y rompiendo así su juramento de lealtad a Napoleón. «Porque tú» –concluyó Napoleón, dirigiéndose a Talleyrand– «no eres más que una mierda con calzas de seda»[7]. Talleyrand se mantuvo tranquilo, escuchándole «con aparente insensibilidad», limitándose a contárselo todo más tarde a un amigo: «Qué pena que un hombre tan grande sea tan maleducado»[8]. Dos días después del encuentro Napoleón retiró a Talleyrand del cargo de vice-gran Elector, permitiéndole conservar los demás títulos y cargos y sin obligarle a exiliarse, de modo inexplicable. Fouché también retuvo su cargo de ministro. Poco después

Metternich abonó a cierto «Monsieur X» entre 300.000 y 400.000 francos por suministrarle información detallada sobre el orden de batalla francés; se considera a Talleyrand como primer sospechoso[9].

Metternich permaneció en París todo el tiempo que pudo, hasta que retiró sus credenciales, puede que con la intención de seguir obteniendo información secreta de «Monsieur X». Como de costumbre, Napoleón advirtió con dureza a su enemigo de las consecuencias de la guerra. Al encontrarse con Metternich justo antes de la ruptura de relaciones diplomáticas el 23 de marzo, le preguntó:

> ¿Te ha mordido una tarántula? ¿Qué te amenaza? ¿Por qué estás resentido? ¿Aún quieres prender fuego al mundo? ¡Cuando mi ejército estaba en Alemania no sentíais amenazada vuestra existencia, y ahora que está en España creéis que está comprometida! Es un razonamiento curioso. ¿Qué pasará? Me voy a armar porque vosotros os estáis armando, y finalmente hay algo a lo que temer, por lo que vale la pena ser precavido[10].

Ante las suaves protestas de Metternich, en tono diplomático, Napoleón replicó: «¿De dónde le viene esa preocupación? Si ha sido usted, señor, el que la ha transmitido a su corte, dígalo. Le daré todas las explicaciones necesarias para disiparla (…). He sido engañado en todas mis transacciones con su corte; debemos hablar con franqueza»[11]. Al igual que en las guerras de la Tercera y la Cuarta Coalición, Napoleón ni quería ni necesitaba otro conflicto, y fue explícito en su deseo de evitarlo. Pero, una vez más, no estaba dispuesto a tomar las medidas necesarias para ello, porque creía en su victoria. Solo el 9 de marzo envió 29 cartas preparando el choque[*].

El archiduque Carlos planeaba enviar de forma simultánea ocho cuerpos a Baviera, uno a Polonia y dos a Italia. Confiaba en que Prusia hiciese una declaración de guerra, y que en Alemania se produjesen revueltas contra Napoleón, pero cuando asumió que no iba a ocurrir ninguna de las dos cosas concentró sus esfuerzos al sur del Danubio, para abarcar Viena y cooperar con sus tropas en Italia. Se produjo así una gran confusión en su ejército mientras las unidades recorrían la región yendo y viniendo, perdiendo un tiempo crucial. Con la caída de Zaragoza el 20 de febrero, tras una resistencia heroica, José volvió a ocupar el trono en Madrid, dos días después, y Napoleón se pudo concentrar en

la amenaza contra su aliado bávaro.

Berthier recibió el plan estratégico completo el 30 de marzo; sería el comandante del Ejército de Alemania hasta la llegada de Napoleón en persona, que sabía que no podía elegir entre Davout y Masséna para dirigir el resto de las tropas, porque ambos eran mariscales igual de orgullosos, habían acumulado victorias similares y se consideraban al mismo nivel. Se preparó un enorme batallón *carré* para los austriacos, que se precipitarían hacia una trampa colosal cuando lanzasen su ofensiva, prevista para después del 15 de abril. El cuerpo bávaro de Lefebvre permanecía en vanguardia, con tres divisiones guiadas por el príncipe Louis de Baviera, el príncipe Carl-Philipp Wrede y el conde Bernard Deroy, con el general Jean-Baptiste Drouet (futuro conde d'Erlon) como comandante en jefe. Una vez retornado de España, el cuerpo del gran combatiente Lannes se uniría a Lefebvre. El numeroso cuerpo de Davout se desplegó a la izquierda, entre Beyreuth y Nuremberg, con sus tres divisiones de infantería y otra de reserva, sumadas a la nueva división alemana, la 2ª División de Caballería Pesada y una brigada de caballería ligera, con unos 55.000 hombres y 6 cañones en total. A la derecha se situaba el cuerpo de Oudinot, de infantería y caballería ligera, en Pfaffenhoffen. El cuerpo de Masséna formaba la retaguardia en torno a Augsburg. En Estrasburgo se reunieron la Caballería de Reserva de Bessières, con dos divisiones ligeras y dos pesadas, y la Guardia Imperial y las tropas de Württemberg de Vandamme. En total el Ejército de Alemania sumaba 160.000 hombres y 286 cañones, en cuerpos a una reducida distancia relativa, y con Ratisbona (actual Regensburg) como pivote central para el despliegue. En caso de que los austriacos atacasen antes del 15 de abril, Napoleón ordenaría a Berthier que se concentrase entre Aubsburg y Donauwörth.

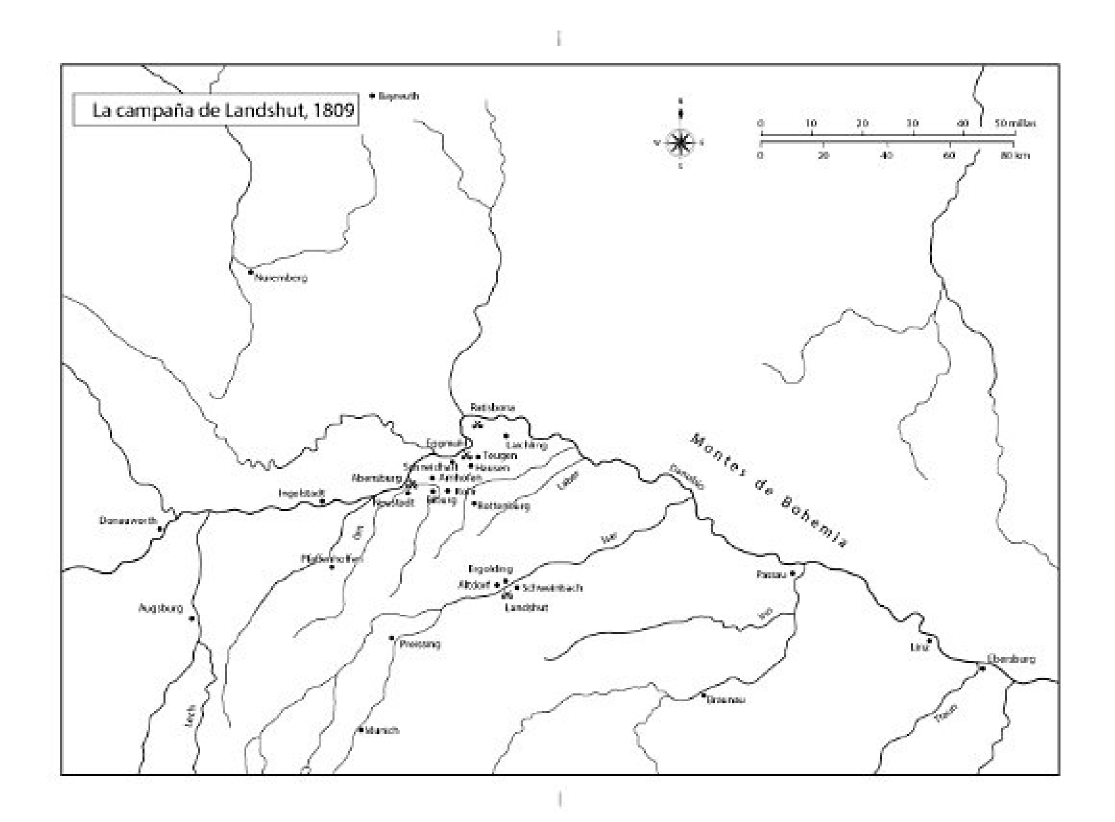
El zar Alejandro, en respuesta a la solicitud de tropas de Napoleón en virtud de lo acordado en la Convención de Erfurt, envió a 70.000 hombres bajo el príncipe Golitsyn, pero se las ingeniaron para no cruzar la frontera con la Galicia Austriaca hasta el 22 de mayo, evitando así cualquier contacto con el enemigo; en toda la campaña la suma de sus bajas ascendió a 2[12]. De este modo, los austriacos apenas tuvieron que derivar tropas al este, concentrando sus esfuerzos contra Napoleón, para su gran enfado. El 3 de abril Austria declaró formalmente la guerra a Francia y Baviera, y el archiduque Carlos –que se había opuesto

personalmente a la declaración por considerar que la guerra empezaría demasiado pronto– lanzó una proclama marcial a su pueblo el día 6[**]. Cuatro días después 127.000 austriacos cruzaron el río Inn y entraron en Baviera, pero sin alcanzar la velocidad que esperaba el archiduque Carlos, viéndose aminorados hasta los 10 kilómetros diarios por el mal tiempo, con lo que hasta el día 15 no llegaron a Isar, en la misma fecha en la que Austria invadió el gran ducado de Varsovia. El movimiento de apertura francés en la campaña fue mal gestionado por Berthier, que interpretó de forma incorrecta las órdenes de Napoleón, y sucumbió al pánico cuando los austriacos atacaron cinco días antes de lo previsto. El 14 de abril concentró al cuerpo de Davout en Ratisbona en lugar de Augsburg, dispersando al ejército a lo largo del río Lech, con 52.300 efectivos al norte y 68.700 al sur, muchos de ellos alejándose en su marcha, mientras una masa concentrada de austriacos descendía por Landshut. La calma solo volvió al cuartel general de Donauwörth cuando llegó Napoleón –advertido por telegrama de que los austriacos habían cruzado el Inn, el día 12 de abril–[***]. «¡Soldados! –proclamó– ¡He llegado para estar entre vosotros con la rapidez de un águila!»[13].

«Cuando llegué a la zona de guerra, Berthier había perdido la cabeza», observó más tarde Napoleón[14]. Era cierto, pero tan pronto como llegó a Donauwörth y estudió la dispersión de sus tropas, descubrió que el ataque austriaco en Landshut era tanto una amenaza como una oportunidad; los cuerpos podrían atacar ahora al archiduque Carlos desde varios puntos a la vez. Masséna y Oudinot recibieron la orden de avanzar hacia Landshut para comprometer la línea de comunicación del enemigo; Vandamme y Lefebvre partieron hacia Abensberg; se ordenó a Davout que se reuniese de nuevo con el grueso de las tropas, que suponía realizar una ardua marcha de 130 kilómetros, dejando a la 65ª Línea acuartelada a las órdenes de su primo, el conde barón Louis Coutard, para defender el puente de Ratisbona. Las órdenes tenían tal importancia que cada una fue portada por cuatro ayudas de campo, en lugar de los tres habituales. Masséna recibió la misión de apresurarse rumbo a Pfaffenhoffen, para atacar el flanco enemigo, asegurándose a la vez que mantenía Augsburg como inexpugnable base de operaciones.

Los austriacos vieron cómo, el 18 de abril, en lugar de estar persiguiendo a un enemigo en retirada, tal y como habían imaginado que harían, se enfrentaban

a uno que resurgía. Napoleón marchaba por la carretera de Ingolstad con Lannes a su vera, animando a su paso a las tropas alemanas. Un coronel del estado mayor austriaco fue capturado aquel día, y al ser presentado ante Napoleón para que lo interrogase, se negó a responder: «No se preocupe, *sir*, de todas formas lo sé todo», y a continuación describió exactamente tanto la localización de todos los cuerpos austriacos como su número de regimientos. «¿Con quién tengo el honor de hablar?», preguntó el austriaco, impresionado. «Ante esto –observó Chlapowski–, el Emperador se inclinó y tocándose el sombrero replicó: Con monsieur Bonaparte»[15]. El coronel debía de ser muy poco observador, porque, tal y como escribió Chlapowski, la infantería francesa iba gritando *Vive l'Empereur!* a su paso.



Napoleón, esa tarde, escribió a Masséna para explicarle que Carlos «había desembocado desde Landshut en Ratisbona con tres cuerpos de unos 80.000 hombres. Davout, dejando Ratisbona, marcha hacia Neustadt (…) el enemigo está perdido si tu cuerpo, llegando antes de que amanezca por Pfaffenhoffen, cae

sobre la retaguardia del archiduque Carlos. Por lo tanto, entre el 18, el 19 y el 20 todos los asuntos de Alemania quedarán resueltos». De su puño y letra Napoleón añadió una postdata: «*Activité, activité, vitesse! Je me recommande à vous*» (¡Actividad, actividad, velocidad! Cuento contigo)[16]. Masséna respondió prometiendo que marcharía, si era preciso, durante la noche, y cumplió su palabra; demostró un valor y una tenacidad admirables durante la campaña. El archiduque Carlos, informado de que Davout llegaría hasta el sur del Danubio con unos 30.000 hombres, quiso acabar con él, aislado del resto del ejército de Napoleón, como le ocurrió a Bennigsen con Lannes en Friedland. Se olvidaba de lo que había conseguido hacer el cuerpo de Davout, solo en Auerstädt, tres años antes.

El primer choque verdadero durante la campaña, al día siguiente, sentaría el precedente para el resto, cuando Davout pudo escaparse de las manos del archiduque Carlos en las aldeas de Teugen y Hasen, pasado el Danubio, y unirse sin problemas a Napoleón. En un terreno ondulante, bajo un cielo encapotado, los dos ejércitos, ignorando las fuerzas del enemigo, se enfrentaron en un combate en el que los austriacos lucharon lenta y rígidamente, mientras los veteranos de Davout maniobraban con habilidad. Los austriacos se retiraron hacia el este tras su derrota, permitiendo a Napoleón organizar la persecución. Ese mismo día Lefebvre venció en un choque en Arnhofen, y Montbrun lo hizo en Schneidhart. A pesar de que Carlos disponía de 93.000 hombres, frente a los 89.000 de Napoleón, la iniciativa residía en gran parte en los franco-bávaros.

El plan consistía en cortar la retirada hacia Viena y atrapar a Carlos en Baviera; con Davout a la izquierda, Lefebvre y Lannes en el centro, y Oudinot a la derecha, Napoleón ordenó a Masséna acudir a ayudar en Abensberg, pero dirigiendo a la vez al grueso de sus tropas hacia Landshut, para atacar de nuevo la línea de comunicación enemiga. El 20 de abril el coronel Coutard exhibió la bandera blanca y rindió Ratisbona. Superado ampliamente en número, había resistido un día entero, causando el doble de bajas de las que sufrió. Ese mismo día Napoleón había lanzado una ofensiva sostenida en un frente amplio contra varias aldeas al sur del Danubio, a 30 kilómetros al este de Ingolstadt. Se había levantado a las 3 de la mañana, enviando después despachos a Lefebvre, Masséna y Vandamme, y para las 6.30 ya cabalgaba con Lannes y Bessières hacia Abensberg. En una colina a las afueras de la ciudad, bautizada después

como Napoleonshöhe[****], Napoleón dirigió un discurso vibrante a los oficiales del cuerpo bávaro, traducido por el príncipe Ludwig de Baviera, y publicado como Orden del Día:

> ¡Soldados bávaros! No vengo aquí como emperador francés, sino como protector de vuestro país y de la Confederación del Rhin. Hoy lucharéis solos contra los austriacos. Ningún francés sirve entre vuestras líneas; confío totalmente en vuestro coraje. Durante doscientos años la bandera bávara, protegida por Francia, ha resistido contra Austria. Iremos hasta Viena, donde sabremos cómo castigar a Austria por el daño que con tanta frecuencia ha causado a vuestro país. Austria anhela dividir vuestro país, desmantelar vuestras unidades y repartirlas entre sus regimientos. ¡Bávaros! Esta guerra es la última en la que lucharéis contra vuestros enemigos; ¡atacad con la bayoneta y aniquiladlos![17].

A continuación les envió en dos ejes, uno en dirección sur desde Aensberg y Peissing hacia Rohr y Ratisbona, y un segundo hacia el sureste desde Biburg hacia Pfeffanhausen. El bien situado e igual de numeroso ejército austriaco combatió con acierto casi todo el día, pero Napoleón, una vez visto el progreso del flanco izquierdo dirigido por Lannes, cabalgó desde Napoleonshöhe para supervisarlo.

Tras la batalla un jefe de escuadrón del 2º de Cazadores a Caballo presentó a Napoleón dos banderas austriacas capturadas, las primeras de la campaña, con el rostro bañado en sangre por una herida de sable. Napoleón le preguntó su nombre, que resultó ser el resonante Dieudonné Lion. «¡Me acordaré de ti, y serás recompensado!», le dijo, «estás bien marcado». Meses después, cuando Berthier le sugirió un nombre para cubrir una vacante en los cazadores de la Guardia, Napoleón lo rechazó y propuso en su lugar promocionar a Lion.

Napoleón creía estar empujando al grueso del ejército hacia Landshut, cuando en realidad Carlos se dirigía a Ratisbona. El barón Johann von Hiller reunió dos extensas columnas en Landshut, causando un embotellamiento cerca de sus dos puentes. La artillería francesa comandada por el general Jacques de Lauriston –desplazado desde España, como muchos de los comandantes veteranos– se desplegó en el puente entre Altdorf y Ergolding, y descargó sobre

la ciudad atestada. Sobre el puente de Landshut se pueden ver hoy los pocos lugares desde los que los austriacos habrían podido responder con su artillería. Cuando los austriacos ocuparon el paso trataron de incendiarlo, pero la lluvia persistente apagó las llamas. A las 12.30 Napoleón se volvió a su ayuda de campo, el general Georges Mouton, y le dijo: «Ponte al frente de esa columna y toma la ciudad»[18].

A pesar de parecer casi una sentencia de muerte, Mouton lanzó a la carga a sus granaderos, protegidos por una fuerte lluvia de balas de mosquete, disparados desde las orillas de la isla. Los zapadores derribaron a hachazos las puertas de la ciudad, y los hombres de la 13ª Ligera se unieron al ataque, así como tres batallones y dos escuadrones de Baviera y Württemberg; a las 13, Landshut había caído. El archiduque Carlos había perdido 5.000 hombres, 11 cañones y todos sus equipos, en 226 carruajes[19]. Napoleón obsequió más tarde a Mouton con una descripción magnífica de la acción del puente, permitiéndose un mal juego de palabras, poco habitual en él, sobre una oveja (*mouton*) que era como un león. «Este recuerdo de Napoleón valía más que los elogios más elevados», afirmó otro ayuda de campo, y cuando terminó la campaña Mouton se convirtió en conde de Lobau[20][*****].

Como, en 1806, tuvo que terminar el combate para que Napoleón descubriese que Davout, el «Mariscal de Hierro», se había enfrentado al grueso del enemigo, esta vez en Laichling, mientras él retenía al archiduque Carlos. Davout había enviado cuatro mensajes a Napoleón entre las 7 de la mañana y las 5 de la tarde del 21 de abril, advirtiéndole de que Carlos estaba enviando reservas para un contraataque general. Desde las 2 de la mañana del día 22 Napoleón actuó sin parar, enviando a Lannes, Vandamme y Saint-Sulpice con 20.000 soldados de infantería y 5.500 de caballería hacia el norte, con la orden de que llegasen en cuanto les fuese posible. Oudinot y el resto de bávaros ya habían recibido la orden de unirse a Davout, por lo que en una hora Napoleón contaba con 50.000 soldados de infantería, 14.000 de caballería y 114 cañones acechando al archiduque Carlos.

El día 22 el Emperador se enfrentó a Carlos en la batalla de Eggmühl, la culminación de la maniobra de Landshut, donde una vez más el sistema de cuerpos le dio la victoria. El cuerpo de Davout había detenido a 40.000 austriacos y 120 cañones, pero Carlos retrasó el ataque hasta la llegada del

cuerpo del general Kollowrath desde Ratisbona, a 25 kilómetros al norte, dando tiempo a Napoleón para enviar a Lannes y Masséna a recorrer los 40 kilómetros hasta dar el relevo a Davout en Landshut. Cuando Carlos vio que la caballería de Baviera y Württemberg llegaba al campo de batalla, obligando a una de sus divisiones a retroceder hasta la elevación a las afueras de la ciudad, ordenó lanzar la gran ofensiva. Napoleón llegó al escenario con los cuerpos de Lannes y Masséna poco después de las 2 de la tarde, cayendo sobre la izquierda del enemigo. La victoria se saldó con unas pérdidas austriacas de 4.100 hombres y 39 cañones frente a los 3.000 soldados caídos en el bando de Napoleón. Poco después nombró a Davout príncipe de Eckmühl.

«Cuando estoy con el ejército normalmente viajo de día en un carruaje, con una buena pelliza gruesa, porque cuando un buen comandante en jefe debe trabajar es por la noche», recordó años después. «Si se fatiga inútilmente durante el día, estará demasiado cansado para trabajar por la tarde (…). Si hubiese estado durmiendo la noche antes de Eggmühl, nunca habría ejecutado aquella maniobra admirable, la mejor que he hecho nunca (…). Me multipliqué con mi actividad. Desperté a Lannes dándole varias patadas; así de dormido estaba»[21]. Napoleón tenía más amistad con Lannes que con cualquier otro de sus mariscales –tras la muerte de Desaix, Lannes y Duroc eran sus mejores amigos– y recibía bromas de él que no habría aceptado de otros. Lannes llegaba a decir que «había que compadecerle por sentir una pasión tan desafortunada por esa ramera [*cette catin*]», o sea, por Napoleón. Como observó Chaptal, «el Emperador se reía con estas bromas porque sabía que, cuando necesitase al mariscal, siempre lo encontraría»[22].

La victoria francesa en Eggmühl obligó a los austriacos a retroceder algo desordenadamente hacia Ratisbona, en busca de una vía de escape a través del Danubio. Al llegar a la ciudad el 23 de abril Napoleón consideró que un asedio llevaría demasiado tiempo, por lo que decidió atacar con escalas –colocadas a 20 pasos de la muralla–, lográndolo al tercer intento. La única vía de escape para Carlos era el sólido puente de piedra, de 10 metros de ancho. Era –y es– uno de los mayores puentes sobre el Danubio, con sus seis grandes pilares de piedra, muy difícil de destruir a cañonazos. Antes de conseguir cruzarlo perdió otros 5.000 hombres y 8 cañones en el intento. Cerca de la actual vía férrea Napoleón

fue herido por una bala perdida en el tobillo derecho, sufriendo una contusión. Se sentó en un tambor mientras Yvan le ponía una venda y cortaba la bota para que no le molestase al cabalgar[23]. Para que las tropas no se desmoralizasen, en cuanto terminaron de ponerle la venda «cabalgó en frente de la línea, entre sonoros vítores»[24].

En otro momento de la batalla afirmó: «¿No parece que las balas nos estén reconociendo?»[25]. El 6 de mayo tranquilizó a Josefina: «La bala me tocó pero no me hirió. Apenas me raspó el tendón de Aquiles»[26].

Tras la batalla de Ratisbona un *grognard* [soldado de la llamada Vieja Guardia] pidió para sí la Legión de Honor, reclamando que le había dado una sandía en Jaffa, «donde el calor era tan terrible». Napoleón, ante argumento tan irrisorio, se negó, a lo que el veterano replicó indignado: «Bueno, ya que no reconoces siete heridas en el puente de Arcole, en Lodi y en Castiglione, en las Pirámides, en Acre, Austerlitz y Friedland; once campañas en Italia, Egipto, Austria, Prusia, Polonia…», ante lo que el Emperador, riendo, le frenó y le nombró caballero de la Legión, con una pensión de 1.200 francos anuales, imponiéndole allí mismo la insignia. «El Emperador hizo que sus soldados le adorasen con gestos familiares como este», observó Margot, «pero era algo al alcance solo de un comandante cuyas frecuentes victorias le habían hecho ilustre; para cualquier otro general habrían supuesto poner su reputación en entredicho»[27].

No era habitual que las victorias se sucediesen durante cuatro días, como en Abensberg, Landshut, Eggmühl y Ratisbona. El día 24 el ejército descansó, y el Emperador charló con algunos oficiales. El capitán Blaze tomó nota de una conversación de Napoleón con un coronel que había manejado con gran habilidad los movimientos de su regimiento:

> ¿Cuántos hombres se presentaron para el combate? *Sire*, ochenta y cuatro.
>
> ¿Cuántos de la leva de este año? Veintidós.
>
> ¿Cuántos soldados habían servido cuatro años? Sesenta y cinco.
>
> ¿Cuántos fueron heridos ayer? Dieciocho.
>
> ¿Y muertos? Diez.
>
> ¿Con la bayoneta? Sí, *sire*.

> Bien[28].

La lucha con bayoneta era considerada la más valiente, y tras una intervención el 3 de mayo Napoleón se alegró de saber que el soldado más valeroso de la 23ª Ligera recibía el apodo de cabo de carabineros *Bayonnette*; le nombró caballero de la Legión con derecho a pensión[29].

Cuando llegó ante las puertas de Viena el 10 de mayo de 1809 su ayuda de campo polaco, Adam Chlapowski, escribió:

> … presencié algo que, de no haber visto con mis propios ojos y no haber escuchado con mis propios oídos, no habría creído. Incluso entonces me costó hacerlo. Las murallas de la ciudad no estaban atestadas, pero había unos cuantos ciudadanos adinerados en los terraplenes. El Emperador cabalgó hasta un declive en el camino, desde el que solo le separaban unos 20 metros de aquellas personas. Al reconocerle, después de que hubiese estado allí por última vez en 1805, todos se quitaron el sombrero, algo que supongo cabía esperar, y empezaron a vitorearle, algo que me pareció innecesario y menos acorde (…). Al mostrar mi sorpresa ante algunos oficiales franceses, me aseguraron que habían visto y oído exactamente la misma reacción en la puerta de Brandenburgo de Berlín en 1806[30].

Napoleón dedicó media hora a cabalgar en torno a las murallas de Viena, «y de vez en cuando levantaba el sombrero respondiendo a los vítores, como si estuviese dando una vuelta a caballo por París». Llevaba consigo tan solo una escolta de 25 hombres; cuando volvía hacia el Palacio de Schönbrunn, fuera de la ciudad, lugar en el que pernoctaría, como hizo en 1805, dijo a Chlapowski: «Tienes allí una cama ya preparada. Te has pasado tantas noches a lomos de un caballo que es hora de que te tomes un descanso, cortesía del emperador Francisco»[31].

Tras un breve bombardeo Viena se rindió ante Napoleón a las 2 de la mañana del 13 de mayo, mientras el archiduque Carlos –tras derribar todos los puentes– permanecía en la orilla derecha del Danubio, cuyo curso era entonces mucho más agresivo que el actual, tranquilo y muy canalizado. «Los príncipes de esta casa han abandonado su capital», proclamó aquel día Napoleón, «no como

soldados de honor que ceden a las circunstancias y reveses de la guerra, sino como los perjuros a los que persiguen sus propios remordimientos»[32]. Aunque no le importaba burlarse de los Habsburgo, no deseaba molestar a los vieneses, que habían prometido patrullar la ciudad ellos mismos. «Todos los rezagados que, bajo el pretexto de la fatiga, abandonen a sus unidades al saqueo –ordenó el día 14–, serán agrupados, sometidos a un jurado marcial y ejecutados en el plazo de una hora»[33]. Cada columna erigió un tribunal para castigar el pillaje.

Los siguientes tres días los hombres de Napoleón se dedicaron a construir un puente de embarcaciones corriente abajo desde el que atacar al ejército austriaco. La división de infantería del general Gabriel Molitor, a las 5 de la tarde del 18 de mayo, empezó a atravesar el Danubio en botes. Alcanzaron la isla Lobau, de 3 kilómetros de ancho, y desde allí empezaron a construir puentes más sólidos hasta la otra orilla. Napoleón ha recibido críticas por no haber construido puentes de solidez suficiente, pero carecía de ingenieros especializados, la corriente del río era rápida y los austriacos lanzaron constantemente troncos y otros deshechos corriente abajo –incluso un molino desmantelado al completo– para causar daños.

Una vez más, como en Austerlitz y en Polonia, Napoleón se encontraba en el extremo de una larga cadena de suministro, muy adentrado en un territorio enemigo, frente a un oponente que no había pedido la paz a pesar de que su capital había caído. Un nuevo ejército austriaco, liderado por el archiduque Johann von Habsburg –hermano menor de Francisco y del archiduque Carlos–, regresaba de Italia, tras ser derrotado por Eugène en la batalla del río Piave el 8 de mayo. El Tirol se alzaba en armas contra Baviera, bajo el liderazgo del carismático Andreas Hofer, el descontento reinaba entre los alemanes a los que molestaba la hegemonía francesa, y la estrategia del archiduque Carlos parecía consistir en negar a Napoleón la batalla definitiva. Con la caída de la tarde del día 19 un puente de 750 metros, levantado sobre 86 botes y 9 balsas, atravesaba el Danubio, y al mediodía siguiente el ejército lo cruzaba en masa hasta la isla de Lobau. Otro puente, de unos 100 metros, descansaba sobre 15 pontones y 3 caballetes capturados al enemigo, extendiéndose hasta la orilla opuesta. A pesar de su aspecto desvencijado, Napoleón decidió arriesgarse a cruzarlo.

Los pueblos de Aspern y Essling se sitúan a unos 5 kilómetros de la orilla

noreste del Danubio y a 30 al este de Viena. La medianoche del 20 de mayo Masséna trepó por la torre del campanario de Aspern y, al ver pocos fuegos de campamento, informó a Napoleón de que los austriacos se retiraban, cuando en realidad estaban formando para atacar, cometiendo el mismo error que Murat en la mañana de Eylau. Napoleón cruzó al amanecer del día 21 de mayo, sábado, y, mostrando su característica perspicacia, ordenó de inmediato que se reforzasen las defensas de la cabeza del puente. Por desgracia, Masséna no había fortificado Aspern lo suficiente, pensando que era innecesario al estar retirándose el archiduque Carlos. A las 8 de la mañana estuvo meridianamente claro que no lo estaba haciendo.

Aspern estaba formada, en 1809, por 106 casas de dos pisos con jardines cercados, dispuestas de este a oeste junto a dos carreteras con un pequeño número de calles perpendiculares, una iglesia –que alberga hoy el museo local– y un cementerio rodeado por un muro de poco más de un metro, una robusta vicaría y un gran prado en el terreno ligeramente elevado de su extremo oeste. La carretera hacia Essling corría paralela a un bancal –igual que hoy–; esta, por su parte, contaba con 56 casas en dos grupos, uno a cada lado de la plaza del pueblo, y un gran silo rodeado de muros de piedra de un metro de espesor. Napoleón pretendió emplear ambos pueblos, y la carretera que los unía, como bastión, para atacar desde la meseta de Marchfeld adyacente, que es tan llana que el ejército austriaco la había empleado para sus desfiles.

Durante la noche el Danubio había crecido un metro, y a las 10 de la mañana uno de los puentes del norte –formado por botes– había quedado inutilizado por el choque de una barcaza cargada. Los franceses consiguieron arreglarlo con tiempo suficiente para que la caballería pesada del general Jean d’Espagne lo atravesase en escuadrones a pie. Napoleón, al este de Aspern, sopesó retirarse cuando supo lo ocurrido con el puente, siguiendo la máxima militar que dice que nunca hay que combatir de espaldas a un río, pero sus generales –a excepción del silente Berthier– le garantizaron que conservarían la plaza. A las 13.00 supo que un gran ejército austriaco atravesaba Marchfeld; podría haber dispuesto antes de esta información si sus espías de la caballería ligera no hubiesen sido interrumpidos por una avanzadilla enemiga. Las cifras eran abrumadoras; el domingo 21 de mayo atacaron unos 37.000 austriacos, y al día siguiente lo hicieron 85.000, con 292 cañones. De los franceses, unos 30.000 habían cruzado

el domingo, y otros 20.000 el lunes, pero solo contaban con 58 cañones[34]. Si el cuerpo de Davout hubiese logrado cruzar el Danubio, la proporción habría sido menos desfavorable, pero el estado de los puentes lo hacía ya imposible.

Los primeros choques se produjeron en Aspern entre las 13 y las 14, obligando a 5.000 franceses a ahuyentar a un número muy superior de austriacos. La artillería castigó a las columnas atacantes, y un batallón de la 67ª Línea permaneció tras las murallas del cementerio lanzando descargas demoledoras. Pero los austriacos atacaron sin descanso, y pronto las calles del pueblo acogieron un combate salvaje, mientras una densa humareda procedente de los cañones oscurecía aún más la pelea. Después de las 3 de la tarde una batería austriaca de 90 cañones arrasó el pueblo, aplastando toda barricada.

Napoleón observaba la contienda sentado en un tambor en una hondonada cerca de la actual fábrica de azulejos de Aspern, aproximadamente a medio camino entre ambos pueblos. Ordenó a Bessières que asegurase el centro con cuatro divisiones –como hizo Murat en Eylau–, y lo logró tras cuatro cargas de caballería. Mientras se producían, convocó a toda la artillería para socorrer a los defensores de Aspern frente a la caballería austriaca, que se iba acercando peligrosamente. A las 16.30 un ataque de tres columnas, tras un denso bombardeo, obligó a los defensores a abandonar la iglesia y el cementerio. Una hora más tarde la división de Legrand recibió la orden de intervenir, y la 26ª Ligera y la 18ª Línea volvieron a tomar Aspern, pero media hora después intervino el archiduque Carlos en persona, acompañado de un ataque de seis batallones, con otros trece de reserva, que aullaban: «¡Por la patria! ¡Adelante, con valor!». Se dijo incluso que él mismo portó una bandera, aunque más tarde lo negó. Mientras el fuego prendía por todo el pueblo cayeron sobre la iglesia y el cementerio, expulsando a los franceses.

Tras varias roturas del puente, el general Claude Carra Saint-Cyr, del 4º Cuerpo de Masséna –sin relación con Gouvion Saint-Cyr– consiguió que su división cruzase el Danubio y se precipitó hacia Aspern, tomando el extremo sur del pueblo. El combate siguió hasta las 9. Unos 8.000 austriacos y 7.000 franceses pasaron allí la noche, mientras se reparaba el puente una vez más a las 10. Catorce batallones de la Guardia, el cuerpo de Lannes y suficientes cañones como para sumar 152 pudieron cruzar el Danubio, pero sin el cuerpo de Davout. A las 16.40 los austriacos habían atacado Essling y su silo, casi inexpugnable –

en cuyas puertas de madera todavía hoy se pueden ver los agujeros de las balas–. Lannes supervisó en persona los trabajos de defensa, cortando troneras, emplazando baterías y barricadas y levantando almenas en los muros, hasta que cesó el fuego a las 23.

El segundo día arrancó a las 3.30, cuando Masséna y las líneas 18ª y 4ª cayeron sobre Aspern, cargando en columnas por las dos calles principales, apoyados por la 26ª Ligera, la 46ª Línea y los Baden Jägers. Para las 4 ya habían recuperado casi todo el pueblo, pero no la iglesia. La lucha prosiguió al amanecer, y a las 7 Masséna informó a Napoleón de que ya había tomado todo el pueblo, tras cambiar cuatro veces de manos; para las 11 los austriacos se habían hecho de nuevo con él. En Essling, la Joven Guardia llegó justo a tiempo para evitar su caída.

Entre las 6 y las 7 de la mañana Napoleón se preparó para lanzar un ataque masivo con tres divisiones en columnas cerradas. Lannes ocupó la derecha con la división de Saint-Hilaire, Oudinot el centro y el general Jean Tharreau la izquierda. Por detrás marchaba la caballería ligera del general Antoine de Lasalle, y la pesada de Nansouty. A pesar de la niebla matutina, la apelotonada artillería austriaca se empleó a fondo contra ellos, que exhibieron un gran valor. En un momento dado Saint-Hilaire mandó a la 105ª Línea cargar a bayoneta calada contra un regimiento de cazadores austriacos, empujándoles contra los granaderos de reserva situados a su espalda. A las 9 de la mañana la munición empezó a escasear entre los franceses, porque los carruajes no podían cruzar el puente, y el ataque se ralentizó después de que Saint-Hilaire –al que se había prometido el bastón de mariscal– perdiese un pie de un cañonazo. Murió quince días después, cuando la herida se le gangrenó.

Napoleón, con el puente caído de nuevo y el archiduque desplazando una gran batería al centro, lo que imposibilitaba un nuevo ataque francés, empezó a sopesar la complejidad de una retirada masiva a través de los puentes improvisados, enviando un mensaje a Lannes para que aminorase el ataque. Lannes dividió sus batallones en dos líneas en formación cuadrada, y fueron retrocediendo con tanto orden como en un desfile. Durante la retirada todo el estado mayor de Oudinot murió o fue herido, y él mismo fue alcanzado una vez más. Napoleón tuvo que rechazar las demandas suicidas del general Dorsenne, cuya montura había sido abatida al menos tres veces, y que pedía atacar a los

cañones enemigos con la Vieja Guardia.

A las 3 de la tarde los austriacos ya habían tomado casi todo Essling, excepto el granero, custodiado por el general Jean Boudet. Cuando Napoleón en persona ordenó que la Vieja Guardia abandonase Essling para cortar el avance del archiduque Carlos, los soldados insistieron en que antes de atacar él se retirase a un lugar seguro. Era lógico, teniendo en cuenta que uno de cada cuatro hombres fueron heridos o muertos en el combate posterior. Masséna condujo tres batallones de la Joven Guardia a pie en Aspern a las 11, pero a las 13 Austria tenía de nuevo el control. Una hora después ambos ejércitos estaban exhaustos, tras un combate casi ininterrumpido de 11 horas. A las 15.30 el archiduque Carlos ya había concentrado una enorme batería de unos 150 o 200 cañones –la mayor de la historia militar hasta la fecha– en el centro, acallando poco a poco a la artillería de Lannes. En ese momento se volvieron hacia cada unidad francesa expuesta; en total la artillería austriaca disparó 44.000 balas en dos días de batalla; entre sus muchas víctimas estuvo el propio Lannes, que mientras se sentaba con las piernas cruzadas en una zanja fue alcanzado de rebote por un mortero de 3 libras, que le destrozó ambas rodillas. Este militar de 30 años fue llevado de nuevo al campamento francés de Ebersdorf, más allá del Danubio, y el cirujano jefe Larrey le amputó la pierna izquierda, tratando de salvar la derecha. En los días previos al descubrimiento de la anestesia cuesta imaginar el dolor que causaron estas operaciones, pero todos los testigos afirman que su coraje fue ejemplar.

Hacia las 4 de la tarde los puentes estaban disponibles de nuevo, y Napoleón ordenó a su ejército cruzar el Danubio hacia la isla de Lobau, mientras dirigía 24 cañones y toda la munición disponible para proteger la cabeza del puente. Primero los heridos, después la artillería, después la infantería de la Guardia –excepto los *tirailleur* o avanzadilla de la infantería ligera, todavía en Essling–, después la caballería pesada, después la infantería, después la caballería ligera y finalmente las divisiones de infantería de retaguardia volvieron a atravesar el Danubio; algunos *voltigeur* no alcanzaron la isla hasta pasada la medianoche, recorriendo el trayecto en barca. El archiduque Carlos consideró que sus tropas estaban demasiado agotadas como para dificultar la retirada francesa, y aunque varios generales austriacos se opusieron vivamente, su ejército permaneció en la otra orilla del río. A las 19.00 Napoleón sostuvo una de sus infrecuentes

convenciones de guerra. Berthier, Davout y Masséna querían retirarse más allá del Danubio, pero Napoleón les persuadió de que Lobau debía ser la base para futuras operaciones, y de que, si evacuaban la isla, tendrían que abandonar también Viena.

Napoleón había sido derrotado por primera vez desde Acre, 10 años antes, y solo por cuarta vez en toda su carrera hasta el momento. (Las relativamente menores batallas de Bassano y Caldiero se produjeron en noviembre de 1796). Las pérdidas totales se estiman entre 20.000 y 23.000 muertos o heridos, y 3.000 soldados capturados, pero solo les arrebataron 3 cañones, como muestra de la disciplina de la retirada. Las bajas austriacas fueron similares, con 19.000 muertos o heridos, pero solo 700 soldados hechos prisioneros[35]. El boletín del día siguiente, que solo reconoció 4.100 muertos y heridos, se refirió a la batalla de Aspern-Essling como «un nuevo monumento a la gloria y firmeza inflexible del ejército francés», lo más cerca que podía estar de admitir una derrota. Más tarde aseguró que, cuando Lannes recuperó la consciencia, dijo: «Dentro de una hora habrás perdido a aquel que muere con la gloria y la convicción de haber sido, y de ser tu mejor amigo», una construcción gramatical poco susceptible de haber emergido de labios de un hombre al que acababan de amputar una pierna, y estaba a punto de perder la otra[36].

Mientras los austriacos reclamaban la victoria en Aspern, Napoleón nombró a Masséna príncipe de Essling, a pesar de que no había puesto un pie allí durante la batalla. En París se ordenó a la prefectura de policía que distribuyese carteles, instando a los parisinos a iluminar las entradas de las viviendas para celebrar la victoria[37]. Pero la mañana del 23 de mayo el puente que unía Lobau con la orilla norte fue desmantelado, y la isla se convirtió en una fortaleza. Esa tarde los exhaustos soldados franceses cenaron carne de caballo, que según Marbot «se cocinó en las corazas y se sazonó con pólvora» en lugar de pimienta. Provisiones y municiones llegaron a Lobau en barca, se envió a los heridos a Viena, se levantaron hospitales de campaña, se construyeron puentes más sólidos y se protegieron con empalizadas clavadas en el lecho del río.

Lannes vio cómo se le infectaba la pierna, y tardó nueve días en morir. Napoleón le visitó dos veces diarias, y en la última llegó poco después de que expirase[38]. Más tarde Louis Constant, sirviente de Napoleón, vio al

Emperador en su cuartel, «sentado inmóvil, callado, mirando fijamente al vacío, frente a una comida preparada apresuradamente. Los ojos de Napoleón estaban inundados de lágrimas, que se multiplicaron y cayeron silenciosamente en la sopa»[39]. Las narraciones de Ségur, Las Cases, Pelet, Marbot, Lejeune y Savary confirman la angustia de Napoleón[******]. Tanto Constant como el boticario de Napoleón, Cadet de Gassicourt, afirman que Lannes había reprendido al Emperador por su ambición, pero Marbot, Savary y Pelet lo niegan con vehemencia[40]. Hoy el cuerpo de Lannes reposa en la cavidad XXII del Panteón, en un ataúd envuelto en la tricolor, bajo nueve banderas que cuelgan por las paredes con los nombres de sus batallas bordados. «La pérdida del duque de Montebello, que ha muerto esta mañana, me causa gran pesar», escribió a Josefina el 31 de mayo. «¡¡¡Todo acaba!!! *Adieu*, mi amor; si puedes hacer algo para consolar a la pobre viuda del mariscal, hazlo»[41].

«Acerté al no fiarme de aliados como esos», dijo Napoleón a Savary acerca de los rusos a principios de junio,

> ¿qué podría haber ido peor de no haber firmado la paz con Rusia? ¿Qué gano con esa alianza, si son incapaces de garantizar la paz en Alemania? Es muy probable que se hubiesen vuelto contra mí si un resquicio de respeto humano no les hubiese impedido la traición nada más jurar lealtad; que no nos insulten; todos se congregarán en torno a mi tumba, pero no se atreven a reunirse allí (…). Lo que tengo aquí no es una alianza; me han estafado[42].

A su regreso al palacio de Schönbrunn el 5 de junio el buen entendimiento en Tilsit, mantenido a duras penas en Erfurt, ya estaba muy deteriorado.

Pero en aquella época no todo fueron sinsabores, sobre todo cuando llegó María Walewska[*******]. Una tarde en Schönbrunn, Napoleón pidió pollo frío para cenar; cuando se lo llevaron, preguntó: «¿Desde cuándo los pollos nacen con una pata y un ala? Ya veo que esperáis que me alimente de los restos que me deja el servicio». Después cogió a Roustam de la oreja y le tomó el pelo por haberse comido la otra mitad[43]. Rapp describe al Emperador «de bastante buen humor en general» durante aquella época, a pesar de la pérdida de Lannes, aunque se enfureció –comprensiblemente– al recibir un informe de la policía

desde París que recogía el último rumor, que decía que se había vuelto loco. «Estas historietas se las inventa el *faubourg* Saint Germain», afirmó, reviviendo su pesadilla habitual con los salones intelectuales y aristocráticos de ese distrito: «me van a provocar hasta que acabe por enviar a toda la tribu al campo a pudrirse»[44]. El problema, según dijo a Caulaincourt, era que «la sociedad de los salones está en permanente estado de hostilidad contra el gobierno. Todo se critica, nada se aprecia»[45].

Después de Aspern-Essling, el archiduque Carlos concentró sus tropas a lo largo del Danubio, al norte de Viena. Aunque invadieron Sajonia el 9 de junio, cinco días después Eugène se impuso sobre el archiduque Johann en la importante batalla de Raab, en Hungría, provocando gran alegría a Napoleón, porque impedía que llegasen los refuerzos que tanto necesitaba el archiduque Carlos y porque así el Ejército de Italia de Eugène podía unirse a sus tropas. También le impactó la lucha de los polacos del príncipe Poniatowski contra los austriacos en Silesia, que contrastaba con los rusos, que rechazaban incluso intervenir.

A principios de julio los ingenieros de la Grande Armée ya habían construido puentes tan sólidos en Lobau que Napoleón alardeó; «El Danubio ya no existe; ha sido abolido»[46]. Los pontones flexibles podían girar entre Lobau y la costa norte, por lo que ya estaba preparado, seis semanas después de Aspern-Essling, para exigir venganza. Napoleón, vestido con un gabán de sargento, inspeccionó en persona los mejores lugares de paso, entre los furiosos disparos de mosquete de los austriacos que ocupaban la otra orilla. En lugar de dirigirse al norte, como había decidido previamente, optó esta vez por marchar hacia el este, hacia la ciudad de Gross-Enzersdorf. El cruce comenzó la tarde del 4 de julio de 1809.

Napoleón había reunido ya 130.800 infantes, 23.300 soldados a caballo y no menos de 544 cañones, operados por 10.000 artilleros, unas fuerzas tres veces superiores a las desplegadas en Aspern-Essling. El capitán Blaze observó que en la isla de Lobau «se hablaban todas las lenguas de Europa: italiano, polaco, árabe, portugués, español, incluso un dialecto alemán». Gracias a un diseño y una preparación intensas, Napoleón logró que esta enorme fuerza políglota –aproximadamente del mismo número que atacó Normandía el Día D–, cruzase uno de los ríos más largos de Europa en territorio enemigo en una sola noche, con todos sus caballos, cañones, carruajes, suministros y municiones, sin perder

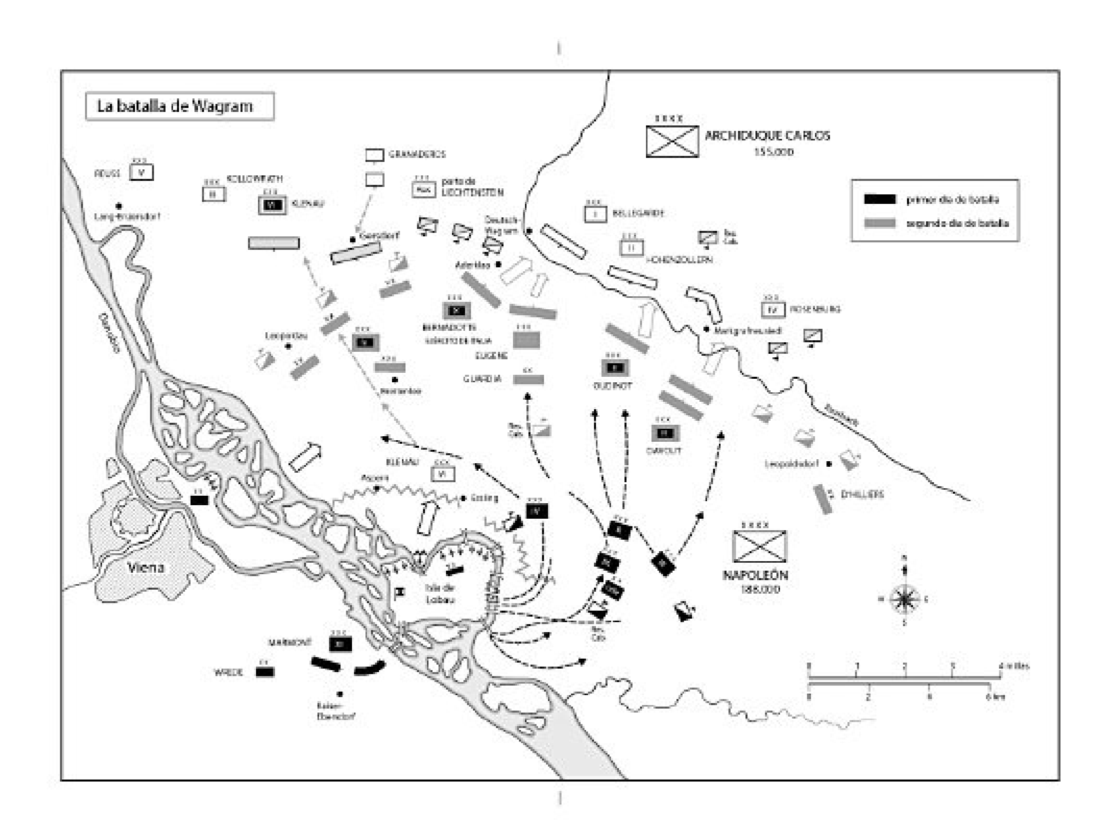
un solo hombre[47]. Es un logro logístico impresionante. Tan pronto como sus hombres alcanzaron la orilla opuesta, cruzaron Marchfeld y se encararon con el ejército del archiduque Carlos, con 113.800 soldados de infantería, 14.600 de caballería y 414 cañones. La batalla que estaba a punto de comenzar fue la mayor de la historia de Europa hasta la fecha.

Como en Arcole, Eylau, Eggmühl y Aspern-Essling, la batalla de Wagram duró dos días. A las 8 de la mañana del miércoles, 5 de julio, Gross-Enzersdorf había caído en manos francesas, y para las 9 Oudinot, Davout y Masséna habían cruzado el río. Este último lo hizo en un carruaje, ya que se había herido al caer del caballo en Lobau. Napoleón estableció su cuartel general en una loma en Raasdorf, la única elevación en muchos kilómetros a la redonda, dado lo llano de Marchfeld. El archiduque Carlos alineó sus tropas tras el rápido Russbach, una corriente de unos 10 metros de ancho, confiando en que su hermano, el archiduque Johann, llegase a tiempo desde Pressburg, a unos 50 kilómetros al sureste.

Napoleón situó al cuerpo de Davout y a dos divisiones de dragones en el flanco derecho, con Oudinot en el centro y Masséna y la caballería ligera a la izquierda. El cuerpo de Bernadotte y sus 14.000 sajones permanecieron cerca en reserva, y se formó una gran línea detrás con el Ejército de Italia comandado por Eugène, los cuerpos de Macdonald y Marmont y la Guardia Imperial. La Reserva de Caballería de Bessières formó la tercera línea. La Legión Portuguesa se encargó de defender la cabeza del puente desde Lobau, y la afluencia de munición y suministros fue constante, y en gran número. El plan de Napoleón consistía en que Davout ganase el flanco izquierdo del enemigo mientras Oudinot y Bernadotte rodeaban a los austriacos por el frente, y Masséna protegía la conexión con la isla. En el momento preciso el Ejército de Italia atravesaría el centro. La aparición del archiduque Johann a espaldas de Davout en el flanco derecho podía poner en serio peligro el plan de Napoleón, así que ambos bandos vigilaban constantemente su llegada.

A las 2 de la tarde el ejército francés se puso en marcha bajo un sol ardiente a través de las altas plantas de maíz de Marchfeld, desplegándose por los 20 kilómetros del campo de batalla según llegaban. Bernadotte ya había tomado Raasdorf, sin efectuar un disparo, a las 15.30, y a las 17 estaba instalado frente a Aderklaa, una aldea crucial en el campo de batalla, porque, si lograban tomarla,

dividirían en dos al ejército austriaco. Napoleón se lanzó sobre toda la línea austriaca desde Markgrafneusiedl hasta Deutsch-Wagram, ordenando a Oudinot de un modo algo ambiguo que «empujase un poco, y nos diese algo de música antes del anochecer»[48]. Oudinot hizo que sus tropas vadeasen el Russbach, con los mosquetes y los cartuchos sobre la cabeza. A las 19.00 las tropas atacaron Baumersdorf, una aldea de treinta casas junto al río, defendida por 1.500 austriacos, con muchas bajas. Los ataques vespertinos de Napoleón el día 5 de julio llegaron demasiado tarde, estuvieron mal coordinados y no tuvieron un objetivo suficientemente específico. A pesar de que el Russbach es poco más que un arroyo la infantería quedó desordenada, y el paso –excepto a través de unos pocos puentes– fue imposible para la artillería y la caballería.



El ataque logró formar una pinza contra Austria, pero a las 21 los franceses retrocedían de nuevo hacia el Russbach por doquier, y Oudinot había perdido gran número de efectivos. Hacia las 20 parte del Ejército de Italia de Eugène había entrado en la ciudad de Deutsch-Wagram, pero cuatro de sus generales

fueron heridos y unos 2.000 soldados huyeron. A las 21 Bernadotte atacó Aderklaa con 9.000 soldados de infantería sajones y 14 cañones. La lucha fue caótica y se prolongó hasta las 23, perdiendo la mitad de sus soldados; más tarde acusaría prolijamente a Napoleón por haber ordenado el ataque[49]. Davout lanzó con astucia un alto el fuego, y para las 23 ya había cesado la lucha. El primer día había sido para los austriacos. Durante la noche botaron 18 barcas incendiadas contra las cabezas de puente en el Danubio, pero los postes colocados por los franceses en el lecho del río las detuvieron.

Mientras Davout preparaba un ataque al amanecer del jueves día 6, su ayuda de campo, el coronel Lejeune, topó con centenares de austriacos formando para la defensa, pero no pudo volver a tiempo para advertir al mariscal[50]. Por fortuna, Davout estaba listo para enfrentarse a ellos en Grosshofen cuando se produjo el asalto, a las 4 de la mañana, en parte gracias a que la orden del archiduque Carlos de mantener un silencio absoluto no había alcanzado a las bandas de los regimientos. Napoleón, cuyo desayuno se vio perturbado por el estruendo en el flanco izquierdo, temiendo la llegada del archiduque Johan desde el este, envió parte de la caballería pesada reservada para auxiliar a Davout. Durante las dos horas siguientes los austriacos tomaron y perdieron Grosshofen sucesivamente.

Bernadotte, sin haber recibido la orden de hacerlo, se retiró de Aderklaa, dando ocasión a los austriacos de tomar la aldea sin una sola pérdida, y provocando un duelo de artillería entre las dos extensas baterías enemigas. Tras consultar a Masséna, Napoleón ordenó a las 7.30 volver a capturar Aderklaa a las divisiones francesas y de Hesse de Saint-Cyr; lo lograron, tras un combate encarnizado y un enfrentamiento con mosquetes a menos de 100 metros. Durante ese día Aderklaa –evacuada con tanta despreocupación por Bernadotte– recibió a 44.000 austriacos, enfrentados a 35.000 franceses y alemanes. «¿Era esa la maniobra científica con la que ibas a conseguir que el archiduque bajase los brazos?», preguntó Napoleón con sarcasmo a Bernadotte, antes de apartarle de la comandancia diciendo: «Un chapucero como tú no me sirve»[51]. El general Molitor del cuerpo de Masséna tomó de nuevo Aderklaa a las 9.45, pero el error espontáneo de Bernadotte había causado gran número de bajas.

A las 10, con una torre de vigía sobre las colinas de Markgrafneusiedl en el

punto de mira, Davout envió a 10.000 soldados de caballería a través de la llanura hacia la derecha, barriendo a la caballería austriaca y preparando el espacio suficiente para el avance de las divisiones de infantería de Friant y Morand, obligando a los austriacos a expandir sus líneas para que no sobrepasasen su flanco[********]. De haber llegado en ese momento el archiduque Johan, las consecuencias para Napoleón habrían sido desastrosas, pero este permitió a sus tropas pararse para almorzar, advirtiendo a su hermano de que no llegaría hasta las 17, y obligando así a Carlos a recurrir a sus reservas. Cuando sus exploradores alcanzaron el campo de batalla le informaron de que el combate estaba perdido, por lo que no era necesario ir, y no lo hizo. De no haber sido el hermano del emperador, se habría enfrentado a una corte marcial por esta decisión.

Markgrafneusiedl se había convertido en la clave para Austria; el terreno se volvía escarpado hacia el noreste, y las pendientes eran pronunciadas justo encima de la aldea. Se produjo una batalla sin cuartel, casa por casa y mano a mano, entre las edificaciones de piedra, el molino, el monasterio y la antigua iglesia, rodeada por un foso. Los descoordinados contraataques austriacos no lograron retomar lo que pronto sería un pueblo en llamas. Napoleón –que había pasado en su montura 60 de las 72 horas previas– durmió una de sus breves siestas de 10 minutos justo en ese momento de la batalla, algo asombroso, que da medida tanto de su sangre fría como de su agotamiento. Al despertar y descubrir que Markgrafneusiedl seguía en manos de Davout anunció que se había ganado la batalla[52]. Su capacidad para dormirse en un campo de batalla en el que atronaban 700 cañones es aún más notable si se tiene en cuenta que en el otero de Raasdorf –que le había servido como cuartel general– y sus alrededores murieron o fueron heridos aquel día al menos 26 oficiales de su estado mayor. Los dos hombres que dirigían los regimientos que componían la Guardia de Cazadores a Caballo perdieron una pierna; el mayor Pierre Daumesnil, que fue acribillado y recibió la admiración de todo el ejército, perdió la izquierda, mientras su amigo el mayor Hercules Corbineau, hermano del ayuda de campo de Napoleón muerto en Eylau, perdió la derecha. Cuando, años después, Corbineau visitó a Napoleón para solicitar el depósito que necesitaba si quería ser inspector de impuestos en el departamento del Sena, se dice que el Emperador afirmó que tomaría su pierna como garantía de devolución del

préstamo. Al ver cómo la vaina de un obús hacía encabritarse al caballo de Napoleón, Oudinot exclamó: «*Sire*, están disparando contra el cuartel general». «*Monsieur*», replicó, «en la guerra cualquier accidente es posible»[53]. Y, cuando una bala de cañón golpeó el casco de un oficial, bromeó: «¡Menos mal que no eres más alto!»[54].

Poco después de las 11 el archiduque Carlos envió a 14.000 hombres en marcha junto al Danubio, hacia la cabeza de puente de Lobau, tratando de cortar la línea de retirada de Napoleón y sorprenderle por la espalda; cuando lo hizo, el cuerpo de Masséna ejecutó una de la maniobras más ambiciosas de la campaña, marchando 8 kilómetros a través del campo de batalla, frente a dos cuerpos austriacos[55]. Entonces Napoleón ordenó a Bessières lanzar un ataque de caballería en la intersección del cuerpo de Kollowrath y los granaderos de la reserva austriaca. Cuando escuchó a los 4.000 soldados de caballería que pasaban junto a él gritar *Vive l'Empereur!*, replicó «*Ne sabrez pas; pointez, pointez*» (No cortéis con el sable, pinchad, pinchad)[56]. El caballo de Bessières fue alcanzado mientras lo montaba, y él mismo sufrió una herida de cañón, siendo retirado del terreno; Napoleón insistió a los que habían presenciado lo ocurrido que no llamasen la atención, para no minar la moral. Cuando Bessières se recuperó se burló de él diciéndole que su ausencia le había costado 20.000 prisioneros[57]. Esa carga fue la última vez que la caballería jugó un papel importante en una batalla napoleónica, porque ese mismo combate fue también el comienzo del dominio de la artillería. La caballería dejó de ser lo más importante en una contienda, aunque comprenderlo del todo todavía les llevaría décadas.

Francia perdió incontables monturas en Wagram, pero la carga de Bessières permitió a Lauriston tener tiempo de desplegar su Gran Batería de 112 cañones, que incluía los 60 de 12 libras de la artillería de la Guardia Imperial –las «hijas mimadas» de Napoleón– en el centro del campo de batalla. Las posiciones austriacas recibieron 15.000 descargas, que con frecuencia rebotaban en el suelo duro, incendiando los cultivos cercanos y abrasando a los heridos. El campo de batalla retumbaba con un enorme estruendo de percusión.

Cuando los austriacos retrocedieron, la Gran Batería avanzó. Napoleón solicitó 20 voluntarios de cada compañía de la infantería de la Vieja Guardia para lanzarse a ayudar a maniobrar a los cañones, y se presentaron. Hacia la 1 de

la tarde, mientras Davout recorría el Russbach, Napoleón ordenó a Macdonald que lanzase un ataque que envolviese a las formaciones de reserva austriacas, impidiendo que se moviesen hacia Davout. Macdonald había confiado en ser elevado al grado de mariscal cuando se creó este rango en 1804, pero sus convicciones republicanas –aún vestía el antiguo uniforme, con la escarapela tricolor– y su amistad con Moreau lo habían impedido. Como segundo de a bordo de Eugène había destacado en Italia, y en Wagram se lució. Sus 8.000 hombres formaron un enorme cuadrado hueco, abierto por detrás, de 1 kilómetro de largo y 700 metros de ancho, con el que marchó contra la línea austriaca, con la caballería cubriendo la retaguardia. Fue la última vez que se empleó una formación así en las Guerras Napoleónicas, porque era muy difícil de controlar; los batallones frontales podían disparar, pero no los que iban detrás, y además atraía naturalmente al fuego de artillería. No obstante, había demasiada caballería austriaca alrededor como para no formar en cuadrado, y además esta disposición hacía ver que Macdonald disponía de muchos más hombres de los que tenía en realidad.

A pesar del gran número de bajas, el cuadrado de Macdonald –respaldado por la caballería del Ejército de Italia a la derecha y la caballería pesada a la izquierda, y cubierto por la Gran Batería– consiguió que Masséna y Davout tuviesen tiempo para sobrepasar los flancos derecho e izquierdo de Austria, respectivamente. Napoleón, al reparar en que Macdonald iba a necesitar más ayuda, lanzó la división bávara de Wrede, de 5.000 hombres, y parte de la Joven Guardia. Al recibir una leve herida en este ataque, Wrede gritó, dramáticamente: «¡Dile al Emperador que muero por él!», a lo que Macdonald replicó secamente: «Vas a vivir, díselo tú mismo»[58].

A las 14 el archiduque Carlos se decantó por una retirada progresiva. Los granaderos y la reserva de caballería se cubrieron mutuamente mientras se seguían disputando los pueblos de Stadlau, Kagran, Leopoldsdau y Strebersdorf, sin que se produjesen escenas de pánico. Fue en los últimos embates de esta batalla cuando el brillante general de caballería francés Antoine de Lasalle –que se había distinguido en Austerlitz, Eylay y Settin, le había salvado la vida a Davout en Egipto, había roto siete espadas en la campaña de 1800 y había salvado a Murat en Heilsberg– recibió un disparo mortal mientras encabezaba la marcha de sus hombres. «El soldado que no está muerto a los 30 es un cobarde»,

dijo una vez a sus húsares, «y no tengo previsto superar esa edad»[59]. Tenía 33 años.

Algunas unidades francesas, que llevaban 40 horas en acción casi constante, estaban demasiado agotadas como para perseguir a los austriacos. Cuando compartía algo de sopa, pan y pollo con un *voltigeur* hacia las 7 de la tarde, Napoleón reconoció que no podía hacer sacar más partido a la victoria obtenida en el campo de batalla. Aunque el nombre de Wagram se acuñó en mármol junto al de Austerlitz y Arcole al pie de la tumba de Napoleón en los Inválidos, en realidad fue, en cierto modo, una victoria pírrica. De la Grande Armée, al menos 30.000 hombres murieron o fueron heridos, y otros 4.000 fueron capturados, además de perder numerosos caballos, 11 cañones, 3 águilas y 9 banderas. Las bajas austriacas fueron substanciales, con 23.000 muertos y heridos y 18.000 prisioneros, pero solo 9 cañones y una bandera, gracias a la disciplina en su retirada hacia Znaïm. «Todo el ejército francés se emborrachó después de la batalla de Wagram», anotó el capitán Blaze. «La añada era buena, la cantidad abundante, los soldados bebieron sin moderación»[60]. Después de dos días así, se lo merecían.

«Sin rencores», dijo Napoleón a Macdonald, reconociendo sus pasadas diferencias políticas; «desde hoy somos amigos, y como prueba te enviaré tu bastón de mariscal, que ayer te ganaste gloriosamente»[61]. Junto con el que entregó a Poniatowski durante la batalla de Leipzig, fueron los dos únicos que otorgó Napoleón en el campo de batalla. A pesar de reprobar las altas pérdidas de Oudinot el primer día, y de sus críticas a la tardanza de Marmont cruzando el Danubio, ambos recibieron sus respectivos bastones una semana después. Marmont, con 34 años, hizo descender la edad media de los mariscales en activo hasta los 43. Los soldados de la época describieron estos tres nombramientos posteriores a Wagram como «uno por la amistad, uno por Francia, y el otro por el ejército», porque Marmont había acompañado a Napoleón desde Toulon, Macdonald era un soldado destacado y Oudinot era muy apreciado por sus hombres[62].

«Mis enemigos han sido derrotados, arrojados a la basura, en retirada total», escribió a Josefina a las 2 de la mañana del día después de la batalla; «eran muy numerosos, y los he destrozado. Gozo hoy de buena salud»[63]. Tres horas después le dijo que había capturado 100 cañones –una exageración absurda–, y

se quejó de las quemaduras provocadas por el sol. Marmont aún libró otra batalla, poco importante, contra el archiduque Carlos en Znaïm los días 10 y 11 de julio, y Napoleón aceptó el armisticio del austriaco al día siguiente. Durante tres años no volvería a pisar un campo de batalla.

Francisco I rechazó la tregua acordada entre Napoleón y el archiduque Carlos seis días después de Wagram. Unos 40.000 soldados británicos, transportados en 35 navíos y otras 200 embarcaciones, acababan de desembarcar en la isla holandesa de Walcheren, y prefería esperar al desarrollo del ataque inglés antes de pedir la paz. La expedición fue un desastre; cayó sobre ellos de inmediato una infección de malaria y disentería que incapacitó a la mitad de los soldados y acabó con la vida de la décima parte –frente a las escasas 106 bajas de la batalla–. «La fiebre y las inundaciones le pasarán la factura a los ingleses», escribió Napoleón a su ministro de Guerra, Henri Clarke, con una clarividencia notable en una fecha tan temprana como el 9 de agosto. «Mientras permanezcan en la isla de Walcheren no hay nada que temer (…). Deja que den con el trasero en las marismas, y que persigan la sombra de una presa»[64]. Con 11.000 soldados enfermos la expedición se arrastró de vuelta a casa antes de Navidad. Fouché había actuado con rapidez, reuniendo un gran ejército para proteger Amberes en caso de que los británicos desembarcasen también allí, pero Napoleón no se mostró impresionado: «¡Puede que se te hubiese pasado por la cabeza levantar a un ejército contra mí también!», le acusó[65]. Ya antes, en septiembre, Francisco había reconocido que la expedición de Walcheren no le salvaría, y Austria inició las negociaciones para acabar con la Guerra de la Quinta Coalición.

---

[*] En 1809 fue tan diligente como siempre con la correspondencia, y envió 3.250 cartas; en una de ellas discutió con Fouché por una discrepancia en el presupuesto ministerial de 1,45 francos.

[**] Ese mismo día Napoleón ordenó a su hermana Elisa –a la que había nombrado gran duquesa de Toscana el mes anterior– que prohibiese el juego en

Florencia, como en el resto del Imperio, porque «causa la ruina de las familias y ofrece un mal ejemplo» (CG9, n. 20738, p. 443). Hizo una excepción con París, porque «no se puede evitar, y la policía lleva la cuenta».

[***] El sistema de telegramas Chappe, llamado así por los hermanos que lo inventaron, empleaba tipos móviles con 196 combinaciones distintas de letras o frases, y permitían enviar mensajes a una velocidad, relativamente rápida, de 400 kilómetros diarios. Napoleón extendió ampliamente el sistema desde su uso original en Francia hasta Alemania e Italia (Olsen y van Cleveld ed., *Evolution of Operational Art*, p. 17).

[****] Hoy puede verse a espaldas del aparcamiento de un McDonald's.

[*****] Los premiados no fueron solo ayudas de campo. Tras el éxito al tomar Landshut, Napoleón preguntó al coronel de la 13ª Ligera por el soldado que había mostrado más valor. El coronel dudó, puede que pensando en las envidias que provocaría elegir a un solo hombre, así que Napoleón preguntó a los oficiales, que también callaron. Al final un veterano capitán respondió que había sido el bastonero –jefe de los tamborileros–. «Has sido declarado el más valiente en un regimiento de valientes», le dijo Napoleón, entre aclamaciones de la tropa, nombrándole en el acto caballero de la Legión de Honor (ed. Haythornthwaite, *Final Veredict*, p. 220).

[******] Aunque Las Cases no estuvo presente tuvo ocasión de comentarlo extensamente con Napoleón en Santa Helena.

[*******] Su cuenta especial para amantes registró una salida de 12.000 francos ese mes, para las «aventuras vienesas», y otros 17.367 en septiembre, cuando volvió a palacio con María después de Wagram (Branda, *Le prix de la gloire*, p. 57).

[********] La torre actual fue construida después de la batalla.

22. CENIT

Todo el mundo sabe que los lazos de familia cuentan poco en los cálculos políticos, y se anulan después de 20 años. Felipe V hizo la guerra contra su abuelo.

Napoleón al zar Alejandro, julio de 1808

¿Pueden enamorarse las princesas? Son bienes políticos.

Napoleón en Santa Helena

«Debe de haber un poder superior que domine a todos los demás poderes», afirmó escuetamente Napoleón, «con autoridad suficiente para obligarlas a vivir en armonía entre ellas, y Francia ocupa la mejor posición para ese fin»[1]. Cuando alcanzó el poder, la población francesa –la mayor de Europa–, su producción agrícola, avances científicos, la ópera, el mobiliario, la pintura, el diseño, el teatro y la literatura, junto con la extensión del idioma y el tamaño y atractivo de París combinados, hicieron de este país la nación que predominaba en Europa, además de dirigirla.

Napoleón, con su fe en el progreso racional y en la posibilidad de que existiese una dictadura benéfica, era el último de los absolutistas ilustrados que habían surgido con tanta frecuencia en Europa desde finales del siglo XVII; su misma adoración por el ejemplo más famoso, Federico el Grande, subrayaba esta identificación. Confiaba, como muchos franceses, en que las ideas modernas de gobierno se podrían difundir por Europa a lomos de la Grande Armée[2]. «Lo único que tenéis son leyes especiales», dijo a una embajada italiana en Lyon en 1805; «de ahora en adelante debéis tener leyes generales. Vuestro pueblo solo posee costumbres locales; es necesario que tomen las nacionales»[3]. Para numerosos funcionarios alemanes e italianos, el Imperio Napoleónico, en palabras del historiador inglés H.A.L. Fisher, «hizo añicos la obstinada corteza

de la costumbre, y sustituyó con los amplios ideales de una combinación eficiente la del provincianismo estrecho, desaliñado y aletargado»[4]. En 1810 ya se dirigía hacia un Imperio cada vez más unido, con leyes uniformes basadas en su Código, secularismo ilustrado y tolerancia religiosa, igualdad frente a la ley, y uniformidad en pesos, medidas y monedas[5]. Pero en muchos territorios conquistados el modelo administrativo francés jamás llegó a imponerse, sino que se adaptó sutilmente a las circunstancias locales previas. Allí donde el Código pudiera encontrar resistencia e impedir las «contribuciones» y las levas, se retrasaba su puesta en práctica[6]. En Baviera y Baden, por ejemplo, los administradores revisaron todas las estructuras estatales según el modelo napoleónico, mientras en las menos francófilas Mecklenburg y Sajonia casi no se acometieron reformas[7].

El apoyo político a Napoleón en los territorios anexionados vino de diversos grupos; las élites urbanas que no querían volver al reinado de los legitimistas locales, los reformadores administrativos que valoraban la eficacia, las minorías religiosas –como los protestantes y los judíos– que veían sus derechos protegidos por la ley, liberales que creían en conceptos como la educación secular y el poder liberador del divorcio, los polacos y los miembros de otras nacionalidades que aguardaban la autodeterminación nacional, comerciantes –al menos hasta que el Sistema Continental empezó a perjudicarles–, admiradores de la simplicidad del Código Napoleónico, opositores a los gremios que restringían el comercio, reformistas de clase media, aquellos que en Francia deseaban ver protegidas legalmente sus compras de propiedades hasta entonces eclesiásticas o nobiliarias, y –sobre todo en Alemania– campesinos que ya no debían abonar tasas feudales[8]. Pero, a pesar de que Napoleón trató de borrar todo rastro de títulos, herencias y privilegios feudales, algunas zonas del Imperio, como Westfalia, Polonia, España, Iliria (Balcanes Occidentales) y Calabria estaban tan atrasadas que, excepto nominalmente, siguieron siendo feudales[9]. Para que el sistema funcionase con suavidad se necesitaba, por encima de todo, tiempo.

Por su parte, algunos legitimistas sí que habían pretendido modernizar el gobierno antes de Napoleón, pero habían encontrado resistencia entre la jerarquía eclesiástica, los estamentos privilegiados, los gremios más consolidados, los magistrados obstruccionistas, los poco generosos parlamentos,

la nobleza reaccionaria y el campesinado suspicaz[10]. Pero, dado que la capacidad del estado napoleónico era mucho mayor que la de todos sus predecesores, Napoleón pudo cortar ese nudo gordiano y llevar a cabo lo que se ha definido como «una reorganización sistemática de las instituciones administrativas, burocráticas y financieras» de su vasto Imperio[11]. El resultado fue una administración jerarquizada y uniforme, controlada desde París, en la que –en palabras de un admirador contemporáneo– «la cadena ejecutiva desciende sin interrupción desde el ministro hasta los administrados y transmite la ley y las órdenes del gobierno hasta las mínimas ramificaciones del orden social»[12]. La cumbre del sueño de los déspotas ilustrados del XVIII.

Para enormes masas de población en toda Europa Napoleón parecía representar la idea de progreso, meritocracia y futuro racional. Cuando el conde Maximilian von Montgelas, eficaz primer ministro de Baviera, secularizó los monasterios, introdujo la educación y las vacunas obligatorias, instituyó los exámenes para el acceso al funcionariado, abolió los aranceles internos y extendió los derechos civiles a los judíos y protestantes, todo entre 1806 y 1817, lo hizo porque aquello era lo que denominó el *Zeitgeist* (espíritu de la época)[13]. ¿Por qué un abogado, un médico, un arquitecto o un comerciante italiano, holandés, belga o alemán iba a preferir el gobierno de un monarca de nacimiento al de Napoleón, miembro del Instituto de Francia y defensor del acceso del talento a los puestos destacados? En la práctica, y en el corto plazo, no había más opción que servir a los franceses, pero en muchos casos el advenimiento de la victoria militar gala supuso la oportunidad de adoptar las modernas prácticas revolucionarias forjadas por la guillotina y el Terror. No era necesario que admirasen a Napoleón o a los franceses para que apreciasen la eficacia de sus medidas. En Italia, por ejemplo, su sistema de recaudación de impuestos instituido pervivió hasta un siglo después de su caída[14]. Aun así, el paneuropeísmo de Napoleón es un mito; en 1812 propagó la idea de que era un defensor de la civilización cristiana europea, que mantenía a raya a las bárbaras hordas asiáticas rusas, y fomentó la idea de una unidad europea mientras construía su legado, pero su Imperio fue primordialmente un constructo francés, y no europeo.

Uno de los muchos campos en los que la determinación de Napoleón por

impulsar el Sistema Continental le causó perjuicio fue en su relación con el Papado. Pío VII se negó a unirse al bloqueo europeo contra el comercio y los productos ingleses. Esto, unido a la negativa del Papa a conceder el divorcio a Jérôme y a reconocer a José como rey de Nápoles, dio a Napoleón la sensación de que tenía a un enemigo en el Vaticano. En febrero de 1808 envió al general Sextius Miollis a ocupar los Estados Pontificios en la costa oeste de Italia, incluido el Castel Sant'Angelo, la fortaleza papal en el Tíber. Pronto se vio a los cañones franceses apuntando a San Pedro. No obstante, el Papa siguió negándose a declarar la guerra a Gran Bretaña, y el argumento de Napoleón de que era una potencia herética tampoco le hizo cambiar de opinión. Visto que el Papa no se plegaría a su voluntad de prohibir los productos y mercancías inglesas de los Estados Pontificios, el 10 de junio de 1809, Napoleón los anexionó al Imperio Francés, y Pío VII excomulgó inmediatamente en represalia al Emperador de los franceses.

En julio de 1807 Napoleón se había burlado con Talleyrand de la noción de un castigo papal. «Solo les queda encerrarme en un monasterio y hacer que me azoten como a Luis el Piadoso»[15]. El hijo de Carlomagno, Luis I, se había flagelado después de haber cegado a su sobrino, el príncipe Bernard, poniéndole un puñal al rojo vivo. Sin embargo, la excomunión no era motivo de risa, porque en Polonia, Francia e Italia residían millones de católicos devotos que se podían replantear su lealtad a un emperador infiel. Y era especialmente problemático en unos momentos en los que trataba de ganarse la lealtad de los ultracatólicos españoles, cuyos sacerdotes emplearían el nuevo estatus herético de Napoleón como un poderoso instrumento propagandístico contra el invasor francés.

Durante los siguientes trece meses las relaciones franco-vaticanas siguieron deteriorándose, y la noche después de la batalla de Wagram, el 5 de julio de 1809, siguiendo órdenes de Napoleón, Savary cometió la audacia de hacer que el general Étienne Radet arrestase al Papa en el Vaticano, dándole media hora para hacer las maletas antes de conducirle al palacio episcopal de la pequeña ciudad de la Riviera italiana de Savona, dando pie al papa Pío a lanzar uno de los comentarios más mordaces de todo el siglo XIX: «Ten por cierto, hijo mío, que esas órdenes no te conferirán las órdenes divinas»[16]. Napoleón había indicado a su cuñado, el príncipe Camilo Borghese, gobernador general de la región

alpina en la que se encontraba Savona, que «la guardia del Papa deberá tener la apariencia de ser una guardia de honor»[17][*].

Pío VII se comportó con gran dignidad, y todo el episodio fue una lamentable exhibición de tácticas intimidatorias que en poco favorecieron a Napoleón. La única diferencia material fue que las mercancías inglesas tuvieron que entrar en Livorno de contrabando, en lugar de hacerlo abiertamente como hasta entonces. Ante las protestas en privado de algunos católicos devotos, enfurecidos por el tratamiento al que se sometía al vicario de Cristo, Napoleón encontró un precedente histórico para su proceder, aduciendo que Roma había sido siempre parte del Imperio de Carlomagno, y señalando que a partir de entonces sería una «ciudad libre imperial», «la segunda ciudad del Imperio», y que Francia entregaría 2 millones de francos anuales para cubrir parte de los gastos de la Iglesia[18]. Tampoco le costó mucho a Canova convencerle de que destinase otros 200.000 francos en la conservación de los restos de la Roma clásica. «El Papa es un buen hombre», dijo Napoleón a Fouché el 6 de agosto, «pero también ignorante y fanático»[19], adjetivos que casarían más bien con la actitud de Napoleón hacia el pontífice.

Los días 27 y 28 de julio de 1809 José, Jourdan y Victor fueron derrotados con contundencia por Wellington y por el capitán general español Cuesta en la batalla de Talavera. El modo en el que Jourdan trató de engañar a Napoleón en su informe le causó especial furor, cuando afirmó que Wellington había perdido 10.000 hombres –un tercio de su ejército– y la posición durante la batalla. Al descubrir que el número real era de 4.600, y que los franceses habían sido repelidos una y otra vez, describió las mentiras de Jourdan como «un crimen sin paliativos», y su ira aumentó al sospechar que también podían haber influido en su estrategia en España. «Que diga lo que quiera en los periódicos de Madrid», escribió, reconociendo así la falsedad endémica de los relatos de la prensa, «pero no tiene derecho a ocultar la verdad al gobierno»[20]. Napoleón solía confiar más en la narración de los periódicos británicos que en la de sus propios generales, y dijo a Clarke: «Dile también al general Sénarmont que no ha enviado el recuento correcto de la artillería, porque los ingleses han capturado más cañones de los que ha reconocido»[21]. Eran 17, y no 6 como decía el informe de Sénarmont. «Mientras sigan enfrentándose a buenos soldados como

los ingleses, en buenas posiciones y sin asegurarse de que pueden hacerlo –prosiguió–, mis hombres serán llevados a la muerte sin propósito alguno»[22].

Napoleón celebró su cuadragésimo cumpleaños el 15 de agosto de 1809 nombrando príncipes a Masséna, Davout y Berthier, acompañando cada título con un emolumento considerable. Esa noche, después del solemne desfile, la revista a las tropas de la Guardia en Enzersdorf y una cena de gala, se adentró con Berthier de incógnito en Viena, una capital enemiga ocupada en la que podría haber sido reconocido, para ver los fuegos artificiales lanzados en su honor[23]. Durante el día, sin embargo, trabajó con tanta intensidad como acostumbraba, y escribió a Cambacérès desde Schönbrunn acerca de un discurso para el Senado, a su embajador en Moscú, el general Caulaincourt, sobre los rumores que apuntaban a que los ingleses trataban de comprar mosquetes en Rusia, al ministro de Guerra Clarke sobre España, y al intendente general del Ejército de Alemania, Pierre Daru, para que entregase 300 francos a cada hijo cuyo padre hubiese muerto en Austerlitz. También envió cartas a Murat para que erigiese ducados en Sicilia una vez que sus enemigos hubiesen sido «purgados», y a Bethier para que se construyesen barcas que pudiesen transportar a 6.600 hombres a través del Danubio[24].

En septiembre Francisco se vio obligado a abrir las negociaciones. «Tu señor y yo somos como dos toros», dijo Napoleón al embajador austriaco, el coronel conde Ferdinand Bubna, «que quieren aparearse con Alemania y con Italia»[25]. Y siguió diciendo al ayuda de campo de Murat –y amante de Hortense–, el coronel Charles de Flahaut: «Necesito Alemania y necesito Italia, porque Italia significa España, y España es una prolongación de Francia»[26]. Esto suponía la virtual enemistad eterna de Austria, que había sido la potencia predominante tanto en Italia como en Alemania desde décadas antes de la Revolución Francesa. «No le temo», dijo en privado de Francisco. «Le desprecio profundamente. No es un granuja; al contrario, es un alma simple como Luis XVI, pero siempre está bajo la influencia de la última persona con la que haya hablado. No se puede confiar nunca en él»[27]. En cuanto a las negociaciones futuras: «Qué más les da entregar unas pocas provincias; son tan poco honrados que las tomarán de nuevo en cuanto tengan la oportunidad». Las experiencias de 1796-1797, 1800-1801, 1805 y 1809 indicaban que estaba en lo cierto. «Esta es

la segunda vez que estoy en el campo de batalla de Austerlitz», dijo durante una cena con sus generales en Brno el 17 de septiembre. «¿Tendré que venir una tercera?». «*Sire*», le contestaron, «viendo lo que vemos todos los días, nadie se atrevería a apostar que no»[28].

Champagny y Liechtenstein firmaron el Tratado de Schönbrunn el 14 de octubre, Napoleón lo ratificó al día siguiente, y Francisco lo hizo poco después. Teniendo en cuenta que Francisco había declarado la guerra después de recibir varias advertencias, no podía protestar por la dureza de sus términos. Al limitar su ejército a 150.000 hombres y cortar toda salida al mar al anexionarse las provincias ilirias –aunque retuvo Fiume–, Napoleón había reducido de hecho a Austria a una potencia de segundo orden. Cedieron a Francia Istria y Carintia, y a Baviera, Salzburgo, Berchtesgaden y parte de la Alta Austria; se le hizo unirse al Sistema Continental, y tuvo que reconocer todos los cambios de Napoleón en Iberia e Italia. La Galicia austriaca fue dividida, y 4/5 partes fueron al Gran Ducado de Varsovia, mientras el resto –principalmente Galicia Oriental– a Rusia. A pesar de que el Imperio Ruso acababa de ver incrementada su población en 400.000 personas, en San Petersburgo creció el temor a que Napoleón pretendiese resucitar el reino de Polonia[29]. En total Austria renunció a 3,5 millones de habitantes, y tuvo que abonar cuantiosas indemnizaciones. Francisco prometió también «paz y amistad (…) a perpetuidad», una expresión similar a la que había emitido solo cuatro años antes, y con un grado de insinceridad semejante[30].

El día de la firma del tratado Napoleón ordenó a Eugène que auxiliase a los bávaros para sofocar la rebelión proaustriaca que había estallado en el Tirol en abril[31]. El 17 de octubre Eugène entró en la región con 56.000 soldados bávaros y franceses para acabar con el movimiento de resistencia encabezado por el carismático Adreas Hofer, antiguo tabernero, que fue traicionado y capturado en la aldea de Saint Martin, en el Tirol Sur, a finales de enero. Los soldados que le atraparon le arrancaron mechones de la barba hasta hacerle sangrar, para conservar algún recuerdo de un enemigo formidable[32]. Eugène imploró clemencia, pero el 11 de febrero Napoleón le respondió que, con las negociaciones sobre su matrimonio en plena efervescencia, no podía permitirse ninguna complicación por una petición oficial de Austria para la liberación de Hofer, por lo que hubo de convocar un tribunal militar que debía fusilarle antes

de que pasasen 24 horas[33].

Se ha atribuido al Tratado de Schöbrunn el ser una paz cartaginesa, que acabó volviéndose contra los intereses de Napoleón, porque obligó a los austriacos a declararle la guerra de nuevo, pero eso solo sucedió después de sufrir una derrota catastrófica en Rusia en 1812. En aquella época parecía que, para evitar las constantes guerras por venganza, era necesario establecer una nueva relación entre Francia y Austria. Metternich, nombrado ministro de Exteriores el 8 de octubre, ya había concebido la idea de que la única alternativa para Austria, después de cuatro derrotas consecutivas en 12 años, era unirse a Francia como un socio menor. Aludió a la necesidad de «adaptarse al triunfante sistema francés»[34]. Algo así se podía lograr de golpe si Napoleón conseguía divorciarse de Josefina y casarse con la hija de Francisco, la archiduquesa María Luisa, que cumpliría 18 años en diciembre, y se iniciaron algunos contactos preliminares en ese sentido. Hacia 1809 Napoleón tampoco había desechado la idea de casarse con una princesa Romanov, pero mientras estuviese unido a Josefina no habría novia, ni rusa ni austriaca.

Dos circunstancias, una ocurrida dos años antes y otra muy reciente, parecían haber determinado a Napoleón a concentrarse en la sucesión, renovando sus deseos de tener un hijo propio que continuase con la dinastía[35]. El vástago de cuatro años de Louis y Hortense, el príncipe coronado de Holanda Napoleón-Louis-Charles, en el que Napoleón podría haber pensado como heredero, había muerto en La Haya a primeras horas de la mañana del 5 de mayo de 1807 de una afección respiratoria. Hortense cayó en una profunda depresión, a la que no debieron ser ajenas cartas como la que le envió Napoleón el 16 de junio: «Me afecta tu dolor, pero me gustaría que fueses más valiente. Vivir es sufrir, y un ser humano digno de honor debe luchar siempre por dominar su espíritu». Terminaba con tres frases más, hablando de Friedland; «El 14 de junio obtuve una gran victoria. Estoy bien, te quiero mucho»[36]. Esa muerte sepultó cualquier vínculo que pudiese haber existido entre Hortense y Louis, y ella acabó teniendo un hijo con el conde de Flahaut[37]. «Me gustaría poder estar a tu lado, para que tu pena fuese moderada y sensata», escribió Napoleón a Josefina acerca del fallecimiento de su sobrino nieto. «Has tenido la suerte de no perder un hijo, porque esa pérdida es una de las situaciones y dolores ligados a nuestra miseria humana. ¡Si supiese al menos que estás bien y eres razonable!

¿Se añadirá tu pena a la mía?»[38]. Puede que Napoleón no fuese consciente de inmediato de la presión que sumaba la muerte del niño a su propio matrimonio, pero Josefina, ya con 45 años, sí que lo fue. Su propia relación con Napoleón ayudaría a que se mostrase «sensible en su pena», además del dolor por su hija y su sobrino nieto, consciente de que cabía que su esposo empezase a pensar en tener un heredero. Napoleón sabía que podía físicamente, por su parte, porque ya tenía un hijo ilegítimo, el conde León, con su antigua amante Éléonore de la Plaigne, y a finales de verano de 1809 también dejó embarazada a María Walewska.

Y entonces, a las 9 de la mañana del jueves 12 de octubre, cuando Napoleón se disponía a interrogar a algunos prisioneros de guerra franceses liberados, cerca de la escalera doble en forma de herradura tras el palacio de Schönbrunn, Friedrich Staps, hijo de 18 años de un pastor luterano de Erfurtt, intentó asesinarle al acercarse a él a presentarle una solicitud. De no haber sido atrapado por Rapp a unos pasos de su objetivo, podría haberlo logrado, ya que Rapp, Berthier y dos gendarmes le descubrieron un largo cuchillo de trinchar. «La expresión de sus ojos al mirarme me impactó», afirmó Rapp, «su conducta resuelta me hizo sospechar»[39]. Poco después Napoleón interrogó a Staps, acompañado de Bernadotte, Berthier, Savary y Duroc, con el alsaciano Rapp como intérprete. Al Emperador le hubiera gustado que el joven no estuviese en sus cabales, para poder perdonarle, pero Corvisart declaró que gozaba de plena salud, aunque fuese políticamente fanático. Cuando Napoleón le preguntó que qué haría si era liberado, respondió: «Volvería a intentar asesinarte». A las 7 de la mañana del día 17 fue fusilado mientras gritaba «¡Larga vida a Alemania!» y «¡Muerte al tirano!» frente al pelotón[40]. Napoleón descubrió así, de este modo tan personal y directo, que estaba naciendo un nuevo nacionalismo alemán de talante inflexible en las mismas tierras que solo tres años antes habían reposado en el abrazo secular del Sacro Imperio Romano[**]. «Siempre me han dado miedo los locos», confesó Napoleón a su secretario, recordando una velada en la que había sido abordado por un fugado del manicomio de Bicêtre a la salida del teatro. «¡Estoy enamorado de la emperatriz!», le gritó, a lo que respondió: «Parece que has elegido un confidente extraordinario»[41][***].

La siguiente jugada de Napoleón mostró sin ambages su crueldad. El

matrimonio cercano, amable y sociable que había construido con Josefina tras volver de Egipto –cuando ella protestó por sus aventuras, pero le fue fiel– era ahora un obstáculo para sus ambiciones políticas y dinásticas, y para lo que entendía que era el interés de Francia, así que tenía que acabarse. La proximidad con tantos hombres caídos en el campo de batalla, la afortunada supervivencia frente al *ingenio infernal*, la herida en Ratisbona y este intento reciente de asesinato hicieron que sus consejeros se centrasen. El 16 de octubre salió de Schönbrunn, y llegó a Fontainebleau a las 9 de la mañana del día 26. Aquella tarde Paulina y una de sus camareras, la baronesa Christine de Mathis, lectora piamontesa de 25 años, hermosa y regordeta, fueron a visitarle, y casi de inmediato Napoleón inició una aventura con Christine, que no terminaría hasta el día antes de su boda. «Aceptaba regalos», diría de ella más tarde[42]. Ordenó tapiar la puerta de comunicación entre su habitación y la de Josefina; el mensaje de rechazo no tenía nada de ambiguo o de metafísico. «Por parte del Emperador, se ha terminado cualquier ternura y consideración hacia mi madre», afirmó Hortense en ese momento doloroso, «su actitud se ha vuelto injusta e irritante (…). Me gustaría que se hubiesen divorciado ya»[43]. La familia se dirigió a las Tullerías el día 15 de noviembre, y ya el día 27 Bausset, testigo cercano de las postrimerías de este matrimonio, había percibido «una gran alteración en los rasgos de la Emperatriz, así como el hermetismo de Napoleón»[44].

Si el imperio hubiese sido longevo, o hubiese estado bien establecido, habría sobrevivido al ascenso de un sobrino o un hermano, pero el napoleónico solo tenía cinco años, y eso le llevó a concluir que, si quería que la dinastía Bonaparte perdurase, tenía que tener un hijo. Josefina, a los 46 años y después de intentarlo durante 13, no le iba a dar uno, y Napoleón conocía bien las sangrientas luchas de poder que siguieron a la muerte de Alejandro Magno y de Julio César, que no dejaron herederos directos. Su sucesor en aquel momento era José, que fracasaba estrepitosamente en España, y cuya mujer, Julie Clary, tampoco le había dado herederos. El duque de Lévis, un emigrado que había vuelto tras el 18 Brumario, ya se lo había advertido en julio de 1806: «Atlas cargó con el mundo, pero después de él llegó el caos»[45].

El 30 de noviembre Napoleón le dijo a Josefina que quería anular su matrimonio. «Tú tienes hijos, y yo no. Tienes que darte cuenta de que me acucia la necesidad de fortalecer mi dinastía»[46]. Ella lloró, dijo que no podía vivir sin

él, le imploró que lo reconsiderase. «La he visto llorar durante horas», escribió Rapp en aquella época, «y hablar de su cariño por Bonaparte, que es como le llama en nuestra presencia. Lamenta el fin de su espléndida carrera, y es natural»[47]. Esa noche, durante la cena, vistió un gran sombrero blanco, para ocultar el rastro de las lágrimas, pero para Bausset representaba «la imagen de la pena y la desesperanza»[48]. Mientras cenaban solos no comieron apenas, y las únicas palabras que se escucharon fueron las de Napoleón preguntando a Bausset por el tiempo. En un momento dado, según Napoleón, «ella dio un grito y se desvaneció»; su camarera tuvo que sacarla afuera[49]. En otra ocasión, o puede que en la misma, vista desde otra perspectiva, Bausset escuchó «fuertes gritos de la Emperatriz, que procedían de la habitación del Emperador»; al entrar descubrió a Josefina desplomada sobre una alfombra «lanzando gritos y quejas desgarradoras», afirmando que «nunca sobreviviría» a un divorcio. Napoleón pidió a Bausset y a un secretario que la llevasen a su dormitorio por una escalera discreta, y lo lograron, a pesar de que Bausset estuvo a punto de tropezar con su espada de gala mientras lo hacían.

La llegada de Eugène el 5 de diciembre ayudó a tranquilizar a su madre, y al cabo de poco tiempo los Beauharnais y los Bonaparte pudieron sentarse a discutir los aspectos concretos. Para que la boda de Napoleón pudiese celebrarse por la Iglesia era necesario que el matrimonio contraído con Josefina la noche de su coronación fuese declarado nulo, aunque hubiese sido celebrado por un príncipe de la Iglesia, el cardenal Fesch. Napoleón argumentó que había sido clandestino, sin suficientes testigos, y bajo la coacción de Josefina[50]. Josefina aceptó este absurdo, pero de los 27 cardenales franceses, 13 no asistieron a la boda de Napoleón; este les prohibió vestir a partir de entonces de púrpura, y los disidentes empezaron a ser conocidos como «los cardenales negros». Para la nulidad matrimonial los canonistas gubernamentales recurrieron a los precedentes de Luis XII y Enrique IV[51].

En la asamblea del 7 de diciembre, en la que Josefina debía atestiguar ante los altos dignatarios del Imperio que daba su consentimiento al divorcio, el ministro Antoine Lavalette, marido de su sobrina, observó: «Mostró tanto valor y firmeza que los espectadores quedaron conmovidos. Al día siguiente salió de las Tullerías, y no volvió nunca»[52]. Al montar en su carruaje, acompañada de una camarera, «ni una sola persona se quedó allí para mostrarle un rostro

agradecido». Así de crueles son las cortes. Pero lejos de exiliarse de París, retuvo el palacio del Elíseo como parte del acuerdo. Además Napoleón le otorgó Malmaison y el *château* del siglo XIV Navarre en Normandía, que le había costado 900.000 francos, además de conservar el título de Emperatriz, con todos los honores y prerrogativas, ver pagada su deuda de 2 millones de francos, y una pensión anual vitalicia de otros 3[53]. Como dijo Federico el Grande de María Teresa cuando se dividió por primera vez Polonia: «Lloró, pero se lo quedó».

En el aspecto financiero, ambos salieron ganando; Josefina recibió una suma enorme, y el hombre cuyo divorcio corre a cuenta del Estado también puede considerarse afortunado. Irónicamente, a pesar de que Napoleón se divorció de Josefina para tener un heredero imperial, el siguiente emperador de Francia no sería ningún descendiente suyo, sino el sobrino nieto de ella, y sus herederos directos ocupan hoy los tronos de Bélgica, Dinamarca, Suecia, Noruega y Luxemburgo. Los de él no ocupan ninguno.

Antes incluso de comunicar su decisión a Josefina, Napoleón había escrito a Caulaincourt, embajador francés en Rusia, el 22 de noviembre, para que sondease al Zar acerca de la posibilidad de casarse con su hermana, la gran duquesa Ana Pavlovna. «No es una pregunta formal, sino que solicito vuestra opinión»[54], comenzando así un cortejo dual entre Rusia y Austria. A mediados de diciembre aclaró que prefería a Ana, sin mostrar demasiada preocupación por las consideraciones religiosas; para alguien que había coqueteado con el Islam, y que había sido excomulgado, el hecho de que fuese ortodoxa no parecía un obstáculo insalvable. En Sajonia había una princesa alternativa disponible, pero no conllevaba los beneficios geopolíticos de un matrimonio con la hermana del zar Alejandro o la hija del emperador Francisco. La diferencia de edad –Ana cumpliría en enero 15 años– suponía que tendría que permanecer unos pocos años en San Petersburgo antes de trasladarse a París.

El matrimonio de Napoleón y Josefina se disolvió el 16 de diciembre con una senato-consulta de cuatro frases, e inmediatamente después indicó a Caulaincourt que pidiese la mano de Ana en su nombre, solicitando una respuesta en dos días. Los rusos se tomaron treinta y ocho. «Te seré franco», dijo Alejandro a Caulaincourt, «es lo mejor para mi hermana»[55]. No estaba siendo muy franco; ni el Zar ni su madre querían un mal casamiento entre una Romanov

y un advenedizo corso, pero tampoco podían permitirse ofender a Napoleón, visto el auge de Francia y la falta de aliados de Rusia. Como pago por su asentimiento solicitó al menos un acuerdo firmado con Francia sobre el futuro de Polonia; Caulaincourt y el ministro de Exteriores ruso Rumiantsev esbozaron un borrador el 28 de diciembre, cuyo primer artículo acordaba un «Acuerdo recíproco para no permitir jamás el restablecimiento de Polonia», el segundo suprimía el uso de las palabras «Polonia» y «polacos» en todos los actos públicos y el quinto prohibía al ducado de Varsovia cualquier expansión territorial[56]. En cuanto el Zar afirmó que podía convencer a su madre de que retirase su oposición, Caulaincourt firmó. El Zar de Todas las Rusias estaba dispuesto a sacrificar a su hermana adolescente a un hombre que, para su familia, no era más que un arribista corso de 40 años, con tal de que Polonia siguiese dividida. Quién sabe qué habrían dicho de todo esto los valerosos lanceros polacos de Napoleón. Caulaincourt recibió el día 10 de enero la orden de Napoleón de obtener una respuesta definitiva a los diez días de recibirla, en una época en la que un mensajero podía tardar tres semanas en llegar desde París hasta San Petersburgo[57].

Para el 6 de febrero Napoleón ya no estaba seguro de que mereciese la pena tener las manos atadas en Polonia por Ana, y ordenó a Champagny que no ratificase el tratado que se había firmado, afirmando que era «ridículo y absurdo». Desautorizando a Caulaincourt, afirmó: «No puedo decir que el reino de Polonia nunca será restablecido, porque eso significaría que, si algún día los lituanos, u otros, lo restablecen, estaré obligado a enviar tropas para evitarlo. Es contrario a mi dignidad. Mi meta es tranquilizar a Rusia»[58]. Propuso un tratado alternativo, por el que se comprometía a no apoyar a ninguna potencia que tratase de restablecer Polonia, pero el Zar lo consideró insuficiente[59]. Napoleón se sintió desairado, y volvió la vista hacia Viena para buscar esposa, mientras el Zar asumía que no podía confiar en él en lo que respectaba a Polonia[60]. Pronto empezó a sospechar que el cortejo había sido doble, y también eso le ofendió, o al menos así lo hizo ver[61].

«No sé qué hace falta después de esto», escribió Napoleón a Alejandro el último día de 1809, tratando de mantener viva su amistad. «No puedo destruir quimeras ni luchar contra las nubes»[62]. A principios de febrero de 1810 el zar Alejandro aceleró las profundas reformas del ejército ruso[63]. En enero había

nombrado al general modernizador Barclay de Tolly ministro de Guerra, y se trazaron planes para mejorar la defensa de la frontera occidental de Rusia en los ríos Dvina y Berezina. Ese año se empezó a producir en Rusia un movimiento propagandístico nacionalista, y se toleraron en prensa los ataques contra Francia, así como las asociaciones literarias y filológicas francófobas[64]. Cuando María Walewska dio a luz al hijo de Napoleón el 4 de mayo de 1810 le llamaron Alejandro, pero no fue de mucha ayuda.

Años después Napoleón recordó que había sopesado brevemente tomar una esposa parisina. Elaboró una lista con cinco o seis candidatas, pero en las Tullerías cinco consejeros votaron a favor de una alianza con Austria, dos con los sajones, y Fouché y Cambacérès persistieron con Ana. En el caso de los dos últimos, Napoleón sospechaba que se oponían a un matrimonio con Austria porque habían votado a favor de la ejecución de la tía abuela de María Luisa, María Antonieta. Cambacérès lo negó, y afirmó que Napoleón acabaría entrando en guerra contra el país que no fuese elegido, y «temo más marchar contra San Petersburgo que hacerlo contra Viena»[65].

Los augurios iniciales para un matrimonio de Napoleón y María Luisa no eran prometedores; de niña, había jugado en la cuna con una «efigie espantosa» suya, y a los 14 años y a los 18 había tenido que abandonar su hogar para escapar de sus tropas. «Compadezco a la pobre princesa que elija», escribió, antes de sospechar que sería ella. Una vez descubierto, escribió: «Dejo mi destino en manos de la Divina Providencia», pidiendo a una amiga: «Reza para que no ocurra»[66]. Napoleón estaba mucho más satisfecho con la situación. «Cuando supe que María Luisa era hermosa me alegré», comentó[67]. Era más que hermosa; Lavalette la describió como «alta, bien proporcionada, y rebosante de salud. Le adornaba la gracia y la belleza que acompaña normalmente a la juventud», así como «un aire de bondad y una sonrisa que, al contrario que en el resto de su familia, era amable y dulce»[68]. La primera de las 318 cartas que se conservan de Napoleón a María Luisa es su propuesta matrimonial, redactada por un secretario el 23 de febrero de 1810 desde Rambouillet:

> *Ma cousine*, las admirables cualidades que adornan su persona nos han inspirado el deseo de servirla y honrarla dirigiendo al Emperador, su padre,

> la solicitud de que nos confíe la felicidad de Su Alteza Imperial. ¿Cabe esperar que los sentimientos que nos empujan a dar este paso os sean aceptables? ¿Podemos regocijarnos con la convicción de que su voluntad no estará guiada solo por el deber de obedecer a sus padres? De sernos favorables los sentimientos de su Alteza Imperial, los cultivaremos con tal cuidado, y pondremos un empeño tan constante en satisfaceros en todo momento, que nos permitimos confiar en que algún día alcanzaremos a ganarnos su consideración; de buen grado nos dirigimos a esta meta, y para alcanzarla suplicamos a su Alteza que nos sea favorable[69].

Era una propuesta elegante de un hombre de 40 años, ya mayor, a una joven de 18. Dos días después se dirigió a ella como «*Ma Soeur*», con su –lamentable– propia caligrafía, antes de decantarse por el «*Madame*», hasta que se casaron, y de allí en adelante por el «*ma chère Louise*», «*Ma bonne Louise*» y otras variantes.

El matrimonio entre la dinastía más antigua de Europa y la más reciente precisó de un proceso complejo, con una boda por poderes en la capilla de los capuchinos del palacio Hofburg de Viena el 11 de marzo, en la que el archiduque Carlos representó a María Luisa y Berthier a Napoleón. Al recibir una carta excesivamente untuosa del aristocrático arzobispo Ferdinand de Rohan, que ostentaba el vetusto título honorífico de Primer Limosnero de Francia, en la que le felicitaba por su próximo enlace, el Emperador dijo a Duroc que deberían «pagar 12.000 francos al Primer Limosnero del fondo para teatro»[70].

Napoleón diseñó al milímetro su encuentro con la novia el martes, 27 de marzo de 1810, después del matrimonio por poderes pero antes del civil. Se encontrarían a unos 5 kilómetros de Soissons en una carpa, en la que él le haría una reverencia y, cuando ella respondiese con otra, la levantaría. Pero llovió, y además estaba tan impaciente que cabalgó pasando la carpa con Murat para salir al encuentro del carruaje de María Luisa, frente a la iglesia de Courcelles. «Madame», le dijo, algo menos imponente, al subirse a su carruaje, «es un placer conocerla»[71]. Se trasladaron a continuación a su coche, y desde allí al palacio de Compiègne, donde llegaron a las 21.30 y, desafiando el protocolo, cenaron juntos, con los familiares cercanos, incluyendo a Caroline –que, como reina de Nápoles, había usurpado el derecho de la otra tía abuela de María Luisa, la reina

María Carolina–[72].

Mientras cenaban en la galería Francisco I, Napoleón preguntó al siempre útil cardenal Fesch, en presencia de María Luisa, si ya estaban legalmente casados, a lo que le respondió que sí, por la ceremonia por poderes en Viena. Napoleón debía pernoctar en el cercano Hôtel de la Chancellerie, mientras ella lo hacía en el palacio, para mantener el decoro, pero en opinión de Bausset, a juzgar por el desayuno que hizo servir a mediodía del día siguiente en la habitación de la Emperatriz, «es probable que no durmiese en el Hôtel de la Chancellerie», como tampoco dormiría en el pabellón italiano de Saint-Cloud la noche posterior a su matrimonio civil[73].

Recordando la primera noche que se acostó con ella, Napoleón le relató a un confidente que «le gustó tanto que me pidió que lo hiciera de nuevo»[74]. A pesar de la inquietud, lo que empezó fue un matrimonio feliz; durmieron juntos todas las noches desde julio de 1810 hasta septiembre de 1811, y Napoleón abandonó a María Walewska, a la que había instalado en París, al casarse de nuevo. No obstante, no está claro que le fuera siempre fiel, o al menos hasta que ella dejó de serlo. «Ninguna de sus esposas tuvo jamás queja alguna del comportamiento personal de Napoleón», escribió Metternich, recordando lo que en una ocasión le había contado María Luisa: «No tengo miedo de Napoleón, pero empiezo a pensar que él me lo tiene a mí»[75]. Pero no fue el amor de su vida. «Creo», confesó años después, «que a pesar de amar a María Luisa sinceramente, quise más a Josefina. Era natural; habíamos ascendido juntos, y era una verdadera esposa, la que yo había elegido. Poseía una gran elegancia, incluso en la forma de prepararse para ir a la cama; elegante al desnudarse (…). Si me hubiese dado un hijo, nunca me habría separado de ella; pero, *ma foi*…»[76]. Napoleón acabaría por lamentar su segundo matrimonio, imputándole su caída. «Desde luego, si no hubiese sido por mi matrimonio con María, nunca habría declarado la guerra a Rusia –afirmó–, pero di por hecho que Austria nos apoyaría, y me equivoqué, porque Austria es el enemigo natural de Francia»[77].

Tras la boda civil en la Gran Galería de Saint-Cloud el sábado, 1 de abril de 1810, a la que el embajador austriaco, el príncipe Karl von Schwarzenberg, asistió vistiendo un uniforme de mariscal de campo con el que parecía «blanco como un molinero», y en la que también participó Madame Mère, fueron a las

Tullerías al día siguiente para la ceremonia religiosa y las celebraciones públicas[78]. En un altar plateado en el Salón de Apolo del Louvre, empleado habitualmente para la exhibición de pinturas, el cardenal Fesch les confirió la bendición nupcial. París lo celebró con fuegos artificiales, alimentando a los pobres con 3.000 piernas de carnero y 1.000 salchichas, bailes en los Campos Elíseos, una amnistía, exhibiciones de monta, conciertos, desfiles y el vuelo de un globo aerostático en el Campo de Marte. Nadie como el moderno César entendió la importancia del «pan y circo», y los 6.000 veteranos que se casaron el mismo día que él recibieron 600 francos por cabeza[79]. María Luisa no supuso un gran ahorro para Napoleón, incluso en comparación con Josefina, que le había supuesto un gasto medio de 899.795 francos anuales, frente a los que le costó –o al menos al tesoro francés– su nueva esposa, una media por año de 772.434 francos[80].

A María Luisa aquel día le fueron presentadas 1.500 personas. «Estuve enferma todo el tiempo, por la corona de diamantes», dijo a una amiga; «pesaba tanto que apenas podía llevarla». El modelo fue la boda de María Antonieta con Luis XVI en 1770, el precedente menos romántico que quepa imaginar, pero que para Napoleón era el único que podía adecuarse a su idea de unas nupcias reales. El día después de la boda escribió al zar Alejandro acerca del «sentimiento de alta estima y tierna amistad que albergo, *monsieur mon frère*, buen amigo de Su Majestad»[81]. Puede que fuesen hermanos según la cortesía oficial, pero no serían cuñados. Tan solo dos días después de que Napoleón escribiese estas palabras, el zar Alejandro predijo ante su confidente y antiguo ministro de Exteriores, el príncipe polaco Adam Czartoryski, que se produciría una crisis en las relaciones franco-rusas «de ahora en nueve meses»[82]. El Zar se mantenía en contacto con Czartoryski para que le informase de la lealtad verdadera del gran duque de Varsovia hacia el emperador francés. Hacía no mucho, en 1807, Napoleón había convertido en reinos al electorado de Baviera, al gran ducado de Württemberg y a la región de Westfalia, y Alejandro temía que el gran ducado de Varsovia fuese el siguiente.

Schwarzenberg celebró una fiesta conmemorativa el 1 de julio, tres meses después de la boda de Napoleón, en la embajada de la rue Mont Blanc. Una vela prendió una cortina de muselina, que ardió y luego extendió el fuego a todo el edificio, acabando con la vida de cuatro personas, de las 600 que asistieron;

entre ellos, la cuñada de Schwarzenberg, cuyo cadáver solo se pudo reconocer por los pendientes que llevaba. «No estaba asustada, pero si el Emperador no llega a obligarme a salir de la habitación, me habría quemado, porque no tenía ni idea del peligro que corríamos», dijo María Luisa a Paulina una semana después. Tras poner a salvo a su esposa, Napoleón regresó para supervisar las operaciones de rescate, y le alarmó tanto el tiempo de respuesta que modificó totalmente el sistema contra incendios de París, creando el cuerpo de *sapeur-pompiers* (bomberos)[83]. Interpretó el incidente de modo supersticioso, y se mostró convencido de que Schwarzenberg, o él mismo, eran víctimas de una maldición.

Que la boda de Napoleón se celebrase en el Louvre era algo adecuado; las artes visuales fueron fundamentales en la percepción de su imperio, tanto para sus contemporáneos como para las generaciones venideras. «Tengo la intención de encaminar a las artes hacia materias que perpetúen el recuerdo de lo que se ha logrado en los últimos quince años», dijo a Daru, y su generoso patrocinio produjo frutos extraordinarios[84]. Si, como sucede en ocasiones, se achaca a Napoleón la escasa producción literaria de calidad durante su reinado, también tendrá que recibir el mérito por el arte que generó el período imperial, que contribuyó a fomentar largamente. Por supuesto, lo hizo dando un uso político a la cultura, como Luis XIV, los revolucionarios franceses e incluso el emperador Augusto, y muchos otros de los emperadores a los que admiraba[85]. Una época que puede alardear de haber conocido a pintores del talento de Jacques-Louis David –que en una ocasión dijo de Napoleón: «a la sombra de mi héroe me deslizaré en la posteridad»–, François Gérard, Théodore Géricault, Anne-Louis Girodet (al que se encomendó en 1812 pintar al menos 36 retratos idénticos a tamaño natural de Napoleón, y llegó a los 26 antes de la primera abdicación), Antoine-Jean Gros, Jean Urbain Guérin, Jean-Auguste Ingres, Pierre-Paul Prudhon, Carle Vernet y su hijo Horace, y Élisabeth Vigée-Lebrun, además de los miniaturistas Augustin e Isabey, puede calificarse sin duda con el manido apelativo de «edad dorada»[86]. Incluso Goya, en España, trabajó en la corte del rey José un tiempo. Napoleón dispuso de un presupuesto anual de 60.000 francos para el fomento de la pintura, y con frecuencia lo superó. Solo en el Salón de 1810 compró 20 cuadros para el Louvre por 47.000 francos[87].

La imagen y hazañas de Napoleón se plasmaron en pinturas, grabados,

tapices, medallas, porcelanas, objetos de arte y esculturas, tanto para legitimar su reino como para –en palabras de un historiador del arte– «inscribirse permanentemente en la memoria francesa»[88]. Posaba a la vez para un pintor y un escultor, siempre y cuando se presentasen a la hora de comer y no hablasen. En los siglos previos a la fotografía, no cabía esperar verosimilitud en el arte; nadie creía que Napoleón había cruzado los Alpes a lomos de un caballo siempre rampante, como en las pinturas de David, por ejemplo; lo que se pretendía era dar una imagen alegórica de la magnanimidad de sus logros gloriosos. Una pintura en la esquina superior izquierda de las rocas alpinas reza: «Aníbal», «Karolus Magnus» (Carlomagno) y «Bonaparte».

Para sus opositores el arte napoleónico era pura propaganda, pero numerosos entendidos ajenos a Francia lo apreciaron, lo coleccionaron e incluso lo encargaron. El 10º Duque de Hamilton pidió a David que retratase a Napoleón en su estudio en las Tullerías en 1811, por ejemplo; el Príncipe Regente compró el cuadro de Isabey «Pasando revista a las tropas en las Tullerías»; el 2º Marqués de Lansdowne compró mucho arte napoleónico; sir John Soane coleccionó libros sobre Napoleón encuadernados, y John Bows colgó retratos enormes de sus mariscales en las escaleras del castillo de Barnard[89].

Napoleón, algunas veces, se mostró modesto; se negó a que le retratasen como a un semidiós, y en abril de 1811, antes de su exhibición pública, al ver la estatua de mármol de Antonio Canova que le presentaba como «Marte Pacificador», para la que había llegado a posar en cinco sesiones, cifra récord, ordenó que se guardase en un almacén, se ocultase tras un panel de madera y se cubriese con telas durante todo su reinado[90]. Temía provocar la hilaridad del público con su casi desnudez, y con la comparación física desde el momento en el que Canova empezó el trabajo, en 1803, con la que lucía seis años después, mucho más gruesa. Hoy puede verse en el hueco de la escalera de la Apsley House, en Londres, donde sirvió a los invitados del duque de Wellington para colgar los paraguas.

El mecenazgo de Napoleón, y aún más el de Josefina, dio lugar a un nuevo estilo artístico neoclásico, que abarcaría arquitectura, mobiliario, relojes, comedores, vajilla, telas, empapelados, dormitorios, decoración, candelabros, espejos, iluminación y jardines. La espléndida decoración del Antiguo Régimen había experimentado una breve reaparición durante el Directorio, pero fue el

imperio napoleónico el que lo fijó como estilo[91]. Su fascinación por las antiguas Grecia y Roma supuso el favor hacia la arquitectura clásica, y su expedición a Egipto inspiró a arquitectos como Percier, Fontaine y Berthault, además de llevar a muchos decoradores de interiores a experimentar a su vez con temas inspirados en ese país[92].

Hoy pueden verse aún muchas de las obras más renombradas del estilo imperio, que refuerzan la idea de que con Napoleón la arquitectura y las artes decorativas francesas marcaron la pauta mundial. Entre otras, se pueden mencionar la sala de recepciones y la biblioteca de Compiègne, la fachada del *château* Margaux cercano a Burdeos, las telas de la *maison* Prelle, el Gran Salón del Hotel de Beauharnais, y la planta baja del Hotel Bourrienne (de Étienne Leconte) en París, las escaleras del Elíseo, los escritorios de Jacob Desmalter, la estatua de Madame Mère de Canova en Chatsworth, el aseo de Josefina en Saint-Cloud, las salseras de plata de Martin Biennais, la cama de Pío VII y el bidé de Josefina en Fontainebleau, las mesas de té lacadas de Blaise Deharme, el salón imperial en el Grand Trianon de Versalles –donde Napoleón solía residir, antes que en el propio *château* de Vesalles, por sus resonancias Antiguo Régimen–, los bronces de Chaudet de Antoine Denis, las decoraciones de los servicios de Auguste Famin en Rambouillet –que Napoleón reconoció que no le agradaban–, los armarios de Pierre Bellangé, las tazas en forma de cisne de los hermanos Darte, los relojes de Joseph Revel, el artesonado de la biblioteca de Percier y el Templo del Amor de Berthault en Malmaison, las alfombras de Sallandrouze en Aubusson, las encuadernaciones de Joseph Thouvenin, las lámparas de dos velas firmadas por Lancelot, las copas de champán de Josefina, procedentes de la fabrica de Montcenis en Le Creusot, el papel pintado de Joseph Dufours, los tapices de la fábrica de los gobelinos, y las salseras de plata de Marie-Joseph Genu[93]. Esta sorprendente explosión de creatividad artística durante el Consulado y el Primer Imperio no se puede atribuir únicamente a Napoleón, aunque fue durante más de una década el mayor mecenas de Europa. Muchos de estos artesanos, sin duda, habrían encontrado empleo en cualquier otro lugar de Europa, y bastantes de ellos habían triunfado antes de 1799, y lo hicieron después de 1815, pero el sublime estilo imperio seguramente no se habría desarrollado como lo hizo sin el impulso y la inspiración del Emperador y de su esposa.

El 16 de abril de 1810 Napoleón designó a Masséna como comandante del nuevo Ejército de Portugal, en contra de sus propias súplicas. Masséna había padecido problemas respiratorios tras caerse del caballo en Lobau, y estuvo a punto de quedarse ciego después de que Napoleón le disparase en un accidente de caza en septiembre de 1808. («Que te hieran durante una cacería es un golpe de mala suerte, después de todos los peligros de los que has escapado», recibió como única disculpa[94]). Pero, al encontrarse cara a cara, Napoleón pudo convencerle de que tomase las tropas de Portugal, no sin antes asegurarle que tendría el control estratégico, y que «no te faltarán los suministros que necesites»[95]. Pero solo recibió tres cuerpos, con menos de 70.000 hombres, para arrebatar Portugal a Wellington de nuevo, a pesar de que, cuando Napoleón sopesó dirigir él mismo la campaña, calculó que debía reservar unos 100.000. La manía de Napoleón por la supervisión constante ya había salido a relucir el día 29 de mayo, cuando empezó a enviar a Masséna órdenes detalladas acerca de dónde y de cómo marchar a través de su odiado enemigo, Berthier.

Las justificadas quejas de Masséna a finales de julio –sobre la falta de pago a sus tropas en seis meses, las miles de raciones perdidas por la falta de transportes, el abandono en España de un tercio de su artillería por falta de mulas, la ausencia de los refuerzos prometidos, y otras– llegaron a los oídos poco amistosos de Berthier. No obstante, en menos de un mes había conseguido perseguir a Wellington hasta menos de 30 kilómetros de Lisboa, donde le detuvo la formidable línea defensiva de Torres Vedras. Podría haber atacado a su parte más débil si hubiese tenido cañones apropiados, y refuerzos suficientes. Napoleón dio por sentado que el número de tropas de Masséna, muy superiores a los 25.000 hombres de Wellington, superarían al inglés, sin tener en cuenta a los 25.000 portugueses a su servicio. También subestimó la capacidad defensiva de Torres Vedras, que no había visto nunca, aunque el general Maximilien Foy se la describió el 24 de noviembre.

Una visita actual a las Líneas de Torres Vedras, sobre todo las zonas restauradas manteniendo su estado en 1810, permite comprender el problema casi insalvable al que se enfrentó Masséna. Más de 7.000 trabajadores portugueses habían levantado al menos tres líneas que cruzaban los 45 kilómetros de la península de Lisboa, junto con 165 reductos fortificados,

defendidos con 628 cañones[96]. La Royal Navy puso en marcha un sistema de telegrafía para acelerar las comunicaciones, y los flancos estaban resguardados por barcos artillados anclados en el Tajo.

Napoleón, a pesar de tildar a Wellington de «general cipayo» en el *Moniteur*, en privado mostraba su admiración por la política de tierra quemada que aplicó en su retirada hacia Torres Vedras, afirmando frente a Chaptal: «En Europa esas medidas solo las podemos tomar Wellington y yo. Pero hay una diferencia entre él y yo; en Francia me culparían, y a él en Inglaterra le admiran»[97]. Era cierto; Wellington apenas había recibido críticas por su táctica de tierra quemada en Portugal, mientras se acusaba a Napoleón por hacer lo mismo en Tierra Santa, Prusia y después en Rusia. El ejército de Masséna en Santarém, frente a las Líneas, solo había recibido como refuerzo los 6.000 hombres de Drouet, y en enero de 1811 sufría el hambre, las deserciones y el saqueo. Permaneció allí hasta que no pudo retrasar más la retirada, y la noche del 5 de marzo, tras colocar muñecos rellenos de paja que simulaban ser centinelas, abandonó Santarém. «Está acabado –dijo Napoleón–, no vale ni para mandar a cuatro hombres y un cabo»[98].

En mayo de 1810 murió el heredero del rey Carlos XIII de Suecia, de 61 años[****]. Los suecos alumbraron la idea de ofrecer el trono a Bernadotte, que había tratado con gran deferencia a los prisioneros de guerra de su país durante la campaña de Eylau. Desde luego, no les importó mucho que su futuro rey fuese un furibundo republicano que se había tatuado «Muerte a los reyes» en el pecho, y tras su derrota frente a Rusia y la pérdida de Finlandia, supusieron que un mariscal francés en el trono –sobre todo uno vinculado a Napoleón por su matrimonio– les conduciría a una alianza muy útil.

Pero, como se ha visto, las relaciones entre Napoleón y Bernadotte no eran tan buenas como presuponían los suecos. «La vanidad de ese hombre es excesiva», había escrito el corso a Fouché desde Viena en septiembre. «He ordenado al ministro de Guerra que le retire. Tiene un talento mediocre. No tengo ninguna fe en él. Presta oídos a todos los conspiradores que inundan esta gran capital (…). Casi hizo que perdiera la batalla de Jena, fue débil en Wagram, no estuvo en Eylau, aunque podía haberlo hecho, y tampoco hizo todo lo que podía haber hecho en Austerlitz»[99]. Todo era cierto, y de haberse remontado al Brumario podría haber añadido más acusaciones; al fin y al cabo Bernadotte se

había casado con Désirée. Aun así accedió cuando los suecos, cuya colaboración sería inestimable en caso de guerra contra Rusia, le pidieron permiso para ofrecer a Bernadotte la –futura– corona, dudando lo suficiente como para irritar al candidato, que aún se dolía de las palabras sarcásticas que le había dirigido durante la batalla de Wagram.

El zar Alejandro prefirió considerar el movimiento de Bernadotte en Suecia, al igual que el rechazo a Ana Pavlovna, como un insulto y una provocación. Solo admiraba la meritocracia en los ascensos para el ejército. «El ejemplo de Bernadotte atrajo todas las atenciones», observó el capitán Blaze, «todos nos imaginábamos que teníamos un cetro en la empuñadura de la espada. Un soldado se había convertido en rey; todos pensamos que podíamos hacer lo mismo»[100].

El 3 de junio Napoleón despidió a Fouché por mantener negociaciones de paz secretas con Inglaterra. «Soy consciente de todos los servicios que me has prestado –escribió–, y confío en tu afecto y tu celo; pero aun así me es imposible permitirte retener tu cartera. El puesto de ministro del Interior requiere de una confianza total y absoluta, que ya no existe, porque has puesto en entredicho mi tranquilidad y la del Estado»[101]. A través del banquero Gabriel Ouvrard –que utilizaba tinta invisible en sus cartas a Fouché–, del banquero inglés sir Francis Baring y de otros intermediarios, había establecido una detallada negociación de paz con el ministro inglés de Exteriores, lord Wellesley, hermano mayor de Wellington, sin el conocimiento de Napoleón[102].

El Emperador se mostró comprensiblemente iracundo al saber que se había hecho creer a Wellesley que Fouché actuaba en su nombre, lo que habría supuesto un «cambio total en todas mis relaciones políticas», además de «una mancha en mi carácter». Napoleón esperaba obligar a Inglaterra a pedir la paz presionando con el Sistema Continental, pero esta maniobra no autorizada enviaba un mensaje confuso a Londres. Las intrigas de Fouché significaban, se lamentaba Napoleón, que «me vea obligado a mantener una supervisión constante, algo que me fatiga»[103]. Envió a Fouché como gobernador a Roma, y nombró a su rival Savary como ministro del Interior[104]. Ouvrard acabó en la prisión de morosos de Saint-Pélagie, donde pasó tres años jugando al *whist* y haciendo teatro entre ciertos lujos[105].

En julio de 1810, tras reconocer que el Sistema Continental no estaba funcionando, Napoleón decidió modificarlo, en lugar de cancelarlo, introduciendo «*Le Noveau Système*», que permitía expedir licencias especiales a determinadas personas para comerciar con Inglaterra con los productos concretos de una lista. Su venta dio lugar a abusos –Bourrienne, por ejemplo, amasó una gran fortuna comercializándolas en Hamburgo–, y se vio salpicada por las acusaciones de favoritismo. Muchos industriales del Imperio que no eran franceses se ofendieron al interpretar que se tendía a conceder las licencias a los que sí poseían esa nacionalidad. En Burdeos, entre 1810 y 1813, se emitieron 181 licencias generales y 607 únicas para comerciar con Estados Unidos, por ejemplo, mientras en Hamburgo fueron 68 y 5, respectivamente[106]. Incluso el ministro del Tesoro, Mollien, sospechó que Napoleón «quería tomar parte en el monopolio de [el comercio con] Inglaterra a través del sistema de licencias, a expensas del continente»[107]. En abril de 1812 Napoleón escribió a Berthier: «ya que no hay servicio de aduanas en Córcega, no hay objeción a que entren el azúcar y el café, pero no permitiéndolo, sino haciendo la vista gorda»[108].

Según fueron pasando los años se fueron publicando más decretos, y la burocracia enmarañó el sistema de licencias. En el área entre Amberes, junto al Canal, y Lorient, en el Golfo de Vizcaya, por ejemplo, un sexto de las exportaciones tenían que ser de vino, y el resto de coñac, semillas (excepto de césped) y mercancía francesa no sujeta a prohibición. En la zona del Bajo Charente se podía exportar grano, pero la mitad debía ser también vino o licores. Los barcos entre los puertos de Ostia y Agde podían ir a nueve puertos concretos en el Levante español, y a ningún otro. Otras circulares en julio de 1810 autorizaron a los prefectos a denegar la licencia a barcos que no fuesen franceses[109]. Distintos tipos de licencia, que suponían distintas cantidades de dinero, autorizaban a empresas distintas de distintos departamentos a comerciar con mercancías distintas en distintos puertos extranjeros. Las normas cambiaban de continuo, de forma aparentemente caprichosa, con infinitas cláusulas y subcláusulas que abarcaban todas las combinaciones y permutaciones imaginables. Napoleón supervisó todo con su habitual atención minuciosa. «¿Quién autorizó la admisión del *Conciliateur*, que llegó a Génova el 11 de julio con un cargamento de ébano?», interrogó al jefe de aduanas especiales en París

el 14 de agosto.

Los rusos consideraron un ultraje al *Noveau Système*, porque les seguía impidiendo el comercio con Inglaterra, mientras los franceses parecían esquivar el bloqueo. Cabe juzgar qué lejos estaba Alejandro de la cordialidad mostrada a Napoleón en Tilsit, e incluso de las buenas maneras en Erfurt, por la visita del barón Friedrich von Wrangel, ayuda de campo de Federico Guillermo, en julio de 1810, para anunciar la muerte de la Reina Luisa, a causa de una afección pulmonar y un pólipo cardiaco. «Te juro que vengaré su muerte», dijo a Wrangel Alejandro, visiblemente furioso, achacando sin fundamento la muerte de la reina a la conducta hacia ella de Napoleón en Tilsit, «y su asesino pagará por ella»[110]. Añadió además que, en contra de lo que sostenía un rumor infundado, no se rearmaba para auxiliar a Napoleón en la invasión de Italia, ni siquiera para proseguir sus guerras contra los turcos y los persas, sino para combatir contra Francia. «Para 1814 –afirmó–, según mis precisos cálculos, podré contar con un ejército bien equipado de 400.000 hombres. Cruzaré el Oder con 200.000, y el Vístula con otros 200.000»[111]. Y añadió que esperaba que entonces Austria y Prusia se levantasen también, uniéndose a él.

Aunque Napoleón confiaba en el deber familiar a la hora de mantener a Austria en la órbita política francesa, eso no le impidió destronar a su propio hermano Louis el 3 de julio de 1810, por haber puesto el interés de los holandeses sobre el del imperio francés, especialmente en lo referido a las levas y al Sistema Continental. «A pesar de todos sus fallos no puedo olvidar que lo eduqué como a un hijo», escribió a María Luisa[112]. «Cuando era teniente de artillería –dijo a Savary– le mantuve con mi sueldo; compartí con él el pan que tenía, ¡y me hace esto!»[113]. Holanda fue anexionada y se organizó en varios departamentos imperiales, mientras Louis pasaba el exilio en distintos balnearios austriacos, tomando baños calientes con hollejos de uva y escribiendo libelos antinapoleónicos firmados con su nombre de cadete, conde de Saint-Leu.

Con respecto a sus relaciones con Alejandro, Napoleón no era ingenuo. A principios de agosto escribió al rey de Sajonia, pidiéndole en secreto que mejorase su armamento y, en concreto, que reforzase la fortaleza polaca de Modlin contra un posible ataque ruso. «Mis relaciones son buenas –dijo de Alejandro– pero hay que estar preparado»[114]. Napoleón indicó a Caulaincourt

que, ya que Rusia parecía ponerse de acuerdo con Turquía, debía advertir a Alejandro de que, aunque no ponía objeciones a que tomase Moldavia y Valaquia y la orilla izquierda del Danubio, «Rusia estaría violando sus acuerdos conmigo si permaneciese en la orilla derecha, y si interfiriese con los serbios», porque, «si Rusia mantuviese un solo lugar en la orilla derecha del Danubio, estaría acabando con la independencia de Turquía, y eso cambiaría por completo la situación»[115]. Ordenó que se espiasen los movimientos de tropas rusos, y a mediados de octubre empezó a reforzar sus tropas en Danzig y el norte de Alemania, mientras los rusos fortificaban los ríos Dvina y Berezina. Los puntos calientes entre las dos superpotencias se estaban multiplicando peligrosamente.

El año 1810 fue desigual para Napoleón; aunque su imperio hubiese alcanzado el cenit de su poder y extensión territorial, también había cometido errores que no auguraban nada bueno para el futuro. Casi todos habían sido voluntarios, y muchos de sus problemas, vistos en perspectiva, tuvieron su causa en él mismo. La disputa pública con el Papa había sido inútil, y más aún su arresto. Su impaciencia por lograr una alianza dinástica había molestado a Alejandro, haciéndole sospechar de sus intenciones en Polonia, aunque no quisiese restaurar el reino. El matrimonio austriaco no iba a servir para mitigar la dureza de los términos de la paz de Schönbrunn. Masséna debería haber recibido el apoyo adecuado, o no haber sido enviado a Portugal; es más, Napoleón debería haber ido allí en persona para enfrentarse a Wellington. Fue un error de juicio permitir a Bernadotte, poco digno de fiar y rencoroso, ocupar un lugar de tanta importancia estratégica como Suecia, al igual que dejar casi sin castigo la traición en toda regla de Fouché. Del mismo modo, Napoleón debería haber considerado el nuevo mecanismo de licencias del Sistema Continental como lo que era: un acto hipócrita a ojos del imperio, de sus aliados y, sobre todo, de los rusos. Aunque Alejandro se rearmase y planease una guerra de venganza, la Grande Armée, en el estado en el que se encontraba, no tendría dificultad en sostener una guerra fronteriza contra Rusia en Alemania, sobre todo con Austria enlazada matrimonialmente. Ninguno de sus oponentes podía poner en riesgo al mayor imperio europeo desde la antigua Roma, más grande incluso que el de Carlomagno. El único que podía hacerlo era el propio Napoleón.

[*] En mayo de 1812, cuando los navíos de la Royal Navy estuvieron tan cerca de Savona como para poder liberar al Pontífice, fue trasladado al palacio de Fontainebleau, donde vivió acomodadamente hasta ser puesto en libertad en 1814. Aún pueden verse los aposentos que ocupó allí. «El Papa no debe viajar con los atuendos papales», dijo Napoleón a Borghese, con su habitual instinto para la opinión pública, «sino con los clericales… para que nadie le pueda reconocer por el camino» (CN12, nº 8710, p. 417).

[**] Una tarde, después de Wagram, Napoleón y Rapp, que se permitía bromear con él de un modo que casi nadie hacía, estaban jugándose al *vingt-et-un* unas monedas de oro de veinte francos acuñadas a partir de 1803, llamadas napoleones. El Emperador lanzó uno de sus juegos de palabras. «Rapp, ¿a que a los alemanes les gustan mucho estos pequeños napoleones?», preguntó; a lo que Rapp replicó. «Sí, señor. Les gustan mucho más que el grande». «Supongo que eso es», respondió riendo, «lo que llamáis franqueza alemana» (Rapp, *Memoirs*, p. 26).

[***] Napoleón no solo temió a los locos, también les inspiró; cuando le enterraron en París en diciembre de 1840 había al menos 14 pacientes en Bicêtre convencidos de ser él.

[****] Solo ocupaba el trono desde marzo de 1809, fecha en la que la aristocracia sueca depuso a su sobrino Gustavo IV, otro monarca europeo más que padecía retraso mental.

PARTE III

DESENLACE

23. RUSIA

El francés es valiente, pero las prolongadas privaciones y el mal clima le desgastarán y le desanimarán. Nuestro clima y nuestro invierno lucharán de nuestro lado.

El zar Alejandro a Caulaincourt,
a principios de 1811

No hay que pedir a la fortuna más de lo que puede dar.

Napoleón en Santa Helena

Napoleón pasó muchas semanas recorriendo su Imperio, siempre a una velocidad de vértigo. En el otoño de 1811 visitó cuarenta ciudades en veintidós días, a pesar de perder dos y medio atrapado en el buque de guerra *Carlomagno* en Flushing por un temporal, y otro en Givet por el desbordamiento del Meuse. Le interesaba más reunir información que atender a declamaciones encomiásticas de los dignatarios locales. Una de esas veces, mientras un alcalde se afanaba en recitar un discurso de memoria, Napoleón «apenas le dejó entregarle las llaves, antes de ordenar impetuosamente al cochero que partiese, dejando al alcalde arengando al vacío». Puede que el regidor se consolase al ver la entrega de las llaves y el discurso publicados al día siguiente en el *Moniteur*. «¡Sin discursos, caballeros!», era el apóstrofe frecuente ante las titubeantes delegaciones, según observó el funcionario Theodor von Faver.[1]. Las preguntas que dirigía a los alcaldes daban testimonio de su apetito voraz por la información. Cabía esperar preguntas acerca de la población, muertes, impuestos, bosques, estragos, indicadores municipales, levas, y juicios civiles y penales, y Napoleón se interesaba por esto, pero también quería saber: «¿Cuántas de las sentencias dictadas por ti han sido anuladas por la corte de casación?» o «¿Has dispuesto lo necesario para que los rectores dispongan de un alojamiento adecuado?».[2]

«Hay pruebas», escribió Napoleón al zar Alejandro el 4 de noviembre de 1810, «de que los productos coloniales para la última feria de Leizpig llegaron desde Rusia en 700 carros (…) y de que 1.200 bajeles mercantes, con banderas suecas, portuguesas, españolas y americanas, escoltadas por veinte buques de guerra ingleses, han descargado parte de su carga en Rusia»[3]. En la carta le pedía que confiscase «todos los bienes introducidos por los ingleses». En diciembre ordenó a Champagny que enviase a Alexander Kurakin, embajador ruso en París, y que Caulaincourt hiciese lo mismo con el Zar, una advertencia directa de que, si Rusia abría sus puertos a los barcos que transportaban mercancía inglesa, en clara contravención del tratado de Tilsit, la guerra sería inevitable[4].

La anexión de las ciudades hanseáticas de Hamburgo, Bremen y Lübeck el 19 de diciembre de 1810 fue en gran medida una forma de evitar el contrabando por el litoral noroccidental alemán. Después de la de Roma, Hanover y Holanda, era la cuarta anexión de Napoleón en un año y, como en ese caso, nacía directamente de su obsesión con la guerra económica proteccionista contra Inglaterra. Sin embargo, no tenía sentido geográfico ni comercial gobernar directamente esas ciudades sin tomar también los 5.000 km^2. del ducado de Odenburg, en la orilla izquierda del Weser, cuyo regente, el duque Peter, era el suegro de la hermana de Alejandro, la gran duquesa Caterina Pavlovna. A pesar de las constantes advertencias de Napoleón, seguía comerciando de forma más o menos abierta con Inglaterra, hasta el punto de que se le ha relacionado con un enorme almacén para mercancías de contrabando[5]. Aunque se había garantizado en Tilsit la independencia del duque, Napoleón decidió cerrar el círculo y anexionarse Oldenbrg el mismo día que las ciudades hanseáticas. Un mes después ofreció al duque Peter el pequeño principado de Erfurt en compensación por su ducado, que era seis veces más grande, causando una afrenta aún mayor a Alejandro.[6]

Las tensiones franco-rusas databan de una época muy anterior a Napoleón; Luis XVI había apoyado a los otomanos ante el expansionismo ruso, y había hecho causa común con Gustavo III de Suecia en el Báltico[7]. Los zares y emperatrices sucesivos habían mirado a Occidente desde que Pedro el Grande visitó las principales cortes europeas –excepto Versalles–, en sus viajes a finales

del siglo XVII, y San Petersburgo daba muestra de su inclinación occidental. Alejandro había engrandecido Rusia hasta el Danubio con la anexión de Moldavia y Valaquia, y miraba con codicia a las posesiones turcas en los Balcanes. Los rusos, bajo el reinado de la abuela de Alejandro, Catalina la Grande –una princesa alemana que veía a Francia como a un potencial antagonista–, habían dividido tres veces Polonia entre 1772 y 1795, y el padre de Alejandro, Pablo I, se había convertido en gran maestre de los Caballeros de Malta, enviando al general Suvorov contra Suiza y Lombardía. Por lo tanto, la ambición rusa por convertirse en una potencia europea venía de antiguo, y era proclive a causar tensiones con la nación hegemónica europea del momento, cualquiera que fuese. Durante gran parte del siglo XVIII, y sobre todo en época de Napoleón, esta era Francia.

Ya antes de anexionarse Oldenburgo, Alejandro planeaba entrar en guerra con Francia[8]. Su ministro de Guerra, Barclay de Tolly, su asesor militar, el general Ernst von Phull, un emigrado francés llamado conde d'Allonville, y un antiguo asistente del Zar, el conde Ludwig von Wolzogen, le enviaron a partir de octubre de 1810 proyectos detallados que trataban todas las contingencias ofensivas y defensivas. A principios de diciembre Barclay planeó una batalla defensiva en ambas orillas de las marismas de Prípiat, entre el sur de la actual Bielorrusia y el norte de Ucrania, tras un rápido ataque preventivo ruso que habría acabado con las bases de Napoleón en Polonia[9]. De ser un amigo entusiasta –al menos eso creía Napoleón– en Tilsit, y un aliado algo más remiso en Erfurt, Alejandro iba adquiriendo poco a poco el aspecto de un futuro enemigo.

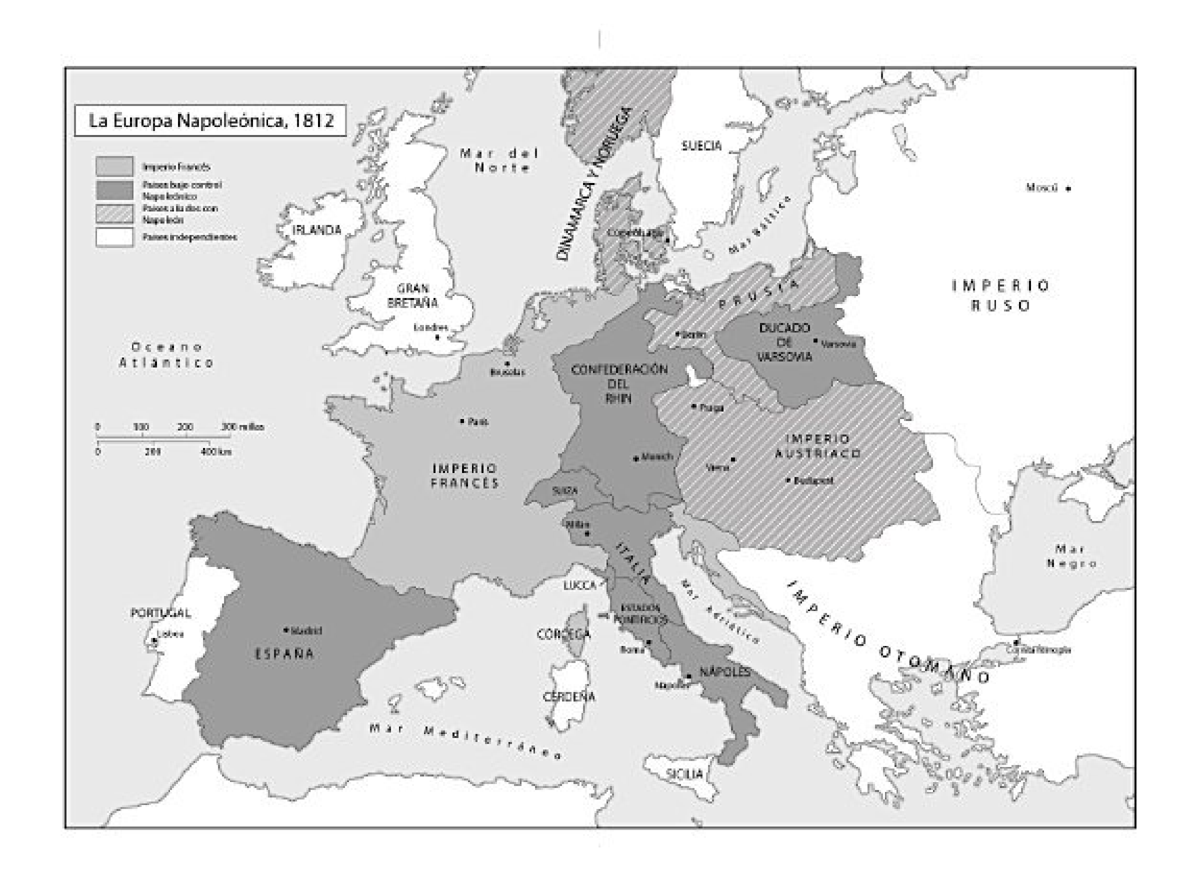
Las restricciones comerciales de Tilsit habían supuesto para el tesoro ruso un déficit insostenible, de 126 millones de rublos en 1808, 157 millones en 1809 y 77 millones en 1810. La deuda pública se multiplicó por trece, con un efecto directo sobre el valor de su moneda. El volumen de exportaciones de Rusia por el Báltico en 1808 era la sexta parte del de 1806[10]. A la anexión de las ciudades hanseáticas y de Oldenburgo por Napoleón el 19 de diciembre, el zar Alejandro respondió publicando un *ukaz* (decreto) que permitía, a partir de finales de año, la apertura del comercio ruso a los países neutrales –como Norteamérica, aunque no incluía a Inglaterra–, prohibiendo además la importación de algunos bienes de lujo franceses y gravando fuertemente la

importación de otros, como el vino[11]. Para Cambacérès el *ukaz* «ha destrozado nuestra relación comercial con Rusia (…) y ha revelado las verdaderas intenciones de Alejandro»[12]. También ordenaba la quema de todos los bienes fabricados en Inglaterra, pero añadía a la lista algunos tejidos de seda y prendas de vestir franceses y de la Confederación del Rhin. Al recibir la noticia, Napoleón afirmó: «Antes recibiré un puñetazo en la cara que ver quemados los productos de la industria y el trabajo de mis súbditos»[13]. Los barcos ingleses no tardaron mucho en ondear las barras y estrellas, para poder esquivar la regulación del *ukaz*, con la complicidad encubierta de los oficiales de aduanas rusos[14].

El año 1811 trajo una crisis económica continental que duró dos años, y que también asoló Inglaterra, acuciada por las malas cosechas, el desempleo generalizado, los recortes salariales, el ludismo y la falta de alimentos[15]. Mulhouse, al este de Francia, tenía a dos tercios de sus 60.000 trabajadores desempleados, y en Lyon eran 20.000[16]. Napoleón debía estimular la economía, pero su visión económica colbertiana, que rechazaba la idea de la competencia y el libre intercambio como algo positivo, le empujó a reforzar aún más el Sistema Continental, incluso hasta llegar a la guerra con Rusia, si fuese preciso. Temía que, si se permitía a Rusia abandonar el Sistema, otros países seguirían su camino, pero en 1811 ninguno parecía decidido a intentarlo.

Napoleón creía, en 1812, que el Sistema Continental empezaba a funcionar, y ponía como ejemplo la quiebra de varios bancos y empresas londinenses. Como afirmó su secretario privado, el barón Fain: «Un pequeño esfuerzo más y el bloqueo doblegará el orgullo inglés»[17]. Napoleón daba por sentado que Inglaterra no podía enfrentarse al mismo tiempo, según enumeraba Faint, a «la ocupación de la India, la guerra contra América, sus negocios en el Mediterráneo, la defensa de Irlanda y de sus propias costas, la inmensa armada en puerto, y a la vez esta guerra tenaz (…) contra nosotros en la península»[18]. De hecho, lo que permitía sostener todos estos compromisos a un tiempo era la solvencia crediticia del gobierno inglés y la fortaleza subyacente de su economía, pero Napoleón se mostraba convencido de que para acabar con el comercio inglés era necesario que el Sistema Continental incluyese a toda Europa. Tras sumar a Prusia y a Austria al Sistema en 1807 y 1809, no estaba dispuesto a permitir que Rusia escapase, a pesar de que los intercambios con ese

país nunca habían sido demasiado importantes para Gran Bretaña, o al menos no tanto como el tráfico en sentido inverso. En aquella época, un 19% de las exportaciones británicas se dirigían a España y Portugal, otro motivo más por el que Napoleón debería haber vuelto allí, en lugar de presionar a Rusia[19].



El francés tenía razón al considerar que Inglaterra estaba padeciendo a cuenta del Sistema Continental, en 1811 y la primera mitad de 1812, años descritos como «de gran peligro para el estado británico»[20]. El comercio decaía a gran velocidad, los bonos estatales al 3% descendieron de 70 libras en 1810 a 56 en 1812, las malas cosechas de 1811 y 1812 produjeron escasez de comida e inflación, y los gastos militares incrementaron la deuda pública desde los 16 millones de libras en 1810 hasta los 27 millones en 1812. Cerca del 17% de la población de Liverpool estuvo desempleada los inviernos de 1811 y 1812, y fue necesaria la presencia de la milicia para atajar a los amotinados y a los luditas en las Midlands y el norte de Inglaterra, cuyos líderes fueron enviados a Australia y, en algunos casos, sentenciados a muerte[21]. El estallido de la guerra contra América en 1812, por el comercio y asuntos de requisaciones,

supuso el peor momento para la economía inglesa[22]. Aun así, Spencer Perceval siguió aferrándose a su programa de financiación de la Guerra Peninsular, mientras se enfrentaba a los demás compromisos enumerados por Fain. La enorme presión sobre Inglaterra empezó a ceder a finales de 1812 y principios de 1813, gracias a la campaña de Napoleón en Rusia; de no haberla emprendido, no cabe imaginar cuánto tiempo habría resistido Gran Bretaña contra el Sistema Continental.

La *ukaz* contravenía directamente los acuerdos de Tilsit y Erfurt, y era un claro *casus belli*, que amenazaba el sistema imperial de Napoleón en una época en la que podía reunir un ejército de 600.000 hombres. Pero incluso aunque hubiese logrado derrotar a Rusia en 1812, cabe dudar del efecto sobre el Sistema Continental. ¿Se habría anexionado el resto de la costa sur del Báltico, enviando a agentes de aduanas franceses a San Petersburgo? Es posible que diese por sentado que Alejandro, derrotado, habría vuelto a poner en marcha el Sistema, como entre 1807 y 1810, pero en ese caso es improbable que ese aspecto crucial de su estrategia fuese gestionado como era debido. En cualquier caso no hay ninguna referencia en su amplia correspondencia a cómo pretendía reforzar su prohibición del comercio con Inglaterra tras la guerra.

El día de Navidad de 1810 Alejandro escribió al príncipe Adam Czartoryski acerca de «la restauración de Polonia», afirmando sin rodeos: «No es improbable que Rusia sea la potencia que haga que eso ocurra (…). Siempre he preferido esta idea; por dos veces las circunstancias me han obligado a posponer su realización, pero no ha desaparecido de mi mente. Nunca ha habido un momento más propicio para llevarlo a cabo que el presente»[23]. Solicitó a Czartoryski que sondease la opinión entre los polacos acerca de si aceptarían la nacionalidad «venga de parte de quien venga, uniéndose entonces a cualquier potencia, sin distinción, que secunde sus intereses, haciéndolo con sinceridad y apego». Pidiendo completa discreción, también quería saber «quién es el oficial con mayor influencia en la opinión del ejército», admitiendo sin ambages que su oferta para «la regeneración de Polonia (…) no se basa en una esperanza de contraponerse al genio de Napoleón, sino solo a disminuir sus fuerzas por la secesión del ducado de Varsovia, y a fomentar la ira de toda Alemania en su contra». Adjuntó a la carta una tabla, en la que se veía cómo las fuerzas de rusos, polacos, prusianos y daneses juntas sumarían unos 230.000 hombres, contra los

155.000 de que disponía Napoleón en Alemania. Dado que Alejandro solo contaba 60.000 franceses, y los daneses eran aliados leales de Francia, la tabla no tenía mucho sentido. El Zar terminaba advirtiendo a Czartoryski de que «un momento como el actual solo se presenta una vez; cualquier otra combinación llevaría a una guerra a muerte entre Rusia y Francia, con tu país como campo de batalla. El apoyo con el que puedan contar los polacos se limita a la persona de Napoleón, que no va a vivir para siempre»[24]. Czartoryski le respondió, sensatamente, poniendo en duda las cifras del Zar, y señalando que «los franceses y los polacos son hermanos de armas (…), los rusos son sus más acérrimos enemigos», y que había 20.000 polacos luchando en España, que serían susceptibles de recibir «la venganza de Napoleón si de pronto cambiasen de bando»[25].

Alejandro, a causa de esta correspondencia, abandonó la idea de emprender una guerra ofensiva en la primavera de 1811, aunque Napoleón aún estaba inquieto por la posibilidad de que se produjese un ataque sorpresa hasta un año después. Y, de haber sabido que el Zar buscaba alianzas con Austria y Prusia en aquel momento, se habría sentido aún más preocupado. En septiembre de 1810 Alejandro aprobó los incrementos en las levas de Barclay y las profundas reformas militares y sociales[26]. Rusia adoptó los cuerpos como sistema, se abolió la Academia Militar y el ministro del ramo acaparó toda la autoridad; se dio orden a las industrias militares de que operasen hasta los días festivos religiosos, se aprobó una ley titulada «Regulación para la administración de un gran ejército en activo», que se ocupaba –entre otras materias– de la mejor forma de hacer acopio de alimentos y distribuirlos; se regularon y codificaron las funciones y cometidos de los comandantes del ejército, y se puso en marcha una estructura más eficaz en el estado mayor[27]. El mismo Alejandro se hizo cargo de la supervisión de un amplio programa de fortificaciones en la frontera occidental rusa, que estaba relativamente desprotegida, ya que sus guerras más recientes habían sido contra Suecia en el norte y contra Turquía en el sur. Napoleón consideró una provocación estas fortificaciones, y los movimientos de tropas desde Siberia, Finlandia y el Danubio hacia la frontera polaca y, según Méneval, a principios de 1811 llegó a la conclusión de que Rusia «intentaba hacer causa común con Inglaterra»[28]. Alejandro escribió a su hermana Catalina la primera semana de enero de 1811: «Parece que la sangre correrá de

nuevo, pero al menos habré hecho todo lo humanamente posible por evitarlo»[29]; desde luego, sus actos y sus palabras del año anterior lo desmentían.

Acababa de arrancar una concentración inmensa de tropas en ambos bandos. El 10 de enero de 1811 Napoleón reorganizó la Grande Armée en cuatro cuerpos. Los dos primeros, comandados por Davout y Oudinot, se ubicaron en el Elba, un tercero con Ney ocupó Mainz, Düsseldorf y Danzig –esta última, en enero de 1812, se convirtió en un enorme acuartelamiento plagado de almacenes para abastecer a 400.000 hombres y 50.000 caballos. Para abril de 1811 se habían almacenado un millón de raciones solo en Stetin y Küstrin (las actuales Szczecin y Kostryzyn)[30]. Napoleón supervisaba todo, desde lo importante –«Si tengo que entrar en guerra con Rusia», dijo a Clarke el 3 de febrero, «calculo que necesitaré doscientos mil mosquetes y bayonetas para los insurgentes polacos»– hasta la queja, unos días después, porque 39 de los 100 hombres reclutados en una marcha hacia Roma habían desertado en Breglio[31].

El Emperador no quiso entrar en guerra con Rusia, como le había ocurrido con Austria en 1805 y en 1809, pero tampoco iba a evitarla a cambio de hacer concesiones que, temía, podían poner en peligro su imperio. En una carta a Alejandro a finales de febrero de 1812, que entregó al ayuda de campo del Zar, el coronel Alexander Chernyshev, agregado a la embajada rusa en París, enumeró en un tono amistoso y atemperado su lista de agravios, afirmando que no había tenido nunca intención de restaurar el reino de Polonia, e insistiendo en que sus diferencias en asuntos como Oldenburgo y el *ukaz* podrían resolverse sin un conflicto[32]. Cherneyshev, que era a espaldas de Napoleón el más eficaz dirigente de la red de espionaje de Rusia en París, tardó 18 días en entregar la carta a Alejandro, y otros 22 en debatir la respuesta y devolverla[33]. Para cuando volvió a la capital gala, Poniatowski ya había descubierto el sondeo de Czartoryski entre la nobleza polaca, y Napoleón había puesto en alerta máxima a sus tropas en Alemania y Polonia, esperando un ataque ruso entre mediados de marzo y principios de mayo.

«No puedo ocultarme a mí mismo que Su Majestad ya no siente ninguna amistad hacia mí», escribió a Alejandro.

> Alegas toda clase de dificultades por Oldenburgo, cuando yo no rechazo

algo equivalente por ese país, que ha sido siempre un hervidero de contrabandistas ingleses (…). Permíteme decir con franqueza a Su Majestad que ha olvidado los beneficios obtenidos por esta alianza, y aun lo ocurrido desde Tilsit. Por el tratado de Tilstit debería haber devuelto Moldavia y Valaquia a Turquía; en lugar de devolverlas esas provincias, las has unido a tu imperio. Moldavia y Valaquia son un tercio de la Turquía europea; es una incorporación enorme que, al prolongar el vasto imperio de Su Majestad hasta el Danubio, priva a Turquía de toda fuerza[34].

Napoleón seguía exponiendo que, de haber deseado restablecer Polonia, lo habría hecho tras la batalla de Firedland, pero lo había evitado deliberadamente.

Tras alistar una nueva leva de siervos el 1 de marzo, Alejandro respondió: «Ni mis sentimientos ni mi política han cambiado, y solo deseo mantener y consolidar nuestra alianza. ¿No sería más propio que me inclinase a pensar que es Su Majestad la que ha cambiado en lo que a mí respecta?»[35]. Mencionó Oldenburgo y, para terminar de modo algo hiperbólico, añadió: «Si ha de comenzar la guerra, sabré pelear y venderé cara mi vida»[36].

El 19 de marzo de 1811, casi un año después de su primer encuentro con Napoleón, María Luisa comenzó a sufrir los dolores del parto, y, según Bausset, «toda la corte, todos los altos dignatarios del estado, se reunieron en las Tullerías, aguardando con gran impaciencia»[37]. Y Napoleón más que ningún otro, ya que, según Lavalette, estaba «muy agitado, caminando constantemente desde el salón al dormitorio, y vuelta»[38]. Siguió el consejo de Corvisart y empleó al obstetra Antoine Dubois, al que abonó la importante suma de 100.000 francos, aconsejándole; «Haz como si no estuvieses asistiendo a la Emperatriz, sino a una burguesa de la rue Saint-Denis»[39].

Napoleón François Joseph Charles nació a las 8 de la mañana del miércoles 20 de marzo de 1811. Fue un nacimiento complicado, incluso traumático: «No soy compasivo por naturaleza», reconoció después Napoleón, «pero me sentí conmovido al ver sus sufrimientos». Fue preciso emplear un instrumental que provocó que el niño naciera con «un pequeño rasguño en la cabeza», y precisando de «muchos tirones» en su alumbramiento[40]. «La rojez de su rostro indicaba qué dolorosa y laboriosa había sido su entrada en el mundo», escribió Bausset. A pesar de todo lo que había hecho para tener un heredero, Napoleón

indicó a los doctores que, llegado el caso, salvasen la vida de la emperatriz antes que la del bebé[41]. La criatura fue proclamada «Rey de Roma», un título del Sacro Imperio Romano, y apodada «*L'Aiglon*» (el «Aguilucho») por los propagandistas napoleónicos.

Su segundo nombre era un tributo a su abuelo, emperador de Austria, y el cuarto, una señal del amor que Napoleón sintió por su padre, aunque no le admirase. Se había anunciado que el nacimiento de una hija se celebraría con 21 salvas, y el de un hijo con 101, por lo que con el cañonazo número 22 París comenzó un gran festejo, tan numeroso que la policía cortó el tráfico durante varios días[42]. «Mi hijo está fuerte y sano», escribió Napoleón a Josefina, con la que había mantenido un contacto cariñoso. «Espero que crezca bien. Tiene mi pecho, mi boca y mis ojos. Confío en que cumplirá con su destino»[43]. Fue un padre amoroso. «El Emperador daba al niño un poco de Burdeos, mojando su dedo en el vaso y haciendo que lo chupase», observó Laure d'Abrantès. «Algunas veces le manchaba la cara al pequeño príncipe con salsa, y el niño se reía alborozado»[44]. Muchos monarcas de la época eran fríos e indiferentes hacia sus hijos –los Borbones españoles y los Hanover ingleses casi tenían por costumbre detestar a los suyos–, pero Napoleón le adoraba. Estaba desorbitadamente orgulloso de su linaje, y señalaba que a través del cuñado de su madre estaba unido a los Romanov, a través de su madre a los Habsburgo, a través de la esposa de su tío a los Hanover y a través de la tía abuela de su madre a los Borbones. «Mi familia está aliada con todos los soberanos de Europa», afirmó[45]. El hecho de que las cuatro familias ansiasen verlo derrocado no menoscababa su satisfacción.

A principios de abril de 1811 Napoleón envió una carta al rey de Württemberg para solicitarle que se uniese a Sajonia, Baviera y Westfalia en el suministro de tropas para la defensa de Danzig frente a la Royal Navy, además de reflexionar con cierta resignación poética acerca de cómo la tendencia a hablar de la guerra llevaba ineluctablemente a la confrontación, sugiriendo que el Zar se vería obligado a combatir, quisiese o no.

> Si Alejandro desea la guerra, la opinión pública se aúna con sus intenciones; si no la desea (…), le arrastrarán a ella el año que viene, y así habrá guerra a pesar de él, a pesar de mí, a pesar del interés de Francia y del

> de Rusia. Lo he visto tantas veces que mi experiencia en el pasado desentraña el futuro. Todo esto es una escena de ópera, cuyo rumbo está en manos de los ingleses (…). Si no quiero la guerra, y tampoco quiero ser el don Quijote de Polonia, tengo derecho a insistir a Rusia para que se mantenga fiel a la alianza[46].

También temía el efecto de un entendimiento entre Rusia y Turquía, aunque debería haberlo sopesado mucho antes, tomando las medidas necesarias para evitarlo.

Sus cálculos tendrían que haber incluido además otra variable, mucho más considerable: España. Masséna fue derrotado por Wellington en la batalla de Fuentes de Oñoro a principios de mayo de 1811, por la que los franceses fueron expulsados finalmente de Portugal, para no volver. Napoleón sustituyó a Masséna por Marmont –que lo hizo aún peor frente a Wellington– y no volvió a contar con «el hijo mimado de la victoria» para nada importante. Pero Masséna no había recibido los refuerzos ni suministros necesarios, por lo que la culpa del fracaso fue en gran parte del mismo Napoleón. Aun así la situación en España no era desesperada a mediados de 1811; la guerrilla seguía actuando, pero el ejército regular no suponía una amenaza. Wellington estaba en la frontera portuguesa, lejos de Madrid, y la mayoría de las plazas fuertes españolas –excepto Cádiz– permanecían en manos francesas. Si Napoleón no hubiese ordenado concentrar las fuerzas en Valencia, hubiese enviado más refuerzos o hubiese tomando él mismo el mando, la situación habría mejorado tanto como para cambiar las tornas por completo[47].

La enfermedad, las deserciones, la guerrilla y la intervención inglesa, la campaña rusa y la falta de refuerzos habían reducido las tropas en la península hasta los 290.000 hombres en 1812; a mediados de 1813 ya eran solo 224.000. Los 80.000 soldados reclutados anualmente en Francia solo servían para cubrir la tasa de deserción, de 50.000 de ellos en España cada año, y las necesidades de las tropas acuarteladas en Europa central, por lo que Napoleón ya no disponía de suficientes hombres como para poner en marcha una campaña en Rusia[48]. De haber cauterizado la «úlcera española», restaurando a Fernando en el trono y retirándose a los Pirineos en 1810 o 1811, se habría ahorrado gran parte del trauma posterior.

El 17 de abril de 1811 Champagny, opuesto a la guerra, fue sustituido por Hugues Bernard Maret, posterior duque de Bassano, como ministro de Exteriores. Era un burócrata al que habían descrito como dócil, e incluso servil, y que no iba a dar problemas[49]. Cambacérès, Daru, Duroc, Lacuée y Lauriston habían criticado de modo más o menos abierto los planes de Napoleón en Rusia, al igual que Caulaincourt y Champagny[50]. Puede que no hubiesen sido tan preclaros o directos como aseguraron más tarde, pero todos ellos abogaron hasta cierto punto por evitar una confrontación con Rusia. Parte del problema residía en que aquellos a los que Napoleón podía haber prestado oídos ya no estaban; Moreau y Lucien se encontraban en el exilio, en Estados Unidos y Gran Bretaña, respectivamente; Talleyrand, Masséna y Fouché habían caído en desgracia; Desaix y Lannes estaban muertos. El criterio de Napoleón frente a los que se oponían a él había sido acertado con tanta frecuencia en el pasado que ya no atendía a sus detractores, aunque fuesen numerosos. Casi todo el servicio diplomático francés se opuso a la guerra, pero Napoleón tampoco les escuchó[51]. Como no contemplaba adentrarse en el interior de Rusia, la guerra no parecía una opción demasiado arriesgada, y no sería la primera vez que triunfaba gracias a su audacia.

Caulaincourt, sustituido por Lauriston como embajador en San Petersburgo a mediados de mayo, acudió a París para asesorar a Napoleón, gracias a su conocimiento de primera mano de la realidad rusa frente a la crisis que se avecinaba; dedicó un día entero, en junio de 1811, a tratar de persuadir al Emperador para que no entrase en guerra. Le explicó la admiración de Alejandro por la guerrilla española, que había rechazado pedir la paz aunque hubiese caído la capital, sus comentarios acerca de la crudeza del invierno ruso, y de cómo alardeaba diciendo: «No seré el primero en desenvainar la espada, pero sí seré el último en guardarla»[52]. Afirmó que Alejandro y Rusia habían cambiado sustancialmente desde Tilsit, pero Napoleón replicó: «¡Una buena batalla acabará con las grandes decisiones de tu amigo Alejandro, y con sus castillos de arena!»[53]. El 21 de junio lanzaba parecidas burlas ante Maret: «Parece que Rusia se ha asustado cuando he recogido el guante, pero nada está decidido todavía. Su objetivo puede ser obtener, como indemnización por el ducado de Oldenburgo, la cesión de dos distritos de Polonia, pero no lo consentiré, por

honor y porque eso supondría destruir el Gran Ducado»[54].

«Honor» para Napoleón significaba su prestigio, pero no reparó en que ponía en peligro su honor, su prestigio y aun su mismo trono a cuenta de dos distritos polacos y una integridad del gran ducado de Varsovia inexistente hasta entonces. Confiaba en repetir una campaña al estilo de las de Austerlitz, Friedland o Wagram, suponiendo que una reedición de la de 1807 –a mayor escala– no entrañaría demasiado peligro. Pero en Rusia tres nuevas levas de emergencia habían reclutado a 400.000 soldados, que se sumaron a los 1.100.000 de los años 1805-1813. Napoleón no fue capaz de darse cuenta de que se enfrentaba a un ejército ruso muy distinto de los que había conocido hasta entonces, aunque con la misma tenacidad que había despertado su admiración en Pultusk y Golymin. Más de la mitad de sus oficiales eran experimentados veteranos, y un tercio habían intervenido en, al menos, seis batallas. Rusia había cambiado, pero Napoleón no había tomado nota. Si no estaba buscando la guerra explícitamente, sí que estaba bien dispuesto a «recoger el guante» lanzado por la *ukaz* de Alejandro.

En julio de 1811 surgió una buena razón más para no embarcarse en otra guerra, al fallar la cosecha en el norte de Francia, en Normandía, y en gran parte del Midi, provocando lo que en privado Napoleón llamó hambruna[55]. Los subsidios a las panificadoras, para tranquilizar a la población civil, se convirtieron en «una inmensa carga para el gobierno», en palabras del ministro responsable, Pasquier. El precio de una hogaza de 2 kilos el 15 de septiembre casi se había doblado, llegando a los 14 *sous*, y Napoleón era «muy reacio» a que superase esa cifra[56]. Presidió un Comité de Alimentación, que se reunía con frecuencia para imponer el control de precios, mientras «la ansiedad daba pie al terror» en el campo, según Pasquier. «La violencia estalló en los mercados de grano, las bandas de mendigos hambrientos vagaban por Normandía y empezaron los saqueos e incluso la destrucción de molinos. Napoleón ordenó entonces cerrar las puertas de París para evitar la exportación de pan. Distribuyó también 4,3 millones de raciones de sopa de guisantes secos y cebada»[57]. Se enviaron tropas a Caen y otros lugares para acabar con las revueltas por el pan, y se ejecutó a los sublevados –mujeres incluidas–. Finalmente se consiguió mitigar el problema, gracias a una combinación de control de precios del grano y el pan,

los empeños caritativos de los notables de los departamentos, coordinados por los prefectos, los repartos de sopa, la requisa de alimentos y los duros castigos a los amotinados[58].

A pesar de que Lauriston y Rumiantsev proseguían con las negociaciones sobre la compensación por la anexión de Oldenburgo y la mejora de la *ukaz* durante el verano de 1811, los preparativos de guerra continuaban en ambos lados de la frontera polaca. El 15 de agosto Napoleón reprendió al embajador Kurakin en la recepción por su cumpleaños en las Tullerías. Ya acumulaba un largo historial de conversaciones con embajadores en un lenguaje directo –con Consalvi por el Concordato, con Whitworth por Amiens, con Metternich al filo de la guerra de 1809–, pero las discusiones claras y francas son parte del trabajo de un embajador. Durante una regañina de media hora el Emperador informó a Kurakin de que el apoyo ruso a Oldenburgo, las intrigas con Polonia y –supuestamente– con Inglaterra, la ruptura del Sistema Continental y los preparativos militares hacían previsible la guerra, pero que en ese caso Rusia se quedaría tan sola y sin amigos como Austria en 1809, y solo podía evitarse esa situación con una nueva alianza franco-rusa. Kurakin explicó que no tenía potestad para negociar. «¿Potestad? –exclamó Napoleón–. Entonces escribe al Zar y solicítasela»[59].

Al día siguiente Napoleón y Maret se enfrascaron en el laborioso proceso de analizar todo lo relativo a la compensación de Oldenburgo, el reconocimiento de Polonia, la partición de Turquía y el Sistema Continental, revisando toda la documentación, que se remontaba hasta Tilsit. Llegó a convencerse de que los rusos no habían negociado de buena fe, y esa misma tarde dijo al Consejo de Estado que, si la campaña contra Rusia no había sido posible en 1811 por el clima, una vez garantizada la cooperación de Austria y Prusia, Rusia recibiría su castigo en 1812[60]. Estos dos países habían rechazado los requerimientos militares rusos, por miedo a las represalias de Napoleón, pero habían asegurado en secreto a Alejandro, de palabra, que su apoyo a los franceses se reduciría al mínimo, como había hecho la propia Rusia en Austria en 1809. Metternich empleó la palabra «nominal» para describirlo.

Se puede deducir la seriedad de las intenciones de Napoleón viendo su renovado interés por los zapatos del ejército. Un informe en los Archivos Nacionales, enviado por Davout a Napoleón el 29 de noviembre, explicaba: «En

la campaña de 1805 muchos hombres se quedaron atrás por la falta de zapatos; ahora está acumulando seis pares para cada uno»[61]. Poco después Napoleón ordenó al intendente general del ejército, Lacuée, suministrar provisiones para 400.000 hombres en una campaña de 55 días, con 20 millones de raciones de pan y arroz, 6.000 carros para transportar suficiente harina para 200.000 personas durante dos meses, y 2 millones de fanegas de cebada para alimentar a los caballos durante 50 días[62]. Los informes semanales en el ministerio de Guerra dan cuenta de la gran operación que se estaba preparando a principios de 1812. El 14 de febrero de 1812, por tomar una fecha casi al azar, las tropas francesas se dirigían a más de veinte ciudades alemanas hacia el este, desde toda la parte occidental del imperio[63]. Las indicaciones de Napoleón a su bibliotecario también ofrecen luces sobre sus ideas en aquel momento: en diciembre de 1811 pidió a Barbier que reuniese todos los libros disponibles sobre Rusia y Lituania. Entre otros, se procuró la narración de Voltaire sobre la catastrófica invasión de Carlos XII de Suecia contra Rusia en 1709 y la aniquilación de su ejército en la batalla de Poltava, la descripción en 500 páginas de los recursos y geografía rusas y dos obras recientes sobre su ejército[64][*].

A principios de enero de 1812 el Zar, que –de querer– aún tenía seis meses por delante para evitar la guerra, escribió a su hermana Catalina: «Todos los endemoniados asuntos políticos van de mal en peor, y la criatura infernal, maldición de la raza humana, se vuelve cada día más abominable»[65]. El espía de Chernyshev, cuyo nombre en clave era «Michel», seguía informando a Alejandro desde su puesto en el departamento de transporte del ministerio de Guerra en París, hasta que fue arrestado y ejecutado junto a tres cómplices a finales de febrero de 1812. Estos informes mostraron ampliamente a Alejandro los preparativos bélicos de Francia, los movimientos de tropas e incluso el orden de batalla planteado por Napoleón[66].

El 20 de enero Francia se anexionó la Pomerania sueca para reforzar el Sistema Continental en la costa báltica, en otra muestra de cortedad de miras. Cabacérès reparó en el «poco tacto» de Napoleón hacia Bernadotte, que al fin y al cabo se había convertido en príncipe y merecía algo más de respeto. La anexión precipitó a Suecia a los brazos rusos, a pesar de haber estado enzarzados en una guerra hasta septiembre de 1809[67]. En lugar de forjar una útil alianza en el norte, capaz de alejar a las tropas rusas de las suyas, Napoleón obligó a

Bernadotte a firmar un tratado de amistad con Rusia en Åbo el 10 de abril de 1812.

En febrero Austria accedió a enviar a Napoleón 30.000 soldados bajo el mando del príncipe von Schwarzenberg para la invasión, pero tal y como Metternich dijo al British Foreing Office: «Es necesario engañar, no solo al gobierno francés, sino a la mayor parte de Europa, con respecto a mis principios e intenciones»[68]. En esos momentos Metternich carecía de principios constatables, y su única intención era sentarse a esperar en qué resultaba la invasión de Rusia. Una semana después Prusia se comprometió a enviar 20.000 hombres, la cuarta parte de sus oficiales dimitieron en señal de protesta, y muchos de ellos, como el estratega Carl von Clausewitz, se unieron a los rusos[69]. Napoleón solía decir que «es mejor tener un enemigo claro que un aliado dudoso», pero en 1812 no actuó siguiendo este principio[70]. A la vista de los informes de Davout sobre la extensión del ejército, necesitaba el mayor número posible de contingentes, y además bien armados[71]. «He ordenado que se arme a la caballería ligera con carabinas», escribió a Davout el 6 de enero. «También quiero que los polacos tengan; sé que solo tienen 6 por compañía, algo ridículo, teniendo en cuenta que se enfrentarán a los cosacos, que están armados hasta los dientes»[72].

El 24 de febrero escribió a Alejandro para comunicarle que «había decidido hablar con el coronel Chernyshev sobre los desafortunados incidentes ocurridos durante los últimos quince meses. Solo depende de Su Majestad que todo esto termine»[73]. El Zar rechazó este tibio acercamiento a la paz; ese mismo día, Eugène comenzó una marcha con 27.400 hombres del Ejército de Italia hacia Polonia. Según Fain, Napoleón sopesó un tiempo desmembrar Prusia, para «asegurar, desde el primer cañonazo, una indemnización por los riesgos desfavorables de la campaña rusa»[74]. Pero frente a los 200.000 hombres reunidos por los rusos entre San Petersburgo y Varsovia, debía enfrentarse a lo que contemplaba como una amenaza seria, y no podía permitirse sembrar el caos en su retaguardia[**].

A pesar de contar con que la victoria sería rápida, Napoleón concedió a sus enemigos mucho más tiempo para organizarse en 1811 y 1812 que en cualquiera de sus campañas anteriores. Desde el momento en el que se enviaron las primeras órdenes de movilización en la Confederación del Rhin a principios de

1811, los rusos habían dispuesto de más de un año para prepararse, y habían empleado muy bien el tiempo. En el resto de campañas, los oponentes de Napoleón podían considerarse afortunados si tenían unas semanas para estar listos para su embestida. Aunque no se adoptó el plan del general von Phull de congregar las tropas junto al Drissa en la primavera de 1812, el alto mando ruso sopesaba de continuo estrategias alternativas, adelantándose a la de Napoleón, que para entonces ya resultaba claro que consistiría en una rápida batalla decisiva en la frontera.

Aunque la denominase «Segunda Campaña Polaca», en privado Napoleón advirtió a su estado mayor: «No debemos prestarnos al celo desconsiderado por la causa polaca. Francia ante todo, esa es mi política. Los polacos no son el objeto de esta lucha; no deberían ser un obstáculo para la paz, pero para nosotros serán una herramienta de guerra, y, al filo de esta gran crisis, no les dejaré sin consejo ni sin guía»[75]. Nombró al Abbé de Pradt embajador francés en Varsovia. «La campaña comenzó sin aprovisionamiento, que era el método de Napoleón», escribió Pradt en sus –violentamente antinapoleónicas– memorias. «Algunos admiradores imbéciles creen que ese fue el secreto de su éxito»[76]. Aunque falso –al principio de la campaña hubo provisiones en abundancia–, más tarde la crítica se reveló como cierta, en parte por culpa de la negligencia e incompetencia del mismo Pradt, puesto que Polonia era el mayor almacén de suministros francés. El otro candidato de Napoleón para el puesto había sido Talleyrand; que se tomase en consideración a alguien así mostraba cómo su habitual buen juicio sobre las personas empezaba a fallar, y en el caso de Talleyrand ese desliz se mantuvo.

Los golpes diplomáticos de Alejandro en el norte y en el sur, que le permitieron concentrarse en la invasión que se preparaba, tardaron demasiado en ser percibidos por Napoleón en todo su peligro. Todavía el 30 de marzo de 1812 dijo a Berthier: «Doy por sentado que los rusos evitarán cualquier movimiento; no pueden ignorar que Prusia, Austria y, probablemente, Suecia están de mi lado, ni que los turcos, con las hostilidades volviendo en Turquía, harán más esfuerzos, y que el mismo sultán se unirá al ejército, y que todo esto hace bastante improbable que me desafíen»[77]. Pero Napoleón ya había perdido el flanco norte, por su torpeza al tratar a Bernadotte y a Suecia sin respeto ni indulgencia, y a finales de mayo de 1812 perdió también el sur, a pesar de haber

enviado al general Andreossy a Constantinopla para decir al sultán Mohamed II que, «si cien mil turcos, con su sultán a la cabeza, pasan el Danubio, prometo a cambio darles no solo Moldavia y Valaquia, sino también Crimea»[78]. Alejandro igualó su oferta por las provincias del Danubio, firmando el Tratado de Bucarest con Turquía el 29 de mayo, dejando libre al ejército ruso del Danubio para amenazar el flanco sur de Napoleón.

«¡Los turcos pagarán caro este error!», gritó Napoleón al enterarse de la noticia. «Es tan estúpido que no he podido preverlo»[79]. La estupidez, en este caso, había residido en dar por sentado el apoyo otomano tan complacientemente. El «enfermo de Europa», tanto al hacerle retroceder en Acre en 1799, como al permitir a Rusia volver a desplegar sus fuerzas en los Balcanes contra él en 1812, había sido un instrumento capital en dos de los mayores reveses que sufrió Napoleón. «Si se me acusa alguna vez de haber provocado esta guerra –dijo a Fain en agosto–, considera para mi absolución, por favor, qué poco tuvo que ver mi causa con la de los turcos, y cuánto me hostigó Suecia»[80].

El 15 de marzo todos los cuerpos de la Grande Armée habían llegado al Elba. Ese mismo día Napoleón ordenó a Louis Otto, embajador francés en Viena, comprar 2 millones de botellas de vino húngaro, a 10 *sous* cada una, para enviarlas a Varsovia[81]. Para aumentar su ejército invasor, unidades de la Guardia Nacional Belga sustituyeron a las tropas francesas en los acuartelamientos en la costa atlántica, se alistó a la escolta de la princesa Paulina Borghese, se rastrearon los hospitales buscando falsos enfermos y se dividieron y repartieron las unidades de reserva para incrementar la presencia en Rusia. La 10ª Cohorte de la Guardia Nacional de París, por ejemplo, en poco tiempo solo conservaba soldados con pies planos[82].

El 8 de abril, una semana después de la llegada de la Grande Armée al Oder, Alejandro envió un ultimátum a Napoleón que le conminaba a evacuar las tropas en Prusia, la Pomerania sueca y el Gran Ducado de Varsovia, y a reducir las tropas acuarteladas en Danzig. Pretendía ser la pauta preliminar para un nuevo ordenamiento de las fronteras europeas, por el que Rusia podría negociar con los países neutrales, pactaría una compensación por Oldenburgo, y vería reducidas las tasas sobre los productos exportados a Francia[83]. Estos términos eran

absolutamente inaceptables para Napoleón, y parecían más obra de la propaganda que una base real para la negociación. El 21 de abril Alejandro salió de San Petersburgo en dirección a su base militar en Vilnius. El día 17 el emperador francés propuso un acuerdo de paz al ministro de Exteriores británico, lord Castlereagh, afirmando que se retiraría de la península ibérica si los ingleses hacían lo mismo, y que Sicilia podría seguir siendo de los Borbones si se reconocía a Murat como rey de Nápoles, y a José como rey de España. «Si este cuarto intento no tuviese éxito», concluía tras las diversas propuestas tras la ruptura de Amiens, «como los que le han precedido, Francia al menos podrá consolarse pensando que toda la sangre que pueda derramarse de nuevo será por completo culpa de Inglaterra»[84]. Era abiertamente oportunista –sobre todo la absurda reclamación acerca de José y Murat–, y Castlereagh, como correspondía a un fiel discípulo de Pitt, recibió la propuesta con un desdén predecible.

El 25 de abril envió junto a su ayuda de campo, el general Louis de Narbonne-Lara, conde y probable hijo ilegítimo de Luis XV, una contraoferta más realista al ultimátum del Zar, que no contemplaba la evacuación de los territorios aliados. «Pruebo así a Su Majestad mi deseo de evitar la guerra, y mi sujeción a los sentimientos de Tilsit y Erfurt –escribió–. En cualquier caso, Su Majestad me permitirá asegurarle que, si el destino hace inevitable la guerra entre nosotros, los sentimientos que Su Majestad me ha inspirado no cambiarán, y estarán a salvo de cualquier alteración y vicisitud»[85]. Los historiadores suelen considerar cínicos estos intentos repetidos de Napoleón por conservar la amistad personal con la cabeza del estado de un país que estaba a punto de asolar, pero su convicción de que algo así era posible formaba parte de su firme creencia en la hermandad casi etérea entre los soberanos. El tiempo que pasaron juntos en Tilsit significó para él mucho más que para Alejandro. Antes de partir al frente en mayo, hablando con Pasquier, Napoleón describió la campaña que se avecinaba contra Rusia como «la mayor empresa, y la más difícil, que he acometido nunca. Pero lo que se ha empezado debe continuarse»[86].

El sábado 9 de mayo, a las 6 de la mañana, dejó Saint-Cloud, junto con María Luisa y el niño Rey de Roma, para partir al frente. El día anterior había impuesto tasas sobre la harina, y un control de los precios draconiano. «Así confiaba en que se contuvieran durante su ausencia», concluyó Pasquier, pero era una medida a corto plazo[87]. Se movía rápido, como siempre; la familia

imperial cruzó el Rhin el día 13, el Elba el día 29 y el Vístula el 6 de junio, recorriendo 850 kilómetros en siete días, a una medía diaria de 120 kilómetros, en un carro de caballos que atravesaba carreteras sin asfaltar y llenas de baches. Aun así tuvo tiempo de encontrarse con los reyes de Württemberg, Prusia, Sajonia y Baviera en Dresde. El primero se había negado a enviar tropas a España en 1810, pero lo haría contra Rusia; el último aún se dolía porque no le habían resarcido por los gastos de la guerra de 1805, pero aun así también envió un contingente. María Luisa vio a su padre por primera vez desde su boda, y Napoleón, por primera vez desde su encuentro en el molino tras Austerlitz. Francisco también conoció a su nieto, el Rey de Roma, al que cuidaba madame de Montesquiou, bajo el título oficial de «Institutriz de los Infantes Imperiales», que indicaba que Napoleón y María Luisa esperaban tener más. De hecho Napoleón afirmó que le habría gustado tener otro para que fuese rey de Italia, y un tercero para estar seguro.

Mucho tiempo después, Metternich proclamó que en Dresde Napoleón le reveló su estrategia para Rusia. «La victoria será del más paciente», dijo supuestamente el Emperador, según las memorias de Metternich, poco fiables y enormemente autocomplacientes. «Abriré la campaña cruzando el Niemen, y terminará en Smolensk y Minsk. Allí me detendré y fortificaré ambos puntos. En Vilnius, donde se establecerán los cuarteles generales más importantes para pasar el invierno, me dedicaré a organizar Lituania… Puede que pase los meses más inclementes del invierno en París»[88]. Al ser preguntado por lo que ocurriría si Alejandro no pedía la paz, afirma que Napoleón dijo: «En ese caso al año siguiente proseguiré hasta el centro del Imperio, y en 1813 seré tan paciente como lo he sido en 1812». Cabe dudar que Napoleón airease tantos secretos frente a alguien del que debía saber que no anhelaba verle triunfar en Rusia, y que tenía una relación excelente con ese país.

Tras dejar a María Luisa con su familia en Dresde a su partida al amanecer del 29 de mayo, Napoleón escribió esa misma mañana que estaría de vuelta en dos meses. «Guardaré todas las promesas que te he hecho –afirmó–, y así nuestra mutua ausencia será breve»[89]. Pasaron siete meses hasta que se volvieron a ver. Llegó a orillas del Niemen el 23 de junio, tras cruzar hacia el este a través de Bautzen, Reichenbach, Hainau, Glogau, Posen, Thorn, Danzig y Königsberg. Evitó deliberadamente pasar por Varsovia, donde podría haber proclamado el

reino de Polonia y reclutar, según la estimación de un general ruso, 200.000 soldados, además de volver contra el Zar a las provincias de Lituania, Volinia y Polodia, étnicamente polacas[90]. Sin embargo optó por no ganarse el antagonismo de sus aliados prusianos y austriacos.

A la 1 de la mañana del 4 de junio el coronel Maleszewski, oficial del estado mayor de Napoleón, escuchó al Emperador recorrer de arriba a abajo la habitación, cantando la estrofa de «*Le Chant du Départ*» que incluye el verso «*Tremblez, ennemis de la France*»[91]. Solo ese día, Napoleón había escrito a Davout para quejarse por los saqueos en Polonia de las tropas de Württemberg, a Clarke para reclutar una compañía de zapadores del Elba, a María Luisa para decirle que había pasado 12 horas montando a caballo desde las 2 de la mañana, a Cambacérès para informarle de que la frontera estaba tranquila, a Eugène para encargarle 30.000 fanegas de cebada, y no menos de 24 cartas a Berthier acerca de multitud de asuntos, desde el castigo al encargado de las pagas por su incompetencia hasta la necesidad de reubicar un hospital[92]. Los preparativos para el ataque sobre Rusia hicieron a Napoleón escribir cerca de 500 cartas a Berthier, desde comienzos de enero de 1812 hasta el cruce del Niemen, y otras 631 a Davout, Clarke, Lacuée y Maret, entre otros.

Mientras estaba con Rapp –con quien era más probable que hablase de su estrategia militar, antes que con Metternich– el 7 de junio en Danzig, le confesó que sus planes se limitaban a cruzar el Niemen, derrotar a Alejandro y tomar la Polonia rusa, que uniría al Gran Ducado, convirtiéndolo en un reino independiente, armándolo y conservándolo con 50.000 soldados de caballería, como un estado satélite contra Rusia[93]. Dos días más tarde se explayó frente a Fain y otros:

> Cuando terminemos con el norte, espero que Soult se mantenga en Andalucía, y que Marmont contenga a Wellington en la frontera portuguesa. Europa solo podrá respirar cuando se acaben estos asuntos con Rusia y España. Entonces podremos considerar que la paz es verdadera; al revivir Polonia la consolidaremos; Austria se ocupará más del Danubio y menos de Italia. Finalmente una Inglaterra exhausta se resignará a compartir el mercado mundial con los navíos del continente. Mi hijo es joven, tenéis que prepararle para un reinado tranquilo[94].

Estos objetivos bélicos –incluso la paz con Inglaterra, a la que América acababa de declarar la guerra el 1 de junio– eran limitados e incluso asequibles, muy alejados de la arrogancia demencial que se achaca a Napoleón al filo de la invasión de Rusia. No se hablaba de marchar sobre Moscú, por ejemplo –nada que ver con su supuesta conversación cara a cara con Metternich–. Frente a los 42,3 millones de habitantes del Imperio Francés, y otros 40 en el «Gran Imperio» de los estados satélites, la población de Rusia en 1812 era de unos 46 millones[95]. Napoleón se había enfrentado dos veces a los rusos antes, y les había derrotado en ambas ocasiones, y los 600.000 soldados de su ejército doblaban en número a los de Rusia. El 20 de junio calculó que necesitaría raciones para una marcha de la Guardia Imperial de 12 días, lo que implicaba que esperaba que la campaña fuese breve: nada que ver con la que le llevaría a recorrer los 1.200 kilómetros que separan el Niemen de Moscú.

El 22 de junio publicó el segundo boletín de la campaña:

> ¡Soldados! La Segunda Guerra Polaca ha empezado. La primera terminó en Friedland y Tilsit. En Tilsit Rusia juró su eterna alianza con Francia, y guerra a Gran Bretaña. Hoy viola su juramento… ¿Piensa que hemos decaído? ¿Que ya no somos los soldados de Austerlitz? Nos pone entre el deshonor y la guerra; no puede haber dudas sobre la elección… ¡Crucemos el Niemen!… Obtendremos una paz que pondrá fin a la perniciosa influencia que Rusia ha ejercido durante cincuenta años en los asuntos europeos[96].

Desde que su héroe Julio César lo hizo en el Rubicón en el año 49 a. C., el cruce de un río no había estado tan cargado de presagios como cuando el enorme ejército de Napoleón atravesó el Niemen hacia Rusia antes del amanecer del miércoles 24 de junio de 1812. Lauriston había abandonado el cuartel general de Alejandro sin obtener respuesta a la oferta de paz de última hora de Napoleón unos días antes, por lo que ya no era necesaria una declaración de guerra formal, como ocurrió al inicio de la Guerra de Sucesión Austriaca o en la de los Siete Años.

Mientras estaba reconociendo el río el día antes de cruzarlo, el caballo de Napoleón se asustó al ver una liebre y le tiró en la orilla, dejándole una cadera

amoratada[97]. «Es un mal augurio, ¡cualquier romano se daría cuenta!», exclamó alguien. No se sabe si fue el mismo Emperador, o alguno de sus subordinados, pero con su afición a la historia clásica, y la comprensible renuencia en su entorno a señalar algo tan obvio, es posible que fuese él mismo[98]. El general Jean Baptiste Éblé, comandante de artillería convertido en ingeniero, había recibido la orden de extender tres pontones sobre un río cercano a la aldea de Poniémen, y Napoleón pasó el resto del día en su tienda y en una casa cercana, según Ségur, «echado con desgana en una atmósfera irrespirable por el calor sofocante, tratando en vano de descansar»[99].

Es difícil saber el tamaño exacto del ejército de Napoleón. En 1812 contaba con más de un millón de soldados; descontando los acuartelados, los de reserva, los 88 batallones de la Guardia Nacional, los soldados que custodiaban los 156 arsenales de Francia, las diversas baterías costeras, y los 24 batallones estacionados por todo el imperio, le quedaban 450.000 soldados para la primera línea de invasión contra Rusia, y otros 165.000 movilizados en la segunda. Un cálculo razonable podrían ser unos 615.000 en total, más numerosos que la población total de París en la época[100]. Desde luego era la fuerza invasora más extensa en toda la historia de la humanidad hasta ese momento, y además ampliamente multinacional. Los polacos eran el contingente extranjero más abundante, pero incluía también austriacos, prusianos, soldados de Westfalia, Württemberg, Iliria, Hesse y Baden, sajones, bávaros, suizos, holandeses, dálmatas, napolitanos, croatas, romanos, piamonteses, florentinos, españoles y portugueses. La diversidad de fuerzas de las siete coaliciones que levantó Inglaterra contra Francia durante las Guerras Napoleónicas ha sido muy celebrada, pero la más extensa fue la que combatió con Francia contra Rusia[101]. Cerca del 48% de la infantería de Napoleón era francesa, y el resto extranjera, y en la caballería eran un 64% nacionales[102]. Incluso en la Guardia Imperial había unidades de caballería portuguesa y de Hesse, y los Cazadores a Caballo de la Vieja Guardia contaban con un escuadrón de mamelucos. El problema de tanta confianza en tropas extranjeras, tal y como admitió en su diario el wurtembergués Jakob Walter, era la existencia de una «completa indiferencia por el resultado de la campaña», tratando de manera similar tanto a franceses como a rusos, y sin sentir una especial lealtad por el emperador[103]. Ninguna arenga convertiría a un prusiano, por ejemplo, en un defensor ardiente

de la causa francesa.

Napoleón se vio obligado a emplear una formación distinta de los habituales seis o siete cuerpos, debido a la cantidad de hombres y su dispersión. Se organizó la primera línea en tres cuerpos, de los que el central estaba dirigido por él mismo, y contaba con 180.000 soldados, la mayoría franceses, además de Murat con dos cuerpos de caballería de reserva, la Guardia Imperial, los cuerpos de Davout y Ney y el estado mayor de Berthier, que reunía ya a casi 4.000 personas. Eugène y su 4º Cuerpo, con 46.000 soldados, ocupaba la derecha, con Junot como jefe del estado mayor, y el 3º Cuerpo de Caballería de Reserva y el 5º Cuerpo de Poniatowski más al sur. A su derecha se situaba el cuerpo de Oudinot, resguardando el flanco norte. Completaban la Grande Armée 1.200 cañones[104].

Napoleón invadió Rusia con unos 250.000 caballos; 30.000 para la artillería, 80.000 para la caballería y el resto para arrastrar 25.000 vehículos diversos, pero la logística para suministrarles forraje superaba cualquier sistema que pudiese haber desarrollado, él o cualquier otro[105]. La invasión se retrasó hasta contar con suficiente alimento, y aun así el calor y la dieta a base de hierba seca y centeno verde acabó con la vida de 10.000 caballos solo en la primera semana[106]. Si cada montura precisaba de unos 9 kilos diarios de alimento, solo tenían tres semanas como máximo antes de que empezase a escasear. De los 26 batallones de transporte, 18 estaban formados por 600 carruajes enormes tirados por seis caballos cada uno, que podían transportar unos 3.000 kilos; en cuanto las carreteras rusas se convirtieron en un barrizal se descubrió que eran demasiado pesados, algo que parecía haber sido olvidado desde la Primera Campaña Polaca[107]. La tropa acarreaba raciones para cuatro días en el petate, y los carruajes que seguían al ejército transportaban alimento para otros veinte, suficientes si la campaña resultaba tan corta como había previsto Napoleón, pero en caso de no derrotar totalmente a los rusos un mes después de cruzar el Niemen, tendrían que retirarse o detenerse para un reabastecimiento. Por lo tanto el momento crítico de la operación se alcanzaría la tercera semana de julio, o antes.

Pero el ejército que cruzaba el Niemen ya no era la entidad de movimiento rápido de las anteriores campañas de Napoleón, diseñada para alcanzar y envolver al enemigo con celeridad. Solo el cuartel general del emperador

necesitaba 50 carruajes tirados por 650 caballos[108]. Murat se hizo acompañar por un famoso chef parisino, y muchos oficiales viajaban en sus propios carruajes con el vestido de gala en el equipaje[109]. Muchas de las notas características de la estrategia napoleónica en sus operaciones previas –los rivales ancianos faltos de energía, un enemigo con distintos idiomas y nacionalidades frente a una Francia homogénea, un punto vulnerable al que Napoleón podía aferrarse sin soltarlo, la capacidad para moverse más rápido que el contrario y concentrar las fuerzas para alcanzar una superioridad numérica decisiva– no estaban presentes, o era imposible que se diesen en la vasta extensión del Imperio Ruso. Los generales rusos eran normalmente más jóvenes que aquellos a los que se enfrentó Napoleón en Italia –con una media de 46 años frente a los 43 de los franceses–, y el ejército ruso era más homogéneo que el francés. Esta campaña no se parecería a ninguna de las anteriores; de hecho, sería única en la historia.

---

[*] Como siempre, Napoleón se afanaba en otros frentes: «Acabo de ver la porcelana que han enviado a la Emperatriz como regalo de Año Nuevo –escribió a Champagny el 31 de diciembre–. Es muy fea. Procura que sea más bonita otro año» (Bingham, Selection III, p. 132).

[**] Junto a los cientos de cartas para organizar hasta el más mínimo detalle, desde los movimientos de los ejércitos hacia el este hasta el suministro de suficientes ollas y copas de coñac, Napoleón envió también al conde de Montesquiou-Fezensac una «lista de jóvenes y señoritas a las que se ha invitado a recepciones» en París, señalando que «todas las señoritas cuyas madres o tías han sido invitadas también pueden ir. No sería decoroso invitar a muchachas sin haber pedido permiso a sus madres» (CN23, nº 18482, p. 208).

24. ATRAPADO

No quería conquistar Rusia, ni siquiera restablecer Polonia; había renunciado con pesar a la alianza rusa. Pero conquistar una capital, firmar la paz fijando los términos y cerrar herméticamente los puertos rusos al comercio inglés era su objetivo.

Champagny, *Memorias*

La regla número uno de la primera página del libro de la guerra es: No marches contra Moscú.

Mariscal de campo vizconde Montgomery,
Cámara de los Lores, mayo de 1962

Napoleón cruzó el río Niemen a las 5 de la mañana del 24 de junio de 1812, y se detuvo en una loma cercana mientras sus hombres pasaban gritando: «*Vive l'Empereur*»[1], y él tarareaba la canción infantil «*Malbrough s'en va-t'en guerre*» (Mambrú se va a la guerra, no sé cuándo vendrá…)[2]. Aquel día vestía un uniforme polaco, y montaba un caballo llamado, también simbólicamente, Friedland. Esa misma tarde cruzó el río Viliya y entró en Kovno, mientras el ejército al completo tardó cinco días en atravesar el río.

Aunque Rusia contaba en aquel momento con 650.000 soldados, se encontraban repartidos por todo el Imperio; Moldavia, el Cáucaso, Asia central, Crimea, Siberia, Finlandia y demás, mientras solo 250.000, con cañones, se enfrentaban a Napoleón en el oeste. El Primer Ejército del Oeste de Barclay de Tolly, con 129.000, ocupaba principalmente los alrededores de Vilnius; el Segundo, con Bagration y 48.000 soldados, se encontraba en Volkovisk, a 160 kilómetros al sur de esa ciudad, y el Tercero, con Alexander Tormasov y otros 43.000 hombres, llegaba desde el sur, mucho más lejos y ya libre de su tarea en el Danubio gracias a la paz ruso-turca. Napoleón planeaba mantener los tres

cuerpos separados y destruirlos por completo. Lanzó a Eugène y a Jérôme en una maniobra envolvente, con la que pretendía rodear el Segundo Ejército de Bagration antes de que pudiese unirse al de Barclay. No está claro por qué encomendó esta tarea vital a su hijastro y a su hermano, en lugar de hacerlo con soldados veteranos como Davout, Murat o Macdonald. Jérôme había encabezado el 9º Cuerpo durante la campaña de 1806-1807 –el contingente alemán del ejército–, pero no había brillado especialmente. «El calor es sobrecogedor», escribió Napoleón a María Luisa desde el convento de Kovno, en el que había instalado su cuartel general, añadiendo: «Puedes regalar a la Universidad una colección de libros y grabados. Les complacerá enormemente y no me costará nada. Tengo gran cantidad de ellos»[3]. El alto mando ruso estaba dividido entre los generales aristocráticos, que apoyaban la estrategia contraofensiva de Bagration, y los «extranjeros», normalmente alemanes del Báltico, que se decantaban por la de Barclay de Tolly, una retirada similar a la de Bennigsen en 1807, pero en un área mucho más extensa. Para cuando Napoleón cruzó el Niemen ya se habían impuesto los últimos, en parte porque el tamaño de la Grande Armée hacía impensable un contraataque. Paradójicamente, de haber dispuesto de un ejército menor, Napoleón habría tentado a los rusos con la batalla prematura que tanto necesitaba desde el punto de vista logístico, lo que le habría permitido –gracias a una menor necesidad de provisiones– tener más tiempo para prepararla. Si Alejandro hubiese nombrado al ruso Bagration ministro de Guerra y comandante del Primer Ejército del Oeste, en lugar de Barclay –una opción que habría sido popular entre los oficiales rusos–, Napoleón podría haber acabado con su ejército en Vilnius, e incluso antes. En su lugar escogió a Barclay, menos ostentoso pero más incisivo, y se atuvo a su plan de atraer a la Grande Armée a las profundidades rusas, obligándoles a estirar sus líneas de suministro lejos de los enormes almacenes militares de Mainz, Danzig o Königsberg.

Napoleón entró en Vilnius, capital de la Lituania polaca, el día 28, y la convirtió en su gran almacén de suministros, después de que los rusos incendiasen o se llevasen los suyos antes de retirarse. Contó a María Luisa que había escogido como cuartel general «una hermosa mansión en la que el Emperador había vivido unos días antes, sin imaginarse en ese momento que yo entraría aquí tan pronto»[4]. Media hora antes de ocupar la ciudad ordenó a un

oficial de artillería polaco, el conde Roman Soltyk, que le llevase a Jan Sniadecki, conocido astrónomo, matemático y médico, rector de la Universidad de Vilnius, para hablar con él. Ante su empeño en calzarse unas medias de seda, Soltyk protestó: «Rector, no importa. El Emperador no da importancia a las cosas externas, que solo impresionan a la gente común. Salgamos»[5].

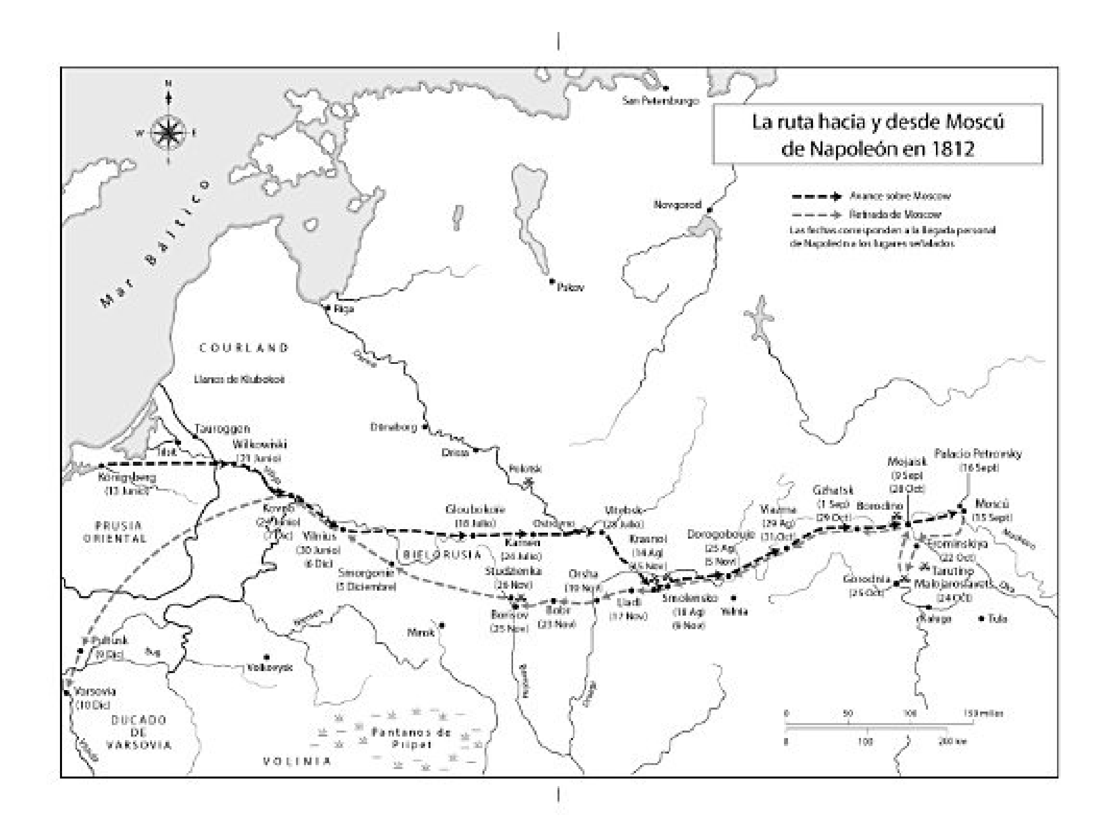
«Nuestra entrada en la ciudad fue triunfal», escribió otro oficial polaco. «Las calles… estaban llenas de gente y las damas engalanaban todas las ventanas con el entusiasmo más desatado»[6]. Napoleón mostró su habitual sensibilidad para la opinión pública haciéndose preceder y seguir por unidades polacas. Estableció un gobierno provisional para los polacos lituanos, y Lituania se unió a Polonia en una ceremonia en la catedral de Vilnius. Las tropas francesas en Grodno fueron recibidas por una procesión de iconos, velas y cánticos que les bendijo por la «liberación» frente a la dominación rusa[*], y se cantó un *Te Deum* en Minsk, mientras el general Grouchy pasaba el cepillo; pero cuando la población rural descubrió que las tropas estaban requisando comida, como hacían siempre que estaban en campaña, escondieron sus reses en los bosques. «Los franceses han venido a quitarnos los grilletes», dijeron los campesinos polacos en la Rusia occidental, «pero también se han llevado nuestras botas»[7].

«Amo a vuestra nación», dijo Napoleón a los delegados polacos en Vilnius. «En los últimos dieciséis años he visto a vuestros soldados junto a mí en las batallas de Italia y España», añadió, ofreciendo a Polonia «mi estima y protección». Pero, con Schwarzenberg protegiendo su flanco sur, también tuvo que añadir: «He garantizado a Austria la protección de sus posesiones, y no puedo autorizar nada que suponga un problema para la pacífica posesión de lo que sigue siendo suyo en sus provincias polacas»[8]. El papel que representaba tenía que ser muy equilibrado.

Permaneció diez días en Vilnius para que gran parte del ejército pudiese descansar y reagruparse, mientras la sección derecha, bajo el mando de Jérôme, que aún no había sido puesto a prueba –y que incluía dos divisiones de Davout, a los austriacos de Schwarzenberg, a los polacos de Poniatowski y a los sajones de Reynier, con 80.000 hombres en total–, pudiese avanzar por el bajo Berezina, y tratase de pinzar a las tropas de Bagration. La vanguardia siguió su camino, pero el 29 de junio el calor sofocante desencadenó una granizada con lluvias torrenciales, tras las cuales el sargento Jean-Roch Coignet de la Guardia Imperial

constató cómo «en el cercano campo de caballería el terreno estaba cubierto con los cuerpos de los caballos que habían muerto de frío», incluyendo tres de los suyos[9]. La lluvia también empantanó el terreno, y cubrió de barro las carreteras, provocando fallos en los suministros y retrasando a la vanguardia que perseguía a los rusos. En algunas marismas los hombres se hundieron hasta la barbilla[10].

Berthier escribió desde Vilnius a Jérôme el 26, el 29 y el 30 de junio, impeliéndole a mantenerse cerca de Bagration y a capturar Minsk[11]. «Si Jérôme sigue adelante con fuerza», dijo Napoleón a Fain, «Bagration estará en un serio apuro»[12]. En caso de que Jérôme avanzase desde el oeste y Davout desde el norte, Bagration quedaría pulverizado entre ambos en Bobruisk, pero la falta de capacidad militar de su hermano y la propia habilidad de Bagration para la retirada hicieron que el Segundo Ejército Ruso pudiese escapar. El fracaso de Jérôme quedó de manifiesto el 13 de julio. «Si los Cuerpos del ejército hubiesen ido más rápido y mejor coordinados», opinó después el general Dumas, intendente mayor del ejército, «se habría logrado el objetivo, y el éxito de la campaña habría quedado señalado desde el mismo comienzo»[13]. Cuando Napoleón descubrió este fracaso nombró a Davout para reemplazar a Jérôme, que renunció a su cargo y se retiró indignado a Westfalia, después de una campaña de solo tres semanas[14].



«El tiempo es muy lluvioso», escribió Napoleón a María Luisa desde Vilnius el 1 de julio, «las tormentas son terribles en este país»[15]. A pesar de que no se conservan cartas suyas, se sabe que la Emperatriz le escribió cada dos días ese mes. «Dios quiera que me reúna pronto con el Emperador», dijo a su padre, «porque esta separación me cuesta mucho»[16]. Además de comentar su estado de salud –casi siempre de forma positiva–, Napoleón preguntaba por su hijo en cada carta, rogando que le enviase noticias «si ha empezado a hablar o a andar».

El 1 de julio Napoleón recibió al ayuda de campo de Alejandro, el general Alexander Balashov, que le explicó con algo de retraso que aún podía retirarse de Rusia y evitar la guerra. Escribió al Zar una larga carta recordándole sus comentarios antibritánicos en Tilsit, y señalando que en Erfurt había asumido todas sus peticiones acerca de Moldavia, Valaquia y el Danubio. Desde 1810, proseguía, el Zar «se ha rearmado a gran escala, declinando seguir la vía de la negociación», y exigiendo modificar la configuración europea, trayendo también a colación «la estima personal que en ocasiones me has mostrado», opuesta al

ultimátum del 8 de abril para que se retirase de Alemania, pensado para «situarme claramente entre la guerra y el deshonor»[17]. A pesar de que «durante dieciocho meses te has negado a explicarte –continuaba–, siempre prestaré oídos a las negociaciones de paz… siempre mantendré los mismos sentimientos y amistad verdadera». Culpó a los malos consejeros del Zar y a la arrogancia de Kurakin por la guerra, empleando una expresión a la que ya había recurrido al escribir al Papa, al emperador de Austria y a otros: «Me apena la maldad de los que han aconsejado tan mal a Su Majestad». Napoleón le exponía cómo, de no haber tenido que combatir contra Austria en 1809, «el asunto de España habría estado resuelto en 1811, y seguramente se habría negociado la paz con Inglaterra entonces». En resumen, Napoleón le ofrecía:

> … una tregua en los términos más liberales, sin considerar a los hombres hospitalizados como prisioneros –de tal forma que ningún bando tenga que realizar evacuaciones precipitadas, que siempre causan numerosas bajas–, el regreso de los prisioneros capturados por cada bando cada dos semanas, utilizando un sistema de rango por rango, y todas las demás estipulaciones que la doctrina de la guerra entre naciones civilizadas ha establecido; Su Majestad me encontrará preparado para todo[18].

La carta finalizaba reiterando que, dejando de lado la guerra entre ellos, «los sentimientos personales que albergo no se han visto afectados en lo más mínimo por estos acontecimientos… [Continúo] lleno de cariño y estima por tus muchas virtudes, y deseoso de demostrártelo»[**].

Alejandro no aceptó ninguna de las propuestas de Napoleón; sus tropas se retiraban rápidamente frente a la Grande Armée –el primer choque entre ambos con un coste superior al millar de bajas no se produjo hasta cuatro semanas después–, pero eso no significaba que no ofreciesen resistencia. Conscientes de que esta guerra iba a tener tanto que ver con la logística como con las batallas, destruyeron sistemáticamente lo que no podían llevarse: cultivos, molinos, puentes, ganado, almacenes, forraje, cobertizos, grano… Todo lo que pudiese ser de utilidad a los franceses fue incendiado o acarreado, en varios kilómetros a la redonda de su trayecto. Napoleón había hecho lo mismo al retirarse de Acre, y admiraba la perfecta ejecución de la política de tierra quemada de Wellington en

su retirada a las Líneas de Torres Vedras, porque, como observó Chaptal, «se basaba en este tipo de rasgos para juzgar la capacidad de los generales»[19].

A causa de la despoblación y la pobreza rampante de las regiones orientales de Polonia y Bielorrusia, incluso en tiempo de paz –en contraste con las fértiles y abundantes tierras del norte de Italia y Austria–, el problema de los suministros fue constante, porque una economía agraria de subsistencia se vio forzada a alimentar a unos cuantos cientos de miles de personas más; cuando los rusos redujeron a cenizas las aldeas a su paso, el problema se volvió acuciante. Y empeoró por la acción de los escuadrones de caballería ligera rusos, como el de Alexander Chernishev, especialmente audaz, que pusieron en serio peligro las líneas de comunicación de Napoleón[20].

En cuanto las violentas lluvias de finales de junio se calmaron, regresó el sol abrasador; escaseaba el agua fresca, y los reclutas caían exhaustos. Las nubes de polvo eran tan densas que los tamborileros debían marchar al frente de los batallones para que los soldados no se perdiesen. El 5 de julio los atascos de los carruajes de provisiones en los pontones provocaron una carencia severa en los suministros. «Prosiguen las dificultades con el alimento», recogió el ayuda de campo del conde de Lobau, Boniface de Castellane, «los soldados no tienen comida y las monturas no tienen avena»[21]. Cuando Mortier informó a Napoleón de que varios miembros de la Joven Guardia habían muerto de hambre, exclamó: «¡Imposible! ¿Dónde están sus raciones para veinte días? Los soldados bien dirigidos nunca se mueren de hambre»[22]. Se convocó a su comandante, que, bien «por debilidad o incertidumbre», afirmó que en realidad habían muerto intoxicados. «Una gran victoria enmendará todo», concluyó Napoleón[23].

Cada uno de los 175 días que la Grande Armée pasó en Rusia murieron de media 1.000 caballos. Ségur observó cómo los 10.000 caballos muertos por deshidratación y calor, alimentados solo con avena verde, «exhalaban una pestilencia irrespirable»[24]. Caulaincourt, jefe de caballerizas de Napoleón, estaba desolado. «La velocidad de las marchas forzadas, la falta de arneses y piezas de repuesto, la escasez de provisiones y la falta de cuidado contribuyeron a acabar con los caballos», anotó.

Los hombres, que carecen de todo para hacer frente a sus propias

> necesidades, tienden a prestar poca atención a sus monturas, y las ven perecer sin lástima, porque su muerte significa la ruptura del servicio para el que estaban empleados, y por lo tanto el fin de sus propias privaciones personales. Aquí tienes el secreto y la causa de nuestros primeros desastres, y de nuestro revés final[25].

El 8 de julio Napoleón ya tuvo que escribir a Clarke en París para indicarle que no era necesario incrementar el reclutamiento de caballería, «porque estamos perdiendo tantos caballos en este país que tenemos dificultades, con todos los recursos de Francia y Alemania, para mantener el número de soldados actual en los regimientos montados»[26].

Ese mismo día averiguó que la principal fuerza rusa, el Primer Ejército del Oeste, se encontraba en Drissa, una sólida fortaleza mal situada estratégicamente. Esperanzado, envió allí una avanzadilla, pero, cuando llegaron el día 17, la fortaleza ya había sido abandonada. El 16 le informaron de que, aunque Davout había capturado Minsk, Bagration había conseguido escapar de nuevo. Justo antes de dejar Vilnius, Napoleón cenó con el general de Jomini; hablaron de lo cerca que se encontraba Moscú –en realidad, a 800 kilómetros–, y Joimini le preguntó si pretendía marchar hacia allí. Napoleón estalló en carcajadas:

> Preferiría ir dentro de dos años… Si Barclay piensa que voy a correr detrás de él hasta el Volga, está muy equivocado. Le perseguiremos hasta Smolensk y el Dvina, y una buena batalla allí nos permitirá acantonarnos. Volveré aquí, a Vilnius, a pasar el invierno en mi cuartel general. Haré traer una compañía de ópera y actores del Théâtre-Français. Entonces, en mayo, terminaremos el trabajo, si no firmamos la paz durante el invierno. Esto es mejor, creo, que correr hasta Moscú. ¿Qué dices tú, señor táctico?[27].

Jomini estuvo de acuerdo.

En ese momento, Napoleón se enfrentó a una nueva amenaza devastadora, para la que ningún ejército de la época estaba preparado. La fiebre tifoidea es una infección de la suciedad; el organismo que la causa, la *Rickettsia prowazekii*,

está a medio camino entre las grandes bacterias de la sífilis y la tuberculosis y los microscópicos virus de la viruela y el sarampión. La portan los piojos que infestan los cuerpos sin lavar y los pliegues de la ropa sucia, y no la transmiten al morder, sino a través de sus excrementos y sus cadáveres[28]. Ha sido endémica durante años en Polonia y el oeste de Rusia.

El calor, la falta de agua para lavarse, el hacinamiento de las tropas para dormir, la insalubridad de sus alojamientos, la irritación provocada al rascarse y la falta de ropa de repuesto fueron las condiciones ideales para la extensión del tifus. Solo en la primera semana de campaña 6.000 hombres la contrajeron cada día; para la tercera semana de julio más de 80.000 habían muerto o estaban enfermos, y de ellos unos 50.000 a causa del tifus. Un mes después del comienzo de la invasión Napoleón había perdido la quinta parte de las tropas del cuerpo central del ejército[29]. Larrey, responsable médico de la Grande Armée, era un destacado doctor, pero aún no se había descubierto la relación entre los piojos y el tifus –que se consideraba una plaga molesta pero no mortal–, e ignoraba cómo atajarlo. Los hospitales de Danzig, Königsberg y Thorn trataban la disentería y la fiebre entérica, pero el tifus era distinto. Napoleón fomentó la vacunación, sobre todo contra la viruela –hizo que le administrasen la vacuna a su hijo con dos meses–, pero no existía ninguna contra el tifus. Una investigación reciente ha revelado la presencia en el ADN dental de casi todos los 2.000 cadáveres de una fosa común en Vilnius el patógeno exantemático del tifus, bautizado como la «plaga de la guerra». Napoleón, irónicamente, insistió en que los hombres hospitalizados se bañasen, ignorando que los sanos también debían hacerlo[30]. El propio Emperador tuvo piojos en la retirada de Moscú, cuando el frío era tan intenso que no podían cambiarse de ropa durante días[31]. La forma de combatir el tifus era hervir la ropa interior en agua caliente, y planchar el resto, pero ambas operaciones eran imposibles a temperaturas bajo 0, que se alcanzaron por primera vez el 4 de noviembre[32].

El tifus –bastante distinto de la fiebre tifoidea, la disentería y otras «enfermedades de pobres»– fue un problema creciente en Francia durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, con estallidos frecuentes en las aldeas situadas a lo largo de las principales carreteras. En la zona del Sena y Marne se produjeron de forma casi ininterrumpida desde 1806, al igual que en las comunas del este parisino al regresar las tropas del Rhin. Entre 1810 y 1812 las

tasas de mortalidad fueron elevadas, y los médicos militares de Melun y Nemours consultados explicaron que la principal causa era la «guerra continua»[33]. Cuando los ejércitos aliados invadieron Francia en 1814 y 1815 el tifus volvió. Las mayores eminencias médicas de la época concluyeron que podía emerger espontáneamente si se daban «extremadas dificultades, frío, carencias básicas, y el consiguiente consumo de alimentos en mal estado»[34]. Incluso 20 años después del fin de las guerras, J. R. L. de Kerckhove, antiguo director hospitalario francés en 1812, atribuyó incorrectamente la causa del tifus: «El tifus, que tanto ha perjudicado al ejército francés, tiene su causa en las privaciones, la fatiga y el aire contaminado que se respira en los lugares abarrotados de enfermos y agonizantes. Así pues, se transmite por contagio»[35]. Hasta 1911 no se relacionó a los piojos con el tifus, pero de Kerckhove sí que atinó con los síntomas:

> La infección se manifiesta a través de un malestar general, acompañado con frecuencia de un estado de languidez; un pulso débil, lento o irregular, una alteración en las facciones del rostro, dificultad al ejecutar movimientos… fatiga extremada, dificultad para permanecer en pie, falta de apetito, vértigo, pitidos, náuseas, frecuentes dolores de cabeza; en ocasiones se sufren vómitos, y la lengua se cubre con una mucosa blanca o amarilla.

Unos cuatro días después, la fiebre se desarrolla «primero con un temblor seguido de una sensación irregular de calor… la fiebre se extiende y se vuelve continua, la piel se reseca… congestión cerebral, y en ocasiones pulmonar»[36]. La mayoría de las veces, provocaba la muerte. Más de 140.000 soldados de Napoleón murieron por enfermedad en 1812, la mayoría a causa del tifus, pero un número significativo también por la disentería y otras enfermedades relacionadas.

El Emperador no iba a permitir que una enfermedad retrasase la invasión, por lo que impulsó a sus tropas hacia el este, con la esperanza de atrapar al Primer y al Segundo Ejército rusos separados. Él mismo se encontraba, según su ordenanza adjunto, el capitán Gaspard Bourgaud, «con una excelente salud» durante la campaña, cabalgando durante horas sin que se le detectase dolencia alguna[37]. La velocidad a la que avanzaba la Grande Armée era excesiva para

algunos de los jóvenes reclutas, poco entrenados. «Los rezagados cometen tropelías horribles», escribió Castellane, «saquean y se dan al pillaje; se han organizado columnas móviles»[38]. El 10 de julio Napoleón ordenó a Berthier que enviase a una columna de gendarmes a Vorovno «para detener a los saqueadores de la 33ª, que están devastando el territorio»[39]. Las deserciones en masa llegaron a mediados de julio.

El 18 de ese mes Napoleón llegó a Gloubokoïé, donde permaneció cuatro días en un convento carmelita, asistió a misa, fundó un hospital, pasó revista a la Guardia y estudió los informes que hablaban de los graves problemas a los que se enfrentaba el ejército por las marchas constantes. «Centenares se han suicidado», observó el teniente Karl von Suckow, originario de Mecklenburg y enrolado en la Guardia de Württemberg, «incapaces de afrontar estas condiciones. Se escuchan a diario disparos aislados, procedentes de los bosques cercanos a la carretera»[40]. Los medicamentos eran inalcanzables, excepto con dinero en metálico. Un general bávaro, von Scheler, informó a su monarca de que ya después de cruzar el Vístula «se acabó con cualquier suministro regular de alimentos o con su distribución ordenada, y desde allí hasta Moscú no se distribuyó de modo legal, ni se requisó una libra de harina o de pan, ni una copa de coñac»[41]. Era una exageración, pero comprensible.

Algunas pruebas sugieren que Napoleón fue engañado con respecto al suministro de provisiones y el porcentaje de soldados sanos en el ejército. Algunas unidades, de las que se le informó que poseían raciones para diez días, ya se habían quedado sin ellas, y el general Dumas relató cómo el cuñado de Davout, el general Louis Friant, comandante de dos semibrigadas de granaderos de la Guardia, «quiso que redactase un informe diciendo que la 33ª Línea contaba con 3.200 hombres, cuando yo sabía que quedaban, como mucho, 2.500. Friant, bajo las órdenes de Murat, me dijo que Napoleón se enfadaría con su jefe. Optó por dar una cifra incorrecta, y el coronel Pouchelon redactó el informe falso que se necesitaba»[42]. Solo para ese engaño se necesitaba la participación de tres altos oficiales –y posiblemente también de Murat–, o al menos su aquiescencia. La cultura del ejército había cambiado, de tal modo que a Napoleón, antes tan cercano a sus hombres, ahora le mentían hasta sus colaboradores más cercanos. Aunque siguiese inspeccionando personalmente el estado de sus tropas, su número y extensión provocaban que tuviese que confiar

más en sus comandantes que en ninguna otra campaña anterior. Un miembro de su escolta escribió en sus memorias que durante la retirada de diciembre Napoleón preguntó a Bessières por las condiciones de la Guardia. «Muy cómodos, señor», replicó. «Los asadores giran en el fuego, y hay pollo y carnero». El escolta concluye: «Si el mariscal hubiese mirado bien, habría visto que esos pobres diablos apenas tenían qué comer… Casi todos padecían fuertes catarros, todos estaban agotados, y su número había descendido grandemente»[43].

Napoleón averiguó a través del mayor Marie-Joseph Rossetti, ayuda de campo de Murat, que los rusos habían abandonado Drissa, «sin poder contener su alegría»[44]. Escribió a Maret desde Gloubokoïé: «El enemigo ha evacuado el campo fortificado de Drissa, incendiando todos los puentes y un gran número de almacenes, sacrificando el fruto de su trabajo y las provisiones que habían centrado su empeño durante muchos meses»[45][***]. Según el diario de Rossetti, el Emperador, «dando zancadas arriba y abajo», dijo a Berthier: «Ya verás cómo los rusos no saben hacer la guerra ni la paz. Son una nación degenerada. ¡Han entregado su palacio sin disparar un solo tiro! Vamos, un esfuerzo más por nuestra parte y mi hermano [el Zar] se arrepentirá de haber seguido el consejo de mis enemigos»[46]. Después de interrogar detalladamente a Rossetti acerca de la moral de la caballería y del estado de sus monturas, le nombró coronel en el acto. En realidad Murat estaba exigiendo demasiado a ese cuerpo, quebrando la constitución de los caballos bajo el trabajo constante. «Siempre al frente de las avanzadillas», se quejó Caulaincourt, «consiguió acabar con la caballería, provocando al final que se perdiese el ejército, y llevando a Francia y al emperador al borde del abismo»[47].

El 23 de junio Barclay llegó a Vitebsk, 320 kilómetros al este de Vilnius, preparado para resistir si Bagration se unía a él. Pero ese mismo día, en el primer gran enfrentamiento de la campaña, Davout bloqueó la ruta de Bagration hacia el norte en la batalla de Saltanovka –o de Mogilev–, causándole la pérdida de 4.100 hombres, muertos, heridos o desaparecidos, y forzándole a dirigirse a Smolensk. Dos días más tarde la vanguardia de Murat libró una escaramuza contra la retaguardia de Barclay, encabezada por el conde Ostermann-Tolstoi en Ostrovno, al oeste de Vitebsk. Napoleón confiaba en que se pudiese plantar una batalla importante y, como siempre, exageró ampliamente los hechos en su boletín –el

décimo–, afirmando que Murat se había enfrentado a «15.000 soldados de caballería y 60.000 de infantería», que en realidad habían sido 14.000, y elevando las 2.500 bajas a 7.000 muertos, heridos o desaparecidos. Cuantificó 200 muertos, 900 heridos y 50 prisioneros por el lado francés, pero las estimaciones contemporáneas las cifran en 3.000 muertos y heridos y 300 soldados capturados[48].

Había puesto grandes esperanzas en que los rusos luchasen, en lugar de entregar Vitebsk, y escribió a Eugène el día 26: «Si el enemigo quiere luchar, será una gran fortuna para nosotros»[49]. Ese mismo día la pregunta de Jomini sobre si pensaba marchar contra Moscú parecía haber entrado en su cálculo estratégico por primera vez como una posibilidad real. El 22 de julio había explicado al general Reynier que el enemigo no se atrevería a atacar Varsovia «en un momento en el que San Petersburgo y Moscú están amenazadas tan de cerca». Cuatro días después escribió a Maret: «Me inclino a pensar que las divisiones regulares querrán tomar Moscú»[50]. Su plan de detenerse en Vitbesk o Smolensk si el enemigo no plantaba batalla se estaba transformando en uno más amplio y ambicioso; caía en la trampa de Barclay de Tolly.

Al amanecer del 28 de julio Murat hizo correr el rumor de que los rusos habían desaparecido de Vitebsk y de que se había lanzado en su persecución. Se habían llevado todo consigo, sin dejar señal de hacia dónde se dirigían. «¡Su derrota aparentaba más orden que nuestra victoria!», observó Ségur[51]. En una reunión con Murat, Eugène y Berthier, Napoleón tuvo que afrontar el hecho de que la tan ansiada victoria decisiva «se nos había escurrido de entre las manos, como en Vilnius»[52]. El triunfo parecía tentadoramente cercano, siempre en la siguiente loma, o al atravesar el próximo lago, llanura o bosque, tal y como –claro está– pretendían los rusos. Napoleón, durante los dieciséis días que pasó en Vitebsk, sopesó seriamente finalizar allí la campaña, para retomarla en 1813. Se encontraba a las puertas de la Vieja Rusia, con la línea natural de defensa formada por el Dvina y el Dnieper, y podía levantar polvorines y hospitales, reordenar políticamente Lituania –cuyos habitantes ya le habían entregado cinco regimientos de infantería y cuatro de caballería–, y consolidar su fuerza central, de la que un tercio de los hombres había muerto o padecía tifus y disentería. De ser necesario, también podía amenazar San Petersburgo desde Vitebsk[53]. El

jefe del estado mayor de Murat, el general Auguste Belliard, reveló a Napoleón con franqueza que la caballería estaba exhausta, y «con una completa necesidad de descanso», ya que no podría galopar cuando llegase la hora de la carga. No solo eso; no había suficientes clavos para las herraduras, ni metal con el que fabricarlos, ni herreros. «¡Me detendré aquí!», afirma Ségur que concluyó Napoleón, al entrar en Vitebsk el día 28. «Debo mirar a mi alrededor; congregar a mi ejército, reanimarlo y reorganizar Polonia. La campaña de 1812 ha acabado; la de 1813 pondrá el punto final»[54].

Desde luego, la línea de defensa de Napoleón en Vitebsk era muy apropiada; en Riga había fijado el flanco izquierdo en el Báltico, que se extendía a través de Dünaborg, Polotsk y Votebsk –fortificada y con una elevación boscosa en el centro–, bajando luego por Berezina y atravesando el impenetrable pantano de Pripet, con la ciudad fortificada de Bobruisk a su derecha, a 640 kilómetros al sureste de Riga. El cuerpo de Macdonald podía recibir el suministro de Courland para la comida, al igual que Samogitia con Oudinot y la llanura de Klubokoë con el mismo Napoleón, mientras Schwarzenberg se detenía en las fértiles provincias del sur. En Vilnius, Kovno, Danzig y Minsk se encontraban unos enormes almacenes de provisiones para abastecer al ejército durante el invierno. Ordenó que se levantaran 29 hornos en Vitebsk, con capacidad para elaborar 13.000 kilos de pan, y que se derribaran algunas casas para despejar las vistas de la plaza del palacio en el que se había aposentado, lo que evidencia que barajaba seriamente la posibilidad de permanecer allí. Sin embargo, resultaba difícil pensar en el acuartelamiento para el invierno mientras, tal y como escribió a María Luisa, «padecemos un calor insoportable, 27 grados. Hace tanto calor como en el Midi»[55]. Ségur acusa a Murat de haber convencido a Napoleón de que siguiesen, a pesar de sus supuestas palabras: «1813 nos verá en Moscú, 1814 en Petersburgo. La guerra rusa es una guerra de tres años»[56].

Napoleón prefirió proseguir la persecución de Barclay por varios motivos, perfectamente racionales desde el punto de vista militar. Había recorrido más de 400 kilómetros en un mes, con menos de 10.000 bajas en combate; era absurdo detenerse en una fecha tan temprana como julio para dar por finalizada la campaña; la audacia le había funcionado hasta ese momento, y si se detenía tan pronto en Vitebsk cedería la iniciativa; el Zar había convocado a los 80.000 hombres de la milicia en Moscú el 24 de julio, además de 400.000 siervos, por lo

que era adecuado pensar en atacar antes de que fuesen entrenados; y las dos únicas ocasiones en las que le habían forzado a una batalla defensiva, en Marengo y en Aspern-Essling, había empezado con mal pie. Murat señaló también que la moral rusa debía estar por los suelos por las constantes retiradas. ¿Cuánta extensión de Rusia podía tolerar Alejandro que se arrasase antes de pedir la paz? Ignoraba, lógicamente, que el Zar había declarado en San Petersburgo que nunca firmaría la paz: «Antes dejaré que me crezca la barba hasta el pecho y comeré patatas en Siberia»[57].

Los franceses averiguaron que el ejército de Barclay se encontraba en Smolensk, a solo 130 kilómetros, y que el de Bagration se le había unido el 1 de agosto. Napoleón supuso que los rusos no cederían una de las ciudades más importantes de la Vieja Rusia sin luchar, y decidió finalmente no detenerse en Vitebsk, reservándose la posibilidad de regresar allí después de combatir a los rusos en Smolensk. Escuchó a Duroc, Caulaincourt, Daru y Narbonne, quienes le aconsejaron que no continuase, y a Poniatowski, Berthier y Lefebvre-Desnouettes, que manifestaron una opinión similar, mientras Murat se posicionaba en contra, antes de tomar su propia decisión[58]. Ségur observó cómo interrogaba a los que le rodeaban con frases a medias. «¡Bueno, qué hacemos! ¿Deberíamos quedarnos donde estamos, o avanzar?», pero «no esperaba a su respuesta, sino que seguía preguntando, como si aguardase a algo o a alguien para acabar con su indecisión»[59]. Algunas frases, como la del 7 de agosto a María Luisa, ofrecen indicios sobre sus ideas: «Desde aquí hay solo cien ligas hasta Moscú»[60]. En realidad Vitebsk está a 124 ligas, unos 520 kilómetros.

No tomó a la ligera la decisión de seguir hacia Smolensk. «¿Le tomaban por loco?», cuenta Ségur que preguntó a Daru y Berthier hacia el día. 11.

> ¿Creían que hacía la guerra por afición? ¿No le habían oído decir que las guerras de España y Rusia eran dos úlceras que se nutrían de las entrañas de Francia, que no podía soportar ambas a un tiempo? Ansiaba la paz, pero para alcanzarla hacían falta dos personas, y él solo era uno[61].

Napoleón también señaló que los rusos podrían atravesar los ríos helados en invierno, y en Smolensk se haría o con una enorme fortaleza o con una victoria

decisiva. «Aún no se ha derramado sangre, y Rusia es demasiado poderosa como para ceder sin luchar. Alejandro solo negociará después de una gran batalla», afirmó[62]. La discusión se prolongó durante ocho horas, y en un momento dado Berthier prorrumpió en lágrimas, clamando ante Napoleón que el Sistema Continental y la restauración de Polonia no eran motivo suficiente para prolongar tanto las líneas de comunicación francesas. Con su decisión, Napoleón acabó además con la amistad de Duroc.

Se mantuvo firme en su convicción de que «el arrojo es la única vía prudente»[63]. Argumentó que los austriacos y los prusianos podían reconsiderar sus alianzas si se estancaban, que la única forma de acortar las líneas de comunicación era asegurarse una victoria rápida y regresar, y que «una defensa estacionada y prolongada está en contra de la naturaleza francesa». Temía también que la ayuda militar inglesa a Rusia empezase a hacer efecto, y concluyó, según Fain, preguntándose: «¿Por qué detenernos aquí dieciocho meses cuando veinte días podrían bastarnos para alcanzar nuestro objetivo?… Tenemos que golpear rápido, si no, todo estará en peligro… En la guerra, la oportunidad es la mitad de todo. Si estuviésemos esperando siempre a que se reunieran todas las circunstancias favorables, nunca terminaríamos nada. En resumen, mi plan de campaña es la batalla, y toda mi política es el triunfo»[64][****].

El 11 de agosto ordenó avanzar hacia Smolensk, abandonando Vitebsk a las 2 de la mañana del día 13. «Su Majestad cabalga estos días mucho más despacio», observó Castellane, designado como su acompañante,

> ha ganado mucho peso, y monta a caballo con más dificultad que antes. El *caballerizo mayor* [Caulaincourt] tiene que ayudarle a montar. Cuando el Emperador viaja, pasa la mayor parte del trayecto en el carruaje. Es agotador para los oficiales que le siguen, porque Su Majestad está descansado cuando llega la hora de montar… Cuando Su Majestad está viajando no cabe esperar un momento de descanso en 24 horas. Cuando [el general Jean-Baptiste] Éblé advirtió al Emperador de la falta de caballos, Su Majestad replicó: «Encontraremos buenos caballos de tiro en Moscú»[65].

Cuando Napoleón avanzaba a toda velocidad era necesario arrojar agua a las

ruedas de su carruaje para que no se sobrecalentase.

La situación en ambos flancos parecía prometedora a mediados de agosto; Macdonald protegía con éxito el norte, Schwarzenberg en el sur afrontó un ataque importante del Tercer Ejército del Oeste de Tormasov en Gorodeczna el día 12 –por el que Napoleón solicitó a Francisco que le elevase al grado de mariscal de campo–, y Oudinot y Saint-Cyr resistieron frente al Ejército de Finlandia del general Peter Wittgenstein en Polotsk cuatro días después. Napoleón pudo así lanzar la «Maniobra de Smolensk», una gran operación encaminada a atrapar al ejército ruso en una pinza al norte del Dnieper mientras desplazaba al grueso de la Grande Armée a su orilla sur, gracias al impresionante despliegue de puentes construidos por los ingenieros de Éblé. Pero la carrera hacia Smolensk se vio frustrada por la heroica y sacrificada acción de la retaguardia de la 27ª División del general Neverovski en Krasnoi el día 14, una retirada en combate que ganó tiempo para que el Primer y Segundo Ejército llegasen a Smolensk y la defendiesen.

La caballería de Murat alcanzó a la avanzadilla rusa a las 6 de la mañana del día 16, cerca de Smolensk. «¡Al fin les tenemos!», exclamó Napoleón, mientras inspeccionaba la posición con Berthier a la 1, a tan solo 180 metros –otras fuentes hablan incluso de menos– de las murallas de la ciudad[66]. Confiaba en sobrepasar el flanco izquierdo ruso en la batalla del día 17 de agosto, desgajarlo de Moscú y empujarlo hasta el bajo Dvina. Pero la obstinada defensa de la ciudad, protegida por una fuerte muralla y escarpados riscos, dio a Barclay la oportunidad de retirarse hacia el este tras perder unos 6.000 hombres, por los 8.500 de Ney y Poniatowski. Smolensk ardió bajo el bombardeo de Lobau, mientras Napoleón y su estado mayor observaban la ciudad desde su cuartel general. Ségur afirma que «el Emperador contempló en silencio este espectáculo espantoso», pero Caulaincourt sostiene que Napoleón dijo: «¿No es una vista maravillosa, mi maestre de caballería?». «Es horrible, Señor». «¡Bah!», replicó Napoleón, «Caballeros, recordad las palabras de un emperador romano: un enemigo muerto siempre huele bien»[67][*****].

Las tropas francesas entraron en la ciudad arrasada al amanecer del 18 de agosto, y tras pisotear los escombros y los cadáveres la encontraron desierta. Al escuchar que los rusos habían entonado un *Te Deum* en San Petersburgo para

celebrar su supuesta victoria, Napoleón dijo con ironía: «Ellos mienten tanto a Dios como a los hombres»[68]. Inspeccionó el campo de batalla y Ségur comentó: «El dolor que siente el Emperador se puede ver en la contracción y la irritación de sus rasgos». Sostuvo a las puertas de la ciudadela un infrecuente consejo de guerra con Murat, Berthier, Ney, Davout, Caulaincourt –y posiblemente Mortier, Duroc y Lobau–, sentados sobre unas colchonetas que habían encontrado. «¡Qué canallas! ¡Abandonar caprichosamente una posición así! Vamos, tenemos que marchar sobre Moscú»[69]. Arrancó una «vívida discusión», que duró más de una hora. Rossetti, ayuda de campo de Murat, escuchó que todos menos Davout fueron partidarios de detenerse en Smolensk, pero «Davout, con su habitual tenacidad, mantuvo que solo en Moscú se podría firmar un tratado de paz»[70]. Puede que fuese también la opinión de Murat, y es una afirmación que Napoleón repetiría después con frecuencia, hasta admitir años después: «Debería haber metido a mis soldados en los barracones en Smolensk para el invierno».

Sus esperanzas de perseguir de cerca a los rusos se frustraron al mismo día siguiente, cuando se retiraron de nuevo con éxito tras enfrentarse a un potente ataque de Ney en la batalla de Valutina-Gora –o Lubino–, en la que el talentoso comandante de división general Gudin murió después de que una bala de cañón rasante le rompiese las dos piernas. Tras la batalla se produjo tal escasez de material médico que los cirujanos utilizaron sus propias ropas para vendar a los heridos, después heno, y finalmente papel de los documentos del archivo de Smolensk. Aun así, los soldados heridos en este estadio de la campaña fueron afortunados; su tasa de supervivencia fue estadísticamente mayor que la de los soldados sanos que marcharon hacia el este.

Si Ney confiaba en cerrar la pinza sobre los rusos en Valutina, el fracaso de Junot a la hora de avanzar a tiempo con sus tropas lo hizo imposible, con el comprensible enfado de Napoleón: «Junot ha perdido para siempre el bastón de mariscal», afirmó, entregando el mando de las tropas de Westfalia a Rapp. «Puede que este hecho obstaculice el que vaya a Moscú». Cuando Rapp le dijo que el ejército no sabía que ahora el destino final era Moscú, Napoleón respondió: «El vaso está lleno; tengo que apurarlo»[71]. Junot, que no había visto la victoria desde la campaña de Acre, debería haber caído en desgracia tras

la pérdida de Portugal en la Convención de Cintra, pero Napoleón le mantuvo por amistad[******].

El día después de Valutina, «consciente de que es especialmente en medio de la destrucción cuando los hombres piensan en la inmortalidad», Napoleón concedió al menos 87 condecoraciones y promociones entre la 7º Ligera y las Líneas 12º, 21º y 127º de Gudin[72]. Su división se vio rodeada «por los cadáveres de sus compañeros y de los rusos, entre tocones de árboles rotos, en un terreno pisoteado por los combatientes, surcado por las balas, esparcido de fragmentos de armas, uniformes desgarrados, carros volcados y miembros arrancados»[73]. Para entonces las enfermedades, el hambre, las deserciones y las muertes en combate habían reducido el ejército central de Napoleón hasta los 124.000 soldados de infantería y los 32.000 de caballería, además de los 40.000 que protegían las rutas de abastecimiento[74].

A pesar de que Barclay había logrado escapar de nuevo, esta vez hacia Dorogobuzh –o puede que por esa causa, ya que la política de retroceso era muy impopular en el ejército ruso–, el 20 de agosto el Zar le reemplazó en su puesto de comandante en jefe por el mariscal de campo Mijail Kutuzov, de 67 años, que había sido derrotado en Austerlitz. Napoleón se mostró encantado, asumiendo que «le han designado para dirigir el ejército a condición de que luche»[75]. En realidad, las dos o tres primeras semanas tras su nombramiento siguió el retroceso hacia Moscú, buscando con detenimiento el lugar en el que parar. Eligió una aldea a 130 kilómetros al oeste de Moscú, al suroeste del río Moscova, llamada Borodino. A pesar de las dificultades de abastecimiento Napoleón decidió, el 24 de agosto, perseverar en su persecución.

Abandonó Smolensk a la 1 de la mañana del día siguiente, y alcanzó Dorogobuzh a las. 5. «La paz está frente a nosotros», dijo a sus subordinados, con la creencia sincera de que Kutuzov no entregaría la ciudad sagrada de Moscú, venerable capital anterior del Imperio, sin una gran batalla, tras la que el Zar debería pedir la paz[76]. Napoleón marchó hacia Moscú para obligar a los rusos a plantar batalla, pensando de modo recurrente en los términos de paz que les impondría. Dijo a Decrès que cualquier tratado de paz que se alcanzase debía garantizarle que podía contar con los árboles de la zona de Dorogobuzh, para los mástiles de los barcos[77]. Charles de Flahaut, ayuda de campo de Murat, escribió a su madre desde Vyazma aludiendo a su certeza de alcanzar «una

victoria que terminará con la guerra». Dado que los soldados no están de servicio cuando escriben a sus madres desde la línea del frente, su convencimiento de que el Zar «seguro que ahora pide la paz» estaría muy extendido entre el alto mando[78].

«El calor era excesivo; nunca vi algo así en España», escribió el capitán Girod de l'Ain, ayuda de campo del general Joseph Dessaix, después de una sequía que duró un mes. «El calor y el polvo nos provocaban una gran sed, y el agua era escasa… Vi a soldados tendidos sobre el vientre para beberse la orina de los caballos de las cunetas»[79]. Observó también cómo se desobedecían por primera vez las órdenes de Napoleón, que al considerar un lujo innecesario el uso de un carruaje privado, mandó que se incendiase. Cuando el Emperador «no había andado ni cien yardas la gente se lanzó a apagar las llamas, el carruaje volvió a la columna y siguió tan veloz como antes».

El 26 de agosto envió una carta a Maret para decirle que había escuchado que «el enemigo está resuelto a esperarnos en Vyazma. Estaremos allí en unos días, y entonces habremos llegado a la mitad del camino entre Smolensk y Moscú, creo que a cuarenta ligas de Moscú. Si batimos al enemigo y nada puede asegurar la gran capital, entonces estaré allí el 5 de septiembre»[80]. Pero los rusos tampoco estaban en Vyazma; la Grande Armée entró en la ciudad el día 29 y descubrió que sus 15.000 habitantes habían desaparecido. Cuando supo que un pope local había muerto de la impresión mientras se acercaban, Napoleón hizo que lo enterraran con honores militares. Puede que el sacerdote no se hubiese repuesto de la declaración del santo sínodo de la iglesia ortodoxa rusa, que afirmó que Napoleón era el anticristo del Apocalipsis[81].

El 2 de septiembre recibió el informe en el que Marmont relataba su derrota a manos de Wellington en la batalla de Salamanca el 22 de julio. «Es imposible leer algo más mediocre –dijo a Clarke–, contiene más ruido y traqueteo que un reloj, y ni una palabra para explicar el verdadero estado de la situación». Averiguó leyendo entre líneas que Marmont había abandonado la guarecida ciudad de Salamanca para enfrentarse a Wellington sin esperar a los refuerzos de José. «En el momento adecuado harás saber al mariscal Marmont lo indignado que estoy por su inexplicable conducta», dijo el Emperador a su ministro de Guerra[82]. Más tarde se pudo consolar al saber que se había expulsado a Wellington de Madrid con la suma de varias fuerzas francesas en octubre,

obligándole a retirarse a Portugal. José volvió a su palacio el 2 de noviembre.

La carencia de alimento condujo a otros peligros más allá del hambre. Cuando los hombres se aventuraban lejos del grueso de las tropas para buscar comida, podían ser capturados por las milicias rusas, dirigidas por oficiales regulares, que se movían lejos de las principales rutas, como le ocurrió al hermano de Ségur, Octave. El 3 de septiembre Napoleón dijo a Berthier que Ney «estaba perdiendo a más hombres que en una batalla, por la práctica de enviarles en pequeños grupos a por comida», y que «el número de prisioneros que hace el enemigo se incrementa cada día en varios cientos». Para evitarlo habría que mejorar la coordinación y la protección[83]. Napoleón se sentía indignado por la incompetencia y negligencia que detectaba por doquier, especialmente en el tratamiento dado a los enfermos y heridos. «En los veinte años que llevo dirigiendo tropas francesas», escribió a Lacuée ese día,

> no he visto una administración militar que sea más inútil; la gente que se ha enviado aquí no tiene ni capacidad ni conocimiento. La inexperiencia de los cirujanos causa más daño al ejército que las baterías enemigas. Los cuatro oficiales de la organización que acompañan al intendente general no tienen experiencia. El comité de salud es totalmente culpable por haber enviado a unos cirujanos tan ignorantes. La organización de las compañías de enfermería, como el resto de la administración de la logística militar, ha fracasado por completo. Una vez que les damos armas y uniformes militares no quieren seguir sirviendo en los hospitales[84].

Napoleón estaba pasando por alto el hecho más simple, y también el más obvio: la pura extensión de Rusia hacía imposible invadirla más allá de Vilnius en una sola campaña. La administración militar no era capaz de realizar el enorme esfuerzo que les exigía. En su desesperación por la batalla decisiva caía cada día más profundamente en la trampa de Barclay.

El 5 de septiembre Napoleón tomó el reducto de Shevardino, en el límite suroeste del campo de batalla de Borodino, a demasiada distancia del grueso del ejército ruso para ser defendido. Unos 6.000 rusos murieron, fueron heridos o capturados, frente a 4.000 franceses. Preparó entonces al ejército para el choque

que llevaba ansiando desde que cruzase el Niemen diez semanas antes. Entre tanto unos 110.000 hombres habían contraído el tifus, aunque no todos murieron, y otros muchos habían fallecido o se habían desvanecido[85]. Las tropas que podía lanzar a la batalla habían decrecido hasta los 103.000 hombres y 587 cañones, frente a los 120.800 hombres y 640 piezas de artillería de Kutuzov. Los rusos habían dedicado los tres días anteriores a levantar sólidos reductos, defendidos por construcciones en forma de flecha –*flèches*–, excavar profundas trincheras y despejar el campo para la artillería. Hoy pueden verse algunos de los reductos y *flèches*, reconstruidos con las dimensiones que tenían en 1812.

El día antes de la batalla el barón de Bausset se presentó en el cuartel general con el retrato del Rey de Roma, de François Gérard, sujeto en lo alto de su carruaje. Napoleón recibió la pintura, escribió Fain, «con una emoción que apenas pudo contener», y lo colocó en un sillón fuera de su tienda, de tal forma que los soldados pudiesen admirar a su futuro emperador[86]. «Caballeros», confesó a los asistentes a una breve reunión, «si mi hijo tuviese 15 años, creedme que estaría aquí en lugar de ese cuadro»[87]. Al día siguiente, dijo: «Lleváoslo; ponedlo a salvo; es demasiado joven para ver un campo de batalla». Solo tenía 18 meses. La pintura se perdió en la retirada, pero Gérard había hecho copias.

Bausset halló a Napoleón «bastante bien… sin el más mínimo asomo de molestia por las fatigas de una invasión tan rápida y complicada», en contradicción con diversos historiadores, que han diagnosticado que Napoleón padecía aquel día cistitis, fiebre, gripe, pulso irregular, dificultades respiratorias, catarro e inflamación de la vejiga[88]. Reveló a María Luisa que el día antes de la batalla se encontraba «muy cansado», pero el día después –como en muchas de sus cartas– afirmó que su salud era «muy buena». El día de la batalla se despertó a las 3 de la mañana, tras un sueño entrecortado, y se mantuvo en pie hasta pasadas las 9 de la noche. El conde Soltyk atestiguó que padecía un fuerte resfriado, pero Ségur relató que Napoleón sufría «una fiebre abrasadora, y sobre todo una fatal recaída en esa dolorosa enfermedad que cada movimiento violento y cada emoción intensa reavivaba en él». Podría ser una referencia a las hemorroides, que le habían curado con sanguijuelas cinco años antes[89]. Durante el combate se mantuvo en el reducto de Shevardino, y Lejeune rememoró después: «Cada vez que volvía de una de mis numerosas misiones, le

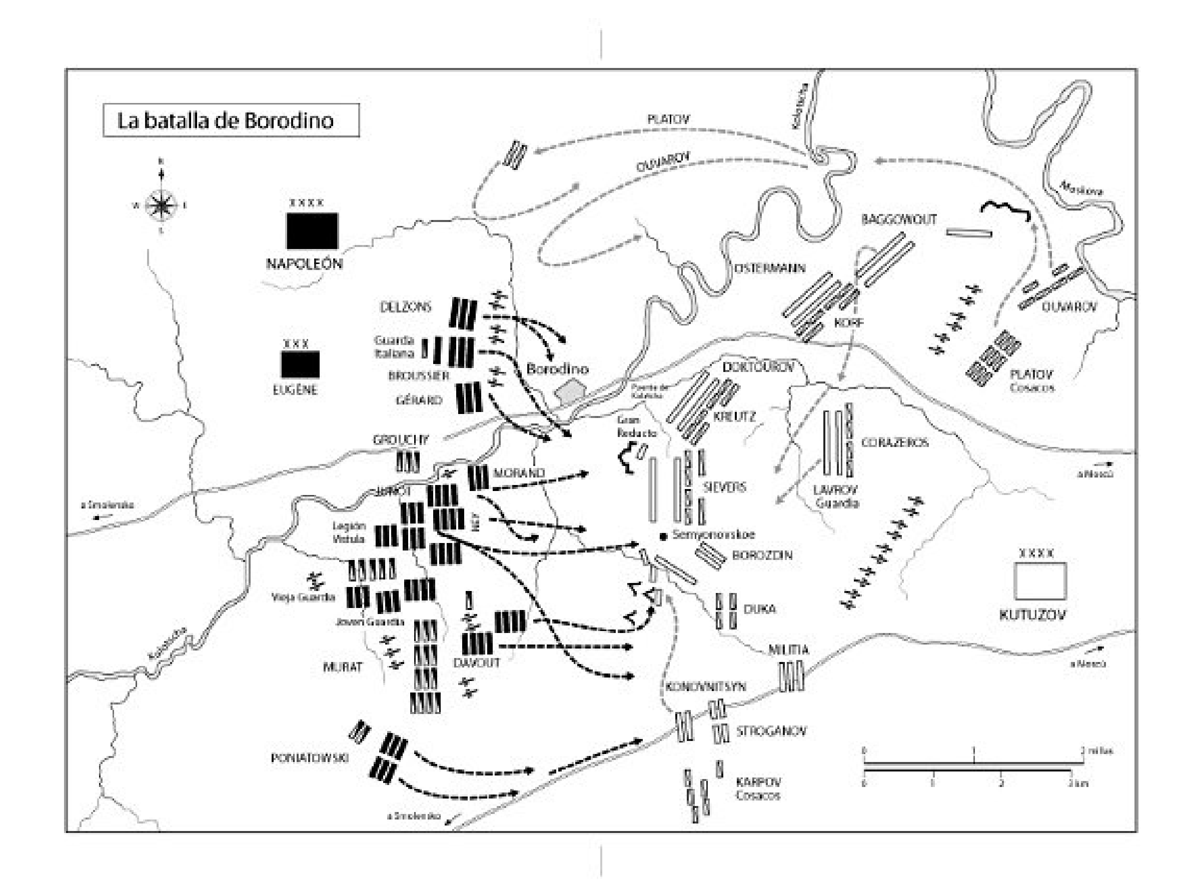
encontraba sentado allí en la misma posición, siguiendo los movimientos con su telescopio de bolsillo, y emitiendo órdenes con una calma imperturbable»[90].

Reconociendo el campo de batalla el día anterior, Napoleón, Berthier, Eugène y algunos oficiales más del estado mayor habían retrocedido ante el ataque de los morteros y la amenaza de la caballería cosaca[91]. El Emperador conocía la solidez defensiva rusa, aunque el grupo de oficiales a los que envió a reconocer al enemigo pasó por alto el Gran Reducto en el centro del campo, que la milicia moscovita había levantado para albergar 18 cañones –pronto incrementados hasta los 24–. Tampoco detectaron que esta fortificación y las dos *flèches* se elevaban sobre dos montículos completamente separados, y que había una tercera oculta a la vista.

«Soldados», rezaba la proclama leída la noche antes de Borodino,

> ¡aquí está la batalla que tanto habéis deseado! De aquí en adelante la victoria depende de vosotros; la necesitamos. ¡Os otorgará abundancia, buenos cuarteles de invierno y un rápido retorno a nuestra patria! Conducíos como lo hicisteis en Austerlitz, en Friedland, en Vitebsk, en Smolensk, y la posteridad más remota hablará con orgullo de vuestra conducta en este día. Que digan de vosotros: «Luchó en la gran batalla bajo las murallas de Moscú»[92].

La batalla de Borodino –la más sangrienta de la historia militar hasta la primera batalla del Marne, un siglo después– se produjo el lunes 7 de septiembre de 1812[*******]. «El Emperador durmió muy poco», apuntó Rapp, que le mantuvo despierto con los informes de los puestos avanzados, que confirmaban que esta vez los rusos no se habían vuelto a escapar durante la noche. El Emperador bebió algo de ponche al levantarse a las 3 de la mañana, y dijo a Rapp: «La fortuna es una señorita pródiga; lo he dicho con frecuencia, y ahora empiezo a notarlo»[93]. Añadió que en el ejército sabían que solo encontrarían provisiones en Moscú. «Este pobre ejército está muy reducido –afirmó–, pero lo que queda es bueno; amén de que mi Guardia está intacta»[94]. Apartó después las cortinas de la tienda, pasó entre los dos guardias que la custodiaban, y dijo: «Hace un poco de frío, pero he aquí que viene el agradable sol; es el sol de Austerlitz»[95].



A las 6 de la mañana una batería de cien cañones franceses abrió fuego sobre el centro ruso. Davout lanzó su ataque a las 6.30, formado por 22.000 espléndidos soldados de infantería en tres divisiones, encabezadas por Louis Friant, Jean Compans y Joseph Desasaix, desplegadas en columnas de brigadas, con 70 cañones de apoyo cercano. Las tres divisiones de Ney venían a continuación, con 10.000 soldados y otros 7.500 de Westfalia en la reserva. El brutal combate duró toda la mañana, y Davout vio morir a su montura mientras cabalgaba, y él mismo fue herido. Los soldados rusos exhibieron su tradicional renuencia a ceder terreno en batalla; para finalizarla tuvieron que intervenir 40.000 infantes franceses, y 11.000 soldados de caballería, en la toma definitiva de las *flèches*. Hasta que tomaron las dos primeras combatiendo cuerpo a cuerpo con las bayonetas, no descubrieron la tercera, que comenzó a escupir fuego contra la retaguardia desprotegida de las otras dos; su captura se hizo a un gran coste. Las *flèches* cambiaron siete veces de manos, en un combate de desgaste

que los rusos dominaban y que Napoleón, lejos de casa, debía evitar.

A las 7.30 Eugène consiguió capturar Borodino a punta de bayoneta, pero se precipitó y cruzó el puente sobre el río Kalatscha cargando contra Gorki. La retirada a Borodino diezmó a sus hombres, pero conservó la plaza durante el resto del combate. A las 10 Poniatowski tomó Utitsa, y una brigada de infantería entró en el gran reducto comandada por el general Morand, pero al carecer de apoyo les expulsaron, con cuantiosas bajas. A esa misma hora, con las *flèches* de Bagration finalmente en manos francesas, el comandante ruso fue herido de muerte en un contraataque, al alcanzarle esquirlas de metralla en la pierna izquierda. Una vez que Davout logró capturar la aldea de 120 casas de Semyonovskoe al final de la mañana, Napoleón pudo desplazar a la artillería para bombardear el flanco izquierdo de Rusia. El punto álgido de la lucha se alcanzó a mediodía, cuando varios mariscales –había siete en aquel momento, y otros dos que alcanzarían a serlo– suplicaron a Napoleón que lanzase a la Guardia Imperial para aplastar la línea rusa mientras estaba extendida. Rapp, herido cuatro veces durante la batalla, también se lo imploró.

Napoleón se negó –hasta su audacia tenía un límite, a 2.800 kilómetros de París y sin reservas– y la oportunidad, si es que lo era, se desvaneció. Ségur observó cómo Ney, Davout y Murat enviaban al general Belliard para que solicitase a la Joven Guardia que atacase el flanco izquierdo ruso, abierto, mientras Napoleón «dudó y ordenó al general que volviese a mirar de nuevo»[96]. En ese momento llegó Bessières y reveló que los rusos se limitaban a retroceder en orden hasta la siguiente posición. El Emperador entonces respondió a Belliard que antes de poner en juego sus reservas quería «ver el tablero de ajedrez con mayor claridad», una metáfora que solía emplear.

En opinión de Ségur, esto pudo deberse a motivos políticos; ante la naturaleza políglota de «un ejército de extranjeros que no tenían más lazos de unión que la victoria», Napoleón «juzgó indispensable preservar una fuerza selecta y devota»[97]. No podía comprometer a la Guardia mientras el general ruso Platov amenazase su flanco izquierdo y su retaguardia; de enviarlos a través de la antigua ruta postal al flanco sur del campo de batalla a mediodía, donde Poniatowski había tomado un lado de la carretera, la artillería rusa les habría causado un gran daño. En un momento posterior de la batalla, al ser urgido por Daru, Dumas y Berthier para hacer entrar en juego a la Guardia, Napoleón

replicó: «¿Y si hubiese otra batalla mañana, con qué iba a combatir mi ejército?». A pesar de todo lo dicho en la proclama previa a la batalla, aún se encontraba a 100 kilómetros de Moscú. Cuando había señalado su posición en el campo a la Joven Guardia aquella mañana, había enfatizado muy claramente a Mortier que no debían actuar si no era con una orden directa: «Haz lo que yo pida y nada más»[98]. Kutuzov no perdió tiempo en asegurar su frente, y prosiguió el bombardeo en el gran reducto, según palabras de Armand de Caulaincourt, «escupiendo un verdadero infierno» contra el centro de los franceses, retrasando cualquier avance[99]. A las 15.00 Eugène atacó el reducto con tres columnas de infantería, y una carga de caballería logró penetrar en su interior desde atrás, a costa de las vidas de Montbrun y de Auguste de Caulaincourt, hermano del jefe de las caballerizas. «Has oído las noticias», dijo Napoleón a Caulaincourt cuando se conoció en el cuartel general la muerte de Auguste. «¿Quieres retirarte?»[100]. Caulaincourt no respondió; se limitó a levantarse el sombrero en señal de respeto, y las lágrimas en sus ojos fueron la única muestra de que sabía lo ocurrido[101].

A las 16 la Grande Armée ocupaba el campo de batalla. Cuando Eugène. Murat y Ney reiteraron su petición de desplegar a la Guardia, esta vez a la caballería, Napoleón se negó de nuevo[102]. «No quiero ver cómo la destruyen», dijo a Rapp. «Estoy seguro de que ganaré la batalla sin que tome parte en ella»[103]. A las 17 Murat seguía argumentando la necesidad de lanzar a la Guardia, pero Bessières se oponía, señalando que «Europa estaba entre él y Francia». En ese momento también Berthier cambió de opinión, y añadió que en cualquier caso ya era demasiado tarde[104]. Tras una retirada de medio kilómetro, a las 17 los rusos se detuvieron y se prepararon para defender sus posiciones, que la Grande Armée, exhausta, podía bombardear, pero ya no atacar.

Napoleón ordenó al comandante de la artillería de la Guardia, el general Jean Sorbier, que abriese fuego sobre las nuevas posiciones rusas; «Ya que lo quieren, se lo daremos»[105].

Bajo el manto de la noche Kutuzov se retiró, tras sufrir un elevadísimo número de bajas –puede que unas 43.000, pero la resistencia rusa fue tan tenaz que solo fueron capturados 1.000 hombres y 20 cañones–[106]. Sin embargo,

Napoleón dijo a María Luisa: «He hecho varios miles de prisioneros, y he capturado 60 cañones»[107]. La suma de las bajas equivaldría a un avión completo de pasajeros estrellado en un área de 15 km^2 cada 15 minutos durante las 10 horas que duró la batalla, con todos ellos muertos o heridos. Kutuzov se apresuró a escribir al Zar para proclamar que se había obtenido una victoria gloriosa, y se volvió a entonar un *Te Deum* en San Petersburgo. Aquella noche Napoleón cenó con Berthier y Davout en su tienda, tras el reducto de Shevardino, a las 7 de la tarde. «Observé que, en contra de lo habitual, estaba muy sofocado», rememoró Bausset, «tenía el pelo alborotado, y parecía fatigado. Pesaba en su corazón la pérdida de tantos valientes generales y soldados»[108]. Es muy posible que lamentase además el hecho de que, a pesar de haber ganado el campo de batalla, abierto la vía hasta Moscú y perdido muchos menos hombres que los rusos –6.600 muertos y 21.400 heridos–, no había logrado obtener la victoria decisiva que tanto necesitaba, en parte por las poco imaginativas maniobras frontales de asalto, y en parte por su negativa a poner en riesgo sus reservas. En ese sentido, tanto él como Kutuzov perdieron en Borodino. «Me reprochan que no me hayan matado en Waterloo», dijo, estando en Santa Helena. «Creo que más bien debería haber muerto en la batalla del Moscova»[109].

Napoleón también se mostró susceptible cuando le sugirieron la idea de que debería haber lanzado a la Guardia a mediodía. A las 9 convocó en su tienda a los generales Dumas y Daru para interrogarles sobre el cuidado de los heridos. Durmió después durante 20 minutos, se despertó de pronto y siguió hablando. «La gente se sorprenderá de que no haya hecho intervenir a mis reservas para obtener un resultado mejor», afirmó, «pero debo preservarlos para dar el golpe decisivo en la gran batalla que planteará el enemigo frente a Moscú. El éxito de hoy estaba garantizado, y debía tener en cuenta el éxito de la campaña en conjunto»[110]. Poco después se quedó totalmente afónico y empezó a dictar instrucciones por escrito, difíciles de descifrar para sus secretarios. Fain observó a Napoleón «amontonar las hojas mientras trabajaba en silencio, y golpear la mesa cuando quería que se transcribiese cada orden»[111].

Aquel día, Larrey amputó doscientos miembros. Tras la batalla, la 2ª de Lanceros de la Caballería Ligera de la Guardia, conocidos como Lanceros Rojos Holandeses, pasaron la noche en un bosque capturado por la infantería de

Poniatowski, y el terreno en torno a los árboles estaba tan plagado de cadáveres que tuvieron que sacarlos a montones para poder colocar sus tiendas en un claro[112]. «Para encontrar agua había que alejarse mucho del campo de batalla», escribió el veterano mayor Louis Joseph Vionnet de la Guardia Media en sus memorias. «El agua que se encontraba en el campo estaba tan mezclada con la sangre que hasta los caballos se negaban a beberla»[113]. Al día siguiente Napoleón llegó para agradecer y premiar a los supervivientes de la 61ª Semibrigada, que había capturado el gran reducto. Cuando preguntó a su coronel por qué no estaba desfilando el tercer batallón, este replicó: «Señor, está en el reducto»[114].

---

[*] Lituania había formado parte del estado autónomo polaco desde 1569 hasta que los rusos la anexionaron y la dividieron en tres partes, entre 1772 y 1795.

[**] Después de esta extraordinaria carta, tan franca, Napoleón debía estar bromeando al preguntar a Balashov cuál era el mejor camino para llegar a Moscú. «Señor –fue la magistral réplica–, puede tomarse el que se quiera. Carlos XII eligió el de Poltava» (Foord, *Napoleon's Russian Campaign*, p. 75; Movat, *Diplomacy of Napoleon*, p. 256).

[***] Como siempre, Napoleón se preocupaba también por lo que estaba sucediendo en Francia. «Debo recordarte que tengo intención de comprar todas las islas de Hyéres», dijo a Clarke el 21 de julio, aludiendo a un pequeño grupo de islas en el sur de Francia, «y hacer algo para repoblarlas» (CG12, nº 31281, p. 899). También se mostró preocupado porque la construcción de un gran silo en París no se finalizase en el plazo que había previsto: «El Arco de Triunfo, el puente de Iéna, el templo de la Gloria o los mataderos pueden retrasarse dos o tres años sin causar inconveniente», dijo a su ministro de Trabajo y Comercio, «pero es de la mayor importancia que se termine ese enorme almacén» (CG12, nº 31255, p. 885).

[****] Esa misma semana su secretario Méneval escribió al bibliotecario

Barbier: «El Emperador desearía algún libro entretenido. Si hubiese alguna nueva novela buena, o una antigua que no conozca, o unas memorias de lectura amena, por favor ten la amabilidad de enviarlas, porque hay algunos momentos de ocio difíciles de llenar» (CN24, nº 19052, p. 128). Una de las obras que Napoleón admitió estar demasiado ocupado para leer fue la *Teoría analítica de la probabilidad*, de Laplace. «Recibí tu tratado para el cálculo de las probabilidades con agrado –escribió al canciller del Senado–. Habrá tiempo para leerlo con interés, pero hoy debo limitarme a transmitirte la satisfacción que siento al ver que produces nuevos libros que desarrollan y expanden la primera entre las ciencias. Contribuyen a la ilustración de la nación. El avance y el perfeccionamiento de las matemáticas están íntimamente unidos con la prosperidad del Estado» (CG12, nº 31388, p. 949).

[*****] Fue Vespasiano.

[******] La capacidad de juicio de Junot pudo verse afectada por la sífilis que acabaría enloqueciéndole. En una recepción al año siguiente, en Ragusa, se presentó casi desnudo, excepto por las hombreras, los guantes, los zapatos de baile, las bandas y las condecoraciones (D’Abrantes, *At the Court*, p. 21). Falleció en julio de 1813 a causa de la gangrena que infectó las heridas que se provocó al saltar por la ventana de un segundo piso, convencido de que podía volar. Lo más sorprendente es que cupiese a través del marco, porque se había aficionado a comer 300 ostras diarias (Stratheam, *Napoleon in Egypt*, p. 422).

[*******] En total los franceses dispararon 60.000 balas de cañón y 1,4 millones de mosquete ese día. Incluso si los rusos hubiesen disparado a un ratio menor, y no existen indicios de que lo hiciesen, se habrían lanzado una media de 3 cañonazos y 77 disparos de mosquete por segundo durante la batalla (Cate, *War of the Two Emperors*, p. 235). Un ayuda de campo ruso notó que tenía que mantener la boca abierta al cruzar el campo de batalla para estabilizar la presión en los oídos.

25. RETIRADA

Ha habido más derrotas por perder la esperanza que por perder sangre.

Atribuido a Napoleón

Las retiradas siempre cuestan más hombres y más material que la confrontación más sangrienta.

Máxima militar de Napoleón número 6

La tarde después de Borodino Napoleón visitó el campo de batalla. «Las líneas completas de regimientos rusos, caídos en el terreno empapados en sangre, mostraban que prefirieron morir antes de retroceder un paso», observó Bausset. «Napoleón recopiló toda la información en aquellos lugares penosos, observando incluso el orden de los botones numerados de los uniformes… para determinar la naturaleza y disposición de los Cuerpos puestos en combate por el enemigo, pero por lo que más se preocupó fue por el cuidado de los heridos»[1]. Cuando su caballo tropezó con un ruso agonizante, Napoleón reaccionó «prodigando cuidados humanitarios a esa desafortunada criatura», y cuando uno de sus subordinados insinuó que era «solo un ruso», Napoleón le espetó: «Después de una victoria no hay enemigos, solo hombres»[2].

El Emperador confiaba en que la toma de Moscú aliviase la presión sobre Macdonald y Schwarzenberg en el norte y en el sur, y al último le escribió el 10 de septiembre: «Hemos golpeado al enemigo en el corazón, y ahora se concentra solo en el corazón, sin pensar en las extremidades»[3]. Murat se lanzó a perseguir a los rusos que se retiraban, ocupando Mozhaisk y capturando a 10.000 heridos. Al día siguiente el grueso de las tropas francesas reanudó su marcha, tras un descanso de dos días, después que había quedado claro que el enemigo no plantearía la batalla decisiva a las puertas de Moscú. «Napoleón es un torrente», dijo Kutuzov mientras sopesaba la rendición de la ciudad, «pero

Moscú es la esponja que le absorberá»[4]. Su ejército atravesó Moscú la mañana del día 14; casi toda la población, al descubrir que la ciudad había sido abandonada, evacuó las viviendas en un éxodo masivo, escondiendo o destruyendo todo lo que podía ser de utilidad al invasor, y que no podían llevar consigo. De sus 250.000 habitantes solo permanecieron 15.000, la mayoría no rusos, aunque también aparecieron saqueadores de las zonas colindantes[5]. El 13 de septiembre el presidente de la Universidad de Moscú, y una delegación de moscovitas franceses, habían visitado a Napoleón en su cuartel general para informarle de que la ciudad estaba desierta y no habría delegación de notables para ofrecer los tradicionales presentes de pan y sal y entregar las llaves[6]. En su lugar un emprendedor campesino, anciano, se ofreció sutilmente para guiar al Emperador por la ciudad y mostrarle sus lugares más emblemáticos, pero se le rechazó con educación[7].

Cuando los soldados vieron la ciudad a sus pies desde las colinas de la Salvación marcharon con vigor renovado, al grito de «¡Moscú!, ¡Moscú!». «Moscú tenía una apariencia oriental, o más bien enigmática», rememoró el capitán Heinrich von Brandt, de la Legión del Vístula, «con sus 500 cúpulas doradas o pintadas con los colores más estridentes, erigidas aquí y allá sobre un verdadero mar de casas»[8]. Napoleón, más prosaico, afirmó: «Allí, al fin, está la famosa ciudad: ¡ya era hora!»[9]. Murat acordó una tregua con la retaguardia rusa y ocupó la capital. Por motivos logísticos y de seguridad, esperando que la Grande Armée no la saquease por completo, solo se alojaron dentro de sus murallas la Guardia Imperial y la Guardia Real Italiana; el resto permanecieron fuera, en el campo, aunque algunos soldados encontraron rápidamente un camino a través de los suburbios para entregarse al pillaje.

Napoleón entró en Moscú la mañana martes día 15, se instaló en el Kremlin –después de comprobar que no había minas– y se fue a dormir pronto[*]. «La ciudad es tan grande como París», escribió a María Luisa, «y dispone de todo»[10]. Ségur observó que «las esperanzas tempranas de Napoleón revivieron al contemplar el palacio», pero al atardecer estallaron de forma simultánea incendios en toda la ciudad, que no se pudieron sofocar por el fuerte viento equinoccial noreste, y porque el gobernador de la ciudad, Fiodor Rostopchin, había acabado con las bombas de extinción y había hundido su flota contra incendios[11]. «Prendo fuego a mi mansión», dejó escrito en una nota a los

franceses en su propiedad de Voronovo a las afueras de Moscú, «antes de dejar que vuestra presencia la mancille»[12]. A pesar de que se le agasajó por haber ordenado el incendio de Moscú, provocado por los criminales liberados de prisión con ese fin, hacia el final de su vida Rostopchin lo negó, para desconcierto de sus familiares y amigos[13]. El fuego alcanzó tal intensidad que aquella noche en el Kremlin se podía leer sin necesidad de lámparas.

Así pues, tan pronto como las tropas francesas entraron en Moscú y comenzaron a saquearla, tuvieron que empeñarse en salvarla de la devastación a manos de sus propios habitantes. Sin embargo, el desconocimiento de su trazado y la falta de equipamiento contra incendios hizo la lucha desigual. Fusilaron a unos 400 incendiarios, pero, de los 9.000 edificios importantes de la ciudad, 6.500 ardieron o se derrumbaron[14]. Muchos de sus soldados, recordó Napoleón, murieron mientras «se empeñaban en saquear en medio de las llamas»[15]. Cuando los moscovitas limpiaron la ciudad, tras la marcha de los franceses, encontraron los restos calcinados de 12.000 hombres y más de 12.500 caballos[16].

Napoleón dormía en un camastro de hierro bajo los candelabros del Kremlin cuando le despertaron, a las 4 de la mañana del día 16, para informarle del fuego. «¡Qué enorme espectáculo!», exclamó, contemplando las llamas desde la ventana, cuyo marco ya estaba caliente. «¡Es obra suya! ¡Tantos palacios! ¡Qué extraordinaria resolución! ¡Qué hombres! ¡Son verdaderos escitas!»[17]. Como siempre, buscó en la historia antigua una analogía, en este caso la de la famosa y despiadada tribu persa mencionada por Herodoto, que abandonó su patria iraní para luchar en las estepas de Europa Central. Tuvo suerte de no perecer él mismo por el fuego, ya que la incompetente guardia había permitido que un convoy de artillería, con carros de pólvora incluidos, estacionase bajo su ventana en el Kremlin. Si una pavesa de las que flotaban por el aire se hubiese posado allí, observó Ségur, «la flor y nata del ejército y el Emperador habrían sido destruidos»[18]. Tras dedicar casi todo el día a organizar brigadas de bomberos entre sus soldados, derribando casas que habían sido pasto de las llamas, y entrevistar a dos incendiarios, a las 17.30 se plegó a las exhortaciones de Berthier, Murat y Eugène para que abandonase la ciudad al alcanzar el fuego el polvorín del Kremlin. Como recordó Ségur, «ya solo respirábamos humo y cenizas»[19]. El trayecto de dos horas hasta el palacio imperial de Petrovski, a

10 kilómetros, fue peligroso y algunos tramos tuvieron que recorrerse a pie, por el miedo a las llamas de los caballos. Debido al fuego y los escombros las puertas principales de la ciudad estaban bloqueadas, por lo que Napoleón tuvo que escapar por un portón secreto excavado en la roca sobre el río[20]. «Dando un gran rodeo», rememoró el veterano general Fantin des Odoards, «se situó fuera de peligro»[21]. Uno de los contables domésticos, Guillaume Peyrusse, también evacuado, escribió a su hermano: «Nos abrasábamos en los carruajes y los caballos se negaban a continuar. Me consumía la preocupación por el botín»[22]. Sobrevivió, y se incrementó rápidamente al construir una forja para fundir 5.300 kilos de oro y 350 de plata, procedentes en su mayor parte de palacios e iglesias[23].

Napoleón admitió dos años después, hablando de la campaña rusa, que, «cuando llegué a Moscú, di el asunto por terminado»[24]. Reconoció que podía haber permanecido en la ciudad, bien abastecida, durante el invierno, de no haber sido por el incendio, «un suceso que no podía prever, ya que no se ha dado, creo, un precedente en la historia de la humanidad. Pero a fe mía que debo admitir que demostró un carácter fuerte como el demonio»[25]. Aunque la parte de la ciudad que había sobrevivido al incendio era suficiente para albergar los cuarteles de invierno, y en algunos almacenes privados se habían encontrado provisiones, ni de lejos podían albergar a un ejército de más de 100.000 hombres durante seis meses. El forraje para los caballos era insuficiente, para alimentar el fuego hubo de recurrirse al mobiliario de ébano y a los marcos dorados de las ventanas, y en poco tiempo los soldados subsistían gracias a la carne podrida de caballo[26]. Visto en retrospectiva, habría sido mejor para los franceses dejar que la ciudad se derrumbase hasta los cimientos, lo que les habría obligado a retirarse de inmediato.

Su fuerza principal de ataque se había visto reducida, en los 82 días transcurridos desde que cruzaron el Niemen hasta la entrada en Moscú, a menos de la mitad de su tamaño original. Según las cifras que ofreció Napoleón en aquel momento, había perdido 92.390 hombres hasta que terminó la batalla de Borodino[27]. Pero no se comportó como un hombre con las posibilidades muy limitadas; durante los dos días que pasó en el hermoso palacio Petrovski, sopesó la posibilidad de retirarse al Bajo Dvina con un movimiento circular, enviando

entretanto a Eugène para aparentar una marcha contra San Petersburgo[28]. Pensaba, dijo a Fain, que podría estar entre Riga y Smolensk a mediados de octubre. Sin embargo, cuando empezó a escudriñar los mapas y emitir órdenes, solo Eugène secundó la idea. Para otros oficiales veteranos era «repugnante», puesto que el ejército debía descansar, y marchar hacia el norte supondría «buscar el invierno, como si no estuviese viniendo ya demasiado pronto», y urgieron a Napoleón para que pidiese la paz a Alejandro[29]. Los cirujanos precisaban de más tiempo para tratar a los heridos, y Moscú aún poseía recursos bajo los escombros[30]. Napoleón dijo a sus consejeros: «No penséis que los que han incendiado Moscú son personas que vayan a hacer las paces pocos días después; si los partidarios de tomar esta determinación dominan hoy el gabinete de Alejandro, las esperanzas que veo que albergáis son vanas»[31]. Se propuso otro plan: marchar contra la cercana corte de Alejandro, a unos 650 kilómetros, en San Petersburgo, pero Berthier y Bessières le convencieron rápidamente, por motivos logísticos, «de que no tenían ni el tiempo, ni las provisiones, ni las carreteras, ni uno solo de los requisitos para una expedición tan extensa»[32]. En su lugar debatieron la posibilidad de tomar Kaluga y Tula, unos 160 kilómetros al sur, granero y arsenal de Rusia, respectivamente, o retirarse a Smolensk. Napoleón se decantó finalmente por la opción que acabaría siendo la peor; volver al Kremlin –que había sobrevivido al fuego– el 18 de septiembre, y esperar para ver si Alejandro acordaba terminar con la guerra. «No debería haber permanecido en Moscú más de dos semanas como máximo –dijo más tarde–, pero me embaucaron día a día»[33]. Falso. Alejandro no embaucó a Napoleón para hacerle creer que le interesaba la paz; se limitó a no responder, ni positiva ni negativamente. Napoleón tampoco se engañó a sí mismo; el incendio de Moscú le reafirmó en su convicción de que no sería posible la paz, por la que habría estado dispuesto a aceptar en pago algo tan nimio como la vuelta de Rusia al Sistema Continental[34]. La razón para quedarse en Moscú tan prolongadamente fue que pensó que disponía de mucho tiempo antes de tener que volverse con el ejército a Smolensk para pasar el invierno, prefiriendo mantenerse mientras tanto a costa de su enemigo.

El 18 de septiembre distribuyó 50.000 rublos del botín entre los moscovitas que habían perdido sus hogares, y visitó un orfanato, disipando el rumor de que se comería a sus ocupantes[35]. «Moscú era una ciudad muy hermosa», escribió

a Maret, en pretérito. «Rusia tardará doscientos años en recuperarse de las pérdidas que ha sufrido»[36]. Mientras las lluvias otoñales apagaban los últimos fuegos, que en algunos lugares habían ardido durante seis días, escribió a Alejandro el día 20. El portador de la carta fue el hermano del delegado ruso en Cassel, el oficial de más alto rango capturado en Moscú, lo que da fe de la magnitud que alcanzó la evacuación de los nobles de la ciudad. «Si Su Majestad aún conserva un resto de sus antiguos sentimientos hacia mí, tomará esta carta de buen grado», comenzaba.

> La hermosa y espléndida ciudad de Moscú ya no existe; Rostopchin la hizo arder… La administración, los magistrados y los guardias deberían haber permanecido, como se hizo dos veces en Viena, Berlín y Madrid… He declarado la guerra a Su Majestad sin animosidad. Una carta tuya antes o después de la última batalla habría detenido mi marcha, e incluso podría haber admitido sacrificar la ventaja de entrar en Moscú[37].

Al recibirla, el Zar hizo llamar apresuradamente a lord Cathcart, embajador británico, para decirle que veinte catástrofes como la sufrida en Moscú no le harían abandonar la lucha[38]. La lista de ciudades expuesta por Napoleón en la carta –y podría haber sido más larga– demostraban que sabía por experiencia que capturar la capital del enemigo no hacía que se rindiese, y Moscú ni siquiera era la capital gubernamental de Rusia. Lo que había garantizado sus victorias había sido la destrucción del ejército principal del enemigo en Marengo, Austerlitz y Friedland, y Napoleón había fracasado en su intento en Borodino.

Mientras aguardaba la respuesta de Alejandro, se esforzó en acomodar a sus tropas, organizando espectáculos; sin embargo, hubo de poner freno a determinadas prácticas. «A pesar de las repetidas advertencias –se lee en una orden–, los soldados continúan aliviándose en el patio, incluso bajo las propias ventanas del Emperador; se proclama, pues, la orden de que cada unidad designe a batallones de castigo para excavar letrinas y… emplazar cubos en las esquinas de los barracones, que serán vaciados dos veces al día»[39]. Napoleón empleó sus días en el Kremlin para reorganizar las unidades del ejército, haciendo recuento de las bajas, pasando revista y estudiando los detallados informes acerca de su situación, que le pusieron al corriente de que disponía aún de

100.000 efectivos tras la llegada de refuerzos. Mientras tanto, empezaron a amontonarse a carretadas las balas de cañón recogidas en el campo de Borodino[40]. Le gustaba cultivar la apariencia de constante actividad; uno de sus ujieres, Angel, confesó más tarde que había recibido la orden de encender dos velas frente a la ventana de Napoleón todas las tardes, «para que las tropas exclamasen: ¡Mira, el Emperador no duerme ni de noche ni de día! ¡Siempre está trabajando!»[41].

Al enterarse del aprieto por el que pasaba la *trouppe* de catorce actores franceses de madame Aurore Bursay, atracada tanto por los rusos como por los galos, acudió en su auxilio, y le pidió que representase 14 obras, sobre todo comedias y ballets, en el Teatro Posniakov[42]. No asistió, pero escuchó declamar al *signor* Tarquinio, famoso cantante moscovita. Promulgó una nueva regulación para la Comédie-Française y decidió enviar la gigantesca cruz de oro del campanario de Iván el Terrible a la cúpula de los Inválidos[43]. Cuando la bajaron descubrieron que en realidad era madera dorada, y en su retirada la división polaca del general Michel Claparède la arrojó al Berezina[44].

Un aspecto en el que Napoleón podía haber causado grandes problemas a la clase gobernante rusa habría sido la liberación de los siervos de su pertenencia vitalicia a los terratenientes aristocráticos. La violenta revuelta de los siervos de Emelian Pugachev, en torno a 1770, presagió en cierto modo la Revolución Francesa, y la élite rusa temía que Napoleón pudiese remontarse hasta sus antiguas ideas[45]. Ordenó que le proporcionasen los documentos que se conservaban en los archivos del Kremlin acerca de la revuelta de Pugachev, y solicitó información a Eugène sobre un alzamiento campesino en Velikiye: «hazme saber qué tipo de decreto y proclamación se puede hacer para impulsar la revuelta de los campesinos de Rusia, y ganármelos»[46]. A pesar de haber abolido el feudalismo en todos los territorios conquistados, no emancipó a los siervos rusos, porque les consideraba ignorantes y poco civilizados[47]. Tampoco habría sido de gran ayuda a la hora de sentar a Alejandro a la mesa negociadora.

La primera semana de octubre envió al antiguo embajador en Rusia, Jacques de Lauriston, a hablar con Kutuzov, atrincherado en Tarutino, más allá del río Nara, a 90 kilómetros al suroeste de Moscú. De acuerdo con Ségur, las palabras de despedida de Napoleón fueron: «Quiero la paz, necesito la paz, obtendré

como sea la paz, ¡pero salva mi honor!»[48]. Kutuzov se negó a conceder un salvoconducto a Lauriston para San Petersburgo, y propuso en su lugar como mensajero al príncipe Sergei Volkonski. De nuevo, no hubo respuesta. Durante este tiempo Murat estaba perdiendo cada día, a manos de las incursiones cosacas en los suburbios de Moscú, unos 40 o 50 hombres, mientras las tropas de Kutuzov se incrementaban hasta los 88.300 soldados regulares, 13.000 cosacos del Don y otros 15.000 irregulares cosacos y baskires a caballo, con 622 cañones. Por su parte, Napoleón solo recibió 15.000 tropas de refuerzo en los 35 días que pasó en Moscú, donde 10.000 hombres habían muerto por heridas de guerra o enfermedad.

El agradable clima de Moscú, que Napoleón describió a María Luisa como «tan templado como en París» el 6 de octubre, restó importancia aparente al hecho de que los soldados se hubiesen desprendido de su ropa de invierno en la abrasadora marcha desde Niemen, aunque sí que le preocupó no poder comprar los zapatos, botas y caballos que pronto necesitaría[49]. En una segunda carta a María Luisa ese día le pidió que persuadiese a su padre de que reforzase el cuerpo de Schwarzenberg, «lo que le hará merecer crédito»[50]. Desconocía que Metternich había ofrecido al Zar en secreto la garantía de que Austria no lo haría; Schwarzenberg comenzó a comportarse de un modo sospechosamente independiente, evitando en lo posible cualquier enfrentamiento con los rusos. «Ahora mismo», dijo Napoleón a Fain a mediados de septiembre, reconociendo los otros fracasos diplomáticos de ese año, «Bernadotte debería estar en San Petersburgo, y los turcos en Crimea»[51].

Napoleón había hecho acopio de todos los almanaques y registros disponibles sobre el invierno ruso, que le informaron de que hasta noviembre no debía esperar temperaturas bajo cero. «No se ha desatendido ninguna información, ningún cálculo en esta materia, y todas las posibilidades se reafirmaron», observó Fain; «es en diciembre y enero cuando el invierno ruso se vuelve severo. En noviembre los termómetros no bajan mucho más de los 6º»[52]. Las mediciones recogidas los veinte años anteriores indicaban que el río Moscova no se congelaba hasta mediados de noviembre, y Napoleón confiaba en que eso le proporcionaba tiempo más que suficiente para regresar a Smolensk. El ejército había tardado menos de tres semanas en llegar desde allí hasta Moscú, contando con los tres días de Borodino[53].

La *Historia de Carlos XII* de Voltaire, que Napoleón leyó en Moscú, describía un invierno ruso tan frío que los pájaros se congelaban en el aire, cayendo desde el cielo como si hubiesen sido abatidos[54]. El Emperador estudió también los tres volúmenes de la *Historia Militar de Carlos XII*, obra del chambelán del rey Gustavus Adlerfeld, publicada en 1741, que finaliza con el desastre de Poltava[55]. Adlerfeld atribuye la derrota del rey de Suecia a la obstinada resistencia rusa, y al «penetrante» frío invernal. «En una de esas marchas cayeron muertos de frío dos mil hombres», se lee en un pasaje del tercer volumen, y en otro se habla de tropas suecas «reducidas a calentarse con la piel de las bestias que encontraban; carecían con frecuencia hasta de pan; se vieron forzados a hundir casi todos los cañones en ciénagas y ríos, por carecer de caballos para arrastrarlos. Este ejército, antaño tan notable, estaba (…) a punto de perecer de hambre»[56]. Adlerfeld describió las noches, «extremadamente frías (…), muchos murieron por la intensidad extrema del frío, y un gran número perdió el uso de los miembros, pies y manos». Solo con esto Napoleón debería haber comprendido de inmediato el rigor del invierno ruso. Cuando el ejército abandonó definitivamente Moscú el 18 de octubre, dijo a sus subordinados: «Apresuraos, debemos estar en los cuarteles de invierno en veinte días»[57]. La primera gran nevada cayó diecisiete días después, así que solo se equivocó por tres. El único motivo para tomar una ruta distinta de la original, y más larga, hasta Smolensk, fue de carácter militar, y no a causa de una indiferencia por el clima.

Las primeras ventiscas se desencadenaron el día 13. El suministro de forraje para los caballos, que partían con frecuencia en incursiones desde Moscú al amanecer y no volvían hasta que caía la noche, exhaustos, había alcanzado su punto crítico[58]. Napoleón, que no había recibido respuesta de Alejandro y veía cómo se iba acercando el invierno, dio la orden de evacuar Moscú cinco días después. El regreso de Lauriston el día 17, con el rechazo de Kutuzov de firmar un armisticio, le reafirmó en su decisión. Mientras la Grande Armée, compuesta ya por unos 107.000 hombres, miles de civiles, 3.000 prisioneros rusos, 550 cañones y más de 40.000 vehículos atestados con el fruto de un mes de saqueo –que decidieron cargar, en lugar de transportar provisiones–, comenzaba la evacuación de Moscú el día 18. Kutuzov organizó un impactante ataque por sorpresa en Tarutino –también llamado Vinkovo–, en el que Murat perdió 2.000

hombres, muertos o heridos, y fueron capturados otros 1.500, además de 36 cañones[59].

Napoleón dejó Moscú, bajo un sol brillante, hacia el mediodía del 19 de octubre de 1812, tomando la carretera sur hacia Kaluga –a la que rebautizó como Calígula, al igual que había llamado «Gourgaud» a Glogau–, a 180 kilómetros al suroeste[60]. No descartó la opción de dirigirse a Tula, donde confiaba en acabar con las fábricas de armas rusas, y alcanzar la fértil Ucrania mientras recibía los refuerzos de Smolensk, ni tampoco el regreso, de ser necesario, a Smolensk y Lituania. Ambas le permitían esgrimir la retirada de Moscú como un simple repliegue estratégico, el siguiente paso en su campaña de castigo contra Alejandro. Pero su ejército, lento y torpe, avanzaba demasiado despacio para el tipo de operación que quería poner en marcha, y el barro producido por la fuerte lluvia que cayó la noche del 21 de octubre lo ralentizó aún más. Kutuzov no supo de la evacuación hasta dos días después, pero este hecho no revistió gran importancia, porque la Grande Armée renqueaba a lo largo de una columna de casi 100 kilómetros. Envió al general Dokhturov, con el 6º Cuerpo, para bloquear la ruta de Napoleón en Maloyaroslavets. Llegó el 23, y al día siguiente se topó de frente con la retaguardia de Eugène, encabezada por el general Alexis Delzons.

Se ha acusado al Emperador de poner en práctica una venganza corsa al ordenar a Mortier que volase el Kremlin, pero fue un modo de mantener todas las opciones abiertas. Dijo al general de Lariboisière que «es posible que regrese a Moscú», y calculó que sería más fácil retomarla sin ese gran punto defensivo[61]. Mortier colocó 180 toneladas de explosivos en las criptas del Kremlin, y Napoleón escuchó la explosión a la 1.30 de la noche del 20, a 40 kilómetros. Alardeó en el boletín de que «el Kremlin, antigua ciudadela, coetánea del auge de la monarquía [de los Romanov], este palacio de los zares, ha dejado de existir», aunque en realidad, aparte de la destrucción del arsenal, de una de las torres y de la puerta Nikolski, y los daños al campanario de Iván, el resto del Kremlin resistió[62]. Napoleón apremió a Mortier también para que evacuase de Moscú a todos los heridos, remontándose de nuevo a los precedentes clásicos: «Los romanos concedieron coronas cívicas a los que salvaron a los ciudadanos; el duque de Treviso lo merecerá siempre y cuando

salve a los soldados… que haga que monten sobre los caballos de sus hombres y los suyos. Es lo que hizo el Emperador en Acre»[63]. Mortier cargó con todos los que se podían mover, pero 4.000 de ellos tuvieron que ser abandonados en una inclusa. Justo antes de partir, Napoleón hizo que fusilasen por incendiarios a 10 prisioneros de guerra rusos[64]. No fue como Jaffa, pero sí que fue un inexplicable acto de crueldad, que además tampoco jugaría a favor de los heridos franceses que habían tenido que abandonar.

La batalla de Maloyaroslavets, la tercera mayor de la campaña, que se desarrolló en torno al río Luzha el 24 de octubre, tuvo unas consecuencias mucho mayores que su resultado inmediato. Los franceses lograron capturar y mantener la ciudad, y Kutuzov huyó por la carretera de Kaluga, pero la implacable lucha –durante la que la ciudad cambió nueve veces de manos en un día– convenció a Napoleón, que solo llegó al final, de que los rusos disputarían sin tregua la ruta sur. «No basta con matar a un ruso», empezó a decirse con admiración en la Grande Armée, «también hay que tirarle al suelo». A pesar de que el Emperador definió Maloyaroslavets como una victoria, el cartógrafo capitán Eugène Labaume, crítico mordaz, citó las palabras de los soldados: «Dos "victorias" así y a Napoleón no le quedará ejército»[65]. Maloyaroslavets ardió hasta los cimientos, y hoy solo se conserva un monasterio de piedra, con la puerta cubierta de agujeros de bala, pero la disposición de los montones de cuerpos calcinados indicaron al Emperador cuán obstinada había sido la lucha rusa.

Bessières se presentó a las 11 en su cuartel, instalado en la cabaña de un tejedor cercana al puente de Gorodnya, una aldea a unos 90 kilómetros al suroeste de Moscú, para transmitirle su opinión de que las posiciones de Kutuzov siguiendo la carretera eran «inexpugnables». Cuando Napoleón fue al día siguiente a las 4 de la mañana para comprobarlo por sí mismo –desde el promontorio situado al otro lado del torrente no puede verse más allá de la ciudad– una extensa partida de ulanos tártaros –caballería ligera– que se le acercaron a unos 30 metros al grito de «*Houra! Houra!*» (¡Botín, botín!) estuvo a punto de capturarle, hasta que doscientos soldados de caballería de la Guardia les dispersaron[66]. Más tarde se rio con Murat de esta escapada, pero en adelante portó siempre una cápsula con veneno al cuello por si era atrapado. «Las cosas se están poniendo feas», dijo a Caulaincourt una hora antes del

amanecer del día 25. «Derroto a los rusos siempre, pero esto no se acaba nunca»[67]. No era del todo cierto, porque el revés de Murat en Tarutino había sido importante, aunque él no hubiese estado presente.

Fain afirmó que Napoleón se mostró «conmovido» por el gran número de heridos en Maloyaroslavets, y preocupado por su sino; ocho generales, Delzons incluido, habían muerto o habían sido heridos[68]. Proseguir por la ruta de Kaluga les llevaría casi con total seguridad a una nueva batalla sangrienta, mientras una retirada por el norte hacia los almacenes de provisiones de la carretera Moscú-Smolensk, por la que habían pasado el mes anterior, evitaría ese avatar. Existía la posibilidad de una tercera ruta, por Medyn y Yelnya, donde les esperaba una división de refuerzo fresca. Napoleón escribió el 6 de noviembre acerca de Yelnya: «Se dice que la región es hermosa y con amplios suministros»[69]. De haber tomado esa ruta, aunque los mapas no indicasen el estado de las carreteras, podrían haber alcanzado Smolensk antes de las primeras nieves. ¿Pesaba, entre las consideraciones de Napoleón, que ahora la Grande Armée arrastraba consigo una retahíla de carros, carruajes, prisioneros, acompañantes civiles y frutos del botín? No consta. Lo que sí influyó en su decisión fue que los 90.000 soldados de Kutuzov le acosarían por el flanco izquierdo durante todo el trayecto hasta Yelnya, y que un ejército que se extendía a lo largo de casi 100 kilómetros sería vulnerable en demasiados puntos. Moverse a ciegas por un territorio, la pesadilla de cualquier intendente, parecía más arriesgado que regresar a través de la ruta de Mozhaisk, en la que al menos tenían localizados los depósitos de comida. Por otra parte, llevaría mucho más tiempo zigzaguear durante varios cientos de kilómetros hacia el norte, además cuando el invierno se estaba aproximando.

Napoleón no solía convocar consejos de guerra –durante las campañas contra Rusia y Prusia en 1806 y 1807, ni una sola vez–, pero en ese momento lo hizo. La noche del sábado 25 de octubre la cabaña del tejedor, cuya única estancia dividida por un simple lienzo acogía el dormitorio del Emperador y su estudio, recibió a una galería de mariscales y generales a los que Napoleón quería escuchar antes de tomar la decisión crucial. «La miserable morada de un humilde trabajador», escribió uno de sus ayudas de campo, «albergó en su interior a un emperador, dos reyes y tres generales»[70]. Napoleón afirmó que la costosa victoria en Maloyaroslavets no había compensado la clara derrota de

Murat en Tarutino; pretendía atacar el sur hacia Kaluga, a través del grueso del ejército ruso que copaba esa carretera. Murat, resentido por su severo fracaso, lo suscribió, y presionó para que se atacase Kaluga inmediatamente. Davout apostó por la otra ruta, de momento sin defensa, por el sur vía Medyn a través de los intactos y fértiles cultivos de Ucrania y el Dnieper, antes de retomar la carretera principal en Smolensk, ganando varios días de ventaja a Kutuzov, si todo iba bien. El «Mariscal de Hierro» temía que continuar la persecución de Kutuzov a través de la carretera de Kaluga empujaría a la Grande Armée aún más profundamente en Rusia, sin conseguir una batalla decisiva antes de que cayesen las primeras nieves, mientras hacer virar a todo el ejército sobre su eje por la carretera Mozhaisk-Smolensk provocaría retrasos, atascos y problemas de abastecimiento.

«Smolensk era el fin», observó Ségur. «¿Debían marchar allí por Kaluga, por Mdyn o por Mozhaisk? Napoleón estaba sentado a la mesa, con la cabeza entre las manos, ocultando tanto el rostro como la angustia que los demás expresaban indudablemente»[71]. La mayoría de los presentes consideraban que, estando gran parte del ejército ya detenido en Borovsk, camino a Mozhaisk, con numerosos cañones que no habían participado en Maloyaroslavets, la ruta Borovsk–Mozhaisk–Smolensk era la más apropiada. Señalaron que «sería extenuante cambiar de dirección [para seguir a Kutuzov] para la caballería y la artillería, ya agotadas, y nos quitaría cualquier iniciativa que tuviésemos frente a los rusos». Si Kutuzov «no se detenía y luchaba en una posición tan buena como Maloyaroslavets, difícilmente combatiría a 90 kilómetros de allí», argumentaron. Eugène, Berthier, Caulaincourt y Bessières fueron de esta opinión. Murat criticó con furia el plan de Davout de encaminarse a Medyn, porque expondría el flanco del ejército al enemigo; esto precipitó un acalorado intercambio de puntos de vista entre los dos mariscales, que hacía tiempo que mantenían una relación tensa. «Bueno, caballeros», dijo Napoleón al dar por concluida la sesión esa noche. «Decidiré»[72]. Eligió la ruta norte hacia Smolensk. La única explicación que dio para la decisión probablemente más funesta de su reinado se puede hallar en lo que indicó a Berthier que escribiese a Junot sobre los rusos, «Marchamos el día 26 para atacarles, pero estaban retirándose; [Davout] les persiguió, pero el frío y la necesidad de descargar a los heridos que acompañaban al ejército hicieron al Emperador decidir ir a Mozhaisk y desde allí

a Vyazma»[73]. No tenía sentido; si el enemigo se estaba retirando, sería el momento ideal para atacarle. En el norte haría mucho más frío, y las necesidades de los heridos nunca antes habían determinado la estrategia. Cuando, años después, Gourgaud trató de culpar a Murat y Bessières por la ruta que tomó el ejército, Napoleón le corrigió: «No, yo era el amo, y mía fue la culpa»[74]. Como un héroe trágico de Shakespeare, eligió la senda fatal cuando existían otras. Ségur describió Maloyaroslavets como «ese campo funesto que detuvo la conquista del mundo, donde veinte victorias se desvanecieron en el aire, y donde nuestro gran imperio empezó a hacerse añicos contra el suelo». Los rusos fueron más simples, pero no menos precisos, al erigir una pequeña placa conmemorativa en el campo de batalla: «Fin de la ofensiva. Inicio de la ruina y derrota del enemigo».

Tan pronto como Kutuzov descubrió que Napoleón se retiraba, hizo virar a su ejército y adoptó la estrategia de las «señales paralelas» para empujarle fuera de Rusia, marchando junto a los franceses y atacando cuando percibía una debilidad, pero negando a Napoleón la posibilidad de lanzar un contraataque decisivo. Napoleón se había retirado de Acre y de Aspern-Essling, pero en ninguna de estas situaciones se aproximaba a lo que ahora debía encarar, sobre todo cuando el termómetro se desplomó a finales de octubre a -4 ºC. En sus memorias, *El crimen de 1812*, Labaume rememoró el continuo estallido en la retaguardia, que hacía volar por los aires sus propios carros de munición, «que reverberaba a lo lejos como el rugido del trueno». Los caballos que debían arrastrarlos habían muerto, en algunos casos por consumir la paja podrida de la techumbre de las chozas. Al alcanzar Ouvaroskoe, Labaume encontró «numerosos cadáveres de soldados y campesinos, niños con la garganta rajada, y jóvenes asesinadas después de ser violadas»[75]. Dado que Labaume pertenecía al mismo ejército que los que habían perpetrado esos crímenes, no hay motivos para pensar que se hubiese inventado esas atrocidades, que empezaron una vez se disipó la disciplina.

Aquellos que habían conservado pan desde que estaban en Moscú, ahora «se arrastraban para comérselo a escondidas»[76]. Los días 29 y 30 de octubre el ejército se estancó –dejó de marchar– pasado el campo de batalla de Borodino, repleto de «huesos carcomidos por perros famélicos y aves de rapiña». Se halló a

un soldado francés que, con las dos piernas rotas, había sobrevivido dos meses comiendo hierbas y raíces, y los escasos trozos de pan que encontró entre los cadáveres, durmiendo por la noche en las entrañas abiertas de los caballos. A pesar de que Napoleón había ordenado que se subiera a los heridos a los carros, algunos fueron empujados fuera poco después con escasa ceremonia[77]. A finales de octubre hasta los generales comían carne de caballo[78]. El 3 de noviembre Davout rechazó un intento ruso de rodearle en Vyazma, con Ney, Eugène y Poniatowski –herido–, que se volvieron para auxiliarle. El inusual número de prisioneros franceses capturados, 3.000, indica lo cerca que estaba la Grande Armée de desmoralizarse.

La primera nevada importante cayó el 4 de noviembre, mientras los franceses se retiraban desordenadamente de Vyazma. «Muchos, sufriendo más por el frío que por el hambre, abandonaron sus equipos», observó Labume, «y se tumbaron junto a una gran hoguera que habían encendido, pero cuando llegó la hora de partir, estos pobres desgraciados no tenían fuerzas para levantarse, y prefirieron caer en manos del enemigo antes que continuar la marcha»[79]. También esto requería valor, porque corrían los rumores que afirmaban que los campesinos y los cosacos estaban igualando a turcos, calabreses y españoles en el trato a los prisioneros franceses, incluyendo despellejarlos vivos; algunos campesinos compraban prisioneros a los cosacos a dos rublos por cabeza. A los más afortunados se les despojaba de su ropa, dejándolos desnudos en la nieve, pero la tortura también era frecuente, provocando un alto índice de suicidios en la retirada[80]. Incluso la rendición en masa frente al ejército regular ruso equivalía a una condena a muerte; de una columna de 3.400 prisioneros de guerra franceses solo sobrevivieron 400; en otra, 16 de 800. Cuando unos campesinos capturaron a 50 soldados franceses y les quemaron vivos en un pozo, «un joven tamborilero guio con valor al leal grupo, saltando el primero a la fosa»[81]. También hubo hechos puntuales de altruismo; Labaume rememoró a un soldado francés que compartió su comida con una famélica mujer rusa que acababa de dar a luz en un cementerio, por ejemplo. Pero el cuadro de la retirada evocaba reminiscencias generales de la descripción del Hades de El Bosco[82].

Ney tomó el mando de la retaguardia el 5 de noviembre, mientras las nevadas cubrían las señales y helaban las carreteras. Se había prestado escasa atención al refuerzo contra el hielo necesario para las herraduras, excepto entre

los polacos y algunos regimientos de la Guardia, lo que hizo que muchos caballos resbalasen y cayesen. Para la segunda semana de noviembre, «el ejército acabó por perder la moral y la organización militar. Los soldados dejaron de obedecer a sus oficiales; los oficiales no respetaban a los generales, los regimientos deshechos marchaban como podían. Se dispersaron por la llanura en busca de comida, saqueando e incendiando todo a su paso… Atormentados por el hambre, se abalanzaban sobre los caballos en cuanto caían, y se peleaban por sus restos como lobos famélicos»[83]. Mientras tanto, el frío hacía perder dedos de pies y manos, narices, orejas y órganos sexuales[84]. «Los soldados caían», recordó Castellane, de la Guardia Real Italiana, «les salía un poco de sangre de entre los labios, y se acabó. Al ver estos signos de una muerte cercana, muchas veces sus camaradas les daban un empujón, les tiraban al suelo y les quitaban la ropa antes de que estuviesen muertos»[85].

El 6 de noviembre Napoleón recibió en Dorogobuzh, a través de una carta de Cambacérès, la noticia insólita de que el general Claude-François de Malet había tratado de dar un golpe de estado en París dos semanas antes. Para ello había falsificado un documento que afirmaba que Napoleón había muerto bajo las murallas de Moscú, y una senato-consulta que designaba al general Moreau como presidente interino[86]. Con menos de 22 compañeros de conspiración, Malet se había hecho con el control de 1.200 Guardias Nacionales a las 3 de la mañana del 23 de octubre. Arrestaron al ministro de Interior, Savary, y le llevaron a la prisión de La Force, y el prefecto de la policía, Pasquier, fue expulsado de las dependencias de este cuerpo[87]. El gobernador de París, el general Hulin, recibió un disparo en la mandíbula, donde la bala quedó alojada, dando origen a su apodo, «*Bouffe-la-balle*» («Comebalas»)[88]. François Frochot, prefecto del Sena y miembro del Consejo, dio por buena la historia de Malet y no se opuso a él, por lo que fue despedido más tarde.

Cambacérès logró mantener la calma, doblando los centinelas que custodiaban a María Luisa y al Rey de Roma en Saint-Cloud, y ordenando al mariscal Moncey, comandante de la gendarmería, que reuniese tropas de los departamentos cercanos, liberase a Savary y reinstaurase a Pasquier en su puesto[89]. «A las 9 de la mañana ya había terminado todo –apuntó Lavalette–, y los felices habitantes de París, al despertar, descubrieron este hecho singular, haciendo algunos chistes buenos sobre él»[90]. Napoleón no le encontró la

gracia por ningún lado, y le enfureció que nadie, aparte de Cambacérès, pareciese haber pensado que María Luisa o su hijo serían los regentes legítimos de Francia en caso de que él muriese. «Napoleón II –lamentó ante Fain–, ¡nadie pensó en él!»[91]. En la escueta corte marcial del 29 de octubre el antiguo prisionero político y devoto republicano Malet, antes de ser fusilado junto con otras 12 personas, respondió a una pregunta afirmando: «¿Quiénes son mis cómplices? ¡De haber tenido éxito, todos vosotros habríais sido mis cómplices!»[92]. Napoleón se temía que fuese cierto. La conspiración de Malet le recordó cuánto dependía de él la dinastía que acababa de inaugurar.

Con el termómetro desplomado hasta los -30 ºC el 7 de noviembre, y ventiscas continuas, la retirada se ralentizó hasta alcanzar un paso de tortuga. En cuestión de días murieron unos 5.000 caballos. Al expirar, el aliento de los soldados se convertía en témpanos de hielo, los labios se les pegaban y los agujeros de la nariz se les congelaban. Como en un eco de la oftalmia del desierto padecida en Egipto, ahora quedaban cegados por la nieve. La camaradería se hundió; se cobraba un luis de oro por sentarse junto al fuego, y nadie compartía la comida o el agua; se comían el forraje de los animales, y los carruajes aplastaban los cuerpos de los que caían al suelo[93]. El general conde Louis de Langeron, emigrado francés que dirigía una de las divisiones rusas, vio «un hombre muerto, con los dientes firmemente clavados en el anca de un caballo que aún se estremecía»[94]. El 8 de noviembre Eugène advirtió a Berthier de que «estos tres días de sufrimientos han deprimido tanto el ímpetu de los soldados que no podrán realizar ningún esfuerzo más. Muchos han muerto de frío o de hambre, y otros, desesperados, buscan que el enemigo les capture»[95]. Se dieron numerosos casos documentados de canibalismo; el oficial de enlace británico de Kutuzov, sir Robert Wilson, descubrió en grupos de franceses capturados junto al fuego que «muchos se afanaban en mondar con los dedos y darse un festín con la carne chamuscada de los restos de sus camaradas»[96].

El ejército ruso del general de origen alemán Peter Wittgenstein desde el norte, y el del almirante Paul Chichagov desde el sur, ambos encaminados hacia el río Berezina, podían acabar atrapando a todo el ejército. Napoleón llegó a Smolensk a mediodía del 9 de noviembre, pero todavía le faltaban 250 kilómetros hasta Borisov, al este, donde había un puente para cruzar el Berezina.

Entre él y el puente estaba Kutuzov, que había desarrollado una posición de bloqueo en Krasnoi, preparado para la batalla. Dos días antes Napoleón había enviado un mensaje codificado urgente al mariscal Victor, ordenándole que marchase sin falta hacia el sur desde Vitebsk:

> Este movimiento es de la máxima importancia. En unos días podrías tener la retaguardia invadida de cosacos; el ejército y el Emperador estarán mañana en Smolensk, pero agotados tras una marcha sin descanso de 120 ligas. Toma la ofensiva, de eso depende la salvación de los ejércitos; cada día de retraso es una calamidad. La caballería va a pie, el frío ha matado a todos los caballos. Marcha, es la orden que dan el Emperador y la necesidad[97].

El templado y tenaz Victor llegaría justo a tiempo.

Las fuerzas de Napoleón se habían reducido ya hasta los 60.000 hombres –aunque habían dejado de llevar el registro–, y gran parte de la artillería había sido desmontada y enterrada durante la ruta por la falta de caballos para arrastrarla. En tres kilómetros a la redonda del río Vop solo se veían carros de munición, cañones, carruajes, candelabros, antiguas esculturas, pinturas y porcelana. Un bromista lo describió como «mitad parque de artillería, mitad almacén de una casa de subastas». Mientras tanto, según observó otro soldado, los perros lobo, «aullando como si hubiesen enloquecido, se peleaban furiosos con los soldados por los cadáveres de los caballos esparcidos por la carretera. Los cuervos… atraídos por la pestilencia de los cuerpos muertos, se arremolinaron en negras nubes sobre nosotros»[98].

Casi todas las provisiones de Smolensk se consumieron el primer día, aunque el ejército tardó en llegar cinco más, por lo que, cuando se presentó la retaguardia de Ney, no encontró nada. Larrey llevaba un termómetro en la capa que marcaba -16 ºF (-26 ºC), y observó que el frío extremo hacía que hasta la herida más pequeña se gangrenase[99]. Napoleón luchó en un combate desesperado durante cinco días en Krasnoi, del 14 al 18 de noviembre, mientras los Cuerpos agotados de Ney, Davout y Eugène trataban de irrumpir por entre el ejército de Kutuzov para alcanzar el Berezina. Unos 13.000 hombres murieron y 26.000 fueron capturados, entre ellos 7 generales[100]. En Smolensk se habían desmontado 112 cañones, y otros 123 fueron capturados en Krasnoi, dejando a

Napoleón casi sin artillería ni caballería[101]. No obstante, se mantuvo admirablemente tranquilo durante la batalla, mientras luchaba por mantener la carretera de Borisov abierta tanto tiempo como fuese posible. Kutuzov, a pesar de doblar casi en número a los franceses, no fue capaz de asestar el golpe de gracia que habría logrado si hubiese lanzado a Tormasov en el momento oportuno. Los rusos también pasaron grandes penurias; en Tarutino, Kutuzov disponía de 105.000 hombres; cuando terminó la batalla de Krasnoi solo eran 60.000. Sin embargo, aún pudo proseguir con su estrategia paralela.

«Es imposible expresar la pena de Napoleón, al averiguar la situación desesperada del más valiente de sus valientes mariscales», resumió Bausset el período en el que Napoleón creyó que el Cuerpo de Ney al completo había sido aniquilado mientras regresaba de Krasnoi. «Ese día le escuché varias veces emplear términos que mostraban la agitación extrema de su mente»[102]. Ney logró finalmente unirse al grueso del ejército en Orsha, a medio camino entre Smolensk y Borisov, el 21 de noviembre, pero solo con 800 hombres de un cuerpo que había atravesado con él el Niemen en junio con 40.000 componentes. «Los que han regresado», proclamó Ney, «tienen las pelotas atadas con alambre»[103]. Al saber que Ney había sobrevivido, Napoleón dijo: «Tengo más de cuatrocientos millones [de francos] en los sótanos de las Tullerías, y los habría pagado gustoso por el rescate de mi leal compañero de armas»[104][**].

«Muchos de vosotros han abandonado sus colores y han procedido por su cuenta, traicionando así su deber, y la seguridad del Ejército», proclamó desde Orsha el 19 de noviembre. «Los culpables serán arrestados y castigados sumariamente». Por una vez, sus palabras tuvieron poco efecto. Ese mismo día quemó las notas que había estado tomando para su autobiografía, de la que nada más se ha sabido. El 21 de noviembre las primeras unidades de la turba armada, antaño dignificada con el nombre de Grande Armée, divisó los 100 metros de anchura del Berezina, de riberas pantanosas, descubriendo que la orilla occidental estaba ocupada por los rusos de Chichagov, que habían capturado el puente de Borisov, el único en ese tramo, y lo habían incendiado. Wittgenstein amenazaba el flanco derecho francés en su marcha por la orilla este. Kutuzov le seguía por detrás. En total se movían unos 144.000 rusos en torno a 40.000 efectivos franceses, con el único refuerzo de Victor y Oudinot, con varios miles

de rezagados y civiles. Langeron observó a las tropas rusas «golpeando a los desafortunados rezagados» en la cabeza con la culata de los mosquetes, llamándoles «incendiarios de Moscú»[105].

Lo que ocurrió después, en la fase más peligrosa de la retirada de Moscú, se convertiría en parte integral de la épica napoleónica. A pesar de que Napoleón había ordenado a Éblé deshacerse de los seis carros de herramientas de los pontoneros para aligerar la carga, por fortuna este le había desobedecido. Oudinot sugirió cruzar el Berezina a través de la aldea de Studzianka –que significa «muy, muy fría» en bielorruso– y Napoleón accedió a intentarlo. Trabajando con sus 400 ingenieros, casi todos holandeses, en las aguas crecidas del río helado, atravesado por balsas de hielo de hasta 2 metros, Éblé construyó dos pontones para cruzarlo, a 13 kilómetros al norte de Borisov[106]. Uno era para la caballería, los cañones y el equipaje, y el segundo, 150 metros corriente arriba, para la infantería.

Oudinot llevó a Chichagov al sur con una maniobra de distracción, y Victor retuvo a los 30.000 hombres de Wittgenstein en el noreste en la llamada batalla de Berezina, mientras Ney, Eugène y Davout atravesaban Bobr para llegar a Studzianka[107]. Una muestra de su desesperación fue el incendio de las águilas en los bosques cercanos a Bobr el 24 de noviembre, para evitar que acabasen siendo trofeos[108]. «El tiempo es muy frío», escribió ese día Napoleón a María Luisa. «Gozo de buena salud. Dale un beso al pequeño rey de mi parte, y no dudes de los sentimientos de tu leal esposo»[109].

Los ingenieros holandeses comenzaron la construcción de los puentes a las 5 de la tarde del día siguiente, desmantelando las casas de madera de la aldea y clavando postes en el lecho de 3 metros de profundidad. Lo que describió Saint-Cyr con precisión como «el milagroso cruce del Berezina» comenzó con una temperatura que se había desplomado hasta los -33 ºC[110]. François Pils, ordenanza de Oudinot, refirió que, como la operación debía mantenerse en secreto frente a las patrullas de Chichagov en la orilla opuesta, «se advirtió a los constructores del puente que no debían hablar, y se dijo a las tropas de todos los ejércitos que se mantuviesen fuera de su vista. Como el trabajo preparatorio y los caballetes se fabricaron tras una loma, que formaba parte de la orilla, los vigías del enemigo no vieron lo que estaban haciendo nuestros trabajadores»[111].

Napoleón llegó a las 3 de la mañana el jueves 26 de noviembre. Para

entonces ya era evidente que se había construido lo que se denominó un «andamiaje precario»[112]. Vestía una capa bordada en piel y un gorro de terciopelo verde adornado también con pieles calado hasta los ojos, y pasó aquel día a orillas del río, animando a los pontoneros y dándoles vino, asegurándose de que fuesen relevados cada quince minutos para calentarse junto al fuego, y organizando otra maniobra de distracción río arriba. «Él nos sacará de aquí», recuerda Fain que decían los hombres, «con los ojos clavados en su Emperador»[113]. Al llegar Oudinot poco después de las 7 de la mañana, Napoleón les llevó a él y a Berthier hasta la orilla del río. «Bueno –dijo a Oudinot–, serás mi cerrajero para abrir este camino»[114]. Desde las 8, con la orilla opuesta defendida por un destacamento mínimo que había cruzado el río en barcas sin luchar, los pontoneros ya podían colocar los 33 postes equidistantes, de entre 1 y 3 metros de alto, en el agua helada. «Los hombres se sumergieron en el agua hasta los hombros», observó uno de los presentes, «mostrando un extraordinario coraje. Algunos se ahogaron, y desaparecieron con la corriente»[115].

Hacia las 9.30 el Emperador regresó al cuartel de Berthier y le sirvieron una chuleta, que se comió de pie. Cuando el *maître* le ofreció un salero, compuesto por un papel arrugado con una rancia sal grisácea, Napoleón bromeó: «Estás bien preparado; solo te falta sal blanca»[116]. En una situación así, exhibir sentido del humor demuestra que se poseen unos nervios de acero, o las «pelotas de alambre» de Ney. Pero también las privaciones habían hecho lógica mella en él. Un oficial suizo, el capitán Louis Bégos del cuerpo de Oudinot, opinó que Napoleón parecía «cansado y angustiado», y a otro, el capitán Rey, le causó «impacto la expresión preocupada del Emperador»[117]. Dijo a Éblé: «Está llevando mucho tiempo, general. Mucho, mucho tiempo». «Señor», respondió Éblé, «ya ve que mis hombres están con el agua hasta el cuello, y el hielo retrasa el trabajo. No tengo comida ni coñac para que se calienten». «Servirá», dijo el Emperador, mirando al suelo[118]. Poco después empezó a quejarse de nuevo, pareciendo haber olvidado lo que acababa de decirle Éblé.

Justo antes de las 11 de la mañana se terminó el primer puente, y Napoleón ordenó al 1º Batallón de la 1º Semibrigada de la 6ª División del general Joseph Albert que cruzase. «¡Vuelve mi estrella!», exclamó cuando cruzaron sin problemas[119]. Se regocijó también porque había «engañado al almirante»,

refiriéndose con razón a Chichagov[120]. El resto del Cuerpo de Oudinot cruzó al atardecer. Los puentes carecían de barandilla, estaban casi a la altura del agua y se tambaleaban inseguros y los pontoneros, casi helados, los tuvieron que reparar con frecuencia. El de la caballería pronto estuvo cubierto de estiércol, y se arrojaron al agua los cadáveres de los caballos y otros restos para evitar bloquearlo, mientras los rezagados y los civiles eran contenidos hasta que los soldados hubiesen cruzado[121]. Aquella noche Ney no pudo cruzar con sus hombres, porque tres postes habían cedido bajo el fuerte peso; hubo que repararlos dos veces antes de que consiguiesen alcanzar la otra orilla[122].

Según el diario de Jakob Walter, Napoleón escuchó claramente las maldiciones que le lanzaban las tropas mientras cruzaban el río. La unidad de Walter alcanzó

> un punto en el que Napoleón ordenó que se desenganchase a sus caballos de tiro y comió. Vio pasar a su ejército en condiciones lamentables. Es imposible conjeturar lo que pudo sentir en su interior. Su apariencia exterior parecía indiferente y despreocupada por el infortunio de sus soldados… y, aunque los franceses y los aliados gritasen frente a él maldiciones y juramentos considerándole culpable, los escuchó sin conmoverse[123].

Era una nueva experiencia para Napoleón, más acostumbrado a escuchar «*Vive l'Empereur!*» o, en el peor de los casos, algunas bromas bienintencionadas. En un ejército en el que había tantos no franceses, que no compartían sus motivaciones, las murmuraciones pronto se convirtieron en abierto disenso. A los soldados suizos, de Westfalia, de Baden y de Hesse-Darmstadt les ofendía haber luchado en una guerra que consideraban francesa, sin embargo destacaron en Berezina, donde los suizos y los de Westfalia obtuvieron la mayoría de las cruces de la Legión de Honor en las batallas que estallaron a ambos lados del río. En concreto, los cuatro regimientos suizos lograron en total 24[124].

Napoleón cruzó el inestable puente de postes a mediodía del 27 de noviembre, y esa noche durmió en una cabaña de la aldea de Zaniwski. «Acabo de vadear el Berezina», escribió a Maret en Vilnius, «pero el hielo que baja flotando por el río hace que los puentes sean muy precarios (…). El frío es

intenso y el ejército está muy cansado. No debo perder un momento para llegar a Vilnius para que nos recuperemos un poco»[125]. Se calcula que atravesaron el Berezina a través de los puentes de postes de Élbé, inestables pero eficaces, unos 50.000 soldados y rezagados recuperados. El 28 de noviembre Victor destruyó los puentes, porque se aproximaban los hombres de Wittgenstein; unos 15.000 rezagados y 8.000 civiles que no habían cruzado aquella noche quedaron a merced de los rusos. «Vi en el puente a una desafortunada mujer sentada», observó el emigrado conde de Rochechouart, «las piernas le colgaron fuera del puente y quedaron atrapadas en el hielo. Durante un día entero abrazó contra si a un niño congelado. Me suplicó que salvase a su hijo, sin darse cuenta de que lo que me ofrecía era un cadáver»[126]. Un cosaco acabó poniendo «fin a su espantosa agonía» disparándole en la cabeza. En la orilla este del río aparecían abandonados más de 10.000 vehículos; berlinas, calesas y faetones que habían superado los reiterados llamamientos de Napoleón a que fuesen incendiados. Langeron vio «cálices sagrados de Moscú, la cruz dorada de la iglesia de San Juan [Ivan] el Grande, colecciones de grabados, numerosos libros de las magníficas bibliotecas de los condes Buturlin y Razumovski, vajillas de plata, incluso porcelana»[127]. Diez años después un oficial prusiano que inspeccionaba la zona encontró «esas reliquias melancólicas amontonadas, mezcladas con los cuerpos de seres humanos y de animales, calaveras, cachivaches de hojalata, cartucheras, bridas, escarpes de piel de oso de la Guardia»[128].

El general Miloradovich llegó a Borisov el 29 de noviembre, y Kutuzov el 30. En Studzianka se erige una lápida conmemorativa que afirma que fue allí donde Kutuzov «terminó con la derrota de las tropas de Napoleón». No era cierto, y de hecho el almirante Chichagov nunca superó la vergüenza de no haberlo conseguido. Napoleón había escuchado el consejo de Oudinot y había cambiado de planes, mostrando su habitual flexibilidad sobre el terreno. Actuó con rapidez, empleó el engaño para trazar una finta brillante que arrastró a los rusos hacia el sur, y todo su ejército al completo atravesó el río sobre dos puentes precarios hechos con tablones en dos días. Fue un milagro salvador, pero tan caro que en Francia empezó a emplearse como sinónimo de desastre la expresión *une Bérézina*. «Comida, comida, comida», escribió a Maret desde la orilla occidental del río la mañana del día 29, «sin eso no habrá horrores que esta masa

indisciplinada no cometa en Vilnius. Puede que el ejército no se reúna frente al Niemen. Que no haya agentes extranjeros en Vilnius. Ahora el ejército no tiene buen aspecto»[129].

El 3 de diciembre, una vez alcanzado Molodechno (actual Maladzyechna), a 70 kilómetros al noroeste de Minsk, Napoleón editó el más famoso de sus boletines, el número 29 de la campaña de 1812. Toda la culpa del desastre recaía sobre el clima –«qué estación tan cruel»–; escribió que al descender inopinadamente la temperatura hasta los -27 ºC, «las monturas de la caballería, la artillería y de transporte perecían todas las noches, no a centenares, sino a millares (…). Fue necesario abandonar y destruir gran parte de nuestros cañones, municiones y provisiones. El ejército, tan admirable el día 6, era muy diferente el 14, casi sin caballería, sin artillería y sin transporte». Napoleón no concedía ningún mérito a los rusos por la victoria, limitándose a escribir que «el enemigo, que detectó por las huellas en las carreteras la horrenda calamidad sobrevenida al ejército francés, se atrevió a aprovecharse de ella». Describió a los cosacos como «esa despreciable caballería, que solo sabe hacer ruido y es incapaz de atravesar a una compañía de *voltigeurs*», pero admitió que la división del general Louis Partouneaux al completo, parte del cuerpo de Victor, había sido capturada cerca de Borisov.

Napoleón reconocía que las pérdidas habían sido tales que «era necesario reunir a los oficiales que aún tenían un caballo para formar cuatro compañías de 150 hombres cada una. Los generales hicieron las funciones de los capitanes, y los coroneles las de los subalternos»[130]. Para el pueblo francés, acostumbrado a leer entre líneas para encontrar la verdad, este boletín –que tenía una extensión tres veces superior a la habitual– supuso un profundo impacto cuando se publicó en París, el 16 de diciembre. Napoleón no había roto por completo con su hábito de exagerar el éxito y minimizar el fracaso; ofrecía su versión del desastre antes de que los rumores llegasen a la capital, tratando de crear una narrativa en la que la debacle había estado en manos de la Naturaleza. Todas las cifras que dio eran claramente falsas, pero nadie pudo reunir las verdaderas hasta mucho tiempo después.

Fue la última frase –«La salud de Su Majestad nunca ha sido mejor»– la que causó mayor indignación en Francia. Ha recibido el calificativo de «una notable expresión brutal de narcisismo imperial», aunque en realidad era poco más que

el fruto de un hábito[131]. Había empelado la expresión «gozo de buena salud» treinta veces en las cartas dirigidas a María antes de llegar a Moscú, y otras doce mientras estuvo allí y durante la retirada, por lo que era casi un tic. Al año siguiente la empleó también 22 veces en cinco meses[132]. Lo importante, en el funeral de la conspiración de Malet, era disipar por completo cualquier rumor que apuntase a que su salud era algún grado inferior a excelente. El 5 de diciembre, en la pequeña ciudad de Smorgoniye, que albergaba, según Bausset, «una academia veterinaria para instruir a los osos bailarines rusos», Napoleón advirtió a Eugène, Berthier, Lefebvre, Mortier, Davout y Bessières de que «debía regresar a París en cuanto fuese posible, si quiero intimidar a Europa y darle a elegir entre la guerra y la paz»[133]. Les informó de que se marcharía a las diez de la noche, llevándose con él a Caulaincourt, Duroc, Lobau, Fain y Constant.

Eligió a Murat para comandar el ejército. Este ostentoso mariscal intentó resistir en la línea del Vístula después de que se fuese Napoleón, con la llegada de reservas, nuevas levas y unidades transferidas en masa desde Polonia, pero la tarea se antojaba imposible ante el avance ruso. El general prusiano Johann Yorck von Wartenburg declaró repentinamente la neutralidad de sus tropas, según los términos de la Convención de Tauroggen, un pacto de no agresión firmado con los rusos el 30 de diciembre, parcialmente negociado por Carl von Clausewitz[134]. Murat tuvo que abandonar, primero Polonia y después la línea del Oder. Tras mantener conversaciones en secreto con los austriacos, partió de improviso para Nápoles para intentar salvar su trono, cediendo el mando de la Grande Armée a Eugène. Lefebvre, Mortier y Victor habían regresado a Francia, Oudinot y Saint-Cyr se recobraban de las heridas y Ney estaba fuera de combate por la fatiga y el agotamiento nervioso, así que fueron Eugène, Davout y Poniatowski los que salvaron los restos de la Grande Armée. Entre los tres reorganizaron los Cuerpos, los reabastecieron y crearon el núcleo de una nueva fuerza de combate. A pesar de que el *Moniteur* sostuvo que Murat estaba enfermo, Napoleón dijo a Eugène, enfurecido: «No me costaría mucho hacer que le arrestasen para dar ejemplo (…). Es valiente en el campo de batalla, pero está totalmente privado de inteligencia y de valor moral»[135].

«Los franceses son como mujeres», dijo Napoleón a Caulaincourt mientras volvían a casa. «No puedes estar lejos de ellos mucho tiempo»[136]. Era

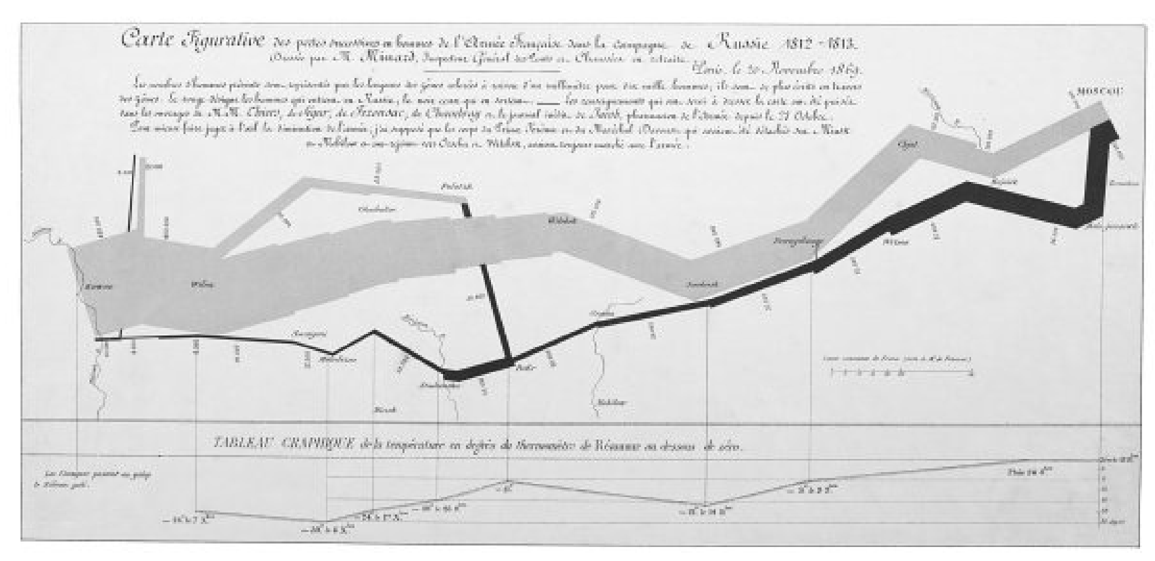
consciente también del efecto que iba a producir la noticia de su derrota en Viena y en Berlín, y acertó al regresar a París tan pronto como pudo[137]. Los restos de la Grande Armée estaban solo a uno o dos días de marcha de Vilnius, y relativamente seguros[138]. Aunque, como ocurrió en Egipto, fueron muchos los que le acusaron de deserción –Labaume afirmó que las tropas «emplearon los más vigorosos epítetos que puede ofrecer nuestro idioma, porque jamás habían sido traicionados unos hombres del modo más vil»–, Napoleón debía estar en París para lidiar con las repercusiones políticas y diplomáticas del desastre[139]. Castellane, que había perdido en total 17 caballos en la campaña, negó que en el ejército hubiese indignación. «No vi nada de eso», afirmó. «Aun a pesar de nuestros desastres, nuestra confianza en él se mantenía intacta. Solo temíamos que pudiese caer prisionero de camino». Añadía que el ejército comprendió la motivación de Napoleón, «sabiendo bien que su sola presencia podía detener una revuelta en Alemania, y que era necesaria para reorganizar un ejército que pudiese estar en condiciones de venir a rescatarnos»[140]. Tras cruzar el Berezina no hubo confrontación con los rusos hasta mediados de febrero de 1813. «Cuando sepan que estoy en París», dijo Napoleón de los austriacos y los prusianos, «y me vean al frente de la nación y de los 1.200.000 soldados que reuniré, se lo pensarán dos veces antes de entrar en guerra»[141].

Hizo el viaje con el alias de conde Gérard de Reyneval, aparentando formar parte de la comitiva de Caulaincourt, y recorrió los 2.000 kilómetros de carreteras nevadas entre Smorgoniye hasta París en 13 días, cruzando Vilnius, Varsovia, Dresde y Mainz, donde compró caramelos para su hijo. En Varsovia dijo al Abbé de Pradt, refiriéndose a la campaña: «de lo sublime a lo ridículo solo hay un paso»[142]. Repitió esta frase –que sería una de las más famosas entre las suyas– en el viaje de vuelta a Caulaincourt. Se reunió en Leipzig con el rey de Sajonia –que le cambió el trineo por un carruaje– y envió saludos a Goethe al pasar por Erfurt. Cuando el reloj dio las 23.45 del viernes, 18 de diciembre, se apeó de su carruaje en las Tullerías.

El día siguiente fue una jornada completa de trabajo. Reconoció ante Cambacérès, Savary, Clarke y Decrès que había permanecido demasiado tiempo en Moscú esperando una respuesta a su oferta de paz. «Cometí un gran error –afirmó– pero tengo los medios para repararlo»[143]. Cuando un cortesano, que no había participado en la campaña, mostró «un aire muy abatido» y señaló que

«hemos sufrido una pérdida muy importante», Napoleón replicó: «Sí, madame Barilli ha muerto»[144]. Esta referencia a la famosa cantante de ópera sirvió de burla ante la obtusa afirmación de lo obvio del cortesano, pero los horrores de la retirada de Moscú habían afectado profundamente a Napoleón; al menos 44 de los componentes de su servicio doméstico habían perdido allí la vida.

Una vez en lugar seguro, la Grande Armée recuperó su meticulosa burocracia. Una pieza de archivo habitual en el ministerio de Guerra era la lista, de 150 páginas en clara caligrafía, de los 1.800 hombres enrolados en la 88ª Línea entre 1806 y 1813, que recogía el nombre y número de serie de cada uno de ellos, así como su edad y lugar de nacimiento, el nombre de ambos padres, el cantón y departamento de nacimiento y el de residencia, la altura, forma del rostro, tamaño de nariz y boca, color de ojos, pelo y cejas, rasgos más característicos, fecha de leva o de enrolamiento voluntario, fecha de llegada a la estación, profesión, número de compañía y de batallón, historial de promociones, detalles de todas las intervenciones, heridas y honores, y fecha de desmovilización o fallecimiento[145]. Algunas brigadas enteras de las que intervinieron en Rusia aparecían a lo largo de páginas y páginas como «supuesta captura por el enemigo», «prisionero de guerra», «herido», «muerto», «muerto de fiebre en el hospital», «muerto en el hospital de fiebre nerviosa», «abandonado», «desertor», «ausente con permiso» o «desconocido». En algunos casos, infrecuentes, la lista reflejaba que uno de los pocos supervivientes se encontraba en «baja de mejoría», supuestamente con la esperanza de que se recuperase de lo que hoy llamaríamos desorden por estrés postraumático[146].



El conocido diagrama sobre las pérdidas francesas en Rusia, publicado en 1869 y realizado por Charles-Joseph Minard, que había sido Inspector-General de Carreteras y Puentes entre 1830 y 1836. El color gris claro refleja el número de hombres que entraron en Rusia; el negro indica los que la abandonaron. Minard asumió que las tropas del Príncipe Jérôme y del Mariscal Davout, que fueron enviadas a Minsk y Mogilev y que se reunieron de nuevo cerca de Orsha y Vitebsk, continuaron la marcha con el ejército. El diagrama paralelo inferior muestra la temperatura en grados Fharenheit durante la retirada.

Napoleón había perdido unos 524.000 hombres, de los que entre 100.000 y 120.000 habían sido capturados. Muchos de ellos murieron en los siguientes años, y casi ninguno volvió a Francia antes de Waterloo, aunque unos 20.000 no franceses se presentaron voluntarios para luchar contra Napoleón en el nuevo ejército ruso reclutado poco después. Los 32.300 soldados del Cuerpo de Macdonald habían salido casi indemnes, pero la mitad eran prusianos que se alzarían poco después contra Francia, y los 34.000 austriacos encabezados por Schwarzenberg ya no eran unos aliados de confianza. Otros 15.000 supervivientes de Berezina se habían perdido en la retirada desde allí hasta Vilnius[***]. Ney fue el último hombre que volvió a cruzar el Niemen el 14 de diciembre, acompañado en ese punto por unos escasos 400 soldados de infantería y 600 de caballería, y una suma total de 9 cañones[147]. Aunque en la campaña no murió ningún mariscal, fueron heridos cuatro. Durante las siguientes semanas los rezagados volvieron en pequeños grupos, pero los campesinos

prusianos asesinaron a algunos calladamente mientras regresaban hacia el oeste. El cuerpo central de la Grande Armée había sido reducido hasta los 25.000 hombres, de los que solo 10.000 estaban en disposición de combatir[148]. Incluso si se suma el contingente francés del Cuerpo de Macdonald y los 60.000 refuerzos llegados de Francia, el ejército con el que iba a contar Napoleón en Polonia y Alemania a finales de año era lamentablemente reducido, y con grandes carencias en artillería y caballería[149]. De muchas unidades solo quedaba el 5%; el Cuerpo de 66.000 soldados de Davout ya solo tenía 2.200; de los 47.864 efectivos originales de Davout, quedaban 4.653; los 51.000 de la Guardia Imperial eran ya solo 2.000. De los 27.397 italianos que habían cruzado los Alpes, regresaron menos de un millar, y de los 350 componentes de la Guardia Real Italiana murieron todos menos 8. De la Guardia de Granaderos Holandeses, solo sobrevivieron 36 de 500[150]. Y de los 400 valerosos pontoneros neerlandeses, fueron 15 los únicos en volver a ver su país.

A finales de diciembre de 1812, el zar Alejandro cenó con la novelista lituana de la nobleza Sophie de Tisenhaus en Vilnius, ciudad que Murat había abandonado días antes. Aludió a los «ojos gris claro de Napoleón, cuya mirada era tan penetrante que no se puede sostener», y más tarde dijo: «¡Qué carrera ha destruido! Con la gloria obtenida podía haber llevado la paz a Europa, y no lo ha hecho. Se ha roto el conjuro»[151]. Repitió esta última frase varias veces, según anotó la novelista.

---

[*] El tictac de los innumerables relojes siguió igual, pero los rusos sí que vertieron ácido en algunas de las botellas de vino de la bodega, causando «horribles quemaduras» en la boca al sirviente del conde de Turenne (Merridale, *Red Fortres*, p. 212; Bausset, *Memorias privadas*, p. 328).

[**] En las Tullerías, por supuesto, no tenía esa cantidad de dinero.

[***] Se puede obtener una estimación, tosca pero efectiva, del número de soldados napoleónicos muertos, heridos o capturados en combate en 1812

sumando las bajas de cada una de las batallas y restándolas del total de 524.000 pérdidas. Sumando todas las bajas de la Grande Armée en las 46 batallas, choques, escaramuzas, sitios y emboscadas desde la primera del 9 de julio hasta la última el 26 de noviembre, se obtiene un total de 186.500 muertos y heridos. Si se redondea hasta los 200.000, para incluir las acciones menores de las que no hay datos precisos, la cifra resultante indica que las pérdidas causadas por el ejército regular ruso en combates significativos supuso poco más del 40% del total de bajas sufridas por Napoleón en Rusia. Las enfermedades, la congelación, el hambre, la acción de los guerrilleros, el suicidio y el millar de formas en las que la muerte persiguió a los soldados en la campaña suma el otro 60%, con tantos hombres muertos mientras avanzaban hacia Moscú como cuando se retiraban desde allí (Muir, *Tactics and Experience in Battle*, p. 9; Smith, *Data Book*, pp. 379-408).

26. ADAPTACIÓN

La posteridad no habría visto la magnitud de tu espíritu si no lo hubiese contemplado en la adversidad.

Molé a Napoleón, marzo de 1813

Podía compadecerse de un problema familiar; ante las calamidades políticas era indiferente.

Metternich sobre Napoleón, julio de 1813

«Viendo lo que creó a los veinte días de llegar a París», escribió el mariscal Saint-Cyr en sus memorias, «debemos conceder que su brusca partida de Polonia fue inteligente»[1]. Napoleón se embarcó en una vorágine de actividad, asumiendo que no pasaría mucho tiempo antes de que los rusos se coaligasen con los prusianos, y puede que con su suegro, el emperador Francisco de Austria, primero para expulsar a Francia de Polonia y de Alemania, y después para tratar de derrocarle. Al tratar de resarcir el desastre ruso, Napoleón exhibió lo que, según el conde Molé –que pronto sería nombrado ministro de Justicia–, era «una actividad furiosa, que tal vez sobrepasase toda lo que había mostrado hasta entonces»[2]. Hortense, que corrió a las Tullerías, encontró a su antiguo padrastro preocupado pero resuelto. «Me pareció agotado e inquieto, pero no descorazonado», escribió. «Le había visto con frecuencia perder la calma por alguna nimiedad, como una puerta abierta cuando debía estar cerrada o viceversa, o por un cuarto demasiado iluminado, o demasiado poco. Pero en momentos de dificultad o adversidad dominaba por completo su carácter». Trató de ofrecerle apoyo, afirmando: «Supongo que tus enemigos también han sufrido grandes pérdidas», a lo que él replicó: «Sin duda, pero eso no me consuela».[3]

En menos de 17 semanas, desde que llegó a París a mediados de diciembre de 1812 hasta que puso en marcha una nueva campaña el siguiente abril, Napoleón incorporó a 84.000 soldados de infantería y 9.000 artilleros de la

Guardia Nacional al ejército regular; llamó a filas a 100.000 reclutas de las quintas de 1809 a 1812 y a 150.000 de las de 1813 y 1814; formó 30 nuevos regimientos de infantería compuestas por decenas de nuevas semibrigadas; ordenó fabricar 150.000 mosquetes a la industria armamentística, peinó los cuarteles en busca de más hombres; desplazó a 16.000 marinos al ejército, así como a veteranos artificieros navales a la artillería; exigió a cada uno de los 12.000 cantones del Imperio que enviasen un hombre y un caballo cada uno; despojó el frente español para reconstruir la Guardia Imperial; compró y requisó caballos donde pudo; ordenó a sus aliados que rehicieran sus ejércitos y creó los Cuerpos de Observación del Elba, del Rhin y de Italia[4]. Aunque, por supuesto, el *Moniteur* describió a los nuevos reclutas como «hombres magníficos», algunos apenas tenían 15 años, y Molé observó en una revista en el Carrousel que «su extrema juventud y su físico pobre causó una profunda lástima en las multitudes que les rodeaban»[5]. Se apodó «Marie Louises» a estos jóvenes reclutas, en parte porque había sido María Luisa la firmante de la orden de llamada a filas en ausencia de Napoleón, y en parte por su inocente juventud lampiña. Los *grognards* se referían a los nuevos reclutas de caballería como «pollitos montados en póneys». Dado que carecían de tiempo para recibir una instrucción adecuada, no podían maniobrar tan bien en batalla; una de las razones por las que durante los dos siguientes años se dieron tantos asaltos frontales poco imaginativos fue por la necesidad de mover a la vez a grandes masas sin cualificar.

Si el reinado de Napoleón había sido tiránico, cabría esperar de aquellas partes de Europa que lo habían sufrido más largamente que fuesen las primeras en alzarse contra él, una vez recibida la gran humillación, pero no ocurrió así. El este de Prusia y Silesia, que no habían sido ocupadas por los franceses, se rebelaron en 1813, pero las áreas de Prusia que llevaban conquistadas desde 1806, como Berlín y Brandenburgo, no lo hicieron[6]. De modo similar, Holanda, Suiza, Italia y gran parte del resto de Alemania tampoco se alzaron en su contra, y esperaron a que sus gobiernos respectivos le declarasen la guerra, o dejaron pasar el tiempo hasta que llegaron los ejércitos aliados. En la misma Francia, a parte de algunas revueltas por el precio del pan en Bretaña y otros problemas menores en la Vendée y el Midi, no se materializaron los alzamientos ni en 1813, ni en 1814, ni siquiera en 1815. Aunque gran parte del país estaba

cansado de la guerra, y se daba una oposición local bastante consistente frente a las levas, especialmente si coincidían con la época de la cosecha, los franceses no quisieron desalojar a su Emperador mientras estaba combatiendo contra los enemigos de su patria. Solo sufrían arresto los que se oponían abiertamente a Napoleón, e incluso en ese caso las severas medidas se cumplían siguiendo los clásicos modales franceses del siglo XVIII. Cuando el realista Charles de Rivière «proclamó sus deseos con una cierta malicia y de modo prematuro», se le envió a la prisión de La Force, pero fue liberado después de que un amigo obtuviese esa gracia de Savary en una partida de billar[7]. Algunos oficiales ambiciosos incluso querían que la guerra continuase. «Algo nos inquietaba», escribió el capitán Blaze, de la Guardia Imperial. «Si Napoleón, decíamos, se detenía pronto en su carrera gloriosa, si por desgracia se le metía en la cabeza que tenía que haber paz, entonces nos despediríamos de todas nuestras esperanzas. Por fortuna nuestros temores no se cumplieron, porque nos dio más trabajo del que podíamos cumplir»[8].

Aunque no se les suele prestar demasiada atención, las pérdidas de Rusia en 1812 también habían sido enormes. Unos 150.000 soldados habían muerto, y unos 300.000 habían sido heridos o sufrido congelación durante la campaña, y los civiles fueron muchos más. Su ejército de tierra se vio reducido hasta los 100.000 hombres, agotados, y gran parte del trayecto entre Polonia y Moscú estaba devastado, privando al tesoro ruso de cientos de millones de rublos en impuestos, a pesar de lo cual Alejandro siguió completamente decidido a destruir a Napoleón. A principios de 1813 cuatro divisiones cruzaron el Vístula e invadieron Pomerania, obligando a los franceses a evacuar Lübeck y Straslsund, aunque dejaron tras de sí cuarteles en Danzig, Stettin y otras fortalezas prusianas. El 7 de enero Suecia, hasta entonces neutral en virtud del Tratado de Åbo de 1812, pero bajo la influencia de Bernadotte, declaró la guerra a Francia. Bernadotte dijo a Napoleón que actuaba, no contra Francia, sino a favor de Suecia, y que la captura de la Pomerania sueca había sido la causa de la ruptura, añadiendo con escasa sinceridad que siempre albergaría hacia su antiguo comandante los sentimientos propios de un excompañero de armas[9]. Junto a una natural aversión, por francés, a derramar la sangre de sus compatriotas, Bernadotte asumió que con su actitud debía despedirse para siempre de la esperanza, alentada por Alejandro, de convertirse un día en rey de Francia.

«Mi ejército ha sufrido bajas», dijo Napoleón al Senado el 20 de diciembre, «debidas al prematuro rigor de la estación»[10]. Esgrimiendo la traición de Yorck para inflamar la indignación patriótica, señaló que su objetivo era reunir a 150.000 hombres, y ordenó a los prefectos que organizasen encuentros para apoyar su ronda de reclutamiento. «Aquí todo está en marcha», dijo a Berthier el 9 de enero[11]. Debía ser así; el ejército ruso avanzó 400 kilómetros entre el día de Navidad de 1812 y el 14 de enero, fecha de su llegada a Marienwrder en Prusia, a pesar de haber tenido que capturar por el camino Königsberg y otros fortines franceses, en mitad de un invierno nórdico[12]. La única alternativa para Eugène fue retirarse hasta Berlín.

Napoleón se mostraba sorprendentemente franco acerca de la magnitud del revés ruso. «Es el primero en hablar de las desgracias e incluso las saca a colación», escribió Fain[13]. Pero, aunque el Emperador estuviese dispuesto a reconocer su desgracia, no siempre lo hacía con sinceridad. «No hubo ni una vez en la que los rusos capturasen un cañón o un águila; los únicos prisioneros que hicieron fueron de las avanzadillas», dijo a Jérôme el 18 de enero. «Mi Guardia no tuvo que intervenir nunca, y no cayó ni un solo hombre en combate, por lo que no han podido perder ningún águila, como dicen los rusos»[14]. La Guardia no perdió sus águilas porque las había prendido fuego en Bobr, pero recibió un duro castigo en Krasnoi, como bien sabía Napoleón. En cuanto a la falta de capturas de cañones, algo que dijo también a Federico IV de Dinamarca, Alejandro sopesó un plan para forjar una columna enorme con los 1.131 apresados en la campaña de 1812. Nunca lo puso en práctica, pero hoy todavía pueden verse apilados en el Kremlin[15].

Napoleón, tratando de minimizar el descontento interior, firmó un nuevo Concordato con el Papa en Fontainebleu a finales de enero. «Puede que alcancemos la muy deseada meta de acabar con las diferencias entre el Estado y la Iglesia», había escrito el 29 de diciembre. Parecía ambicioso, pero un mes después se firmó un amplio y exhaustivo documento que resolvía casi todos los puntos más conflictivos[16]. «Su Santidad ejercerá el pontificado tanto en Francia como en Italia –comenzaba–, los embajadores de la Santa Sede en el extranjero tendrán los mismos privilegios que los diplomáticos (…), los dominios del Santo Padre que no han sido anexionados no estarán sujetos a

impuestos, y los anexionados serán compensados con una cantidad de 2 millones de francos (…), el Papa otorgará estatus canónico a las archidiócesis del emperador en seis meses» –o, lo que es lo mismo, reconocería los nombramientos de obispos de Napoleón. Se permitió además que nombrase otros diez[17]. Fue un buen acuerdo para Napoleón, que el Papa lamentó de inmediato y trató de revocar. «Puedes creer», dijo al mariscal Kellermann, «que el Papa, después de firmar este concordato libremente y por su propia voluntad, me escribió ocho días después para rogarme en serio que diese por anulado todo el asunto. Le respondí que como es infalible no podía haberse equivocado, y que su conciencia se alarmaba con demasiada rapidez»[18]. El 7 de febrero Napoleón presidió un gran desfile en las Tullerías, y una reunión posterior del consejo de Estado, en la que esbozó una regencia para los períodos en los que estuviese en campaña. La conspiración de Malet le había provocado inquietud, y buscaba protegerse de cualquier esfuerzo por aprovecharse de su ausencia. Se afanó también en asegurarse de que, en caso de que muriese, se aceptase a su hijo como sucesor, incluso siendo menor. Había cambiado mucho desde sus condenas juveniles a la monarquía. Las 19 cláusulas de la senato-consulta redactada por Cambacérès establecían que, si Napoleón moría, el poder pasaría a María Luisa, que sería asesorada por un Consejo de Regencia hasta que el Rey de Roma alcanzase la mayoría de edad. Napoleón quería que Cambacérès fuese el gobernante efectivo de Francia, pero con María Luisa para «conceder al gobierno la autoridad de su nombre»[19]. Asistieron al encuentro para fijar el sistema de regencia Cambacérès, Regnier, Gaudin, Maret, Molé, Lacépède, d’Angely, Moncey, Ney, el ministro del Interior, conde de Montalivet, y Talleyrand, perdonado una vez más. Napoleón, en palabras de Molé, «aunque aparentase calma y confianza acerca de la campaña que estaba a punto de comenzar, mencionó las vicisitudes de la guerra y los vaivenes de la fortuna con palabras que desmentían a su imperturbable expresión»[20]. A Cambacérès le indicó que «mostrase a la Emperatriz solo lo que le conviene saber», dejando fuera los informes diarios de la policía, porque «no tiene sentido hablarle de aquello que puede preocuparla o perturbarla»[21].

El 13 de febrero recibió la noticia, poco halagüeña, de que Austria estaba movilizando un ejército de al menos 100.000 hombres. Poco después Metternich se ofreció como «mediador» para un acuerdo de paz europeo, algo impropio de

un aliado. En una conversación con Molé en la sala de billares de las Tullerías, tras la cena de esa tarde, Napoleón expuso claramente sus ideas acerca de varios asuntos. Alabó a María Luisa, afirmando que veía en ella algo de su antecesora, Ana de Austria. «Conoce bien que tal y cual votaron a favor de la muerte de Luis XVI, y también sabe el origen de cada cual y su historia», afirmó, pero no por ello mostraba inclinación por la antigua nobleza o contra los regicidas. Habló también de los jacobinos, que eran «especialmente numerosos en París, y particularmente radicales», pero «hasta que muera esa escoria no se moverá, porque supieron quién era yo el 13 Vendimiario, y saben que estoy dispuesto a patearles si me dan algún problema»[22]. Sus enemigos, domésticos y extranjeros, se habían vuelto «mucho más osados desde el desastre de Rusia. Tengo que emprender una nueva campaña y derrotar a esos rusos desgraciados; hay que hacerles volver dentro de sus fronteras, y que abandonen para siempre la idea de traspasarlas»[23]. Siguió quejándose de sus mariscales: «Ni uno puede dirigir a los demás, y no saben hacer otra cosa que no sea obedecerme»[24].

Confió a Molé las esperanzas que tenía puestas en Eugène, a pesar de reconocer que era «solo un mediocre». De Murat lamentaba que derramase «gruesas lágrimas sobre el papel» cuando escribía a sus hijos, y afirmó que se había visto «abatido» durante la retirada de Moscú, mientras que

> en mi propio caso, me ha llevado años cultivar el autocontrol que evita que me traicionen las emociones. Hace poco era el conquistador del mundo, y encabezaba el mayor y mejor ejército de la época moderna. ¡Y todo se ha desvanecido! Considera cómo mantuve la compostura, diría incluso que preservé mi invariable ímpetu. Pero no pienses que mi corazón es menos sensible que el de todos esos hombres. Soy una buena persona, pero desde mi juventud me he esforzado en silenciar a ese coro dentro de mí, que ya no emite sonido. Si alguien me dijese, cuando estoy a punto de comenzar una batalla, que una amante a la que quiero con locura va a exhalar su último suspiro, me dejaría indiferente. Mi pesar sería igual que si me hubiese entregado a él, y tras la batalla haré duelo por mi amante, si tengo tiempo. Sin este autocontrol, ¿crees que habría conseguido lo que he conseguido? [25].

Este rígido control de las emociones puede parecer chocante para el gusto moderno, pero en esa época era considerado una virtud clásica, que ayudó a Napoleón a lidiar con los reveses extraordinarios de su fortuna.

En la sesión de apertura del Cuerpo Legislativo y el Senado, el 14 de febrero, volvió a dar muestra de este autocontrol. Un asistente contempló cómo subía los escalones hacia el trono entre los vítores de los diputados, «aunque sus rostros revelaban una angustia infinitamente mayor que la suya»[26]. En la primera explicación completa ante sus diputados de lo que calificó como el «desierto» ruso, justificó así la derrota: «El excesivo y prematuro rigor del invierno causó a mi ejército una calamidad espantosa». Anunció después el fin de sus «dificultades» con el Papa, afirmó que la dinastía Bonaparte reinaría por siempre en España y proclamó que la balanza comercial del imperio había tenido un superávit de 126 millones de francos, «incluso con los puertos cerrados»[27]. Tres días después Montalivet publicó las cifras que respaldaban todo lo dicho por el Emperador, como les suele pasar a los dictadores. «Desde la ruptura que siguió al pacto de Amiens, he ofrecido en cuatro ocasiones la paz [a Inglaterra]», afirmó, en esta ocasión con sinceridad, a lo que añadió: «Nunca firmaré la paz si no es honorable y adecuada a la grandeza de mi imperio»[28]. La expresión «pérfida Albión» se había utilizado ocasionalmente desde las cruzadas, y apareció en una «Oda a la muerte de Lannes», pero fue en 1813 cuando Napoleón la introdujo en el uso general[29].

La campaña de 1812 había sido desastrosa para las finanzas francesas. Hasta 1811 el franco se había mantenido frente a la libra, incluso superándola. El presupuesto de 1810 se había saldado con un pequeño superávit de 9,3 millones de francos, y los bonos estatales se mantenían a un asequible 6%. Pero tras el infame Boletín 29º los bonos, recogiendo la falta de confianza en el futuro de Napoleón, escalaron del 6 al 10%, y el déficit presupuestario de 1812, de 37,5 millones de francos, solo se pudo enjugar con nuevos impuestos y ventas de propiedades estatales, que alcanzaron un porcentaje mínimo de las anteriores por la inseguridad jurídica. Después de que la subasta de bienes valorados en 370 millones de francos solo recaudase 50, los impuestos sobre las ventas se incrementaron en un 11,5%, y los de propiedad, en un 22,6%[30]. Napoleón también se aplicó a la economía doméstica, indicando a su mayordomo que quería «menos cocineros, vajilla y útiles de cocina, etc. En batalla las mesas,

incluyendo la mía, se tienen que servir con una sopa, un plato hervido, un asado, hortalizas, pero sin pudding»[31]. Se dejó de dar a elegir a los oficiales entre vino y cerveza; beberían lo que se les ofreciese. En una propuesta del ministro del Interior que solicitaba que se destinase un 10% del salario de un prefecto a sufragar su funeral si moría en el cargo, Napoleón garabateó: «Rechazado. ¿Por qué buscar motivos para gastar más?»[32]. Se cortó el envío de vino, coñac, avena y comidas sazonadas al Ejército de Cataluña, donde abundaban esos productos. «Todos los acuerdos que está firmando el general Dumas son una locura», escribió, refiriéndose a las previsiones del intendente general para el abastecimiento de la fortaleza del Oder. «Parece que se piensa que el dinero es como el barro»[33]. Los proyectos nacionales de edificación se habían suspendido antes de la campaña rusa, y no se retomaron. En 1813 y 1814 no parecía que se fuese a acabar con las movilizaciones masivas, y aún se preveía un alto gasto militar, por lo que el déficit se incrementó más todavía.

A pesar de que a principios de enero de 1813 Federico Guillermo III se había ofrecido a someter al general Yorck a una corte marcial por haber firmado un pacto de no agresión con los rusos en Tauroggen, no fue más que una forma de ganar tiempo. Desde Tilsit, Prusia había acometido una revolución modernizadora, por lo que el enemigo al que se enfrentaba ahora Napoleón era muy diferente del que había aplastado casi siete años antes. El país se había reformado, espoleado por la derrota y con la plantilla administrativa y militar napoleónica como modelo. Los barones von Stein y von Hardenberg y los generales von Gneisenau y von Scharnhorst habían demandado una «revolución en el buen sentido», acabando con los «prejuicios obsoletos», que reavivarían las «fuerzas durmientes» de Prusia. Entre las amplias reformas financieras y administrativas, se habían abolido numerosos aranceles internos, monopolios y prácticas restrictivas, los vínculos hereditarios de los campesinos y las restricciones para la ocupación y traspaso de la propiedad inmobiliaria. Se creó un mercado laboral libre, se armonizaron los impuestos, se hizo responsables a los ministros en sus áreas respectivas y se suprimieron las restricciones sobre la propiedad, el matrimonio y los desplazamientos para los judíos[34].

En el ámbito militar, Prusia purgó al alto mando –de los 183 generales en servicio en 1806, en 1812 solo quedaban 8–, se abrió el acceso al cuerpo de

oficiales para los que no eran nobles, se introdujeron exámenes igualitarios en las escuelas de cadetes, se abolieron los castigos físicos, y se movilizó a la población adulta para la *Landwehr* (milicia) y la *Landsturm* (reserva). En 1813 ya llevaba uniforme el 10% de la población, el índice más alto entre todas las potencias, logrando también, en los dos años siguientes de guerra constante, el índice más bajo de deserciones[35]. Gracias a las mejoras en el escalafón, Prusia pudo alardear en las siguientes campañas de disponer de generales como von Bülow, von Blücher, von Tauentzien y von Boyen[36]. Napoleón hubo de reconocer que los prusianos habían progresado mucho desde sus campañas iniciales; como expresó con crudeza: «Esos animales han aprendido algo»[37]. No le consolaba que gran parte lo hubiesen tomado de él; las reformas militares del archiduque Carlos después de Austerlitz copiaban muchas de las prácticas napoleónicas, y varias de las mejoras de Barclay de Tolly en Rusia tras Friedland eran también un eco de las suyas. La adaptación generalizada del sistema de cuerpos en 1812 por parte de los ejércitos europeos, que hizo a los aliados más flexibles en las maniobras, fue un homenaje a Francia, pero también una amenaza para este país.

El 28 de febrero de 1813 Federico Guillermo firmó el Tratado de Kalisch con Alejandro, que prometió restaurar a Prusia a sus fronteras anteriores a Tilsit, y aportar 150.000 soldados contra Napoleón si Prusia enviaba 80.000. En cuanto se firmó el acuerdo, Inglaterra empezó a embarcar armas, equipos y uniformes con destino a los puertos bálticos para que pudiesen utilizarlos ambos ejércitos. Eugène tuvo que abandonar Berlín, dejando algunos cuarteles en Magdenburg, Torgau y Wittenberg. El asedio contra los franceses en Stettin, Küstrin, Spandau, Glogau, Thorn y Danzig había reducido el contingente ruso hasta los 46.000 soldados de infantería y 10.000 cosacos, pero aguardaban un refuerzo de 61.000 prusianos. El plan de los aliados consistía en avanzar hasta Dresde para arrebatar Sajonia a Napoleón, mientras los cosacos se desplegaban por la meseta norte alemana tratando de incitar a la revuelta en las ciudades hanseáticas y la Confederación del Rhin.

«Ante el mínimo agravio de una ciudad o aldea prusiana, incendiadla», indicó Napoleón a Eugène el 3 de marzo, «incluso Berlín»[38]. Por fortuna ya no podían incendiar la capital prusiana, porque los rusos habían entrado ese mismo día. «No hay nada menos militar que el rumbo que has tomado»,

reprochó a Eugène al conocer las noticias. «Un general experimentado habría establecido un campamento frente a Küstrin»[39]. Lamentaba además no recibir informes diarios del alto mando de Eugène, «solo averiguo lo que está ocurriendo por la prensa británica». Con Jérôme estaba incluso más furioso, porque se quejó de los elevados impuestos que debía hacer pagar a los habitantes de Westfalia para sufragar los gastos de fortalezas como la de Magdeburg. «El estado de guerra autoriza estas medidas; se han empleado constantemente desde que el mundo es mundo», respondió Napoleón, con su típica réplica virulenta. «Verás lo que cuestan los 300.000 hombres que tengo en España, las tropas que he reclutado este año, y los 100.000 soldados de caballería que estoy equipando… Siempre discutes… Todos tus argumentos son insignificantes… ¿De qué te sirve la inteligencia si adoptas una postura tan equivocada? ¿Por qué halagas tu vanidad enojando a los que te defienden?»[40]. Antes de enviar un contingente para la defensa de Magdeburg, el 4 de marzo repasó con su comandante los puntos habituales: «Asegúrate por completo de que cada hombre dispone de un par de zapatos puestos y otros dos en el petate, y de que se le ha pagado puntualmente, y, si no, haz que les paguen los atrasos. Asegúrate de que cada soldado lleva 40 cartuchos en el morral»[41].

Napoleón escribió a Montalivet para informarle de que iba a ir a Bremen, Münster, Osnabrück y Hamburgo; siguiendo su nuevo ímpetu economizador, el alojamiento y las guardias de honor en las ciudades «no deben costarle nada al país»[42]. Todo era una maniobra, sin embargo, para engañar al enemigo con respecto a sus movimientos. E hizo bien en no ir a Hamburgo, porque el día 18 de marzo llegaron allí los cosacos para alentar una revuelta hanseática, tal y como habían previsto los aliados. Mecklenburg fue el primer estado en abandonar la Confederación del Rin; a finales de marzo la situación era tan precaria que Napoleón dijo a Lauriston, nuevo comandante del Cuerpo de Observación del Elba, que ya no se atrevía a enviar por escrito a Eugène sus planes para la defensa de Magdeburg y Spandau, porque no disponían de un código de cifrado y «los cosacos pueden interceptar la carta»[43]. Todo empeoró cuando los suecos acordaron contribuir con 30.000 hombres a la Sexta Coalición si Inglaterra les pagaba un millón de libras, y cuando a principios de abril la reducida presencia de soldados del general Pierre Durutte tuvo que evacuar Dresde.

Fue entonces cuando Napoleón expuso a Molé la posibilidad de que Francia volviese a sus «viejas» fronteras prebélicas de 1791. «Lo debo todo a mi gloria», afirmó.

> Si la sacrifico, dejaré de existir. Todos los derechos que ostento proceden de mi gloria. Si logro para esta nación, que está tan angustiada por la paz y tan cansada de la guerra, un acuerdo de paz que me avergüence personalmente, perderé toda la confianza en mí; verás mi prestigio destruido y mi ascendiente acabado[44].

Comparó el desastre ruso con una tormenta que zarandea a un árbol hasta la raíz, pero «le deja aún más firmemente fijado al suelo, del que no ha podido arrancarle». Dejando aparte la dudosa analogía arbórea, lo que quería analizar era el estado de la nación: «Me teme más de lo que me ama, y en un primer momento la noticia de mi muerte sería acogida con alivio. Pero, créeme, es mucho mejor que me amasen sin temerme»[45]. Obviamente, el contraste entre ser amado y ser temido era un eco del *El Príncipe*, de Maquiavelo, libro con el que estaba muy familiarizado. Napoleón continuó diciendo que derrotaría a Rusia, porque «no tienen infantería», y que se fijaría el límite del imperio en el Oder, «porque la deserción de Prusia me permite obtener una compensación». Creía también que Austria no declararía la guerra, porque «el mejor acto de mi carrera política ha sido mi matrimonio»[46]. En los tres últimos puntos, como poco, estaba intentando elevar la moral de Molé, sin ninguna consideración realista de los hechos.

El hecho de que, tras volver de Rusia con solo 10.000 soldados del grueso de sus tropas invasoras, hubiese sido capaz de armar en cuatro meses un ejército de 151.000 hombres para la campaña del Elba, y para las que vendrían detrás, daba buena muestra de la capacidad de adaptación de Napoleón y de los recursos que podía desplegar –así como de la confianza en sí que aún albergaba–[47]. Partió de Saint-Cloud a las 4 de la mañana del 15 de abril para lanzarse al campo de batalla, con los reyes de Dinamarca, Württemberg, Baviera y Sajonia, y los grandes duques de Baden y Würzburg como aliados, si bien en algunos casos reticentes. «Escribe a papá Francisco una vez a la semana», dijo a María Luisa tres días después, «dale detalles de los ejércitos y háblale de mi cariño hacia su

persona»[48]. Napoleón sabía que, mientras Wellington atacaba en España, Murat negociaba con Austria por Nápoles, Bernadotte estaba a punto de encabezar un ejército sueco, Alemania occidental amenazaba con rebelarse, y Austria se estaba rearmando rápidamente, ofreciéndose como mucho para «mediar», iba a necesitar una victoria decisiva. «Viajaré a Mainz», había dicho a Jérôme en marzo, «y, si los rusos avanzan, diseñaré un plan acorde; pero tenemos una gran necesidad de alcanzar una victoria antes de mayo»[49]. Los aliados se congregaron en los alrededores de Leipzig, encabezados por Wittgenstein, después de que Kutuzov muriese por una enfermedad en abril; de los 100.000 soldados, 30.000 cabalgaban con buenas monturas, y pronto recibirían grandes refuerzos. A causa del equinocidio ruso el año anterior, los franceses solo disponían de 8.540 caballos en la Grande Armée, tan velozmente reconstruida.

Napoleón llegó a Erfurt el 25 de abril y tomó el mando del ejército, impactado por lo poco experimentados que eran los oficiales. Escogió algunos capitanes de las Líneas 123º y 134º para hacerles jefes de batallón de la 37ª Ligera, mientras lamentaba ante su ministro de Guerra, el general Henri Clarke: «Es absurdo tener capitanes que nunca han luchado en una guerra. Utilizas jóvenes recién salidos del colegio, que ni siquiera han ido a Saint-Cyr [la academia militar], por lo que no saben nada, ¡y les pones en nuevos regimientos!»[50]. Pero ese era el material con el que debía trabajar Clarke, tras haber perdido más de medio millón de hombres en Rusia.

A los tres días de llegar, hizo retroceder a los 121.000 hombres de la Grande Armée sobre el Elba, volviendo a Sajonia. Su objetivo era recuperar el norte de Alemania y sacudir del asedio a Danzig y demás ciudades, liberando a 50.000 veteranos y, si podía, regresar con un movimiento circular a la línea del Vístula. Al adoptar la formación del batallón *carré*, pretendía alcanzar a las tropas enemigas en Leipzig, con el cuerpo de Lauriston a la cola, seguido por los de Macdonald y Reynier en el flanco izquierdo, los de Ney y el general Henri Bertrand a la derecha, y Marmont en la retaguardia; a su izquierda Eugène contaba con otros 58.000 hombres. Poniatowski se reincorporó al ejército en mayo, pero Napoleón nombró a Davout gobernador de Hamburgo, infrautilizando peligrosamente a su mejor mariscal.

El 1 de mayo, mientras reconocía el terreno enemigo, una bala de cañón rebotó en una muralla y alcanzó de lleno en el pecho a Bessières, que falleció. «La muerte de este hombre eminente le afectó mucho», observó Bausset. Bessières había participado en todas las campañas de Napoleón desde 1796. «Mi confianza en ti», le había escrito una vez, «es tan grande como mi aprecio por tu talento militar, tu valor y tu amor por el orden y la disciplina»[51]. Para calmarla, pidió a Cambacérès que «hiciese ver a la Emperatriz que el duque de Istria [Bessières] se encontraba muy lejos de mí cuando le mataron»[52]. También escribió a la viuda de Bessières para decirle que «es una pérdida inmensa, sin duda, para ti y tus hijos, pero lo es aún más para mí. El duque de Istria encontró la muerte más hermosa, y no sufrió. Deja tras de sí una reputación intachable; es la mejor herencia que puede legar a sus hijos»[53]. La viuda podría discutirle, desde luego, para quién era mayor la pérdida, pero la carta era totalmente sincera, y fue acompaña de una pensión generosa.

El ejército al que se debía enfrentar Napoleón sumaba 96.000 hombres[54]. El domingo 2 de mayo, mientras contemplaba el avance de Lauriston, supo que Wittgenstein había lanzado un ataque sorpresa contra Ney cerca de la aldea de Lützen, a las 10 de la mañana. Escuchando atentamente los cañonazos, ordenó a Ney que mantuviese su posición mientras hacía virar al ejército en redondo, enviando a Bertrand al ataque del flanco izquierdo del enemigo, y a Macdonald al derecho, en una maniobra de cuerpos de manual, mientras Lauriston configuraba la nueva reserva[55]. «No tenemos caballería», explicó, «es cierto. Será una batalla egipcia; la infantería francesa será suficiente donde sea necesario, y no temo abandonarme al talento innato de nuestros jóvenes reclutas»[56]. Muchos de ellos habían visto sus mosquetes por primera vez al llegar a Erfurt unos días antes de la batalla, y algunos incluso el día anterior a la confrontación[57]. Aun así, los Marie Louises lo hicieron bien en Lützen.

A las 14.30 Napoleón apareció en el campo de batalla al frente de la caballería de la Guardia, cabalgando hacia la aldea de Kaja. Formuló el plan rápidamente: Ney continuaría resistiendo en el centro, mientras Macdonald se desplazaba hacia la izquierda, Marmont guardaba la derecha de Ney, y Bonnet trataba de rodear al enemigo por la retaguardia desde la carretera de Weissenfels-Lützen. Los 14.100 soldados de infantería de la Guardia se ocultarían a la vista como reserva, y se desplegarían más tarde entre Lützen y Kaja. Al ver a algunos

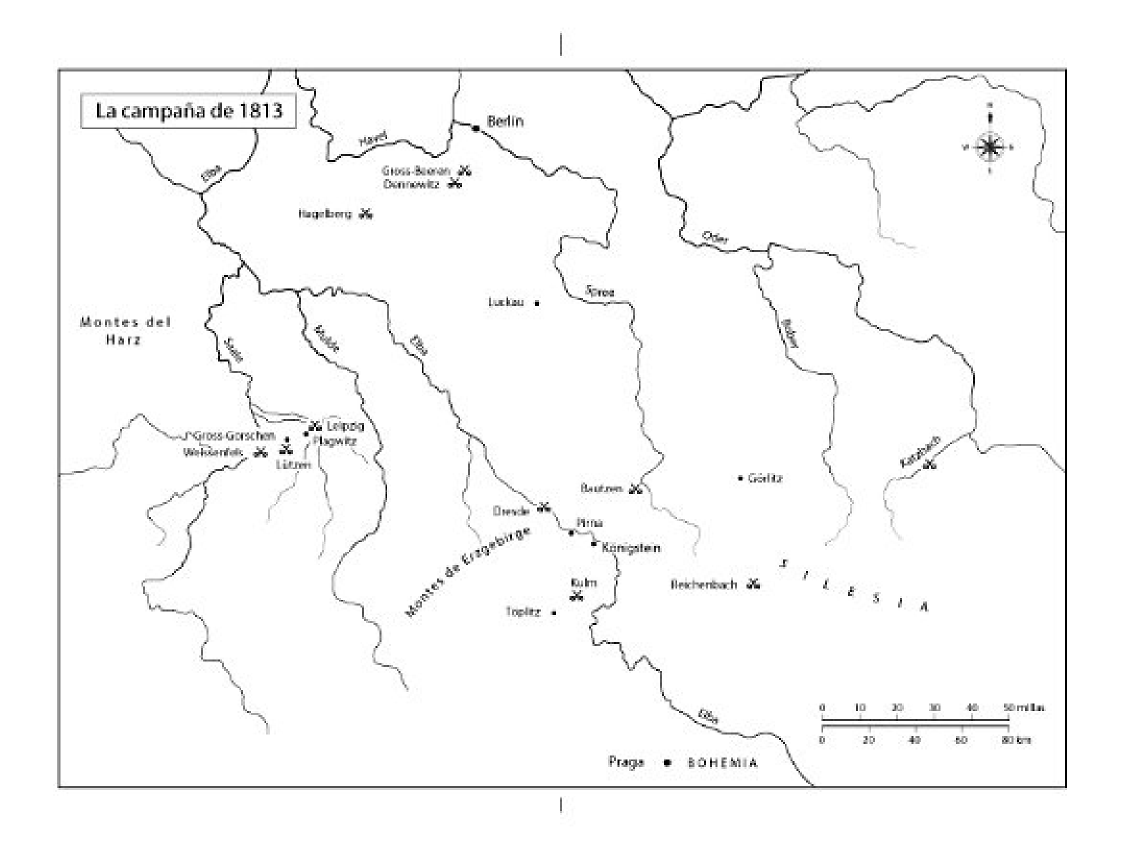
jóvenes del cuerpo de Ney dirigiéndose a la retaguardia, e incluso abandonando los mosquetes, Napoleón hizo formar a la Guardia de caballería como muro de contención, halagándoles y arengándoles hasta que volvieron a sus filas. Aun así, Ney confesó a Napoleón que, en su opinión, los jóvenes lucharon mejor que los veteranos, que solían calcular las probabilidades y adoptar menos riesgos. Como proclamó el *Moniteur*: «Nuestros jóvenes soldados no temen al peligro. Durante esta gran acción, han puesto de relieve la gran nobleza de la sangre francesa»[58].

Las cuatro aldeas de Gross-Gorschen, Kaja, Rahna y Klein-Gorschen compusieron el centro de la batalla. El Zar, que estuvo presente junto con Federico Guillermo, aunque dejando todas las decisiones militares importantes en manos de Wittgenstein, en su calidad de comandante en jefe de los aliados, envió a la artillería rusa, que combatió contra la división de Ricard sin tregua, mientras la aldea cambiaba una y otra vez de manos. Ney fue herido en el frente, y todos los oficiales del estado mayor de la división de Souham murieron o fueron heridos, excepto el mismo Souham. Wittgenstein se estaba quedando sin reservas, y veía llegar cada vez a más franceses, pero aun así decidió retomar el ataque contra Kaja. Hacia las 6 de la tarde Napoleón asumió que se estaba acercando rápidamente el momento de lanzar el asalto final. Drouot sumó 58 cañones de la artillería de la Guardia a la Gran Batería, con lo que un total de 198 podían empezar a bombardear el centro del enemigo. Recordando el error cometido en Borodino, cuando no supo utilizar a la Guardia en el momento decisivo, Napoleón ordenó a Mortier que se pusiese al frente de la Joven Guardia –9.800 hombres en cuatro columnas– para el ataque, apoyados por seis batallones de la Vieja Guardia en cuatro cuadrados. En línea entre ellos se situaron dos divisiones de la caballería de la Guardia, con 3.335 hombres, y al grito de «*Vive l’Empereur!*» volaron de Rahna a Gross-Gorschen. Al mismo tiempo la división de Bonnet se lanzó desde Starsiedel, y Morand siguió atacando desde el oeste.

Con todas las reservas aliadas puestas en juego, la Guardia Rusa se apelotonó tras Gross-Gorschen para frenar el retroceso de las formaciones prusianas y rusas, agrupándolas. Los franceses aprovecharon la caída de la noche –iluminada por el fuego en el que ardían las cinco aldeas– para renovar su ataque, consiguiendo desestabilizar al enemigo. Tras la batalla los aliados se

retiraron ordenadamente, incapaces de sacar partido a la superioridad numérica de su caballería. Napoleón había vencido, pero a un gran coste: 2.700 muertos y hasta 16.900 heridos. Prusianos y rusos habían perdido un número similar de hombres, aunque solo admitieron la cifra de 11.000. Napoleón no disponía de caballería para perseguirles, lo que le supondría un importante problema durante toda la campaña de 1813. Aun así comenzó la reconquista de Sajonia y la orilla oeste del Elba. «Mis águilas vencen de nuevo», dijo a Caulaincourt tras la batalla, para añadir como un mal presagio, «pero mi estrella declina»[59].

«Estoy muy cansado», escribió a María Luisa a las 11 de aquella noche. «He obtenido una victoria completa contra los ejércitos rusos y prusianos, comandados por el emperador Alejandro y el rey de Prusia. He perdido 10.000 hombres, muertos y heridos. Mis tropas se han cubierto de gloria, y me han demostrado un amor que me ha llegado al corazón. Dale un beso a mi hijo. Gozo de muy buena salud»[60]. Acerca de María Luisa escribió a su padre que «continúa complaciéndome en extremo. Ahora es mi primer ministro y se ajusta a este papel a mi completa satisfacción; no quisiera que Su Majestad lo ignorase, sabiendo cuánto agradará a su corazón paternal»[61]. El llamamiento de Napoleón al orgullo paterno de Francisco era un claro intento de evitar que cambiase de bando. Podía controlar a Prusia y Rusia juntas, pero, si Austria se les uniese, las opciones de vencer se reducirían drásticamente.



«¡Soldados! Estoy satisfecho; habéis cumplido mis expectativas», exclamó en su proclama posterior a la batalla, arremetiendo después contra Alejandro con una mención a las «conspiraciones parricidas», y a la práctica rusa de la servidumbre: «Empujaremos a esos tártaros de vuelta a sus tenebrosas regiones, que nunca deberían haber abandonado. Dejémosles en sus desiertos helados, cuna de la esclavitud, la barbarie y la corrupción, donde se reduce al hombre a la condición de bestia»[62].

La persecución contra los aliados, que se retiraban por el Elba en dos columnas –una principalmente prusiana, la otra rusa–, solo podía hacerse a paso de infantería. Como es natural, los prusianos querían hacerlo hacia el norte para proteger Berlín, y los rusos hacia el este para proteger sus líneas de comunicación con Polonia. Wittgenstein, tratando de encontrar nuevas oportunidades de atacar a los franceses por el flanco, y sospechando con razón que Napoleón intentaría retomar Berlín, agrupó a sus tropas cerca de Bautzen, a 13 kilómetros apenas de la frontera austriaca, desde donde podía dar cobertura tanto a Berlín como a Dresde.

Napoleón entró en esta última ciudad el 8 de mayo, y permaneció allí diez días. Recibió una división de la Joven Guardia y cuatro batallones de la Vieja, incorporó al ejército sajón como un Cuerpo de la Grande Armée, envió a Eugène de vuelta a Italia para frenar una posible intrusión austriaca, y afianzó tres líneas de comunicación separadas con Francia. «Tengo motivos para alegrarme de las intenciones de Austria», dijo a Clarke, «no confío en que me abastezcan, pero mi intención es tomar una postura que no me haga depender de ellos»[63]. Era una política sensata. Con la delegación ciudadana de Dresde que le dio la bienvenida se mostró enfurecido, y afirmó que sabía que habían colaborado con los aliados durante la ocupación. «Aún cuelgan en vuestras casas fragmentos de las guirnaldas, y en vuestras calles se amontonan amasijos de las flores que han arrojado vuestras damas al paso del monarca», afirmó. «Aun así, estoy dispuesto a pasarlo por alto»[64].

Y, entonces, Napoleón tomó una de esas decisiones con las que a veces ha causado estupefacción. Escribió a su antiguo jefe de inteligencia Fouché, y le indicó que viajase en secreto a Dresde, lo más rápidamente que pudiese, para gobernar Prusia una vez capturada. «En París nadie debe saberlo –le dijo–, debe parecer que estuvieses preparándote para ir en campaña… Solo la Emperatriz regente conoce tu partida. Estoy muy contento de tener la oportunidad de convocarte para nuevos cometidos, y de tener una nueva prueba de tu compromiso»[65]. Los acontecimientos de los años sucesivos demostrarían la ausencia total de ese compromiso, tras su despido fulminante al descubrirse las negociaciones secretas de paz con Inglaterra. La situación militar impidió que tomase el control en Prusia pero, igual que con Talleyrand, Napoleón había perdido su detector para distinguir a sus opositores de sus partidarios, o puede que tuviese tanta confianza en sí mismo que no le importase. El círculo de consejeros leales en los que confiar se iba reduciendo.

Las novedades acerca del rearme de Austria, pareciendo cada vez más beligerante, le inquietaron. Escribía constantemente a María Luisa para pedirle que intercediese ante su padre, como el 14 de mayo: «Hay gente que trata de confundir a papá Francisco. Metternik [sic] solo es un intrigante»[66]. Escribió a Francisco en persona tres días después, llamándole «hermano y suegro querido». «Nadie desea la paz más ardientemente que yo», comenzó. «Estoy de acuerdo

con que se inicien las negociaciones para una paz general, y con la convocatoria de un Congreso», pero «como cualquier francés, de sangre caliente, prefiero morir con la espada en la mano antes de ceder, si se intentan imponerme condiciones»[67]. Al mismo tiempo envió a Caulaincourt a pedir la paz al Zar, indicándole: «Tengo la intención de tenderle un puente de oro… trata de establecer una negociación directa sobre esta base»[68]. Pero, cuando Caulaincourt llegó al cuartel general aliado, el Zar solo le recibió en presencia del rey de Prusia y de los embajadores de Austria e Inglaterra.

Napoleón abandonó Dresde a las 2 de la mañana del 18 de mayo para atacar al ejército aliado en la ciudad fortificada de Bautzen, junto al río Spree. Resultaría difícil deducirlo leyendo la carta que envió a María Luisa al día siguiente: «El valle de Montmorency es muy hermoso en esta estación, pero me imagino que lo será mucho más a comienzos de junio, cuando florecen los cerezos»[69]. El mismo día mandó a Eugéne, en Italia, la siguiente orden: «Ocúpate de la organización de tus seis regimientos ya. Para empezar, vístelos con chaquetas, pantalones y chacós…». Dedicó otra carta a elucubrar sobre cómo podía recibir la hija de seis años de Eugène, Josefina de Leuchtenberg, los impuestos del ducado de Galliera, que había creado especialmente para ella en la región italiana de Emilia-Romagna[70].

Las tropas aliadas, con unos 97.000 efectivos, habían retrocedido hasta los promontorios que se alzaban sobre Bautzen, una plaza naturalmente resguardada, a la que incorporaron rápidamente fortificaciones. Todos los informes apuntaban a que se establecerían allí, que era exactamente lo que quería Napoleón. Tenía 64.000 hombres en los cuerpos de Bertrand, Marmont y Macdonald, frente a frente con el enemigo, apoyados por el de Oudinot y la Guardia Imperial; en total, 90.000 soldados. Los aliados habían edificado 11 sólidos reductos en las colinas, y algunos más en la ciudad, y la segunda línea de defensa contaba con tres aldeas fortificadas. Pero el flanco norte se abría peligrosamente, y allí era donde Napoleón pretendía enviar a los cuerpos de Ney y Lauriston. Hasta el final de la batalla pondría en juego a unos 167.000 hombres. Cuando algunos subordinados manifestaron que parte de los regimientos prusianos a los que se iban a enfrentar habían luchado bajo el mando de Federico el Grande, señaló algo evidente: «Es cierto, pero Federico ya no está»[71].

La batalla de Bautzen estalló el jueves, 20 de mayo de 1813, con un ataque vigoroso de Oudinot contra los aliados por su izquierda. Napoleón aguardó hasta que la incrementada sección de Ney de la Grande Armée, con 57.000 soldados, comenzó a marchar y posicionarse para superar el abierto flanco derecho aliado, y empujarlo hacia las montañas de Erzgebirge con una maniobra decisiva. El plan funcionó bien el primer día, cuando el Zar se equivocó al involucrar a casi toda la reserva aliada en la izquierda, como había pretendido Napoleón, que confiaba en que al día siguiente Ney y Lauriston se incorporasen a la batalla, completando la victoria. Oudinot volvió a atacar con ímpetu a los aliados por la izquierda; Macdonald y Marmont se unieron al ataque por el centro, y entonces Napoleón lanzó a la Guardia Imperial, en el momento que consideró óptimo. Pero Ney llegó tarde, tras recibir una orden confusa que le hizo detenerse durante una hora, permitiendo a los aliados descubrir el peligro y escapar indemnes. El grado de intensidad de la lucha puede deducirse del número de bajas: 21.200 franceses muertos o heridos, mientras los aliados, con la ventaja de las fortificaciones, perdieron la mitad. Una vez más la falta de caballería hizo que Napoleón no pudiese explotar su victoria táctica.

«Ha habido una batalla hoy», dijo a María Luisa. «He tomado posesión de Bautzen. He dispersado a los ejércitos de Rusia y de Prusia. Ha sido una buena batalla, pero me encuentro regular, me he empapado dos o tres veces a lo largo del día. Te mando un beso, y te pido que le des otro a mi hijo de mi parte. Gozo de buena salud. Calculo que hemos perdido 3.000 hombres, muertos o heridos»[72]. La cercanía de la expresión «Gozo de buena salud» con la de «me encuentro regular» implica que esa fórmula de despedida era un mero acto reflejo.

Tan solo unas horas después de escribir que no había sufrido ninguna pérdida importante, un cañonazo frente a él destripó a su mejor amigo, Géraud Duroc, duque de Frioul, cuando estaban en una colina sobre Nieder-Markersdorf, durante la batalla de Reichenbach del 22 de mayo. El *Moniteur* describió la escena con Napoleón diciendo: «Duroc, hay otra vida. Allí me esperarás». Se supone que Duroc respondió: «Sí, Señor, cuando hayas colmado las esperanzas de nuestra patria», etc., etc., antes de decir: «Oh, Señor, déjame; verme te resulta doloroso»[73]. Un año después Napoleón narró lo que había sucedido realmente: «Mientras se le salían las entrañas frente a mí, me suplicó una y otra vez que

acabase con su desdicha. Le dije: “Lo siento por ti, amigo, pero no hay más remedio que sufrir hasta el final”»[74].

La pérdida de este amigo, capaz de interpretar el estado de ánimo de Napoleón, y distinguir cuándo su ira era fingida y cuándo era real, fue a la vez traumática personalmente y políticamente devastadora, especialmente en la primavera de 1813, en la que el Emperador tanto necesitó consejos sabios y desinteresados. «Estuve muy triste todo el día de ayer por la muerte del duque de Frioul», escribió a María Luisa al día siguiente. «Era mi amigo hace veinte años. Jamás me dio motivo de queja, siempre fue mi consuelo. Es una pérdida irreparable, la más grande que podría haber tenido en el ejército»[75]. En su testamento tuvo presente a la hija de Duroc: «La muerte del duque de Frioul me llenó de dolor», escribió a la institutriz de su hijo, madame de Montesquiou. «Ha sido la única vez en veinte años que no ha sabido lo que tenía que hacer para satisfacerme»[76]. El listado de amigos y estrechos camaradas que había perdido en combate empezaba a ser largo y triste: Muiron en Arcole, Brueys en el Nilo, Caffarelli en Acre, Desaix en Marengo, Claude Corbineau en Eylau, Lannes en Aspern-Essling, Lasalle en Wagram, Bessières el día antes de Lützen, y ahora su gran amigo Duroc en Reichenbach. No terminaría aquí.

Las victorias de Lützen y Bautzen dieron a Napoleón el control sobre Sajonia y casi toda Silesia, pero las bajas habían sido tan cuantiosas como para obligarle a aceptar un alto el fuego el 4 de junio. El armisticio de Pleischwitz debía prolongarse en principio hasta el día 20. «Dos consideraciones me han hecho tomar esta decisión –dijo a Clarke–: la falta de caballería, que me impide atestar golpes fatales, y la actitud hostil de Austria»[77]. No casaba con su naturaleza aceptar armisticios, opuestos totalmente a su concepción de la guerra como una sucesión rápida de agresiones en las que siempre tenía la iniciativa. De hecho, el sobrenombre que le daban los servicios de inteligencia de los Borbones en lenguaje cifrado era «Torrente». Acabó por reconocer además que los aliados emplearon mejor que él el tiempo ganado con Pleischwitz, doblando casi sus fuerzas y reforzando las defensas de Brandenburgo y Silesia. Inglaterra dedicó ese tiempo a organizar el Tratado de Reichenbach, con el que proporcionaron a Rusia y a Prusia 7 millones de libras, el subsidio más alto de la guerra[78]. Aun así Caulaincourt, que asumió el puesto de Duroc como consejero y gran mariscal

de palacio, fue favorable al armisticio, como Berthier, mientras Soult pensaba que era un error.

Napoleón precisaba, al mismo tiempo, entrenar, reorganizar y reforzar a su ejército, especialmente la caballería, fortificar los vados del Elba y completar los depósitos de comida y munición. «La salud de un soldado prevalece sobre los cálculos económicos o cualquier otra consideración», dijo a Daru cuando este trataba de adquirir 900.000 kilos de arroz. «El arroz es la mejor forma de protegerse contra la diarrea y la disentería»[79]. Durante la tregua trabajó con el frenesí habitual; el 13 de junio sufrió una insolación después de haber pasado toda la tarde a caballo. También necesitaba tiempo para persuadir a Austria de que no le declarase la guerra. Durante el armisticio, Metternich envió al conde Stadion a hablar con los aliados, y al conde Bubna a hacerlo con Napoleón, para plantear una retirada francesa de Alemania, Polonia y el Adriático. El diplomático había pedido un congreso internacional en Praga para negociar la paz, pero Napoleón temía que fuese un pretexto para que Austria se uniese a los aliados. La evacuación francesa de Holanda, España e Italia también se puso sobre el tapete.

Napoleón se indignó ante la idea de tener que entregar Iliria a Austria sin luchar. «Si puedo, esperaré hasta septiembre para asestar mayores golpes», escribió. «De entonces en adelante espero estar en condiciones de derrotar a mis enemigos, tanto como pueda, de tal forma que, cuando me vea capaz de hacerlo, Austria se dé cuenta de lo engañosas y ridículas que son sus pretensiones»[80]. Pero también tuvo que reconocer a Fain: «Si los aliados no desean de buena fe la paz entonces este armisticio será letal para nosotros»[81]. Pero no todo era abatimiento; cuando le llegó que María Luisa había recibido al homosexual Cambacérès mientras estaba en la cama, le dijo; «Te ruego que bajo ninguna circunstancia recibas a nadie, sea quien sea, estando en la cama. Eso solo se les permite a los mayores de 30 años»[82].

Algunos de los mariscales napoleónicos abogaban por retirarse hasta el Rhin si fracasaba el armisticio, pero él mismo les mostró que eso significaría abandonar para siempre los acuartelamientos de las fortalezas del Oder, el Vístula y el Elba, y a sus aliados daneses, polacos, sajones y de Westfalia. «¡Dios mío! ¿Dónde está vuestra prudencia? Diez batallas perdidas no me dejarían en la situación en la que queréis ponerme ahora mismo». Cuando sus

mariscales le recordaron la longitud de las líneas de comunicación hasta Dresde, dijo: «Desde luego, no hay que arriesgar las líneas de operación a la ligera; lo sé, es lo que dicen el sentido común, y el ABC del oficio. Pero, cuando están en juego grandes intereses, hay momentos en los que hay que sacrificarlas a la victoria, y no tener miedo a quemar las naves. Si el arte de la guerra fuese solo el arte de no arriesgar nada, entonces la gloria caería presa de los mediocres. ¡Necesitamos el triunfo total!»[83].

Napoleón pretendía utilizar la geografía en su propio beneficio. «Dresde es el pivote desde el que quiero maniobrar para encarar todos los ataques», dijo a Fain.

> Desde Berlín hasta Praga, el enemigo está desarrollando una circunferencia cuyo centro soy yo; la línea de comunicación más corta se alarga en sus contornos, y en mi caso unas pocas marchas me bastan para estar allí donde mi presencia y mis reservas sean necesarias. Pero, en los lugares en los que no esté, mis lugartenientes tendrán que saber esperarme, sin dejar nada al azar (…). ¿Serán capaces los aliados de mantener durante mucho tiempo semejante dispersión operativa? Y, en cuanto a mí, ¿puedo tener la esperanza razonable de creer que antes o después les sorprenderé en un movimiento en falso?[84].

El razonamiento era sensato, pero dependía totalmente de su claridad de juicio y de las maniobras dentro de las líneas internas. Napoleón, frente a los miembros del alto mando francés que alegaban que los rusos podían intentar hacer que su caballería ligera pasase el Elba, e incluso el Rhin, replicó: «Eso espero, es lo que he previsto. Independientemente de los fuertes acuartelamientos de Mainz, Wesel, Erfurt y Würzburg, Augereau está reuniendo un Cuerpo de Observación del Main». «Solo una victoria –concluyó– forzará a los aliados a firmar la paz»[85]. Los triunfos iniciales en su carrera habían llevado rápidamente a la paz negociada; su principal error fue pensar que todavía podía lograrse de ese modo. El enemigo al que se enfrentaba ahora estaba tan firmemente resuelto como él, y albergaba una recién descubierta determinación por hacerle ceder. «Me abrumáis de continuo sobre la necesidad de la paz», escribió el 13 de junio a Savary, que había vuelto a exponerle cuánto la ansiaban

los parisinos. «Nadie está más interesado que yo en la paz, pero no la firmaré si es deshonrosa, o si nos lleva de nuevo a la guerra dentro de seis meses. No respondas; estos asuntos no te conciernen, no te mezcles con esto»[86].

El 19 de junio llegó a Dresde Talma, su antigua amante durante diez años, anteriormente conocida como Marguerite Weimer –cuyo nombre artístico era mademoiselle George–, y otros quince actores. No existe nada que pruebe que hubiese solicitado explícitamente que fuese allí, pero sí que pareció disfrutar de la distracción del teatro: «El gusto de Napoleón sufrió un cambio notable», observó su chambelán Bausset, «pues hasta entonces siempre había preferido la tragedia»[87]. Para entonces ya solo escogía comedias, y obras que mostraban al detalle «descripciones de actitudes y caracteres». Puede que ya hubiese visto demasiadas tragedias reales.

La semana siguiente escribió a María Luisa: «Metternich ha llegado a Dresde esta tarde. Veremos qué tiene que decir, y qué quiere papá Francisco. Todavía está incrementando su ejército en Bohemia; yo refuerzo el mío en Italia»[88].

Lo que ocurrió realmente durante las 8 horas –que algunos elevan hasta las nueve y media– de reunión en el salón chino del palacio Marcolini de Dresde el 26 de junio de 1813 es todavía motivo de especulación, porque solo asistieron Napoleón y Metternich, y dieron versiones contradictorias. Pero comparando la narración menos fiable, en las memorias que Metternich escribió décadas después, con el resto de fuentes disponibles –el breve informe que envió el propio Metternich a Francisco ese día, la carta que mandó a su mujer Eleonore dos después, el informe contemporáneo de Napoleón a Caulaincourt, el informe de Maret a Fain publicado en 1824, y algunos comentarios que realizó Napoleón al conde de Montholon seis semanas antes de morir–, es posible alcanzar a comprender lo ocurrido en un encuentro culminante que determinaría el destino de Europa[89].

Napoleón comenzó la reunión poco después de las 11, tratando de intimidar a Metternich, el estadista más imperturbable de Europa, para que retirase su plan de mediación. Confiaba en ser capaz de persuadirle para que volviese al bando francés. Metternich, por el contrario, estaba decidido a alcanzar un acuerdo de paz negociado que recogiese todos los asuntos territoriales en disputa en Alemania, Holanda, Italia y Bélgica. La amplia discrepancia de sus respectivas

posturas explica en parte lo extenso del encuentro. Siendo el diplomático que había negociado el matrimonio de Napoleón, Metternich era considerado francófilo en Viena; había mostrado su consternación –al menos en público– cuando la Grande Armée fue aniquilada en Rusia. ¿Fue impreciso al especificar los términos de la paz, como le reprocharía más tarde Napoleón? ¿Utilizó deliberadamente tácticas dilatorias para que Austria ganase tiempo para rearmarse? ¿O exigió más de lo que sabía que Napoleón concedería nunca, para hacerle parecer poco razonable? ¿Quería sinceramente la paz, por el contrario, pero pensaba que solo podía garantizarse si Francia se retiraba en masa en toda Europa? Dada la volubilidad antológica de Metternich, es posible que se estuviese dejando llevar por una mezcla de todos esos motivos, y otros más. Desde luego sabía que Dresde era el momento en el que él, más que Napoleón, podía decidir el destino del continente. «Estoy haciendo que toda Europa gire en torno al eje que hace meses determiné», alardeó ante su esposa, «cuando todos a mi alrededor pensaban que mis ideas eran tonterías insignificantes o fantasías huecas»[90].

Los diversos informes sobre el encuentro son contradictorios. Napoleón reconoció haber arrojado su sombrero al suelo en un momento dado; Metternich dijo a su mujer que Napoleón lo tiró «cuatro veces… hasta una esquina del salón, jurando como el diablo»[91]. Fain afirmó que Napoleón accedió a participar en el Congreso de Praga al final del encuentro; Metternich dice que fue cuatro días después, mientras montaba en el carruaje para abandonar Dresde y sostiene que advirtió a Napoleón: «Señor, ¡está perdido!», a lo que Napoleón respondió acusándole de estar a sueldo de los ingleses[92]. Este último comentario era estúpido; en su lecho de muerte Napoleón reconoció que había sido un paso en falso, que convirtió a Metternich en un «enemigo irreconciliable»[93]. Aunque trató de enmendar el error de inmediato, fingiendo que había sido una broma, y a pesar de que ambos parecían haber finalizado el encuentro de un modo amistoso, Metternich salió de allí convencido –o al menos eso afirmó– de que Napoleón estaba firmemente determinado a ir a la guerra.

«La experiencia no te ha servido», dijo Napoleón a Metternich. «He repuesto tres veces al emperador Francisco en el trono. He prometido siempre vivir en paz con él; me he casado con su hija. En su momento me dije que estabas cometiendo un disparate; pero se hizo, y ahora lo lamento»[94]. Napoleón

divagó acerca de la estrategia y las fuerzas del ejército austriaco, alardeando de conocer su situación hasta «los mismos tamborileros de tu ejército». Ya en su estudio pasó más de una hora repasando el recuento diario de los espías de Narbonne, regimiento por regimiento, para probar lo buena que era su red de inteligencia.

Cuando Metternich sacó a relucir la naturaleza «juvenil» del ejército francés, se dice que Napoleón replicó: «No eres un soldado, y no sabes lo que pasa por la cabeza de un soldado. Yo me crie en el campo de batalla, y un hombre como yo no se preocupa mucho por la vida de un millón de hombres»[95]. En sus memorias, Metternich escribió: «No me atrevo a emplear las expresiones, mucho peores, que utilizó». Napoleón ha recibido abundantes críticas por esta sentencia sobre el millón de vidas, tomada como una prueba flagrante de que no le preocupaban en absoluto sus soldados, pero el contexto era crucial; trataba desesperadamente de convencer a Metternich de que estaba dispuesto a retomar la guerra a menos que le diesen condiciones de paz adecuadas. Era una bravata, no la muestra de cinismo inmisericorde que se le ha querido atribuir. Si es que de verdad lo dijo.

Las condiciones que exigió Metternich para la paz fueron mucho más allá de la restitución de Iliria a Austria. Parece ser que solicitó a Napoleón la independencia de la mitad de Italia y de toda España, la devolución a Prusia de casi todo el territorio obtenido en Tilsit, incluido Danzig, el regreso del Papa a Roma, la revocación del protectorado de Napoleón sobre la Confederación Alemana, la evacuación de las tropas francesas de Polonia y Prusia, la independencia de los puertos hanseáticos y la abolición del ducado de Varsovia. En un momento dado Napoleón gritó tan alto desde la sala de mapas, adyacente a su estudio, que su séquito le escuchó proclamar que no tenía inconveniente en abandonar Iliria, pero que el resto de las demandas eran inasumibles[96].

En la corte, Napoleón había manifestado en numerosas ocasiones que el pueblo francés le derrocaría si firmaba un «deshonroso» pacto que retrotrajese a Francia a sus fronteras prebélicas, que era lo que Metternich le estaba exigiendo. Los informes de la policía indicaban que el pueblo francés estaba más interesado en la paz que en la *Glorie*, pero él sabía que la gloria nacional era uno de los cuatro pilares fundamentales –junto con los derechos sobre las propiedades nacionales, los bajos impuestos, y la autoridad centralizada– que sustentaban su

reinado. El deseo de paz de Metternich podía ser sincero, aunque las palabras «Metternich» y «sincero» no casaban bien juntas casi nunca, pero el precio que pedía por ella era demasiado elevado.

«Tuve una conversación larga y pesada con Metternich», dijo a María Luisa al día siguiente. «Espero que en unos pocos días negociemos la paz. Quiero la paz, pero tiene que ser honrosa»[97]. Ese mismo día Austria firmó el Segundo Tratado de Reichenbach con Prusia y Rusia, por el que prometía ir a la guerra con Francia si Napoleón rechazaba las condiciones de paz de Praga. Esto, como es lógico, tuvo el efecto de incrementar las condiciones demandadas por Prusia y por Rusia, para entonces ya inaceptables.

Napoleón volvió a encontrarse con Metternich el 30 de junio, en esta ocasión para una conferencia de cuatro horas en la que ampliaron el armisticio hasta el 10 de agosto, y en la que Napoleón aceptó la mediación austriaca en el Congreso de Praga, cuya fecha de inicio se fijó para el 29 de julio. «Metternich», dijo a su esposa Napoleón tiempo después, «me da la impresión de ser un intrigante que está aconsejando muy mal a papá Francisco»[98]. Aunque Napoleón proclamó que era «antinatural» que el emperador Francisco guerrease contra su propio yerno, él mismo había exigido a Carlos IV de España que lo hiciese contra el suyo, en Portugal en 1800, por lo que el terreno que pisaba no era muy firme.

La situación de Napoleón en el próximo Congreso se debilitó mucho cuando se supo el 2 de julio que Wellington había obtenido una victoria aplastante contra José y contra su jefe de estado mayor Jourdan en la batalla de Vitoria, al norte de España, el 21 de junio, que le costó a José 8.000 hombres y su colección real de arte español casi completa. (Hoy puede contemplarse en la Apsley House de Londres). El bastón de mariscal de terciopelo rojo de Jourdan, adornado con abejas doradas, se exhibe en el exterior de la galería Waterloo en el castillo de Windsor. Napoleón afirmó que la causa de la derrota de Vitoria fue que «José dormía demasiado», algo absurdo[99]. Escribió en esos días a María Luisa para decirle que José «no es un soldado, y no sabe nada de nada», lo que provoca la pregunta de por qué entonces concedió a su hermano el mando de un ejército de 47.300 hombres para enfrentarse al mayor soldado inglés desde Marlborough[100]. La confianza y el cariño entre los hermanos se había quebrado casi por completo por los desastres en España, de los que se acusaban mutuamente. Cinco días después Napoleón dijo a María Luisa que, si José se iba

a vivir al encantador *château* de Mortefontaine en Oise, con sus islotes, su invernadero, su aviario, sus dos parques y uno de los jardines mejor diseñados de Europa, «tiene que ser de incógnito, y tú debes ignorarle; no quiero que interfiera con el gobierno ni que organice intrigas en París». Ordenó a Soult relevar a José al mando de sus maltrechas tropas, con los competentes generales Honoré Reille, Bertrand Clauzel, Jean-Baptiste d'Erlon y Honoré Gazan como lugartenientes principales, confiando en poder proteger Pamplona y San Sebastián.

El 12 de julio los principales generales rusos, prusianos y suecos se reunieron en Trachenberg para coordinar la estrategia en caso de que fracasase el Congreso de Praga, en una de las escasas ocasiones en las que los líderes parecían haber aprendido las lecciones de la historia. Conscientes de que Napoleón con frecuencia había sobrepasado a sus enemigos por el flanco, atacando después el centro, adoptaron al estrategia del general austriaco Joseph Radetzky, que consistía en dividir las tropas en tres ejércitos que avanzarían por Sajonia, pero retirándose ante Napoleón en lugar de presentarle batalla, para concentrarse en los ejércitos más pequeños de sus lugartenientes. Si una de las dos fuerzas aliadas sufría un ataque de Napoleón, las otras dos le atacarían por los flancos o la retaguardia. La idea era obligar a Napoleón a elegir entre tres alternativas; ponerse a la defensiva, dejar abiertas sus líneas de comunicación o dividir sus fuerzas[101]. La estrategia de Trachenberg se diseñó a la medida para contrarrestar el genio militar de Napoleón, y su éxito sería enorme.

El Congreso de Praga se reunió por fin el 29 de julio. Caulaincourt y Narbonne representaron a Francia. «Rusia tiene derecho a obtener una paz ventajosa», dijo Napoleón a Fain:

> Lo ha adquirido a cambio de la devastación de sus provincias, la pérdida de su capital y los dos años de guerra. Austria, por el contrario, no se merece nada. En la presente situación, no tengo ninguna objeción hacia una paz que puede ser gloriosa para Rusia; pero siento una repugnancia cierta por ver a Austria, como premio por el crimen cometido al violar nuestra alianza, recolectando los frutos y los honores de la pacificación de Europa[102].

No quería ver a Francisco y a Metternich obtener una recompensa por sus, a su juicio, pérfidas intrigas; tras recibir diversos informes de los espías, advirtió a sus mariscales el 4 de agosto de que «nada va a pasar en el Congreso de Praga. No llegarán a ningún resultado, y los aliados tratarán de romper el armisticio el día 10»[103].

El 7 de agosto Metternich exigió que se volviese a repartir el gran ducado de Varsovia, que se liberase Hamburgo –capturada por Davout antes del armisticio–, que Danzig y Lübeck fuesen declaradas ciudades libres, que se reconstruyese Prusia con frontera en el Elba, y que Iliria, con Trieste incluida, fuese cedida a Austria[104]. A pesar de que aceptarlo habría supuesto abjurar de los siete años previos, dejar en la estacada a sus aliados y volver vano el sacrificio de cientos de miles de vidas humanas, la mayoría de los estadistas de la época habrían suscrito esas cláusulas. Pero el Emperador de Francia, heredero de César y Alejandro, no podía rebajarse a aceptar una paz que consideraba humillante.

27. LEIPZIG

El miedo y la inseguridad aceleran la caída de los imperios: son mil veces más letales que los peligros de una guerra desafortunada.

Napoleón, declaración al *Moniteur*, diciembre de 1804

Cuando dos ejércitos están en orden de batalla y uno debe retirarse cruzando un puente mientras el otro abre el círculo de la circunferencia, este último tiene todas las ventajas.

Máxima militar de Napoleón número 25

«No hay un ápice de duda de que el enemigo romperá el armisticio el día 10, y las hostilidades recomenzarán el 16 o el 17», advirtió Napoleón a Davout desde Dresde el 8 de agosto de 1813, prediciendo que Austria enviaría a 120.000 hombres contra él, 30.000 contra Baviera, y otros 50.000 contra Eugène en Italia[1]. Sin embargo, concluyó: «Sea cual sea el incremento de tropas que tengan los aliados, me siento capaz de enfrentarme a ellos». La celebración de su cumpleaños se adelantó cinco días, hasta el 10 de agosto; sería la última oficial de su reinado. El coronel de la caballería sajona Ernst von Odeleben describió en sus memorias la revista durante dos horas a 40.000 soldados, el *Te Deum* que se cantó en la catedral de Dresde acompañado por el rugir de las salvas de artillería, el banquete de la Guardia Imperial con la Guardia Real Sajona bajo los tilos del Elba, las bandas que tocaban arias militares, a los soldados recibiendo ración y paga dobles, y al rey de Sajonia distribuyendo miles de botellas de vino entre las tropas. En cuanto a Napoleón, «los vivas resonaron mientras pasaba junto a las tropas al galope, vestido con un traje deslumbrante». Nadie podría predecir que los artilleros franceses y sajones «que compartían la juerga» en pocas semanas

estarían bombardeándose. A las 8 de la tarde el Emperador acudió al palacio del rey de Sajonia para tomar parte en su banquete de cumpleaños, tras el que sus soldados le vitorearon y lanzaron fuegos artificiales a los dos lados del puente. «El azul celeste causó un efecto fascinante entre la multitud de cohetes», rememoró Odeleben, «que se cruzaban volando sobre los oscuros tejados de la ciudad, iluminando el aire a lo largo y ancho. Tras una pausa apareció en el cielo el emblema de Napoleón sobre el palacio»[2]. Más tarde, cuando la multitud ya se dispersaba, se escuchó el «dolido llanto» de un pescador en la orilla; se había acercado demasiado a los cohetes, que le habían herido de muerte. Y Odeleben se preguntó: «¿Sería una profecía de la terrible trayectoria del héroe de la fiesta?».

Napoleón había conseguido reunir a mediados de agosto de 1813 45.000 soldados de caballería, desperdigados en cuatro cuerpos y doce divisiones[3]. Eran muchos más de los que tenía al principio del armisticio, pero insuficientes todavía para contrarrestar a las fuerzas que se congregaban en su contra. Los aliados rechazaron el armisticio a mediodía del día 11, a menos de un día de la estimación de Napoleón, y anunciaron que se retomarían las hostilidades a medianoche del 17[*]. El 12 Austria declaró la guerra a Francia: la habilidad con la que Metternich había separado a su país de la alianza, primero hasta la neutralidad, después hacia una mediación supuestamente objetiva, y finalmente, el día después del final del armisticio, hasta la Sexta Coalición, se ha descrito como una «obra maestra de la diplomacia»[4]. Napoleón solo vio doblez. «El Congreso de Praga nunca tuvo lugar en serio», dijo al rey de Württemberg. «Fue el medio escogido por Austria para declararse»[5]. Escribió a Ney y Marmont para informarles de que se trasladaría a un punto entre Görlitz y Bautzen, y vería lo que hacían Austria y Rusia. «Me parece que no habrá buena voluntad en esta campaña hasta que se produzca la primera gran batalla», concluyó, con una expresión que ya se había vuelto habitual[6].

La situación estratégica era grave, pero no desastrosa. Tal y como sostuvo, Napoleón tenía la ventaja de sus líneas internas en Sajonia, aunque rodeadas por tres lados por numerosas tropas enemigas. El Ejército de Bohemia de Schwarzenberg sumaba 230.000 austriacos, rusos y prusianos, en movimiento desde el norte de la región; Blücher encabezaba el Ejército de Silesia, con 85.000 prusianos y rusos, hacia el oeste desde la Alta Silesia, y Bernadotte se

desplazaba hacia el sur desde Brandenburgo, al frente del Ejército del Norte, con 110.000 prusianos, rusos y suecos. En total, 425.000 hombres, y más en camino. Para enfrentarse a ellos, Napoleón disponía de 351.000, desperdigados entre Hamburgo y el alto Oder[7]. A pesar de contar con otros 93.000 acuartelados en ciudades polacas y alemanas, y 56.000 más entrenándose en Francia, aún no estaban disponibles. Debía mantener concentrado en el centro a su ejército, y derrotar a cada fuerza enemiga por separado, como había hecho tantas veces en el pasado. Pero, en lugar de hacerlo, cometió el gran error de dividirlo, contraviniendo dos de sus máximas militares más importantes: «Mantén concentradas a tus tropas» y «No las despilfarres en montoncitos»[8].

Tomó 250.000 hombres para luchar contra Schwarzenberg, mandó a Oudinot –contra las protestas del mariscal– hacia el norte con 66.000 soldados para capturar Berlín, y al general Jean-Baptiste Girard con 8.000 para la defensa de Magdeburgo, a 130 kilómetros al oeste de la posición de Oudinot. Ordenó también a Davout que dejase 10.000 unidades para defender Hamburgo y apoyase a Oudinot con 25.000. Como en el asalto a Moscú, rechazó la estrategia que tan bien le había funcionado en el pasado –concentrarse solo en el grueso del ejército enemigo y aniquilarlo– y permitió que entrasen en juego objetivos políticos secundarios, como el deseo de tomar Berlín y de castigar a Prusia. Tampoco puso a Davout al servicio de Oudinot, ni viceversa, impidiendo la unidad de mando en el teatro norte.

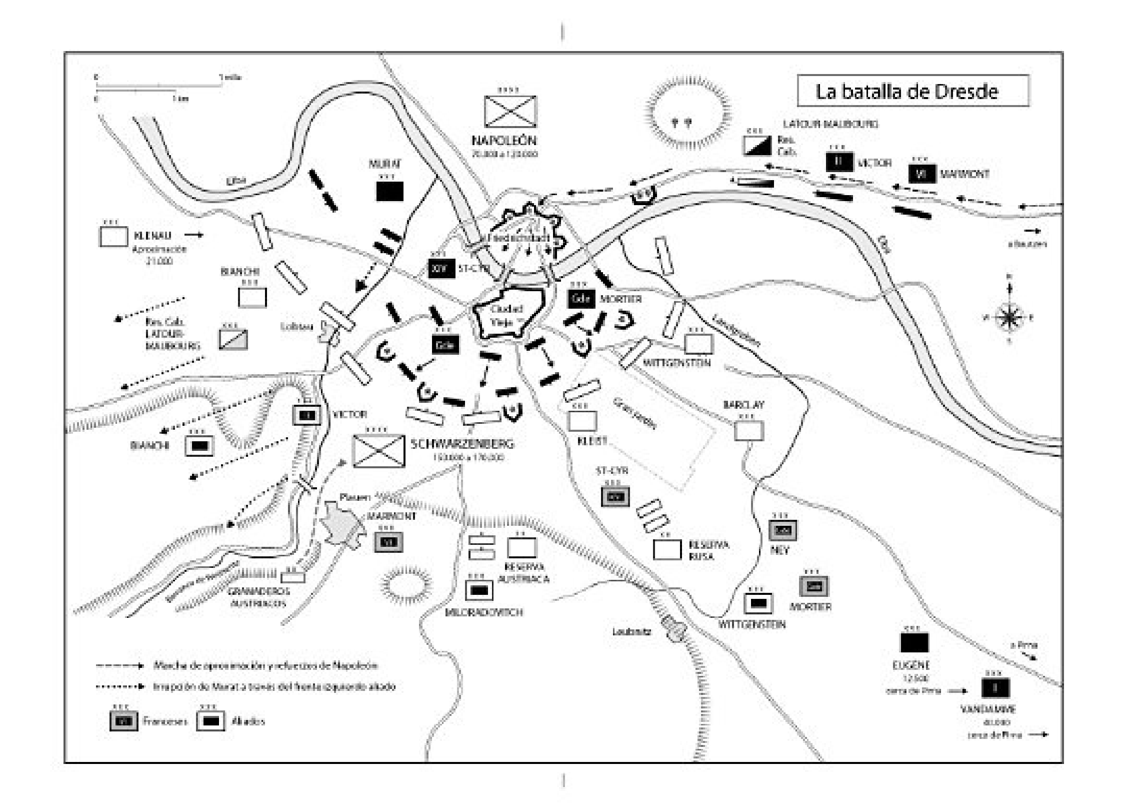
Como ocurrió en 1806, aunque Oudinot hubiese logrado capturar Berlín, no por eso quedaba garantizada la victoria en 1813: incluso si las fuerzas francesas unidas hubiesen derrotado totalmente a Schwarzenberg, Bernadotte no habría defendido Berlín. Napoleón sabía que la campaña se decidiría en Sajonia o en el norte de Bohemia; no obstante, solo entregó a Oudinot un ejército mínimo para proteger el Elba frente Bernadotte y defender su retaguardia[9]. Destinar a Davout a contrarrestar una amenaza inexistente del noroeste alemán fue una infrautilización llamativa del mariscal que se había mostrado más habilidoso en el mando independiente.

El 15 de agosto, su 44º cumpleaños, Napoleón salió de Dresde en dirección a Silesia, con la intención de atacar a Blücher, que había capturado Breslau. Murat se le unió de camino en Bautzen, y como recompensa por su inesperada readhesión a la causa napoleónica se le restituyó en su antiguo cargo al frente de

toda la caballería. Ese día Napoleón le dijo a Oudinot que la división de Girard en Magdeburgo sumaba entre 8.000 y 9.000 tropas, un dato correcto. A Macdonald, al día siguiente, le dijo que eran 12.000[10].

«Es él el que quiere la guerra», escribió a María Luisa en referencia a su padre, «por su ambición y codicia sin límites. Los acontecimientos decidirán»[11]. A partir de entonces se refirió al emperador Francisco como «*ton père*» o «papá Francisco», como el 17 de agosto: «Engañado por Metternich, tu padre se ha alineado con mis enemigos»[12]. Como regente de Francia y buena esposa, María Luisa se mantuvo leal a su esposo y a su país de adopción, y no a su padre y a su patria.

Los aliados, poniendo en práctica la estrategia acordada en Tranchenberg, se retiraban frente al ejército de Napoleón y buscaban los de sus principales lugartenientes. Blücher, que estaba preparado para atacar a Ney entre el Bober y el Katzbach el 16 de agosto, retrocedió cuando Napoleón se dirigió hacia allí con gran parte de su ejército. Oudinot, retrasado en su marcha hacia Berlín por las lluvias torrenciales, que detuvieron casi por completo a la artillería, vio cómo los prusianos de Bülow y los suecos del conde Stedingk se abalanzaban sobre él y le derrotaban en tres acciones separadas, entre el 21 y el 23 de agosto en Gross-Beeren, retirándose a Wittenberg en lugar de hacerlo a Luckau, como habría preferido Napoleón. «Es difícil tener menos inteligencia que el duque de Reggio», dijo a Berthier, antes de enviar a Ney a relevarle en el mando[13].



El 20 de agosto ya estaba en Bohemia, tratando de impedir que Schwarzenberg llegase a Praga. «Expulsé al general Neipperg», informó a María Luisa. «Los prusianos y los rusos han entrado en Bohemia»[14]. (Solo un año después, el elegante general austriaco Adam von Neipperg, tuerto, se tomaría una venganza personal terrible). Tras saber que el Ejército de Bohemia estaba atacando Dresde en masa, Napoleón cambió el rumbo de sus tropas el día 22 y se precipitó hacia allí, dejando a Macdonald para vigilar a Blücher. Después, escribió a Saint-Cyr: «Si es cierto que el enemigo se mueve en masa hacia Dresde, considero que es una muy buena noticia, que me obligará a una gran batalla en pocos días, con la que todo quedará decidido para bien»[15]. Ese mismo día escribió también a su gran chambelán, el conde de Montesquiou, expresando su malestar por la celebración de su cumpleaños en París. «Me ha desagradado mucho saber que las cosas se organizaron tan mal, el 15 de agosto, que la Emperatriz estuvo un tiempo considerable parada escuchando mala música –escribió–, y en consecuencia el público tuvo que esperar dos horas a los fuegos artificiales»[16].

La batalla de Dresde se libró entre el 26 y el 27 de agosto de 1813. El servicio de inteligencia napoleónico había advertido del gran número de tropas aliadas que se estaban congregando en la ciudad. El 19 Barclay de Tolly se había unido a Schwarzenberg para formar un enorme ejército de 237.770 hombres, con 172.000 soldados de infantería, 43.500 de caballería, 7.200 cosacos y 15.000 de artillería, con unos llamativos 698 cañones. Este Ejército de Bohemia ampliado penetró en Sajonia el 21 de agosto en cinco columnas; los 28.000 hombres de la de Wittgenstein se dirigieron a Dresde mientras los franceses, que controlaban todos los puentes sobre el Elba, marchaban a ambos lados del río.

En Dresde las tres divisiones del cuerpo de Saint-Cyr, con unos 19.000 soldados de infantería y 5.300 de caballería, custodiaban las defensas de la Ciudad Vieja, un semicírculo anclado en cada extremo del Elba, mientras los ocho batallones de la guarnición defendían las murallas. Napoleón llegó al galope a las 10 de la mañana del 26, y dio su aprobación a las maniobras de Saint-Cyr. A pesar de sufrir un dolor estomacal el día antes de la batalla, empezó a espetar órdenes. Cada uno de los cinco reductos fuera de las murallas de la Vieja Ciudad se reforzó con cañones, al igual que los ocho de la Nueva. Las calles y puertas de entrada se reforzaron con barricadas, se cortaron todos los árboles en un kilómetro a la redonda, y se situó una batería de 30 cañones en la orilla derecha del río para bombardear el flanco de Wittgenstein[17]. La lentitud con la que se desplazaba la columna del general von Klenau retrasó el combate hasta el día siguiente, para fortuna de los que estaban acometiendo los preparativos.

A pesar de que tanto el zar Alejandro como el general Jean Moreau –que había abandonado su exilio inglés para asistir al gran ataque contra Napoleón– y el general Henri de Jomini –suizo, jefe del estado mayor de Ney que se había pasado a los rusos durante el armisticio–, pensaban que Napoleón disponía de una situación demasiado fuerte como para atacarle, el rey Federico Guillermo de Prusia objetó que no hacerlo minaría la moral de las tropas, e insistió a los aliados para que atacasen. Ambos bandos estaban dispuestos a hacerlo desde las 9 de la mañana, pero hasta media tarde no ocurrió nada. Napoleón entonces ordenó a Saint-Cyr que retomase una fábrica pegada a los muros de la ciudad. Este pequeño avance fue malinterpretado por los aliados como una señal de que iba a comenzar la batalla, por lo que, en esencia, esta empezó por accidente.

Wittgenstein entró en acción a las 4 de la tarde, soportando un intenso fuego de artillería, mientras la Joven Guardia atajaba un ataque ruso. Cinco regimientos de *Jäger* (élite de la infantería ligera) y uno de húsares se lanzaron contra Grossgarten, el jardín barroco a las afueras de la ciudad, con apoyo de la infantería y la artillería. Los franceses defendieron con tenacidad la plaza, y consiguieron llevar hasta allí una batería a través de los jardines Prinz Anton, para atacar al enemigo por el flanco. Mientras tanto, la artillería tras el Elba consiguió diezmar a dos columnas de ataque rusas; cuando terminó el día, cada bando ocupaba aproximadamente la mitad del Grossgarten. El campo de batalla puede verse hoy desde la cúpula de 100 metros de la Frauenkirche. Un ataque de unidades de la Joven Guardia y de algunos miembros del cuerpo de Saint-Cyr, encabezados por el mariscal Ney, contra el reducto 5, obligó a los austriacos a recurrir a sus reservas, pero ni aun así lograron evitar que un batallón completo del Hesse fuese rodeado y se rindiese. Cuando a medianoche terminó el primer día del combate, los austriacos habían perdido 4.000 soldados, muertos o heridos, el doble que los franceses.

Durante la noche, Napoleón recibió el refuerzo del cuerpo de Victor. Llegaron hasta Friedrichstadt mientras Marmot se desplazaba hacia el centro y la Vieja Guardia cruzaba el Elba para formar una reserva central. Empleando con eficacia el sistema de cuerpos, Napoleón había logrado agrupar 155.000 hombres para el día siguiente. La intensa lluvia caída durante la noche provocó una densa niebla la mañana del 27 de agosto. Cuando se despejó, Napoleón descubrió que el ejército aliado se había dividido en torno al riachuelo Weisseritz, que había separado el ala izquierda del conde Ignaz Gyulai de la derecha y el centro[18], y decidió acometer un ataque masivo poniendo en juego casi toda su caballería y dos cuerpos de infantería. Murat, ataviado con una capa bordada en oro y una pluma en la cabeza, disponía de 68 escuadrones y 30 cañones del 1º Cuerpo de Caballería, preparados para atacar al cuerpo de Gyulai, además de los 36 batallones y 78 cañones de Victor.

A pesar de que Klenau había acabado por incorporarse al Ejército de Bohemia, a las 10 de la mañana los austriacos estaban asediados. El cuerpo de Victor y la caballería pesada del general Étienne de Bordessoulle habían conseguido sobrepasar su flanco; a las 11 Murat ordenó un ataque general, cargando al grito de *Vive l’Empereur!* La infantería austriaca les mantuvo a raya

en torno a Lobtau, gracias al apoyo de su artillería, las barricadas callejeras y las viviendas preparadas con troneras para los mosquetes. Las avanzadillas, repelidas, vieron a través de los jirones de niebla la progresión de las columnas de la infantería de Murat. Con una densa cobertura de artillería los franceses ocuparon los espacios entre las aldeas, y, después de sobrepasar al enemigo, le atacaron por la retaguardia. A pesar de los contraataques de los austriacos, su línea de retirada estaba en peligro.

En el centro, Austria y Prusia estaban listas desde las 4 de la mañana, aguardando a que se retomase el combate. La labor de Marmont consistía en mantenerles en esa posición, mientras las alas del ejército francés les derrotaban. A las 8 de la mañana Saint-Cyr atacó a la 12ª Brigada prusiana en las colinas de Strehlen, obligándola a retroceder hasta Leubnitz, donde se unieron a la 5ª División rusa. Como la intensa lluvia había empapado los mecanismos de disparo de los mosquetes, a pesar de las lengüetas que los protegían, la encarnizada lucha se desarrolló principalmente a bayoneta calada.

Napoleón había conseguido reunir hacia las 10 de la mañana una numerosa batería en las colinas de Strehlen, desde las que dominaba el centro del campo de batalla. Saint-Cyr, mientras se detenía para reorganizarse, fue atacado por la infantería austriaca, a la que trató de detener, pero la potencia artillera del enemigo le hizo retroceder. Napoleón se desplazó a su vera a mediodía, y le ordenó que siguiese atacando, mientras la Joven Guardia trataba de entrar en Leubnitz para arrebatársela a la infantería de Silesia. A las 13 Napoleón ya estaba en frente del centroderecha aliado, en medio de un intercambio de disparos de artillería intenso, en el que dirigió personalmente algunas de las unidades, acallando numerosos cañones austriacos. Durante este bombardeo un cañonazo alcanzó a Moreau en las piernas. A primeras horas de la tarde, mientras la presión de Saint-Cyr lograba equilibrar poco a poco la balanza, la caballería prusiana se iba desplazando hacia la derecha.

Ney, en el flanco izquierdo de Napoleón, comenzó su ataque a las 7.30, enmascarándolo en parte tras el Grossgarten, del que se había expulsado a los prusianos. Napoleón llegó allí a las 11, y alentó a los *tiralleurs* –soldados de avanzadilla–, que, a pesar de ser detectados ocasionalmente por los prusianos y la caballería rusa, atacaban con entusiasmo. Barclay de Tolly, a pesar de que contaba con al menos 65 escuadrones rusos y 20 de caballería prusianos, no los

empleó; bajo la intensa lluvia, fue una lucha a bayoneta y sable, jalonada por algún fogonazo de la artillería. Cuando Schwarzenberg sopesó lanzar un contraataque masivo, se dio cuenta de que todas sus unidades estaban ya comprometidas, tal y como había pretendido Napoleón.

A las 14 Napoleón regresó de nuevo al centro, configurando una batería de 32 cañones de 12 libras cerca de Rachnitz, dispuesto para hacer trizas el centro de los aliados. A las 17.30 Schwarzenberg recibió la noticia de que Vandamme había cruzado el Elba en Pirna y marchaba hacia su retaguardia, dejándole como única alternativa abandonar la lucha. Vandamme era un espadachín irredento, de los que Napoleón dijo en alguna ocasión que todo ejército necesitaba uno, pero que, si eran dos, habría que fusilar al otro[19]. Los franceses, a las 18, ya estaban asentados en la posición ocupada por los aliados por la mañana. A pesar de que cada bando había perdido unos 10.000 hombres, la victoria de Murat en el flanco izquierdo le había permitido capturar a 13.000 austriacos, y los franceses en total se habían hecho con 40 cañones[20]. Cuando le dijeron que Schwarzenberg había muerto en la batalla, Napoleón exclamó: «¡Ha pagado por su desgracia!», confiando en que su muerte le librase de la maldición del incendio que se produjo durante la celebración de su boda en 1810. Como explicó más tarde: «Estaba encantado; no porque hubiese deseado la muerte de ese pobre hombre, sino porque me libró de un gran peso»[21]. Para su disgusto, más tarde descubrió que el fallecido no había sido Schwarzenberg, sino Moreau. «Ese canalla de Bonaparte siempre tiene suerte», escribió Moreau a su mujer antes de morir por las heridas recibidas el 2 de septiembre. «Perdona mi mala letra. Te amo, y te abrazo de todo corazón»[22]. Fue una muestra de valor por parte de este general renegado pedir disculpas mientras agonizaba por su caligrafía, pero en lo que respecta a la racha de buena suerte de Napoleón, se equivocaba.

«Acabo de obtener una gran victoria en Dresde contra los ejércitos austriacos, rusos y prusianos, con los tres soberanos en persona», escribió a María Luisa. «Salgo a caballo tras ellos»[23]. Al día siguiente se tuvo que corregir a sí mismo: «Papá François tuvo el buen sentido de no venir», mientras Alejandro y Federico Guillermo «lucharon muy bien, y se retiraron a todo correr». Con los austriacos fue más severo; «Las tropas de papá François nunca habían sido tan malas», dijo a su esposa, austriaca de nacimiento. «En todas

partes lucharon penosamente. He tomado 25.000 prisioneros, 30 estandartes y muchísimos cañones»[24]. Lo ocurrido en realidad fue exactamente lo contrario; los soberanos aliados y sus generales habían fallado a sus hombres en la táctica y la estrategia, tanto al posicionarse como al coordinarse, y habían sido las tropas, valientes y tenaces, las que habían evitado que el combate de dos días se convirtiese en una catástrofe.

La cabalgata bajo una lluvia intensa por el campo de batalla hizo que el resfriado de Napoleón empeorase, y tras el combate fue presa de los vómitos y la diarrea. «Tienes que volver y cambiarte», le gritó un *grognard* de entre las filas, y finalmente el Emperador regresó a Dresde para tomar un baño caliente[25]. A las 7 de la tarde dijo a Cambacérès: «Estoy tan cansado y tan preocupado que no puedo escribirte mucho; [Maret] lo hará por mí. Las cosas por aquí van muy bien»[26]. No podía permitirse estar enfermo mucho tiempo: «En mi posición», había escrito a sus comandantes solo una semana antes, «cualquier plan en el que yo no esté en el centro es inadmisible. Cualquier plan que me relegue a la distancia dará lugar a una guerra normal, en la que la superioridad de la caballería enemiga, de sus cifras, incluso de sus generales, me hundiría por completo»[27]. Reconocía así, abiertamente, que no se podía esperar de sus mariscales que acometiesen los golpes necesarios para vencer en una batalla contra un enemigo cuyas fuerzas eran un 70% superiores a las suyas; de hecho, consideraba a la mayoría incapaces incluso de liderar a sus tropas de forma independiente.

Esta percepción se vio confirmada en gran medida el día 26 de agosto, primero de la batalla de Dresde, en la parte del río Katzbach que transcurre por la Silesia prusiana –la actual Kaczawa–. El mariscal Macdonald, con 67.000 soldados del ejército francés y de la Confederación del Rhin, fue aniquilado por el Ejército de Silesia de Blücher[28]. En Santa Helena, Napoleón reiteraría su opinión: «Macdonald y otros eran buenos cuando sabían dónde estaban, y bajo mis órdenes; fuera de esto, era otra cosa»[29]. El mismo día siguiente, el 27, los *Landwehr* prusianos –que acababan de cambiar las picas por el mosquete–, junto con algunos cosacos, destrozaron al cuerpo del general Girard en Hagelberg. El 29 la 17ª División del general Jacques Puthod, con 3.000 hombres, quedó atrapada contra el desbordado río Bober en Plagwitz, y después de agotar toda su munición se rindió en masa, perdiendo tres águilas, de las que una apareció más

tarde en el río[30].

Napoleón, confiando en poder demorar la retirada de Schzarzenberg hacia Bohemia, ordenó a Vandamme abandonar Peterswalde con sus 37.000 hombres y «penetrar en Bohemia y hacer volverse al príncipe de Württemberg». Aunque su objetivo era cortar la línea de comunicación del enemigo con Tetschen, Aussig y Teplitz, el general prusiano Kleist, Barclay y Constantino duplicaban las tropas de Vandamme, que –a pesar de luchar con valor y sufrir unas enormes pérdidas– tuvo que rendirse el día 30 en una aldea cercana a Kulm con 10.000 soldados. Napoleón había enviado a Murat, Saint-Cyr y Marmont al ataque de la retaguardia austriaca en Töplitz mientras Vandamme se enfrentaba con valentía a su vanguardia, pero nada pudo salvarle. El mismo Napoleón estaba enfermo, y no podía abandonar su habitación; el día 29 por la tarde no pudo ir más allá de Pirna[31]. Al día siguiente, cuando Jean-Baptiste Corbineau se presentó con la desastrosa noticia, solo pudo decir: «Esto es la guerra: en la cumbre por la mañana y hundido por la tarde; del triunfo a la derrota solo hay un paso»[32].

A finales de agosto, toda la ventaja que había obtenido Napoleón en Dresde había sido malbaratada por sus lugartenientes. Y las malas noticias iban a sucederse. Ney, enviado a Berlín para retomar el ataque y volver a la situación previa a la derrota de Oudinot frente a Bernadotte, había sido derrotado junto con este el día 6 de septiembre por el general von Bülow en la batalla de Dennewitz en Brandenburgo. Baviera se declaró neutral, y otros estados alemanes empezaron a sopesar hacer lo mismo, sobre todo después de que los aliados proclamasen la abolición de la Confederación del Rhin a finales de mes.

Napoleón pasó casi todo septiembre en Dresde, atajando ocasionalmente alguna expedición aliada que se aproximaba demasiado, pero incapaz de sostener una batalla a gran escala que le diese la victoria en la campaña, por la determinación aliada de evitarla, mientras se concentraban en sus subordinados. Fueron semanas frustrantes, en las que en ocasiones dejó ver su impaciencia y mal humor: cuando 600 cosacos atacaron entre Dresde y Torgau a los 2.000 hombres del 5º Cuerpo de Caballería del general Samuel François l’Héritier de Chézelles, escribió a Berthier que sus hombres debían haber sido más agresivos en la lucha, «incluso si en lugar de sables y pistolas hubiesen tenido palos de escoba»[33].

Este tipo de lucha era malo para la moral, y el 27 de septiembre un batallón

entero de sajones se pasó a las filas de Bernadotte, con el que habían combatido en Wagram. En París María Luisa pidió una senato-consulta para una leva de 280.000 hombres, de los que al menos 160.000 debían ser a cuenta de la quinta de 1815, porque la de 1814 ya había sido convocada, lo que solivianto la oposición ya existente a este tipo de reclutamiento en muchas zonas de Francia.

El general Thiébault, comandante de división en esta campaña, resumió con precisión cuál era la situación en el otoño de 1813:

> El escenario de esta lucha se ha incrementado de un modo alarmante. Ya no es el espacio en el que una maniobra astuta, secreta y repentina ejecutada en unas pocas horas, o en uno o dos días, otorga ventaja. Napoleón no puede sobrepasar el flanco enemigo como en Marengo o en Jena, o aplastar a un ejército, como en Wagram, destruyendo una de sus alas. Bernadotte en el norte con 160.000 hombres, Blücher en el este con 160.000, Schwarzenberg en el sur con 190.000, mientras sostienen un frente amenazante, se mantienen a distancia suficiente como para no dejar espacio para uno de esos movimientos rápidos e imprevistos que deciden una campaña o una guerra en una sola batalla, y que han dado a Napoleón su reputación. El hombre ha sido aniquilado por el espacio. Además, Napoleón hasta ahora no había tenido que enfrentarse a más de un ejército enemigo a la vez; ahora hay tres, y no puede atacar a uno sin exponer los flancos a los otros[34].

A principios de octubre los aliados ya se movían a voluntad por las líneas de comunicación francesas, y algunos días Napoleón no podía enviar ni recibir cartas. El 6 de octubre Baviera declaró la guerra a Francia, agravando la situación. «Baviera no se alzará en serio contra nosotros», dijo el Emperador filosóficamente a Fain, «tiene mucho que perder con un triunfo total de Austria y la debacle de Francia. Sabe bien que uno es su enemigo natural, y el otro su sostén necesario»[35]. Al día siguiente Wellington salió de España cruzando el Bidasoa, encabezando el primer ejército extranjero en suelo francés desde que el almirante Hood había desalojado Toulon veinte años antes. Blücher y sus 64.000 soldados cruzaban el Elba, y los 200.000 soldados de Bohemia marchaban hacia Leipzig, por lo que Napoleón dejó a Saint-Cyr en Dresde y se dirigió al norte con 120.000 hombres, tratando de detener a Blücher en el Elba para regresar

luego a combatir contra Schwarzenberg, manteniendo mientras tanto la amenaza sobre Berlín.

El 10 de octubre se congregaron en Leipzig los ejércitos de Schwarzenberg, Blücher y Bernadotte, que sumaban 325.000 unidades, con la intención de atrapar allí a Napoleón, que contaba con unas tropas muy inferiores en número. «Es inevitable una gran batalla en Leipzig», escribió Napoleón a Ney a las 5 de la mañana del 13 de octubre, el mismo día que averiguó que un ejército bávaro se había unido a los austriacos y amenazaba el Rhin[36]. A pesar de ser superado ampliamente en número –apenas podía desplegar 200.000 hombres–, Napoleón decidió luchar por la urbe que el periodista inglés Frederic Shoberl describiría al año siguiente como «sin duda la primera ciudad comercial de Alemania, y la mayor Bolsa del continente»[37]. Dispuso a sus hombres en filas de a dos, en lugar de a tres, después de que el doctor Larrey le convenciese de que la mayoría de las heridas en la cabeza no eran autoinfligidas, como había sospechado, sino que eran provocadas al cargar y descargar los mosquetes demasiado cerca de los soldados puestos de rodillas en la siguiente línea. «Una de las ventajas de esta nueva distribución», afirmó, «será que el enemigo creerá que el ejército es un tercio mayor de lo que es en realidad»[38].

El 14 de octubre, mientras la Guardia Imperial llegaba desde Düben, Napoleón pasó la noche en casa de un tal Wester en Reudnitz, un suburbio del este de Leipzig. El *marechal de logis*, como de costumbre, había escrito con tiza el nombre de cada general en su puerta correspondiente, y en la de Napoleón se encendió de inmediato el fuego, «porque a Su Majestad le gustaba mucho el calor»[39]. Napoleón sostuvo una conversación con el mayordomo de Wester:

> N: ¿Qué es tu señor?
> M: Se dedica a los negocios, señor.
> N: ¿En qué sector?
> M: Es banquero.
> N: (sonriendo) Ah, entonces tendrá un montón de dinero.
> M: Discúlpeme, Majestad, pero no lo tiene.
> N: Bueno, entonces, ¿tiene dos montones?

Hablaron a continuación sobre tipos de interés, descuentos de letras, el

salario de los empleados, el estado –ruinoso– de la economía y sobre la familia del propietario. «Durante toda la conversación el Emperador estuvo de muy buen humor, sonriendo con frecuencia, y tomando bastante rapé», observó el coronel von Odeleben[40]. Cuando se marchó, pagó 200 francos por la estancia, lo que, para uno de sus ayudas de campo, «desde luego no era lo habitual».

Al día siguiente los 200.000 hombres de Schwarzenberg se toparon con Murat en el sur, y se sucedieron las escaramuzas, mientras Blücher avanzaba junto al Saale y el Elster. Napoleón, montado sobre una yegua color crema, repartió águilas y banderas entre tres batallones; mientras las sacaba de su caja y las desplegaba para entregárselas a los oficiales, resonaban los tambores. «Con un tono de voz claro y solemne, pero no muy alto, que puede calificarse por el término musical *mezza voce*», un espectador recordaba las palabras de Napoleón:

> «Soldados del 26º regimiento de infantería ligera. Os otorgo el águila de Francia. Será vuestro punto de reunión. ¿Juráis abandonarlo solo junto a vuestra vida? ¿Juráis no permitir ninguna ofensa contra Francia? ¿Juráis anteponer la muerte al deshonor? ¡Juradlo!». Puso especial énfasis en esta última palabra, pronunciándola con un tono particular, y con gran energía. Fue la señal a la que todos los oficiales alzaron la espada, y todos los soldados, llenos de entusiasmo, exclamaron de común acuerdo, en alta voz, acompañados por las exclamaciones comunes: «¡Lo juramos!».

Esta ceremonia solía estar acompañada por una banda de música, pero ya no. «Los músicos se habían vuelto escasos, porque gran parte habían sido enterrados en las nieves de Rusia»[41].

Entre el medio millón de hombres que combatieron en la «Batalla de las Naciones» de Leipzig –la mayor de la historia de Europa hasta ese momento– hubo franceses, alemanes –en ambos bandos–, rusos, suecos, italianos, polacos, de todas las nacionalidades del Imperio Austriaco, e incluso una sección de artilleros británicos[42]. Hubo tres días de lucha, el 16, el 18 y el 19 de octubre de 1813. Napoleón puso sobre el terreno a casi todo el ejército de tierra francés, con 203.100 soldados, de los que 28.000 formaban la caballería, y 738 cañones. Faltaban el cuerpo de Saint-Cyr, en Dresde (30.000 soldados), el de Rapp,

sitiado en Danzig (36.000), el de Davout en Hamburgo (40.000), y unos 90.000, en los hospitales. Los aliados lograron reunir, hasta el último día, un total de 362.000 hombres y 1.456 cañones, casi el doble que los franceses[43]. El amplio terreno de batalla, cortado en dos por los ríos Elster y Pleisse, se abría hacia el este en una llanura y varios altozanos que podían servir de plataforma para la artillería y resguardar a las tropas[**].

El capitán Adolphe de Gauville, herido en la batalla, escribió cómo en la oscura, plomiza y lluviosa mañana del 16 de octubre, «a las 5 de la mañana, Napoleón se hizo llevar un sillón y una mesa al campo. Tenía muchos mapas, e impartía órdenes a numerosos oficiales y generales, que se presentaban para recibirlas uno tras otro»[44]. El Emperador calculaba que podría emplear unos 138.000 hombres contra los 100.000 de Schwarzenberg aposentados al sur de la ciudad, sabiendo que dispondría de uno o dos días como mucho para reducirlos, antes de que Blücher, Bernadotte y Bennigsen llegasen desde el noroeste, el norte y el este, respectivamente. Las tropas avanzadas de Bennigsen –los cosacos– alcanzaron el campo de batalla el primer día, y el grueso del ejército al terminar el 17, preparados para intervenir al día siguiente, al igual que las tropas de Bernadotte.

La batalla comenzó a primeras horas del día 16, cuando los prusianos arrebataron a los polacos de Poniatowski el pueblo de Mark-Kleeberg en un encarnizado combate callejero, agudizado por el odio racial. La defensa de Wachau era relativamente débil, y los rusos, apoyados por una brigada prusiana, la tomaron rápidamente, pero la artillería francesa detuvo cualquier intento de avance tras ese punto. Napoleón, que se presentó allí entre las 12 y las 13, formó una batería de 177 cañones que protegió un contraataque masivo con el que obligó a los rusos a regresar a la meseta de Leipzig, donde la falta de lugares bajo los que cobijarse hizo letal a la metralla.

La única ruta de escape posible de Napoleón hacia el oeste –en caso de ser necesaria– peligraba por la cercanía del general austriaco Ignaz Gyulai, por lo que el cuerpo del general Henri Bertrand fue a protegerla, debilitando de forma significativa el ataque principal. Gyulai se obcecó con la captura de Lindenau, cerca de la carretera, y cuando los austriacos, a pesar del constante bombardeo, se abalanzaron sobre el pueblo incendiado, se alcanzó un punto crítico. Bertrand reculó y se reagrupó antes de contraatacar a las 17, logrando despejar la carretera

por completo. Pero la intervención de Gyulai había sido decisiva, porque fue capaz de envolver al cuerpo de Bertrand.

A las 10 de la mañana Klenau se aproximó a Liebertwolkwitz, que cayó rápidamente en sus manos, con la excepción de la iglesia y el extremo norte del pueblo. Un contraataque ágil expulsó de nuevo a los austriacos. Antes de que Mortier asegurase la zona al frente de sus divisiones de la Joven Guardia, el general Gérard, encabezando una división básicamente italiana contra Klein-Posna, fue herido. Los aliados estaban de nuevo en su posición inicial a las 11, exhaustos y despojados de sus reservas. Napoleón, sorprendido por su agresividad, había tenido que movilizar a sus propias reservas antes de lo esperado. La Vieja Guardia de Friant tomó la granja Meusdorf, y dos divisiones de la Joven Guardia encabezadas por Oudinot y casi toda la caballería de reserva se congregaron tras Wachau.

Cuando la niebla sobre el campo de batalla se empezó a disipar, Napoleón pudo evaluar su neta superioridad. Al ver la oportunidad de dividir la línea austriaca en Wachau, su punto más débil, envió al cuerpo de Macdonald a mediodía para sobrepasar su flanco derecho. Hacia las 14 acució en persona a la 22ª Ligera para que se lanzase sobre la cumbre que domina Gross-Posna, el Kolmberg, diciéndoles para burlarse que se limitaban a sentarse en la base, de brazos cruzados, mientras caían las bombas[45]. Tomaron la cumbre, pero Alejandro, Federico Guillermo y Schwarzenberg detectaron el movimiento y enviaron a las reservas prusianas para detenerlo. Como al principio de la campaña, los dos monarcas se limitaban a aconsejar y mantener la moral alta, mientras los soldados profesionales tomaban las decisiones militares.

Murat, en la planicie, congregaba a la caballería entre Wachau y Liebertwolkwitz en densas columnas para apoyar a Oudinot y Poniatowski. A las 14.30 la caballería de Bordessoulle encabezó la carga por el centro, que se abrió camino entre la infantería del príncipe de Württemberg y cayó sobre los artilleros de la batería principal de los aliados. Dieciocho escuadrones, unos 2.500 sables, cargaron contra la división de caballería de la Guardia Rusa y la descabalgaron, dejando el camino libre hacia el cuartel general aliado. Pero la infantería francesa no pudo proseguir con la carga, y las tropas de Bordessoulle, ralentizadas por el terreno pantanoso, se tuvieron que retirar, sufriendo al hacerlo numerosas bajas, también por fuego amigo.

Napoleón había estado esperando la llegada de Marmont desde el norte, pero a las 3 decidió lanzar el ataque general con las tropas que tenía a mano. Hizo avanzar a la artillería, para bombardear al enemigo por el centro, lanzando cargas y contracargas continuas de caballería, y ordenando a la infantería abrir fuego indiscriminadamente; estuvo a punto de romper la línea aliada, pero las tropas austriacas de refresco, de cuyas unidades algunas habían vadeado el Pleisse con el agua hasta el pecho, entraron rápidamente en acción, y a fuerza de tenacidad las formaciones rusas y prusianas impidieron el avance francés.

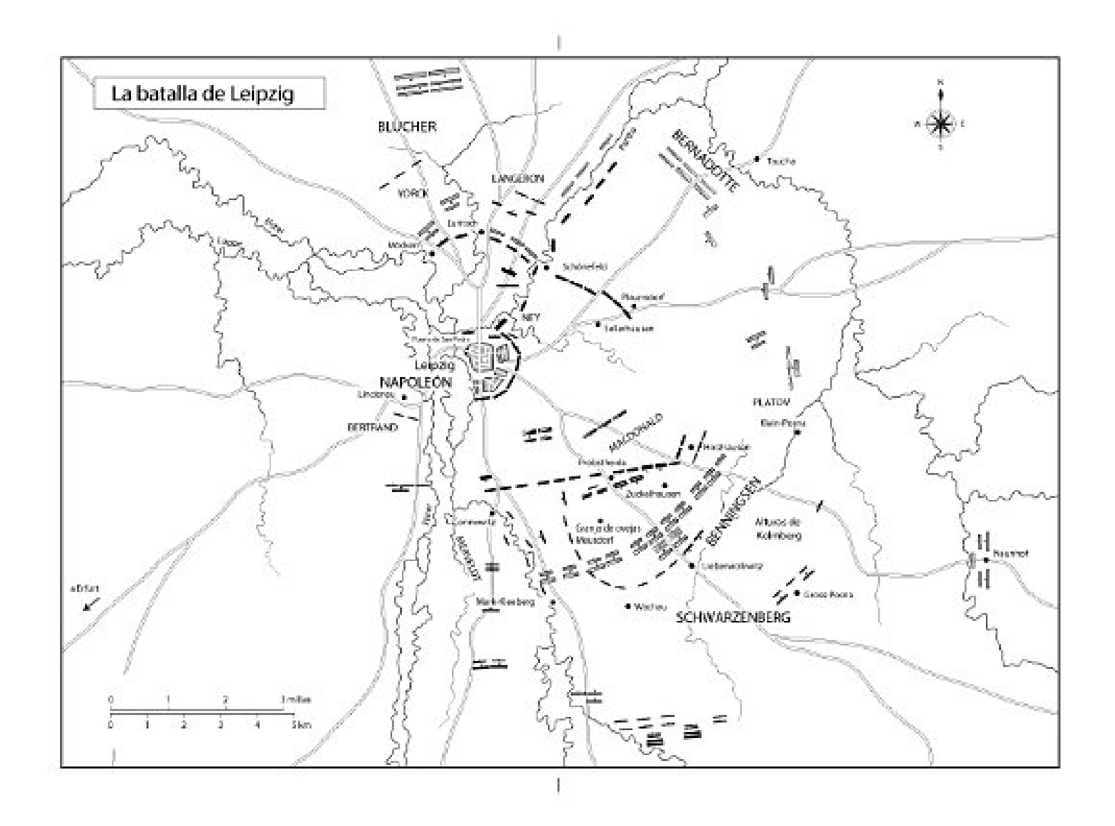
El continuo sonido de los cañonazos desde Möckern atrajo a Napoleón a la zona norte del terreno de batalla, donde Blücher se enfrentaba a Marmont. Las estrechas calles de Möckern albergaban un combate cuerpo a cuerpo salvaje, y cuando Marmont trató de tomar las colinas que se alzaban tras el pueblo Yorck desató una carga de caballería reforzada por su infantería, que hizo regresar a los hombres de Marmont al interior de Leipzig. Ney también había ido retrocediendo hacia la ciudad, abandonando una tras otra las posiciones firmes, sin lograr retrasar el avance de Blücher y Bernadotte.

Los aliados, acercándose desde tres laterales, obligaron a Napoleón a dispersar a sus tropas en ataques tan débiles que no alcanzaban a ser decisivos. A las 17 ambos bandos estaban listos para dar por concluido el primer día de batalla. Las bajas habían sido cuantiosas: unos 25.000 franceses y unos 30.000 aliados[46]. Aquella noche debería haber escapado por la carretera hacia el oeste, librándose de la trampa antes de que Schwarzenberg recibiese refuerzos. Sin embargo, dejó que pasase todo el 17 de octubre mientras sus tropas descansaban y se recuperaban, solicitando un armisticio –que le fue negado– y devolviendo al veterano general austriaco Maximilian von Merveldt, capturado el día anterior, de vuelta al emperador Francisco con un cruel mensaje antirruso: «No costaría demasiado a Austria, Francia, e incluso a Prusia, detener en el Vístula la crecida de un pueblo, medio nómada, principalmente conquistador, cuyo enorme imperio se extiende desde aquí hasta China», afirmó, añadiendo: «Acabaré haciendo sacrificios; lo sé y estoy dispuesto a hacerlos»[47]. Los sacrificios que explicó a Fain que estaba dispuesto a hacer por la paz incluían la renuncia inmediata al Gran Ducado de Varsovia, a Iliria y a la Confederación del Rhin. Estaba dispuesto también a tomar en consideración la independencia de España, Holanda y las ciudades hanseáticas, pero solo si todo ello formaba parte

de un acuerdo más general, en el que estuviese incluida Inglaterra. Para Italia deseaba «la integridad e independencia del Reino», algo que sonaba ambiguo, no como su oferta a Austria de evacuar Alemania y retirarse más allá del Rhin[48]. Durante tres semanas Francisco no respondió, y entonces la situación ya se había vuelto muy desfavorable para Napoleón[49].

Más tarde, Wellington sostendría que, si se hubiese retirado antes de Leipzig, los aliados no se habían atrevido a aproximarse al Rhin[50]. Pero retirarse de Leipzig sin un armisticio habría supuesto abandonar a decenas de miles de hombres en los cuarteles del este.

Lo que temía Napoleón era que, en ese caso, Sajonia y Württemberg le abandonasen como había hecho ya Baviera. Así pues, en lugar de retirarse hacia Erfrut, organizó el suministro de municiones –la artillería francesa lanzaría durante la batalla 220.000 balas de cañón, tres veces más incluso que en Wagram–, y concentró todas su tropas en un semicírculo al noreste y sur de la ciudad, mientras enviaba a Bertrand y a Mortier a asegurar una posible ruta de escape[51]. La noche del 17 sucumbió a un fuerte brote de gripe, pero ya había decidido luchar. Sin embargo, la llegada de las divisiones de Bernadotte y Bennigsen supuso que, mientras Schwarzenberg recibía 100.000 hombres de refuerzo, él solo sumase los 14.000 hombres del cuerpo de Reynier desde el comienzo de la batalla[52].



Napoleón pasó el resto del día en una prensa tabaquera en Thonberg, mientras la Vieja Guardia y la caballería permanecían en la reserva[***], después de salir a caballo de Lindenau hacia las 8 de la mañana del 18 de octubre. A esa hora el sol ya brillaba, y los dos ejércitos estaban preparados para retomar un combate que Schwarzenberg había preparado organizando seis ataques convergentes, en los que participarían 295.000 hombres y 1.360 cañones. Esperaba tomar Connewitz, Mark-Kleeberg, Probstheida, Zuckelhausen, Holzhausen, Lindenau y Taucha, antes de hacer trizas al ejército francés en Leipzig.

Bennigsen, llegado esa misma mañana, arrebató a Macdonald Holzhausen y los pueblos cercanos. A la derecha de Macdonald se situaban los refuerzos de Reynier, entre los que había 5.400 sajones y 700 soldados de Württemberg, pero a las 9 los recién llegados desertaron y se pasaron a los aliados con 38 cañones, dejando una amplia brecha en la línea napoleónica, que trató de cerrar la división de caballería pesada del general Jean Defrance[53]. La batería sajona se limitó a darse la vuelta pesadamente y a bombardear las líneas galas; habían combatido

durante siete años por Napoleón, después de desertar del ejército prusiano después de Jena, y esta traición a sangre fría fue un golpe duro contra la moral de los franceses.

Von Bülow no tardó en tomar el pueblo de Paunsdorf. Napoleón lanzó oleadas de la Joven y la Vieja Guardia para reconquistarla, pero la simple superioridad numérica de los prusianos rechazó incluso a la élite de su ejército. Probstheida, defendida por Victor y Lauriston, se convirtió en una verdadera fortaleza, y, a pesar del empeño personal del Zar, los aliados no pudieron capturarla en todo el día; dos brigadas prusianas lo intentaron sin éxito tres veces, y la 3ª División de Infantería Rusa, oculta por su infantería ligera, también hubo de abandonar, de mala manera. Napoleón, inquieto ante la intensidad de los ataques, convocó para la defensa a la división de la Vieja Guardia de Curial, respirando aliviado cuando se vio que no eran necesarios.

Schönefeld, al norte de Leipzig, provocó una batalla entre Marmont y Langeron, emigrado francés que combatía del lado ruso. Marmont, uniendo a sus cañones los del cuerpo de Souham, pudo enfrentarse a las 180 piezas de Langeron con sus 137. El terreno entre ambas baterías quedó totalmente despejado; seis generales franceses murieron o fueron heridos en el intercambio de cañonazos, que se prolongó hasta la caída de la noche, cuando Marmont abandonó y se refugió en las trincheras a las afueras de Leipzig. Mientras Langeron acosaba a Marmont, Blücher asediaba los suburbios de Leipzig. Ney, disputando el pueblo de Sellerhausen, lanzó dos divisiones al contraataque; fue en este punto en el que los ingleses lanzaron sus letales y ruidosos cohetes Congreve, con un efecto devastador, también en la moral francesa. A pesar de que los cohetes se habían inventado 16 años antes, y su eficacia se había constatado en Copenhague en 1807, Napoleón no había desarrollado esta tecnología.

A las 16.30 el propio Emperador encabezó algunos contraataques de la caballería de la Vieja y la Joven Guardia en Zwei-Naundorf, esperando hasta el último segundo para apartarse del frente. Pero la resistencia de los aliados les dejó en un punto muerto, y un ataque de rusos y prusianos les hizo retroceder rápidamente. «Aquí vi al Emperador bajo una granizada de mortero enemigo», observó Johann Röhrig, sargento mayor de una compañía de *voltigeurs*. «Tenía el rostro pálido y frío como el mármol, atravesado únicamente por ocasionales

expresiones de ira. Vio que todo estaba perdido, y que luchábamos solo por retirarnos»[54]. Tras pagar 2 coronas –seis francos, el salario de tres días– a cambio de ocho patatas a unos granaderos de la Vieja Guardia, Röhrig habló así de aquel día:

> No puedo entender cómo un comandante tan listo como el Emperador dejaba que nos muriésemos de hambre. La vida en ese ejército habría sido muy diferente si hubiese habido suficiente comida. Pero, aun así, nadie que no lo haya experimentado puede hacerse cargo del entusiasmo que brotaba entre aquellos soldados exhaustos y medio muertos de hambre cuando el Emperador en persona se presentaba allí. Si estaban desmoralizados y aparecía, su presencia era como una descarga eléctrica. Todos gritaron *Vive l'Empereur!* y se lanzaron ciegamente hacia el fuego[55].

Aquel día cada bando perdió, en medio de los violentos cañonazos y la lucha cara a cara, unos 25.000 hombres.

La mañana del 19 de octubre Napoleón decidió retirar a su ejército. Dijo a Poniatowski, al que había concedido el bastón de mariscal tres días antes: «Príncipe, tú defenderás los suburbios del sur». «Señor, tengo muy pocos hombres», respondió el polaco. «Bueno, entonces los defenderás tú mismo con los que tengas», afirmó Napoleón. «¡Señor, resistiremos!», exclamó el recién designado mariscal. «Estamos preparados para morir por su Majestad»[56]. Ese mismo día cumplió su palabra. Napoleón dejó la ciudad hacia las 10 de la mañana, después de entrevistarse con el rey de Sajonia, cuyo comandante en el campo de batalla, a diferencia de muchos de sus hombres, no se había pasado a los aliados. «Los gestos de Napoleón aparentaban compostura cuando abandonó Leipzig», observó el coronel von Odeleben, «cabalgando lentamente bajo la puerta de San Pedro, aunque estaba empapado en sudor, circunstancia que podría proceder de la combinación del esfuerzo físico con la agitación mental»[57]. La retirada fue caótica, con «los carros de munición, gendarmes, artillería, vacas y ovejas, mujeres, granaderos, postas, los sanos, los heridos, los agonizantes, todos arremolinados juntos, y presas de tal confusión que parecía difícil esperar que los franceses pudiesen continuar marchando, y mucho menos defenderse a sí

mismos»[58]. La confusión empeoró cuando los aliados atacaron la ciudad a las 10.30.

No se habían edificado pontones sobre los ríos Pleisse, Luppe o Elster, por lo que todo el mundo hubo de atravesar el único puente de la ciudad sobre el Pleisse, situado al final de una sucesión de calles estrechas. La voladura de esta estructura a las 11.30 fue catastrófica, porque aún faltaba gran parte del ejército por atravesarlo, y unos 20.000 hombres quedaron atrapados en la ciudad, transformando la derrota en una debacle. El Boletín 50 de Napoleón culpó nominalmente al coronel Montfort, por haber delegado la tarea en «un cabo, un sujeto ignorante que no comprendió la naturaleza de la misión que se le había encomendado»[59]. Cuando la explosión retumbó por la ciudad aún había hombres y animales sobre el puente, y sus restos se desperdigaron por las calles y el río[60]. Algunos oficiales se lanzaron a nado para tratar de evitar ser capturados; Macdonald lo logró, pero el caballo de Poniatowksi, empujado por este dentro del río, no pudo ascender la orilla opuesta y cayó sobre el mariscal. La corriente arrastró a los dos[61]. El pescador que rescató su cadáver del río ganó una pequeña fortuna tras vender las charreteras con diamantes, anillos y tabaqueras a algunos oficiales polacos que se lo enviaron de vuelta a su familia[62]. La cartera de cuero rojo en la que Napoleón guardaba los periódicos extranjeros, blasonada en oro con las palabras *Gazettes Étrangères* y su carruaje cayeron en manos del enemigo, y fueron examinadas en presencia de Bernadotte[****].

«Entre una batalla perdida y una ganada», había dicho Napoleón la víspera de la de Leipzig, «hay una distancia inmensa, y allí se alzan los imperios»[63]. Había perdido, entre muertos y heridos, unos 47.000 hombres en tres días. Otros 38.000 habían sido hechos prisioneros, con 325 cañones, 900 carros y 28 banderas y estandartes –incluidas 3 águilas–, siendo posiblemente la peor derrota de su carrera, estadísticamente hablando[64]. El boletín solo reconoció 12.000 bajas, y unos cientos de carros, atribuidos principalmente a la voladura del puente. «El desorden que causó en el ejército cambió la situación –escribió–, el victorioso ejército francés ha llegado a Erfurt como lo habría hecho un ejército derrotado»[65]. Con las posteriores deserciones y abandonos, de los 200.000 hombres que poseía al principio de la batalla, solo pudo llevar de vuelta a través del Saale a unos 80.000. «El tifus estalló entre nuestras filas desorganizadas de

modo terrorífico», observó el capitán Barrès. «Puede decirse, pues, que al dejar Leipzig lo hicimos acompañados de todas las plagas que pueden consumir a un ejército»[66].

Napoleón se retiró luchando hacia el Rhin, barriendo a los austriacos en Kösen el día 21, a los prusianos en Freiburg el mismo día, a los rusos en Hörselberg el 27, y en una batalla de dos días, el 30 y el 31, a los bávaros en Hanau. El 2 de noviembre volvió a cruzar el Rhin en Mainz. «Estate tranquila y alegre, y ríete de los alarmistas», dijo a su esposa al día siguiente[67].

Las fortalezas del Elba, el Oder y el Vístula todavía acogían a 120.000 hombres sitiados, con Rapp dentro de Danzig –cuyos 40.000 efectivos se vieron reducidos hasta los 10.000–, y los generales Adrien du Taillis en Torgau, Jean Lemarois en Magdeburgo, Jean Lapoype en Wittenberg, Louis Grandeau en Stettin, Louis d'Albe en Küstrin y Jean de Laplane en Glogau, además de las tropas de Dresde, Erfrut, Marienburg, Modlin, Zamosc y Wesel. Aunque Davout retuvo Hamburgo y el bajo Elba, la mayoría de las fortalezas del este fueron cayendo una a una a finales de 1813, en muchos casos a causa del hambre. Unas pocas resistieron hasta el final de la campaña de 1814, pero no jugaron más papel que el de ocupar a las milicias locales con los asedios. Mantener a tantos hombres tan alejados hacia el este no dejaba de ser una muestra del invencible optimismo de Napoleón. Para 1814 la mayoría se habían convertido en prisioneros de guerra.

La campaña de 1813 se había cobrado la vida de dos mariscales, Bessières y Poniatowski, y de al menos 33 generales. También supuso la desafección de Murat, que se había comprometido en secreto a pasarse a los aliados a cambio de retener el trono de Nápoles, mientras estaba con Napoleón en Erfurt el 24 de octubre. Aun así el Emperador, al menos en público, no se mostró descorazonado. Tras su llegada a París el 9 de noviembre, relata Fain, «realizó toda clase de esfuerzos para sacarle todo el partido a los recursos que le quedaban»[68]. Sustituyó a Maret por Caulaincourt como ministro de Exteriores –tras ofrecérselo dos veces, como muestra de su intención de reconciliarse, a Talleyrand–, decretó una leva de emergencia de 300.000 reclutas, de la que obtuvo, a pesar del ya poderoso sentimiento antirreclutamiento, unos 120.000 hombres, y sopesó seriamente la oferta de paz de los aliados, transmitida por el barón de Saint-Aignan, antiguo jefe de caballerizas y cuñado de

Caulaincourt[69]. Los términos de lo que se denominó «Base de Frankfurt para la paz» estipulaban que Francia debía regresar a las llamadas «fronteras naturales» fijadas en los Alpes Ligures, los Pirineos, el Rhin y las Ardenas –también denominadas «fronteras borbónicas», aunque los Borbones las hubiesen atravesado frecuentemente en sus guerras de conquista–. Napoleón debería abandonar Italia, Alemania, España y Holanda, pero no toda Bélgica[70]. En este punto, manteniendo solo unos pocos cuarteles en España, e incapaz de defender el Rhin con algo más que jactancia, Napoleón confesó a Fain que estaba dispuesto a entregar España y Alemania, pero se resistía a ceder Italia, que en tiempo de guerra «podía suponer una distracción para Austria», y Holanda, «que garantizaba muchos recursos»[71].

El 14 de noviembre, día en el que recibió la propuesta de Frankfurt, Napoleón dirigió un discurso a los líderes del Senado en las Tullerías. «Hace solo un año toda Europa marchaba con nosotros», les dijo con franqueza, «hoy toda Europa marcha contra nosotros. El hecho es que la opinión mundial la forma Francia o Inglaterra (…). La posteridad dirá si las enormes circunstancias críticas fueron demasiado para Francia o para mí»[72]. Al día siguiente indicó a Caulaincourt que, en caso de que el ejército inglés alcanzase el *château* de Marracq cercano a Bayona, «se le prenda fuego, y a todas las casas que me pertenecen, para que no duerman en mi cama»[73].

Tras ordenar que se doblasen los *droits réunis* sobre el tabaco y los envíos postales, y duplicar las tasas sobre la sal para recaudar 180 millones de francos, reconoció ante Mollien que esas medidas eran como «un digestivo que me había guardado para el último momento de sed». Como le faltaban 30 millones de francos en el tesoro, ese momento había llegado[74]. Ordenó también suspender los pagos de pensiones y salarios, de tal forma que se pudiese hacer frente a los pedidos de la administración militar.

Después de que los aliados hiciesen públicos los términos de Frankfurt el 1 de diciembre, afirmando que «garantizarían al Imperio Francés una extensión territorial mayor de la que nunca tuvo bajo sus reyes», Pasquier y Lavalette informaron a Napoleón de que los servicios de inteligencia habían determinado que el pueblo francés deseaba que fuesen aceptados[75]. «Ha llegado el momento del encuentro», dijo a Savary, melodramáticamente; «¿miran al león como si estuviese muerto para tomarse una venganza pospuesta? Si Francia me

abandona, no podré hacer nada; pero pronto lo lamentarán»[76]. Al día siguiente Caulaincourt escribió a Metternich aceptando las «bases generales y resumidas»[77]. El 10 de diciembre, mientas Wellington cruzaba el río Nive y Soult se retiraba al Adour, Metternich dijo que los aliados esperaban la respuesta inglesa a la oferta de Caulaincourt. Las Guerras Napoleónicas podrían haber terminado allí y entonces, pero los ingleses se opusieron a que Francia retuviese una parte de la costa belga desde la que podrían invadir su país: Amberes. La oposición de Castlereagh a los términos de Metternich malogró el intento de paz de Frankfurt, y más aún después de que el inglés viajase a Europa en enero de 1814 y animase al Zar a oponerse a cualquier tipo de paz con Napoleón[78]. Veía inviable una paz duradera si el Emperador permanecía en el trono francés.

«Las armas francesas se gloriaron con brillantes victorias en esta campaña», afirmó Napoleón ante el Cuerpo Legislativo el 19 de diciembre, «las deserciones sin parangón hicieron inútiles estas victorias. Todo se volvió contra nosotros. La propia Francia habría estado en peligro, de no ser por la energía y unidad de los franceses». Solo Dinamarca y Nápoles permanecieron leales, afirmó, aunque en privado albergaba dudas sobre la última, y ordenó a su hermana, la gran duquesa Elisa de Toscana, que no enviase mosquetes a su hermana Carolina ni a su marido, Murat, que había vuelto a Italia para negociar una vez más con los austriacos. Manifestó al Cuerpo Legislativo que «no pondría objeciones al restablecimiento de la paz», y concluyó desafiante: «Nunca me ha seducido la prosperidad; la adversidad me encontrará por encima de sus golpes»[79].

Su discurso ante el Senado fue igualmente inflexible: «Ante el espectáculo de la nación entera en armas, el extranjero deberá huir o firmar la paz en los mismos términos que ha propuesto. Ya no se trata de recuperar las conquistas que hemos llevado a cabo»[80]. Aunque el Senado se mantuvo fiel, el 30 de diciembre el Cuerpo Legislativo aprobó por 223 votos a favor y 51 en contra una extensa crítica a sus acciones, que terminaba con una demanda de derechos políticos y civiles. «Una guerra bárbara sin final engulle periódicamente a la juventud, arrebatada a la educación, la agricultura, el comercio y las artes», concluía[81]. Los franceses habían pasado por alto la primera derrota en Rusia, pero esta segunda catástrofe en Leipzig, tan cercana a la anterior, volvió en su contra a muchos de ellos. Para conservar el poder Napoleón no disponía de más alternativa que la de desterrar a los autores del documento, encabezados por

Joseph Lainé, y prohibir su publicación. Al día siguiente aplazó la reunión del Cuerpo Legislativo.

Con menos de 80.000 hombres armados, se enfrentaba a 300.000 rusos, prusianos y austriacos en el Rhin, y a 100.000 españoles, ingleses y portugueses sobrepasando los Pirineos[82]. «El momento en el que la existencia de la nación está amenazada no es el indicado para venir a hablarme de constituciones y de los derechos de las personas», dijo a Savary. «No vamos a perder el tiempo con juegos pueriles cuando el enemigo se está acercando»[83]. Ahora que los aliados cruzaban el Rhin, la unidad nacional era más importante que el debate político. Francia estaba a punto de ser invadida, y Napoleón estaba decidido a luchar.

---

[*] Incluso en ese momento crítico, Napoleón se aseguró de que los actores del Théâtre-Français volviesen a París antes de que recomenzasen los ataques (Bausset, *Memorias privadas*, p. 395). El 12 de agosto entregó 20.000 francos a mademoiselle George, puede que solo por cantar (Branda, *Le prix de la gloire*, p. 57).

[**] La mejor vista, hoy en día, la ofrece el mirador que corona los 90 metros del Völkerschlachtdenkmal (Monumento a la Batalla de las Naciones).

[***] Esta prensa es la pieza central del diorama del Museo del Ejército Bávaro en Ingolstadt.

[****] Pueden verse hoy en el admirable Museo de Armas cercano al Palacio Real de Estocolmo.

28. DESAFÍO

Cuando un ejército es inferior en número, en caballería y en artillería, es esencial evitar una acción general.
Máxima militar de Napoleón número 10

Era Roma lo que Pompeyo debía conservar; allí debería haber concentrado todas sus fuerzas.
Napoleón, *Las guerras de César*

En otras ocasiones en las que Francia corrió el peligro de ser invadida –en 1709, 1712, 1792-1793 y en 1799– la había protegido su gran ejército y sus sólidas fortificaciones fronterizas, construidas en el siglo XVII por el ingeniero militar Sébastien de Vauban[1]. Esta vez era diferente. El mero tamaño de las fuerzas aliadas les permitiría flanquear la formidable línea de fuertes noroccidentales –Verdun, Metz, Thionville, Mézières– y sitiarlos. Es más, para hacerlo podían contar con sus tropas de segunda línea, como los *Landwehr*, las milicias y los soldados de los estados germánicos menores. En 1792-1793 los ejércitos invasores de Prusia y Austria sumaban 80.000 hombres, que se enfrentaron a 220.000 franceses armados. En enero de 1814 Napoleón se enfrentaba a 957.000 tropas aliadas con menos de 220.000 soldados sobre el terreno, de los que además los 60.000 de Soult y los 37.000 de Suchet estaban luchando contra el ejército inglés, español y portugués de Wellington en el suroeste francés, y los 50.000 de Eugène estaban defendiendo Italia. El ejército de Napoleón rara vez superó, en esta campaña, los 70.000 hombres, y siempre estuvo peligrosamente escaso de artillería y caballería[2].

Muchos de sus soldados eran nuevos reclutas, a los que apenas se distinguía en su condición por el chaquetón y la gorra de campaña. Aun así defendieron los colores; menos del 1% de los 50.000 jóvenes que pasaron por el cuartel principal de Courbevoie desertaron durante la campaña de 1814[3]. Napoleón, descrito

con frecuencia como un ogro aficionado a arrojar niños al osario bélico, en realidad jamás quiso hacer tal cosa. «Necesito tener hombres, no niños», escribió a Clarke el 25 de octubre de 1813. «No hay nadie más valiente que nuestros jóvenes, pero (…) para defender Francia hacen falta hombres». En junio de 1807 había dicho al mariscal Kellermann que «los niños de 18 años son demasiado jóvenes para ir a una guerra distante»[4].

Aunque Napoleón trató de revivir el patriotismo de 1793, permitiendo incluso que los músicos callejeros interpretasen «La Marsellesa», himno republicano que había prohibido anteriormente, el viejo grito revolucionario de «*La Patrie en danger!*» ya no causaba su electrizante efecto[5]. Esperaba, aun así, que el ejército y su propia habilidad fuesen suficientes para prevalecer. «Sesenta mil y yo, juntos», afirmó, «hacemos cien mil»[6][*]. Por lo tanto, si los franceses hubiesen estado tan motivados como habría deseado Napoleón, se habrían producido alzamientos guerrilleros, pero no ocurrió así. «La opinión pública es un poder invisible, misterioso e irresistible», reflexionó después. «Nada es más volátil, nada es más vago, nada más fuerte. Siendo así de caprichosa, no obstante es más sincera, razonable y acertada de lo que se podría pensar»[7].

Napoleón había afianzado los avances sociales y políticos de la Revolución principalmente manteniendo a los Borbones lejos del poder durante quince años, tras los diez transcurridos entre la Revolución y el Brumario, por lo que había pasado una generación desde la caída de la Bastilla, y los franceses habían crecido acostumbrados a sus libertades e instituciones recientemente adquiridas. Pero en muchos casos estos beneficios se habían eclipsado a cuenta del alto precio pagado, en sangre y en dinero, por la serie de guerras declaradas sucesivamente por seis coaliciones legitimistas contra la Francia revolucionaria y napoleónica. Después de 22 años de guerra, los franceses ansiaban la paz, y estaban dispuestos a consentir las humillantes fogatas cosacas en el Bois de Boulogne para obtenerla. Napoleón descubrió rápidamente que ni siquiera podía confiar en sus prefectos, de los que solo dos –Adrien de Lezay-Marnésia en Estrasburgo y De Bry en Besançon– acataron sus órdenes de refugiarse en la capital del departamento y resistir al invasor. El resto se «retiraron» –huyeron ante la primera noticia de una escaramuza– o, como Humbert de Flegny en los

Vosgos, se limitaron a rendirse. Algunos, como Louis de Girardin en el Sena Inferior, izaron la bandera de la flor de lis[8]. Otros, que habían redescubierto su bonapartismo cuando Napoleón regresó del Elba, hicieron lo mismo con su realismo después de Waterloo[9]. Claude de Jessaint, prefecto del Marne, logró mantener su puesto bajo todos los regímenes, sin interrupción ni queja, desde 1800 hasta 1838.

A pesar de la decepción que sufrió al constatar el escaso número de franceses que secundaban su llamada a las armas en 1814 –unos 120.000 de los convocados, que nominalmente multiplicaban esa cifra–, en realidad Napoleón apenas disponía de uniformes y mosquetes para los que sí que lo hicieron. Los reclutamientos en años anteriores habían provocado el desapego entre los campesinos acomodados, su apoyo fundamental, y las revueltas contra las levas se sucedían. Durante el Imperio se llamó a filas a 2.432.335 hombres, por medio de 15 decretos, 18 senato-consultas y una orden del Consejo, publicados entre marzo de 1804 y noviembre de 1813, casi la mitad en este último año, durante el que los responsables de las oficinas de reclutamiento ignoraron los requerimientos de edad y peso mínimos[10]. En la Joven Guardia, por ejemplo, se bajó la altura mínima de 1,62 a 1,57 metros. Entre 1800 y 1813 la ausencia en las levas había caído del 27% al 10%, pero a finales de 1813 se situó por encima del 30%, y se produjeron revueltas en Vaucluse y los departamentos del norte[11]. En Hazebrouck una muchedumbre de 1.200 personas estuvo a punto de acabar con la vida del subprefecto, y se dictaron cuatro sentencias de muerte. En 1804 Napoleón había predicho que la impopularidad de las levas y de los *droits réunis* acabaría con él. Como observó Pelet, «lo anticipado llegó a suceder, puesto que las palabras *Plus de conscription – plus de droits réunis* aparecieron bordadas en las banderas de la Restauración de 1814»[12]. Los impuestos se extendieron del alcohol, el tabaco y la sal al oro, la plata, los sellos y las barajas de cartas. Los franceses pagaron, pero se guardaron el rencor[13].

Tras el desastre de Rusia, Napoleón dispuso de cuatro meses para reconstruir y reabastecer al ejército antes de retomar la lucha; ahora tenía seis semanas. Con ese conocimiento propio, que fue uno de los rasgos más atractivos de su carácter, afirmó a principios de 1814: «No temo reconocer que he gastado demasiado en la guerra. Quise garantizar a Francia el dominio del mundo»[14]. No fue así, pero al menos confiaba en que, descargando a través de las líneas interiores el

mayor golpe sobre aquel ejército enemigo que supusiese la mayor amenaza para París, conseguiría que se aprobasen las bases de Frankfurt para la paz, salvando así el trono. Al mismo tiempo, mantenía una postura filosófica frente al fracaso. «¿Qué diría la gente si yo muriese?», preguntó a sus cortesanos y, antes de que pudiesen dar con una respuesta adecuadamente untuosa, se encogió de hombros y concluyó: «Dirían: *Ouf!*»[15].

Un asistente a la recepción de Año Nuevo en el salón del trono de las Tullerías, en 1814, observó: «Su conducta era seria y tranquila, pero una nube en su frente denotaba una tormenta que se aproximaba»[16]. Consideró la oferta de paz que había exigido Inglaterra a finales de 1813, pero la rechazó. «Francia, sin Ostende y Amberes», dijo a Caulaincourt el 4 de enero,

> no estaría en pie de igualdad con el resto de estados de Europa. Inglaterra y el resto de potencias reconocieron estos límites en Frankfurt. Las conquistas de Francia entre el Rhin y los Alpes no pueden considerarse una compensación por lo que Austria, Rusia y Prusia han tomado en Polonia y Finlandia, e Inglaterra en Asia (…). He aceptado las propuestas de Frankfurt, pero es posible que los aliados tengan otras ideas[17].

A la lista podría sumar también las anexiones de Rusia en los Balcanes y las de Gran Bretaña en las Indias Occidentales. Su argumento para continuar resistiendo era que «Italia está intacta», que «la depredación de los cosacos armará a la población y doblará nuestras fuerzas» y que disponía de suficientes hombres armados como para tomar parte en varias batallas. «Si la Fortuna me traicionase, he tomado una decisión», afirmó, con una resolución desafiante. «Me da igual el trono. No me deshonraré a mí ni a la nación, aceptando unas condiciones vergonzosas». Podía aceptar la traición de Baviera, Baden, Sajonia y Württemberg, y la de algunos ministros como Fouché y Talleyrand –incluso la de Murat y su propia hermana, Carolina– pero no la de su mayor partidaria hasta el momento: la Fortuna. Desde el punto de vista intelectual, Napoleón sabía perfectamente que el Destino y la Fortuna no controlaban su suerte, pero aun así esos conceptos ejercieron una gran influencia sobre él durante toda su vida.

«Dirigiéndome a un ministro tan ilustrado como tú, príncipe…», comenzaba

Napoleón su aduladora carta a Metternich del 16 de enero, en la que solicitaba un armisticio con Austria[18]. «Me has mostrado una gran confianza personal, y yo mismo confío en gran medida en la franqueza de tus opiniones, y en los nobles sentimientos que has manifestado siempre». Le pidió que guardase la misiva en secreto, lo que, por supuesto, no hizo; Metternich se la mostró al resto de aliados, pero durante toda la primavera de 1814 los plenipotenciarios de Napoleón –sobre todo, Caulaincourt– prosiguieron la discusión sobre un posible tratado de paz, cuyos términos fluctuaban de día en día, según la fortuna de los ejércitos. El 21 de enero, en un intento por ganarse a la opinión popular, el Papa fue liberado de Fontainebleu y se le permitió establecerse en el Vaticano.

La traición de Murat quedó sellada el 11 de enero, cuando firmó un acuerdo con Austria por el que encabezaría a 30.000 hombres contra Eugène en Italia, a cambio de Ancona y la Romagna, y la garantía de mantenerse –él y sus herederos– en el trono. «No es muy inteligente», dijo Napoleón a Savary después de que Murat capturase Roma, una semana después, «pero la verdad es que hay que estar totalmente ciego para creer que va a permanecer allí una vez que yo me haya ido, o cuando (…) me haya impuesto sobre todo esto»[19]. Tenía razón; en menos de dos años Murat sería fusilado frente a un pelotón napolitano. «La conducta del rey de Nápoles es infame, y la de la reina no tiene nombre», replicó Napoleón ante el comportamiento de su hermana y su cuñado. «Espero vivir lo suficiente como para vengarme, y vengar a Francia por semejante afrenta, y por una ingratitud tan terrible»[20]. Paulina, en contraste, envió a su hermano parte de sus joyas para ayudarle con el pago a las tropas. José, que seguía autodenominándose rey de España incluso después de que Napoleón hubiese permitido a Fernando VII regresar al país el 24 de marzo, permaneció en París para guiar al Consejo Regente.

«Encomiendo al valor de la Guardia Nacional a la Emperatriz y al Rey de Roma», dijo a sus mariscales en una emotiva ceremonia en el salón de mariscales de las Tullerías el 23 de enero. «Parto con confianza al encuentro del enemigo, y dejo con vosotros aquello que más aprecio: a la Emperatriz y a mi hijo»[21]. Los oficiales presentes gritaron *Vive l’Impératrice!* y *Vive le Roi de Rome!*, y Pasquier «vio cómo las lágrimas corrían por el rostro de muchos»[22]. Napoleón comprendió el valor propagandístico que tenía su hijo, y ordenó que se grabase una imagen suya rezando, bajo la inscripción: «Rezo a Dios para que

salve a mi padre y a Francia». Adoraba al niño, lo que en ocasiones le llevaba a hacerse curiosas reflexiones; cierta vez se cayó, hiriéndose levemente, entre una gran conmoción, pero «el Emperador se quedó muy pensativo, y dijo: He visto a una fila de 20 hombres derribados por una sola bala de cañón»[23]. A pesar de su aireada «confianza» en la victoria, la noche del día 24 prendió fuego a todos sus documentos privados, antes de partir hacia el frente desde París la mañana siguiente, a las. 6. No volvería a ver ni a su mujer ni a su hijo.

Los valles formados por el Sena, el Marne y el Aisne, que atravesaban la región de Champagne al este de París, formaban un corredor natural para el avance hacia la capital por parte de los aliados. La lucha se produciría durante el peor invierno de los últimos 160 años en Europa occidental; hasta los rusos se sorprendieron por lo frío que fue. La hipotermia, la congelación de miembros, la neumonía, el agotamiento y el hambre se reprodujeron por doquier. El tifus fue de nuevo una causa de preocupación, especialmente después de un estallido en el campamento de Mainz. «¡Mis tropas! ¡Mis tropas! ¿Se creen que todavía tengo un ejército?», dijo entonces Napoleón a Pasquier, su prefecto de policía. «¿No se dan cuenta de que prácticamente todos los hombres que hice volver de Alemania han perecido a causa de esta terrible enfermedad, que, por encima de todos los demás desastres, ha acabado por ser la gota que colma el vaso? ¡Un ejército! Seré afortunado si, dentro de tres semanas, soy capaz de reunir 30.000 o 40.000 hombres»[24]. De las 12 batallas de la campaña, 9 tuvieron lugar en una zona de tan solo 200 kilómetros por 60 –la mitad del tamaño de Gales–, en un terreno plano cubierto de nieve, ideal para la caballería, de haber tenido. Frente a él se desplegaron los dos principales ejércitos aliados, el de Silesia de Blücher y el de Bohemia de Schwarzenberg, con unos 350.000 hombres. En total los aliados pusieron sobre el terreno cerca de un millón de soldados[**].

Si en 1812 el ejército de Napoleón había crecido tanto que se había visto obligado a ceder a sus mariscales el mando, ampliamente independiente, una vez reducido hasta los 70.000 soldados pudo controlarlo de nuevo directa y personalmente, como en Italia. Berthier y otros siete mariscales –Ney, Lefebvre, Victor, Marmont, Macdonald, Oudinot y Mortier– le acompañaron, y pudo utilizarlos igual que una década antes, cuando varios de ellos eran simples generales o comandantes de división; cada uno de ellos solo disponía bajo su

mando de entre 3.000 y 5.000 soldados. Del resto, Bernadotte y Murat se habían vuelto contra él, Saint-Cyr había sido capturado, Jourdan, Augereau y Masséna encabezaban regiones militares, Soult y Suchet estaban en el sur, y Davout todavía resistía en Hamburgo.

Poniendo bajo su mando a solo 36.000 hombres y 136 cañones en Vitry-le-François el 26 de enero, Napoleón ordenó a Berthier que distribuyese 300.000 botellas de champán y coñac entre las tropas: «Mejor que las tengamos nosotros y no el enemigo», dijo. Al ver que Schwarzenberg se había quedado rezagado con respecto a Blücher, que había avanzado más rápido, atacó al Ejército de Silesia en Brienne la tarde del día 29[25]. «Me costó reconocer Brienne», dijo más tarde. «Todo parecía cambiado; incluso las distancias parecían más cortas»[26]. El único lugar que reconoció fue el árbol bajo el que había leído la *Jerusalén liberada* de Tasso.

Su guía durante la batalla fue el encargado del museo local, uno de sus antiguos profesores, que cabalgó sobre el caballo de Roustam, muerto después por una bala de cañón justo detrás de Napoleón[27]. El ataque por sorpresa contra el *château* de Brienne, durante el que Blücher y su estado mayor estuvieron a punto de ser capturados, y su defensa ante los impetuosos contraataques de los rusos fueron las claves de la victoria de Napoleón. «Dado que la batalla no comenzó hasta una hora antes de la medianoche, estuvimos luchando toda la noche», informó a su ministro de Guerra, Clarke. «Si hubiese tenido tropas más veteranas, lo habría hecho mejor (…), pero con las que tenía podemos considerarnos afortunados con el resultado»[28]. Había acabado por respetar a sus oponentes, y dijo de Blücher: «si caía, al instante siguiente se mostraba tan dispuesto como siempre para la lucha»[29]. Mientras volvía a su cuartel general en Mézières, un grupo de cosacos se acercó tanto que uno de ellos le tiró una estocada, antes de caer bajo las balas de Gourgaud. «Estaba muy oscuro», rememoró Fain, «y en medio de la confusión del campamento nocturno, los grupos solo se distinguían entre sí por la luz de las fogatas»[30]. Gougard recibió como recompensa la espada que había portado Napoleón en Montenotte, Lodi y Rivoli.

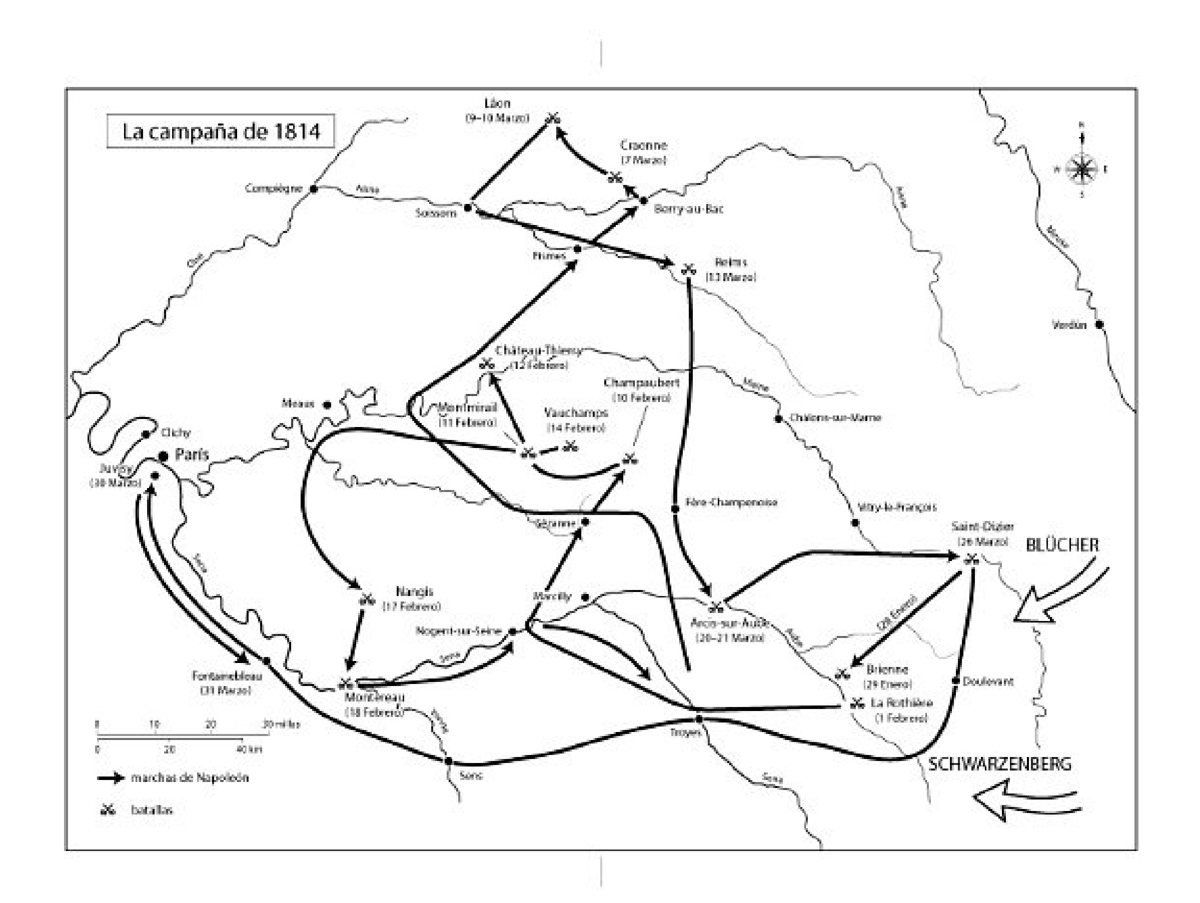
Al evaluar la situación tras la batalla, descubrió que había sufrido 3.000 bajas, y que Oudinot había sido herido una vez más. Los prusianos, en su retirada desde Brienne hacia Bar-sur-Aube, recibieron el refuerzo de parte del

contingente austriaco de Schwarzenberg en la llanura entre ambas ciudades. Napoleón no podía evitar la batalla, ya que la principal línea de retirada, el puente sobre el Aube en Lesmont, había sido destruido antes para evitar el avance de Blücher hacia Troyes. Había estado un día de más, y a pesar de contar con el refuerzo del cuerpo de Marmont, con un total de 45.000 hombres, no pudo evitar el ataque de los 80.000 aliados en campo abierto en La Rothière, a 5 kilómetros de Brienne, el 1 de febrero. Los franceses defendieron el pueblo hasta el anochecer, pero Napoleón perdió 5.000 hombres, algo que no se podía permitir aunque los aliados hubiesen perdido más. También se despidió de 73 cañones, y tuvo que retroceder; durmió en el *château* de Brienne y ordenó que sus tropas se replegasen hacia Troyes cruzando el puente de Lesmont, escasamente reconstruido. Al día siguiente escribió a María Luisa para advertirle de que no fuese a la ópera a ver *L'Oriflamme*: «Mientras el territorio del Imperio esté dominado por el enemigo, no deberías asistir a espectáculos»[31].

Después de La Rothière, pensando que Napoleón se retiraría hasta París, los aliados volvieron a separarse, y Schwarzenberg se dirigió por el oeste hacia los valles del Aube y el Sena, mientras Blücher se dirigía a los del Marne y el Petit-Morin, en paralelo, a unos 50 kilómetros al norte. Ambos ejércitos eran demasiado numerosos para marchar juntos, y Napoleón se movió diestramente por la brecha abierta entre ambos. Wellington se refirió a las siguientes cuatro batallas cuando, hablando de la campaña de 1814 de Napoleón, dijo que le había «ofrecido una idea más amplia de su genio que cualquier otra. Si hubiese mantenido ese sistema durante un poco más de tiempo, creo que podría haber salvado París»[32].

«Las tropas enemigas se comportan de forma terrible por todas partes», escribió Napoleón a Caulaincourt desde una vacía Brienne. «Todos los habitantes buscan refugio en los bosques; en los pueblos ya no quedan campesinos. El enemigo consume todo, toman todos los caballos, ganado, ropas y andrajos de los campesinos; golpean a todo el mundo, hombres y mujeres, y cometen violaciones»[33]. Caulaincourt, que había participado en la campaña rusa, conocía perfectamente cómo se comportaban todos los ejércitos invasores, incluido el suyo. ¿Puede que la carta se dirigiese en realidad a las crónicas? Esta frase da algunas pistas acerca de su verdadero destinatario: «El panorama que acabo de contemplar ante mis propios ojos te hará comprender fácilmente cuánto

deseo liberar a mi pueblo cuanto antes de este estado de miseria y sufrimiento, realmente terrible»[34]. Napoleón ofrecía a Caulaincourt un argumento humanitario para aceptar unos términos de paz decentes, en caso de que se los ofreciesen en las negociaciones que acababan de empezar en Châtillon-sur-Seine el 5 de febrero[***].



El congreso de Châtillon se prolongó hasta el 5 de marzo; los aliados, conscientes de que llevaban las de ganar solo por su superioridad numérica, retiraron la propuesta de que Francia regresase a sus fronteras «naturales», como habían sugerido en Frankfurt, y en su lugar le exigieron, guiados por el plenipotenciario inglés lord Aberdeen, que retomase las de 1791, que no incluían a Bélgica. Napoleón, en su coronación, había jurado «mantener la integridad territorial de la República», y tenía intención de cumplirlo. «¿Cómo esperáis que firme este tratado, violando así mi solemne juramento?», dijo a Berthier y Maret, que le urgían a que terminase con la guerra, aunque fuese a cambio de unos

términos tan punitivos.

> Desgracias sin parangón me han arrancado la promesa de renunciar a las conquistas que obtuve por mí mismo, pero ¡cómo renunciar a las realizadas antes de mí! ¿He de violar la confianza que con tanta convicción se me otorgó? Después de toda la sangre derramada, y de todas las victorias obtenidas, ¿debo dejar una Francia menor de lo que la encontré? ¿Podría hacerlo sin merecer que me tilden de traidor y cobarde?[35].

Más adelante reconoció que no podía ceder Bélgica porque «el pueblo francés no [me] permitiría permanecer en el trono si no era como conquistador». Francia, dijo, era como «aire comprimido en unos límites muy estrechos, cuya explosión es como un trueno»[36]. En contra del consejo de Berthier, Maret y Caulaincourt, Napoleón confió en la desunión de los aliados y en el patriotismo francés –a pesar de la falta de pruebas de ambos– y siguió luchando. Dado que sus soldados se mantenían ahora a costa de sus compatriotas, lamentó el hecho de que «las tropas, en lugar de ser los defensores de su país, se están convirtiendo en su castigo»[37].

El oro de las Tullerías se cargó en carretas en el patio del palacio y salió de París el 6 de febrero. Denon solicitó permiso para hacer lo mismo con las pinturas del Louvre, pero Napoleón se negó para no socavar la moral del país; intentó también que María Luisa mantuviese altos los ánimos: «Me apena saber que estás preocupada; anímate y alégrate. Gozo de perfecta salud, y mis asuntos, aunque no son fáciles, no andan mal; han mejorado esta última semana y espero, con la ayuda de Dios, llevarlos a buen puerto»[38]. Al día siguiente escribió a José: «Espero fervientemente que la Emperatriz no haya de partir», porque de lo contrario «la consternación y la desesperanza del pueblo podría tener consecuencias trágicas y desastrosas»[39]. Ese mismo día también le dijo: «París no está tan acuciada como creen los alarmistas. El genio maligno de Talleyrand y de los que buscan arrastrar a la nación a la apatía me han dificultado levantarla en armas, y mira hasta qué punto nos han llevado»[40]. Por fin había admitido la verdad con respecto a Talleyrand, que junto con Fouché estaba planeando un golpe en la capital, y discutía abiertamente los términos de la rendición con los aliados[****]. Napoleón era incapaz de asumir la idea de que la apatía de la

nación frente a una invasión era el reflejo de su falta de atracción por la guerra. Refiriéndose a la nueva moda de celebrar ceremonias de cuatro horas «míseras» en las iglesias para pedir la salvación a manos de los aliados, preguntaba a Cambacérès, «¿Se han vuelto locos los parisinos?», y a José: «Si estos trapicheos continúan, acabaremos todos temiendo morir. Ya se dijo hace mucho tiempo que los curas y los médicos hacían dolorosa la muerte»[41].

Todos los líderes que conspiraban para quitarle de en medio –Talleyrand, Lainé, Lanjuinais, Fouché y otros– se habían opuesto a él o le habían traicionado en el pasado, pero no les había encarcelado, y mucho menos hecho ejecutar. En esto Napoleón recordaba a su héroe Julio César, que fue asesinado por las mismas personas a las que había otorgado clemencia, sin arrastrarlas al asesinato judicial que había empleado Sula antes que él, y que Octavio utilizaría después.

Cuando la situación política comenzó a ensombrecerse en Châtillon, Napoleón empezó a pensar en su propia muerte, y escribió a José acerca de una eventual caída de París: «Cuando llegue, yo ya no estaré, por lo que no hablo por mí», afirmó el 8 de febrero. «Te repito que París nunca será ocupada mientras yo viva»[42]. José replicó, sin ser de mucha ayuda: «Si deseas la paz, fírmala al precio que sea. Si no puedes hacerlo, depende de ti que mueras con fortaleza, como el último emperador de Constantinopla»[43]. Constantino XI había muerto en combate en 1453, al ser ocupada la ciudad por los otomanos. Napoleón, más práctico, le respondió: «Esa no es la cuestión. Estoy pensando el modo de derrotar a Blücher; avanza por la carretera desde Montmirail, y debo vencerle mañana»[44]. Lo hizo, y luego otra vez, y otra más, en una lista de rápidas victorias que, a pesar de ser cercanas en el tiempo y el espacio, se lograron en distintas batallas.

Napoleón marchó hacia Sézanne, al norte, con Ney y Mortier, después de destinar a Victor a Nogent-sur-Seine y a Oudinot a Bray, mientras Marmont se unió a él de camino. El Ejército de Silesia seguía en su marcha en paralelo al de Bohemia, pero a una velocidad mayor; tanto, que ya no presentaba solo el flanco, sino casi la retaguardia a Napoleón, balanceado entre ambos ejércitos aliados. Viendo que los rusos no disponían de caballería y estaban casi aislados, les atacó por el flanco abierto, cayendo sobre el centro del ejército de Blücher, excesivamente desplegado en Champaubert, el 10 de febrero, destrozando casi

todo el cuerpo del general Zakhar Dmitrievich Olsufiev y capturando una brigada completa, con la pérdida de solo 600 soldados, muertos, heridos o desaparecidos. Esa noche cenó en una posada del pueblo con Olsufiev, y envió la espada del ruso a María Luisa: «Haz que lancen salvas en los Inválidos y que publiquen la noticia en todos los lugares de espectáculos… Espero llegar a Montmirail a medianoche»[45]. El coro de la Ópera, en la que se interpretaba el *Armide* de Jean-Baptiste Lully, entonó «*La Victoire est à Nous*».

El día 11 el general von Sacken abandonó la estrategia de Trachenberg y se enfrentó directamente a Napoleón en la llanura de Brie sobre el valle del Petit-Morin, en Marchais[*****]. Ney protegió Marchais mientras Mortier y Friant contraatacaban a los rusos en L'Épine-aux-Boix, y la caballería de Guyot alcanzaba su retaguardia, obligando a desviarse a rusos y prusianos. Fue un ejemplo clásico de la táctica napoleónica que consistía en derrotar al grueso del ejército enemigo –dirigido por Sacken– mientras retenía a sus fuerzas secundarias –bajo Yorck–. Esa noche Napoleón durmió en una granja en Grénaux de la que, según Fain, «se habían apartado los cadáveres, y en la que se había establecido el cuartel general»[46]. Ordenó en una carta a su esposa, escrita a las 8 de la tarde, que se disparasen 60 salvas en París, afirmando haber capturado «toda su artillería, 7.000 prisioneros, más de 40 cañones, no escapó ni un soldado de su ejército, desviado»[47]. En realidad, había capturado a 1.000 prisioneros y 17 cañones.

Al día siguiente fue evidente que muchos de los soldados de Sacken y Yorck habían escapado, porque Napoleón les atacó en Château-Thierry, a pesar de tener dos soldados suyos por cada tres del enemigo. Al ver una brigada rusa aislada en el extremo del frente aliado ordenó a su escasa caballería que la rodease, capturando otros 14 cañones[48]. Sin embargo, el escaso éxito de Macdonald en la toma del puente sobre Château-Thierry permitió a los aliados escapar al norte del Marne. «Me he pasado todo el días sobre la silla, *ma bonne Louise*», dijo a la Emperatriz desde el *château*, junto con otro reguero de datos propagandísticos, concluyendo: «Gozo de muy buena salud»[49]. A pesar de todas estas victorias contra el Ejército de Silesia, nada podría hacer que el cuerpo de Oudinot de 25.000 hombres, y los 14.000 de Victor, retuviesen los cinco puentes sobre el Sena, evitando así que los 150.000 soldados del Ejército de Bohemia de Schwarzenberg lo cruzasen[50].

El 14 de febrero se apuntó otra victoria contra Blücher en Vauchamps. Después de dejar a Mortier en Château-Thierry a las 3 de la mañana, volvió sobre sus pasos para apoyar a Marmont, al que Blücher estaba obligando a retirarse de Étoges a Montmirail. Un ataque repentino de los 7.000 soldados de caballería de la Guardia obligó al general austriaco y a Kleist a replegarse en Janvilliers, donde Grouchy les atacó por el flanco y los 50 cañones de Drouot remataron el estrago. De esta forma se despejó el Marne del Ejército de Silesia, vencido y dispersado pero no «aniquilado», desmintiendo al boletín oficial.

Napoleón ya podía correr hacia la confrontación con el Ejército de Bohemia, que había obligado a Oudinot y a Victor a abandonar los puentes sobre el Sena, y que se adentraba profundamente en Francia mientras capturaba Nemours, Fontainebleau, Moret y Nangis[******]. En el sur, en un signo claro de desmoralización nacional, pueblos y ciudades francesas se empezaban a entregar incluso a pequeñas unidades aliadas. Langres y Dijon cayeron sin luchar, Épinal se entregó a 50 cosacos, Mâcon a 50 húsares, Reims a media compañía, Nancy a los exploradores de Blücher, y un solo hombre a caballo obtuvo la entrega de Chaumont[51]. La esperanza de Napoleón de que se produjesen levantamientos y guerrillas que rivalizasen con los de España y Rusia no iba a verse satisfecha.

El Emperador solo se detuvo en su marcha desde Montmirail –de donde había partido a las 10 de la mañana del 15 de febrero para unirse a los cuerpos de Victor y Oudinot en Guignes, a 48 kilómetros al sureste de París– para enviar a los 8.000 prisioneros de guerra prusianos y rusos a desfilar por los bulevares de París, como muestra de su afirmación –cierta– de que había obtenido cuatro victorias en cinco días, en Champaubert, Montmirail, Château-Thierry y Vauchamps. La tarde del día 16 su ejército ya se encontraba desplegado por la principal carretera hacia la capital. Descubrió a las fuerzas de Schwarzenberg atascadas a 80 kilómetros de allí y, confiando en poder acabar totalmente con él, escribió a Caulaincourt: «Estoy dispuesto a abandonar las hostilidades y permitir al enemigo regresar a casa tranquilamente si firman las bases preliminares de las propuestas de Frankfurt»[52]. Pero mientras lord Aberdeen siguiese negándose a permitirle conservar el control de Amberes, la lucha debía continuar.

El 17 de febrero Napoleón marchó sobre Nangis, donde Wittgenstein tenía tres divisiones rusas. Atacó con Kellermann a su derecha y el general Michaud a su izquierda, rompió la formación en cuadro rusa y les diezmó con los cañones

de Drouot; a continuación, para asegurar los puentes sobre el Sena dividió sus tropas en el cruce de carreteras de Nangis. Victor se encaminó al puente de Monterau, 20 kilómetros al sur, y de camino atacó a una división bávara en Villeneuve, pero no fue capaz de hacer valer sus logros, después de una larga marcha y prolongados días de lucha. En una de sus pocas substituciones injustificadas, Napoleón le reemplazó por el general Étienne Gérard. También humilló frente a sus hombres al general Guyot, y envió a la corte marcial al general Alexandre Digeon por quedarse sin munición. «Napoleón actuó con un grado de severidad que le sorprendió a él mismo», escribió su apólogo Fain, «pero convencido de hacer lo necesario dado lo imperioso de las circunstancias del momento»[53]. Por su propia naturaleza, las órdenes militares suelen ser bruscas; con frecuencia Napoleón era grosero con sus principales oficiales, soldados valientes y concienciados, aunque con un grado diverso de competencia. Pero incluso en ese momento fue capaz de ver la situación con cierto sentido del humor: «Si la fortuna continúa siéndonos favorable», escribió a Eugène, «puede que conservemos Italia. Tal vez el rey de Nápoles cambie entonces de bando otra vez»[54].

Napoleón, tras alcanzar Montereau, en la confluencia de los ríos Sena y Yonne, con la Guardia Imperial a las 3 de la tarde del 18 de febrero, en un día soleado y sin nubes, ordenó emplazar las baterías sobre las colinas de Surville, regando de metralla a la infantería aliada que trataba de cruzar los dos puentes, y evitando que los ingenieros de Württemberg los demoliesen. Vistas desde los puentes, las colinas parecen una simple loma, pero desde el lugar en el que situó los cañones se percibe claramente que dominan toda la ciudad. El general Louis Huguet-Chateau atacó a los austriacos, pero fue derrotado y murió. Entonces Napoleón mandó a la caballería a la carga, al mando del general Pajol, y esta arremetió al galope contra la ciudad y los puentes, sobre el camino adoquinado[*******]. «Estoy contento contigo», dijo luego a Pajol, según lo escuchó su ayuda de campo, el coronel Hubert Biot. «Si todos mis generales me hubiesen servido como tú, el enemigo no estaría en Francia. Vete y cuida de tus heridas, y cuando estés recuperado te daré diez mil caballos para saludar de mi parte al rey de Baviera. Si antes de ayer por la mañana me hubiesen pedido cuatro millones de francos por disponer de los puentes de Montereau, los habría entregado sin dudarlo»[55]. Más tarde Biot bromeó con Pajol diciéndole que, en

ese caso, el Emperador podría haber reservado sin mucha dificultad un millón para recompensarle.

Al día siguiente negó a Caulaincourt que los austriacos hubiesen llegado a Meaux, pero era cierto. Los cañones de Sacken ya se escuchaban en París, pero el comandante ruso retrocedió al saber que Napoleón trataba de atacar de nuevo a Blücher[56]. Ese día el Emperador escribió enfadado a su ministro de Interior, el habitualmente fiable Savary, por haber permitido que se publicasen algunos poemas en la prensa de la capital en los que se le tildaba de magnífico soldado por derrotar continuamente a ejércitos que triplicaban al suyo. «Tienes que haber perdido la cabeza para dejar que se digan esas cosas, cuando estoy afirmando constantemente que tengo 300.000 hombres», escribió Napoleón, que de hecho solo había encabezado a 30.000 soldados en Montereau; «uno de los primeros principios de la guerra es exagerar tus fuerzas. ¿Cómo hacer que los poetas, que se atreven a adularme, y a adular al amor propio nacional, lo entiendan?»[57]. A Montalivet, que había descrito el ansia de paz de Francia, le replicó: «Tú y [Savary] no sabéis de Francia más de lo que yo sé de China»[58].

En un intento desesperado por desunir a los aliados, escribió al emperador Francisco el 21 de febrero pidiéndole que volviesen a entrar en vigor las bases de Frankfurt «sin retraso», afirmando que los términos de Châtillon eran «la culminación del sueño de Burke, que deseaba que Francia desapareciese del mapa de Europa. No hay francés que no prefiera la muerte antes que unas condiciones que le convertirían en esclavo de Inglaterra», para agitar después el espectro de un hijo protestante de Jorge III en el trono de Bélgica[59]. Como todos los intentos anteriores, este tampoco tuvo éxito.

El Emperador se preocupaba por Augereau, que pese a haber sido nombrado comandante del Ejército del Ródano, se había desentendido de la guerra, y apenas había contribuido, a pesar de recibir tropas de refuerzo de España. Le escribió desde Lyon: «Si eres aún Augereau de Castiglione, mantén el mando; pero, si te pesan tus 60 años, entrégaselo a tu general más veterano»[60]. Con esto solo consiguió ofender más al viejo guerrero, desilusionado, que en lugar de marchar hacia el norte evacuó Lyon y se retiró a Valence. Ney y Oudinot sacaron de nuevo a colación el asunto de la paz en una conversación en Nogent el día 21, que terminó con una severa reprimenda y una invitación a comer. La situación estratégica se volvió aún más desesperada el 27 de febrero, cuando Wellington

cruzó el Adour y derrotó sin paliativos a Soult en Orthez[61].

A pesar de la negociación de un armisticio en Lusigny entre el 24 y el 28 de febrero, llevada a cabo por el conde de Flahaut, del que esperaba que surgiesen las bases de Frankfurt de nuevo, Napoleón insistió en que la lucha debía proseguir. «No me pienso atar a esas negociaciones», dijo a Fain, como le había ocurrido durante el Armisticio de Pleischwitz el año anterior. El 1 de marzo de 1814 los aliados firmaron el Tratado de Chaumont, acordando no sellar una paz por separado con Napoleón, aportar cada uno un ejército de 150.000 hombres para acabar con él, y borrar la influencia francesa en Suiza, Italia, Bélgica, España y los Países Bajos.

Mientras el Imperio de su esposo se asomaba al abismo, María Luisa se mostró como una joven despreocupada, con una actitud poco acorde con los rigores de una crisis. «No he tenido noticias del Emperador», escribió en su diario. «Se muestra distraído. Veo que se está olvidando de mí». De sus respuestas a las trivialidades que escribía acerca de los cotilleos de la corte, las escenas con la institutriz del Rey de Roma, los asuntos de etiqueta y demás, se desprende que no se interesaba, o no se enteraba, del terremoto que se estaba produciendo a su alrededor. Tal vez se concentrase en la cháchara del loro que le había regalado su camarera, la duquesa de Montebello –viuda de Lannes– para acallar el ruido de un imperio que se derrumbaba, y de la guerra entre su padre y su esposo. Tanto ella como sus acompañantes tejieron lino para las vendas de los heridos, pero lo que realmente le interesaba era dibujar, bordar pañuelos, la música, las cartas y las flores. Llegó incluso a preguntar si debía escribir a Carolina Murat, a lo que Napoleón le replicó: «Mi respuesta es no: se comportó de modo impropio conmigo, que había hecho de una don nadie una reina»[62]. El Emperador intentó que le fuese de utilidad, situándola al frente de la recogida de donativos para enviar a los hospitales militares 1.000 camillas, jergones, sábanas y mantas de Fontainebleau, Compiègne, Rambouillet y otros palacios. Le contó además que estaba persiguiendo a los prusianos, «muy expuestos», y al día siguiente le informó, erróneamente, de que «Bulcher» (sic) había sido herido[63].

El 6 de marzo Victor –al que Napoleón había otorgado el mando de una división de la Joven Guardia tras su injusta degradación– tomó las colinas de la ciudad de Craonne, a 90 kilómetros al noreste de País, a pesar de que la planicie

estaba protegida por tres desfiladeros, custodiados por 60 cañones rusos. En la batalla del día siguiente Napoleón trató sin éxito de rebasarles por ambos flancos, pero tuvo que recurrir a un sangriento ataque frontal para detener a la vanguardia rusa de Blücher. El empleo agresivo de los 88 cañones de Drouot y la llegada de Ney por la derecha acabó por proporcionarle el control del campo de batalla, después de uno de las confrontaciones más violentas de la campaña. El escenario de la batalla había sido la llanura de 3 kilómetros llamada Chemin des Dames, desde la granja de Hurtebise hasta el pueblo de Cerny, entre las 11 de la mañana, cuando se desalojó la casa, hasta las 14.30. La estrechez del frente, apenas mayor que un campo de cultivo, contribuyó en gran medida al alto número de bajas en ambos bandos. El actual prado, idílico y salpicado de amapolas, no da cuenta de la agresividad con la que resistieron los rusos, que pudieron retirarse sin inconveniente ante el agotamiento de los franceses. Craonne fue una victoria, pero al conocerse en París las acciones en la Bolsa cayeron, porque eso significaba que la guerra continuaba[64].

Al día siguiente los dos ejércitos descansaron y se reorganizaron. El 9 y el 10 Napoleón atacó a unas tropas principalmente prusianas en Lâon, capital bien fortificada del departamento de Aisne, a 130 kilómetros al noreste de París. Desde los muros de Lâon puede verse hoy todo el campo de batalla, tal y como hicieron los oficiales rusos y prusianos. Como réplica a Austerlitz, en este caso el sol a las 11 disipó la niebla, permitiendo a Blücher contar las tropas de Napoleón: 21.000 infantes y 8.000 soldados de caballería, contra los 75.000 aliados y sus 25.000 caballos, aunque con menos cañones. Guardaban tal respeto a su habilidad como estratega que dieron por sentado que se trataba de una treta y no contraatacaron en masa, aunque sí que desplegaron numerosas tropas.

Marmont se encontraba a solo 8 kilómetros, con 9.500 hombres y 53 cañones, pero tal vez no escuchó la lucha que se estaba produciendo en la llanura, y no acudió a socorrer a su Emperador. Vista su conducta posterior, se le ha culpado de traición en Lâon, pero es cierto que un viento fuerte del oeste, en ese campo de batalla, pudo enmascarar el ruido. Sin embargo nada le excusa, ni a él ni a su estado mayor, por no haber apostado centinelas la tarde del día 9, en el que los cuerpos de Yorck y Kleist organizaron un efectivo ataque por sorpresa nocturno que diezmó a sus tropas. Napoleón optó, catastróficamente, por reemprender el ataque al día siguiente, sin darse cuenta hasta las 3 de la tarde de

que se enfrentaba a un ejército muy superior. Entre muertos y heridos perdió 4.000 hombres, con 2.500 prisioneros y 45 cañones capturados.

Aunque sus tropas se habían reducido, de 38.500 –incluidas las de Marmont– a menos de 24.000 al final del día 10, mostró una extraordinaria capacidad de resistencia, y avanzó rápidamente para atacar Reims, tratando de cortar la línea de comunicación de los aliados. Sin embargo, ese mismo día el concepto de línea de comunicación en sí se volvió irrelevante, porque el zar Alejandro recibió una carta desde el cuartel general de Talleyrand, en la que se le advertía que José había descuidado negligentemente la preparación de París para el asedio, animándole a enviar a los aliados de frente contra la capital.

El abandono final de Talleyrand era solo cuestión de tiempo –lo llevaba planificando de modo intermitente desde que Napoleón, cinco años antes, le dijese que era «una mierda con calzas de seda»–, pero el 11 de marzo el Emperador recibió la insinuación de que su hermano José preparaba una traición más íntima, tratando de seducir a su esposa. «El rey José me dice cosas muy tiernas», dijo María Luisa a la duquesa de Montebello[65]. En su carta desde Soissons, Napoleón se mostró muy preocupado. «He recibido tu carta», dijo a la Emperatriz.

> No tengas un trato muy familiar con el rey; mantenle a distancia, no permitas nunca que entre en tus habitaciones privadas, recíbele con tanta ceremonia como hace Cambacérès, y, cuando estés en el salón, no dejes que asuma el papel de consejero sobre tu comportamiento y tu forma de vida… Cuando trate de darte un consejo, que no le corresponde, ya que no estoy lejos de ti, muéstrate fría. Dírígete a él con reserva; no intimes, y, siempre que te sea posible, habla con él solo en presencia de la duquesa, y a través de una ventana[66].

¿Trataba José de interpretar el papel de Berville en *Clisson et Eugènie*? Eso sospechaba Napoleón, y al día siguiente volvió a escribir a la Emperatriz:

> ¿Estará en mi destino ser traicionado por el rey? No me sorprendería que fuese así, pero tampoco quebraría eso mi fortaleza; lo único que podría

> hacerla flaquear sería que tuvieses con él un trato íntimo a mis espaldas, y que dejases de ser para mí lo que has sido. Desconfía del rey; tiene una mala reputación con las mujeres, una ambición que le ha acompañado en España… Todo esto me deprime; necesito que los miembros de mi familia me reconforten, pero en general solo recibo ofensas desde ese rincón. Por tu parte, por el contrario, sería algo tanto inesperado como insoportable[67].

Escribió también al propio José: «Si quieres mi trono, puedes quedártelo, pero solo te pido una cosa; que me dejes el corazón y el amor de la Emperatriz… Si quieres incordiar a la Emperatriz regente, espera a mi muerte»[68][********]. ¿Se estaba comportando Napoleón como un paranoico? José había dejado de ver a sus amantes, la marquesa de Montehermoso y la condesa Saint-Jean d'Angély y, antes de que pasase un año, María Luisa traicionaría en este aspecto a Napoleón con un general enemigo[69]. Marmont observó lo arrogante y ajeno a la realidad que se había vuelto José, pensando que Napoleón le había apartado del mando en España en 1813 «porque estaba celoso de él», insistiendo en que habría sido capaz de gobernar España, como reconocía el resto de Europa, «sin el ejército, sin mi hermano»[70]. Esta creencia, si no era una invención de Marmont, era desde luego absolutamente ilusoria.

El 16 de marzo Napoleón le dio una orden directa: «Pase lo que pase no permitas que la Emperatriz y el Rey de Roma caigan en manos enemigas… Permanece junto a mi hijo y ten presente que dejaría antes que lo ahogasen en el Sena que ser capturado por los enemigos de Francia. La vida de Astianacte, cautivo de los griegos, siempre me ha parecido la página más triste de la historia»[71]. El niño Astianacte, hijo de Héctor de Troya, según Eurípides y Ovidio, fue arrojado desde las murallas de la ciudad, aunque Séneca sostuvo que saltó. «Dale un besito a mi hijo», escribió a María Luisa ese mismo día, menos dramáticamente. «Lo que me cuentas de él hace que espere encontrármelo muy crecido; pronto cumplirá tres años»[72].

Tras tomar Reims al asalto el 13 de marzo, Napoleón luchó contra los rusos y los austriacos en Arcis-sur-Aube los días 21 y 22, en la cuarta y última batalla defensiva de su carrera. Creía haber lanzado a sus 23.000 soldados de infantería y 7.000 de caballería contra la retaguardia de los aliados, pero en realidad se estaba enfrentado a los 75.000 soldados del Ejército de Bohemia, en el campo de

batalla tras el puente, que atravesaba una corriente crecida color caramelo. Durante la campaña de 1814 Napoleón atravesó más de 1.600 kilómetros, y durmió en 48 lugares distintos en 65 días. Aun así, sus tres derrotas –La Rothière, Lâon y Arcis– fueron fruto de una estancia demasiado prolongada en el mismo lugar, como le ocurrió en Arcis el día 21. «Busqué una muerte gloriosa luchando palmo a palmo por el suelo patrio», evocó más tarde, pensando en una batalla en la que la carcasa de un obús evisceró a su caballo, pero le dejó a él indemne. «Me expuse a conciencia; las balas volaban a mi alrededor, atravesándome la ropa, pero ninguna me alcanzó»[73]. Más tarde citaría con frecuencia Arcis como el lugar –junto con Borodino y Waterloo– en el que más le habría gustado morir.

El 21 de marzo Napoleón continuó hacia Saint-Dizier, esperando poder cortar por fin las líneas de comunicación aliadas. Si París resistía lo suficiente, entonces podría sorprenderles por la retaguardia. ¿Tolerarían todavía un asedio los parisinos, o se desmoronarían como el resto de Francia? Ese mismo día Augereau había permitido a los austriacos tomar Lyon sin derramar demasiada sangre. No obstante, Napoleón seguía confiando en que los obreros y la Guardia Nacional sembrasen París de barricadas, defendiéndola de los aliados; el día 24 dijo a Caulaincourt: «Este conflicto solo se resolverá por la espada. En un sentido o en otro»[74].

El día 23 los aliados capturaron a un mensajero que portaba una carta del Emperador a María Luisa, en la que le informaba de que se dirigía al Marne «para alejar al enemigo todo lo que pueda de París, y arrastrarlos más cerca de mi posición». También se hicieron con una carta de Savary en la que le rogaba que volviese a París, para detener el derrumbamiento de su régimen, y acabar con las abiertas conspiraciones en su contra[75]. Ambas reafirmaron al alto mando aliado en su intención de atacar París; Napoleón trató de hostigarles enviando a la caballería ligera a Bar-sur-Aube, y a la Guardia hacia Brienne, pero a pesar de rechazar a los enjambres de soldados montados rusos en una serie de escaramuzas en torno a Saint-Dizier al día siguiente, el grueso de los ejércitos aliados ya convergía hacia las descuidadas defensas de París[76]. La falta de fortificaciones sólidas de la capital fue un error que Napoleón reconoció más tarde; había planeado emplazar una batería en lo alto del Arco de Triunfo, y otra en el Templo de la Victoria de Montmartre, pero aún no estaban listas[77].

El 27 de marzo Macdonald entregó a Napoleón una copia de la Orden del Día del enemigo, en la que se anunciaba que Marmont y Mortier habían sido derrotados en la batalla de Fère-Champenoise el día 25; no se lo creyó, y alegó que al estar fechada el día 29 de marzo, debía tratarse de propaganda. Drouot, al que sus inteligentes consejos le habían valido el apodo del «sabio de la Grande Armée» por parte de Napoleón, señaló que el impresor había dado la vuelta por error al 6. «Tienes razón», reconoció Napoleón al comprobarlo, «eso lo cambia todo»[78]. Por lo tanto, debía ir a París a toda costa. Esa misma tarde dio la orden de abandonar Saint-Dizier a través de la carretera de Troyes, dejando su flanco izquierdo resguardado por el Sena y preparándose para atacar a Blücher por la derecha.

La noche del día 28 José, en una larga reunión en París y ya muy falto de coraje, persuadió al Consejo de Regencia de que Napoleón quería que la Emperatriz y el gobierno huyesen de la capital y se instalasen en Blois del Loira, esgrimiendo como prueba una carta de un mes antes, que además había sido revocada dos veces por órdenes sucesivas. Recibió el apoyo de Talleyrand –que ya estaba confeccionando listas de los ministros que le acompañarían en su gobierno provisional postnapoleón–, el regicida Cambacérès, que no quería verse en manos de los Borbones, Clarke, al que el hijo de Luis XVIII nombró más tarde par de Francia, y la propia Emperatriz, que «estaba impaciente por marcharse»[79].

Savary, Pasquier y el presidente del Cuerpo Legislativo, el duque de Massa, sostuvieron que la Emperatriz obtendría un trato más favorable si permanecía allí junto a su hijo, y Hortense le advirtió que, «si deja París, perderá su corona», pero a las 9 de la mañana del 29 de marzo un convoy imperial partió de la capital con rumbo a Rambouillet, escoltado por 1.200 hombres de la Vieja Guardia, llegando a Blois el 2 de abril[80]. Cambacérès, «acompañado de algunos amigos leales que no le dejarían», llevó los sellos imperiales con él en una caja de caoba[81].

El miércoles 30 de marzo de 1814, mientras Napoleón marchaba tan rápido como lo permitían sus tropas desde Troyes a París vía Sens, 30.000 prusianos, 6.500 soldados de Württemberg, 5.000 austriacos y 16.000 rusos, comandados por Schwarzenberg, se enfrentaron a los 41.000 de Marmot y Mortier en Montmartre y otros suburbios de París. José, a pesar de haber firmado una

proclama el día 29 llamando a «armarnos para proteger la ciudad, sus monumentos, su riqueza, a nuestras esposas e hijos, y todo aquello que nos es querido», abandonó la ciudad en cuanto comenzaron los combates[82]. Las posibilidades de éxito de Marmont y Mortier no eran tan escasas, pero sucumbieron a las amenazas de Schwarzenberg de arrasar la capital. A las 7 de la mañana siguiente iniciaron la negociación para entregar la ciudad[83]. Mortier dirigió a su cuerpo hacia el suroeste, pero Marmont mantuvo a los 11.000 soldados del suyo acuartelados; mientras el enemigo se aproximaba, el anciano mariscal Sérurier, gobernador de los Inválidos, supervisó a los que quemaban y ocultaban los trofeos, incluyendo los 1.417 estandartes capturados al enemigo y la espada y el fajín de Federico el Grande.

El Emperador llegó a Le Coeur de France, una fonda en Juvisy, a 22 kilómetros de la capital, después de las 10 de la noche del 30 de marzo. El general Belliard lo hizo poco después, y le informó de la capitulación de París, tras un día de lucha titubeante. Napoleón hizo llamar a Berthier, e interrogó largamente a Belliard. «Si hubiese llegado antes, todo se habría salvado»[84]. Exhausto, se sentó un cuarto de hora con la cabeza entre las manos[85][*********]. Sus generales le convencieron de que no se dirigiese a la capital, algo que sopesó hacer sin considerar la situación[86]. En cambio, se convirtió en el primer monarca francés que perdía París desde la ocupación inglesa de 1420-1436. Envió a Caulaincourt allí a solicitar un acuerdo, y se retiró a Fontainebleau, donde llegó a las 6 de la mañana del día 31; las banderas y águilas ardieron en un auto de fe en el bosque, aunque algunas escaparon de las llamas, y se muestran hoy en el Museo del Ejército de París[87].

Cuando los aliados entraron por la puerta de Saint-Denis el 1 de abril, con lazos blancos en el brazo y ramilletes verdes en el morrión, el pueblo les recibió con la exaltación reservada a los ejércitos victoriosos. Lavalette se sintió especialmente ofendido por la visión de una «mujer vestida como para una fiesta, exultante de alegría, que ondeaba el pañuelo gritando: “*Vive l’Empereur Alexander!*”»[88]. Las tropas del Zar acamparon en los Campos Elíseos y el Campo de Marte. Nada hace pensar que los parisinos estuviesen dispuestos a prender fuego a su ciudad, como habían hecho los rusos en Moscú tan solo 18 meses antes. De la reacción de una delegación milanesa, de visita a París para felicitar al hombre al que querían llamar «Napoleón Magno» por vencer a todos

sus enemigos, puede colegirse la volubilidad del resto del Imperio. Cuando llegaban a la capital supieron que estaba siendo sitiada, pero decidieron continuar; al llegar, transmitieron con prontitud sus felicitaciones a los aliados, por la «caída del tirano»[89].

Quince años después de haber apoyado el golpe de estado de Brumario de Napoleón, Talleyrand asestó el suyo, el 30 de marzo de 1814, estableciendo un gobierno provisional en París que inició de inmediato las negociaciones de paz con los aliados[90]. A pesar de que el Zar había sopesado algunas alternativas a la restauración borbónica, como la de Bernadotte, la rama de Orleans, e incluso una regencia para el Rey de Roma, Talleyrand le persuadió, así como al resto de aliados, a aceptar a Luis XVIII. Fouché, otro regicida, se incorporó también al gobierno provisional, y el 2 de abril el Senado aprobó una consulta que depuso al Emperador e invitó a «Louis Xavier de Bourbon» a ocupar el trono. El gobierno también liberó a todos los soldados franceses de su juramento de lealtad al Emperador. Cuando la noticia se difundió entre las tropas, los altos mandos se la tomaron en serio, pero la mayoría de los soldados fueron más desdeñosos[91]. Por otra parte, cabe dudar de la solemnidad de este tipo de juramentos de lealtad; Napoleón los había prestado tanto a Luis XVI como a la República.

En Fontainebleau, Napoleón consideró las escasas opciones que le restaban. Por su parte, habría preferido todavía marchar sobre París, pero Maret, Savary, Caulaincourt, Berthier, Macdonald, Lefebvre, Oudinot, Ney y Moncey se opusieron en bloque, pero sin que Ney emplease los términos groseros que se le atribuyeron más tarde[92]. Entre ellos, algunos también propusieron que se uniese a la Emperatriz en Blois. Paradójicamente, los mariscales que no le habían obligado a abdicar tras haber sido derrotado ampliamente en Rusia en 1812, ni en Leipzig en 1813, se mostraron partidarios de esa medida cuando aún estaba sumando victorias en 1814, aunque fuese con un ejército muy sobrepasado en número; en esta ocasión, se refirieron constantemente a su afirmación de que abdicaría únicamente cuando lo requiriese el interés de Francia[93]. Napoleón sospechó que solo les movía el interés por conservar las posesiones y riquezas que él mismo les había otorgado, y aireó esta opinión con amargura.

Les había pedido lo imposible en la campaña de 1814 –a Macdonald,

Oudinot y, sobre todo, a Victor–, y les reprendió cuando solo lograron lo extraordinario, pero la verdadera razón de su conducta no fue el egoísmo, sino la idea de que no había modo de triunfar en la campaña dada su posición estratégica, incluso en caso de que prosiguieran la campaña desde el interior de Francia. La abdicación de Napoleón era el único modo de poner fin a la guerra, por lo que era lógico para ellos pedírselo, aunque lo hiciesen respetuosamente. Por mucho que Napoleón pasase revista a las tropas, y algunas unidades de la Vieja Guardia hubiesen gritado *Vive l'Empereur!* ante la idea de marchar sobre París, sus mariscales sabían que los números ya no salían, si es que alguna vez lo habían hecho durante esta campaña[94]. Macdonald dice en sus memorias que él no quería ver a París siguiendo la misma suerte que Moscú[95]. Ney y Macdonald abogaron por una abdicación inmediata, de la que tal vez se pudiese obtener una regencia en medio del naufragio, y Napoleón envió a Caulaincourt a París para que evaluase si era aún posible. Marmont, por su parte, se presentó el 4 de abril en un campamento aliado con todo su cuerpo para rendirse, con armas y municiones, lo que llevó al Zar a pedir a Napoleón la abdicación incondicional[96]. Alejandro había atravesado toda Europa con un ejército enorme, y no se conformaría con menos.

Durante lo que le quedaba de vida, Napoleón reflexionó una y otra vez acerca de las circunstancias de la traición de Marmont. De él decía, exagerando comprensiblemente, que le había «educado desde los 16 años»[97]. Por su parte, Marmont decía de Napoleón que era «satánicamente orgulloso», y dado a la «negligencia, despreocupación, pereza, a la confianza asignada caprichosamente y al titubeo, así como a una irresolución interminable»[98]. Napoleón era desde luego orgulloso, para nada perezoso, y, si había otorgado su confianza caprichosamente, el duque de Ragusa había sido uno de los primeros en beneficiarse.

«Ese miserable desagradecido será más infeliz que yo», dijo Napoleón. El término *ragusrad* pasó a significar traidor, y la antigua compañía de la Guardia de Marmont fue apodada la «compañía Judas». Tres décadas después, cuando era un anciano que vivía exiliado en Venecia, los niños todavía le perseguían por la calle señalándole y gritando a su paso: «Ese es el hombre que traicionó a Napoleón»[99].

[*] Wellington estaba totalmente de acuerdo con este cálculo. Cuando le preguntaron en 1814 si se había enfrentado alguna vez en el campo de batalla con Napoleón, afirmó: «No, y me alegro de no haberlo hecho. Habría preferido siempre enterarme de que un nuevo refuerzo de 40.000 hombres se había unido al ejército francés antes que saber que él había llegado para tomar el mando» (Longford, *Years of the Sword*, pp. 248-249).

[**] Mientras los prusianos y los austriacos participaron cada uno en la mitad de las batallas de la campaña de 1814, la insistencia del Zar en tomar París –siguiendo el consejo del antiguo enemigo corso de Napoleón, el conde Pozzo di Borgo– obligó a los rusos a librar todas las batallas importantes, excepto la de Montereau.

[***] Los aliados, a excepción de los cosacos, en realidad mantuvieron una disciplina más que notable en Francia en 1814. En el museo dedicado a la campaña napoleónica de 1814 en Saint-Dizier se puede ver un pagaré firmado por oficiales aliados para el pago en metálico a cuenta de los productos requisados a campesinos y comerciantes.

[****] Las personas como Talleyrand y Fouché podían abandonar a Napoleón en 1814 porque para entonces su posición, en caso de una restauración, estaba asegurada; si los Borbones hubiesen retornado mucho antes, los regicidas como ellos, incluso los que se cambiaron de bando, habrían sido ejecutados.

[*****] El combate en la batalla de Montmirail no se produjo en el lugar en el que se sitúa hoy la placa conmemorativa, sino en los alrededores y el interior del pueblo de Marchais; en la región este combate se conoce con el nombre de Marchais-Montmirail. Llama la atención, al visitar el campo de batalla, la precisión topográfica del cuadro en la que la retrató Horace Vernet, hoy en la National Gallery de Londres.

[******] El coronel Josef Simonyi guio a sus húsares húngaros al palacio de Fontainebleu y vació la pipa sobre el trono de Napoleón, en una recreación consciente de lo que hizo otro comandante de húsares húngaro, el conde Andreas Hadik, que en una osada incursión contra Berlín en 1757 vació la suya en el trono de Federico el Grande (Hollins, *Hungarian Hussar*, p. 44).

[*******] La frase tristemente atribuida a Napoleón en esos momentos –«No temáis, amigos, porque la bala de cañón que me matará todavía no ha sido

forjada»–, parece ser una más de las muchas inventadas más tarde por un periodista que escribía en el *Journal Général de France*.

[********] Esta carta, que no fue publicada en la edición original de 1850 de la correspondencia de Napoleón, se conserva en los Archivos Nacionales.

[*********] Era su postura habitual cuando afrontaba alguna adversidad, aunque también pudo ser producto del dolor de cabeza, del que dijo a su médico que «le molestó de vez en cuando durante casi toda su vida» (BL Lowe Papers 20156 fol. 28).

29. ELBA

Termino mi obra con el año 1815, porque todo lo que vino después forma parte de la historia ordinaria.

Metternich, *Memorias*

El verdadero heroísmo consiste en superar las desgracias de la vida, bajo cualquier forma en la que se presenten al combate.

Napoleón a bordo del *HMS Northumberland*, 1815

Una vez determinado que Ney, Macdonald, Lefebvre y Oudinot no tolerarían una guerra civil, y habiendo recibido Caulaincourt la confirmación de los aliados el 5 de abril de que otorgarían a Napoleón la soberanía vitalicia sobre la isla mediterránea de Elba, en la costa italiana, el Emperador firmó una abdicación provisional en Fontainebleau, que Caulaincourt debía emplear en las negociaciones[1]. «Queríais calma», dijo a sus mariscales, «pues la tendréis»[2]. La abdicación no afectaba a sus herederos, e intentó que Caulaincourt la mantuviese en secreto hasta que se ratificase un tratado que garantizase la posesión de Elba, y seguridad financiera y personal para él y para su familia. Pero las noticias se filtraron muy pronto y el palacio se vació de cortesanos y funcionarios, que se apresuraron a firmar su propia paz con el gobierno provisional. «Se podría pensar», dijo el Consejero del Estado Joseph Pelet de la Lozère de este éxodo, «que Su Majestad ya estaba en la tumba»[3]. El 7 de abril el *Moniteur* se quedó sin espacio para incluir todas las proclamaciones de lealtad a Luis XVIII de Jourdan, Augereau, Maison, Lagrange, Nansouty, Oudinot, Kellermann, Lefebvre, Hullin, Milhaud, Ségur y Latour-Maubourg, entre otros[4]. Berthier alcanzó incluso a ser designado comandante de uno de los cuerpos de Guardia de Luis XVIII[5]. «Su Majestad estaba muy triste y taciturno», observó Roustam esos días[6]. Tras permanecer en el palacio Jelgava

en Letonia, desde donde había escrito a Napoleón para que le reintegrase en el trono en 1800, Luis XVIII se había instalado en la Hartwell House en Buchinghamshire, Inglaterra, en 1807, preparado para regresar a Francia y volver a exigir el trono, una vez recibida la noticia de la abdicación de Napoleón.

De haberlo deseado, a pesar de hallarse despojado de sus oficiales y subordinados, el Emperador aún podría haber desencadenado una guerra civil. El 7 de abril los rumores de la abdicación empujaron a los 40.000 soldados de Fontainebleu a salir de los barracones de noche y desfilar con antorchas al grito de «*Vive l'Empereur!*, ¡Abajo los traidores!» y «¡A París!»[7]. En los cuarteles de Orleans, Briaire, Lyon, Douai, Thionville y Landau se vivieron escenas similares, y se quemó en público la bandera blanca de los Borbones en Clermont-Ferrand y otros lugares. El cuerpo de Augereau estuvo a punto de amotinarse, y los acantonamientos leales a Napoleón trataron de levantarse en Amberes, Metz y Mainz. En Lille las tropas se sublevaron durante tres días, y hasta el 14 de abril siguieron disparando contra sus oficiales[8]. Como dijo Charles de Gaulle, «Aquellos a los que más había hecho sufrir, los soldados, acabaron siendo los mismos que le fueron más fieles»[9]. Inquieto por las demostraciones de lealtad, el ministro inglés de Exteriores, lord Castlereagh, advirtió al de Guerra, lord Bathurst, del «peligro de que Napoleón permanezca en Fontainebleau, rodeado de tropas que aún, en grado considerable, le siguen siendo fieles». Esta advertencia acabó por empujar a los aliados a firmar el Tratado de Fontainebleau, tras cinco días de negociaciones, el 11 de abril de 1814[10].

Caulaincourt y Macdonald llegaron allí desde París al día siguiente con el tratado, al que solo restaba la ratificación de Napoleón. Les invitó a acompañarle en la cena, haciéndoles notar la ausencia de Ney, que se había quedado en París para hacer las paces con los Borbones[11]. El tratado permitió a Napoleón seguir usando su título imperial, y le concedió Elba de por vida, asignando un presupuesto generoso a su familia, aunque la escandalosa pensión alimenticia de Josefina se vio reducida a 1 millón de francos anuales. Napoleón recibiría 2,5 millones, y María Luisa, los ducados italianos de Parma, Piacenza y Guastalla[12]. En una carta fechada el 13 de abril, le decía: «Tendrás al menos una mansión en un hermoso país (…) para cuando te canses de mi isla de Elba y yo empiece a aburrirte, cosa que no puede dejar de ocurrir porque soy mayor y tú

eres aún joven». Y añadía: «Gozo de buena salud, y mi valor no decae, especialmente si tú estás satisfecha con mi infortunio, y piensas que todavía puedes ser feliz compartiéndolo»[13]. Aún no había tomado conciencia de que la razón por la que una Habsburgo se había casado con un Bonaparte había sido que era el emperador de Francia; ahora que era solo el emperador de Elba, el atractivo del enlace se derrumbaba. Leyendo un libro sobre la isla, dijo a Bausset: «El aire es allí muy saludable, y sus habitantes, excelentes. No estaré muy apartado, y espero que María Luisa tampoco sea muy infeliz»[14]. Pero dos horas antes de que el general Pierre Cambronne y un destacamento de caballería alcanzasen Orleans el 12 de abril, con la orden de Napoleón de acompañarla junto con el Rey de Roma durante los 85 kilómetros hasta Fontainebleau, una delegación austriaca enviada por Metternich la llevó con su séquito al *château* de Rambouillet, donde le dijeron que su padre se reuniría con ella. En un primer momento replicó que solo podía marcharse con permiso de Napoleón, pero no les costó mucho hacerla cambiar de opinión, aunque escribió a su esposo para decirle que se la llevaban contra su voluntad. No tardó en descartar cualquier intento de reunirse con él, y se trasladó a Viena, sin intención de «no ser demasiado infeliz».

A pesar del optimismo de su carta a María Luisa, la noche del 12 al 13 de abril, después de cenar con Caulaincourt y Macdonald, Napoleón intentó suicidarse[15], tomando una mezcla de venenos «con el tamaño y la forma de un diente de ajo», que llevaba colgada del cuello en una pequeña bolsa de seda desde que estuvo a punto de ser capturado por los cosacos en Maloyaroslavets[16]. No trató de emplear otros medios, en parte porque Roustam y su chambelán Henri, conde de Turenne, le habían quitado las pistolas[17]. «Mi vida ya no le pertenecía a mi país», se explicó más tarde:

> Los sucesos de los últimos días me han devuelto el dominio sobre ella. «¿Por qué debería tolerar tanto sufrimiento? –reflexioné–, ¿y quién sabe si mi muerte no permitiría colocar la corona sobre la cabeza de mi hijo?». Francia se había salvado. Dejé de dudar, y saltando de la cama mezclé el veneno con un poco de agua, y me lo bebí con una especie de sensación de felicidad. Pero el tiempo le había restado fuerza; unos terribles dolores me arrancaron algunos gemidos, que fueron escuchados, y se presentó la ayuda

médica[18].

Su mayordomo Hubert, que dormía en el cuarto adyacente, le escuchó gritar, y mandó llamar al doctor Yvan, que le indujo el vómito, seguramente haciéndole tragar cenizas de la chimenea[19].

Esa noche también fueron llamados Maret y Caulaincourt. Cuando quedó claro que no iba a morir, al día siguiente, Napoleón firmó la abdicación, «sin más titubeos», en una simple mesa en la antecámara roja y dorada llamada desde entonces Sala de la Abdicación. «Habiendo determinado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa», rezaba, «el emperador Napoleón, fiel a su juramento, declara que renuncia, para él y sus herederos, a los tronos de Francia e Italia, y que no hay sacrificio personal, incluida la vida, que no esté dispuesto a realizar por el interés de Francia»[20].

Cuando Macdonald entró en las habitaciones del Emperador para recoger la ratificación del tratado, a las 9 de la mañana del 13 de abril, Caulaincourt y Maret todavía estaban allí. Macdonald se encontró a Napoleón «sentado ante el fuego, vestido con un sencillo atuendo de fustán [algodón ligero], con las piernas desnudas, los pies enfundados en unas zapatillas, la cabeza entre las manos, y los codos apoyados sobre las rodillas (…), con el rostro amarillento y verdoso»[21]. Se limitó a afirmar que había estado «muy enfermo por la noche», y después se dirigió al leal Macdonald de modo obsequioso: «No te conocía bien, y tuve prejuicios contra ti. He hecho mucho, llenándoles de favores, con otros que me han abandonado y me han desatendido; y tú, que no me debes nada, me has sido fiel»[22]. Le regaló la espada de Murad Bey, se abrazaron y Macdonald se fue a París con la ratificación del tratado. Nunca volvieron a verse.

Tras el intento de suicidio Roustam huyó de Fontainebleu, alegando más tarde que temía que, si Napoleón lo volvía a intentar con éxito, podrían tomarle por un asesino a sueldo de los Borbones o de los aliados[23].

El 15 de abril se decidió que acompañasen a Napoleón en Elba los generales Bertrand, Drouot y Pierre Cambronne, con una pequeña unidad de seiscientos Guardias Imperiales, tras la promesa de los aliados de proteger la isla de las «potencias berberiscas» –las naciones del norte de África– en un artículo adicional del tratado, ya que en esa zona del Mediterráneo abundaban los piratas.

Al día siguiente cuatro comisarios de los aliados se presentaron en Fontainebleau para escoltarle hasta allí, de los que el inglés, el coronel sir Neil Campbell, y el austriaco, el general Franz von Koller, vivirían también en la isla. Napoleón enseguida congenió con el inglés, al que los rusos habían herido en Fère-Chamenoise confundiéndole con un oficial francés, clavándole una lanza por la espalda mientras otro soldado le asestaba un sablazo en la cabeza, a pesar de haber gritado agudamente «*Angliski polkovnik!*» (¡Coronel inglés!). Para su entusiasmo, Castlereagh le ordenó «atender al último jefe del gobierno francés en la isla de Elba», con una expresión que denotaba la incertidumbre respecto al estatus exacto de Napoleón[24].

Al leer los periódicos franceses en Fontainebleau, Fain observó cómo las injurias que vertían «no le causaban demasiada impresión, y, cuando el desprecio alcanzó un punto absurdo, solo lograron arrancarle una sonrisa de conmiseración»[25]. Hablando con Flahaut, el Emperador reconoció sentirse satisfecho por no haber suscrito la propuesta de Châtillon en febrero: «Sería un hombre más triste aún si hubiese firmado un tratado que arrebatase un solo pueblo a Francia, el mismo día en el que había jurado mantener su integridad»[26]. La negativa a privar a la *Glorie de la France* de un ápice de su grandeza fue un elemento clave de su posterior retorno al poder. De momento, Napoleón dijo a su asistente Constant: «Bueno, hijo, prepara la carretilla; iremos y plantaremos unas coles»[27]. Sin embargo, el inconstante Constant no tenía ninguna intención de hacerlo, y después de doce años de servicio se fugó con 5.000 francos en metálico. Savary había ordenado que se escondiesen 70.000 francos para Napoleón, una cantidad bastante superior al salario anual del gobernador del Banco de Francia[28].

Campbell, que dominaba el francés, escribió en su diario el 17 de abril, después de encontrarse con Napoleón:

> Me vi frente a un hombre bajo y activo, que recorría a zancadas su apartamento, como un animal salvaje encerrado en una jaula. Vestía el viejo uniforme gris con charreteras doradas, pantalones azules y altas botas rojas, sin afeitar, despeinado y con restos de rapé salpicándole el labio superior y el pecho. Nada más notar mi presencia se giró rápidamente hacia mí, y me saludó con una sonrisa cortés, tratando evidentemente de ocultar su angustia

y su agitación con unos modales pretendidamente plácidos[29].

Con ese estilo de interrogatorio rápido que Campbell acabaría conociendo bien, Napoleón le preguntó por sus heridas, su carrera militar, las condecoraciones rusas e inglesas y, al saber que era escocés, también por el poeta Ossian. Hablaron después de diversos asedios llevados a cabo durante la Guerra Peninsular[*], y Napoleón alabó a varios generales ingleses, antes de inquirir «con agitación» sobre la trágica e innecesaria batalla de Tolosa, en la que Wellington y Soult habían perdido unos 3.000 hombres cada uno, el 10 de abril. «Encomió mucho» a Wellington, preguntando por «su edad, sus hábitos, etc.», y comentó: «Es un hombre enérgico. Para triunfar en la guerra, es necesario poseer dicha cualidad»[30].

«Su nación es la más grande, y le tengo mayor estima que a ninguna otra. He sido su mayor enemigo, francamente, pero ya no lo soy. Me habría gustado hacer que la nación francesa se alzase así, pero mis planes no tuvieron éxito. El destino es todo». En parte, estas alabanzas podían nacer de su deseo de embarcarse hacia Elba acompañado de un militar inglés, y no en la corbeta francesa *Dryade*, en la que le iban a alojar, a causa de los piratas y del temor de ser asesinado a manos de una tripulación y un capitán realistas[31]. Dio por terminada la conversación cordialmente, añadiendo: «Muy bien, quedo a su disposición. Soy su súbdito; dependo en todo de usted». A continuación realizó una reverencia «ajena a cualquier presunción de orgullo»[32]. Se ve aquí por qué tantos ingleses encontraron en Napoleón una figura sorprendentemente amable. Durante las negociaciones del tratado, había indicado a Caulaincourt que averiguase si podía acogerse al exilio en Inglaterra, juzgando a la sociedad de Elba desfavorablemente en comparación con «una simple calle» de Londres[33].

Al conocerse el 18 de abril que el nuevo ministro de Guerra, ni más ni menos que el general Dupont, que se había rendido con todo su Cuerpo en Bailén en 1808, había ordenado que «los cuarteles que perteneciesen a Francia debían ser abandonados» antes de que Napoleón llegase a Elba, se negó a dejar Fontainebleu alegando que entonces la isla sería vulnerable a cualquier ataque[34]. Al día siguiente, no obstante, hizo enviar su equipaje allí –aunque sin los 489.000 francos de su tesorería, que cargaría consigo–, y regaló todos sus libros, manuscritos, espadas, pistolas, condecoraciones y monedas a los

partidarios que aún le quedaban en palacio. Al saber que el Zar había visitado a María Luisa en Rambouillet se enfadó, comprensiblemente, y se quejó de que era una «costumbre griega» que los conquistadores se presentasen ante las viudas dolientes, recordando tal vez a la familia de Darío, acogida por Alejandro Magno. También protestó por la visita de Alejandro a Josefina: «¡Bueno! Primero desayuna con Ney y después la visita en Mailmaison», afirmó. «¿Qué espera obtener con esto?»[35].

Cuando el antiguo ayuda de campo de Berthier, el general Charles-Tristan de Montholon, se presentó en palacio a mediados de abril con un plan de fuga al alto Loira, algo tardío, «no encontró a nadie en los amplios pasillos, tan reducidos antaño para la multitud de cortesanos, con excepción del duque de Bassano [Maret] y del ayuda de campo coronel Victor de Bussy. Toda la corte y todos su asistentes (…) habían olvidado a su desafortunado señor, precipitándose hacia París»[36]. En cualquier caso, no era del todo cierto; estuvieron presentes hasta el final los generales Bertrand, Gourgaud y Jean-Martin Petit, comandante de la Vieja Guardia, los cortesanos Turenne y Megrigny, su secretario privado Fain, el intérprete François Lelorgne d’Ideville, sus ayudas de campo el general Albert Fouler de Relingue, el caballero Jouanne, el barón de La Place y Louis Atthalin, además de dos polacos, el general Kosakowski y el coronel Vousowitch. Caulaincourt y Flahaut no estaban presentes, pero mantenían su lealtad[37]. Montholon se incorporó al servicio de Napoleón y ya no le abandonó. A pesar de que la lealtad y la gratitud son infrecuentes cuando llega la adversidad política, Napoleón aún poseía la capacidad de inspirarlas, aunque no tuviese nada que ofrecer a cambio. «Cuando partí de Fontainebleau para Elba no albergaba ninguna esperanza de regresar a Francia», rememoró. Lo único que les quedaba esperar a aquellos que mantuvieron su fidelidad era la animadversión de los Borbones[38]. Y el espíritu vengativo no se limitaba a esta dinastía: el conde Giuseppe Prina, ministro de Finanzas de Napoleón en Italia, fue arrastrado fuera del Senado de Milán, y una muchedumbre le golpeó durante cuatro horas, embutiéndole después a su cadáver en la boca impresos para la recolección de impuestos.

El miércoles 20 de abril de 1814, a mediodía, se produjo una de las escenas más notables de la épica napoleónica. Mientras partía de Fontainebleau con destino a Elba, el enorme patio del Caballo Blanco de palacio –llamado hoy

Cour des Adieux– ofreció un telón de fondo espectacular, con la escalinata doble como proscenio, en la que la Vieja Guardia, formada, ejerció de adecuada –y lacrimosa– audiencia. Pendientes aún de la llegada de un mensajero de París, que debía confirmar que Dupont había retirado su malintencionada disposición, los comisarios aliados aguardaban a que Napoleón saliese definitivamente; a las 9 de la mañana respiraron aliviados, pues el gran mariscal de palacio, el general Bertrand, confirmó que ya podía partir. Antes de hacerlo, Napoleón habló con cada uno de los comisionados en uno de los salones de recepciones del piso superior, dedicando media hora a reprender a Koller por mantenerle alejado por la fuerza de su esposa e hijo. Durante esta conversación «las lágrimas acabaron corriéndole por las mejillas»[39]. También preguntó, de nuevo, si el gobierno inglés le permitiría vivir en Gran Bretaña, a lo que el austriaco respondió como deseaba: «Sí, Señor; como nunca ha llevado la guerra a ese país, la reconciliación será más asequible»[40]. Cuando Koller comentó que el Congreso de Praga había supuesto «una oportunidad muy favorable» para la paz, Napoleón respondió: «Puede que mis planes hayan estado equivocados. He causado daño con la guerra, pero todo ha sido como un sueño»[41].

Tras estrechar las manos a los soldados, y a los pocos cortesanos presentes, «descendió rápidamente» por la majestuosa escalera, y ordenó que dos filas de *grognards* formasen un círculo en torno a él, hablándoles en tono resuelto. No obstante, según la narración del comisario prusiano, el conde Friedrich von Truchsess-Waldburg, la voz le tembló en algunos momentos[42]. Durante el discurso, tal y como recogieron Campbell y otros, se repitió varias veces, en parte porque su oratoria reflejaba la crisis a la que había llegado su vida, y en parte porque señalaba cuáles serían los argumentos con los que más tarde trataría de reconstruir la narrativa histórica de este período:

> Oficiales, suboficiales y soldados de la Vieja Guardia, ¡os digo adiós! Durante veinte años habéis sido valerosos y leales, marchando por los senderos de la gloria. Toda Europa se ha unido contra nosotros. El enemigo, tres marchas por delante de nosotros, ha entrado en París. Yo avanzaba para expulsarles de allí; no habrían permanecido ni tres días. Os agradezco el noble espíritu del que habéis dado muestra en este mismo lugar bajo estas circunstancias. Pero una porción del ejército, que no comparte estos

> sentimientos, me ha abandonado y se ha pasado al campo enemigo (…). Con las tres partes de mi ejército que me son leales, auxiliado por la simpatía y el esfuerzo de gran parte de la población, podría haber retrocedido hasta el Loira, o hasta mis dominios, y prolongado la guerra varios años. Pero una guerra civil y contra extranjeros habría asolado nuestro hermosa patria, y, aun a costa de tales sacrificios y tal devastación, me pregunto si cabría esperar la derrota de Europa unida, respaldada por la influencia que ejerce la ciudad de París, y con la facción que ha conseguido hacerse con ella. Bajo estas circunstancias solo he tenido en cuenta el interés del país y el descanso de Francia. He sacrificado todos mis derechos, y estoy dispuesto a hacer lo mismo con mi persona, porque durante toda mi vida mis únicas metas han sido la felicidad y la gloria de Francia. En cuanto a vosotros, soldados, sed siempre leales a la senda del deber y el honor. Servid con fidelidad a vuestro nuevo soberano. De aquí en adelante mi tarea más querida será que la posteridad conozca qué grandezas habéis realizado (…). Sois mis hijos. No puedo abrazaros a todos, pero lo hago en la persona de vuestro general[43].

Besó a Petit en las dos mejillas, y añadió: «Abrazo estas águilas, que nos han guiado a lo largo de tantos días gloriosos», asiendo después una de las banderas tres veces, durante medio minuto, antes de alzar la mano izquierda y decir; «¡Hasta siempre! ¡Guardadme en vuestra memoria! ¡*Adieu*, hijos míos!». Montó en su carruaje y partió al galope, mientras la banda de la Guardia entonaba con la trompeta y el tambor el saludo *Pour l’Empereur*. Sobra decir que oficiales y soldados lloraron –incluso algunos de los extranjeros–, mientras otros se postraban compungidos, y el resto gritaba *Vive l’Empereur!*

El convoy formado por catorce carruajes llegó al caer la noche a Briare, a 110 kilómetros, y Napoleón durmió en la posada. «Adieu, chère Louise», escribió a su esposa, «ámame, piensa en tu mejor amigo y en tu hijo»[44]. Los seis días siguientes durmió en Nevers, Roanne, Lyon, Donzère, Saint-Cannat y Luc, y a las 10 de la mañana del 27 de abril llegó a Fréjus, en la costa sur. El trayecto había revestido peligro en el tradicionalmente realista Midi, y en varias ocasiones hubo de ponerse el uniforme de Koller, una capa rusa, e incluso una escarapela borbónica en el sombrero, para evitar ser reconocido. En Orange algunas piedras entraron por la ventana del carruaje; en Aviñon arrancaron las

águilas de los vehículos, y uno de sus servidores tuvo que gritar *Vive le Roi!*, bajo amenaza de muerte. En ese mismo lugar, un año después, el mariscal Brune murió bajo los disparos de unos asesinos realistas, y su cadáver fue arrojado al Ródano. El 23 de abril se encontró con Augereau cerca de Valence. El viejo mariscal, que había ocupado uno de los primeros cargos como comandante de división en Italia en 1796 con Napoleón, se había despojado de todas sus condecoraciones, excepto de la banda roja de la Legión de Honor. Al verse, «maldijo la ambición de Napoleón y el derramamiento de sangre a causa de su vanidad personal», espetándole bruscamente que debería haber muerto en batalla[45].

Campbell había previsto que el capitán Thomas Ussher –después almirante– recogiese a Napoleón en Fréjus, a bordo de la fragata HMS *Undaunted* [Impasible]. Al llegar allí apareció Paulina, que le propuso acompañarle en el exilio; a pesar de traicionar a sus maridos, mostró una enorme lealtad a su hermano en su caída. Napoleón trató de salir de Francia el día 28 por la mañana, pero la marea favorable ya había pasado, y a la hora de comer una langosta en mal estado le provocó vómitos, por lo que no embarcó hasta las 8 de la tarde. Tras insistir, le despidió en el puerto una salva de 21 cañonazos, reservada a los soberanos, que contravenía además una disposición de la Royal Navy que prohibía estos saludos después de la caída del sol[46]. El Tratado de Fontainebleau había confirmado que seguía siendo un monarca regente, y por tanto debían mantenerse las formalidades parejas a esa condición. En un eco conmovedor, el muelle desde el que partió era el mismo al que había llegado, quince años antes, desde Egipto[47]. El capitán Ussher, que había comprobado que tenía la espada desenganchada de la vaina, por si era necesario utilizarla contra la multitud para proteger su carga, descubrió por el contrario que despedían a Napoleón con vítores, algo que juzgó «interesante en grado sumo»[48]. Durante el trayecto Campbell observó que «Napoleón mostró (…) hacia nosotros una gran cordialidad, y los oficiales de su séquito advirtieron que nunca le habían visto tan relajado»[49]. Hablando con él, le confesó su convicción de que los ingleses obligarían a los Borbones a sellar un acuerdo comercial, que «se firmará en seis meses»[50]. Le pidió que desembarcasen en Ajaccio, contándole anécdotas de su juventud, pero Koller suplicó al capitán que no lo hiciesen, temiendo seguramente el caos que podía desatar si se escapaba a

las montañas de la isla[51].

El 3 de mayo a las 8 de la tarde el *Undaunted* atracó en Portoferraio, puerto principal de Elba, y Napoleón desembarcó a las 14 del día siguiente. Cuando pisó tierra le recibió una comitiva formada por el subprefecto, funcionarios locales y oficiales, con las llaves de la isla y, más importante, entre los gritos de *Vive l'Empereur!* y *Vive Napoléon!* de la multitud[52]. Sobre la batería del fuerte izaron la bandera que él mismo había diseñado –blanca, con una banda roja en diagonal salpicada de abejas– y, en una asombrosa muestra de buena memoria, Napoleón reconoció entre la muchedumbre a un sargento al que había concedido la Legión de Honor en Eylau, que se deshizo en lágrimas[53]. Después de la procesión hasta la iglesia para entonar un *Te Deum* se dirigió al ayuntamiento, donde se reunió con los principales dignatarios de la isla. Permaneció allí unos cuantos días, y más tarde se trasladó al confortable palacete del Mulini, en un alto sobre Portoferraio, y reservó la Villa San Martino –cuyos balcones ofrecen una extraordinaria vista de la ciudad– como residencia veraniega[**]. Al día siguiente del desembarco inspeccionó las fortificaciones del puerto, y un día después, las minas de hierro de la isla, de cuya productividad dependería en breve, porque sus ingresos se iban a ver muy mermados.

Su situación financiera no concordaba con lo que consideraba adecuado; además del medio millón de francos que había llevado consigo desde Francia, el tesorero Peyrusse le envió 2,58 millones, y María Luisa, otros 911.000, con una suma total de menos de 4 millones[54]. A pesar de que, en teoría, el Tratado de Fontainebleau había dispuesto que se le proporcionasen unos ingresos anuales de 2,5 millones, los Borbones no le entregaron ni un céntimo. En 1814 los impuestos de Elba le aportaron 651.995 francos, y en 1815, 967.751, pero los gastos militares, civiles y domésticos ascendieron a 1,8 millones en 1814 y a casi 1,5 millones en 1815. En resumen, disponía de efectivo para otros 38 meses, aunque con cinco mayordomos era evidente que había lugar para los recortes. La situación empeoró cuando, en diciembre, los Borbones confiscaron las propiedades y bienes de la familia Bonaparte[55].

Al serle cedida a Francia la isla de Elba en 1803, Napoleón había alabado a «sus afables y trabajadores habitantes, sus dos magníficos puertos y su rica mina», pero, ahora que era el monarca, definió sus 80 km^2, como un «*royaume d'opérette*» (reino de opereta)[56]. Cualquier otro soberano, especialmente

después de dos años extenuantes, se podría haber recreado en esta isla agradable, templada y apacible, pero la naturaleza de Napoleón le empujó a inmiscuirse enérgicamente en todos los aspectos de la vida de esta región, mientras aguardaba la oportunidad de zafarse de Campbell y regresar a Francia en cuanto la situación política lo permitiese. Durante los casi diez meses que pasó allí, reorganizó las defensas de su nuevo reino, realizó donaciones a los más pobres de entre sus 11.400 habitantes, edificó una fuente en la carretera que salía de Poggio –de la que todavía hoy se puede tomar agua potable fresca–, leyó vorazmente, donó 1.100 volúmenes a la biblioteca municipal de Portoferraio, jugó con el mono que había adoptado como mascota, Jénar, caminó por los senderos de la costa tarareando arias italianas, arboló las avenidas con moreras –acabando acaso con la maldición de la *pépinière*–, reformó el sistema aduanero e impositivo, reparó los cuarteles, construyó un hospital, plantó viñas, pavimentó por primera vez algunas zonas de Portoferraio e hizo instalar sistemas de regadío. Organizó también un sistema de recogida de basuras, aprobó una ley que prohibía que más de cinco niños durmiesen en la misma cama, y erigió un tribunal de apelaciones y un cuerpo de inspectores para supervisar la ampliación de las carreteras y la construcción de puentes. Aunque fuese, indudablemente, de un tamaño liliputiense comparado con sus antiguas posesiones, quería hacer de Elba el «reino de opereta» mejor gestionado de toda Europa[57]. Su atención a los detalles más pequeños no se había mitigado, y alcanzaba hasta al tipo de pan con el que debían ser alimentados sus perros de caza[58].

El hecho de haber engordado no obstaculizó todas estas medidas; todavía fue capaz de escalar una montaña, el 20 de mayo. Campbell escribió: «Siendo infatigable, la corpulencia le impide andar mucho, y se ve obligado a asirse del brazo de alguien cuando camina por zonas accidentadas»[59]. Pero, en el caso de Napoleón, el estado físico no parecía inducirle, como en otros, al sopor. «Jamás, en ninguna circunstancia, he visto a un hombre desarrollar tal actividad personal y tal perseverancia inagotable», observó Campbell. «Parece que le agrada el movimiento perpetuo, y ver cómo los que le acompañan sucumben a la fatiga (…). Después de permanecer en pie al sol desde las 5 de la mañana hasta las 3 de la tarde, inspeccionando las fragatas y barcos de transporte, cabalgó durante tres horas, según me dijo, “para cansarme”»[60].

El 29 de mayo de 1814, a mediodía, Josefina murió de neumonía en Malmaison. Tenía cincuenta años, y cinco días antes había paseado en una fría noche con el zar Alejandro tras un baile. «Es la esposa que debería haberme acompañado a Elba», dijo más tarde Napoleón, decretando dos días de luto. En 1800 fueron diez para George Washington. Madame Bertrand, que le había comunicado la noticia, dijo después, refiriéndose a ella: «¡Ah, ahora es feliz!»[61]. Había concluido la última carta que se conserva a Josefina, escrita el año anterior, así: «*Adieu*, mi amor; dime que estás bien. Me dicen que te estás poniendo tan gorda como la buena esposa de un granjero normando. Napoleón»[62]. Con esta familiaridad jocosa terminó este romance, al que se ha incluido entre los más notables de la historia. Había vivido por encima de sus posibilidades, que eran muchas, pero se había reconciliado con su estatus de exemperatriz. Napoleón se preguntaba si no habría sido su primera esposa la que le había traído suerte, dado que su cambio de fortuna había coincidido con su divorcio. Cuando dos parlamentarios británicos fueron a visitarle en noviembre, manifestó su sorpresa al saber que podría haber muerto endeudada, «encima de que le pagaba la cuenta del sastre todos los años», apostilló[63].

A principios de agosto madame Mère llegó desde Roma para compartir el exilio con su hijo. Campbell la juzgó «muy agradable y sencilla. Esta anciana dama es muy atractiva, de estatura mediana, con un buen tipo y un color sano»[64]. Solía cenar y jugar a las cartas con Napoleón los domingos por las tarde; cuando exclamaba, quejándose: «Estás haciendo trampas, hijo». Él replicaba: «Madre, eres rica»[65]. Paulina llegó tres meses después, y fue la única de sus hermanos que le visitó. En cuanto a María Luisa y su hijo, reservó y amuebló habitaciones para ellos en sus dos residencias, en un acto de optimismo desgarrador, de propaganda cínica, o puede que de ambos. El 10 de agosto su esposa le escribió para decirle que, a pesar de su promesa de reunirse pronto con él, debía regresar a Viena como muestra de deferencia ante los deseos de su padre[66]. El 28 de agosto Napoleón le escribió la última de las 318 cartas que se conservan, desde la ermita de Madonna di Marciano, en Monte Giove, con su habitual exactitud estadística: «Estoy en una ermita a 3.834 pies sobre el nivel del mar, totalmente rodeada por el Mediterráneo, en medio de un bosque de castaños. Madame está en un pueblo 958 pies más bajo. Es un lugar muy agradable (…). Ansío verte, y también a mi hijo». Y terminaba: «*Adieu*, *ma*

bonne Louise. *Tout á toi*. *Ton Nap*»[67]. Pero para entonces María Luisa ya tenía quién le acompañase a Viena, un caballero tuerto y galante llamado Adam von Neipperg, conde y general austriaco al que Napoleón había derrotado en Bohemia en la campaña de 1813, descrito como un «hombre de talento, enérgico y mundano, un cortesano consumado y excelente músico»[68]. Siendo joven se había fugado con una mujer ya casada, y, cuando le encargaron que cuidase de María Luisa, él mismo lo estaba. En septiembre eran amantes[69].

La ermita de La Madonna di Marciano, a la que se puede llegar hoy después de una caminata de 5 kilómetros por la montaña, es un mirador romántico y escondido, con unas vistas fantásticas sobre las bahías y ensenadas de la isla, desde la que pueden admirarse el contorno de Córcega y de la Italia peninsular. El 1 de septiembre llegó María Walewska con el hijo natural de 4 años de Napoleón, Alexandre, y permanecieron con él tres días. En 1812 se había divorciado, y acababa de perder las posesiones napolitanas que le había otorgado Napoleón antes de casarse con María Luisa. La lealtad le había empujado hasta Napoleón, aunque fuese brevemente. Cuando el general Drouot advirtió a Napoleón de que los rumores en la isla habían destapado su secreto –un alcalde había llegado a subir la montaña para presentar sus respetos formales a la mujer a la que todos confundieron con la Emperatriz–, María tuvo que abandonar la isla[70].

A mediados de noviembre Napoleón comenzó una sucesión de encuentros con aristócratas *whig* ingleses, arrancando con uno de cuatro horas con George Venables-Vernon, diputado, y con su colega John Fazakerley. A principios de diciembre fue el turno, en dos ocasiones, del vizconde Ebrington, durante seis horas y media en total, y en Navidad, el del futuro primer ministro lord John Russell. Otros dos británicos, John Macnamara y Frederick Douglas, hijo del ministro inglés lord Glenbervie, lo hicieron a mediados de enero. Todos los interlocutores, inteligentes, bien conectados y experimentados, se maravillaron de la sutileza intelectual de Napoleón, y de su inclinación a debatir cualquier asunto, incluyendo las campañas de Egipto y Rusia, su admiración por la Cámara de los Lores y su deseo de contar con una aristocracia similar en Francia, sus planes para conservar las colonias mediante la poligamia, la duplicidad del zar Alejandro, la «gran habilidad» del duque de Wellington, el Congreso de Viena, la mediocridad del archiduque Carlos de Austria, los

italianos –«perezosos y afeminados»–, las muertes de d’Enghien y Pichegru –cuya culpa no reconoció–, la masacre de Jaffa –que sí se atribuyó–, el rey Federico Guillermo, al que tildó de «cabo», los méritos relativos de sus mariscales, la diferencia entre el orgullo británico y la vanidad francesa y su escapada de la circuncisión en Egipto[71].

«Son gente valiente, esos soldados vuestros ingleses», afirmó durante uno de los encuentros, «valen más que el resto»[72]. Los ingleses observaron que «hablaba con mucha alegría, buen humor y cortesía», defendiendo su legado, señalando en un momento dado que él no había incendiado Moscú, mientras los ingleses, ese mismo agosto, habían prendido fuego a Washington[73]. Puede que estuviese esforzándose por causar una buena impresión, con vistas a un posible traslado a Londres, pero su inteligencia y candor hizo que sus interlocutores bajaran la guardia. «Por mi parte», reconocía con frecuencia, «ya no me preocupa. Mi tiempo ha pasado», utilizando también varias veces la expresión «estoy muerto»[74]. No obstante, les interrogó ampliamente acerca de la popularidad de los Borbones y del paradero de diversas unidades francesas e inglesas en el sur de Francia. Con Campbell fue menos sutil, hasta el punto de que el comisionado escribió a Castlereagh en octubre de 1814 para advertirle de que Napoleón podría estar sopesando su regreso[75]. Pero la Royal Navy no incrementó la vigilancia más allá de la fragata HMS *Partridge*, e incluso se permitió a Napoleón disponer de un bergantín de 16 cañones, *L’Inconstant*, como buque insignia de la marina de Elba.

El 15 de septiembre de 1814 las grandes potencias convocaron el Congreso de Viena a instancias de Metternich y de Talleyrand, con el que se pretendían solventar los puntos en desacuerdo: el futuro de Polonia, Sajonia y la Confederación del Rhin, y de Murat en Nápoles. Tras casi un cuarto de siglo de guerra y revolución era preciso volver a dibujar el mapa de Europa, para el que cada potencia albergaba sus pretensiones, a las que debían hacer encajar con las del resto para obtener esa paz permanente que se esperaba tras un acuerdo general[76]. La caída de Napoleón había reactivado algunas diferencias territoriales antiguas entre las potencias, pero, para su desgracia, aunque las sesiones se prolongaron formalmente hasta junio de 1815, para cuando decidió abandonar Elba, a finales de febrero, ya se habían trazado las principales líneas

de acuerdo sobre los puntos fundamentales.

Se desconoce en qué momento exacto decidió recuperar el trono, pero lo cierto es que seguía muy de cerca la sucesión de errores, aparentemente interminable, que estaban cometiendo los Borbones tras el regreso –bajo protección de los aliados– de Luis XVIII a París en mayo de 1814. Se iba incrementando su certeza de que los Borbones se verían pronto sometidos a lo que calificó de «viento libio», un siroco violento del desierto que alcanza velocidades huracanadas, y que entonces se pensaba que procedía del Sáhara libio[77]. A pesar de que el rey había firmado una amplia Carta de libertades civiles al regresar, su gobierno no fue capaz de disipar el temor de que en secreto buscase restablecer el Antiguo Régimen; más bien fue al contrario. Oficialmente, se dató el reinado de Luis en su año 19º, como si hubiese regido Francia desde la muerte de su sobrino Luis XVI en 1795, y todo lo ocurrido entre tanto –la Convención, el Directorio, el Consulado y el Imperio– hubiese sido un mero paréntesis ilegal. Los Borbones habían aceptado que Francia regresase a sus fronteras de 1791, contrayéndose de 109 departamentos a 87[78]. También se incrementaron los impuestos sobre los *droits réunis* de la época del Antiguo Régimen, el precio de los alimentos, y la Iglesia recuperó parte de su poder y prestigio prerrevolucionarios, para irritación de liberales y republicanos[79]. En Rennes se honró a los «mártires» *chouan* con ceremonias oficiales, y los restos de Luis XVI y María Antonieta se exhumaron del cementerio de la Madeleine y se volvieron a enterrar, con gran pompa, en la abadía de Saint-Denis. Mientras se retomaban los trabajos de construcción en Versailles y el rey nombraba un «empujador principal de silla», cuya misión exclusiva consistía en acercarle a la mesa cuando se sentaba, se recortaban las pensiones incluso de los veteranos heridos[80]. Algunos cuadros del Louvre, depositados allí por Napoleón, se retiraron y fueron enviados de vuelta a las potencias de ocupación.

Como predijo Napoleón, se retomó el tratado comercial prerrevolucionario de 1786 con Inglaterra, reduciendo así las tasas sobre algunas mercancías inglesas y eliminándolas en otras, causando una nueva depresión en la manufacturación francesa[81]. Tampoco contribuyó a mejorar la situación el nombramiento de Wellington como embajador en Francia[***]. «El nombramiento de lord Wellington ha tenido que ser muy irritante para el ejército», dijo Napoleón a Ebrington, «igual que las grandes atenciones que le ha

dispensado el Rey, cediendo a sus propios sentimientos privados, opuestos a los del país»[82]. Más tarde expuso lo que, en su opinión, deberían haber hecho los Borbones. «En lugar de proclamarse Luis XVIII debería haberse proclamado fundador de una nueva dinastía, sin remover los viejos agravios. De haberlo hecho, con total seguridad yo no habría sido inducido a abandonar Elba»[83].

La política más contraproducente de los Borbones fue la referida al ejército; la bandera tricolor, bajo la que los soldados franceses se habían alzado con victorias en toda Europa, fue sustituida por la blanca con la flor de lis, y se degradó la Legión de Honor a favor de las viejas distinciones reales, entre las que los *grognards* pronto bautizaron a una como «el bicho»[84]. Los puestos más importantes entre las tropas recayeron en los emigrados, que habían luchado contra Francia, y una nueva Guardia Doméstica sustituyó a la Imperial, a la vez que se abolía la Guardia Media, instituida por Napoleón en 1806, y que podía presumir de numerosas distinciones ganadas en combate[85]. El poco apreciado Dupont despidió a muchos oficiales, y 30.000 permanecieron solo a media paga, mientras se perseguía con saña a los que se evadían de las levas[86][****]. «Las primeras expectativas surgieron en mí cuando vi en las gacetas que solo se invitó a las viudas de la nobleza al banquete en el Hotel de la Ville», comentó Napoleón, «y no a las de los oficiales»[87]. Desafiando abiertamente las órdenes dadas, en el ejército se celebró el cumpleaños de Napoleón el 15 de agosto, con salvas y gritos de *Vive l'Empereur*!, mientras los centinelas solo presentaban armas ante oficiales con la Legión de Honor.

Desde luego, no fueron solo los errores de los Borbones los que empujaron a Napoleón a decidir arriesgarlo todo por recuperar el trono; el emperador Francisco se negó a que María Luisa y su hijo se reuniesen con él, y sus gastos suponían dos veces y media sus ingresos. También influyó el simple hastío; ante Campbell se quejó de estar «encerrado en una celda en esta casa, separado del mundo, sin ninguna ocupación de interés, sin intelectuales ni diversidad de gentes que me acompañen»[88][*****]. Otro factor fueron las alusiones en los periódicos y los rumores procedentes del Congreso de Viena, que afirmaban que los aliados planeaban expulsarle de Elba. Joseph de Maistre, embajador francés en San Petersburgo, había sugerido insistentemente como posible destino la colonia penitenciaria de Botany Bay, en Australia. También se mencionó la remotísima isla inglesa de Santa Helena en medio del Atlántico[89].

El 13 de enero de 1815 Napoleón pasó dos horas con John Macnamara, encantado de saber que Francia estaba «agitada»[90]. Reconoció que había permanecido demasiado tiempo en Moscú, y que había «cometido un error acerca de Inglaterra al tratar de conquistarla», además de reconocer sin ambages que su papel en los asuntos internacionales se había evaporado. «La historia posee un triunvirato de grandes hombres –adujo Macnamara–: Alejandro, César y Napoleón». En ese momento el Emperador se volvió resueltamente hacia él sin hablar, y Macnamara afirma que «vio cómo se le humedecían los ojos». Eso mismo era lo que había querido que dijese la gente desde su niñez. Finalmente, respondió: «Tendrías razón si me hubiese matado una bala en la batalla de Moscú, pero mis reveses finales enmascararán toda la gloria de mis primeros años»[91]. Añadió que Wellington era «valiente», pero que no le deberían haber nombrado embajador. Durante esta conversación Napoleón se rio con frecuencia, como cuando supo que el príncipe regente había recibido bien la noticia de su divorcio de Josefina, porque sentaba un precedente para su propia separación de su esposa, Carolina de Brunswick, a la que odiaba. Macnamara le preguntó si temía ser asesinado. «No por parte de los ingleses; no son asesinos», afirmó, pero sí que reconoció mantener las precauciones con respecto a los cercanos corsos[92]. Mientras se iba, Macnamara dijo a Bertrand que el Emperador debía ser «un hombre con buen humor, que nunca se encoleriza». Bertrand le replicó con una sonrisa: «Le conozco un poco mejor que tú»[93].

A comienzos de febrero Campbell observó que había «suspendido las mejoras en las carreteras y la conclusión de su residencia en el campo», aduciendo motivos económicos, y había tratado de vender la sede del ayuntamiento de Portoferraio[94]. Volvió a advertir a Castlereagh: «Si los pagos que se le prometieron en el momento de la abdicación se retiran, y la falta de dinero le presiona, le considero capaz de dar cualquier paso desesperado»[95]. El zar Alejandro arremetería más tarde contra Talleyrand por no abonar el dinero que se le debía: «¿Por qué deberíamos esperar que mantuviese su palabra cuando nosotros no lo hicimos?»[96].

Cuando su antiguo secretario, Fleury de Chaboulon, le visitó en febrero de 1815, llevó consigo un mensaje de Maret, que le comunicaba que Francia ya estaba madura para su regreso. Napoleón le preguntó por la actitud del ejército. Cuando se les obligaba a gritar *Vive le Roi!*, le confesó Fleury, los soldados

muchas veces añadían murmurando «*de Rome*». «¿Y aún me quieren?», preguntó. «Sí, Señor, e incluso me atrevería a decir que más que nunca». Concordaba con lo que le llegaba a través de numerosas fuentes francesas, y de su propia red de agentes en el país, como Joseph Emmery, un cirujano de Grenoble que le ayudó con la preparación de la expedición que se avecinaba, y al que legó 100.000 francos en su testamento. Fleury añadió que el ejército culpaba a Marmont de la victoria aliada, a lo que Napoleón se apresuró a apostillar: «Tienen razón; si no hubiese sido por la infame deserción del duque de Ragusa, los aliados habrían estado perdidos. Yo dominaba su retaguardia, y todos sus recursos; no habría escapado un solo hombre. Habrían tenido su [propio] 29º Boletín»[97].

El 16 de febrero Campbell dejó Elba en el HMS *Partridge* «para una breve excursión por el continente por motivos de salud». Debía visitar a su médico en Florencia, especialista en dolencias de oído, a su amante, la condesa Miniacci, o probablemente a ambos[98]. Esta fue la oportunidad de Napoleón; ordenó volver a equipar *L'Inconstant*, abastecerlo para un corto viaje y pintarlo con los colores de la Royal Navy[99]. Cuando Campbell llegó a Florencia, el delegado de Castlereagh en el consulado británico, Edward Cooke, le dijo: «Cuando vuelvas a Elba, puedes decirle a Bonaparte que en Europa está olvidado; nadie piensa ya en él»[100]. Durante esos mismos días, Madame Mère le decía a su hijo: «Sí, debes ir; es tu destino. No estás hecho para morir en esta isla desierta»[101]. Paulina, una vez más la más generosa entre sus hermanos, le entregó un valioso collar para que su venta ayudase a sufragar en parte los gastos de la aventura. Cuando el valet de Napoleón, Marchand, trató de consolarla diciendo que pronto se reuniría con su hermano, le corrigió, presintiendo que nunca volvería a verle[102]. Un año después, cuando le preguntaron si era cierto que Drouot había intentado disuadirle, Napoleón lo negó, añadiendo lacónicamente: «No permito que me guíen los consejos»[103]. La noche antes de partir había estado leyendo una biografía del emperador Carlos V de Austria, que dejó abierta sobre la mesa. Su anciana ama de llaves no la tocó, al igual que «los papeles escritos rasgados en pedazos» desperdigados junto a ella. Poco después, al ser interrogado por algunos enviados ingleses, mostró hacia él «sencillas muestras de afecto, y una tosca descripción de su buen humor constante»[104].

Napoleón abandonó Elba a bordo de *L'Insconstant* la noche del domingo 26

de febrero de 1815. Hasta que este navío de 300 toneladas y 16 cañones levó anclas, no supieron los granaderos de la 607ª de la Vieja Guardia que se dirigían a Francia. «¡París o muerte!», gritaron. Le acompañaron los generales Bertrand, Drouot y Cambronne, el inspector de minas Pons, un médico llamado Chevalier Fourreau, y el farmacéutico Gatte. Iban a invadir un enorme país europeo con 8 pequeños navíos, de los que los tres siguientes en tamaño sumaban 80, 40 y 25 toneladas, respectivamente, a bordo de los cuales viajaban 118 lanceros polacos –sin sus caballos–, menos de 300 soldados de un batallón corso, 50 gendarmes y unos 80 civiles, incluyendo el servicio de Napoleón; en total, una fuerza de 1.142 hombres y 2 cañones ligeros[105]. Una brisa moderada les llevó hasta Francia, y por el camino esquivaron por muy poco a dos fragatas galas. Napoleón pasó mucho tiempo en el muelle, charlando con oficiales, soldados y marineros. El comandante de los lanceros, el coronel Jan Jermanowski, observó:

> Tendidos, sentados, de pie, o paseando en torno a él, con familiaridad, le preguntaban incesantemente, y él respondía sin reserva y sin una sola señal de impaciencia o enfado, porque no eran en absoluto indiscretos, y requerían su opinión sobre muchos personajes vivos, reyes, mariscales y ministros, debatiendo algunos pasajes notables de sus propias campañas, e incluso su política doméstica[106].

En esta conversación, habló también con franqueza «del presente intento, sus dificultades, sus medios, y sus anhelos».

L'Inconstant atracó en el Golfe-Juan, en la costa sur de Francia, el miércoles, 1 de marzo, desembarcando a las fuerzas de Napoleón a la 1 de la mañana. «He sopesado y considerado con madurez el proyecto», arengó a sus tropas antes de alcanzar la costa, «no es necesario que magnifique la gloria y el provecho que obtendremos si triunfamos. Si fracasamos, siendo militares que desde la juventud nos hemos encarado a la muerte bajo muchas formas, la suerte que nos espera no es terrible; lo sabemos y lo desdeñamos, porque mil veces nos hemos enfrentado a lo peor que puede acarrear un revés»[107]. El año siguiente rememoró muchas veces el desembarco; «Muy pronto nos rodeó una gran muchedumbre, sorprendida por nuestra aparición y atónita ante lo reducido de nuestras fuerzas. Entre ellos estaba el alcalde que, al ver lo pocos que éramos,

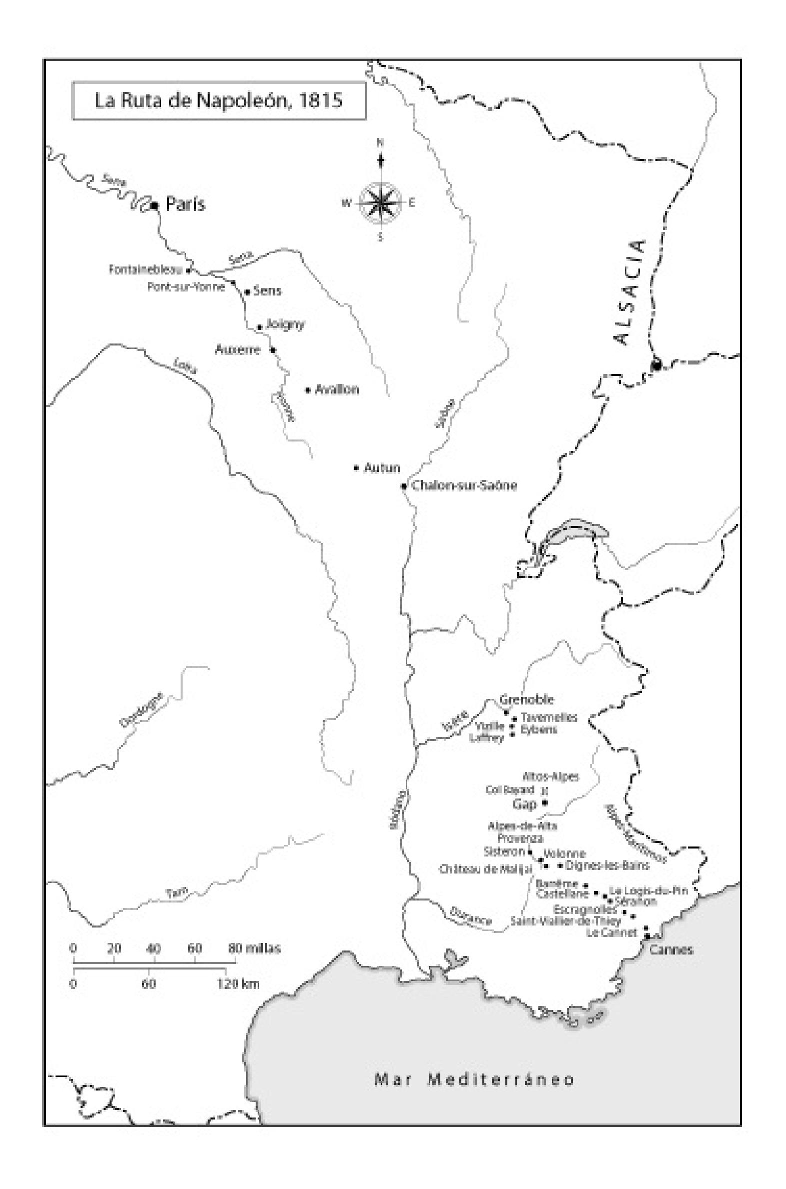
me dijo: “Empezábamos a estar tranquilos y felices, y ahora nos vas a volver a agitar”»[108]. Que el pueblo se pudiese dirigir a él en esos términos mostraba qué pocos le consideraban un déspota.

La Provenza y el Ródano eran vehementemente realistas, y de momento debía evitar a toda costa el cruce con los ejércitos borbónicos, por lo que Napoleón decidió seguir la ruta alpina hasta el arsenal de Grenoble. Cuando los veinte hombres que envió a Antibes, junto con el capitán Lamouret, fueron arrestados y encarcelados en el cuartel local, se demostró lo acertado de su instinto. Carecía de tropas para atacar Toulon, y era consciente de la necesidad de moverse más rápido que las noticias de su llegada, al menos hasta que pudiese incrementar sus fuerzas. «Por eso me apresuré hacia Grenoble», dijo más tarde a su secretario, el general Gourgaud. «Había allí tropas, mosquetes y cañones; era un centro»[109]. Por su parte, solo contaba con su capacidad para moverse rápido –ya habían comprado caballos para los lanceros– y su genio para la propaganda. Al desembarcar lanzó dos proclamas, una para el pueblo francés y otra para el ejército, copiadas a mano en el barco por todos los hombres que sabían escribir.

La del ejército hacía recaer toda la culpa por la derrota de 1814 sobre la traición de Marmont y Augereau: «Dos hombres de nuestras filas que han traicionado a nuestros laureles, a su país, a su príncipe y benefactor»[110]. Renegaba de la belicosidad, afirmando: «Debemos olvidar que hemos dominado a las naciones, pero no debemos tolerar la intromisión en nuestros asuntos». En la dirigida al pueblo, Napoleón afirmaba que, tras la caída de París, «mi corazón se quebró, pero mi ánimo mantuvo la resolución (…). Me exilié a una roca en medio del mar»[111]. Afirmaba actuar impulsado únicamente por el intento de Luis XVIII de reintroducir los derechos feudales y reinar a través de personas que durante veinte años habían sido «enemigos del pueblo», a pesar de que los Borbones aún no habían pretendido revivir el feudalismo. «Franceses», proseguía, «en el exilio he escuchado vuestras quejas y deseos; exigíais un gobierno de vuestra elección, que es el único legítimo. Me acusabais por mi largo sueño, y me reprochabais que sacrificase el interés del Estado a mi descanso». Así pues, «en medio de peligros de toda clase, he venido en medio de vosotros para recuperar mis derechos, que son los vuestros»[112]. Era una exageración desmesurada, pero Napoleón sabía cómo apelar a los soldados que

querían recuperar la gloria y la paga íntegra, a los campesinos bien posicionados que temían la vuelta de los derechos feudales, a los millones de propietarios de *biens nationaux* que querían verse protegidos frente a los emigrados y eclesiásticos que buscaban recuperar sus propiedades anteriores a 1789, a los trabajadores anegados por la inundación de productos de factura inglesa, y a los funcionarios imperiales cuyos puestos de trabajo habían sido ocupados por los realistas[113]. El fracaso de los Borbones en solo un año había sido tan estrepitoso que Napoleón, incluso después de las derrotas de 1812 y 1813, fue capaz de agrupar en torno a sí a una amplia coalición de compatriotas.

El día del desembarco acampó en las dunas de Cannes, no muy lejos de la actual Croisette, frente a una vieja iglesia que se llama hoy Notre-Dame. A las dos de la mañana siguiente se unió a la avanzadilla de Cambronne, de la que formaban parte los lanceros sin caballo y los dos cañones. En lugar de ir a Aix, la capital provenzal, tomó la carretera que atravesaba Le Cannet, y que trepa 25 kilómetros hasta Grasse, ciudad en la que el alcalde se rindió, ya que solo contaban con cinco mosquetes que funcionasen correctamente. Tras descansar hasta mediodía, Napoleón abandonó los carruajes y los cañones, cargó los suministros en mulas y se dirigió hacia el norte por las montañas. En la parte más alta nevaba y el suelo estaba helado, lo que provocó que algunas monturas cayeran, y en determinados puntos la vía se estrechaba tanto que debían avanzar en fila india. Por su parte, Napoleón viajó en medio de sus granaderos, que le apodaron con cariño «Notre petit tondu» («Nuestro pequeño recortado»), y «Jean de l’Epée» (de la Espada)[114].



En 1934 el gobierno francés inauguró la «Ruta Napoleón», para fomentar el turismo, jalonándola de impresionantes águilas de piedra, de las que todavía hoy perduran muchas. Cada uno de los pueblos y ciudades por los que pasó dispone de un cartel que lo proclama con orgullo, y aún pueden visitarse muchos de los lugares en los que hizo noche durante lo que acabaría por ser un viaje legendario hacia el norte. Partió del departamento de los Alpes Marítimos, marchó a través de los Alpes Provenzales y los Hautes-Alpes, y alcanzó Grenoble, en Isère, la noche del 7 de marzo, tras recorrer 300 kilómetros en solo 6 días. Caminó a pie y fue a caballo, a través de elevadas planicies y llanuras, sobre la roca viva y los prados verdes, cruzando aldeas de estilo suizo, remontando montañas de 2.000

metros cubiertas de nieve, con caídas vertiginosas y descendiendo por carreteras sinuosas al filo de cornisas escarpadas. Hoy en día la Ruta Napoleón está considerada en todo el mundo una de las mejores para el ciclismo y el motociclismo.

Tras Saint-Vallier, Napoleón alcanzó los pueblos de Escragnolles, donde se detuvo de nuevo, Séranon, donde durmió en el *château* de Brondel, la casa de campo del marqués de Gourdon, y Le Logis-du-Pin, donde le sirvieron un caldo. Cuando llegó a Castellane, a mediodía del 3 de marzo, comió en la subprefectura –en la actual plaza Marcel Sauvaire– y allí Cambronne exigió al alcalde 5.000 raciones de carne, pan y vino, provisiones que alimentarían durante unos cuantos días a su todavía minúsculo ejército de menos de 1.000 hombres. Campbell consideraba a Cambronne «un rufián desesperado e inculto», lo que le convertía en la persona adecuada para esta aventura[115]. Napoleón pasó la noche en la aldea de Barrême, durmiendo en casa del juez Tartanson, en la calle principal. Al día siguiente se presentó en Digne-les-Bains y descansó en el hotel Petit-Palais, donde se reunió con algunos veteranos de la Grande Armée. Los habitantes de Digne suplicaron al comandante del departamento de los Bajos Alpes, el borbónico general Nicolas Loverdo, que no convirtiese su pueblo en un campo de batalla y este, viéndose con insuficientes tropas leales, accedió. Napoleón avanzó, y pasó la noche siguiente en el *château* de Malijai, que es hoy la sede del ayuntamiento[******].

La mañana siguiente, día 5 de marzo, sábado, Napoleón se detuvo en Volonne y, según la leyenda local, bebió en una fuente de la época de Enrique IV. Se enfrentó a su primera prueba importante ante el imponente castillo de Sisteron, desde cuya ciudadela los cañones podían haber hundido el único puente sobre el Durance. Pero acabó almorzando con el alcalde y otros dignatarios en el hotel Bras d’Or, reanudando poco después la marcha. Desde lo alto del campanario de la ciudadela se puede ver el río Durance subiendo y bajando a lo largo de 65 kilómetros; Napoleón no habría tenido otro punto para vadearlo. Fuese por un descuido, por ahorrar, o porque el comandante necesitaba una excusa para no destruir el puente, el castillo carecía de pólvora; a partir de ese momento Cambronne se encargó de adelantar a Napoleón para engatusar, negociar, sobornar o, en caso de necesidad, amenazar al alcalde de cada ciudad, de tal forma que al final no se destruyó absolutamente ningún puente.

Napoleón contó más tarde que al llegar a Gap «algunos campesinos sacaron monedas de cinco francos, acuñadas con mi efigie, y gritaron, "¡Es él!"»[116][*******]. «Mi regreso disipará todas vuestras angustias», escribió en la proclama emitida desde Gap, dirigida a los habitantes de los Altos y Bajos Alpes, «garantizando la conservación de toda propiedad». En otras publicaciones agitó el miedo a lo que podría ocurrir bajo los Borbones –aunque no hubiese sido así–, afirmando que se oponía a aquellos que «quieren traer de vuelta los derechos feudales, acabar con la igualdad entre las distintas clases y cancelar la venta de los bienes nacionales»[117]. Partió de Gap a las 2 de la tarde del 6 de marzo; desde allí el terreno se alza abruptamente hasta el Col Bayard, a 2.250 metros. Esa noche durmió en la gendarmería, en la calle principal de Corps.

Al día siguiente tuvo lugar el que probablemente sea el momento más dramático del viaje, cuando a unos centenares de metros al sur de la ciudad de Laffrey se topó con un batallón de la 5ª Línea en una zona estrecha entre dos colinas arboladas, llamada hoy La Praire de la Rencontre. Según la leyenda bonapartista, Napoleón se plantó frente a ellos, al alcance de sus mosquetes, rodeado solo por los escasos Guardias Imperiales que le protegían, arrojó al suelo su icónico abrigo gris y, señalándose el pecho, les preguntó si querían abrir fuego sobre su Emperador. Dando testimonio del interminable poder de su carisma, las tropas arrojaron los mosquetes y se congregaron a su alrededor[118]. Dos oficiales le habían informado de la lealtad bonapartista de la semibrigada, pero con que uno solo de los oficiales realistas hubiese disparado, el final del encuentro habría sido muy distinto. Savary, ausente, dio una versión algo menos heroica del encuentro, en la que la conversación de Napoleón y su costumbre de preguntar resolvieron la situación.

> El Emperador se acercó; el batallón guardó un silencio profundo. El oficial al mando ordenó apuntar con los mosquetes; le obedecieron. Si hubiese mandado abrir fuego, no sabemos lo que habría ocurrido. El Emperador no les dio tiempo; se dirigió a los soldados y les preguntó, como siempre: «¡Bueno! ¿Qué tal estáis por la 5ª?». Los soldados respondieron: «Muy bien, Señor». Entonces el Emperador dijo: «He vuelto para veros; ¿alguno de vosotros quiere matarme?». Los soldados gritaron: «¡Oh, no, eso no!». Entonces les pasó revista como solía hacer, y así tomó posesión del 5º

Regimiento. El comandante del batallón no parecía muy contento[119].

Napoleón, en su versión, afirmaba haber adoptado una actitud jovial y de camaradería con las tropas. «Avancé y le ofrecí la mano a un soldado, diciendo: "Bueno, granuja, ¿estabas a punto de disparar a tu Emperador?". "Mire aquí", me respondió, mostrándome el mosquete, que estaba descargado»[120]. También atribuyó el éxito al hecho de que sus veteranos le acompañaban: «Fue la piel de oso de mis Guardias la que lo resolvió. Traía a la memoria mis días de gloria»[121]. Fuese declamatorio o conversacional, en ese momento de tensión Napoleón mostró unos nervios muy templados. Laffrey fue también un mojón en el camino, porque por primera vez habían sido soldados regulares los que se habían pasado a su bando, y no campesinos o Guardias Nacionales.

Tras ser aclamado por la multitud en Vizille, donde Charles de La Bédoyère le presentó a la 7ª Línea, tomar un refrigerio en el café Mère Vigier de Tavernelles y recibir un bien merecido baño de pies en Eybens, Napoleón entró en Grenoble a las 11 de la noche del 7 de marzo, donde los habitantes derribaron las puertas de la ciudad y le ofrendaron los restos como muestra de su lealtad. «Marchando de Cannes a Grenoble fui un aventurero, y en Grenoble volví a ser un soberano»[122]. Rechazó la propuesta de albergarse en la prefectura, y, exhibiendo una vez más su genio para las relaciones públicas, se aposentó en el hotel Les Trois Dauphins, en la rue Montorge, regentado por el hijo de un veterano de las campañas de Italia y Egipto, en la habitación número 2, la misma en la que se había quedado en 1791 cuando estuvo acuartelado en Valence. En 1837 Stendhal, como homenaje, se hospedó en esta misma habitación. La escasa comodidad se vio compensada en Lyon, donde se quedó en el palacio arzobispal –hoy biblioteca–, ocupando el mismo apartamento que el hermano del rey, el conde d'Artois, futuro rey Carlos X, desalojado bruscamente esa misma mañana. Al pasar revista allí a sus tropas, ya considerables, reprendió a un batallón por no maniobrar correctamente, causando «un gran efecto; mostrar que confiaba en su restablecimiento»[123]. De haber asumido una actitud más implorante, sus hombres lo habrían detectado de inmediato. A pesar de sus derrotas y su abdicación, aún estaban dispuestos a seguirle.

A mediodía del 5 de marzo se supo en París que Napoleón había regresado, a través del telégrafo aéreo de Chappe, pero el gobierno lo mantuvo en secreto

hasta el 7[124]. Soult, nuevo ministro de Guerra, encomendó a Ney, Macdonald y Saint-Cyr resolver el problema. El primero dijo a Luis XVIII: «Atraparé a Bonaparte, se lo prometo, y se lo traeré en una jaula de hierro»[125]. La proclama de Soult al ejército estableció que solo los traidores se unirían a Napoleón, y que «este hombre ahora es un simple aventurero. Este último acto de locura ha revelado lo que es en realidad»[126]. A pesar de estas declaraciones, los dos únicos mariscales que lucharán junto a Napoleón en Waterloo serán Ney y Soult.

El mismo día que Napoleón dejaba Lyon, el 13 de marzo, los aliados, aún reunidos en el Congreso, dictaron la Declaración de Viena.

> Al aparecer de nuevo en Francia proyectando la confusión y el desorden, [Napoleón] se ha privado a sí mismo de la protección de la ley, y ha manifestado al mundo que con él no puede haber ni paz ni tregua. Las potencias, en consecuencia, declaran que Napoleón Bonaparte ha traspasado las fronteras de lo tolerable en las relaciones civiles y sociales, y que es un enemigo y un perturbador del mundo que se ha atraído la venganza pública[127].

Napoleón prosiguió rumbo al norte, pasando la siguiente noche en Chalon-sur-Saône, el día 15 en Autun, el 16 en Avallon y el 17 en la prefectura de Auxerre. Por el camino fue vitoreado con entusiasmo por enormes multitudes, mientras se unían a él más unidades militares. Envió a dos oficiales de incógnito a hablar con el mariscal Ney, que encabezaba a 3.000 hombres en Lons-le-Saunier, para manifestarle que, si cambiaba de bando, «le recibiría como hice en la mañana de la batalla del Moscova»[128]. Cuando Ney salió de París no tenía ningún reparo en luchar contra Napoleón, pero rechazaba la idea de emprender una guerra civil, incluso en caso de poder persuadir a sus hombres de que abrieran fuego. «Estaba en medio de una tempestad, y perdí la cabeza», dijo, justificando su decisión[129]. El 14 de marzo Ney desertó al ejército de Napoleón con los generales Lecourbe y Bourmont –ambos bastante remisos a hacerlo– y casi todas sus tropas, excepto unos pocos oficiales realistas. «Solo el emperador Napoleón tiene derecho a regir nuestro hermoso país», dijo Ney a sus hombres[130]. Más tarde afirmaría que el sentimiento bonapartista entre sus

tropas era abrumador, y que él no podía «detener el mar con las manos»[131].

Napoleón y Ney se encontraron la mañana del día 18 en Auxerre, pero la reunión estuvo revestida de un tono frío y profesional, porque el mariscal había portado consigo un documento en el que advertía a Napoleón que debía «tener en cuenta el bienestar de los franceses, y esforzarse por reparar los daños que había desatado sobre ellos su ambición»[132]. En lugar de recibirle como había hecho «en la mañana de la batalla del Moscova», Napoleón le interrogó acerca de la moral de sus tropas, la opinión pública que circulaba por los departamentos del sureste y sus sensaciones durante la marcha hacia Dijon, a lo que Ney replicó con respuestas breves, antes de recibir la orden de marchar sobre París.

El día 19 Napoleón comió en Joigny, llegó a Sens a las 5 de la tarde y cenó y durmió en Pont-sur-Yonne. A la 1 de la mañana del lunes, 20 de marzo, se encaminó hacia Fontainebleau, presentándose en el patio del Caballo Blanco once meses después de salir de allí. El gotoso Luis XVIII, ese mismo día a la 1.30, había sido empujado a su carruaje –tarea nada sencilla, dado su peso– y había abandonado París. Se dirigió primero a Lille, pero la guarnición le mostró su hostilidad, por lo que finalmente cruzó la frontera belga y esperó acontecimientos en Gante. Napoleón, con su tradicional veneración por los aniversarios, buscó entrar en París el día 20 –cuarto cumpleaños del Rey de Roma– y, efectivamente, a las 9 de la noche de ese día estaba en las Tullerías, de nuevo como emperador *de facto* de los franceses.

El patio del palacio rebosaba de soldados y civiles que deseaban presenciar su vuelta; los testimonios sobre lo que ocurrió después divergen, pero todos coinciden en que la llegada de Napoleón provocó en los asistentes una emoción estruendosa y un sentimiento generalizado de aprobación. El coronel Léon-Michel Routir, combatiente en Italia, Calabria y Cataluña, estaba paseando y charlando con sus compañeros de armas cerca del pabellón del reloj de las Tullerías cuando

> … de pronto aparecieron unos carruajes muy sencillos, sin escolta, a través de la puerta peatonal junto al río, y se anunció la presencia del Emperador (…). Entraron los carruajes, todos nos congregamos y vimos salir a Napoleón. Y entonces todo el mundo entró en delirio: saltamos sobre él desordenadamente, le rodeamos, le estrujamos, casi a punto de sofocarle

> (…). El recuerdo de este momento único en la historia universal aún hace que el corazón me lata complacido. Felices aquellos que, como yo, presenciaron esta llegada mágica, producto de un recorrido de más de 200 ligas, realizado en 18 días, sobre suelo francés sin derramar una sola gota de sangre[133].

Incluso el general Thiébault, al que hasta ese día se había encomendado la defensa del sur de París frente a Napoleón, percibió que «se produjo un estallido instantáneo e irresistible (…), se podría pensar que los techos se derrumbaban (…). Me pareció volver a ser francés de nuevo, y nada podría igualar a los transportes y gritos con los que traté de mostrar el partido que estaba tomando yo en el homenaje que se le tributaba»[134]. Lavalette rememoró a Napoleón subiendo las escaleras de las Tullerías «despacio, con los ojos entrecerrados y los brazos extendidos, como un ciego, expresando su alegría solo con una sonrisa»[135]. La presión que ejercían sus partidarios entusiastas era tal que apenas pudo cerrar la puerta de su apartamento. Cuando esa noche llegó Mollien para felicitarle, le abrazó y dijo: «Basta, basta, querido, ha pasado la hora de los cumplidos; me han dejado venir como les dejaron partir a ellos»[136].

Tras el dramatismo del trayecto desde Golfe-Juan, el cambio de régimen en París fue sencillo. Esa misma noche se descubrió que la flor de lis que tapaba la alfombra de la cámara de audiencias del palacio se podía retirar, dejando al descubierto las antiguas abejas napoleónicas. «De inmediato todas las damas se pusieron manos a la obra», observó un espectador, viendo a la reina Julia de España, a la reina Hortense de Holanda y a sus camareras, «y en menos de media hora, para regocijo del grupo, la alfombra volvió a ser imperial»[137].

---

[*] *Vid. supra*

[**] Merece la pena visitar hoy San Martino porque alberga una magnífica colección de caricaturas de Napoleón expuestas en una ostentosa ampliación, edificada por un pariente lejano en 1851.

[***] En 1818 un exsoldado bonapartista, Marie-André Cantillon, trató de asesinar a Wellington cuando entraba en carruaje a su residencia, pero tanto él como su cómplice fueron absueltos al no hallarse el casquillo de la bala empleada.

[****] Para calibrar el efecto que tenía la degradación a media paga, baste considerar el ansia de Horacio Nelson por retomar la guerra contra Francia cuando se vio reducido a este estado entre 1788 y 1793 (Knight, *The Pursuit of Victory*, pp. 118-130).

[*****] No obstante, cuando sí que dispuso de esa variedad, bajo el aspecto del caballero noruego Kundtzow, al que le presentaron en enero de 1815, exhibió una gran pedantería: «¿Cuál es la población de Noruega?», le preguntó. «Dos millones, Señor», le respondió. Napoleón le corrigió: «Un millón ochocientos mil» (*Napoleon on Elba*, ed. North, p. 171).

[******] «Napoleón estuvo aquí», reza un cartel a la entrada del pueblo, «¿por qué no tú?».

[*******] No era el modelo ideal, porque esa moneda en concreto muestra el perfil derecho de un Napoleón mucho más joven, con una abundante cabellera rizada, una mandíbula prominente y una corona de laureles.

30. WATERLOO

Sentí que la Fortuna me estaba abandonando. Ya no albergaba en mí la sensación de que finalmente triunfaría, y, si no se está preparado para asumir riesgos cuando llega la hora, se acaba por no hacer nada.

Napoleón, sobre la campaña de Waterloo

Un general en jefe debe preguntarse muchas veces al día qué ocurrirá si el enemigo se le presenta justo en ese momento frente a sí, o a su derecha, o a su izquierda.

Napoleón, máxima militar 8

Antes de irse a la cama a las 3 de la mañana del martes, 21 de marzo de 1815, Napoleón ya había reconstituido casi todo su gobierno. La Declaración de Viena había puesto de manifiesto claramente que los aliados no estaban dispuestos a permitirle recuperar el trono, por lo que debía preparar a Francia para la invasión, pero confiaba en que, a diferencia de 1814, el francés de a pie se levantase por él, tras experimentar la alternativa borbónica. Y hasta cierto punto lo hicieron; en las siguientes semanas se presentaron tantos reclutas como sitio había en los cuarteles. Para los franceses había llegado el momento desgarrador de decidir a quién eran leales. En cuanto a los Bonaparte, recibió con cariño a José el día 23, olvidando sus sospechas acerca de una aproximación amorosa a María Luisa; Lucien regresó de su autoimpuesto exilio en Roma, y fue «admitido rápidamente», recibiendo un perdón completo; Jérôme recibió el mando de la 6ª División, el cardenal Fesch regresó a Francia y Hortense se convirtió en castellana de las Tullerías. Louis y Eugène a petición de su suegro, el rey de Baviera, se mantuvieron alejados. María Luisa permaneció en Austria,

esperando fervientemente que Napoleón, al que había escrito por última vez el 1 de enero, fuese derrotado[1]. En una carta a una amiga fechada el 6 de abril, esta mujer, locamente enamorada, citaba el número exacto de días –dieciocho– que habían pasado desde que vio por última vez al general Neipperg, y en su mensaje definitivo a Napoleón poco después le pidió la separación[2].

La genuina sorpresa que exhibieron algunos estadistas, como Cambacérès, al saber que Napoleón había regresado muestra que, en contra de lo que creían los Borbones, este retorno no fue producto de una extensa conspiración, sino de la fuerza de voluntad y el oportunismo de un solo hombre[3]. Cambacérès asumió con reticencia –«solo quiero descansar»[4]– el cargo de ministro de Justicia. Unos pocos –como el firmemente republicano Carnot, que se convirtió en ministro del Interior– se adhirieron a Napoleón confiando sinceramente en su proclamación de que, esta vez, se conduciría como un monarca constitucional, respetando los derechos civiles de los franceses[*]. Otros de los ministros, como Lavalette, eran acérrimos bonapartistas. Decrès regresó al ministerio de Marina, Mollien al Tesoro, Caulaincourt al de Exteriores y Daru a la Intendencia bélica. Maret fue nombrado secretario de Estado, mientras Boulay de la Meurthe y Regnaud de Saint-Jean d'Angély volvían a asumir sus puestos clave en el Consejo, y Molé en la inspección de caminos y puentes[5]. Savary se hizo cargo de la gendarmería e incluso permitió a Fouché regresar al ministerio de Policía, mostrando que, a pesar de su deslealtad crónica, seguía siendo indispensable. En resumen, Napoleón había sido capaz de reunir con facilidad el talento y la experiencia suficientes como para gestionar una administración eficiente, en caso de que se pudiese solucionar de algún modo la situación militar. Al ver a Rapp, al que los Borbones habían otorgado el mando de una división, le golpeó con sorna –y puede que con pesar– en el pecho y le dijo: «Así que querías matarme, ¿eh, granuja?», para nombrarle después comandante del Ejército del Rhin. «Trataba en vano de asumir la máscara de la severidad», escribió Rapp en su autobiografía, publicada póstumamente, «pero los sentimientos gentiles siempre prevalecían»[6]. Uno de los pocos que fueron rechazados al escribir una carta pidiendo la readmisión fue Roustam. «Es un cobarde», dijo Napoleón a Marchand. «Tírala al fuego y no vuelvas a preguntarme por ella nunca más»[7]. Resulta comprensible que no quisiese que su principal escolta fuese alguien que había huido de Fontainebleau de noche el año anterior. Ocupó su puesto Louis-

Étienne Saint-Denis, al que Napoleón había hecho vestirse como un mameluco desde 1811, llamándole Alí, a pesar de que era un francés nacido en Versalles.

El 21 de marzo el *Moniteur*, que en el momento en el que había regresado al poder había cambiado de nuevo de línea editorial, imprimió el nombre de Napoleón en mayúsculas al menos 36 veces en cuatro páginas, extendiendo la buena nueva de su regreso triunfal[8]. Napoleón se levantó a las 6 de la mañana, tras un sueño de 3 horas, y a las 13 presidió un gran desfile en el patio de las Tullerías. El comandante Alexandre Coudreux describió así su llegada a su hijo:

> El Emperador pasó revista a caballo a todos los regimientos, y fue acogido con el entusiasmo que despertaba un hombre así en los valientes a los que durante algunos días el gobierno anterior había tachado de asesinos, mamelucos y bandidos. Durante las cuatro horas en las que las tropas presentaron armas, los gritos de alegría solo se interrumpieron en los pocos minutos que Napoleón dedicó a arengar a los oficiales y suboficiales congregados a su alrededor en círculo, con unas pocas de esas frases, hermosas y llenas de vigor, propias solo de él, con las que siempre nos había hecho olvidar nuestros males y afrontar todos los peligros. [Los gritos de *Vive l'Empereur!* y *Vive Napoléon!* se] repitieron miles de veces, [y] se debieron de oír por todo París. En nuestra euforia nos abrazamos sin distinguir grados ni rangos, y más de cinco mil parisinos, presenciando la admirable escena, aplaudieron de todo corazón estas manifestaciones nobles y generosas[9].

La ética laboral de Napoleón había permanecido inalterada; durante los tres meses desde su llegada a las Tullerías hasta la batalla de Waterloo, escribió más de 900 cartas, en su mayoría enfocadas a volver a poner a Francia en pie de guerra, ante las hostilidades que se aproximaban. El día 23 ordenó a Berthier que le llevase a París algunos bienes que se habían quedado en Elba, entre ellos un caballo corso en particular, su carruaje amarillo y el resto de su ropa interior[10]. Dos días después se dirigió a su chambelán, el conde Anatole de Montesquiou-Fezensac para preguntar por el presupuesto anual para el teatro[11].

El único mariscal, además de Lefebvre, que se presentó en las Tullerías de

inmediato fue Davout, a pesar de que había sido infrautilizado vergonzosamente en las campañas de 1813 y 1814 y arrinconado en Hamburgo, en lugar de ser arrojado contra los enemigos de Francia. Tras la abdicación de Napoleón, fue uno de los pocos en negarse a jurar lealtad a Luis XVIII, pero el Emperador cometió un grave error al nombrarle ministro de Guerra, gobernador de París y comandante de la Guardia Nacional de la capital, privándose así de los servicios de su mejor general en los campos de batalla de Bélgica. Se ha especulado con la falta de entendimiento personal para explicar la decisión de Napoleón, o con la necesidad de contar con Davout en París en caso de asedio, pero en realidad, si no obtenían una victoria rápida y decisiva en el campo de batalla, sería irrelevante quién estuviese al frente en París[12]. De hecho, Napoleón lo asumió de lleno, y le dijo a Davout el 12 de mayo que «la gran desgracia que hemos de temer es la debilidad en el norte, y sufrir una derrota temprana»[13]. Sin embargo, el día de la batalla de Waterloo, Davout estaba en París firmando documentación burocrática relativa a los pagos al ejército en tiempo de paz[14]. Años después Napoleón se lamentó de no haber puesto en su lugar al frente del ministerio de Guerra al general Clauzel o al general Lamarque[15]. Mientras tanto, inundó a Davout con sus habituales cartas, como la del 29 de mayo, en la que, tras una revista a fondo de cinco baterías de artillería destinadas a Compiègne, le informó: «He notado que varios cajones de los cañones carecen de los pequeños tarros de grasa y de todos los repuestos, como se ordenó»[16].

De los 19 mariscales en activo –Grouchy había obtenido el bastón el 15 de abril– solo diez –Davout, Soult, Brune, Mortier, Ney, Grouchy, Saint-Cyr, Masséna, Lefebvre y Suchet– apoyaron a Napoleón, once si se cuenta con la decisión quijotesca, que luego se demostró suicida, de Murat de respaldar al mismo que había sido el primero en abandonar. Pero hubo que esperar hasta el 10 de abril para que Masséna, en Marsella, se proclamase a favor de «nuestro soberano electo, el gran Napoleón», tras lo que no hizo nada más[17]. De modo similar, Saint-Cyr permaneció en sus dominios, y Lefebvre, Moncey y Mortier estaban demasiado enfermos para el servicio. Este último podría haber comandado la Guardia Imperial, pero padecía una fuerte ciática[18]. Napoleón dio por sentado que Berthier se uniría a él, y bromeó diciendo que su única venganza sería hacerle presentarse en las Tullerías vistiendo el uniforme de la Guardia de Luis XVIII. Pero Berthier dejó Francia y se instaló en Bamberg, en

Baviera, donde murió el 15 de junio tras saltar por una ventana. No se sabe si se trató de un suicidio, un asesinato o un accidente –había antecedentes de epilepsia en su familia–, pero la primera hipótesis parece la más probable[19]. Solo caben conjeturas a la hora de discernir el conflicto interno y la desesperación que pudieron empujar a tomar tal decisión a aquel que había servido tan de cerca a Napoleón como jefe del estado mayor durante 20 años. La ausencia de Berthier durante las siguientes semanas sería un duro golpe.

Mientras en la campaña de Austerlitz habían luchado 14 mariscales, 15 en la de Jena, 17 en la polaca, 15 en la Ibérica, 12 en la campaña de Wagram, 13 en la de Rusia, 14 en la de Leipzig y 11 en la de 1814, en la de Waterloo solo hubo tres: Grouchy, Ney y Soult. De entre las pocas opciones disponibles, Napoleón necesitaba un comandante probado en el campo de batalla para el ala izquierda del Ejército del Norte, que debía enfrentarse a Welligton, y designó a Ney, que no se incorporó a sus tropas hasta el 11 de junio. El mariscal, harto de la guerra, acabó desempeñando un papel muy pobre. Desde Santa Helena, Napoleón juzgó que Ney «era bueno al mando de diez mil hombres, pero pasar ese punto estaba fuera de su alcance»[20]. Ese puesto debería haber sido ocupado por Soult, al que Napoleón nombró jefe del estado mayor, donde tampoco brilló. En lugar de asignar esa misión a Suchet o al lugarteniente de Soult, el general François de Monthion, infrautilizó a este último al destinarlo al Ejército de los Alpes, y otorgó a Monthion, que le desagradaba, un papel secundario.

Del resto de mariscales, Marmont y Augereau le habían traicionado en 1814; Victor permanecía fiel a los Borbones; el hasta entonces políticamente fiable Jourdan fue nombrado par de Francia, gobernador de Besançon y comandante de la 6ª División Militar, mientras Macdonald y Oudinot permanecían pasivamente al margen. Se atribuye a Oudinot, que volvió a su hogar en Bar-le-Duc después de que sus tropas se pasasen a Napoleón, esta réplica a la oferta de empleo del Emperador: «No serviré a nadie, señor, ya que no os serviré a vos»[21].

Napoleón, por medio de una serie de proclamaciones, deshizo rápidamente la mayoría de las medidas más impopulares de los Borbones; canceló las modificaciones de los tribunales, órdenes y condecoraciones, restauró la tricolor y la Guardia Imperial, requisó las propiedades de la familia real, anuló los cambios introducidos en la Legión de Honor y devolvió a los regimientos sus

antiguas denominaciones numéricas, que los Borbones, con escaso aprecio por la psicología militar, habían trastocado por nombres realistas. También disolvió la legislatura y convocó a los colegios electorales del Imperio a una asamblea en París en junio, en el Campo de Marte, para aclamar la constitución que estaba preparando, y para «asistir a la coronación» de la Emperatriz y del Rey de Roma[22]. «Ignoraré para siempre –prometió– todo lo que cada individuo haya hecho, escrito o dicho desde la toma de París»[23]. Cumplió su palabra, porque era la única forma sensata de tratar de restaurar la unidad nacional. Aun así, no bastó para evitar un nuevo alzamiento en la Vendée, contra el que tuvo que enviar a 25.000 soldados del Ejército del Loira, encabezados por Lamarque y con la presencia de las unidades recién reclutadas de la Joven Guardia, que habrían sido indispensables en Waterloo. También hubo de enviar tropas a Marsella –donde la tricolor no ondeó hasta mediados de abril–, a Nantes, Angers, Saumur y otros lugares, en una medida impensable en cualquier campaña anterior, excepto la de 1814[24].

Napoleón cumplió su promesa de abolir los odiados gravámenes sobre los *droits réunis* al retomar el poder, viendo así reducida su capacidad de sufragar la campaña venidera[25]. Gaudin, de nuevo al frente de las finanzas, fue informado de que el abastecimiento de las tropas supondría un gasto de otros 100 millones de francos. «Creo que se puede reducir el resto de partidas –le dijo Napoleón–, teniendo en cuenta que los ministros se han asignado mucho más de lo que necesitan en realidad»[26]. A pesar de las medidas de austeridad, encontró el medio de apartar 200.000 francos del presupuesto imperial para «músicos, cantantes, etc.»[27]. Gaudin apuró los fondos de la Casa, requirió 3 millones de francos en oro y plata del administrador general de París, recaudó 675.000 de los impuestos sobre la madera, tomó prestados 1,26 millones del Banque de France, vendió acciones del Canal du Midi por valor de 380.000 y en total, sumando los bonos de 1816 y otros valores estatales, así como los impuestos sobre las minas de sal y otros sectores, elevó el total hasta los 17.434.352 francos[28]. La campaña debía ser rápida, y la victoria instantánea, porque Francia no se podía permitir enzarzarse en contiendas interminables.

Para respaldar su pretensión de gobernar Francia con liberalidad, Napoleón pidió al moderado Benjamin Constant que regresase de su exilio interior en la Vendée para diseñar una nueva constitución, a la que llamarían *Acte Additionnel*

aux Constitutions de l'Empire. Este texto contemplaba una legislatura bicameral, que compartiría el poder con el emperador, al modo inglés, un sistema electoral a dos vueltas, los juicios con jurado, libertad de expresión e incluso la capacidad de juzgar políticamente a los ministros. En las anotaciones de la época en su diario, Constant describió a Napoleón, al que antaño había comparado con Gengis Kan y con Atila, como «un hombre que escucha»[29]. Más tarde el Emperador revelaría que deseaba «fundamentar las últimas innovaciones» en una nueva constitución, para dificultar la restauración borbónica[30]. Puso fin también a la censura –hasta el punto de que fue posible leer los manifiestos de los generales enemigos en la prensa francesa–, abolió el tráfico de esclavos, invitó a Madame de Stäel y al héroe de la Guerra Revolucionaria Americana, el marqués de Lafayette, a incorporarse a su nueva coalición –algo que ambos rechazaron, desconfiando de él[**]– y ordenó que los ciudadanos británicos no fuesen detenidos ni hostigados. También manifestó al Consejo que había renunciado por completo a las ideas imperiales, y que «por tanto la felicidad y la consolidación» de Francia «serán el objeto de todos mis pensamientos»[31]. El 4 de abril escribió a los monarcas europeos: «Tras ofrecer el espectáculo al mundo de unas campañas grandiosas, de ahora en adelante será más placentero no conocer otra rivalidad que la propia de los beneficios de la paz, y ninguna otra lucha que el sagrado conflicto por la felicidad de los pueblos»[32].

Los historiadores, habitualmente, se han tomado a broma estas medidas y estas proclamaciones, pero la extenuación de Francia y el deseo de paz de sus habitantes en 1815 eran tales, que Napoleón, de haber permanecido en el poder, bien podría haber retomado el gobierno pacífico de unidad nacional que caracterizo a su Consulado. Sin embargo, sus enemigos durante tanto tiempo no confiaron en que abandonara sus ambiciones imperiales, y desde luego no podían arriesgarse a que no lo hiciese. Tampoco podían intuir que en seis años moriría. En cambio dieron por sentado, en palabras –no exentas de razón– de un parlamentario británico, que la paz «siempre será incierta con alguien así y (…), mientras reine, requerirá armarse constantemente, y unos preparativos bélicos más intolerables que la guerra en sí»[33]. El 25 de marzo los aliados, todavía congregados en Viena, formaron contra él la Séptima Coalición.

Napoleón aprovechó su breve regreso para retomar algunas obras públicas en París, incluyendo la fuente con elefantes de la Bastilla, un nuevo mercado en

Saint-Germain, el ministerio de Exteriores en el Quai d’Orsay y mejoras en el Louvre[34]. Talma regresó para impartir clases de interpretación en el Conservatorio, cerrado por los Borbones; Denon como director del Louvre, David como pintor, Fontaine como arquitecto y Corvisart como médico retomaron sus antiguos empleos en el arte y la ciencia; el cuadro de Marengo de Carle Vernet se colgó de nuevo en las paredes del Louvre y algunos de los emblemas capturados en las campañas napoleónicas fueron exhibidos en el Senado y en el Cuerpo Legislativo[35]. El 31 de marzo el Emperador visitó a las hijas huérfanas de los miembros de la Legión de Honor en su colegio en Saint-Denis, cuyos fondos habían sido retirados por los Borbones. Ese mismo día ubicó de nuevo a la Universidad de Francia en su emplazamiento original, y reintegró al conde de Lacépède en el puesto de canciller. Por su parte, el Instituto de Francia readmitió a Napoleón. En marzo, en un concierto en las Tullerías para celebrar su regreso, Anne Hippolyte Boutet Salvetat, conocida actriz de 36 años, apodada madame Mars, antigua amante de Napoleón en la campaña italiana, y Mademoiselle George lucieron el nuevo emblema bonapartista, inspirado en su reparación primaveral: un ramo de violetas.

Sin embargo, ningún acto de relaciones públicas fue capaz de disipar la sensación creciente entre muchos franceses de que se avecinaba una catástrofe. En abril se aplicaron las levas a los hombres casados, exentos hasta entonces. Ese mes John Cam Hobhouse, escritor radical de 28 años y futuro ministro inglés que vivía en París, escribió: «Napoleón no es popular, excepto entre el ejército de hoy, y entre los habitantes de algunos departamentos; y, tal vez incluso entre estos, su popularidad es solo relativa». Hobhouse era un bonapartista fanático, pero hasta él debía admitir que los nobles de Saint-Germain odiaban a Napoleón, que los tenderos querían la paz y que los sentidos gritos de *Vive l’Empereur!* surgidos de los regimientos no encontraban eco entre el pueblo, que no emitía «ruidos ni aclamaciones; solo se oían unos pocos murmullos bajos y susurros» cuando el Emperador cabalgaba por la ciudad[36]. A mediados de abril la notable ausencia de María Luisa y el Rey de Roma –«la rosa y el capullo de rosa», como les llamaban los propagandistas–, en Viena, alertó a los parisinos de que la guerra era inevitable[37].

El 16 de abril Hobhouse presenció una revista de tropas de Napoleón en las Tullerías, frente a 24 batallones de la Guardia Nacional, que a esas alturas ya

admitía a cualquier hombre sano entre 20 y 60 años. Durante las dos horas que tardaron en desfilar, situado a unos 15 metros, el inglés tuvo la oportunidad de estudiar de cerca a su héroe, cuyo aspecto le pareció muy distinto del que ofrecía en los retratos:

> Su rostro exhibía una palidez mortal; le colgaba la mandíbula, pero no tanto como me habían dicho; tenía los labios finos, parcialmente fruncidos (…). El cabello era de un castaño oscuro intenso, algo escaso en las sienes. Tenía la coronilla calva. La parte superior del cuerpo no era gruesa, pero se proyectaba considerablemente hacia el abdomen, hasta el punto de que bajo el chaleco le asomaba la ropa interior. En general se mantuvo en pie, con las manos entrelazadas o dobladas; se tocaba la nariz, y tomó rapé tres o cuatro veces, mirando el reloj. Parecía mover el pecho, susurrando o tragando saliva. No habló en casi ningún momento, pero, cuando lo hizo, sonrió de una forma, en cierto modo, agradable. Se mantuvo durante toda la tediosa ceremonia con un aire de impaciencia sosegada[38].

Aunque algunos soldados salieron de sus filas para entregar sus peticiones al granadero de guardia –una reminiscencia de las tradiciones del ejército revolucionario–, otros parecían temer hacerlo, pero Napoleón indicó por señas que recogieran esas solicitudes. Un niño de seis años, vestido con un uniforme de pionero complementado con una barba falsa, le entregó una; se la acercó al Emperador adherida a un hacha de guerra, y Napoleón «la cogió y la leyó complacido»[39].

El 22 de abril de 1815 Constant publicó el Acte Additionnel, que se sometió a plebiscito; obtuvo 1.552.942 votos a favor y 5.740 en contra, aunque las cifras deben ser tratadas con la misma reserva que en consultas anteriores. Por ejemplo, los que votaban sí y no por error, contaban como un voto positivo y la participación fue de solo el 22%[40]. En el Seine-Inférieure se emitieron tan solo 11.011 votos afirmativos y 34 negativos, cuando en el plebiscito de 1804 habían sido 62.218 en total[41]. «En ningún momento de su vida le vi disfrutar de una mayor tranquilidad serena», afirmó Lavalette, que despachaba con él a diario, atribuyéndolo a la aprobación del Acte Additionnel, que consiguió difuminar las

distinciones políticas entre liberales, republicanos moderados, jacobinos y bonapartistas en lo que se ha calificado como «Bonapartismo Revolucionario»[42].

A finales de abril de 1815 surgió espontáneamente un movimiento de milicias *fédérés* entre cientos de miles de franceses, con el fin de reconstruir el sentimiento de unidad nacional que se estimaba que había acogido Francia en la época de la toma de la Bastilla[43]. Los *fédérés* se reunían en asambleas dos veces por semana y exigían un compromiso firmado y un juramento de oposición a los Borbones por la fuerza; en amplias zonas del país mantuvieron a los realistas dominados, al menos hasta después de Waterloo, momento en el que fueron reprimidos brutalmente[44]. El bonapartismo revolucionario se disipó solo en las áreas más fervientemente antinapoleónicas: Flandes, Artois, la Vendée y el Midi. En el resto, atravesó todas las clases sociales; en Rennes la *fédéré* local estaba en manos de las clases medias, mientras en Dijon la formaban representantes de la clase obrera, y en Rouen era indistinguible de la Guardia Nacional. Aunque no tuvieron ninguna repercusión en la guerra, los *fédérés* indicaban el amplio apoyo que había recabado Napoleón en todo el país, y su capacidad de desatar una guerra de guerrillas tras Waterloo, de haberlo querido.

El 15 de mayo los aliados declararon formalmente la guerra a Francia. Molé se reunió dos días después con Napoleón en el Elíseo, que había cambiado por su residencia habitual en favor de su recóndito jardín, y le halló «fúnebre y deprimido, pero tranquilo». Comentaron la posible partición del país[45]. En público Napoleón mantenía su habitual sangre fría, no obstante. En una revista a cinco batallones de Línea y cuatro de la Joven Guardia en las Tullerías, ese mismo mes, estuvo pellizcando a los granaderos en la nariz, y abofeteó entre risas a un coronel, que «se fue, sonriendo y mostrando la mejilla, enrojecida por el golpe»[46].

El 1 de junio, en un ritual grandioso al aire libre celebrado en el Champ de Mars, y denominado confusamente Champ de Mai, en el exterior de la École Militaire, se ratificó el Acte Additionnel. «El sol, reflejado en sesenta mil bayonetas», observó Thiébault, «parecía hacer que el vasto espacio titilase»[47]. En esta ceremonia, entremezclada de religión, política y militarismo, vagamente inspirada en las tradiciones de Carlomagno, Napoleón, vestido con un traje púrpura que recordaba a su manto de coronación, se dirigió a los 15.000

franceses que asistían sentados, y a los más de 100.000 congregados en pie: «Como emperador, cónsul y soldado debo todo al pueblo», afirmó. «En la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono, en el exilio, Francia ha sido el solo objeto, el único, en mis pensamientos y acciones. Como el rey de Atenas, me he sacrificado por mi pueblo, con la esperanza de ver cumplida la promesa de preservar a Francia en su integridad natural, honor y derechos»[48][***]. Prosiguió explicando que había sido la indignación popular por el tratamiento que estaba recibiendo Francia la que le había llevado de vuelta, y que había buscado una paz duradera firmando tratados con los aliados, que ahora estaban rompiendo, al desplegar tropas en Holanda, dividir Alsacia-Lorena y prepararse para la guerra. Concluyó diciendo: «Mi propia gloria, honor y felicidad son indistinguibles de las de Francia». No es necesario mencionar que el discurso fue seguido de una prolongada ovación, antes del desfile del ejército, los representantes de los departamentos y la Guardia Nacional[49]. Asistieron también la corte al completo, el Consejo, los principales diplomáticos, oficiales y magistrados uniformados, y numerosas damas engalanadas con joyas. El espectáculo, con una salva de 100 cañonazos, toques de tambor, en un enorme anfiteatro, con águilas blasonadas con los nombres de cada departamento, carruajes dorados, juramentos solemnes, el cántico de un *Te Deum*, lanceros vestidos de rojo, un altar presidido por arzobispos y heraldos de gala, fue impresionante[50]. Durante la misa Napoleón observó a los que asistían a través de unos impertinentes. Hobhouse hubo de reconocer que, cuando el Emperador «se recostó en el trono y se arrebujó en la capa, se le vio rechoncho y desgarbado».

Los nuevos miembros electos de la cámara prestaron juramento de lealtad al Emperador sin demasiada dificultad dos días después, a pesar de que las elecciones del mes anterior habían propiciado la elección de numerosos constitucionalistas, liberales, criptorrealistas y jacobinos. Una cámara baja atascada rápidamente en un agrio debate acerca de si sus miembros podían o no pronunciar sus discursos apoyándose en notas escondidas en el sombrero no podía ser motivo de preocupación para Napoleón, a pesar de que su antiguo oponente, el senador conde Lanjuinais, fuese elegido presidente y Lafayette, diputado. La tarde siguiente acogió un magnífico espectáculo de fuegos artificiales en el palacio de la Concordia, con una representación de Napoleón

desembarcando desde Elba incluida. Un espectador lo rememoró así: «La masa gritó: “¡Vivan el emperador y los fuegos artificiales!”, y comenzó el reinado de la monarquía constitucional»[51]. Por supuesto, no se trataba de una monarquía constitucional como la inglesa, dado que todos los ministros habían sido nombrados por Napoleón, que a su vez era el presidente, pero tampoco lo fue la dictadura sin paliativos previa a 1814, y cabía la posibilidad de que acabase deviniendo liberal.

Napoleón sabía que todo su éxito iba a depender de lo que ocurriese en el campo de batalla. El 7 de junio ordenó a Bertrand preparar sus telescopios, uniformes, caballos y carruajes, «de tal forma que todo esté listo para partir a las dos horas de dictar la orden», añadiendo: «Como acamparé mucho, es importante que esté preparada mi cama de hierro y mi tienda»[52]. Ese mismo día, dijo a Drouot: «Me duele ver que los hombres del batallón que ha partido esta mañana solo tienen un par de botas cada uno»[53]. Dos días después, el 9 de junio de 1815, los aliados firmaron el Tratado de Viena. En el Artículo I reafirmaban su intención de expulsar a Napoleón del trono, y en el III acordaban no deponer las armas hasta que lo hubiesen logrado[54].

Ya el 27 de marzo Napoleón le había dicho a Davout que «el Ejército del Norte será el principal», dada la cercanía con las fuerzas aliadas en Flandes, y a su intención de adelantarse a la llegada de Schwarzenberg a Francia[55]. A las 4 de la mañana del lunes, 12 de junio, Napoleón salió del Elíseo para incorporarse al Ejército del Norte en Avesnes, donde cenó con Ney al día siguiente. A mediodía del día 15 ya estaba en Charleroi, en Bélgica, preparado para enfrentarse al ejército prusiano comandado por Blücher cerca de Fleurus. Confiaba en poder derrotarle antes de encarar a las tropas anglo-holandesas-belgas-alemanas de Wellington, de las que el 36% hablaban inglés y el 49% alemán como primera lengua.

Más tarde afirmaría que «confié sobre todo en la idea de que una victoria contra los ingleses en Bélgica sería suficiente para provocar un cambio en el gobierno británico, concediéndome la oportunidad de negociar una tregua general inmediata»[56]. La captura de Bruselas, parte del Imperio Francés hasta 1814, sería además un acicate para la moral. El combate era arriesgado, pero no más que aguardar hasta que los cuantiosos ejércitos ruso y austriaco estuviesen

listos para atacar París de nuevo. En toda Europa se enfrentaban 280.000 franceses contra 800.000 aliados, aunque el contingente austriaco no intervendría durante algunas semanas, y los rusos durante algunos meses. «Si entran en Francia», dijo al ejército desde Avesnes el 14 de junio, «allí encontrarán su tumba. Para todo francés valiente ha llegado la hora de vencer o morir»[57].

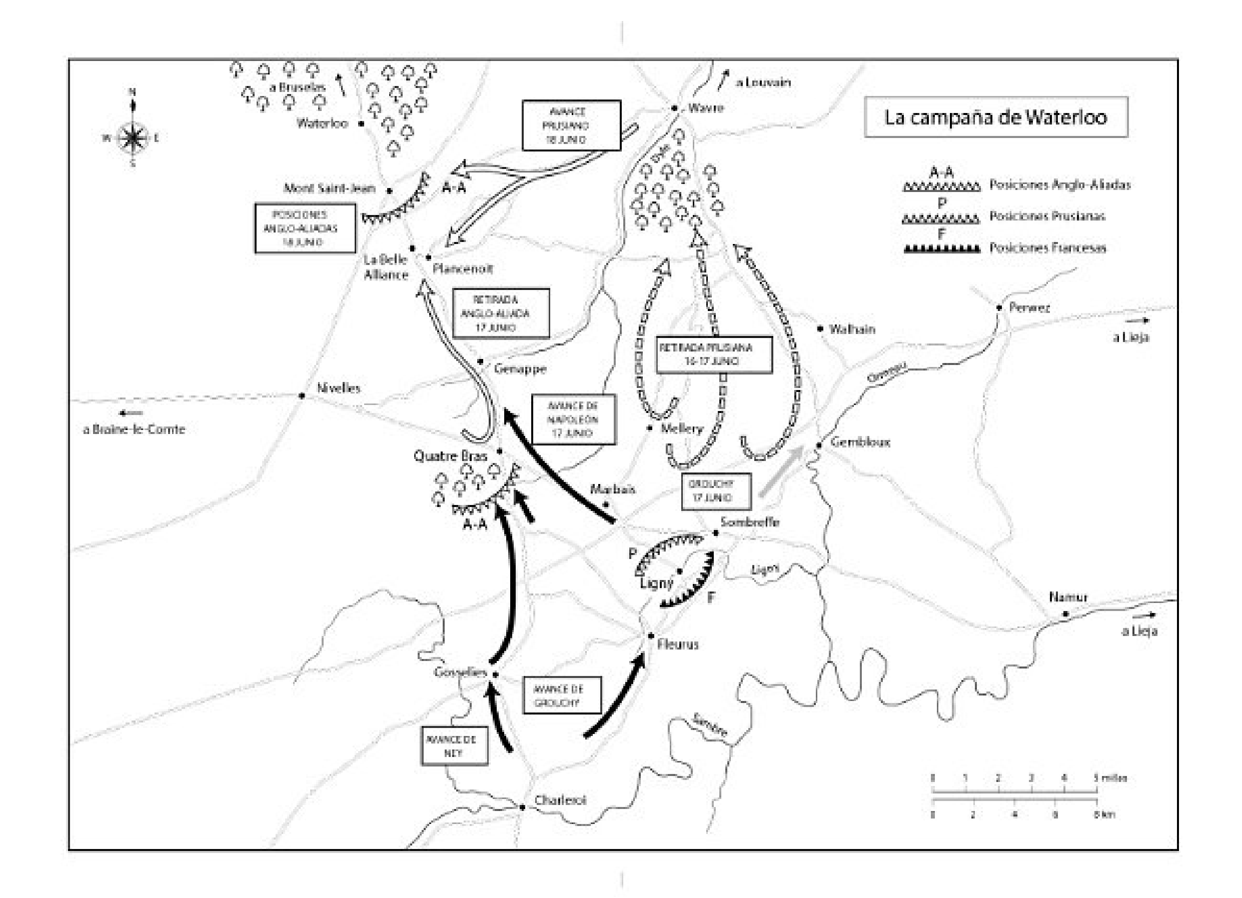
Los movimientos de apertura de la campaña le hicieron recuperar lo más valioso de la habilidad estratégica que había desplegado el año anterior. Los franceses estaban más desperdigados aún que los aliados, en un área de 280 kilómetros por 160, pero supo aprovecharlo para fingir un desplazamiento hacia el oeste y concentrar luego sus tropas en el centro, en la clásica formación *bataillon carré*. Entre el 6 de junio y el 15, gracias a la maniobra efectuada por los 125.000 hombres del Ejército del Norte, atravesó los ríos de Marchienne, Charleroi y Châtelet sin que los aliados reaccionaran. Wellington, llegado de Viena el 5 de abril tan rápido como le permitió el sistema de postas, hubo de desplegar el frente a lo largo de casi 100 kilómetros, resguardando a la vez la ruta hasta Bruselas, Amberes y Gante. El 15 de junio reconoció con frustración: «Napoleón me ha tomado el pelo, por Dios»[58].

La velocidad y la habilidad táctica le permitieron, como llevaba haciendo 20 años, golpear de nuevo en el eje al ejército enemigo, de modo más espectacular si se tiene en cuenta que la mitad de sus tropas estaban compuestas por soldados recién reclutados. A pesar de que los veteranos de los campos de prisioneros de España, Rusia y Austria habían sido liberados, tras la emoción inicial solo se alistaron unos 15.000 voluntarios, completando el resto a base de levas. Entre las tropas afloraba la desmoralización, sobre todo después de que el antiguo líder *chouan*, el general Bourmont, desertase con su estado mayor a los aliados la mañana del día 15[59], lo que llevó a muchos a preguntarse, comprensiblemente, por qué se había permitido regresar a los generales que habían prestado juramento a los Borbones, como Ney, Soult, Kellermann y el propio Bourmont. La moral decaída dio paso a la indisciplina, y en Bélgica la Guardia Imperial se entregó al saqueo, riéndose de los gendarmes que fueron a detenerlos[60]. También escaseaba el equipamiento: la 14ª Ligera carecía de morriones y la 11ª, de Coraceros de corazas. «No hacen falta corazas para la guerra», fue la alegre respuesta de Napoleón a Davout el 3 de junio. Algunos informes prusianos

aludieron a los batallones de la Guardia Imperial, reconstituidos el 13 de marzo mientras Napoleón estaba en Lyon, que se asemejaban más a una milicia provista de bicornios y gorras en vez de los temidos gorros de piel de oso. La Guardia Media, desmantelada por los Borbones, no había sido convocada de nuevo hasta el mes anterior.

El 16 de junio Napoleón dividió su ejército en tres. Ney tomó el mando del ala izquierda, con tres cuerpos dedicados a evitar la unión de las dos fuerzas enemigas, mediante la captura del punto de encuentro en Quatre Bras, donde la carretera norte-sur de Bruselas a Charleroi se corta con la vital este-oeste, Namur-Nivelles, principal nexo de unión lateral entre Blücher y Wellington. Grouchy asumiría la dirección del ala derecha con su cuerpo, y Napoleón permanecería en el centro con la Guardia Imperial y un tercer cuerpo[61]. Ese mismo día, mientras Ney se enfrentaba primero al príncipe de Orange y después al mismo Wellington en Quatre Bras, Napoleón y Grouchy atacaron a Blücher en Ligny. «Ve hacia ese campanario –dijo a Gérard– y aleja a los prusianos todo lo que puedas; yo te daré apoyo. Grouchy ya tiene instrucciones»[62]. A pesar de que esta orden en forma de misión pudiese parecer informal, la enorme experiencia del general Gérard le hizo comprender lo que se esperaba de él. Mientras tanto un cuerpo de 20.000 hombres encabezados por el general d’Erlon, que Soult había detraído del mando de Ney camino a Quatre Bras, recibió la indicación de lanzarse sobre el expuesto flanco derecho prusiano en Ligny.

Si d’Erlon, siguiendo lo previsto, hubiese llegado a tiempo, la correcta victoria de Napoleón en Ligny habría acabado provocando una huida desastrosa para el enemigo, pero justo cuando estaba a punto de entrar en combate recibió un mensaje urgente e imperativo de Ney, que le necesitaba en Quatre Bras, por lo que dio la vuelta y se dirigió a ese campo de batalla[63]. Sin embargo, antes de llegar y poder intervenir de algún modo, Soult le ordenó regresar de nuevo a Ligny, donde su cuerpo, exhausto, llegó también tarde para la batalla. Esta confusión entre Ney, Soult y d’Erlon privó a Napoleón de una victoria decisiva en Ligny, donde Blücher había perdido unos 17.000 hombres y Napoleón 11.000, expulsando al enemigo del campo de batalla al caer la noche[64]. Por su parte Ney sufrió más de 4.000 bajas y no pudo tomar Quatre Bras.



«Puedo perder batallas», había dicho Napoleón a unos delegados piamonteses en 1796, «pero jamás se me verá perder ni un minuto por exceso de confianza o por pereza»[65]. Con los prusianos, en apariencia, retirándose hacia Lieja –al este– a través de su línea de comunicación, podía haberse lanzado sobre las tropas de Wellington con las primeras luces del sábado, 17 de junio. Pero, en lugar de hacerlo, se quedó en la cama hasta las 8 de la mañana y pasó las siguientes cinco horas leyendo informes de París, visitando el campo de batalla de Ligny, dando instrucciones para el cuidado de los heridos, sermoneando a los oficiales prusianos capturados a cuenta de la política exterior de su país y charlando con sus generales «con su habitual sencillez» acerca de varios asuntos de política[66]. No envió a Grouchy hasta el mediodía a perseguir al ejército prusiano con 33.000 hombres y 96 cañones, dividiendo además a sus tropas el día previo a la gran batalla que preveía contra Wellington, en lugar de concentrarlas[67]. «Ahora, Grouchy, persigue a esos prusianos –le dijo–, dales un buen toque de acero frío en los riñones, pero asegúrate de que estás en

contacto conmigo por el flanco izquierdo»[68]. Al enviarle, estaba ignorando una de sus propias máximas militares: «No se debe prescindir de ninguna fuerza la víspera de la batalla, porque durante la noche pueden cambiar las circunstancias, bien sea por la retirada del enemigo o por la llegada de amplios refuerzos que les permitan retomar la ofensiva, tornando desastrosas las anteriores disposiciones»[69].

Aunque la visita a Ligny le suministrase una idea del orden de batalla prusiano y de los daños sufridos por sus cuerpos, esa labor de inteligencia no compensó de ningún modo que hubiese permitido escapar al enemigo, algo que podría haber evitado de haber enviado a Grouchy el día 16, o el 17 a primera hora. Soult había dispuesto que Pajol reconociese los alrededores de Namur, y durante la misión capturó a algunos prisioneros y varios cañones, causando en Napoleón la sensación de que la mayoría del ejército prusiano se retiraba desordenadamente por su ruta de escape[70]. Diversos comentarios realizados ese día sugieren que estaba convencido de que había diezmado a los prusianos en Ligny, y que no jugarían ya un papel significativo en la campaña. Así pues, no envió tropas de reconocimiento hacia el norte.

Los prusianos llevaban una ventaja de 15 horas a Grouchy, que ignoraba en qué dirección habían huido. Blücher había sufrido una conmoción durante la batalla, y su jefe de estado mayor, el general August von Gneisenau, ordenó la retirada hacia el norte para permanecer cerca de Wellington, en lugar del este. El inglés calificó este movimiento intuitivo como el más importante de todo el siglo XIX. Durante los siguientes cinco años Napoleón, mientras recreaba mentalmente una y otra vez la batalla, atribuyó su derrota a diversos factores, pero siempre reconociendo que debería haber encargado a Vandamme o Suchet, más vigorosos, la persecución de los prusianos, o a Pajol, con una sola división. «Debí llevarme conmigo todas las demás tropas», concluyó con tristeza[71].

Hasta el día 17 no emprendió el viaje a paso tranquilo hasta Quatre Bras, donde se unió a Ney hacia las 13. Para entonces Wellington ya había averiguado lo ocurrido en Ligny, y se retiraba prudentemente hacia el norte bajo una pesada lluvia, con tiempo suficiente para tomar una buena posición en la cresta del monte Saint-Jean. Este lugar se encontraba a unos pocos kilómetros de su cuartel general en Waterloo, en una zona que ya había inspeccionado previamente, sopesando la multitud de ventajas defensivas que poseía como campo de batalla:

su escasa anchura, inferior a los 5 kilómetros, con abundante terreno «oculto» y dos grandes granjas de piedra, Hougoumont y La Haie Sainte, frente al risco. «Es una probada máxima militar que nunca hay que hacer lo que el enemigo quiere que hagas», era otro de los dichos de Napoleón, «solo por esa razón, porque lo desea. Por lo tanto debe evitarse un campo de batalla que ha sido reconocido y estudiado previamente»[72]. No utilizar a la Guardia en Borodino, permanecer demasiado tiempo en Moscú y en Leipzig, dividir sus fuerzas en las campañas de Leipzig y de Waterloo y, por último, librar la batalla decisiva en el terreno elegido por su oponente: todo consecuencia de no seguir sus propias máximas.

Parte del día 17 lo dedicó a saludar a los batallones que habían destacado en Ligny, y a amonestar a los que no lo habían hecho. En la 22ª Línea reconoció al coronel Odoards, que había formado parte de su Guardia, y le preguntó cuántos hombres se habían presentado (1.830), cuántos había perdido el día anterior (220) y qué estaba haciendo con los mosquetes prusianos abandonados[73]. Cuando le respondió que los estaban destruyendo, Napoleón le dijo que la Guardia Nacional los necesitaba, y ofreció 3 francos por cada uno que le presentasen. Por lo demás, la mañana del día 17 se caracterizó por un aletargamiento desacostumbrado.

Décadas después de la campaña Jêrome y Larrey adujeron que la apatía de Napoleón pudo deberse al padecimiento que le causaban las hemorroides, que le habían incapacitado después de Ligny[74]. «Hermano, he oído que padeces hemorroides», le había escrito Napoleón a Jêrome en mayo de 1807. «La forma más sencilla de librarse de ellas es aplicarse tres o cuatro sanguijuelas. Desde que utilicé este remedio hace diez años no me han vuelto a atormentar»[75]. ¿Era cierto? Esa pudo ser la razón, tal vez, de que no montase a caballo en casi ningún momento durante la batalla de Waterloo –excepto al pasar revista a la Gran Batería a las 3 de la tarde, y para llegar al frente de batalla de nuevo a las 6–, y de que se retirase dos veces a una granja en Rossomme a unos 2 kilómetros tras las líneas durante un breve período de tiempo[76]. Maldijo a su paje, Gudin, cuando le hizo oscilar con demasiada violencia sobre la silla en Le Caillou por la mañana, y después se disculpó diciendo: «Cuando ayudes a un hombre a montar, es mejor hacerlo con cuidado»[77]. El general Auguste Pétiet, subordinado de

Soult en Waterloo, observó:

> Su abdomen era inusualmente pronunciado para un hombre de 45 años. Además durante esta campaña fue notorio que permaneció a lomos del caballo mucho menos tiempo que en el pasado. Al desmontar para estudiar los mapas o para enviar mensajes y recibir informes, algunos miembros de su estado mayor le preparaban una pequeña mesa y un sillón tosco del mismo material, en el que solía quedarse sentado durante mucho tiempo[78].

Los historiadores también le diagnosticaron infección de vejiga, a pesar de que su asistente Marchand negase que su señor la hubiese contraído en aquella época, al igual que con la narcolepsia, de la que tampoco hay evidencias contrastables. «En ningún otro momento de su vida mostró el Emperador más energía, más autoridad ni una mayor capacidad de liderar a los hombres», aseguró uno de sus ayudas de campo más cercanos, Flahaut[79]. Pero en 1815 Napoleón se acercaba a los 46 años, y carecía de la energía explosiva que le había caracterizado siendo un veinteañero. Hasta el 18 de junio solo había podido dormir de un tirón una noche de seis. En todo caso, la justificación de Flahaut para la inactividad de Napoleón era más sencilla: «Tras una batalla campal, y después de las marchas acometidas el día anterior, no se podía esperar que nuestro ejército se pusiese en marcha al amanecer»[80]. Sin embargo estas circunstancias no habían impedido a Napoleón, el año anterior, librar cuatro batallas en cinco días.

En resumen, no existen pruebas concluyentes de que las decisiones que tomó el 18 de junio fuesen el resultado de su estado de salud, y no de sus propios errores de cálculo y de los informes de inteligencia fallidos que le suministraron. «En la guerra», dijo a uno de sus captores al año siguiente, «gana el juego aquel que comete menos errores»[81]. En la campaña de Waterloo ese fue Wellington, que estudió a fondo la carrera y las tácticas de su oponente, desplegó a sus tropas rigurosamente y se multiplicó sobre el campo de batalla. Napoleón, Soult y Ney, por el contrario, encabezaron una de las batallas peor dirigidas de todas las Guerras Napoleónicas. Antes de Waterloo, el archiduque Carlos había sido el mejor soldado al que se había tenido que enfrentar en un campo de batalla; sencillamente, no estaba preparado para un maestro de la táctica del calibre de

Wellington que, además, nunca había perdido una batalla.

Cuando se encontró con d’Erlon en Quatre Bras el 17, le dijo: «Has asestado un buen golpe a favor de la causa de Francia, general»; o según prefiere recordarlo d’Erlon: «Francia ha estado a punto de perderse; mi querido general, ponte al frente de la caballería y presiona a la retaguardia inglesa tanto como puedas»[82]. Esa tarde Napoleón pudo estar cerca de la lucha entre la retaguardia de la caballería británica, a la que la fuerte lluvia había retrasado en su huida, y la vanguardia francesa que les empujaba hacia el norte en dirección al risco de Saint-Jean, aunque sin tomar parte en ninguna carga, como afirma d’Erlon en sus memorias[83]. Lo que sí hizo fue detenerse junto al herido capitán Elphinstone del 7º de Húsares, darle vino de su propia petaca y conseguir que un médico le atendiese[84]. Napoleón era muy capaz de mostrar amabilidad con un inglés en concreto, aunque detestase a su gobierno.

Hacia las 7 de la tarde dio la señal para atacar a la retaguardia angloaliada, tal y como le había apremiado d’Erlon a hacer: «Mandad a las tropas hacer sopa, y que preparen bien las armas. Veremos lo que nos depara el mediodía»[85]. Esa noche visitó también a los centinelas, advirtiendo a sus hombres de que descansasen bien, porque, «si el ejército inglés mañana está aquí todavía, son míos»[86]. Para pasar la noche escogió la granja Le Caillou, y durmió en su cama de campaña en la planta baja, mientras Soult lo hacía sobre la paja en la superior. No quiso recorrer los 5 kilómetros de vuelta hasta Genappes porque sabía que allí le esperaban informes. Corbineau, La Bédoyère, Flahaut y el resto de ayudas de campo pasaron la noche recorriendo los distintos cuerpos bajo la lluvia y anotando sus movimientos y posiciones.

El «mameluco Alí» recordaba a Napoleón recostado en un montón de paja mientras esperaba a que le preparasen la habitación. «Después de ocuparla hizo que le quitasen las botas, algo costoso, porque habían estado mojadas todo el día, y tras desnudarse se metió en la cama. Esa noche durmió poco, con interrupciones constantes de la gente que entraba y salía: uno iba a informar, otro a recibir órdenes, etc.»[87]. Al menos estaba seco: «Teníamos los abrigos y pantalones cargados con varias libras de barro», recordaba el sargento Hippolyte de Mauduit del 1º de Granaderos a pie. «La mayoría de los soldados habían perdido los zapatos, y llegaron a los fuegos de campamento descalzos»[88]. La

obsesión de Napoleón por los zapatos nunca estuvo tan justificada.

Años después contó a Las Cases que a la 1 de la mañana fue con Bertrand a comprobar que el ejército de Wellington seguía allí; es posible, aunque no hay pruebas de que lo hiciese. A las 2 estaba despierto para recibir un mensaje de Grouchy, escrito cuatro horas antes, en el que le informaba de que había visto a los prusianos cerca de Wavre; pensaba que podía ser el grueso de sus tropas, aunque en realidad era la retaguardia de Blücher. Napoleón tardó otras diez horas en responder, a pesar de saber ya desde esa mañana que Wellington defendería el monte Saint-Jean. Fue un error inconmensurable, porque debería haber mandado volver a Grouchy para que atacase al inglés por el flanco izquierdo.

«*Ah, mon Dieu!*», diría al año siguiente al general Gourgaud, «puede que la lluvia caída el 17 de junio tuviese más que ver de lo que se cree con la derrota de Waterloo. De no haber estado tan agotado, podría haber montado a caballo toda la noche. Hay sucesos que parecen muy pequeños, pero que tienen un gran efecto»[89]. Era plenamente consciente de que el reconocimiento del terreno en campos de batalla como el de Eggmhl le había conducido a la victoria, pero el efecto real provocado por la lluvia fue la sugerencia del comandante de artillería, el general Drouot, de esperar a atacar hasta el día siguiente, para dar tiempo a que se secase el suelo, de tal forma que fuese más sencillo emplazar los cañones, e incrementar el alcance de rebote de las balas. Drouot lamentaría toda su vida esa recomendación, porque ni él ni el Emperador sabían que Blücher, tras esquivar a Grouchy, reiteró su promesa a Wellington de enviar al menos tres cuerpos prusianos al campo de batalla antes de que cayese la tarde, hasta el punto de que fue esa oferta la que empujó al inglés a decidir luchar.

Si Napoleón hubiese dado comienzo a su ataque con la salida del sol, a las 3.48 de la mañana del sábado 18 de junio, en lugar de esperar hasta después de las 11, habría ganado siete horas de ventaja para quebrar la línea de Wellington antes de que los cuerpos de Bülow irrumpiesen contra su flanco derecho[90][****]. A pesar de ordenar a Ney que todos sus hombres comiesen y comprobasen su armamento «de tal forma que a las 9 de la mañana en punto todos estén listos para la batalla», aún pasarían otras dos horas hasta su inicio[91]. Antes había desayunado reunido con sus principales oficiales en el comedor anejo a su dormitorio en Le Caillou. Cuando varios de los generales

que habían combatido a Wellington en España, como Soult, Reille y Foy, le advirtieron que no debía confiar tanto en su capacidad de atravesar con facilidad las unidades de infantería británicas, replicó: «Porque Wellington os ha derrotado le consideráis un buen general. Os digo que es un mal general, y los ingleses, malos soldados. ¡Esto es pan comido!». Soult, incrédulo, solo pudo decir: «¡Eso espero!»[92]. Esta aparente muestra de arrogancia contradice por completo su habitual consideración por Wellington y los ingleses, y debe atribuirse a la necesidad de animar a sus lugartenientes horas antes de una batalla importante.

Durante ese desayuno Jêrome le dijo que un camarero de la fonda Rey de España en Genappes, donde había cenado Wellington el 16 de junio, había escuchado a un ayuda de campo decir que los prusianos se unirían a ellos frente al bosque de Soignes, justo detrás del monte Saint-Jean. Ante esta información, de una precisión que acabaría siendo devastadora, Napoleón afirmó: «Es imposible que los ingleses y los prusianos retomen el contacto durante al menos dos días desde una batalla como la de Fleurus [esto es, Ligny], teniendo en cuenta que les persiguen un número considerable de tropas», y añadió: «La batalla que se presenta salvará a Francia y será celebrada en los anales de la historia. Haré que la artillería abra fuego, y que la caballería cargue, de tal forma que el enemigo tenga que exponerse, y, en el momento en el que sepa con certeza el lugar en el que están las tropas inglesas, marcharé directamente contra ellos con la Vieja Guardia»[93]. Se puede disculpar a Napoleón por no cambiar completamente su estrategia a partir del informe de un camarero sobre la conversación de un ayudante de campo demasiado locuaz, pero la explicación de la táctica que iba a poner en marcha revela una falta absoluta de sofisticación. Wellington esperaba que adoptase una maniobra amplia por el flanco izquierdo, y para contenerla desplegó 17.500 hombres en Hal, pero su plan resultó al final tan poco imaginativo como los de Eylau, Borodino o Lâon.

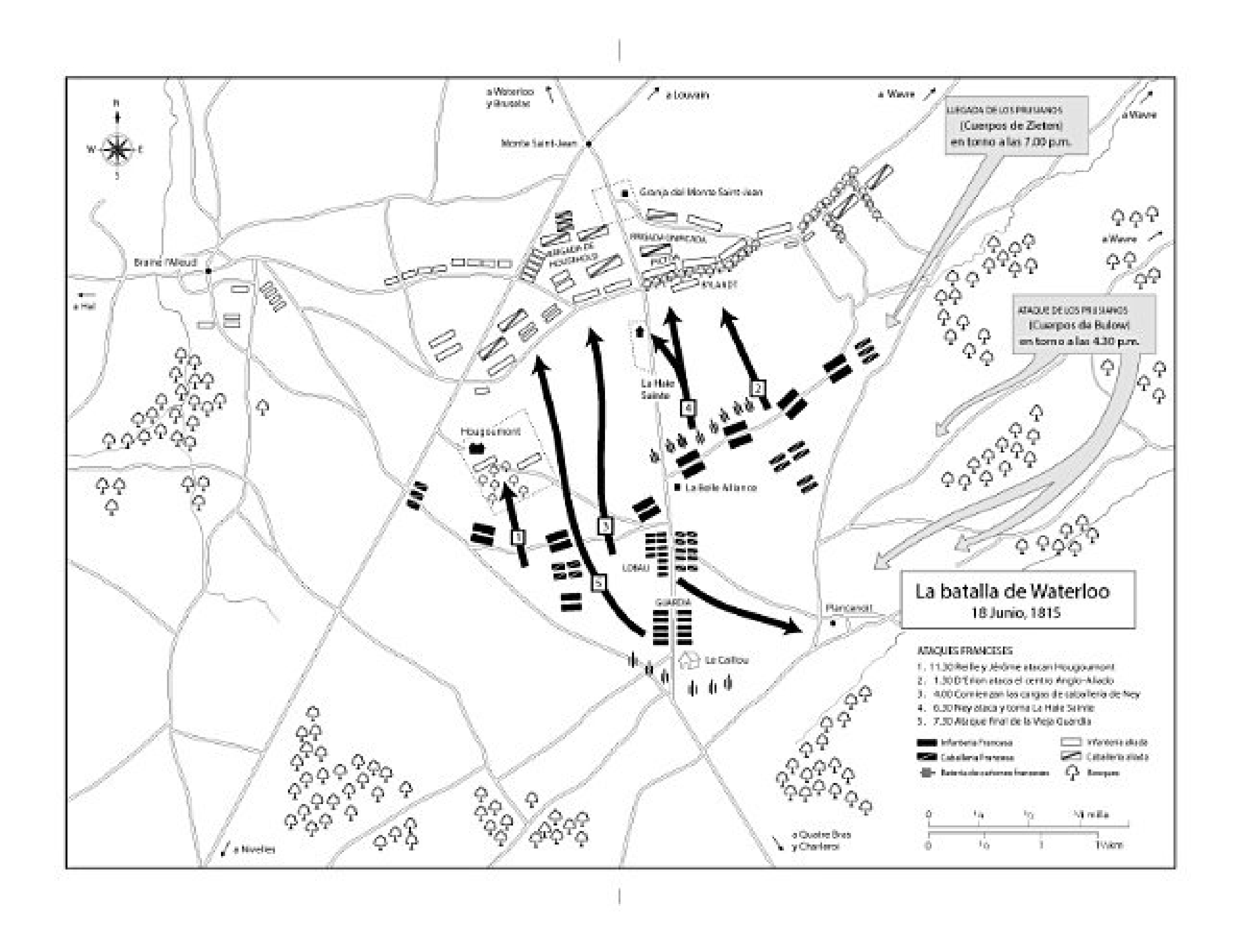
Napoleón partió de Le Caillou a las 9.30 para, según la ordenada narración de Jardin Ainé, «ocupar su puesto media liga por delante, en una colina desde la que podía discernir los movimientos del ejército británico. Allí desmontó, y con un catalejo escudriñó los movimientos en la línea enemiga»[94]. Eligió para ello una loma cercana a la posada La Belle Alliance, desplegando los mapas sobre una mesa mientras sus caballos aguardaban cerca con la silla puesta[95]. «Le vi a

través de mi catalejo», observó Foy, «caminando de arriba abajo, vestido con su abrigo gris, y apoyándose con frecuencia contra la pequeña mesa en la que estaba su mapa»[96]. La lluvia nocturna había dado paso a un día nublado pero seco. Soult sugirió atacar pronto; sin embargo, Napoleón respondió que «debían esperar», casi seguro que para permitir a la Gran Batería lidiar con el barro con mayor facilidad. El coronel conde de Turenne y Monthion percibieron el cansancio de Napoleón durante las dos horas previas al comienzo de la batalla: «el Emperador estuvo largo tiempo sentado a la mesa y vieron muchas veces cómo la cabeza, vencida por el sueño, le caía sobre el mapa desplegado ante sus ojos cargados»[97].

Napoleón escribió a Grouchy a mediodía, y otra vez a las 13, para ordenarle que regresase junto a él. Pero ya era demasiado tarde[98]. De hecho, ni siquiera leyó uno de los mensajes hasta las 18. Más tarde afirmó haber solicitado a Grouchy que volviese antes, pero la orden no se ha encontrado, y Grouchy lo negó con vehemencia[99]. Una abultada carpeta en el archivo del ministerio de Guerra en Vincennes atestigua la controversia entre Grouchy y Gérard que, en ausencia de una orden directa de Napoleón, debatieron sobre si el primero debería marchar siguiendo el rugido de la Gran Batería que restalló al final de la mañana, en lugar de afanarse en perseguir a la retaguardia prusiana en Wavre[100].

En la Guerra Peninsular Wellington había librado varias batallas defensivas, como en Vimeiro en 1808, en Talavera en 1809 y en Bussaco en 1810, por lo que confiaba en ser capaz de conservar su posición. Este recio y sensato aristócrata angloirlandés, *tory* severo e inflexible, admiraba a Napoleón como «el hombre más destacado sobre un campo de batalla», pero le consideraba, políticamente, un advenedizo. «Su única política era la intimidación», dijo después de Waterloo, «y, dejando aparte las consideraciones militares, era un Jonathan Wild» –un famoso criminal al que se ahorcó en Tyburn en 1725–[101]. Su elección del campo de batalla, con Hougoumont protegiendo el flanco derecho, un bosque en el izquierdo y el centro en una carretera hundida a unos cientos de metros de La Haie Sainte, fortificada, limitó mucho las opciones tácticas de Napoleón[*****]. También es cierto que el bosque de Soignes a su espalda suponía un riesgo enorme para Wellington; si Napoleón hubiese logrado hacerle

retroceder desde la carretera, la huida ordenada habría sido imposible.



La batalla de Waterloo comenzó en torno a las 11 de la mañana, con los cañones del cuerpo de Reille preparando el terreno para un ataque de distracción contra Hougoumont por parte de la división de Jêrome, y después por el de Foy. El ataque contra la granja falló, y requirió cada vez más soldados franceses, según iba avanzando el día. Por alguna ignota razón no atacaron sus puertas con artillería a caballo; Wellington las reforzó después y Hougoumont, como La Haie Sainte, fue un rompeolas contra el que se estrellaron todos los avances franceses. Jêrome luchó con valentía, y cuando su división se vio reducida a dos simples batallones, Napoleón le mandó llamar y le dijo: «Hermano, lamento haberte conocido tan tarde»[102]. Para Jêrome eso fue un bálsamo contra «tanto sufrimiento reprimido en mi corazón».

El bombardeo inicial de Napoleón a las 13, con los 83 cañones de la Gran Batería, causó menos daños de los esperados en la línea de Wellington, que había

ordenado a sus hombres refugiarse tras la cresta del monte. A las 13.30 Napoleón lanzó su ataque principal de infantería, con un ataque del cuerpo de d'Erlon contra el centro-izquierda de Wellington a través de los embarrados campos de cultivo, en los que la cebada llegaba a los soldados hasta el pecho; dejaron a su izquierda La Haie Sainte tratando de quebrar y rodear ambos lados de la línea del inglés, igual que habían hecho con rusos y austriacos en Austerlitz. El lugar escogido era apropiado, porque era el punto más débil del enemigo, pero falló la ejecución.

D'Erlon empujó a su cuerpo al completo al comienzo, con todos los batallones desplegados en líneas a lo ancho de unos 250 hombres, con la posible intención de incrementar la capacidad de hacer fuego sobre el enemigo, pero, contraviniendo cualquier modelo francés de maniobra, en columnas antes que en línea. La disposición acabó siendo inmanejable, difícil de controlar y extremadamente vulnerable. Para el capitán Pierre Duthilt, de la división del general de Marcognet, fue una «formación extraña que nos costaría muy cara, porque no pudimos formar cuadrados para defendernos de los ataques de la caballería, mientras su artillería alcanzaba a nuestras formaciones más allá de las veinte filas»[103]. Se ignora de quién fue la idea, pero está claro que d'Erlon era el responsable de las decisiones tácticas en un asalto dirigido a fijar la situación del frente, una maniobra vital[******]. Otra de las máximas de Napoleón era que «la infantería, la caballería y la artillería no son nada las unas sin las otras», pero en este caso la infantería de d'Erlon no recibió una protección suficiente de los otros dos cuerpos, y fue repelida a la hora de fijar el frente de Wellington[104]. Las brigadas Union y Household de la caballería inglesa cargaron contra este cuerpo y lo pusieron en fuga hacia la línea francesa, perdiendo además dos de sus doce águilas. A las 15, después de rechazar a la caballería británica que había llegado hasta la Gran Batería siguiendo la estela de los hombres en retirada de d'Erlon, Napoleón se unió al general Jean-Jacques Desvaux de Saint-Maurice, comandante de la artillería de la Guardia, para estudiar más de cerca el campo de batalla. Mientras cabalgaba al lado del Emperador, una bala de cañón seccionó a Delvaux por la mitad[105].

Hacia las 13.30 asomó el primero de los tres cuerpos de Prusia por el flanco derecho de Napoleón. Un húsar prusiano, capturado por un escuadrón de cazadores franceses entre Wavre y Plancenoit, se lo había advertido, y durante

media hora había desplazado soldados hacia allí, ordenando que se dijese a las tropas que los soldados vestidos con ropas oscuras en el horizonte eran del cuerpo de Grouchy, que llegaban para ganar la batalla. Cuando el paso del tiempo reveló la verdad, la moral se resintió. Durante la tarde se vio forzado a desviar cada vez más soldados hacia el flanco derecho para rechazar a los prusianos, y hacia las 4 de la tarde los 7.000 soldados de infantería de Lobau se enfrentaban ya a 30.000 prusianos bajo el mando de Bülow entre Frischermont y Plancenoit[106]. La ventaja con la que habían partido por la mañana, con 72.000 hombres y 236 cañones contra los 68.000 de Wellington y sus 136 piezas de artillería, se había transformado en una notable desventaja, cuando los aliados reunieron a más de 100.000 hombres y 200 cañones.

Ney encabezó una serie de cargas de caballería contra el centro derecha de Wellington hacia las 16, con un total de 10.000 hombres, la mayor desde la de Murat en Eylau, aunque no está claro quién –si es que alguien lo hizo– la ordenó, porque tanto el mariscal como Napoleón lo negaron más tarde[107]. «Ney está poniendo en peligro una batalla casi ganada», dijo Napoleón a Flahaut al ver lo que estaba ocurriendo, «pero hay que darle apoyo, porque es nuestra única oportunidad»[108]. A pesar de considerar la carga «prematura e inoportuna», Napoleón indicó a Flahaut que ordenase «a toda la caballería que pudiese reunir que ayudase a las tropas que Ney había lanzado contra el enemigo a través del barranco»[109]. (Desde el monumento a Gordon hoy puede verse la profundidad de la carretera, que no barranco). «En ocasiones, en la guerra, hay errores que solo se pueden subsanar perseverando en la misma línea de acción», dijo después Flahaut filosóficamente[110]. Por desgracia para Napoleón, esta no fue una de ellas.

En ese momento la infantería de Wellington formó 13 cuadrados huecos –de hecho, eran rectángulos– para recibir a la caballería. La resistencia natural de los caballos a cargar contra un muro erizado de bayonetas los hacía casi inexpugnables, aunque Ney hubiese roto esas formaciones de la 42ª y la 69ª Desmontada en Quatre Bras, y la caballería francesa hubiese quebrado las de los rusos en Hof en 1807 y las austriacas en Dresde en 1813. Los cuadrados eran especialmente vulnerables a la artillería y a la infantería si formaba en línea, pero este ataque de caballería no estaba respaldado por ninguna de las dos, confirmando la suposición de que había sido lanzado por accidente, más que por

una orden deliberada de Napoleón o de Ney. Ninguno de los trece cuadrados se rompió. «La disciplina de los ingleses determinó la batalla», reconoció Napoleón en Santa Helena, antes de acusar al general Guyot, que encabezaba la Caballería Pesada, de cargar sin esperar a recibir órdenes; algo infundado, porque Guyot solo lo hizo en la segunda oleada[111].

El misterio respecto a la batalla de Waterloo reside en saber por qué una serie de generales de las tres secciones de combate francesas, experimentados y capaces, no consiguieron coordinar sus esfuerzos del mismo modo en el que lo habían hecho en numerosos campos de batalla antes[*******]. Esto es particularmente cierto en el caso del cuerpo del ejército favorito de Napoleón, la artillería, que una y otra vez no supo apoyar de cerca a la infantería en varias fases importantes de la batalla. Con gran parte de su caballería exhausta, los caballos agotados y los prusianos presentándose en masa a partir de las 16.15, Napoleón debería haber tenido la inteligencia de retirarse del mejor modo posible[112]. En cambio, después de las 18, Ney logró capturar La Haie Sainte y una zona excavada cercana llamada «Foso de arena», en el centro del campo de batalla, emplazando allí una batería de artillería a caballo con una capacidad de tiro de 400 metros, bombardeando el centro de la posición de Wellington con mosquetes y cañones con tal eficacia que el 27º Regimiento a Pie Inniskilling sufrió un 90% de bajas. En ese momento se alcanzó el punto crucial de la batalla, en el que los franceses tuvieron en su mano tomar la delantera antes de que la mera superioridad numérica de los prusianos les aplastase. Pero, cuando Ney envió a su ayuda de campo Octave Levasseur a suplicarle a Napoleón que enviase refuerzos para aprovechar la situación, el Emperador, con la caballería agotada y el cuartel general en el punto de mira de la artillería prusiana, se negó. «¿Tropas?», preguntó con sarcasmo a Levasseur. «¿De dónde quieres que las saque? ¿Pretendes que las fabrique?»[113]. En realidad, en ese momento disponía de 14 batallones de la Guardia inactivos. Cuando cambió de opinión, media hora después, Wellington ya había cerrado la peligrosa brecha en el centro con soldados de Brunswick y Hanover y una división belga y holandesa.

Napoleón, hasta que cabalgó por todo el frente de batalla a las 19, no se decidió a enviar a la Guardia Media en columnas en cuadro por la carretera principal hacia Bruselas. En sus últimos coletazos en Waterloo, la Guardia Imperial solo lanzó a un tercio de su fuerza de ataque, mientras el resto trataba

de recuperar Plancenoit de manos de los prusianos y cubrir la retirada. Napoleón ordenó a Ney que le apoyase, pero cuando llegó la Guardia todavía no había salido una sola división de infantería del bosque de Hougoumont, ni la brigada de caballería había recibido la orden de desplazarse desde la carretera de Nivelles[114]. Así pues, la Guardia hubo de recorrer la loma hasta la línea de Wellington, ya bien custodiada, sin un regimiento de caballería que protegiera su flanco, y con el único apoyo de unas pocas tropas del cuerpo de Reille. De los 96 cañones de que disponía esta unidad, solo participaron en la operación 12.

A pesar de estar encabezada por 150 músicos tocando himnos triunfales, se puede inferir lo vano de este ataque teniendo en cuenta que la Guardia no portó ningún águila[115]. El mismo Napoleón se situó en un terreno baldío al suroeste de La Haie Sainte, al pie de la pendiente que desembocaba en lo alto del risco, mientras la Guardia desfilaba frente a él gritando «*Vive l'Empereur!*»[116]. De la suma inicial de 8 batallones, probablemente menos de 4.000 hombres, escoltados por artillería a caballo, se detrajeron 3 como reserva. La dureza del terreno favoreció a la artillería de Wellington, y rápidamente, como observó Levasseur, «las balas y la metralla sembraron la carretera de muertos y heridos». La mera acumulación de potencia artillera –tanto de morteros como de balas– de la que disponía Wellington quebró el ímpetu de la Guardia Imperial, que retrocedió desmoralizada. No se había escuchado el grito de «*La Garde recule!*» en un campo de batalla desde que se formó como Guardia Consular en 1799. Fue el símbolo de la desintegración generalizada del ejército francés en todo el frente. A pesar de que Ney lo negó en su discurso sobre Waterloo en la Cámara de los Pares días después, el grito de «*Sauve qui peut!*» resonó hacia las 20, mientras los hombres arrojaban los mosquetes y trataban de escapar antes de que cayese la noche. Una vez asumido lo que estaba ocurriendo, Napoleón asió a un general por el brazo y le espetó: «Vamos, general, ya está hecho, hoy hemos perdido, vámonos»[117].

Para la atropellada retirada, dos formaciones en cuadro de la Vieja Guardia cubrieron ambos lados de la carretera Charleroi-Bruselas. El general Petit encabezó el del 1º Batallón del 1º de Granaderos a Pie, a unos 400 metros al sur de La Belle Alliance, entre los que se resguardó Napoleón[********]. «Todo el ejército sucumbió al más absoluto desorden», observó Petit. «Infantería, caballería, artillería. Todos huían por doquier». Mientras el cuadrado retrocedía

sin parar, Napoleón ordenó a Petit que hiciese sonar el intenso redoble bautizado como *grenadière* para reunir a los miembros de la Guardia, «atrapados en el torrente de fugitivos. El enemigo nos pisaba los talones y, temiendo que pudiese penetrar en los cuadros, nos vimos obligados a disparar a los hombres perseguidos… Ya era casi de noche»[118].

En algún punto posterior a Rossomme Napoleón, Flahaut, Corbineau, el ordenanza del Emperador Jardin Ainé, algunos oficiales y el escuadrón de guardia de los Cazadores a Caballo abandonaron el cuadro para tomar la carretera principal. Napoleón montó en su carruaje en Le Caillou, pero la carretera en Genappes estaba bloqueada por los soldados que huían. Descendió del carruaje y montó a caballo para pasar hacia Quatre Bras y Charleroi[*********]. Según Flahaut, mientras cabalgaban hacia allí, solo pudieron hacerlo al paso por la multitud. «No había rastro de temor personal, a pesar de que las circunstancias podrían haberle causado la mayor inquietud», dijo de Napoleón. «Sin embargo, la fatiga y el esfuerzo de los días previos le habían causado tal efecto que en varios momentos no pudo sobreponerse al sueño, y, de no haber estado yo allí para levantarle, se habría caído del caballo»[119]. Al pasar Charleroi, después de las 17, Ainé vio cómo Napoleón «encontró un pradillo a la derecha con una fogata encendida por los soldados. Se paró para calentarse, y dijo al general Corbineau: “*Eh bien, monsieur*, la hemos hecho buena”». Incluso entonces Napoleón bromeaba, aunque fuese con tristeza. Ainé observó cómo «se encontraba muy pálido y demacrado, y muy cambiado. Tomó un vaso de vino y un bocado de pan que guardaba uno de sus palafreneros, y montó poco después, preguntando si el caballo galoparía bien»[120].

Después de Borodino, Waterloo fue la segunda batalla con más bajas de las Guerras Napoleónicas. Murieron o fueron heridos entre 25.000 y 31.000 franceses, además de los numerosos prisioneros[121]. Wellington perdió unos 17.200, y Blücher 7.000 más. De los 64 generales más veteranos de Napoleón que combatieron en 1815, murieron o fueron heridos ese año 26. «Día ininteligible», dijo de Waterloo, reconociendo que no «había entendido la batalla», de cuyo fracaso culpó a «una combinación de destinos extraordinarios»[122]. En realidad, lo incomprensible fue el enorme número de errores no forzados que cometieron él y sus comandantes. Su sopor el día anterior a la batalla, su error estratégico con Grouchy, su falta de coordinación en

los ataques, y su negativa a asir la última y mejor oportunidad tras la caída de La Haie Sainte recordaban, en el Napoleón posterior a Ligny, a sus obtusos oponentes austriacos en las campañas italianas, casi 20 años antes. No solo Wellington y Blücher se merecieron ganar la batalla de Waterloo: también Napoleón se mereció en gran medida perderla.

---

[*] Como con los anteriores ministros del Interior, Napoleón mantuvo sus reservas con Carnot. «Advertirás en el informe impreso», le escribió al margen de una lista con la distribución de las tropas a mediados de mayo, «que se ha omitido el departamento de los Pirineos Orientales» (CN28, nº 28198).

[**] Napoleón había obtenido la liberación de Lafayette de la cautividad en Austria después de cinco años de reclusión, en 1797, pero ya era tarde para la gratitud.

[***] Probable referencia al rey Codro, que en el 1068 a. C. provocó su muerte a manos de los dorios después de que el oráculo de Delfos profetizase que la invasión de Atenas no tendría éxito si él sufría algún daño.

[****] La decisión de Napoleón de desmantelar la unidad aerostática militar poco después de convertirse en Primer Cónsul acabó siendo desastrosa, porque su uso en Waterloo le habría permitido conocer con tres horas de antelación la llegada de los cuerpos prusianos (ed. Chandler, *Military Maxims*, pp. 19-20).

[*****] Hoy es casi imposible discernir el contorno del frente de Wellington, porque tras la batalla se ha levantado allí una colina artificial de 45 metros.

[******] Una posible razón fue que Ney, d’Erlon y el general Pierre Binet de Marcognet, comandante de división, habían aprendido en España que los ingleses podían rechazar un despliegue en línea concentrando los disparos en los flancos de las unidades enemigas que trataban de ponerlo en práctica. Sin embargo, en este caso el resultado fue que la línea de mando se rompió, porque los soldados se alejaron demasiado de sus oficiales y suboficiales (Entrevista con John Lee, 21 de junio de 2013).

[*******] Cuando se representa la batalla de Waterloo jugando en un

tablero, casi siempre gana Francia; el jugador que representa a Napoleón ataca antes, masacra a Hougoumont con una sola división como máximo, envía al resto del cuerpo de Reille a apoyar al histórico ataque de d'Erlon, que emplea una formación en columnas, y al que acompañan dos divisiones del cuerpo de Lobau con el apoyo cercano del cuerpo de Caballería de Reserva. La carga de caballería de Ney recibe el apoyo de la infantería y la artillería, pulverizando los cuadrados de Wellington mucho antes de que lleguen los prusianos.

[********] Se encuentra al sur del emplazamiento actual del monumento a Victor Hugo, en el mismo lado de la carretera, antes de que gire hacia Plancenoit.

[*********] Este carruaje fue requisado por el mayor prusiano von Keller, que encontró dentro el sombrero y la espada de Napoleón, un par de pistolas, una capa de terciopelo verde, un somier metálico con un colchón de lana, una tiara de diamantes, el manto imperial, varias cajas de diamantes y un gran reloj de plata. Tanto el carruaje como gran parte de los efectos se expusieron en Piccadilly, en Londres.

31. SANTA HELENA

El alma desgasta al cuerpo.

Napoleón a María Luisa

Vivió en medio de las llanuras persas, extrañando por siempre su patria.

Napoleón sobre Temístocles

«No todo está perdido», escribió Napoleón a José el día después de la batalla:

> Calculo que una vez reagrupadas mis fuerzas tendré 150.000 hombres. Los *fédérés* y las Guardias Nacionales –tantos como puedan luchar– proporcionarán 100.000, y los cuarteles departamentales otros 50.000. Así pues, tendré 300.000 hombres preparados contra el enemigo. Emplearé carros de caballos para arrastrar los cañones, reclutaré 100.000 hombres con las levas, los armaré con mosquetes de los realistas y de los Guardias Nacionales no aptos para el servicio, organizaré levas masivas… y aplastaré al enemigo. Pero la gente debe ayudarme, no ensordecerme con sus consejos. Los austriacos marchan despacio; los prusianos temen a los campesinos y no se atreverán a avanzar demasiado. Todavía hay tiempo de revertir la situación[1].

Napoleón estaba convencido de que, si era capaz de reunir todas las fuerzas de Grouchy, que había escapado indemne con todo su cuerpo, de Rapp, Brune, Suchet y Lecourbe, si las fortalezas de la frontera resistían hasta ser relevadas, y si podía atacar a las extensas líneas de comunicación aliadas, podría tener un respiro[2]. Al menos daba muestra de su extraordinaria determinación y energía constante la capacidad de sopesar estas ideas después de una catástrofe como la

de Waterloo. Soult envió a los comandantes la orden de reunir a los rezagados y concentrarlos en Lâon, Lafère, Marle, Saint-Quentin, Bethel, Vervier, Soissons y Reims, donde ya había varias unidades acuarteladas[3]. Mientras tanto, Jerôme y Morand agruparon diversas tropas en Phillippeville y Avesnes.

Napoleón sabía que para proseguir la lucha debía contar con el respaldo de las cámaras reunidas en el Palais Bourbon, por lo que se apresuró en dirección a París a caballo, e incluso en posta, para tratar de mitigar la noticia de su derrota. Durante el trayecto un posadero de Rocroi exigió 300 francos en metálico en pago por la cena de Napoleón y su séquito, negándose a aceptar un recibo de requisa, simbolizando el desvanecimiento de la autoridad del Emperador[4]. El miércoles 21 de junio llegó al Elíseo a las 7, convocó a su familia y a sus ministros y se bañó por primera vez en muchos días. Aunque había vuelto directamente a París desde Egipto y desde Moscú, en este caso su regreso era desesperado. Incluso John Cam Hobhouse detectó en su héroe «una precipitación que nada podría justificar». Procediendo así solo logró envalentonar a sus oponentes, a pesar del solemne juramento de lealtad que le habían prestado en el Champ de Mai tres semanas antes[5].

El 18 de junio se había anunciado en París la victoria en Ligny frente a Wellington y Blücher con 101 salvas, pero la falta de boletines desde entonces inquietaba a los ciudadanos. Napoleón sopesó dirigirse directamente al Palais Bourbon a su vuelta, «cubierto por el polvo del campo de batalla», tal y como dijo uno de sus partidarios, para apelar al patriotismo de la legislatura[6]. Carnot, Maret y Cambacérès, convocados de urgencia, apoyaron la idea, y el cochero salió al patio, pero la mayoría de los ministros lo consideraron un riesgo, dado el estado febril de los parlamentarios[*]. Por tanto, Napoleón envió un mensaje a las cámaras afirmando que había regresado a París «para consultar con mis ministros las medidas para la salvación nacional»[7]. Más tarde lamentó no haber ido en persona: «Les habría conmovido y liderado; mi elocuencia les habría entusiasmado; les habría cortado la cabeza a Lanjuinais, Lafayette y otros diez. Tengo que decirlo; no tuve el valor de hacerlo»[8].

Tampoco tuvo el apoyo suficiente. Lafayette había ocupado rápidamente el vacío de poder, designando a cinco miembros de cada cámara para ejercer las funciones ministeriales, dando en la práctica un golpe de estado parlamentario[9]. Lucien y Regnault de Saint-Jean d’Angély trataron de

disuadir a los parlamentarios, pero la elocuencia de Lafayette contra Napoleón fue más persuasiva. Tras ser acusado de traición por Lucien, afirmó: «Hemos seguido a tu hermano por las arenas de África y por los desiertos de Rusia; los huesos de los franceses, desperdigados por todas las regiones, dan testimonio de nuestra fidelidad»[10]. Ese día empezaron a llegar a la capital soldados desarmados y abatidos, que «informaron por doquier, según pasaban, de que todo estaba perdido»[11].

El boletín de Napoleón del día 21 de junio explicaba que Waterloo estuvo a punto de ser una victoria, pero que a algunos «malhechores malvados» (*malveillants*) les dio por gritar «*Sauve qui peut*», y entonces «En un instante todo el ejército pasó a ser una masa de confusión», concluyendo: «Así fue lo ocurrido en la batalla del monte Saint-Jean, gloriosa para los ejércitos franceses, y aun así tan fatal»[12]. Convenció a pocos, y el uso de la palabra fatal (*funeste*) en tres ocasiones no dejó dudas a los parisinos de la magnitud de la catástrofe, siendo a su vez fatal para las posibilidades de Napoleón de permanecer en el trono. Puede que el Emperador tratase de nuevo de envenenarse aquella noche. Cadet de Gassicourt, su boticario, dijo al general Thiébault en 1818 que el 21 de junio había sido llamado al Elíseo después de que Napoleón tratase de tomar veneno y cambiase de opinión, como había ocurrido el año anterior; Gassicourt, aterrorizado, logró provocarle el vómito, y le hizo ingerir después abundante líquido[13]. No existen testimonios que lo corroboren, pero puede que Gassicourt dijese la verdad.

El día siguiente, a las 12, contando con la opinión incluso de sus ministros más leales –Lavalette, Savary y Caulaincourt–, que consideraban que se trataba de algo ya inevitable, Napoleón abdicó por segunda vez, dictando el documento con «rapidez en la determinación, característica en su peculiar organización en el campo de batalla»[14]. «¡Franceses!», arrancaba,

> Al comenzar la guerra para alcanzar la independencia nacional, conté con sumar todos los esfuerzos, todas las voluntades y el respaldo de todas las autoridades nacionales; tenía motivos para esperar un triunfo, y afronté las declaraciones contra mí de las potencias. Las circunstancias parecen haber cambiado. Me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de Francia… Mi vida política ha terminado, y proclamo a mi hijo, con el título de Napoleón

> II, Emperador de los franceses. Los actuales ministros formarán un consejo de gobierno interino. El interés de la trasmisión a mi hijo me lleva a invitar a las cámaras a organizar, sin retraso, la regencia por ley. Todos deben unirse por la salvación pública, y para conservar la independencia como nación[15].

Napoleón confiaba aún en ser convocado por la legislatura para encabezar las tropas francesas frente a los invasores aliados, pero, en caso de que el futuro gobierno provisional no precisase de sus servicios, dijo a Lavalette, tenía intención de vivir como un ciudadano anónimo en Estados Unidos[16]. Dado que la firma de la paz entre Norteamérica y Gran Bretaña se había producido solo tres años antes, era posible que el gobierno estadounidense le permitiese vivir allí, en caso de haber logrado llegar a ese país. Lavallette describió cómo, tras su abdicación, Napoleón «pasó todo el día tranquilo, aconsejando acerca de la postura que debía tomar el ejército, y sobre el modo [en el que] debían conducirse las negociaciones con el enemigo»[17]. El gobierno provisional, que Fouché presidió a partir del 24 de junio, aceptó la abdicación con gratitud, designó a Macdonald comandante de las tropas francesas, adscribió la Guardia Nacional a Lafayette con Oudinot a sus órdenes, y mantuvo a Carnot como ministro del Interior. Por cuarta vez, Talleyrand se convirtió en ministro de Exteriores[18]. Cuando el *Journal de l'Empire* proclamó que «Napoleón Bonaparte» había ido a Malmaison, el cambio en la nomenclatura por fuerza debió de sorprender a los lectores, ya que, si hasta el periódico más bonapartista había dejado de describirle en términos imperiales, entonces su caída era un hecho. Aun así, algunos ultraleales se mantuvieron firmes: el barón coronel Pual-Alexis de Menil, del Ejército del Rhin, seguía luchando en el bosque de Seltz con su 37ª Semibrigada de Línea ocho días después de Waterloo, y algunas ciudades como Givet, Charlemont, Longwy, Mézières, Charleville y Montmédy no capitularon hasta agosto o septiembre.

Poco antes de abandonar París por última vez, Napoleón se despidió de un inquieto y emotivo Vivant Denon. Poniendo las manos sobre sus hombros, le dijo: «Querido amigo, no nos pongamos ñoños; en crisis así hay que comportarse con sangre fría»[19]. Después del Emperador, Denon había sido el principal artífice del impulso a los aspectos culturales del bonapartismo, con sus descripciones de Egipto y su campaña, el diseño de las medallas

conmemorativas en bronce, el fomento del estilo Imperio y la administración del museo del Louvre. Fue uno de los muchos no combatientes distinguidos que lamentó la caída de Napoleón.

Cualquiera con menos confianza en sí mismo habría tenido una ruta de escape preparada. En ese momento, entre su partida hacia Malmaison con Hortense, Bertrand y Maret el 25 de junio y su rendición frente a los ingleses el 15 de julio, Napoleón hizo algo totalmente ajeno a su carácter: dudar. Mientras los aliados y los Borbones se aproximaban a París para una segunda restauración, y los prusianos enviaban patrullas a caballo cada vez más extendidas, sus posibilidades se reducían. Estando en Malmaison solicitó al gobierno provisional un pasaporte para ir a Estados Unidos, junto con dos fragatas para escoltarle desde Rochefort[20]. Era absurdo; la Royal Navy, que bloqueaba el puerto con el HMS *Bellerophon*, de 74 cañones, no aceptaría un pasaporte emitido a Napoleón por el gobierno de Fouché ni por ningún otro[21]. El 26 de junio se encontró con María Walewska en Malmaison, y allí se despidieron.

El día 29 recibió a dos emisarios de Fouché, Decrès y Boulay de la Meurthe, que le informaron de que el gobierno había dispuesto dos fragatas para su uso, la *Saale* y la *Mèduse*, y de que debía abandonar Malmaison debido a la cercanía de los prusianos. Dejó la casa tras detenerse únicamente para visitar la habitación en la que había fallecido Josefina, y para despedirse de su madre y de Hortense por última vez, antes de partir con Bertrand y Savary a las 5.30. Ferdinand, su primer cocinero, no quiso acompañarle, porque no le habían pagado lo prometido en Elba. «De haber ido a América», lamentó más tarde, «podría haber fundado allí un estado»[22]. El 2 de julio, estando ya en Niort, en el departamento de Deux-Sèvres, aún no había decidido qué hacer, y sus acompañantes se debatían entre encabezar el ejército en Orleans o tratar de embarcar en secreto en un barco mercante americano anclado a 8 millas de la costa[23].

Finalmente Napoleón se instaló en la prefectura marítima de Rochefort, y dedicó 12 días a elaborar un plan para que la *Saale*, la *Méduse*, una corbeta de 20 cañones y un bergantín sorteasen al Bellerophon. Cuando el capitán de la *Méduse*, Philibert, se negó a participar en cualquier ataque, dos jóvenes oficiales

navales, el teniente Genty y el alférez Doret, se ofrecieron para atravesar el Atlántico con Napoleón a bordo de un pequeño barco de vela; a causa de esta infracción serían eliminados del registro de la Armada francesa hasta la caída de los Borbones en 1830[24].

José llegó a Rochefort el 5 de julio, y se ofreció generosamente para intercambiar su identidad con su hermano, dado su parecido físico[25]. Napoleón, en lugar de aprovechar la oportunidad, volvió a dudar. Tras la vuelta formal al poder de los Borbones, tres días después, perdió el control de las fragatas; para entonces el almirante sir Henry Hotham había anclado buques de la Royal Navy desde Les Sables hasta Gironde para buscarle. También desdeñó otras posibilidades arriesgadas, como la fuga nocturna a bordo de un barco danés. El día 9 seguía pasando revista a las tropas en Île d'Aix entre los vítores de la población local, pero dormía ya en el *Saale*, con el Bellerophon anclado en las inmediaciones.

El 10 de julio envió a Savary y a un chambelán, el marqués de Las Cases, a negociar los términos de su rendición con el capitán de 38 años del *Bellerophon*, Frederick Maitland. Ante todo debía evitar ser capturado por los Borbones –cuya enseña ondearía en Rochefort el 12 de julio– o por los prusianos, porque ambos lo habrían hecho ejecutar. Más tarde reconoció que «no podía abajarse a recibir ningún favor del Emperador de Austria, después del modo en el que había tomado partido en su contra»[26]. Las negociaciones se retomaron el 14 de julio, en este caso a manos de Las Cases y el general Charles Lallemand, comandante de los Cazadores a Caballo en Waterloo. Maitland afirmó que Napoleón sería bien tratado en Inglaterra, donde además el clima era más benigno de lo que se pensaba[27]. Napoleón lo interpretó como una oferta de asilo en ese país, en el que no sería tratado como un prisionero de guerra, pero la suposición era absurda, concluida de las palabras de un oficial naval que carecía de potestad para presentar un acuerdo formal. De hecho, el propio Maitland precisó que su única autoridad consistía en ofrecerle un pasaje seguro hasta aguas inglesas[28]. Napoleón también podía haber seguido el consejo de José, y llegar por tierra a un puerto distinto en el sur –en la Gironda aún tenía opciones–, pero en lugar de hacerlo se despidió de su hermano el día 13. Había optado por la dignidad y una cierta seguridad, antes de arriesgarse a una huida por mar como la emprendida en Córcega, Egipto y Elba.

Hacia la medianoche del 14 escribió una carta al príncipe regente: «Su Alteza Real», comenzaba. «Expuesto a las facciones que dividen a mi país, y a la enemistad de las potencias europeas, he terminado mi carrera política y me dispongo, como Temístocles, a aposentarme en el corazón del pueblo inglés. Me sitúo al amparo de sus leyes, que solicito a su Alteza Real por ser el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos»[29]. Por una vez su educación clásica le había fallado, ya que el admirable general ateniense Temístocles en realidad se había unido a los persas en contra de sus compatriotas griegos, algo que Napoleón no pretendía en absoluto. Sin embargo, sí que estaba en lo cierto con respecto a la constancia inglesa. Solo en 1815 Gran Bretaña había financiado al menos a 30 potencias europeas, desde las mayores –como Prusia, con 2,1 millones de libras, Rusia con 2 millones y Austria con 1,6 millones– hasta Sicilia, con 33.333 libras[30]. Austria había pasado 108 meses luchando contra Francia, Prusia 58 y Rusia 55, pero Inglaterra había estado en guerra contra ese país 242 meses en total entre 1793 y 1815. La Royal Navy bloqueó a Francia durante dos décadas, y hundió su flota de combate en Trafalgar; entre 1808 y 1814 las tropas británicas estuvieron luchando en la península Ibérica sin que Wellington se tomase un día libre. Además habían enviado fuerzas expedicionarias a Egipto en 1801, a Calabria –donde vencieron en la batalla de Maida– en 1806, a Copenhague en 1807, a Walcheren –trágicamente– en 1809, y a Bergen-op-Zoom en Holanda, también sin éxito, en 1814. Incluso cuando el resto de Europa, a excepción de Portugal y Sicilia, se reconciliaron con Napoleón después de Tilsit, los ingleses mantuvieron encendida la llama de la resistencia frente a su hegemonía.

En la convocatoria enviada a sus consejeros, Napoleón afirmó: «No tengo trato con el príncipe regente, pero a raíz de lo que he oído de él no puedo evitar confiar en su noble carácter»[31]. Una vez más la información de que disponía era errónea; el príncipe regente lució una de las personalidades más innobles de todos los soberanos británicos. «Jamás hubo nadie cuyo fallecimiento lamentasen menos sus conciudadanos que el de este rey», afirmó *The Times* cuando murió en 1830. «¿Qué ojos le lloraron? ¿Qué corazón desinteresado latió una sola vez apenado? Si alguna vez ha tenido un amigo –un amigo sincero en cualquier faceta de su vida–, hemos de alegar que no nos ha llegado su nombre»[32]. La generosidad del príncipe se limitaba únicamente a sus sastres,

decoradores y amantes. Napoleón no disponía de nada que pudiese necesitar, por lo que la solicitud del demandante imperial quedó sin respuesta. Puede que lo que estuviese tratando de obtener era un encarcelamiento caballeresco, como el de Lucien en Worcestershire, tal vez en una de las haciendas campestres de los aristócratas *whig* con los que se había reunido en Elba.

Napoleón embarcó en el *Bellerophon* a las 8 de la mañana del sábado 15 de julio de 1815 y se entregó al capitán Maitland. Dispensó decentemente a su oficial de enlace con el gobierno provisional, el general Beker, de acompañarle, evitando así cualquier posible acusación futura de traición[33]. «Cada rostro mostraba la más profunda tristeza», observó su asistente Marchand, «y, cuando llegó la lancha inglesa para embarcar al Emperador, se escucharon los lamentos más desgarradores» en boca tanto de los oficiales como de los marinos, que gritaron «*Vive l'Empereur!*» hacia el agua hasta que alcanzó el navío[34]. Algunos, desesperados, pisotearon sus sombreros. A su llegada, los marinos del *Bellerophon* se pusieron firmes, y los marineros soltaron los cabos, pero no se lanzaron salvas, porque la regulación de la Royal Navy establecía que aún era demasiado temprano. Mientras se quitaba el sombrero, sus primeras palabras ante Maitland fueron: «Embarco en su navío para ponerme bajo la protección de las leyes de Inglaterra»[35]. Las guerras revolucionarias y napoleónicas acababan de terminar.

El capitán cedió a Napoleón su propio camarote, y cuando asomó de nuevo en cubierta le enseñó el resto del barco. Cuando le preguntó si pensaba que habría tenido alguna posibilidad de escapar, le respondió que un navío de 74 cañones como el *Bellerophon* igualaba a tres fragatas, y que las opciones de fugarse habrían sido «muy escasas»[36]. Mientras paseaban Napoleón palmeó en la cabeza a un guardiamarina y le tiró de la oreja con afabilidad, preguntando al contramaestre, Maning, acerca de sus funciones. «Parecía cómodo», según otro guardiamarina, George Home, «y tan absolutamente a gusto como si estuviese en uno de sus yates imperiales»[37]. Rápidamente se ganó a todo el mundo a bordo. Un oficial escribió que «tenía los dientes muy parejos, y tan blancos como el marfil, con una boca a la que circundaba un encanto que no había visto nunca en un rostro humano». Maitland mismo acabaría por admitirlo:

> Puede causar sorpresa que exista la posibilidad de que un oficial británico se incline a favor de alguien que ha causado tantas calamidades a su país, pero poseía tal talento para agradar que pocas personas que hubiesen compartido la mesa con él, como yo hice durante casi un mes, habrían dejado de sentir pena, puede que mezclada con pesar, porque un hombre con tantas cualidades, y que había ocupado una posición tan destacada en la vida, se viese reducido a la situación en la que yo le vi[38].

Durante todo el viaje Napoleón no dio muestra «de que decayese su ánimo», y recibió el trato reservado a los jefes de estado. Permitió a Maitland y al almirante Hotham, embarcado poco después de su rendición, contemplar su biblioteca portátil y su cama de campaña de un metro de anchura, y les formuló gran cantidad de preguntas en su inglés entrecortado y casi ininteligible, añadiendo que, de haber vivido Charles James Fox, «esto nunca habría pasado»[39]. La segunda noche, mientras cenaban, palmeó a Maitland en la cabeza y dijo: «Si no hubiese sido por vosotros, los ingleses, yo habría sido Emperador del Este; pero allí donde exista agua para que flote un barco, es seguro que todos acabaremos por encontrarnos con vosotros»[40].

El tratamiento debido a este prisionero supuso para los ingleses una cuestión peliaguda. Los Cien Días posteriores a su regreso de Elba habían sumado un coste de casi 100.000 muertos o heridos en cada bando, y no cabía arriesgarse a que se repitiese[41]. El 20 de julio lord Liverpool escribió al ministro de Exteriores, lord Castlereagh, que se encontraba en Viena, para trasmitirle la postura de su gobierno:

> Sostenemos todos decididamente la opinión de que no podemos responder de su confinamiento en este país. Podrían producirse opiniones legales muy cualificadas acerca de este asunto, particularmente embarazosas… Se convertiría inmediatamente en objeto de curiosidad, y posiblemente de compasión en unos pocos meses, y el hecho de que se encontrase aquí, o en cualquier lugar de Europa, podría contribuir al mantenimiento de un cierto grado de conmoción en Francia… Santa Helena es el lugar del mundo mejor diseñado para el confinamiento de alguien así… esta posibilidad es especialmente conveniente. Solo hay un lugar… en el que

> pueden anclar los barcos, y tenemos la posibilidad de excluir a todos los navíos neutrales… En ese lugar y a esa distancia, cualquier intriga será imposible; estando tan lejos del orbe europeo, pronto será olvidado[42].

Si Napoleón había realizado algunos comentarios demasiado optimistas durante su trayectoria, sus enemigos hicieron otro tanto.

El 23 de julio contempló Francia por última vez, lanzando «una mirada muy melancólica hacia la costa», pero acompañada de escasas observaciones[43]. Tras atracar en Torbay, en la costa sur inglesa, al día siguiente, de inmediato se convirtió en un irresistible «objeto de curiosidad» para los paseantes, algunos de ellos llegados incluso desde Glasgow solo para verle; de hecho, el *Bellerophon* hubo de lanzar sus botes al agua para mantenerlos a raya. Apareció en cubierta y se exhibió por las pasarelas y las ventanas de popa para complacer al público, comentando que Torbay le recordaba a Portoferraio. Maitland observó que Napoleón, «al descubrir a alguna dama bien vestida, levantaba el sombrero y la saludaba»[44].

El día 27 en Plymouth disfrutó de un estatus de celebridad aún mayor; Maitland calculó tres días después que se habían acercado al barco por lo menos mil barcos de recreo, con una media de ocho personas a bordo cada uno. Napoleón, por su parte, «se quedaba dormido con frecuencia en el sofá, porque en los últimos dos o tres años se había aletargado mucho», una observación llamativa en labios de alguien que le había conocido tan solo doce días antes[45]. Este agradable limbo terminó a las 10.30 del día 31 de julio, cuando el almirante lord Keith y sir Henry Bunbury, el subsecretario de estado de Guerra, subieron al *Bellerophon* para informar a Napoleón –al que se dirigieron como «general Bonaparte»– de su destino previsto en Santa Helena, del que ya estaba al tanto por la prensa británica. Le explicaron que podía hacerse acompañar por tres oficiales y doce sirvientes, pero no por Savary ni por el general Lallemand, encarcelados en Malta por el asesinato del duque d’Enghien y por traición a los Borbones, respectivamente.

Napoleón replicó a Keith –con esplendor galo o con ridículo histrionismo, según se quiera– que «antes salpicaría su sangre las planchas del *Bellerophon*» que ir a Santa Helena, y que esa decisión «arrojaría un velo de tinieblas sobre la historia futura de Inglaterra»[46]. Añadió que su clima acabaría con su vida en

tres meses. Después de que se fuesen Keith y Bunbury, dijo a Maitland: «Es peor que la jaula de hierro de Tamerlán. Prefiero que me entreguen a los Borbones. Entre otras ofensas… me han llamado “general”: igual me podían haber llamado arzobispo»[47]. Entre sus subordinados más temperamentales, alguno afirmó que morir en Santa Helena sería «muy innoble», y que «mejor sería morir defendiéndonos, o prender fuego a la santabárbara». Esa noche el general Montholon evitó que Fanny, la esposa de origen inglés de Bertrand, histérica y deprimida, se ahogase, asiéndola a través del ojo de buey por el que se había intentado arrojar al mar[48].

A pesar del envío de cartas de protesta al príncipe regente, sosteniendo que «no soy un prisionero, soy un invitado de Inglaterra», cerca del mediodía del 7 de agosto Napoleón fue trasladado al HMS *Northumberland,* de 80 cañones, comandado por el contraalmirante sir George Cockburn –uno de los que había incendiado Washington el año anterior– para realizar el viaje de 4.400 millas hasta Santa Helena[49]. Le acompañaba un séquito de 26 personas, dispuestas a ir hasta el otro confín del mundo con él; muchos más solicitaron unirse a ellos, como su hermana Paulina y Méneval, pero las autoridades británicas se lo impidieron. Además del general Henri Bertrand y su recalcitrante esposa, con sus tres hijos, contaba con Montholon y su atractiva esposa Albine, con su hijo Tristan de 3 años, con el marqués Emmanuel de Las Cases –que poseía un gran talento como secretario y hablaba bien inglés, aunque lo disimulaba– y su hijo de 13 años, así como con el general Gaspard Courgaud, los asistentes Marchand y Noverraz, su asistente/guardaespaldas el «Mameluco Ali», sus palafreneros y chóferes los hermanos Achille y Joseph Archambault, un sirviente llamado Gentilini, su *maitre* Francheschi Cipriani, el mayordomo y repostero Piéron, el cocinero Le Page, el conserje y barbero corso Santini y el farolero Rousseau, que ejercía también de fabricante de juguetes. Les acompañaban además cuatro sirvientes de los Montholon y los Bertrand[50]. Cuando su médico, Louis Maingault, se negó a seguirle, el cirujano irlandés del *Bellerophon*, Barry O’Meara, ocupó su lugar. A excepción de Napoleón, todos fueron despojados de sus espadas, y Cockburn también les requisó 4.000 napoleones de oro, dejándoles apenas algo de calderilla para jugar a las cartas[51]. Aun así, entre ocho de sus acompañantes consiguieron ocultar en los cinturones 250.000 francos en total, que al cambio valdrían 5.000 libras en Santa Helena[52].

La primera noche a bordo del *Northumberland*, los oficiales británicos ganaron siete u ocho napoleones al antiguo Emperador jugando a la 21, mientras «engañaba a todo el mundo con muy buen humor», como recordó uno de ellos. «Durante la cena comió con ganas, de casi todos los platos, alabó todo, y pareció totalmente reconciliado con su destino»[53]. A pesar de que no tenía nada que ganar, Napoleón se comportó de forma agradable durante las diez semanas del viaje –al menos durante el tiempo en el que no sufrió unos mareos «miserables»–, interesándose por la situación y la naturaleza de las tropas inglesas en la India, afirmando que había confiado plenamente en que Grouchy llegase a tiempo en Waterloo, declarando que el zar Alejandro era «más activo e inteligente que cualquier otro soberano europeo, pero extremadamente falso», sosteniendo que España y Portugal habían prometido en privado no combatir contra él en 1815, debatiendo con el capellán del barco acerca del anglicanismo e interrogando al cónsul general británico en Madeira, que sobrepasaron el 23 de agosto, acerca de la producción de la isla, su nivel sobre el mar y su población. También debatió sobre sus planes para capturar las islas del Canal, predijo la caída de Bernadotte en Suecia, describió a Desaix como «el mejor general que he conocido», y negó una aventura con una actriz llamada Saint-Aubin, afirmando que «las mujeres más hermosas son las más difíciles de amar»[54].

Durante el viaje se levantaba casi todos los días entre las 10 y las 11, desayunaba a base de carne y vino en su dormitorio, en el que permanecía hasta las 15, antes de vestirse, dar un breve paseo por cubierta, jugar al ajedrez con Montholon –que normalmente se dejaba ganar– hasta la hora de la cena, a las 17, durante la que, según Cockburn, «come y bebe bastante, y habla muy poco. Prefiere la carne de cualquier tipo, bien sazonada, y no toca las verduras»[55]. A continuación paseaba por cubierta durante una hora y media con Cockburn, jugaba a las cartas desde las 20 hasta las 22, y se iba a dormir. Recibió lecciones de inglés, se quejó del calor, caminó por cubierta bajo la lluvia, ganó peso y resolvió problemas de matemáticas con Gourgaud, extrayendo raíces cuadradas y cúbicas. El 15 de agosto recordó algunos cumpleaños anteriores –«¡Vaya, qué diferentes!»– y no se fue a dormir hasta las 23.30[56]. Ese mismo día María Luisa escribió al emperador Francisco acerca de su marido:

> Espero que sea tratado con amabilidad y clemencia, y te ruego, querido

> papá, que te asegures de que es así. Es la última vez que me preocuparé por su suerte. Le guardo una deuda de gratitud por la tranquila despreocupación [*ruhige Indifferenz*] con la que me ha permitido vivir, en lugar de hacerme infeliz[57].

Cockburn se vio obligado a alterar su ruta para pasar entre las islas de La Gomera y Palma, en las Canarias, porque Napoleón quiso ver la cumbre de Tenerife; cuando cruzaron el ecuador el 23 de septiembre el antiguo Emperador ordenó que se arrojasen 100 napoleones por la borda como ofrenda a Neptuno. A Bertrand le pareció demasiado, y para Cockburn el dios podría estar contento con 5[58]. La semana siguiente habló de Waterloo –«¡Ay, si pudiese tener lugar de nuevo!»–, algo que ocurriría con frecuencia durante los próximos cinco años.

El sábado 14 de octubre avistaron por fin su destino. Con una superficie de solo 220 kilómetros cuadrados, y una circunferencia de 45 kilómetros, la roca volcánica de Santa Helena se encuentra a 1.850 kilómetros de Angola, a más de 3.200 de Brasil y a 1.125 de la superficie más próxima, la isla de Ascensión. Ha sido descrita como «más alejada de cualquier sitio que cualquier otro sitio del mundo»[59]. Desde mediados del siglo XVII hasta 1834 esta oscura mota en el confín del imperio británico se utilizó como punto de abastecimiento de agua en el trayecto de ida o de vuelta de la India. En 1815 su población estaba compuesta por 3.395 europeos, 218 esclavos negros, 489 chinos y 116 malayos[60]. El gobierno inglés firmó un acuerdo con la Compañía de las Indias Orientales, que regía la isla, por el que accedía a sufragar el encarcelamiento de Napoleón allí.

La llegada a la única ciudad de Santa Helena, Jamestown, ofrece la tremenda vista imponente de unos negros acantilados de 200 metros, bruscos e inexpugnables, a cada extremo del pequeño puerto. El 15 de octubre, apoyado en el hombro de Marchand, Napoleón observó la isla a través del telescopio que había utilizado en Austerlitz. «No es un sitio atractivo», afirmó. «Habría hecho mejor en quedarme en Egipto»[61]. Con dos fragatas de la Royal Navy que patrullaban constantemente la isla, y sin la posibilidad de que ningún navío se acercase desde cualquier punto sin ser avistado por alguno de los numerosos puestos de vigía comunicados entre sí, por fuerza tuvo que reconocer que moriría allí.

El 17 de octubre, mientras soplaba un violento y persistente viento del

sureste, desembarcó y fue conducido rápidamente a Longwood, la casa que le habían preparado en la meseta de Deadwood[62]. Había sido la residencia del lugarteniente del gobernador, que solo la ocupaba durante tres meses al año, porque su altura de 500 metros sobre el nivel del mar suponía que poseía –como ocurre hoy– un microclima distinto del tropical y templado del resto de la isla, al que los funcionarios británicos que habían vivido allí podían atribuirle legítimamente ser «tal vez más agradable y saludable del mundo». Wellington, que la había visitado en 1805 cuando volvía de la India, describió su atmósfera como, «seguramente, la más saludable en la que he vivido»[63]. Pero estos visitantes, en su mayoría, habían permanecido en Jamestown o en sus alrededores. Por el contrario, Longwood se encuentra sumida en la niebla durante más de 300 días al año[64]. La humedad habitual es del 78%, y alcanza muchas veces el 100%. Así pues, todo está leve pero constantemente húmedo, incluso el papel de las paredes y los árboles, doblados por el viento, aparecen cubiertos de líquenes. Para que Napoleón pudiese jugar a las cartas era necesario secarlas en el horno, porque, si no, se quedaban pegadas.

Longwood padecía además plagas constantes de termitas, ratas, mosquitos, cucarachas y unos insectos llamados jejenes, de las que las tres últimas se producen aún hoy, a pesar del trabajo de restauración llevado a cabo por el cónsul honorario francés residente, Michel Dancoisne-Martineau, para mantener y recuperar la residencia. La humedad viscosa permanente entre los meses de septiembre y febrero supuso que Napoleón y su séquito contrajesen constantemente bronquitis, catarros e irritaciones de garganta. Pero, a parte de la mansión del gobernador a menos de 5 kilómetros, era el único lugar con el tamaño y la protección suficiente para albergar al antiguo Emperador y a sus cortesanos y sirvientes, siendo además por su elevación en la meseta fácil de defender desde el cercano cuartel de Deadwood. El gobernador recibía información sobre lo que hacía Napoleón desde un telégrafo de banderas en Longwood, con seis posibilidades, desde «Todo está en orden con respecto al general Bonaparte», hasta «El general Bonaparte ha desaparecido»[65].

Durante las siete semanas que se tardó en ampliar y acondicionar Longwood, Napoleón permaneció en un hermoso chalet llamado Los Brezos, más próximo a Jamestown, con la familia del superintendente de la Compañía de las Indias

Orientales, William Balcombe, en una habitación y un pabellón de su jardín[66]. Esta época fue la más feliz en Santa Helena, en parte porque entabló una amistad improbable, encantadora e inocente con la segunda de los cuatro hijos que habían sobrevivido de los Balcombe, Betsy, una niña de 14 años animosa que hablaba un francés comprensible, aunque agramatical, y con la que Napoleón se comportó con un paternalismo indulgente. La habían educado para pensar que era, según sus palabras, «un ogro enorme o un gigante, con un gran ojo ardiente en medio de la frente, y largos dientes que asomaban por la boca, con los que trituraba y devoraba a las niñas pequeñas», pero pronto acabó adorándole[67]. «Su sonrisa y la expresión de su mirada no pueden trasladarse al lienzo, y constituían su principal atractivo», escribió más tarde. «Tenía el pelo de un castaño oscuro, y tan fino y sedoso como el de un niño, puede que demasiado porque en un hombre esta misma suavidad hace que parezca débil»[68].

Esa amistad comenzó cuando Napoleón puso a prueba a Betsy con las capitales de Europa. Cuando le preguntó por la de Rusia, respondió: «Ahora, San Petersburgo; antes, Moscú», frente a lo que «se giró bruscamente y, clavando en mí sus ojos penetrantes, me preguntó con severidad, “¿Quién la incendió?”». Se quedó estupefacta, hasta que él se empezó a reír y dijo: «*Oui, oui*. Sabes muy bien que fui yo el que la incendió», a lo que la adolescente le corrigió: «Creo, señor, que la incendiaron los rusos para librarse de los franceses»[69]. Con esta respuesta, Napoleón se volvió a reír, y la amistad con «mademoiselle Betsee», «*leettle monkee*» [monita] y «cabecita de chorlito» echó a andar. Cantaban juntos, marchando por la habitación al son de la aria, desafinada, «*Vive Henri Quatre*». «Nunca había conocido a nadie que tolerase como Napoleón las libertades que se toman los niños», recordó Betsy. «Cuando veía a uno, parecía disfrutar de toda la alegría y la diversión, y a pesar de que puse a prueba su paciencia muchas veces, nunca le vi perder los papeles ni esgrimir su rango o edad»[70].

Mientras estuvo con los Balcombe, Napoleón se dedicó a jugar al ajedrez, al billar, al whist –con Betsy, apostando caramelos–, a un entretenimiento infantil llamado «el gato en el rincón», a la gallinita ciega, a practicar la puntería y a enterarse del chismorreo local. Pasó muchas horas tomando baños calientes, mirando a las nubes que se acumulaban cerca de Longwood, «escuchando los miles de grillos» tras la caída del sol y viajando en su carruaje de paseo irlandés

a velocidades de vértigo por las escasas y escarpadas carreteras de la isla. Liberado de cualquier responsabilidad, se permitió entregarse a la frivolidad, disfrutando casi de una segunda niñez. Cuando el hermano de Betsy, Alexander, le llamó por su mote inglés, «Boney» [Huesudo], no comprendió la alusión, sobre todo después de que Las Cases se lo tradujese literalmente y señaló lo que, para entonces, ya era evidente: «No soy nada huesudo»[71].

Napoleón le dijo a Betsy que María Luisa era «una criatura afable, y muy buena esposa», y, de forma menos convincente, que «le habría seguido a Santa Helena si le hubiesen dejado». Alabó la belleza de Paulina y de mademoiselle George, así como la de Albine de Montholon, de la que Betsy dijo que era «conocida por su proporcionada y elevada estatura». Albine se había quedado embarazada en el viaje a Santa Helena, pero a pesar de ser bautizada con el nombre de Napoléone-Marie-Hélène, no hay sospechas de que la hija fuese de Napoleón. Sin embargo, bastante más tarde, Albine se convirtió en su última amante[72]. Madame Bertrand, Gourgaud y otros dieron por hecho que tenían una aventura –la habitación de Albine estaba separada de la suya solo por la despensa–, y madame Bertrand se mostró celosa, a pesar de haber rechazado en su momento ella misma las insinuaciones del Emperador[73]. Albine parecía entender bien a Napoleón. «Su fuego, por falta de combustible, le consumió a él y a los que le rodeaban», escribiría más adelante. El 26 de enero de 1818 dio a luz a otra niña, Joséphine-Napoléone, que pudo ser la tercera y última hija ilegítima de Napoleón, pero que murió en el hotel Belle-Vue en Bruselas el 30 de septiembre de 1819 después del retorno de su madre a Europa. Su marcha pudo estar ocasionada por «motivos de salud», según se dijo, o porque quería abandonar Santa Helena para proseguir su aventura con el mayor Basil Jackson, veterano de Waterloo y asistente del gobernador de la isla, que la siguió hasta Bruselas una semana después[74].

La existencia de este triángulo –o cuadrado, si se incluye a Jackson– sentimental no supuso, como han inferido algunos escritores, que Montholon detestase a Napoleón. Entre la aristocracia francesa no eran infrecuentes estos arreglos, y el hecho de que Napoleón ya hubiese tenido relaciones con la esposa de Maret, con la del consejero estatal Duchâtel y con la amante de Chaptal y sirvienta de Pauline, ponía de manifiesto que en la corte napoleónica se reconocía el concepto de *droit de seigneur*. El sumiso Montholon no habría

permanecido en Santa Helena tras la marcha de su esposa a Europa, ni habría mantenido su lealtad bonapartista durante toda la vida –sufriendo incluso siete años de cárcel tras tomar parte en el intento de golpe de estado del sobrino de Napoleón en 1840– si le hubiese detestado.

El 10 de diciembre de 1815 Napoleón se trasladó a Longwood, bajo un calor sofocante. Cuando Bertrand, que vivía en una casa de campo cercana en Hutt's Gate, le dijo que su «nuevo palacio» estaba listo, le respondió: «No le llames palacio, sino tumba»[75]. Contaba entre sus estancias con una sala de billar, pintada de un estridente color verde debido a la abundancia de pintura de este color de la Compañía de Indias Orientales, un salón, un comedor, una biblioteca, habitaciones para el servicio y dependencias separadas para la familia Montholon. El gobierno inglés insistió en que Napoleón conservase únicamente el rango de «general inactivo», al que no se podía llamar emperador bajo ninguna circunstancia para evitar ofender a los Borbones, a pesar de que, siguiendo una demanda de origen medieval, Jorge III había incluido entre sus títulos el de rey de Francia durante los primeros 42 años de su reinado[76]. Así pues, los británicos solían dirigirse a él como «Señor», «Excelencia» o «General Bonaparte». Al recibir una invitación a una recepción dirigida al general Bonaparte, Napoleón replicó: «Responde al remitente que la última vez que oí hablar de él fue en las Pirámides y en el monte Tabor»[77].

A pesar de que lord Bathurst, ministro de Guerra, había ordenado que no recibiese periódicos, alegando cuestiones de seguridad nacional, recibía las noticias con regularidad[78]. Al saber que José había logrado evitar a sus perseguidores y vivía en Bordentown, Nueva Jersey (EE.UU.), «se quedó un tiempo pensativo», sin duda considerando qué habría ocurrido de haber aceptado su oferta de suplantarle, antes de «expresar su satisfacción»[79]. A pesar de lamentar la indignante ejecución del general de La Bédoyère a manos de los Borbones el 19 de agosto de 1815, reaccionó de modo vergonzoso cuando supo que el mariscal Ney había corrido la misma suerte, diciendo a Gourgaud: «Ney no ha tenido más que su merecido. Lo siento, porque era indispensable en el campo de batalla, pero también era tan temperamental y tan estúpido que solo podía tener éxito en la lucha»[80]. Algunos comentarios posteriores acerca de la traición de Ney en Fontainebleau en abril de 1814 justificaron su ira[81].

La ejecución de Murat a cargo de los Borbones napolitanos causó en él una

reacción similar al principio –«Murat ha tenido lo que se merecía»–, pero más tarde reflexionó: «Ha sido todo culpa mía. Debería haberle mantenido como mariscal, y no nombrarle gran duque de Berg; y menos aún rey de Nápoles. Estaba fuera de sí, fue demasiado ambicioso»[82]. Por si alguien le tildaba de hipócrita, añadió: «Yo alcancé la distinción paso a paso, pero Murat quiso ser de golpe jefe de todo». También le impresionó la sensacional fuga de Lavalette de la prisión parisina de Conciergerie, en la que aguardaba la ejecución por alta traición, y en la que su esposa –de la que Napoleón pensaba hasta entonces que era algo «tontita»– ocupó su lugar, facilitándole que escapase vestido con su ropa[83]. Los Borbones, reaccionando con su habitual generosidad, la encarcelaron hasta que se volvió loca. Napoleón mostró su «satisfacción» al saber que María Walewska se había casado en 1816 con el bonapartista duque d'Ornano. «Es rica», afirmó, refiriéndose a los 10.000 francos mensuales que le había estado entregando durante una época, «así que ha debido de hacerlo por mucho dinero»[84]. Pero no tuvo demasiado tiempo para disfrutar, porque un año después falleció a causa de una insuficiencia renal en Liège, donde el duque estaba exiliado. Napoleón no tuvo inconveniente en revelar a Gourgaud la identidad de sus amantes, al comentar mutuamente su «buena suerte» con las mujeres, aunque reconoció solamente a seis o siete, cuando el número real había sido al menos tres veces superior[85].

Hasta el 14 de abril de 1816 el encarcelamiento de Napoleón no fue cómodo ni agradable, algo imposible para una personalidad de su envergadura en una isla tan minúscula, pero al menos era soportable. Pero ese día llegó a Santa Helena un nuevo gobernador, Hudson Lowe, para sustituir al amable coronel Mark Wilks. En su primer encuentro Napoleón le regaló un reloj de oro, que puede verse hoy en el Museo del Ejército de Londres, pero las relaciones se deterioraron muy rápidamente. Napoleón estaba empezando a sentirse irritado por su destino, y la elección de un nuevo carcelero puntilloso, poco imaginativo y obsesionado con las normas no fue acertada. Montholon admitió más tarde que «ni un ángel caído del cielo nos habría gustado como gobernador de Santa Helena», pero la carrera militar de Lowe prácticamente aseguraba el encontronazo[86]. En su autobiografía, que permanece inédita en la British Library, Lowe describe cómo encabezó una compañía durante el ataque nocturno

de Nelson a un fuerte de la convención en la bahía de San Firenzo, en Córcega, a principios de febrero de 1794:

> Entonces todas las tropas se precipitaron hacia allí, y la división que encabezaba yo atravesó la brecha, que estaba totalmente cubierta con los cadáveres de los soldados franceses del acuartelamiento encargados de su defensa. Pertenecían todos al regimiento *La Fère*. Yacían amontonados en la brecha, por lo que tuvimos que abrirnos paso entre los muertos y los agonizantes[87].

Napoleón había dejado ese regimiento unos meses antes, por lo que Lowe narraba en realidad cómo había pisoteado a sus camaradas muertos o mutilados, combatiendo junto con una fuerza corsa antifrancesa a la que acabaría liderando, bautizados como los Monteros Reales Corsos y a la que Napoleón tildó de traidora.

Lowe también había combatido en Bastia y en Calvi, acuartelándose en la Casa Bonaparte en Ajaccio, antes de luchar en Portugal y Menorca y dirigir a los Monteros Corsos en Egipto, participando en la rendición francesa en 1801 y escoltando a los galos desde El Cairo hasta el puerto de Rosetta, un momento humillante del consulado de Napoleón. Después había impulsado durante dos años un periódico en Capri, desde el que se encargaba de que la información sobre todas las victorias de los ejércitos aliados en la Guerra Peninsular se difundiese clandestinamente entre los habitantes de Nápoles y otras ciudades italianas, desempeñando una labor que Napoleón consideraría impropia de un soldado[88]. Además conocía y admiraba profundamente al zar Alejandro, con el que presenció la batalla de Leipzig, tras la que se incorporó al estado mayor de Blücher, al que también idolatraba. Había asistido a las derrotas de Napoleón en La Rothière y Lâon, y entró en París tras la rendición de Marmont. A comienzos de 1815 había recomendado fortificar la cumbre de Waterloo, aunque no estuvo presente en la batalla, porque en ese momento encabezaba a las tropas que expulsaron a Brune de Toulon en julio[89]. Por lo tanto, en sus 34 años de servicio, del que se había ausentado durante menos de 12 meses, había sido testigo de muchas de las humillaciones sufridas por Napoleón, y había contribuido a atenuar sus primeras victorias. La empatía entre ambos era

imposible, y Lowe difícilmente podía admirar ningún rasgo del carácter de Napoleón. «Los únicos hombres a los que has dirigido han sido traidores corsos», le espetó en su último encuentro. «No eres un general, eres solo un oficinista»[90].

Para los partidarios de Napoleón, Lowe era ignorante, cruel y sádico, algo falso, y también falto de tacto, arrogante y de mentalidad cerrada, lo que era cierto. De acuerdo con el conde de Albermarle, combatiente en Waterloo, diversos oficiales corsos acusaron a Lowe de ser «un hombre de modales groseros e irritable, con un carácter autoritario»[91]. Wellington fue incluso más allá: Lowe fue «una elección muy mala; carecía de educación y de juicio. Era un estúpido, que lo ignoraba todo acerca del mundo, y, como los que lo ignoran todo acerca del mundo, era suspicaz y celoso»[92]. Teniendo en cuenta la buena relación de Napoleón con muchos otros británicos –entre otros, Fox, Cornwallis, Yarmouth, Campbell, Macnamara, Ebrington, Russell, Fazakerley, Venables-Vernon, Douglas, Ussher, Maitland, O'Meara, Cockburn y los Balcombe–, la elección de este antipático rigorista fue una ocasión perdida. Napoleón podría haber proporcionado una información muy valiosa acerca de los mil vericuetos políticos de la Europa de los 16 años anteriores; de hecho ya había revelado a Cockburn algunos secretos navales muy útiles acerca de la defensa del puerto de Cherburgo.

Napoleón solo consintió encontrarse con Lowe seis veces en cuatro meses, a pesar de vivir a 5 kilómetros de él, y más tarde mantuvieron una guerra extraordinaria por minucias, hasta la muerte del francés cinco años después. Lowe se quejó de la cantidad de leña que se consumía en Longwood, regañó a William Balcombe porque Betsy había montado uno de los caballos de Napoleón, se negó a que afinasen su piano y prohibió que le entregasen unos libros de historia, un busto del Rey de Roma y un juego de ajedrez de marfil grabados con la «N» imperial. A Napoleón se le impidió cualquier contacto con su hijo, al que no se permitió aprender francés, y al que se otorgó un título austriaco en 1818, el de duque de Reichstadt. Lowe se negó también a que comprase la libertad de Toby, el anciano jardinero esclavo malayo de los Balcombe, a pesar de que él mismo había abolido la esclavitud para todos los niños nacidos después del día de Navidad de 1818[93]. Llegó incluso a negarse a su solicitud para ver la boa constrictor del capitán Murray Maxwell, capaz de

engullir una cabra, y prohibió al capellán de Santa Helena recibir como regalo una cajita de rapé de Napoleón, alegando que se trataba de un intento de soborno a un funcionario[94].

El momento más absurdo en la carrera de Lowe se produjo en mayo de 1820, al informar a lord Bathurst de que Montholon había hablado con el delegado francés en la isla, el marques de Montchenu, sobre el éxito obtenido en Longwood cultivando verduras, ofreciéndole alubias verdes y blancas de su jardín. Para Lowe este acto conllevaba un profundo significado político, ya que el verde era el color bonapartista, y el blanco el borbónico. «Me parece que el marqués», escribió a Barthurst, «habría actuado con mayor acierto si se hubiese negado a aceptar ambas, o si se hubiese limitado a aceptar solo las blancas». No fue la única vez que habló del asunto del color de las alubias al ministro de Guerra, probablemente perplejo[95]. Napoleón, para aprender inglés, hizo que le enviasen un libro de cuentos infantiles; en uno de ellos, un león enfermo soportaba con entereza las ofensas del resto de animales, hasta que un mono le pateaba en la cara. «Puedo soportarlo todo, menos esto», decía antes de morir. «Somos tu gobernador y yo», dijo Napoleón a Betsy[96].

Pero la provocación y la paranoia viajaba en ambas direcciones. Napoleón hizo levantar un muro y una cerca para poder cuidar el jardín fuera de la vista de los guardianes de Lowe; también hizo retirar las sillas, de tal forma que el gobernador tuviese que quedarse de pie durante sus entrevistas, como si fuese un jefe de estado; practicó agujeros en la persiana de la sala de billares –en Santa Helena se decía que los había hecho él mismo con su cortaplumas–, para poder observar la garita de los guardias en el jardín, a pesar incluso de que estas miraban hacia fuera de la casa, y no hacia dentro[97]. Bautizó a Lowe como el «esbirro siciliano», acusándole con frecuencia de ser un asesino enviado por la «oligarquía inglesa» –el gobierno de ese país–, asegurando que los guardias que rodeaban su casa tenían orden de matarle, y que algún día moriría por un golpe «accidental» de bayoneta[98]. «No aguanto el rojo», afirmó durante un ataque de anglofobia, «porque es el color de Inglaterra»[99].

Uno de los principales motivos de disputa fue la intención de Lowe de reducir los gastos por el encierro de Napoleón, de 20.000 libras anuales a 12.000 –de 400.000 francos a 240.000–. La polémica acerca del presupuesto descendió hasta el coste de la mantequilla que se servía en Longwood. Lowe no acertaba a

comprender para qué necesitaba Napoleón un maestro repostero y un farolero, pero aun así, a pesar de las protestas de Bertrand por los recortes, el presupuesto no se redujo[100]. Por ejemplo, durante los tres últimos meses de 1816 se enviaron allí 3.700 botellas de vino, incluidas 830 de clarete[101][**].

Aunque Lowe lo ignorase, Napoleón nunca se planteó intentar escapar de Santa Helena, algo sorprendente teniendo en cuenta que hasta Rochefort todos sus intentos –Córcega, Egipto, Elba– habían tenido éxito. Sí que fingió, a modo de broma, un intento de fuga, al lanzarse cabalgando cerca de un precipicio, escapando de la vigilancia del capitán Thomas Poppleton del 53º Regimiento, pero Cockburn no se alarmó y dijo a su compatriota que seguramente le encontraría si regresaba a Longwood, lo que efectivamente sucedió[102]. Entre su séquito sí que se produjeron numerosas conversaciones en torno a la posibilidad de fugarse, e incluso se llegó a esbozar algún plan, como el diseñado por el general Lallemand y un tal coronel Latapie, que habían huido de Malta dos meses después de ser encarcelados allí[103]. Latapie propuso ocupar la isla de Fernando de Noronha, a 350 kilómetros de la costa brasileña y empleada como prisión por los portugueses, incitando a la rebelión a sus 2.000 presos y embarcando desde allí hasta Santa Helena para liberar a Napoleón. Pero él mismo lo rechazó, calificándolo de «historieta que se han inventado para dar mayor autoridad a las vejaciones de sir Hudson Lowe»[104][***]. Gourgaud presumió de que en numerosas ocasiones habían hablado de una posible fuga «en una cesta de ropa sucia, en un tonel de cerveza o en una caja de azúcar», añadiendo que el Emperador fue tajante al afirmar que no se disfrazaría ni realizaría el más mínimo esfuerzo físico para huir, por considerarlo indigno[105]. Por otra parte, la paranoia había llevado a Lowe a apostar al menos 125 hombres cerca de Longwood durante el día, y unos 72 durante la noche.

Napoleón pasó más de cinco años y medio en Santa Helena, un período mayor que el de su Primer Consulado, y además de Longwood, que durante los siguientes cien años fue devastada por las termitas y tuvo que ser reconstruida, solo pudo elevar allí un monumento: sus memorias. En 1802 había afirmado que «escucharía la campanada de la última hora sin pesar y sin preocupación por la opinión de las generaciones futuras», pero su principal actividad en Santa Helena

evidenció su intento de influir en esa opinión[106]. Que lo consiguiese fue fruto tanto de la extraordinaria naturaleza de lo que narraba como de su habilidad literaria. «Como el orador, el historiador debe persuadir y convencer», dijo a Bertrand[107]. En junio de 1816 comenzó a dictar a Las Cases –padre e hijo–, a Gourgaud, a Montholon y en ocasiones a O'Meara, durante más de doce horas diarias, lo que acabaría siendo, después de que Las Cases lo publicase en cuatro volúmenes bajo el título *Le Mémorial de Sainte-Hélène*, el mayor éxito de ventas internacional del siglo XIX[108]. Cuando acabó, dictó también las 238 páginas de su libro sobre Julio César, repleto, como se ha visto, de ecos autobiográficos.

Napoleón sembró la sala de billares de mapas, sujetos con las bolas, y se apoyó en los boletines para recordar las sesenta batallas en las que había participado. Cuando una visitante le preguntó cómo podía recordar cada detalle de las unidades que habían participado, replicó: «Madame, estos son los recuerdos que guarda el enamorado de una antigua amante»[109]. Como en el caso de otros estadistas, su rememoración de los hechos no fue del todo precisa. «¡Mi vida ha sido como una novela!», afirmó, y de hecho su narración recurrió tanto a los hechos como a la ficción[110]. Exageró los logros, mitigó las derrotas, y pretendió haber albergado un paneuropeísmo que nunca formó parte de su política. Las Cases adjuntó incluso el documento fraudulento mencionado en el capítulo 20. Como no podía ser menos, trató de utilizar sus memorias para contrarrestar a sus detractores[111]. «Sin duda, en mi carrera se hallarán muchos fallos», afirmó, «pero Arcole, Rivoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland son de granito; los dientes de la envida son inútiles allí»[112]. También se vio impelido a denigrar a otros grandes hombres del pasado –con la excepción de Julio César–, para incrementar su propia estatura. Las maniobras importantes de Gustavo Adolfo fueron escasas, Federico el Grande «no entendía de artillería», «Enrique IV nunca acometió nada importante… San Luis fue un simplón», e incluso Alejandro Magno no ejecutó «maniobras dignas de un gran general»[113]. Después de la muerte de Napoleón, y antes de la publicación de sus memorias, Grougaud redactó unos recuerdos del Emperador, cuyas referencias al mariscal Grouchy y a Ney en Waterloo parecían tan distorsionadas e incorrectas que el primero lanzó un panfleto titulado *Dudas sobre la autenticidad de las memorias históricas atribuidas a Napoleón*, afirmando que no podían ser obra suya[114]. Sin embargo, lo eran.

La rutina diaria de Napoleón en Longwood, hasta su enfermedad en 1820, consistía en levantarse a las 6 de la mañana, tomar té o café, lavarse, afeitarse y recibir un masaje de cuerpo entero con colonia; «Frota más fuerte», decía a sus sirvientes, «como si estuvieses frotando a un mulo»[115]. Desayunaba a las 10, dictaba después sus memorias, y después tomaba un baño de entre una y tres horas, llegando incluso a comer mientras tanto. A primeras horas de la tarde recibía visitas en el salón, sentado junto al fuego con el sombrero bajo el brazo, antes de dar un paseo hasta la casa de Bertrand, para regresar luego y corregir la copia dictada antes de la cena[116]. Después dejaba embelesados a los miembros más destacados de su séquito relatándoles los recuerdos de las grandes personalidades y sucesos que había vivido, para aburrirles después con la lectura de Corneille, Voltaire, Ossian, Homero y, a veces, la Biblia, hasta la hora de dormir, a las 23[117]. Dos de los miembros de su pequeña corte conspiraron para «perder» su copia de *Zara*, la tragedia de Voltaire, si proponía leerla una vez más[118].

A mediados de junio de 1816 llegó el almirante sir Pulteney Malcolm para reemplazar a Cockburn como responsable militar al mando de Santa Helena. Napoleón disfrutó de su compañía y de la de su esposa, que resultó ser la hermana del capitán Elphinstone, al que había auxiliado el día antes de Waterloo, y que puso por escrito sus numerosas, prolongadas y detalladas conversaciones[119]. Malcolm descubrió que era «más alto y no tan grueso como había esperado por los cuadros (…), de modales sencillos, y agradable». Hablaron de la gota que padecía el almirante conde Saint Vicent, del impuesto de Pitt –«Casi todo el mundo se queja, lo que demuestra que todos lo pagan»–, de la «deshonra» de la esclavitud, de la táctica de Nelson en Trafalgar, de los riesgos que corrió Wellington en Waterloo, y del destino de los Borbones. Las discusiones acerca de d’Engien y la masacre de Jaffa daban muestra de que no se omitía ningún tema[120]. En un solo encuentro mencionaron la aristocracia escocesa, la elección de títulos de Wellington y Nelson, la obra de Sheridan *Los rivales*, el republicanismo de John Milton, los grandes cambios sufridos por el idioma inglés desde Shakespeare, y su modernización, acometida por Dryden y Addison. Napoleón preguntó por Byron, contrastándolo con la prosa y la poesía italianas, antes de sentarse con lady Malcolm para jugar al ajedrez. La familia observó que Napoleón se reía con frecuencia; en una ocasión, al estudiar la

nueva máquina para fabricar hielo presentada en la isla por su inventor, el profesor Leslie, pionero de la refrigeración, acabó rompiéndole el termómetro y, señalando con modestia su torpeza, afirmó: «Es algo propio de mí»[121].

Como forma de combatir el aburrimiento, Napoleón recibió a legiones de invitados, que llegaban a la isla para reabastecer sus embarcaciones. El 7 de junio de 1817 se reunió con el doctor Thomas Manning, explorador del Tíbet, que se dirigía a China. Le interrogó acerca de los ingresos del Gran Lama de Lhasa, y «lanzó miles de preguntas sobre los chinos, su lenguaje, sus costumbres, etc.». Al margen de esto, la vida en Santa Helena era monótona, salpicada de vez en cuando por las invasiones de ratas en Longwood. En una ocasión le dijo a Betsy que se había «sobresaltado al ver a una enorme saltar fuera del sombrero, cuando iba a ponérmelo»[122]. Otra forma de entretenimiento era imitar los famosos gritos de los vendedores callejeros de Londres.

Desde finales de octubre de 1816 –más de cuatro años y medio antes de su fallecimiento– Napoleón empezó a mostrar signos preocupantes de enfermedad, en parte causadas por su tóxica relación con Lowe –tras su llegada, había dejado de montar tanto a caballo, convirtiéndose casi en un ermitaño–, pero también por la escasez de frutas y verduras en su dieta y por su negativa a tomarse la medicación prescrita, aviniéndose únicamente a someterse a baños calientes aún más prolongados. Estas medicinas incluían un ácido tartárico emético, cloruro de mercurio y una cocción de corteza de árbol, por lo que su negativa tampoco pudo provocarle grandes daños. También padeció una depresión creciente a causa de su destino, calificando a la isla en diversas ocasiones de «maldita», «espantosa», «vil» y «miserable» roca[123].

Barry O'Meara informaba a Lowe con asiduidad de la salud de su paciente, y estos detallados resúmenes semanales, e incluso diarios, permiten trazar el curso de los síntomas que padeció. O'Meara acabó discutiendo con Lowe en octubre de 1817 tras diagnosticarle hepatitis, porque Lowe consideró que la enfermedad podía achacarse al gobierno inglés por haberle enviado a un lugar insano; a partir de entonces el irlandés tuvo que dictarle sus informes al doctor Alexander Baxter, designado por Lowe, y al que Napoleón se negó a recibir. Esta situación absurda se prolongó hasta agosto de 1818, cuando Lowe expulsó a O'Meara de

la isla. Para entonces ya había desterrado a Gourgaud, acusado de intentar comunicarse con Lucien Bonaparte.

El informe del 20 de octubre de 1816 recogía cómo Napoleón –al que Lowe insistía en que llamase «general Bonaparte»– se quejaba de sentir «las encías porosas, que sangran al tocarlas, y presenta un rostro más pálido de lo habitual»[124]. Más tarde añadía que «respira con dificultad» (21 de octubre), «hinchazón y frío en las extremidades inferiores» (10 de noviembre), sufriendo «ataques ocasionales de jaquecas nerviosas, que ha padecido durante varios años, y una leve diarrea» (5 de marzo de 1817), «una ligera tumefacción en las mejillas, y enrojecimiento de las encías» (28 de marzo), «hinchazón en las mejillas, muy dolorosa» (30 de junio), «aparente tumefacción [hinchazón] en los tobillos, falta de reposo nocturno, y una inclinación frecuente a hacer aguas menores en pequeñas cantidades cada vez» (27 de septiembre), un dolor sordo «en la región hipocondríaca derecha, y una sensación parecida en el hombro derecho», un incremento de las pulsaciones de 60 a 68 por minuto, intestino irritable, dolor en las mejillas y molestias en el costado (9 de octubre), que O’Meara resumió así: «Si prosiguen o se incrementan, habrá motivos suficientes para concluir que padece un brote de hepatitis crónica» (1 de octubre).

En otoño de 1817 O’Meara extrajo un diente a Napoleón, en la única operación médica a la que se sometió en su vida. El 9 de octubre padecía «un dolor sordo en el costado derecho, más atrasado, y las piernas están menos hinchadas», y «la sensación [de] dolor en el costado derecho continúa igual. Anoche presentó algunos síntomas de palpitaciones en el corazón (…) y un dolor más bien agudo bajo la escápula, radiante hacia el costado derecho, que afectaba en parte a la respiración (…) causado posiblemente por haber permanecido sentado ayer durante un tiempo considerable en las escaleras de la veranda» (11 de octubre), «dolor sordo en el costado derecho y falta de sueño» (13 de octubre) [125]. No agonizaba, pero tampoco se encontraba bien.

A finales de 1817 empezó a padecer una depresión, además de dolencias en el hígado, afecciones estomacales y puede que hepatitis B. «Anoche los pensamientos no fueron alegres», dijo a Bertrand[126]. Aun así no parece que considerase en serio el suicidio, a pesar de haberlo intentado una vez en Fontainebleau en 1814 y posiblemente de nuevo en el Elíseo al año siguiente. La única pista de que lo sopesase en Santa Helena procede de un testimonio de

segunda mano, cincuenta años después de su muerte, en las memorias publicadas por Basil Jackson, amante de Albine de Montholon en 1877, que aseguró que en Santa Helena Gourgaud «habló misteriosamente, llegando más lejos de la mera insinuación, de que Napoleón le había sugerido una autodestrucción; fue en una ocasión en la que mencionó la muerte por inhalación de carbón vegetal»[127]. La quema de carbón vegetal produce monóxido de carbono. Lo cierto es que para 1818 ya había escrito sus memorias, no vería de nuevo a nadie de su familia, lamentaba la pérdida de memoria y de la libido, y estaba claramente enfermo, en ocasiones de modo doloroso. Era además tan audaz como para acabar con su propia vida, y la ausencia de una fe religiosa significaba que «no albergaba temores quiméricos al infierno»[128]. «La muerte no es más que un sueño sin sueños», y, «por lo que respecta a mi cuerpo, se convertirá en zanahorias o nabos. No temo a la muerte; estando en el ejército vi morir a muchos hombres mientras me estaban hablando»[129].

«¿Tiene derecho un hombre a quitarse la vida?», se había preguntado en su ensayo de 1786 *Sobre el suicidio*. «Sí, si su muerte no causa daño a otra persona y la vida es para él un mal»[130]. Sabía que Séneca, Plinio, Marcial, Tácito y Lucano lo habían hecho[131]. Sin embargo, cuando un granadero llamado Gobain se suicidó en 1802, el segundo en hacerlo en un mes, Napoleón emitió un severo Orden del Día, en el que afirmaba que «un soldado debería saber dominar el dolor y la melancolía de sus pasiones; hay tanto valor en soportar con constancia el sufrimiento mental como en permanecer firme bajo una tormenta de metralla. Rendirse al pesar sin resistencia y quitarse la vida es abandonar el campo de batalla antes de haber sido conquistado»[132]. A pesar de que el suicidio de Catón fue alabado por sus contemporáneos, Napoleón se preguntó en su biografía de Julio César: «¿A quién sirvió su muerte? A Julio César. ¿A quién agradó? A Julio César. ¿Para quién fue letal? Para Roma, y para su facción (…). Se suicidó por despecho y desesperación. Su muerte fue la debilidad de un gran espíritu, el error de un estoico, una mancha en su vida»[133]. Puede que Napoleón no se suicidase en Santa Helena porque eso haría felices a sus enemigos; tal y como lo expresó él mismo, «requiere más valor sufrir que morir»[134]. En junio de 1817 dijo a los Malcolm;

> He portado la corona imperial de Francia y la de hierro de Italia; hoy

> Inglaterra me ha otorgado una mayor y más gloriosa, porque es la corona que llevó el salvador del mundo; la de espinas. La opresión y los insultos solo se añaden a mi gloria, y la persecución de Inglaterra será la parte más refulgente de mi fama[135].

Siendo típicamente hiperbólico, inusualmente blasfemo e incorrecto de hecho en varios aspectos, era cierto que vivir en Santa Helena después de haber regido la mayor parte de Europa era un duro castigo, aunque más suave que la ejecución que le habrían deseado los Borbones y los prusianos. Tras un terremoto ocurrido ese verano, dijo a uno de sus sirvientes que «deberíamos haber sido engullidos, con toda la isla. Habría sido muy agradable morir con compañía»[136]. Se aferraba a un posible devenir político que acabase con su liberación, como «una insurrección en Francia», la elevación de lord Holland como primer ministro, la muerte de Luis XVIII con el posterior nombramiento de la hija única del príncipe regente, Charlotte, como reina de Inglaterra: «Ella me llevaría de nuevo a Europa». En realidad ninguna de estas opciones parecía tener visos de realizarse, especialmente después de noviembre de 1817, con la muerte de Charlotte, que fue sustituida por su antipático hermano menor, el futuro rey Guillermo IV[137].

En 1818 los Balcombe abandonaron la isla, O’Meara fue expulsado y Cipriani, un corso con el que solía recordar viejos tiempos, falleció. Antes de marcharse, Betsy notó el grave deterioro de la salud de Napoleón tras una enfermedad. «Los cambios y estragos que ha provocado en su aspecto son tristes de contemplar», escribió.

> Tiene el rostro de color cerúleo, y las mejillas caen formando bolsas en ambos lados de la cara. Los tobillos están tan hinchados que sobresalen por encima de los zapatos; está tan débil y falto de descanso que, si no se apoyase con una mano en una mesa, y con la otra sobre el hombro de un ayudante, no se mantendría en pie[138].

Al despedirse definitivamente, Napoleón les dijo: «Pronto embarcaréis hacia Inglaterra, dejándome morir en esta roca miserable. Mirad esas montañas espantosas; son los muros de mi prisión». Consciente del poder de los presentes,

regaló a Betsy el pañuelo con el que se había estado enjugando las lágrimas; cuando le pidió un mechón de cabello hizo que Marchand le cortase cuatro, para ella y para el resto de los miembros de su familia[139].

Entre las enfermedades atribuidas a Napoleón a lo largo de la historia se incluyen la gonorrea, los cálculos biliares, la epilepsia, la migraña, las úlceras, la malaria, la brucelosis, la hepatitis amebiana, la disentería, el escorbuto, la gota, hiperactividad de la glándula pituitaria, la esquistosomiasis, gases, indigestión, problemas renales, hipogonadismo, dolencias cardiacas, cistitis, depresión maníaca y síndromes varios, como el de Klinefelter, el de Fröhlich y el de Zollinger-Ellison[140]. Se pueden descartar con seguridad casi todas ellas, aparte de las hemorroides, un caso leve de tuberculosis infantil sin secuelas, una infección de vejiga con cálculos, la sarna y los dolores de cabeza, padecidos en todo caso antes de su estancia en Santa Helena. Un libro extraordinariamente minucioso publicado en 1947, *Itinéraire de Napoléon au jour le jour*, recoge dónde estuvo y qué hizo durante cada uno de los días de su vida adulta, y leyéndolo se constata que fueron muy pocos aquellos en los que se ausentó del trabajo por enfermedad. En enero de 1815 alardeaba: «No he estado enfermo nunca en mi vida»[141]. Contrajo la gripe en campaña, y puede que en Wagram, Borodino, el tercer día de Leipzig y tal vez en Waterloo estuviese en baja forma, pero sin llegar a cuestionar su capacidad para tomar decisiones en ninguna de esas batallas.

En 1818 la situación cambió totalmente, y empezó a padecer hinchazón crónica en las piernas, más dolores de cabeza, náuseas frecuentes, falta de apetito, «sudor abundante», palpitaciones, dolores en el costado derecho, catarros fuertes y –consecuentemente– un tono vital más apagado[142]. Entre principios y mediados de 1818 hizo su aparición el cáncer de estómago que acabaría con su vida, aunque no le fue diagnosticado con precisión hasta dos años después. A principios de ese año estuvo un mes entero sin salir de casa. «Por primera vez», observó Walter Henry, médico auxiliar del 66º, destinado en el cuartel de Deadwood, «Napoleón parece consciente de la naturaleza de su padecimiento, aludiendo [a este como] a una enfermedad del estómago, de la que falleció su padre con 35 años, y de la que ha sido tratada la princesa [Paulina] Borghese»[143]. Tanto Paulina como Carolina morirían de cáncer con 44 y 57

años, respectivamente, al igual que el hijo natural de Napoleón, Charles Léon, aunque en su caso a los 81 años[144]. De haber vivido hasta esa edad, Inglaterra le habría liberado al ser elegido presidente su sobrino en 1848.

En 1809 Napoleón pidió a Corvisart recibir lecciones de anatomía, para lo que enviaron a Malmaison diversas secciones de un cadáver para ser diseccionadas en su estudio antes de comer. Josefina se dio cuenta de que «estaba más pálido de lo habitual, y no podía comer», por lo que convenció a Corvisart de que no retomasen la lección después de la comida, lo que Napoleón le agradeció más tarde[145]. Fue una aprensión llamativa, teniendo en cuenta la cantidad de cuerpos desmembrados que había visto en el campo de batalla, pero esta breve lección le ayudó a comprender el funcionamiento del cuerpo humano, y le proporcionó un conocimiento suficiente como para saber, en 1818, que su enfermedad ponía en riesgo su vida.

Durante muchos años se han elaborado diversas teorías de la conspiración, muy imaginativas, asegurando que Napoleón fue envenenado con arsénico por Montholon u otros, basadas en una supuesta elevada cantidad de dicha sustancia en su pelo. Pero muestras de cabello de muchos otros contemporáneos, como Josefina o el Rey de Roma, mostraban un nivel de arsénico igualmente elevado, que padeció además en varios momentos antes de llegar a Santa Helena. Por ejemplo, las 10,38 partes por millón son inferiores a las 17 de Jorge III[146]. Es cierto que podría haber recibido una mejor atención por un doctor más capacitado que Francesco Antommarchi, nombrado por Madame Mère y el cardenal Fesch, que asumió el puesto en 1819 –Napoleón se negó a ser tratado por cualquier médico designado por Lowe–, pero el resultado final habría sido el mismo, una vez presente el cáncer de estómago[147]. El día después de su muerte siete médicos ingleses, acompañados por Antommarchi, le practicaron la autopsia en la sala de billares, depositando su cuerpo sobre unos tablones encima de unos caballetes. Según el informe oficial,

> La superficie interna del estómago, casi al completo, era una masa de afección cancerígena o escirrosa, previa al cáncer, especialmente notable en torno al píloro. La única porción aparentemente sana era la extremidad cardiaca, en una reducida zona cercana al final del esófago; el estómago aparecía casi por completo cubierto por un extenso fluido similar a los posos

de café. La superficie convexa del lóbulo izquierdo del hígado estaba adherida al diafragma[148].

Tanto los síntomas como la evolución temporal parecen indicar que no fue una úlcera estomacal que acabó siendo maligna, algo habitual en una época anterior a la medicación con antiácido, sino que se trató desde el inicio de un cáncer que se extendió hasta ocupar casi todo el estómago. La autopsia mostró que se había propagado a los nódulos linfáticos, y a los tejidos en contacto con el estómago, pero no al hígado. Las adherencias en la cavidad torácica sugieren una infección previa –la tuberculosis temprana o una neumonía bacteriana posterior–, sin relación con su muerte. Los posos de café estaban formados por sangre, ennegrecida a causa de la acción de los ácidos estomacales y las encimas digestivas[149].

Todos los doctores coincidieron al diagnosticar el cáncer, excepto Antommarchi, presionado por Bertrand y Montholon para atribuir su muerte a una gastrohepatitis, atribuible a la «oligarquía inglesa» que había encarcelado a Napoleón en un lugar tan insalubre como Longwood[150]. La frase «y el hígado parece algo mayor de lo habitual», en la tercera página del informe postmortem fue obliterada por Lowe, y no se publicó en la versión impresa, porque implicaba que Napoleón padecía hepatitis, además del cáncer que acabó con su vida[151]. Contribuyó a difundir las teorías conspirativas, pero fue esencialmente irrelevante, porque, tal y como escribió uno de los doctores presentes, Walter Henry, hablando de su estómago:

> Este órgano estaba totalmente devastado; de hecho presentaba ulceraciones por todas partes, como un panal. El foco de la enfermedad era exactamente el señalado por Napoleón [en varios momentos de su enfermedad final]: el píloro, o extremo inferior, donde comienza el intestino. Coloqué el dedo en ese punto, en un agujero provocado por la úlcera que había consumido el estómago, que se había cerrado por la ligera adhesión del hígado adyacente[152].

Y añadió: «Es sorprendente que Napoleón pudiese vivir con un órgano así, porque no tenía ni una pulgada sana»[153].

El quincuagésimo cumpleaños de Napoleón fue un momento de tristeza, porque hizo aflorar reminiscencias nostálgicas. «Mi corazón se ha vuelto de bronce», afirmó. «Nunca me enamoré, excepto un poco de Josefina, y cuando la conocí ya tenía 27 años. Por María Luisa tuve un afecto sincero»[154]. Para proporcionar algo de entretenimiento al Emperador se colocó un balancín en la sala de billares en enero de 1821, pero no lo utilizó demasiado[155]. En febrero arrojó por la ventana los medicamentos de Antommarchi, y estuvo vomitando casi a diario[156]. Ese mismo mes sufrió una «tos seca, vómitos y un ardor casi insoportable en el intestino, inquietud generalizada, ansiedad y una sed abrasadora»[157]. Para los que le rodeaban, las últimas imágenes de Napoleón eran sobrecogedoras: su complexión se les asemejaba a la del sebo, y se le comparó con un espectro.

El 17 de marzo de 1821 le visitó el Abbé Buonavita, enviado por el cardenal Fesch, al que instruyó acerca de lo que debía decir a Madame Mère y a sus familiares. El fraile estaba «espantado por la devastación que le había provocado la enfermedad, y al mismo tiempo muy conmovido por su entereza y resignación». Napoleón trató de montar en su carruaje junto a Montholon, pero no pudo, y «regresó sacudido por temblores de frío». Longwood se llenaba de mosquitos, y las telas no podían detenerlos[158]. «¿No te parece que la muerte sería un regalo del cielo para mí?», preguntó a Antommarchi a finales de marzo. «No la temo, pero aunque no deseo acelerarla, tampoco me aferraré lo más mínimo a la vida»[159].

Lowe se negó obstinadamente a reconocer que Napoleón padecía algo más que hipocondría. Su médico inglés, el doctor Thomas Arnott, le convenció de que Antommarchi mentía sobre la fiebre, e incluso el 6 de abril afirmó que «el general Bonaparte no padece ninguna dolencia importante, y probablemente sea más mental que de otro tipo»[160]. Arnott reconoció que Napoleón, con una espesa barba, tenía un aspecto «horrible», aunque se hizo afeitar dos días después. Lowe recibió otros informes, en los que se afirmaba que presentaba un rostro «muy pálido, cadavérico» y que su habitación estaba sucia, «sobre todo la ropa de cama, porque el general Bonaparte escupe allí. Tiene catarro y expectora en abundancia, sin volver la cabeza para evitar hacerlo sobre la ropa de cama, sino arrojándolo frente a sí»[161]. Perdió entre 10 y 15 kilos durante sus seis

últimos meses de vida, aunque aun así presentó unos dos centímetros de grasa en torno al corazón al morir; la máscara mortuoria que realizó Antommarchi evidenció lo hundidas que tenía las mejillas.

Napoleón hizo testamento el 15 de abril de 1821. «Muero en la fe Romana y Apostólica», comenzaba, «en cuyo seno nací hace más de 50 años. Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de la nación francesa a la que tanto he amado»[162]. Dividió su fortuna y sus posesiones, incluyendo muchos millones de francos que ya no eran suyos, entre su familia, sus sirvientes y algunos antiguos generales. Una de las cláusulas concedía 100.000 francos a Cantillon, que había tratado de asesinar a Wellington, del que Napoleón dijo que tenía «tanto derecho a matar a ese oligarca como este de enviarme a mí a morir en la roca de Santa Helena»[163]. Igual de injusta era la acusación contra Lowe: «Muero antes de que haya llegado mi hora, asesinado por la oligarquía inglesa y por su asesino a sueldo»[164]. Atribuía las invasiones de Francia de 1814 y 1815 a la «traición de Marmont, Augereau, Talleyrand y Lafayette», añadiendo, con una sinceridad cuestionable, que «les perdono. Que la posteridad en Francia les perdone como yo he hecho».

El testamento también repartía diversos bienes que tampoco le pertenecían, como «un despertador de Federico II, que saqué de Potsdam», y enumeraba el contenido de su alacena: «un par de tirantes, cuatro pares de calzoncillos largos y camisetas blancos de cachemira, seis pañuelos, seis camisetas de franela, cuatro pares de calzoncillos, una cajita con mi rapé, un par de zapatillas, seis fajas», y más[165]. Los «útiles de higiene dental de oro, en el dentista», irían a parar al Rey de Roma. Sin cejar en su empeño de organizarles a los demás la vida marital, ordenó que el hijo de Bessières se casase con la hija de Duroc, y a Marchand que se casase con la viuda, la hermana o la hija de un oficial o un soldado de la Vieja Guardia. No se arrepintió por el duque d'Enghien, y afirmó: «Fue necesario para la seguridad, el interés y el honor de la nación francesa (…). En las mismas circunstancias, lo volvería a hacer»[166]. Asignó a José un par de hebillas de oro para los zapatos, «un par de ligueros pequeños de oro» para Lucien, el cierre de oro de un collar a Jêrome…[167]. María Luisa, Madame Mère, cada uno de sus hermanos y sobrinos recibió un mechón de cabello, y «uno más grande para mi hijo». Sus sirvientes recibieron mucho más que su familia, excepto su hijo, aunque afirmase que «he estado siempre muy satisfecho

con mi querida esposa María Luisa; hasta el final albergo un afecto tierno hacia ella». No lo habría hecho de haber sabido de su aventura con Neipperg, con el que tuvo dos hijos y con el que contrajo matrimonio tras la muerte de Napoleón[****].

«Agradezco a mi buena y muy insigne madre –escribió–, al cardenal [Fesch], a mis hermanos José, Lucien, Jêrome, Paulina, Carolina, Julie [esposa de José], Hortense, Catarina [mujer de Jêrome] y Eugène sus prolongados cuidados»[168]. La inclusión de Carolina en la lista resultaba especialmente magnánima, teniendo en cuenta que le traicionó. Elisa había muerto en Italia en agosto del año anterior. A pesar de no estar en la lista, perdonó también a Louis por «el libelo que publicó en 1820, plagado de afirmaciones falsas y pruebas amañadas». Su hermano había editado un compendio de documentos históricos alusivos a su reinado en Holanda, en el que señalaba su defensa frente a Napoleón de los holandeses.

El 26 de abril empezó a vomitar sangre, y al día siguiente un líquido oscuro, color café. Solicitó que trasladasen su catre de campaña a la sala de estar, donde el aire circulaba mejor, y Bertrand observó que apenas tenía fuerza para escupir, por lo que el pecho aparecía salpicado de saliva enrojecida[169]. Marchand advirtió que aun así mostraba «dignidad, tranquilidad y amabilidad», a pesar de quejarse de que el dolor en el costado derecho le «atravesaba como una cuchilla»[170].

Antes del 29 de abril se añadieron ocho codicilos a su testamento, algunos fechados antes del 27, y el 29 y el 30 comenzó a repetir las mismas frases una y otra vez. A pesar de que sus últimas palabras antes de perder el habla fueron balbuceos apenas audibles –bien «Francia… ejército… jefe del ejército», bien «Francia… el jefe del ejército… Josefina»–, las últimas conscientes fueron más interesantes[171]. Marchand, su asistente y albacea, anotó en la copia del libro sobre Julio César lo que le estaba dictando, entre las 8 y las 9 de la noche del 2 de mayo: «Lego a mi hijo mi hacienda en Ajaccio; dos casas en los alrededores de Salines con sus jardines, todas mis propiedades en Ajaccio, con una posible renta anual de 50.000 francos»[172]. Marchand lo escribió a pluma en el prefacio del libro, y posteriormente lo cosió cuidadosamente en el forro de una pequeña caja de cuero rojo grabada con el escudo de armas del Emperador,

donada más tarde por sus descendientes al erudito napoleónico Henry Lachouque, cuya familia aún la conserva. Así pues, habiendo gobernado Europa y vivido la existencia más audaz de todos los tiempos modernos, Napoleón regresó en su lecho de muerte a lo que había sido cuando trataba de regatear por unas moreras, treinta años antes: un terrateniente de la pequeña nobleza corsa que luchaba por conservar los derechos de propiedad de su familia.

El 3 de mayo recibió en privado la extremaunción de manos del Abbé Ange-Paul Vignali. El católico nominal que había declarado la guerra a un papa y había encarcelado a otro fue acogido en el seno de la Iglesia de nuevo antes de morir. Poco antes de hacerlo, pidió a Bertrand que se encargase de cerrarle los ojos, «porque tienden naturalmente a abrirse», algo que debía atormentarle, tras haberlo observado en persona en sesenta campos de batalla[173]. El día 4 padeció un largo ataque de hipo, y por la tarde empezó a delirar, preguntando el nombre de su hijo. Al día siguiente, el sábado 5 de mayo de 1821, tras una mañana tempestuosa y con tormenta, el antiguo Emperador, de 55 años, exhaló tres suspiros, entre largos intervalos, y murió a las 17.49, justo antes de que se disparase en la isla la salva que anunciaba la caída del sol[174]. Se había extinguido lo que Chateaubriand denominó «el más poderoso soplo de vida que animase nunca el barro humano».

Napoleón fue enterrado con todos los honores militares en Torbett’s Spring, un bello paraje a un kilómetro de Longwood salpicado de sauces, que había contemplado varias veces vestido con su uniforme de coronel de los Cazadores Montados. Los granaderos ingleses de los regimientos 66º y 20º portaron a hombros su féretro por un sendero, provocando para un espectador «la ironía de que los colores del regimiento bajo los que fue enterrado el Emperador llevasen grabados en oro las palabras “Talavera”, “Albuera”, “Vitoria” y “Pirineos”, en una burla extraña»[175]. Se lanzaron tres tandas de 50 cañonazos, y tres descargas de mosquete, provocando un «gentil eco entre las colinas y los barrancos»[176]. La tumba quedó innominada, porque Lowe se negó a grabar el título imperial de «Napoleón», y Bertrand y Montholon no aceptaron que se emplease el plebeyo «Napoleón Bonaparte», por lo que quedó en blanco[177]. Aún puede verse en el patio de Longwood, todavía muda. En 1840 Bertrand y Gourgaud exhumaron el cadáver y lo trasladaron a París, donde recibió un

funeral grandioso el 2 de diciembre, aniversario de su coronación y de la batalla de Austerlitz. A pesar del frío se estima que un millón de franceses cortejaron al coche fúnebre por las calles de la capital. Asistieron a su sepultura en los Inválidos cuatro de sus mariscales: Soult, Moncey, Oudinot y Grouchy. Otros que aún vivían pero se habían enemistado con él –Bernadotte, Marmont y Victor– no estuvieron presentes.

Tras la muerte de Napoleón, Louis Marchand elaboró una lista con los 370 títulos de su biblioteca en Longwood, que atestiguaba lo ecléctico de sus intereses y gustos literarios. Entre ellos encontró *La abadía de Northanger, El Paraíso perdido*, el *Diccionario* y su *Viaje a Escocia* del Dr. Johnson, diversos listados del ejército, *Robinson Crusoe*, una historia de Egipto, una biografía de Jorge III, el *Carlos XII* de Voltaire, que había leído en Moscú junto con su crítica al clima ruso, la *Monarquía* de Chateaubriand, más de treinta obras sobre religión, la novela cómica *El castillo de Rackrent*, varias obras de lord Byron, algunas de Shakespeare, el *Auge y caída del imperio romano* de Gibbon, un tratado sobre la coquetería, la obra de Debrett sobre la nobleza, ocho volúmenes del *Spectator*, las virulentas diatribas antijacobinas de Edmund Burke en *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith, cuyos preceptos, de haberlos seguido, le habrían ahorrado muchos problemas, y una biografía del almirante Nelson[178].

Por supuesto, la historia clásica también estaba bien representada, con una edición reciente de las *Vidas* de Cornelio Nepote, un libro que había leído por primera vez más de cuarenta años antes. A su llegada a Santa Helena Napoleón podía estar seguro de que habría sido imposible escribir un libro en la época moderna titulado *Vidas de los grandes capitanes* que no incluyese un capítulo acerca de sí mismo. La ambición que había engendrado siendo estudiante en Brienne, y de la que nunca había claudicado, se había cumplido. Había transformado el arte del liderazgo, edificado un imperio y otorgado leyes que perdurarían durante años, y se había incorporado a la lista de los clásicos.

[*] Se consideró de mal agüero la ausencia de Fouché en la reunión, porque nunca estaba en el bando perdedor; y además José le había advertido de que sería detenido e internado en Vincennes, algo que no se produjo. Napoleón más tarde se arrepintió de no haberle hecho fusilar (ed. Latimer, *Talks*, p. 195).

[**] Napoleón recibió envíos regulares de dinero de Lafite, su banquero en París, y gastó en total 1.818.245 francos de su bolsillo durante su cautividad, de los se ignora el destino exacto de 1.000.000 (Branda, *Le prix de la gloire*, p. 81). Madame Mère contribuyó financieramente con 60.000 francos anuales, pero Fesch, José, Lucien y Jerôme, después de comprometerse a aportar 100.000 francos, no le enviaron nada (Martineau, *Napoleon's St. Helena*, p. 62). Eugène reembolsó a su séquito 650.768 francos cuando volvieron a Europa en 1821.

[***] Había sido nombrado caballero en 1816.

[****] «Aunque nunca albergué un sentimiento intenso hacia él», escribió tras la muerte de Napoleón, «no puedo olvidar que es el padre de mi hijo, y que lejos de tratarme mal, como cree mucha gente, siempre ha mostrado el mayor respeto hacia mí, que es lo que cabe esperar de un enlace político (…). Le habría deseado largos y venturosos años de vida, siempre que los viviese lejos de mí» (Palmer, *Napoleon and Marie Louise*, p. 213).

CONCLUSIÓN

El mayor hombre de acción nacido en Europa después de Julio César.

Winston Churchill sobre Napoleón

Fue un hombre de inmenso genio y de inmensa audacia, a la vez y en la misma persona.

Napoleón sobre Julio César

ESPÍRITU SINIESTRO: Mi argumento es que la guerra hace resonar la historia, mientras la paz es aburrida de leer. Así pues, apoyo a Bonaparte por el placer que dará a la posteridad.

Thomas Hardy, *Dinastías*

¿Qué hace a un soberano ganarse el sobrenombre de «el Grande»? Alejandro, Alfredo, Carlos, Pedro, Federico y Catalina fueron figuras imponentes, que influyeron de modo decisivo en la historia de su época. Pero también se puede pensar en otros que fueron igual de influyentes o notables, y puede que mejores personas –al menos según los criterios modernos–, y que no recibieron ese apodo. Barbarroja, Enrique II e Isabel I de Inglaterra, Fernando e Isabel en España, el emperador Carlos V del Sacro Imperio, que reinó sobre una porción mayor que nadie entre Carlomagno y Napoleón, el «rey Sol» Luis XIV, y otros[*].

Napoleón Bonaparte fue el fundador de la Francia moderna, y dio nombre a una época. Alcanzó el poder gracias a un golpe militar, tan solo seis años después de entrar en el país como un refugiado político prácticamente sin blanca, y durante el resto de su vida se definiría, por encima de todo, como oficial del ejército. Se ha escrito largamente acerca de su carácter corso, sus orígenes en la

pequeña nobleza, su absorción de las ideas de la Ilustración, y la inspiración que recibió del mundo clásico, pero los años de formación bélica en Brienne y en la École Militaire le influyeron aún más, y del *ethos* del Ejército extrajo la mayoría de sus creencias y presupuestos. Fue el ejército el que le imbuyó la profunda confianza en la importancia de la inteligencia aplicada, la jerarquía basada en el mérito, la ley y el orden, el trabajo duro, la resistencia mental y el valor físico, tanto como el desdén por los políticos y abogados que solo se sirven a sí mismos. A pesar de pertenecer técnicamente a la nobleza, frente a la Revolución reaccionó aceptando con entusiasmo sus principios iniciales de igualdad ante la ley, gobierno racionalista, meritocracia y nacionalismo agresivo; ideas todas ellas que encajaban a la perfección con lo que a su juicio había servido para el ejército francés. Por el contrario, la igualdad de renta, el desorden social, el parlamentarismo y la libertad de prensa –que equivalía a su juicio a una licencia para fomentar la sedición– chocaron con su ética militar. Ni siquiera durante su breve etapa jacobina asumió el igualitarismo. Fue en gran medida su carácter como oficial del ejército francés lleno de ethos militar el que le hizo alzarse, demostrar su utilidad durante la Revolución, asumir el poder y, a partir de entonces, mantener su reinado.

Cualquier general –rango que Napoleón alcanzó a los 24 años– debe ser juzgado por el resultado de sus batallas. A pesar de que sus conquistas terminasen con la derrota y una prisión ignominiosa, durante su corta pero apretada vida militar Napoleón participó en sesenta batallas y asedios, y solo perdió siete: Acre, Aspern-Essling, Leipzig, La Rothière, Lâon, Arcis y Waterloo. Su sentido para el combate y su capacidad de tomar decisiones mientras se producía fueron extraordinarios. Paseando por el terreno de 53 de sus 60 batallas, me sorprendió con frecuencia su instinto para la topografía, su precisión a la hora de calcular distancias y elegir escenarios y su planificación. «Hay un momento en la lucha en la que la maniobra más pequeña es determinante, y otorga la superioridad», escribió en una ocasión. «Es la gota de agua con la que comienza la riada»[1]. Jamás titubeó en su autoconfianza como líder militar. En Santa Helena, cuando le preguntaron por qué no había tomado la espada de Federico el Grande al visitar Sanssouci, respondió: «Porque ya tenía la mía», aunque el hecho fue que la tomó y la llevó a los Inválidos. Tras la derrota de Francia en la Guerra de los Siete Años, en parte también gracias a la espada

de Federico, los teóricos y estrategas militares habían reflexionado largamente acerca de las necesarias mejoras en las tres armas del ejército –infantería, caballería y artillería–, y sobre cómo coordinarlas para ser más efectivas. Napoleón estudió en profundidad las obras de Guibert, Gribeauval, Bourcet, el mariscal de Saxe y otros, aplicando sus ideas al campo de batalla. No inventó conceptos como el de *battalion carré*, la estrategia de la posición central, el *ordre mixte*, la maniobra *sur les derrières*, ni tan siquiera el sistema de Cuerpos, pero los perfeccionó. Gracias a estas estrategias pudo librar cualquier batalla, llevando la delantera en casi cualquier circunstancia. Tan solo en la campaña italiana de 1796-1797 situó al enemigo donde quiso, sobrepasándolo por uno u otro de sus flancos –el derecho en Montenotte, el izquierdo en Rovereto, y en ocasiones ambos simultáneamente, como en Mondovi–. Destacó también a la hora de estimular a sus hombres para que fuesen capaces de atacar a través de puentes muy estrechos, como en Lodi y en Arcole, imaginando diferentes escenarios a partir de los informes de la inteligencia, como antes de Marengo, o persiguiendo a un enemigo en retirada, como en Millesimo y Primolano. En Lonato y Rivoli rechazó la ofensiva enemiga por su retaguardia, y en ambos casos contraatacó con éxito. En Castiglione entrampó al enemigo entre dos ejércitos y se abalanzó sobre su retaguardia. Es necesario ser un virtuoso para poder destacar en cada una de las posibles situaciones tácticas imaginables en una sola campaña; Napoleón lo hizo una y otra vez durante casi 20 años, hasta el punto de que uno de los momentos más destacados de su liderazgo fue en Champagne, durante la campaña de 1814, en la que venció en cuatro batallas diferentes en cinco días.

Los ejércitos revolucionarios formados por las levas masivas no fueron solo numerosísimos para los criterios anteriores, sino que estuvieron también inflamados de fervor patriótico. Una vez autoproclamado Emperador asumió que haría falta algo más que las virtudes republicanas para crear el vital *esprit de corps* necesario para entusiasmar a las tropas, y empleó sus proclamaciones, arengas inspiradoras, Órdenes del Día y, principalmente, la Legión de Honor para apelar al concepto de honor militar, capaz de prender la mecha de lo que denominó el «fuego sagrado» del valor marcial[2]. Napoleón fue capaz de conjugar elementos tanto del Antiguo Régimen como de la Revolución para crear una nueva cultura militar, motivada por el honor, el patriotismo y una feroz

devoción por su persona, que arrastró a sus tropas por las arenas de Egipto, los grandes ríos de Europa y, con un resultado desastroso, por las heladas llanuras de Rusia.

En los cinco años de paz entre las campañas de Marengo y Austerlitz, enseñó a sus ejércitos a ejecutar las maniobras que acabarían por asegurarle un efecto devastador en muchas de las campañas posteriores. Aunque la labor de la Royal Navy le negó la oportunidad de invadir Gran Bretaña con el Ejército de Francia estacionado en Boulogne, cuando este echó a andar marchando hacia el este después de tres años de entrenamiento constante, estaba disciplinado hasta la perfección. Y a diferencia de los ejércitos del siglo XVIII, que se movían señorialmente con extensos convoyes de equipaje, requisando en campaña lo necesario, los ejércitos revolucionarios, y después napoleónicos, vivían sobre el terreno, dispersándose dentro de unos límites controlados para hacerlo, logrando así –bajo la dirección de un comandante con la energía conductora de Napoleón– moverse a una velocidad radicalmente distinta de la de sus enemigos. Tampoco perdió el tiempo asediando ciudades, asumiendo que las guerras modernas –sus guerras– se ganarían asestando golpes rápidos contra el grueso del enemigo en el campo de batalla. Su comprensión de la topografía y las matemáticas le permitió también emplear la artillería en su máxima potencia, en Toulon, Jena, Wagram, Montereau y muchos otros lugares. Permaneció frío y analítico –en ocasiones, como en Rivoli y Wagram, hasta jocoso–, incluso cuando parecía al borde de la derrota. Por ejemplo, al luchar desde el extremo de una línea de comunicación demasiado extensa, como en Austerlitz y Friedland –aunque no en Borodino–, la exposición a la que estaba sometida su posición estratégica pareció inspirarle para acometer mayores audacias en el terreno de batalla. Otro de los aspectos importantes del liderazgo de Napoleón fue su habilidad para conservar la iniciativa. De sus sesenta batallas, solo cinco fueron defensivas: las Pirámides, Marengo, Aspern-Essling, Leipzig y La Rothière; en el resto combatió a la ofensiva.

Por encima de todo, fue rápido. Era un rasgo de su personalidad; se ha visto cómo se desplazó de Dresde a Saint-Cloud en cuatro días de julio de 1807, desde París a Erfrut en cinco días en septiembre de 1808, desde Valladolid hasta París en seis días en enero de 1809. Esta cualidad se aplicaba igual a sus ejércitos por toda Europa que al campo de batalla; el Ejército de Francia montó las tiendas en

Boulogne el 29 de agosto de 1805, y el 5 de octubre ya estaba rodeando Mack in Ulm, junto al Danubio. El cuerpo de Soult recorrió 640 kilómetros en 20 días de marcha, el de Davout 595 sin parar un solo día, y en ambos casos sin perder un hombre por deserción o enfermedad. «*Activité, activité, vitesse!*», escribió a Masséna en abril de 1809, dando su orden más característica. En Rusia en 1812, fue un ejército demasiado numeroso para supervisarlo en persona en cada aspecto lo que lo convirtió en algo inmanejable, incapaz de acometer las maniobras envolventes que le habían dado la victoria en sus primeros años. Tampoco supo reconocer cuánto habían aprendido de él sus enemigos; las profundas reformas emprendidas por el archiduque Carlos en Austria, Barclay de Tolly en Rusia y von Scharnhorst en Prusia le rindieron tributo a él y a su modo de entender la guerra, pero también fueron un peligro que solo percibió demasiado tarde. En 1812 su sistema de cuerpos ya había sido adoptado por todos los ejércitos europeos, y las innovaciones que habían otorgado una ventaja a sus tropas al inicio habían sido imitadas, y en algunos casos incrementadas.

Napoleón también presentó una laguna casi absoluta en otra área vital: el mar. A pesar de nacer en una ciudad portuaria, nunca comprendió las maniobras navales, e incluso después del desastre de Trafalgar siguió pensando que sería capaz de construir una flota invasora que humillaría algún día a Inglaterra, dedicándole demasiado dinero, demasiados hombres y demasiados bienes a una industria que acabaría fracasando. En tierra firme, no obstante, fue un genuino genio militar. No puede sorprender, por tanto, que, al preguntar al duque de Wellington quién era el mejor capitán de su época, respondiese: «En esta época, en épocas pasadas y en cualquier época, Napoleón»[3].

Pero, incluso de no haber sido uno de los más grandes conquistadores, Napoleón habría seguido siendo un titán de la historia moderna, ya que sus logros civiles igualaron a los militares, y puede que los sobrepasasen. A pesar de que el Terror había terminado en julio de 1794, los jacobinos habían retenido su influencia; pero desde el momento en el que acabó con ellos, y con el resto de insurrectos vendimiarios en las calles de París en octubre de 1795 a fuerza de metralla, se eclipsaron como fuerza política. Tras el Terror y la decadencia y el desorden del Directorio, la mayoría de los franceses ansiaba una república conservadora, y eso fue lo que les dio el hombre cuyo ideal de sociedad se

parecía en gran medida a una versión ampliada del ejército, guiada política y militarmente por su comandante en jefe. «Hemos acabado con el romanticismo de la Revolución», afirmó el Primer Cónsul en una de las primeras reuniones del consejo de Estado, «y ahora debemos empezar su historia»[4]. Fue, en varios aspectos, el último y mayor de los déspotas ilustrados del XVIII europeo, que racionalizaron el gobierno y empezaron a mejorar la vida de sus súbditos. Goethe afirmó que Napoleón estuvo «siempre ilustrado por la razón (…). Estuvo en permanente estado de ilustración»[5]. Fue la Ilustración a caballo.

En 1804 se proclamó «Emperador de la República Francesa», aparente contradicción en los términos, que suponía en realidad la verdadera descripción de la naturaleza de su reinado. Napoleón edificó y protegió conscientemente los mejores aspectos de la Revolución Francesa –la igualdad ante la ley, el gobierno racional, la meritocracia–, mientras desdeñaba el insostenible calendario revolucionario de semanas de diez días, el absurdo culto al Ser Supremo, y la corrupción, el amiguismo y la hiperinflación que caracterizaron la época de decadencia de la república. Durante sus 16 años en el poder rescató del tumulto revolucionario muchas de las valiosas ideas que sustentaron e impulsaron las políticas democráticas modernas –la meritocracia, la igualdad ante la ley, los derechos de propiedad, la tolerancia religiosa, la educación secular, la solidez financiera, la administración eficiente, y más–, protegiéndolas, codificándolas y consolidándolas. Como ocurrió en gran parte del resto de Europa en la época, el régimen napoleónico hizo uso de la censura de prensa y de la policía secreta, que estableció un sistema de vigilancia relativamente eficiente, además de manipular con regularidad los plebiscitos que parecían dar voz política al pueblo francés. Pero el respaldo que le otorgaron, aunque exagerado, fue real. Napoleón no fue un dictador totalitario, y no mostró ningún interés en controlar todos los aspectos de las vidas de sus súbditos. A pesar de ejercer el poder en un grado excepcional, no lo hizo con crueldad o ánimo vengativo, llevado por las costumbres corsas de la *vendetta*. De haberlo hecho, difícilmente habría tolerado durante tanto tiempo a aquellos que le traicionaron, como Fouché, Murat y Talleyrand. Se pueden contar con los dedos de una mano las personas ejecutadas por Napoleón por motivos políticos –d’Enghien, Palm, Hofer, puede que Pichegru, desde luego L’Ouverture–, sin excusar por ello la masacre de prisioneros turcos en Jaffa o su responsabilidad en el intento de volver a dominar Santo Domingo, en ambos

casos con más que probables elementos raciales en su crueldad –aunque no estuviese presente en esta última–. En un momento dado también reintrodujo la esclavitud en las Indias Occidentales Francesas, pero la abolió finalmente en todas las colonias en 1815.

A pesar de que se empujó a Francia a sus fronteras prenapoleónicas a finales de 1815, la reestructuración emprendida por Napoleón estaba tan asentada en el país para entonces que los Borbones no pudieron revertirla al llegar al poder. Por lo tanto muchas de sus reformas perduraron durante décadas, e incluso siglos. El Código Napoleónico es hoy la base de gran parte del derecho europeo hoy, y 40 países en los cinco continentes han adoptado algunos de sus principios. Los puentes que edificó para atravesar el Sena y sus embalses, canales y desagües se siguen empleando hoy; el ministerio de Asuntos Exteriores descansa sobre parte de los 4 kilómetros de muelles de piedra que construyó junto al río, y la Cámara de Cuentas sigue auditando el presupuesto público más de dos siglos después de su fundación. Los liceos continúan ofreciendo una educación excelente, y el consejo de Estado aún se reúne los miércoles para estudiar las propuestas legislativas en Francia. Las «masas de granito» de las que presumió, arrojadas para anclar la sociedad francesa, siguen ahí. Cuando se elogiaba a la madre de Napoleón por los logros de su hijo, respondía: «*Mais pourvu que ça dure!*» (¡Mientras dure!)[6]. Lo ha hecho.

En 1792 Francia se convirtió en una nación en cruzada, determinada a exportar los valores e ideales de la Revolución al resto de Europa. Sus monarcas se enfrentaron, y formaron la primera de siete coaliciones para resistir a esta intromisión. Napoleón heredó estas guerras, y, gracias a su capacidad militar, durante un tiempo las llevó a un final triunfante. En Inglaterra, que ya había pasado por su propia revolución política 140 años antes, disfrutando así de muchos de los beneficios aportados por la Revolución a Francia, la amenaza de Napoleón, primero de invadirla y después de estrangularla económicamente, le garantizaron la determinación poco sorprendente de sus gobernantes de derrocarle. Las dinastías regentes en Austria, Prusia y Rusia se opusieron –con la misma lógica– a sus ofertas de paz, según los términos franceses. Como consecuencia se le declaró la guerra con mucha mayor frecuencia con la que él la declaró a otros; los austriacos en 1800, los ingleses en 1803, los austriacos al

invadir a su aliada Baviera en 1805, los prusianos en 1806 y los austriacos de nuevo en 1809. Los ataques contra Portugal y España en 1807 y 1808, y contra Rusia en 1812, fueron obra de Napoleón, con el fin de obligarles a adoptar el Sistema Continental –aunque, como se ha visto, el Zar planeaba atacarle en 1812–, pero las hostilidades de 1813, 1814 y 1815 fueron una declaración en su contra. Antes de que se produjesen les ofreció la paz; de hecho, realizó al menos cuatro propuestas distintas a Inglaterra entre el fracaso de Amiens de 1803 y 1812. Las Guerras Napoleónicas y Revolucionarias tuvieron un coste de unos 3 millones de vidas militares y 1 millón de civiles, de los que 1,4 millones fueron francesas (916.000 en el período imperial, de los que menos de 90.000 murieron en combate)[7][**]. Desde luego, muchas de estas muertes fueron responsabilidad suya: «Si se piensa en la humanidad, y solo en la humanidad –afirmó–, entonces no se debería ir a la guerra. No sé cómo se hace la guerra con agua de rosas». Pero no se le puede acusar de ser el mayor belicista, ni el primero, de su época. Francia e Inglaterra habían estado en guerra casi la mitad de los años entre la Gloriosa de 1688 y Waterloo en 1815, y cuando estallaron las Guerras Revolucionarias Napoleón era solo un subteniente.

«Hay dos formas de construir el orden internacional», escribió Henry Kissinger acerca de la Europa postnapoleónica, «por voluntad o por renuncia; por la conquista o por la legitimidad»[8]. Para Napoleón solo existía el camino de la voluntad y la conquista, y fue el que tomó. Alardeó de ser «de la raza que funda imperios», pero sabía perfectamente, tal y como se ha visto repetidamente en la tercera parte, que la legitimidad de su régimen dependía del mantenimiento del poderío francés en Europa, que él denominó su honor y el honor de Francia. A pesar de la magnitud de su poder en 1810 o 1812, era consciente de que sus conquistas no habían durado lo suficiente como para legitimar su reinado. Algunos historiadores importantes han llegado a la conclusión de que el imperio napoleónico no podía durar porque era colonialista por naturaleza, y ningún poder europeo podía dominar a otro durante mucho tiempo; sin embargo, los turcos lo hicieron en Grecia durante 363 años, España en Holanda durante 158 y Austria en el norte de Italia y Holanda durante 80. «Los químicos disponen de una especie de polvo con el que se puede obtener mármol», afirmó, «pero necesita tiempo para solidificarse»[9]. Si no hubiese cometido unos pocos, pero

cruciales, errores militares, la Europa napoleónica podría haberse estabilizado, limitada por el Niemen en un extremo y por el Canal en el otro, con Austria como renuente potencia aliada y Prusia como estado satélite sometido, extendiéndose entonces las reformas civiles de Napoleón fuera de Francia. Pero a partir de 1810 los monarcas del Antiguo Régimen europeo –taimadamente guiados por Metternich, secretamente alentados por Talleyrand, y financiados por Castlereagh– pusieron en juego todos sus recursos para librarse de él[***]. Tras su marcha, los regímenes legitimistas reinstauraron un reinado mucho más reaccionario, que se vería finalmente sobrepasado por el nacionalismo alumbrado por la Revolución. ¿Se puede afirmar que una Europa dominada en el siglo XIX por una Francia ilustrada habría sido peor que la que resultó finalmente, con Prusia dominando Alemania y lanzándose sobre el continente de una forma mucho menos benigna que la de Napoleón?

Finalmente, se da también la fascinación por el hombre. Las 33.000 cartas magníficamente expuestas ya por la Fondation Napoleón, en las que se basa este libro, son un testimonio extraordinario de su mente proteica. Su correspondencia con astrónomos, químicos, matemáticos y biólogos muestra un respeto por su labor, y una capacidad de aprehenderla, muy infrecuente entre los estadistas. «Estoy siempre trabajando, y medito mucho», dijo a Roederer en marzo de 1809. «Si parece que estoy siempre listo para responder a todo, y a acometerlo todo, es porque antes de enfrentarme a algo lo medito largamente, y preveo qué puede ocurrir. No es el genio lo que me revela, de pronto y en secreto, qué debo hacer o decir en una circunstancia inesperada para la gente; es la reflexión, la meditación»[10]. En cuanto a la mera capacidad intelectual, y su aplicación persistente al gobierno, puede que no haya otro soberano en la historia que se le asemeje.

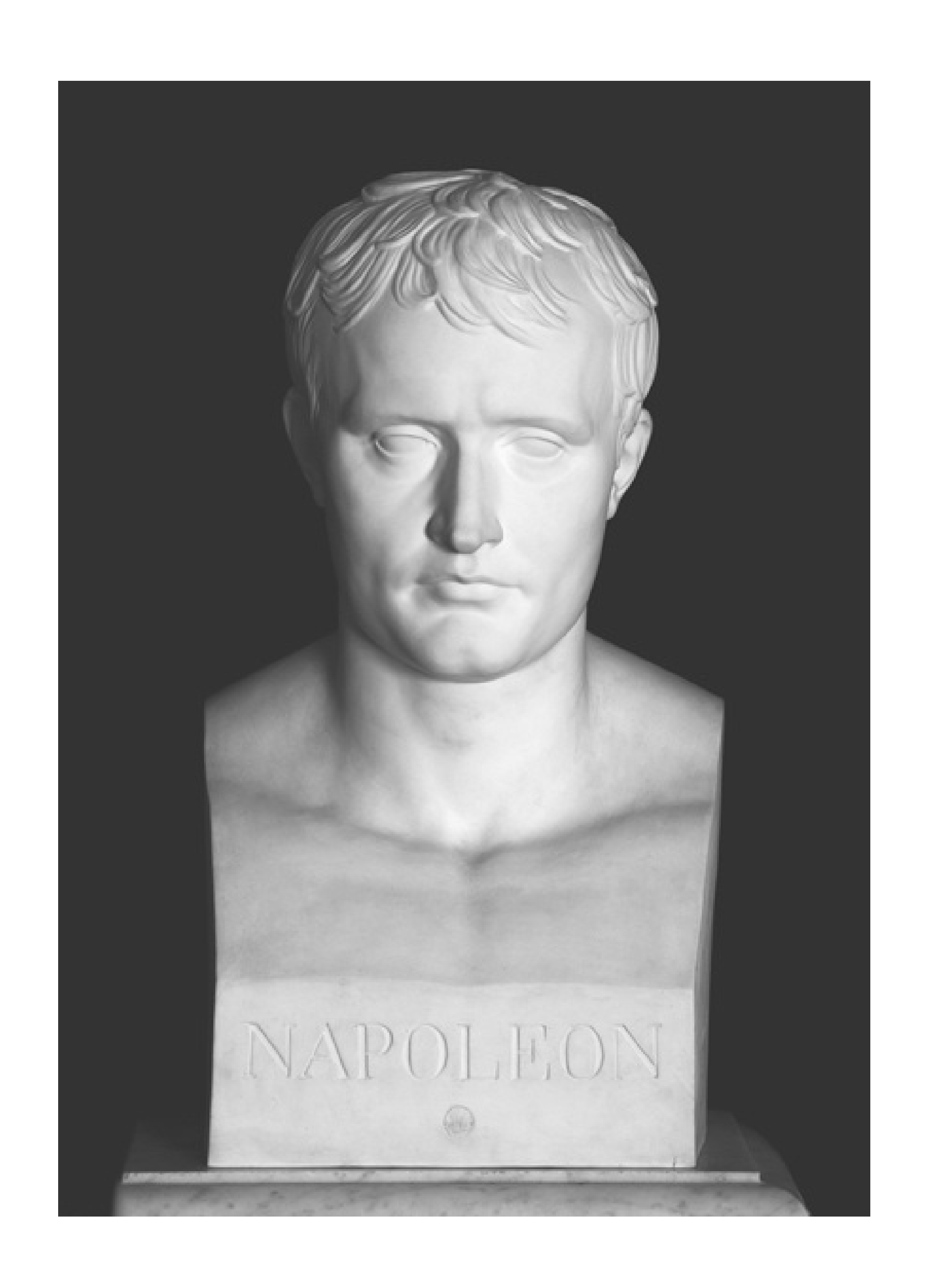
Napoleón fue capaz de separar los diversos aspectos de su vida hasta un punto más que notable, mucho más que el resto de grandes líderes. Era capaz de apartar parte de sus pensamientos del resto, con una capacidad que él mismo comparó a la apertura y cierre de cajones en un armario[11]. La víspera de la batalla de Borodino, mientras se presentaban los ayudas de campo y partían con órdenes para los mariscales, e informes para los generales, fue capaz de dictar sus ideas para la fundación de una escuela femenina para las huérfanas de los

miembros de la Legión de Honor; poco después de capturar Moscú, estableció las nuevas regulaciones para la dirección de la Comédie-Française. Ningún asunto que concerniese a su imperio era menor para su mente incansable e inquisitiva. Podía reconvenir al prefecto de un departamento por hablar con su amante durante la ópera; un remoto párroco rural recibía una reprimenda por pronunciar un sermón pobre el día del cumpleaños del Emperador; se advertía a un cabo de que estaba bebiendo demasiado; una semibrigada recibía una respuesta afirmativa a su demanda de bordar «Les Incomparables» en oro en su pendón. Sus cartas y comentarios muestran un gran encanto, la capacidad de autoalabarse cándidamente de forma ocasional y un fino sentido del humor, que le permitía hacer bromas en prácticamente cualquier situación, incluso al encarar la catástrofe. Son innumerables los testimonios de los que le conocieron bien que atestiguan el atractivo de su personalidad, además de su energía incesante. Puede que perdiese los papeles –a veces, de forma explosiva–, pero casi siempre fue por alguna causa concreta. Entre sus vicios, la crueldad ocasional, pero no continua y, al ir envejeciendo, un narcisismo creciente y un cierto cinismo con respecto a la naturaleza humana. También era, desde luego, ambicioso, pero al unirlo a una energía extraordinaria, una gran capacidad administrativa, una memoria en apariencia casi fotográfica para las personas y los datos, una mente disciplinada e incisiva y una idea clara de lo que podía lograr Francia, y de cómo podía regirse Europa, ese hecho no puede sorprender. Incluso su hermano Louis, al que depuso como rey de Holanda, acabó por reconocer: «Reflexionemos acerca de las dificultades que hubo de sortear Napoleón, sus innumerables enemigos, tanto externos como internos, a los que hubo de combatir, las trampas de toda clase que se le tendieron por doquier, la tensión continua a la que estuvo sometida su mente, su actividad incesante, la extraordinaria fatiga que sufrió, y rápidamente las críticas quedarán absorbidas por la admiración»[12].

La crítica más frecuente contra Napoleón es su decisión de invadir Rusia en 1812, atribuida a una especie de «complejo de Napoleón», un deseo arrogante de dominar el mundo, sin reparar en el coste en vidas de sus súbditos y soldados. Pero, lejos de albergar aspiraciones territoriales en Rusia, su único anhelo fue obligar al Zar a respetar los acuerdos para el bloqueo económico contraídos en Tilsit cinco años antes. Tampoco su confianza en la victoria era tan arrogante

como pueda parecer en retrospectiva; ya había derrotado dos veces antes a los rusos, y no tenía intención de prolongar la batalla mucho más allá de la frontera, durante una campaña de no más de un mes. Las tropas que dirigía doblaban el número de las rusas en el oeste, y confiaba en que el Zar pediría la paz, sin prever la intensidad de la política de tierra quemada a la que llegarían los rusos, hasta el punto de incendiar Moscú ellos mismos. Sopesó con frecuencia la posibilidad de detenerse en Vitebsk o en Smolensk, una vez iniciada la campaña y la consiguiente devastación en el grueso de su ejército a causa del tifus. Ya en Moscú fue consciente del frío del invierno ruso, reservándose el tiempo suficiente para regresar a su cuartel en Smolensk antes de que se volviese insoportable. Pero, entre los miles de decisiones militares que tomó, la de la noche del 25 de octubre de 1812 fue su perdición.

Por lo tanto, Napoleón no fue una especie de monstruo derrotado por su némesis, ni un ejemplo moderno de un clásico drama griego, ni ninguna de las decenas de construcciones históricas que se han elaborado sobre él. Por el contrario, su vida y su carrera contradicen los análisis deterministas de la historia, que explican los acontecimientos basándose en imparables fuerzas impersonales, minimizando el papel que juegan los individuos. Esta idea es una inspiración, porque, como el guardiamarina del HMS *Bellerophon*, George Home, expuso en sus memorias, «nos enseñó lo que puede alcanzar una pequeña criatura humana como nosotros en tan poco tiempo»[13]. ¿Napoleón el Grande? Por supuesto.



---

[*] Existe una buena biografía sobre Isabel I, en la que Elizabeth Jenkins le llama «Isabel la Grande».

[**] En la mayoría de los ejércitos europeos las enfermedades sumaron más bajas que los combates; en la Royal Navy, entre 1793 y 1815, murieron en acción 6.663 hombres, y 13.621 en naufragios, fuegos y ahogamientos, mientras unos llamativos 72.102 sucumbieron a las enfermedades, principalmente en las

Indias Occidentales.

[***] Evidentemente, la denuncia del imperialismo napoleónico fue simple hipocresía. Los ingleses se expandían por todo el orbe, especialmente en Asia, y aún perduraba la memoria de Catalina la Grande, Federico el Grande y José III, que habían tratado de engrandecer sus territorios en Europa. Lo único que lamentaban sus sucesores del imperialismo era encontrarse en el bando perdedor.

EPÍLOGO

Tras la derrota de Napoleón en Waterloo en junio de 1815, y con el cierre del Congreso de Viena ese mismo año, las grandes potencias se coaligaron contra las demandas en Europa de constituciones liberales y autodeterminación nacional. El zar Alejandro I acabó siendo el monarca más poderoso de Europa, y empezó a gobernar de un modo cada vez más místico y autocrático, acabando con las revueltas liberales en Nápoles, Grecia y Alemania, hasta su muerte en 1825. Francisco I de Austria se apoyó cada vez más en Metternich; tras recuperar los antiguos dominios de su país, restableció la reaccionaria Santa Alianza, pero sin llegar a resucitar el Sacro Imperio Romano. Falleció en 1835 a los 67 años. Federico Guillermo III de Prusia también acabó siendo profundamente reaccionario, ignorando sus promesas de 1813 de otorgar a Prusia una constitución, y murió en 1840. Metternich mantuvo su estatus de figura principal en la diplomacia europea, conservando el sistema de equilibrios establecido por el Congreso, hasta que se vio obligado a huir de Viena vestido de lavandera en la Revolución de 1848; murió en 1859. Pío VII también se resistió a la Ilustración, reinstaurando el autoritarismo en los Estados Pontificios, que le habían sido devueltos tras el Tratado de Viena. Murió en 1823. El rey Fernando VII de España se vio obligado a aceptar la constitución liberal de 1820, el pueblo le derrocó y los franceses le reintegraron en el poder en 1823, pero se alejaron de él por sus ansias de venganza. Su muerte en 1833 no causó excesivo pesar.

Gracias en gran medida a las reformas legales y políticas emprendidas por Napoleón, los Borbones no pudieron volver a implantar las antiguas costumbres tras su segunda restauración, en 1815. Luis XVIII pasó gran parte de su reinado tratando de hallar el punto medio entre su reaccionario hermano, el conde d’Artois, empeñado en eliminar todas las concesiones democráticas, y los constitucionalistas liberales, que presionaron para que Francia siguiese el ejemplo inglés y se convirtiese en una monarquía constitucional. Murió en 1824, y el conde d’Artois se convirtió en el rey Carlos X. La Revolución de julio de 1830 le derrocó, proclamando en su lugar al rey Luis-Felipe –primo de Carlos–,

más moderado. Murió en el exilio en Italia en 1836. Cualquier esperanza para los realistas retrógrados murió con Carlos.

Tras Waterloo gran parte de la familia de Napoleón vivió bajo protección papal en Roma, incluida su madre, que se retiró allí con su hermanastro el cardenal Fesch. A los 85 años, ciega y atada a una silla de ruedas, dictó sus recuerdos a Rosa Mellini, su dama de compañía. «Todos me llaman la madre más feliz del mundo –afirmó–, pero mi vida ha sido una sucesión de penas y tormentos». Murió en febrero de 1836. Fesch la siguió tres años después, rodeado por su fabulosa colección de arte, que donó mayoritariamente a las ciudades de Ajaccio y Lyon. Louis continuó con sus pretensiones literarias en Roma, pero en 1840 visitó Holanda de incógnito y, al ser descubierto, sus antiguos súbditos le vitorearon. Murió en Livorno en julio de 1846. Su esposa Hortense, de la que se había separado mucho tiempo atrás, compró el castillo suizo de Arenenberg en 1817, en el que vivió hasta su muerte a los 54 años, en octubre de 1837. Su hijo ilegítimo con el general Flahaut sería nombrado más tarde duque de Morny por Napoleón III. Eugène de Beauharnais, duque de Leuchtenberg, vivió tranquilamente en Munich con su esposa y sus siete hijos, entre las que estuvo la futura emperatriz de Brasil. Murió en febrero de 1824. Otra de sus hijas, la princesa Josephine, se casó con el príncipe Oscar, heredero del trono sueco e hijo de Bernadotte, en 1832; su hijo Maximilian se casó con la hija del zar Nicolás I.

Lucien fue arrestado después de Waterloo, pero se le permitió retirarse a los Estados Pontificios, donde murió dejando 11 hijos de dos matrimonios, en junio de 1840. Joseph residió en Bordentown, Nueva Jersey, empleando el título de conde de Survilliers durante 16 años, y rechazó sensatamente la corona de México en 1820. Durante un breve período de tiempo vivió en Surrey, Inglaterra. Defendió hábilmente la reputación de su hermano, y murió en Florencia en julio de 1844. En 1816 Jêrome se estableció en el exilio en Trieste, tomando el nombre de conde de Monfort, pero sin dejar de considerarse rey. Regresó a Francia en 1847 convirtiéndose en gobernador de los Inválidos en 1850 y presidente del Senado; murió en 1860. Caroline Murat se volvió a casar tras la ejecución de su marido, y vivió en Florencia hasta su muerte en mayo de 1839 bajo el título inventado de condesa de Lipona (anagrama de Napoli). Pauline afirmó haber estado a punto de viajar a Santa Helena al recibir la noticia de la

muerte de su hermano. A pesar de tener una amante permanente desde 10 años antes, Camillo Borghese le permitió volver a su residencia en Florencia tres meses antes de su muerte en junio de 1825. Se vio envuelta en diversas conspiraciones bonapartistas hasta su muerte en 1832.

Charles-Louis-Napoléon, el menor de los tres hijos del rey Louis de Holanda, participó en la Revolución Italiana de 1831, trató de invadir Francia desde Estrasburgo en 1836, visitó Estados Unidos en 1837, trató de invadir Francia de nuevo en 1840 y fue encarcelado, pero escapó en 1845. En 1848 fue elegido presidente gracias a sus 9,9 millones de votos, y dio un golpe de estado en 1851 proclamándose emperador Napoleón III en 1852. La guerra francoprusiana de 1870-1871 le derrocó, y murió en el exilio en 1873. Así pues, la épica imperial nacida en Ajaccio en 1769 no se desvaneció hasta 104 años después en Chislehurst, Kent. Hasta el final de su vida lució el anillo de boda que su tío le había regalado a su abuela Josefina.

María Luisa contrajo matrimonio morganático con Neipperg cuatro meses después de la muerte de Napoleón. Antes de la muerte de su esposo en 1829 tuvieron un hijo legítimo, además de los dos ilegítimos previos. María Luisa se casó entonces con el conde de Bombelles, y murió en diciembre de 1847, tras reinar en Parma, Piacenza y Guastalla desde 1814.

Los hijos de Napoleón corrieron suertes diversas. Napoleón II, Rey de Roma y duque de Reichstadt, quedó bajo la tutela de Marmont, que trató sin éxito de intoxicar su mente en contra de su padre. Se incorporó al ejército austriaco, pero falleció de tuberculosis en Schönbrunn el 22 de julio de 1832, con tan solo 21 años; su máscara mortuoria se conserva hoy en el Museo Napoleónico de Roma. Sus restos fueron enviados a los Inválidos por Adolf Hitler en 1940, para fomentar la amistad entre Austria y el gobierno francés de Vichy. El conde Alexandre Walewski solo tenía siete años cuando murió su madre María Walewska, pero recibió una buena educación de manos de su tío, oficial del ejército francés. Se unió a la Legión Extranjera y combatió en el norte de África, llegando a ser embajador en Londres, desde donde organizó la visita al país de su primo, Napoleón III, así como la de la reina Victoria a Francia. Se convirtió en presidente del Corps Législatif, y murió de un ataque al corazón en Estrasburgo en 1868, a los 58 años. Charles Deneulle, el Conde Léon, hijo natural de Napoleón y Éléonore Denuelle de la Plaigne, creció pareciéndose tanto a su

padre biológico que los transeúntes se le quedaban mirando por la calle. Libró un duelo contra un ordenanza de Wellington en febrero de 1832, y atribuyó su supervivencia a un botón que le había regalado Hortense. Se convirtió en un alcohólico, derrochador y pendenciero, aunque Napoleón III se hizo cargo de sus deudas y su manutención; falleció, sumido en la pobreza, de un cáncer de estómago en Pontoise en abril de 1881. Su madre había enviudado en la campaña de 1812, y se casó con el conde Charles-Émile-Auguste-Louis de Luxbourg en 1814, junto al que permaneció hasta su muerte 35 años después. Murió en 1868.

De los mariscales de Napoleón, Mortier fue asesinado, con otras 11 personas, por una bomba detonada durante una revista militar en 1835, arrojada por un italiano desencantado que pretendía asesinar al rey Louis-Phillippe. El monarca lloró en su funeral. Nicolas Soult, duque de Dalmacia, estuvo exiliado en Alemania hasta 1819, pero llegó a ser ministro con los Borbones, y más tarde presidente del Consejo y ministro de Guerra, reformista, con Louis-Phillippe. Representó a Francia en la coronación de la reina Victoria en 1838, y Wellington organizó una cena en su honor. Murió en 1851. Bernadotte se convirtió en rey de Suecia en 1818, y reinó hasta su muerte, en 1844; sus descendientes ocupan hoy ese trono. El mariscal Jourdan, a pesar de negarse a participar en la corte marcial que condenó a Ney, se convirtió en conde y miembro de la cámara de los Pares en 1819. Apoyó la Revolución de 1830 y murió tres años después. Marmont, duque de Raguse, fue durante un corto tiempo tutor del rey de Roma. Último de los mariscales de Napoleón, murió en 1852. Al publicarse sus memorias póstumamente, un crítico le comparó con un «francotirador que se oculta tras su propia lápida para abatir a gente que no puede responderle».

De los antiguos ministros de Napoleón, Jean-Jacques-Régis de Cambacérès escapó a Bruselas durante la segunda restauración, pero se le permitió volver a Francia en 1818, y permaneció allí, en un cómodo retiro, hasta su muerte en 1824. Louis-Mathieu Molé se convirtió con la restauración en director general de Carreteras y Puentes, más tarde en ministro de la Marina y después en ministro de Exteriores con el rey Luis-Felipe, y primer ministro entre 1836 y 1839; murió en 1855. El rey Luis XVIII incluyó el nombre de Armand de Caulaincourt en su lista negra, pero el zar Alejandro le convenció de que lo retirase. Murió en 1827. Louis-Phillippe nombró par a Hugues Maret, duque de Bassano, y se convirtió

en primer ministro durante ocho días en 1834; murió en París en 1839. René Savary publicó sus memorias en ocho volúmenes en 1823 y fue brevemente comandante en jefe del ejército francés en Argelia en 1831, donde exhibió una crueldad notable. Murió en 1833.

Tras la muerte de Napoleón, el grupo de Santa Helena se dispersó rápidamente. Henri Bertrand volvió a París y vivió en la antigua casa de Napoleón y Josefina en la rue Chantereine. Murió en enero de 1844. El conde Montholon compartió el cautiverio de Napoleón III en la prisión de Ham entre 1840 y 1846 durante el mismo tiempo que el de su tío, seis años. Murió en París en agosto de 1853. Para entonces su esposa, Albine de Montholon, ya llevaba mucho tiempo separada de él, y continuaba su aventura con Basil Jackson en Bruselas; murió en marzo de 1848 durante una gala en su honor organizada por sus nietos. Emmanuel de Las Cases publicó *Le Mémorial de Sainte-Hélène* en cuatro volúmenes en 1832, reeditándolo y revisándolo sin cesar durante toda su vida. Fue elegido diputado en la Asamblea Nacional en 1831, y murió en 1842. Louis Marchand escribió sus memorias cómodamente asentado en Auxerre. En 1822 Betsy Balcombe se casó con Charles Abell, que la abandonó. Se trasladó a Sidney, Australia, con su único hijo, pero regresó a Londres para enseñar música. Tras la publicación de sus memorias Napoleón III le cedió unos terrenos en Argel, pero prefirió permanecer en Londres, donde murió en 1871. Francesco Antommarchi publicó en 1825 *Los últimos momentos de Napoleón*, y trató de vender copias de su máscara mortuoria en 1833, pero fue denunciado, porque su autoría pertenecía al doctor Francis Burton. Hizo que grabaran estas palabras en su lápida: «Médico italiano al servicio del Emperador y de los pobres». Sir Hudson Lowe abandonó Santa Helena tras la muerte de Napoleón, y encabezó las tropas inglesas en Ceilán –actual Sri-Lanka– entre 1825 y 1830, aunque no fue nombrado gobernador. Murió a los 64 años en enero de 1844. El doctor Vignali fue asesinado en su domicilio en Córcega en junio de 1836.

Del resto de seguidores de Napoleón, el general Charles Lefebvre-Desnouëttes fue herido en 1815 y emigró a Estados Unidos. Al regresar a Francia en 1822 naufragó y se ahogó. Jean Rapp fue diputado del departamento del Alto Rhin, y más tarde tesorero de Luis XVIII, muriendo en octubre de 1821. Jacques-Louis David se estableció en Bruselas después de 1815 y retomó la pintura clásica, falleciendo en 1825. Antoine-Jean Gros vio cómo cada vez

menos gente apreciaba sus cuadros históricos y neoclásicos; murió en 1835. Roustam terminó disfrazándose de mameluco en espectáculos en Londres, y murió en diciembre de 1845 a los 65 años. Claude Méneval publicó sus memorias en 1827, presenció la vuelta de los restos de Napoleón a París en 1840, y murió en esa ciudad en 1850. Octave Ségur, tras sobrevivir a las heridas y la prisión en Rusia en 1812, regresó a Francia tras la guerra, pero en 1818 se ahogó en el Sena tras descubrir que su mujer le era infiel.

Varios de los oponentes y detractores de Napoleón hallaron un final dramático. Louis de Bourrienne publicó unas memorias brutales contra Napoleón, y falleció en un manicomio en Caen en febrero de 1834. Laure, duquesa de Abrantès, murió en la pobreza en una pensión en 1838, a los 54 años. Lord Castlereagh se suicidó cortándose el cuello con un cortaplumas el 12 de agosto de 1822. A pesar de la celebración de algunos poetas radicales, Inglaterra había perdido a uno de sus mejores ministros de Exteriores.

Del resto de oponentes de Napoleón, René de Chateaubriand ocupó diversos ministerios y embajadas con los Borbones, pero se opuso a Louis-Phillippe, al que calificó de «rey burgués», hasta su muerte en 1848. Sus póstumas *Memorias de ultratumba* desdeñaban severamente a Napoleón por ser un tirano, culpándole especialmente de la muerte del duque d'Enghien. Benjamin Constant formó parte del consejo de Estado tras el derrocamiento de los Borbones en 1830, pero murió ese mismo año. Paul Barras murió a las 11 de la noche del 29 de enero de 1829. Ese día había convocado a su ahijado Paul Grand a su vera para confiarle sus memorias, tras ver cómo habían confiscado los Borbones los papeles de Cambacérès tras su muerte. A la mañana siguiente las autoridades se presentaron para requisar sus escritos, pero era demasiado tarde. Por diversos motivos, legales y personales, sus memorias no se publicaron hasta la década de 1880, pero resultaron ser tan biliosas que perdieron cualquier valor histórico. Hippolyte Charles pidió en su lecho de muerte, en 1837, que se quemaran las cartas de Josefina, de las que solo se salvaron cinco. Karl von Schwarzenberg acumuló honores y distinciones, pero sufrió un infarto en 1817. Tres años después visitó el campo de batalla de Leipzig durante una ceremonia para recordar el séptimo aniversario de aquel combate, sufrió un segundo infarto y murió el 15 de octubre. Sir Sidney Smith fue enterrado en Père la Chaise en 1840, y se envolvió su ataúd con la Union Jack; los tres encargados de

pronunciar los panegíricos fueron franceses. A pesar de formar parte de la Legión de Honor, el hombre que había negado a Napoleón su destino en Acre no recibió la guardia de honor tradicional.

Charles-Maurice de Talleyrand, príncipe de Benevento, reprendió a un asistente por tildar la muerte de Napoleón de «acontecimiento», afirmando que se trataba de un mero «suceso». Siguió ocupando cargos bajo cualquier régimen que lo precisase, como ministro de Exteriores y alto chambelán de los Borbones, y tras la Revolución de 1830, como embajador en Londres de Louis-Philippe. Falleció con el rey junto a su lecho de muerte y el cardenal de París dándole la extremaunción en 1838.

Cuando el duque de Wellington recibió la noticia de la muerte de Napoleón, dijo a su amiga Arbuthnot: «Ahora puedo decir que soy el mayor general vivo». Se acostó con dos de las amantes de Napoleón –Giuseppina Grassini y *mademoiselle* George–, se convirtió en un primer ministro mediocre durante dos años, entre 1828 y 1830, y recibió un merecido funeral de estado en 1852. Cuando le informaron del esplendor con que se había enterrado de nuevo a Napoleón en París en 1840, comentó: «Un día u otro los franceses harán de esto una cuestión de triunfo sobre Inglaterra», pero, personalmente, «¡me importa un carajo!».

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

La bibliografía acerca de Napoleón es inmensa. Se han publicado más libros que contienen su nombre en el título que días han pasado desde su muerte. La lista completa de libros que se han consultado para esta obra se encuentra en www.andrew-roberts.net, pero por razones de espacio solo se enumeran aquí las que se han citado expresamente. Si no se dice lo contrario, todos han sido publicados en París o en Londres.

La *Correspondance Générale*, publicada por la Fondation Napoléon desde 2004, recoge las 33.000 cartas firmadas por Napoleón. Se trata de un esfuerzo editorial tan monumental como inestimable, que se cita con las letras CG en las Notas, seguidas del número de volumen.

I ed. Lentz, Thierry, *Les Apprentissages 1784–1797*, 2004.

II ed. Lentz, Thierry, *La Campagne d’Égypte et l’Avènement 1798–1799*, 2005.

III ed. Lentz, Thierry, *Pacifications 1800–1802*, 2006.

IV ed. Houdecek, François, *Ruptures et fondation 1803–1804*, 2006.

V eds. Kerautret, Michel y Madec, Gabriel, *Boulogne, Trafalgar, Austerlitz 1805*, 2008.

VI ed. Kerautret, Michel, *Vers le Grand Empire 1806*, 2009.

VII eds. Kerautret, Michel y Madec, Gabriel, *Tilsit, l’Apogée de l’Empire 1807*, 2010.

VIII ed. Madec, Gabriel, *Expansions méridonales et résistances 1808–Janvier 1809*, 2011.

IX ed. Gueniffey, Patrice, *Wagram Février 1809–Février 1810*, 2013.

XII ed. Lentz, Thierry, *La Campagne de Russie 1812*, 2012.

La edición de las cartas de Napoleón, publicada en 32 volúmenes en 1858,

editada por Henri Plon, *Correspondance de Napoléon Ier*, se cita como «CN».

Adams, Henry, *History of the United States during the Administrations of Jefferson and Madison*, 1967.

Adams, Michael, *Napoleon and Russia*, 2006.

Adkin, Mark, *The Waterloo Companion*, 2001.

Adlerfeld, Gustavus, *The Military History of King Charles VII of Sweden*, 3 vols. 1740.

Ainé, Desgranges, ed., *Histoire de l'expédition des français en Égypte*, 1839.

Albermarle, Conde de, *Fifty Years of My Life*, 2 vols. 1876.

Albion, Robert Greenhalgh, *Forests and Sea Power*, 1927; Aldington, Richard, *Wellington*, 1946.

Alexander, Robert S., *Bonapartism and Revolutionary Tradition in France*, 1991;

Napoleon, 2001.

Alison, Sir Archibald, *The History of Europe from the Commencement of the French Revolution to the Restoration of the Bourbons*, vol. 1 1843.

Allison, Charles W., *Ney* (Charlotte, NC) 1946.

Ambrose, Douglas and Martin, Robert W. T. eds., *The Many Faces of Alexander Hamilton* (Nueva York), 2006.

Anónimo, *Copies of Original Letters from the Army of General Bonaparte in Egypt, Intercepted by the Fleet under the Command of Admiral Lord Nelson* 3 vols. 1798, 1799 y 1800.

The Concordat Between His Holiness Pope Pius VII and Bonaparte Chief Consul to the French Republic (Dublin), 1802.

A Short View of the Causes Which Led to and Justified the War with France, 1803.

The Atrocities of the Corsican Daemon, or, a Glance at Buonaparte, 1803.

Description des cérémonies deset des fêtes qui ont eu lieu pour le coronnement de leurs majestés, 1807.

An Exact and Impartial Account of the Most Important Events Which have Occurred in Aranjuez, Madrid and Bayonne, 1808.

Relation de la bataille de Mont St Jean par un Temoin Occulaire, 1815. *Napoleon's Appeal to the British Nation on His Treatment at St Helena*, 1817. *A*

Review of Warden's Letters from St Helena Containing Remarks on Bonaparte's Massacres at Jaffa and El Arish (Boston), 1817.

The Battle of Waterloo (Nueva York), 1819.

Memoirs of the Public and Private Life of Napoleon Bonaparte, 1827.

Life of Napoleon Bonaparte (Philadelphia), 1845.

Antommarchi, Francesco, *The Last Days of Napoleon* 2 vols. 1826.

Appleton, D., ed. *The Confidential Correspondence of Napoleon Bonaparte With His Brother Joseph*, 2 vols. 1855.

Arnault, A. V., *Memoirs of the Public and Private Life of Napoleon Bonaparte*, 2 vols. (Boston) 1833.

Arnold, Eric, ed. *A Documentary Survey of Napoleonic France* (Maryland), 1994.

Arnold, James, *Crisis on the Danube*, 1990.

Arnold, James R. and Reinertsen, Ralph R., *Crisis in the Snows*, 2007.

Ashby, Ralph, *Napoleon against Great Odds*, 2010.

Ashton, John, *English Caricature and Satire on Napoleon I* 2 vols. 1884.

Assier, Alexandre, *Napoléon I à l'École Royale Militaire de Brienne*, 1874.

Atteridge, A. H., *Marshal Ney*, 2005.

Aubry, Octave, *St Helena*, 1936.

Aulard, François, *Histoire politique de la Révolution française*, 1901.

Austin, Paul Britten, *1812*, 2000.

Authority, *Preliminary Articles of Peace between His Britannick Majesty and the French Republick*, 1801.

Babbage, Charles, *Reflections on the Decline of Science in England*, 1830.

Balcombe, Betsy, *To Befriend an Emperor*, 2005.

Baldet, M., *La vie quotidienne dans les armées de Napoléon*, 1964.

Baldick, Robert, ed. *The Memoirs of Chateaubriand*, 1961.

Barbé-Marbois, François, *History of Louisiana*, 1829.

Baring-Gould, S., *The Life of Napoleon Bonaparte*, 1897.

Barnett, Correlli, *Bonaparte*, 1978.

Barral, Georges, *Histoire des sciences sous Napoleon Bonaparte*, 1889.

Barrès, Maurice, ed. *Memoirs of a French Napoleonic Officer: Jean-Baptiste Barrès*, 1988.

Bausset-Roquefort, Barón Louis François de, *Private Memoirs of the Court of Napoleon* (Philadelphia), 1828.

Bell, David A., *The First Total War*, 2007.

Bell, Nancy, ed. *Memoirs of Baron Lejeune*, 2 vols. 1897.

Benbassa, Esther, *The Jews of France* (Princeton), 1999.

Bergeron, Louis, *France Under Napoleon* (Princeton), 1981.

Berlier, Théophile, *Précis de la vie politique de Théophile Berlier*, 1838.

Bertaud, Jean-Paul, *Bonaparte prend le pouvoir*, 1987.

La France de Napoléon, 1987.

Le duc d'Enghien, 2001.

Quand les enfants parlaient de gloire, 2006.

Berthier, Louis-Alexandre, *The French Expedition into Syria*, 1799.

Relation des campagnes du Général Bonaparte en Égypte et en Syrie, 1801.

Bertrand, Henri-Gratien, *Cahiers de Sainte-Hélène*, 3 vols. 1951.

Napoleon at St Helena, 1952.

Bertrand, Pierre, ed. *Lettres de Talleyrand à Napoléon*, 1889.

Beslay, Charles, *Mes souvenirs*, 1873.

Bierman, Irene ed. A., *Napoleon in Egypt*, 2003.

Bigonnet, M., *Coup d'état du dix-huit Brumaire*, 1819.

Bingham, D. A., ed. *A Selection from the Letters and Despatches of the First Napoleon*, 3 vols. 1884.

Blackburn, Julia, *The Emperor's Last Island*, 1991.

Blaufarb, Rafe, *The French Army 1750–1820*, 2002.

Blaze, Capitán Elzéar, *Life in Napoleon's Army*, 1995.

Blond, Georges, *La Grande Armée*, 2005.

Bluche, Frédéric, *Le plébiscite des cent jours*, (Génova), 1974.

Bogle, James y Uffindell, Andrew, eds. *A Waterloo Hero*, 2013.

Boigne, Countess de, *Les mémoires de la Comtesse de Boigne*, 1999.

Boissonnade, Euloge, *18 Brumaire An VII*, 1999.

Bonaparte, Caroline, *Memoirs* (Nueva York), 1910.

Bonaparte, Jérôme, *Mémoires et correspondance du Roi Jérôme et de la Reine Catherine*, vol. VII 1866.

Bonaparte, Joseph, *Mémoires et correspondance politique et militaire du Roi Joseph*, 10 vols. 1855.

Bonaparte, Louis, *A Reply to Sir Walter Scott's History of Napoleon* (Philadelphia), 1829.

Bonaparte, Lucien, *Memoirs of Lucien Bonaparte, Prince of Canino*, 2009.

Bonaparte, Napoleon, *The Confidential Correspondence of Napoleon Bonaparte with his Brother Joseph*, 2 vols. 1855.

Supplément à la correspondance de Napoléon Ier, 1887.

Boswell, James, *An Account of Corsica*, 1769.

Boudon, Jacques-Olivier, *Le roi Jérôme*, 2008.

Les habits neuf de Napoléon, 2009.

Boudon, Jacques-Olivier, ed. *Napoléon et les lycées*, 2004.

Boulay de la Meurthe, Conde F. J., *Boulay de la Meurthe*, 1868.

Bourgogne, Adrien, *Memoirs of Sergeant Bourgogne*, 1929.

Bourgoing, Chevalier, *Quelques notices sur les premières années du Buonaparte*, 1797.

Bourne, George, *The History of Napoleon Bonaparte* (Baltimore), 1806.

Bourrienne, Louis-Antoine Fauvelet de, *Memoirs of Napoleon Bonaparte*, 1836.

Bowden, Scott, *Napoleon's Grande Armée of 1813*, 1990.

Bowle, John, *Napoleon*, 1973.

Boycott-Brown, Martin, *The Road to Rivoli*, 2001.

Branda, Pierre, *Le prix de la gloire*, 2007.

Napoléon et ses hommes, 2012.

Branda, Pierre y Lentz, Thierry, *Napoléon, l'esclavage et les colonies*, 2006.

Bredin, Jean-Denis, *Code civil des Français bicentenaire de 1804 à 2004*, 2004.

Brenner, Michael, Caron, Vicki y Kaufmann, Uri R., eds. *Jewish Emancipation Reconsidered*, 2003.

Brett-James, Antony, *Europe Against Napoleon*, 1970.

Brett-James, Antony, ed. *The Hundred Days*, 1964.

Eyewitness Accounts of Napoleon's Defeat in Russia (Nueva York), 1966.

Brice, Raoul, *The Riddle of Napoleon*, 1937.

Brindle, Rosemary, ed. *Captain Joseph-Marie Moiret*, 2001.

Guns in the Desert, 2002.

With Napoleon's Guns, 2005.

Campaigning for Napoleon: Maurice de Tascher 1806–1813, 2006.
Broers, Michael, *Europe under Napoleon 1799–1815*, 1996.
Napoleonic Imperialism and the Savoyard Monarchy, 1997.
The Politics of Religion in Italy, 2002.
The Napoleonic Empire in Italy 1796–1814, 2005.
Napoleon's Other War, 2010.
Broglie, Duc de, ed. *Memoirs of the Prince de Talleyrand*, 1891.
Brookner, Anita, *Jacques-Louis David*, 1980.
Brown, Howard G., *War, Revolution and the Bureaucratic State*, 1995.
Ending the French Revolution, 2006.
Brown, Peter Hume, *Life of Goethe*, 2 vols. 1920.
Browning, Oscar, *Napoleon, the First Phase*, 1895.
Browning, Oscar, ed. *England and Napoleon in 1803, the Despatches of Lord Whitworth*, 1887.
Bruce, Evangeline, *Napoleon and Josephine*, 1995.
Brunyee, Paul F., *Napoleon's Britons and the St Helena Decision*, 2009.
Bruyere-Ostells, Walter, *Leipzig*, 2013.
Buckland, C. S. B., *Metternich and the British Government from 1809 to 1813*, 1932.
Bulos, A., ed. *Bourrienne et ses erreurs voluntaires et involuntaires*, 2 vols. 1830.
Burdon, William, *The Life and Character of Bonaparte*, 1804.
Burrows, Simon, *French Exile Journalism and European Politics 1792–1814*, 2000.
Butler, A. J., ed. *The Memoirs of Baron Thiébault*, 1896.
Butterfield, Herbert, *The Peace Tactics of Napoleon 1806–1808* 1929.

Caisse, A. du, ed. *Mémoires et correspondance politique et militaire du Prince Eugène*, 10 vols. 1858–1860.
Calmettes, Fernand, ed. *Mémoires du Général Thiébault*, vol. V 1895.
Campbell, Neil, *Napoleon at Fontainebleau and Elba*, 1869.
Carnot, Lazare, *Reply of L. N. M. Carnot*, 1799.
Mémoires historiques et militaires sur Carnot, 1824.
Carpenter, Kirsty, *Refugees of the French Revolution: Émigrés in London*

1789– 1802, 1999.

Carpenter, Kirsty y Mansel, Philip, eds. *The French Émigrés in Europe and the Struggle Against the Revolution 1789–1814*, 1999.

Cartwright, Frederick y Biddiss, Michael, *Disease and History*, 1972.

Castellane, Boniface de, ed. *Journal du Maréchal de Castellane*, vol. 1 1896.

Castelot, André, *La Campagne de Russie*, 1991.

Castle, Alison, ed. *Stanley Kubrick's Napoleon*, 2009.

Cate, Curtis, *The War of the Two Emperors* (Nueva York), 1985.

Cerf, Leon, ed. *Letters of Napoleon to Josephine*, 1931.

Chadwick, Owen, *The Popes and the European Revolution*, 1981.

Champagny, J.-B. Nompère de, *Souvenirs*, 1846.

Champfleury Jules, *Histoire de la caricature*, 4 vols. 1885.

Chandler, David, *Campaigns of Napoleon*, 1965.

Napoleon, 1973.

Dictionary of the Napoleonic Wars (Nueva York), 1993.

On the Napoleonic Wars, 1994.

Jena 1806, 2005.

Chandler, David, ed. *The Military Maxims of Napoleon*, 1987.

Napoleon's Marshals, 1987.

Chaptal, Jean-Antoine, *Mes souvenirs de Napoléon*, 1893.

Chardigny, Louis, *Les maréchaux de Napoléon*, 1977.

L'Homme Napoléon, 1986.

Charles, ed. David W., *Victor Marie du Pont*, 1961.

Charvet, P. E., *A Literary History of France* vol. IV 1967.

Chateaubriand, F. A. de, *Of Buonaparte and the Bourbons*, 1814.

Chatel de Brancion, Laurence, ed. *Cambacérès: mémoires inédits*, 2 vols. 1999

Chevallier, Bernard, *Empire Style*, 2008.

Chevallier, Bernard, Dancoisne-Martineau, Michel y Lentz, Thierry, eds. *Sainte-Hélène, Île de Mémoire*, 2005.

Chlapowski, Dezydery, *Memoirs of a Polish Lancer*, 2002.

Chrisawn, Margaret, *The Emperor's Friend*, 2001.

Christophe, Robert, *Napoleon on Elba*, 1964.

Chuquet, Arthur, *La jeunesse de Napoléon*, 3 vols. 1897–1899.

Cisterne, Raoul de, ed. *Journal de marche du Grenadier Pils*, 1895.

Clark, Christopher, *Iron Kingdom*, 2006.

Clary-et-Aldringen, Prince Charles de, *Trois mois à Paris lors du marriage de l'Empereur Napoléon I et de L'Archduchesse Marie-Louise*, 1914.

Cobb, Richard, *The Police and the People*, 1970.

Cobban, Alfred, *A History of Modern France* vol. II 1961.

Cockburn, Sir George, *Buonaparte's Voyage to Saint Helena* (Boston), 1833.

Coignet, Jean-Roch, *Captain Coignet*, 2007.

Cole, Hubert, *Fouché*, 1971.

The Betrayers, 1972.

Cole, Juan, *Napoleon's Egypt* (Nueva York), 2007.

Collins, Irene, *The Government and the Newspaper Press in France 1814–1881*, 1959.

Napoleon and His Parliaments, 1979.

Connelly, Owen, *Napoleon's Satellite Kingdoms* (Nueva York), 1965.

Blundering to Glory, 1993.

Constant, Louis, *Memoirs of Constant*, 4 vols. 1896.

Coston, F. G. de, *Biographie des premières années de Napoléon Bonaparte,* 1840.

Cottin, Paul, ed. *Souvenirs de Roustam*, 1911.

Coxe, Peter, *The Exposé*, 1809.

Croker, John Wilson, *An Answer to O'Meara's Napoleon in Exile*, 1823.

Cronin, Vincent, *Napoleon*, 1971.

Crook, Malcolm, *Toulon in War and Revolution*, 1991.

Napoleon Comes to Power, 1998.

Crook, Malcolm, ed. *Revolutionary France 1788–1880*, 2002.

Crowdy, T. E., *Incomparable: Napoleon's 9th Light Infantry Regiment*, 2012.

Currie, Laurence, *The Bâton in the Knapsack*, 1934.

D'Abrantès, Duchess, *Memoirs of Napoleon, his Court and his Family*, 2 vols. 1857.

At the Court of Napoleon, 1991.

Daly, Gavin, *Inside Napoleonic France*, 2001.

Darnton, Robert, *The Devil in the Holy Water*, 2010.

Davies, Huw, *Wellington's Wars*, 2011.

Davies, Norman, *Vanished Kingdoms*, 2011.

Davis, J., ed. *Original Journals of the Eighteen Campaign of Napoleon Bonaparte*, 2 vols. 1817.

Davis, J. A., *Conflict and Control*, 1988.

Decaux, Alain, *Napoleon's Mother*, 1962.

DeConde, Alexander, *This Affair of Louisiana*, 1976.

Denon, Vivant, *Travels in Upper and Lower Egypt*, 3 vols. 1803.

D'Erlon, Le Maréchal Drouet, Comte, *Vie militaire*, 1844.

Derogy, Jacques and Carmel, Hesi, *Bonaparte en terre sainte*, 1992.

Desbrière, Édouard, *Projets et tentatives de débarquement aux îles Britanniques*, 5 vols. 1900–1902.

Desgenettes, René-Nicolas, *Histoire médicales de l'Armée d'Orient*, 1802.

Dubois, Laurent, *A Colony of Citizens* (Chapel Hill, Carolina del Norte), 2004.

Dubroca, Louis Jean, *Life of Bonaparte, First Consul of France*, 1802.

Duffy, Christopher, *Austerlitz*, 1977.

Dufourcq, Albert, ed. *Mémoires du Général Baron Desvernois*, 1898.

Dumas, general. Conde Mathieu, *Memoirs of his own Time*, 2 vols. 1839.

Duruy, George, ed. *Memoirs of Barras* 4 vols. (Nueva York), 1895.

Dwyer, Philip, *Talleyrand*, 2002.

Napoleon: The Path to Power, 2008.

Dwyer, Philip, ed. *Napoleon and Europe*, 2003.

Dwyer, Philip y Forrest, Alan, eds. *Napoleon and His Empire*, 2007.

Dwyer, Philip y McPhee, Peter, eds. *The French Revolution and Napoleon*, 2002.

Ebrington, Lord, *Memorandum of Two Conversations between the Emperor Napoleon and Viscount Ebrington*, 1823.

Ellis, Geoffrey, *Napoleon's Continental Blockade*, 1981.

Napoleon, 1997.

The Napoleonic Empire, 2003.

Elting, John, *Swords around a Throne*, 1986.

Emsley, Clive, *The Longman Companion to Napoleonic Europe*, 1993.

Gendarmes and the State in Nineteenth-Century Europe, 1999.

Napoleon: Conquest, Reform and Reorganisation, 2003.

Englund, Steven, *Napoleon*, 2004.

Ernouf, Baron, ed. *Souvenirs d'un officier polonais*, 1877.

Esdaile, Charles, *The Wars of Napoleon*, 1995.

The Peninsular War, 2002.

Fighting Napoleon (New Haven, Connecticut), 2004.

Espitalier, Albert, *Vers Brumaire*, 1914.

Etruria, Maria Louisa, Reina de, *Memoirs of the Queen of Etruria*, 1823.

Evstafiev, Alexis, *The Resources of Russia, in the Event of a War with France*, 1812.

Eyck, F. G., *Loyal Rebels* (Maryland), 1986.

Faber, Theodor von, *Sketches of the Internal State of France*, 1811.

Fain, Agathon-Jean-François, Barón de, *Manuscrit de mil huit cent treize*, 2 vols. 1824.

Manuscrit de mil huit cent douze, 2 vols. 1827.

Memoirs of the Invasion of France by the Allied Armies in 1814, 1834.

Mémoires, 2001.

Fantin des Odoards, Louis-Florimond, *Journal de Général Fantin des Odoards 1800–1830*, 1895.

Field, Andrew, *Waterloo*, 2012.

Fisher, H. A. L., *Studies in Napoleonic Statesmanship*, 1903.

Bonapartism, 1961.

Fleischmann, General, ed. *Memoirs of the Count Miot de Melito*, 1881.

Fleischmann, Théo, *Histoire de la ferme du Caillou*, 1954.

Napoléon en bivouac, 1957.

En écoutant parler les grognards de Napoléon, 1962.

Napoléon et la musique, 1965.

Fleischmann, Théo, ed. *L'Épopée Impériale*, 1964.

Fleury de Chaboulon, Baron, *Memoirs of the Private Life, Return and Reign of Napoleon in 1815*, 2 vols. 1820.

Florange, Charles y Wunsch, A., *L'Entrevue de Napoleon et de Goethe*, 1932.

Foladare, Joseph, *Boswell's Paoli*, 1979.

Fontana, Biancamaria, ed. *Benjamin Constant: Political Writings*, 1988.

Fontanes, Louis, Marquis de, *Parallèle entre César, Cromwell, Monck et Bonaparte*, 1800.

Foord, Edward, *Napoleon's Russian Campaign*, 1914.

Forrest, Alan, *Conscripts and Deserters*, 1989.

Napoleon's Men, 2002.

Napoleon, 2011.

Forrest, Alan y Jones, Peter, eds. *Reshaping France*, 1991.

Forrest, Alan, Hagemann, Karen y Rendall, Jane, eds. *Soldiers, Citizens and Civilians: Experiences and Perceptions of the Revolutionary and Napoleonic Wars 1790–1820*, 2009.

Forrest, Alan y Wilson, Peter H., eds. *The Bee and the Eagle*, 2008.

Forsyth, William, *History of the Captivity of Napoleon at St Helena*, 3 vols. 1853.

Foster, Vere, ed. *The Two Duchesses*, 1898.

Fox, Robert, *The Culture of Science in France 1700–1900*, 1992.

Foy, General, *Discours du Général Foy*, vol. I 1826.

History of the War in the Peninsula under Napoleon, 2 vols. 1829.

Francia, *Constitution de la République Française*, 1800.

Fraser, Edward, *The War Drama of the Eagles*, 1912.

Fraser, Flora, *Venus of Empire* 2009.

Fraser, Ronald, *Napoleon's Cursed War* (Nueva York), 2008 ed.

Frayling, Christopher, *Napoleon Wrote Fiction*, 1972.

Freedman, Lawrence, *Strategy*, 2013.

French Government, *Code civil des français*, 1805.

Friedman, Dr Reuben, *The Emperor's Itch* (Nueva York), 1940.

Fuller, J. F. C., *The Decisive Battles of the Western World*, 1970.

Gachot, J. Édouard, *Siège de Gênes*, 1908.

Gaffarel, Paul, *Bonaparte et les républiques italiennes*, 1895.

Gallaher, John G., *The Iron Marshal*, 2000.

Gallais, M., *Histoire du Dix-Huit Brumaire*, 4 vols. 1814–1817.

Gallatin, Count, ed. *The Diary of James Gallatin*, 1914.

Gardner, Dorsey, *Quatre Bras, Ligny and Waterloo*, 1882.

Garnier, Jacques, ed. *Dictionnaire Perrin des guerres et des batailles de l'histoire de France*, 2004.

Garnier, Jacques y Tulard, Jean, eds. *Nouvelle bibliographie critique des mémoires sur l'époque napoléonienne*, 1991.

Gaskill, Howard, ed. *The Reception of Ossian in Europe*, 2006.

Gates, David, *The Napoleonic Wars 1803–1815*, 1997.

Gaudin, Martin, ed. *Mémoires, souvenirs, opinions et écrits du Duc de Gaëte*, 1826

Germain, Pierre, *Drouët d'Erlon*, 1985.

Geyl, Pieter, *Napoleon: For and Against*, 1949.

Gibbs, Montgomery B., *The Military Career of Napoleon the Great* (Chicago), 1895.

Gielgud, Adam, ed. *Memoirs of Prince Adam Czartoryski*. 2 vols. 1888.

Gildea, Robert, *Children of the Revolution: The French 1799–1914*. 2008.

Gill, John H., *With Eagles to Glory*, 1992.

Thunder on the Danube, 3 vols. 2008–2010.

Gillevoison, C. A. G. Duquesa de, *Le Maréchal Moncey*, 1902.

Gilmour, David, *The Pursuit of Italy*, 2011.

Girod de l'Ain, Général, *Dix ans de mes souvenirs militaires*, 2000.

Girod de l'Ain, Maurice, ed. *Vie militaire du Général Foy*, 1900.

Giubelli, Antonio, *Napoleon on the Island of Elba*, 2008.

Godechot, Jacques, *Les instititions de la France sous la Révolution et l'Empire*, 1985.

Gonneville, Aymar-Olivier de, *Recollections of Colonel de Gonneville*, 2 vols. 2009.

Goodspeed, D. J., *Bayonets at St-Cloud*, 1965.

Gourgaud, General Baron Gaspard, *The Campaign of 1815*, 1818.

Napoleon and the Grand Army in Russia, 1825.

Journal de Sainte-Hélène, 2 vols. 1944–1947.

Gourgaud, General Gaspard, ed. *Memoirs of the History of France During the Reign of Napoleon dictated by the Emperor at St Helena*, 2 vols. 1823.

Grainger, John D., *The Amiens Truce*, 2004.

Gray, Daniel Savage, ed. *In the Words of Napoleon* (Troy, Albany), 1977.

Gray, Denis, *Spencer Perceval*, 1963.

Grimsted, Patricia Kennedy, *The Foreign Ministers of Alexander I* (Oakland, CA), 1969.

Grouchy, Conde de, *Doubts of the Authenticity of the Historical Memoirs Attributed to Napoleon* (Philadelphia), 1820.

Grouchy, Marqués de, *Mémoires de Maréchal de Grouchy*, 5 vols. 1873.

Gueniffey, Patrice, *Le Dix-Huit Brumaire*, 2008.

Guérard, Albert Léon, *Reflections on the Napoleonic Legend*, 1924.

Haig, Diana, *Walks Through Napoleon and Josephine's Paris*, 2003.

Hales, E. E. Y., *Napoleon and the Pope*, 1961.

Hamelin, Antoine, *Douze ans de ma vie*, 1926.

Handel, Michael, ed. *Leaders and Intelligence*, 1989.

Hanoteau, Jean, ed. *The Memoirs of Queen Hortense* 2 vols. (Nueva York), 1927.

With Napoleon in Russia, 2 vols. 1935.

Harris, Robin, *Talleyrand*, 2007.

Hastier, Louis, *Le grand amour de Joséphine*, 1955.

Hayman, Peter, *Soult: Napoleon's Maligned Marshal*, 1990.

Haythornthwaite, Philip, ed. *The Napoleonic Source Book*, 1990.

Napoleon: The Final Verdict, 1996.

Napoleonic Cavalry, 2001.

Napoleonic Infantry, 2001.

Hazareesingh, Sudhir, *The Saint-Napoleon* (Cambridge, MA), 2004.

Headley, J. T., *The Imperial Guard of Napoleon*, 1851.

Healey, F. G., *The Literary Culture of Napoleon*, 1959.

Hennet, Léon y Martin, Comandante, eds. *Lettres interceptées par les Russes*, 1913.

Henry, Walter, *Trifles from My Portfolio*, 2 vols. (Quebec), 1839.

Herold, C., *The Mind of Napoleon* (Nueva York), 1955.

Bonaparte in Egypt, 1962.

The Age of Napoleon, 1963.

Hibbert, Christopher, *Napoleon: His Wives and Women* (New York), 2002.

Hicks, Peter, ed. *Clisson and Eugénie*, 2009.

Lieutenant Woodberry 2013 Higonnet, Patrice, *Paris* 2002.

Hobhouse, John Cam (Barón Broughton), *The Substance of Some Letters Written by an Englishman Resident at Paris*, 2 vols. 1816.

Recollections of a Long Life, 6 vols. 1909.

Holland, Lord, *Foreign Reminiscences*, 1850.

Hollins, David, *Hungarian Hussar 1756–1815*, 2003.

Holtman, Robert B., *Napoleonic Propaganda* (Louisiana), 1950.

The Napoleonic Revolution (Philadelphia), 1967.

Home, George, *Memoirs of an Aristocrat, and Reminiscences of the Emperor Napoleon*, 1837.

Horn, Colonel Bernd y Walker, Robert W., eds. *Le Précis de leadership militaire* (Ontario), 2008.

Horne, Alistair, *Napoleon, Master of Europe 1805–1807*, 1979.

How Far from Austerlitz?, 1996.

The Age of Napoleon, 2004.

Horward, Donald D., *Napoleon and Iberia*, 1994.

Houssaye, Henry, *Napoleon and the Campaign of 1814*, 1914.

Le dernier jour de Napoléon à la Malmaison, 1914.

1815, 3 vols. 1917.

The Return of Napoleon, 1934.

Howard, J. E., ed. *Letters and Documents of Napoleon*, vol. I 1961.

Howard, Martin, *Napoleon's Doctors*, 2006.

Hozier, Captain H. M., *The Invasions of England*, vol. II 1876.

Hughes, Michael, *Forging Napoleon's Grande Armée*, 2012.

Israel, Jonathan I., *The Dutch Republic*, 1995.

Iung, Theodore, ed. *Lucien Bonaparte et ses mémoires*, 3 vols. 1882.

Jackson, Basil, *Notes and Reminiscences of a Staff Officer* 1903

James, C. L. R., *The Black Jacobins*, 1938.

Jarrett, Mark, *The Congress of Vienna and its Legacy*, 2013.

Jefferson, Thomas, *Memoirs, Correspondence and Private Papers*, 4 vols. 1829.

Jenkins, E. H., *A History of the French Navy*, 1973.

Jennings, Louis J., ed. *The Croker Papers*, 3 vols. 1885.
Jimack, Peter, ed. *A History of the Two Indies*, 2006.
Johnson, David, *Napoleon's Cavalry and its Leaders* (Nueva York), 1978.
Johnson, Paul, *Napoleon*, 2003.
Johnston, R. M., ed. *The Corsican* (Nueva York), 1930.
In the Words of Napoleon, 2002.
Jomard, E. F., et al., eds. *Description de l'Égypte*, 21 vols. 1809–1823.
Jomini, General Barón A. H. de, *The Political and Military History of the Ca paign of Waterloo*, 1853.
Summary of the Art of War, 1854.
Life of Napoleon 4 vols. (Nueva York), 1864.
Jones, Proctor Patterson, ed. *Napoleon*, 1992.
Napoleon, How He Did It, 1998.
In Napoleon's Shadow (San Francisco), 1998.
Jonge, Alex de, ed. *Napoleon's Last Will and Testament*, 1977.
Jonquière, Clément de la, *L'Expédition d'Égypte 1798–1801*, 4 vols. 1908.
Jordan, David P., *Napoleon and the Revolution*, 2012.
Jourdan, Annie, *Napoléon*, 1998.
Jourquin, Jacques, *Dictionnaire des marechaux du Premier Empire*, 1999.
Jourquin, Jacques, ed. *Journal de Capitaine François*, 2 vols. 1984.

Kafker, Frank y Laux, James, eds. *Napoleon and His Times* (Florida), 1989.
Kagan, Frederick W y Higham, Robin, eds. *The Military History of Tsarist Russia*, 2002.
Karlen, Arno, *Napoleon's Glands*, 1984.
Kauffmann, Jean-Paul, *The Black Room at Longwood*, 1997.
Kemble, James, *Napoleon Immortal*, 1959.
Kemble, James, ed. *St Helena During Napoleon's Exile*, 1969.
Kerckhove, J. L. R. de, *Histoire des maladies observées à la Grande Armée en 1812*, 1836.
Kerry, Conde de, ed. *The First Napoleon*, 1925.
Kiley, Kevin, *Artillery of the Napoleonic Wars*, 2004.
Once There Were Titans: Napoleon's Generals and Their Battles, 2007.
Kircheisen, Friedrich, *Napoleon*, 1931.

Kissinger, Henry, *A World Restored*, 1957.
Knapton, Ernest John, *Empress Josephine* (Cambridge, MA), 1963.
Knight, Roger, *The Pursuit of Victory*, 2006.
Britain Against Napoleon, 2013.
Koebner, Richard, *Empire*, 1961.
Kolli, Baron de, *Memoirs of the Baron de Kolli*, 1823.

Labaume, Eugene, *The Crime of 1812 and its Retribution* (Nueva York). 1912,
La Bédoyère, Charles de, *Memoirs of the Public and Private Life of Napoleon Bonaparte*, 2 vols. 1835.
Lachouque, Henry y Brown, Anne S. K., *The Anatomy of Glory*, 1978.
Lacour-Gayet, G., *Talleyrand 1754–1838*, 1933.
Lacour-Gayet, Robert, ed. *Mémoires du Comte Beugnot*, 1959.
The Memoirs of Chancellor Pasquier, 1967.
Lancesseur, Pierre de, *L'Enigme de Waterloo*, 2012.
Langeron, L. A.-A., Comte de, *Mémoires de Langeron*, 1902.
Lanzac de Laborie, Léon de, *Paris sous Napoleon*, vol. II 1905.
ed. Lanzac de Laborie, Léon de, *Mémorial de J. de Norvins*, 3 vols. 1896.
eds. Larichev, E. and Ostarkova, I., *Paris-St Petersburg 1800–1830* (Moscú), 2003.
Las Cases, Comte Emmanuel de, *Memoirs of Emanuel Augustus Dieudonné Count de Las Casas*, 1818.
Le Mémorial de Sainte-Hélène, 4 vols. 1823.
Memorial de Saint-Hélène: Journal of the Private Life and Conversations of the Emperor Napoleon at St Helena, 4 vols. 1823.
The Life, Exile, and Conversations of the Emperor Napoleon, 4 vols. 1835.
Laskey, Capitán J. C., *A Description of the Series of Medals Struck at the National Medal Mint by Order of Napoleon Bonaparte*, 1818.
ed. Latimer, Elizabeth, *Talks of Napoleon at St-Helena*, 1903.
Lavalette, Condesa Marie, *The Memoirs of Count Lavalette* (Philadelphia), 1832.
eds. Laven, David and Riall, Lucy, *Napoleon's Legacy*, 2000.
ed. Lecestre, Léon, *Lettres inédites de Napoléon Ier*, 2 vols. 1897.

Lefebvre, Georges, *Napoleon 1799–1807*, 2 vols. 1935.
The Directory, 1964.
Leggiere, Michael, *Napoleon and Berlin*, 2002.
Lentz, Thierry, *Roederer*, 1989.
Le 18-Brumaire, 1997.
Dictionnaire des ministres de Napoléon, 1999.
Le Grand Consultat 1799–1804, 1999.
Savary, 2001.
Napoléon et la conquête de l'Europe 1804–1810, 2002.
L'Effondrement du système napoléonien 1810–1814, 2004.
La France et l'Europe de Napoléon 1804–1814, 2007.
La conspiration du Général Malet, 2012.
Napoléon diplomate, 2012.
ed. Lentz, Thierry, *Le Sacre de Napoléon*, 2003.
1810: Le tournant de l'Empire, 2010.
Lentz, Thierry e Imhoff, Denis, *La Moselle et Napoléon*, 1986.
Lentz, Thierry y Macé, Jacques, *La mort de Napoléon*, 2009.
eds. Lentz, Thierry et al., *Quand Napoléon inventait la France*, 2008.
Levasseur, Octave, *Souvenirs militaires*, 1914.
Levy, Arthur, *Napoléon in time*, 1893.
Lewis, Gwynne, *France 1715–1804*, 2004.
eds. Lewis, Gwynne and Lucas, Colin, *Beyond the Terror*, 1983.
ed. Lewis, Theresa, *Extracts from the Journals and Correspondence of Miss Berry*, vols. II and III 1866.
Lieven, Dominic, *Russia against Napoleon*, 2009.
Linck, Tony, *Napoleon's Generals: The Waterloo Campaign*, 1993.
Lipscombe, Nick, *The Peninsular War Atlas*, 2010.
ed. Lloyd, Charles, *The Keith Papers*, 3 vols. 1955.
Lockhart, J. G., *The History of Napoleon Buonaparte*, 2 vols. 1831.
ed. Londonderry, 2º Marqués de, *Memoirs and Correspondence of Viscount Castereagh*, 12 vols. 1848–1853.
Longford, Elizabeth, *Wellington: Years of the Sword*, 1971.
Wellington: Pillar of State, 1972.
Lullin de Châteauvieux, Jacob Frédéric, *Manuscript Transmitted from St*

Helena by an Unknown Channel, 1817.
ed. Luvaas, Jay, *Napoleon on the Art of War*, 1999.
Lyons, Martyn, *France Under the Directory*, 1975.
Napoleon Bonaparte and the Legacy of the French Revolution, 1994.

Macbride, Mackenzie, *With Napoleon at Waterloo* (Philadelphia), 1911.
MacCulloch, Diarmaid, *A History of Christianity*, 2009.
Macirone, Francis, *Interesting Facts Relating to the Fall and Death of Joachim Murat*, 1817.
McLynn, Frank, *Napoleon*, 1997.
McPhee, Peter, *A Social History of France*, 2004.
Madelin, Louis, *The Consulate and the Empire*, 1934.
ed. Madelin, Louis, *Lettres inédites de Napoléon Ier à Marie-Louise*, 1935.
Maitland, Sir Frederick Lewis, *The Surrender of Napoleon*, 1904.
ed. Malmesbury, 3rd Earl of, *Diaries and Correspondence of James Harris, 1st Earl of Malmesbury*, vol. IV 1844.
A Series of Letters of the First Earl of Malmesbury, vol. II 1870.
Mansel, Philip, *Louis XVIII*, 1981.
The Eagle in Splendour, 1987.
The Court of France 1789–1830, 1988.
Prince of Europe, 2003.
Marbot, Baron de, *Mémoires du Général Baron de Marbot*, 3 vols. 1891.
ed. Marchand, Louis, *Précis des Guerres de César, par Napoléon*, 1836.
ed. Maricourt, Baron André, *Mémoires du Général Noguès*, 1922.
Markham, David, *Napoleon's Road to Glory*, 2003.
ed. Markham, David, *Imperial Glory*, 2003.
Markham, Felix, *Napoleon and the Awakening of Europe*, 1954.
Napoleon, 1963.
Marshall-Cornwall, James, *Marshal Massena*, 1965.
Martin, Andy, *Napoleon the Novelist*, 2001.
Martin, Brian, *Napoleonic Friendship*, 2011.
Martineau, Gilbert, *Napoleon's St Helena*, 1968.
Napoleon Surrenders, 1971.
Masséna, André, *Mémoires*, 1848.

Masson, Frédéric, *Napoleon at Home*, 2 vols. 1894.
Napoléon et les femmes, 1894.
Napoléon dans sa jeunesse, 1907.
Napoleon and his Coronation, 1911.
The Private Diaries of the Empress Marie-Louise, 1922.
Napoleon at St Helena, 1949.
eds. Masson, Frédéric y Biagi, Guido, *Napoléon inconnu*, 2 vols.
Maude, F. N., *The Jena Campaign*, 2007.
The Leipzig Campaign, 2007.
Mauduit, Hippolyte de, *Les derniers jours de la Grande Armée*, 2 vols. 1847–1848.
Melvin, Frank Edgar, *Napoleon's Navigation System* (Nueva York), 1919.
Memes, John, *Memoirs of the Empress Josephine* (Nueva York), 1832.
Méneval, Barón Claude-François, *Napoléon et Marie Louise*, 3 vols. 1843–1845.
ed. Méneval, Baron Napoleon, *Memoirs to Serve for the History of Napoleon I from 1802 to 1815*, 3 vols. 1894.
Menzl, Wolfgang, *Germany from the Earliest Period*, vol. IV 1898.
Merridale, Catherine, *Red Fortress*, 2013.
ed. Metternich, Prince Richard, *Memoirs of Prince Metternich 1773–1815*, vols. I y II 1880.
Mikaberidze, Alexander, *The Battle of Borodino*, 2007.
The Battle of the Berezina, 2010.
ed. Millet, Stanislaw, *Le Chasseur Pierre Millet*, 1903.
Mollien, Conde, *Mémoires d'un ministre du trésor public*, 3 vols. 1898.
Montefiore, Simon Sebag, *Jerusalem*, 2011.
Montesquiou, Anatole de, *Souvenirs sur la Révolution, l'Empire, la Restauration et le Règne de Louis-Philippe*, 1961.
Montesquiou-Fezensac, Raymond de, *The Russian Campaign 1812*, 1970.
Montholon, Albine de, *Journal secret d'Albine de Montholon*, 2002.
Montholon, General, Conde Charles-Tristan de, *History of the Captivity of Napoleon at St Helena*, 3 vols. 1846.
Moorehead, Caroline, *Dancing to the Precipice*, 2009.
Moreau, Jean, *Bonaparte and Moreau* (Philadelphia), 1806.

ed. Moreh, Schmuel, *Napoleon in Egypt*, 1993.
Mossiker, Frances, *Napoleon and Josephine*, 1964.
Mowat, Robert, *The Diplomacy of Napoleon*, 1924.
Mudford, William, *An Historical Account of the Battle of Waterloo*, 1817.
Muir, Rory, *Britain and the Defeat of Napoleon*, 1996.
Tactics and the Experience of Battle in the Age of Napoleon, 1998.

Nafziger, George, *Napoleon's Invasion of Russia* (Novato, CA), 1988.
Napoleon at Dresden, 1994.
Imperial Bayonets, 1996.
Napoleon at Leipzig, 1997.
Nafziger, George, Wesolowski, Mariusz T. y Devoe, Tom, *The Poles and Saxons during the Napoleonic Wars* (Chicago), 1991.
Namier, Sir Lewis, *Vanished Supremacies*, 1970.
Nasica, Abbé T., *Mémoires sur l'enfance et la jeunesse de Napoléon*, 1852.
Nepos, Cornelius, *Vies des Grands Capitaines*, 1818.
ed. Nesbitt, Nick, *Toussaint L'Ouverture*, 2008.
Nester, Wiliam R., *Napoleon and the Art of Diplomacy*, 2011.
Nicolson, Nigel, *Napoleon*, 1985.
Noailles, Marquis de, ed. *The Life and Memoirs of Count Molé*, vol. I 1923.
North, Jonathan, ed. *With Napoleon in Russia*, 2001.
Napoleon on Elba, 2004.
With Napoleon's Guard in Russia, 2013.

Odeleben, Baron Ernst von, *A Circumstantial Narrative of the Campaign in Saxony in 1813*, 1820.
Olivier, Daria, *The Burning of Moscow*, 1966.
Olsen, John and van Creveld, Martin, eds. *The Evolution of Operational Art from Napoleon to the Present*, 2011.
O'Meara, Barry, *Napoleon in Exile, or, a Voice from St Helena*, 2 vols. 1820.
Orieux, Jean, *Talleyrand* (Nueva York), 1974.
Orwicz, Michael R., ed. *Art Criticism and its Institutions in Nineteenth-Century France*, 1994.
Ott, Thomas, *The Haitian Revolution 1789–1804* (Knoxville, TN), 1973.

Palmer, Alan, *Alexander I*, 1974.
An Encyclopaedia of Napoleon's Europe, 1984.
Bernadotte, 1990.
Napoleon and Marie Louise, 2001.
Napoleon in Russia, 2003.
Palmstierna, C.-F., ed. *My Dearest Louise*, 1955.
Paoli, François, *La Jeunesse de Napoléon*, 2005.
Paret, Peter, *The Cognitive Challenge of War*, 2009.
Paris, William Francklyn, *Napoleon's Legion*, 1927.
Park, Julian, ed. *Napoleon in Captivity*, 1827.
Pawly, Ronald, *Napoleon's Red Lancers*, 2003.
Pelet de la Lozère, Barón Joseph, *Napoleon in Council*, 1837.
Pellapra, Emilie de, *A Daughter of Napoleon* (Nueva York), 1922.
Peltier, John, *The Trial of John Peltier, Esq, for a Libel Against Napoleon Buonaparté*, 1803.
Percy, Pierre-François, *Journal des campagnes du Baron Percy*, 1986.
Pétiet, Général Baron Auguste, *Souvenirs militaires de l'histoire contemporaine*, 1844.
Petit, Joseph, *Marengo*, 1801.
Peyrusse, Guillame, *Mémorial et archives de M. le Baron Peyrusse* (Carcassonne), 1869.
Pigeard, Alain, *L'Armée de Napoléon 1800–1815*, 2000.
La conscription au temps de Napoléon, 2003.
Napoléon amoureux, 2007.
Plenel, Edwy, ed. *Joseph Fouché, minister de la police*, 1993.
Plumptre, Anne, *A Narrative of a Three Years Residence in France 1802–1805*, 3 vols. 1810.
Pocock, Tom, *The Terror Before Trafalgar*, 2002.
Stopping Napoleon, 2004.
Pontécoulant, Philippe-Gustave, *Napoleon à Waterloo*, 2004.
Pope, Stephen, ed. *The Cassell Dictionary of the Napoleonic Wars*, 1999.
Popkin, Jeremy, *The Right-Wing Press in France 1792–1800* (Chapel Hill, NC), 1980.

Poultier, François, *A Sketch of the History of the War in Europe* (Nueva York), 1798.

Pradt, Abbé de, *Histoire de l'ambassade dans le Grand Duché de Varsovie,* 1815.

Prat, Louis-Antoine and Tonkovich, Jennifer, *David, Delacroix and Revolutionary France*, 2011.

Price, Munro, *The Perilous Crown*, 2007.

Prinzing, Friedrich, *Epidemics Resulting from Wars*, 1916.

Quentin, Roger, ed. *André Peyrusse*, 2010.

Raeff, Marc, ed. *The Diary of a Napoleonic Foot Soldier*, 1991.

Ragsdale, Hugh, *Détente in the Napoleonic Era*, 1980.

Raguse, Duque de, *Mémoires du Maréchal Marmont*, 9 vols. 1857.

Ramon, G., *Histoire de la Banque de France*, 1929.

Rapp, Conde general, *Memoirs of General Count Rapp*, 1823.

Reiset, Le Vicomte de, *Souvenirs du Lieutenant Général Vicomte de Reiset 1814– 1836*, vol. III 1899.

Rémusat, Paul de, ed. *Memoirs of Madame de Rémusat*, 3 vols. 1880.

A Selection of the Letters of Madame de Rémusat, 1881.

René, François, ed. *Original Journals of the Eighteen Campaigns of Napoleon Bonaparte*, 2 vols. 1817.

Reynier, General Jean, *Mémoires du Comte Reynier*, 1827.

Ribbe, Claude, *Le crime de Napoléon*, 2005.

Richardson, Hubert N. B., *A Dictionary of Napoleon and His Times*, 1920.

Richardson, Nicholas, *The French Prefectoral Corps 1814–1830*, 1966.

Richardson, Robert, *The Apocalypse of Napoleon*, 2009.

Riehn, Richard, *Napoleon's Russian Campaign* (New York), 1991.

Ripaud, Citizen, *Report of the Commission of Arts*, 1800.

Robb, Graham, *Parisians*, 2010.

Roberts, Andrew, *Waterloo*, 2011.

Rodger, A. B., *The War of the Second Coalition 1798–1801*, 1964.

Rodger, N. A. M., *Command of the Ocean*, 2006.

Roederer, Pierre-Louis, *Autour de Bonaparte*, 1909.

Bonaparte me disait, 1942.

Roncière, Charles de la, ed. *The Letters of Napoleon to Marie-Louise*, 1935.

Ropes, John, *The Campaign of Waterloo* (Nueva York), 1892.

Rose, John Holland, *The Life of Napoleon*, 2 vols. 1903.

The Personality of Napoleon, 1912.

Rose, J. H., ed. *Napoleon's Last Voyages*, 1906.

Rosebery, Lord, *Napoleon: The Last Phase*, 1900.

Rosen, Lew, *Napoleon's Opera-Glass*, 1897.

Ross, Michael, *The Reluctant King*, 1976.

Rostopchin, Fyodor, *L'Incendie de Moscou*, 2000.

Rothenberg, Gunther E., *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, 1977.

The Napoleonic Wars, 1999.

The Emperor's Last Victory, 2005.

Rouart, Jean-Marie, *Napoléon ou la destinée*, 2012.

Rousset, Camille, ed. *Recollections of Marshal Macdonald*, 2 vols. 1892.

Routier, Colonel Léon, ed. *Récits d'un soldat de la République et de l'Empire*, 2004.

Rovigo, Duc de, *Mémoires du duc de Rovigo*, 8 vols. 1828.

Rowe, Michael, ed. *Collaboration and Resistance in Napoleonic Europe*, 2003.

Rudé, George, *Revolutionary Europe*, 1964.

Sadler, Thomas, ed. *Diary, Reminiscences and Correspondence of Henry Crabb Robinson*, 3 vols. 1869.

Sage, Robert, ed. *The Private Diaries of Stendhal* (Nueva York), 1954.

Saint-Amand, Imbert de, *Marie Louise and the Decadence of the Empire* (Nueva York), 1902.

Marie Louise, the Island of Elba, and the Hundred Days (Nueva York), 1902.

St-Cère, Jacques y Schlitter, H., eds. *Napoléon à Sainte-Hélène*, n.d.

Saint-Chamans, Gén. Conde Alfred de, *Mémoires du Général Comte de Saint-Chamans*, 1896.

Saint-Cyr, Laurent Gouvion, *Mémoires pour servir à l'histoire militaire*, 4 vols. 1831.

Saint-Denis, Louis Étienne (llamado Ali), *Napoleon from the Tuileries to St Helena*, 1922.

Souvenirs du Mameluck Ali, 1926.

Saint-Hilaire, Émile de, *Napoléon au Conseil-d'État*, 1843.

Saint-Pierre, Louis y Saint-Pierre, Antoinette, eds. *Mémoires du Maréchal Soult*, 1955.

Sanderson, Edgar, ed. *Bourrienne's Memoirs of Napoleon Bonaparte*, 1900.

Sarrazin, General, *Confession of General Buonaparté to the Abbé Maury*, 1811.

History of the War in Spain and Portugal, 1815.

Sauzet, Armand, *Desaix, le sultan juste*, 1954.

Savary, Anne-Jean-Marie, *Memoirs Relative to the Duke D'Enghien*, 1823.

Savatier, René, *L'Art de faire les lois*, 1927.

Schlabrendorf, Graf Gustav von, *Bonaparte and the French People*, 1804.

Napoleon and the French People Under his Empire, 1806.

Schlumberger, Gustave, ed. *Lettres du commandant Coudreux*, 1908.

Schneid, Frederick C., *Soldiers of Napoleon's Kingdom of Italy*, 1995.

Napoleon's Italian Campaigns 1805–1815, 2002.

Napoleon's Conquest of Europe (New Haven, CT), 2005.

Schom, Alan, *Napoleon Bonaparte*, 1997.

Schroeder, Paul, *The Transformation of European Politics 1763–1848*, 1994.

Schur, Nathan, *Napoleon in the Holy Land*, 1999.

Schwartz, Bernard, ed. *The Code Napoleon and the Common-Law World* (Nueva York), 1956.

Schwarzfuchs, Simon, *Napoleon, the Jews and the Sanhedrin* (Philadelphia), 1979.

Sciout, Ludovic, *Le Directoire*, vol. 4, 1895.

Ségur, Conde general Philippe de, *Memoirs of an Aide-de-Camp of Napoleon 1800–1812*, 2005.

Ségur, Paul de, *Napoléon et la Grande Armée en 1812*, 1824.

Shepherd, Rev. William, *Paris in 1802 and 1814*, 1814.

Sherwig, John M., *Guineas and Gunpowder* (Cambridge, MA), 1969.

Shmuelevitz, Aryeh, *Napoleon and the French in Egypt and the Holy Land* (Estambul), 2010.

Shoberl, Frederic, *Narrative of the Most Remarkable Events which Occurred in and near Leipzig*, 1814.

Simms, Brendan, *The Impact of Napoleon*, 1997.

The Struggle for Mastery in Germany 1779–1850, 1998.

Europe: The Struggle for Supremacy, 2013.

Simonetta, Marcello y Arikha, Noga, *Napoleon and the Rebel*, 2011.

Six, Georges, *Dictionnaire biographique des généraux et amiraux français de la Révolution et de l'Empire 1792–1814*, 2 vols. 1934.

Sked, Alan, *Radetzky*, 2011.

Smith, Digby, *The Greenhill Napoleonic Wars Data Book*, 1998.

Napoleon's Regiments, 2000.

1813 Leipzig, 2001.

The Decline and Fall of Napoleon's Empire, 2005.

«Charge!», 2007.

Smith, Sir William Sidney, *The French Expedition into Syria*, 1799.

Solé, Robert, *La conquête de l'Égypte*, 2006.

Soltyk, Roman, *Napoléon en 1812*, 1838.

Soult, fils, ed. *Mémoires du Maréchal-Général Soult*, 3 vols. 1854.

Sparrow, Elizabeth, *Secret Service*, 1999.

Shadow of the Guillotine, 2013.

Staël, Madame Germaine de, *An Appeal to the Nations of Europe against the Continental System*, 1813.

Dix années d'exil, 2 vols. 2000.

Stanhope, 5th Earl, *Notes of Conversations with the Duke of Wellington 1831– 1851*, 1888.

Starke, Mariana, *Letters from Italy Between the Years 1792 and 1798*, 2 vols. 1800.

Stendhal (Henri Beyle), *The Red and the Black*, 2004.

The Charterhouse of Parma, 2006.

Stiegler, Gaston, ed. *Récits de guerre et de foyer*, 1894.

Stoker, Donald, Schneid, Frederick y Blanton, Harold, eds. *Conscription in the Napoleonic Era*, 2009.

Stourton, James y Montefiore, Charles Sebag, *The British as Art Collectors*, 2012.

Strathearn, Paul, *Napoleon in Egypt*, 2007.

Stryjenski, Casimir, ed. *Mémoires de la Comtesse Potocka*, 1897.

Stuart, Andrea, *Rose of Martinique*, 2003.

Suchet, Marshal Louis Gabriel, *Memoirs of the War in Spain*, 2 vols. 1829.

Summerville, Christopher, *Napoleon's Polish Gamble*, 2005.

Summerville, Christopher, ed. *Napoleon's Expedition to Russia*, 2003.

Summerville, C. J., ed. *The Exploits of Baron de Marbot*, 2000.

Sutherland, Christine, *Marie Walewska*, 1979.

Swanson, William C., *Napoleon's Dual Courtship* (edición privada), 1923.

Tarbell, Ida M., ed. *Napoleon's Addresses* (Boston), 1897.

Thiard, A. M. T., *Souvenirs diplomatiques et militaires*, 1900.

Thibaudeau, Antoine, *Bonaparte and the Consulate*, 1908.

Mémoires sur la Consultat 1799 à 1804, 1913.

Thiers, Louis Adolphe, *History of the Consulate and the Empire of France under Napoleon*, vol. XII 1893.

Thiry, Jean, *La machine infernale*, 1952.

Thody, Philip, *French Caesarism from Napoleon to Charles de Gaulle*, 1989.

Thornton, Michael, *Napoleon after Waterloo* (Stanford, CA), 1968.

Thrasher, Peter, *Pasquale Paoli*, 1970.

Thuillier, Guy, *Regards sur la haute administration de France*, 1979.

Tissot, P. F., *Souvenirs historiques sur la vie et la mort de F. Talma*, 1826.

Histoires de Napoléon, 2 vols. 1833.

Tolstoy, Leo, *War and Peace*, 1869.

Tomiche, Nada, *Napoléon écrivain*, 1952.

Tone, John L., *The Fatal Knot*, 1994.

Tone, Theodore Wolfe, *The Life of Theodore Wolfe Tone*, 1828.

Tortel, Christian, ed. *Avec Bonaparte en Égypte et en Syrie*, 1976.

Tortel, Christian y Carlier, Patricia, eds. *Bonaparte de Toulon au Caire*, 1996.

Tranié, Jean, *Napoléon et son entourage*, 2001.

Tranié, Jean y Camigniani, J.-C., *Napoléon Bonaparte, la première campagne d'Italie 1796–1797*, 1990.

Troyat, Henri, *Alexander of Russia*, 1982.

Tulard, Jean, *L'Anti-Napoléon*, 1965.

Napoléon et la noblesse d'Empire, 1979.

Le grand empire, 1982.

Napoleon: The Myth of the Saviour, 1984.

Napoléon: une journée particulière, 1994; *Murat*, 1999.

Les vingt jours 1–20 March 1815, 2001.

Napoléon: les grands moments d'un destin, 2006.

Dictionnaire amoureux de Napoléon, 2012.

Tulard, Jean, ed. *Proclamations, orders du jour, bulletins de la Grande Armée*, 1964.

Bibliographie critique des mémoires sur le Consultat et l'Empire, 1971.

Cambacérès, lettres inédites à Napoléon, 2 vols. 1973.

Dictionnaire Napoléon, 1989.

La Berline de Napoléon, 2012.

Tulard, Jean y Garros, Louis, eds. *Itinéraire de Napoléon au jour de jour*, 1992.

Turnbull, Patrick, *Napoleon's Second Empress*, 1971.

Uffindell, Andrew, *The Eagle's Last Triumph*, 1994.

Napoleon's Immortals, 2007.

Napoleon's Chicken Marengo, 2011.

Underwood, Thomas Richard, *A Narrative of Memorable Events in Paris in the year 1814*, 1828.

Unger, Harlow, *Layfayette* 2002 Unwin, Brian, *Terrible Exile*, 2010.

Vandal, Albert, *Napoléon et Alexandre I*, 3 vols. 1893.

L'Avènement de Bonaparte, 2 vols. 1907.

Van-Ess, Willem Lodewyk, *The Life of Napoleon Buonaparte*, 4 vols. (Philadelphia), 1809.

Vaughan, C. R., *Narrative of the Siege of Zaragoza*, 1809.

Vernon, B. J., *Early Recollections of Jamaica to Which are Added Trifles from St Helena*, 1848.

Villefosse, Louis de y Bouissounouse, Janine, *The Scourge of the Eagle*, 1972.

Villemain, Abel-François, *Souvenirs contemporains d'histoire et de littérature*, 2 vols. 1854.

Villepin, Dominique de, *Les cent jours*, 2001.

Volney, Constantin de, *Voyage en Égypte et en Syrie*, 1787.

Vossler, Teniente H. A., *With Napoleon in Russia 1812*, 1998.

Wairy, Constant, *Mémoires de Constant*, 1831.

Walter, Gérard, ed. *Le Comte de Las Cases*, 2 vols. 1956.

Warden, William, *Letters Written on Board HMS*, Northumberland *and at St Helena*, 1817.

Waresquiel, Emmanuel de, *Talleyrand*, 2011.

Watson, Stephen, *The Reign of George III*, 1960.

Weider, Ben y Forshufvud, Sten, *Assassination at St Helena Revisited* (Nueva York), 1995.

Weider, Ben y Hapgood, David, *The Murder of Napoleon*, 1982.

Weigley, Russell, F., *The Age of Battles* (Bloomington, IN), 1991.

ed. Weit, Gaston, *Nicolas Turc, chronique d'Égypte 1798–1804* (El Cairo), 1950.

Weller, Jac, *Wellington in India*, 1972.

Wellington, 2º Duque de, ed. *Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur, Duke of Wellington, K.G.*, 15 vols. 1858–1872.

Welschinger, Henri, *La censure sous le premier empire*, 1882.

Le duc d'Enghien, 1888.

Wesling, Molly, *Napoleon in Russian Cultural Mythology* (Nueva York), 2001.

Wheeler, H. B. F. y Broadley, A. B., *Napoleon and the Invasion of England*, 2 vols. 1907.

Whitcomb, Edward A., *Napoleon's Diplomatic Service* (Durham, NC), 1979.

Williams, Helen Maria, *A Narrative of the Events Which Have Taken Place in France*, 1815.

Williams, John R., *The Life of Goethe*, 1998.

Williams, Kate, *Josephine*, 2013.

Wilson, Sir Arnold, ed. *A Diary of St Helena, the Journal of Lady Malcolm*, 1929.

Wilson, Peter H., *War, Society and State in Württemberg 1677–1793*, 1995.

Wilson, Sir Robert, *History of the British Expedition to Egypt*, 1802.

Brief Remarks on the Character and Composition of the Russian Army in the Years 1806 and 1807, 1810.

Campaigns in Poland in the Years 1806 and 1807, 1810.

Narrative of Events during the Invasion of Russia by Napoleon Bonaparte, 1860.

Wilson-Smith, Timothy, *Napoleon and His Artists*, 1996.

Napoleon: Man of War, Man of Peace, 2002.

Winograd, Lee, *Strategical Considerations Concerning the Battle of Acre during Napoleon's Holy Land Campaign* (Tel Aviv), 1973.

Wolff, Sir Henry Drummond, *The Island Empire*, 1855.

Woloch, Isser, *Jacobin Legacy* (Princeton, NJ), 1970.

The French Veteran from the Revolution to the Restoration, 1979.

The New Regime: Transformations of the French Civic Order 1789–1820s, 1994.

Napoleon and His Collaborators, 2001.

Woloch, Isser, ed. *Revolution and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century* (Stanford, CA), 1996.

Woolf, Otto, *Ouvrard: Speculator of Genius*, 1962.

Woolf, Stuart, *Napoleon's Integration of Europe*, 1991.

Wright, Constance, *Daughter to Napoleon* (Nueva York), 1961.

Wright, O. W., ed. *History of Charles XII by M. de Voltaire*, 1887.

Yevstafiev, Aleksye Grigoryevich, *The Resources of Russia in the Event of a War with France*, 1813.

Yonge, Charlotte M., ed. *A Man of Other Days*, 2 vols. 1877.

Memoirs of Marshal Bugeaud, vol. I, 1884.

Zamoyski, Adam, *Holy Madness*, 1999.

1812: Napoleon's Fatal March on Moscow, 2005.

Zarzeczny, Matthew, *Meteors that Enlighten the Earth*, 2013.

Ziegler, Philip, *The Sixth Great Power*, 1988.

Zweig, Stefan, *Joseph Fouché*, 1930.

ARTÍCULOS, ENSAYOS Y TESIS INÉDITAS

Abel, Jonathan, «Jacques-Antoine-Hippolyte, Comte de Guibert's Military Reforms», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 May 2010.

Abramova, Inna, «Les médailles relatives à la guerre de 1812 et à Napoléon du Musée de Vitebsk», *Études Napoléoniennes* ns. 31-34 1994.

Alexander, Don W., «French Replacement Methods during the Peninsular War», *Military Affairs* vol. 44 número 4, diciembre, 1980

Alger, J. G., «Napoleon in Egypt» *Westminster Review* vol. 150 n. 4 1898 «British Visitors to Paris 1802-1803», *English Historical Review* vol. 14, octubre, 1899.

Allégret, Marc, «Autour de la rédaction du Code Civil», *Revue du Souvenir Napoléonien* n. 495, abril-junio 2013.

Anónimo, «Bonaparte's Campaign in Russia», *Edinburgh Review* n. 24 de febrero de 1815.

«Mémoires pour servir à l'histoire des éxpeditions en Égypte et en Syrie par J. Miot», *Quarterly Review* n. 25 April 1815.

«Letters from France», *Edinburgh Review* n. 51 February 1816 «Descente en Angleterre», *Notes and Queries* 21 de julio de 1855.

«Marshal Marmont's *Memoirs*», *Edinburgh Review* n. 106 julio 1857 «The Napoleon Correspondence» *Edinburgh Review* n. 258 Oct 1867 «More about Napoleon», *Quarterly Review* vol. 139 July 1875.

«The Unpublished Letters of Napoleon», *Quarterly Review* vol. 187 1898 «The French Expedition to Egypt in 1798», *Edinburgh Review* n. 208 julio 1908.

Arboit, Gérard, «1812: Le reseignement Russe face à Napoléon», *Revue de l'Institute Napoléon* n. 204 2012.

Arnold, James R., «A Reappraisal of Column versus Line in the Peninsular War», April 2004 *Napoleon Series* página web.

Beaucour, Fernand, «Les besoins en voitures pour le chauffage de l'armée au Camp de Boulogne en Janvier 1804», *Études Napoléoniennes* ns. 31-34 1994.

Beerbuehl, Margrit Schulte, «Crossing the Channel: Nathan Mayer Rothschild and his Trade with the Continent during the Early Years of the Blockades 1803-1808», *The Rothschild Archive Review of the Year* 2007-2008.

Bertaud, Jean-Paul, «Napoleon's Officers», *Past and Present* n. 111. 1986.

Biagi, Guido, «A Coincidence in Napoleon's Life», *Century Magazine*, noviembre de 1894.

Billings, Mark, «Napoleon: A Dealer of Hope», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 mayo 2010.

Blaufarb, Rafe, «The Ancien Régime Origins of Napoleonic Social Reconstruction», *French History* vol. 14 n. 4. 2000.

Boisson, Daniel, «Maréchaux et généraux français tués et blessés en 1812», *Les Amis du Patrimonie Napoléonien* n. 35 julio de 2012.

Brack, General de, «Waterloo», *La Revue de France* vol. 4 julio 1932.

Branda, Pierre, «Did the War Pay for the War? An Assessment of Napoleon's Attempts to Make his Campaigns Self-Financing», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4 noviembre 2011.

Brier, Bob and Wood, Mary Mendenhall, «Napoleon in Egypt: The Battle of Chobrakit», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre 1998.

Broers, Michael, «The Napoleonic Police and Their Legacy» *History Today* mayo 1999.

«Cultural Imperialism in a European Context?» *Past and Present* n. 170 2001 «Napoleon, Charlemagne and Lotharingia: Acculturation and the Boundaries of Napoleonic Europe», *Historical Journal* vol. 44. 2001.

Brown, Howard G., «From Organic Society to Security State: The War on Brigandage in France 1797-1802», *Journal of Modern History* vol. 69. 1997.

Bryant, Mark, «Graphic Warriors: War Cartoonists 1792-1945», *The London Library Magazine* 4º trimestre 2011.

Burrows, Simon, «Culture and Misperception: The Law and the Press in the Outbreak of War in 1803». *International History Review* vol. 18. 1996.

Byrd, Melanie, «The Napoleonic Institute of Egypt», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre 1998.

Chandler, David, «Napoleon and Death», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 1 abril 1997.

Chaplin, Dr T. H. Arnold, «Napoleon's Funeral: A Lost Record», *Times*

Literary Supplement 30 septiembre 1915.

Choffat, Thierry, «La Bérézina: victoire française», *Centre d'Études et de Recherches sur la Bonapartisme* n. 48 2º trimestre, 2013.

Cook, John, «Bernadotte 1806: Is There a Case for the Defence?», *Napoleon Series*, página web.

Crook, Malcolm, «Time for a Hero? Reappraising Napoleon on the Bicentenary of his Rise to Power», *History* vol. 87 issue 288 octubre 2002.

Crouzet, François, «The Second Hundred Years War», *French History* vol. 10 1997 Dague, Everett, «Henri Clarke, Minister of War, and the Malet Conspiracy» *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre 1998.

Davies, Huw J., «Diplomats as Spymasters: A Case Study of the Peninsular War 1809-1813», *Journal of Military History* vol. 76 n. 1 enero 2012.

Davies, Peter, «Who Killed Napoleon Bonaparte?», *The Waterloo Journal* vol. 32 n. 3 3º trimestre, 2010.

Desclaux, Dr, «A propos de la "Gale" de Napoléon», *Journal des Patriciens* April 1932 «Détenu», «The Journal of a Detenu: An Eye-witness of the Events in Paris» *London Magazine* septiembre, 1825.

Dhombres, Nicole, «Napoléon et les scientifiques Part I: 1779-1798», *La Revue du Souvenir Napoléonien* n. 350. 1985.

Dufraisse, Roger, «Napoleon et l'Empereur» *Études Napoléoniennes* ns. 31-34 1994.

Dunne, John, «Napoleon's Mayoral Problem», *Modern & Contemporary French History* vol. 8. 2000.

Dupâquier, J., «Problèmes démographiques de la France Napoléonienne», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* vol. 17. 1970.

Dusoulier, Louis, «En vendant La Louisiane», *Les Annales de les Compagnons de l'Empire* n. 4 2003.

Dutcher, George Matthew, «Napoleon and the Napoleonic Period» *The Journal of Modern History* vol. 4 n. 3 septiembre, 1932.

Dwyer, Philip G., «From Corsican Nationalist to French Revolutionary: Problems of Identity in the Writings of the Young Napoleon 1785-1793», *French History* vol. 16. 2002.

«Napoleon Bonaparte as Hero and Saviour» *French History* vol. 18 2004.

«"It Still Makes Me Shudder": Memories of Massacres and Atrocities During the Revolutionary and Napoleonic Wars» *War in History* vol. 16 n. 4 2009.

Dziewanowski, Lieutenant M. K., «Napoleon: Legend and Propaganda», *Military Affairs* vol. 9, 1, enero de 1945.

Ebrington, Lord, «A Conversation with Napoleon at Elba», *Macmillan's Magazine*, diciembre, 1894.

Eidahl, Kyle, «Marshal Nicolas Charles Oudinot», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 1 abril 1997.

Ela, Alfred, «Napoleon's Wounds», *The Boston Medical and Surgical Journal* vol. 174 ns. 22 y 24 junio 1916.

Epstein, James, «Politics of Colonial Sensation: The Trial of Thomas Picton and the Cause of Louisa Calderon», *American Historical Review*, junio de 2007.

Esdaile, Charles, «Spanish Guerrillas: Heroes or Villains?», *History Today* n. 38 abril 1988.

«Recent Writing on Napoleon and His Wars», *The Journal of Military History* vol. 73 issue 1 enero 2009.

Feinberg, Herb, «North to Palestine: Napoleon Marches Against the Turks», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre 1998.

Field, Andrew, «The Famous Words: The Capture of Cambronne at Waterloo», *Waterloo Journal* vol. 35 n. 1 3º trimestre, 2013.

Fitzsimmons, Michael P., «The Debate on Guilds under Napoleon», *Proceedings of the Western Society for French History* vol. 36 2008.

Foch, Marshal, «La bataille de Laon», *Revue de France*, mayo de 1921.

Forrest, Alan, «Propaganda and the Legitimation of Power in Napoleonic France», *French History* vol. 18 2004.

Friedman, Elias, «On the Affair of the Murder of the French Soldiers in the Carmelite Monastery during Napoleon's Campaign», *Ariel Journal on the Land of Israel* n. 37 marzo de 1985 (en hebreo).

Gallaher, John, «Political Considerations and Strategy: The Dresden Phase of the Leipzig Campaign», *Military Affairs* vol. 49 issue 2 abril 1985.

«Davout and Napoleon» *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 1 April 1997.

Gates, David, «The Wars of 1812: A French Perspective», *Mars & Clio* n. 34, 3º trimestre de 2012.

George, Christopher T., «The Eroica Riddle: Did Napoleon Remain Beethoven's "Hero"?», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre de 1998.

Gichon, Mordechai, «Jaffa, 1799», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 diciembre de 1998.

«East Meets West: The Clash Between French and Oriental Society during Napoleon's Campaign in Egypt», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 mayo de 2010.

Gill, Conrad, «The Relations Between England and France in 1802», *English Historical Review* vol. 24 1909.

Glover, Richard, «The French Fleet 1807-1814», *Journal of Modern History*, vol. 39 n. 3 septiembre de 1967.

Grab, Alexander, «Army, State and Society: Conscription and Desertion in Napoleonic Italy 1802-1814», *Journal of Modern History* vol. 47 1995.

«State Power, Brigandage and Rural Resistance in Napoleonic Italy», *European History Quarterly* vol. 25 1995.

«The Geopolitical Transformation of the Italian Peninsula Under Napoleon», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 mayo de 2010.

Griffin, Miriam, «Philosophy, Cato and Roman Suicide», *Greece & Rome* vol. 33 n. 1 abril de 1986.

Groutso, Igor, «Le sort des aigles napoléoniennes pendant le campagne de 1812», *Études Napoléoniennes* ns. 31-34 1994.

Hartley, Janet, «Napoleon in Russia: Saviour or Anti-Christ?», *History Today* vol. 41 n. 1 1991.

Harvey, A. D., «European Attitudes to Britain during the French Revolutionary and Napoleonic Era», *History* vol. 63 1978.

Hayman, Neil M., «France Against Prussia: The Jena Campaign of 1806», *Military Affairs* vol. 30, n. 4, 1966.

Hazareesingh, Sudhir, «Memory and Political Imagination: The Legend of Napoleon Revisited», *French History* vol. 18 2004.

«God of War», *Times Literary Supplement* 3 de febrero de 2012.

Hicks, Peter, «The Napoleonic "Police" or "Security" State in Context», *Napoleonica La Revue* ns. 2-10 2009.

«Late 18th Century and very early 19th Century British writings on Napoleon: Myth and History», Web de la *Fondation Napoléon*.

Hochel, Marian, «Dominique-Vivant Denon: Napoleon’s Chief Arts Adviser», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4, noviembre de 2011.

Hollins, Dave, «The Hidden Hand: Espionage and Napoleon», *Osprey Military Journal* vol. 2 n. 2 25 de marzo de 2000.

Holmes-Wilson, Captain C., «Nelson and Napoleon: A Criticism of Sea Power», *Minutes of Proceedings of the Royal Artillery Institution* vol. 30 1903-4.

Horward, Donald D., «Masséna and Napoleon: Abandonment in Portugal», *Military Affairs* vol. 37 tomo 3 octubre de 1973.

«Napoleon in Review: A Bibliographical Essay», *Military Affairs* vol. 43, tomo 3, octubre de 1979.

Innocenti, Claudio, «Souls Not Wanting: The Marshalate’s Betrayal of Napoleon», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 mayo de 2010.

Jourdan, Annie, «Napoleon and History», *French History* vol. 10 1996.

«The Grand Paris of Napoleon: From a Dream of Magnificence to a Dream of Utility», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4, noviembre de 2011.

Keene, Edward, «The Treaty-making Revolution of the Nineteenth Century», *International History Review* vol. 34 n. 3 de septiembre de 2012.

Lamy, Gautier, «La cavalerie française de 1813», *La Revue Napoléon* n. 9, junio de 2013.

Lewin, Peter K., Hancock, Ronald G.V. and Voynovich, Paul, «Napoleon Bonaparte: No Evidence of Arsenic Poisoning», *Nature* vol. 299 14 de octubre de 1982 Lochet, Jean, «The Destruction of the Grande Armée and its Cavalry in Russia 1812», www.magweb.com.

Lugli, Alessandro et al., «Napoleon Bonaparte’s Gastric Cancer: A Clinicopathologic Approach to Staging, Pathogenesis, and Etiology», *Nature Clinical Practice Gastroenterology and Hepatology* vol. 4 n. 1 2007.

Maamar, Sayah, «Propos critiques sur l’Université Impériale vers 1810», *Études Napoléoniennes* ns. 31-34 1994.

McErlean, J. M. P., «Governor Raffles’ Fifteen Minutes with Napoleon», *The Waterloo Journal* vol. 27 n. 1 2º trimestre de 2005.

Markham, Felix, «The Emperor at Work», *History Today* September 1963 Markham, J. David, «Napoleon’s Last Hours in France», *Napoleonic Scholarship*, vol. 1 n. 3, mayo de 2010.

«Was Napoleon an Anti-Semite? Napoleon, the Jews and Religious

Freedom», Speech to the Symposium on the Bicentenary of the Sanhedrin, Tel Aviv, Israel 31 de mayo de 2007.

Mikaberidze, Alexander, «“The Russian Eagles over the Seine”: Russian Occupation of Paris in 1814», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4 de noviembre de 2011.

Murphy, Orville T., «Napoleon’s International Politics: How Much Did He Owe to the Past?», *Journal of Military History* vol. 54, abril de 1990.

Nester, William, «Napoleon, Family Values and the Fate of Europe», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4, noviembre de 2011.

Norris, A. H. and Bremner, R. W., «The Lines of Torres Vedras», *The British Historical Society of Portugal* 1986.

O’Brien, David, «Antonio Canova’s Napoleon as Mars the Peacemaker and the Limits of Imperial Portraiture», *French History* vol. 18 n. 4 2004.

Ocampo, Emilio, «Rescuing Napoleon from St Helena», *Napoleonic Scholarship*, vol. 1 n. 4, noviembre de 2011.

Packwood, Allen, «A Tale of Two Statesmen: Churchill and Napoleon», *Finest Hour* n. 157 4º trimestre de 2012-2013.

Parker, Harold T., «Why Did Napoleon Invade Russia?», *Journal of Military History* vol. 54, abril de 1990.

Paz, Ignacio, «1808, the Point of Implosion for the Napoleonic Empire», Web *Napoleonic Series.*

Pierron, Lt.-Col., «Les methodes de guerre actuelles», (Paris 1878) *Royal United Services Institute Journal* vol. 23 n. 99 1879.

Pratt, Fletcher, «Vignettes of Napoleon in Italy 1796», *Journal of American Military History* vol. 2, tomo 2, 3º trimestre de 1938.

Price, Munro, «Napoleon and Metternich in 1813», *French History* vol. 26 n. 4, diciembre de 2012.

Promyslov, Nikolay, «The Grande Armée’s Retreat as Seen from the Intercepted Soldiers», «Correspondence», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 4 November 2011.

Reid, Loren, «The Last Speech of William Pitt», *Quarterly Journal of Speech*, vol. 49 tomo 2 1963.

Riaud, Xavier, «Napoleon and His Teeth», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 3 de mayo de 2010.

Rose, J. Holland, «A Document Relating to the Continental System», *English Historical Review* n. 69 1903.

Ross, Steven, «Napoleon and Manouver Warfare», 28th Harmon Memorial Lecture de historia militar, United States Air Force Academy, Colorado 1985.

Rossetti, Marie-Joseph, «Journal du Général Rossetti», *La Revue de France* vol. 5, marzo de 1933.

Rowe, Michael, «Between Empire and Home Town: Napoleonic Rule on the Rhine 1799-1814», *The Historical Journal* vol. 42 1999.

Sainsbury, J., «Thirty Facsimiles of the Different Signatures of the Emperor Napoleon and a Sketch of the Events Connecting Them», 1836.

Schmidt, H. D., «The Idea and Slogan of "Perfidious Albion"», *Journal of the History of Ideas* n. 14 1953.

Schmitt, Hans, «1812: Stein, Alexander I and the Crusade against Napoleon», *Journal of Modern History* vol. 31, marzo de 1959.

Schneid, Frederick C., «The Dynamics of Defeat: French Army Leadership, December 1812-March 1813», *Journal of Military History* vol. 63 tomo 1, enero de 1999.

Schroeder, Paul W., «Napoleon's Foreign Policy: A Criminal Enterprise», *Journal of Military History* vol. 54 abril de 1990.

Sibalis, Michael, «Conspiracy on St Helena? (Mis)remembering Napoleon's Exile». *French History and Civilization* vol. 4 2011.

Siegfried, Susan L., «The Politicisation of Art Criticism in the Post-Revolutionary Press», en ed. Orwicz, Michael R., *Art Criticism and Its Institutions in Nineteenth Century France* 1994.

Smith, G. C. Moore, «General Petit's Account of the Waterloo Campaign», *English Historical Review* vol. 18 n. 70 1903.

Sparrow, Elizabeth, «The Alien Office 1792-1806», *Historical Journal* vol. 33 n. 2 1990.

Stark, Nicholas, «Society: Friend or Enemy of the Blacks», *Napoleonic Scholarship*, vol. 1 n. 4, noviembre de 2011.

Uffindell, Andrew, «Napoleon Fights for Paris», *Military Illustrated* n. 251, abril de 2009.

Vaskin, Alexander, «Three Mistakes of Napoleon», *Nezavisimaya Gazeta* 30 de agosto de 2012.

Weider, Ben, «The Assassination of Napoleon», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 1 de abril de 1997.

«Napoleon and the Jews», *Napoleonic Scholarship* vol. 1 n. 2 de diciembre de 1998.

Weigall, Arthur, «Napoleon's "Great Adventure"», *Blackwood's Magazine* n. 191, abril de 1912.

Whitcomb, E. A., «Napoleon's Prefects», *American Historical Review* n. 79 1974.

Woloch, Isaac, «Napoleonic Conscription: State Power and Civil Society», *Past and Present* n. 111 1986.

Wood, William J., «Forgotten Sword», *Military Affairs*, octubre de 1970.

Woolf, Stuart, «French Civilisation and Ethnicity in the Napoleonic Empire», *Past and Present* n. 124 1989.

«The Construction of a European World-View in the Revolutionary-Napoleonic Period», *Past and Present* n. 137 1992.

Yale Center, «Nelson and Anti-Napoleon Verse», folleto de Yale University [n.d.].

Yarrow, Dr H., «The Death of Napoleon on St Helena», *Journal of the Association of the Friends of Waterloo Committee* diciembre de 1982.

PÁGINAS WEB SOBRE NAPOLEÓN

Fondation Napoléon www.napoleon.org
Musée de l'Armée www.invalides.org
Napoleonic Guide www.napoleonguide.com
La Souvenir Napoléonien souvenirnapoleonien.org
War Times Journal www.wtj.com

ARCHIVOS

Príncipe Piotr Bagration, Russian State
Archivo Histórico Militar, Moscú
Antoine-Alexandre Barbier, Bibliothèque National de France, Paris
Hortense de Beauharnais, Archives Nationales, Paris
Mariscal Alexandre Berthier, Bibliothèque National de France, Paris, y

Service Historique de la Défense, Vincennes

General Henri Bertrand, Bibliothèque National de France, Paris

Sir Charles Blagden, Biblioteca Beinecke, Yale

Caroline Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Elisa Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Jérôme Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Joseph Bonaparte, Archives Nationales, Paris, y Service Historique de la Défense, Vincennes

Josephine Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Letizia Bonaparte (Madame Mère), Archives Nationales, Paris

Louis Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Lucien Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Emperador Napoleon I, Archives Nationales, Paris

Pauline Bonaparte, Archives Nationales, Paris

Theodore D. Buhl, Biblioteca Sterling Memorial, Yale

Cabinet du Ministre de l'Intérieur, Archives Nationales, Paris

Jean-Jacques Cambacérès, Archives Nationales, Paris

Vizconde de Charrier-Moissard, Bibliothèque National de France, Paris

Thomas Cholmondeley (Lord Delamore), Biblioteca Beinecke, Yale

Conseil d'Administration de la Justice, Archives Nationales, Paris

Conseils d'Administration de la Légion d'Honneur, Archives Nationales, Paris

Conseils d'Administration de la Maison de l'Empereur, Archives Nationales, Paris, y Bibliothèque National de France, Paris

Conseil d'Administration des Relations Extérieurs, Archives Nationales, Paris

Conseil d'État, Archives Nationales, Paris

Lord Curzon, Biblioteca Bodleian, Oxford

Conde Pierre-Antoine Daru, Service Historique de la Défense, Vincennes

Louis-Nicolas Davout, Service Historique de la Défense, Vincennes

Sir William Fellowes, Biblioteca Beinecke, Yale

Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Centre des Archives Diplomatiques, La Courneuve

Sir William Gell, Biblioteca Beinecke, Yale

Sir John Harper, Biblioteca Beinecke, Yale
Keith Hearl, Biblioteca Rhodes House, Oxford
General Lazare Hoche, Archives Nationales, Paris
Mariscal François-Christophe Kellermann, Archives Nationales, Paris
General Jean-Baptiste Kléber, Archives Nationales, Paris
Stanley Kubrick, London College of Communication, Londres
La Grande Armée, Service Historiques de la Défense, Vincennes
Jean Lannes, Service Historiques de la Défense, Vincennes
General Bernard Lauriston, Archives Nationales, Paris
Sir Hudson Lowe, British Library, Londres
Susan Marie Mackenzie, Beinecke Library, Yale
Hugues Maret, Service Historique de la Défense, Vincennes
Mariscal Joachim Murat, Service Historique de la Défense, Vincennes
Conde Louis de Narbonne, Archives Nationales, Paris
François de Neufchâteau, Archives Nationales, Paris
Frederick Sheldon Parker, Biblioteca Sterling Memorial, Yale
Louis-Marie de la Revellière-Lépeaux, Biblioteca Beinecke, Yale
Conde Pierre-Louis Roederer, Archives Nationales, Paris
Fyodr Rostopchin, Russian State Military Historical Archive, Moscú
Mariscal Gouvion Saint-Cyr, Archives Nationales, Paris
General Barthélemy Schérer, Archives Nationales, Paris
Mariscal Nicolas Soult, Archives Nationales, Paris
Adolphe Thiers, Bibliothèque Thiers, Paris
Sir Thomas Tyrwhitt, Biblioteca Beinecke, Yale
Mariscal Claude Victor-Perrin, Archives Nationales, Paris
Jane Waldie Watts, Biblioteca Beinecke, Yale
Ministerio de Guerra, Service Historique de la Défense, Vincennes
Sir Nathaniel Wraxall, Biblioteca Beinecke, Yale

ÁLBUM DE IMÁGENES



1. El vigoroso y decidido General Bonaparte, comandante en jefe del Ejército de Italia, a la edad de veintisiete años.



2. La sólida Casa Bonaparte en el centro de Ajaccio a mediados del s. XIX, un piso más alta que cuando Napoleón nació en ella –sobre un lecho de paños– en 1769.



3. Caricatura realizada por un compañero en la academia militar de Brienne, mostrando a un Napoleón de dieciséis años marchando con resolución a defender al líder nacionalista corso Pasquale Paoli, mientras uno de sus profesores trata de retenerlo agarrando su peluca. «Buonaparte corre –dice debajo–, vuela a ayudar a P de sus enemigos».



4. El largo y estrecho puente de Lodi que capturaron las tropas francesas el 10 de mayo de 1796, dejando abierta la carretera a Milán. Fue la primera victoria significativa de Napoleón, y aumentó enormemente la consideración en su propia capacidad militar. El pintor, Louis-François Lejeune, combatió en muchas batallas de las Guerras Napoleónicas.



5. Retrato señaladamente propagandístico –de Antoine-Jean Gros– de Napoleón enarbolando la bandera sobre el puente, en la batalla de Arcole, el 15 de noviembre de 1796. Solo lo hizo durante breves momentos, antes de arrojarla a una zanja.



6. La batalla de las Pirámides, del 21 de julio de 1798, significó la derrota de los Mamelucos frente a las disciplinadas escuadras francesas. «¡Soldados! Desde la cumbre de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan». Napoleón conquistó El Cairo al día siguiente.



7. Napoleón mostró gran valentía –en marzo de 1799– visitando a las víctimas de la peste del ejército francés en el hospital de la playa frente a Jaffa.



8. Napoleón se hizo con el poder en el caótico golpe de Brumario, del 9-10 de noviembre de 1799. Fue zarandeado por miembros del Consejo de 500 en la Orangery, en el palacio de San Cloud, antes de ser rescatado por granaderos que desalojaron el lugar a punta de bayoneta.



9. El joven hermano de Napoleón, Lucien, figura clave del golpe de Brumario. Napoleón se opuso a su matrimonio y se distanciaron. Pero, finalmente, Lucien volvió para apoyar a Napoleón antes de Waterloo.



10. Napoleón estuvo unido la mayor parte de su vida a su inteligente –aunque débil– hermano mayor Joseph, a quien primero hizo Rey de Nápoles y, después, Rey de España; pero supuso políticamente una carga, más que un apoyo.



11. La perspicaz madre de Napoleón. Cuando le preguntaron por qué era tan frugal, a pesar de las enormes rentas que le asignó su hijo, respondió: «Algún día puedo tener que buscar pan para todos estos reyes que he dado a luz».



12. Una hermana pequeña de Napoleón, Elisa, a quien hizo Princesa de Lucca y Piombino, y Gran Duquesa de Toscana.



13. Otro joven hermano de Napoleón, Louis, a quien hizo Rey de Holanda y luego lo destronó por poner los intereses de Holanda por encima de los del imperio francés.



14. Hortense, hija de Josephine, presionada por Napoleón y su madre, se casó con Louis. Su unión no fue feliz, aunque de ella procede el futuro Emperador Napoleón III.



15. La joven seductora hermana de Napoleón, Pauline, fue la más próxima a él de todos los hermanos, y le demostró auténtico cariño y lealtad, a diferencia de su hermana Caroline.



16. Quien, a pesar de ser nombrada Reina de Nápoles, le traicionó pretendiendo salvar su trono y el de su marido el Mariscal Joachim Murat.



17. El impulsivo y menor de los hermanos de Napoleón, Jérôme. Tras casarse con una heredera americana sin el permiso de Napoleón, fue obligado a divorciarse y a casarse después con la Princesa Catarina de Württemberg (sentada). Llegó a ser Rey de Westfalia durante poco tiempo.



18. Josephine de Beauharnais, con la que se casó Napoleón en marzo de 1796, antes de partir al frente, veintiocho horas más tarde. A pesar de la mutua infidelidad y final divorcio, siempre la consideró su estrella de la fortuna. El día de su boda le regaló un medallón de oro esmaltado, grabado con la leyenda: «Al destino».



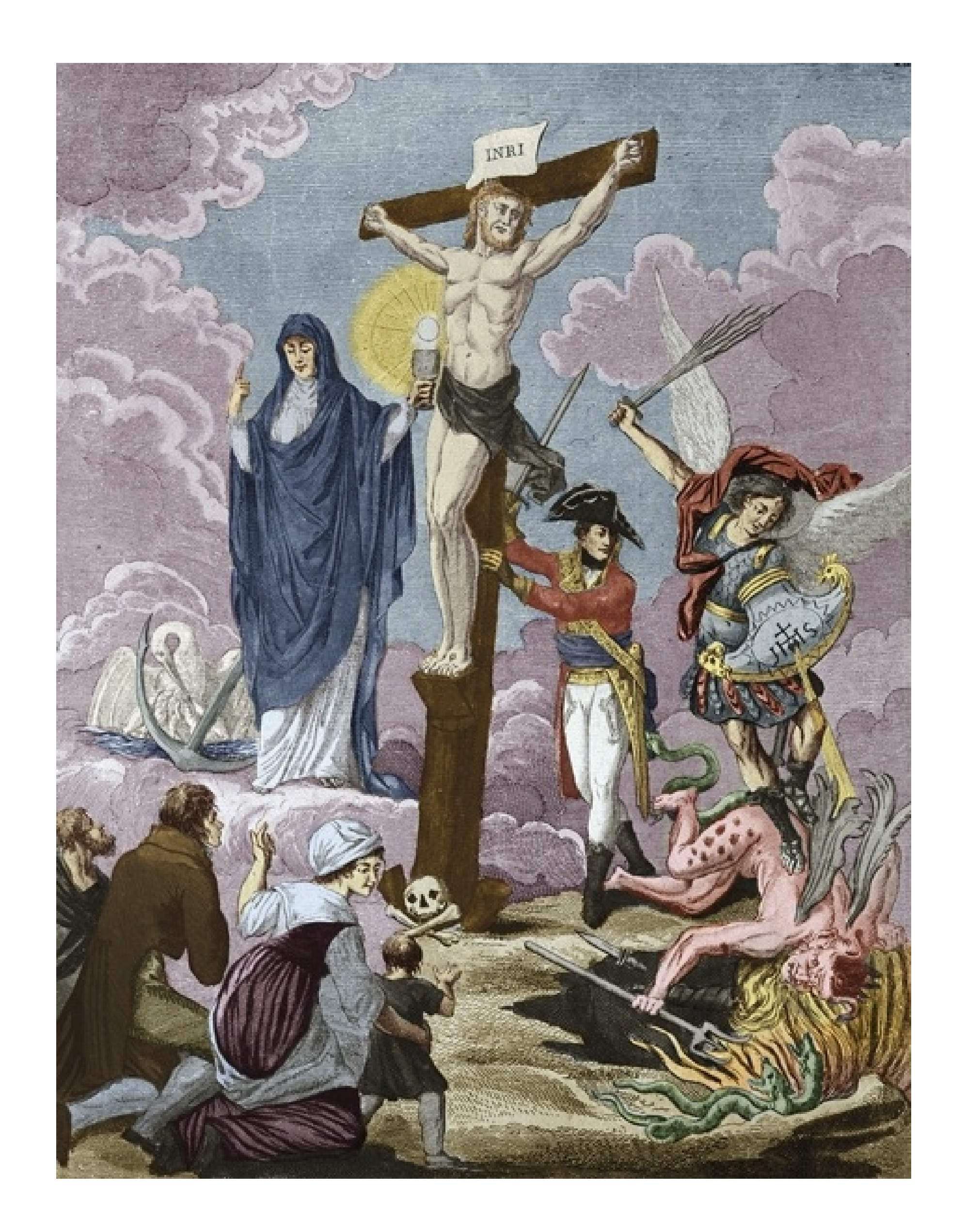
19. Napoleón tuvo mucho cariño al atento hijo de Josephine, Eugène de Beauharnais, a quien hizo Virrey de Italia y comandante en jefe de varias campañas.



20. Nécessaire de Josephine, con un retrato de Napoleón en el centro.



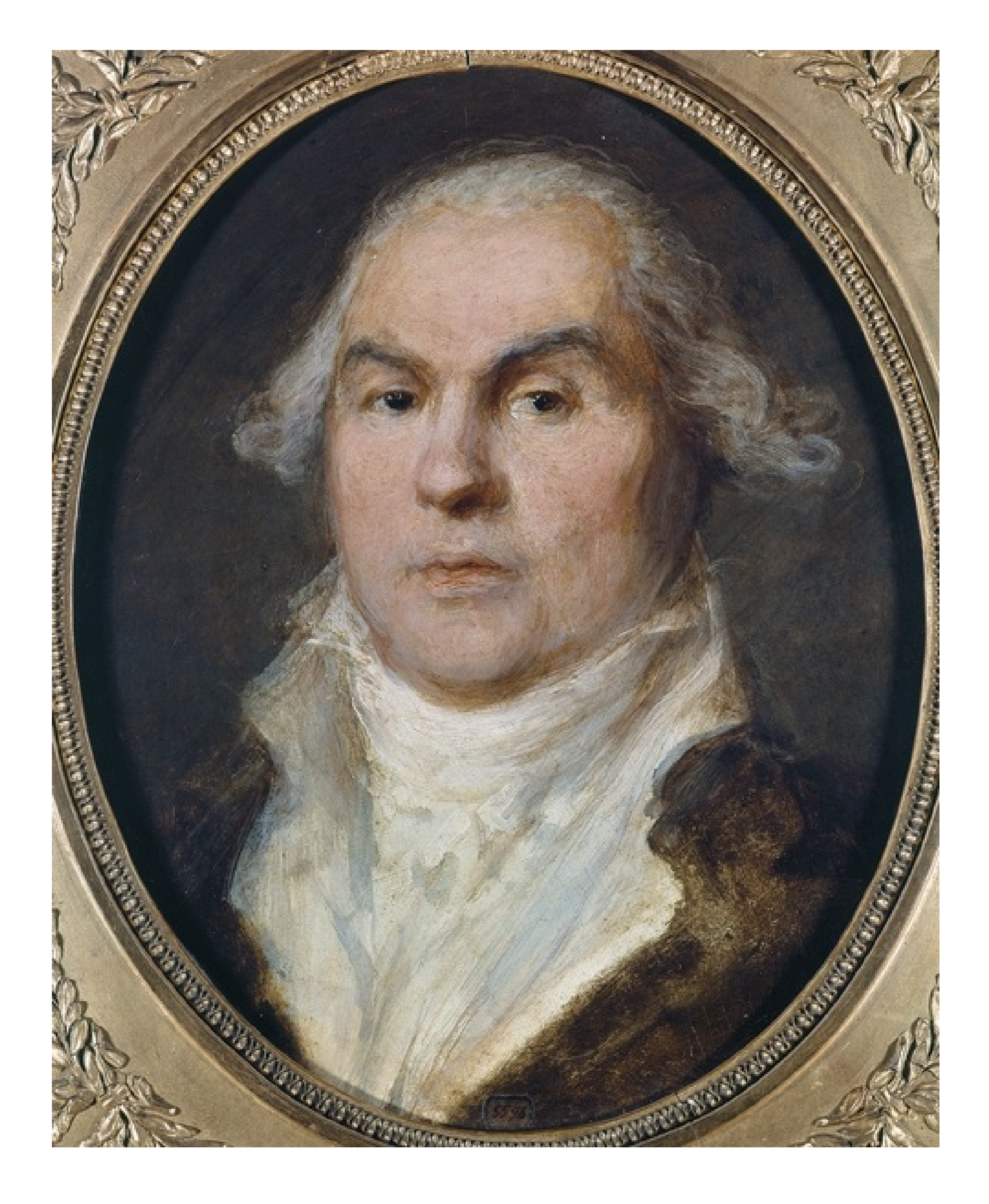
21. Napoleón como Primer Cónsul, de Antoine-Jean Gros, señalando los tratados de paz que firmó en 1801 y 1802. El extravagante terciopelo rojo pretendía impulsar la industria textil de lujo de Lyon.



22. Caricatura propagandística de Napoleón protegiendo a Jesús crucificado del Demonio. Su Concordato con el papa Pío VII, restaurando la religión católica en Francia en 1802, fue una de sus reformas más populares.



23. Uniforme del Instituto de Francia, al que fue elegido Napoleón en 1797, y que vistió regularmente. Él estaba orgulloso tanto de ser un intelectual como un soldado.



24. Jean-Jacques Régis de Cambacérès, delegado de Napoleón, a todos los efectos, como regidor de Francia cuando se encontraba en campaña. Abogado, regicida y político de la época de la Revolución, estructuró en gran medida lo que se convirtió en el Código Napoleónico. No le importó a Napoleón que fuera homosexual.



25. El más íntimo amigo de Napoleón, el General Louis Desaix, habría sido nombrado mariscal del imperio si no hubiera recibido un disparo en la frente en Marengo, en junio de 1800.



26. El Mariscal Jean Lannes fue una de las pocas personas que podía hablar siempre confiadamente a Napoleón, pero perdió su pierna en la batalla de Aspern-Essling, en abril de 1809, y murió agónicamente días más tarde.



27. El Mariscal Jean-Baptiste Bessières, amigo de Napoleón hasta que murió por una bala de cañón en el pecho mientras reconocía las posiciones enemigas en mayo de 1813.



28. Más tarde, en el mismo mes, el General Gérard Duroc, gran jefe de palacio y el único –aparte de la familia– que podía utilizar el «tú» familiar, fue reventado por una bala de cañón en la batalla de Reichenbach.



29. Caricatura francesa de William Pitt el Joven sobre la espalda del Rey Jorge III, ocultos tras un montículo, observando la poderosa flota francesa de invasión, que amenazó a Inglaterra desde 1803 hasta que fue hundida –en su mayor parte– por el Almirante Horacio Nelson en la batalla de Trafalgar, en octubre de 1805.



30. Medalla arrogante, diseñada para celebrar el éxito de la invasión de Inglaterra en 1804, con la inscripción «Frappé à Londres» (Grabada en Londres).



31. El 14 de julio de 1804 Napoleón repartió las primeras medallas de la Legión de Honor. Frente a las condecoraciones del Antiguo Régimen, o de algún honor en cualquier otro país de Europa, estaba abierta a todos los rangos de la sociedad francesa.



32. Napoleón se puso la corona imperial sobre su cabeza en su coronación en Notre-Dame, el 2 de diciembre de 1804; como estaba previamente acordado, Pío VII observó el hecho. Fue el momento supremo de un hombre hecho a sí mismo.



33. El General Jean Rapp entrega a Napoleón los estandartes enemigos capturados durante la mayor de sus victorias, la batalla de Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805.



34. El meticuloso Alexandre Berthier –jefe de estado mayor en todas las campañas, excepto la última– fue uno de los elementos esenciales de su éxito.



35. André Masséna fue conocido como el «Hijo mimado de la Victoria» hasta que fue detenido cerca de Lisboa por las formidables defensas de las Líneas de Torres Vedras. Napoleón le apoyó siempre durante las campañas de la Península Ibérica y le hirió en un ojo en un accidente de caza, en septiembre de 1808.



36. Michel Ney, «el más valiente de los valientes», fue el último francés en abandonar Rusia en 1812. Tres años más tarde prometió a Luis XVIII que traería a Napoleón a París «en una jaula de hierro». En cambio, se convirtió en jefe del campo de batalla en Waterloo.



37. Nicolas Soult fue muy competente en la guerra de la Península Ibérica, aunque no estuvo a la altura del Duque de Wellington, y demostró ser un jefe de estado mayor inapropiado en la campaña de Waterloo.



38. Louis-Nicolas Davout, «el Mariscal de Hierro», nunca perdió una batalla y, en Auerstädt en 1806, derrotó a un enemigo tres veces mayor en número. Fue el mejor de todos los mariscales actuando independientemente en el mando, pero le faltó compenetración con Napoleón.



39. Nicholas Oudinot, hijo de un cervecero, recibió más heridas –34– que cualquier otro de los más altos comandantes; la primera en diciembre de 1793, y la última en Arcis en marzo de 1814, cuando una bala de cañón rebotada fue desviada por su Legión de Honor.



40. Pierre Augereau fue un grandullón, fanfarrón, antiguo mercenario, vendedor de relojes y maestro de danza, que mató a dos hombres en duelo y a un oficial de caballería en una pelea. Dirigió un ataque de infantería en medio de una ventisca en Eylau.



41. Joachim Murat fue el más grande oficial de caballería de su tiempo; sus extravagantes uniformes le hacían sobresalir en el campo de batalla. A pesar de casarse con la hermana de Napoleón, Caroline, y ser nombrado Rey de Nápoles, fue el primer mariscal en traicionarle.



42. La batalla de Jena, en 1806, supuso la catastrófica derrota de uno de los ejércitos prusianos. Los cañones franceses en la parte derecha están disparando a las posiciones prusianas sobre la meseta de Landgrafenberg, por encima de la ciudad de Jena.



43. Gebhard Leberecht von Blücher, «Mariscal Adelante», fue derrotado frecuentemente por Napoleón, pero apareció decisivamente en la batalla de Waterloo.



44. El Rey Federico Guillermo III de Prusia fue desdeñado y marginado por Napoleón en Tilsit, pero puso a su país en el sendero de la reforma y regeneración.



45. Grandeza imperial: Napoleón en sus vestes de la Coronación, de Jacques-Louis David.



46. La masiva –más de 10.000– carga de caballería de Murat en Eylau, en febrero de 1807, fue la mayor de las Guerras Napoleónicas.



47. La batalla de Friedland, en junio de 1807, una de las más brillantes victorias de Napoleón, forzó a Rusia a pedir la paz.



48. Las negociaciones de la paz franco-rusa y prusiana, en julio de 1807, empezaron con la bienvenida de Napoleón al Zar Alejandro I en un pabellón sobre una balsa especialmente diseñada, amarrada en medio del río Niemen cerca de Tilsit. Las primeras palabras de Alejandro fueron: «Yo seré tu primer seguidor contra Inglaterra».



49. El Zar Alejandro y Napoleón se hicieron amigos en Tilsit, pero a finales de 1810 el Zar estaba irritado por el tratado que había firmado allí. Poco después empezó a conspirar en la caída de Napoleón.



50. Desirée Clary fue el primer amor de Napoleón; él pidió su mano pero fue rechazado. Más tarde se casó con el Mariscal Bernadotte y llegó a ser Reina de Suecia.



51. Pauline Fourès tenía veinte años y era la mujer de un teniente de caballería, cuando Napoleón la convirtió en su amante en El Cairo tras descubrir la infidelidad de Josephine con el húsar Hippolyte Charles.



52. Giuseppina Grassini era una cantante de ópera de veintisiete años, cuando Napoleón empezó una aventura con ella en Milán, en 1800.



53. Marguerite Weimer recibió el pseudónimo de «Mademoiselle George» cuando se convirtió en la amante de Napoleón, en 1802, a la edad de quince años.



54. La Condesa polaca Marie Colonna-Walewska tenía veinte años y estaba casada con un viejo terrateniente polaco de setenta y dos, cuando Napoleón la conoció el día de Año Nuevo de 1807. Se convirtió en la favorita de las veintidós amantes. Fue a visitarlo a Elba, en 1814, y a Fontainebleau el año siguiente.



55. El hijo ilegítimo de Napoleón, Conde Alexandre Walewski, llegó a ser Ministro de Exteriores y Presidente de la Asamblea Nacional bajo Napoleón III.



56. En 1806 Napoleón tuvo una amante de diecisiete años, la «bella morena de ojos oscuros», Éléonore Denuelle de la Plaigne, de la que tuvo un hijo ilegítimo, el Conde Léon, tan parecido al Emperador que, más adelante, la gente se quedaba mirándole en la calle.



57. La actriz Anne Hippolyte Boutet Salveat tenía como pseudónimo «Mademoiselle Mars». En 1815 le recibió con violetas, símbolo de su primaveral retorno a París.



58. Albine de Montholon fue la última amante de Napoleón, en Santa Helena, y posiblemente tuvo una hija de él y recibió el nombre de Joséphine-Napoléone.



59. Gran vaso de porcelana de Sèvres que perteneció a la madre de Napoleón. Figura el famoso retrato de Napoleón –realizado por David– cruzando el paso del Gran San Bernardo en 1800.



60. El Trono Imperial del Cuerpo Legislativo, 1805.



61. Arqueta de especias dorada con forma de nave –llamada nefs– indicando la presencia de un soberano. Esta fue realizada por Henry Auguste para la coronación de Napoleón, con la tapa representando su emblema personal de las abejas. Otros símbolos representados fueron el de la Fama, la Justicia y Prudencia, los ríos Sena y Marne, Egipto (las palmeras), Francia (los gallos), la Victoria (ramas de laurel), la corona de Carlomagno y los doce departamentos de París.



62. La columna Vendôme, construida entre 1803 y 1810, va coronada en el ápice por una estatua de Napoleón, y la expresión «Napoleón el Grande» en su base. Fue derribada en el alzamiento de la Comuna en 1870.



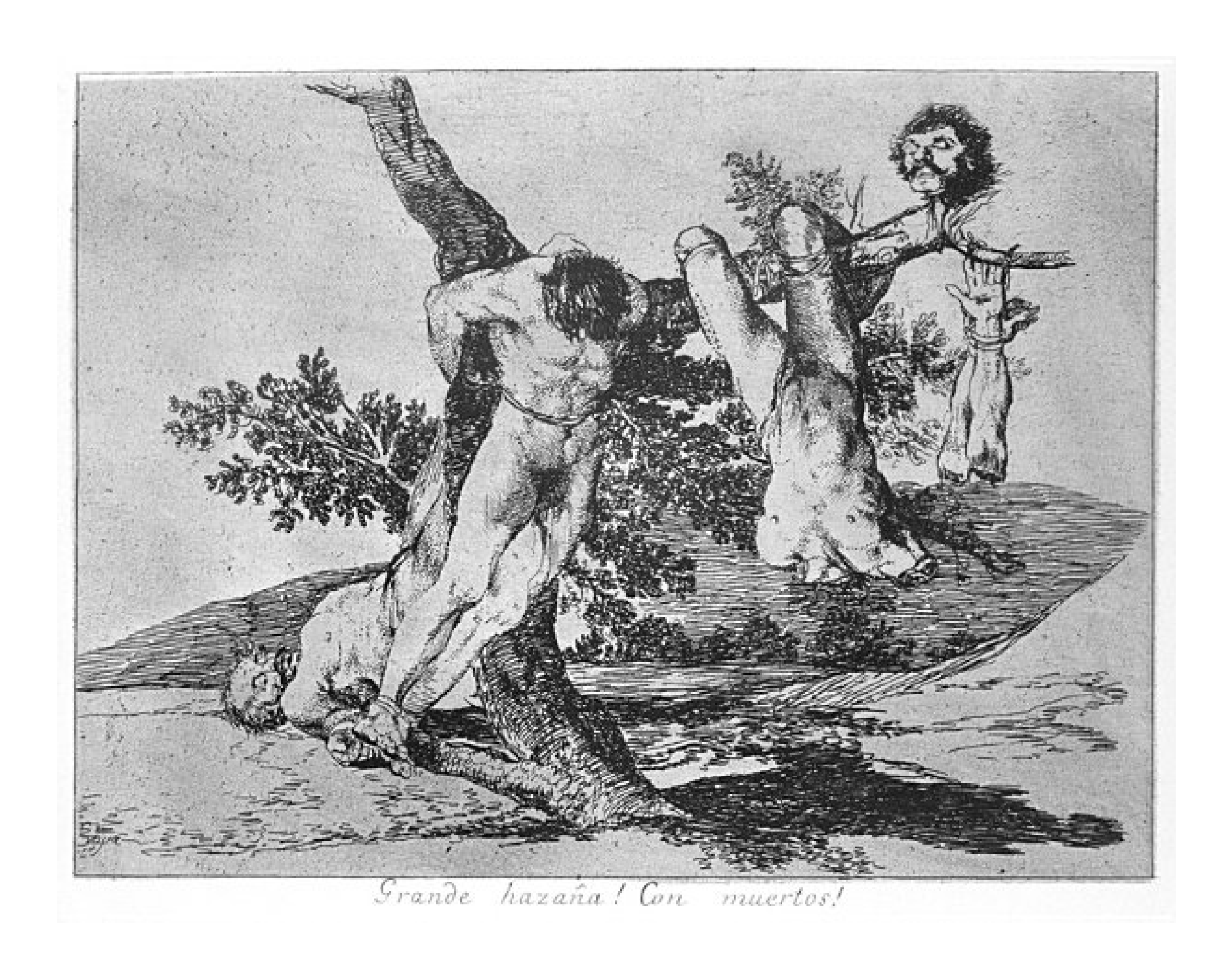
63. El Palacio Brongniart ejemplifica el amor de Napoleón por la arquitectura clásica. Durante casi doscientos años albergó la Bolsa de París.



64. Claude-François Méneval fue el fiel secretario de Napoleón desde 1803 hasta 1813.



65. El Barón Agathon Fain sustituyó a Méneval y también fue un admirador de su maestro. Los dos proporcionan íntimas descripciones del Emperador trabajando.



66. Representaciones de Francisco de Goya de «Los Desastres de la Guerra» de la campaña de la Península Ibérica, donde se inventó el modo de combate de la gerrilla, reflejaron la tremenda brutalidad de ambos bandos.



67. Napoleón en el campamento la noche entre el primer y segundo día de la batalla de Wagram, en julio de 1809. El Mariscal Berthier está ocupado en la mesa detrás del fuego; el guardaespaldas de Napoleón, el mameluco Roustam, yace en primer plano.



68. La entrevista entre el Emperador Francisco de Austria (izquierda), el Príncipe Johann de Liechtenstein (centro) y Napoléon, después de la batalla de Austerlitz en 1805. Cinco años más tarde Francisco se convirtió en el suegro de Napoleón.



69. El Príncipe Clemens von Metternich, Embajador de Austria en Francia, Ministro de Exteriores y, finalmente, Canciller. Un sutil diplomático que midió el movimiento final contra Napoleón a la perfección.



70. El Príncipe Karl von Schwarzenberg. Su cuidadoso manejo de grandes fuerzas militares fue decisivo para la derrota de Napoleón en 1813.



71. La Emperatriz Marie Luoise, pintada por François Gérard el año en que se convirtió en segunda esposa de Napoleón. Ella tenía dieciocho años y él cuarenta, pero el matrimonio comenzó satisfactoriamente.



72. Napoleón denominó a su hijo con Marie Louise el Rey de Roma (posteriormente Duque de Reichstadt). Murió a los veintiún años de tuberculosis.



73. El apuesto tuerto austriaco, el general Adam von Neipperg, a quien Napoleón venció en el campo de batalla en 1813, pero que se convirtió en el amante de Marie Louise tras la primera abdicación del Emperador al año siguiente.



74. Frecuentemente los uniformes de la Grande Armée fueron espléndidos, como se reflejan en esta pintura de 1812 de Carle Vernet, quien colaboró en el diseño de banderas y estandartes de Francia. Con este tipo de uniformes las tropas de Napoleón invadieron Rusia.



75. Tan pronto como los franceses capturaron Moscú, en septiembre de 1812, los rusos empezaron el incendio que calcinó más de dos tercios de la ciudad.



76. Napoleón (en el centro a la izquierda) calentándose durante la retirada de Moscú. «El brillante ejército que cruzó el Niemen –señaló Faber du Faur, el autor de esta pintura– apenas se reconocería ahora a sí mismo».



77. El cruce del helado Berezina sobre dos puentes de caballete, a finales de noviembre de 1812, un milagro para poder salvarse el ejército de Napoleón.



78. Charles-Maurice de Talleyrand, cuatro veces Ministro de Exteriores de Francia, fue nombrado príncipe por Napoleón, pero conspiró contra él desde 1807. Dos años más tarde el Emperador se refirió a él como «una mierda en una media de seda».



79. Joseph Fouché, jefe de policía, sirvió a todos los regímenes desde los Jacobinos a los Borbones, y consiguió no quedar nunca en el bando perdedor.



80. El Mariscal Charles-Jean Bernadotte, a quien Napoleón permitió convertirse en Príncipe Real de Suecia, se volvió contra él tras el fatal debilitamiento de la Grande Armée en 1812.



81. Auguste de Marmont, el más viejo amigo de Napoleón a quien elevó al mariscalato. Le traicionó, rindiendo París a los Aliados en marzo de 1814.



82. Uno de los momentos más emocionantes de la épica napoleónica tuvo lugar cuando el Emperador se despidió de la Vieja Guardia en el Palacio de Fontainebleau, antes de marchar al exilio de Elba, en abril de 1814.



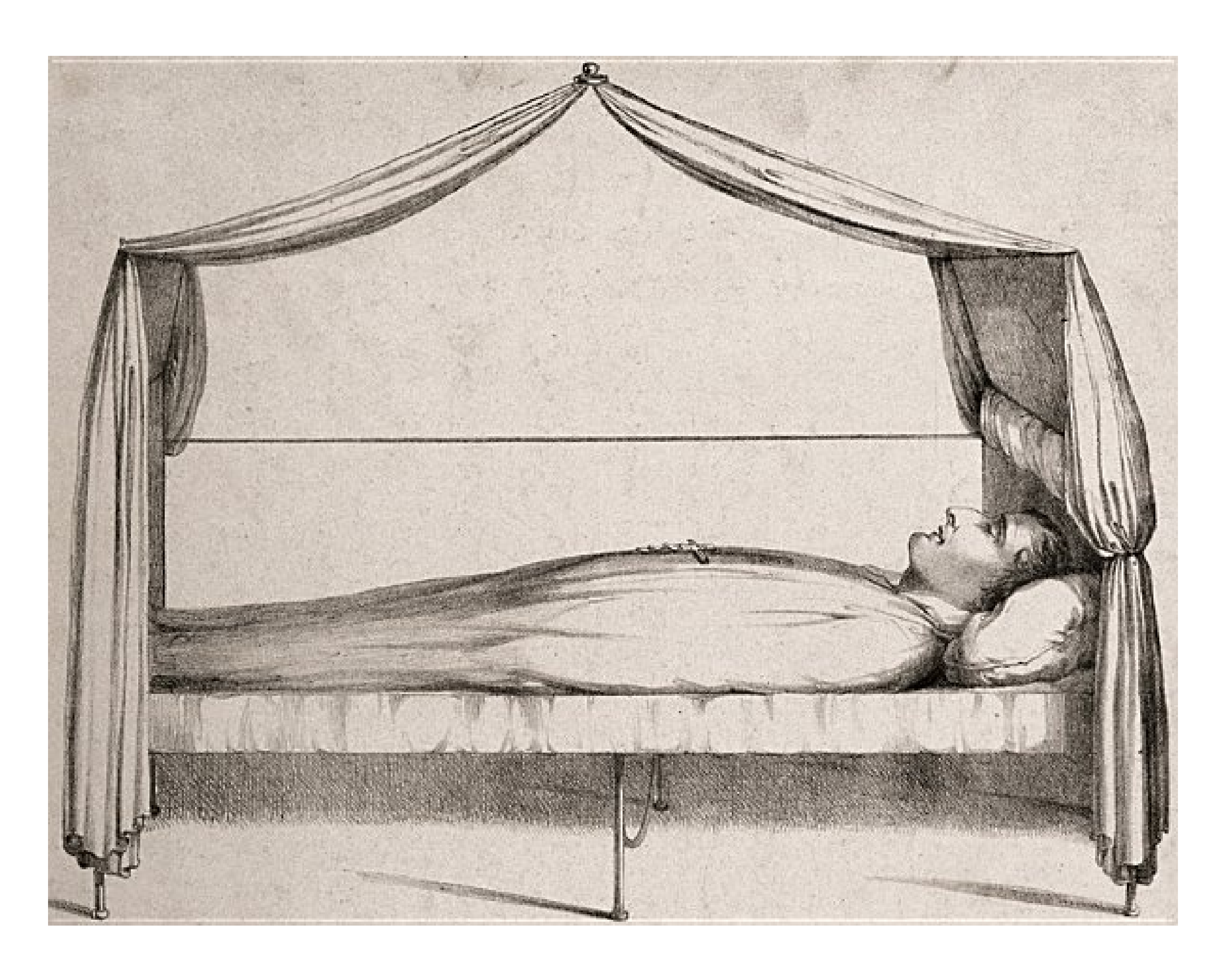
83. Napoleón abandonando el campo de batalla de Waterloo, el 18 de junio de 1815, como lo representó el caricaturista británico George Cruikshank.



84. Longwood House en Santa Helena, donde Napoleón (en la puerta) vivió cinco años y medio.



85. El calvo y obeso Napoleón en Santa Helena.



86. Napoleón nada más morir, en su catre de campaña en la sala de pintar en Longwood, esbozado por un capitán de la Royal Navy.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

6. Louis-François Lejeune, *La Batalla de las Pirámides*, 1806. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
7. Barón Antoine-Jean Gros, *Napoleón visitando a los apestados de Jaffa*, 1804 (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Thierry Le Mage.
8. I. Helman y J. Duplessi-Bertaux, sobre obra de Charles Monnet, *El Golpe de Estado del 18 de Brumario 1799*, publicado en 1800. Fotografía: © Biblioteca Nacional de Francia, París.
9. François-Xavier Fabre, retrato de Lucien Bonaparte. Fotografía: The Art Archive / Museo Napoleónico de Roma / Gianni Dagli Orti.
10. Jean-Baptiste Wicar, retrato de Joseph Bonaparte, 1808. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Castillo de Fontainebleau) / Gérard Blot.
11. Barón François Gérard, retrato de Marie-Laetitia Ramolino (detalle), 1803. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo de los castillos de Malmaison y de Bois-Préau) / Daniel Arnaudet / Jean Schormans.
12. Salomon-Guillaume Counis, retrato de Marie-Anne Elisa Bonaparte, 1813. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Gérard Blot.
13. Charles Howard Hodges, retrato de Louis Bonaparte (detalle), 1809. Fotografía: © Rijksmuseum, Amsterdam.
14. Barón François Gérard, retrato de Hortense de Beauharnais. Colección Privada. Fotografía: Bridgeman Images.
15. Robert Lefèvre, retrato de Pauline Bonaparte, 1806. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Droits réservés.
16. Barón François Gérard, retrato de Caroline Murat, 1800s. Museo de Bellas-Artes, Palais Fesch, Ajaccio. Fotografía: © RMN-Grand Palais / Gérard Blot.
17. François Kinson, retrato de Jérôme Bonaparte y su mujer Catarina de Württemberg. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Franck Raux.
18. Barón Antoine-Jean Gros, retrato de la Emperatriz Josephine, *c*. 1809. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo de los castillos de Malmaison y de Bois-Préau) / Daniel Arnaudet / Gérard Blot.
19. Andrea Appiani el Viejo, retrato de Eugène de Beauharnais, 1810. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo de los castillos de Malmaison y de Bois-Préau) / Daniel Arnaudet / Jean Schormans.
20. *Nécessaire* de la Emperatriz Josephine, realizado por Félix Remond.

Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo de los castillos de Malmaison y de Bois-Préau) / Gérard Blot.

21. Barón Antoine-Jean Gros, *Napoleón como Primer Cónsul*. Fotografía: © RMN-Grand Palais / Gérard Blot.
22. Escuela Francesa, *Alegoría del Concordato*, 1802. Biblioteca Nacional, París. Fotografía: Bridgeman Images.
23. Louis Charon, sobre dibujo de Poisson, *Vestido de un Miembro del Instituto de Francia*, *c*. 1802–1810. Colección Privada. Fotografía: Archives Charmet / Bridgeman Images.
24. Jean-Baptiste Greuze, retrato de Jean-Jacques de Cambacérès. Fotografía: © RMN-Grand Palais / Agence Bulloz.
25. Andrea Appiani el Viejo, *Louis-Charles-Antoine Desaix leyendo la orden del General Bonaparte a dos egipcios*. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
26. Barón François Gérard, retrato de Jean Lannes. Colección Privada. Fotografía: Giraudon / Bridgeman Images.
27. Henri-François Riesener (escuela), retrato de Jean-Baptiste Bessières, 1805. Fotografía: © París–Museo del Ejército, Dist. RMN-Grand Palais / imagen Museo del Ejército.
28. Anne-Louis Girodet De Roussy-Trioson, retrato de Géraud Christophe Michel Duroc. Museo Bonnat, Bayonne. Fotografía: © RMN-Grand Palais / René-Gabriel Ojéda.
29. Escuela Francesa, caricatura de William Pitt el Joven y el Rey Jorge III observando la escuadra francesa, 1803. Museo de la Ciudad de París, Museo Carnavalet, París. Fotografía: Giraudon / Bridgeman Images.
30. Copia de Mudie de una medalla napoleónica celebrando la invasión preparada de Inglaterra, 1804. Fotografía: © Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.
31. Jean-Baptiste Debret, *La primera Distribución de la Cruz de la Légion d'Honneur, 14 de Julio de 1804*, 1812. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Droits réservés.
32. Jacques-Louis David, estudio de Napoleón coronándose a sí mismo Emperador, *c*. 1804–1807. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Thierry Le Mage.
33. Barón François Gérard, *La Batalla de Austerlitz, 2 Diciembre de 1805*, 1808. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Droits réservés.

34. Pierre-Michel Alix sobre el cuadro del Barón Antoine-Jean Gros, retrato del Mariscal Louis-Alexandre Berthier, 1798. Fotografía: © París–Museo del Ejército, Dist. RMN-Grand Palais / Pascal Segrette.
35. Flavie Renault sobre el cuadro del Barón Antoine-Jean Gros, retrato del Mariscal André Masséna, 1834. Fotografía: © París–Museo del Ejército, Dist. RMN-Grand Palais / imagen Museo del Ejército.
36. Barón François Gérard, retrato del Mariscal Michel Ney, *c*. 1805. Fotografía: © Christie's Images.
37. Louis Henri de Rudder, retrato del Mariscal Jean-de-Dieu Soult (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Franck Raux.
38. Tito Marzocchi de Belluchi, retrato del Mariscal Louis-Nicolas Davout (detalle), 1852. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
39. Raymond-Quinsac Monvoison, retrato de Nicolas-Charles Oudinot como se le veía en 1792. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Daniel Arnaudet / Jean Schormans.
40. Robert Lefèvre, retrato del Mariscal Charles-Pierre-François Augereau (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Droits réservés.
41. Barón Antoine-Jean Gros, retrato de Joachim Murat (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Jean-Gilles Berizzi.
42. Edme Bovinet sobre el cuadro de Jacques-François Swebach, *La Batalla de Jena, 14 de Octubre de 1806*. Fotografía: JoJan.
43. George Dawe, retrato del Mariscal de Campo Prince Gebhard Leberecht von Blücher, *c*. 1816. Museo Wellington, Apsley House, London. Fotografía: Bridgeman Images.
44. W. Herbig, retrato del Rey Federico Guillermo III de Prussia (detalle). Museo Wellington, Apsley House, London. Fotografía: Bridgeman Images.
45. Jacques-Louis David, *Napoleón I con las Vestes Imperiales*, 1805. Palacio de las Bellas-Artes, Lille. Fotografía: © RMN-Grand Palais / Philipp Bernard.
46. Jean-Antoine-Siméon Fort, *La Batalla de Eylau, 8 de Febrero de 1807*. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Droits réservés.

47. Thomas Naudet, *La Batalla de Friedland, 1807, c*. 1807–1812. Fotografía: Anne S. K. Brown Military Collection, Brown University Library, Providence, RI.
48. Adolphe Roehn, *El Encuentro de Napoleón I y el Zar Alejandro I en Tilsit, 25 de Junio de 1807*. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Franck Raux.
49. Barón François Gérard, retrato del Zar Alejandro I, *c*. 1814. Museo Cantonal de Bellas-Artes, Lausanne. Fotografía: akg-images / André Held.
50. Barón François Gérard, retrato de Désirée Clary. Fotografía: Alexis Daflos. Corte Real, Suecia.
51. Jean-Baptiste Isabey, retrato de Pauline Fourès. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre).
52. Ferdinando Quaglia, retrato de Giuseppina Grassini. Fotografía: De Agostini Picture Library / A. Dagli Orti / Bridgeman Images.
53. Pierre-Auguste Vafflard, retrato de Marguerite Weimer (Mademoiselle Georges), 1805. Fotografía: © Collections Comédie-Française / P. Lorette.
54. Jean-Baptiste Isabey, retrato de la Condesa Maria Walewska. Colección del Patrimonio Conde Colonna-Walewski. Fotografía: Fine Art Images / Heritage Images / Scala, Florence.
55. Mayer & Pierson, Fotografía del Conde Alexander Colonna-Walewski. Fotografía: © Museo d'Orsay, Dist. RMN-Grand Palais / Patrice Schmidt.
56. Pierre-Paul Prud'hon (atr.), *Retrato de una Dama que se dice es Éléonore Denuelle de la Plaigne con su hijo*, 1814. Colección Privada. Fotografía: © Christie's Images / Bridgeman Images.
57. Jean-Baptiste Isabey, retrato de Anne Hippolyte Boutet Salvetat (Mademoiselle Mars), 1819. Fotografía: © Con permiso de los Administradores de la Colección Wallace, London.
58. Albine de Montholon. Fotografía: Roger-Viollet / Topfoto.
59. Factoría de Sèvres, jarrón de porcelana propiedad de Madame Mère, representando a Napoleón cruzando los Alpes por el paso del Gran San Bernardo, 1811. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Droits réservés.
60. François-Honoré-Georges Jacob-Desmalter, Bernard Poyet and Agustin-François-André Picot, el trono imperial de Napoleón para

presidir el Cuerpo Legislativo, 1805. Fotografía: © Les Arts Décoratifs, París / Jean Tholance. Tous droits réservés.

61. Henri Auguste, La Nef del Emperador, 1804. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Castillo de Fontainebleau) / Jean-Pierre Lagiewski.
62. Escuela Francesa, *La Construcción de la Columna Vendôme*, *c*. 1803–1810. Museo Nacional del Castillo de Malmaison, Rueil-Malmaison. Fotografía: Giraudon / Bridgeman Images.
63. Henri Courvoisier-Voisin, *El Palacio de la Bolsa*, *c*. 1826. Museo de la Ciudad de París, Museo Carnavalet, París. Fotografía: Giraudon / Bridgeman Images.
64. Claude François de Méneval. Fotografía: Mary Evans Picture Library / Epic.
65. Lemercier, retrato del Barón Agathon-Jean-François Fain. Biblioteca Nacional de Francia, París. Fotografía: Roger-Viollet / Topfoto.
66. Francisco José de Goya y Lucientes, *¡Una heroica hazaña! ¡Con hombres muertos!*, ilustración de *Los Desastres de la Guerra*, pub. 1863. Fotografía: Index / Bridgeman Images.
67. Adolphe Roehn, *Vivac de Napoleón en el campo de batalla en Wagram durante la noche del 5–6 de Julio de 1809* (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
68. Barón Antoine-Jean Gros, *El Encuentro de Napoleón y Francisco* II *tras la Batalla de Austerlitz, 4 de Diciembre de 1805* (detalle). Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Daniel Arnaudet.
69. Sir Thomas Lawrence, retrato del Príncipe Clemens Metternich (detalle), 1815. Royal Collection Trust © Her Majesty Queen Elizabeth II, 2014. Fotografía: Bridgeman Images.
70. Sir Thomas Lawrence, retrato de Carl Philip, Príncipe de Schwarzenberg, 1819. The Royal Collection © 2014 Her Majesty Queen Elizabeth II. Fotografía: Bridgeman Images.
71. Barón François Gérard, retrato de la Emperatriz Marie Louise, 1810. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo del Louvre) / Hervé Lewandowski.
72. Barón François Gérard, retrato del Rey de Roma. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Castillo de Fontainebleau) / Daniel Arnaudet / Jean Schormans.
73. Josef Lanzedelli el Viejo, retrato de Adam Albert von Neipperg

(detalle), *c*. 1810. Fotografía: © Stadtverwaltung, Schwaigern.

74. Antoine Charles Horace Vernet sobre los cuadros de Étienne-Alexandre Bardin, *Uniformes de un infante de línea y un segundo abanderado*, ilustración de Las Reglas de Bardin. Fotografía: © París–Museo del Ejército, Dist. RMN-Grand Palais / Pascal Segrette.
75. Christian Johann Oldendorp, *Vista del Kremlin durante el Incendio de Moscú, Septiembre de 1812*. Fotografía: De Agostini Picture Library / M. Seemuller / Bridgeman Images.
76. Faber du Faur, *En el Camino, cerca de Pneva, 8 de Noviembre de 1812*, ilustración de *Blätter aus meinem Portefeuille, im Laufe des Fel*, *c*. 1830s. Fotografía: Anne S. K. Brown Military Collection, Brown University Library, Providence, RI.
77. V. Adam (grabador), *El Cruce del Berezina*. Brown University Library, Providence, RI. Fotografía: Bridgeman Images.
78. Pierre-Paul Prud'hon, retrato de Charles Maurice de Talleyrand Périgord (detalle), 1817. Adquisición, regalo de la Sra. de Charles Wrightsman, en memoria de Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis, 1994. Número de Acceso: 1994.190. © The Metropolitan Museum of Art, New York.
79. Escuela Francesa, retrato de Joseph Fouché. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
80. Estudio del Barón François Gérard, retrato de Charles-Jean Bernadotte, 1811. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
81. Jean-Baptiste Paulin Guérin, retrato del Mariscal Auguste de Marmont, 1834. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Château de Versailles) / Gérard Blot.
82. Anon., *Napoleón despidiéndose de su ejército, en el patio del castillo de Fontainebleau, 20 de Abril de 1814*. Biblioteca Nacional, París. Fotografía: Roger-Viollet / Topfoto.
83. George Cruikshank, *La Huida de Bonaparte del campo de Waterloo acompañado de su guía*, 1816. Colección Privada. Fotografía: The Stapleton Collection / Bridgeman Images.
84. Conde Louis-Joseph-Narcisse Marchand, *Vista de Longwood* (detalle), 1820. Fotografía: © RMN-Grand Palais (Museo de los castillos de Malmaison y de Bois-Préau) / Gérard Blot.
85. Anon., retrato de Napoleón durante sus últimas semanas en Santa

Helena. © Bodleian Library, Oxford (Curzon Atlantic a1 folio 19).

86. Charles Joseph Hullmandel sobre dibujo del Capitán Frederick Marryat, *Napoleón Bonaparte yacente tras su muerte*, 1821. Fotografía: Wellcome Library, London.

ÍNDICE DE MAPAS

NOTAS

1. CÓRCEGA

Napoleón en *The Templars*, en Bausset, *Private Memoirs* p. 41, Napoleón a Caulaincourt en Dwyer, *Napoleon* p. 45.

[1] ed. Latimer, *Talks* p. 37.

[2] Chuquet, *Jeunesse* I p. 42, Browning, *Napoleon* p. 22, Davies, *Vanished Kingdoms* p. 500.

[3] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 277.

[4] Parker, «Why did Napoleon» p. 142.

[5] Buhl MSS 110 Box 1 fol. 2 p. 4.

[6] ed. Wilson, *Diary* p. 46.

[7] Dwyer, *Napoleon* p. 24, Englund, *Napoleon* p. 8.

[8] Bonaparte, Joseph, *Mémoires et correspondance* X p. 25.

[9] Carrington, *Napoleon and his Parents* pp. 29–31, Englund, *Napoleon*, p. 10.

[10] Chuquet, *Jeunesse* I p. 44.

[11] Decaux, *Napoleon's Mother* p. XII.

[12] Englund, *Napoleon* p. 10.

[13] Englund, *Napoleon* p. 10.

[14] ed. Latimer, *Talks* p. 33.

[15] Markham, «The Emperor at Work» p. 59.

[16] ed. Latimer, *Talks* p. 33.

[17] Sudhir Hazareesingh in *TLS* 12-2-2005 p. 11.

[18] Burdon, *The Life* p. 6.

[19] Williams, *A Narrative* p. 168.

[20] ed. Jones, *Intimate Account* p. 425.

[21] Chaptal, *Souvenirs* pp. 173–174.

[22] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. x, Healey, *Literary Culture* p. 20 n. 37.

[23] Bonaparte, Joseph, *Mémoires et correspondance* X, p. 26.

[24] Zarzeczny, *Meteors*, p. 45.

[25] Ross, «Napoleon and Manouver Warfare» p. 1.

[26] Gillian Tindall en *TLS* 24-9-1999 p. 34, Sudhir Hazareesingh en *TLS* 20-2-2004 p. 9.

[27] Buhl MSS 110 Box 2 fol. 7 p. 11.

[28] Forrest, *Napoleon* p. 25.

[29] Markham, *Napoleon* p. 3, Rose, *Napoleon* p. 5, Dwyer, *Napoleon*, p. 25, Englund, *Napoleon* p. 15, Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 136.

[30] Bourgoing, *Quelques notices* p. 1.

[31] Rapp, *Memoirs* p. 55.

[32] Coston, *Biographie* p. 20.

[33] Assier, *Napoleon I* p. 44.

[34] Kiley, *Artillery* p. 29.

[35] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 240.

[36] Biagi, «A Coincidence» pp. 19, 154–155.

[37] Dwyer, *Napoleon*, p. 28.

[38] Nasica, *Mémoires* p. 12.

[39] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 5.

[40] Rose, *Napoleon* I p. 11.

[41] Healey, *Literary Culture of Napoleon* p. 21.

[42] Hicks, «The Napoleonic "Police"», Englund, *Napoleon* p. 31.

[43] ed. Gaskill, *The Reception of Ossian* p. XXVII.

[44] Levy, *Napoléon intime* p. 14, McLynn, *Napoleon* p. 21.

[45] Barral, *Histoire des Sciences* p. 7.

[46] Levy, *Napoléon intime* p. 8.

[47] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 4.

[48] Hicks, «Late 18th Century» *passim*.

[49] Baring-Gould, *Napoleon* p. 17, Rose, *Napoleon* I p. 12.

[50] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 4.

[51] CG1 n. 1 p. 43, 24 de junio, 1784.

[52] Robb, *Parisians* p. 13.

[53] Forrest, *Napoleon* p. 34.

[54] AN AII. 1891 p. 51.

[55] *TLS* 30-12-1939 p. 754.

[56] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 107.
[57] Bonaparte, Joseph, *Mémoires et correspondance* X p. 29.
[58] CG1 n. 5 p. 47, 28 de marzo, 1745.
[59] Levy, *Napoléon intime* p. 17.
[60] Bonaparte, *A Reply* p. 14.
[61] Englund, *Napoleon* p. 24.
[62] Boswell, *Account of Corsica* p. 77.
[63] CG1 n. 21 p. 65, 29 de agosto, 1788.
[64] NYPL MSS Coll 4854, Englund, *Napoleon* p. 25.
[65] Smith, *Napoleon's Regiments* p. 294.
[66] Chaptal, *Souvenirs* p. 184.
[67] Holland, *Foreign Reminiscences* pp. 211–213.
[68] Healey, *Literary Culture of Napoleon* Appendix A.
[69] ed. Castle, *Stanley Kubrick's Napoleon* p. 164.
[70] Levy, *Napoléon intime* p. 23.
[71] Rose, *Napoleon* I p. 19.
[72] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 134.
[73] Bodleian MS Curzon e1. p. 16.
[74] Plumptre, *A Narrative* p. 260.
[75] Browning, *Napoleon* p. 283, ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* pp. 42,63.
[76] Browning, *Napoleon* pp. 283–284.
[77] Forrest, *Napoleon* p. 24.
[78] Rose, *Napoleon* I p. 20, Englund, *Napoleon* p. 31.
[79] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 31.
[80] Browning, *Napoleon* pp. 285–288, ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* pp. 42–43.
[81] Browning, *Napoleon* pp. 285–288.
[82] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 25.
[83] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* pp. 36–37.
[84] *Ibíd*.
[85]. CG1 n. 11 p. 54, 21 de abril, 1787.
[86] Dwyer, *Napoleon* p. 47.
[87] Kiley, *Artillery of the Napoleonic Wars* p. 26.
[88] Kiley, *Artillery of the Napoleonic Wars* p. 29.

[89] ed. Johnston, *The Corsican* p. 143.

[90] eds. Masson and Biagi, *Napoléon inconnu* II p. 53.

[91] Englund, *Napoleon* p. 31.

[92] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 61.

[93] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* pp. 44–45.

[94] Chaptal, *Souvenirs* p. 308.

[95] CG1 n. 31 p. 78, 22 de julio, 1789.

[96] CG1 n. 29 p. 76, 12 de junio, 1789.

2. REVOLUCIÓN

Metternich sobre Napoleón, en ed. Metternich, *Memoirs* I p. 281, Napoleon al Elector Federico en ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 153–154.

[1] CG1 n. 31 p. 78, 22 de julio, 1789.

[2] Pelet, *Napoleon in Council* p. 21.

[3] Simonetta and Arikha, *Napoleon and the Rebel* p. 10, Collins, *Napoleon and His Parliaments* p. 7.

[4] Rose, *Napoleon* I pp. 28–29, Forrest, *Napoleon* p. 45.

[5] Thrasher, *Paoli* p. 197.

[6] Masson and Biagi, *Napoléon inconnu* II pp. 79–83, Dwyer, «From Corsican Nationalist» pp. 141–142.

[7] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 71.

[8] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 73.

[9] CG1 n. 39 p. 86, 24 de junio, 1790.

[10] ed. Bingham, *Selection* I p. 11.

[11] ed. Bingham, *Selection* I p. 21. Este folleto no se conserva.

[12] Bonaparte, Joseph, *Mémoires et correspondence* I p. 44.

[13] Pierpont Morgan Library MA 6942.

[14] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 147.

[15] Masson and Biagi, *Napoléon inconnu* II p. 128.

[16] Rose, *Napoleon* I p. 32.

[17] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 148.

[18] ed. Bingham, *Selection* I p. 22.

[19] Rose, *Napoleon* I p. 33.

[20] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 139.
[21] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* p. 45.
[22] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. IX.
[23] ed. Latimer, *Talks* p. 42.
[24] ed. Bingham, *Selection* I p. 24.
[25] CG1 n. 67 p. 115, 25 de julio, 1792.
[26] ed. Bingham, *Selection* I p. 24.
[27] Richardson, *Dictionary* p. 469.
[28] ed. Bingham, *Selection* I p. 28.
[29] ed. Bingham, *Selection* I p. 27.
[30] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 8.
[31] CG1 n. 65 p. 113, 22 de junio, 1792.
[32] Robb, *Parisians* p. 435.
[33] Orieux, *Talleyrand* p. 224.
[34] ed. Latimer, *Talks* pp 46–47.
[35] ed. Latimer, *Talks* p. 47.
[36] ed. Bingham, *Selection* II p. 29, Thibaudeau, *Mémoires* p. 59.
[37] ed. Latimer, *Talks* p. 38.
[38] ed. Latimer, *Talks* p. 38.
[39] Chaptal, *Souvenirs* pp. 185–186.
[40] ed. Wilson, *Diary* pp. 137–138.
[41] CG1 n. 75 p. 121, 12 de enero, 1793.
[42] Pellew, *Life of Lord Sidmouth* I p. 72.
[43] Sherwig, *Guineas and Gunpowder* p. 345.
[44] Thrasher, *Paoli* p. 255.
[45] CG1 n. 77 p. 122, 2 de marzo, 1793.
[46] Musée National de la Maison Bonaparte.
[47] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 148, ed. Latimer, *Talks* p. 38.
[48] Dwyer, «From Corsican Nationalist» p. 149.
[49] Paoli, *La Jeunesse de Napoléon* p. 9.
[50] Foladare, *Boswell's Paoli* p. 225.
[51] Bodleian MS Curzon e.1. p. 23.
[52] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 128, Masson and Biagi, *Napoléon inconnu* II pp. 477–497.

[53] Pelet, *Napoleon in Council* p. 22.

[54] Bodleian MS Curzon e1. p. 16, ed. Wilson, *Diary* p. 87.

[55] ed. Bingham, *Selection* I p. 32.

[56] ed. Latimer, *Talks* p. 43, ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 53–54.

[57] CG1 n. 111 p. 142, 14, noviembre, 1793.

[58] CG1 n. 95 p. 13, 2 17 de octubre93.

[59] CG1 n. 96 p. 133, 16 de octubre, 1793.

[60] CG1 n. 102 p. 137, octubre 2, 1793.

[61] Rose, *Napoleon* I p. 49.

[62] Rose, *Napoleon* I p. 52.

[63] Friedman, *The Emperor's Itch* p. 33.

[64] ed. Latimer, *Talks* p. 43.

[65] Friedman, *The Emperor's Itch* pp. 22–23.

[66] Las Cases, *Journal* I pt 2 p. 67, O'Meara, *Napoleon at St Helena* I pp. 198–199, 229.

[67] CN32 p. 82.

[68] Williams, *A Narrative* p. 180.

[69] ed. Bingham, *Selection* I p. 35.

[70] Crook, *Toulon in War and Revolution* p. 145.

[71] Bonaparte, *A Reply* p. 10.

[72] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 152.

[73] Emsley, *Napoleon* p. 9.

3. DÉSIRÉE

Napoleon a O'Meara en O'Meara, *Napoleon in Exile* I p. 203, Napoleon a Bausset en Bausset, *Private Memoirs* p. 259.

[1] ed. Bingham, *Selection* I p. 36, Fraser, *Napoleon's Cursed War* p. 23.

[2] CG1 ns. 163, 172, 191 p. 171, 4 de abril, 1794, p. 174, 7 de mayo, 1794, p. 182, 10 de junio, 1794.

[3] ed. Bingham, *Selection* I p. 36.

[4] Lavalette, *Memoirs* p. 9.

[5] CG1 n. 232 p. 196, agosto 7, 1794.

[6] Bonaparte, *A Reply* p. 18.

[7] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 60.
[8] CG1 n. 139 p. 159, enero 4, 1794.
[9] CG1 n. 235 p. 197 agosto, 12 o 19, 1794.
[10] ed. Bingham, *Selection* I p. 41.
[11] CG1 n. 244 p. 201, 10 de septiembre, 1794.
[12] CG1 n. 283 p. 218, 4 de febrero, 1795.
[13] CG1 n. 285 p. 219, 12 de febrero, 1795.
[14] CG1 n. 290 p. 221, 11 de abril, 1795.
[15] *Mars & Clio* Autumn 2010 p. 21.
[16] ed. Bingham, *Selection* I p. 44.
[17] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 9.
[18] Bonaparte, *A Reply* p. 19.
[19] CG1 n. 322 p. 248, 10 de agosto, 1795.
[20] Horne, *Age of Napoleon* p. 16.
[21] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 104.
[22] Englund, *Napoleon* p. 76.
[23] D'Abrantès, *At the Court* p. 34.
[24] Las Cases, *Le Mémorial* I p. 401.
[25] CG1 n. 297 p. 224, 9 de mayo, 1795.
[26] CG1 n. 298 p. 224, 22 de mayo, 1795.
[27] CG1 n. 301 p. 227 4 de junio, 1795.
[28] CG1 n. 303 pp. 228–9, 14 de junio, 1795.
[29] CG1 n. 321 p. 247, 10 de agosto, 1795.
[30] CG1 n. 309 p. 233, 6 de julio, 1795.
[31] CG1 n. 310 p. 235, 12 de julio, 1795.
[32] Bertrand, *Cahiers* II p. 218, Las Cases, *Le Mémorial* I p. 284.
[33] CG1 n. 309 p. 233, 6 de julio, 1795.
[34] ed. Bingham, *Selection* I p. 55.
[35] CG1 n. 327 p. 252, 20 de agosto, 1795.
[36] Brown, *War, Revolution* p. 128.
[37] ed. Handel, *Leaders and Intelligence* p. 42.
[38] CG1 n. 345 p. 268, entre el 15 de septiembre y el 5 de octubre, 1795.
[39] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* p. 13.
[40] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* p. 15.

[41] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* pp. 2–21.
[42] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* pp. 2–21.
[43] ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* p. 67.
[44] CG1 n. 334 p. 258, 1 de septiembre, 1795.
[45] Dumas, *Memoirs* II p. 40.
[46] Healey, *Literary Culture* p. 79.
[47] Bonaparte, *A Reply* p. 20.
[48] Lavalette, *Memoirs* p. 12.
[49] ed. Lecestre, *Lettres Inédites* II p. 133.
[50] CN2 n. 485 p. 15.
[51] Arnault, *Memoirs* I p. 35, Lavalette, *Memoirs* pp. 12–13.
[52] Sarrazin, *Confession* p. 13.
[53] *Annual Register* 1795 n. 37 p. 106.
[54] Gibbs, *Military Career* p. 42.
[55] D'Abrantès, *At the Court* p. 37.
[56] Christies Rare Books, catálogo 27-11-2012 p. 14.
[57] Memes, *Memoirs* p. 13.
[58] Horne, *Age of Napoleon* p. 45.
[59] D'Abrantès, *At the Court* p. 237.
[60] Haig, *Napoleon and Josephine's Paris* p. 50.
[61] Haig, *Napoleon and Josephine's Paris* p. 49.
[62] Philip Mansel in *TLS* 16-1-2004 p. 23.
[63] Stuart, *Rose of Martinique* p. 277.
[64] Stuart, *Rose of Martinique* p. 206.
[65] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 123, Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 74.
[66] ed. Duruy, *Memoirs of Barras* II p. 72.
[67] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 281.
[68] Thody, *French Caesarism* p. 35.
[69] Chuquet, *Jeunesse* I p. 65, Rose, *Napoleon* I p. 3.
[70] ed. Hanoteau, *Memoirs of Queen Hortense* I p. 326 n. 3.
[71] ed. Latimer, *Talks* p. 138.
[72] Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 162.
[73] ed. Duruy, *Memoirs of Barras* II p. 79.
[74] Pratt, «Vignettes» p. 59.

[75] Chuquet, *Jeunesse* I p. 41, Davies, *Vanished Kingdoms* p. 501.

[76] Dubroca, *Life of Bonaparte* p. 94, Poultier, *History of the War* p. 260.

4. ITALIA

Stendhal, *La cartuja de Parma* (1839) Napoleon a Chaptal, en Chaptal, *Souvenirs* p. 296.

[1] Pratt, «Vignettes» p. 60.

[2] Boycott-Brown, *Road to Rivoli* p. 412.

[3] Chaptal, *Souvenirs* p. 204, ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* pp. 290–292.

[4] Baldet, *La vie quotidienne* p. 33.

[5] Starke, *Letters from Italy* I p. 60.

[6] ed. Chandler, *Military Maxims* pp. 135, 205.

[7] Holland, *Foreign Reminiscences* pp. 217–219.

[8] CG1 n. 426 p. 304, 28 de marzo, 1796.

[9] ed. Hanoteau, *Napoleon in Russia* p. 367.

[10] CG1 n. 471 p. 328, 8 de abril, 1796.

[11] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* pp. 290–292.

[12] ed. Bingham, *Selection* I p. 67.

[13] ed. Luvaas, *Art of War* p. 10.

[14] Gray, *Words of Napoleon* p. XII.

[15] *TLS* 12-5-1927 p. 325, Hazareesingh in *TLS* 3-2-2012 p. 4.

[16] AN 192AP-2, SHD GR6.YD-1.

[17] CG4 n. 8847 p. 694, 28 de abril, 1804.

[18] CG1 n. 463 p. 324, 6 de abril, 1796.

[19] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 146.

[20] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 32.

[21] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 34, CG1 ns. 464, 467 p. 325, 6 de abril, 1796, p. 326, 7 de abril, 1796.

[22] CG7 n. 14120 p. 111, 19 de enero, 1807.

[23] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 73, Stuart, *Rose of Martinique* p. 206, CG3 n. 5277 p. 230, 11 de mayo, 1800, GC1 n. 1068 p. 672, 21 de noviembre, 1796.

[24] ed. Cerf, *Letters to Josephine* pp. 25–26, Pierpont Morgan Library MA 6936 and *passim*.

[25] CG1 n. 463 p. 324.

[26] ed. Bingham, *Selection* I p. 70.

[27] ed. Bingham, *Selection* I p. 74.

[28] eds. Dwyer and McPhee, *French Revolution and Napoleon* pp. 128–129, ed. Bingham, *Selection* I p. 74.

[29] ed. Bingham, *Selection* I p. 72.

[30] ed. Bingham, *Selection* I pp. 71–72.

[31] Foy, *History* I p. 43.

[32] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 111.

[33] Blaze, *Life in Napoleon's Army* pp. 42–43.

[34] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 145.

[35] Rose, *Napoleon* I p. 88.

[36] ed. Yonge, *Man of Other Days* II p. 112ff.

[37] ed. Yonge, *Man of Other Days* II p. 122.

[38] ed. Yonge, *Man of Other Days* II pp. 126–127.

[39] CG1 n. 545 p. 370, 20 de abril, 1796.

[40] Woolf, *Napoleon's Integration* p. 252.

[41] ed. Bingham, *Selection* I p. 76.

[42] CG1 n. 557 p. 377, 1 de mayo, 1796.

[43] *Edinburgh Review* n. XLVI septiembre 1814 p. 470.

[44] Plumptre, *A Narrative* III p. 352.

[45] ed. Bingham, *Selection* III p. 55.

[46] CG1 n. 573 p. 384, 6 de mayo, 1796.

[47] CG1 n. 582 p. 389, 9 de mayo, 1796.

[48] CG1 ns. 609–611, pp. 406–407, 18 de mayo, 1796.

[49] Higgonet, *Paris* p. 136.

[50] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 203.

[51] Tulard, *Napoléon: les grands moments* p. 97.

[52] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 114, Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 10.

[53] CG1 n. 589 p. 393 y CG1 n. 588 p. 392, 11 de mayo, 1796.

[54] ed. Cerf, *Letters to Josephine* pp. 37–40.

[55] CG1 n. 595 pp. 396–397, 13 de mayo, 1796.
[56] Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 174.
[57] Dwyer, *Napoleon* p. 243.
[58] CG1 n. 596 p. 397, 14 de mayo, 1796.
[59] CG1 n. 597 p. 398, 14 de mayo, 1796.
[60] CG1 n. 599 p. 399, 14 de mayo, 1796.
[61] ed. Tarbell, *Napoleon's Addresses* pp. 34–35.
[62] ed. Duruy, *Memoirs of Barras* II p. 153.
[63] Gaffarel, *Bonaparte et les républiques italiennes* p. 5.
[64] CG1 n. 1880, p. 1107, 6 de agosto, 1797.
[65] ed. Bingham, *Selection* I pp. 82,. 85.
[66] Broers, *Napoleonic Empire in Italy* p. 31.
[67] Woolf, *Napoleon's Integration* p. 9.
[68] Woloch, *Jacobin Legacy* p. 70.
[69] CG1 n. 627 p. 415, 24 de mayo, 1796.
[70] ed. Tarbell, *Napoleon's Addresses* pp. 36–37.
[71] ed. Tarbell, *Napoleon's Addresses* pp. 37–38.
[72] CG1 n. 639 p. 421, June 1, 1796.
[73] CG1 n. 629 p. 416, 25 de mayo, 1796.
[74] CG1 n. 629 p. 416, 25 de mayo, 1796, Chrisawn, *Emperor's Friend* p. 22.
[75] ed. Haythornthwaite *Final Verdict* pp. 240–241.
[76] Pigeard, *L'Armée* p. 182.
[77] CG1 n. 639, p. 421, 1 de junio, 1796.
[78] CG6 n. 11392 pp. 86–87, 4 de febrero, 1806.
[79] CN6 n. 478 p. 73.
[80] CG1 n. 625, p. 414, 25 de mayo, 1796.
[81] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 43.
[82] CG1 n. 642, p. 424, 1 de junio, 1796.
[83] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 51.
[84] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 11.
[85] ed. Bingham, *Selection* I p. 95.
[86] ed. Cerf, *Letters to Josephine* pp. 47–49.
[87] CG1 n. 672 p. 441, 11 de junio, 1796.

[88] CG1 n. 677 p. 443, 11 de junio, 1796, ed. Cerf, *Letters to Josephine* pp. 46–47.

[89] *TLS* 24-11-2006 p. 14.

[90] CG1 n. 693 p. 451, 15 de junio, 1796.

[91] *Quarterly Review* 1833 pp. 179–184.

[92] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 224.

[93] Summerville, *Ségur* p. 119.

5. VICTORIA

Napoleón a José, en CN25 n. 19895 p. 218 Napoleón a Talleyrand, en CG8 n. 19233 p. 1209.

[1] Chadwick, *Popes* p. 450.

[2] Rose, *Napoleon* I p. 103.

[3] CG1 n. 845 p. 542, 11 de agosto, 1796.

[4] CG1 n. 710 p. 462, de junio 21, 1796.

[5] CG1 n. 711 p. 464, 21 de junio, 1796.

[6] ed. Bingham, *Selection* I p. 96.

[7] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 55.

[8] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 56.

[9] ed. Fleischmann, Memoirs pp. 60–61.

[10] Starke, *Letters from Italy* I pp. 74–75.

[11] Knapton, *Empress Josephine* pp. 133–134, Stuart, *Rose of Martinique* p. 199.

[12] Pierpont Morgan Library MA 6938.

[13] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 59.

[14] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 60.

[15] Hamelin, *Douze Ans* pp. 14–15.

[16] Bibliothèque Thiers, Fonds Masson n. 223-I-81.

[17] CG1 n. 776 pp. 500–501, 12 de julio, 1796, AN 400AP-6-p. 4.

[18] AN 400AP-6-p. 4.

[19] eds. Olsen y van Creveld, *Evolution of Operational Art* p. 32.

[20] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 211.

[21] ed. Handel, *Leaders and Intelligence* p. 40.

[22] CG1 n. 833 p. 533, 2 de agosto, 1796.
[23] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 60.
[24] CG1 n. 820 p. 526, 29 de julio, 1796.
[25] ed. Bingham, *Selection* I p. 107.
[26] CG1 n. 832 p. 532, 2 de agosto, 1796.
[27] CG1 n. 826 p. 529, 30 de julio, 1796.
[28] CG 1 n. 822 p. 527, 30 de julio, 1796.
[29] CG1 n. 828 p. 530, 31 de julio, 1796.
[30] ed. Latimer, *Talks* p. 261.
[31] Marbot, *Mémoires* II ch. 16.
[32] ed. Bingham, *Selection* I p. 106.
[33] Wood, «Forgotten Sword» p. 79.
[34] CG1 n. 837 p. 538, 7 de agosto, 1796.
[35] CG1 n. 838 p. 538, de agosto 8, 1796.
[36] CG1 n. 840 p. 540, 9 de agosto, 1796.
[37] CG1 ns. 839–840 p. 539, de agosto 9, 796.
[38] Smith, *Data Book* p. 122.
[39] CG1 n. 961 p. 612, 2 de octubre, 1796.
[40] CG 1 n. 962 p. 614, 2 de octubre, 1796.
[41] CG1 ns. 961 and 980 p. 612, 2 de octubre, 1796, p. 620, 8 de octubre, 1796.
[42] CG1 n. 993 p. 628, 12 de octubre, 1796.
[43] CG1 n. 992 p. 628, 12 de octubre, 1796.
[44] CG1 n. 996 p. 631, 16 de octubre, 1796.
[45] Broers, *Politics of Religion* p. X.
[46] CG1 n. 1007 p. 639, 21 de octubre, 1796.
[47] CG1 n. 1008 p. 639, 24 de octubre, 1796.
[48] Paris, *Napoleon's Legion* p. 15.
[49] CG1 n. 1059 p. 664, 13 de noviembre, 1796.
[50] ed. Bingham, *Selection* I p. 123.
[51] CG1 n. 1060 p. 666, 19 de noviembre, 1796.
[52] CG1 n. 1086 p. 681, 29 de noviembre, 1796.
[53] Rose, *Napoleon* I pp. 130–131, ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 93.
[54] ed. Bingham, *Selection* I p. 120.

[55] CG1 n. 1084 p. 680, 27 de noviembre, 1796.
[56] CG1 n. 1085 p. 681, 28 de noviembre, 1796.
[57] Lavalette, *Memoirs* p. 19.
[58] CG1 n. 1093 p. 685, 5 de diciembre, 1796.
[59] CG1 n. 1112 p. 696, 8 de diciembre, 1796.
[60] CG1 n. 1127 p. 704, 10 de diciembre, 1796.
[61] CG1 n. 1209 p. 746, 28 de diciembre, 1796.
[62] CG1 n. 1274 p. 778, 6 de enero, 1797.
[63] CG1 n. 1279 p. 782, 7 de enero, 1797.
[64] CG1 n. 1286 p. 784, 7 de enero, 1797.
[65] Rose, *Napoleon* I p. 136.
[66] Smith, *Data Book* p. 131, ed. Bingham, *Selection* I p. 131.
[67] René, *Original Journals* p. 121.
[68] CG1 n. 1315 p. 802, 22 de enero, 1797.
[69] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 91.
[70] ed. Bingham, *Selection* I p. 135.
[71] CG1 n. 1395 p. 849, 19 de febrero, 1797.
[72] Forrest, *Napoleon* p. 87.
[73] Forrest, *Napoleon* p. 86.
[74] Dziewanowski, «Napoleon» p. 91, 89 Carnavalet Portraits Box 229, Bibliothèque Thiers 34-7001–7274.
[75] Theodore D. Buhl MSS 110 Box 1-fol. 1-pp. 18, 23, 26.
[76] Laskey, *A Description* p. 1.
[77] ed. Bingham, *Selection* I p. 142.
[78] Knight, *Britain Against Napoleon* p. 522.
[79] eds. Nafziger et al., *Imperial Bayonets* p. 165, CG1 n. 1640 p. 880.
[80] CG1 n. 1469 p. 885, 22 de marzo, 1797.
[81] CG1 n. 1476 p. 889, 25 de marzo, 1797.
[82] eds. Horn y Walker, *Le Précis de leadership militaire*, p. 485, Englund, *Napoleon* p. 105.
[83] CG7 n. 14773 p. 396, 20 de marzo, 1807.
[84] Bausset, *Private Memoirs* p. 67.
[85] Bourne, *History of Napoleon* p. 376.
[86] CG3 n. 5087 p. 138.

[87] Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 154.
[88] D'Abrantès, *At the Court* p. 117.
[89] ed. Summerville, *Ségur* p. 38.
[90] CN32 p. 68.
[91] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 222.
[92] ed. Tarbell, *Napoleon's Addresses* p. X.
[93] Houssaye, *The Return of Napoleon* p. 7.
[94] Chaptal, *Souvenirs* p. 337.

6. PAZ

Napoleón a José, en ed. Bingham, *Selection* I p. 96, al consejo de Estado en Johnston, *The Corsican* p. 160.
[1] CG1 n. 1495, p. 901, 8 de abril, 1797.
[2] CG1 n. 1514 p. 914, 16 de abril, 1797.
[3] CG1 n. 1514 p. 914, 16 de abril, 1797, Dubroca, *Life of Bonaparte* p. 90.
[4] CG1 n. 1514 p. 916, 16 de abril, 1797.
[5] CG1 n. 1497 p. 905, 9 de abril, 1797.
[6] CG1 n. 1521 p. 923, 30 de abril, 1797.
[7] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 55.
[8] CG1 n. 1516 p. 917, 19 de abril, 1797.
[9] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 54.
[10] CG1 n. 1587 p. 962, 27 de mayo, 1797.
[11] ed. Bingham, *Selection* I p. 156.
[12] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 54.
[13] CG1 n. 1587 p. 962, 27 de mayo, 1797.
[14] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 64.
[15] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 94.
[16] ed. Fleischmann, *Memoirs* pp. 94–95, Markham, *Napoleon* p. 63, McLynn, *Napoleon* p. 153, Schom, *Napoleon* p. 65, ed. Bingham, *Selection* I p. 160, eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 1.
[17] Horne, *Age of Napoleon* p. 19.
[18] ed. Bingham, *Selection* I p. 168.
[19] CG1 n. 1785 p. 1058, 15 de julio, 1797.

[20] Schneid, *Soldiers* p. 3.
[21] CG1 n. 1785 p. 1058, 15 de julio, 1797.
[22] *TLS* 8-8-1971 p. 1208, ed. Latimer, *Talks* p. 97.
[23] ed. Latimer, *Talks* p. 98.
[24] Rose, *Napoleon* I p. 165.
[25] CG1 n. 1822 p. 1081, 26 de julio, 1797.
[26] Rose, *Napoleon* I p. 161.
[27] ed. Bingham, *Selection* I p. 171.
[28] CG1 n. 1962 p. 1140, 3 de septiembre, 1797.
[29] ed. Fleischmann, *Memoirs* p. 109, Brown, «From Organic Society» p. 661, ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 59, Lavalette, *Memoirs* p. 28.
[30] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 59.
[31] Hicks, «Late 18th Century» *passim*.
[32] Carnot, *Reply of Carnot* p. 30.
[33] Lavalette, *Memoirs* p. 29.
[34] CG1 n. 2009 p. 1166, 12 de septiembre, 1797.
[35] CG1 n. 2098 p. 1216, 26 de septiembre, 1797.
[36] Dubroca, *Life of Bonaparte* p. 91.
[37] Rose, *Napoleon* I p. 169.
[38] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 106.
[39] CG1 n. 2149, p. 1244, 7 de octubre, 1797.
[40] ed. Bingham, *Selection* I p. 189.
[41] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 60.
[42] CG1 n. 2170 p. 1256, 18 de octubre, 1797.
[43] Dubroca, *Life of Bonaparte* p. 90.
[44] CG1 n. 2163 p. 1253, 17 de octubre, 1797.
[45] CG1 n. 2170 p. 1257, 18 de octubre, 1797.
[46] Jenkins, *French Navy* p. 226, CG1 n. 2191 p. 1267, 5 de noviembre, 1797.
[47] ed. Bingham, *Selection* I p. 192.
[48] CG1 n. 2220 pp. 1283–1289, 11 de noviembre, 1797.
[49] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 63.
[50] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 64.
[51] Simms, *Europe* p. 156.

[52] CG1 n. 1587, p. 963, 27 de mayo, 1797.

[53] CG1 n. 2274 p. 1313, 30 de noviembre 30, 1797.

[54] Lavalette, *Memoirs* p. 35.

[55] ed. Bingham, *Selection* I p. 194.

[56] Espitalier, *Vers Brumaire* pp. 45–46.

[57] ed. Hanoteau, *Memoirs of Queen Hortense* I p. 32.

[58] Knapton, *Empress Josephine* p. 153.

[59] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 153–154, ed. Bingham, *Selection* I p. 195.

[60] Rovigo, *Mémoires* I p. 25.

[61] ed. Bingham, *Selection* I p. 200.

[62] Espitalier, *Vers Brumaire* pp. 45–47.

[63] Williams, *A Narrative* p. 5.

[64] D'Abrantès, *At the Court* p. 46, Rovigo, *Mémoires* I p. 24.

[65] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* pp. 65–66.

[66] ed. Bingham, *Selection* I p. 195, Rose, *Napoleon* I p. 173, Lockhart, *Napoleon Buonaparte* I p. 105.

[67] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 63.

[68] CG1 n. 12280 p. 1316, 26 de noviembre, 1797.

[69] Lockhart, *Napoleon Buonaparte* I pp. 105–106.

[70] Healey, *Literary Culture* p. 88, Williams, *The Life of Goethe* p. 39.

[71] ed. Hanoteau, *Memoires of Queen Hortense* I p. 33.

[72] Rovigo, *Mémoires* I p. 26.

[73] Tone, *Wolfe Tone* p. 266.

[74] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 68.

[75] CG2 n. 2315 p. 38, 23 de febrero, 1798.

[76] Holland, *Foreign Reminiscences* p. 245.

[77] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 68.

[78] Knapton, *Empress Josephine* pp. 150–153.

[79] Knapton, *Empress Josephine* p. 151.

[80] Hastier, *Le Grand Amour* p. 152.

[81] Hastier, *Le Grand Amour* pp. 152–154.

[82] Hastier, *Le Grand Amour* p. 160.

7. EGIPTO

La cita del historiador islámico procede de ed. Chandler, *Military Maxims* p. 24 Napoleón a Gourgaud en ed. Latimer, *Talks* p. 66.

[1] Murphy, «Napoleon's International Politics» p. 165, Volney, *Voyage* p. 235.

[2] CG1 n. 1908 p. 1118, 16 de agosto, 1797.

[3] eds. Bertaud et al., *Napoléon* p. 312.

[4] CG2 n. 2390 p. 80, 13 de abril, 1798.

[5] Abulafia, *The Great Sea* p. 516.

[6] Rose, *Napoleon* I p. 185, ed. Handel, *Leaders and Intelligence* p. 41, ed. Hicks, *Clisson and Eugénie* p. 56.

[7] ed. Latimer, *Talks* p. 69.

[8] ed. Moreh, *Napoleon in Egypt* p. 12.

[9] CN15 n. 12924 p. 537.

[10] CN4 n. 2570 p. 128.

[11] Plumptre, *A Narrative* p. 321.

[12] Strathearn, *Napoleon in Egypt* p. 39.

[13] CG2 n. 2415 p. 94, 19 de abril, 1798.

[14] eds. Tortel and Carlier, *Bonaparte de Toulon* p. 28.

[15] CG2 n. 2391 p. 81, 13 de abril, 1798.

[16] Knight, *Pursuit of Victory* p. 284.

[17] ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* pp. XV-XVI.

[18] Lavalette, *Memoirs* p. 37.

[19] CG2 n. 2519 p. 142, 13 de junio, 1798, Rose, *Napoleon* I p. 184, ed. Bingham, *Selection* I p. 210, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 76.

[20] CG2 n. 2547, p. 155, 17 de junio, 1798.

[21] Anon., *Copies of Original Letters* I pp. 239–240.

[22] ed. Bingham, *Selection* I pp. 212–213.

[23] Anon., *Copies of Original Letters* I p. 132.

[24] ed. Bingham, *Selection* I p. 210, Rose, *Napoleon* I p. 188, Anon., *Copies of Original Letters* I pp. 244–246, ed. Moreh, *Napoleon in Egypt* p. 3.

[25] CG2 n. 4174 p. 820, 28 de enero, 1799.

[26] Strathearn, *Napoleon in Egypt* p. 46, Rose *Napoleon* I p. 190.

[27] Arnault, *Memoirs* I p. 86.

[28] Bodleian MS Curzon e1. p. 15.
[29] Anon., *Copies of Original Letters* I p. 134.
[30] Anon., *Copies of Original Letters* I p. 133.
[31] Jonquière, *L'Expédition* II ch. 5.
[32] CG2 n. 2625 p. 193, 24 de julio, 1798.
[33] ed. Moreh, *Napoleon in Egypt* p. 8.
[34] Holland, *Foreign Reminiscences* p. 248.
[35] Bourrienne, *Memoirs* I p. 66, Stuart, *Rose of Martinique* p. 234.
[36] ed. Howard, *Letters and Documents* I pp. 258–259.
[37] BL Add. MSS 23003.
[38] CG2 n. 2635, p. 199, 25 de julio, 1798.
[39] CG3 n. 5277 p. 230, 11 de mayo, 1800.
[40] Anon., *Copies of Original Letters* II p. 111.
[41] Anon., *Copies of Original Letters* I p. 121.
[42] Gichon, «East Meets West» p. 106 n. 12.
[43] ed. Dufourcq, *Mémoires* pp. 121–122.
[44] Chaptal, *Souvenirs* p. 270.
[45] Duffy, *Austerlitz* p. 137.
[46] Anon., *Copies of Original Letters* I p. 133.
[47] ed. Brindle, *Guns in the Desert* pp. 15–16, Anon., *Copies of Original Letters* I p. 78.
[48] ed. Bierman, *Napoleon in Egypt* p. 85.
[49] ed. Latimer, *Talks* p. 209.
[50] Solé, *Conquête de l'Égypte*, pp. 108–109.
[51] Balcombe, *To Befriend* p. 74.
[52] Bertrand, *Cahiers* I p. 21.
[53] CN29 p. 570.
[54] ed. Kerry, *The First Napoleon* p. 99.
[55] Ebrington, *Memorandum* p. 18.
[56] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 89.
[57] Forrest, *Napoleon* p. 112.
[58] Forrest, *Napoleon* p. 108.
[59] ed. Bingham, *Selection* I pp. 221–225.
[60] ed. Bingham, *Selection* I pp. 221–225.

[61] ed. Bingham, *Selection* I pp. 221–225.

[62] ed. Moreh, *Napoleon in Egypt* p. 14.

[63] ed. Bierman, *Napoleon in Egypt* p. 85.

[64] ed. Ainé, *Histoire de l'expédition* pp. 13–14.

[65] ed. Bingham, *Selection* I pp. 221–225.

[66] CG2 n. 2625 p. 193, 24 de julio, 1798.

[67] ed. Latimer, *Talks* p. 64.

[68] CG2 n. 3890 p. 706, 9 de diciembre, 1798, CG2 n. 2676 p. 216, 30 de julio, 1798.

[69] CG2 n. 2870 p. 299, 19 de agosto, 1798.

[70] CG2 n. 2870 p. 299, 19 de agosto, 1798.

[71] CG2 n. 2857 p. 289, 18 de agosto, 1798, Smith *Data Book* p. 140.

[72] CG2 n. 2870 p. 299, 19 de agosto, 1798.

[73] Anon., *Copies of Original Letters* I p. XVI, Alison, *History of Europe* I p. 580.

[74] Lavalette, *Memoirs* p. 43, CG2 n. 2832 p. 277.

[75] Cole, *Napoleon's Egypt* p. 123.

[76] Cole, *Napoleon's Egypt* p. 126.

[77] Byrd, «Napoleonic Institute» p. 4.

[78] Sudhir Hazareesingh in *TLS* 16-7-2006 p. 27.

[79] Montefiore, *Jerusalem* p. 315, CG2 n. 4280 p. 874.

[80] CG2 n. 3112 p. 399, 8 de septiembre, 1798.

[81] CG2 n. 3424 p. 523, 11 de octubre, 1798, CG2 n. 3148 p. 414, 12 de septiembre, 1798.

[82] CG2 n. 3554 p. 574, 27 de octubre, 1798.

[83] CG2 n. 3557 p. 576, 27 de octubre, 1798.

[84] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 80.

[85] Prat and Tonkovich, *David, Delacroix* p. 44.

[86] CG2 n. 3529, p. 564, 23 de octubre, 1798.

[87] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 81.

[88] Lavalette, *Memoirs* p. 50, CG2 n. 3557 p. 576, 27 de octubre, 1798.

[89] CG2 n. 3656, p. 613, 11 de noviembre, 1798.

[90] ed. Bingham, *Selection* I p. 238.

[91] Strathearn, *Napoleon in Egypt* pp. 260–264.

[92] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 123, Strathearn, *Napoleon in Egypt* pp. 260–264.

[93] Strathearn, *Napoleon in Egypt* p. 427.

[94] CG2 n. 740 p. 647, 18 de noviembre, 1798.

[95] ed. Bingham, *Selection* I p. 239.

[96] Derogy and Carmel, *Bonaparte en Terre Sainte* p. 99.

[97] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 35.

[98] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 37.

8. ACRE

Máxima military de Napoleón, en ed. Chandler, *Military Maxims* p. 83 *Guerra de César* de Napoleón, en CN32 p. 44.

[1] CG2 n. 4235 p. 849, 10 de febrero, 1799.

[2] CG2 n. 4235 p. 850, 10 de febrero, 1799.

[3] CG2 n. 4167 p. 817, 25 de enero, 1799.

[4] Derogy and Carmel, *Bonaparte en Terre Sainte*, pp. 102–104.

[5] CG2 n. 4235 p. 850, 10 de febrero, 1799.

[6] Shmuelevitz, *Napoleon and the French in Egypt* p. 19.

[7] CG2 n. 4265 p. 867, 27 de febrero, 1799.

[8] ed. Noailles, *Count Molé* p. 140.

[9] ed. Sanderson, *Bourrienne's Memoirs* p. 81.

[10] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 54.

[11] CG2 n. 4265 p. 867, 27 de febrero, 1799.

[12] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 60.

[13] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 64.

[14] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 66.

[15] Montefiore, *Jerusalem* p. 316, ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 67, ed. Weit, *Nicolas Turc* p. 53.

[16] ed. Jourquin, *Journal* I p. 280.

[17] CG2 n. 4271 p. 870, 9, 1797.

[18] Berthier, *Relation des campagnes* p. 56.

[19] ed. Quentin, *André Peyrusse* p. 55, Jonquière, *L'Expédition* IV p. 271.

[20] Coxe, *The Exposé* p. 61.

[21] ed. Millet, *Le Chasseur Pierre Millet* p. 262.

[22] For the numbers debate, see CG2 n. 4271 p. 870 n. 3, Jonquière, *L'Expédition* IV pp. 270–271, Herold, *Bonaparte in Egypt* p. 306, eds. Tortel and Carlier, *Bonaparte de Toulon* p. 158, Rose, *Napoleon* I p. 201, Anon., «The French Expedition» p. 197, ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 68, Plumptre, *A Narrative* p. 276, Lavalette, *Memoirs* p. 52, Berthier, *Relation des campagnes* p. 56, ed. Millet, *Le Chasseur Pierre Millet* Appendix XV p. 262, Strathearn, *Napoleon in Egypt* p. 328.

[23] Ebrington, *Memorandum* pp. 18–19.

[24] Hobhouse, *Recollections* I p. 181.

[25] Jonquière, *L'Expédition* IV p. 273, Rose, *Napoleon* I p. 201.

[26] Chandler, *Campaigns of Napoleon* p. 236, Plumptre, *A Narrative* p. 286n.

[27] ed. Bingham, *Selection* I p. 250.

[28] CG2 n. 4277, pp. 872–873, 9 de enero, 1799.

[29] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. XIX.

[30] ed. Jourquin, *Journal* I p. 281.

[31] ed. Bulos, *Bourrienne et ses erreurs* I p. 44.

[32] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 78.

[33] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 78.

[34] CG2 n. 4294 p. 881, 13 de marzo, 1799.

[35] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 77.

[36] Lavalette, *Memoirs* p. 59.

[37] CG2 n. 4346 p. 911, 10 de mayo, 1799.

[38] Lavalette, *Memoirs* p. 58.

[39] Lavalette, *Memoirs* pp. 60–61.

[40] Lockhart, *History of Napoleon* I p. 150.

[41] Sparrow, *Secret Service* p. 191.

[42] ed. Wilson, *Diary* p. 88.

[43] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 90, Coxe, *The Exposé passim*.

[44] CG2 n. 4346 p. 910, 10 de mayo, 1799.

[45] ed. Davis, *Original Journals* I pp. 215–216.

[46] ed. Latimer, *Talks* p. 246.

[47] CG2 n. 4362 p. 920, 27 de mayo, 1799.

[48] ed. Latimer, *Talks* pp. 69–70.

[49] Smith, *The French Expedition* p. X.

[50] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 93.

[51] Strathearn, *Napoleon in Egypt* p. 6.

[52] ed. Iung, *Lucien Bonaparte* II ch. 14.

[53] Friedman, «On the Affair» pp. 65–77.

[54] Rose, *Napoleon* I p. 211.

[55] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 99.

[56] Sobre el debate acerca de la plaga en Jaffa, ver Lavalette, *Memoirs* p. 63, Desgenettes, *Histoire médicales* pp. 104–105, ed. Brindle, *Guns in the Desert* pp. 99–106, ed. Bulos, *Bourrienne et ses erreurs* I pp. 34–35, Cockburn, *Buonaparte's Voyage* pp. 83–85, Montefiore, *Jerusalem* p. 317, Balcombe, *To Befriend* p. 174, Ebrington, *Memorandum* p. 18, Hobhouse, *Recollections* I p. 181, ed. Lewis, *Extracts from the Journals* II p. 235, Wilson, *History* pp. 91–92.

[57] Balcombe, *To Befriend* pp. 175–176.

[58] Balcombe, *To Befriend* p. 176.

[59] ed. Lewis, *Extracts from the Journals* II p. 235.

[60] ed. Bingham, *Selection* I p. 256.

[61] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 102.

[62] CG2 n. 4404 p. 940, 19 de junio, 1799.

[63] ed. Bingham, *Selection* I p. 256.

[64] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 104.

[65] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 105.

[66] ed. Bingham, *Selection* I p. 254, Smith, *Data Book* p. 156, Smith, *The French Expedition* p. 9.

[67] CG2 n. 4479 p. 972, 28 de junio, 1799.

[68] Lavalette, *Memoirs* p. 65.

[69] CG2 n. 4633 p. 1032, 21 de julio, 1799.

[70] CG2 n. 4638 p. 1035, 21 de julio, 1799.

[71] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 113.

[72] Lavalette, *Memoirs* p. 66.

[73] ed. Brindle, *Guns in the Desert* p. 114.

[74] Smith, *Data Book* p. 161, CG2 n. 4666 p. 1048.

[75] CG2 n. 4758 pp. 1086–1088, 22 de agosto, 1799.

[76] Sauzet, *Desaix* p. 131.

[77] Strathearn, *Napoleon in Egypt* pp. 413–414.

[78] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 30.

[79] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 75.

[80] CG2 n. 4757 p. 1085, 22 de agosto, 1799.

[81] CG2 n. 4758 p. 1086, 22 de agosto, 1799, ed. Brindle, *Guns in the Desert* pp. 120 n. 26.

[82] Davis, *Original Journals* I p. 263.

[83] Denon, *Travels in Egypt* III p. 119.

[84] Lavalette, *Memoirs* p. 68.

[85] CG3 p. 1216.

[86] Lavalette, *Memoirs* p. 69.

[87] Simonetta and Arikha, *Napoleon and the Rebel* p. 50.

[88] CN7 n. 15677 p. 809, Horne, *Age of Napoleon* p. 26.

[89] CG2 n. 4479 p. 972 n. 2, 28 de junio, 1799.

[90] Ripaud, *Report passim*.

[91] Byrd, «Napoleonic Institute of Egypt» p. 4.

9. BRUMARIO

Napoleón en Santa Helena, en ed. Wilson, *Diary* p. 87 y en Las Cases *Memoirs* I p. 529.

[1] Lavalette, *Memoirs* p. 71, ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 83.

[2] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 7.

[3] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 8.

[4] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 133.

[5] Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 274, Mossiker, *Napoleon and Josephine* pp. 195–200, Stuart, *Rose of Martinique* pp. 248–251.

[6] Lavalette, *Memoirs* p. 71.

[7] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 14, CN30 p. 305.

[8] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 13.

[9] Adams, *History of the United States* I c. 14, Dwyer, *Talleyrand* pp. 73–74.

[10] ed. Malmesbury, *Diaries* IV p. 257, eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p.

133.

[11] D'Abrantès, *At the Court* p. 50.

[12] Simonetta and Arikha, *Napoleon and the Rebel* p. 48.

[13] CG2 n. 4764 p. 1090, 31 de octubre, 1799.

[14] Bingham, *Selection* I p. 270.

[15] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 14, Lefebvre, *The Directory* p. 213.

[16] Gildea, *Children of the Revolution* p. 27.

[17] Lavalette, *Memoirs* p. 71.

[18] Roederer, *Autour de Bonaparte* p. 3.

[19] Lyons, *France Under the Directory* pp. 230–231, Carpenter, *Refugees* p. 188, Crook, *Toulon in War* p. 188, Woolf, *Napoleon's Integration* p. 254, Vandal, *L'Avènement de Bonaparte* I pp. 8ff.

[20] Bertaud, *Bonaparte prend le pouvoir* pp. 188ff.

[21] Bingham, *Selection* I p. 271.

[22] Rose, *Napoleon* I p. 218.

[23] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 17.

[24] Roederer, *Autour de Bonaparte* p. 4.

[25] Simonetta y Arikha, *Napoleon and the Rebel* p. 53.

[26] Rose, *Napoleon* I p. 223.

[27] Lefebvre, *The Directory* p. 214.

[28] CN30, p. 311.

[29] ed. Latimer, *Talks* p. 73.

[30] CN30 p. 311.

[31] Sparrow, *Shadow* p. 131.

[32] Cole, *Fouché* p. 121, Forrest, *Napoleon* p. 147.

[33] ed. Plenel, *Joseph Fouché* p. IX.

[34] Zweig, *Fouché* p. 146.

[35] ed. Latimer, *Talks* p. 95n.

[36] ed. Duruy, *Memoirs of Barras* IV p. 40.

[37] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 18, CN30 p. 307.

[38] CN30 p. 306.

[39] D'Abrantès, *At the Court* p. 146.

[40] Chaptal, *Souvenirs* p. 259.

[41] CG7 n. 15126 p. 562, 6 de abril, 1807.

[42] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 135.

[43] Rovigo, *Mémoires* I p. 234.

[44] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 136.

[45] Lavalette, *Memoirs* p. 74, Goodspeed, *Bayonets* p. 107, Forrest, *Napoleon* p. 123.

[46] Lavalette, *Memoirs* p. 75, CN30 p. 306, Gildea, *Children of the Revolution* p. 27, Lyons, *France Under the Directory* p. 231, Crook, *Napoleon Comes to Power* p. 1.

[47] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 15.

[48] CN30, p. 315.

[49] McLynn, *Napoleon* p. 216.

[50] Gueniffey, *Le Dix-Huit Brumaire* p. 15.

[51] Gueniffey, *Le Dix-Huit Brumaire* p. 16.

[52] Lavalette, *Memoirs* p. 75.

[53] Crook, *Napoleon Comes to Power* p. 2.

[54] ed. Broglie, *Memoirs* p. xviii n. 1, Harris *Talleyrand* p. 113.

[55] CN30 p. 380.

[56] CN30 p. 381.

[57] Crook, *Napoleon Comes to Power* p. 2.

[58] Bigonnet, *Coup d'état* p. 23.

[59] Aulard, *Histoire politique* p. 699.

[60] Gildea, *Children of the Revolution* p. 27.

[61] Sciout, *Le Directoire* IV pp. 652–653.

[62] Lavalette, *Memoirs* p. 77.

[63] Lavalette, *Memoirs* p. 77.

[64] Berlier, *Précis de la Vie* pp. 68–69.

[65] Gildea, *Children of the Revolution* p. 27, Rose, *Napoleon* I p. 225, Lyons, *France Under the Directory* p. 232.

[66] Rose, *Napoleon* I p. 224, Roederer, *Oeuvres* III p. 302.

[67] Boissonnade, *18 Brumaire* p. 93.

[68] Rose, *Napoleon* I p. 225.

[69] Lavalette, *Memoirs* p. 71.

[70] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 17.

[71] ed. Haythornthwaite *Final Verdict* p. 287.

[72] Lavalette, *Memoirs* p. 76.
[73] Rovigo, *Mémoires* I p. 234.
[74] CN30 p. 319.
[75] Schlabrendorf, *Bonaparte* pp. 13–16.
[76] CG1 n. 232 p. 196, 7 de agosto, 1794.
[77] Simonetta and Arikha, *Napoleon and the Rebel* p. 5.
[78] Rovigo, *Mémoires* I p. 239.
[79] Rose, *Napoleon* I p. 225.
[80] Aulard, *Histoire politique* p. 699.
[81] Lavalette, *Memoirs* p. 77.
[82] CG2 n. 4790 p. 1103 n. 2, 7 de diciembre, 1799.
[83] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 21.
[84] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 17–18.
[85] Crook, *Napoleon Comes to Power* p. 3, Rose, *Napoleon* I p. 226, Lyons, *France Under the Directory* p. 232.
[86] Lentz, *18-Brumaire* p. 328.
[87] Gallais, *Histoire* I p. 90.
[88] Lentz, *18-Brumaire* p. 327.
[89] Bingham, *A Selection* I p. 270.
[90] Lyons, *France Under the Directory* p. 233.
[91] Holland, *Foreign Reminiscences* p. 243.

10. CÓNSUL

La cita de Talleyrand, en Bergon, *France Under Napoleon* p. 106 Napoléon a Fouché en CG4 n. 9195 p. 386.
[1] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 141, Forrest, *Napoleon* p. 124.
[2] CN30 p. 306.
[3] ed. Gaudin, *Mémoires* p. 45.
[4] ed. Gaudin, *Mémoires* p. 45.
[5] CN6 pp. 6–8.
[6] Collins, *Napoleon and His Parliaments* p. 10.
[7] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 226.
[8] Rose, *Napoleon* I pp. 231–232.

[9] Boulay, *Boulay* p. 116, Rudé, *Revolutionary Europe* p. 227.

[10] Rose, Napoleon I p. 232.

[11] Brown, *Ending the Revolution* p. 301, Carpenter, *Refugees* p. 188, Lyons, *France Under the Directory* pp. 233–234.

[12] CG2 ns. 4766 and 4767 pp. 1091–1092, 15 de noviembre, 1799.

[13] Bourrienne, *Memoirs* I p. 315.

[14] Thody, *French Caesarism* p. 36.

[15] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 60.

[16] CG3 pp. 1237–1247, eds. Laven and Riall, *Napoleon's Legacy* p. 2.

[17] CN32 p. 84.

[18] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 34–35, Forrest, *Napoleon* p. 170.

[19] Francia, *Constitution de la République Française* p. 16.

[20] Rose, Napoleon I p. 229.

[21] Gildea, *Children of the Revolution* p. 28.

[22] Ellis, *Napoleon* p. 2.

[23] Rose, *Napoleon* I p. 231.

[24] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 24–33.

[25] Broers, *Europe under Napoleon* p. 51.

[26] CG2 n. 4817 p. 1115, 25 de diciembre, 1799.

[27] Rodger, *War of the Second Coalition* p. 275.

[28] CG2 n. 4772 pp. 1094–1095, 24 de noviembre, 1799.

[29] Ségur, *Memoirs* p. 152.

[30] Emsley, *Napoleon* p. 117.

[31] Broers, *Napoleonic Empire in Italy* pp. 23ff.

[32] Mollien, *Mémoires* I p. 314.

[33] Hicks, «Late 18th Century» *passim*.

[34] Bertaud, *La France* p. 38, Horne, *Age of Napoleon* p. 20, Markham, *Napoleon* p. 80.

[35] Cobban, *Modern France* II p. 13, ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 23.

[36] ed. Rowe, *Collaboration and Resistance* p. 21, Forrest, *Napoleon* p. 132, Jordan, *Napoleon and the Revolution* p. 5, Gildea, *Children of the Revolution* p. 28.

[37] eds. Kafker y Laux, *Napoleon and His Times* p. 59.

[38] eds. Kafker y Laux, *Napoleon and His Times* p. 61.

[39] eds. Kafker y Laux, *Napoleon and His Times* p. 63.

[40] Lyons, *France Under the Directory* p. 234.

[41] CN10 n. 8922 p. 674, Emsley, *Gendarmes and the State* p. 60.

[42] Emsley, *Gendarmes and the State* pp. 54–57, Brown, «From Organic Society» p. 693.

[43] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 6, Forrest, *Napoleon* pp. 133, 150.

[44] Brown, *Ending the Revolution* p. 303.

[45] CG7 n. 14006 p. 60, 11 de enero, 1807.

[46] Tomiche, *Napoléon Écrivain* pp. 208–212, Forrest, «Propaganda and the Legitimation of Power» p. 428.

[47] Carpenter, *Refugees* p. XXIII.

[48] eds. Carpenter and Mansel, *The French Émigrés in Europe* p. 193, Lewis, *France* p. 234.

[49] McPhee, *Social History of France* p. 86.

[50] Brown, *Ending the Revolution* pp. 264–265.

[51] CG2 n. 4825 p. 1121, 29 de diciembre, 1799.

[52] Holtman, *Napoleonic Propaganda* p. 44, Forrest, *Napoleon* p. 133.

[53] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 37–38.

[54] ed. Orwicz, *Art Criticism* p. 23 n. 4.

[55] Montholon, *Captivity* II p. 88.

[56] Bertaud, *Napoleon* p. 78.

[57] ed. Orwicz, *Art Criticism* p. 9.

[58] Popkin, *The Right-Wing Press in France* pp. 170–171.

[59] ed. Noailles, *Count Molé* p. 190.

[60] Holtman, *Napoleonic Revolution* p. 165.

[61] Rosen, *Napoleon's Opera-Glass* p. 74.

[62] CG12 n. 31894 p. 1181, 11 de octubre, 1812.

[63] Forrest, *Napoleon* p. 137, Whitcomb, «Napoleon's Prefects» p. 1101.

[64] Godechot, *Les Instititions* p. 590.

[65] ed. Walter, *Las Cases* p. XV, eds. Laven y Riall, *Napoleon's Legacy* p. 4.

[66] eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 4, Hicks, «The Napoleonic "Police"» p. 3.

[67] Woloch, *The New Regime* p. 430.

[68] ed. Charles, *Victor Marie du Pont* p. 37.
[69] Ramon, *Banque de France* p. 19, Lefebvre, *Napoleon* p. 77.
[70] Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 310.
[71] Carnavalet Portraits 229 Bonaparte, Ier Consul.
[72] ed. Lewis, *Journals and Correspondence of Miss Berry* II pp. 163–165.
[73] Holland, *Foreign Reminiscences* pp. 213–214.
[74] D'Abrantès, *At the Court* p. 74.
[75] D'Abrantès, *At the Court* p. 252.
[76] Carnavalet Portraits 229.
[77] Baldet, *La vie quotidienne* p. 34.
[78] CG3 n. 5639 p. 386, 7 de septiembre, 1800.
[79] Roederer, *Autour de Bonaparte* p. 22.
[80] ed. Latimer, *Talks* p. 83.
[81] CG3 n. 5110 p. 148, 16 de marzo, 1800.

11. MARENGO

Napoleón al resto de cónsules, en CG3 n. 5330 p. 254, 18 de mayo, 1800 *Las guerras de César*, de Napoleón, en Rose, *Napoleon* I p. 187.

[1] CG3 n. 4903 pp. 55–56, 25 de enero, 1800.
[2] Dumas, *Memoirs* II p. 107.
[3] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 153.
[4] ed. Summerville, *Exploits of the Baron de Marbot* p. 39.
[5] CG3 n. 5198 p. 189, 2 de abril, 5 de abril, 1800.
[6] CG3 n. 5310 p. 245, 15 de mayo, 1800.
[7] CG3 n. 5375 p. 275, 27 de mayo, 1800.
[8] CG3 n. 5350 p. 262, 19 de mayo, 1800.
[9] Uffindell, *Napoleon's Chicken Marengo* p. 28.
[10] CG3 n. 5341 p. 258, 19 de mayo, 1800.
[11] Uffindell, *Napoleon's Chicken Marengo* p. 19.
[12] CG3 n. 5343 p. 259, 19 de mayo, 1800.
[13] Uffindell, *Napoleon's Chicken Marengo* p. 31.
[14] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 62.
[15] Uffindell, *Napoleon's Chicken Marengo* p. 31.

[16] CG3 n. 5366 p. 272, 24 de mayo, 1800.
[17] CG3 n. 5398 p. 283, 4, 1800.
[18] Pierpont Morgan Library MA 6939.
[19] Smith, *Data Book* p. 185.
[20] ed. Latimer, *Talks* p. 81.
[21] Gachot, *Siège de Gênes passim*.
[22] Masson, *Napoléon et les femmes* p. 84.
[23] CG3 n. 5432 p. 300, 9 de junio, 1800.
[24] ed. Bingham, *Selection* I pp. 307–308.
[25] CG2 n. 4633 p. 1032, 21 de julio, 1799.
[26] CG3 n. 5434 p. 301, 10 de junio, 1799, Smith, *Data Book* p. 186.
[27] CG3 n. 5295 p. 238, 14 de mayo, 1800.
[28] Petit, *Marengo* p. 45.
[29] Petit, *Marengo* p. 45.
[30] Wood, «Forgotten Sword» p. 79.
[31] Smith, *Data Book* pp. 186–187.
[32] Petit, *Marengo* p. 46.
[33] Petit, *Marengo* p. 27.
[34] Rouart, *Napoléon ou la destinée* pp. 127–128.
[35] Petit, *Marengo* p. 26.
[36] Petit, *Marengo* p. 26.
[37] Petit, *Marengo* p. 26.
[38] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 50.
[39] Rose, *Napoleon* I p. 258, ed. Chandler, *Military Maxims* p. 156.
[40] Crowdy, *Incomparable* pp. 94–97.
[41] eds. Bertaud et al., *Napoléon* p. 184.
[42] Smith, *Data Book* p. 187.
[43] D'Abrantès, *At the Court* p. 74.
[44] CG3 ns. 5553 y 5743 p. 351, 22 de julio, 1800, p. 435, 4 de noviembre, 1800.
[45] Smith, *Data Book* p. 187.
[46] Innocenti, «Souls Not Wanting» p. 78.
[47] Hobhouse, *Recollections* I p. 181 n. 1.
[48] Rovigo, *Mémoires* VIII pp. 96–97.

[49] CG3 n. 5435 p. 301, 15 de junio, 1800.
[50] Crowdy, *Incomparable* pp. 94–97, Petit, *Marengo* p. 47.
[51] Johnson, *Napoleon's Cavalry* p. 28.
[52] Rose, *Napoleon* I p. 259.
[53] Dumas, *Memoirs* II p. 102.
[54] Simms, *Europe* p. 159.
[55] CG3 n. 5461 p. 313, 21 de junio, 1800.
[56] Hibbert, *Napoleon* p. 120.

12. LEGISLADOR

Napoleón a Chaptal, en Chaptal, *Souvenirs* pp. 236–237 Napoleón en Santa Helena, en Montholon, *Récit* I p. 401.
[1] Chaptal, *Souvenirs* pp. 236–237.
[2] CG1 n. 980 pp. 620–621, 8 de octubre, 1796.
[3] Cobban, *Modern France* II p. 30.
[4] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 124.
[5] ed. Hanoteau, *Napoleon in Russia* p. 392.
[6] Woloch, *New Regime* p. 431.
[7] Pigeard, *L'Armée* p. 182.
[8] ed. Latimer, *Talks* p. 272.
[9] Antomi, *Last Days* II p. 118, ed. Latimer, *Talks* p. 270.
[10] Chaptal, *Souvenirs* pp. 236–237.
[11] Bertrand, *Cahiers* I p. 84, ed. Walter, *Las Cases* p. X, ed. Latimer, *Talks* pp. 273, 276.
[12] ed. Latimer, *Talks* p. 273.
[13] ed. Latimer, *Talks* p. 280.
[14] ed. Latimer, *Talks* p. 280.
[15] Bertrand, *Cahiers* I p. 120.
[16] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 237, Roederer, *Autour de Bonaparte* p. 18.
[17] Roederer, *Autour de Bonaparte* p. 16.
[18] Gibbon, *Decline and Fall* Bk I ch. 2.
[19] Bertrand, *Cahiers* I p. 182.

[20] O’Meara, *Napoleon in Exile* II p. 139.
[21] Rose, *Personality of Napoleon* p. 125.
[22] CN21 n. 17478 p. 566.
[23] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 87.
[24] CG3 n. 6359 p. 72.
[25] Anonymous, *The Concordat* p. 2.
[26] Cobban, *Modern France* II p. 31.
[27] Rose, *Napoleon* I p. 281.
[28] Rose, *Personality of Napoleon* p. 130.
[29] Tulard, *Napoleon* p. 142, Ségur, *Memoirs* p. 78, CG3 n. 6882 p. 966, 2 de mayo, 1802.
[30] Mansel, *Louis XVIII* p. 235, Pelet, *Napoleon in Council* p. 235.
[31] ed. Bingham, *Selection* II p. 4.
[32] Daly, *Inside Napoleonic France* p. 250.
[33] ed. Baldick, *Memoirs of Chateaubriand* p. 207.
[34] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 232.
[35] Bausset, *Private Memoirs* p. 405.
[36] ed. Bredin, *Code Civil* p. 4, ed. Schwartz, *Code Napoleon* p. 106.
[37] ed. Schwartz, *Code Napoleon* p. 109 n. 44.
[38] ed. Schwartz, *Code Napoleon* p. 105.
[39] ed. Schwartz, *Code Napoleon* p. 49, eds. Laven and Riall, *Napoleon’s Legacy* p. 3.
[40] ed. Schwartz, *Code Napoleon* p. 104.
[41] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 233.
[42] Holtman, *Napoleonic Revolution* p. 98.
[43] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 102.
[44] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 102.
[45] Horne, *Age of Napoleon* p. 32.
[46] Gourgaud, *Journal* I pp. 390–391, Thody, *French Caesarism* p. 39.
[47] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 236.
[48] Emsley, *Napoleon* p. 117.
[49] McPhee, *Social History of France* p. 83.
[50] eds. Dwyer and McPhee, *The French Revolution and Napoleon* p. 166.
[51] eds. Kafker and Laux, *Napoleon and His Times* p. 220.

[52] Rowe, «Between Empire and Home Town» p. 643.

[53] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 124.

[54] ed. Latimer, *Talks* p. 86.

[55] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 164.

[56] ed. Crook, *Revolutionary France* p. 165.

[57] ed. Boudon, *Napoléon et les lycées* p. 382.

[58] ed. Lentz et al., *Quand Napoléon* p. 411, Rose, *Personality of Napoleon* p. 141, Cobban, *Modern France* II p. 34.

[59] ed. Lentz et al., *Quand Napoléon* p. 410.

[60] ed. Boudon, *Napoléon et les lycées* p. 381.

[61] ed. Noailles, *Count Molé* p. 63.

[62] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 260.

[63] ed. Noailles, *Count Molé* p. 72.

[64] ed. Bourdon, *Napoleon au conseil d'état* p. 18.

[65] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 231.

[66] Rose, *Personality of Napoleon* p. 136.

[67] AN 29Ap-75 p. 141.

[68] Chaptal, *Souvenirs* p. 328.

[69] Rose, *Personality of Napoleon* p. 136.

[70] Pelet, *Napoleon in Council* p. 14.

[71] Chaptal, *Souvenirs* p. 56.

[72] Lanzac, *Paris sous Napoleon* II p. 92.

[73] ed. Noailles, *Count Molé* p. 79.

[74] Pelet, *Napoleon in Council* pp. 7–8.

[75] Chaptal, *Souvenirs* p. 333.

[76] Rose, *Personality of Napoleon* p. 136.

[77] CN32 p. 84.

13. CONSPIRACIONES

Talleyrand sobre Napoleón, en Bell, *First Total War* p. 234 Napoleón a Jourdan, en CG3 n. 591, p. 513.

[1] CG3 n. 5476 p. 319, 29 de junio, 1800.

[2] CG3 n. 5462 p. 314, 22 de junio, 1800.

[3] Moorehead, *Dancing* p. 287.
[4] CG3 n. 5896 p. 505, 9, 1801.
[5] Nester, *Art of Diplomacy* p. 121.
[6] ed. Bingham, *Selection* I p. 334.
[7] Sparrow, *Secret Service* pp. 221–222.
[8] Rapp, *Memoirs* p. 21.
[9] Thiry, *La machine infernale* p. 167, *Moniteur* 29-12-1800.
[10] Rose, *Napoleon* I p. 304, Rapp, *Memoirs* p. 21.
[11] Sparrow, *Secret Service* p. 219.
[12] Rose, *Napoleon* I p. 303.
[13] ed. Bingham, *Selection* I p. 325.
[14] Sparrow, *Secret Service* p. 217.
[15] Sparrow, *Secret Service* pp. 219–221.
[16] Sparrow, *Secret Service* p. 222.
[17] Rose, *Napoleon* I p. 304, Roederer, *Bonaparte me disait* pp. 65–70.
[18] Thibaudeau, *Bonaparte and the Consulate* p. 75.
[19] ed. Bingham, *Selection* I p. 331.
[20] Thibaudeau, *Bonaparte and the Consulate* p. 75.
[21] Bonaparte, *Confidential Correspondence* II p. 23.
[22] CG4 n. 9450 p. 978, 17 de diciembre, 1804.
[23] Brown, *Ending the Revolution* p. 326, eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 83.
[24] Rose, *Personality of Napoleon* p. 124.
[25] Balcombe, *To Befriend* p. 177.
[26] Rovigo, *Mémoires* I p. 364.
[27] Davies, *Vanished Kingdoms* p. 510.
[28] D'Abrantès, *At the Court* p. 211.
[29] Brown, *Ending the Revolution* p. 347.
[30] ed. Bingham, *Selection* I p. 341.
[31] ed. Charles, *Victor Marie du Pont* pp. 27–28.
[32] ed. Charles, *Victor Marie du Pont* p. 28.
[33] Horne, *Age of Napoleon* p. 55.
[34] Rose, *Napoleon* I pp. 263, 310.
[35] ed. Wilson, *A Diary* p. 37.

[36] ed. Bingham, *Selection* I p. 350.

[37] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 294.

[38] CG3 n. 6233 p. 664, 24 de abril, 1801.

[39] *The Times* 3-10-1801.

[40] Ragsdale, *Détente* p. 105.

[41] ed. Malmesbury, *Series of Letters* II p. 11.

[42] Authority, *Preliminary Articles passim*.

[43] Rose, *Napoleon* I p. 315.

[44] ed. Sadler, *Diary* I p. 105.

[45] Barnett, *Bonaparte* p. 78.

[46] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 147.

[47] ed. Fleischmann, *Mémoires* p. 490, Mowat, *Diplomacy of Napoleon* p. 103.

[48] eds. Dwyer y Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 2.

[49] Philip Mansel en *TLS* 23-11-2001 p. 18.

[50] ed. Bingham, *Selection* I p. 373.

[51] Stark, «Society: Friend or Enemy» p. 120, James, *The Black Jacobins* p. 8, ed. Bingham, *Selection* I p. 373, Zamoyski, *Holy Madness* p. 124, ed. Nesbitt, *Toussaint L'Ouverture* p. XIII.

[52] Dubois, *Colony of Citizens* pp. 121, 214.

[53] Branda and Lentz, *Napoléon, l'esclavage* p. 49, CG3 n. 6647 p. 853, 18 de noviembre, 1801.

[54] CG2 n. 4486 p. 975, 25 de junio, 1799, Ott, *Haitian Revolution* p. 139.

[55] ed. Bingham, *Selection* I p. 375.

[56] Ott, *Haitian Revolution* p. 147.

[57] Ott, *Haitian Revolution* p. 147.

[58] Ott, *Haitian Revolution* p. 146.

[59] James, *Black Jacobins* p. 269, Boudon, *Les habits neuf* p. 36, Dumas, *Memoirs* I p. 64, Branda and Lentz, *Napoléon, l'esclavage* p. 112, Stark, «Society: Friend or Enemy» p. 120.

[60] Herold, *The Mind of Napoleon* p. 5.

[61] CG3 n. 6627 p. 841, 31 de octubre, 1801.

[62] Tulard, *Dictionnaire amoureux* p. 204.

[63] *Edinburgh Review* n. XIII pp. 244–246.

[64] Ott, *Haitian Revolution* pp. 178–179, Dubois, *Colony of Citizens* p. 403, ed. Bingham, *Selection* II p. 5.

[65] Ott, *Haitian Revolution* p. 159.

[66] Tulard, *Dictionnaire amoureux* p. 205.

[67] CG3 n. 7317 p. 1168, 27 de noviembre, 1802.

[68] D'Abrantès, *At the Court* p. 224.

[69] eds. Ambrose and Martin, *Many Faces* pp. 241–242, Rose, *Napoleon* I p. 363.

[70] ed. Nesbitt, *Toussaint L'Ouverture* pp. XII-XXV

[71] ed. Latimer, *Talks* p. 112.

[72] ed. Hanoteau, *With Napoleon in Russia* p. 305.

14. AMIENS

Napoleón a Roederer, en Roederer, *Bonaparte me disait* p. 81 Napoleón a Eugène, en CG5 n. 10224 p. 386, 7 de junio, 1805.

[1] ed. Latimer, *Talks* p. 258.

[2] Lentz, *Le Grand Consultat* pp. 264–268, Fraser, *Venus of Empire* p. 103.

[3] CG3 n. 5942 p. 528, 19 de enero, 1801.

[4] ed. Tulard, *Cambacérès: lettres inédites* II pp. 19–20.

[5] Connelly, *Napoleon's Satellite Kingdoms* p. 2.

[6] ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès* I p. 7.

[7] Rose, *Napoleon* I pp. 319–320.

[8] Villefosse and Bouissounouse, *Scourge of the Eagle passim*.

[9] *TLS* 4-8-1972 p. 912.

[10] CG3 n. 6827 p. 939, 22 de marzo, 1802.

[11] Buhl MSS 110 Box 1 fol. 2 p. 19.

[12] Grainger, *Amiens Truce* p. 211.

[13] Jenkins, *French Navy* p. 241.

[14] Burrows, *French Exile Journalism* p. 121.

[15] CG3 n. 6632 p. 845, 2 de noviembre, 1801.

[16] ed. Foster, *The Two Duchesses* p. 173.

[17] ed. Lewis, *Extracts* II p. 186, Alger, «British Visitors» p. 254.

[18] Horne, *Age of Napoleon* p. 22.

[19] Alger, «British Visitors» pp. 740–741.

[20] BL Add. MS 51799 55. 54–55.

[21] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 49, Lockhart, *Napoleon* I pp. 264–265.

[22] Rose, *Napoleon* I p. 321.

[23] Daly, *Inside Napoleonic France* p. 251, ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 136.

[24] ed. Rowe, *Collaboration and Resistance* pp. 22–25, eds. Kafker and Laux, *Napoleon and His Times* p. 65.

[25] Holland, *Foreign Reminiscences* p. 194.

[26] CG3 n. 6948 p. 998, 19 de junio, 1802.

[27] CG3 n. 6366 p. 729, 16 de junio, 1801.

[28] CG3 n. 6892 p. 970, 15 de mayo, 1802.

[29] CG3 n. 6983 p. 1014, 3 de julio, 1802.

[30] Rose, *Napoleon* I p. 389.

[31] eds. Lewis y Lucas, *Beyond the Terror* p. 238.

[32] Rose, *Napoleon* I pp. 324–325.

[33] CG3 n. 7142 pp. 1089–1090, 5 de septiembre, 1802.

[34] Grab, «The Geopolitical Transformation» pp. 21–22.

[35] CG3 n. 7174 pp. 1105–1106, 23 de septiembre, 1802.

[36] Bertrand, *Cahiers* I p. 93.

[37] Rose, *Napoleon* I p. 392.

[38] *TLS* 3-2-2012 p. 4.

[39] Atteridge, *Marshal Ney* pp. 71–72.

[40] Horne, *Age of Napoleon* p. 21.

[41] Cobban, *Modern France* II pp. 49–52.

[42] Chaptal, *Souvenirs* p. 132.

[43] Cobban, *Modern France* II p. 49.

[44] Cobban, *Modern France* II p. 51.

[45] Burrows, *French Exile Journalism* p. 109.

[46] Pelet, *Napoleon in Council* p. 308, CG3 n. 6749 pp. 899–900, 2 de febrero, 1802.

[47] Pelet, *Napoleon in Council* p. 308.

[48] Burrows, *French Exile Journalism* pp. 110–111.

[49] PRO FO 27-66 28 18 de agosto02.

[50] Darnton, *The Devil in the Holy Water* pp. 43–45.

[51] CG3 n. 5490 p. 326, 4 de julio, 1800, Englund, *Napoleon* pp. 258–259.

[52] Bryant, «Graphic Warriors» p. 17.

[53] Champfleury, *Histoire de la caricature* IV pp. 247–397, Buhl MSS 110 Box 1 fol. 3 frontispiece.

[54] Ashton, *English Caricature passim*.

[55] Plumptre, *Narrative*, p. 245.

[56] Yale Center, «Nelson and Anti-Napoleon Verse» *passim*.

[57] *Moniteur* of 8-8-1802, 9-10-1802, 6-11-1802, 1-1-1803, 9-1-1803, 28-2-1803, 3-3-1803.

[58] Burrows, *French Exile Journalism* p. 117.

[59] CG3 n. 6294 p. 988, 1 de junio, 1802, CG4 n. 7503 p. 62, 3 de marzo, 1805.

[60] eds. Carpenter and Mansel, *French Émigrés* p. 56, Ashton, *English Caricature* I p. 174, Welschinger, *La censure* p. 86, Peltier, *Trial of John Peltier* p. XVIII.

[61] Welschinger, *La censure* p. 143.

[62] CG4 n. 7425 p. 30, 15 de enero, 1803.

[63] CG3, n. 7173 pp. 1104–1105, 22 de septiembre, 1802.

[64] CG3 n. 7386 p. 1199, 28 de diciembre, 1802.

[65] Grainger, *Amiens Truce* p. 210.

[66] Pelet, *Napoleon in Council* p. 35.

[67] Thibaudeau, *Bonaparte and the Consulate* p. 119.

[68] Cobban, *Modern France* II p. 41.

[69] Aubry, *St Helena* p. 214.

[70] ed. Bingham, *Selection* II p. 5.

[71] ed. Bingham, *Selection* II p. 6.

[72] Wilson, *War, Society and State* p. 25.

[73] Mowat, *Diplomacy of Napoleon* pp. 108–109.

[74] CG4 n. 7515 p. 68, 11 de marzo, 1803.

[75] ed. Browning, *England and Napoleon* p. 116.

[76] Madelin, *Consulate and the Empire* p. 182.

[77] Rovigo, *Mémoires* II p. 457.

[78] ed. Browning, *England and Napoleon* p. 116.

[79] Alison, *History of Europe* V p. 109.

[80] ed. Browning, *England and Napoleon* p. IX.

[81] CG4 n. 7521 p. 74, 13 de marzo, 1803.

[82] CG4 n. 7516 p. 69, 11 de marzo, 1803.

[83] CG4 n. 7573 p. 100, 14 de abril, 1803.

[84] CG4 n. 7629 p. 127, 10 de mayo, 1803.

[85] ed. Bingham, *Selection* II pp. 11–12.

[86] Brooks's Club Betting Book.

[87] Hozier, *Invasions of England* p. 312.

[88] ed. Malmesbury, *Diaries* IV p. 253.

[89] ed. Malmesbury, *Diaries* IV p. 258.

[90] CG4 ns. 7778, 7793 p. 193, 3 de julio, 1803, p. 200, de julio 7, 1803.

[91] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 175.

[92] CG4 n. 7683 p. 151, 29 de mayo, 1803.

[93] Simms, *Europe* p. 159.

[94] Barbé-Marbois, *History of Louisiana* pp. 270–275.

[95] Rose, *Napoleon* I p. 372.

[96] DeConde, *This Affair of Louisiana* p. 162.

[97] DeConde, *This Affair of Louisiana* p. 166.

[98] *TLS* 20-2-2004 p. 10.

[99] Ziegler, *Sixth Great Power* p. 71, Mowat, *Diplomacy of Napoleon* p. 142 n. 1.

[100] DeConde, *This Affair of Louisiana* p. 173.

15. CORONACIÓN

Napoleón sobre el duque d'Enghien, en eds. Forrest and Wilson, *The Bee and the Eagle* p. 117, Napoleón al consejo de Estado, en ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 240.

[1] CG4 n. 7813 p. 209, 11 de julio, 1803.

[2] CG4 n. 8217 p. 426, 5, 1803.

[3] Hughes, *Forging Napoleon's Grande Armée* p. 10.

[4] Wheeler and Broadley, *Napoleon and the Invasion* I p. X.

[5] Peter Mandler in *TLS* 7-7-2006 p. 9, Pelet *Napoleon in Council* p. 39,

Anon, «Descente en Angleterre» pp. 43–44.

[6] Pelet, *Napoleon in Council* p. 87, Ségur, *Memoirs* pp. 101–103.

[7] Hozier, *Invasions of England* p. 313.

[8] Ségur, *Memoirs* p. 124.

[9] SHD GR2.C-571.

[10] Pelet *Napoleon in Council* p. 39, ed. Bingham, *Selection* II p. 32.

[11] ed. Bingham, *Selection* II p. 81, Knight, *Britain Against Napoleon* p. 251.

[12] Desbrière, *Projets et tentatives* IV p. 3, Jenkins, *French Navy* p. 245.

[13] Jenkins, *French Navy* p. 240.

[14] CG4 n. 9025 p. 779, 27 de julio, 1804.

[15] Ségur, *Memoirs* p. 128.

[16] CG4 n. 7847 p. 223, 22 de julio, 1803.

[17] CG4 ns. 8285, 7988 p. 452, 17 de noviembre, 1803, p. 317; 1 de septiembre, 1803.

[18] CG4 n. 7914 p. 258, 8 de agosto, 1803.

[19] ed. Bingham, *Selection* II pp. 32–33.

[20] CG4 n. 8096 p. 369, 1 de octubre, 1803.

[21] CG4 n. 8251, p. 439, 11 de noviembre, 1803.

[22] CG4 n. 8457 p. 557, 3, 1804.

[23] CG4 n. 8313 p. 463, 23 de noviembre, 1803.

[24] CG4 n. 8347 p. 478, 29 de noviembre, 1803.

[25] CG3 n. 7259 p. 1145, 2 de noviembre, 1802.

[26] CG4 n. 8253 p. 440, 12 de noviembre, 1803.

[27] CG4 n. 8273 p. 448, 16 de noviembre, 1803.

[28] CG4 n. 8614 p. 583, 24 de enero, 1804.

[29] CG4 n. 8593 p. 575, 13 de enero, 1804.

[30] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 69.

[31] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 70.

[32] Knight, *Britain Against Napoleon* pp. 251–261.

[33] ed. Lloyd, *Keith Papers* III p. 31, Pocock, *Terror Before Trafalgar* p. 106.

[34] Rovigo, *Mémoires* II p. 25.

[35] Ségur, *Memoirs* p. 100.

[36] Pocock, *Terror Before Trafalgar* pp. 110–111.

[37] Sparrow, *Shadow of the Guillotine* p. 164.

[38] NYPL Napoleon I folder 1.

[39] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 106.

[40] Pocock, *Terror Before Trafalgar* p. 131.

[41] CG4 n. 8717 p. 628, 8 de marzo, 1804.

[42] Pocock, *Terror Before Trafalgar* pp. 132–133, Ségur, *Memoirs* p. 99.

[43] Ségur, *Memoirs* p. 100.

[44] Pelet, *Napoleon in Council* p. 87, Ségur, *Memoirs* pp. 101–103.

[45] CG4 n. 8679 p. 614, 19 de febrero, 1804.

[46] CG4 n. 8681 p. 615, 20 de febrero, 1804.

[47] Pocock, *Terror Before Trafalgar* pp. 133–134.

[48] Ségur, *Memoirs* p. 104.

[49] Ségur, *Memoirs* p. 105.

[50] Bourrienne, *Memoirs* p. 289.

[51] CG4 n. 8718 p. 629, 9, 1804.

[52] ed. Latimer, *Talks* p. 110, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 146, ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès: Mémoires* I pp. 710–711.

[53] Rovigo, *Mémoires* II pp. 52–53.

[54] Ségur, *Memoirs* p. 106.

[55] Rémusat, *Memoirs* I pp. 126–131, Ségur, *Memoirs* p. 117.

[56] Welschinger, *Le duc d'Enghien* pp. 219–239.

[57] Pocock, *Terror Before Trafalgar* p. 135.

[58] Bertaud, *Le duc d'Enghien* p. 320.

[59] eds. Forrest and Wilson, *The Bee and the Eagle* p. 117.

[60] CG4 n. 8751 p. 649, 20 de marzo, 1804.

[61] Las Cases, *Le Mémorial* II pp. 622, Balcombe, *To Befriend* pp. 177–178, Ségur, *Memoirs* pp. 118–119, 122.

[62] Ebrington, *Memorandum* p. 16, Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 122.

[63] Cole, *The Betrayers* p. 43.

[64] CG4 n. 8749 p. 648, 20 de marzo, 1804.

[65] Ségur, *Memoirs* p. 112.

[66] Ségur, *Memoirs* p. 112.

[67] Ségur, *Memoirs* p. 121.

[68] Horne, *Age of Napoleon* p. 30.
[69] Pelet, *Napoleon in Council* p. 45.
[70] CG4 n. 8870 p. 704, 13 de mayo, 1804.
[71] Pelet, *Napoleon in Council* pp. 46–47.
[72] Pelet, *Napoleon in Council* p. 49.
[73] Ségur, *Memoirs* p. 122.
[74] ed. Bingham, *Selection* II p. 54.
[75] Ségur, *Memoirs* p. 122.
[76] Sparrow, *Secret Service* p. 293.
[77] ed. Bingham, *Selection* II p. 55.
[78] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 32.
[79] CG4 n. 9100 p. 817, 14 de agosto, 1804.
[80] CG5 n. 10845 p. 716, 19 de septiembre 19, 1805.
[81] Pelet, *Napoleon in Council* p. 58.
[82] Ségur, *Memoirs* p. 124.
[83] Pelet, *Napoleon in Council* pp. 59–60.
[84] Pelet, *Napoleon in Council* p. 55, eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 14 n. 7.
[85] Pelet, *Napoleon in Council* p. 66.
[86] Pelet, *Napoleon in Council* p. 71.
[87] Tissot, *Souvenirs historiques* pp. 34–35.
[88] CG4 n. 8804 p. 672, 14 de abril, 1804.
[89] Lentz, *Napoléon et la conquête* p. 50.
[90] CG4 n. 8938 p. 738, 14 de junio, 1804.
[91] eds. Tulard and Garros, *Itinéraire* p. 211.
[92] CG4 n. 9039 p. 785, 30 de julio, 1804.
[93] CG5 n. 10037 p. 300, 13 de mayo, 1805.
[94] CG5 n. 9877 p. 224, 22 de abril, 1805.
[95] Fraser, *Venus of Empire* pp. 102–103.
[96] CG4 n. 8789 p. 666, 6 de abril, 1804.
[97] Fraser, *Venus of Empire* p. 119.
[98] ed. Latimer, *Talks* p. 236.
[99] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 114.
[100] Gallaher, «Davout and Napoleon» p. 3.

[101] Currie, *The Bâton* p. 11, ed. Chandler, *Napoleon's Marshals* p. XXXIX.
[102] Jourquin, *Dictionnaire des Marechaux* pp. 54–55.
[103] ed. Chandler, *Napoleon's Marshals* p. 442.
[104] Jourquin, *Dictionnaire des Marechaux* p. 116.
[105] Jourquin, *Dictionnaire des Marechaux* p. 116.
[106] Rose, *Napoleon* I p. 24.
[107] Moreau, *Bonaparte and Moreau* p. 25.
[108] Pelet, *Napoleon in Council* p. 87.
[109] ed. Bingham, *Selection* II p. 53.
[110] Ségur, *Memoirs* p. 100.
[111] Pocock, *Terror Before Trafalgar* p. 143.
[112] ed. Bingham, *Selection* II p. 80.
[113] ed. Lentz, *Le Sacre de Napoléon* p. 105.
[114] Fraser, *The War Drama* p. 3.
[115] Fraser, *The War Drama* p. 9.
[116] MacCulloch, *History of Christianity* p. 811.
[117] Cobban, *Modern France* II p. 16.
[118] eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 14 n. 11.
[119] eds. Kafker and Laux, *Napoleon and His Times* p. 65.
[120] Gonneville, *Recollections* I p. 59.
[121] Paris, *Napoleon's Legion* p. 13.
[122] Hughes, *Forging Napoleon's Grande Armée* p. 3.
[123] Dumas, *Memoirs* II p. 131.
[124] Paris, *Napoleon's Legion* pp. 17–18, Thibaudeau, *Mémoires* ch. 26.
[125] Rose, *Personality of Napoleon* p. 134.
[126] D'Abrantès, *At the Court* p. 248.
[127] CG4 n. 9015 p. 775, 21 de julio, 1804.
[128] CG4 n. 9223 p. 874, 15 de septiembre, 1804.
[129] CG4 n. 9310 p. 917, 6 de octubre, 1804.
[130] CG4 ns. 9318–9334 pp. 920–927, 7 de octubre, 1804.
[131] CG4, n. 8473 p. 529, 19 de diciembre, 1803.
[132] CG4 n. 8924 p. 729, 30 de mayo, 1804.
[133] ed. Tulard, *Cambacérès: lettres inédites* I p. 190.

[134] ed. Bingham, *Selection* II p. 48.
[135] Rose, *Personality of Napoleon* p. 130.
[136] ed. Bingham, *Selection* III pp. 5–6.
[137] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 112.
[138] Nester, «Napoleon, Family Values» p. 106.
[139] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 108.
[140] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 113.
[141] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 114.
[142] Roederer, *Bonaparte me disait* p. 114.
[143] CG4 ns. 9007, 9009 pp. 772–773, 17 de julio, 1804, p. 773, 18 18 de julio04.
[144] CG5 n. 10342 p. 452, 24 de junio, 1805.
[145] ed. Castle, *Stanley Kubrick's Napoleon* p. 197.
[146] CG5 n. 9973 p. 266, 4 de mayo, 1805.
[147] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 225.
[148] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 220.
[149] Thiard, *Souvenirs* p. 5.
[150] Bausset, *Private Memoirs* p. 27.
[151] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 230.
[152] Knapton, *Empress Josephine* p. 151.
[153] Parker, «Why Did Napoleon» p. 136.
[154] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 310.
[155] D'Abrantès, *At the Court* p. 263.
[156] Knapton, *Empress Josephine* p. 228.
[157] Brookner, *Jacques-Louis David* p. 153.
[158] Anon., *Description des cérémonies* p. 5.
[159] Prat and Tonkovich, *David, Delacroix* p. 28, Brookner, *Jacques-Louis David* p. 153.
[160] Knapton, *Empress Josephine* p. 229.
[161] Bausset, *Private Memoirs* p. 31.
[162] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 230.
[163] ed. Yonge, *Marshal Bugeaud* p. 22.
[164] Sudhir Hazareesingh in *TLS* 12-2-2005 p. 11.

16. AUSTERLITZ

La cita de *Las guerras de César* de Napoleón, en CN32 p. 82, su carta a Decrès, en CG5 n. 10618 p. 594.

[1] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* pp. 215–216.

[2] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 120.

[3] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 139.

[4] Hughes, *Forging Napoleon's Grande Armée* p. 20.

[5] CG4 n. 8731 pp. 637–638, 12 de marzo, 1804.

[6] Sherwig, *Guineas and Gunpowder* pp. 345, 368.

[7] CG5 ns. 9485, 10200 p. 22, 2 de enero, 1805, p. 375, 3, 1805.

[8] ed. Bingham, *Selection* II p. 103.

[9] CG5 n. 9536 p. 50, 30 de enero, 1805.

[10] CG5 n. 9566 p. 63, 16 de febrero, 1805.

[11] CG5 n. 10009 p. 287, 9 de mayo, 1805.

[12] CG5 n. 10163 p. 358, 30 de mayo, 1805.

[13] Balcombe, *To Befriend* pp. 184–185.

[14] Bausset, *Private Memoirs* p. 429.

[15] CG5 n. 9700 pp. 136–137, 17 de marzo, 1805.

[16] D'Abrantès, *At the Court* p. 289.

[17] Hibbert, *Napoleon* p. 296.

[18] CG5 n. 10137 p. 348, 27 de mayo, 1805.

[19] Bausset, *Private Memoirs* p. 34.

[20] Schneid, *Soldiers* p. 7.

[21] CG5 n. 10224 p. 386, 7 de junio, 1805.

[22] Connelly, *Satellite Kingdoms* p. 2.

[23] CG5 n. 10303 p. 433, 19 de junio, 1805.

[24] ed. Hinard, *Dictionnaire-Napoleon* p. 200.

[25] CG5 n. 10427 pp. 495–496, 20 de julio 1805.

[26] CG5 n. 10474 p. 520, 28 de julio, 1805.

[27] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 155.

[28] CG5 n. 10412 pp. 489–490, 16 de julio, 1805.

[29] CG5 n. 10493 p. 530, de agosto 3, 1805.

[30] Bausset, *Private Memoirs* p. 45.

[31] Ségur, *Memoirs* p. 146.

[32] CG5 n. 10554 p. 561, 13 de agosto, 1805.

[33] CG5 n. 10561 pp. 565–567, 13 de agosto, 1805.

[34] *Ibíd*.

[35] CG5 n. 10562 p. 568, 13 de agosto, 1805.

[36] Ségur, *Memoirs* p. 146.

[37] Ségur, *Memoirs* p. 147.

[38] Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 146.

[39] eds. Olsen and van Creveld, *Evolution of Operational Art* pp. 22–23.

[40] Abel, «Jacques-Antoine Hippolyte» p. 37, Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 28.

[41] ed. Latimer, *Talks* p. 60.

[42] CG5 n. 10661 p. 620, 25 de agosto, 1805.

[43] Ségur, *Memoirs* p. 154, Schneid, *Napoleon's Conquest of Europe* p. 93.

[44] Ségur, *Memoirs* p. 148.

[45] CG5 n. 10629 pp. 598–600, 22 de agosto, 1805.

[46] ed. Bingham, *Selection* II, p. 147.

[47] CG5 n. 10516, pp. 541–542, 6 de agosto, 1805.

[48] CG5 n. 10729 p. 659, 1 de septiembre, 1805.

[49] CG5 n. 10786 p. 685, 12 de septiembre, 1805.

[50] CG5 n. 10756 p. 673, 7 de septiembre, 1805.

[51] eds. Kagan and Higham, *Military History of Tsarist Russia* p. 110.

[52] CG5 n. 10775 p. 680, 10 de septiembre, 1805.

[53] CG5 n. 10887 p. 742, 28 de septiembre, 1805.

[54] Pelet, *Napoleon in Council* pp. 282–283.

[55] Ségur, *Memoirs* p. 153.

[56] Ségur, *Memoirs* p. 154.

[57] CG5 n. 10917 pp. 757–758, 2 de octubre, 1805.

[58] Balcombe, *To Befriend* p. 75.

[59] CG5 n. 10561 pp. 565–567, 13 de agosto, 1805.

[60] CG5 n. 10960 p. 778, 4 de octubre, 1805.

[61] Ségur, *Memoirs* p. 161.

[62] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 11.

[63] ed. Davis, *Original Journals* II p. 6.

[64] ed. Davis, *Original Journals* II p. 19.

[65] CG5 n. 10998 p. 797, 12 de octubre, 1805.
[66] Ségur, *Memoirs* p. 172.
[67] Ségur, *Memoirs* p. 173.
[68] ed. Davis, *Original Journals* II p. 10.
[69] Ségur, *Memoirs* p. 175.
[70] Rapp, *Memoirs* p. 34.
[71] CG5 n. 11018 p. 808, 19 de octubre, 1805.
[72] ed. Davis, *Original Journals* II p. 10.
[73] Rapp, *Memoirs* p. 37, Smith, *Data Book* p. 205.
[74] Rapp, *Memoirs* p. 38.
[75] CG5 n. 11018 p. 808, 19 de octubre, 1805.
[76] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 20.
[77] Ségur, *Memoirs* p. 188, ed. Bingham, *Selection* II p. 159.
[78] Rovigo, *Mémoires* II p. 153.
[79] Rapp, *Memoirs* p. 38.
[80] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 20.
[81] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 113.
[82] ed. Latimer, *Talks* p. 236.
[83] Rodger, *Second Coalition* p. 227.
[84] CG5 n. 11067 p. 830, 2 de noviembre, 1805.
[85] Ségur, *Memoirs* p. 196.
[86] ed. Davis, *Original Journals* II p. 29.
[87] ed. Davis, *Original Journals* II p. 29.
[88] Rapp, *Memoirs* pp. 59–62.
[89] Ségur, *Memoirs* p. 202.
[90] Ségur, *Memoirs* p. 205.
[91] CG5 n. 11101 p. 850, 15 de noviembre, 1805.
[92] Billings, «Napoleon» p. 79, ed. Jennings, *Croker Papers* I pp. 340–341.
[93] Ségur, *Memoirs* p. 207.
[94] Ségur, *Memoirs* p. 208.
[95] Ségur, *Memoirs* p. 208.
[96] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 154.
[97] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 154.
[98] Ségur, *Memoirs* p. 208.

[99] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 149.
[100] CG5 n. 11148 p. 875, 5 de diciembre, 1805.
[101] Rovigo, *Mémoires* II p. 196, Ségur, *Memoirs* p. 210.
[102] Rovigo, *Mémoires* II p. 198.
[103] CG5 n. 11138 p. 869, 30 de noviembre, 1805.
[104] Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 155.
[105] ed. Yonge, *Memoirs of Bugeaud* I p. 38.
[106] Pelet, *Napoleon in Council* p. 15 & n.
[107] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 54.
[108] ed. Bell, *Baron Lejeune* I pp. 27–28.
[109] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 151.
[110] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 152.
[111] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 153.
[112] *Ibíd*.
[113] *Ibíd*.
[114] Haythornthwaite, *Napoleonic Cavalry* p. 119.
[115] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 56.
[116] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 57.
[117] Thiard, *Souvenirs* p. 231.
[118] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot*, p. 58, ed. Garnier, *Dictionnaire* p. 104.
[119] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 58.
[120] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 222.
[121] Bourne, *History of Napoleon* p. 360.
[122] Smith, *Data Book* p. 217.
[123] Dumas, *Memoirs* II p. 149.
[124] CG5 n. 11144 p. 873, 3 de diciembre, 1805.

17. JENA

La cita sobre Prusia, en Gray, *In the Words* p. 188 Napoleón a José, en CG6 n. 12758 p. 734, 20 de agosto, 1806.
[1] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 60.
[2] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 62.

[3] CG5 n. 11146 p. 873, 4 de diciembre, 1805.
[4] ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* p. 69.
[5] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 64.
[6] ed. Wilson, *Diary* p. 42.
[7] CG5 n. 11149 p. 876, 5 de diciembre, 1805.
[8] ed. Bertrand, *Lettres de Talleyrand* pp. 209–212.
[9] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 183.
[10] Horne, *Age of Napoleon* p. 57.
[11] Pelet, *Napoleon in Council* pp. 283–284.
[12] Clark, *Iron Kingdom* p. 302.
[13] CG5 n. 11186 p. 892, 15 de diciembre, 1805.
[14] CG5 n. 11223 p. 910, 25 de diciembre, 1805.
[15] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 209.
[16] Dwyer, *Talleyrand* p. 100.
[17] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 213.
[18] Bausset, *Private Memoirs* p. 54.
[19] Connelly, *Satellite Kingdoms* p. 9.
[20] Connelly, *Satellite Kingdoms* p. 10.
[21] CG6 n. 12235 p. 491, 6 de junio, 1806.
[22] CG5 n. 11241 p. 920, 31 de diciembre, 1805.
[23] CG6 n. 12823 p. 768, 31 de agosto, 1806.
[24] CG7 n. 14927 p. 471, 27 de marzo, 1807.
[25] Schneid, *Conquest of Europe* p. 143.
[26] Schneid, *Conquest of Europe* p. 143.
[27] Branda, «Did the War» p. 132.
[28] Branda, «Did the War» p. 132.
[29] Branda, «Did the War» pp. 135–137.
[30] Pelet, *Napoleon in Council* p. 275.
[31] Branda, «Did the War» p. 135.
[32] Gates, «The Wars of 1812» p. 45.
[33] ed. Noailles, *Count Molé* p. 64.
[34] CG6 n. 11335 p. 63, 27 de enero, 1806.
[35] CG5 n. 11161 p. 880, 12 de diciembre, 1805.
[36] CG6 n. 12223 p. 484, 5 de junio, 1806.

[37] CG6 n. 12785 p. 752, 23 de agosto, 1806.

[38] Israel, *The Dutch Republic* pp. 1127–1129.

[39] Israel, *The Dutch Republic* p. 1130.

[40] Connelly, *Satellite Kingdoms* p. 13.

[41] CG6 n. 13871 pp. 1284–1285, 15 de diciembre, 1806.

[42] Chaptal, *Souvenirs* p. 339.

[43] ed. Latimer, *Talks* p. 144.

[44] CG6 n. 11815 p. 289, 1 de abril, 1806.

[45] CG6 n. 11833 p. 297, 8 de abril, 1806.

[46] AN AF-IV-1231.

[47] Branda, *Le prix de la gloire* p. 57, ed. Castle, *Stanley Kubrick's Napoleon* p. 195.

[48] CAD P11778-16–18.

[49] CAD P11778.

[50] ed. Bingham, *Selection* II p. 255.

[51] CG6 n. 12748 p. 729, 18 de agosto, 1806.

[52] Pelet, *Napoleon in Council* p. 258.

[53] Pelet, *Napoleon in Council* p. 272.

[54] Pelet, *Napoleon in Council* p. 272.

[55] Pelet, *Napoleon in Council* p. 273.

[56] Pelet, *Napoleon in Council* p. 205.

[57] CG6 n. 11655 p. 213, 12 de marzo, 1806.

[58] Pelet, *Napoleon in Council* p. 263.

[59] CG6 n. 11898 pp. 325–326, 14 de abril, 1806.

[60] CG6 n. 12023 p. 388, 30 de abril, 1806.

[61] CG6 n. 12206 p. 475, 31 de mayo, 1806.

[62] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 226.

[63] Markham, «Was Napoleon an Anti-Semite?» *passim*, eds. Kafker and Laux, *Napoleon and His Times* p. 296.

[64] *Moniteur* 22 de mayo, 1799.

[65] eds. Brenner et al., *Jewish Emancipation Reconsidered* p. 80.

[66] Pelet, *Napoleon in Council* p. 251.

[67] Benbassa, *The Jews of France* p. 88.

[68] Weider, «Napoleon and the Jews» p. 3.

[69] Weider, «Napoleon and the Jews» p. 2.

[70] Schwarzfuchs, *Napoleon, the Jews* pp. 125–130.

[71] Lentz, *La France et l'Europe* pp. 254–258, eds. Brenner et al., *Jewish Emancipation Reconsidered* p. 196.

[72] eds. Kafker and Laux, *Napoleon and His Times* p. 299.

[73] Mauduit, *Les derniers jours* II p. 39.

[74] ed. Latimer, *Talks* p. 277.

[75] Hazareesingh, *The Saint-Napoleon* pp. 3–4.

[76] Koebner, *Empire* p. 282.

[77] Clark, *Iron Kingdom* p. 303.

[78] Simms, *The Impact of Napoleon* p. 291.

[79] Simms, *The Impact of Napoleon* p. 292.

[80] Simms, *The Impact of Napoleon* p. 295.

[81] CG6 n. 12643 pp. 684–685, 2 de agosto, 1806.

[82] CG6 n. 12642 p. 684, 2 de agosto, 1806.

[83] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 270.

[84] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 271.

[85] CG6 n. 12646 p. 686, 5 de agosto, 1806.

[86] Clark, *Iron Kingdom* p. 301.

[87] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 67.

[88] ed. Handel, *Leaders and Intelligence* p. 42.

[89] CG6 n. 12897 p. 816, 10 de septiembre, 1806.

[90] Lentz, *Napoléon et la conquête* p. 327.

[91] Maude, *Jena Campaign* pp. 118–119.

[92] Maude, *Jena Campaign* p. 121 n. 1.

[93] Rapp, *Memoirs* p. 73.

[94] Napoleonic Historical Society Newsletter (Berthier Supplement) 2014 p. 13.

[95] Rapp, *Memoirs* p. 74.

[96] CG6 n. 13259 p. 999, 12 de octubre, 1806.

[97] Clark, *Iron Kingdom* p. 305.

[98] Hayman, «France Against Prussia» p. 188.

[99] Hayman, «France Against Prussia» p. 194.

[100] Clark, *Iron Kingdom* p. 306.

[101] Hayman, «France Against Prussia» p. 188.
[102] Paret, *Cognitive Challenge of War* p. 21.
[103] Paret, *Cognitive Challenge of War* p. 21.
[104] Gallaher, *Iron Marshal*, p. 26.
[105] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 135.
[106] Jomini, *Summary* p. 73.
[107] Smith, *Data Book* pp. 225–226.
[108] Cook, «Bernadotte 1806» (unpaged).
[109] Rapp, *Memoirs* p. 86.
[110] ed. Latimer, *Talks* pp. 123–124.
[111] CG6 n. 13312 p. 1023, 23 de octubre, 1806, Palmer, *Bernadotte* p. 135, Cook, «Bernadotte 1806» (sin paginar).
[112] CG6 n. 13267 pp. 1003–1004, 15 de octubre, 1806.

18. BLOQUEO

La cita del capitán Blaze, en Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 183 La máxima de Napoleón, en ed. Chandler, *Napoleon's Military Maxims* p. 204.
[1] ed. Latimer, *Talks* p. 125.
[2] Butterfield, *Peace Tactics of Napoleon* p. 7.
[3] CG6 n. 12684 p. 701, 8 de agosto, 1806.
[4] Bausset, *Private Memoirs* p. 64.
[5] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 76.
[6] ed. Bingham, *Selection* II p. 263.
[7] CG6 n. 13318 p. 1028, 23 de octubre, 1806.
[8] CG6 n. 13915 p. 1303, 31 de diciembre, 1806.
[9] Rovigo, *Mémoires* II pp. 287–288.
[10] Rapp, *Memoirs* p. 94.
[11] Clark, *Iron Kingdom* p. 307, ed. Markham, *Imperial Glory* p. 97, ed. Bingham, *Selection* II p. 267.
[12] Rapp, *Memoirs* pp. 107–108.
[13] Rovigo, *Mémoires* II p. 317.
[14] CG6 n. 13355 p. 1037, 25 de octubre, 1806.
[15] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 97.

[16] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 97.
[17] CG6 n. 13482 p. 1106, 6 de noviembre, 1806.
[18] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 101.
[19] Coignet, *Captain Coignet* p. 133.
[20] ed. Sage, *Private Diaries of Stendhal* p. 253.
[21] Branda, *Le prix de la gloire* p. 57.
[22] Clark, *Iron Kingdom* p. 308.
[23] CG6 n. 13426 p. 1076, 3 de noviembre, 1806.
[24] CG6 n. 13413 p. 1070, 2 de noviembre, 1806.
[25] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 10.
[26] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 49.
[27] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 230, Melvin, *Napoleon's Navigation System* p. 5 n. 6.
[28] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 250.
[29] CG6 n. 13743 p. 1222, 3 de diciembre, 1806.
[30] CN28 11010, 11064, 11093, 11217 y 11271.
[31] Melvin, *Napoleon's Navigation System* p. 14.
[32] Mollien, *Mémoires* II p. 444.
[33] *Edinburgh Review* n. 23, 1808 p. 228.
[34] *TLS* 15-2-1923 p. 99, ed. Bingham, *Selection* II p. 329 n. 1.
[35] *TLS* 15-2-1923 p. 99.
[36] Melvin, *Napoleon's Navigation System* p. 11 n. 13.
[37] Rapp, *Memoirs* pp. 158–161.
[38] CG7 n. 16785 p. 1310, 13 de noviembre, 1807.
[39] eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 7.
[40] Knight, *Britain Against Napoleon* pp. 402–404, ed. Bingham, *Selection* III p. 113.
[41] Knight, *Britain Against Napoleon* p. 403.
[42] Gates, «The Wars of 1812» p. 46, Knight, *Britain Against Napoleon* p. 404.
[43] Lentz, *Napoléon et la conquête* p. 265.
[44] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 7.
[45] CG8 n. 17215 p. 165, 18 de febrero, 1808.
[46] ed. Bingham, *Selection* III p. 45.

[47] Gray, *Spencer Perceval* pp. 45–46.
[48] *Conservative History Journal* II, Issue 1, Autumn 2012 p. 40.
[49] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 36.
[50] ed. Latimer, *Talks* p. 124.
[51] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 38.
[52] CG6 n. 13719 p. 1213, 2 de diciembre, 1806.
[53] *Ibíd*.
[54] Rapp, *Memoirs* p. 119.
[55] Rapp, *Memoirs* p. 120.
[56] Rovigo, *Mémoires* III p. 23.
[57] *Ibíd*.
[58] CG6 n. 13739 p. 1220, 3 de diciembre, 1806.
[59] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 47.
[60] Rapp, *Memoirs* p. 128.
[61] Esdaile, «Recent Writing on Napoleon» p. 211.
[62] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 136.
[63] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 57.
[64] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* pp. 56–57.
[65] Percy, *Journal des Campagnes* p. 137.
[66] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 21.
[67] Howard, *Napoleon's Doctors* p. 69.
[68] Howard, *Napoleon's Doctors* pp. 68–71.
[69] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 161.
[70] Cate, *War of the Two Emperors* p. 170.
[71] Howard, *Napoleon's Doctors* pp. 70–71.
[72] Howard, *Napoleon's Doctors* p. 251.
[73] Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 9.
[74] Sutherland, *Marie Walewska* p. 61.
[75] ed. Stryjenski, *Mémoires* p. 125.
[76] CG7 n. 13938 p. 27, 3 de enero, 1807.
[77] CG7 n. 13988 p. 52, 8 de enero, 1807.
[78] Rapp, *Memoirs* p. 129.
[79] CG7 n. 14001 p. 58, 10 de enero, 1807.
[80] Arnold and Reinertsen, *Crisis in the Snows* p. 1295.

[81] CG7 n. 14211 p. 152, 29 de enero, 1807.

[82] CG7 ns. 14134, 14139, p. 116, between 17 y 24 de enero, 1807, p. 119, 21 o 22 de enero, 1807.

[83] Branda, *Le prix de la gloire* p. 57.

[84] CG7 n. 16323 p. 1100, 7 de septiembre 7, 1807.

[85] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 63.

[86] CG7 n. 14270 p. 174, 5 de febrero, 1807.

[87] Blond, *La Grande Armée* p. 121.

[88] Smith, *Data Book* p. 241.

[89] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 10.

[90] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 84.

[91] ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* p. 123.

[92] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 79.

[93] Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 147.

[94] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 87.

[95] Uffindell, *Napoleon's Immortals* p. 245.

[96] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 138.

[97] Smith, *Data Book*, p. 242.

[98] CG7 n. 14280 pp. 177–178, 9 de febrero, 1807.

[99] ed. Bingham, *Selection* II p. 294.

19. TILSIT

Napoleón sobre Eylau, en ed. Bingham, *Selection* II p. 292 Napoleón a Josefina, en CG7 n. 14930 p. 472, 27 de marzo, 1807.

[1] CG7 n. 14277 pp. 176–177, 9 de febrero 1807.

[2] Saint-Chamans, *Mémoires* p. 59.

[3] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 144.

[4] CG7 n. 14312 p. 191, 14 de febrero, 1807.

[5] CG7 n. 15240 p. 608, 13 de abril, 1807.

[6] SHD GR2-C. 66.

[7] SHD GR2-C. 66.

[8] SHD GR2-C. 66.

[9] CG7 n. 14448 pp. 249–250, 1 de marzo 1807.

[10] CG7 n. 15743 p. 837, 27 de mayo, 1807.
[11] CG7 n. 15224, pp. 600–601, 12 de abril, 1807.
[12] CG7 n. 15947 p. 926, 4 de julio 1807.
[13] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 118.
[14] Gonneville, *Recollections* I p. 50.
[15] Kiley, *Once There Were Titans* p. 200.
[16] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 133.
[17] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 134.
[18] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 134.
[19] Wilson, *Campaigns in Poland* p. 157.
[20] CG7 n. 15874 p. 898, 19 de junio, 1807.
[21] Smith, *Data Book* pp. 250–251.
[22] Woloch, *The French Veteran* p. 199.
[23] de la Bédoyère, *Memoirs of Napoleon* II p. 481.
[24] Clark, *Iron Kingdom* p. 308.
[25] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 174.
[26] CG12 n. 31068 p. 787, 1 de julio 1812.
[27] *Ibíd*.
[28] CG7 n. 15868 p. 895, 16 de junio, 1807.
[29] Clark, *Iron Kingdom* p. 308.
[30] Summerville, *Napoleon's Polish Gamble* p. 141.
[31] Clark, *Iron Kingdom* p. 314.
[32] Hobhouse, *Recollections* I p. 185.
[33] ed. Wilson, *A Diary* p. 84.
[34] Ebrington, *Memorandum* p. 11.
[35] Fox, *The Culture of Science* p. 305.
[36] eds. Larichev y Ostarkova, *Paris-St Petersburg* p. 18.
[37] Wesling, *Napoleon* p. 3.
[38] ed. Latimer, *Talks* p. 124.
[39] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 239–245, Clark, *Iron Kingdom* p. 313.
[40] Butterfield, *Peace Tactics passim*.
[41] ed. Latimer, *Talks* pp. 62–63.
[42] Clark, *Iron Kingdom* p. 317.

[43] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 91.
[44] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 151.
[45] ed. Latimer, *Talks* p. 125.
[46] ed. Latimer, *Talks* p. 125, Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 87.
[47] Connelly, *Satellite Kingdoms* p. 15.
[48] CG7 n. 16812 p. 1321, 15 de noviembre, 1807.
[49] CG7 n. 15499 p. 730, 2 de mayo 1807.
[50] CG7 n. 15528 p. 743, 4 de mayo 1807.
[51] CG7 n. 15982 p. 939, 7 de julio 1807.
[52] CG7 n. 15972 p. 936, 6 de julio 1807.
[53] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 157.
[54] Chaptal, *Souvenirs* p. 327.
[55] CG7 n. 16072 p. 987, 29 de julio, 1807.

20. IBERIA

El duque de Wellington a lord Castlereagh, en ed. Wellington, 2º duque de, *Despatches, Correspondence and Memoranda* I p. 117 Napoleón sobre la Guerra Peninsular, en Tone, *Fatal Knot* p. 3.

[1] Montesquiou, *Souvenirs* p. 113.
[2] Blaufarb, «The Ancien Régime Origins» p. 408.
[3] CN32 p. 84.
[4] Bergeron, *France Under Napoleon* p. 106.
[5] D'Abrantès, *At the Court* p. 344.
[6] Simms, *Europe* p. 165, Tulard, *Napoléon et la noblesse* p. 97.
[7] Ellis, *The Napoleonic Empire* p. 77.
[8] Ellis, *The Napoleonic Empire* p. 114.
[9] Tulard, *Napoléon et la noblesse* p. 93.
[10] Ellis, *The Napoleonic Empire* p. 114.
[11] ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès* II p. 141.
[12] Rovigo, *Mémoires* III p. 236.
[13] CG7 n. 14909 p. 457, 26 de marzo, 1807.
[14] SHD GR2-C. 66.
[15] Tulard, *Napoleon: The Myth of the Saviour* p. 185.

[16] Branda, *Le prix de la gloire* p. 57.
[17] CG7 n. 16560, p. 1208.
[18] Stuart, *Rose of Martinique* p. 284.
[19] ed. Méneval, *Memoirs* I pp. 125–126.
[20] ed. Park, *Napoleon in Captivity* p. 238 n. 3, Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 305.
[21] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 208.
[22] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 29.
[23] Mansel, *Eagle in Splendour* p. 67.
[24] Sudhir Hazareesingh in *TLS* 3-2-2012 p. 4.
[25] Chaptal, *Souvenirs* p. 338.
[26] Woolf, *Napoleon's Integration* p. VII.
[27] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 174.
[28] ed. Bingham, *Selection* III p. 118.
[29] Bausset, *Private Memoirs* p. 15.
[30] Markham, «The Emperor at Work» p. 584.
[31] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 17.
[32] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 140, ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 17, D'Abrantès, *At the Court* p. 156.
[33] Balcombe, *To Befriend* p. 51.
[34] Roederer, *Bonaparte me disait* pp. 85–86.
[35] ed. Noailles, *Count Molé* p. 189.
[36] ed. Jones, *Napoleon: How He Did It* p. 184.
[37] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 122.
[38] ed. Latimer, *Talks* p. 261.
[39] Méneval, *Memoirs* I p. 135.
[40] ed. Latimer, *Talks* p. 92.
[41] Chaptal, *Souvenirs* p. 354.
[42] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 107.
[43] ed. Noailles, *Count Molé* p. 101.
[44] Bausset, *Private Memoirs* p. 301, Chaptal, *Souvenirs* p. 348.
[45] Chaptal, *Souvenirs* p. 348.
[46] Branda, *Napoléon et ses hommes* p. 271.
[47] ed. Méneval, *Memoirs* I pp. 125–126.

[48] ed. Méneval, *Memoirs* I pp. 121–122.

[49] ed. Méneval, *Memoirs* I p. 123.

[50] CG3 n. 5751 p. 438, 8 de noviembre 1800.

[51] Esdaile, *Peninsular War* p. 5.

[52] ed. Bingham, *Selection* I p. 349.

[53] CG7 n. 16336 p. 1106, 8 de septiembre 1807.

[54] Bausset, *Private Memoirs* p. 78.

[55] Esdaile, *Peninsular War* p. 7.

[56] Lipscombe, *Peninsular War Atlas* p. 23.

[57] CG7 n. 16554 p. 1204, 17 de octubre, 1807.

[58] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* p. 68.

[59] ed. Bingham, *Selection* II p. 352.

[60] ed. Bingham, *Selection* II p. 349.

[61] Broers, *Europe under Napoleon* p. 156.

[62] ed. Bingham, *Selection* II p. 349.

[63] CG8 n. 17350 pp. 236–237, 9 de marzo 1808.

[64] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* p. 70.

[65] Rovigo, *Mémoires* III p. 251.

[66] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* p. 71.

[67] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 50.

[68] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 50.

[69] Bausset, *Private Memoirs* p. 118.

[70] Bausset, *Private Memoirs* p. 125.

[71] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* p. 73, Rovigo, *Mémoires* III p. 255.

[72] CG8 n. 17699 p. 423, 25 de abril, 1808.

[73] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* p. 73.

[74] Gates, «The Wars of 1812» p. 50.

[75] Gates, «The Wars of 1812» p. 51.

[76] Sarrazin, *The War in Spain* p. 33.

[77] Esdaile, «Recent Writing on Napoleon» p. 211, ed. Tulard, *Bibliographie critique* p. 175, Anon., «The Unpublished Letters of Napoleon» p. 358.

[78] CG8 n. 17759 pp. 451–454, 2 de mayo 1808.

[79] Lipscombe, *The Peninsular War Atlas* p. 23.

[80] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 57.

[81] Rovigo, *Mémoires* III p. 352, Bausset, *Private Memoirs* p. 180.

[82] CG8 n. 17829 p. 489, 10 de mayo, 1808.

[83] ed. Latimer, *Talks* p. 130.

[84] ed. Summerville, *Exploits of Baron de Marbot* p. 283.

[85] CG8 n. 17699 p. 423, 25 de abril, 1808.

[86] CG8 n. 17826 p. 487, 9 de mayo 1808.

[87] CG8 n. 18480 p. 831, 4 de julio 1808.

[88] Tulard, *Le grand empire* p. 146.

[89] Rovigo, *Mémoires* III p. 358.

[90] ed. Woloch, *Revolution and Meanings of Freedom* pp. 75–76.

[91] eds. Kafker y Laux, *Napoleon and His Times* p. 220 n. 9.

[92] Bausset, *Private Memoirs* pp. 188–189.

[93] Vaughan, *Siege of Zaragoza* p. 5, Bell, *First Total War* p. 281.

[94] Vaughan, *Siege of Zaragoza* p. 22.

[95] CG8 n. 18401 p. 797, 25 de junio, 1808, CG9 n. 18659 p. 930, 25 de julio, 1808.

[96] Lipscombe, *Peninsular War Atlas* p. 52.

[97] ed. Latimer, *Talks* p. 257.

[98] Dumas, *Memoirs* II p. 186, CG8 n. 18835 p. 1036, 6 de septiembre 1808.

[99] CG8 n. 18685, p. 945, 3 de agosto 1808.

[100] CG8 n. 18797 p. 1007, 30 de agosto, 1808.

[101] CG8 n. 18619 p. 909, 19 de julio, 1808.

[102] CG8 n. 18707 p. 957, 16 de agosto, 1808.

[103] Aldington, *Wellington* p. 48.

[104] CG8 n. 18951 pp. 1090–1091, 18 de septiembre, 1808.

[105] CG8 n. 18869 p. 1055, 9 de septiembre 1808.

[106] Rovigo, *Mémoires* III p. 450.

[107] CG8 n. 18685 p. 945, 3 de agosto 1808.

[108] Grimsted, *Foreign Ministers* p. 166.

[109] Grimsted, *Foreign Ministers* p. 166.

[110] ed. Lentz, *1810* p. 300.

[111] Bausset, *Private Memoirs* p. 212.

[112] Chevallier, *Empire Style* p. 64.

[113] Bausset, *Private Memoirs* p. 213.

[114] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 145, Rapp, *Memoirs* p. 133.

[115] Dwyer, *Talleyrand* pp. 99, 116, ed. Bingham, *Selection* II p. 413.

[116] ed. Bingham, *Selection* II pp. 413–414.

[117] Bausset, *Private Memoirs* p. 212.

[118] eds. Larichev y Ostarkova, *Paris-St Petersburg* p. 18.

[119] eds. Larichev y Ostarkova, *Paris-St Petersburg* p. 18.

[120] *TLS* 12-5-1927 p. 325, Florange y Wunsch, *L'Entrevue* pp. 12ff, Brown, *Life of Goethe* II p. 547 n. 1.

[121] Florange y Wunsch, *L'Entrevue* pp. 12ff.

[122] Brown, *Life of Goethe* II pp. 546–547.

[123] Brown, *Life of Goethe* II p. 547.

[124] CG8 n. 19042 p. 1126, 9 de octubre 1808.

[125] Brown, *Life of Goethe* II p. 547.

[126] Williams, *Life of Goethe* p. 39.

[127] Brown, *Life of Goethe* II p. 546, Florange y Wunsch, *L'Entrevue* pp. 12ff.

[128] Bausset, *Private Memoirs* p. 223.

[129] Bausset, *Private Memoirs* p. 217.

[130] CG8 n. 19050 p. 1130, entre el 11 y el 13 de octubre, 1808.

[131] CG8 n. 19053 p. 1131, 12 de octubre, 1808.

[132] CG8 n. 19056 p. 1133, 13 de octubre, 1808.

[133] CG8 ns. 19184, 19270, p. 1186, 4 de noviembre, 1808, p. 1225, 14 de noviembre, 1808.

[134] CG8 n. 19327 pp. 1248–1249, 19 de noviembre, 1808.

[135] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 18.

[136] Esdaile, «Recent Writing on Napoleon» pp. 217–218.

[137] Tone, *Fatal Knot* p. 4.

[138] Tone, *Fatal Knot* p. 182.

[139] Sherwig, *Guineas and Gunpowder* pp. 367–368.

[140] Blaze, *Life in Napoleon's Army* pp. 58–59, Bell, *First Total War* p. 290, Gonneville, *Recollections* I p. 61.

[141] CG8 n. 19197 p. 1192, 5 de noviembre 1808.

[142] Dumas, *Memoirs* II p. 180.

[143] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 45.

[144] Bausset, *Private Memoirs* p. 233.

[145] Bausset, *Private Memoirs* p. 235.

[146] Bausset, *Private Memoirs* p. 232.

[147] *The Nation*, 16-7-1896 p. 45.

[148] Bausset, *Private Memoirs* p. 239.

[149] Gonneville, *Recollections* p. 65.

[150] CG8 n. 19650 pp. 1388–1389, 31 de diciembre, 1808.

[151] ed. Jennings, *Croker Papers* I p. 355.

[152] CG8 n. 19675 p. 1402, 2 de enero 1809.

[153] Bonaparte, Napoleon, *Confidential Correspondence* II p. 4n.

[154] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 72.

[155] Bausset, *Private Memoirs* p. 242.

[156] Bausset, *Private Memoirs* p. 242.

[157] CG8 n. 19855 p. 1497, 15 de enero, 1809.

[158] Cobban, *Modern France* II p. 56, Tone, *Fatal Knot* p. 4.

[159] Alexander, «French Replacement Methods» p. 192.

[160] Alexander, «French Replacement Methods» p. 192.

[161] Lipscombe, *Peninsular War Atlas* p. 23, Alexander, «French Replacement Methods» p. 193, Fraser, *Napoleon's Cursed War passim.*

[162] Lentz, *Savary* p. 188.

21. WAGRAM

Máxima militar de Napoleón, en ed. Chandler, *Military Maxims* p. 199 Napoleón a Bertrand, en *Cahiers* II p. 344.

[1] CG8 n. 19856 p. 1498, 15 de enero, 1809.

[2] CG7 n. 15264 p. 617, 14 de abril, 1807.

[3] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 244.

[4] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 241, ed. Latimer, *Talks* p. 131, ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 78 n. 22.

[5] Dumas, *Memoirs* II p. 187.

[6] ed. Bingham. *Selection*, III p. 130.

[7] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* pp. 76–80, Dwyer, *Talleyrand* p. 120, Mollien, *Mémoires* II pp. 334ff, ed. Latimer, *Talks* p. 89.

[8] Dwyer, *Talleyrand* p. 120, ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 80.

[9] Arnold, *Crisis on the Danube* pp. 25–26.

[10] Rovigo, *Mémoires* IV p. 46.

[11] Rovigo, *Mémoires* IV p. 47.

[12] ed. Lentz, *1810* p. 301, Adams, *Napoleon and Russia* p. 288.

[13] ed. Bingham, *Selection* II p. 448.

[14] ed. Latimer, *Talks* p. 132.

[15] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 56.

[16] CG9 n. 20869 p. 510, 18 de abril, 1809 ed. Bell, *Baron Lejeune* I p. 218.

[17] Arnold, *Crisis on the Danube* p. 106.

[18] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 233.

[19] Smith, *Data Book* p. 291.

[20] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 233.

[21] ed. Latimer, *Talks* p. 143.

[22] Chaptal, *Souvenirs* p. 252.

[23] ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* p. 204.

[24] ed. Summerville, *Exploits of Marbot* p. 126, Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 152, Chlapowski, *Polish Lancer* p. 60.

[25] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 223.

[26] CG9 n. 20975 p. 569, 6 de mayo 1809.

[27] ed. Summerville, *Exploits of Marbot* p. 137.

[28] Blaze, *Life in Napoleon's Army* pp. 181–182.

[29] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* pp. 220–221.

[30] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 64.

[31] Chlapowski, *Polish Lancer* p. 64.

[32] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 199.

[33] Rothenberg, *Art of Warfare* p. 130.

[34] Smith, *Data Book* p. 310.

[35] Smith, *Data Book* p. 310.

[36] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 205.

[37] Musée de la Préfecture de Police, Paris.

[38] Blond, *La Grande Armée* p. 242, ed. Summerville, *Exploits of Marbot* p. 167, Dumas, *Memoirs* II p. 196, Rovigo, *Mémoires* IV p. 125.

[39] Martin, *Napoleonic Friendship* p. 40.

[40] Martin, *Napoleonic Friendship* p. 43.

[41] CG9 n. 21105 p. 634, 31 de mayo, 1809.

[42] Rovigo, *Mémoires* IV p. 145.

[43] Markham, «The Emperor at Work» p. 588.

[44] Rapp, *Memoirs* p. 140.

[45] Caulaincourt, *Mémoires* I p. 368.

[46] Arnold, *Crisis on the Danube* p. 122.

[47] Esdaile, «Recent Writing» p. 21, Gill, *Thunder on the Danube* III p. 223.

[48] Dumas, *Memoirs* II p. 102, Arnold, *Napoleon Conquers Austria* p. 128.

[49] ed. Summerville, *Exploits of Marbot* p. 172.

[50] Arnold, *Napoleon Conquers Austria* pp. 135–136.

[51] Rothenberg, *Emperor's Last Victory* p. 181, ed. Summerville, *Exploits of Marbot* pp. 172–173.

[52] Arnold, *Napoleon Conquers Austria* p. 155.

[53] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 223.

[54] Arnold, *Napoleon Conquers Austria* p. 147.

[55] Gill, *Thunder on the Danube* III p. 239.

[56] Dumas, *Memoirs* II p. 206.

[57] Lachouque y Brown, *Anatomy of Glory* p. 163.

[58] Rothenberg, *Emperor's Last Victory* p. 193.

[59] Blond *La Grande Armée* p. 254.

[60] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 131.

[61] Rovigo, *Mémoires* IV p. 187.

[62] Eidahl, «Oudinot» p. 11.

[63] CG9 n. 21467 p. 833, 7 de julio 1809.

[64] CG9 n. 21739 p. 975, 1809.

[65] Pelet, *Napoleon in Council* p. 96.

22. CÉNIT

Napoleón al Zar Alejandro, en CG8 n. 18500 p. 840–841, 8 de julio 1808 Napoleón en Santa Helena, en ed. Latimer, *Talks* p. 151.

[1] Simms, *Europe* p. 166.

[2] Woolf, *Napoleon's Integration* p. 10.

[3] Fisher, *Bonapartism* p. 84.

[4] Fisher, *Bonapartism* p. 84.

[5] Parker, «Why Did Napoleon Invade Russia?» pp. 142–143.

[6] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 19.

[7] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* pp. 16–17.

[8] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* pp. 8–9, Broers, *Europe under Napoleon* pp. 88, 126–127, Hales, *Napoleon and the Pope* p. 105, Davis, *Conflict and Control* p. 23.

[9] eds. Dwyer and Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 9, Jordan, *Napoleon and the Revolution* p. 1, ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 17.

[10] eds. Laven and Riall, *Napoleon's Legacy* p. 1.

[11] Davis, *Conflict and Control* p. 23.

[12] Woolf, «The Construction of a European World-View» p. 95.

[13] eds. Dwyer y Forrest, *Napoleon and His Empire* p. 204.

[14] ed. Dwyer, *Napoleon and Europe* p. 11.

[15] CG7 n. 16057 p. 979, 22 de julio, 1807.

[16] Hales, *Napoleon and the Pope* p. 120.

[17] CG9 n. 22074 p. 1179, 14 de septiembre, 1809.

[18] Hales, *Napoleon and the Pope* pp. 114–119.

[19] CG9 n. 21717 p. 959, 6 de agosto 1809.

[20] CG9 n. 21865 p. 1052, 21 de agosto, 1809.

[21] CG9 n. 21971 p. 1116, 4 de septiembre 1809.

[22] CG9 n. 21865 p. 1052, 21 de agosto, 1809.

[23] *The Nation*, 16-7-1896 p. 46, Hazareesingh, *The Saint-Napoleon* p. 4.

[24] CG9 ns. 21801–21807 pp. 1009–1012, 15 y 16 de agosto, 1809.

[25] Lanfrey, *History of Napoleon the First* IV p. 218.

[26] ed. Kerry, *The First Napoleon* p. 7.

[27] ed. Kerry, *The First Napoleon* p. 7.

[28] Rovigo, *Mémoires* IV p. 217.

[29] ed. Lentz, *1810* p. 304.

[30] ed. Arnold, *Documentary Survey* pp. 290–294.
[31] ed. Caisse, *Mémoires et correspondance* VI pp. 557–579.
[32] Eyck, *Loyal Rebels* p. 191.
[33] Eyck, *Loyal Rebels* p. 194, ed. Caisse, *Mémoires et correspondance* VI p. 277.
[34] Adams, *Napoleon and Russia* p. 240.
[35] Tulard, *Napoléon: une journée* pp. 140, 172.
[36] CG7 n. 15867 p. 894, 16 de junio, 1807.
[37] Wright, *Daughter to Napoleon* p. 213.
[38] CG7 n. 15619 p. 782, 14 de mayo, 1807.
[39] Rapp, *Memoirs* p. 142.
[40] Rapp, *Memoirs* p. 145, Rovigo, *Mémoires* IV p. 221.
[41] ed. Latimer, *Talks* p. 84.
[42] Hibbert, *Napoleon: His Wives and Women* pp. 183, 296.
[43] ed. Hanoteau, *Memoirs of Queen Hortense* I p. 289.
[44] Bausset, *Private Memoirs* p. 253.
[45] Blaufarb, «The Ancien Régime Origins» p. 409.
[46] ed. Latimer, *Talks* p. 138.
[47] Rapp, *Memoirs* p. 152.
[48] Bausset, *Private Memoirs* p. 241.
[49] ed. Latimer, *Talks* p. 138 y n. 1.
[50] Cobban, *Modern France* II p. 57.
[51] BNF NAF 4020 pp. 9–10.
[52] Lavalette, *Memoirs* p. 99.
[53] ed. Cerf, *Letters* p. 17.
[54] Swanson, *Napoleon's Dual Courtship* pp. 6–7.
[55] Mowat, *The Diplomacy of Napoleon* p. 252.
[56] ed. Bingham, *Selection* III p. 2, Mowat, *The Diplomacy of Napoleon* p. 252.
[57] ed. Bingham, *Selection* III p. 2.
[58] ed. Lentz, *1810* p. 305.
[59] Schroeder, «Napoleon's Foreign Policy» p. 154.
[60] Lentz, *L'Effondrement* p. 210.
[61] ed. Lentz, *1810* p. 304.

[62] CG9 n. 22761 p. 1554, 31 de diciembre, 1809.

[63] ed. Lentz, *1810* p. 310.

[64] ed. Lentz, *1810* p. 311.

[65] ed. Bingham, *Selection* III p. 3, ed. Latimer, *Talks* p. 139.

[66] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 6.

[67] ed. Latimer, *Talks* p. 135.

[68] Lavalette, *Memoirs* p. 99.

[69] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* pp. 19–20.

[70] ed. Bingham, *Selection* III p. 24.

[71] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 33.

[72] Chevallier, *Empire Style* p. 60.

[73] Bausset, *Private Memoirs* p. 279.

[74] Palmer, *Napoleon and Marie Louise* p. 99.

[75] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 279.

[76] ed. Latimer, *Talks* pp. 136–137.

[77] ed. Latimer, *Talks* p. 137.

[78] Clary-et-Aldringen, *Trois mois à Paris* pp. 70–71.

[79] Woloch, *French Veteran* p. 314.

[80] Branda, *Le prix de la gloire*, p. 52, Philip Mansel in *TLS* 16-1-2004, p. 23.

[81] NYPL Napoleon I folder 3.

[82] Palmer, *Alexander I* p. 189.

[83] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 108.

[84] CG5 n. 10517 p. 543, 6 de agosto 1805.

[85] Jordan, *Napoleon and the Revolution* p. IX.

[86] Masson, *Napoleon and his Coronation* p. 313.

[87] Gildea, *Children of the Revolution* p. 183.

[88] Stourton y Montefiore, *The British as Art Collectors* p. 153.

[89] O'Brien, «Antonio Canova's Napoleon» pp. 354–355.

[90] O'Brien, «Antonio Canova's Napoleon» p. 358.

[91] Chevallier, *Empire Style* p. 8.

[92] Wilson-Smith, *Napoleon and His Artists* p. XXIX.

[93] Chevallier, *Empire Style passim*, Wilson-Smith, *Napoleon and His Artists passim.*

[94] CG8 n. 18931 p. 1083, 15 de septiembre, 1808.
[95] Horward, «Masséna and Napoleon» p. 84.
[96] Horward, *Napoleon and Iberia* p. 29.
[97] Chaptal, *Souvenirs* p. 304.
[98] Johnson, *Napoleon's Cavalry* p. 94.
[99] ed. Bingham, *Selection* II p. 472.
[100] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 141.
[101] ed. Bingham, *Selection* III p. 42.
[102] Woolf, *Ouvrard* p. 115.
[103] ed. Bingham, *Selection* III p. 42.
[104] Pelet, *Napoleon in Council* p. 96, Brice, *Riddle of Napoleon* p. 139.
[105] Woolf, *Ouvrard* pp. 116–118.
[106] Knight, *Britain Against Napoleon* p. 404 n.
[107] Mollien, *Mémoires* II p. 444.
[108] CN23 n. 18636, p. 359.
[109] Melvin, *Napoleon's Navigation System* pp. 238–239.
[110] Palmer, *Alexander I* p. 195.
[111] Schmitt, «1812» pp. 326–327.
[112] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 63.
[113] Rovigo, *Mémoires* IV p. 346.
[114] CN21 n. 16762 pp. 12–29.
[115] ed. Bingham, *Selection* III p. 50.

23. RUSIA

El Zar Alejandro a Caulaincourt, en Promyslov, «The Grande Armée's Retreat» p. 131 n. 34 Napoleón en Santa Helena, en ed. Latimer, *Talks* p. 210.

[1] Faber, *Sketches* pp. 187–188.
[2] Faber, *Sketches* p. 191.
[3] ed. Bingham, *Selection* III p. 69.
[4] CN21 ns. 17179 y 17187 pp. 297–302.
[5] Clark, *Iron Kingdom* p. 353, Méneval, *Napoléon et Marie Louise* I p. 342, Palmer, *Alexander I* p. 199n.
[6] Cate, *Two Emperors* p. XIII.

[7] Lentz, *L'Effondrement* p. 202.
[8] Riehn, *Napoleon's Russian Campaign* p. 33.
[9] Riehn, *Napoleon's Russian Campaign* pp. 34–35.
[10] Clark, *Iron Kingdom* p. 317.
[11] ed. Lentz, *1810* p. 306.
[12] ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès* II p. 387.
[13] Thiers, *History of France* XII p. 477.
[14] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 6, Bausset, *Private Memoirs* p. 290.
[15] Rudé, *Revolutionary Europe* p. 251, Knight, *Britain Against Napoleon* ch. 13.
[16] Cobban, *Modern France* II p. 52.
[17] Schroeder, «Napoleon's Foreign Policy» p. 156.
[18] Gates, «The Wars of 1812» p. 48.
[19] Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 3–4.
[20] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 9.
[21] Knight, *Britain Against Napoleon* p. 412.
[22] Knight, *Britain Against Napoleon* pp. 410–412.
[23] ed. Gielgud, *Prince Adam Czartoryski* II p. 214.
[24] ed. Gielgud, *Prince Adam Czartoryski* II p. 216.
[25] ed. Gielgud, *Prince Adam Czartoryski* II p. 221.
[26] Lieven, *Russia against Napoleon passim*.
[27] eds. Kagan y Higham, *Military History of Tsarist Russia* pp. 115–116, Palmer, *Alexander I* p. 201.
[28] Méneval, *Napoléon et Marie Louise* I pp. 341– 342.
[29] Palmer, *Alexander I* p. 199.
[30] Nafziger, *Napoleon's Invasion of Russia* p. 85.
[31] ed. Bingham, *Selection* III p. 84.
[32] Mowat, *The Diplomacy of Napoleon* p. 253.
[33] Palmer, *Alexander I* p. 202.
[34] ed. Bingham, *Selection* III p. 89.
[35] ed. Lentz, *1810* pp. 307–308, ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès* II p. 391.
[36] ed. Lentz, *1810* p. 309.

[37] Bausset, *Private Memoirs* p. 290.
[38] Lavalette, *Memoirs* p. 102.
[39] Rovigo, *Mémoires* V p. 147.
[40] ed. Latimer, *Talks* pp. 152–153.
[41] Lavalette, *Memoirs* p. 102.
[42] Musée de la Préfecture de Police.
[43] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 231.
[44] D'Abrantès, *At the Court* p. 360.
[45] ed. Latimer, *Talks* p. 153.
[46] ed. Bingham, *Selection* III p. 98.
[47] Esdaile, «Recent Writing» p. 219, Lipscombe, *Peninsular War Atlas* p. 25.
[48] Alexander, «French Replacement Methods» p. 196.
[49] ed. Bingham, *Selection* III p. 135.
[50] Parker, «Why Did Napoleon Invade Russia?» p. 132.
[51] Whitcomb, *Napoleon's Diplomatic Service* pp. 152–158.
[52] Palmer, *Alexander I* p. 203.
[53] Palmer, *Alexander I* p. 203.
[54] ed. Bingham, *Selection* III p. 110.
[55] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 112.
[56] ed. LacourGayet, *Chancellor Pasquier* p. 114.
[57] CN23, n. 18568 p. 302.
[58] Bergeron, *France Under Napoleon* pp. 102–103.
[59] Palmer, *Alexander I* pp. 204–205.
[60] Palmer, *Alexander I* p. 205.
[61] AN AF IV 1656.
[62] McLynn, *Napoleon* p. 499.
[63] SHD GR 4.C-73.
[64] Cate, *Two Emperors* p. 70.
[65] Palmer, *Alexander I* p. 207.
[66] Palmer, *Alexander I* p. 207, Arboit, «1812: Le Renseignement Russe» p. 86, ed. Lentz, *1810* p. 310, Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 27, Bausset, *Private Memoirs* p. 289.
[67] ed. Chatel de Brancion, *Cambacérès* II p. 391.

[68] Buckland, *Metternich* p. 219.

[69] Palmer, *Alexander I* p. 208, Mowat, *Diplomacy of Napoleon* p. 254.

[70] Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 81–82.

[71] AN AF IV 1654.

[72] CN23 n. 18420, p. 160.

[73] CN23 n. 18523 p. 253.

[74] Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 16–19.

[75] Fain, *Manuscrit de 1812* pp. 49–50.

[76] Pradt, *Histoire de l'Ambassade* p. 122.

[77] CG12 n. 30343 p. 429, 30 de marzo, 1812.

[78] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 32.

[79] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 310.

[80] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 311.

[81] CN12 n. 30225 p. 374.

[82] Dague, «Henri Clarke» pp. 2–3.

[83] Simms, *Europe* p. 170, Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 57–58.

[84] CN23 n. 18652 p. 371.

[85] CG12 n. 30492 p. 517, 25 de abril, 1812.

[86] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 119.

[87] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 118.

[88] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 122.

[89] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 49.

[90] Cate, *Two Emperors* p. 127.

[91] ed. Ernouf, *Souvenirs* pp. 232–233.

[92] CG12 ns. 30799–30827 pp. 666–677, 4 de junio 1812.

[93] Rapp, *Memoirs* pp. 168–169.

[94] Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 88–89.

[95] Forrest, *Napoleon* p. 199, Evstafiev, *Resources of Russia* p. 6.

[96] CN23 n. 18855 p. 528.

[97] *TLS* 10-4-1959 p. 206, ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 68, Soltyk, *Napoléon en 1812* pp. 8–10.

[98] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 15.

[99] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 15.

[100] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 1, Weigley, *Age of Battles* p.

443, ed. Bingham, *Selection* III p. 136, Gill, *With Eagles to Glory* p. 9.

[101] Schroeder, «Napoleon's Foreign Policy» p. 153.

[102] Gill, *With Eagles to Glory* p. 9.

[103] ed. Raeff, *Foot Soldier* p. XXIII.

[104] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 12.

[105] Lochet, «Destruction of the Grande Armée» *passim*, Rothenberg, *Art of Warfare* p. 128.

[106] Lochet, «Destruction of the Grande Armée» *passim*.

[107] Lochet, «Destruction of the Grande Armée» *passim*, Nafziger, *Napoleon's Invasion of Russia* p. 86.

[108] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 12.

[109] Merridale, *Red Fortress* p. 211.

24. ATRAPADO

La cita de Champagny, en, *Souvenirs* p. 142 Lord Montgomery's quote comes from *Hansard* Fifth Series House of Lords vol. ccxli col. 227.

[1] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 17.

[2] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 67.

[3] CG12 n. 31046 p. 775, 25 de junio, 1812.

[4] CG12 n. 31066 p. 786, 30 de junio, 1812.

[5] Soltyk, *Napoléon en 1812* pp. 35–38.

[6] Davies, *Vanished Kingdoms* p. 293.

[7] Zamoyski, *1812* pp. 161–163.

[8] CN24, n. 18962 p. 61.

[9] Coignet, *Captain Coignet* p. 201.

[10] ed. BrettJames, *Eyewitness Accounts* p. 53.

[11] AN 400AP-81-pp. 22–25.

[12] Fain, *Manuscrit de 1812* I p. 188.

[13] Dumas, *Memoirs* II p. 232.

[14] AN 400AP-81-p. 30.

[15] CG12 n. 31077 p. 793, 1 de julio 1812.

[16] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 75.

[17] CG12 n. 31068 p. 787, 1 de julio 1812.

[18] CG12 n. 31068 pp. 787–790, 1 de julio 1812.

[19] Chaptal, *Souvenirs* p. 302.

[20] Lieven, *Russia against Napoleon* p. 219.

[21] ed. Castellane, *Journal* I p. 113.

[22] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 25.

[23] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 26.

[24] Cartwright y Biddiss, *Disease and History* p. 91.

[25] ed. Hanoteau, *With Napoleon in Russia* pp. 66–67.

[26] CG12 n. 51150 p. 829, 8 de julio 1812.

[27] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 47.

[28] Cartwright y Biddiss, *Disease and History* pp. 83 ss.

[29] Cartwright y Biddiss, *Disease and History* p. 91.

[30] CG12 n. 31201 p. 858, 12 de julio, 1812.

[31] Rose, *Napoleon's Campaign in Russia* pp. 101–102.

[32] Rose, *Napoleon's Campaign in Russia* p. 182.

[33] Cobb, *Police and the People* p. 111 n. 1.

[34] Prinzing, *Epidemics Resulting from Wars* p. 106.

[35] Kerckhove, *Histoire des maladies* p. 405.

[36] Kerckhove, *Histoire des maladies* pp. 406–407.

[37] Gourgaud, *Napoleon and the Grand Army* p. 12.

[38] ed. Castellane, *Journal* I p. 113.

[39] CG12 n. 31184 p. 847, 10 de julio, 1812.

[40] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 51.

[41] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 53.

[42] Austin, *1812* p. 160.

[43] Saint-Denis, *Napoleon from the Tuileries* p. 66.

[44] Rossetti, «Journal» pp. 217–219.

[45] CG12 n. 31261 p. 889, 19 de julio, 1812.

[46] Rossetti, «Journal» pp. 217–219.

[47] ed. Hanoteau, *With Napoleon in Russia* p. 634.

[48] ed. Markham, *Imperial Glory* p. 262, Smith, *Data Book* p. 382.

[49] CG12 n. 31335 p. 926, 26 de julio, 1812.

[50] CG12 ns. 31291, 31337 p. 904, 22 de julio, 1812, p. 927, 26 de julio, 1812.

[51] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 34.
[52] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 35.
[53] Labaume, *The Crime of 1812* p. 80.
[54] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 36.
[55] CG12 n. 31396 p. 952, 2 de agosto 1812.
[56] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 38.
[57] Nicolson, *Napoleon: 1812* p. 99.
[58] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 86.
[59] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 40.
[60] CG12 n. 31435 p. 971, 7 de agosto 1812.
[61] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 44.
[62] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 45.
[63] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 41–44.
[64] Fain, *Manuscrit de 1812* I pp. 321–324.
[65] ed. Castellane, *Journal* I p. 112.
[66] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 50, ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 223.
[67] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 284 n. 5.
[68] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 67.
[69] ed. Latimer, *Talks* p. 159.
[70] Rossetti, «Journal» pp. 232–233.
[71] Rapp, *Memoirs* p. 193.
[72] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 61–62.
[73] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 61.
[74] Lochet, «The Destruction of the Grande Armée» *passim*.
[75] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 68.
[76] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 265.
[77] CG12 n. 31608 pp. 1046–1047, 26 de agosto, 1812.
[78] ed. Kerry, *The First Napoleon* p. 20.
[79] Girod de l'Ain, *Dix ans* pp. 252–254.
[80] CG12 n. 31610 p. 1047, 26 de agosto, 1812.
[81] Wesling, *Napoleon* p. 154.
[82] CG12 n. 31659 p. 1071, 2 de septiembre 1812.
[83] CG12 n. 31666 p. 1075, 3 de septiembre 1812.

[84] CG12 n. 31671 pp. 1076–1077, 3 de septiembre 1812.

[85] Cartwright y Biddiss, *Disease and History* p. 94.

[86] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 8.

[87] Castelot, *La Campagne* p. 143.

[88] Bausset, *Private Memoirs* p. 315, Weigley, *Age of Battles* p. 449, Cartwright y Biddiss, *Disease and History* p. 94, Forrest, *Napoleon* p. 308.

[89] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 82, *TLS* 10-4-1959 p. 206, Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 131.

[90] ed. Bell, *Baron Lejeune* II pp. 216–218.

[91] Rapp, *Memoirs* p. 201, ed. Bell, *Baron Lejeune* II pp. 205–206, Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 11.

[92] CN24 n. 19182 p. 207.

[93] Rapp, *Memoirs* p. 202.

[94] Rapp, *Memoirs* p. 203.

[95] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 19.

[96] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 75.

[97] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 82.

[98] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 41.

[99] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 73.

[100] Headley, *Imperial Guard* p. 127.

[101] Headley, *Imperial Guard* p. 127.

[102] Bausset, *Private Memoirs* p. 320.

[103] Rapp, *Memoirs* p. 208.

[104] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 82, 84.

[105] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 73.

[106] Smith, *Data Book* pp. 389–390.

[107] CG12 n. 31678 p. 1080, 8 de septiembre 1812.

[108] Bausset, *Private Memoirs* p. 319.

[109] ed. Latimer, *Talks* p. 158.

[110] Dumas, *Memoirs* p. 440.

[111] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 45.

[112] Pawly, *Red Lancers* pp. 37–38.

[113] ed. North, *With Napoleon's Guard* p. 61.

[114] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 70.

25. RETIRADA

La máxima militar de Napoleón, en ed. Chandler, *Napoleon’s Military Maxims* p. 57.

[1] Bausset, *Private Memoirs* p. 319.

[2] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 86.

[3] CG12 n. 31708 p. 1091, 10 de septiembre, 1812.

[4] Palmer, *Napoleon in Russia* p. 132.

[5] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 144, Merridale, *Red Fortress* p. 211.

[6] Vaskin, «Three Mistakes of Napoleon» p. 1, Soltyk, *Napoléon en 1812* pp. 26–70.

[7] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 90.

[8] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 172.

[9] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 90, Olivier, *Burning of Moscow* p. 43.

[10] Merridale, *Red Fortress* p. 212.

[11] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 90.

[12] Merridale, *Red Fortress* p. 211.

[13] Olivier, *Burning of Moscow* p. 189, Rostopchin, *L’Incendie de Moscou* p. 103.

[14] Rapp, *Memoirs* p. 210, ed. Kerry, *The First Napoleon* p. 24, Merridale, *Red Fortress* p. 216.

[15] Cockburn, *Buonaparte’s Voyage* p. 18.

[16] Merridale, *Red Fortress* p. 216.

[17] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 96.

[18] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 94.

[19] ed. Summerville, *Napoleon’s Expedition to Russia* p. 97.

[20] Merridale, *Red Fortress* p. 211.

[21] ed. Fleischmann, *L’Épopée Impériale* p. 266.

[22] Peyrusse, *Mémorial et Archives* p. 97.

[23] Merridale, *Red Fortress* p. 211.

[24] Ebrington, *Memorandum* p. 12.

[25] Ebrington, *Memorandum* p. 12.

[26] Merridale, *Red Fortress* p. 211.

[27] SHD GR C2-167.
[28] Fain, *Manuscrit de 1812* II pp. 93–94.
[29] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 95.
[30] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 96.
[31] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 97.
[32] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 100.
[33] ed. Latimer, *Talks* p. 158.
[34] eds. Kagan y Higham, *Military History of Tsarist Russia* p. 118.
[35] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 99.
[36] CG12 n. 31731 p. 1101, 18 de septiembre, 1812.
[37] CG12 n. 31736 p. 1103, 20 de septiembre, 1812.
[38] ed. Bingham, *Selection* III p. 176.
[39] ed. North, *With Napoleon's Guard* p. 37.
[40] SHD GR C2-524, Austin, *1812* pp. 156–157.
[41] ed. Castellane, *Journal* I p. 161.
[42] Bausset, *Private Memoirs* pp. 330–331.
[43] Rapp, *Memoirs* p. 210.
[44] Merridale, *Red Fortress* p. 215.
[45] Lieven, *Russia against Napoleon* pp. 89, 134–135.
[46] CG12 n. 31411 p. 959, 5 de agosto 1812.
[47] ed. Bingham, *Selection* III p. 199.
[48] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 109.
[49] CG12 n. 31862 pp. 1160–1161, 6 de octubre 1812.
[50] CG12 n. 31863 p. 1161, 6 de octubre 1812.
[51] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 55.
[52] Fain, *Manuscrit de 1812* II pp. 151–152.
[53] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 152.
[54] Bausset, *Private Memoirs* p. 336.
[55] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 115.
[56] Adlerfeld, *King Charles XII* III p. 96n.
[57] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 152.
[58] Labaume, *Crime of 1812* p. 168.
[59] Smith, *Data Book* p. 395, ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 123, Rothenberg, *Art of Warfare* p. 130.

[60] ed. Castellane, *Journal* I p. 171.

[61] CG12 ns. 31938, 31941 pp. 1201–1203, 18 de octubre, 1812.

[62] Merridale, *Red Fortress* p. 215.

[63] CG12 n. 31958 p. 1211, 21 de octubre, 1812.

[64] Austin, *1812* p. 184.

[65] Labaume, *Crime of 1812* p. 183.

[66] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 132–135, Bausset, *Private Memoirs* p. 33, Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 250.

[67] ed. Hanoteau, *With Napoleon in Russia* p. 298.

[68] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 253.

[69] CG12 n. 32019 p. 1240, 6 de noviembre 1812.

[70] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 136–138.

[71] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* pp. 136–138.

[72] ed. Summerville, *Napoleon's Expedition to Russia* p. 138.

[73] CG12 n. 31971 p. 1219, 26 de octubre, 1812.

[74] ed. Latimer, *Talks* p. 159.

[75] Labaume, *Crime of 1812* p. 185.

[76] Labaume, *Crime of 1812* p. 186.

[77] Labaume, *Crime of 1812* p. 189.

[78] Labaume, *Crime of 1812* p. 193.

[79] Labaume, *Crime of 1812* p. 195.

[80] Labaume, *Crime of 1812* p. 218.

[81] Wilson, *Narrative of Events* pp. 225–260.

[82] Labaume, *Crime of 1812* p. 163.

[83] Labaume, *Crime of 1812* p. 206.

[84] Bell, *First Total War* p. 261.

[85] *The Nation*, 16-7-1896 p. 45.

[86] ed. Tulard, *Cambacérès: lettres inédites* p. 14.

[87] Emsley, *Gendarmes and the State* p. 62, Rovigo, *Mémoires* VI pp. 4, 53, Lavalette, *Memoirs* pp. 105–109, Lentz, *La conspiration du Général Malet* p. 271n, Cobban, *Modern France* II p. 60, ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* pp. 120–121, eds. Dwyer y McPhee, *The French Revolution and Napoleon* p. 188.

[88] Dague, «Henri Clarke» p. 10 n. 25.

[89] ed. Noailles, *Count Molé* p. 129.
[90] Lavalette, *Memoirs* p. 109.
[91] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 285.
[92] Guérard, *Reflections* p. 91.
[93] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* pp. 233–239.
[94] Langeron, *Mémoires de Langeron* p. 93.
[95] Wilson, *Narrative of Events* pp. 255–260.
[96] eds. Hennet y Martin, *Lettres interceptées* p. 319.
[97] CG12 n. 32026 p. 1242.
[98] Labaume, *Crime of 1812* p. 224.
[99] Rose, *Napoleon's Campaign in Russia* p. 105.
[100] Smith, *Data Book* p. 404.
[101] ed. Bingham, *Selection* III p. 184.
[102] Bausset, *Private Memoirs* p. 349.
[103] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 207.
[104] Bausset, *Private Memoirs* p. 350.
[105] Langeron, *Mémoires de Langeron* p. 89.
[106] ed. Cisterne, *Journal dee* pp. 140–145.
[107] Mikaberidze, *The Battle of the Berezina passim*.
[108] Rossetti, «Journal du Général Rossetti» p. 33.
[109] CG12 n. 32071 p. 1270, 24 de noviembre, 1812.
[110] Saint-Cyr, *Mémoires* III pp. 230–231.
[111] ed. Cisterne, *Journal dee* pp. 140–145.
[112] Rossetti, «Journal du Général Rossetti» p. 37.
[113] Fain, *Manuscrit de 1812* II p. 329.
[114] ed. Cisterne, *Journal dee* pp. 140–145.
[115] ed. Cisterne, *Journal dee* pp. 140–45.
[116] ed. Cisterne, *Journal dee* pp. 140–145.
[117] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 256.
[118] ed. BrettJames, *Eyewitness Accounts* pp. 256–257.
[119] Rossetti, «Journal du Général Rossetti» p. 39.
[120] Rossetti, «Journal du Général Rossetti» p. 38.
[121] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 258.
[122] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 246.

[123] ed. Raeff, *Napoleonic Foot Soldier* p. 81.
[124] Kiley, *Once There Were Titans* p. 196.
[125] CG12 n. 32079 p. 1276, 27 de noviembre, 1812.
[126] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 260.
[127] Langeron, *Mémoires de Langeron* p. 218.
[128] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 262.
[129] CG12 n. 32084 p. 1278, 29 de noviembre, 1812.
[130] ed. Markham, *Imperial Glory* pp. 310–313.
[131] Clark, *Iron Kingdom* p. 356.
[132] Namier, *Vanished Supremacies* pp. 1–3.
[133] ed. Noailles, *Count Molé* p. 164.
[134] Clark, *Iron Kingdom* pp. 358–390.
[135] CN24 n. 19490, p. 430.
[136] ed. Hanoteau, *With Napoleon in Russia* I p. 203.
[137] Cartwright y Biddiss, *Disease and History* p. 98.
[138] Schneid, «The Dynamics of Defeat» pp. 7–8.
[139] Labaume, *Crime of 1812* p. 205.
[140] *The Nation* 16-7-1896 p. 46.
[141] Rapp, *Memoirs* p. 250.
[142] ed. Bingham, *Selection* p. 195.
[143] Fain, *Manuscrit de 1813* I p. 8.
[144] Rapp, *Memoirs* p. 24.
[145] SHD GR21.YC-679.
[146] SHD GR21.YC-36.
[147] Kiley, *Once There Were Titans* p. 293 n. 3.
[148] ed. Raeff, *Napoleonic Foot Soldier* p. XXVI.
[149] Schneid, «The Dynamics of Defeat» p. 12.
[150] Eidahl, «Marshal Oudinot» p. 14, Labaume, *Crime of 1812* p. 233.
[151] ed. Brett-James, *Eyewitness Accounts* p. 282.

26. ADAPTACIÓN

Molé a Napoleón, en ed. Noailles, *Count Molé* p. 193 Metternich sobre Napoleón, en ed. Metternich, *Memoirs* I p. 283.

[1] Saint-Cyr, *Mémoires* IV p. 2.
[2] ed. Noailles, *Count Molé* p. 138.
[3] ed. Hanoteau, *Memoirs of Queen Hortense* II p. 51.
[4] Bowden, *Napoleon's Grande Armée* pp. 27–28, CN25 n. 19689 p. 51.
[5] ed. Noailles, *Count Molé* p. 147, Lamy, «La cavalerie française» p. 40.
[6] Schroeder, «Napoleon's Foreign Policy» p. 152.
[7] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 373.
[8] Blaze, *Life in Napoleon's Army* p. 3.
[9] ed. Chandler, *Napoleon's Marshals* pp. 30–32.
[10] CN24 n. 19388 p. 341.
[11] ed. Bingham, *Selection* III p. 209.
[12] Evstafiev, *Memorable Predictions* p. 71.
[13] Fain, *Manuscrit de 1813* I p. 8.
[14] CN24 n. 19462 p. 402.
[15] CN24 n. 19424 p. 368.
[16] CN24 n. 19402 p. 354.
[17] Fain, *Manuscrit de 1813* I pp. 193–195.
[18] Bausset, *Private Memoirs* p. 373.
[19] ed. Noailles, *Count Molé* p. 168.
[20] ed. Noailles, *Count Molé* p. 156.
[21] CN25 n. 19910 p. 232.
[22] ed. Noailles, *Count Molé* p. 161.
[23] ed. Noailles, *Count Molé* p. 161.
[24] ed. Noailles, *Count Molé* p. 162.
[25] ed. Noailles, *Count Molé* p. 163.
[26] ed. Noailles, *Count Molé* p. 172.
[27] Fain, *Manuscrit de 1813* I pp. 77, 219–223.
[28] CN24 n. 19581 p. 520.
[29] Schmidt, «Idea and Slogan» pp. 610–613.
[30] McPhee, *Social History* p. 87, Woloch, *New Regime* pp. 152–153.
[31] CN24 n. 19608 p. 539.
[32] CN24 n. 19457 p. 397.
[33] CN24 n. 19625 p. 556.
[34] Simms, *Struggle for Mastery* pp. 75–82.

[35] Simms, *Europe* p. 173.
[36] Leggiere, *Napoleon and Berlin passim.*
[37] CN27 n. 21231 pp. 150–151.
[38] CN25 n. 19664 p. 30.
[39] CN25 n. 19688 pp. 46–51.
[40] CN25 n. 19706 pp. 70–72.
[41] CN25 n. 19659 p. 25.
[42] CN25 n. 19632 p. 5.
[43] CN25 n. 19640 p. 9.
[44] ed. Noailles, *Count Molé* p. 193.
[45] ed. Noailles, *Count Molé* p. 194.
[46] ed. Noailles, *Count Molé* p. 195.
[47] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 15.
[48] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 140.
[49] CN25 n. 19647 p. 15.
[50] CN25 n. 19914 pp. 235–236.
[51] Johnson, *Napoleon's Cavalry* p. 22.
[52] CN25 n. 19941 p. 253.
[53] CN25 n. 19977 p. 276.
[54] Bausset, *Private Memoirs* p. 375.
[55] Wood, «Forgotten Sword» p. 81.
[56] Fain, *Manuscrit de 1813* I p. 349.
[57] Brett-James, *Europe Against Napoleon* p. 23.
[58] CN25 n. 19951 pp. 258–262.
[59] BrettJames, *Europe Against Napoleon* p. 24.
[60] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 149.
[61] CN25 n. 19963 pp. 268–269.
[62] ed. Markham, *Imperial Glory* pp. 33–37.
[63] CN25 n. 19899 pp. 222–223.
[64] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 152, Fain, *Manuscrit de 1813* I pp. 374–377.
[65] CN25 n. 19994 p. 285.
[66] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 154.
[67] ed. Bingham, *Selection* III p. 240.

[68] CN25 n. 20017 pp. 299–300.

[69] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 157.

[70] CN25 n. 20029 y 20030 pp. 307–308.

[71] Rovigo, *Mémoires* VI p. 102.

[72] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 158.

[73] CN25 n. 20042 pp. 321–322.

[74] Ebrington, *Memorandum* pp. 18–19.

[75] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 160.

[76] CN25 n. 20096 p. 368.

[77] CN25 n. 20070 pp. 346–347.

[78] Clark, *Iron Kingdom* p. 365.

[79] CN25 n. 20140 pp. 393–397.

[80] CN25 n. 20070 p. 347.

[81] Fain, *Manuscrit de 1813* I p. 449.

[82] ed. Bingham, *Selection* III p. 250.

[83] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 26–31.

[84] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 26–31.

[85] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 26–31.

[86] CN25 n. 20119 p. 382.

[87] Bausset, *Private Memoirs* p. 383.

[88] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 169.

[89] Price, «Napoleon and Metternich in 1813» pp. 482–503.

[90] Price, «Napoleon and Metternich in 1813» p. 503, CN25 n. 20175 pp. 423–426, Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 36–42, Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 15, ed. Metternich, *Memoirs* I p. 413 n. 67 y II pp. 538–540.

[91] Price, «Napoleon and Metternich in 1813» p. 501.

[92] CN25 n. 20175 pp. 423–426.

[93] Price, «Napoleon and Metternich in 1813» pp. 494, 503.

[94] ed. Metternich, *Memoirs* I pp. 185–188.

[95] ed. Metternich, *Memoirs* I p. 190.

[96] CN25 n. 20175 pp. 423–426.

[97] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 169.

[98] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 171.

[99] ed. Latimer, *Talks* p. 143.

[100] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* pp. 171–172.
[101] Sked, *Radetsky* p. 41.
[102] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 79–80.
[103] CN26 n. 20327 pp. 2–3.
[104] Fain, *Manuscrit de 1813* II p. 93.

27. LEIPZIG

Le Moniteur, en CN10 n. 8237 p. 116 Máxima militar n. 25, en ed. Chandler, *Military Maxims* p. 145.

[1] ed. Walter, *Las Cases* p. XV.
[2] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II p. 189.
[3] Lamy, «La cavalerie française» pp. 42–43.
[4] Menzl, *Germany* IV p. 1585.
[5] CN26 n. 20375 pp. 48–49.
[6] CN26 n. 20360 pp. 34–36.
[7] Chandler, *Campaigns of Napoleon* pp. 900–902.
[8] Gallaher, «Political Considerations and Strategy» p. 68 n. 2.
[9] Gallaher, «Political Considerations and Strategy» p. 68.
[10] CN26 ns. 20381 y 20390 pp. 71–72, 80–82.
[11] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 184.
[12] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 186.
[13] Eidahl, «Marshal Oudinot» p. 15.
[14] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 186.
[15] CN26 n. 20445 pp. 118–119.
[16] ed. Bingham, *Selection* III p. 262.
[17] Karlen, *Napoleon's Glands* p. 11.
[18] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 165.
[19] *TLS* 12-5-1927 p. 325.
[20] Smith, *Data Book* pp. 443–445.
[21] ed. Latimer, *Talks* p. 254 y n. 1.
[22] ed. Bingham, *Selection* III p. 266.
[23] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 190.
[24] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* pp. 190–191.

[25] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 191.
[26] CN26 n. 20482 p. 147.
[27] ed. Bingham, *Selection* III p. 267.
[28] Clark, *Iron Kingdom* p. 367, Nafziger, *Napoleon at Leipzig* p. 70.
[29] Chandler, *On the Napoleonic Wars* p. 112.
[30] Smith, *Data Book* pp. 446–447.
[31] eds. Tulard y Garros, *Itinéraire* p. 423, Fain, *Manuscrit de 1813* II p. 312.
[32] eds. Tulard y Garros, *Itineraire* p. 423, Fain, *Manuscrit de 1813* II p. 312.
[33] CN26 n. 20546 p. 190.
[34] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 381.
[35] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 351–352.
[36] ed. Bingham, *Selection* III p. 277.
[37] Shoberl, *Narrative* p. VII.
[38] CN26 n. 20791–20793 pp. 349–352.
[39] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II p. 312.
[40] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II pp. 315–316.
[41] Odeleben, *Circumstantial Narrative* I p. 187, CN26 n. 20809 pp. 361–362.
[42] Clark, *Iron Kingdom* p. 367.
[43] Smith, *Data Book* pp. 461–470, Lamy, «La cavalerie française» p. 43.
[44] ed. Fleischmann, *L'Épopée Imperiale* p. 323.
[45] Nafziger, *Napoleon at Leipzig* p. 113.
[46] ed. Pope, *Cassell Dictionary* p. 299.
[47] Fain, *Manuscrit de 1813* II pp. 410–411.
[48] Fain, *Manuscrit de 1813* II p. 412.
[49] eds. Tulard y Garros, *Itinéraire* p. 426.
[50] Brett-James, *Europe Against Napoleon* p. 164.
[51] Bruyere-Ostells, *Leipzig* p. 177.
[52] Nafziger, *Napoleon at Leipzig* p. 189.
[53] eds. Nafziger et al., *Poles and Saxons* pp. 244–245.
[54] Smith, *1813 Leipzig* p. 188.
[55] Smith, *1813 Leipzig* p. 189.

[56] Fain, *Manuscrit de 1813* II p. 432.
[57] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II p. 42n.
[58] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II p. 43.
[59] ed. Davis, *Original Journals* p. 400, CN26 n. 20830 p. 378.
[60] Clark, *Iron Kingdom* p. 371.
[61] ed. Brindle, *With Napoleon's Guns* p. 187n.
[62] Odeleben, *Circumstantial Narrative* II p. 45n.
[63] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 300.
[64] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 17.
[65] CN26 n. 20830 pp. 374–379.
[66] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 200.
[67] ed. Barrès, *Memoirs* p. 193.
[68] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 1.
[69] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 139.
[70] Koebner, *Empire* p. 284, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 6.
[71] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 8.
[72] CN26 n. 20886 p. 424.
[73] CN26 n. 20895 p. 429.
[74] CN26 n. 20902 pp. 434–435.
[75] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 139 n. 10.
[76] Rovigo, *Mémoires* VI p. 239.
[77] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 11.
[78] Watson, *Reign of George III* p. 560.
[79] ed. Bingham, *Selection* III p. 286, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 12.
[80] ed. Bingham, *Selection* III p. 286.
[81] Cobban, *Modern France* II p. 62.
[82] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 1.
[83] Rovigo, *Mémoires* VI p. 262.

28. DESAFÍO

Máxima de Napoleón, en ed. Chandler, *Military Maxims* p. 114 Napoleón, sobre Pompeyo, en CN32 p. 47.

[1] Crouzet, «The Second Hundred Years War» p. 441.

[2] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 183.

[3] Elting, *Swords* p. 329.

[4] CG7 n. 15830 p. 875, 4 de junio 1807.

[5] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 4.

[6] Dziewanowski, «Napoleon» p. 91.

[7] Las Cases, *Memorial* I p. 232.

[8] Richardson, *French Prefectoral Corps* pp. 44–46, Cobban, *Modern France* II p. 25.

[9] Daly, *Inside Napoleonic France* p. 255.

[10] Pigeard, *La Conscription* pp. 269–270.

[11] Price, «Napoleon and Metternich» p. 500.

[12] Pelet, *Napoleon in Council* p. 261.

[13] Pelet, *Napoleon in Council* p. 267.

[14] Markham, *Awakening of Europe* p. 174.

[15] Guérard, *Reflections* p. 94.

[16] D'Abrantès, *At the Court* p. 21.

[17] ed. Bingham, *Selection* III p. 293.

[18] ed. Bingham, *Selection* III p. 298.

[19] Rovigo, *Mémoires* VI p. 289.

[20] ed. Bingham, *Selection* III p. 313.

[21] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 48.

[22] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 145, Rovigo, *Mémoires* VI p. 301.

[23] Boigne, *Mémoires* pp. 280–281.

[24] ed. Lacour-Gayet, *Chancellor Pasquier* p. 138.

[25] ed. Bingham, *Selection* III p. 301.

[26] ed. Latimer, *Talks* p. 39.

[27] Fain, *Memoirs of the Invasion* pp. 77–80.

[28] ed. Bingham, *Selection* III p. 301.

[29] ed. North, *Napoleon on Elba*, p. 63.

[30] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 79, ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* pp. 346–347.

[31] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 206.

[32] Stanhope, *Notes of Conversations* p. 6.

[33] ed. Bingham, *Selection* III p. 302.
[34] ed. Bingham, *Selection* III p. 302.
[35] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 94.
[36] ed. Gallatin, *Diary of James Gallatin* p. 53.
[37] ed. Bingham, *Selection* III p. 320.
[38] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 207.
[39] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 209.
[40] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 209.
[41] ed. Bingham, *Selection* III p. 302.
[42] ed. Bingham, *Selection* III p. 306.
[43] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 212.
[44] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 213, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 97.
[45] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 214.
[46] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 102.
[47] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 215.
[48] Smith, *Data Book* p. 496.
[49] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* pp. 216–217.
[50] Innocenti, «Souls Not Wanting» p. 56.
[51] Cobban, *Modern France* II p. 62, ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 204.
[52] ed. Bingham, *Selection* III p. 315.
[53] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 116.
[54] ed. Bingham, *Selection* III p. 317.
[55] ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* p. 358.
[56] ed. Bingham, *Selection* III p. 317.
[57] ed. Bingham, *Selection* III p. 316.
[58] ed. Bingham, *Selection* III p. 325.
[59] ed. Bingham, *Selection* III pp. 322–323.
[60] ed. Bingham, *Selection* III p. 321.
[61] Lentz, *L'Effondrement* p. 570.
[62] ed. Roncière, *Letters to MarieLouise* p. 233.
[63] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 234.
[64] Foch, «La bataille de Laon» p. 11.

[65] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* pp. 236–237.

[66] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 237.

[67] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 238.

[68] AN 440 AP 12.

[69] Ross, *Reluctant King* p. 228.

[70] Marmont, *Memoirs* p. 69.

[71] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 241.

[72] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 241.

[73] Bausset, *Private Memoirs* p. 425, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 27, McLynn, *Napoleon* p. 584, Anon., «More about Napoleon» p. 228.

[74] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 245, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 64.

[75] Chardigny, *L'Homme Napoléon* pp. 154–155.

[76] Ashby, *Napoleon against Great Odds* p. 272.

[77] ed. Latimer, *Talks* pp. 87–88.

[78] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 245.

[79] ed. LacourGayet, *Chancellor Pasquier* p. 146, Bausset, *Private Memoirs* pp. 398–402.

[80] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 249.

[81] Bausset, *Private Memoirs* p. 405.

[82] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 249.

[83] Lavalette, *Memoirs* p. 121, Mikaberidze, «Russian Eagles over the Seine» pp. 155–156.

[84] eds. Tulard y Garros, *Itinéraire* p. 444.

[85] Lavalette, *Memoirs* p. 122.

[86] ed. Gallatin, *Diary of James Gallatin* p. 53, Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 226.

[87] INV AA 1751 ns. 1758, 1761.

[88] Lavalette, *Memoirs* p. 123, Mikaberidze, «Russian Eagles over the Seine» p. 158.

[89] Bourrienne, *Memoirs* IV p. 230.

[90] Waresquiel, *Talleyrand* p. 125.

[91] Lentz, *L'Effondrement* p. 568.

[92] Lentz, *L'Effondrement* p. 569.

[93] Innocenti, «Souls Not Wanting» p. 51.

[94] Houssaye, *Campaign of 1814* p. 502.

[95] ed. Rousset, *Recollections of Marshal Macdonald* II pp. 246–247.

[96] Lentz, *L'Effondrement* p. 572.

[97] Hobhouse, *Recollections* I p. 183, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 65.

[98] Cronin, *Napoleon* p. 554, Raguse, *Mémoires* VI p. 274.

[99] Houssaye, *Campaign of 1814* p. 499.

29. ELBA

Metternich sobre 1815, en ed. Metternich, *Memoirs* III pp. 338–339 Napoleon a bordo del HMS *Northumberland, en* Warden, *Letters Written on Board HMS Northumberland* p. 58.

[1] Lentz, *L'Effondrement* p. 570, ed. Cisterne, *Journal dee* p. 250, ed. Park, *Napoleon in Captivity* p. 36.

[2] Houssaye, *The Campaign of 1814* p. 507, Lentz, *L'Effondrement* p. 573, Fain *Memoirs of the Invasion* p. 212.

[3] Houssaye, *The Campaign of 1814* p. 507.

[4] Houssaye, *The Campaign of 1814* p. 508.

[5] SHD GR6.YD-1.

[6] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 191.

[7] Houssaye, *The Campaign of 1814* p. 508.

[8] Houssaye, *Campaign of 1814* p. 511.

[9] Kauffmann, *Black Room at Longwood*, p. XVII.

[10] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 32 n. 31.

[11] ed. Rousset, *Recollections of Marshal Macdonald* II p. 197.

[12] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 17.

[13] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 258.

[14] Bausset, *Private Memoirs* p. 423.

[15] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 258; Philip Dwyer dates it to 7 in eds. Dwyer y McPhee, *The French Revolution and Napoleon* p. 191; Wairy says 11 de abril in ed. Jones, *Napoleon: An Intimate Account* p. 420.

[16] Saint-Denis, *Napoleon from the Tuileries to St Helena* p. 66.

[17] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* pp. 196–197, ed. Roncière, *Letters to*

Marie-Louise p. 262.

[18] Montholon, *History of the Captivity* III p. 135, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 259.

[19] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 263.

[20] Lentz, *L'Effondrement* p. 574, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 259.

[21] ed. Rousset, *Recollections of Marshal Macdonald* II p. 199.

[22] ed. Rousset, *Recollections of Marshal Macdonald* II p. 199.

[23] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam* p. 198.

[24] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 14.

[25] Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 264.

[26] Kerry, *First Napoleon* pp. 71–72.

[27] ed. Jones, *Napoleon: An Intimate Account* p. 420.

[28] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 30.

[29] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 18.

[30] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 19.

[31] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 37–38, 46.

[32] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 20.

[33] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 27.

[34] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 25.

[35] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 27.

[36] Montholon, *History of the Captivity* I p. 1.

[37] Wolff, *Island Empire* pp. 158–159.

[38] ed. Latimer, *Talks* p. 167.

[39] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 31–32.

[40] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 32.

[41] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 33.

[42] Wolff, *Island Empire* p. 159, Fain, *Memoirs of the Invasion* p. 267.

[43] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 34–35, Wolff, *Island Empire* pp. 159–160, Rovigo, *Mémoires* VII pp. 212–213, AN 400AP-5.

[44] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 269.

[45] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 39.

[46] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 47.

[47] BNF NAF 20071 p. 2.

[48] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 32.

[49] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 47.

[50] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 36.

[51] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 46.

[52] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 51.

[53] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 52.

[54] Branda, *Le prix de la gloire* p. 62.

[55] Branda, *Le prix de la gloire* p. 64, ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 52.

[56] ed. Bingham, *Selection* II p. 4, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 31.

[57] ed. Rose, *Napoleon's Last Voyages* p. 52, ed. North, *Napoleon on Elba* p. 62, Wolff, *Island Empire* pp. 8–9, Houssaye, *The Return of Napoleon* p. 4.

[58] ed. Tarbell, *Napoleon's Addresses* p. XVII.

[59] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 74.

[60] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 81.

[61] ed. Latimer, *Talks* p. 138 n. 2 y p. 56.

[62] ed. Cerf, *Letters to Josephine* p. 234.

[63] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 99.

[64] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 105.

[65] Christophe, *Napoleon on Elba* p. 138.

[66] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 277.

[67] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 277, ed. Palmstierna, *Dearest Louise* pp. 222–223.

[68] Saint-Amand, *Marie-Louise and the Decadence of Empire* p. 2.

[69] ed. Palmstierna, *Dearest Louise* p. 223.

[70] Pocock, *Stopping Napoleon* pp. 211–212, Sutherland, *Marie Walewska* pp. 218ff.

[71] Kissinger, *A World Restored passim*.

[72] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 82, Ebrington, *Memorandum* p. 27.

[73] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 95.

[74] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 105.

[75] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 95, ed. Gallatin, *Diary of James Gallatin* p. 54.

[76] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 140.

[77] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 95.

[78] ed. Rowe, *Collaboration and Resistance* p. 22.

[79] Forrest, *Napoleon* p. 280. Some priests even refused the sacrament to purchasers of *biens nationaux*. Alexander, *Bonapartism and Revolutionary Tradition* p. 3.

[80] Hobhouse, *Substance of Some Letters* pp. 28–42, CN28 n. 21714 p. 30.

[81] Daly, *Inside Napoleonic France* p. 256, McPhee, *Social History* p. 88.

[82] Ebrington, «Conversation» *passim*.

[83] Bodleian MS Curzon e.1. p. 18.

[84] Fleischmann, *En Écoutant Parler* p. 31.

[85] Alexander, *Bonapartism and Revolutionary Tradition* p. 4.

[86] Cobban, *Modern France* II p. 65.

[87] ed. Latimer, *Talks* p. 167.

[88] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 14,. 159.

[89] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 140 n. 75, 165, Holland, *Foreign Reminiscences* p. 196.

[90] Hobhouse, *Recollections* I pp. 178–183.

[91] Hobhouse, *Recollections* I p. 183.

[92] Hobhouse, *Recollections* I p. 187.

[93] Hobhouse, *Recollections* I p. 188.

[94] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 166.

[95] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 177.

[96] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 177 n. 86.

[97] Fleury de Chaboulon, *Memoirs* I pp. 55–56.

[98] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 172, Pocock, *Stopping Napoleon* p. 216.

[99] Kircheisen, *Napoleon* p. 685.

[100] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 172.

[101] ed. Hanoteau, *Queen Hortense* II p. 213.

[102] Fraser, *Venus of Empire* p. 216.

[103] ed. Latimer, *Talks* p. 225.

[104] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 66 n. 2.

[105] ed. North, *Napoleon on Elba* pp. 188–189, Mudford, *An Historical Account* p. 56.

[106] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 55.

[107] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 55.

[108] ed. Latimer, *Talks* p. 172.

[109] ed. Latimer, *Talks* p. 178.

[110] CN28 n. 21682 p. 3.

[111] CN28 n. 21681 p. 1.

[112] eds. Dwyer y McPhee, *The French Revolution and Napoleon* pp. 195–196.

[113] Jarrett, *Congress of Vienna* p. 158.

[114] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 57.

[115] ed. North, *Napoleon on Elba* p. 179.

[116] ed. Latimer, *Talks* p. 17.

[117] CN28 n. 21684–21686 pp. 6–7.

[118] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* pp. 41–42, Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 58.

[119] Rovigo, *Mémoires* VII pp. 351–352.

[120] ed. Latimer, *Talks* p. 55.

[121] ed. Latimer, *Talks* p. 183.

[122] ed. Latimer, *Talks* p. 175.

[123] ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 90.

[124] Houssaye, *The Return of Napoleon* p. 66, Reiset, *Souvenirs* III p. 75.

[125] Waresquiel, *Les cent jours* p. 241.

[126] Houssaye, *The Return of Napoleon* p. 67, BNF Micr D71-86, *Le Moniteur* 9-3-1815.

[127] Thornton, *Napoleon after Waterloo* p. 54.

[128] Atteridge, *Marshal Ney* p. 170.

[129] Atteridge, *Marshal Ney* p. 170.

[130] Houssaye, *Return of Napoleon* p. 110.

[131] Houssaye, *Return of Napoleon* p. 108.

[132] Atteridge, *Marshal Ney* p. 172.

[133] ed. Fleischmann, *L'Épopée Impériale* pp. 390–391, ed. Routier, *Récits d'un soldat* pp. 175–176.

[134] ed. Butler, *Baron Thiébault* II pp. 418–419.

[135] Lavalette, *Memoirs* p. 154.

[136] Villemain, *Souvenirs* II p. 48.

[137] Lavalette, *Memoirs* p. 150.

30. WATERLOO

Napoleón sobre Waterloo, en Field, *Waterloo* p. 22, su máxima militar, en ed. Chandler, *Military Maxims* p. 109.

[1] Rapp, *Memoirs* p. 13.

[2] ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 281.

[3] AN 286 AP3 dossier. 32.

[4] ed. Noailles, *Count Molé* p. 213.

[5] BNF Micr D.71-86 *Le Moniteur* 21-3-1815.

[6] Rapp, *Memoirs* p. 4.

[7] ed. Cottin, *Souvenirs de Roustam*, p. XXXV.

[8] BNF Micr D.71-86.

[9] ed. Schlumberger, *Lettres* p. 245.

[10] CN28 n. 21696 p. 20.

[11] CN28 n. 21711 p. 29.

[12] Gallaher, «Davout and Napoleon» p. 7.

[13] CN28 n. 21896 p. 177.

[14] SHD GR16-C21 y SHD GR 15.C-39.

[15] ed. Latimer, *Talks* p. 187.

[16] CN28 no 21987 p. 241.

[17] Marshall-Cornwall, *Marshal Masséna* p. 259.

[18] Jourquin, *Dictionnaire des Marechaux* pp. 70–71.

[19] SHD GR6.YD-1, ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 420, Macirone, *Interesting Facts* pp. 146–148.

[20] Chandler, *On the Napoleonic Wars* p. 112.

[21] ed. Stiegler, *Récits de guerre* p. 307.

[22] Hobhouse, *Substance of Some Letters* pp. 116–117.

[23] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 118.

[24] CN28 ns. 21813, 21948 pp. 102, 214.

[25] Mudford, *An Historical Account* p. 193.

[26] CN28 n. 21761 p. 66.

[27] CN28 n. 21876 p. 162.

[28] Branda, *Le prix de la gloire* p. 73.

[29] Charvet, *Literary History* p. 57.

[30] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 72.

[31] Beslay, *Souvenirs* p. 50, Hobhouse, *Substance of Some Letters* pp. 88, 122–124, McPhee, *Social History* p. 88, CN28 ns. 21743 y 21753 pp. 51, 60.

[32] CN28 n. 21769 p. 76.

[33] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 160.

[34] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 126.

[35] CN28 n. 21713 p. 29.

[36] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 87.

[37] ed. Palmstierna, *Dearest Louise* p. 226.

[38] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 18.

[39] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 18.

[40] Bluche, *Le plébiscite* p. 36 n. 109, ed. Fontana, *Benjamin Constant* pp. 11–13, eds. Dwyer y McPhee, *The French Revolution and Napoleon* p. 199.

[41] Daly, *Inside Napoleonic France* p. 257, ed. Rowe, *Collaboration and Resistance* p. 29.

[42] Lavalette, *Memoirs* p. 150.

[43] Emsley, *Napoleon* p. 116, Daly, *Inside Napoleonic France* p. 258.

[44] Alexander, *Bonapartism and Revolutionary Tradition* p. 284.

[45] ed. Noailles, *Count Molé* p. 225.

[46] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 189.

[47] ed. Butler, *Baron Thiébault* II p. 420.

[48] BNF Micr D.71-86, CN28 n. 21997 p. 246.

[49] *Le Moniteur* 2-6-1815.

[50] Hobhouse, *Substance of Some Letters* pp. 190–194, Williams, *A Narrative* p. 160.

[51] Williams, *A Narrative* p. 166.

[52] CN28 n. 22030 p. 265.

[53] CN28 n. 22030 p. 265.

[54] Thornton, *Napoleon after Waterloo* p. 56.

[55] CN28 n. 21733 p. 44.

[56] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* pp. 45–46.

[57] CN28 n. 22052 p. 281.

[58] Davies, *Wellington's Wars* p. 226.

[59] CN28 n. 21999 p. 249.

[60] Houssaye, *1815* III p. 48.

[61] Chandler, *Campaigns of Napoleon* p. 1040.
[62] Muir, *Tactics and the Experience of Battle* p. 147.
[63] Hayman, *Soult* p. 227.
[64] Field, *Waterloo* p. 29.
[65] Rose, *Napoleon* I p. 88.
[66] Gardner, *Quatre Bras* p. 127.
[67] Macbride, *With Napoleon at Waterloo* p. 182.
[68] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 117.
[69] Field, *Waterloo* p. 31.
[70] ed. Latimer, *Talks* p. 189.
[71] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 150.
[72] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 128.
[73] Fantin des Odoards, *Journal* p. 431.
[74] Albermarle, *Fifty Years* II p. 21, *Quarterly Review* 18 de julio75 p. 225, Forrest, *Napoleon* p. 308.
[75] CG7 n. 15797 p. 862.
[76] Adkin, *Waterloo Companion* p. 79.
[77] Albermarle, *Fifty Years II* p. 23.
[78] Pétiet, *Souvenirs Militaires* pp. 195–196.
[79] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 125.
[80] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 120.
[81] Forsyth, *History of the Captivity* I p. 140.
[82] Germain, *Drouët d'Erlon* pp. 175–176, Field, *Waterloo* p. 32, D'Erlon, *Vie militaire* p. 96.
[83] D'Erlon, *Vie militaire*, pp. 96–97.
[84] Balcombe, *To Befriend* p. 117.
[85] D'Erlon, *Vie militaire* pp. 96–97, ed. Maricourt, *Général Noguès* p. 270.
[86] Field, *Waterloo* p. 33, Macbride, *With Napoleon at Waterloo* p. 183.
[87] Saint-Denis, *Napoleon from the Tuileries to St Helena* p. 113.
[88] Mauduit, *Les derniers jours* II p. 231.
[89] ed. Latimer, *Talks* p. 143.
[90] Gardner, *Quatre Bras* p. 37 n. 18.
[91] SHD GR15-C5-18, junio de 1815.
[92] Hayman, *Soult* p. 228, Houssaye *1815* III pp. 244ff.

[93] ed. Girod de l'Ain, *Vie militaire* pp. 278–279.

[94] Macbride, *With Napoleon at Waterloo* p. 183.

[95] Gardner, *Quatre Bras* p. 222.

[96] Adkin, *Waterloo Companion* p. 79.

[97] Gardner, *Quatre Bras* p. 236 n. 148, Albermarle, *Fifty Years* p. 21, *Quarterly Review* 18 de julio75 p. 225.

[98] SHD GR15-C5-18 18 de junio15, Houssaye, *1815* III pp. 191–192, Hayman, *Soult* p. 230.

[99] Field, *Waterloo* p. 43.

[100] SHD GR15-C5-18 18 de junio15.

[101] ed. Jennings, *Croker Papers* I p. 340.

[102] Bonaparte, Jérôme, *Mémoires et Correspondance* VII p. 95, Boudon, *Le roi Jérôme* p. 442.

[103] ed. Lévi, *Mémoires du Capitaine Duthilt* pp. 391ff.

[104] ed. Chandler, *Military Maxims* p. 187.

[105] Linck, *Napoleon's Generals* p. 62.

[106] Davies, *Wellington's Wars* p. 239.

[107] Roberts, *Waterloo* pp. 126–128.

[108] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 126.

[109] ed. Kerry, *First Napoleon* pp. 126, 129.

[110] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 129.

[111] ed. Latimer, *Talks* p. 189.

[112] D'Erlon, *Vie militaire* pp. 96–98.

[113] ed. Brett-James, *Hundred Days* p. 139.

[114] Ropes, *Campaign of Waterloo* p. 337.

[115] Levasseur, *Souvenirs Militaires* pp. 303–304.

[116] Fuller, *Decisive Battles* p. 204.

[117] Williams, *A Narrative* p. 184.

[118] Smith, «General Petit's Account».

[119] ed. Kerry, *First Napoleon* p. 131.

[120] Macbride, *With Napoleon at Waterloo* pp. 184–185.

[121] Smith, *Data Book*, p. 539.

[122] ed. Latimer, *Talks* p. 187, Lancesseur, *L'Enigme de Waterloo* p. 146.

31. SANTA HELENA

Napoleón a María Luisa, en ed. Roncière, *Letters to Marie-Louise* p. 60 Napoleon sobre Temístocles, en ed. Frayling, *Napoleon Wrote Fiction* p. 37.

[1] ed. Lecestre, *Lettres inédites* II pp. 357–358.

[2] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 191.

[3] SHD GR17.C-193.

[4] ed. Latimer, *Talks* p. 2.

[5] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 240.

[6] Montholon, *History of the Captivity* I p. 4.

[7] CN28 n. 22062 p. 299.

[8] Villepin, *Les cent jours* p. 450.

[9] Williams, *A Narrative* pp. 189–191.

[10] Hobhouse, *Substance of Some Letters* p. 244, Unger, *Lafayette* p. 345.

[11] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 25.

[12] CN28 n. 22061 p. 293, *Le Moniteur* 21-6-1815, BNF Micr D.71-86.

[13] ed. Calmettes, *Général Thiébault* V pp. 373–374.

[14] Montholon, *History of the Captivity* I p. 7.

[15] CN28 n. 22063 p. 299, BNF Micr D.71-86, *Le Moniteur* 23-6-1815.

[16] ed. Latimer, *Talks* p. 3, Lavalette, *Memoirs* p. 172.

[17] Lavalette, *Memoirs* p. 171.

[18] BNF Micr D.71-86, *Le Moniteur* 24-6-1815.

[19] ed. Jennings, *Croker Papers* I p. 62.

[20] Rovigo, *Mémoires* VIII pp. 175–176.

[21] ed. Jennings, *Croker Papers* I p. 328.

[22] ed. Latimer, *Talks* p. 264.

[23] ed. Jennings, *Croker Papers* I p. 68.

[24] ed. Latimer, *Talks* p. 12 n. 2.

[25] Markham, «Napoleon's Last Hours» p. 39.

[26] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 48.

[27] Markham, «Napoleon's Last Hours» p. 42.

[28] Maitland, *Surrender of Napoleon* pp. 175–176, Bodleian MS Curzon d.2 *passim*.

[29] CN28 n. 22066 p. 301.

[30] Sherwig, *Guineas and Gunpowder* pp. 345, 368.

[31] Rovigo, *Mémoires* IV p. 161.

[32] *The Times* 15 18 de julio30.

[33] Smith, *Data Book* pp. 535–560.

[34] Markham, «Napoleon's Last Hours» p. 47.

[35] ed. Jones, *In Napoleon's Shadow* pp. 285–286.

[36] Markham, «Napoleon's Last Hours» p. 48, Home, *Memoirs of an Aristocrat* p. 212.

[37] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 77.

[38] Home, *Memoirs of an Aristocrat* p. 227.

[39] Markham, «The Emperor at Work» p. 587.

[40] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 85.

[41] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 98.

[42] ed. Londonderry, *Memoirs and Correspondence* X p. 415.

[43] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 107.

[44] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 118.

[45] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 137.

[46] ed. Latimer, *Talks* p. 25, Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 130.

[47] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 141.

[48] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 154.

[49] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 173.

[50] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* pp. 15–16, ed. Kemble, *St Helena* pp. 7–8, Balcombe, *To Befriend* pp. 12, 80, Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 40.

[51] Maitland, *Surrender of Napoleon* p. 189, Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 15.

[52] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 51.

[53] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* pp. 17–18.

[54] Cockburn, *Buonaparte's Voyage passim*, Latimer, *Talks* pp. 29–31.

[55] Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 60.

[56] ed. Latimer, *Talks* p. 29, Cockburn, *Buonaparte's Voyage* p. 40.

[57] Palmer, *Napoleon and Marie Louise* p. 201.

[58] ed. Latimer, *Talks* p. 31.

[59] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 1, ed. Latimer, *Talks* p. 33.

[60] Blackburn, *The Emperor's Last Island* p. 5.

[61] Tulard, *Dictionnaire amoureux* p. 505.

[62] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 11.
[63] ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 13.
[64] Interview with Michel Dancoisne Martineau at Longwood 4-5-2013.
[65] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 37.
[66] Tyrwhitt MSS Osborn fc112 n. 22.
[67] Balcombe, *To Befriend* pp. 34,. 135.
[68] Balcombe, *To Befriend* pp. 42–43.
[69] Balcombe, *To Befriend* pp. 43–44.
[70] Balcombe, *To Befriend* p. 55.
[71] Balcombe, *To Befriend* p. 56.
[72] Balcombe, *To Befriend* pp. 83–85, 166.
[73] Bodleian MS Curzon e1. p. 12, ed. Kemble, *St Helena* p. 2, Giles, *Napoleon Bonaparte* p. 111.
[74] Montholon, *Journal secret* p. 8.
[75] Vernon, *Early Recollections* p. 168.
[76] Rosebery, *Last Phase* p. 62.
[77] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 22.
[78] Brunyee, *Napoleon's Britons* p. 81.
[79] ed. Latimer, *Talks* p. 142.
[80] ed. Latimer, *Talks* p. 191.
[81] ed. Park, *Napoleon in Captivity* p. 36.
[82] ed. Latimer, *Talks* p. 221.
[83] ed. Latimer, *Talks* p. 145.
[84] ed. Latimer, *Talks* p. 259.
[85] ed. Latimer, *Talks* p. 245.
[86] Forsyth, *History of the Captivity* I p. 137.
[87] BL Add. MS 56088 fols. 89–90.
[88] BL Add. MS 56088 fols. 97ff.
[89] BL Add. MS 56088 fol. 101.
[90] Martineau, *Napoleon's St Helena* pp. 55–56.
[91] Albermarle, *Fifty Years* II p. 103.
[92] Rosebery, *Last Phase* p. 68.
[93] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 17, BL Add. MS 80775 fol. 143, 20202 fol. 42, Balcombe, *To Befriend* p. 115.

[94] BL Lowe Papers 20202 fol. 20.

[95] Unwin, *Terrible Exile* pp. 184–185, Forsyth, *History of the Captivity* III pp. 224–225.

[96] Balcombe, *To Befriend* p. 188.

[97] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 199.

[98] ed. Walter, *Las Cases* p. viii.

[99] ed. Latimer, *Talks* pp. 240–242.

[100] Branda, *Le prix de la gloire* p. 77.

[101] Forrest, *Napoleon* p. 304.

[102] Balcombe, *To Befriend* pp. 67–69.

[103] ed. Park, *Napoleon in Captivity* pp. 149, 153–155.

[104] ed. Park, *Napoleon in Captivity* p. 161.

[105] ed. Park, *Napoleon in Captivity* pp. 166–167.

[106] ed. Arnold, *Documentary Survey* p. 138.

[107] Bertrand, *Cahiers* II p. 344.

[108] Tulard, *Napoleon: The Myth of the Saviour* p. 346, ed. Woloch, *Revolution and the Meanings of Freedom* p. 36.

[109] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 286.

[110] Rouart, *Napoléon ou la destinée* p. 9.

[111] ed. Latimer, *Talks* p. 208.

[112] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 301.

[113] ed. Latimer, *Talks* pp. 207, 210, 218.

[114] Grouchy, *Doubts of the Authenticity* pp. 3–4.

[115] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 39.

[116] ed. Haythornthwaite, *Final Verdict* p. 197.

[117] Martineau, *Napoleon's St Helena* p. 49.

[118] Healey, *Literary Culture* p. 82.

[119] ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 7.

[120] ed. Wilson, *Diary of St Helena* pp. 29, 31–32, Bodleian MS Curzon e.1 p. 17, O'Meara, *Napoleon in Exile* I pp. 284–286.

[121] ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 50.

[122] Balcombe, *To Befriend* p. 163.

[123] Balcombe, *To Befriend* p. 182, ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 103.

[124] BL Lowe Papers 20156 fol.

[125] BL Lowe Papers 20156 *passim*.
[126] Bertrand, *Cahiers* I p. 118, AN 390-AP-32.
[127] Jackson, *Notes and Reminiscences* p. 153.
[128] Forrest, *Napoleon* p. 309, ed. Latimer, *Talks* pp. 258–260.
[129] ed. Latimer, *Talks* p. 276, Constant, *Memoirs of Constant* I p. 162.
[130] CN31 p. 579, Browning, *Napoleon* pp. 283–284.
[131] Griffin, «Philosophy, Cato and Roman Suicide» p. 1.
[132] ed. Bingham, *Selection* I p. 392.
[133] CN32 p. 70.
[134] ed. Latimer, *Talks* p. 245.
[135] ed. Wilson, *Diary of St Helena* p. 152.
[136] ed. Latimer, *Talks* p. 265.
[137] ed. Latimer, *Talks* pp. 201–203.
[138] Balcombe, *To Befriend* p. 154.
[139] Balcombe, *To Befriend* p. 182.
[140] Richardson, *The Apocalypse of Napoleon* p. 223, Weider y Hapgood, *Murder of Napoleon* pp. 175–176, ed. Jones, *Napoleon: An Intimate Account* p. 425, Forrest, *Napoleon* p. 310.
[141] Hobhouse, *Recollections* I p. 185.
[142] BL Lowe Papers 20156 fols. 30ff.
[143] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 5.
[144] Bruce, *Napoleon and Josephine* p. 500, Fraser, *Venus of Empire*, p. 250, Hibbert, *Napoleon: His Wives and Women* p. 331.
[145] ed. Noailles, *Count Molé* p. 124.
[146] Richardson, *The Apocalypse of Napoleon* p. 229.
[147] Bodleian MS Curzon el. pp. 2–3.
[148] Bodleian MS Curzon c. 2. pp. 1–2.
[149] Gracias a Guy O'Keeffe y Michael Crumplin.
[150] Richardson, *Napoleon's Death* p. 166, Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 10.
[151] NYPL Napoleon I folder 3.
[152] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 10.
[153] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 10.
[154] ed. Latimer, *Talks* p. 139.

[155] eds. Chevallier et al., *Sainte-Hélène* p. 70.

[156] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 5, Masson, *Napoleon at St Helena* p. 246.

[157] Masson, *Napoleon at St Helena* p. 247.

[158] Masson, *Napoleon at St Helena* p. 248.

[159] Masson, *Napoleon at St Helena* p. 248.

[160] BL Lowe Papers 20157 fol. 3 Arnott.

[161] BL Lowe Papers 20157 fol. 3.

[162] AN 400AP-5.

[163] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 78.

[164] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 36.

[165] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 46.

[166] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 36.

[167] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 46.

[168] ed. Jonge, *Napoleon's Last Will* p. 36.

[169] Richardson, *Napoleon's Death* p. 163.

[170] ed. Marchand, *Précis des Guerres de César* p. 3.

[171] ed. Marchand, *Précis des Guerres de César* p. 15, Richardson, *Napoleon's Death* pp. 163–164, Antommarchi, *Last Days of Napoleon* II p. 152.

[172] ed. Marchand, *Précis des Guerres de César* p. 14.

[173] Albermarle, *Fifty Years* II p. 105.

[174] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 7, Richardson, *Napoleon's Death* p. 164, Antommarchi, *Last Days of Napoleon* II p. 105.

[175] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 11.

[176] Henry, *Trifles from My Portfolio* II p. 11.

[177] Balcombe, *To Befriend* p. 116.

[178] BNF NAF 25548

CONCLUSIÓN

Churchill sobre Napoleón, en *A History of the English-Speaking Peoples* III, ix, ch. 3 Napoleón sobre Julio César, en CN32 p. 63.

[1] CN32 p. 82.

[2] Hughes, *Forging Napoleon's Grande Armée passim*.

[3] Longford, *Pillar of State* p. 413.

[4] Rose, *Napoleon* I p. 266.

[5] Horne, *Age of Napoleon* p. 52.

[6] Sudhir Hazareesingh, *TLS*, 12 de febrero, 2005.

[7] Gates, *Napoleonic Wars* p. 272.

[8] Kissinger, *A World Restored* p. 172.

[9] Kerry, *The First Napoleon* p. 93.

[10] Lt-Col Pierron, «Les Methodes de Guerre Actuelles» (Paris 1878), *RUSI Journal* vol. 23, no 99 1879.

[11] *Quarterly Review* 1833 pp. 179–184.

[12] Bonaparte, *Reply to Sir Walter Scott* p. 39.

[13] Home, *Memoirs of an Aristocrat* p. 223.

ÍNDICE